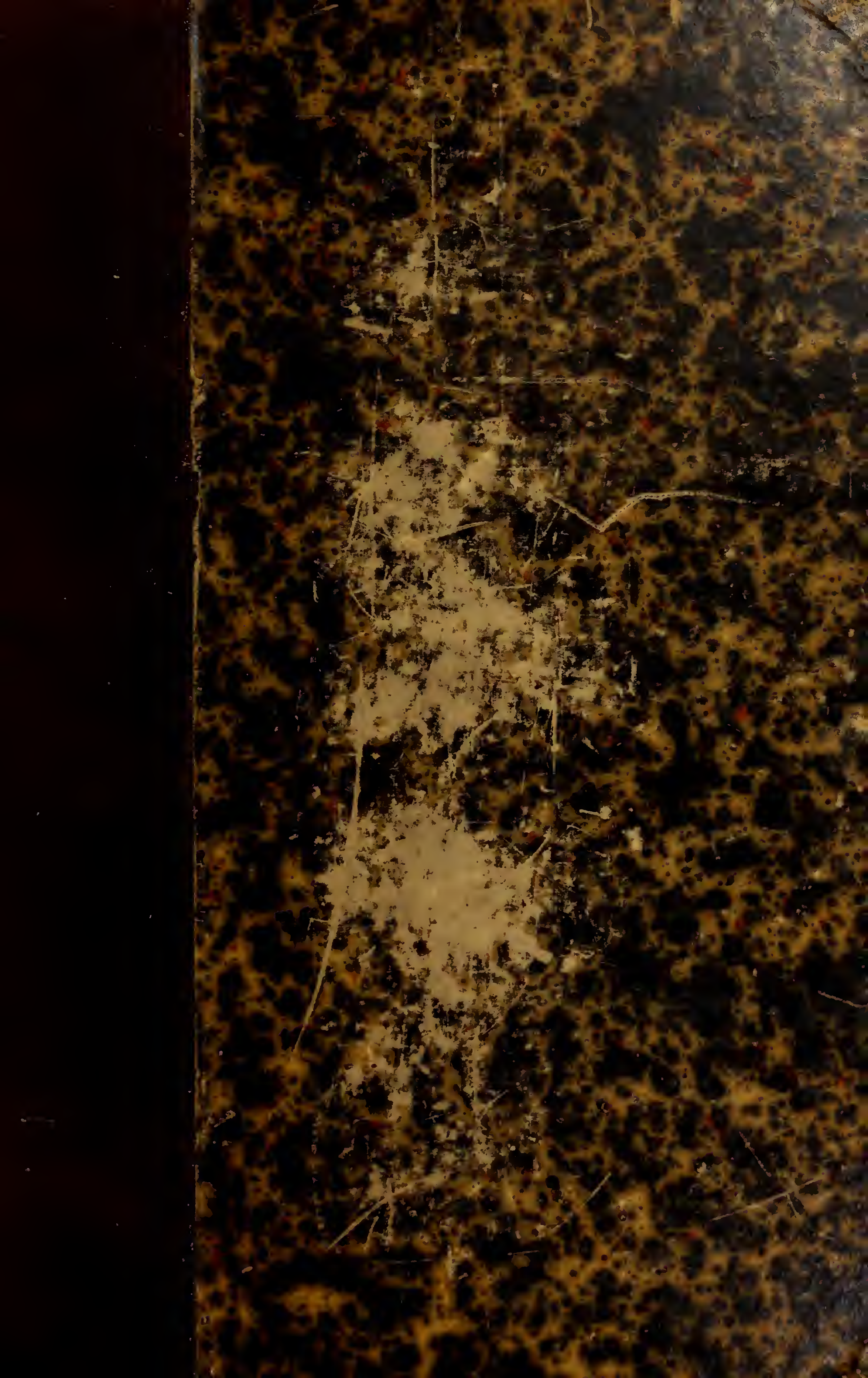
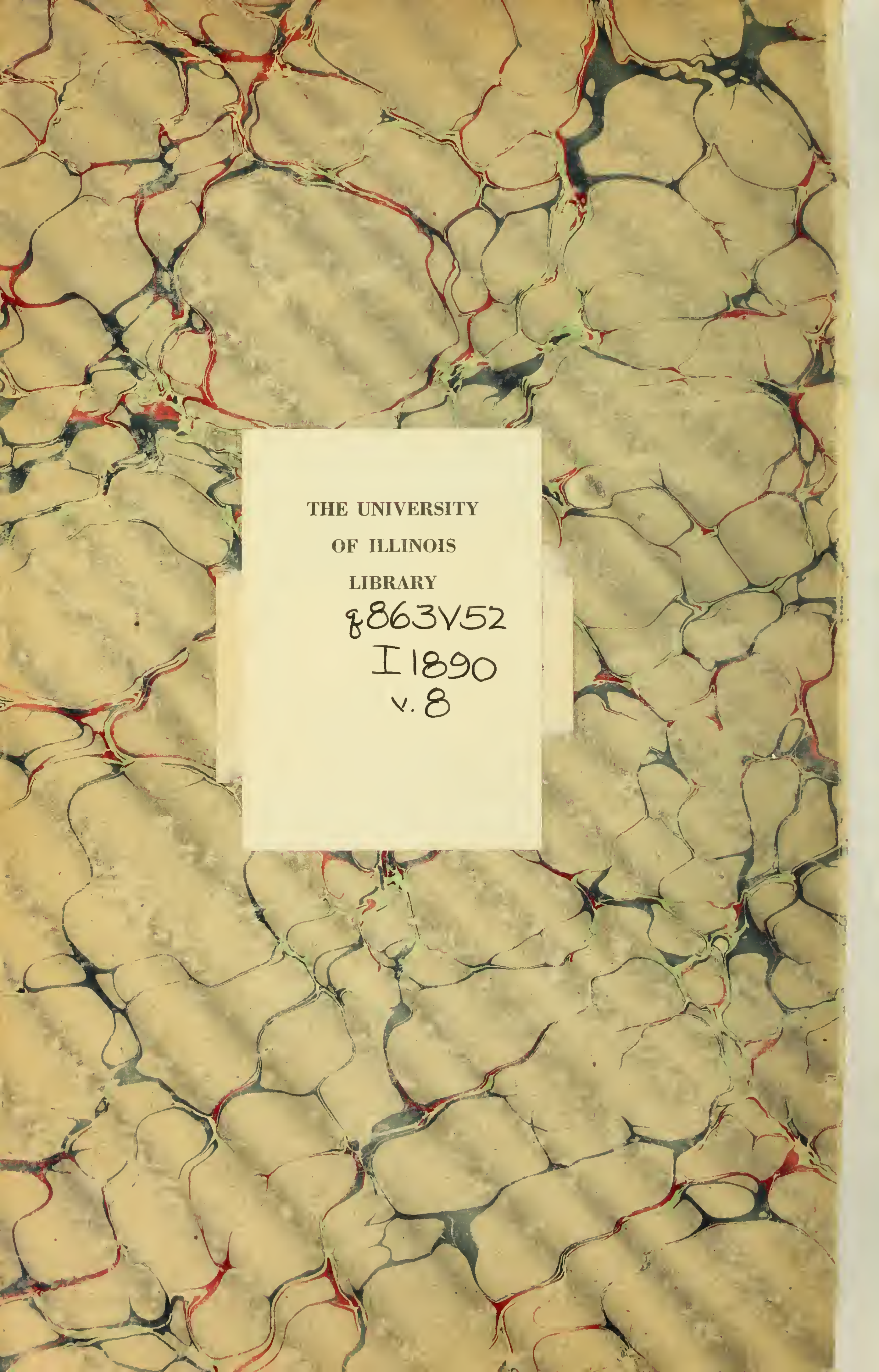
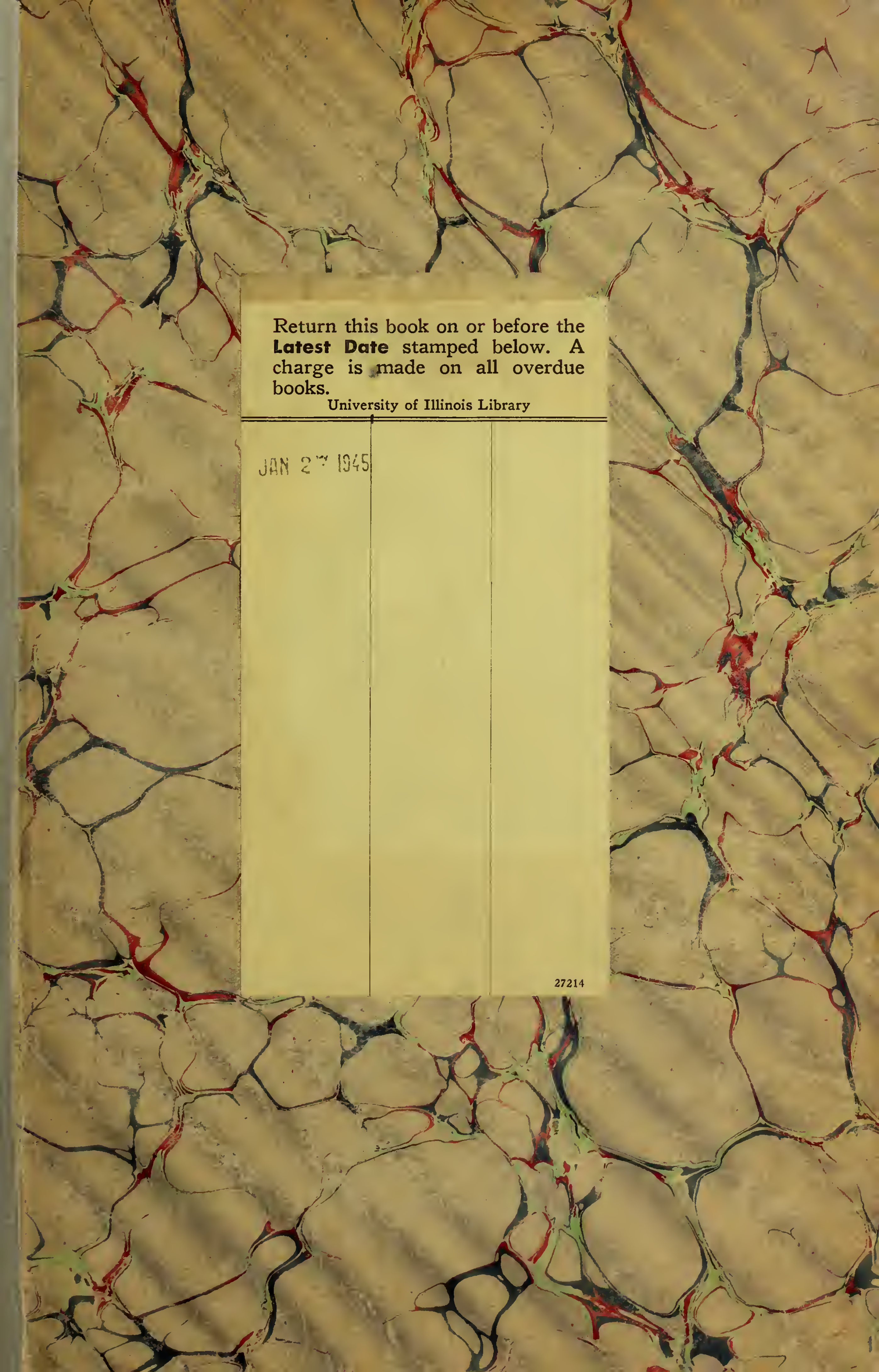






OBRAS

DE

LOPE DE VEGA

VIII

OBRAS

DE

LOPE DE VEGA

PUBLICADAS

POR

LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Tomo VIII

CRÓNICAS Y LEYENDAS DRAMÁTICAS DE ESPAÑA

SEGUNDA SECCIÓN



MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO «SUCESORES DE RIVADENEYRA»
IMPRESORES DE LA REAL CASA
PASEO DE SAN VICENTE, NÚMERO 20
1898

EJEMPLAR NÚM. 222

CRÓNICAS Y LEYENDAS DRAMÁTICAS DE ESPAÑA

SEGUNDA SECCIÓN



OBSERVACIONES PRELIMINARES

OBSERVACIONES PRELIMINARES.

Las diez y seis comedias de Lope de Vega que van impresas en este tomo, continúan la historia poética de España desde el reinado de Alfonso V de León hasta el nacimiento de D. Jaime el Conquistador.

I.—EL LABRADOR VENTUROSO.

No citada en ninguna de las dos listas de *El Peregrino;* lo cual, unido á varias circunstancias de estilo y versificación, especialmente á la abundancia de décimas, característica de la última manera de Lope, induce á suponer esta comedia posterior á 1618. Consta que obtuvo los honores de una representación palaciega en 1622 (1); pero sólo en 1634 apareció impresa, sin noticia ni consentimiento de su autor, en la *Parte veinte y ocho de comedias de varios autores*, *Huesca*, *por Pedro Bluson*, *impresor de la Universidad*, *á costa de Pedro Escuer*, *mercader de libros.* El texto

---

(1) Dice D. Juan Eugenio Hartzenbusch en las *Advertencias y correcciones* que preceden al tomo IV de su edición selecta de Lope:

«Un joven instruído, que por su modestia excesiva se negó á consentir que se publicara su nombre, me entregó años ha un cuadernito de noticias sacadas por él de papeles auténticos que reconocí, y principiaba con las que vamos á trasladar. Por entonces vino á Madrid el ilustre autor de la historia de nuestro Teatro, Barón de Schack; le entregué el cuaderno, lo copió, y más adelante lo publicó en los Apéndices á la segunda edición de su *Historia.*

»En 4 de Octubre de 1622 salió Su Majestad el Rey para San Lorenzo y Valsain, y desde el día 5 del mismo mes empezaron las comedias, que se representaron en el cuarto de Su Majestad la Reina, los domingos y jueves y las fiestas intermedias.

»Comedias representadas en Octubre.....

»Cristóbal de Avendaño, autor de comedias, representó con su compañía *El Labrador venturoso.*»

Resulta luego que esta comedia se repitió otras dos veces.

genuino y autorizado salió al año siguiente (1635) en la *Veintidos parte perfeta de las comedias de Lope.....*, que el mismo poeta dejó en gran parte impreso, y que puso en circulación su yerno Luis de Usátegui, advirtiendo en la portada que aquellas comedias *estaban sacadas de sus propios originales*, *no adulteradas como las que hasta aquí han salido.*

Esta comedia no tiene de histórica más que el dato fundamental, es á saber: el casamiento de la hermana de Alfonso V con un rey moro de Toledo. Encuéntrase por primera vez este relato en el *Chronicon* de Pelayo de Oviedo, posterior al año 1119 según toda razonable conjetura. Este cronista, pues, á quien generalmente se concede muy poca autoridad en todas las cosas algo remotas de su tiempo, refiere que el Rey de León, Alfonso V, dió por bien de paz, á cierto rey *pagano* de Toledo, una hermana suya en matrimonio, no sin que ella lo resistiera mucho, y amenazara al moro con que el ángel del Señor le heriría si la tocaba. Una sola vez tuvo el Rey acceso con ella, y el ángel le hirió de muerte. Sintiéndose próximo á su fin, llamó á los de su Cámara y Consejo, y les mandó devolver la Infanta al de León con grande aparato y comitiva, y muchos camellos cargados de oro, plata, piedras preciosas, ricas vestiduras y otros magníficos presentes. La Infanta entró monja en San Pelayo de Oviedo, y allí fué enterrada (1).

El arzobispo D. Rodrigo repite esta misma narración, añadiendo solamente dos circunstancias: el nombre del Rey moro de Toledo, á quien llama Abdalla, y la condición del pacto que había hecho con el Rey de León, que era prestarle auxilio contra el Emir de Córdoba (2).

---

(1) «*Prædictus enim Princeps* (Veremundus II) *habuit duas legitimas uxores*, *unam nomine Velasquitam*, *quam viventem dimisit; aliam nomine Geloiram duxit uxorem*, *ex qua genuit duos filios*, *Adefonsum et Tarasiam. Ipsam vero Tarasiam post mortem Patris sui dedit frater ejus Adefonsus in conjugio*, *ipsa nolente*, *cuidam Pagano Regi Toletano pro pace. Ipsa autem*, *ut erat Christiana*, *dixit Pagano Regi: Noli me tangere*, *quia Paganus Rex es: si vero me tetigeris Angelus Domini interficiet te. Tunc Rex derisit eam*, *et concubuit cum ea semel*, *et statim*, *sicut illa prædixerat*, *percussus est ab Angelo Domini. Ille autem ut sensit mortem propinquam adesse sibi*, *vocavit Cubicularios et Consiliarios suos*, *et præcepit illis onerare Camellos auro et argento*, *gemmis et vestibus pretiosis*, *et adducere illam ad Legionem cum totis illis muneribus. Quo loco illa in Monachali habitu diu permansit*, *et postea in Oveto obiit*, *et in Monasterio Sancti Pelagii sepulta fuit.*» *(España Sagrada*, t. XIV, pág. 468.)

(2) «*Hic autem Aldefonsus in reprobum sensum datus*, *cum esset puer*, *dedit Tarasiam sororem suam in uxorem Abdaliæ Regi Toleti sub pacto auxilii contra Principem Cordubensem*, *ipsa penitus reclamante. Cumque Rex ille vellet eam suis amplexibus commiscere*, *inquit illa:* «*Christiana sum*, *et abhorreo connubia aliena*, *noli me tangere*, *ne interficiat te*, *quem colo*, *Dominus Iesus Christus.*» *Ille autem deridens talia*, *invitam corrupit*, *statimque percussus ab Angelo*, *sensit mortis periculum imminere*, *vocatisque familiaribus*, *et oneratis camelis auro et argento et vestibus pretiosis et supellectili valde decora*, *remisit eam protinus Legionem*, *quæ ibidem in monachali habitu diu vixit; sed ad monasterium Sancti Pelagii se postea transferens*, *ibidem et vitam finivit*, *et sepulturam accepit.*» *(De rebus Hispaniæ*, lib. V, cap. XVIII.)

En una disquisición tan luminosa como todas las suyas, Dozy ha demostrado el fundamento histórico de esta leyenda, que algunos historiadores nuestros han tenido por mera fábula. Ante todo consta la existencia de la infanta D.ª Teresa, que en el año 1017 suscribe una donación hecha por su madre á la iglesia de Compostela; que en 27 de Enero de 1030, juntamente con su hermana D.ª Sancha, hace á la misma iglesia donación de la villa de Serantes, titulándose en el privilegio hija del rey don Bermudo y de la reina D.ª Elvira. «Es harto de notar (dice Ambrosio de Morales) cómo, aunque la infanta D.ª Teresa fué Reina por haber casado con Rey aunque moro, jamás se llama reina en éste ni en los otros privilegios, como quien tan contra su voluntad fué casada. Es bien verdad que al principio de otro privilegio suyo la pintaron en el tumbo con cetro y corona; mas aquello fué voluntad del pintor, y no de la religiosa y honestísima Infanta» (1). Consta su residencia en San Pelayo de Oviedo, donde firmó un diploma en 22 de Diciembre de 1037; consta su fallecimiento en 25 de Abril de 1039, y en su largo epitafio, publicado por el P. Yepes (2), se la llama *Tarasia Christo dicata*, *proles Beremundi regis et Geloiræ Reginæ*, *clara parentatu*, *clarior et merito*. La leyenda recogida por el Obispo de Oviedo habría nacido probablemente en el mismo claustro de San Pelayo, donde la Infanta pasó los últimos años de su penitente vida.

El casamiento de D.ª Teresa está confirmado por el testimonio de los historiadores árabes Aben-Jaldún y Aben-al-Jatib; pero su marido no fué rey de Toledo, ni rey de ninguna parte, aunque más poderoso que los reyes: fué el terrible Almanzor, azote de los cristianos. Aben-Jaldún cuenta que en el año 933, Bermudo II envió su hija á Almanzor: da á entender que como esclava, pero añade que Almanzor la manumitió después y la hizo su esposa. Aben-al-Jatib escribe: «Almanzor hizo más de setenta campañas: conquistó muchas provincias, estirpó la cizaña de la impiedad, humilló á los infieles, desbarató sus ejércitos, arrancó las cruces, llegó hasta el último confín de las tierras de los enemigos, y les impuso tributos. El caudillo de los rumíes tuvo de él tal temor, que quiso juntar su casa con la suya, y le ofreció su hija, que llegó á ser la mujer favorita de Almanzor, y sobrepujó á todas sus compañeras en piedad (?) y en virtud» (3).

Es posible, y aun probable, que los autores musulmanes exagerasen algo, interpretando las cosas á su modo: la última frase hasta parece indicar que D.ª Teresa hubiera abrazado el mahometismo. Nótese, sin embargo, que no atribuyen la afrentosa entrega al excelente rey Alfonso V, sino á su padre Bermudo II, que ha dejado en nuestras historias un nombre obscuro y nada glorioso. Según los cálculos cronológicos de Dozy, la vuelta de D.ª Teresa á León debe ponerse en 1003, año en que

(1) Lib. XVII, cap. XLIV.

(2) *Crónica de la Orden de San Benito*, III, 313 y 319.

(3) *Recherches sur l'histoire et la littérature de l'Espagne pendant le Moyen Âge.....* Tercera edición. Leyden, 1881; I, 192.

Alfonso V hizo ventajosas paces con Modjafar, hijo de Almanzor, y estipuló sin duda el rescate de su hermana.

La fuente inmediata de Lope de Vega, ¿fué aquí, como de costumbre, la *Crónica General* en el texto de Ocampo? Pensamos que no; pero antes de razonar esta duda debemos dar á conocer dicho texto:

«Cuenta la estoria que este Rey don Alfonso mantuvo bien su reyno, por consejo de los sabios por quien él se guiava; mas empero que él era niño dió con poco seso a su hermana doña Teresa a Abdalla, rey de Toledo, por razon que le ayudasse contra el rey de Córdoua; pero esto non fizo él de sí mismo, mas por consejo de los altos homes, por que houiesse paz con él, ca fazie en la tierra mucho daño: e aquel Abdalla fizie infinta que era Christiano; pero escondidamente: e hauie ya jurado e prometido al Rey don Alfonso de le ayudar contra los moros a quien quier que viniesse; pero este casamiento non fué con prazer de la dueña: e despues que gela houieron llevado a Toledo, quiso el moro aver con ella su prazer e su solaz, e la dueña le dixo: «Yo so Christiana, e tú eres moro, e non ha me»nester que me tangas, ca yo non quiero hauer companna con home de otra ley: e »dígote que si pusieres mano en mí, o me fizieres pesar, que te matará luego el An»gel de aquel mi Señor Iesu Christo en quien yo creo.» E el moro non se dió nada por ello; e touol en desden, e trauó della e fizo su voluntad en ella; mas luego a poca de ora lo firió el Angel de Dios de vna tan grande enfermedad donde bien cuydó ser muerto, e llamó sus homes e mandó cargar muchos cauallos de oro, e de prata, e de piedras preciosas, e embió todo aquello de consuno con la dueña para Leon, a su hermano el Rey don Alfonso, e duró ella muy gran tiẽpo en la ciudad en habito de monja viviendo honesta e sancta vida» (1).

Hay un romance viejo que interpreta libre y poéticamente la cuita de D.ª Teresa. Hállase en el tomo II de la Silva de 1550 y en un pliego suelto del siglo XVI. No le conoció Durán, y por eso le pongo aquí tomándole de la *Primavera y flor de romances*, donde le reimprimió Wolf (núm. 27).

Casamiento se hacia—que á Dios ha desagradado:
Casan á doña Teresa—con un moro renegado,
Rey que era de allende,—por nombre Audalla llamado.
Casábala el rey su hermano,—por mal juicio guiado:
Perlados ni ricos hombres,—que sobre ello se han juntado,
No ha sido ninguno parte—para que fuese estorbado:
Á todos responde el rey—que está muy bien ordenado.
La infanta, desque lo supo,—gran sentimiento ha mostrado;
Las ropas que traia vestidas,—de arriba abajo ha rasgado;
Su cara y rubios cabellos,—muy mal los habia tratado.
—«¡Ay de ti, decia la infanta,—cómo te cubrió mal hado;

(1) Folios 83 vuelto y 84 de la edición de Valladolid, 1604.

Tu mocedad y frescura,—qué mal que la has empleado!»
Estas palabras diciendo,—por tierra se ha desmayado;
Echádole han agua al rostro;—sus damas en sí la han tornado.
Desque ya más reposada,—un poco en sí habia tornado,
De hinojos en el suelo,—de esta manera ha hablado:
—«Á ti, Señor Dios, me quejo—de tan gran desaguisado,
Que siendo yo sierva tuya,—con un moro me han casado.
Tú sabes que esto es fuerza—y contra todo mi grado;
Mi hermano es el que lo quiere,—y él es el que lo ha ordenado.
Miémbrate, Señor, de mí,—no me hayas desamparado,
Mira el tan grande peligro—que á mí está aparejado.»

Hasta aquí el romance, que parece fragmento de otro más extenso, puesto que faltan en él la entrevista con el Rey moro, la intervención del ángel y la vuelta de la Infanta á León (1).

La comedia de Lope ni siquiera concuerda con la *Crónica General* en el nombre de la Infanta, á quien caprichosamente llama D.ª Elvira. Suprime además todo el elemento sobrenatural, haciendo que la Infanta se salve del ominoso casamiento mediante la fuga, y en cambio (¡coincidencia verdaderamente pasmosa!) se acerca en varias circunstancias á lo que Dozy considera como realidad histórica. El Rey que entrega á la Infanta no es su hermano, sino su padre, y el moro no es de Toledo, sino de Andalucía, y lleva el nombre de *Almanzor*, si bien con el aditamento de Zulema. Ó hay que creer en un prodigio de adivinación poética, ó admitir que existió, oral ó escrita, otra versión de esta leyenda distinta de la que consignaron D. Pelayo de Oviedo, el arzobispo D. Rodrigo y el Rey Sabio.

Sólo el dato inicial de esta comedia pertenece á la historia: todo lo demás es de pura invención, y reproduce personajes y situaciones que ya hemos visto, con ventaja, en otras obras de nuestro poeta, especialmente en *El Vaquero de Moraña* y en *Los Tellos de Meneses*. Tiene también algo de drama genealógico, que parece escrito para ensalzar la familia de los Manriques de Lara. Un caballero de esta casa representa papel muy lucido en esta pieza; pero no es él quien logra el amor y la mano de la fugitiva Infanta, sino el *venturoso labrador* Alfonso, trasunto de Tello el mozo:

Hijo soy de un labrador,
Cuyos hidalgos abuelos
El Rey de León sentaba

(1) Dos romances eruditos trae Durán sobre este asunto (números 721 y 722). El primero es de Lorenzo de Sepúlveda, que, según su costumbre, no hizo más que versificar la prosa de la *General*, añadiendo de su cosecha únicamente el desatino de hacer que D.ª Teresa éntre monja en *Las Huelgas*. El otro es una pedantesca amplificación de Juan de la Cueva, inserta en su *Coro Febeo*.

Á su lado en algún tiempo.
Bien sabes quién fué, señor,
El generoso don Tello
De Quiñones y de Asturias,
Godo en sangre, en armas Héctor.
Retrújose, por la muerte
De un asturiano soberbio
Que llamaban don Bermudo,
Á los montes de Toledo.
Supo, señor, tu venida;
Y aunque solo soy quien tengo
El báculo de sus años
Y de su luz el espejo,
Quiere que venga á servirte
Con estos fuertes mancebos,
Lo mejor de su labranza,
Y que te traiga, sin esto,
Tres mil ducados en oro,
¡Ojalá que fueran ciento!.....

El Labrador venturoso es comedia bien escrita pero de poca importancia, porque en ella Lope se plagia sin escrúpulo á sí mismo y abusa de los lugares comunes de su repertorio: la Infanta disfrazada de aldeana, y los conflictos de amor y celos á que da lugar su estancia entre villanos. Como en todas las piezas de nuestro poeta hay algún rastro de la tradición popular, el aficionado al *folk-lore* puede recoger en ésta un curioso ejemplar de oración supersticiosa, que parece transcrita á la letra:

Quiero decir *la dotrina*
Que mi abuela me enseñó;
Que el dimuño siempre huyó
Del hombre que se presina.
San Llorente,
Persíname la frente:
San Gonzalo,
Líbrame del malo:
San Benito,
Que ningún esprito
Durmiendo se me éntre
En la boca ni en el vientre;
Y el agua bendita,
Que los pecados quita,
Cuando cerca esté,
Hisopada que le dé
Por siempre jamás,
Seculorum seculás.
Amén Jesús.

Hay una comedia, bastante apreciable, de tres ingenios (Matos Fragoso, Diamante y D. Juan Vélez de Guevara), titulada *La Cortesana en la Sierra, y fortunas de D. Manrique de Lara*, inserta en la *Parte veinte y siete de comedias varias* (Madrid, 1667). Tiene argumento análogo al de esta obra de Lope, pero no puede considerarse como refundición de ella.

II.—EL PRIMER REY DE CASTILLA.

Comedia anterior á 1604, puesto que está citada en la primera lista de *El Peregrino*, pero no impresa hasta 1621, en la *Parte décimaséptima* de Lope, una de las más raras de su colección.

Aunque esta crónica dramática se titula *El primer Rey de Castilla*, comprende realmente mucho más y mucho menos de lo que el título indica. Todos los sucesos del primer acto pertenecen al reinado de Alfonso V de León; los del segundo, al de D. Bermudo III; y sólo en el último aparece D. Fernando como Rey de Castilla, quedando su historia bruscamente interrumpida en la traslación del cuerpo de San Isidoro de Sevilla á León.

A pesar del desbarajuste con que se suceden las escenas de este drama, que no tienen muchas veces más enlace que el cronológico, todavía cabe distinguir un núcleo de acción en cada una de las jornadas. La primera contiene la historia del casamiento de la Infanta de León con el Rey moro; pero esta vez con estricta fidelidad á la tradición de nuestros cronistas, y especialmente al texto de la *General*, que Lope sigue paso á paso en esta comedia. Luego, sin duda por no repetirse, alteró la leyenda del modo que hemos visto en *El Labrador venturoso*. Pero en esta primera comedia, la Infanta se llama Teresa; el Rey moro, Audalla; su estado es el de Toledo, y es Alfonso V quien le entrega en matrimonio á su hermana, en cuyos labios pone Lope una vehemente imprecación contra tan ignominioso concierto. El ángel interviene un poco antes que en el *Cronicón* de D. Pelayo, y á tiempo para dejar en salvo la virginidad de la Infanta, que vuelve incólume á León, con doce *acémilas* cargadas de plata y oro, prosaicamente sustituídas á los *camellos* de la primitiva versión, sin duda por ser el camello bestia poco familiar á los espectadores del siglo XVII. Termina el acto con la muerte de Alfonso V, herido de un flechazo ante los muros de Viseo, catástrofe que presenta el poeta como providencial castigo y justo cumplimiento de las maldiciones de la hermana del Rey.

El punto central del acto segundo está en la muerte del Conde de Castilla, don García, asesinado en León por los Velas. Este trágico asunto, que ya en la historia tiene gran interés poético, fué materia además de un *cantar de gesta*, de que todavía quedan muchos rasgos en nuestras crónicas.

La verdad histórica está consignada en términos sustancialmente conformes por-

D. Lucas de Túy y por el arzobispo D. Rodrigo (1), á quienes traduce, combinados, la *Crónica General*, según su sistema, pero ampliando el relato con muchos pormenores tomados de un texto épico que expresamente cita con el título de *Estoria del rromanz del Inffant Garcia*. Como esta importantísima referencia falta en el texto impreso de Ocampo, donde aparecen torpemente involucradas ambas versiones, y se abrevian, hasta reducirlos á uno solo, los tres capítulos que la

---

(1) «*Obiit comes Sancius, et successit ei in ducatu Burgensium infans Garsea filius ejus. Tunc Burgenses comites inito consilio miserunt ad Veremundum Regem Legionensium, ut sororem suam Sanciam comiti Garsiæ daret in conjugium, et concederet eumdem Regem Castellæ vocari. Rex attamen Veremundus hoc se facturum promisit. Unde factum est, ut cum esset Rex Veremundus Oveto, venerunt Burgensium nobiles cum comite suo infante Garsia in Legionem proponentes ire Ovetum, tum causa orationis, tum ut loquerentur cum Rege de matrimonio contrahendo et Regis nomine Garsiæ duci obtinendo: sed filii Velæ comitis supradicti aggregantes exercitus in submontanis, memores malorum, quæ sibi fecerat dux Sancius, ambulantes per totam noctem intraverunt Legionem: et tertia feria illucescente die occiderunt ipsum infantem Garseam in porta ecclesiæ Sancti Joannis Baptistæ. Didacus comitis Velæ filius ipsum Garsiam in Baptismo de sacro fonte levaverat, et propria manu occidit eum enormi sacrilegio perpretrato, et Dei timore postposito. Tunc occisi fuerunt multi tam de Castellanis, quam de Legionensibus, qui ad defensionem Garsiæ ducis, confluebant. Post hæc cum jam multitudo conflueret ad vindicandam mortem Garsiæ ducis, prædicti filii Velæ, scilicet Didacus et Sylvester fugientes se in montibus locis tutissimis contulerunt. Infans vero Sancia prædicta fecit planctum magnum super ducem Garsiam, et sepelivit eum honorifice juxta regem Adefonsum patrem suum in ecclesia Sancti Joannis Baptistæ. Puer fere tredecim annorum erat infans Garsias quando mortuus est.*» (Lucæ Tudensis, *Chronicon Mundi*, ap. Scott., *Hisp. Illust.*, IV, pág. 90.)

«*Mortuo comite Sancio successit in comitatu filius ejus Garsias, cui magnates Castellæ procurati sunt Regis Veremundi sororem quæ Sancia dicebatur. Cumque Infans Garsias cum suo exercitu et Rege Sancio Navarrorum usque ad Sanctum Facundum facturus nuptias pervenisset, ibidem dimisso exercitu, cum paucis clanculo ivit Legionem, ut posset sponsam conspectu mutuo intueri. Erant autem tunc temporis Legione filii Vegilæ comitis, Rodericus Vegilæ, Didacus Vegilæ, et Enechus Vegilæ, qui ob patris odium proditionis anheli in filium congesserant factionem, et ei obviam occurrentes, manus osculo (prout exigit mos Hispanus) se ejus dominio subjecerunt, quorum hominio jam securus, et paranymphis dulci alloquio persuasis, permissus est Infans optatis solatiis delectari. Cumque se mutuo conspexissent, ita fuit uterque amore alteri colligatus, ut vix possent à mutuis aspectibus separari. Tunc quidam milites de regno Legionis cum prædictis filiis Vegilæ ad Sarracenos transfugæ, eo quod à Comite Sancio indignanter recesserant à Castella, proditione tractata, Infantem Garsiam annorum tredecim occiderunt, Roderico Vegilæ ea manu, qui eum de sacro fonte levaverat, gladio feriente. Et proditionem huiusmodi sponsa sua Sancia quæ utcumque perceperat, revelarat; sed magnates qui secum aderant, cum essent nobiles et fideles, tantum facinus credere noluerunt. Unde et peracto facinore, Castellani et Legionenses intestinæ plagæ vulnere corruerunt. Sponsa vero sponsi dulcedine vix gustata, ante vidua quam traducta, fletu lugubri semiviva lacrimas cum occisi sanguine admiscebat, se occisam ingeminans cum occiso. Qui cum in Ecclesia Sancti Ioannis cum patre sponsæ sepeliretur, et ipsa cum sepulto voluit sepeliri. Aliqui autem de proditoribus ad montium ardua confugerunt.....» (De rebus Hispaniæ*, lib. V, cap. XXV, apud *Pat. Tol.*, III, 115.)

Crónica genuina dedica á este asunto, y que tanto pueden servir para la reconstrucción aproximada del referido poema, creo conveniente ponerlos aquí en su integridad, conforme á un códice del siglo XIV, que poseo, ya varias veces mencionado en estas Advertencias.

Capítulo V del reinado de Bermudo III:

«*De commo fué desposado el infante García, é le dieron el castillo de Monçon.*

»Pues que fué muerto don Sancho, Conde de Castiella, é su fijo el infante García ovo el condado, assy commo diximos ya de suso en la estoria, ovieron los altos ommes de la tierra su conseio de comol casassen, et acordaron se de ir al rey don Vermudo de Leon é demandarle á su hermanna donna Sancha, que gela diesse por muger, é quel otorgassen que fuesse llamado Rey de Castiella, é los mandaderos fueron allá, é pues que ovieron demostrado al Rey todo aquello por que yvan, el Rey otorgóles que gela darie. Desi avino assy quel rey Vermudo estando en la cibdat de Oviedo, que el infante García con sus cavalleros é con el rey don Sancho de Navarra, que se guysasen para irse para Leon, lo uno por veer la esposa, lo ál por fablar con él en el pleyto de sus bodas é por ganar dél que fuesse Rey. Et cuenta la estoria que luego que movieron de Muñon que se fué derechamente para Monçon, que tenie estonces el conde Ferrant Gutierres, que yasie mal doliente, é cercó el castiello; los cavalleros del Conde, quando vieron que el infante García los cercava, armáronse et salieron á él, et bolvieron con él un torneo muy fuerte. El conde Ferrant Gutierres de que lo sopo pesól mucho de coraçon, et puesto que era mal doliente cavalgó é fué allá é començó de maltratar á los suyos por aquello que fisieran. Desi fuesse para el infante García et besól la mano et rrecibiól por señor, et entregól del castiello de Monçon é Aguilar é Cea é Grajal, Can de Toro et á Sant Roman que tenie él.»

«Cap. VI. *De commo mataron al infante García:*

»Pues que esto ovo recebido fuesse para Leon, é quando legó á San Fagunt fincó sus tiendas, et yogó y esa noche: otro dia salieron dallí et tomaron so camino et fuéronse para Leon, et possó estonces el ynfante en un logar que disen barrio de *trobaio* (?). El rey don Sancho posó fuera, en el campo. Los fijos del conde don Vela, del que deximos, ya eran estonces en las Somoças, é quando sopieron que el infante García era en Leon, acordáronse del mal é de la desonrra que su padre el conde don Sancho les fiziera, é de commo los echara de Castiella, é tovieron que tenien tiempo de vengarse si quisieran, é trasnocharon ende é fueron otro dia en Leon. Et el infante García fabló estonces con el rey don Sancho, é dixol de commo querie yr veer á su esposa é á la reyna doña Teresa, su hermana: desi tomó fasta LX cavalleros consigo, é fuesse para la villa. Et Ruy Vela é Diego Vela é Yéñego, los fijos del conde don Vela, quando lo sopieron salieron á él á recebirle muy bien é besáronle la mano, assí commo es costumbre en España, é tornáronse sus vasallos é dixól estonces el conde Yéñego Vela: «Infante García, rogamos te que nos otorgues la tierra »que tenemos de tu primo cormano, é servir te hemos en ella commo á señor cuyos »naturales somos.» Et ell infante otorgó gela estonces, et ellos besaron le la mano

otra ves. Allí vinieron á él otrossy á rescebirle quantos altos ommes avie en Leon. El obispo don Pascual vino y con toda su cleresía, é rescibiól mucho onrradamientre con grant procession, é levól para Sancta María de Rregla, et oyó y missa estonces, et pues que la missa fué dicha, et seyendo él ya seguro de los fijos del conde don Vela por el omenage quel fizieran, fuesse para su esposa et vióla et fabló con ella quanto quiso á so sabor, et pues que ovieron fablado en uno una grant pieça del dia, amaron se tanto uno á otro, que solamientre non se podien fartar dessí. Et dixol ella: «Infante, fezistes mal que non troxistes con vusco vuestras armas, ca »non sabedes quién vos quiere mal ó bien.» Respondiól ell Infante et dixol: «Donna »Sancha, yo nunca fis mal nin pesar á omme en todo el mundo, et non sé qui fuesse »el que me quisiesse matar nin faser otro mal.» Et dixol estonces donna Sancha, que ommes avie en la tierra que sabie ella quel querien mal. Et el infante García, quando aquello oyó, pesól mucho de coraçon. Esto dicho, salieron los fijos del conde don Vela del palacio, et fuéronse para la posada de Iniego Vela, et ovieron y su conseio malo et falso, de commo matassen al infante García. Et dixo Iniego Vela: «Yo sé bien en qué guisa podemos levantar rason é achaque por quel matemos. Al»cemos un tablado en medio de la Rua, é los cavalleros castellanos, commo son »ommes que se presian desto, querrán y venir solasar se: nos bolveremos con ellos »estonces pelea sobrel alcançar, é matar los hemos á todos por guysa.» É assy fué fecho. Los traydores, luego que movieron aquella pelea, mandaron cerrar las puertas de la cibdat, que non pudiesse entrar ninguno nin salir, é desi salieron é mataron quantos cavalleros andavan y delant con el Infante. Pero dise aquí el arçobispo don Rodrigo é don Luchas de Tuy, que antes mataron al Infante que á ninguno de los otros, é quel mataron ante la puerta de la yglesia de Sant Johan Baptista, non lo sabiendo ninguno de los suyos, et matól Ruy Vela, que era su padrino de baptismo, seyendo el Infante de XIII años, é pues que ovo muerto que se fué paral palacio é que lo dixo á donna Sancha, su esposa. Et los altos ommes que seyen en el palacio, quando aquello le oieron desir, non quisieron creer que tan gran traycion commo aquella osasse él faser en ninguna guysa. Et pues ellos ovieron muerto al Infante ge metieron por los otros, que eran vasallos é amigos del Infante, é mataron y muchos dellos, tan bien de los Castellanos commo de Leoneses quel venien en acorro. Doña Sancha, su esposa, fiso estonces tan grant duelo sobrél, que más semeiava ya muerta que biva. Mas pero assy fué commo el arçobispo é don Luchas de Tuy lo cuentan aquí; en la *Estoria del Romance del Infante García*, dise desta otra manera, que el Infante seyendo en el palacio fablando con su esposa é non sabiendo nada de su muerte, quando oyó demandar armas á grant priesa, que salió fuera á la Rua por veer qué era, é quando vió todos sus cavalleros muertos, pesól muy de coraçon é lloró mucho por ellos. Los Condes, quando vieron al Infante estar en la Rua, fueron para él, los venablos en las manos por matarle, é leváronle mal é desonrradamientre fastal conde Rodrigo Vela, que era su padrino. El Infante, quando se vió antél, començó de rogar que nol matassen, é que les darie grandes tierras et heredades en so condado. El Conde ovo estonces duelo, et dixo á los otros

que non era bien de matarle assy, mas que serie meior de tomar aquello que él les dava. Et á él quel echassen de tierra. Iniego Vela fué muy sannudo contra él é dixo: «Don Rodrigo, antê quel matássemos fuera eso de veer, mas ya agora non es tiempo »de dexarle assy.» La infante donna Sancha, quando sopo que el infante García era preso, fué para allá, é quandol vió comenзó á meter grandes boses, é dixo: «Condes, non matedes all Infante, ca vuestro señor es, é ruego vos que antes ma»tedes á mí que á él.» El conde Ferrant Flayno fué muy sannudo contra la Infante por lo que disie, é diól una palmada en la cara. El infante García, quando lo vió, con el grant pessar que ende ovo porquel tenien preso, començó de maltratarlos é desirles canes é traydores. Ellos, quando vieron que assy los denostava, dieron en él grandes feridas con los venablos que tenien, é matáronle. La infante doña Sancha, con la gran cueyta que avie dél, echósse sobrél, é Ferrant Flayno tomóla por los cabellos é derribóla por unas escaleras ayuso. El rey don Sancho de Navarra, que posava fuera de la cibdat, quando lo sopo, mandó armar toda su companna é vino fasta las puertas de la villa, mas quando vió que eran cerradas é non podrien iuvar (1) al Infante, dixo que gele diessen ya siquier muerto. Los Condes fizieron gele echar delante por somo del muro, mal é desonrradamientre. Tomól estonces el rey don Sancho, é mandól meter en un ataud é leváronle á Oña et enterráronle cerca de su padre. Pero dis el arçobispo don Rodrigo que en Leon fué enterrado en la yglesia de Sant Johan cercal padre de doña Sancha, su esposa, é que se quisiera meter con él en la fuessa aquella su esposa; tan grant era la cueyta que por él fisiera.»

«Cap. VII. *De commo los fijos del conde don Vela fueron muertos.*

»Los Condes traydores, luego que esto ovieron fecho fuéronse para Monçon é cercáronle. Mas el conde Ferrant Gutierres, que tenie el castiello, quando los vió é sopo lo que avien fecho et en qué guysa venien, salió á ellos mal su grado é omillóseles é convidólos á cena, é díxoles que folgassen y aquella noche, et otro dia mañana que les darie Monçon, et ellos fiziéronlo assí. Ferrant Gutierres enbió luego sus cartas al rey don Sancho et á amos sus fijos, á García et á Ferrando, quel viniessen acorrer, cal tenien cercado los fijos del conde don Vela. El rey don Sancho con sus fijos ayuntáronse en la vega de Castro, é fuéronse luego para Monçon. Los Condes fijos de don Vela, quando lo sopieron, fuéles muy grant mal, é pesóles mucho con ellos. Yéñego Vela dixo estonces contra los hermanos: «Digo vos que éstos non vienen por ál, sinon por vengar la muerte dell infante García.» Quando aquello oyó Ferrant Flayno, cavalgó en un potro bravo sin siella, é saliósse de la huerta en guysa de rapaz, su capiella puesta en la cabeça por tal que nol conoscierien, et alçosse en las Somoças de Oviedo. Los Reyes cercaron estonces á los Condes é prisiéronlos é quemáronlos en el fuego. Et Ferrant Gutierres, el señor de

---

(1) Así leo, con alguna duda; pero me confirma en esta interpretación la crónica impresa, que dice *ayudar*.

Monçon, entregó estonces del castiello é de todos los otros logares que tenie él, al rey don Sancho de Navarra, é rrecibiól por señor. Pues que esto fué fecho, fué el rey don Sancho con amos sus fijos para Leon, é desposaron á don García con la infante doña Sancha, aquella que fuera esposa del infante García. Et pues que ovieron fecho el desposorio, dixo ella contral rey don Sancho que si non la vengase de Ferrant Flayno, que fuera en la muerte del infante García, que nunca su cuerpo serie llegado al de don García su fijo. El rey don Sancho mandó estonces catar toda la montaña, é prisiéronle é troxiéronle á la infante donna Sancha é dieron ge le, et ella estonces fiso en él justicia qual tovo por bien, assí quel mató con sus manos mismas.»

Reprodujo esta lúgubre historia el rey D. Sancho el Bravo en el libro de los *Castigos é documentos á su fijo* (cap. 43: «De como se non debe home pagar del home traidor é falso», siguiendo paso á paso el texto de la *General*, si bien añade algún detalle poético que no encuentro en mi códice, ni en la crónica impresa, ni en otras manuscritas que he visto, pero que seguramente procede de la *gesta* primitiva, y estará acaso en el códice escurialense, que se considera como prototipo de la obra histórica del Rey Sabio. Mi códice propende á abreviar, y sospecho que éste es uno de los puntos en que lo hace. La adición principal del *Libro de los castigos* se refiere al llanto de D.ª Sancha: «É el conde Ferrand Flaino fué muy sañudo contra ella por lo que habia dicho, é dióle una palmada en la cara, et el infante don García, que estaba presente, desque lo vió, con el grand pesar que ende hobo, aunque estaba preso en poder dellos, díjoles: «¡Oh, perros, canes traidores! ¿Por qué maltraedes esa doncella que vos non fizo por qué fuese maltraída é deshonrada? É ellos, cuando vieron que así los denostaba, dieron en él muy grandes feridas con los venablos que tenian en las manos, é así lo mataron. Et desque la infanta doña Sancha lo vió, con el grand pesar que ende hobo, echóse sobre él, poniendo la su cara con la suya, faciendo muy esquivo llanto, deciendo muchas cosas doloridas que serian largas de contar, que non había home en el mundo que el corazon non quebrase. É el conde Ferrand Flaino tomóla por los cabellos é derribóla por las escalas ayuso, de que se sintió muy mal» (1).

Esta situación bárbara y grandiosamente épica pertenece, sin disputa, al juglar primitivo, y aun parece sentirse un eco de sus rudos metros en la culta prosa latina del arzobispo D. Rodrigo: «*Sponsa vero sponsi dulcedine vix gustata, ante vidua quam traducta, fletu lugubri semiviva lacrimas cum occisi sanguine admiscebat, se occisam ingeminans cum occiso.*»

La musa castellana no ha sacado hasta ahora gran partido de este magnífico argumento, en que todo contribuye á acrecentar el terror y la compasión: la floreciente edad del Conde de Castilla; el contraste entre la alegría de sus bodas y la fer-

(1) Edición de D. Pascual de Gayangos. (*Escritores en prosa anteriores al siglo XV..... Madrid*, 1859. *Biblioteca de Autores Españoles*, t. LI, páginas 168-170.)

mentación de la venganza; las flores del amor, que nacen para marchitarse antes de un día; los fatídicos temores que cruzan por la mente de la desposada; la sacrílega traición del que, habiendo tenido á D. García en las fuentes bautismales, viene á herirle á mansalva; la braveza de leona acosada que D.ª Sancha muestra junto á su marido exánime, y en el feroz castigo de sus matadores, tomado por su propia mano. No hubo romances sobre este asunto, puesto que no pueden contarse por tales dos de Sepúlveda, que no son sino la misma prosa de la *Crónica General*, distribuída en líneas de á ocho sílabas, enlazadas por un vulgarísimo asonante. Y es gran lástima que Lope, tan capaz de comprender toda la poesía que este argumento encerraba, tuviese la mala idea de tratarle episódicamente y como de soslayo, lo cual le privó de casi todas las ventajas que le ofrecía la historia, puesto que no hizo más que arañar la superficie (1).

El acto tercero de *El primer Rey de Castilla* (único que puede justificar el título de la obra) es todavía más informe y atropellado que los anteriores. En él se acumulan la coronación de D. Fernando en Burgos, la batalla de Támara ó de la vega de Carrión, y muerte del rey D. Bermudo III, á quien el poeta, contradiciendo á la historia (que en éste y en otros lances tiene que ser muy severa con el afortunado conquistador de Coimbra), presenta como un energúmeno fanfarrón y provocativo; y, finalmente, la embajada del obispo Ataulfo á Sevilla en demanda de las reliquias de las Santas Justa y Rufina, y el maravilloso hallazgo y traslación de las de San Isidoro, con lo cual termina la comedia, que pudiera haber acabado del mismo modo en cualquiera otra escena, puesto que todo es en ella descosido y fragmentario. Campea, sin embargo, en este torpe bosquejo, como en todas las crónicas dramáticas de Lope, la idea de la unidad de la historia patria, que aquí se manifiesta mediante la predicción que una gitana hace á D.ª Sancha de las futuras grandezas y conquistas de España.

Los materiales históricos que en esta obra se hacinan, proceden todos de la *Crónica General;* pero es muy de notar que Lope prescinde enteramente de las tradiciones juglarescas relativas á D. Fernando, *par de Emperador*, y no dice nada de su fabulosa expedición á Francia, ni de las mocedades de Rodrigo Díaz, aunque todo ello lo consigne latamente la *Crónica* al tratar de este reinado. Es probable

---

(1) No tuvo mejor suerte D. Antonio García Gutiérrez en un drama que compuso sobre este argumento, *Las bodas de D.ª Sancha*, representado con éxito infeliz en 1843, y no incluído en la colección de sus *Obras*, aunque se ha impreso suelto.

En las *Historias Caballerescas Españolas* de D. Gregorio Romero Larrañaga (Madrid, 1843) hay una extensa narración en verso, dividida en doce capítulos, con el título de *Los hijos de Conde Don Vela.*

Mencionaremos, finalmente, una infeliz tragedia del siglo pasado, *Ei Conde Don García de Castilla:* su autor D. Vicente María Villarroel y Velázquez (Marqués de Palacios). Hemos visto de ella dos ediciones, una de Madrid, 1788, por Pantaleón Aznar, otra de Barcelona 1797, por Pablo Nadal.

que Lope hubiera tocado esta materia épica en otro drama, y que á tal circunstancia, más que á cautela de su espíritu crítico, haya de atribuirse esta omisión, que llega hasta el punto de no poner siquiera el nombre del Cid en esta comedia de *El primer Rey de Castilla.*

III.—LAS ALMENAS DE TORO.

Puede fijarse con bastante aproximación la fecha de esta interesante comedia, que no está citada en ninguna de las dos listas de *El Peregrino*, y por consiguiente ha de creerse posterior á 1618; pero posterior acaso en menos de un año, puesto que apareció impresa en la *Parte catorce* de las comedias de Lope, para la cual había obtenido su autor privilegio en 1619, aunque no la diese al público hasta 1620. Por el encabezamiento de esta pieza consta que la representó Morales, y que hizo *la gallarda Jusepa Vaca* el papel de D.ª Elvira.

Dedicó Lope de Vega *Las Almenas de Toro* al insigne poeta valenciano D. Guillén de Castro; y siendo ésta la única fábula de su teatro en que aparece el Cid, puede conjeturarse que la dedicatoria fué un homenaje indirecto y delicado al gran ingenio que había puesto en las tablas las *Mocedades* del héroe. Hay que advertir, sin embargo, que Lope en la dedicatoria no hace alusión á ellas, al paso que alaba encarecidamente la tragedia *Dido*, de D. Guillén de Castro, y transcribe un soneto que compuso en loor de ella. Es cierto también que se ignora todavía la fecha en que fueron compuestas y representadas las dos partes de las *Mocedades*, cuya primera edición conocida es de 1621, aunque de los mismos preliminares del libro se infiere que hubo otra anterior, que será probablemente la de 1618, citada por Ximeno *(Escritores del reino de Valencia)*, de la cual hasta ahora no se ha encontrado ningún ejemplar. Y como esta primera y fraudulenta edición se hizo en ausencia de D. Guillén, según él mismo declara, algún tiempo hemos de suponer para que la pieza llegara á hacerse popular y á tentar la codicia del librero que la estampó sin consentimiento de su autor. No es para mí dudoso, por lo tanto, que *Las Almenas de Toro* se escribieron después de la segunda parte de las *Mocedades*, y que la dedicatoria nació del deseo de evitar toda sombra de rivalidad ó competencia.

El título de esta comedia, y una de sus más bellas escenas, proceden del siguiente romance, inserto en la *Rosa española* de Juan de Timoneda (fol. 40 vuelto):

En las almenas de Toro,—allí estaba una doncella
Vestida de paños negros,—reluciente como estrella.
Pasara el rey don Alonso,—namorado se habia della;
Dice: Si es hija de Rey,—que se casaría con ella,
Y si es hija de Duque,—serviría por manceba.
Allí hablara el buen Cid,—estas palabras dijera:
—«Vuestra hermana es, señor,—vuestra hermana es aquélla.»

—«Si mi hermana es—dijo el Rey,—¡fuego malo encienda en ella!
Llámenme mis ballesteros,—tírenle sendas saetas,
Y aquel que la errare,—que le corten la cabeza.»
Allí hablara el buen Cid,—de esta suerte respondiera:
—«Mas aquel que la tirare—pase por la misma pena.»
—«Ios de mis tiendas, Cid,—no quiero que esteis en ellas.»
—«Pláceme—respondió el Cid,—que son viejas y no nuevas;
Irme he yo para las mías—que son de brocado y seda,
Que no las gané holgando,—ni bebiendo en la taberna;
Ganélas en las batallas,—con mi lanza y mi bandera» (1).

Discordes andan los críticos acerca del carácter y antigüedad de este peregrino fragmento. Mientras que Huber reconoce en él «un cierto núcleo antiguo», y Durán le clasifica entre «los romances viejos de la época tradicional», Milá y Fontanals, con más severa crítica, no ve en él más que una linda é ingeniosa composición, sin fundamento alguno en las tradiciones, y que puede muy bien ser del mismo Timoneda ó de cualquier otro poeta culto contemporáneo suyo.

No creo que el texto que tuvo á la vista Lope, ó que citaba de memoria, fuese el mismo de la *Rosa española.* Pocos versos concuerdan, y en los añadidos por nuestro poeta hay algunos rasgos que, aunque revestidos de afiligranada forma artística, parecen más tradicionales que los del romance. Lope, no obstante, era muy capaz de lograr por sí mismo tal género de bellezas; cuando se inspiraba en la poesía nacional acertaba casi siempre, y á veces logró que lo inventado por él se incorporase en el fondo de la tradición y no disonase de ella. He aquí este nuevo texto del romance, tal como puede entresacarse del diálogo de la comedia:

REY DON SANCHO.

Por las almenas de Toro—se pasea una doncella,
Pero dijera mejor—que el mismo sol se pasea.....
. . . .
Blanca es y colorada,—que es de los amores reina.....
. . . .
Si es hija de duque ó conde,—yo me casaré con ella
De buena gana, vasallos,—y haréla en Castilla reina.
Carroza le haré de plata,—de blanco marfil las ruedas,
Estribos y asientos de oro,—y las cubiertas de tela.
Los caballos que la lleven,—las crines ricas que peinan,
Cubrirán lazos de nácar,—y ellos besarán la tierra.
Haréle el más rico estrado—que moro ó cristiano tenga,

(1) *Rosa de romances, ó romances sacados de las «Rosas»* de Juan Timoneda..... *Por Fernando José Wolf. Leipsique, Brockaus.* Páginas 33 y 34. Es el núm. 816 del *Romancero* de Durán.

Donde no se echen de ver—con los diamantes las telas.
Haré que Elvira y Urraca,—juntas de rodillas vengan
Á servilla, y que el cojín—la lleve Alfonso á la iglesia.
Mas si por dicha, si ya,—que esto puede ser que sea,
Es hija de labrador,—tendréla por mi manceba.
Haré que por celosías—mire las públicas fiestas,
Juegos de cañas y toros,—torneos, justas, libreas.
Iremos los dos á caza—por los montes y florestas;
Gavilán que lleve en mano,—de oro tendrá las pihuelas.
Si de ella tuviere hijos,—haré que el mayor posea,
Como juro de heredad,—á Carrión y á Palencia.
Los demás no irán quejosos,—que yo casaré las hembras,
Y haré obispos los varones,—de Burgos y Compostela.

CID.

Dejad, el buen rey don Sancho,—de hablar palabras como esas;
Que es vuestra hermana, señor,—la que veis en las almenas.....

REY DON SANCHO.

Pues si ella, Cid, es mi hermana,—¡mal fuego se encienda en ella!
¡No tenga jamás ventura,—pues no la tendrá por fea!
Case mal, con hombre indigno,—cuyo nacimiento venga
Desde el primero villano—que puso arado en la tierra.
No haya subido á caballo,—calzado bota ni espuela,
Puesto camisa de holanda,—vestido sayo de seda.
¡Hola, ballesteros, hola!—apercibid las ballestas.....
¡Tiralde, los mis monteros!

CID.

Todo hidalgo se detenga,
Que al hombre que la tirare,—antes que ponga la cuerda
Le volaré de los hombros,—y de un revés, la cabeza.....

Sea popular ó no el romancillo de las *almenas* en la forma en que le imprimió Timoneda, ó en la que Lope le glosa, nuestro poeta nos atestigua que en su tiempo se cantaba, y que con él se arrullaba á los niños en la cuna:

Ya se canta por ahí,
Y hasta en la cama se duerme
El niño con las canciones
Que se han hecho á las almenas
De Toro.....

Pero nuestras antiguas tradiciones poéticas, tan ricas en pormenores sobre el cerco de Zamora, apenas hacen mención del de Toro, y concentrando todo el interés en D.ª Urraca, prescinden casi de D.ª Elvira. Lo único histórico que sabemos de ella es que su padre, D. Fernando el Magno, en la partición de sus reinos la dejó la ciudad de Toro, de la cual no parece que tuvo tiempo para despojarla su hermano don Sancho (aunque la *General* lo afirme), por haber antes recibido muerte alevosa de-

lante de Zamora (1). Vivió hasta el 15 de Noviembre de 1101, y yace en San Isidoro de León, honrándola su epitafio con los dictados de *Vaso de la fe, gloria de España, templo de piedad y de justicia, y honra de su patria* (2).

Con tan exiguos materiales parecía difícil construir una obra dramática, mucho más con el pie forzado que Lope se había impuesto de huir de la materia épica, ya tratada por Guillén de Castro, que con tanta bizarría y tanta fidelidad al espíritu y á la letra de los romances había presentado las escenas del cerco de Zamora, de la traición de Bellido Dolfos, del reto de D. Diego Ordóñez, y del combate y muerte de los hijos de Arias Gonzalo. Lope, que, á mi juicio, hizo estudio de no encontrarse con el poeta valenciano, dejó en segundo término la tragedia de Zamora, pero procurando con hábil artificio que los espectadores la tuviesen siempre presente, y que aquella catástrofe, aunque sólo aparece en relación, sirviese al mismo tiempo para desenlazar su obra. Inventó, pues, una fábula ingeniosa, en que Bellido Dolfos, después de apoderarse con engañosa industria de la ciudad de Toro, defendida por D.ª Elvira, á cuyo tálamo aspiraba, se enemista con el rey D. Sancho, que no quiere cumplirle la palabra que le había dado de galardonarle semejante servicio con la mano de su hermana; y para vengarse de él huye á Zamora, se pone al servicio de D.ª Urraca y aguza contra el Rey su mortífero venablo (3). Con esta acción principal se enlaza diestramente el interesante episodio de la fuga de D.ª Elvira, de su estancia en casa del hidalgo labrador D. Vela, y de sus románticos amores con el conde Enrique de Borgoña.

---

(1) Muy prudentemente dijo ya Fr. Prudencio de Sandoval, en su *Crónica de los cinco reyes* (edición de 1792, t. I, pág. 100): «No hallo quién diga cómo pasó la toma de Toro, ni qué embarazos hubo en ella, ni en qué tiempo fué.»

(2) Este epitafio, que ya ha desaparecido, como todos los de aquel panteón, hállase transcrito por varios historiadores de la ciudad de León, y dice de esta suerte:

Hic requiescit donna Geloyra filia regis magni Ferdinandi, era MCXXXVIII (a. 1101).

Vas fidei, decus Hesperiæ, templum pietatis,
Virtus justitiæ, sidus, honor patriæ.
Heu! quindena dies mensis, Geloyra, novembris
Exitium multis, te moriente, fuit.
Annis mille novem centum triginta peractis,
Te tua mors rapuit, spes miseros latuit.

(3) El suponer á Bellido Dolfos enamorado, no de D.ª Elvira, sino de D.ª Urraca, es invención bastante antigua, aunque no tiene apoyo ni en los *cantares de gesta*, que refundió la *General*, ni en los romances más modernos. Donde por primera vez se encuentra, y en verdad con circunstancias bien grotescas, es en las adiciones que un anónimo del tiempo de Enrique IV hizo al *Sumario* del Despensero de la reina D.ª Leonor: «Bellido Dolfos le dixo (á D.ª Urraca) que él le prometia descercar á Zamora si le prometia dormir con él.....» Se lo promete con el propósito de engañarle. Bellido mata al Rey, y exige el premio. «Y doña Urraca fizo atar de pies é de manos al dicho Bellido Dolfos, é mandóle meter en un costal, é liáronle bien: é por tener la promesa, mandóle echar en la cama donde ella dormia, é doña Urraca se acostó vestida

Esta comedia es agradable, aunque no de las mejores de Lope. En el carácter del Cid hay algunos toques felices, si bien el autor le presenta, por lo común, demasiado sumiso y cortesano, contradiciendo abiertamente á la tradición y á la historia:

Soy vasallo, como veis;
Vuestro padre me crió,
Y vos me favorecéis;
Á vuestro sí ó vuestro no,
Obediente me tenéis.
En las cosas de los reyes
Nunca yo pongo la mano,
Ni en sus fuerzas ni en sus leyes,
Más que si fuera un villano
Entre el arado y los bueyes.....
. . . .
Obedecer al mayor
Y no replicar al rey,
No sólo fué justa ley,
Pero es lealtad y es amor.
. . . .
Bien claramente le hablé;
Harto un rey sufrió á un criado;
Con sufrirme me ha obligado;
Lo que me ha mandado, haré.....

En el diálogo del Cid con D. Diego Ordóñez se nota, además, una punta de fanfarronada; pero son nobles y caballerescas, y parecen inspiradas en la poesía tradicional, las palabras que dirige á los ballesteros del Rey para que no tiren flechas al muro por donde se pasea D.ª Elvira.

No faltan en esta pieza alusiones á los romances más conocidos de este ciclo:

¿Deben de cantar en vano,
Desde el hidalgo al que el trigo
Siembra, aquello de *Rodrigo*
El soberbio castellano.....;

---

en aquella misma cama: é como fué amanecido otro dia, mandó traer quatro potros bravos, é mandó atar los pies é las manos de Bellido á los potros, é sacáronle al campo, por tal manera, que cada potro llevó su pedazo dél, é así murió como traidor.» (Folios 24 y 25 de la edición de Llaguno.)

Sobre el extravagante dato de la pasión de Bellido, pero tomándola por lo romántico y sentimental, compuso Bretón de los Herreros un drama, *Bellido Dolfos*, que se representó con infeliz éxito en 1839.

No entra en nuestro propósito, ni cabe en este lugar, la extensa bibliografía poética del cerco de Zamora, de la cual ya formó extenso catálogo el Sr. Fernández Duro en un trabajo especial sobre la materia (*Romancero de Zamora*. Madrid, 1880).

pero no se transcribe casi ninguno á la letra, sin duda porque ya los había utilizado Guillén de Castro, y aun antes de él Juan de la Cueva. Hay una sola excepción, y es el relato de la muerte de D. Sancho, en que se intercalan algunos de los versos más conocidos y populares, precisamente los mismos con que ya el poeta sevillano había halagado los oídos y la memoria de sus espectadores, produciendo un efecto nuevo y decisivo en nuestro Teatro:

¡Rey don Sancho, rey don Sancho,
No digas que no te aviso.....

Hay también algunas reminiscencias de cantarcillos populares:

Velador que el castillo velas,
Vélale bien, y mira por ti,
Que velando en él me perdí.....
Por aquí daréis la vuelta,
El caballero;
Por aquí daréis la vuelta
Si no me muero.....

El lenguaje y la versificación de esta pieza merecen alabanza, siendo de notar, en el primer acto, unas estancias líricas, en que D. Vela canta el sosiego de la vida campesina: uno de los tópicos predilectos de Lope.

Las Almenas de Toro es una de las pocas comedias de Lope que analizó Buterweck, considerándola, sin razón, como una de las mejores muestras del género á que pertenece, y añadiendo que la figura del Cid estaba presentada con toda la grandeza propia de su carácter. Encomia con justicia el monólogo de D. Vela, que encuentra lleno de dignidad y de belleza idílica. En toda la fábula nota una feliz combinación de situaciones heroicas y tiernas, domésticas y rurales (1).

IV.—EL PRINCIPE DESPEÑADO.

Firmó Lope de Vega esta comedia en 27 de Noviembre de 1602. Las aprobaciones y licencias para la representación en Madrid y en Valladolid, son de 1603 y 1604 respectivamente. Imprímese aquí esta obra conforme al original autógrafo, que generosamente nos ha franqueado su actual poseedora, la Sra. Condesa de Torre-Isabel, que heredó este precioso manuscrito de su difunto padre, el distinguido economista y literato D. Lope Gisbert. Hay una imitación alemana de esta pieza, hecha por el Conde de Riesch en 1820, con el título de *Der Sturz in dem Abgrund* (*La caída en el precipicio*).

(1) *History of Spanish and Portuguese Literature by Frederick Bouterwek..... Translated from the original german by Thomasina Ross. London*, 1823; I, 369-375.

Lope mencionó esta comedia, con el título de *El Despeñado*, en la primera lista de *El Peregrino* (1604). Pero no fué impresa hasta 1617, en la *Séptima parte* de sus comedias, publicada sin anuencia suya, como todas las anteriores á la novena. Este texto es muy incorrecto.

Sirve de argumento á esta notable tragedia la catástrofe del Rey de Navarra, don Sancho II, en Peñalén; hecho que narran con extraño laconismo las más antiguas crónicas (1), conviniendo todas en la fecha (1076), pero sin nombrar á los asesinos, que historiadores muy autorizados, aunque más modernos, suponen que fueron los propios hermanos del Rey, D. Ramón y D.ª Ermesenda.

La versión tradicional aceptada por Lope, es la que consignó en su *Crónica* el Príncipe de Viana:

«Este rey D. Sancho....., hobiendo guerra con el rey de Castilla D. Sancho, su primo, invió un su *cabaillero*, el qual era señor de Funes, á la frontera de su regno, por quanto no podia alcanzar el fin de sus amores, que habia de la mujer de dicho *cabaillero;* é queriendo imitar al rey David en el fecho de Urías, falló este expediente; et echóse con la mujer del dicho *cabaillero;* el qual un dia, pasando con el dicho rey D. Sancho sobre la riba de la *peiña* que le dicen Peinalen ó Villanueva, cabe Villafranca, el dicho *cabaillero* dijo al Rey: «*Á senor rey alevoso, vasallo traidor*»; é dichas estas palabras, echóle de la peiña abajo. É ansí murió el dicho Rey en el año de 1076 años» (2).

---

(1) «*Fuit occisus Sancius Rex Garsea in Pennalem. Era 1114* (año 1076). (*Chronicon Burgense*, *España Sagrada*, 23, 309.)

»*Interfectus est Rex Sancius filius Regis Garsiæ et Reginæ Stephaniæ in Pinalem.* (*Annales Compostellani*, ibid., 320.)

»Mataron al rey D. Sancho en Pennalen. (*Anales Toledanos segundos*, ibíd., 385.)

»*Et Rex Garsias habuit duos filios, Regem Sancium quem sibi ordinaverat successorem, sed fuit occisus in Pœnalem.* (*De rebus Hispaniæ*, lib. v, cap. XXIV.)

»É matáronlo en Peñalen.» (*Crónica General.*)

Vid. Moret, *Anales del Reyno de Navarra*, lib XIII, cap. III, é *Investigaciones históricas*, libro III, cap. IV.

(2) *Crónica de los Reyes de Navarra*, *escrita por D. Carlos*, *Príncipe de Viana*, *y corregida en vista de varios códices*, *é ilustrada con notas por D. José Yanguas y Miranda*..... Pamplona, 1843, imp. de T. Ochoa, pág. 66.

Esta narración, como se ve, es diametralmente contraria á la que aceptó el P. Mariana siguiendo á Garibay, y amplificó con retórica elegancia, según su costumbre:

«El rey D. Sancho de Navarra tenia un hermano, llamado D. Ramon; los dos, aunque eran hijos de un padre y de una madre, en las condiciones y costumbres mucho diferenciaban: don Ramon era de suyo bullicioso, amigo de contiendas y de novedades; ninguna cuenta tenia con lo que era bueno y honesto á trueque de ejecutar sus antojos. Arrimábansele otros muchos de su misma ralea, gente perdida, y que, consumidas sus haciendas, no les quedaba esperanza de alzar cabeza si no era con levantar alborotos y revueltas. Con la ayuda déstos pretendia don Ramon apoderarse del reino; ambicion mala y que le traia desasosegado. El Rey era amigo de sosiego, muy dado á la virtud y devocion, como consta de escrituras antiguas, en que á di-

Aunque este relato no sea el más conforme á lo que pasa por verdad histórica entre los cronistas navarros posteriores al Príncipe, es, sin duda, el más dramático, y por eso Lope le prefirió, con buen acuerdo, á la versión, que también conocía, de Garibay y Mariana. Pero hubiera hecho muy bien en reducir su tragedia á este conflicto de amor, de celos y de venganza, en vez de complicarla inútilmente con otro episodio romántico é interesante en sí mismo, pero que tiene el capital defecto de romper la unidad de la obra y desviar por largo tiempo la atención de lo que debía ser el principal asunto.

Todo el primer acto, aunque muy bien escrito y versificado, huelga ó poco menos, como se verá por su simple exposición. Muerto el Rey de Navarra, D. García, su corte se divide en bandos sobre la sucesión al trono, favoreciendo unos á la Reina viuda y al infante que lleva en sus entrañas, y otros á D. Sancho, hermano del muerto. Cabezas de una y otra parcialidad son los dos hermanos Guevaras, don Martín y D. Ramón. Este segundo tiene que ceder y expatriarse, no sin anunciar fatídicamente á su hermano que la Providencia ha de castigarle por el apoyo que presta á la usurpación de D. Sancho. Éste es proclamado rey, y premia á D. Martín con todo género de mercedes, haciéndole, entre otras cosas, su Mayordomo mayor. Doña Elvira protesta del despojo en un magnífico romance, pero ve desestimadas sus quejas; y temerosa de que quiera atentarse contra su vida, huye, disfrazada en traje humilde, por los montes de Navarra, donde la sorprenden los dolores del parto, que Lope, con su genial atrevimiento, no duda en poner en escena. Un labrador que acertaba á pasar por aquel paraje recoge al niño y se le lleva á D.ª Blanca Cruzate, señora de Peñalén y mujer de D. Martín. Hay en todo esto claras reminiscencias de otra comedia de Lope, *El Testimonio vengado*. En conjunto, este primer acto es un cuento agradable, escrito con sencillez y ternura, pero no se en-

---

versos monasterios de su reino hizo donaciones de campos, dehesas y pueblos. Tenia en su mujer, D.ª Placencia, un hijo, por nombre D. Ramiro, de poca edad, que le habia de suceder en el reino, y no falta quien diga tuvo otros dos hijos, hasta llamar al uno D. Garcia, y al menor de todos no le señalan nombre. De lo uno y de lo otro formó ocasion D. Ramon para alzarse contra el Rey; decia que con su mucha liberalidad, que él llamaba prodigalidad y demasia, disminuia las rentas reales y enflaquecia las fuerzas del reino, como de ordinario los malos á las virtudes ponen nombres de los vicios á ellas semejantes: ¡gran perversidad! Demás desto, el Rey era viejo; los hijos que tenia, de poca edad; esto dió ánimo al que ya estaba determinado de declararse, y con la ayuda de sus aliados se alzó con algunos castillos, principio de mayores males. Acudió el Rey á ponelle en razon; mas visto que por bien no se podia acabar cosa ninguna, le pusieron acusacion, y en ausencia, por los cargos que contra él resultaban, le declararon por enemigo público y le condenaron á muerte. Con esto quedaron por enemigos declarados, y cada cual de los dos procuraba dar la muerte al contrario..... El Rey estaba en la villa de Roda; el traidor, secretamente, se fué allá bien acompañado, y hallado el aparejo que buscaba, alevosamente le dió la muerte. El arzobispo D. Rodrigo no hace mencion de todo esto, puede ser que por no manchar su nacion y patria con la memoria de caso tan feo.» (Lib. IX, capítulo XII.) Cf. Esteban de Garibay, lib. XXIII, cap. I.

laza ni poco ni mucho con la historia de D. Sancho, el de Peñalén, como no sea por el presagio ó amenaza que D. Ramón fulmina contra su hermano.

La verdadera tragedia, idéntica en muchos rasgos á la romana de Lucrecia, está en los dos actos últimos, compuestos con singular rapidez, concentración y nervio. Ábrese el segundo con las rústicas alegrías del bautizo del incógnito príncipe, á quien sirve de padrino su propio tío, el rey D. Sancho, que llega cazando á las inmediaciones del castillo. La hermosura de D.ª Blanca excita en él una súbita y torpe pasión, y para satisfacerla no encuentra modo mejor que enviar á su marido como general á la frontera de Castilla, aprovechándose de su ausencia para deshonrarle. A la noche siguiente, el Rey, sobornando á los criados de D.ª Blanca, se introduce en su cámara. Hace la dama muy honrada resistencia; amenázala el Rey con una daga, y cae oportunamente el telón cuando los dos están forcejando, y don Sancho exclama, sin duda para que nadie dude de lo que va á pasar:

¡Déjame aquí ser Tarquino,
Y serás después Lucrecia!

El acto tercero es de imponente y bárbara grandeza. Vuelve D. Martín á su castillo, y admírase de ver sus muros cubiertos de negros paños, y enlutados también sus servidores:

¿Cómo hay tanto luto negro
Si no es muerta doña Blanca?

Doña Blanca se le presenta por fin, cubierta de luto de la cabeza á los pies, como «dueña del estrado de la muerte»; y en un diálogo que frisa con la más alta elocuencia trágica, declara á su esposo que «ha muerto su honor» por infame hazaña del rey D. Sancho. Oportunamente se mezclan en esta angustiosa confesión, envolviéndola en una nube de siniestra poesía que aminora su crudeza, elementos del mundo sobrenatural: sueños, sombras y espantosos agüeros: el león que baja del monte de Peñalén, los vidrios que por sí mismos se quiebran, la perrilla que anda ladrando por los rincones de la casa, y, finalmente, este sublime rasgo, digno de Shakespeare:

Iba á rezar, no podía.....

Todo el diálogo está conducido con un arte que, no por ser espontáneo, deja de causar asombro. Parece que la mujer y el marido procuran á porfía retardar la última y terrible explicación; la una contando fatídicas visiones,

(No te cuento aquestas cosas
Porque las creas, ni hagas
Conjetura en tus desdichas,
Mas sólo por dilatallas;
Que, tardándose las nuevas,
Parece que el mal se tarda),

el otro razonando con aparente tranquilidad sobre estos fúnebres presagios. Cuando D.ª Blanca llega al término de su plática, quiere matarse con la propia daga que el Rey dejó caer sobre su lecho; pero antes de lograrlo cae en tierra desmayada, y su marido jura vengarla:

¡Por la cruz de aquesta espada,
Que no volveré á la guerra,
Ni á Sangüesa, ni á Vizcaya,
Hasta que cobre mi honra
Y vos cobréis vuestra fama!.....
¡Ah, fiero don Sancho! ¡Aguarda,
Aguarda, tirano fiero!
¡Mal haya el día, mal haya
El punto en que por su Rey
Hice jurarte á Navarra!
¡Quebráraseme la boca
Cuando el día de Santa Ana
Besé tu mano en Tudela
Y te di el cetro en Tafalla!.....

La escena se traslada á los riscos de Peñalén, donde se reconcilia D. Martín con su hermano D. Ramón, que hacía vida semisalvaje, cubierto de pieles de fieras, y conciertan entre ambos el despeñar al Rey, de tal modo que su muerte parezca casual. Las palabras que pronuncia D. Martín en el momento de su venganza son las mismas, á modo de proverbio, que leemos en la *Crónica* del Príncipe de Viana: «*Á rey traidor, villano caballero*» (1). El cadáver es conducido al castillo de don Martín y depositado en el propio tálamo de D.ª Blanca, para que dé testimonio de su inocencia:

DON RAMÓN.

Vos no habéis perdido nada,
Y á quien lo contrario siente,
Le sustentaré que miente,
En el campo, con la espada:
Y esto es muy llana verdad;
Que no puede haber deshonra
Donde da voces la honra
Y falta la voluntad.

Al final, Lope suelda las dos acciones dramáticas, haciendo reaparecer á la fugitiva reina D.ª Elvira, en cuyo hijo recae la sucesión de la corona, aunque todo esto sea contrario á la historia.

---

(1) Debe enmendarse, conforme á este texto, la equivocada puntuación que tiene este verso en nuestra edición, pág. 157, columna primera, línea 6.ª Otra errata noto en la pág. 158, columna segunda, línea 3.ª: *ciñáis*, por *tiñáis*.

Con razón dice Grillparzer (17, 130) que este drama es excelente en sus partes capitales. Y, ciertamente, que si pudiera reducirse á la mitad, suprimiendo todo el cuento pueril del parto de D.ª Elvira, poco le faltaría para rivalizar con las grandes creaciones del teatro histórico de Lope, tales como *El mejor Alcalde el Rey*, *Peribáñez*, ó *La Estrella de Sevilla*.

Aquel gran plagiario, Matos Fragoso, que tantas piezas de Lope estropeó, poniéndolas en su crespo y revesado estilo, hizo una refundición de esta comedia con el título de *La venganza en el despeño, y tyrano de Navarra*, impresa en la Parte 34 de *Comedias escogidas* (1670). Conservó la duplicidad de acción, no remedió en nada el desorden de la fábula, y con su mal gusto habitual cercenó los trozos más poéticos. Un mal entendido escrúpulo le hizo suprimir la violación de doña Blanca, debilitando con ello la acción dramática de la venganza de su esposo, sin que valgan para llenar este hueco las nuevas situaciones que imaginó, ó que más bien copió servilmente de *García del Castañar*, cuyo pensamiento es tan diverso.

V.—EL HIJO POR ENGAÑO Y TOMA DE TOLEDO.

Esta pieza rarísima se halla sólo en una *Segunda parte* «extravagante», de Barcelona *(Doce comedias nuevas de Lope de Vega Carpio y otros autores)*, impresa en 1630. Lleva allí el nombre de Lope, y por eso, y por no hallar prueba material en contrario, la hemos dado hospitalidad en esta colección; aunque, en verdad sea dicho, es un aborto tan informe y disparatado que se nos hace muy duro atribuírselo á Lope ni aun delirando. Lope había compuesto una comedia sobre *El cerco de Toledo*, y la cita en la primera lista de *El Peregrino*: quizá por la semejanza de título y asunto se imprimió á su nombre este monstruoso engendro dramático, que á lo sumo puede ser refundición bárbaramente hecha de su obra. El texto es estragadísimo, y en muchos casos apenas ofrece sentido; pero tampoco vale la pena de emplear muchos esfuerzos para mejorarle.

Lo menos mal escrito, y lo que á veces recuerda la manera de Lope, es el acto primero. Tienen animación é interés, y aun relámpagos de poesía, las escenas en que se describen la rivalidad entre los dos hermanos, D. Sancho y D. Alfonso, la reclusión de éste en el monasterio de Sahagún, el contraste entre su profesión monástica forzada y los arranques inquietos y belicosos de su condición nativa, entre el hábito blanco de los bernardos y la secreta voz que le empuja hacia Toledo:

> ¡Venga una lanza ó estoque,
> Venga un espaldar, un peto,
> Mi celada, mi caballo,
> Mi escarcela, mi coleto!.....
> Estos hábitos me estorban:
> ¡Fuera; que mis pensamientos,
> Como son de rey, no caben

En lugares tan pequeños!
¡Toquen al arma mis cajas,
Ármense mis escuderos,
Y los toledanos muros
Vengan á soplos al suelo!.....
No quedéis con pena, Abad,
¿No veis que voy á Toledo?

Puede reconocerse también la mano del gran ingenio en la ejecución franca y viva, aunque desaliñada, de algunos cuadros del acto segundo, relativos á la estancia del fugitivo Alfonso en la corte de Aldemón, rey moro de Toledo. Pero toda la curiosidad que despiertan estos recuerdos tradicionales, de suyo tan poéticos, se desbarata y pierde en mal hora con la intercalación de una ridícula intriga, concerniente á un supuesto hijo natural de Alfonso VI (y que resulta serlo de Aldemón), el cual, después de haber renegado de la fe, muere mártir en Toledo.

La parte histórica de esta obra está principalmente tomada de la *Crónica General*, como puede juzgarse por el siguiente extracto, en que seguiremos el texto de Ocampo (1):

«La Infanta doña Urraca, quando oyó dezir que su hermano el Rey don Alfonso era preso, ovo miedo que le matarie su hermano el Rey don Sancho, por tal de tomar el reino: fué quanto más pudo para allá con el conde Peransurez, e consejáronle quel sacasse de la prision a preyto que se fiziesse monge en San Fagun, e el Rey otórgelo e assí fué, con prazer del Rey don Sancho, que ovo el Rey don Alfonso a ser monge más por premia que por grado. Despues desto ovo don Alfonso su consejo con don Peransurez, e salióse de la noche de la mongia, e fuesse para Toledo al rey de los moros, que avie nombre Alimaymon: e el moro acogiol muy honradamente, e diol muchos dones, e visco con él fasta que el Rey don Sancho fué muerto..... E tres hermanos de los más nobres de Leon, fuéronse para el Rey don Alfonso para Toledo, por mandado de doña Urraca, su hermana, quel guardassen e quel consejassen, ca non quisieron ser vassallos del Rey don Sancho: e fueron éstos: Peransurez, e Gonzalo Ansurez, e Ferrando Ansurez; pero dize don Lucas de Tuy, que fueron con prazer del Rey don Sancho, e que por la voluntad de Dios, Alimaymon, rey de Toledo, pagóse tanto del Rey don Alfonso, que lo amó como si fuesse su fijo: e diol muy grandes averes: e fizol mucha honra: e jurol e fizol pleyto é omenaje que siempre le honrasse e guardasse mientra que con él fuesse: e este pleyto fizo á él otrossí el Rey don Alfonso. Desi fizo lluego Alimaymon grandes palacios e buenos acerca del alcázar, fuera del muro, porque non le fiziesse ninguno de la cibdad pesar, nin a ninguna de sus compañas; e esto era cerca de una su huerta, porque saliesse y a folgar quando quisiesse. E el Rey don Alfonso, viendo el bien e la merced de aquel rey Alimaymon, e de como era señor de gran cavalleria

(1) Páginas 211, 212 y 217 vta. á 218, de la edición de Valladolid, 1604.

de moros, e de la más noble cibdad que en el tiempo de los Godos fué, començó a aver muy gran pesar en su coraçon, e de cuydar cómo la podríe sacar de poder de moros, si Dios le diesse tiempo en que gelo podiesse facer: e con esto guerreava e lidiava con los reyes moros que eran enemigos de Alimaymon, que era el rey de Cordova, e era muy bien andante, e fazie en ello como devie. E cuando eran pazes iba a caçar por las montañas e por las riberas de las aguas craras.

»En aquel tiempo avie en ribera de Tajo mucha caza de ossos, e de puercos, e de otros venados, e don Alfonso andando á caza Tajo arriba, falló un logar de que se pagó mucho, que avie nombre Bryguega: e porque era logar vicioso e de mucha caza, e avie y buen castiello para contra Toledo, pidió al rey Alimaymon aquel logar, e él diógelo: e puso él allí sus monteros e sus cazadores christianos: e fincó el logar por suyo.

»Despues desto fuesse un dia el rey Alimaymon para su huerta con gran compaña de moros para aver y su solaz: e tovo mientes a la cibdad e asmó por quál guisa podrien ganar christianos tal cibdad como aquella: e quando el rey ovo mucho andado por la huerta cuydando en esto, el Rey don Alfonso yazie so un árbol como que dormie: e oyó como el rey Alimaymon tomava consejo con sus moros si podríe ser presa por fuerza aquella cibdad tan fuerte: e respondió uno dellos en esta guisa: «Si a essa cibdad fuesse tollido el pan e las vendimias e las frutas siete años »unos empos otros, estando todavia cercada, al otavo año bien podríe ser presa por »mengua de viandas.» E el Rey don Alfonso retovo todo esto en su corazon. Despues desto, otrossí acaesció que un dia por una Pascua de los moros quando ellos matan el carnero, salió el rey Alimaymon con gran compaña de sus moros para ir degollar el carnero a aquel logar do avien costumbre de degollarle: e salió con él el Rey don Alfonso con sus compañas de christianos para honrarle: e don Alfonso era muy fermoso cavallero a fiera guisa, e de muy buenas mañas: e pagáronse mucho dél los moros: e andando él con Alimaymon, dos moros que venien empos ellos, dixeron uno á otro: «¡Qué fermoso cavallero es este christiano e qué de bue»nas mañas ha, e meresce ser señor de gran tierra e de todo bien!» E respondiol el otro moro e dixol: «Yo soñava esta noche que este Alfonso que entrava por Toledo »cavalgando en un puerco.» E dixol el otro moro: «Sin falla éste ha de ser señor »de Toledo.» E ellos esto fablando, alzáronse los cabellos al Rey don Alfonso todos arriba: e dize don Lucas de Tuy, que el rey Alimaymon, que era rey de Toledo, que gelos aprimie ayuso con la mano para allegárgelos, mas los cabellos que se le alzaban más e más a suso. E pues que el carnero fué degollado tornáronse a la villa: e el rey Alimaymon, quo oyera bien quanto los dos moros dixeron, fízoles llamar e mandóles que dixessen qué era aquello que dezien quando yvan degollar el carnero, e ellos contárongelo todo. E el rey, quando esto oyó, mandó venir todos sus sabios ante sí, e contógelo todo segun aquellos dos moros avien dicho, e de como se le ergían los cabellos arriba al Rey don Alfonso. E los moros sabios, quando esto oyeron, entendieron como don Alfonso avie de ser señor de Toledo: e consejáronle que lo matase: e el rey dixo que lo non farie, mas que se servirie dél

en guisa que le non viniese ende daño, e non quiso quebrantar la jura que avie fecha, lo uno porque le amava muy de corazon, e lo ál porque le avie fecho gran servicio; e embió el rey por don Alfonso, e mandol que jurasse que mientra que él visquiesse que non fuesse contra él, nin contra sus fijos, nin les viniesse mal por él ninguno: e el Rey don Alfonso jurógelo, e prometiol que fuesse con él contra todos los omes del mundo que fuessen contra él: e de aquella hora en adelante fué el Rey don Alfonso más su privado del rey Alimaymon, e más su amigo. E el Rey don Alfonso avie en essa sazon por su consejero al conde don Peransulez, e guisávasse por el su consejo.....»

«Despues que todas estas cosas que dichas avemos fueron pasadas, doña Urraca embió mucho en poridad a Toledo a su hermano el Rey don Alfonso que veniesse quanto más pudiesse a rescebir los reynos de Castiella e de Leon, e que sopiesse por verdad que era muerto su hermano don Sancho, e embió mandaderos que fuesse esto tan en poridad que los moros non lo sopiessen nin lo entendiessen, que dixo que non podrie ser que non prisiessen al Rey don Alfonso si los moros lo entendiessen: porque este era el ome del mundo que ella más amava..... Mas unos omes malos a los que agora dizen *enaziados*, que van descobrir a los moros lo que los christianos cuydan fazer, quando sopieron de la muerte del Rey don Sancho, fueron luego dezirlo a los moros, e don Peransurez era ome entendido, e sabie muy bien de algaravia: e cavalgava cada dia quanto tres *migeros* (1) fuera de Toledo a solazarse, e por ver si venie alguno de contra Castiella, que le contase algunas nuevas: e aconteció que un dia salió un ome que le dixo que venie con mandado al rey Alimaymon, rey de Toledo, en como era muerto el Rey don Sancho: e don Peransurez sacol fuera de la carrera como en razon de fablar con él, e cortol la cabeza: desi tornóse a la carrera e falló otro que vino con esso mesmo, e descabezol otrossí: pero non pudo ser que lo non sopiesse Alimaymon, rey de Toledo. Tornó de cabo don Peransurez a la carrera, e falló los mandaderos de doña Urraca, que le contaron todo el fecho assí como pasara, e él tornóse luego para Toledo, e guisó quanto más pudo todas las cosas que avien menester en como se viniesse el Rey don Alfonso. E dize el arzobispo don Rodrigo que llegaron otro dia los mandaderos de los castellanos al Rey don Alfonso. Peransurez e sus hermanos, temien que si Alimaymon, moro rey de Toledo, sopiesse de la muerte del Rey don Sancho, que prehenderie a don Alfonso, e que averie a fazer con él fuertes posturas: otrossí si gelo encobriesse él, e por otra parte si lo sopiesse, que serie aun peor. E ellos estando en esta duda, e el Rey don Alfonso fiando en Dios, recudióles desta guisa: «Amigos, yo vine a este moro e recibióme él honradamente, e dióme todas las co»sas que ove menester muy complidamente, e tóvome en logar de fijo; pues ¿cómo »le podré encobrir la merced que Dios me faze?» E fuesse luego al rey e contógelo todo; pero dize don Lucas de Tuy, que non le quiso dezir nada de la muerte del

(1) Millas.

Rey don Sancho, mas que gelo dixo que querie yr a su tierra si lo toviesse él por bien de le dar alguna ayuda de sus cavalleros por acorrer a sus vassallos, que eran en gran cuyta con el Rey don Sancho, que los guerreava. E dixol Alimaymon, rey de Toledo, que se guardasse de yr allá, ca se temie que le prenderie mucho ayna su hermano: e estonces le respondió el Rey don Alfonso que bien sabie él las mañas e las costumbres del hermano, e que se non temerie dél si él quisiesse darle ayuda de moros. E dize quel gradesció Alimaymon, porque le dixo quel querie yr a su tierra, ca él bien sabie ya todo el fecho en como era. E el rey Alimaymon mandara tomar todos los caminos e todos los passos al Rey don Alfonso si se querie yr antes que gelo fiziesse saber; pero non sabie aun cosa cierta de la muerte del Rey don Sancho: e demás cuydó que non era verdad lo que le ende dixera, pues que el Rey don Alfonso non gelo dezie. E el Rey don Alfonso, temiendo que avie ganado mandamiento de Alimaymon, rey moro, de yrse, por aquello que le dixera «vete agora», salióse luego del palacio e fuesse su via: desi tomáronle sus vassallos e descendiéronle por cuerdas por somo del muro, e cavalgaron e anduvieron toda la noche: e Alimaymon, rey de Toledo, non sabiendo desto nada, preguntó á los moros: «¿Por »ventura ha avido mandado que es su hermano muerto?» E estonces ovieron su acuerdo de prenderle otro dia en la mañana porque nunca les viniesse dél mal ninguno. E quando fué mañana, embió Alimaymon sus monteros que prendiessen al Rey don Alfonso. E quando non lo fallaron tornáronse a él e dixérongelo: pero aquí dize el arzobispo don Rodrigo que sopo el rey Alimaymon quando se fué el Rey don Alfonso, e que salió con él con todos los mayores de su palacio: e quel escurrió (?) fasta el monte que llaman agora Valtome, que avie nombre la sierra del dragon: e que le dió allí muchos dones e grandes averes, e espediéronse allí el uno del otro con grande amor, e tornóse el Rey don Alfonso honradamente para su tierra; mas pero esto non sabemos ciertamente si fué ansí: e lo que non sabemos non lo queremos afirmar.»

Hasta aquí la *Crónica General*, que sigue con bastante fidelidad al arzobispo don Rodrigo y al Tudense, procurando concordarlos según su costumbre (1), aunque en lo relativo al modo como D. Alfonso salió de Toledo, sus relatos son enteramente contradictorios.

Falta, como se ha visto, lo mismo en la *General* que en sus fuentes, el cuentecillo, no muy antiguo, pero vulgarísimo, del plomo derretido y de la mano horadada, que no se descuidó de utilizar Lope, ó quienquiera que fuese el autor de esta comedia,

---

(1) Faltan, sin embargo, á lo menos en la *Crónica* impresa, aquellas nobles y caballerescas palabras que D. Rodrigo pone en boca del Rey moro de Toledo, cuando D. Alfonso le declaró francamente la noticia de la muerte de su hermano y su deseo de volver á Castilla: «*Gratias ago Deo altissimo*, *qui me ab infamia liberare*, *et te a periculo voluit custodire*; *si enim*, *me inscio*, *aufugisses*, *captionem aut mortem nullatenus evasisses. Nunc autem vade*, *et accipe regnum tuum*, *et de meo accipe aurum*, *argentum*, *equos et arma*, *quibus possis tuorum animos complanare.*» *(De rebus Hispaniæ*, lib. VI, cap. XIX.)

y después de él Luis Vélez de Guevara, para una de las llamadas burlescas ó de disparates, *El rey D. Alfonso, el de la mano horadada* (1), que es de las más chistosas dentro del género á que pertenece (2).

Aquí, como en otros casos, la leyenda degeneró visiblemente. Pobres y raquíticas parecen la invención del plomo derretido y la estratagema de herrar los caballos al revés, cuando se comparan con la bizarra competencia de generosidad entre el cristiano y el moro, á que nos hace asistir la *Crónica General*, y cuya última escena, que es quizá la más hermosa, conviene transcribir aquí para estímulo de la fantasía de futuros poetas, ya que hasta ahora ha logrado tan poca fortuna con los nuestros el magnánimo conquistador de Toledo:

«En el segundo año del reynado del Rey don Alfonso, que fué en la era de mil e ciento e noventa años, el Rey de Cordova guerreava a Alimaymon, Rey de Toledo, e fízole gran daño en la tierra, e tenialo cercado en Toledo, e sopol el Rey don Alfonso, e sacó su hueste muy grande, e fué en ayuda del Rey de Toledo. E él, quando sopo que venie con tan gran hueste, cuydó que venie sobre él, e querie passar la jura, e la postura que con él avie: e fué muy espantado, e con gran miedo que ovo, embiol dezir que se acordasse del amor e de la honra que le fiziera, e de la postura que avie con él, e que le rogava e pedie merced que oviesse paz con él. E el Rey don Alfonso detuvo los mensageros, que non le embió dezir nada, e fué entrando por la tierra non faziendo ningun mal ni daño. E quando llegó á Ulías (Olías), mandó posar toda su hueste. E el Rey de Cordova, quando sopo que venie el Rey don Alfonso, levantose de sobre Toledo, e los de Toledo salieron tras él, e fiziéronle muy gran daño.

»Desque el Rey fizo posar su hueste muy cerca de Ulías, mandó llamar los mensageros del Rey de Toledo, e tomó cinco cavalleros, e fuesse para Toledo con ellos: e quando llegó á Bisagra, una puente que dizen assí, los mensageros que yvan con él, fiziéronlo acoger dentro en la villa: e desque fué dentro, mandó al uno de los mensageros que fuesse dezir al Rey como estava él ahí: e en tanto andovo para el Alcázar: e el mensagero fuelo dezir al Rey: e quando lo sopo non quiso atender bestia, e recudió de pie del Alcázar, e salió contra él: mas quando él salió, ya el Rey don Alfonso llegaua al Alcázar: e fuéronse abrazar amos a dos: e el Rey de Toledo besaua mucho al Rey don Alfonso, e fablaron amos en uno, e fizol mucha honra el Rey Alimaymon. E esta noche fincó el Rey don Alfonso con el Rey Alimaymon, e fablaron amos en uno, agradesciendo él a Dios mucho lo que fiziera el Rey don Alfonso, e otrosí la lealtad dél en le acorrer e en se membrar de la jura e postura que con él posiera: toda aquella noche ovieron prazer e gran solaz: e fué grande

(1) Impresa en 1662 en la Parte 18 de *Comedias nuevas escogidas*.

(2) Hablando de esta conseja, exclama el P. Mariana (lib. IX, cap. VIII): «Invención y hablilla de viejas, porque ¿cómo podían tener tan á mano plomo derretido, ni el que mostraba dormir, disimular tan grave dolor y peligro? La verdad, que le llamaron así por su franqueza y liberalidad extraordinaria.»

la alegria que ovieron todos los de Toledo por el amor quel Rey don Alfonso avie con su señor, e tovieron quel fiziera gran locura en se meter assí en poder de moros.»

«Otro dia de mañana rogó el Rey don Alfonso á Alimaymon que fuesse comer con él a Olías, e verie como le venie ayudar. E fuéronse amos con poca compaña para Olías, do estava la hueste: e quando los de la hueste vieron a su señor, ovieron gran prazer. E veyendo otrosí todo el real, tomó el Rey Alimaymon muy gran prazer. E desque ovieron assí andado una pieza, asentáronse a comer en una tienda del Rey don Alfonso, que era muy grande; e estando comiendo, mandó armar en gran poridad el Rey quinientos cavalleros, e que cercassen la tierra enderredor: e el Rey de Toledo, quando vió aquellos cavalleros armados e la tienda cercada, ovo muy gran miedo, e preguntó al Rey qué querie ser aquello: e el Rey don Alfonso dixo que comiesse, que despues gelo dirie. E despues que ovo comido, dixol: «Vos me »fezistes facer preyto e jura quando me teniedes en Toledo en vuestro poder, que »nunca de mí vos veniesse mal; agora, pues sodes en mi poder, quiero que me soltedes »la jura e el preyto que con vusco fize.» E el Rey de Toledo dixo que le prazie e que non le fiziesse otro mal. E estonce diol por quito tres veces. E desque esto ovo fecho, mandó el Rey traer el libro de los Evangelios, e dixo al Rey de Toledo: «Pues vos sodes en mi poder, yo vos quiero jurar e prometer de nunca yr contra vos »nin contra vuestro fijo, e de vos ayudar contra todos los omes del mundo: e fago »vos esta jura porque avie razon de quebrantar la que vos fiziera estando en vuestro »poder, e agora non he razon de la quebrantar nin de yr contra ella, pues la fago »estando vos en mi poder como agora estades, que puedo yo fazer de vos como qui»siere.» E estonces puso las manos en el libro, e iuró de nunca yr contra él, e de lo ayudar, segun que de suso contamos. E desque esto ovo fecho, dixo como querie yr fazer mal al Rey de Cordova por el mal que quisiera a él, e mandó a sus cavalleros que se fuessen a sus possadas. Mucho fué alegre el Rey de Toledo por lo que el Rey don Alfonso fizo, e por la lealtad que mostraua contra él. E esta noche fincaron amos en uno: e otro dia fuese Alimaymon para Toledo, muy alegre por el bien que Dios le avie fecho de averlo con el Rey don Alfonso tan complidamente.»

VI.—LA VARONA CASTELLANA.

Anterior á 1604, puesto que está citada en la primera lista de *El Peregrino.* Impresa en la *Novena parte* de las comedias de Lope (1617).

Mézclanse en *La Varona castellana* una parte de historia general y una leyenda genealógica. Pasa la acción en el reinado de D.ª Urraca de Castilla, cuyos principales acontecimientos se ponen en escena con espíritu manifiestamente favorable á aquella princesa, comúnmente infamada de liviana en nuestras historias. Lope, que para este género de pecados tenía la manga muy ancha, manifiesta además no dar crédito alguno á la antigua tradición injuriosa, que, autorizada en parte por las reti-

cencias de la *Historia compostelana* (1), y en términos expresos por el arzobispo D. Rodrigo, que atribuye á D.ª Urraca ilícitos tratos con los condes D. Gómez de Candespina y D. Pedro de Lara (2), pasó á noticia del vulgo en la *Crónica general*, donde sin ambages se cuenta que «la Reyna consentió al Conde (de Candespina) lo que quiso, en poridad, mas non por casamiento....., é ovo de ella un fijo á furto, que ovo nombre don Ferran Furtado..... É el Conde don Pedro de Lara, otrosí ganó entonces en su poridad el amor de la Reyna, é fizo en ella lo que quiso» (3). El P. Mariana, fantaseando artísticamente, á su modo, añade que «andaban el nombre del Conde y el de la Reina puestos afrentosamente en cantares y coplas», aunque de tales coplas y cantares, que ciertamente serían curiosos si existieran, nada digan los antiguos.

Es de notar que cuando Lope compuso su comedia no había empezado todavía aquella especie de reacción en favor de la virtud de D.ª Urraca, que produjo tantas apologías de ella en los siglos XVII y XVIII, al principio tímidas y condicionales, como la de Fr. Prudencio de Sandoval (4), después resueltas y absolutas, como las de los maestros benedictinos Berganza y Pérez, y los agustinos Flórez y Risco, sin contar al gran genealogista Salazar y Castro. Todos estos doctos y graves varones, ó movidos de simpatía hacia aquella infeliz mujer, víctima acaso, más que de sus propias

---

(1) «*Comes iste* (Petrus de Lara), *ut rumor ajebat, firmissima amoris catena Urracæ Reginæ obsequi solitus erat..... ob hoc ejus captio mœrorem atque tristitiam Reginæ generaverat.*» (*España Sagrada*, t. XX, pág. 270.)

(2) «*Sed Regina Urraca clanculo, non legitime, Comiti Gomitio satisfecit. Unde et Comes, quasi de matrimonio iam securus, cœpit agere bella Regni, et pro viribus Aragones propulsare, et genuit ex Regina filium furtive, qui dictus fuit Fernandus Furatus. Interim autem quidam Comes Petrus de Lara Reginæ gratiam clandestine provocabat. Quod voluit, impetravit, ut exitus confirmavit..... Petrus autem Comes de Lara, cum familiare commercium cum Regina indebite propalaret, sperans illud matrimonio confirmare, omnibus prœeminebat, et cœpit Regis officium exercere, et quasi dominus omnibus imperitare, sed magnates alii infamiam dominæ non ferentes, cœperunt ei resistere, et matrimonii propositum impedire.*» (*De rebus Hispaniæ*, lib. VII, cap. II.)

(3) Edición de Valladolid, 1604, fol. 317 vto.

(4) «Sé lo que dice el Arzobispo Don Rodrigo, lib. VII, cap. II, y que nació de la amistad de la Reyna con el Conde Don Gomez un niño, que se llamó Fernando Hurtado, y deste autor le tomaron los que lo afirman, autores toscos y modernos; que algunos destos tiempos, porque los ven mal enquadernados, con lenguaje antiguo, y estilo bárbaro, los admiten, creen y reciben como Evangelios. Ya digo que los bandos mortales entre castellanos y aragoneses, como á las manos, llegarian á soltar malas lenguas, y peores y temerarios juicios. Pudo la Reyna dar en tal flaqueza, que suele ser quando es moza la muger, hermosa, mal casada, perseguida de enemigos, que son las balas con que el demonio combate, derriba, impugna y expugna fuertes y roqueras murallas. Lo que firmemente puedo decir es que el apellido de Hurtado sonó muchos años despues entre los grandes de Castilla; y no se tomaria de ocasion tan atrasada, que tales furtos como éste se deben de haber hecho por las damas de Castilla.» (*Historia de los reyes de Castilla y de Leon, D. Fernando el Magno..... D. Sancho..... D.ª Urraca..... D. Alonso Séptimo.....* Pamplona, 1615. Segunda edición, Madrid, B. Cano, 1792; t. II, pág. 8.)

ligerezas, de las hablillas y malicias del vulgo, ó impulsados por espíritu de devoción monárquica, ó, finalmente, arrastrados por cierta injusta animosidad que parece haber movido generalmente la mano de los cronistas de Castilla contra el Rey de Aragón, D. Alfonso el Batallador (como si todavía persistiesen los antiguos odios regionales que impidieron á aquel grande y heroico Monarca realizar en el siglo XII la unidad de los Estados cristianos de la Península), procuraron atenuar ó borrar las sombras que empañaban la fisonomía de D.ª Urraca, y restablecerla en el crédito de honesta y piadosa princesa.

Pero en tiempo de Lope puede decirse que no había más que una voz, y ésta era enteramente adversa á dicha señora. Sólo en algún historiador de ciudades ó iglesias (en Colmenares, por ejemplo, excelente cronista de Segovia) encontraba, por motivos de agradecimiento local, algún defensor D.ª Urraca. Lo corriente era encarecer, como el P. Mariana, «sus mal encubiertas deshonestidades, sus apetitos desapoderados y sin término», y, finalmente, «su torpe y mala vida».

Sin entrar á decidir este pleito histórico, que siempre será muy obscuro, como todos los de su género, y que, tratándose de tiempos tan remotos, puede parecer á cualquier espíritu algo escéptico cuestión no menos difícil de resolver que la gran contienda que tuvieron D. Quijote y el loco Cardenio sobre el amancebamiento de la reina Madasima con aquel bellacón del maestro Elisabad, baste saber que Lope, ó por mero instinto poético, ó por hidalga cortesía y respeto á la sangre de nuestros reyes, ó bien por cumplir con aquella máxima suya, de que el honrar á las mujeres es deuda á que nacen obligados todos los hombres de bien, se adelantó á la crítica histórica de su tiempo y vino á presentar á D.ª Urraca con el mismo aspecto que habían de hacerlo los eruditos y concienzudos vindicadores del siglo pasado. No hay en su comedia rastro de inhonestos amoríos: el Conde de Lara aspira públicamente á la mano de la Reina después de disuelto su matrimonio por el Papa y publicado el divorcio, llevando Lope su conciencia histórica hasta el punto de hacer leer íntegro por un notario el texto de la bula de Pascual II. Candoroso alarde de documentación, que repitió en otras comedias, poniendo, por ejemplo, en la de Vamba la *ithacion* ó división de obispados atribuída á aquel Rey, y en *Las dos hermanas bandoleras* el privilegio de la Hermandad Vieja de Toledo.

Alfonso el Batallador sale bastante malparado en este drama, concebido desde un punto de vista exclusivamente castellano:

ÁLVARO.

Quiere don Pedro de Lara
Dar á Castilla su Rey;
Que es leal, y á toda ley
Su tierno Príncipe ampara.....

GÓMEZ.

Dime lo que el Conde intenta.

ÁLVARO.

Que salgamos de esta afrenta

Castellanos y asturianos,
Con las armas en las manos,
Puesto el agravio á su cuenta.....
Y, pues hay Rey, no es razón
Que con arrogancia tanta
Venga á poner Aragón
Sobre Castilla la planta.....

. . . .

VELA.

Alborótase Castilla
Con tener Rey de Aragón;
Que su altiva condición
Piensa que afrenta y humilla.
Casó con Alfonso Urraca,
Teniendo Castilla Rey.

ÁLVARO.

¿De qué derecho esa ley
El Rey aragonés saca?

VELA.

Si tenéis Rey, castellanos,
¿Cómo otro Rey permitís?.....

. . . .

Los hidalgos castellanos
Quieren, como es justa ley,
Poner á su niño Rey
El nuevo cetro en las manos.....

Repetidas veces se llama *rey extranjero* al conquistador de Zaragoza (1), y en D. Pedro de Lara se personifica la resistencia popular contra la invasión aragonesa:

Mas yo levantaré nuestra bandera
Bordada de castillos y leones,
Contra las barras que vencer espera,
Entre los castellanos escuadrones.....

Hay, pues, en esta obra un sentido histórico que en algún tiempo fué muy real, aunque fuese muy funesto. Expresión de esta malquerencia, que debió de ser mayor en las tierras fronterizas de Agreda y Soria, y que seguramente se acrecentó con los desmanes de los aragoneses en Castilla, de que nos informa, hiperbólicamente acaso, pero no sin algún fundamento de verdad, el anónimo de Sahagún, fué la extraña leyenda de *La Varona castellana*, de la fiera hembra de armas tomar, de quien se decía que cuerpo á cuerpo había rendido y hecho prisionero en los campos de Ba-

(1) Ver su leal antigüedad rendida
Á un *extranjero Rey*.....
¿Cómo dejé que se casase y fuese
Rey *un extraño*, aunque á Castilla pese?

rahona al propio invicto batallador Alfonso I. En otras dos obras suyas alude Lope de Vega á esta conseja, que debía de estar bastante divulgada en su tiempo:

Pero mejor se alaba el castellano
De la ilustre doncella
Que llamaron Varona,
Que al Rey aragonés prendió arrogante,
Origen del linaje Barahona.

(*La Filomena*, segunda parte.)

Y en el libro XIX de *La Jerusalén conquistada:*

Aquel soldado de gentil persona
(Prosiguió Garcerán), principio tiene
En el campo que llaman Barahona,
De donde ahora el apellido viene:
Honre Castilla la inmortal Barona,
Y el varonil furor el curso enfrene,
Pues que, venciendo un Rey fuerte y bizarra,
Ganó por armas de Aragón la barra.

Y en nota marginal añade: «La Varona castellana, que peleó toda una noche con el Rey de Aragón, y le venció y llevó preso.»

Con referencia á una genealogía de los Varonas, que se conserva ó conservaba en el archivo de su casa solariega, cerca de Villanañe (*Villañane*, dice constantemente Lope), en la provincia de Álava, y que fué compuesta en 1715 por un religioso de la Orden de San Agustín (Fr. Miguel de Varona), sobrino del décimonono poseedor de aquel mayorazgo, se publicó en el *Semanario Pintoresco Español* (1848, páginas 81-85), suscrito por D. Rafael Monje (conocido por algunas investigaciones arqueológicas sobre Burgos), un resumen de esta tradición, tan completamente ajustado al texto de la comedia de Lope, que no se puede menos de pensar, ó que el fraile genealogista la tuvo en cuenta, ó que con presencia de ella retocó su narración el articulista moderno. Hay, sin embargo, algunas circunstancias nuevas que no conviene omitir, y que deben proceder de la fecunda inventiva del bueno de Fr. Miguel, y son tales que bastarían para hacer reir á un muerto. No me fijaré en la disparatada fecha de 1065 (que se asigna á la supuesta batalla del llano de Atienza ó de los campos de Barahona), siendo así que D.ª Urraca no comenzó á reinar hasta la era 1147, que equivale al año 1109. Pedir cronología en libros genealógicos, es buscar cotufas en el golfo. Bástenos saber que después de su triunfo sobre el Batallador, premiado por Alfonso VII del mismo modo que refiere Lope:

(Vos, que como varón fuerte,
Fuistes varona de fama,
Dejad el nombre de Pérez
Y el águila de sus armas;

Llamaos, desde hoy más, Barona,
Y pondréis las mismas barras
Que trae el Rey de Aragón
Al escudo atravesadas;
Y estos campos, desde hoy,
Donde pasó esta batalla,
Se llamarán de Barona
Para mayor alabanza),

acomete otra porción de inauditas hazañas, arrojando *de tierra de Campos* (!) al *Miramamolín de Galicia* (sic), y apoderándose de los castillos de Dueñas, Torquemada y Magaz, *que agregó á sus estados*. En Dueñas (que, según el cronista, se llamaba entonces *Altura)* hizo construir D.ª María un puente, varias casas, una iglesia, y para habitación suya un magnífico palacio junto al río, donde habitaron luego las comendadoras de Santiago, con el título de la Santa Fe, hasta su traslación á Toledo. Después de todas estas proezas, y de otras que hizo en la Rioja, la Varona rindió su férreo pecho al yugo del amor, se casó con el infante D. Vela, y muerto éste en 1075 (continúa el horrendo anacronismo, que parece ya de poca monta en vista de todo lo restante), «mudó la ilustre viuda su domicilio, en compañía de su primogénito Rodrigo, al palacio de Villanañe, considerado como solariego de su preclara estirpe....., el cual fortificó con foso, puente levadizo, barbacana, almenas y cubos, en la conformidad que hoy día se ve, prescindiendo de innovaciones secundarias». Finalmente, determinó pasar en religión sus últimos días, haciendo alguna penitencia por tanta sangre de moros y cristianos como en su mocedad había derramado, y se retiró al monasterio de Oña, donde murió á los sesenta y tres años de su edad y ocho de su voluntaria reclusión. Y según el articulista que nos transmite todas estas noticias, designaba su lucillo ha poco tiempo esta inscripción, trazada en un arco del claustro mencionado: «*Aquí yace en paz la muy ilustre y valerosa capitana María Perez, conquistadora de reinos y provincias; las guerras por la espada la granjearon el timbre de Varon, que adquirió femenil Varona. Vivit cœlo illa quæ tot mauros et judeos in Hispania occidit.*» Finalmente, se nos comunica, tomado de un pergamino del archivo de Villanañe, el propio retrato de la Varona, con espada, casco y armadura de teatro, como los que sacaría Jusepa Vaca.

Los absurdos que hierven en esta narración no bastan para hacer enteramente inverosímil la existencia de una *virago* llamada D.ª María Pérez; pero también es posible que toda la historia proceda de una mala etimología dada á alguno de los pueblos (uno de Navarra y otra de Soria) que llevan el nombre de Barahona, ó bien á la antigua familia de este apellido, puesto que tal ha sido el procedimiento de formación en otros cuentos análogos.

Hablando de esta pieza, dice Grillparzer (1) que el primer acto está compuesto

(1) Tomo XVII de sus Obras completas, pág. 163.

en la mejor manera de las crónicas dramáticas de Lope; que el segundo puede pasar, pero que el tercero es endiablado *(ist vom Teufel)*. Hay exactitud en este juicio: las buenas escenas que hay en esta obra proceden de la historia generalmente: el dato pueril de las hazañas de la Varona podía dar muy poco de sí, pero hay que confesar que el poeta sacó todo el partido posible de este tipo, que en manos de un autor vulgar, de un Diamante ó de un Cañizares, fácilmente hubiera degenerado en caricatura. Conservó á la heroína cierto encanto juvenil, cierto desenfado de buena ley, cierta indefinible gracia poética, que la libra de caer en marimacho, como podía temerse de quien retrata con estas dos pinceladas su carácter:

Yo me muero por la guerra;
Piérdome por cuchilladas;
En dos desnudas espadas,
Toda mi gloria se encierra.....

Aunque transportada á los tiempos heroicos, esta figura de mujer «fuerte vencedora de hombres», tiene parentesco no muy remoto con la famosa *monja alférez*, pero es menos hombruna que ella, aunque se le asemeja en lo desaforada y duelista, en el brío y desgarro soldadesco, y hasta en el alarde que hace de rondar y galantear á las mujeres para encubrir mejor su sexo. La picante malicia de Lope explota tales situaciones con aquel mismo género de fuerza cómica que en Tirso admiramos, aunque pueda parecer disonante á los melindrosos oídos modernos. Circula por toda la pieza una suave corriente de ironía, sin la cual serían de todo punto intolerables las hazañas de una mujer que, entre otras cosas, amansa á un león y le ata á un pilar con la cinta que llevaba al cuello. Pero no hay que fiarse en apariencias: con su penetrante conocimiento de la naturaleza femenil, Lope acaba por hacer á su heroína enamorada y celosa, con lo cual se viene á tierra todo el castillo de sus valentías (1).

---

(1) Son varias las obras literarias modernas á que ha dado tema el turbulento reinado de D.ª Urraca, y en ellas puede observarse la misma pugna de opuestas tradiciones que divide á los historiadores al juzgar los actos de esta princesa. *El Conde de Candespina*, de D. Patricio de la Escosura (1832), novela del género de Walter Scott (con visibles imitaciones de *The Abbot)*, gira sobre la competencia de amor entre los Condes de Lara y de Candespina, apareciendo D.ª Urraca, si no enteramente frágil, á lo menos coqueta y algo ligera de cascos. *Doña Urraca de Castilla*, de D. Francisco Navarro Villoslada (1849), que su autor llamó *Memorias de tres canónigos* por haber aprovechado muchos materiales de la *Historia compostelana*, es obra de más estudio é importancia, y, para mi gusto, aventaja á la *Doña Blanca de Navarra* del mismo autor, aunque ha sido mucho menos celebrada. Admite sin reparos la tradición de las liviandades de D.ª Urraca, siendo sus amores con el Conde de Lara parte muy principal de la trama, que es complicada é interesante. Por último, García Gutiérrez, en su drama *Doña Urraca de Castilla* (1872), obra de su decadencia, pero todavía no indigna de su nombre, á lo menos por la nobleza del estilo y la dulzura de sus fáciles versos, se convirtió en paladín de la maltratada Princesa y en detractor injusto del Rey de Aragón, á quien supuso capaz de maquinar un crimen contra su entenado el niño Alfonso. Ignoro si *Doña Urraca*, drama histórico de D. Eusebio Asquerino, representado en 1838, se refiere á esta Reina de Castilla ó á la Infanta de Zamora.

VII.—LA CAMPANA DE ARAGÓN.

Citada en la primera lista de *El Peregrino* (1604). Publicada en 1622 en la *Décimaoctava parte* de las comedias de Lope. Reimpresa por D. Juan Eugenio Hartzenbusch en el tomo III de la colección selecta que formó para la *Biblioteca de Autores Españoles*.

En la dedicatoria á D. Fernando de Vallejo apunta nuestro poeta algunas consideraciones dignas de tenerse en cuenta sobre el drama histórico y sobre el sentido político de éste de *La Campana:* «La fuerza de las historias representada es tanto mayor que leída, cuanta diferencia se advierte de la verdad á la pintura y del original al retrato; porque en un cuadro están las figuras mudas, y en una sola acción las personas; y en la comedia, hablando y discurriendo, y en diversos afectos por instantes, cuales son los sucesos, guerras, paces, consejos, diferentes estados de la fortuna, mudanzas, prosperidades, declinaciones de reinos, y períodos de imperios y monarquías grandes..... Pues con esto nadie podrá negar que las famosas hazañas ó sentencias, referidas al vivo con sus personas, no sean de grande efeto para renovar la fama desde los teatros á las memorias de las gentes, donde los libros lo hacen con menos fuerza y más dificultad y espacio..... La obediencia y veneración al Rey muestra con sangriento castigo la presente historia: cuánto bien resulta de amarle y servirle, y cuánto mal de resistirle y desobedecerle..... Dió causa la inobediencia al Rey de Aragón para tan vivo ejemplo, y el consejo á la ejecución de tan notable castigo: de donde se colige cuánto importa á la vida y conservación del príncipe el prudente ministro y consejero.»

Aunque termina esta pieza con la catástrofe legendaria de la campana de Huesca, y de ella toma el nombre, en realidad es una crónica dramática que abarca sucesos de tres reinados: el de D. Pedro I, el de D. Alfonso el Batallador y el de D. Ramiro el Monje. Cada una de las jornadas tiene acción distinta, y el conjunto forma una verdadera trilogia.

Comprende el primer acto la batalla de Alcoraz; la aparición de San Jorge; las hazañas de D. Fortunio de Lizana, á quien el Rey da el apellido de Maza por lo mucho que en aquella jornada valieron las de sus trescientos montañeses; la derrota de los cuatro reyes moros, cuyas cabezas cortadas toma el vencedor por nuevas armas de su reino; y, en suma, todos los incidentes tradicionales de la conquista de Huesca, de algunos de los cuales dudó ya el prudentísimo Zurita (1). Completan la parte histórica de este acto la muerte y exequias del rey D. Pedro, á quien sucede

---

(1) «En la batalla estuvo..... un caballero que habia sido desterrado del Reyno, que se llamaba D. Fortunio, que *escriben* haber venido con trecientos peones de Gascuña con sus mazas, de las quales se aprovecharon mucho en aquella jornada; y porque fué de los que más se seña-

su hermano D. Alfonso el Batallador, presentado aquí con toda su grandeza épica, sin rastros del despego ó animosidad provincial que hemos advertido en *La Varona castellana*, salvo en un punto que notaré después.

Como personaje incidental aparece ya el infante D. Ramiro el Monje, cuyo extraño destino es lo que da unidad á la obra. El autor le presenta como un dechado de humildad y modestia religiosa, á quien sus superiores tienen que quitar la escoba con que se empeña en barrer el convento..... Su candor raya en simplicidad; él mismo se llama *bobo* é inocente; dice que no es estudiante ni se aplica á la lección de las Escrituras porque no sabe leer más que en romance, y ocuparse en menesteres tales como fregar y servir en la cocina. En tan abatido estado, un sueño profético le anuncia que será Rey de Aragón. Aguardemos su cumplimiento, puesto que el poeta, satisfecho con haber sembrado el germen de un carácter, hace desaparecer rápidamente esta figura, que tanto estudio requería para que resultasen racionales sus actos posteriores, y complica inútilmente la acción con las aventuras de una *varona aragonesa*, que sale en hábito de hombre, con capa gascona, espada y *pistolete*, una D.ª Elvira, hija adoptiva de D. Fortunio de Lizana, briosa cazadora de las montañas de Jaca,

Donde en el traje,
Como otra Atalanta nueva,
Ya salteador, ya montero,
Sigue los hombres y fieras
Ya pone al arco morisco
La jara llena de hierba,
Ya el acerado cuadrillo
Á la cristiana ballesta.
Ya sale gallarda al campo

---

laron en ella, *dicen* que de allí adelante le llamaron Fortunio Maza, y dexó este nombre á sus descendientes, que fueron muy principales ricos hombres.....

»Tambien en la historia de San Juan de la Peña se contiene que se apareció aquel dia á los cristianos San Jorge..... Pero assí como es muy notoria verdad que nuestro Señor obraba milagrosamente por sus siervos en aquellas necesidades, siendo tan pocos, y tan débiles las fuerzas de los cristianos, que peleaban con innumerables copias de infieles, y que en las batallas, por su gran clemencia y misericordia, eran confortados por diversas visiones de Santos, abogados de la Cristiandad, assí en lo demás bastará, si lo que parece verisímil se admite por verdadero; y fuera desto, lo que fuere más apacible á la opinion del vulgo, que se deleyta de cosas extrañas, ni pienso afirmarlo por constante ni contradecirlo.....

»En memoria desta tan grande y señalada vitoria mandó el Rey edificar en aquel mismo lugar una iglesia á honra y gloria de San Jorge, Patron de la caballeria christiana; *y escriven los autores modernos* que entonces tomó el Rey por sus armas y devisas la Cruz de San Jorge, en campo de plata, y en los quadros del escudo quatro cabezas roxas, por quatro reyes, y principales caudillos que en esta batalla murieron, y estas armas quedaron de allí adelante á los reyes de Aragon.» *(Anales de Aragón*, edición de 1669, t. I, pág. 32.)

Como el alba clara y bella
Lleva en albricias del sol
Lirios, rosas y azucenas,
Con su capa de sayal
Listada de varias sedas,
Aforrada en tela de oro,
Asida á un cordón de perlas,
Con un bonete de grana,
De armiños blancos las vueltas,
Que sobre el cabello hermoso
Descubren rizadas trenzas.
Sigue el conejo medroso,
Y esperándole en la cueva,
Mata, pensando que sale,
La matizada culebra,
Y al hombro, al acero atada,
Trae al fuerte, dentro della,
Los mal tragados gazapos,
Aun vivos después de muerta.
Ya debajo de algún fresno
Pasa la insufrible siesta.....
Ya mata el ligero gamo,
Ya el oso lascivo espera,
El jabalí colmilludo,
La liebre ó cabra montesa.
Ya vuelve al mostrarse Venus
En la vespertina estrella,
Requebrando las serranas
Que llevan cargas de leña.
Ya, en oyendo al enemigo,
A media noche despierta;
Si es contrario, le cautiva;
Si es caminante, le deja.

Este lindísimo trozo de romance puede servir como pequeña muestra de la gala poética que luce y campea en toda esta comedia, y que llega á encubrir ó hacer tolerable la falta de trabazón y unidad orgánica de que adolece.

Represéntanse en el acto segundo las principales acciones del reinado de D. Alfonso el Batallador, desde la conquista de Zaragoza hasta el desastre de Fraga, que el autor, con poca caridad y menos justicia poética, pero siguiendo una tradición harto arraigada en el vulgo castellano de la Edad Media (véase, por ejemplo, la Crónica del anónimo de Sahagún), atribuye á castigo del cielo por las profanaciones de templos y monasterios que se atribuían al Batallador, y por las cuales en esta comedia le increpa su hermano D. Ramiro, en el mismo tono y estilo de santo simple que afecta desde el principio, y que llega á su colmo en la escena en que por fuerza le obligan los ricoshombres á aceptar la corona, persiguiéndole por todos

los rincones del convento, y cazándole detrás de una puerta, como al emperador Claudio en el día de su elección, según cuenta Suetonio.

Lope ha buscado, como principal efecto dramático, el que nace del contraste entre esta condición mansa, tímida y apocada del Rey monje, y la sangrienta y terrorífica venganza que le atribuye la leyenda (1). Á esto se encamina todo el acto tercero, que es, sin disputa, el mejor de la pieza, en el cual (como dice Schack) «se pinta enérgicamente la lucha entre la nobleza aragonesa y el poder real, que al cabo hace sentir á sus inquietos vasallos el peso de su cetro, sólo en apariencia quebrantado, pero no roto». Don Pedro de Atares, D. Lope de Luna, D. García de Vidaure, D. Fortún de Lizana, todos los ricoshombres é infanzones que han hecho rey á D. Ramiro, se mofan de él como de un simple, someten á su juicio y decisión pleitos ridículos, semejantes á los que sentenciaba el Gobernador de la ínsula Barataria, le hacen cabalgar con las riendas en la boca, conspiran contra él casi en su presencia, mientras el pobre monje echa de menos, con profunda tristeza, la antigua y dichosa soledad de su celda:

¿Quién dijera, padre mío,
Cuando barriendo me hallaba
Los dos claustros de San Ponce,
Que trocara escoba en lanza,

---

(1) La fuente inmediata y directa de Lope para lo historial de esta parte de su comedia, y aun para la concepción del carácter del Rey, fué el libro del arcipreste Diego Rodríguez de Almela, cuyas palabras transcribimos á continuación.

Valerio de las Historias, lib. VI, título IV, cap. III:

«Don Ramiro, Rey de Aragon, el qual ovieron sacado de un Monesterio siendo ya monge professo Preste de Missa, fue muy buen Rey y venció de moros algunas batallas, *aunque no era entendido en los fechos del mundo*, segun paresce que acaesció en la entrada de una batalla que ovo con moros; armáronle, y cabalgó en un caballo, pusiéronle el escudo en la mano izquierda, y el espada en la derecha, y dixeronle: *Señor, tomad la rienda en la siniestra.* E dixoles: *Con esta tengo el escudo, mas metédmela en la boca:* y ficieronlo así, y entró en la batalla, y fueron vencidos los moros. *Por estas simplezas y otras que facia, los caballeros mormuraban dél, y facianle tales cosas que no convenian fuesen fechas a Rey.* Este Rey por los aver para si soportabalos y dabales passada; y ellos mas se atrevian, teniendole en poco. Quando vió que le trataban tan mal y deshonradamente, avido su acuerdo, fizo matar á once de aquellos sus ricos omes y caballeros que le burlaban, en la ciudad de Hosca en un corral, y desque los vió muertos comenzosse á reir de ellos, y dixo: *No sabe la Valpeja con quién trebeja.* Y desde aquel dia en adelante los ricos hombres y caballeros que quedaron, tuvieron dél grande espanto, y no le escarnecian como de antes. Mas el Rey don Ramiro temiéndosse dellos encomendosse al Emperador D. Alfonso de España, y dióle el Reyno de Aragon en guarda hasta que una fija que tenia fué de edad, la cual cassó con el Conde D. Ramon de Barcelona, que fué Rey de Aragon. Y dió D. Ramiro por esto á Soria en dón al Emperador D. Alfonso que fuesse del Reyno de Castilla, ca en aquel tiempo era del Reyno de Aragon. Este Rey D. Ramiro tornóse al monesterio, y en él fizo su vida hasta que murió. Saber decir y facer discretamente los fechos, proviene principalmente de gracia de Dios, y algun tanto despues de crianza y usanza en el

Aquella corona en ésta,
Aquella capilla en armas,
Aquella correa en tiros,
Y escapularios en lanza;
Aquella cogulla en gola,
Aquel manto en regia grana,
En esta bota y espuela
Aquella media y abarca;
Mi oración en estos pleitos,
Mi cilicio en estas camas,
Mi refitorio en tal mesa,
Y aquel barro en esta plata?

En tal tribulación pide consejo á su antiguo maestro y oráculo, el abad de San Ponce de Tomeras (á quien Lope llama Leonardo, y la historia Frotardo), que le abre los ojos del entendimiento con el símbolo mudo de cortar delante de su mensajero las hierbas más altas de su jardín. El Rey, á pesar de sus cortos alcances, comprende la nebulosa indirecta como si hubiera estudiado historia romana, donde se atribuye el mismo aviso á Tarquino el Soberbio, y el hórrido tañido de la campana de Huesca suena, infundiendo saludable pavor, por todos los ámbitos del reino.

La historia positiva y auténtica del reinado de D. Ramiro fué doctamente ilustrada por el escolapio P. Joaquín Traggia, en una monografía inserta en el tomo III de las *Memorias de la Real Academia de la Historia* (1799). De los documentos que publica viene á deducir que D. Ramiro no fué príncipe ilustre, ni en el claustro ni en el trono; que su alma, según todos los indicios, nada tenía de grande ni extraordinario, sino que era profundamente vulgar; que su hermano el Batallador debía de tener de él tan pobre opinión que ni siquiera quiso nombrarle en su testamento; que como rey se mostró de todo punto incapaz, sin dejar de sí otra memoria que algunas donaciones á varias iglesias; y, finalmente, que no hizo en su vida otra cosa de provecho que casar á su hija con el Conde de Barcelona y renunciar el cetro que nunca debía haber empuñado. Y aunque á los caracteres débiles suele hacerlos feroces el miedo, nada más inverosímil, ni menos fundado en las noticias coetáneas, que las sangrientas justicias que se le atribuyen en Huesca. Ni el anónimo de Sahagún, ni el cronista de Alfonso VII, ni el arzobispo D. Rodrigo, ni autor ninguno antes del siglo XIV, dijo palabra de tal suceso, ni hay la menor alusión á él en los documentos diplomáticos del tiempo de D. Ramiro, ni siquiera en la famosa escritura de la catedral de Lérida, donde el mismo Rey recopila su historia y donde era natural que algo hubiese dicho para vindicarse de aquel acto. «De

---

mundo. *Este Rey D. Ramiro, como él oviesse sido en religion, aunque Dios le oviesse dado entendimiento razonable, pero como no avia vivido ussando los fechos mundanales, no era inconviniente que no fuesse en ellos entendido.* Los caballeros en burlarse dél facian mal; ca dice otro ejemplo: «en juego ni en veras con tu señor no partas peras.»

la matanza destos caballeros (1) no se halla memoria alguna (dice Zurita), ni de la causa della, salvo que en ciertos *Anales* antiguos catalanes de las cosas del Reyno de Castilla se haze mencion que fueron muertos los *Potestades* en Huesca en la era de mil ciento y setenta y cuatro, que fué año de la Natividad de nuestro Señor de mil ciento treynta y seys..... Las sepulturas que un autor afirma están en la iglesia de San Juan de la ciudad de Huesca, adonde estos ricos hombres y caballeros fueron sepultados, que dize averlas él visto, segun por ellas se muestra, fueron de caballeros templarios, de cuya orden y convento fué aquella casa primero, y no tienen alguna devisa ó señal de aquellos linajes, que eran los más principales del Reyno.» El mismo severísimo historiador, en quien siempre fué el buen sentido la cualidad predominante, se resiste á creer que el Rey monje, con tan poco poder y teniendo el reino como de prestado, bajo la amenaza constante de la invasión castellana, se aventurase á hacer tal ejecución y venganza en los principales magnates de Aragón. «Ni yo puedo creer (añade) las fábulas que algunos escribieron, notándole que era tan poco plático en las cosas y negocios del mundo que entraba en la batalla con las riendas en la boca por hallarse embarazado con la lanza y escudo, y otras cosas indignas, no sólo de Príncipe, pero de hombre que tuviese comun sentido de razon; mayormente que en aquellos tiempos no era cosa tan nueva ir á la guerra y pelear los monjes con los enemigos de la fe: cuanto menos lo debiera ser en un hijo de Rey.»

Tampoco puede creerse de origen popular esta invención. La consulta al abad de San Ponce fué imaginada por algún docto ó semidocto que había leído en Valerio Máximo, ó en algún otro libro de ejemplos, el consejo que se supone dado por Tarsibulo de Mileto á Periandro, tirano de Corinto, y repetido por el último de los Tarquinos á su hijo, cuando se apoderó de la ciudad de Gabios (2). Por otra parte, el primer libro en que se habla de la campana de Huesca es una crónica latina y monacal, la de San Juan de la Peña, compuesta en la segunda mitad del siglo XIV (3).

---

(1) Los nombres que generalmente se les atribuyen, y que trae el mismo Zurita, son Lope Ferrench de Luna, Ruy Ximénez de Luna, Pedro Martínez de Luna, Fernando y Gómez de Luna, Férriz de Lizana, Pedro de Vergua, Gil de Atrosillo, Pedro Cornel, García de Vidaure, García de Peña, Ramón de Foces, Pedro de Luezia, Miguel Azlor y Sancho de Fontova. (Vide *Anales de Aragón*, edición de 1669, t. I, fol. 55 vto.)

(2) «*Siquidem re eximia delectatus Tarquinus*, *fidei autem nuntii parum credens*, *nihil respondit*, *sed seducto eo in hortum*, *maxima et altissima papaverum capita baculo decussit. Cognito adolescens silentio patris simul ac facto*, *causam alterius argumenti pervidit; nec ignoravit præcipi sibi* «*ut excellentissimum quemque Gabinorum aut exilio submoveret*, *aut morte consu*»*meret.*» (Valerii Maximi, *De dictis factisque memorabilibus*, lib. VII, cap. IV, 2.)

(3) «*Iste quidem Remirus fuit bonus rex et liberalis plurimum nobilibus et militibus et generosis*, *et dedit eis loca plurima sui regni: qui ex hoc spreverunt ipsum*, *et habebant guerras inter se*, *et interficiebant*, *et deprædabant gentes regni nec ab his volebant se abstinere pro rege. Posito super hoc in magna perplexitate qualiter perditioni sui regni succurreret*, *nulli tamen audebat hoc propalare. Pro inveniendo itaque remedio super eis misit unum nuncium cum litteris cuidam*

El D. Ramiro que Lope nos presenta, piadoso y bien intencionado aunque algo mentecato, está de todos modos más cerca de la realidad histórica que el D. Ramiro enigmático y sombrío que abortó la musa romántica de nuestro siglo, atribuyéndole misteriosas y criminales pasiones, que le arrastran á la desesperación y al sacrilegio. Basado en este género de conflictos, que son la falsedad misma tratándose de un personaje del siglo XII, está *El Rey Monje* de García Gutiérrez (representado en 18 de Diciembre de 1837), drama de su primera manera, en que la es-

---

qui fuerat magister suus in monasterio de Thomeras. Est enim apud monachos nigros consuetudo et regula quæ cuilibet novitio ingredienti ordinem assignatur pro magistro unus monachus de antiquis, et secundum decentiam status illius Remiri fuit sibi assignatus unus magister magnæ scientiæ et probitatis, cui in prædictis literis ipse notificabat sibi statum sui regni, et vitam despectam quam ducebat inter maiores sui regni, ipsum deprecans ut sibi consuleret quidnam faceret super istis. Magister igitur, qui cum ingenti gaudio receperat litteras, animadvertens quod absque irregularitatis incursu sibi non poterat consulere quod justitiam faceret super eis, duxit secum dictum nuncium ad quendam hortum ubi erant multæ caules, et evaginato uno gladiolo quem portabat, legendo dictam literam quam tenebat in manu, scidit omnes caules maiores dicti horti, et solum remansere minores, et dixit nuncio: «Vade ad dominum meum regem et »narra sibi quidquid vidisti, quia responsum alium non do tibi.» Nuncius itaque tristis quod responsum ei non fecerat rediit ad regem cui narravit prædictum magistrum suum, nullum voluisse sibi fecisse responsum, de quo etiam rex effectus est valde tristis. Verumtamen postquam nuncius explicavit regi ea quæ viderat, et eorum modum, visa ab illo rex intra se interpretatus est sic quod hortus poterat esse regnum suum, caules verò gentes sui regni: quod quia ad parandum bonos caules carnes erant necessariæ: et illico misit litteras nobilibus, militibus et universitatibus locorum sui regni mandans eis quod essent die ad hoc præfixa in curiis celebrandis Oscæ. Rex quidem famam seminavit se velle Oscæ unam campanam fieri facere à magistris Franciæ, quos habebat ut eam facerent, cuius sonus ad omnes partes pertingeret regni sui. Et cum hoc audiverunt nobiles et milites locuti fuerunt ad invicem dicentes: «Eamus visum istam stultitiam »quam vult facere noster rex»: et hoc dicebant tanquam illi qui regem suum tanquam nihilo timebant. Quando verò fuerunt Oscæ, mandavit rex quosdam secretarios suos in Camera sua armari, et per eos quidquid eis diceret adimpleri. Quando igitur veniebant nobiles et milites mandabat rex eorum singulo scilicet unum post alium ad consilium evocari, et cum ingrediebantur per suam cameram mandavit ipsos in ea protinus decollari; vocabantur tamen illi qui culpabiles erant sibi, et isto modo duodecim inter nobiles et milites priusquam comederet decollavit et revera omnes alios nobiles et milites decollasset nisi quia, quocumque modo fuisset, illi qui erant extra præpenderunt hoc et fugæ se commiserunt. De mortuis quidem fuerunt, quinque de genere de Luna, Lupus Ferrench, Ruyrcens, Petrus Martini, Ferdinandus et Gometius de Luna: Petrus Verga: Ferricius de Lizana: Egidius Datrosillo: Petrus Cornelii: Garcias de Bidaura: Garcias de Penya: Raymundus de Foces: Petrus de Luesia: Micael Azlor et Santius Fontana milites. Mortuis igitur prædictis, nequeunte habere alios per fugam elapsos, regnum eius in securitate et pacis tranquillitate quievit.» (Apud Traggia, *Memorias de la Academia de la Historia*, III, 566-568.)

Allí mismo pueden leerse otras narraciones que sustancialmente convienen con ésta: la de la crónica catalana, malamente llamada de Berenguer de Puig Pardines (siglo XV), y la de la genealogía latina de los Reyes de Aragón, dedicada al arzobispo D. Dalmao de Mur (1431-1456).

pléndida vestidura poética apenas encubre ó disimula lo superficial de la concepción, lo anacrónico de las costumbres, lo infantil y contradictorio de la psicología, y sobre todo la levadura de mal romanticismo francés y de sofistería moral, de que sólo acertó á curarse enteramente aquel gran ingenio en los poemas del tiempo de su madurez. Algunas escenas de *El Rey Monje* escandalizaron, no sin fundamento, á las personas timoratas, y aun dicen que su autor deploraba, en sus últimos años, haberlas escrito; pero en todo ello más bien ha de verse un extravío de gusto ó una aberración juvenil, que un acto de reflexiva inmoralidad, que hubiera sido incompatible con la sana índole del poeta.

Sin coincidir en nada con García Gutiérrez, pero alejándose no menos que él de la tradición histórica, ya que no tanto de la verdad humana, otro dramaturgo más moderno, romántico también, aunque de distinto temple *(romántico-realista*, si vale la frase), el catalán D. Angel Guimerá, poeta de alto numen trágico si bien algo febricitante y convulsivo, y de sumo nervio y potencia de expresión que resulta tanto más eficaz cuanto más rehuye la pompa retórica, puso en las tablas del teatro regional, en 4 de Febrero de 1890, su tragedia *Rey y Monjo*, una de las mejores, aunque no la mejor, de las suyas; notable, como todas, por el fuego de la pasión y por la enérgica familiaridad del estilo, tan remoto del énfasis convencional que ha solido predominar en el drama histórico. Guimerá es un gran poeta, todavía más lírico que dramático; pero su tétrica fantasía tiñe con los mismos colores todos los personajes y todas las épocas, por donde no puede negarse que reina cierta lúgubre monotonía en su teatro. Voluntariamente se abstiene de todo apacible contraste, y la violenta tensión que imprime á los nervios de sus personajes llega á degenerar en acceso epiléptico que perturba y desazona al contemplador, impidiendo casi siempre el puro goce de la emoción estética. En *Rey y Monjo*, sin embargo, hay menos brusquedad de procedimiento que en *Judith de Welp*, ó en *Lo fill del Rey*, ó en *L'anima morta*, y el conflicto es más interesante y humano. El D. Ramiro de Guimerá, con alma de príncipe y tribulaciones de asceta, fluctuante entre el amor y los votos monásticos, y convertido, por la fatalidad de sus propios escrúpulos, en esposo ultrajado y vengador, nada tiene que ver con el Rey monje de la historia, no se presenta con carácter arqueológico alguno, puede haber vivido en cualquier sociedad y en cualquier tiempo; pero es una figura trágica, y en algunos casos imponente. Todo el final del primer acto, en que rasga el testamento de su hermano, se pone por sí mismo la corona y vuelve á continuar la misa interrumpida, es de un efectismo que tocaría en lo grandioso si no estuviese afeado por la irreverencia canónica, que es también una incongruencia artística, porque la liturgia y el teatro se excluyen mutuamente.

También ha aparecido el Rey monje como personaje novelesco, primero en una leyenda histórica de D. Manuel Fernández y González (1), titulada *Obispo, casado*

(1) *Obispo, casado y rey* (*crónicas de Aragón*), *D. Ramiro el Monje. Leyenda histórica por Don Manuel Fernández y González.* Granada, 1850; Madrid, 1858. 8.°

y rey (1850); dos años después en *La Campana de Huesca* (1), de D. Antonio Cánovas del Castillo (1852); juvenil ensayo de un grande hombre, que no volvió á cultivar este género, pero que no podía ser vulgar en nada, y que en este caso aventajó á muchos novelistas de profesión, no por lo que tuviera de poeta, sino por lo mucho que tenía de historiador. No entró para nada en la fortuna inmediata de este libro el nombre de su autor, tan desconocido entonces como glorioso después; y sin embargo, el entretenido cuento tuvo muchos lectores, y dos ediciones se agotaron en menos de dos años. Cambió el gusto, pasó la moda de las novelas históricas, y si *La Campana de Huesca* fué de las que se salvaron del común naufragio, más la perjudicó que la favoreció el prestigio de su autor, en quien continuamente se encarnizaba la importuna malevolencia de sus enemigos políticos, y de aquellos espíritus mezquinos ó preocupados á quienes duele reconocer en una misma persona variedad de aptitudes, ya que no méritos singulares. Hubo hipercrítico que condenó de plano la obra *in odium auctoris*, confesando que no la había leído ni pensaba leerla. Quien siga otro rumbo y no niegue á los escritos de varón tan culto y tan discreto (que tales condiciones no ha de escatimárselas su detractor más encarnizado, si es que alguno le queda después de muerto) la atención que hoy se concede aun á las producciones más efímeras y baladíes del género novelesco, encontrará en aquel pasatiempo de estudiante, no sólo materia de sabrosa lectura, sino prendas de alto valor, en que ya se adivina lo que con el tiempo había de dar de sí, aplicada al estudio de los anales patrios (en los intervalos rápidos, pero fecundos, que le dejaba la vida de la acción), aquella dominadora y bien disciplinada inteligencia, á quien sólo faltó, para ponerse al nivel de los más grandes historiadores de la Europa moderna, haber tenido más tiempo para escribir la historia que para hacerla. Cualidades históricas, y del mismo género de las que en las novelas de Walter Scott se elogian, son las que principalmente realzan *La Campana*, tanto en la pintura del rústico y valeroso almogávar, de quien se ha dicho, no sin razón, que es el verdadero héroe de la novela, como en los recuerdos arqueológicos de la ciudad de Huesca, que arguyen una impresión directa y honda, y en las bellas escenas en que aparece el Conde de Barcelona y se vislumbran los futuros heroicos destinos de los dos pueblos que van á confundirse en uno. No diremos que deje de advertirse, como en casi todas las obras de este género, cierta mezcla de ideas, costumbres y detalles pintorescos pertenecientes á épocas distintas; pero, en general, hay más conciencia de erudito que la que podía esperarse de los pocos años del autor y de la libertad con que entonces se trataban esta clase de fábulas. Cánovas se muestra ya muy versado en la lectura de nuestras crónicas, sin excluir las catalanas de Desclot y Muntaner. La locución es

---

(1) *La Campana de Huesca. Crónica del siglo XII. Dala á luz D. Antonio Cánovas del Castillo. Madrid*, 1852.—*La Campana, etc. Por D. Antonio Cánovas del Castillo, con cierto prólogo cortado al uso, y ajustado con mano amiga al cuerpo de la obra por El Solitario. Madrid*, 1854. 4.º Hay otras dos ediciones posteriores: la última y más completa, de Madrid, 1886 (tipografía de Hernández), con un capítulo enteramente nuevo y otras importantes adiciones.

asimismo muy pura, y aunque no exenta de resabios de arcaísmo, corre más suelta y fácil que en sus escritos posteriores, con cierta lozanía juvenil, que contrasta con la manera en demasía artificiosa, aunque con noble y grave artificio, que adoptó después. Lo más débil y menos estudiado de la obra es, sin duda, el carácter de D. Ramiro y la brusca transición que en él se efectúa en el momento de la catástrofe; pero aunque el novelista no resuelva este enigma, propuesto por la leyenda, y quizá insoluble psicológicamente por lo mismo que la leyenda es falsa, hay que notar que Cánovas presenta ya en el alma del Rey monje un conflicto análogo al que luego ha puesto en escena Guimerá. Sea coincidencia ó imitación, el caso debe señalarse.

Para terminar con lo tocante á las obras que tienen argumento análogo á la comedia de Lope, falta decir que D. Juan de Vera Tassis y Villarroel, mucho más célebre como editor de obras ajenas, especialmente de las de Calderón, que por las suyas propias, hizo una imitación de *La Campana de Aragón* en una comedia en tres jornadas, que tituló *La Corona en tres hermanos* (1). Cada jornada lleva título diverso: la primera, *El rey D. Pedro de Aragón y de Pamplona;* la segunda, *Alfonso el Batallador ó el Emperador de España;* la tercera, *El rey D. Ramiro el Monje y la campana de Huesca.*

Otra comedia de *La Conquista de Huesca* compuso, á principios del siglo pasado, D. Francisco José de Artigas, *olim* Artieda, autor del absurdo y chistoso *Epítome de la Elocuencia española* (1726). Esta comedia, que Barrera no cita en su catálogo y que yo tampoco he visto, tiene *algunas cosas buenas* en opinión de don Eugenio Llaguno, que en este caso es testigo de mayor excepción, como apasionado que era del clasicismo francés (2). Modernamente, D. Jerónimo Borao, en su drama *Alfonso el Batallador*, trató el asunto de la conquista de Zaragoza.

VIII.—EL MEJOR ALCALDE EL REY.

Impresa en la *Veinte y una parte verdadera* de las comedias de Lope (1635), tomo póstumo, que él mismo dejó preparado para la imprenta. Es obra de su última

(1) Publicada en la *Primavera numerosa de muchas armonías luzientes, en doce comedias fragantes*, ó sea *Parte* 46 de comedias escogidas. Madrid, 1679.

(2) *Noticias de los arquitectos y arquitectura de España*....., t. IV, págs. 91-93.

Artigas, aunque ridículo si se le considera como preceptista literario, fué hombre muy ingenioso y útil á su país, y digno de buena memoria en otras cosas. Se le debe considerar como arquitecto, matemático, astrónomo, ingeniero hidráulico, ingeniero militar, pintor y grabador, con la particular circunstancia de tener gusto bastante severo y clásico en Bellas Artes, el que le tenía tan depravado en Literatura. Después de haber enseñado, durante la mayor parte de su vida, matemáticas en la Universidad de su patria, sin estipendio, y, lo que es peor, casi sin auditorio, fundó en su testamento una cátedra de aquellas ciencias, dejándola dotada con 120 escudos jaqueses de renta. Suya es la traza arquitectónica de la Universidad, que Llaguno elogia por su sencillez y buen gusto. Se le debe también el pantano del río Isuela, uno de los más antiguos de España.

manera y una de las más excelentes de su Teatro. Ha sido también una de las que con más frecuencia se han reproducido, ya en ediciones sueltas del siglo pasado y del presente, ya en colecciones del Teatro de Lope de Vega, entre las cuales sólo merece citarse la de Hartzenbusch, en la *Biblioteca de Autores Españoles* (tomo I de las comedias de Lope).

Son numerosas también las traducciones. En francés hay tres: la de La Beaumelle (1829), la de Damas Hinard (1842) y la de Eugenio Baret (¿1874?) (1). Al alemán ha sido vertida por Malsburg en 1824 (2), y al polaco por Swieçicki en 1882 (3).

La fuente inmediata de este trágico drama está expresamente declarada por Lope en los últimos versos de él:

Y aquí acaba la comedia
De *El mejor Alcalde*, historia
Que afirma por verdadera
La corónica de España:
La cuarta parte la cuenta.

En la cuarta parte, pues, de la obra histórica del Rey sabio, según el texto de Ocampo, que era el que nuestro poeta seguía, se lee la siguiente anécdota del emperador Alfonso VII:

«Este Emperador de las Españas era muy justiciero, e de como vedaua los males e los tuertos en su tierra, puédese entender en esta razon que diremos aquí. Un Infançon que moraua en Galizia, e avie nombre don Ferrando, tomó por fuerça a un labrador su heredad, e el labrador fuesse querellar al Emperador, que era en Toledo, de la fuerça que le fazie aquel Infançon. E el Emperador embió su carta luego con esse labrador al Infançon, que luego vista la carta que le fiziesse derecho de la querella que dél avie. E otrosí embió su carta al merino de la tierra, en quel mandava que fuesse con aquel querelloso al Infançon que viesse qual derecho le fazie, e que gelo embiasse dezir por sus cartas. E el Infançon, como era poderoso, quando vió la carta del Emperador, fué muy sañudo, e començó de amenaçar al

(1) *Chefs d'œuvre des Théâtres Étrangers..... Tome XVI. A Paris, chez Dufey, Libraire*, 1829. Páginas 387-504.

Théâtre de Lope de Vega, traduit en français par M. Damas Hinard. (*Bibliothèque Charpentier:* la última tirada es de 1892.) Tomo I, 156-216.

Œuvres dramatiques de Lope de Vega. Traduction M. Eugène Baret. (París, Didier, segunda edición, 1874.) Tomo I, págs. 63-126.

(2) Malsburg (E. F. F. Otto der), *Stern, Zepter, Blume* (Estrella, Cetro, Flor). *Dresden*, 1824. Con tan extraño título reune Malsburg en este tomo, dedicado á Gœthe, tres comedias de Lope: *La Estrella de Sevilla, El mejor Alcalde el Rey* (págs. 237-360) y *La Moza de cántaro.*

(3) *Feliks Carpio Lope de Vega. Komedie Wybrane. Kara-nie zemsta* (El Castigo sin venganza), *Najlepszym sędzia król* (El mejor Alcalde el Rey, págs. 95-178), *Gwiazda Sewilska. W prezekladzie Juliana Adolfa Swięcickiego.* Varsovia, ed. S. Lewental, 1882.

labrador, e dixol que lo matarie, e non le quiso fazer derecho ninguno. E quando el labrador vió que derecho ninguno non podie aver del Infançon, tornóse para el Emperador a Toledo, con letras de omes buenos de la tierra, en testimonio como non podie aver derecho ninguno de aquel Infançon del tuerto que le fazie. E quando el Emperador esto oyó, llamó sus privados de su cámara, e mandóles que dixessen a los que veniessen a demandar por él que era mal doliente, e que non dexassen entrar ninguno en su cámara, e mandó a dos caualleros mucho en poridad que guisassen luego sus cavallos e yrien con él. E fuesse luego encobiertamente con ellos para Galizia, que non quedó de andar de dia nin de noche: e pues que el Emperador llegó al logar do era el Infançon, mandó llamar al merino, e demandól que le dixesse verdad de cómo pasara aquel fecho. E el merino dixógelo todo. E el Emperador, despues que sopo todo el fecho, fizo sus firmas sobre ello, e llamó omes del logar, e fuesse con ellos, e paróse con ellos a la puerta del Infançon, e mandól llamar que saliesse al Emperador que le llamava. E quando el Infançon esto oyó, ovo gran miedo de muerte, e començó de foyr, mas fué luego presso, e aduxéronle ante el Emperador; e el Emperador rrazonó todo el preyto ante los omes buenos, e como despreciara la su carta, e non feziera ninguna cosa por ella, e el Infançon non contradixo nin respondió a ello ninguna cosa. E el Emperador mandól luego enforcar ante su puerta, e mandó que tornasse al labrador todo su heredamiento con los esquilmos. Entonces el Emperador anduvo descobiertamente por toda Galizia, e apaziguó toda la tierra, e tan grave fué el espanto que todos los de la tierra ovieron por esse fecho, que ninguno non fué osado en toda su tierra de fazer fuerza uno a otro. E esta justicia, e otras muchas tales como esta, fizo el Emperador, porque era muy temido de todas las gentes, e vivie cada uno en lo suyo en paz» (1).

De este relato de la *General* proceden, sin variante alguna que merezca ser notada, los que se leen en el *Valerio de las Historias* (lib. VI, tít. III, cap. III); en el P. Mariana (lib. XI, cap. II); en las dos diversas crónicas de Alfonso VII que compuso Fr. Prudencio de Sandoval, quien, caprichosamente según creo, fija la fecha del suceso en la era 1189 (año 1151), y en otros varios historiadores nuestros, antiguos y modernos, ninguno de los cuales invoca más testimonio que el de la *General.*

Esta pieza ha sido tantas veces y tan unánimemente, juzgada, y tan fuera de controversia está su excelsa belleza dramática, que más que nuestro parecer propio ha de valer la exposición cronológica de los testimonios ajenos, verdadera corona tejida á la gloria del poeta, no sólo por manos de nuestros amigos de Alemania, sino también de los franceses, menos benévolos en general con nuestras cosas.

La Beaumelle, que escribía en 1824, y todavía bajo la influencia del gusto clásico francés, antepuso á su traducción una extensa noticia, de la cual puede juzgarse por el siguiente extracto:

«Lope de Vega anuncia que esta pieza es histórica, y así lo prueban los fragmen-

---

(1) Edición de Valladolid, 1604, folios 327 vto. y 328. Lorenzo de Sepúlveda versificó este capítulo de la *Crónica* como tantos otros (núm. 918 del *Romancero* de Durán).

tos de Sandoval y Mariana, relativos al hecho que nuestro poeta ha embellecido con los colores dramáticos. Puede notarse, sin embargo, que altera la historia en algunos detalles. No tengo por muy censurable la licencia que se tomó prolongando veinte y seis años la vida de la reina D.ª Urraca, porque no es muy seguro que la época en que coloca Sandoval esta expedición de Alfonso VII á Galicia sea exacta: Mariana no quiso determinarla (1).

»Hay en esta pieza unidad de acción. El poeta no se distrae de su fin principal, y aunque el interés de curiosidad esté dividido, puesto que se trata de saber cuál será la suerte de Elvira y cómo será castigado su raptor, todo está enlazado con tal arte que no se ve más que el desarrollo de un solo hecho.

»La escena pasa, unas veces á orillas del río Sil, en Galicia, otras veces en León, y dentro de un mismo acto cambian las decoraciones. Pero aun violando la unidad de lugar *de una manera tan escandalosa*, se ve que Lope de Vega tenía el sentimiento de ella, porque la *verdad histórica* (2), según la cual Alfonso tuvo que hacer desde Toledo á Galicia un viaje de 130 leguas, presentaba á este Rey de una manera mucho más brillante. Por consiguiente, si Lope supuso que el Emperador tenía su corte en León, fué para dar más verosimilitud á la acción y para tributar parcial homenaje al mismo principio del cual se apartaba.

»La acción dura próximamente doce días; pero se puede reconocer en ella una especie de unidad de tiempo, porque es acción continua, porque cada uno de los lances toca, sin intervalo alguno, al precedente, y porque, si es cierto que se prolonga más allá del tiempo material de la representación, es únicamente á causa de la distancia que separa los lugares donde aparecen los personajes.

»Reina además mucho arte en el modo de conducir esta pieza. Las primeras escenas participan algo del género de la poesía pastoril, para la cual Lope de Vega tenía gran talento; pero desde la mitad de la primera jornada, la intriga se hace más atractiva y el interés crece sin cesar. El poeta retarda, con grande habilidad, la consumación del crimen de Tello hasta el momento casi inmediato á la llegada del Rey. Si aquel atropello hubiese sido anterior, la pieza cambiaba de objeto: si el Rey hubiese llegado á tiempo para prevenir el atentado del infanzón, el desenlace no podía consistir en el justo castigo del criminal.

»Todos los caracteres, sin exceptuar ninguno, están trazados con grande habilidad. La justicia inflexible, la severidad, la autoridad del rey Alfonso, no desmienten en la escena la idea que de él nos comunica la historia. El valor y la noble entereza de Sancho, el orgullo estúpido y la violencia de D. Tello, la constancia de Elvira, la flaqueza de Feliciana, la prudencia tímida del viejo Nuño, están descritos con el mismo talento, y ni siquiera en la figura burlesca de Pelayo falta

(1) Ni tampoco la *Crónica General*, única fuente para el caso, debió añadir La Beaumelle si la hubiese conocido.

(2) Falta que esta verdad histórica lo sea realmente, y que no se trate, como es probable, de una mera leyenda.

aquel espíritu de fina observación que es característico de los buenos autores dramáticos.

»Pero lo que sobre todo coloca en alto puesto esta obra, es el cuadro de las costumbres del tiempo en que la acción pasa. El alma del siglo XII respira íntegra en cada uno de sus versos. No fué, ciertamente, el estudio de las costumbres contemporáneas lo que pudo inspirar á Lope ese tan profundo conocimiento de los vicios de los siglos anteriores. Apenas se adivina dónde pudo adquirir tal instrucción, ó más bien asombra la fuerza de su genio, que le hizo adivinar tantas verdades históricas. En *El mejor Alcalde* reviven las diversas clases del mundo de la Edad Media, los grandes propietarios, sus domésticos y comensales, los cultivadores de la tierra, los pecheros y los siervos. Allí vemos desplegarse con bárbara inconsciencia la injusticia y la violencia de los más fuertes, fundadas en la convicción íntima de una superioridad de naturaleza. Don Tello habla de muy buena fe cuando mira como actos de desobediencia y de osadía la resistencia de una doncella honrada que no quiere rendirse á sus torpes deseos, y las reclamaciones de su novio, que se atreve á solicitar que se le entregue la desposada (1). El mismo Rey, cuando ve que un

---

(1)

Yo tomé, Celio, el consejo
Primero que amor me dió;
Que era infamia de mis celos
Dejar gozar á un villano
La hermosura que deseo.
Después que della me canse,
Podrá ese rústico necio
Casarse; que yo daré
Ganado, hacienda y dinero
Con que viva: que es arbitrio
De muchos, como lo vemos
En el mundo. Finalmente,
Yo soy poderoso, y quiero,
Pues este hombre no es casado,
Valerme de lo que puedo.
. . . .
¿Puédese creer que así
Responda una labradora?
. . . .
Y ¡ojalá fueras mi igual!
Mas bien ves que tu bajeza
Afrentara mi nobleza,
Y que pareciera mal
Juntar brocado y sayal.
. . . .
Villano, si os he quitado
Esa mujer, soy quien soy,
Y aquí reino en lo que mando,
Como el Rey en su Castilla;
Que no deben mis pasados
Á los suyos esta tierra;
Que á los moros la ganaron.

aldeano muestra constancia y energía, deduce de aquí que debe de ser noble (1).

»No está pintado con menos vivos colores el estado anárquico de una sociedad en que las leyes son harto débiles para alcanzar á los grandes, y la necesidad en que entonces se halla la justicia de tomar las formas del despotismo, rechazando la violencia con la violencia. A Tello no le alcanza la ley: por eso tiene que morir sin forma de proceso. Esta misma necesidad social de la represión de los delitos, fué la que dió origen á la caballería andante: se necesitaban bandidos de camino real para enderezar los tuertos de los bandidos que se cobijaban en los castillos.

»No menos debe llamarnos la atención el espíritu sanguinario de esta época. Las amenazas de muerte, las violencias, y finalmente, el suplicio de D. Tello, de que el espectador es casi testigo, todo recuerda las imágenes sangrientas que á cada paso nos ofrecen las crónicas de esos siglos. Vemos, lo mismo que en la historia, cómo el libertinaje se unía con la ferocidad. La influencia general del siglo se muestra aun en los personajes virtuosos. Don Tello es bárbaro, pero también muestra alguna crueldad el Rey cuando le anuncia sin rodeos que le va á mandar cortar la cabeza (2). Don Tello no respeta ni el pudor ni los esponsales de Elvira,

(1) No es posible que no tengas
Buena sangre, aunque te afligen
Trabajos, y que de origen
De nobles personas vengas,
Como muestra tu buen modo
De hablar y de proceder.

(2) Esta dureza, que ofendía el mezquino gusto de La Beaumelle, es enteramente necesaria para el efecto trágico y para el cumplimiento de la justicia inflexible y niveladora. Véase una parte de esta maravillosa escena:

DON TELLO.
¿Sois, por dicha, hidalgo, vos
El alcalde de Castilla
Que me busca?
REY.
¿Es maravilla?
DON TELLO.
Y no pequeña ¡por Dios!
Si sabéis quién soy aquí.
REY.
Pues ¿qué diferencia tiene
Del Rey, quien en nombre viene
Suyo?
INFANZÓN.
Mucha contra mí.
Y vos, ¿adónde traéis
La vara?
REY.
En la vaina está,
De donde presto saldrá,
Y lo que pasa veréis
DON TELLO.
¿Vara en la vaina? ¡Oh, qué bien!

pero su hermana Feliciana no le censura más que por su brutalidad, y se esfuerza en determinar á la joven á consentir en su deshonra. Elvira misma, la heroína de

---

No debéis de conocerme.
Si el Rey no viene á prenderme,
No hay en todo el mundo quién.

REY.

¡Pues yo soy el Rey, villano!

. . . .

DON TELLO.

Pues, señor, ¡tales estilos
Tiene el poder castellano!
¡Vos mismo! ¡Vos en persona!
Que me perdonéis os ruego.

REY.

Quitalde las armas luego.
Villano, ¡por mi corona,
Que os he de hacer respetar
Las cartas del Rey!

. . . .

Venga luego la mujer
Deste pobre labrador.

DON TELLO.

No fué su mujer, señor.

REY.

Basta que lo quiso ser.
Y ¿no está su padre aquí,
Que ante mí se ha querellado?

DON TELLO.

Mi justa muerte ha llegado:
Á Dios y al Rey ofendí.

. . . .

REY.

(Después de oir el relato de la violada Elvira.)

Pésame de llegar tarde:
Llegar á tiempo quisiera,
Que pudiera remediar
De Sancho y Nuño las quejas;
Pero puedo hacer justicia
Cortándole la cabeza
Á Tello: venga el verdugo.

. . . .

Da, Tello, á Elvira la mano
Para que pagues la ofensa
Con ser su esposo; y después
Que te corten la cabeza,
Podrá casarse con Sancho
Con la mitad de tu hacienda
En dote.....

Este desenlace es idéntico al de *La Niña de Gómez Arias*, comedia de Luis Vélez de Guevara, refundida luego por Calderón.

la pieza, no resiste por castidad, sino por amor á Sancho, puesto que, cuando se ha suspendido su matrimonio con él, se decide á compensarle de antemano la pérdida de la noche de que este contratiempo le priva (1).

»La desdichada condición de las mujeres en esta época de la civilización, ó más bien de la barbarie, resalta en estos dos papeles. La abyección en que se encuentra Feliciana, hermana de un tan poderoso señor, su debilidad, su obediencia, son de una terrible verdad.

»Observemos de paso que en España no existía la servidumbre del terruño, propiamente dicha. ¿Qué serían los villanos y los señores en el resto de Europa?

»El estilo es tan variado como los personajes; algunas veces, sin embargo, peca de excesivamente poético y artificioso, como en la égloga con que principia el drama. En el papel de Sancho, las fórmulas bajas y serviles que el hábito y su condición humilde le obligan á emplear, forman un contraste, muy hábilmente presentado, con la energía y la nobleza de los pensamientos que expresa. A las bufonadas, á veces inoportunas, del gracioso Pelayo, juzgó conveniente Lope de Vega añadir faltas de lengua y de pronunciación. Este género de chiste no es traducible, y no se pierde mucho en que no lo sea.»

Luis de Vieil-Castel, que en la *Revista de Ambos Mundos* (1840) publicó un atinado examen de esta comedia (2), que califica de una de las más bellas de su autor, resume así su juicio, después de haber expuesto detalladamente el argumento:

«Esta obra insigne no está acaso tan profundamente concebida como *La Estrella de Sevilla*, pero se recomienda por un poderoso interés que no se resfría ni un solo instante, y por la verdad de los caracteres y de los sentimientos. Es imposible personificar mejor que en el orgulloso D. Tello el insolente despotismo de un hombre poderoso y apasionado, que desprecia la humanidad, que no ha conocido nunca los derechos de la justicia, ni sentido el freno de una autoridad superior á la suya. El viejo Nuño es el retrato fiel del estado de timidez y depresión moral á que la tiranía reduce, á la larga, las almas que la soportan. El Rey es un tipo de majestuosa grandeza, sencillo y noble al mismo tiempo. Sancho y Elvira interesan vivamente por la ingenua pureza de su amor. Á excepción de algunos pasajes en que Lope se deja llevar demasiado de su vena poética, y pone en labios de los dos amantes alusiones y comparaciones mitológicas poco adecuádas al tiempo y al lugar, su lenguaje es enteramente conforme á su condición y estado. No es ya la galantería exquisita

---

(1)

ELVIRA.

Ya eres, Sancho, mi marido:
Ven esta noche á mi puerta.

SANCHO.

¿Tendrásla, mi bien, abierta?

ELVIRA.

¡Pues no!.....

(2) Figura luego, como cap. IX, en su *Essai sur le Théâtre espagnol*, 1882, págs. 89-110.

y refinada de los caballeros y de las damas de la corte: algo de primitivo y de agreste se mezcla aquí con una delicadeza que la sensibilidad verdadera puede inspirar, con una elegancia á que la poesía no debe renunciar nunca, y que sólo el verdadero poeta sabe conciliar con la naturalidad. Por una combinación diferente, pero que procede también de la feliz inteligencia del asunto, el *Gracioso* habla en un tono muy diverso del que ordinariamente distingue á este personaje. Lope comprendió que un criado intrigante y bufón estaría fuera de su lugar entre los campesinos de Galicia, y le sustituyó con un pastor ignorante y rudo, cuyas torpezas, aunque á veces algo groseras, tienen mucha fuerza cómica y no carecen de cierta verosimilitud.»

Todavía es más entusiasta el juicio de Damas Hinard, segundo traductor francés de esta comedia, y muy superior á La Beaumelle en conocimiento de nuestra lengua y en talento crítico:

«Todo el que después de haber leído la comedia de Lope la compare con el relato de la crónica, no podrá menos de reconocer en el poeta castellano una alta discreción y un sentimiento profundo del arte. Ante todo, tuvo Lope la feliz idea de sustituir el despojo de una heredad con el rapto de una doncella. Con el dato de la historia no había pieza dramática posible ó hubiera tenido muy poco interés. Modificando este dato encontró Lope el motivo de un admirable drama. Sólo cuando se encuentra una invención de este género es lícito decir que la poesía es superior á la verdad. Pero para lograr este género de invenciones es preciso que el dramaturgo sea muy grande.

»Todos los caracteres de la pieza, así los que la historia indicaba al poeta como los que él mismo creó, están trazados con peregrino talento. El emperador Alfonso VII, con su justicia severa y su bondad para con los débiles y los pequeños, es realmente el justiciero Alfonso VII de la historia, es la personificación de esos reyes españoles de la Edad Media, que muy sinceramente se creían (fuese cual fuese su conducta privada) representantes de Dios en la tierra. Don Tello es el infanzón orgulloso por su nacimiento y su riqueza, violento y sensual, que se admira de encontrarse con un rival preferido y se indigna de la resistencia de una villana. Sancho es otra figura admirablemente presentada. Su pasión es noble y poética. Su valor excita nuestra simpatía, y tiene momentos, por ejemplo en la respuesta que da al Rey cuando éste le pregunta si D. Tello ha rasgado su carta, en que muestra una elevación de sentimientos y un horror á la mentira que nos parecen de gran belleza (1). El viejo Nuño, en quien la viveza de la ternura paternal se combina con una tímida prudencia, pues por una parte quisiera recobrar á su hija,

---

(1)
No quiera Dios que mi agravio
Te ofenda con la mentira.
Leyóla y no la rompió;
Mas miento, que fué rompella
Leella y no hacer por ella
Lo que su Rey le mandó.....

y por otra teme ponerse mal con su señor, es un tipo de excelente observación. Las dos mujeres son todo lo que podían ser, dada la fábula. Por último, nos agrada mucho el gracioso Pelayo, tan maligno como ingenuo, y algunos de sus chistes son verdaderamente incomparables.

»Dos personajes de la pieza, el Conde de Castro y Enrique de Lara, no pertenecen al reinado de Alfonso VII, sino al de su nieto Alfonso VIII (1). ¿Qué motivo pudo tener Lope para hacerlos entrar en su comedia? El que le eran necesarios, y antes que inventarlos prefirió tomar de la historia sus nombres, pensando, sin duda, que así tendrían alguna más realidad y vida.

»Pero acaso el principal mérito de esta pieza consiste en la pintura de costumbres. Aquí están las ideas, las creencias, las supersticiones de la Edad Media española, la organización social de aquellos tiempos. Es la pintura más cabal de un siglo enérgico y todavía semibárbaro, en que la fuerza brutal y el capricho del más fuerte decidían de todo. Se ha preguntado dónde habría adquirido Lope este conocimiento íntimo de las costumbres y de los sentimientos de una época tan lejana. En primer lugar, en la historia, en las primitivas crónicas, en los antiguos romances españoles, que había estudiado con amor y que conocía mejor que ninguno de sus contemporáneos; y después, lo que no podía encontrar ni en la historia, ni en las crónicas, ni en los romances, lo adivinó con su genio. Así lo hacía Shakespeare: así lo han hecho todos los grandes maestros.»

Glosa en parte los juicios anteriores, pero no sin alguna observación nueva y discreta, Eugenio Baret, al frente de su nueva versión francesa de *El mejor Alcalde el Rey:*

«Es seguramente una de las mejores obras de Lope de Vega, ya se atienda á la composición, ya al estilo. Su genio se muestra aquí más sobrio, más contenido que en ninguna otra parte, y casi nunca tenemos que censurar esos extravíos de imaginación que en otras producciones suyas escandalizan tanto la meticulosidad del gusto francés. La acción, bien conducida, se desarrolla con regularidad; el tono casi constantemente es natural, y el poeta rara vez cae en la tentación de hablar líricamente por boca de sus personajes. Siempre se mantiene fiel á la verdad humana. ¿Á quién no conmoverán el amor ingenuo y profundo de Sancho á Elvira, y la constancia de los dos amantes? Los caracteres están dibujados con un vigor que sorprenderá á los que tienen el hábito de negar á la escena española en general, y á Lope en particular, el arte de pintar caracteres. La justicia inflexible, la humanidad, la actividad del rey Alfonso, se reproducen en la escena tales como se muestran en la historia. El valor y la entereza de Sancho, el orgullo estúpido y la violencia de D. Tello, la constancia de Elvira y la debilidad de Feliciana, están pintados con el mismo talento. Y para dar á estas figuras tanto relieve no ha necesitado el artista recurrir á grandes desarrollos: le ha bastado con cuatro rasgos.

(1) «*Su hijo y sucesor*», dice equivocadamente Damas Hinard, y antes que él lo había dicho La Beaumelle.

»Este drama, como *La Estrella de Sevilla*, debe parte de su interés y su grandeza á la presencia de un elemento épico muy poderoso. Si el cuadro trazado por nuestro poeta tiene menos profundidad que el de la tragedia clásica, tiene, en cambio, más extensión. Este cuadro es uno y múltiple: presenta innumerables puntos de vista. Lope pinta al hombre, y pinta al mismo tiempo la sociedad. Pone delante de vosotros personajes agitados de pasiones diversas, y por no sé qué arte particular y soberano veis surgir al mismo tiempo la sociedad entera, y lo que es más, el país donde esta sociedad se mueve, y descubrís á lo lejos sus prados y sus ríos y sus montañas cubiertas de nieve. Esto es grande y bello como la naturaleza.....

»No puedo menos de llamar la atención sobre la pintura que Lope se complace en trazar de la vida de los campos en España, y de la clase de los *labradores*, clase admirable por sus virtudes, muy cristiana, y que, según pienso, no tiene análoga en ninguna otra parte de Europa. Esta clase es la que todavía conserva los principales rasgos que forman la nobleza del carácter nacional. En todos los países podría encontrarse un D. Tello, es decir, un gran señor que de buena fe se cree superior á los demás hombres y á la ley; pero ¿dónde encontrar un Nuño de Aibar y un Sancho de las Roelas, un labrador cuya casa está adornada con el escudo de sus armas (1), un mayoral de ganados que con toda naturalidad puede jactarse de ser caballero de corazón? (2). Como vasallos leales, se inclinan con sumisión ante la autoridad de su señor; pero cuando este gran señor pretende violar el derecho de la naturaleza, encuentran en el sentimiento de su dignidad fuerza bastante para resistirle y apelan á la justicia del Rey. El gran mérito de esta pieza consiste en haber pintado, con el vigor de toque característico del genio español, ese fondo de igualdad creado por

---

(1)
He tratado de casarme
Con una doncella honrada,
Hija de Nuño de Aibar,
Hombre que sus campos labra,
Pero que aun tiene paveses
En las ya borradas armas
De su portal, y con ellas,
De aquel tiempo, algunas lanzas.
. . . .
Pero en Galicia, señores,
Es la gente tan hidalga,
Que sólo en servir al rico
El que es pobre no le iguala.
. . . .

(2)
Nuño, mis padres fueron como sabes,
Y supuesto que pobres labradores,
De honrado estilo y de costumbres graves.
Yo sólo labrador en la campaña,
Y en el gusto del alma caballero,
Y no tan enseñado á la montaña,
Que alguna vez no juegue el limpio acero.
. . . .

la historia, que existe en España entre todas las clases de la nación, y que da á este pueblo una fisonomía tan original. De aquí nace también la verdad del papel de Pelayo. Pelayo es un porquerizo, está en el grado más ínfimo de la escala social; pero es español, y por consiguiente es un *hermano* á quien se respeta, y que, sin cometer ninguna insolencia, tiene su puesto en la vida de familia, su parte en la conversación.

»La comedia de Lope admite todos los matices, abarca todos los géneros. Su imaginación inagotable los había cultivado casi todos. Lope amaba con pasión la Naturaleza, y no la olvida en esta obra. *El mejor Alcalde* es un drama, y un drama terrible. Pero la primera jornada es una égloga, y por el lugar de la escena, por la calidad de los personajes, esta égloga está llena de verdad. Los que intervienen en ella son labradores y pastores reales, tales como se los encuentra en las montañas de Galicia, ó en Portugal, á orillas del Tajo y del Mondego. Aquí la verdad de las costumbres se sobrepone á lo convencional del género.»

Oigamos ahora á la crítica romántica alemana, personificada para el caso en el Conde de Schack: «*El mejor Alcalde el Rey* puede calificarse de drama modelo, de cualquier manera que se le considere, por la profundidad y vigor de los caracteres, por los enérgicos contrastes que nos ofrecen el Rey, severamente justiciero, el orgulloso ricohombre y el pobre y honrado hidalgo, y por la pintura, llena de vida, de las costumbres de los siglos medios: aun el estrecho encadenamiento de las escenas entre sí y la impresión total del conjunto nada dejan que desear á la crítica más exigente» (1).

«*El mejor Alcalde el Rey* es una de las obras maestras de Lope», repite Lemcke, autor de la mejor crestomatía española que hasta el presente tenemos (2).

En una escuela diametralmente opuesta al romanticismo es imposible omitir el testimonio de Klein, que, después de exponer ampliamente el argumento, llega, en el extremo de su entusiasmo, á decir que «esta comedia, por su agradable sencillez, por el profundo sentimiento de la justicia que revela y por su perfecta é intachable ejecución, es la obra maestra de Lope de Vega y una profunda obra de arte, que pesa tanto como mil por lo menos de sus dos mil piezas, sin exceptuar las más brillantes» (3).

Sin fundamento alguno han sostenido varios críticos que existía parentesco entre *El mejor Alcalde el Rey* y *El Alcalde de Zalamea*. Salvo la voz *Alcalde*, que aparece en uno y otro título, y haber en una y otra comedia una mujer violada y una sangrienta justicia, no puede encontrarse paridad alguna entre ambas obras, que se fundan en dos casos históricos enteramente distintos. La forma primitiva de *El Alcalde de Zalamea* pertenece también á Lope de Vega, pero con este título y no con

---

(1) Tomo II, pág. 311, de la edición alemana; III, pág. 71, de la traducción castellana.
(2) *Handbuch der Spanischer Literatur*. Leipzig, 1856; III, 189.
(3) *Geschichte des Drama's*, X, 465.

ningún otro. La idea fundamental de ambas obras es tan diversa como la fábula. *El Alcalde de Zalamea* es la apoteosis de la justicia municipal, y quien la ejecuta es un magistrado democrático, padre y vengador á la vez. *El mejor Alcalde el Rey* es la glorificación del poder monárquico, emblema de la justicia contra las tiranías señoriales. Son ideas diversas, aunque no antitéticas, y que en el desarrollo de nuestra historia y en el pensamiento de nuestros poetas se completaban. Las obras que tienen verdadera y directa analogía con *El mejor Alcalde* son, dentro del Teatro de Lope, *Los Novios de Hornachuelos*, *El Infanzón de Illescas* y *Peribáñez* y *El Comendador de Ocaña*, tres dramas á cual más admirables; porque en esta que podemos llamar poesía política Lope acertó siempre y se remontó á las más altas esferas á que puede llegar el ingenio poético. Siendo, pues, muy justas cuantas alabanzas se tributan á *El mejor Alcalde el Rey*, no conviene, sin embargo, hacerlas tan exclusivas como pudiera inferirse del texto de Klein. Es una obra admirable, pero no es quizá la mejor de cuantas Lope compuso sobre argumentos análogos, como veremos al ir examinando cada una de ellas.

La comedia de D. Antonio Martínez de Meneses, *El mejor Alcalde el Rey, y no hay cuentas con serranos*, inserta en la *Parte* 20 de comedias escogidas (1663), es «diferente de la que hizo Lope de Vega», como se advierte en la Tabla; y, en efecto, tiene distinto aunque no muy desemejante argumento, y la acción pasa también en tiempo del emperador Alfonso VII.

La comedia de Lope fué refundida en los primeros años de nuestro siglo por la inteligente mano de D. Dionisio Solís, que se limitó á suprimir el papel de Feliciana por encontrarle odioso é inútil (1). Así refundida representóla Isidoro Máiquez, y fué uno de sus mayores triunfos. Moratín la cita expresamente entre las obras en que más sobresalía el émulo español de Talma.

IX.—LA DESDICHADA ESTEFANIA.

Esta *tragicomedia* fué incluída por Lope en la *Parte docena* de sus *Comedias* (1619), y reproducida después con escasas variantes en una *Segunda parte* apócrifa ó *extravagante* de Barcelona.

El hecho tenido por histórico en que este drama se funda, se encuentra, por primera vez según creo, en el famoso nobiliario portugués del siglo XIV, comúnmente llamado *Libro de Linajes del conde D. Pedro de Barcellos* (2). No es verosímil que

---

(1) Existe otra refundición posterior (Barcelona, 1851, imp. de Mayol). La de Solís permanece inédita, como la mayor parte de las suyas.

Conozco una tragedia inédita del mismo D. Dionisio Solís (admirablemente escrita y versificada por cierto) que se titula *Tello de Neyra;* pero á pesar de la identidad del nombre, este Tello de Neyra nada tiene que ver con el infanzón gallego protagonista de la comedia de Lope.

(2) «*E dom Fernam Rodriguez de Castro foy casado com dona Estevainha, filha do emperador*

Lope le tomase directamente de allí, puesto que en su tiempo todavía no estaba impreso este libro de genealogías, siendo posteriores á su muerte las ediciones de Juan Bautista Lavaña (1640) y de Manuel de Faria y Sousa (1646), si bien pudo disfrutarle manuscrito por mediación de cualquiera de estos dos eruditos portugueses, de los cuales el primero fué su maestro de Matemáticas, y el segundo su íntimo amigo y apologista. Pero no hay para qué suponer tan remota fuente cuando el caso andaba vulgarizado en diferentes libros tan familiares á Lope como la *Crónica del emperador D. Alonso VII*, de Fr. Prudencio de Sandoval (1600), y las *Tragedias de amor*, de Juan de Arce Solórzano (1604). Entre estos relatos escogeremos el

---

dom Affonsso, de gaança..... (*), *e fez em ella dom Pero Fernamdez de Castro, o que chamaron o castellaão. E em seendo moço pequeno aconteçeo gram cajam a seu padre dom Fernam Rodriguez, porque huuma couilheira de ssa molher dona Estevainha fazia mall com huum peom e hia cada dia ao seraão a ell a huum pomar dêsque se deitaua sa senhora, e levaba cada dia o pellote de ssa senhora vestido: e dom Fernam Rodriguez nom era entom hi, e dous escudeiros seus que hi ficarom viromnos huumas tres noites ou quatro, e como emtrava o peom a ella per çima de huum çarrado do pumar a fazer mall sa ffazenda ssó huuma aruor. E quando chegou dom Fernam Rodriguez espediromselhe os escudeiros e foromse, e tornaron a elle outro dia e contaromlhe esta maneyra dizemdo que ssa molher fazia tall feito, e que a virom assi huumas tres noites ou quatro, e disserom que sse fosse dalli e que lho fariam veer. E elle foyse e tornou hi de noute a furto com elles a aquelle lugar hu elles soyam a star: e a cabo de pouco virom viir a couilheyra pera aquelle logar meesmo, e tragia vestido o pellote de ssa senhora bem como soya: e dom Fernam Rodriguez foy pera lá quanto pode e trauou no peom, e en quanto o mataua fugio ella pera casa e colheosse só o leyto hu sa senhora jazia dormimdo com seu filho dom Pero Fernamdez nos braços. E dêsque Fernam Rodriguez matou o peom, emderençou pera o leito hu jazia sa molher dormimdo com seu filho, e chamtou o cuytello em ella e matoua, e dêsque a matou pidio lume, e quando a achou jazer em camisa e seu filho apar de ssy, maravilhouse e catou toda a casa e achou a aleyvosa da couilheira com o pellote vestido de ssa senhora sô o leito, e pregumtoulhe porque fizera tal feito, e ella lhe disse que fezera como máa, e elle mandoua matar e queymar por aleyvosa: e ficou com gram pesar deste cajam que lhe aconteçera, que bem quisera sa morte. E filhou outro dia e vestio huuns panos de sayall e foy perante o emperador que era seu padre della, e disse assi: «Senhor, en seemdo casado com dona Estevainha vossa filha de »que siia muy bem casado e muito honrrado como muy bona dona que ella era, mateya sem me»reçimento, e por esto me digo aleyvoso: pero senhor que mento, ca a matey por tal e por tall »maneyra», como ja dissemos, e contoulhe a maneyra toda, «e esto senhor foy per cajam, »ca nom por voomtade.» E andou assy rretento alguus dias atáa que o emperador ouue a dar semtença, e a sentemça foy esta; disse: «Dom Fernam Rodriguez, eu vos dou por boo e por »leall, ca este feito bem parece que foy mais cajam ca al, e assy sodes vós sem culpa, mais »pero metesteme muy gram pesar no meu coraçom, mais porque era muy boa, ca por ser minha filha.»*

(Edición de *Os Livros de linhagens*, publicada por Alejandro Herculano en los *Portugalliæ Monumenta Historica*, *Scriptores*, I, 266. *Olissipone*, *typis Academicis*, 1860.)

(*) Esto es, hija de *ganancia*, hija natural.

de Sandoval, por ser el más completo y por ir acompañado de oportunos reparos históricos:

«*Cap. XXXIII. De la desgraciada muerte de Doña Estefanía, hija del Emperador, mujer de Fernan Ruyz de Castro.*

»Visto queda en todas las escrituras que de algunos años á esta parte he citado, entre los ricos hombres, que confirman quán señalados y principales eran los dos hermanos Gutierre Fernandez, mayordomo del Rey y Ruy Fernandez, su hermano. Estos dos cavalleros son los que dieron principio á la casa de Castro en Castilla, tan cercana á la casa Real..... De Rodrigo Fernandez y de la mujer que (dizen) tuvo, llamada doña Estefanía, hija del emperador don Alonso, cuenta el infante don Pedro de Portugal en el libro de Genealogías lo siguiente, que para que se entienda pondré aquí con el mejor orden que pudiere:

«Sucedió una notable desgracia, y de mucho sentimiento á Ruy Fernandez de »Castro, y fué en esta manera: Una camarera de doña Estefanía tratava mal con un »su aficionado, y á cierta hora de la noche, despues que dexaba á su señora acosta»da, salia á la huerta por una puerta, cuya llave ella tenia, y iba cubierta siempre »con el pellote, que devia ser alguna ropa larga de su señora: esto se atrevia á ha»zer quando su señor Ruy Fernandez faltaua de casa. Vieron esto algunas vezes dos »escuderos, y que en el huerto entraba aquel hombre, saltando las paredes, y que »se juntaban allí los dos: entendieron verdaderamente que su señora doña Estefa»nía era la que hazia este maleficio, y venido Ruy Fernandez á casa, zelando su honra, »le dixeron que su mujer le hazia traycion haziendo lo que está dicho. Creyólo fá»cilmente Ruy Fernandez, y queriendo ver lo que le contaban y enterarse de la »verdad, concertó con los criados que él fingiria un camino, y que le pusiesen en »aquel puesto para ver lo que passaba. Hízose assi, y puesto Ruy Fernandez con los »escuderos en espía, á la hora acostumbrada vino la camarera vestida con el pe»llon (1) de su señora, y el amigo entró por do solia, y juntáronse sin recelo de »quien los estaba mirando. Ciego Ruy Fernandez con la passion de tal caso, arre»metió para ellos con un puñal en las manos: y porque el hombre no se le fuesse »cerró con él, dándole de puñaladas. Embarazado en esto, tuvo lugar la camarera de »huir, que los escuderos, entendiendo que era su señora, no la echaron mano: y assi »ella pudo yrse, y á todo correr, como quien escapa de la muerte, volvió por donde »habia venido, y fuese para el aposento de su señora, y entró passo, que no la sintió »como era al primer sueño, y metióse debaxo de la cama. Despues que Ruy Fer»nandez hubo muerto al malhechor, vino corriendo en seguimiento de la criada, »que verdaderamente entendia que era su mujer; y como no advirtió cerrar las »puertas de la huerta por donde habia salido, Ruy Fernandez pudo entrar sin ser »tampoco sentido de su mujer, que muy sin cuidado estaba la inocente durmiendo

---

(1) Aquí pone Sandoval una nota: «Pellon llaman en Castilla una ropa como mantellina, que ahora dizen rebozo.»

»con su hijo don Pedro, niño de poca edad, en la cama, donde llegó Ruy Fernan»dez con el puñal sangriento, y sin reparar en cosa, dió de puñaladas á la pobre »señora, y la mató, haziendo del sueño y la muerte una cosa, que ella no dixo: «Dios »valme.» Luego que hubo hecho tan mal recado dió vozes pidiendo luz, que para »todo la había bien menester su gran ceguera. Acudieron luego los de casa, y trayda »la luz, vió á la pobre de su mujer en camisa, envuelta en su sangre, y al niño »junto á ella. Maravillóse Ruy Fernandez como la vió desnuda, y mirando el apo»sento, sintió debaxo de la cama á la alevosa causadora de tanto mal. Ella confesó »luego su culpa y la inocencia de su señora. Pasmado quedó Ruy Fernandez y »fuera de su juyzio con tan extraño caso, y le atravessaba el alma la muerte tan sin »culpa de su querida mujer: no hallaba poder tener consuelo jamás, pues el daño »era tan sin remedio. Públicamente mandó quemar á la criada, y habiendo llorado »la muerte y desastrado suceso, vistióse de sayal con una soga al cuello, y el puñal »con que habia muerto á su mujer en las manos, y presentóse ante el Emperador, su »suegro, y lo que le dixo diré como lo dizen: «Señor, he sido casado con doña Es»tefanía vuestra hija, buena señora que era ella segun su merecimiento: y por esto »me digo alevoso, que, no teniendo ella culpa, ciega y torpemente la maté.» Con»tóle cómo habia passado con muchas lágrimas y sentimiento, que movia á compas»sion á todos los que allí estaban, y al Emperador dió mortal pena, lo uno por ser »la desgracia tan grande, lo otro porque era su hija, que amaba como á tal. Mandó »el Emperador que Ruy Fernandez estuviese al juicio de los que juzgassen su »culpa: y tomando el Emperador el parecer de hombres sabios, mandó que viniesse »ante él Ruy Fernandez, y con semblante triste le dixo: «Ruy Fernandez de Cas»tro, yo os doy por bueno é por leal. Este fecho bien parece fué más caso que »otro, y assi sois vos sin culpa; mas empero metistes muy gran pesar, é muy gran »cuita en mi corazon, más porque era muy buena que porque era mi hija.» Dize »más el Conde deste caballero: «Este Ruy Fernandez ovo virtud en quantas lides »entró, todas las venció, é venció al conde don Manrique de Lara, é matólo, é pren»dió al conde don Nuño, su hermano, é assi hizo con quantos christianos é moros »lidió.»

«Agora que he dicho la historia deste desgraciado caso, como la cuentan mal concertada, y sin dezir el año y tiempo en que fué, diré lo que siento. De una dama que se llamó doña María, hubo el Emperador esta señora doña Estefanía; no hallo quien diga de qué gente era. El casamiento de doña Estefanía no fué con Ruy Fernandez, sino con Fernan Rodriguez su hijo, y este matrimonio no se hizo en vida del Emperador, sino del rey don Fernando de Leon, hermano de doña Estefanía, los que casó, y en su tiempo sucedió esta desgracia. Consta de la vida de doña Estefanía en una donacion que la infanta doña Sancha hizo á la iglesia de Astorga de las heredades que tenia en Valcavado, riberas de Orbigo, por el remedio de su alma y la de sus padres, y de su hermano el emperador don Alonso, á 19 de Noviembre, era 1196. Confirman *Regina Hurraca*, *Stephania Infantissa filia Imperatoris*, que son las dos hijas de ganancia que el Emperador hubo, y no estaban en Castilla, sino

con su hermano el rey don Fernando de Leon: y assi viene bien lo que dizen, que don Fernando casó esta señora con Fernan Ruyz de Castro, que fué un bravo caballero» (1).

Con este asunto capital de su drama ha entretejido Lope otros pasos de la historia del Emperador, por ejemplo, la venida del rey de Francia Luis VIII en romería á Santiago (2). Ingeniosamente saca partido, para presentar en escena á la bella Estefanía, del fabuloso rumor consignado por el arzobispo D. Rodrigo, de que la intención secreta del viaje del Rey de Francia era averiguar si su mujer, D.ª Constanza (que otros llaman D.ª Isabel), era hija legítima del Emperador, ó bastarda, como algunos malsines habían susurrado. La primera escena de la comedia de Lope es casi una paráfrasis del texto de la *Crónica General*, que á su vez traduce, amplificándolas mucho, según su estilo habitual, las palabras de D. Rodrigo:

«Quando el Emperador era entre tantas buenas andanzas como sobre moros avie, e entre sus christianos....., unos omes malos e avoles e de mala parte, segun dize el Arzobispo don Rodrigo, queriendo meter mal e desavenencia e desacuerdo e des-

---

(1) *Chronica del inclito Emperador de España, Don Alonso VII deste nombre Rey de Castilla y Leon, hijo de don Ramon de Borgoña, y de doña Hurraca, Reyna propietaria de Castilla. Sacada de un libro muy antiguo escrito de mano con letras de los Godos, por relacion de los mismos que lo vieron, y de muchas escrituras y privilegios originales del mesmo Emperador, y otros. Por Fr. Prudencio de Sandoval, Predicador de la Orden de San Benito..... Año 1600. Con privilegio. En Madrid, por Luis Sanchez.* Folios 80-83.

Cf. *Tragedias de amor, de gustosso y apacible entretenimiento, de historias, fábulas, enredadas marañas, cantares, bayles, ingeniosas moralidades del enamorado Acrisio y su zagala Lucidora. Compuesto por el Licenciado Juan Arze Solorzano.....* Valladolid, 1604.—Zaragoza, por Pedro Verges, 1647. Folios 76 á 77.

(2) «Algunos malsines, deseando mal entre el Emperador y Rey de Francia su yerno, hiciéronle creer que la Infanta de Castilla Doña Costanza, su mujer, no era hija legítima, sino bastarda, del Emperador. Queriendo el Rey de Francia enterarse desto, pasó á España con color que venia á Santiago: nuestro Emperador creyó ser ésta, y no otra, la causa de su venida, y salióle á recebir en Burgos acompañado de sus hijos y de todos los ricos-hombres de su Reyno, hallándose con él Don Sancho, Rey de Navarra, que aun no era casado. Fué tanta la magestad con que el Emperador recibió al Rey, que le causó admiracion ver su grandeza y caballería de su corte. Hiciéronse muchas fiestas y pruebas de armas, donde se mostraron tanto los caballeros españoles, que dieron bien que ver á los franceses; porque, sin duda, con el largo curso de las armas, que tantos años habian seguido, y con que parece que qual es la inclinacion del Rey, tales salen los suyos, los caballeros castellanos eran de los más valientes que en su tiempo hubo en el mundo, como en tantas y tan desiguales batallas lo mostraron. De Santiago vinieron á Toledo, donde el Emperador hizo llamamiento general de todos sus Reynos christianos y de moros: que fué mucho de ver tanta caballería y nobleza como se juntó en esa ciudad, que aun espantó más al Rey de Francia, que no habia él imaginado tan poderoso al Emperador.» (Sandoval, *Crónica de los cinco reyes*. Pamplona, 1615; pág. 210.)

Sandoval pone en el año 1154 este viaje, del cual nada dicen las escrituras de aquel tiempo, aunque sí el arzobispo D. Rodrigo y los demás cronistas.

amor entre el Emperador don Alfonso, e don Luis, rey de Francia, murmugeaban á la oreja á esse Rey don Luis, diziendol que su muger la Reyna doña Elisabet que non la oviera el Emperador don Alfonso en su muger la Emperatriz, mas que la fiziera en su barragana, e non en fijadalgo, mas en vil muger. E el Rey don Luis diziendol aquellos viles e malos esta razon muchas vezes, pesól, e ovo de tornar la cabeza en este fecho: e pensó de provar como lo podrie fazer: e guisóse como romero para venir á provar si era assi, e metióse en el camino desta guisa, e vínose para España como romero, en voz que yva en romeria á Sanctiago de Galizia, e vínose por el camino por do los otros romeros van su romeria para aquel Apostol. E sopo de antes el Emperador aquella venida del Rey don Luis de Francia, e embió por todos sus ricos omes e infanzones e cavalleros, e díxoles como el Rey de Francia venie á Sanctiago en romeria, e que se guisassen todos muy bien para salir á rescebirle con él, ca gran debdo avien todos en fazerlo. E ellos guisarónse todos muy bien de muchos paños e muy nobles, e de muy buenos cavallos e mulas: e segun dize el Arzobispo don Rodrigo, e las otras estorias con él, que ya era estonces con el Rey de Navarra, e ayuntáronse todos en Burgos, e salieron todos mucho apuestamente guisados á gran maravilla: e cada uno, con sus acémilas muy buenas, e muchas dellas, e cargadas de muchos buenos repuestos, e salieron desta guisa á recebir don Luis, rey de Francia.

»Aquí dize el Arzobispo que quando el Rey de Francia vió aquel rescebimiento que el Emperador le fazie, e vió tantos omes buenos e honrados, quier en buen caballo, quier en buena mula, e vió otrosí tanta cavalleria de cavalleros mancebos todos apuestos e grandes e guisados para todo bien, e los guisamientos tantos e tan grandes, que se maravilló mucho que non sabie á quien catar..... E si grandes maravillas vió con el Emperador quando lo salió á rescebir con mucha cavalleria, e con muchos Prelados, assi vió más que non menos en casa de la Emperatriz, tanta nobreza de dueñas con esta Emperatriz, las unas Reynas, e las otras Infantas, e las otras ricas fembras, e las otras Condessas, e otras Infanzonas, e otras dueñas tantas, que serien mucho de contar; e todas bien guisadas. Las siervas semejauan señoras. E allí entendió el Rey don Luis que aquellos omes malos que le dixeron que doña Isabel su muger que non era fija de la Emperatriz Berenguela, que le mentieran, e que le dixeran gran falsedad, e que non lo fizieran por ál, sinon por entrar en la su privanza, e lisonjarle é llevar dél algo. E desde allí tovo por muy mejor e más alto el fecho de doña Isabel su muger, que non fazie antes, e la preció mucho más el Rey don Luis, e toda Francia, e la honraron e le ovieron más vergueña de allí adelante. E assi fué honrado el Rey don Luis en Burgos en esta guisa. E comprió el Emperador á quantos vinieron con él de todo aquello que les fué menester todos estos dias que en Burgos moraron. E quantas maneras e adobos de manjares sabien fazer los officiales e los servientes que con el Rey don Luis venien e los servientes del Emperador, todos los fazien e adobaban allí muy gran abondo, e á lanzar tablados e tornear con armas e lidiar toros, e jugar Axedrezes e tabras e otros muchos juegos; e todos aquellos solazes e instrumentos que por España se pudieron fallar,

e de Francia venien, de todos fué la cibdad de Burgos comprida aquellos dias que los Reyes y fincaron..... E quando el Rey don Luis de Francia cató e vió tan nobre corte, e que todas las cosas tan nobremente se fazian en ella, maravillóse dello mucho, e dixo ante todos por corte, jurándolo e testiguándolo, segun cuenta el Arzobispo, que tan nobre corte nin tal guisamiento non la avie á ninguna parte en el cerco de la tierra, nin nunca tal nobreza viera de cosas, e tantas e tan nobres todas. Estonces el Emperador tovo que tenie sazon, e descobrióse aquí en la razon que vos diremos ante el Conde de Barcelona, que veniera y muy guisado á aquellas cortes e con muy gran gente e mucho honrada: e dixo al Rey don Luis: «Ved e sabed, »Rey, que en la Emperatriz doña Berenguela, hermana deste Conde de Barcelona, »fiz yo la mi fija doña Elisabet, que yo vos di por muger, e con quien oy sodes ca- »sado.» E estonces el Rey don Luis á esta razon del Emperador alzó las manos al cielo, faziendo gracias á Dios por ello, e dixo: «Bendicho seas, señor, que fija de tan »gran señor como es don Alfonso, emperador, e hermana de tan gran Príncipe »como es el Conde don Remon de Barcelona, yo meresci aver por muger linda» (1).

En la comedia de Lope, el Emperador, para acabar de desengañar al Rey de Francia, le confiesa que realmente había tenido una hija bastarda, pero que ésta era la bella Estefanía, nieta, por su madre, del conde Alvar Fernández de Castro, sobrino del Cid, y de D.ª Mencía Ansúrez, hija del valeroso conde D. Pedro Ansúrez de Carrión; genealogía idéntica á la que del libro del conde D. Pedro copia Sandoval.

La leyenda no presentaba más que una situación: trágica en verdad y terrible, idéntica en sumo grado á la de Otelo. El prepararla tocaba enteramente al arte del poeta, que tenía que inventar nuevos motivos dramáticos más interesantes que el engaño de la criada, aunque fuese indispensable conservar éste. Así lo hizo Lope con su habilidad acostumbrada, imaginando desde el principio una competencia de amor y celos entre Fernán Ruiz de Castro y Fortún Ximénez, que aspiran uno y otro á la mano de D.ª Estefanía, la cual prefiere al primero, al paso que su doncella Isabel está en secreto enamorada de Fortún, á quien no se atreve á declarar su pasión, para satisfacer la cual urde su trama, si algo menos odiosa que la de Yago, no menos funesta en sus resultas.

La acción camina con bastante lentitud en los dos primeros actos, ocupados en gran parte con el reto de Fernán Ruiz de Castro á su rival, que no comparece en Fez, donde les había ofrecido campo y seguridad el Emperador de Marruecos (2); pero empieza á animarse en las últimas escenas del segundo, desde

(1) *Crónica General*, edición de 1604, folios 323 vto. á 326. Cf. D. Rodrigo, *De rebus Hispaniæ*, lib. VII, cap. IX.

(2) Parece reminiscencia de desafío, histórico, de D. Alonso de Aguilar y el Conde de Cabra, en tiempo de Enrique IV. *(Relaciones de algunos sucesos de los últimos tiempos del reino de Granada, que publica la Sociedad de Bibliófilos españoles.* Madrid, 1868; págs. 69-145.)

que forman nefanda é invisible alianza el despecho de Fortún y la liviandad de Isabel:

¡Hoy me vengo, Ruiz de Castro;
Fortún, hoy gozo de ti!

Los presagios lastimosos con que este acto finaliza, despiertan ya en el ánimo las impresiones sombrías que han de dominar hasta el instante de la catástrofe.

La inspiración trágica del tercer acto puede honrar al mayor poeta del mundo. Ni aun la obscurece del todo el recuerdo abrumador de la tragedia shakespiriana. Cierto que en la obra de Lope, medio improvisada y completamente legendaria en su estructura, se echan de menos la profundidad de observación moral, la anatomía desgarradora de la pasión celosa y de la perversidad innata que hace inmortales la figura de Otelo y la de su diabólico amigo; cierto que el carácter de Estefanía, aunque presenta un matiz dulce y resignado, algo semejante al de Desdémona, no puede considerarse más que como un rasguño, en que falta toda la poesía anterior que envuelve la gentilísima figura de la enamorada y resuelta doncella veneciana, y aquel candor fatal que convierte cada uno de sus actos en un paso más hacia su ruina. La comedia de Lope es una novela dramática, no es una obra de análisis. Acepta la tradición sin modificarla apenas, pero interpretándola con mucho nervio, con mucha sinceridad humana, de lo cual puede ser muestra la escena en que los dos escuderos revelan á Fernán Ruiz de Castro, al volver de la guerra, su supuesta deshonra. Y cuando el horror trágico llega á su colmo, cuando no depende ya del carácter, sino de la situación, Lope y Shakespeare se encuentran como espíritus gemelos, y en la muerte de Estefanía corre, aunque menos impetuoso, el mismo raudal de elocuencia apasionada que en la de Desdémona:

CASTRO.

(Con la espada desnuda.)

¡Muere, cruel!

ESTEFANÍA.

(En la cama, herida.)

¡Dios mío! ¡Jesús mío!
¿Qué es esto? ¿Quién me ha muerto?

CASTRO.

¡Yo, traidora!

ESTEFANÍA.

¿Tú, mi señor, tan grande desvarío?

CASTRO.

¿Quién llora aquí también?

ESTEFANÍA.

Tu hijo llora.
Abriguéle en mis brazos por el frío;
No me acosté por esperarte. ¿Ahora
Me matas, y hoy me has hecho tantas fiestas?

CASTRO.

¿Qué voces son tan diferentes éstas?
Mujer, ¿no estabas con aquel que he muerto
Ahora en el jardín?

ESTEFANÍA.

¿Quién te ha engañado?

CASTRO.

Yo, ¿no te vi con él?

ESTEFANÍA.

¡Qué bien, por cierto,
Mi amor y obligaciones has pagado!

CASTRO.

¡Válgame todo el cielo! ¿Estoy despierto?

ESTEFANÍA.

Si en Córdoba mi padre te ha enojado,
¿Qué culpa tuve yo, dulce bien mío,
Cuando tu hijo entre mis brazos crío?

CASTRO.

¿Cómo respondes eso?

ESTEFANÍA.

¡Ah, Castro! ¡Ah, Castro!
¿En mí te vengas de pasiones vanas?

CASTRO.

¿Qué sangriento dolor, qué influjo de astro
Me ha puesto aquí, qué furias inhumanas?
¿Yo no entré en el jardín siguiendo el rastro
De tus pisadas torpes y livianas?
¿Yo no le vi en tus brazos, tú en los suyos?

ESTEFANÍA

¿Yo he estado en otros brazos que en los tuyos?

. . . .

BERMUDO.

La cama tiembla.

CASTRO.

De mi honor culpada.

MUDARRA.

Mira lo que hay aquí.

Sacan á Isabel detrás de la cama.

CASTRO.

Pues ¿qué es aquesto?

ISABEL.

¡Echó fortuna á mi desdicha el resto!
¡Tarde ó temprano, al mal castigo viene!

CASTRO.

¿Es Isabel?

MUDARRA.

¿No escuchas lo que dice?

ISABEL.

Amor, que no hay cordura que le enfrene,
Aunque al mundo mi engaño escandalice,
Aunque disculpa en sí y en otros tiene,
No la quiero tener del mal que hice.
Yo soy quien, de Fortunio enamorada,
Le gocé de esta suerte disfrazada:
Fingí ser mi señora Estefanía.
Huyendo tu furor, aquí me he puesto.

CASTRO.

¡Ángel del cielo, amada esposa mía,
Este demonio fué la causa de esto!
¡Maldiga Dios de mi venida el día!

ESTEFANÍA.

¿Cómo que distes crédito tan presto
Á quien te puso en tan notable engaño?

CASTRO.

¡Ay, infames testigos de mi daño!

. . . .

ESTEFANÍA.

¡Abrázame, y adiós, hijo querido!
¡No os puedo ya criar; mi sangre os queda,
Que de una desdichada habéis nacido!

. . . .

Para que todavía sea mayor la semejanza entre este final y el de *Otelo*, la culpada Isabel viene aquí á dar testimonio de la inocencia de su ama, como la fiel Emilia en la tragedia inglesa. Y rasgos son enteramente shakespirianos éstos, sin otros que se habrán notado en el trozo transcrito:

Tu hijo llora.
Abriguéle en mis brazos por el frío.....
No me acosté por esperarte.....

. . . .

¿Yo he estado en otros brazos que en los tuyos?

. . . .

¡Ángel del cielo, amada esposa mía,
Este demonio fué la causa de esto!
¡Maldiga Dios de mi venida el día!

La progresión angustiosa de la escena, lo rápido y entrecortado del diálogo, asimilan profundamente ambas escenas; pero aun en las palabras hay alguna casual semejanza:

O, the more angel she,
And you the blacker devil!
. . . .
And have you mercy too!—I never did
Offend you in my life.....

Grande y maravilloso debió de ser el efecto que esta tragedia de Lope, hoy tan olvidada, hizo en los espectadores de su tiempo. Paréceme que á ella alude Vicente Carducho, cuando en sus *Diálogos de la Pintura* (1633), al tratar del poder pictórico de la poesía, especialmente de la dramática, declara como testigo de vista lo siguiente: «.....yo me encontré en un teatro donde se descogió una pintura suya (*de Lope de Vega*), que representaba una tragedia tan bien pintada, con tanta fuerza de sentimiento, con tal disposicion y dibujo, colorido y viveza, que obligó á que uno de los del auditorio, llevado del enojo y piedad, fuera de sí se levantase furioso dando voces contra el cruel homicida, que al parecer degollaba una dama inocente; que causó no poca admiracion á los circunstantes, como vergüenza al que llevado del oído, y movido de la afectuosa pintura, le dió en público el efecto que el poeta habia pretendido, viéndose engañado de una ficcion» (1).

La popularidad de esta comedia movió sin duda á otro dramaturgo, insigne entre los de segundo orden y uno de los que mostraron cualidades más análogas á las de Lope, á volver á tratar el mismo argumento en nueva forma, concentrando más la acción trágica, cuyo interés consiste en la persona de Estefanía, y cercenando los elementos accesorios que la obra de Lope de Vega contenía. Fué Luis Vélez de Guevara el poeta á quien aludimos; y su obra, muchas veces reimpresa en ediciones sueltas, lleva por título *Los celos hasta los cielos, y desdichada Estefanía.* No hay en la refundición de Vélez de Guevara tanta frescura y naturalidad de dicción como en el original de Lope, y, por el contrario, abundan los rasgos enfáticos y culteranos, pero hay más artificio teatral y algunas innovaciones felices. Si alguien intentara poner de nuevo en escena tan patética fábula, haria bien en aprovechar juntamente el drama de Lope y el de Luis Vélez. Éste ha graduado mejor los tormentos celosos por que pasa el alma de Fernán Ruiz en la escena con los escuderos, sus angustias, sus dudas, el esfuerzo que hace sobre sí mismo para disimular con su esposa, cuando ésta sale á recibirle, su desesperación, sus proyectos de venganza. La escena del jardín está conducida con más arte. En la de la muerte de Estefanía, el genio de Lope lleva la ventaja; pero el talento de Luis Vélez se manifiesta en dar á Fernán Ruiz un momento de indecisión antes de herir, contemplando

---

(1) *Diálogos de la Pintura, por Vicente Carducho. Segunda edición, fielmente copiada de la primera*, etc., por D. G. Cruzada Villaamil. Madrid, 1865; págs. 147-148.

á su mujer dormida; un momento de lucha entre el amor y la honra, que él cree ofendida:

¡Oh, engaño hermoso dormido!
¡Oh, veneno lisonjero!
Mas ¿á qué aguardo, á qué espero,
Que estoy, estando agraviado,
Con luz tan desalumbrado,
Y ocioso el desnudo acero?

Otra modificación de muy buen efecto consiste en prolongar la agonía de la esposa, para que muera con el consuelo de ver reconocida su inocencia. Sus últimas palabras son:

. . . . . esposo, adios;
Que la voz de Dios me llama.

También ha alterado Luis Vélez otro pormenor de la catástrofe. La infiel esclava no muere quemada, como en la antigua leyenda y en la comedia de Lope, sino que ella misma se arroja al Tajo después de haber confesado su crimen (1). Dice Lista (2) que este incidente está tomado del Ariosto, pero no hemos acertado á encontrarle en el *Orlando Furioso:* lo que sí es cierto que el episodio de Ariodante y Ginebra (canto v) tiene alguna semejanza con la historia de Fernán Ruiz de Castro, si bien no procede directa ni indirectamente de ella.

Dos poetas modernos han vuelto á tratarla. El P. Arolas, en su leyenda *Fernán Ruiz de Castro* (3), vertió fielmente el relato de Sandoval, en redondillas fáciles y suaves, pero tocadas de cierta dejadez prosaica y afeminada, que es el principal defecto de su manera, sobre todo cuando le falta el apoyo de las descripciones. Más adelante, nuestro ilustre compañero D. Ramón de Campoamor, en uno de los episodios de su poema simbólico y dantesco *El Drama universal* (1867), resumió rápida y vigorosamente el mismo episodio, teniendo indudablemente á la vista la comedia de Luis Vélez de Guevara, de la cual tomó los nombres del conde don Vela (á quien Lope llamó Fortún Jiménez) y de la doncella Fortuna (en Lope Isabel), y el suicidio de ésta en las aguas del Tajo.

---

(1) Por no conocer ó no recordar acaso la comedia de Lope, Schack ensalza demasiado la de Luis Vélez, de la cual dice que «es tan excelente en la pintura de tiernos afectos como en la de las pasiones violentas, y en muchas escenas se levanta á la mayor altura del trágico coturno».

(2) *Ensayos literarios y críticos.* Sevilla, 1844; pág. 147.

(3) *Poesías caballerescas y orientales.* Cuarta edición. Valencia, 1871; págs. 74-84.

X.—EL PLEITO POR LA HONRA.

Al terminar *La desdichada Estefanía* anunció Lope de Vega una continuación:

Aquí la tragedia acaba,
Aunque Belardo os convida,
A lo que la historia falta,
Para segunda comedia;
Que esta primera se llama
La desdichada inocente
Que lloran Castros y Andradas.

Aparece, en efecto, en una de las *partes* del Teatro de Lope llamadas *extravagantes* ó *de fuera de Madrid*, en la que se numera como segunda, y suena impresa en Barcelona por Jerónimo Margarit, en 1630, una comedia titulada *El pleyto por la honra*, que se da allí como segunda parte de *La desdichada Estefanía*, á continuación de la cual está impresa. Esta misma comedia, algo menos incorrecta, aunque no mucho, y con el rótulo de *El Valor de Fernandico*, se halla en un manuscrito de la Biblioteca Nacional, procedente de la de Osuna. Son tan disparatados ambos textos, que en algunos casos, ni aun con ayuda de los dos puede sacarse sentido. Hay pocos versos dignos de Lope, y hay, en cambio, tales desconciertos y necedades, que en conciencia es imposible atribuírselos. La descripción archiculterana del alcázar de Toledo parece intercalación de algún cómico, y realmente, la mayor parte de estos versos faltan en el manuscrito. La ridícula escena del pleito, erizada de términos forenses, es imposible que Lope la escribiera de aquel modo. Pero al mismo tiempo se ve en la obra un tema interesante y poético, aunque pésimamente manejado. La competencia de honor entre el padre y el hijo, el litigio que éste suscita contra aquél para acrisolar la buena memoria de su madre, que no juzga bastante satisfecha con la absolución del Emperador al reo, la lucha de encontrados afectos que de todo esto nace, podían ser un germen de situaciones noblemente caballerescas, como lo fueron más adelante en manos de Cañizares, que renovó con mucha fortuna este argumento en su notable comedia *Por acrisolar su honor, competidor hijo y padre* (1). Da grima, por lo mismo, ver que el primitivo autor sacase tan poco partido de un tema tan bello; y como, por otra parte, parece duro atribuir tal inferioridad á Lope en cotejo con un autor tan de segundo orden como Cañizares, que debió siempre á la imitación, cuando no al plagio, sus mayores aciertos, cabe suponer que el ingenioso dramaturgo (cuyo repertorio, salvo las farsas, es una serie de *hurtos honestos*) tuvo presente la genuina y auténtica segunda parte de *La des-*

(1) Se ha impreso muchas veces suelta, á veces con el título de *Á lo que obliga el honor, y duelo contra su padre.*

dichada Estefanía, de la cual quedaron hermosos vestigios en la suya; y que, por el contrario, la impresa en Barcelona en 1630 es una infame rapsodia de cualquier poetastro hambriento ó comediante de la legua, que quiso especular con el gran nombre de Lope para perpetuar de molde sus propias sandeces. Algún grano del oro de la inspiración de nuestro poeta andará perdido entre ellas; v. gr., estas palabras del aprisionado Fernán Ruiz de Castro:

¡Ya me imagino, señor,
Entre la algazara y grita,
Cortando cabezas moras,
Como el segador espigas!

Y no niego que el estilo, en los raros puntos en que deja apreciarle el deplorable estado de los textos, se asemeje un tanto al de Lope en sus obras más informes y desaliñadas, así como también puede parecer suyo el desorden de la traza. Pero en cambio la obra de D. José de Cañizares tiene mucho de Lope, no por su estilo, que es calderoniano puro; no por la regularídad de la acción, que es prenda que sobresale en estos cultos, aunque poco originales, ingenios de fines del siglo XVII, sino por la manera de comprender la poesía heroica y caballeresca del argumento, y por la franqueza con que está realizada, especialmente en la escena del palenque, con las ceremonias de partir el sol, y el juramento del mantenedor y el retado. Esta *objetividad* es muy de Lope, y recuerda en seguida el final de *El testimonio vengado*. La idea del *juicio de Dios* nos parece tan superior en elevación poética á la del pleito, tal como aparece en la rapsodia atribuída á nuestro poeta, que nos cuesta mucho trabajo creer que la inventase Cañizares.

XI.—EL GALLARDO CATALAN.

Impresa en 1609 en la *Segunda parte* de Lope. Si es, como parece, la misma pieza que *El catalán valeroso*, citado en la primera lista de *El Peregrino*, tiene que ser anterior á 1604.

El tema, libre y poéticamente tratado por Lope de Vega en esta romántica pieza, es la leyenda de la Emperatriz de Alemania, defendida por un Conde de Barcelona. Esta leyenda, que nada tiene de indígena, sino que es un lugar común de los más explotados en toda Europa por la poesía caballeresca, había penetrado ya en las crónicas catalanas del siglo XIV, puesto que se la encuentra, aunque con visibles muestras de intercalación, en algunas copias de la de Bernardo Desclot. Hállase, por lo menos, en la de París que sirvió de texto á Buchon (1) para su edición (que, en rigor, es hasta ahora la única que tenemos), y hállase también en un manuscrito

(1) En el tomo del *Panthéon Littéraire*, titulado *Chroniques étrangères relatives aux expéditions françaises pendant le XIII[e] siècle.* (París, 1841.)

de la Biblioteca episcopal de Barcelona, cuyo texto, que según creemos no ha sido aprovechado hasta ahora, va impreso al pie de estas páginas, conforme á la copia que de él sacó nuestro docto y venerado maestro D. Manuel Milá y Fontanals.

Este largo episodio aparece intercalado muy inoportunamente en la *Crónica* de Desclot, que, como es sabido, tiene por principal asunto la historia de D. Pedro III, y sólo muy ligeramente habla de sus antecesores. Al tratar, pues, de la razón por qué el rey D. Pedro II *el Católico* tuvo el señorío de Provenza, viene el cuento de la Emperatriz en la forma que vamos á transcribir, poniendo en nota el original catalán, y en el texto su versión, que hemos procurado hacer lo más literal posible para que conserve algo de la gracia de la narración primitiva.

«*Capítulo séptimo.—Del Emperador de Alemania, que tomó por mujer á la hija del Rey de Bohemia, y cómo fué acusada de adulterio por dos honrados hombres de la corte del Emperador* (1).

»Dice el Conde que habia un Rey en Alemania, que era muy noble y valeroso en armas, y muy generoso y magnánimo en sus donaciones. Los cuatro Príncipes de Alemania, por mandamiento del Apostólico (el Papa) le eligieron Emperador; el Apostólico le confirmó y le coronó. Y despues tomó por mujer á la hija del Rey de Bohemia, que era muy bella y agradable. Y aconteció que en la corte del Emperador habia un caballero de alta prosapia, y muy hazañoso y muy gallardo hombre, y era muy joven, casi niño. Y la Emperatriz se enamoró de aquel caballero, de tal suerte, que los honrados hombres del Consejo del Emperador hubieron de reparar en ello, y se dijeron el uno al otro: «Ciertamente no se ha de sufrir esto, »porque más traidores seríamos nosotros que él si ocultásemos alguna cosa que »pudiese redundar en mengua ó desdoro del Emperador nuestro amo. Y tal prin-

---

(1) Capítulo VII. «*Del emperador dalamanya qui pres muyler la fila del Rey de boemja e fo acusada de adulteri per ij honrats homens de la cort del emperador.*

«Diu lo Comte que j Rey hauja en alamanya e era molt noble e prous de ses armes e larc hom de donar e les iiij prjinceps dalamanya per manament del apostolj confirmalo e puys coronalo e puys pres muyler la fila del Rey de boemia quj era molt bella dona e agradabla. E esdevench se que en la cort del emperador hauja j caualer de gran paratge e de gran proesa darmes e era molt bel hons e joue e infant. E la emperedriu enamoras daqueyl caualer si que .ij. honrats homes del Conseyl de emperador si que fesen guarda de quayla cosa se dixeren la u alautre: certes aquesta cosa no es de sofferir que pus traydors siam nos que el si nos celauem nulla res qui fos desonor del emperador senyor nostre que nos vesem tal comensament en aquest feyt qui si pus o celauem vendria affi empero nos no som certs que y aya anantat res. Sobre asso anaren sen al emperador e dixeren li: senyor nos nous volem celar nulla cosa qui dan ni desonor fos vostra: fem vos saber que madona la emperadriu segons que nos hauen apercebut es enamorada daytal caualer e que fan contrasenys abdos: daqui anant nos no sabem si res sia enantat e per tal que myls o coneguats prenets vos en guarda e coneyxerets que nos res disom veritat. Ab tant lemperador se pres puxes guarda daqueyla cosa e viu e conech que era veritat so que aqueyls li hauien dit e feu venir la emperadriu. E com fo deuant syl axi com hom jrat e despaguat per so con eyl la amaua mes que nulla res parla lj molt felonament. Dona dix el

»cipio vemos en este hecho, que si le dejamos seguir adelante, tendria muy vergon»zoso y desastrado fin. Y aun nosotros mismos no estamos muy seguros de que las »cosas no hayan pasado á mayores.»

»Fuéronse, pues, al Emperador, y le dijeron:

»—Señor, no queremos ocultaros ninguna cosa que pueda redundar en daño ó deshonor vuestro. Y, por tanto, os hacemos saber que la señora Emperatriz, segun hemos claramente visto, está enamorada de un cierto caballero, y que se hacen señas entre los dos. Que hayan pasado más adelante, no podemos afirmarlo. Y para que lo creais mejor, poneos en acecho y conocereis que os decimos verdad.

»Con esto el Emperador puso atencion en aquellas cosas, y entendió que aquellos barones le habian dicho verdad en todo. É hizo venir ante sí la Emperatriz, y cuando la tuvo delante, mostrándose airado y malcontento de ella, por lo mismo que la amaba más que á ninguna otra cosa del mundo, la habló con palabras de mucho vituperio.

»—Señora, dijo el Emperador. Muy airado estoy contra vos, porque yo pensaba tener la mejor dueña y la más leal á su marido que en el mundo hubiese; pero paréceme que no hay honor, ni tesoro, ni prosapia, ni nobleza, que no hayais menospreciado y deshonrado. Y ciertamente, habeis llegado á tal punto que, segun la costumbre del Imperio, os ha de costar caro si no encontrais quien os defienda en batalla.

»Y añadió el Emperador:

»—Me he enterado de vuestro hecho: que amais á tal caballero. Y creed que con él he de hacer otro tanto.

»—Ciertamente, dijo la Emperatriz, salva vuestra gracia, eso no es verdadero.

---

molt son jrat de vos que jom pensaua la milor dona e la pus lial a son marit que fos al mon mas parme que nom val honor ni tresor ni paratge ni enfortiment que vos non ajats tot menys presat e desonrat. E certes que vos sots venguda que segom costuma de emperi vos ho comprarets lai si no hauets qui us en deffena per batayla vos sarets cremada. Certes dix lemperador jom son apersebut del vostre feyt que vos amats aytal caualer daqui anant crerem que del feyt hi aja enantat. Certes dix lamperadriu senyor salua sia la vostra honor e la vostra gratia no es pas ver, vos podets dir com senyor so quem volets mas si nuyl altre hom ho diu e sia qual se vuyla avol ment e falsa o dju e deslial que anch nom vench en cor ni en voluntat nuyla res que a vos tornas a desonor. sobre asso vengueren aquels dos barons quj asso agueren manifestat al emperador e dixeren: aquesta cosa que nos vos auem dita es veritat e nos combatrem ho a ij caualers per ij que eyla no sen poyra escondir. Dona dix lemperador dasso que jous he afer som molt despagat ab tant lemperador la feu metre en preso en una cambra e ben guardar. la dona feu cercar caualers qui la desencolpasen per batayla e no podia trobar qui per eyla se volgues combatre e li hauia a molts caualers grans dons donats e gran honor feyta e enaqueyla saho tot la desconeguaren.»

Capítulo VIII. «*Del joglaret qui parti de la emperadriu dalamanya e vench al comte de barchinona el comte ana en alamanya e feu la batayla per ella.*

»E deuench se que en la cort del emperador hauia un juglar que era molt couinent hom. E quan viu que la emperadriu fo en preso e que no trobaua caualer que la desencolpas fo molt

Vos podeis decir, como señor mío, lo que querais; mas si algun otro lo dice, cualquiera que sea, miente falsamente y como desleal, pues nunca me ha pasado por el pensamiento ni por la voluntad ninguna cosa que pudiera ser en deshonor vuestro.

»Vinieron entonces aquellos barones que habian manifestado el caso al Emperador, y le dijeron:

»—Señor, aquella cosa que os hemos dicho es verdadera, y lo defenderemos en combate de dos contra dos, y la verdad quedará patente y manifiesta.

»—Señora, dijo el Emperador, mucho me duele lo que tengo que hacer. Pero sabed que si de aquí á un año y un dia no habeis encontrado caballeros que de tal acusación os disculpen por batalla, sereis quemada delante de todo el pueblo.

»—Señor, dijo la Emperatriz, yo ruego á Dios que me ayude; que de lo que estos falsos lisonjeros me acusan ante vos, no me importa nada.

»Despues de esto el Emperador la encerró en una cámara, y la hizo guardar con la mayor vigilancia. La dama envió á buscar caballeros que la disculpasen por batalla, y no podia encontrar quien por ella quisiese combatir. Y eso que en otro tiempo habia hecho grandes dones y grande honor á muchos caballeros; pero en aquella sazon todos la desconocieron.

»Y aconteció que en aquella corte del Emperador habia un juglarcillo muy buen hombre. Y cuando vió que la Emperatriz estaba presa, y que no encontraba caballero que la quisiese defender, fué muy airado, y salió de palacio, y anduvo de corte en corte, diciendo cómo la Emperatriz de Alemania habia sido falsamente acusada. Y llegó el juglarcillo á la noble ciudad de Barcelona, y presentóse ante el Conde, con talante de hombre airado y malcontento. El Conde le preguntó quién era.

---

irat e exii de la cort e ana de terra en terra dient com la emperadriu dalamanya hauien falsament acusada daytal cosa tant quel joglaret vench en la nobla ciutat de barsalona e anassem en lo palau hou lo Comte de barchinona estaua e presents (presentas) auant lo Comte e estech com hom irat e molt despagat e lo Comte demanalj quin hom era. senyor dix eyl yo son juglar de molt longa terra e son vengut per la gran anomenada que he de vos ausida lonch tems ha. Amich dix lo Comte ben siats vos vengut e prech vos quem diguats per que estats vos irat senior dix lo joglaret si vos sabiets la raho ja nousen marauelairetz de mi com som cosiros ni felo. Amich dix lo Comte prech vos que mo digats que si yo vos puch en res ajudar yo ho fare volenters. Senyor dix lo joglaret yo he estat lonch temp en la Cort del Emperador dalamanya. Ara falses lausengers han acusada Madona lamperadriu ab lemperador de un caualer qui era de la cort del emperador e ala mesa em preso e a li donat terme de i any e j dia se que aja trobat qui la desencolpe per batayla de ii caualers per ij sino que la fara cremar e ha ja pasats VI meses e no troba caualers qui per eyla se combatan, per que yo, senyor, ne son molt despagat que molt es bella e francha e couinent e de gran linyatge fyla del Rey de boemja e aqueyla qui ha feyt gran be e gran honor a caualers, e a dones e a juglars e nuyl mal no po hom dir deyla mas per enveya e per mal que volon al rey de boemia aquels qui la han acusada qui son dels honrats homes dalamanya la han encolpada daquesta cosa nengun caualer no la ha gosada defendre per temor dels. Guarda dix lo Comte que sia veritat axi com o dius. E certes dix lo jo-

»—Señor, dijo él, yo soy juglar, y he venido de luengas tierras por la gran nombradía que de vos he oido largo tiempo ha.

»—Amigo, dijo el Conde, bien venido seais. Y ruégoos que me digais por qué habeis venido, y por qué os mostrais tan airado.

»—Señor, dijo el juglar, si supieseis la razon, no os maravillariais de mi enojo.

»—Amigo, dijo el Conde, ruégoos que me lo digais; y si yo os puedo ayudar en algo, lo haré con mucho gusto.

»—Señor, dijo el juglar, yo he estado largo tiempo en la corte del Emperador de Alemania, y ahora falsos lisonjeros han acusado á la señora Emperatriz ante el Emperador, por causa de un caballero de la corte imperial. Y él la ha puesto en prision y la ha dado término de un año y un dia hasta que encuentre algun caballero que quiera disculparla por batalla de dos contra dos, y si no, que la hará quemar. Y han pasado ya seis meses, y no encuentra caballero que combata por ella. De lo cual yo, señor, estoy muy descontento, porque la Emperatriz es muy bella, y franca, y cortés, y de gran linaje, hija del Rey de Bohemia, y ha dado grandes bienes y honores á muchos caballeros y juglares. Y ningun hombre puede decir mal de ella. Pero por envidia y por mal querer contra el Rey de Bohemia, y porque los caballeros que la han acusado son de los más honrados hombres de Alemania, no hay ningun caballero que se atreva á defenderla, por temor de ellos.

»—Piensa bien, dijo el Conde, si es verdad todo eso que dices.

»—Tan cierto es, contestó el juglar, que quiero perder la cabeza si no es verdad todo lo que he dicho.

»Oido esto, el Conde de Barcelona juntó en Cortes á sus caballeros.

»—Barones, dijo el Conde, tengo nuevas de que la Empératriz de Alemania es

---

glar que vul perdre la testa si axi no es. Ab tant lo Comte mana corts a Barchinona e ajusta sos caualers e dix los: baros yo he auides noueyles del emperadriu dalamanya que es encolpada de richs homes dalamanya de un caualer de la cort del emperador per enveya e per mala voluntat e deu esser cremada si no ha trobat a j any e j dia qui la defens per batayla e no troba qui la defens e yo vul hi anar ab j. caualer solament aquel que yo demanare e coman vos ma terra els meus jnfans quem dejats guardar e saluar ayxi com la vostra propia. Senyor dixeren los caualers molt volets asayar foyl asag que axi anets ab un companyo solament que nos vos seguirem ab j o ab ij caualers a nostra messio e farem la batayla ij per ij o x per x o cent per c axi com vos manets. No placia a deu dix lo Comte noy sia negu mas j companyo solament ab mj e x escuders quin seruisquen que si a deu plau jom sare la lo dia de la batayla e combatren per la dona e no vuyl que sia conegut. E si volets saber lo caualer qui ana ab lo Comte eyl hauia nom bertran de Rochabruna e fo de proensa e honrades gens e bon caualer de ses armes e lemperador hauia lo exilat de ta terra per so quar li fo carregat que eyl hauia estat a la mort de un seu senescal qui estaua en proensa per lemperador. Quant lo comte fo apareylat caualca ab son companyo e ab x escuders a grans jornades molt cuytosament que gran temor hauia que no faylys al jorn de la batayla | quant ffo en alamanya en una ciutat que ha nom colonia e aqui ffo lemperador. El comte mes se en i rich hostal e de pus que eyl fo aqui no avyen a anar al jorn de la batayla mas ij jorns. E encara la emperadriu no ac trobats caualers qui la desencolpassen. E

inculpada por algunos ricoshombres de tener tratos con cierto caballero del Emperador; y que todo esto es falsa acusacion nacida de la envidia y mala voluntad que la tienen; y que ha de ser quemada si no encuentra dentro de un año y un dia caballero que la defienda en batalla. Y no ha encontrado ninguno. Y yo quiero ir con un caballero solamente, aquel que yo elija. Y cuidad vosotros de mi tierra y de mis hijos, y guardadlos y tenedlos en salvo, lo mismo que á vosotros mismos.

»—Señor, dijeron los caballeros, con mucho placer lo haremos. Pero nos parece una locura que vayais con un compañero solamente; porque nosotros estamos dispuestos á seguiros con quinientos ó con mil caballeros á nuestro sueldo, y haremos la batalla dos por dos, ó diez por diez, ó ciento por ciento, ó lo que vos mandeis.

»—¡No lo quiera Dios! dijo el Conde. Conmigo no ha de ir más de un compañero y dos escuderos que me sirvan. Y si á Dios place, estaré allí el dia de la batalla, y combatiremos por ella. Y no quiero ser allí conocido.

»Y si quereis saber quién fué el caballero que acompañó al Conde, sabed que tenia por nombre D. Beltran de Rocha Bruna, y que era de Provenza, de honrado linaje, y buen caballero de armas; y que el Emperador le habia desterrado de sus tierras porque le habian acusado de haber tenido parte en la muerte de un senescal que estaba en Provenza por el Emperador.

»Cuando el Conde estuvo aparejado para el viaje, cabalgó con su compañero y con dos escuderos, y anduvo á grandes jornadas, con mucho recelo y temor de faltar al dia de la batalla. Y cabalgó hasta Alemania, y llegó á una ciudad que tiene por nombre Colonia, en la cual estaba el Emperador. Y el Conde se albergó en una rica hospedería. Y cuando llegó no faltaban para el plazo de la batalla más que tres

---

comte con hac reposat, jorn lendema ana parlar ab lemperador el e son companyo mas no que nuyl hom o sabes qui era ni que no | e el quin habia castigada sa companya. E quant fo deuant lemperador saludalo e lemperador aculi lo molt gent per tal com li sembla hom honrat senyor dix lo comte jo son un caualer despanya e he ausit dir en ma terra que madona lamperadriu era reptada de un caualer de vostra cort e si a j any e j dia no hauia trobat qui la deffenes per batayla que seria cremada e per lo gran be que yo he ausit della son vengut de ma terra ab mon companyo per fer la batayla per ela. Senyor dix lemperador ben siats vos vengut certes gran amor y gran honor li hauets feyt e non vos hauiets obs mes a mes a tardar que dassi a ij jorns deuja eser cremada segons la costuma del emperi. Senyor dix lo Comte diguats donchs a aqueyls caualers qui lan reptada que s'apareylen e que sien al jorn de la batala que gran pecat seria si sol per lo lui parlar era aytal dona cremada abans costaria a la una part ho a lautra mes. E prech vos senyor q̄uē layxets parlar ab madona lamparadriu que yo coneyxere be en les sues paraules si mir mal en aquesta cosa que certes si eyla es colpabla yo non combatria ja per ella. E si yo conoch no mjra mal jom combatre ardidament per ella nos .ij. per altres ij caualers qual se vulla de tota alamanya. | Senyor dix lemperador bem plau. | Ab tant lo Comte ana parlar ab lemperadriu e mes la en raho daquel feyt de que era reptada. Madona dix lo Comte yo son vengut de longa terra ab mon companyo per vos a deffendre per lo gran be que yo he aussit dir de vos perque yous prech que vos me deiats dir la veritat daquest feyt que yous pro-

dias; y todavía la Emperatriz no habia encontrado caballeros que la disculpasen por batalla.

»El Conde, despues de haber reposado un dia, fué al siguiente, en union con su compañero, á hablar con el Emperador; pero no quiso que nadie supiese quién era él, y sobre esto tenia bien advertido á su séquito. Y cuando estuvo delante del Emperador, le saludó; y el Emperador le acogió muy gentilmente, porque le parecia hombre honrado y principal.

»—Señor, dijo el Conde, yo soy un caballero de España. He oido decir en mi tierra que la señora Emperatriz estaba retada por un caballero de vuestra corte, y que si dentro del plazo de un año y un dia no habia encontrado caballero que la defendiese por batalla, seria quemada. Y por el gran bien que he oido decir de ella, he venido de mi tierra con mi compañero para combatir por ella.

»—Señor, dijo el Emperador, ¡bien venido seais! Ciertamente que la habeis dado grande honor y gran prueba de amor; y no podiais retardarlo más, puesto que de aquí á dos dias tendria que ser quemada, segun costumbre del Imperio.

»—Señor, dijo el Conde, decid á aquellos caballeros que la han retado que se aparejen y que estén presentes el dia de la batalla; pues gran pecado seria que por falsa habla suya fuese quemada tal mujer, lo cual no sabemos si costaría más á la una parte ó á la otra. Y os ruego, señor, que me dejeis hablar con la Emperatriz; que yo conoceré bien en sus palabras si ha tenido alguna flaqueza en esto. Que ciertamente si es culpable de algun modo, yo no combatiré por ella. Y si conozco que es inocente, combatiremos yo y mi compañero contra otros dos caballeros, cualesquiera que sean, de toda Alemania.

»—Pláceme mucho todo eso, dijo el Emperador.

---

met per la fe que yo deg a deu e per la caualeria que yo he rehebuda que yo no falire a la batayla ni sarets dexelada per mi. Senyor dix lemperadriu be siats vos vengut prech vos quem digats vos qui sots | Madona dix lo Comte si fare ab que nom dexelets menys de ma volenta | A bona fe dix la dona no fare | Yo dix lo Comte m̄adona son un Comte despanya que hom apela lo Comte de barchinona. Quant la emperadriu entes que eyl era lo Comte de barchinona qu ela auia moltes vegades hoit parlar per la gran noblesa que en el era fo alegra e molt pagada e confortase molt en el e mes mans a plorar fortment. Senyor dix ela yo nul temps nous pore guaserdonar aquestes amor nj aquest seruesi que vos mauets feyt e sapiats que jous dire la veritat del meu feyt. Be es ver que j caualer hauia en la cort del emperador molt prous e agradable en tots ses feyts e de grand linyatge e per la gran proea que en el era certe yo amaual molt ses ma enteniment e sens altre feyt que no ha haut ni parlat e ij caualers conseylers del emperador per enveya han me acusada ab lemperador. E per so con eyls son honrats homes e nobles negun caualer no gosa de escusar | Madona dix lo Comte ben plau so que mauets dit, e si a deu plau nos los farem penedir de la deslialtat que han dits. E prech vos madona que tenga alcunes joyes vostres per tal que yo sia vostre caualer | Senyor dix ela tenit aquest anell e tot quant vullats de mi | Madona dix lo Comte grans merces | Ab tan turnassen lo Comte a lemperador | e dix li Senyor emperador yo he parlat ab madona la emperadriu e so mol paguat dasso que ella me dit e sens totá fayla yo puch ardidament fer la batayla per ella, e retre

»Fuése, pues, el Conde á hablar con la Emperatriz, y la preguntó sobre aquel hecho por el cual era acusada.

»—Señora, dijo el Conde, he venido de lejanas tierras con mi compañero para defenderos, por el gran bien que he oido decir de vos. Por lo cual os ruego que me digais la verdad de este hecho; y yo os prometo, por la fe que debo á Dios y por la orden de caballería que he recibido, que no faltaré á la batalla, y que no sereis desamparada por mí.

»—Señor, dijo la Emperatriz, ¡bien venido seais! Os ruego que me digais quién sois y de qué tierra.

»—Señora, dijo el Conde, así lo haré, con la sola condicion de que vos no lo declareis sin consentimiento mio.

»—En buen hora, dijo la dama; así lo haré.

»—Yo soy un Conde de España, á quien dicen el Conde de Barcelona.

»Cuando la Emperatriz oyó que aquel caballero era el Conde de Barcelona, de quien ella habia oido hablar muchas veces por la gran nobleza que en él habia, quedó muy alegre y satisfecha, y se consoló mucho, aunque lloraba muy fuertemente, y le dijo:

»—Señor, nunca os podré galardonar este honor y este servicio que me habeis hecho. Mucha verdad es que habia en la corte del Emperador un caballero muy valeroso y agradable en todos sus hechos, y de gran linaje. Y por la gentileza que en él habia, yo le amaba mucho, sin mala intencion, y sin ninguna otra obra ni palabra. Y dos caballeros, consejeros del Emperador, me han acusado. Y como son hombres honrados y nobles caballeros, ninguno se atreve á salir en mi defensa.

»—Señora, dijo el Conde, mucho me place lo que me habeis dicho, y estoy muy

---

morts e vensuts ab la volentad de deu e ab la sua merce a dretura aquels qui falsament la an encolpada. Senyor dix lemperador molt son pagat dasso que vos disets sol que ayxi sia e dema siats apareylat de la batayla | Ab tant lo Comte se parti del emperador e anassen a son hostal. E lemperador trames per aqueyls caualers qui hauien reptada la emperadriu. E dix los barons apareylats vos dema de la batayla a fer que a la emperadriu ha venguts ij caualers de la terra de Catalunya qui escondiran la emperadriu. Senyor dixeren ells nos ne som apareylats. Quant vench lendema lemperador hac feyt fer lo camp hon se combatessem. Ells ij caualers qui eren contra la emperadriu foren apareylats de fer la batayla e de entrar en lo camp. E lemperador trames | missatge al Comte si eren aparelats el e son companyo | e que entrassen al camp | Esdevench se que quant vench al matí aquel caualer que lo comte hauia menat per companyo que fues ab el a la batayla s'en fugi que anch lo Comte no sabe ques fo feyt E esperaba que vengues tant que ja era lo terç del jorn passat. El Comte conech quel companyo li era falit fo molt irat e garnis molt gent e s apareyla e pueys anassen al emperador. E lemperador dix li s'era apareylat dentrar al camp. Senyor dix el jom dire com es esdevengut: lo companyo que yo hauja amenat ab mi mes falit per que no es raonabla cosa que jo m'combata ab ij caualers ensemps mas combatrem ab un e puys ab laltre. Si deus majut dix lemperador axom par cosa de raho | E lemperador trames ho a dir a ji caualers qui reptaren la emperadriu so que era esdevengut al Comte e ques combatria ab la un dels e pueys ab laltre e quels paria raho. E los ij caualers

alegre por ello. Estad tranquila que si Dios quiere, ya les haremos desdecirse. Y ahora os pido, señora, que me deis alguna joya vuestra para que yo sea vuestro caballero.

»—Señor, dijo ella, recibid este mi anillo, y todo cuanto querais de mí.

»—Señora, dijo el Conde, gran merced me haceis.

»Con esto se volvió el Conde al Emperador, y le dijo:

»—Señor Emperador, yo he hablado con la señora Emperatriz, y quedo muy pagado de lo que me ha dicho. Y sin temor de errar, puedo hacer atrevidamente la batalla por ella, y salir muertos ó vencidos, con la voluntad y justicia de Dios, los que falsamente la han inculpado.

»—Señor, dijo el Emperador, muy contento estoy de lo que me decís; sólo falta que así sea. Y mañana estad aparejado para la batalla.»

»Despues de esto, el Conde se apartó de la presencia del Emperador y se fué á su posada. Y el Emperador envió á llamar á aquellos caballeros que habian retado á la Emperatriz, y les dijo:

»—Barones, aparejaos para hacer batalla mañana, porque han venido dos caballeros en defensa de la Emperatriz.

»—Señor, le dijeron, apercibidos estamos.

»Al dia siguiente, habiendo el Emperador mandado hacer el campo para que se combatiesen, y estando apercibidos para entrar en batalla los dos caballeros que acusaban á la Emperatriz, envió el Emperador mensaje al Conde de España para saber si él y su compañero estaban dispuestos para entrar en el campo. Y sucedió que aquella mañana, el caballero que el Conde habia traido por compañero para la batalla, huyó dél, sin que el Conde pudiese sospechar su paradero. Y esperaba que

---

atorgaren la | e dixeron la u alaltre qual que sia melor caualers de nos e pus fort e combata prjmer e aso fo empres entre los .ij. caualers. El emperador dix al Comte que entras al camp | e ques combates ab la un e puxes ab laltre si tant era que tan duras la batayla. Ab tant lo Comte entra al camp primer | axi com era acostumat e puis vengren los ij caualers mas nul hom no sabia que ell fos lo Comte de barchinona. Quant vench quels .ij. caualers foren al camp | so es lo Comte e el caualer alamayn lo Caualer alamayn se moch prjmerament per escometre lo Comte axi com es acostumat deu escometre aquell quj es reptat. El Comte punyi des esperons son cavayl e mes sa lansa dauants e ana ferir lo caualer alamayn de tal vertut que la lansa li pasa per mig lo cors del autra part e abatelo mort a terra. E puis pres lo cauayl per les regnes meteyxes e ligualo al murayl del camp. El Comte dix adaqueyls qui guardauen lo camp que fessen venir laltre caualer que ab aquel hauja encantat so que deuja. E aquels dixeren ho al emperador. E lemperador mana a aquel caualer que entras en lo camp que eyl vesia que son companyo era mort. Senyor dix lo caualer noy entrevia qui su donaua tot lo mon e fets de mi so queus placia que mes am estar a merce de vos e madona lamperadriu que del caualer estrayn qui molt es noble caualer. E yo diu dauant tota la cort que so que nos hauem dit de madona la emperadriu diguem per enveya e per mala volentat | e prech vos senyor que ayats merce de mi. Certes dix lemperador vos no aurets merce si no aytal com la emperadriu volra | Ab tant mena lo hom dauant la emperadriu qui estaua en una casa de fusta que hom li hauia feyta dauant lo

viniese, hasta que pasó el tercer dia. El Conde entendió que el compañero habia huido y que le habia faltado á la palabra, y se enojó mucho por ello, y se armó y aderezó muy gentilmente, y se presentó al Emperador, que le preguntó si estaba aparejado para entrar en el campo.

»—Señor, dijo él, yo os diré lo que me ha sucedido. El compañero que yo habia traido me ha faltado á la palabra y ha huido. Y como no es cosa razonable que yo combata con dos caballeros juntos, combatiré primero con el uno y despues con el otro, si es que la batalla dura tanto, y si Dios me ayuda.

»—Muy justo es eso, contestó el Emperador.

»Y envió el Emperador mensaje á los caballeros que retaban á la Emperatriz, diciéndoles lo que le habia sucedido al Conde, por lo cual queria combatir primero con el uno y luego con el otro, lo cual al Emperador parecia muy razonable. Los dos caballeros consintieron en ello, y se dijeron el uno al otro: «El que de nosotros »dos sea mejor caballero y más fuerte, debe combatir el primero.» Y así se convino entre estos dos caballeros. Y el Emperador dijo al Conde que entrase en el campo y que combatiera primero con uno de los caballeros, y despues con el otro.

»Y el Conde entró primero en el campo, como es costumbre, y despues vinieron los dos caballeros; pero sólo entró en la liza uno, que era el mejor de los dos. Y nadie sabia en la tierra que el que entró primero era el Conde de Barcelona.»

»Cuando los dos caballeros estuvieron en el campo, el caballero aleman se movió el primero para acometer al Conde de Barcelona. Y como es costumbre que el que reta debe acometer primero á aquel que es retado, el Conde picó las espuelas á su caballo, y puesta la lanza delante, fué á herir al caballero, de tal modo que la lanza le pasó hasta la otra parte por medio del cuerpo, y le derribó muerto por

---

camp | E qui apres hauia bastig un gran foch que si l Comte fos vençut que fos cremada la emperadriu. E com lo caualer fo devant la emperadriu deuala de son caual e fica los genyols en terra e dixli que li hagues merce que falsament e deslial hausen dit so que hauien dit e que fees deyl so que li plagues | Amich dix lamperadriu Anat vos en sa e sals que yo de vos no pendre venjansa ni len fare pendre mas Deu lan prengua quant que eyl placia e partits vos deuant. Ab tan lo caualer se part deuant la emperadriu e anassen a son hostal. E lemperador fo molt alegre e entra al camp e dix al Comte: Senyor dix el laltre caualer nos vol combatre ab uos e es vengut a la emperadriu clamar merce e la emperadriu a li perdonat e ha dit que falsament e deslial l'auia acusada per so com deus e vos li hauets fayta tanta donor a lj perdonar e al lexar anar. Senyor dix lo Comte pus axi es bem plau. el emperador pres lo per les regnes del caual, e menal dauant la emperadriu: dona dix lemperador veus assi lo caualer quj su ha defessa de mort non se partescha de uos | e fets li tant donor com puscats e non guardets res que mester hajats de ma terra | e fets li tota aquela honor que vos li puxats fer e menats lo al nostre palau e menjarem emsemps. senyor dix lamperadriu axi com vos placia sia. lemperador sen ana a son hostal e lemperadriu entrassen e menarensen lo Comte ab molt gran honor e aqui menyaren ensemps.»

«*Com lo Comte se parti secretament dalamanya que no sabe lemperador ni la emperadriu e tornassen a Barcelona.*

»E puys lo Comte anasen al seu hostal e quan vench a la muyt (nuyt) el feu donar ci-

tierra; y despues el Conde tomó el caballo por las riendas y le llevó á una parte del campo; y despues volvió sobre el caballero, y vió que estaba muerto del todo.

»El Conde dijo á los que guardaban el campo que hiciesen venir al otro caballero que con aquél habia sustentado su dicho, y ellos se lo dijeron al Emperador. Y el Emperador envió á decir á aquel caballero que entrase en el campo, puesto que veia que su compañero habia muerto en la liza.

»—Señor, dijo el caballero, yo no entraria en ella aunque me diesen todo el mundo; y haced de mí lo que os plazca, pues más quiero estar á vuestra merced ó á la de la señora Emperatriz, que á la del caballero peregrino. Muy noble caballero es, y yo digo delante de toda la corte, que lo que hemos dicho de la señora Emperatriz, lo hemos dicho por envidia y mala voluntad. Y os ruego, señor, que tengais piedad de mí.

»—En verdad, dijo el Emperador, que no puedo tener de vos más piedad que la que la Emperatriz os otorgue.

»Y despues de esto llevó á aquel hombre ante la Emperatriz, que estaba en una casa de madera que habian hecho delante del campo; y allí cerca estaba preparada una grande hoguera, en la cual hubiese sido quemada en caso de haber sido vencido el Conde. Y cuando el caballero estuvo delante de la Emperatriz, se apeó de su caballo, é hincóse de hinojos por tierra, y la dijo que tuviese misericordia de él por lo que falsa y deslealmente habia dicho de ella, y que se vengase como quisiera.

»—Amigo, dijo la Emperatriz, podeis iros sano y salvo, porque ni yo tomaré venganza de vos, ni haré que ningun otro la tome, sino que Dios la tomará cuando su voluntad sea, y entretanto, alejaos de mi presencia.

»Con esto, el caballero se partió de la presencia de la Emperatriz, y se fué á su

---

vada ab jorn e mantinent que fo envesprit caualca ab sos escuders tota la nuyt per tornar en Catalunya. Quant vench lendema lemperador trames missatges al Comte que vengues al palau mas lemperador no sabia pas que eyl fos lo Comte de barsalona | mas que el fos un altre caualer estrayn. El senyor del hostal dix que anat sen era ja la nit qui passada era | que ben podia hauer caualcades x legues | el missatger sen torna al emperador | e dix senyor: lo caualer qua feyta la batayla per madona sen es anat que be pot hauer caualcades x legues. Quant lemperador o hac ausit fo molt irat e parla ab la emperadriu. Dona dix ell lo caualer qui ha feyta la batayla per vos senen anat menys de ma sabuda | e no se si a pres comiat de vos que molt ne son despagat | cuant la emperadriu sabe que el comte sen era anat per poch no exi de sen. A senyor dix ela malament som estat escarnita que vos pas no sabets aquest caualer qui era | certes dix lemperador no pas si no que el me hauia dit que era un caualer despanya. Senyor dix la emperadriu aquest caualer que vos hauets vist que ha feyta la batayla per mi es lo bon Comte de barsalona de qui moltes vegades hauets be ausit parlar de la gran proesa que en eyl es e de les grans feyts e de les grans conquestes que eyl ha feites sobre sarrayns. Com dona dix lemperador es ver que aquest fos lo bon Comte de barsalona | si majut deus la corona del emperi | no pres anch tan gran honor com es aquesta | que de tan longa terra sia vengut tan honrat Comte per deffensar tan gran deslialtat la qual era gran | e gran dan e vergonya de vos e de mi | e la merce de deu es vengut aldessus daquels quj us hauien acusada y per que a

posada. Y el Emperador quedó muy alegre, y entrando en el palenque, dijo al Conde:

»—Señor, el otro caballero no quiere combatir con vos; ha ido á pedir merced á la Emperatriz, y ha dicho que falsa y deslealmente la han acusado. Y la Emperatriz le ha perdonado francamente por lo mismo que Dios y vos la habeis restituido el honor.

»—Señor, dijo el Conde, mucho me place que las cosas hayan pasado assí.

»Y el Emperador tomó su caballo por las riendas y le llevó delante de la Emperatriz.

»—Señora, dijo el Emperador, aquí teneis al caballero que os ha salvado de la muerte. Que no se aparte de vos sin que le hayais hecho todo el honor que podais, y llevadle á vuestro palacio y allí comeremos juntos.

»—Señor, dijo la Emperatriz, así será como lo habeis dicho.

»El Emperador se fué á su posada, y la Emperatriz tambien; y llevaron con gran honor al Conde á su palacio. Y allí comieron juntos. Y despues el Conde se fué á su posada, y cuando empezaba á anochecer, hizo dar cebada para dia y medio á su rocin, y cabalgó con sus escuderos toda la noche para volver á Cataluña.

»Al dia siguiente envió el Emperador mensaje al Conde para que viniese á palacio; pero no sabia que fuese el buen Conde de Barcelona. El amo de la posada dijo al mensajero que el Conde se habia ido la noche pasada y que ya podia haber cabalgado diez leguas. Los mensajeros volvieron al Emperador y le dijeron:

»—Señor, el caballero que hizo la batalla por vuestra esposa, se ha ido; y bien puede haber ya cabalgado hasta diez leguas.

»Cuando esto oyó el Emperador, enojóse mucho, y habló con la Emperatriz.

---

vos es curt terme que jamas lin pusca retre guarardo | E yo vos dich que ja ma amor ni ma gracia no haurets si nol cercats tant tro quel ajats trobat e qu el amenets ab vos. E apareylats vos als mielj que puxats que anats honradament axi con vos pertany e asso no triguets guayre.»

«Com la emperadriu dalamanya vench en barchinona ab Comte e l Comte seu ana ab ela en alamanya.

»La Emperadriu se apareyla de anar per cercar lo Comte de barchinona e mena .C. caualers honrats e .C. donzels e .C. dones e .C. donzeles e escuders e altra companya aytant com mester nauja e caualcaren tan que vingueren en la noble ciutat de barsalona. El Comte que sabe que una dona emperadriu dalamanya venia a barchinona fo molt maraveylos qui era e caualca e exili a carrera. E ay tantost com eyl lach vista el conech que aqueyla dona era per qui eyl hac feita la batayla. E la emperadriu conech ell | e abdos abrassaren se e agueren cascuns amistat e gran gaug e entraren en barchinona e en un alberch la emperadriu posa | El Comte demanali qual venture la hauja menada en la terra. Senyor dix la emperadrin yo no gosaría dauant lo emperador tornar menys de vos, ni puch hauer la sua amor ni sa gracia | car ço eyl hac entes que vos erets lo Comte de barchinona | qui tanta de honor hauiets feyta a mi e a eyl se que de tant longua terra erets vengut per mi a deffendre | dix que james no seria alegre tro queus agues retut guasardo de la honor que feyta hauiets a la corona del emperi | hon yo senyor qui son serua

»—Señora, dijo él, vuestro caballero se ha ido sin noticia mia, y no sé si se ha despedido de vos; por lo cual, estoy muy descontento.

»Cuando la Emperatriz oyó que el Conde se habia ido, poco la faltó para perder el juicio.

»—¡Ah, señor! dijo ella. Malamente nos ha burlado, porque no sabeis quién era aquel caballero.

»—Ciertamente, contestó el Emperador, no sé más sino que era, segun él me dijo, un caballero de España.

»—Señor, dijo la Emperatriz, el caballero que habeis visto y oído y que ha hecho la batalla por mí, es el buen Conde de Barcelona, de quien muchas veces habeis oido hablar por la gran nobleza y el gran valor que hay en él, y por sus grandes hechos, y por las grandes conquistas que ha logrado en tierras de Sarracenos.

»—¡Cómo! dijo el Emperador. ¿Será verdad, señora, que éste es el Conde de Barcelona? ¡Así Dios me valga, que nunca la corona del Imperio logró tan grande honor como éste: que de tan lejanas tierras haya venido tan honrado Conde para combatir tan gran deslealtad, la cual era gran daño y gran vergüenza para vos y para mí. ¡Y por gran merced de Dios y del Conde, nos ha sido quitada de encima! ¿Cuándo se lo podré yo pagar? Por lo cual os digo que nunca volvereis á entrar en mi amor ni en mi gracia si no le buscais hasta encontrarle y no le traeis aquí con vos. Aparejaos, pues, lo mejor que podais, é id honradamente, como conviene á vos y á mí. Y no pongais tardanza en esto.»

«*Cómo la Emperatriz de Alemania fué á buscar al buen Conde de Barcelona, y cómo el Emperador le dió el Condado de Provenza.*

»La Emperatriz se apercibió para ir á buscar al buen Conde de Barcelona, y llevó

---

vostra | vos prech humilment quem dejats acompanyar | dauant lemperador si volets que yo sia apeyllada emperadriu | Madona dix lo Comte per so cor tant de mal ne hauets treyt | e per fer honor a vos que ho fare volenter | e da qui auant feu li gran honor de mentre que fo en sa terra | E puys lo Comte separeyla molt honradament al myls que poch ab CC caualers | e segui la emperadriu tro que fo en alamanya. E lemperador qui sabe que la emperadriu venia e quel Comte venia ab ella exilos a carrera e menasen a sou palau e ach gran gauch de la lur venguda | e tota la gen de terra faeren be VIII jorns molt gran festa e foren molt alegres. E lemperador acuylí lo Comte molt gent al mils que el poch | e dixoli senyer en Comte molt vos hauen que grasir del gran honrament que feyts nos hauets e si deus me ajut tots temps hauia ausit parlar gran be de vos mes encara ni ha cent tants que hom no poria dir. E es obs que yo en fasa tal guasardo que a my sia honor de donar e a vos de pendre | yo he una terra assats prou de la vostra que es nostra e del nostre emperi.»

«*Com lemperador dalamanya dona lo contat de proensa al Comte de barchinona.*

»E yo la don a vos e als vostres e siats marques de proensa e yo fas vos en bonas cartas juradas de mi e dels princeps dalamanya. Senyor dix lo Comte assi ha bel do gran merces | daqui auant les cartes se feren jurades e fermades molt be e sageyçades ab lo sageyl del emperador | Cant lo Comte ach estat en la terra un gran temps | e tots los barons dalamanya lo agueren vengut veser el pres comiat del emperador e de la emperadriu qui li Dona molts richs presens e vench

consigo cien caballeros honrados y cien damas, y cien doncellas y escuderos, y todos los demás compañeros que eran menester; y caminó hasta llegar á la noble ciudad de Barcelona. Y el Conde, cuando supo que la señora Emperatriz de Alemania era venida á Barcelona, quedó muy maravillado; y cabalgó y fué á verla en su posada. Y tan pronto como la hubo visto, conoció que aquella era la dama por quien habia hecho la batalla. Y la Emperatriz tambien le conoció á él inmediatamente. Y abrazáronse entonces el uno con el otro, sintiendo cada cual de ellos gran gozo. Y el Conde la preguntó qué ventura la habia traido á aquella tierra.

»—Señor, dijo la Emperatriz, mientras yo viva no me atreveré á volver ante el Emperador sin ir acompañada de vos, y sin esto no puedo tener su amor ni su gracia. Porque en cuanto él entendió que vos, el buen Conde de Barcelona, erais el que tanto honor nos habia hecho á mí y á él, y que de tan luengas tierras habiais venido para defenderme, díjome que jamás estaria alegre hasta que os hubiese dado el debido galardón por la honra que habiais hecho á la corona del Imperio. Por lo cual, señor, yo que soy sierva vuestra, os ruego humildemente que me dejeis acompañaros ante el Emperador, si quereis que yo sea llamada Emperatriz.

»—Señora, dijo el Conde, por tan gran trabajo como os habeis tomado, y por haceros honor, lo haré con gusto.

»De aquí en adelante la hizo grande honor mientras estuvo en su tierra; y despues apercibióse muy honradamente lo mejor que pudo, y con doscientos caballeros siguió á la Emperatriz hasta que estuvo en Alemania. Y el Emperador, cuando supo que la Emperatriz venia, y el Conde con ella, salió á toda prisa y los llevó á su palacio, y tuvo gran júbilo por su venida. Y toda la gente de la tierra hizo gran fiesta por más de ocho dias, y estuvieron muy alegres. Y el Emperador acogió al Conde muy gentilmente y lo mejor que pudo. Y despues le dijo el Emperador:

»—Señor, mucho tenemos que agradeceros el buen servicio y honra que nos habeis hecho. Y ¡así Dios me ayude! siempre habia oido hablar muy bien de vos; pero es cien veces más lo que se puede decir. Y es menester que yo os dé tal galardon que á mí me honre el darlo y á vos el recibirlo. Yo tengo una tierra que confina con las vuestras, y que es nuestra y de nuestro Imperio. Y yo os la doy á vos y á vuestros sucesores; y quiero que seais Marques de Provenza. Y os lo hago bueno en carta firmada y jurada por Nos y por nuestros Príncipes de Alemania.

»—¡Señor, dijo el Conde, gran merced es ésta!

»Y despues se hicieron las cartas juradas, y firmadas, y muy bien selladas con el sello del Emperador. Y cuando el Conde hubo estado en la tierra gran tiempo, y

---

seu en proensa e entre en pusesio de la terra. E la gent de proensa agueren ne molt gran gaug e feren li molt gran honor e daqui auant tengren lo per senyor.»

Antes, hablando de D. Pedro *el Católico:*

«E si volets saber com era marches de proensa ayxi adauant trobarets en qual manera lo bon Comte de barchinona la guasanya per proesa.

»Del emperador dalamanya.....», etc.

todos los barones de Alemania le habian venido á ver, se despidió del Emperador y de la Emperatriz, que le dió muy ricos dones y presentes, y vino á Provenza y entró en posesion de la tierra. Y la gente de Provenza se alegró mucho, y le hicieron grande honor y le tuvieron por señor» (1).

Casi todos los historiógrafos catalanes posteriores (Turell, Tomich, Diago, Pujades.....) repiten con más ó menos extensión la misma conseja, bastando para el caso citar al famoso archivero y notario de Barcelona, Pere Miquel Carbonell, de cuya famosa compilación *Chroniques d'Espanya*, tan vulgarizada en el siglo XVI, es verosímil, aunque no seguro, que tomase Lope de Vega su argumento, y antes de él le había tomado sin duda el autor anónimo, de un largo y prosaico romance juglaresco, inserto en la *Rosa gentil* de Juan de Timoneda (número 1.228 de la colección de Durán):

En el tiempo en que reinaba,—y en virtudes florecia,
Este conde don Ramon,—flor de la caballeria,
En Barcelona la grande,—que por suya la tenia,
Nuevas ciertas de dolor,—de un extranjero sabia,
Que allá, en Alemania,—grande llanto se hacia
Por la noble Emperatriz,—que en virtud resplandecia,
Que dos malos caballeros—la acusan de alevosia
Ante el gran Emperador,—que más que á sí la queria,
Diciendo: —Sepa Tu Alteza,—gran señor, si te placia,
Que nosotros hemos visto—á la Emperatriz un dia
Holgar con su camarero,—no mirando que hacia
Traicion á ti, señor,—y á su gran genealogia.—
L'Emperador, muy turbado,—d'esta suerte respondia:
—Si es verdad, caballeros,—esa tan gran villania,
Yo haré un tal castigo,—cual conviene á la honra mia.—
Mandóla luego prender,—y en prisiones la ponia
Hasta ser cumplido el plazo—que la ley le disponia.
Búscanse dos caballeros—que defiendan la su vida
Contra los acusadores,—que en el campo se veria

---

(1) Páginas 565-736. La leyenda de la Emperatriz de Alemania ocupa los capítulos VII, VIII, IX y X (págs 577-582). El códice de que se valió Buchón pertenece á la Biblioteca Nacional de París, fondo de St.-Germain, 1581; en el catálogo general de los manuscritos españoles de aquella Biblioteca, formado por Morel-Fatio, tiene el núm. 388.

De esta edición es copia servil la siguiente, que, con tanto catalanismo como ahora se afecta, es la única que los catalanes han hecho de este precioso monumento de su historia: *Crónica del Rey En Pere e dels seus antecessors passats*, *per Bernat Desclot*, *ab un prefaci sobre'ls cronistas catalans de Joseph Coroleu..... Barcelona*, *imprempta «La Renaixensa»*, 1885. El prólogo, á pesar de la respetable firma de su erudito autor, es insignificante, y la edición pobrísima, aun bajo el aspecto meramente tipográfico, que no suele descuidarse en Barcelona.

No entra en cuenta la traducción castellana de Rafael Cervera (Barcelona, 1616), porque más bien que traducción es un extracto, bastante infiel en ocasiones.

La justicia cúya era,—y á quién Dios favorecia.
Pues sabido por el Conde—la nueva tan dolorida,
Determina de partir—á librarla si podia,
Con no más de un escudero,—de quien él mucho se fia.
Andando por sus jornadas,—sin parar noche ni dia,
Llegado es á las Cortes—que el Emperador tenia
Para dar la gran sentencia,—de allí al tercero dia,
De quemar l'Emperatriz,—¡cosa de muy gran mancilla!
Pues no habia caballero—en tan gran caballeria,
Que por una tal señora—quiera aventurar su vida,
Por ser los acusadores—de gran suerte y gran valia.
Pues el Conde, ya llegado,—preguntó si ser podria
Hablar con la Emperatriz—por cosa que le cumplia.
Supo que ninguno entraba—do estaba su Señoria,
Sino es su confesor,—fraile de muy santa vida.
Vase el Conde para él,—d'esta suerte le decia:
—Padre, yo soy extranjero;—de lejas tierras venia
Á librar, si Dios quisiese,—ó morir en tal porfia,
Á la gran Emperatriz,—que sin culpa yo creia;
Mas primero, si es posible,—gran descanso me seria
Hablar con Su Majestad—si esto hacerse podia.
—Yo daré orden, señor,—el buen fraile respondia:
Tomará vuestra merced—hábito que yo tenia,
Y vestirse ha como fraile,—é irá en mi compañia.
Ya se parte el buen Conde—con el fraile que lo guia:
Llegados que fueron dentro—en la cárcel do yacia,
Las rodillas por el suelo,—el buen Conde así decia:
—Yo soy, muy alta señora,—de España la ennoblecida,
Y de Barcelona Conde,—ciudad de gran nombradia.
Estando en la mia corte—con gran solaz y alegria,
Por muy cierta nueva supe—la congoja que tenia
Vuestra real Majestad,—de lo cual yo me dolia,
Y por eso yo partí—á poner por vos la vida.—
La Emperatriz, qu'esto oyera,—de gozosa no cabia;
Lágrimas de los sus ojos—por su linda faz vertia:
Tomárale por las manos,—d'esta suerte le decia:
—Bien seais venido, Conde,—buena sea vuestra venida:
Vuestra nobleza y valor,—vuestro esfuerzo y valentia,
Ya me hacen ser muy cierta—que mi honra librarian.
Vuestra vida está segura,—pues que Dios bien lo sabia
Que es falsa la acusacion—que contra mí se ponia.—
Ya se despide el buen Conde;—ya las manos le pedia
Para haberlas de besar,—mas ella no consentia.
Vase para su posada,—ya qu'el plazo se complia;
Armado de todas armas,—bien á punto se ponia,
Y él, como era muy discreto,—¡oh, cuán bien que parecia!
Su escudero iba con él—bien armado, que salia

En un caballo morcillo—muy rijoso en demasia.
Yendo por la grande plaza,—con orgullo que traia,
Encontró con un muchacho—que de vello era mancilla,
En ver que luego murió—sin remedio de su vida.
L'escudero qu'esto vido,—con temor que en él habia,
Comenzó luego á huir—cuanto el caballo podia;
Y quedóse el Conde solo,—no de esfuerzo y valentia.
Y como era valeroso,—no dejó de hacer su via,
Y puesto entre los jüeces,—dijo que él defenderia
Ser maldad y traicion,—ser envidia y ser falsia
La acusacion que le ponen—á su alta Señoria;
Y que salgan uno á uno,—pues está sin compañia.
Estas palabras diciendo,—ya el acusador venia,
Con trompetas y atabales,—con estruendo y gallardia.
Parten el sol los jüeces,—cada cual tomó su via;
Arremeten los caballos,—gran estruendo se hacia;
Del acusador la lanza,—en piezas volado habia,
Sin herir á don Ramon—ni menearlo de la silla.
Don Ramon á su contrario,—de tal encuentro lo heria,
Que del caballo abajo—derribado lo habia.
El Conde, que así lo vido,—del caballo descendia;
Va para él con denuedo—donde le quitó la vida.
El otro acusador,—que vió tanta valentia
En l'extraño caballero,—gran temor en sí tenia,
Y viendo que falsamente—el acusador hacia,
Demandó misericordia—y al buen Conde se rendia.
Don Ramon, con gran nobleza,—d'esta suerte respondia:
—No soy parte, caballero,—para yo daros la vida;
Pedidla á Su Majestad,—que es quien dárosla pedia.—
Y preguntó á los jüeces—si más hacer se debia
Por librar la Emperatriz—de lo que se l'imponia;
Respondieron que la honra—él ganada la tenia,
Que en su libertad estaba—de hacer lo que querria.
Desque aquesto oyera el Conde,—del palenque se salia;
Vase para su posada;—no reposa hora ni dia;
Mas encima su caballo,—desarmado se salia;
El camino de su tierra,—en breve pasado habia.
Tornando al Emperador,—grande fiesta se hacia;
Sacaron la Emperatriz—con grandísima alegria;
Con los juegos y las fiestas,—la ciudad toda se hundia:
Todos iban muy galanes,—cada cual quien más podia.
L'Emperador, muy contento,—por el vencedor pedia,
Para hacerle aquella honra—que su bondad merecia.
Desque supo que era ido,—gran dolor en sí tenia;
Á la Emperatriz pregunta—le responda, por su vida,
Quién era su caballero,—que tan bien la defendia.
Respondiérale:—Señor,—yo jurado le tenia

No decir quién era él—dentro del tercero dia.
Mas despues de ser pasado,—ante muchos lo decia
Como era el gran Conde—flor de la caballeria,
Y señor de Cataluña—y de toda su valia.
El Emperador que lo supo,—de contento no cabia,
Viendo que tan gran señor—de su honra se dolia.
La Emperatriz determina,—y el Emperador queria,
De partirse para España,—y así luego se partia
Para ver su caballero,—á quien tanto ella debia.
Con trescientos de á caballo—comenzó de hacer su via;
Dos cardenales con ella—por tenerle compañia;
Muchos duques, muchos condes,—con muy gran caballeria.
El buen Conde que lo supo,—gran aparato hacia,
Y cerca de Barcelona—á recibirla salia
Acompañado de Grandes,—de su grande señoria;
Y una legua de camino,—y otros más dicen que habia,
Mandó poner grandes mesas,—de comer muy bastecidas.
Pues recibida que fué—con muy grande cortesia,
Entraron en Barcelona,—la cual estaba guarnida
De muy ricos paramentos—y de gran tapiceria.
Hacen justas y torneos—y otras fiestas de alegria.
D'esta manera el buen Conde—á la Emperatriz servia,
Hasta que para su tierra—de tornarse fué servida (1).

El autor del romance suprime el nombre del caballero que acompañó al Conde de Barcelona á Alemania, el cual, según Desclot y Carbonell, se apellidaba *Rochabruna.* Lope conservó este nombre, lo cual es prueba indirecta de que se valió de una de estas dos crónicas catalanas, seguramente de la segunda, puesto que la primera no estaba impresa aún, ni lo ha sido hasta nuestro siglo, y aun la traducción castellana de Rafael Cervera es bastante posterior á la fecha, no ya de composición, sino de impresión de la comedia de nuestro poeta.

El hecho que este romance cuenta del Conde de Barcelona (dice Milá y Fontanals), se atribuye al Conde de Tolosa en un *Lay* inglés, y al de Lyon en un libro francés de Caballerías. Cree Wolf (2) que el fondo de esta narración, como el de otras heroicas, pasó de los anglodaneses á los galeses ó bretones, de éstos á los anglonormandos, y de ellos se extendió á Lyon, Provenza, Tolosa, Cataluña, y más

(1) Cf. *Chroniques de Espanya fins aci no diulgades: que tracta dels Nobles e Invictissims Reys dels Gots, y gestes de aquells, y dels Cōtes de Barcelona, e Reys de Arago, ab moltes coses dignes de perpetua memoria. Compilada per lo honorable y discret mossen Pere Miquel Carbonell, Escriua y Archiver del Rey nostre senyor, e Notari publich de Barcelona. Novament imprimida en lany M.D.XLVII.*

Folio xxxxiii vto. «*Del Xj Comte de Barcelona Ramon Berenguer que deslliura la emperatriu de Alamanya del crim de adulteri falsament imposat.*»

(2) *Ueber die Lais, Sequenzen und Leiche* (Heidelberg, 1841), pág. 217.

recientemente á Italia (1); cree también que hubo una versión provenzal, base del *Lay* inglés. Facilitarían la atribución á un conde de Barcelona, tratándose de una emperatriz de Alemania, las relaciones feudales que mediaron entre el Imperio alemán y la Provenza, cuyo condado estuvo unido al de Barcelona (2). Conviene añadir que en la poesía popular catalana no hay el menor rastro de este exótico argumento.

Se trata, por consiguiente, de uno de los lugares comunes de la poesía caballeresca, el de la dama falsamente acusada de adulterio y defendida en batalla campal por uno ó más caballeros. Sin salir de nuestra historia poética, podemos recordar la defensa de la Reina de Navarra, mujer de D. Sancho *el Mayor*, por su entenado don Ramiro (asunto de la comedia de Lope *El Testimonio vengado*), y la defensa de la Reina mora de Granada por cuatro caballeros cristianos, en las *Guerras civiles* de Ginés Pérez de Hita. Y ya antes de Lope de Vega había presentado en nuestra escena un argumento muy análogo el famoso representante Alonso de la Vega, en su *Comedia de la Duquesa de la Rosa*, tomada de la novela 44, parte segunda de las de Bandello, que también hizo español á su protagonista (*Amore di don Giovanni di Mendozza e della Duchessa di Savoia, con varii e mirabili accidenti che v'intervengono*). De la comedia de Alonso de la Vega procede, á su vez, el cuento séptimo del *Patrañuelo* de Juan de Timoneda.

Para mí es indudable que Lope conoció lo mismo la novela del obispo Bandello, en cuya lectura estaba tan versado, y de quien sacó tantos argumentos, que la comedia de Alonso de la Vega, que es uno de sus más caracterizados precursores en el drama de aventuras caballerescas. Si no estuviese escrita en prosa, la comedia de Alonso de la Vega, más que del tiempo y de la escuela de Rueda y Timoneda, parecería de nuestro Lope ó de alguno de sus contemporáneos.

Salvo el fondo tradicional del asunto (si bien no se trate de tradición primitiva, sino moderna y superpuesta), *El Catalán valeroso*, más que entre los dramas históricos de Lope, pudiera clasificarse entre los puramente novelescos. Tal es el abandono de la historia que en esta ocasión hace nuestro poeta, que no duda en dar á D. Ramón Berenguer el apellido de Moncada, muy ilustre, sin duda, en Cataluña, pero que nunca perteneció á la casa de los Condes soberanos de Barcelona. Pero si consideramos esta pieza meramente como una novela dramática, como un libre juego

(1) Véase lo que sobre este punto discurre larga y doctamente, á propósito del episodio de Ariodante y Ginebra en el Ariosto, el profesor Pío Rajna en su hermoso libro *Le fonti dell' Orlando Furioso* (Firenze, 1876), páginas 132-140. Rajna opina que el Ariosto tomó la idea de *l'aspera legge di Scozia*, de estas palabras del *Amadís de Gaula* (pág. 4, edición Rivadeneyra): «En aquella sazon era por *ley* establecido que cualquiera mujer, por de estado grande é señorío que fuese, si en adulterio se hallaba, no se podia en ninguna guisa escusar la muerte; y esta tan cruel costumbre é *pésima* duró hasta la venida del muy virtuoso rey Artús.» Y el autor del *Amadís* la había tomado, á su vez, de la novela francesa *Roman de Bret*.

(2) *De la poesía heroico-popular castellana*, pág. 394.

de la fantasía sobre un tema caballeresco, pocas hallaremos tan agradables y entretenidas, tan llenas de raros é interesantes lances de amor y cortesía. La versificación, generalmente, es muy gallarda; el estilo, florido y elegante; la estructura de la fábula, ingeniosa, aunque excesivamente complicada en los dos primeros actos, que poca ó ninguna relación tienen con el desenlace, es decir, con la falsa acusación y la libertad de la Emperatriz de Alemania, que parece que debía de ser el principal asunto, y que, por el contrario, es lo que se trata más atropelladamente y con menos arte y habilidad escénica. A pesar de tan sustancial defecto, esta comedia es de muy sabrosa lectura, porque reina en ella una animación poética continua y se siente dondequiera aquella vitalidad riquísima, que es el mayor encanto de la musa de Lope, como advirtió muy bien Grillparzer (1).

La fecha de esta comedia puede fijarse, aproximadamente, por un baile de carácter muy popular y villanesco, en el cual manifiestamente se alude á las dobles bodas de Felipe III con Margarita de Austria, y de la infanta Isabel Clara Eugenia con el archiduque Alberto, en 1599:

Mozuela del baile,
Toca el panderico, y dale,
Porque suenen los cascabeles,
Hasta que se rompa el parche.
A la Reina bella
Que del agua sale,
La tierra bendice,
Como el sol que nace.
Venga enhorabuena:
Bien haya la nave
Que la trujo á tierra,
Sin rogar á nadie;
Y al Emperador,
San Antón le guarde,
Pues sus aguiluchos
Cazaron un ángel,
Y aunque están de espaldas,
Son armas que traen:
Estén pico á pico,
Que no haya más Flandes.
Mozuela del baile, etc.
Estos dos vïudos
Es bien que se casen,
Porque nos engendren
Á los Doce Pares.
Tantos hijos tengan,
Que apenas alcancen,

(1) *Lebendigkeit und Fülle ist der Charakter seiner Poesie* (*Studien*, 62).

Aunque son tan ricos,
Zapatos ni guantes.
Dellos vean Papas,
Dellos sacristanes,
Y dellos Gran Turcos,
Y ninguno sastre.
Tengan todos ellos
La nariz delante,
Y ninguno tenga
Cara con dos haces.....

Varios poetas catalanes modernos han renovado, ya en su lengua nativa, ya en castellano, la leyenda de la Emperatriz de Alemania. Entre ellos, recuerdo al escolapio P. Juan Arolas (barcelonés de nacimiento y familia; valenciano por educación y larga residencia), que, con el título de *Ramón Berenguer, Conde de Barcelona*, tiene una leyenda, que no es de las mejores suyas (1); y al venerable profesor don Joaquín Rubió y Ors (*Lo Gayter del Llobregat*), que, siguiendo discretamente la manera y estilo de los capítulos de la Crónica de Desclot relativos á esta materia, compuso en agradable prosa una *gesta cavalleresca*, que obtuvo premio en los Juegos Florales de 1862 (2).

XII.—EL CABALLERO DEL SACRAMENTO.

Lord Holland poseía el original autógrafo de esta comedia, fechado en 27 de Abril de 1610. Lope la imprimió en la *Parte décimaquinta* de sus comedias (1621), dedicándola á D. Luis Bravo de Acuña, embajador de España en Venecia, hermano del D. Pedro de Acuña, gobernador de Filipinas, cuyas hazañas en el extremo Oriente eternizó con clásico estilo el Dr. Bartolomé Leonardo de Argensola en su *Conquista de las islas Malucas* (1609).

Nada de particular ofrece esta comedia, que quizá debiera ponerse entre las leyendas piadosas más bien que entre las históricas, puesto que tiene por principal objeto inculcar la devoción al Santísimo Sacramento. La he reservado, sin embargo, para este lugar, porque, al parecer, se funda en una leyenda relativa al linaje de los Moncadas, de la cual, sin embargo, no he encontrado rastro en los libros genealógicos que he visto hasta ahora.

---

(1) *Poesías Religiosas, Orientales, Caballerescas y Amatorias* (Valencia, 1885), páginas 442 y 461.

(2) *Assi comensa la historia de un fet de caballeria que portá á venturós acabament lo compte de Barcelona Ramon Berenguer, anomenat lo Gran, salvant en judici de Deu per batalla á la Emperatriu de Alemanya.* (*Lo Gayter del Llobregat. Edició políglota.* Barcelona, 1889; III, 273-303.)

Hay de D. Agustín Moreto una comedia titulada *El Eneas de Dios y Caballero del Sacramento*, impresa en la *Parte segunda* de las suyas (Valencia, 1676), y antes en la *Parte quince de Varios* (1661). El Sr. D. Luis Fernández-Guerra, en su excelente catálogo cronológico de las comedias de Moreto *(Biblioteca de Autores Españoles)*, dice que esta comedia y la de Lope *han de estimarse rasgos muy diferentes*. Diferentes son, puesto que están escritas con diversas palabras, y en los dos últimos actos se apartan bastante, pero no en el primero, como puede juzgarse por el extracto que el mismo Sr. Fernández-Guerra hace de la comedia de Moreto:

«Un Moncada, conde de Barcelona, promete en matrimonio su hija D.ª Gracia á Manfredo, rey de Sicilia. Ciega de amores la novia por D. Luis de Moncada, su primo, le cita la víspera de la boda para huir con él aquella misma noche á Castilla. Acude el venturoso amante; pero viendo arder una iglesia inmediata al palacio, abandona el puesto, se lanza en medio de las llamas y salva el cofrecillo donde estaba custodiado el Santísimo, sacrificando á esta piedad el logro de su amor. Frustrada la fuga, tiene que casarse la ilustre dama, y parte con su esposo á Sicilia en compañía de su prima y rival Celia. Sin más objeto que vindicarse, D. Luis sigue á la Reina, entra en su palacio disfrazado de peregrino, y en sus manos pone un billete, que más tarde ella misma entrega por equivocación á su marido. Júzgase deshonrado Manfredo; encierra en una torre á su mujer, y en otra á D. Luis; pero éste se salva con auxilio de Celia; refúgiase en Barcelona, junta un ejército poderoso, vuelve á Sicilia, y mata á Manfredo en el campo de batalla. La mano de la augusta viuda es el premio de su valor.»

«Obra disparatada (añade el sesudo crítico): en vez de enredo hay confusión y embrollo; en vez de interés, produce cansancio, y el desenlace es atropellada violencia.»

Poco más ó menos puede decirse de la de Lope, todavía más informe y desordenada que la de Moreto, aunque mejor escrita.

Como curiosa muestra de lo que era el aparato escénico en el siglo XVII, pueden citarse estas acotaciones: «Salga D. Luis, en la cabeza algunas llamas, *que se hacen con aguardiente de quinta esencia*.» «*Estarán dos maderos de invención bajos, y las cabezas de ellos tendrán el hierro, donde, puestas las hebillas con que los atan, no se eche de ver.*»

XIII.—LA LEALTAD EN EL AGRAVIO.

Con el título de *Las Quinas de Portugal* había compuesto Lope de Vega, antes de 1604, una comedia, que cita en la primera lista de *El Peregrino*. Es, probablemente, la misma que en la *Parte* 22 de Lope y otros (Zaragoza, 1630), lleva el título de *La Lealtad en el agravio*, y que también se encuentra en ediciones sueltas con el largo encabezamiento de *En la mayor lealtad, mayor agravio, y favores del cielo en Portugal*.

Otra comedia de *Las Quinas de Portugal*, inédita todavía, compuso en 1638 el maestro Tirso de Molina, y fué, probablemente, la última de sus obras escénicas. Existe manuscrita en la Biblioteca Nacional (Vv-617), y es autógrafa, á lo menos en parte. Lleva al fin la siguiente nota, en que Fr. Gabriel Téllez indica sus fuentes:

«Todo lo historial de esta comedia se ha sacado con puntualidad verdadera de muchos autores, así portugueses como castellanos, especialmente del *Epítome* de Manuel de Faria y Sousa, parte tercera, cap. I, en la vida del primero conde de Portugal D. Enrique (pág. 339), y cap. II, en la del primero rey de Portugal D. Alfonso Enriquez, pág. 349 *et per totum*.—Item, del librillo en latin, intitulado: *De vera Regum Portugalliæ Genealogia*, su autor Duarte Nuñez, jurisconsulto, capítulo I, *de Enrico Portugalliæ comite*, fol. 2, et cap. II, *de Alfonso primo Portugalliæ rege*, fol. 3..... En Madrid, á 8 de Marzo de 1638. Fr. Gabriel Tellez.»

Siendo tan antigua la comedia de Lope, claro es que no pudo utilizar para ella el *Epítome de las historias portuguesas* de Manuel de Faria, que no se imprimió hasta 1628, aunque sí el opúsculo de Duarte Núñez de León, estampado por primera vez en 1585, y que se reprodujo después en la *Hispania Illustrata*. De todos modos, los hechos, ya históricos, ya tradicionales, que sirven de apoyo á esta comedia, son tan vulgares y corrientes en las crónicas castellanas y portuguesas, que es difícil determinar cuál de ellas es la que Lope tuvo presente, siendo verosímil que no se remontase á las más antiguas, ni siquiera á la de Duarte Galvam, que es del tiempo del rey D. Manuel.

La Lealtad en el agravio es una especie de crónica dramatizada del primer rey de Portugal, Alfonso Enríquez, aceptando todas las leyendas de que ha dado buena cuenta la crítica moderna por boca del príncipe de los historiadores peninsulares de nuestro siglo. «Como la de Carlo Magno, como la de Artús, como la de casi todos los fundadores de antiguas monarquías (escribe Alejandro Herculano), la vida de Alonso Enríquez fué, desde la cuna del héroe, poblada de maravillas y milagros por la tradición popular. Infelizmente, los inexorables monumentos contemporáneos destruyen, ó con su testimonio en contra, ó con su no menos severo silencio, esos dorados sueños, que una erudición más patriótica y piadosa que ilustrada, recogió y perpetuó. La historia es hoy cosa bastante grave para no entretenerse en perpetuar leyendas nacidas y derramadas en épocas muy posteriores á los individuos á quienes se refieren» (1).

El primer hecho que en la comedia se presenta es la guerra de Alfonso Enríquez contra su madre D.ª Teresa y su padrastro el conde D. Fernando Pérez de Trava. Esta guerra es histórica, y aconteció entre 1127 y 1128 según la cronología de Herculano, que, por otra parte, no admite el segundo consorcio de D.ª Teresa, y estima que el Conde no fué más que su amante. Vencida D.ª Teresa, y perseguida en su fuga por las gentes de su hijo, cayó prisionera con muchos de sus parciales. La tradición refiere, y Lope admite, que Alfonso Enríquez la encerró, cargada de cade-

(1) *Historia de Portugal.* Lisboa, 1863; I, 277.

nas, en el castillo de Lanhoso. «Esta tradición no desdice de las costumbres feroces de aquel tiempo, pero no se encuentra autorizada por los monumentos coetáneos.»

Alúdese también en esta pieza al hábil y capcioso homenaje hecho por Alfonso Enríquez al Papa, y á la confirmación del título de rey que le otorgó Alejandro III en 1179, materia obscura y disputada (1); y se pone en acción la jornada de Ourique, y en narración, por boca del mismo Rey, la aparición del Crucifijo, sin omitir el fabuloso origen de las armas de Portugal con las cinco llagas y los 30 dineros.

De estas invenciones tardías y poco dramáticas (2) ningún provecho podía sacar el poeta, por lo cual las relegó á segundo término, colocando en el centro de su cuadro la caballeresca figura de Egas Moniz (á quien llamó Egas Núñez), y cuya heroica lealtad pasa por auténtica en la opinión de los críticos más severos, si bien andan discordes en cuanto á la fecha que debe asignarse á esta hazaña. Queda, sin embargo, lo sustancial del hecho, es á saber, que Egas Moniz, hidalgo poderoso en la ribera alta del Duero, quedó por fiador de la promesa de vasallaje hecha al emperador Alfonso VII por Alfonso Enríquez y sus barones cercados en Guimaraens; y que, habiendo faltado el de Portugal á su palabra, Egas Moniz, seguido de su mujer é hijos, se presentó en la corte imperial de Toledo, descalzo y con una cuerda al cuello, solicitando la muerte como desempeño de su palabra nunca violada. Alfonso VII, príncipe magnánimo si los hubo, se mostró digno de entender tal súplica, y no sólo dejó libre á Egas Moniz, sino que dió testimonio de su fidelidad sin tacha á la religión del juramento. Lope tomó esta leyenda del *Valerio de las historias;* el cambio de *Egas Moniz* en *Egas Núñez* basta para probarlo. Dice así el arcipreste Almela:

«El Emperador Don Alfonso de España, sintiéndose mucho del Príncipe Don Alfonso Enriquez, que fué el primero Rey de Portugal, por la guerra y daño que en su tierra avia fecho, y assimismo porque no le queria conocer Señorío en venir a sus Cortes, ayuntó su hueste, y fué sobre él, y cercólo en Guimaranes. E como la Villa no estoviesse bastecida como complia, de guissa que a pocos dias la tomara el Emperador, si ende estoviera; viendo esto Don *Egas Nuñez*, amo del Príncipe Don Alfonso, con gran temor que su Señor fuesse allí presso, andando un dia el Emperador enderredor de la Villa mirando el lugar por donde la pudiesse más aina tomar, Don Egas Nuñez salió de la Villa en su caballo solo al Emperador, y el Emperador quando lo vido, rescibiólo bien. E Don Egas Nuñez besóle las manos, y el Emperador le dixo que a qué era venido; y Don Egas Nuñez, como era eloquente y sabidor de guerra, díxole que le queria fablar cosas que eran en su servicio, y qué era la causa por qué avia venido allí; él le dixo que por tomar a su primo el Príncipe, porque no le conoscia Señorío; y Don Egas Nuñez le dixo: «*Señor, no fecistes cordura de venir acá. Ca si alguno vos dixo que ligeramente podiades tomar esta Villa*,

(1) *Historia de Portugal*, 516-525 y 535-36.

(2) Vid. la famosa nota XVI de Herculano (505-510), que produjo una tan larga y tan extraña polémica, cuyos incidentes son ajenos de este lugar.

no vos dixo verdad, ca cierto so que ella está bien bastecida de lo que ha menester para diez años; y mayormente que está dentro el Príncipe vuestro primo con muchos Caballeros y gente bien armada; assí no podreis facer lo que quereis, y estando aquí podeis rescebir daño de los moros en vuestra tierra: quanto es de os conoscer Señorío, e ir en vuestras Cortes, do vos mandáredes, desto yo os faré omenage.» Estas palabras y otras muchas dixo Don Egas Nuñez al Emperador por le facer levantar de sobre la Villa. Y el Emperador dixo: «Don Egas Nuñez, quiero creer vuestro consejo con esta »condicion, que me fagades omenage de le facer ir a mis Cortes a Toledo, y me faga »conoscimiento qual debe.» E Don Egas Nuñez le fizo omenage, assí como el Emperador lo pidió; e firmando su pleyto Don Egas Nuñez, tornó a la Villa, y el Emperador fizo levantar el Real, y tornósse para Castilla. E quando supo el Príncipe lo que Don Egas Nuñez avia fecho, ovo muy gran pesar, y dixo: «Cierto yo querria »antes ser muerto de mala muerte.» E Don Egas le dixo: «Señor, no vos aquexeis, ca »yo pienso que vos fice mucho servicio, ca non aviades aquí sino poco mantenimiento, »y fallescido tomaránvos la villa, y vos fuérades muerto o presso, y el Señorío de Por»tugal dado a otro; y no os debeis quexar, ca tengo que vos libré de muerte, y de ser »desheredado: e quanto al omenage que yo fice sin vuestro consejo y mandado, si »plasce a Dios yo lo libraré, assí como vos bien podreis ver, ca aunque vos allá qui»siéssedes ir, no vos lo consentiria.» E quando el plazo fué venido quel Príncipe avia de ir a las Cortes de Toledo, segun el omenage que Don Egas Nuñez ficiera, aparejóse el Príncipe de todo lo que avia menester para ir, mas Don Egas Nuñez no lo quiso consentir, antes tomó sus fijos y su muger, y todas las cossas que le complian, y fuesse para Toledo. E como llegassen el dia que fuera puesto, descendió de las bestias, y desnudósse todos los paños, sino los de lino; y descalzáronse, salvo la dueña, que llevaba un pellote, y pusieron sendas sogas a las gargantas, y assí entraron por el palacio de Galiana, donde estaba el Emperador con muchos nobles y ricos hombres. E quando fueron antél, pusiéronse todos de hinojos; entonces dixo Don Egas Nuñez: «Señor, estando vos en Guimaranes sobre vuestro primo el Príncipe Don Al»fonso Enriquez, vos fice omenage como sabeis; esto fice yo, porque su fecho estaba »aquella sazon en muy grande peligro, que no avia mantenimiento sino para pocos »dias, de guisa que muy ligeramente lo pudiérades tomar, y yo porque lo crié, quan»do lo vi en tal priesa fuy a estar con vuestra Real Magestad, sin lo él saber»; e dixo: «Señor, estas manos con que fice el omenage, vedlas aquí, y la lengua con que os lo »dixe: otrossí traigovos aquí esta mi muger y dos mis fijos; de todos podeis tomar tal emienda qual fuere vuestra merced.» E quando el Emperador esto oyó, fué muy sañudo, y quisiéralo matar, ca le dixo que lo engañara; pero con gran moderacion y templanza, con acuerdo de sus Caballeros y ricos hombres, viendo que Don Egas Núñez ficiera todo su deber, como bueno y leal Caballero que él era, y que si él fuera engañado, que no lo fué sino por sí mismo, dióle por quito del omenage, y fízole muchas mercedes, y assí lo embió á su tierra. Muy sabia y discretamente se ovo Don Egas Nuñez en salvar su señor como es dicho, y mucho más en salvar assí de lo que avia prometido al Emperador. Pero muy gran nobleza y moderacion fué

del Emperador perdonarle, aviéndole assí fecho descercar aquella Villa.» (*Valerio de las historias*, lib. IV, tít. II, cap. V) (1).

Para realzar el efecto de esta situación, ya de suyo tan noble y poética, imaginó Lope, abusando un poco de la complicación de recursos á que su temperamento dramático le llevaba, suponer á Egas Moniz, en el momento mismo de cumplir su compromiso de *lealtad*, agraviado por el rey Alfonso Enríquez, que livianamente requiere de amores á su esposa D.ª Inés de Vargas. La pretensión del Rey y la honesta esquivez de la dama ocupan gran parte de la comedia, que está muy bien escrita, aunque no sea de mérito sobresaliente entre las de su autor por lo trivial del juego de pasiones, y por el contraste que ellas ofrecen con el fondo épico del argumento, que por sí propio merecía haber obtenido de tan gran poeta una realización amplia y viviente, que tampoco logró de la soberana musa de Tirso.

Lo que sí se observa en uno y en otro ingenio, y aun podemos añadir en todos los que dentro de la edad de oro de nuestra poesía trataron asuntos históricos del reino vecino, es no sólo una completa ausencia de todo linaje de hostilidad contra los portugueses, aun en aquellos casos en que el pundonor ó la vanidad de Castilla podían parecer interesados, sino una franca y cordial simpatía, más que de hermanos, como quiera que la fraternidad étnica no hubiera bastado á crearla. Para nuestros poetas de aquel tiempo, Portugal era uno de los varios reinos de España, y en sus glorias encontraban motivo de regocijo, y motivo de duelo en sus tribulaciones, y en todo ello inspiración para el canto, hasta cuando eran logradas las palmas del triunfo en luchas fratricidas y á nuestras propias expensas, puesto que ni siquiera al condestable Nuño Álvarez, vencedor en Aljubarrota, le faltaron egregios panegiristas castellanos en prosa y en verso, como ha advertido recientemente el Sr. Sánchez Moguel. Sólo en el siglo pasado empezamos á considerarnos como extraños los unos á los otros, para inmensa calamidad de todos. Si alguna sombra anubla la frente del Alfonso Enríquez de Lope, mayores son aquellas que sobre él amontona la historia: por crueldades y perfidias, por quebrantamientos de la fe jurada, por ambición solapada y cautelosa, que en vano intentaron disimular los milagreros autores del diploma de Ourique, de las cortes de Lamego y de otras patrañas semejantes.

La persona de Egas Moniz da unidad de interés al drama de Lope á pesar de la excesiva materia histórica que en él se acumula, pero que está distribuída con habilidad en los intermedios de la fábula principal. Hay mucho que alabar en el diálogo, y la locución es constantemente noble y correcta (2), siendo de notar que

(1) Seguramente fué también el *Valerio* la fuente de un romance de Juan de la Cueva (*Coro Febeo*) sobre la lealtad de Egas *Núñez* (núm. 1.235 de Durán).

(2) Véanse, por ejemplo, estas palabras del emperador Alfonso VII á Egas Moniz, tan honrosas para el uno como para el otro:

Alzad, capitán insigne,
Alzad, soldado famoso,

el texto ha llegado á nosotros con bastante integridad y pureza, á pesar de haber sido impreso fuera de la colección general de Lope, y en una de las *partes* más incorrectas entre las que llamamos *extravagantes.*

Tanto las hazañas de Alfonso Enríquez como la generosa devoción de Egas Moniz han sido cantadas en todos los tonos por las musas portuguesas, si bien lo que verdaderamente vincula estos hechos en la inmortalidad poética son las octavas del canto III de *Os Lusiadas.* La fastidiosa *Henriqueida* del Conde da Ericeyra (1741), más preceptista que poeta, hombre erudito, pero de flaca imaginación y exiguo numen, está completamente olvidada, y si algo de ella se puede leer es la introducción teórica, ó *Advertencias preliminares*, como muestra curiosa de la crítica de aquel tiempo.

XIV.—LAS PACES DE LOS REYES Y JUDIA DE TOLEDO.

Impresa en la séptima parte de las comedias de Lope (1617) y en el tomo III de la colección selecta de Hartzenbusch.

Esta crónica dramática abarca una gran parte del reinado de Alfonso VIII, aunque los dos últimos actos se contraen más especialmente al trágico episodio de los amores y muerte de la hermosa judía Raquel. En el primero, que pudiéramos titular *Las Niñeces de Alfonso VIII*, se presentan en forma dramática su entrada furtiva en Toledo, su aparición en la torre de San Román, y la toma del castillo de Zorita por la estratagema del truhán Dominguillo, idéntica á la que del persa Zopiro cuentan las historias clásicas.

Que de que estéis á mis pies
Con esa humildad, me corro.
Y ¡vive Dios, que he quedado
De vuestra lealtad absorto,
Y por ser vuestro Rey diera
Mis riquezas y tesoros!.....
Quitad ese lazo infame,
Porque no han de ver mis ojos
Cuello que vence á la envidia
Afrentado de ese modo.....
Por vos, desde hoy las injurias
De mi sobrino (*) perdono;
Que á quien tiene tal vasallo,
Justo es que le sirvan todos.....
Si de los cielos tenemos
Los estados populosos,
El rey que al cielo no imita
Tiene de rey nombre impropio.

(*) Alfonso Enríquez era realmente primo carnal del Emperador, y no sobrino.

La fuente única de Lope para esta comedia ha sido la *Crónica General*, en los trozos que á continuación transcribo, porque sirven de perpetuo comentario histórico al texto del poeta, que la sigue paso á paso, á veces con las mismas palabras:

«Quando *este Rey niño don Alfonso*, *fijo del Rey don Sancho el desseado de Castiella*, *e nieto del Emperador de España*, era en esto, porque el Rey don Ferrando Alfonso de Leon, su tio, fazie mucho daño e mucha discordia entre los Castellanos, señaladamente *entre los Condes de Lara e los de Castro*, *sobre la tenencia de este Rey niño*....., començaron a venir nuevas de muchas partes de su reyno, que si al niño Rey don Alfonso, su señor natural e su Rey, ellos viesen o y allegase, que le acogerien et les prazerie mucho con él, e que lo agradescerien mucho a Dios. E muchos otrosí estavan rebeldes *fasta los quinze años que su padre mandara*, e muchos avien miedo del Rey don Ferrando de Leon, su tio, de quien eran mucho despagados. Pero que los Condes e los otros que lo aconsejavan al Rey, conoscieron que era tiempo e bien de salir, e *los de Auila con ellos otrosí*, e acordaron de dar guardas al Rey, que se andouiesse con ellos fasta que fuesse bien criado e cobrado en su facienda, e escogieron ciento e cinquenta caualleros para esto que estoviessen con él fasta que fuesse criado é bien obrado, con que andouiesse por el su reyno. E éstos mouieron con él, e con los otros que acompañarle quisieron, el Conde don Malrique, que con los otros omes buenos comenzaron de andar por el reyno con su Rey e señor, cobrando algunos logares que se dauan al Rey luego que y llegaua, reconosciendo su verdad..... E assí andando desta guisa por el reyno non muy ascondidamente....., ovo el Conde don Malrique en su poridad nueuas de Toledo, que si se contra allá fuessen acostando con el Rey, que guisarien como metiessen el Rey en la villa, e que gela darien sin ninguna contienda, e lo apoderarien en ella. E el Conde querie gran mal a *don Ferran Ruyz de Castro que la tenie*, e plógol mucho con estas nueuas, e fuéronsse acostando contra Toledo: e cavalleros de allí, de Toledo, que en esta preytesía andauan e querian entregar la villa al Rey e señaladamente vno que llamauan por nombre *Esteuan Illan*, natural de la cibdad; éste, quando sopo como se yvan el Rey e el Conde contra allá acercando, salió para allá el Rey lo más encobiertamente que pudo, *e fabró con el Conde*, e fízoles acercar á Maqueda e apercibió aquellos que él se atrevió a meter en su poridad, e bastecieron la torre de San Roman; como quier que *el Conde don Ferran Ruyz la villa e el Alcázar tenie*, en lo qual él otrosí fazie derecho e verdad en lo defender fasta el tiempo de los quinze años que le fuera mandado que lo entregasse a este Rey don Alfonso, e ante non, mas por razon que era villa *tributada por el Rey don Ferrando de Leon*, *su tio*, *que llevaba ende las rentas della*....., por salir deste apremiamiento, pugnauan los caualleros ya dichos en cobrar su Rey e su natural lo más cedo.....

»E estando en esta discordia todos, vnos con los otros, los vnos con Ferran Ruyz e los otros con la otra parte, todos mantenien verdad. E este Esteuan Illan, de quien fabramos, con consejo e con ayuda de los que en la poridad eran, como buen fidalgo castellano, salió de Toledo, e fuese para el Rey, e traxéronlo ascondido.....,

e metiéronlo en la villa de Toledo tan encobiertamente, que ome del mundo non lo sopo, si non los de la poridad, non lo entendiendo; e metiéronlo en la torre de San Roman, que tenien bastecida; e pusieron el su pendon encima de la torre, llamando á grandes vozes real por su señor el Rey don Alfonso que y era. E el roydo fué muy grande por toda la villa, e rebato en todas partes, veniendo todos armados contra la torre, los vnos por combatirla, e los otros por defenderla, e ovieron de rebolverse de mala guisa; pero a la cima vieron e sopieron como su señor el Rey era, e fuéronse cada uno a su meson, e quisieron asossegar. E don Ferran Ruyz de Castro, que estaua en el Alcázar, de que vió el pleyto mal parado, sabiendo muy bien como lo desamaua muy mortalmente el Conde don Malrique, e que non le podie aprouechar defension, nin era ya tiempo....., e non osó más assosegar nin atender, e salióse luego de la otra parte de la villa por las espaldas del Alcázar, que es contra la puerta, e acogióse a más andar, e fuese meter en Huete» (1).

Las frases subrayadas reaparecen casi textualmente en los versos de Lope, el cual prescinde del largo capítulo de la crónica, relativo á la batalla de Huete, en que sucumbió D. Manrique de Lara, vencido por Fernán Ruiz de Castro. Nuestro poeta se limita á anunciar sobriamente la lid aplazada entre ambos caudillos:

Yo te buscaré.
—Ya sabes
Que te aguardaré, Manrique.....;

y en relación puesta al principio de la jornada segunda en boca de Garcerán Manrique, hijo del muerto, consigna el resultado de la batalla. En cambio dedica la mayor parte de las escenas del primer acto al cerco de Zorita, sin cercenar cosa alguna de la extensa narración de la *Crónica General:*

«El Rey, andando assí apoderándose....., salvo de algunos logares que tenie su tio el Rey don Fernando de Leon, llegól mandado como Lope de Arenas se era alzado en Zorita, que la tenie por Gotier Fernandez de Castro, cuyo vassallo era....., por non le entregar el castiello fasta que oviesse el Rey los quinze años compridos. E quando el Rey estas nueuas oyó, pesól mucho: e el Conde don Nuño (2) pugnó mucho de lo meter en el pesar, e fué muy sañudo, e fizo llamar los Condes, e los ricos omes, e los cavalleros, e las otras gentes de la tierra....., e fizo su hueste, e fué cercar á Zorita con muy gran gente que le crescie cada dia. E en llegando mandóla combatir muy de rezio, e fiziéronlo assí, mas el castiello e la fortaleza dél era tan fuerte que le non podien empecer.....

»Et en el castiello avie un ome con Lope de Arenas, que se criara con él pequeño e sabia mucho de la fazienda del castiello e de la suya, e dezianle Dominguiello por nombre: e éste salió del castiello muy encubiertamente, e fuese para el Rey, e dixol

(1) Edición de Valladolid, 1604; folios 338-341 vto.

(2) De Lara, hermano de D. Manrique.

que si le diesse en que visquiesse en toda su vida e le fiziesse algo e merced, que le faria aver el castiello sin embargo ninguno: et el Rey le dixo que le prazie mucho, é que lo farie. «Pues, señor, dixo Dominguiello, esto ha menester que se faga: man- »dad á un ome qualquier que me atienda qualquier golpe que yo le dé, e desque lo »oviere fecho, pugnaré de me acoger fuyendo quanto más podier contra el castiello: »e luego las gentes mueuan empos de mí, dando vozes muy grandes, e segundán- »dome quanto podieren, assí como si me quisiessen prender o matar fasta dentro en »las puertas, e yo desque fuere acogido dentro, fazer les he creer que maté un ome »de los buenos de la hueste, e sobre aquello cuydo yo assí ser recebido, e en tal »priuanza entrado, e assí guisallo que se vos non tardará de aver vos el castiello sin »otro afan, luego, a pesar de los que y fueren.» E el Rey le dixo que non sabia y tal ome que se le quisiesse dar a ferir, de tal guisa: e vn escudero estaua y, que era de Toledo, que auie nombre Pero Diaz, que le dixo: «Señor, non dexedes vos por »esto de cobrar el castiello, nin de lo auer, ca yo le atenderé el golpe, o qualquier »peligro de muerte o de ál que me ende auenga, en tal que vos el castiello ayades.» E luego tiróse aparte, e dixol que le firiesse sin miedo: é Dominguiello traia vna azconilla muy malilla en la mano, e dexól correr estonces, e firió al escudero; pero guardól de ferir en logar onde podiesse morir, e comenzó de se acoger contra el castiello apellidando, e luego toda la hueste movió empos de él dando muy grandes vozes, e diziendo los vnos «muera», e los otros «prendelde, non se vos vaya assí», e Dominguiello fuese meter en el castiello.

»Lope de Arenas, que estava en el andamio, desque el vió assí entrar fuyendo a Dominguiello, espantado preguntól cómo venia o qué le acaesciera, e él dixo que venia de fazer seruicio e non tan pequeño, ca matara á uno de los buenos omes de la hueste. Lope de Arenas le dixo que si era verdad, e él le dixo que sí sin falla, e si non que bien lo podrien entender en el alborozo de la hueste: e Lope de Arenas que metió mientes y, e vió el gran roydo que por la hueste yba et que adrede fazien los que él perseguieran, touo que era verdad, e tóvose ya por seguro dél de allí adelante, teniendo que non avrie por qué recelarse dél, nin errarie desde allí en ninguna guisa, e començol a falagar e de gelo loar quanto pudo, e de le prometer galardon e algo muy granadamente, e de allí adelante Lope de Arenas començol a lo meter en privança del su castiello muy fuertemente, e á fiar dél, de guisa que le fizo su sobrecata mayor de todas las velas, e mayoral en todo.

»Andando assí Dominguiello tan amado e tan priuado de su señor, e fiando assí dél, acaesció que Lope de Arenas se estaua afeytando e faziendo la barua: e estando assí, Dominguiello entró por la puerta como espantado, e de mal contenente, e don Lope de Arenas que lo vió, preguntól cómo venia assí, e Dominguiello le dixo: «Señor, vengo apriessa por una vela que se cayó: e ome del mundo non puede y »estar, e es menester que la adobedes apriessa.» «Dexa estar, dixo Lope de Arenas, »agora un poco, ca se adobarán desque esto acabemos», e con Lope de Arenas non »estaua ome del mundo aquella hora fuera aquel que lo estaua afeytando: e Dominguiello que se vió en sazon e en tiempo para comprir su traycion e lo que tenie

cuydado, ca vió que non estaua quien le contrallase, traya un venabro en la mano; e diól tal ferida por los pechos, que gelo echó por las espaldas e Lope de Arenas cayó luego muerto en tierra..... E ante dia avie fecho en el comienço del muro un forado encobierto, por do salió luego, otros dizen que salió por somo del muro con una cuerda, otros que por la puerta. Si le mató con venabro, o con porra, o con canto, o si salió por la puerta, o por el muro, o por el forado, lo vno desto fué, mas de guisa que Lope de Arenas fué muerto, e Dominguiello se acogió para la hueste, e fuesse para el Rey. E él preguntól que cómo venie o qué avie fecho, e él le dixo: «Señor, he comprido lo que por vos prometí: mandad de aquí adelante entrar el »castiello quando vos quisierdes, ca non ay quien lo deffienda, ca maté aquel que »vos lo contrallaua fasta aquí, e non dudedes y, ca nunca vos jamás Lope de Arenas »contrallamiento fará»: e contól todo como le avie acontescido. E el Rey, si ovo ende prazer o pesar *non lo cuenta la estoria*, mas diz que yaziendo Lope de Arenas en tierra ferido e el venabro en sí, ante quel ánima osasse salir, estando las gentes todas enderredor dél, que recudieron y al ruydo, e a las vozes que diera el que estaua afeytando, quel estaua y ante él, e vn sobrino de Lope de Arenas de que se él fiaua mucho; e auiendo ya la palabra perdida e non podiendo fabrar, fizo señal que le diessen las llaues del castiello, e diérongelas, e desque las tomó, tendió la mano e diólas a aquel su sobrino, faziendo señal con los ojos e con la boca que las entregasse al Rey: e él tomó las llaves e entrególas a su rey e á su señor natural cuyo el castiello era. E fueron los Condes sueltos, e el castiello entregado al Rey, e Lope de Arenas e su sobrino quitos. E desta guisa cobró el Rey don Alfonso á Zorita, como quier que se la él cobrada tenie, ca para él la guardauan.

»Dominguiello, que mucho se preciaua de su traycion, andando muy laso (?) e muy desvergonçado por la hueste, pidió al Rey que le mandasse dar el galardon que le prometiera; el Rey dixo que era bien e que lo querie fazer. Estonces mandó saber quanto le abondarie para su dispensa, e para su vestir, e mandógelo cada año dar, e mandól sacar los ojos. E aun despues a tiempo siguiendo, por su mala voluntad, como quier que ciego era, preciávase de su maldad alabándose dende: e sópolo el Rey, e mandól destorpar e fazer muy cruda justicia dél. Assí escapen quantos tal obra remedaren, e tal galardon ayan ende» (1).

---

(1) Folios 342-343 vto.

Sobre la cronología, harto embrollada de estos sucesos, pueden consultarse las dos historias particulares que tenemos de Alfonso VIII, harto desiguales en mérito crítico, que es notable en la segunda y exiguo en la primera:

Coronica de los Señores Reyes de Castilla, Don Sancho el Deseado, Don Alonso el Octavo y Don Enrique el Primero..... Por Don Alonso Nuñez de Castro. Madrid, por Pablo del Val, 1665. Páginas 57-61, 67-71.

—*Memorias históricas de la vida y acciones del rey D. Alonso el Noble, Octavo del nombre, recogidas por el Marqués de Mondéjar, é ilustradas con notas y apéndices por D. Francisco Cerdá y Rico. Madrid, imprenta de Sancha,* 1783. Páginas 44-50.

La bella escena en que el rey de Castilla es armado caballero pertenece íntegra á nuestro poeta, y lo mismo hay que decir del extravagante capricho de llevar á Alfonso VIII, como cruzado y conquistador, á Palestina: aprensión vieja de Lope, que, tímidamente indicada en algunos versos de esta comedia, sirve de máquina al poema de la *Jerusalén conquistada*, merced al cual se propagó esta fabulosa especie, que graves historiadores no se desdeñaron de impugnar, y de la cual todavía quedan vestigios en la entrada de la *Raquel* de Huerta.

Precisamente los amores de la hermosa judía son, como queda dicho, la tela casi única de los actos segundo y tercero de esta comedia de Lope. Dice así la *General*, tratando del *Casamiento del Rey de Castiella:*

«En estas cortes de Burgos vieron los concejos e ricos omes del reyno que era ya tiempo de casar su rey, e acordaron de embiar a demandar la fija del rey don Enrique de Inglaterra, que era de doze años, porque sopieron que era muy hermosa é muy apuesta de todas buenas costumbres. E en esto acordaron todos que le embiasse pedir á su padre, e ella avie nombre doña Leonor: e los mensageros fueron luego escogidos de los mejores é más honrados de la Corte: e éstos fueron dos ricos omes é dos obispos, omes buenos é de grand sesso, e de muy grande entendimiento, bastantes assaz para tal mensagería. E estos metiéronse en el camino, e entraron en la mar, e pasaron á Inglaterra. E el Rey de Inglaterra desque sopo aquello por que los mensageros yuan, plogol mucho, e recibiólos muy bien, e fízoles mucha honra él e sus fijos que adelante contaremos: e los mensageros pidiéronle su fija para el rey don Alfonso su señor, e él se la otorgó, e dióles de sus dones: e embióla con ellos mucho honradamente: e ellos la troxeron con muy gran honra al rey don Alfonso á Burgos. Las bodas luego fueron fechas muy ricas e muy honradas e fueron luego yuntadas muchas gentes de todas partes de los reynos de Castiella e de Leon e de todos los reynos de España, e fueron fechas muchas nobrezas e dadas grandes donas. Estas bodas de este nobre rey don Alfonso de Castiella, e de la nobre Infanta doña Leonor, fija del Rey de Inglaterra, fueron fechas en la Era de mil e ciento e noventa e ocho años. E andaua entonces el año de la nascencia del Señor, en mil e ciento e sesenta años.

. . . .

»Pues el rey don Alfonso ouo passados todos estos trabajos en el comienço quando reynó e fué casado, segun que auedes oydo, fuese para Toledo con su muger doña Leonor: e estando y, pagóse mucho de vna judía que avie nombre *Fermosa*, e olvidó la muger, e encerróse con ella gran tiempo, en guisa que non se podie partir della por ninguna manera, nin se pagaua tanto de otra cosa ninguna: e estovo encerrado con ella poco menos de siete años que non se membraua de sí nin de su reyno nin de otra cosa ninguna. Estonces ovieron su acuerdo los omes buenos del reyno como pusiesen algun recado en aquel fecho tan malo e tan desaguisado: e acordaron que la matassen: e que assí cobrarien su señor que tenien por perdido: e con este acuerdo fuéronse para allá, e entraron al Rey diziendo que querien fabrar con él: e mientras los vnos fabraron con el Rey, entraron los otros donde es-

taua aquella judía en muy nobres estrados, e degolláronla a ella, e á quantos estauan con ella, e desi fuéronse su carrera. E desque el Rey lo sopo, fué muy cuytado que non sabie qué se fiziesse: tan grande era el amor que della avie. Estonces trauaron con él sus vassallos é sacáronlo de Toledo, e llegaron con él a vn logar que llaman *Iliescas*, que es a seys leguas de Toledo. E allí estando el Rey en la noche en su cámara cuydando en la judía, fabran las gentes quel aparesciol el angel, e quel dixo: «Alfonso, ¿aun cuydas en el mal que has fecho de que tomó Dios de ti deser»vicio? Mal fazes, e caramente te lo demandará Dios a ti e a tu puebro.» E diz que estonces demandol el Rey quién era el que le aquello dezie. E él dixo como era angel mensagero de Dios que venie allí por su mandado a dezirle aquello. El Rey fincó los ynojos ante él, pediendol merced que rogasse á Dios por él. E el angel le dixo: «Teme a Dios, ca cierto es que te lo demandará, e por este peccado que tú »fiziste tan sin zozobra, non fincará de ti quien reyne en el reyno que tú reynas, mas »fincará en el linage de tu fija, e de aquí adelante pártete de mal fazer e mal obrar, »e non fagas cosa porque Dios tome mayor saña contra ti.» E estonces dizen que despareció: e que fincó la cámara llena de gran claridad e de tan buen olor e tan sabroso, que marauilla era. E el Rey fincó muy triste de lo que le dixera el angel: e de allí adelante temió siempre a Dios e fizo siempre buenas obras, e emendó mucho en su vida e fizo mucho bien, segun vos lo contará la estoria adelante» (1).

Tanto la historia de Raquel como la del cerco de Zorita, y la de la entrada de Alfonso VIII en Toledo, pertenecen al número de aquellas cosas que los compiladores de la *General* agregaron á las narraciones del arzobispo D. Rodrigo y de don Lucas de Túy, según ellos mismos tienen cuidado de declarar (2), afirmando al propio tiempo la veracidad de lo que añadían. El Marqués de Mondéjar y el P. Flórez, poseídos de excesivo celo apologético por la memoria de Alfonso VIII, se empeñaron en dar por fábula tales amores, aunque sin apoyarse más que en el argumento negativo del silencio de D. Rodrigo y de D. Lucas, autores coetáneos, y en la inverosimilitud de haberse encerrado el Rey siete años con la judía, siendo así que en ese tiempo constan varios privilegios y otros actos públicos suyos, y consta, además, que tuvo sucesión de su legítima mujer. Pero con permisión de tan doctos y

---

(1) Folios 344-345 vueltos, cuarta parte del texto de Ocampo.

(2) *Fasta en este logar dixo el Arzobispo don Rodrigo de Toledo.....; mas porque el dicho Arzobispo quiso poner las sus razones tan breves e tan atajantes....., e non departe las razones suyas de muchos otros fechos que se fallaron e acaescieron en los tiempos que son pasados que convienen aquí ser puestos en estoria, e non lo fueron, nos posimoslos aquí porque más derechamente se puedan seguir e ser mas cumpridos..... E porque sabemos por prueua de otras estorias que esto que fué assí e que es cierto, ponémoslo aquí en la estoria en los logares que conuenie, non menguando nin cresciendo en ningunas de las razones que el Arzobispo don Lucas de Tuy nin los otros sabios e omes honrados y pusieron: e queremos de aquí adelante poner entre las sus razones esto que ende fallamos, e despues tornaremos a contar de lo que estos omes buenos e honrados ende dixeron.*

bien intencionados varones, atrévome á decir que los tales argumentos convencen muy poco, puesto que, tanto D. Lucas como D. Rodrigo, anduvieron muy diminutos en lo que toca á los primeros años de este reinado, y si se rechaza el testimonio de la *General* en lo que concierne á los amores de Raquel, la misma razón habrá para rechazarle en todo aquello que añade á los cronistas anteriores, y que el mismo Mondéjar admite sin más autoridad que la de D. Alonso *el Sabio*. Y en cuanto al segundo reparo, hay cierta candidez en tomar tan al pie de la letra lo del encerramiento, pues por muy embebecido que supongamos á D. Alonso VIII en su ilícita pasión, no había de faltarle tiempo para despachar algún privilegio ni para hacer alguna expedición contra moros y navarros, ni siquiera para tener algún hijo legítimo. Nada de esto implica contradicción, dada la flaqueza humana; y si acaso parece demasiado largo el plazo de los siete años que la *General* impresa marca para estos amores, redúzcase á *siete meses*, como quiere el *Valerio de las historias* (1).

---

(1) Libro II, tít. IV, cap. VI:

«Léese como despues que el Rey don Alfonso, que fizo el monesterio de las Huelgas de Burgos, despues de casado con la Reyna doña Leonor, fija del Rey de Inglaterra, estando en Toledo vió una judía mucho fermosa, y pagóse tanto della, que dexó la Reyna su muger y encerróse con ella un gran tiempo, de guisa que lo non podian della partir, ni se pagaba tanto de otra cosa como della. E segun cuenta el Arzobispo Don Rodrigo (*), dice que estovo encerrado con ella siete meses que no se membraba de sí, ni de su Reyno. E como los Condes, y ricos hombres y caballeros viessen cómo el Rey estaba en tal peligro y desonor por tal fecho como éste, ovieron su acuerdo como pusiessen recaudo en este fecho tan malo, y sin conciencia, y acordaron que la matassen. E con esta intencion entraron a do estaba el Rey, fingiendo que le querian fablar. E como estoviessen con él fablando fueron otros a do estaba la judía; y como la hallassen en muy nobles estrados, degolláronla, y a quantos con ella estaban, y fuéronse luego. E como el Rey supo esto, fué muy cuytado que no sabia qué facer, que tanto la amaba, que se queria por ella perder. Y como estoviesse una noche solo en su cámara, pensando en el fecho de aquella mala judía, aparescióle un ángel, y díxole: *Cómo, Alfonso, ¿aun estás pensando en el mal que has fecho, de que Dios ha rescebido grande deservicio? Faces mal, y serte ha demandado caramente a ti y a tu Reyno.* Y el Rey le preguntó quién era, y dixo que era ángel de Dios a él embiado. E como lo oyó hincó los hinojos en tierra, y pidióle merced que rogasse a Dios por él, y díxole el ángel: *Por este peccado que feciste no quedará de ti fijo varon, que en tu lugar reyne, mas quedará del linage de tu fija, y de aquí adelante apártate de facer mal, y faz bien.* E como esto ovo dicho desaparesció, y quedó la cámara complida de maravillosso olor, y con gran claridad. E dende allí adelante andovo los caminos de Dios el Rey, y fizo buenas obras.....»

En el lib. VI, tít. IX, cap. V, repite más brevemente la misma historia, moralizando sobre ella:

«El Rey Don Alfonso Octavo de Castilla, siendo mozo, se dió a vicios de luxuria, no obstante que fuesse casado con la Reyna Doña Leonor, fija del Rey de Inglaterra, muy hermossa

---

(*) Ya hemos visto que no cuenta semejante cosa, pero el Arcipreste Almela se refiere, sin duda, á alguna traducción interpolada de sus *Historias*.

Al cabo, lo que hay de más inverosímil y de más afrentoso en el cuento no es que el Rey se prendase de una judía muy hermosa, sino que los ricoshombres de Castilla se conjurasen para asesinar á una infeliz mujer.

Por otra parte, no se trata de una tradición poética ni de época muy remota de aquella en que fué consignada por escrito, puesto que no pocos contemporáneos de Alfonso VIII pudieron alcanzar el reinado de su bisnieto, en quien tampoco hemos de suponer el malévolo propósito de calumniar á uno de sus más ínclitos progenitores, que al mismo tiempo era uno de los más inmediatos. Lo que Alfonso *el Sabio* registra es un hecho aprendido de la tradición oral, cuando no había tenido aún tiempo de alterarse. Y tan arraigada estaba en Castilla la idea de que los posteriores desastres del reinado de Alfonso VIII, especialmente el de Alarcos, habían sido providencial castigo de aquel pecado, así como la victoria de las Navas recompensa y corona magnífica del arrepentimiento y penitencia del Rey, que al amonestar D. Sancho *el Bravo* á su hijo, en el *Libro de los castigos e documentos*, para que se guarde de *pecados de fornicio*, cita, entre otros ejemplos históricos, y como uno de los más solemnes, el caso de la judía: «Otrosí para mientes, mio fijo, de lo que conteció al rey D. Alfonso de Castiella, que venció la batalla de Ubeda, que por siete años que viscó mala vida con una judia de Toledo, diól Dios gran llaga e gran ajamiento en la batalla de Alarcos, en que fué vencido, e fuyó, e fué mal andante él e todos los de su Reyno, e los que y mejor andanza ovieron, fueron aquellos que y murieron; e demás matól los fijos varones, e ovo el Reyno el rey D. Ferrando, su nieto, fijo de su fija. E porque el Rey se conoció despues a Dios, e se repintió de tan mal pecado, como este que avie fecho, por el qual pecado por emienda fizo despues el monesterio de las Huelgas de Burgos de monjas de Cistel, e el hospital, Dios diól despues buena andanza contra los moros en la batalla de Ubeda» (1).

---

muger: tomó por manceba a una judía, y estovo encerrado con ella siete meses que no se acordaba de sí ni del Reyno, tanto estaba encendido en el amor della..... Pero despues que la judía fué muerta por sus vasallos, conosció el error que avia fecho, emendósse, y ussó muy buenas costumbres de allí adelante. Ca despues fundó el monesterio de las Huelgas de Burgos, y el hospital que llaman del Rey, y otros monesterios, y venció á Miramamolin de Marruecos en batalla campal, y ganó a Cuenca y Alarcon, y otras villas y castillos de moros, e fizo grandes fechos, y por esto fué llamado D. Alfonso el Bueno, e reynó cincuenta y un años. Los hombres en su mancebía facer yerros de mocedad es mal, pero no tanto como despues que los hombres dexan de ser mancebos. Este Rey, antes que cayesse en este yerro que ovo con la judía, era virtuosso; fizo aquel yerro, pero muchas veces acaesce que los que mucho yerran, mucho se arrepienten. E si no errassen, por ventura no se emendarian en tanto grado.»

(1) *Castigos e documentos*, cap. XX (edición Gayangos).

Don José Amador de los Ríos, en su *Historia de los Judíos* (Madrid, 1875), tomo I, páginas 334-337, admite también como históricos los amores del Rey; pero supone, no sé por qué, de origen poético lo relativo á la muerte de la judía, siendo así que la *Crónica General* consigna lo uno y lo otro, y además no hay el menor indicio de que esta tradición se cantase jamás, puesto que los dos únicos romances que á ella se refieren (números 928 y 929 de Durán) son litera-

Fué Lope, según creo, el primer poeta castellano que se apoderó de este asunto y también el que inventó el nombre de Raquel, ignorado de nuestros cronistas, que llaman á la judía *Fermosa*, convirtiendo en nombre propio el adjetivo. Ya en 1609, antes de llevar esta leyenda á las tablas, la había tratado en forma narrativa en el libro XIX de su *Jerusalem conquistada*, donde está como bosquejado el poemita que luego dió tan justo renombre á D. Luis de Ulloa. En los discursos puestos en boca de los conjurados lleva Ulloa la ventaja, por ser más adecuados á su índole de poeta moralista y ceñudo, que á la blanda y amorosa de Lope (1); pero en la catástrofe tiene nuestro poeta rasgos muy ingeniosos y felices, como el cubrir uno de los conjurados con una toca el rostro de Raquel, sintiéndose ya casi vencido y desarmado por su hermosura. En la descripción de Raquel muerta, *bañando en caliente púrpura el estrado*, está engastada esta linda serie de comparaciones:

Así la tersa y cándida azucena,
Parece entre las rosas carmesíes;
Así la joya de diamantes llena,
Entre rojos esmaltes y rubíes;
Así la fuente de cristal, serena
Corre por encarnados alhelíes;
Así tórtola blanca ensangrentada,
Del esparcido plomo derribada.

Pero la inspiración de Lope, aunque profundamente épica, corría por su cauce más natural en la forma dramática, como lo prueba esta comedia de *Las Paces de los Reyes*, que á Boileau hubiera parecido monstruosa por ser de aquellas en que un personaje aparece «*enfant au premier acte et barbon au dernier*»; pero que á los ojos de Grillparzer es una de las mejores piezas (*eine der besten Stücke*) de Lope de Vega. Sin llegar yo á tanto, porque de su autor y en el mismo género las conozco mucho mejores, encuentro en ella, no sólo grandes bellezas de pormenor, sino una

---

rios y modernísimos: el uno de Lorenzo de Sepúlveda, versificando la prosa de la *Crónica;* y el otro del famoso predicador culterano Fr. Hortensio Félix Paravicino (*D. Félix de Arteaga*), que, no contento con ser el Góngora del púlpito, tributó á las musas profanas obsequios tan infelices como este romance, que es una estúpida rapsodia en *fabla* antigua.

(1) Sin embargo, aun aquí son visibles las imitaciones de Ulloa. Dice Lope:

¿Á vuestro Rey, famosos castellanos,
Prende la red de unas lascivas manos?
. . . .

y Ulloa, en tono más enfático y remontado:

No la corona del mayor planeta
Dejéis que asombre más planta lasciva,
Que oprime, cuando finge que respeta,
Y con mentidos lazos le cautiva.....

inspiración constante. Aun en el primer acto, que queda obscurecido por los otros dos, elogia Grillparzer, con razón, el suavísimo diálogo entre Lope de Arenas y su mujer D.ª Constanza, contándole entre aquellas perlas que despilfarradamente dejaba caer Lope por dondequiera. El segundo acto está lleno de color local toledano y de prestigio romántico. ¡Con qué habilidad coloca el autor la primera escena de los amores junto á las ruinas del palacio de Galiana, evocando la leyenda más antigua al paso que pone en acción la moderna, y juntando las dos en un mismo rayo de luz poética! ¡Qué gracioso el contraste entre *la nieve del Norte*, que dice Raquel hablando de la pálida hermosura de la reina D.ª Leonor de Inglaterra, y los ardores que la impetuosa judía quiere apagar en las aguas del Tajo! Ni siquiera falta un grano de poesía humorística en estas singulares escenas del baño y de la siesta. Lope, según su costumbre, se introduce en la fábula con el disfraz del rústico Belardo, moraliza á su modo sobre las necedades del mundo y las locuras del amor, y alude á los propios casos de su juventud «cuando era hortelano en las huertas de Valencia». El amor está presentado en este poema dramático como una demencia fatal é irresistible, la cual no cede ni ante los terrores de lo sobrenatural, que amagan á Alfonso en la primera noche en que va á llegar á los brazos de la hermosa judía:

¡Qué terrible obscuridad!
¡Qué relámpagos y truenos!
Y están los cielos serenos
Sobre la misma ciudad.
Sólo en la huerta parece
Que el cielo muestra su furia;
Debe de ser que mi injuria
Siente, riñe y aborrece.
Hablan las nubes tronando,
Y rasgándose los cielos.....
Los relámpagos, con fuego
Muestran el que ya me espanta;
El viento el polvo levanta
Para decir que soy ciego.
Brama el Tajo por salir
Á templar aqueste ardor;
Pero no es fuego el amor
Con quien puede competir.
Tiemblan los árboles juntos,
Sus hojas llaman á Alfonso,
Como el último responso
Que se dice á los difuntos.
¡Válgame el cielo! ¡Otra nube
Tan negra desciende allí!.....

(Una voz cantando triste dentro.)

Rey Alfonso, rey Alfonso,

No digas que no te aviso (1):
Mira que pierdes la gracia
De aquel Rey que rey te hizo.
. . . .

ALFONSO.

Dentro de la misma nube
Parece que la voz dijo
Que de aqueste atrevimiento
Estaba el cielo ofendido.

LA VOZ.

Mira, Alfonso, lo que intentas,
Pues desde que fuiste niño,
Te ha sacado libre el cielo
Entre tantos enemigos·
No des lugar desta suerte,
Cuando hombre, á tus apetitos;
Advierte que por la Cava
Á España perdió Rodrigo.

REY.

¡Vive el cielo, que lo entiendo,
Y que todos son hechizos
De Leonor, para quitarme
El gusto que emprendo y sigo!
Los palacios son aquéstos;
Yo entro.

(Cuando el Rey va á entrar, aparece una sombra con rostro negro, túnica negra, espada y daga ceñida.)

¡Cielo divino!
¿Qué es esto que ven mis ojos?
¿Eres hombre? ¡Hola! ¿Á quién digo?
¿No hablas?

(Desaparece la sombra.)

Despareciόse.
Mas ¿de qué me maravillo?
¡Viven los cielos, que fué
Sombra de mi miedo mismo!
Entraré por la otra parte,
Saltando el arroyo limpio
De esta acequia. ¡Ay, cielo santo!

(Vuelve á aparecer la sombra.)

---

(1) Reminiscencia de uno de los romances del cerco de Zamora:

Rey don Sancho, rey don Sancho,
No dirás que no te aviso.

Otra vez la sombra he visto.
¿Qué quieres? ¿Qué me persigues?
¿Quién eres?

GARCERÁN.

Tarde he venido.

REY.

¿Eres sombra, ó eres hombre?
Habla, y dime: «Yo te sigo»,
Que hombre soy para escucharte,
Ya seas muerto, ya seas vivo.....

Es casi superfluo advertir la gran semejanza que esta escena ofrece, en cuanto al empleo de lo maravilloso, con otras de *El Infanzón de Illescas*, de *El Duque de Viseo*, de *El Marqués de las Navas* y algunas otras piezas de Lope, y más remotamente con *El Burlador de Sevilla* y otros dramas ajenos, pero cuyos autores imitaron visiblemente su manera de tratar lo fantástico, muy concreta y en cierto modo plástica, pero al mismo tiempo muy sobria.

No me satisface tanto el tercer acto como el segundo, aunque hay en él muchos rasgos dignos del soberano ingenio de su autor. Lo es, desde luego, haber convertido en móvil principal de la catástrofe, no la odiosa venganza de los ricoshombres castellanos, sino la celosa pasión de la Reina, cumpliéndose así el vaticinio de Raquel en la primera jornada:

¿No puede haber algún fuego
En esa nieve escondido?

La Reina es, pues, quien llama á los ricoshombres, quien les cuenta sus agravios y los del reino en un romance elocuentísimo, y, finalmente, quien enciende sus ánimos para la venganza, presentándoles á su propio hijo. Con razón dice Mr. de Latour en su discreto análisis de esta comedia: «¡Cuánto prefiero este discurso enérgico, en que la pasión de la mujer, la majestad ofendida de la reina, la indignación de la cristiana, hablan alternativamente tan hermoso lenguaje, á toda la metafísica política de D. Luis de Ulloa y de los que le han imitado! No es que yo condene en absoluto esta metafísica, ni mucho menos el sentido profundamente español que encierra, pero el grito de esta mujer, de esta reina, es todavía más humano, y como sale del alma, va al alma derecho. Este discurso admirable, ó por mejor decir, este grito, es toda la pieza» (1).

Tiene razón el mismo crítico en calificar de pueril la escena en que el Rey y Raquel aparecen entretenidos en la pacífica ocupación de pescar con caña en el Tajo;

---

(1) A. de Latour: *Tolède et les bords du Tage (Paris, Michel Lévy, frères)*, 1860; páginas 231-302. Este trabajo abunda en errores cronológicos y de detalle, como todos los de su autor, que no presumía de erudito, pero que fué un *dilettante* ameno y simpático, y un vulgarizador inteligente de nuestras cosas.

escena que no parece inventada sino para traer el funesto agüero del hallazgo de la calavera, que saca el Rey enganchada en el anzuelo. La escena de la muerte es muy rápida, y en ella sólo hay que advertir la novedad de hacer que Raquel se haga espontáneamente cristiana antes de morir; con lo cual pensó, sin duda, Lope aumentar la simpatía trágica que causa su lastimoso fin. En las escenas anteriores parece notarse un eco de los romances relativos á los amores de D.ª Inés de Castro, en que basó Luis Vélez de Guevara su tragedia *Reinar después de morir:*

Labrador honrado y noble,
¿Qué me dices? ¿Qué me cuentas?
¿Caballeros y con armas?
¡Ay, Dios! No vienen á fiestas.....

El título de *Las Paces de los Reyes* se justifica al fin de la comedia por la reconciliación de Leonor y Alfonso, después de la aparición del ángel, en Illescas. Aquí lo maravilloso estaba en la tradición, y el poeta no ha hecho más que recogerlo, cumpliendo la ley épica de su Teatro, porque lo maravilloso es esencial en la epopeya.

«Las bellezas de este drama (dice Latour) son de las que todos los ojos pueden ver, de las que conmueven todas las almas. El genio de la época, del país y del poeta brillan con un esplendor tal, que ninguna traducción, por débil que sea, puede oscurecerle. Una de las cosas que hay que aplaudir en Lope es el carácter de Raquel, de la cual ha hecho una verdadera mujer, que ama á Alfonso y que tiene miedo de morir. Hartas veces encontraremos el papel de la favorita ambiciosa en los otros dramas compuestos sobre el mismo asunto.»

Y ahora conviene añadir algo acerca de las posteriores vicisitudes de este tema poético. Ticknor poseyó, manuscrita y autógrafa, con fecha de 10 de Abril de 1635 (no 1605, como se lee por errata, que aquí pudiera ser grave, en la traducción española de su *Historia* y en el *Catálogo* de Barrera), una comedia del Dr. Mira de Amescua, *La desdichada Raquel.* El mismo Ticknor afirma que esta pieza, en extremo mutilada por los censores, es la misma que, con el nombre de *La Judía de Toledo*, anda atribuída á D. Juan Bautista Diamante en la *Parte 27 de comedias varias* (1667) y en repetidas ediciones sueltas. Aun sin haber visto el manuscrito de Mira de Amescua, por no ser fácil el viaje á Boston, en cuya Biblioteca actualmenta se custodia, me atrevo á dudar de esta afirmación de Ticknor, cuya autoridad bibliográfica es para mí mucho más respetable que su pericia crítica. La comedia de Diamante, tal como está impresa, no puede ser de Mira de Amescua, ni de ningún otro poeta del primer tercio del siglo XVII. Será una refundición, acaso muy servil, pero está escrita en el estilo propio de Diamante, autor de las postrimerías del siglo XVII y de los primeros años del XVIII. Diamante, como los demás dramaturgos de su época, no inventaba; se limitaba á refundir, y generalmente á estropear, originales antiguos. Su comedia no procede de la de Lope de Vega. Es muy verosímil, por consiguiente, que proceda de la de Mira de Amescua. Pero no

de Mira de Amescua solo, porque hay en la comedia de Diamante muchas cosas evidentemente tomadas del poema de D. Luis de Ulloa y Pereyra, no impreso hasta 1650 (1). Los discursos políticos están servilmente calcados, sin más fatiga que convertir las octavas en romance. Y la prueba es muy fácil. Cotéjese una parte del razonamiento de Álvar Núñez en Ulloa y en Diamante:

ULLOA.

Ya por vuestra desdicha, castellanos,
Del Hércules sabreis que os gobernaba
Como le cercan pensamientos vanos
De nueva Yole la prudencia esclava;
Y que olvidadas las robustas manos
Del peso formidable de la clava,
Lisonjeando de ninfas el estilo,
Al huso femenil tuercen el hilo.
. . . .
Con lastimosas lágrimas contemplo
Cuánto las obras de virtud se truecan,
Y cómo llega la codicia al templo
Donde las fuentes de piedad se secan,
Obedeciendo todos al ejemplo;
Que los príncipes mandan cuando pecan,
Y en la vida culpable de los Reyes,
No son vicios los vicios, sino leyes.
. . . .
De una ramera torpe en la esperanza
Vivimos, ó suspensos, ó postrados,
Siendo al arbitrio de su fiel balanza

DIAMANTE.

Ya el Hércules que os regía,
Á nueva ley le sujeto;
Trueca el uso de la clava
Por el huso en que torciendo
Va á sus victorias el hilo
Que hizo su renombre eterno.
Con llanto notan los mios
El penoso cautiverio,
Y cuán licencioso el vicio
Se aumenta con el ejemplo,
Porque los príncipes mandan
Cuando pecan, advirtiendo
Que la adulacion permite,
Por hacer al Rey obsequio,
Que se bauticen las culpas
Por leyes; que en el exceso
De sus vicios, no son vicios
Los vicios, sino preceptos.
. . . .
Mirad que en los corazones
Que anima heroico ardimiento,

---

(1) De este año es la primera edición, sin nombre de autor, que lleva por título *Alfonso Octavo rey de Castilla, Príncipe Perfecto, detenido en Toledo por los amores de Hermosa, ó Raquel. Hebrea muerta por el furor de los vassallos..... En Madrid, en la Imprenta Real, año de* 1650, Reprodújose luego, ya con el nombre de su autor, en las dos colecciones de las poesías de Ulloa, publicada la primera por él en 1659 con el título de *Versos*, y la segunda, póstuma, por su hijo, en 1674. En el *Ensayo* de Gallardo (II, 102) se da noticia de un curioso manuscrito, titulado *Censura de D. Gabriel Bocángel á las Rimas castellanas de Alfonso VIII, habiéndoselas remitido D. Luis de Ulloa para este efecto. Responde D. Luis de Ulloa á la censura que de algunos versos hace D. Gabriel Bocángel.*

—*Retrato político del Rey Don Alfonso el VIII, que dedica á la S. C. R. M. del Rey Nuestro Señor Don Carlos II, D. Gaspar Mercader y de Cervellon, Conde de Cervellon.*

Libro culterano y conceptuoso á un tiempo, y escrito en el más pedantesco gusto de las postrimerías del siglo XVII, pero con chispazos de ingenio y fantasía amena. En la parte tercera trata larga y declamatoriamente el episodio de Raquel, interpolando discursos. Tuvo muy presente á Ulloa. (Vid. *Varios eloquentes libros recogidos en uno.....* Madrid, por Juan de Ariztia, 1722; páginas 36-50.)

ULLOA.

Los premios y castigos ponderados;
Sola la liviandad de su mudanza
Nos tiene desvalidos ó privados;
Tanta paciencia en pechos varoniles,
No los hace leales, sino viles.

. . . .

No la corona del mayor planeta
Dejeis que asombre más planta lasciva,
Que oprime lo que finge que respeta,
Y con mentido culto lo cautiva;
Rayos que preste la virtud secreta
Del cielo á nuestra saña vengativa,
Cuando por nudos tan estrechos pasen,
Respeten el laurel, la hiedra abrasen.
Sacrifiquemos esta ofrenda impía
En gracia de los Reyes ofendidos,
Que fueron con violenta tiranía
En voluntarios lazos oprimidos;
Hallará en este ejemplo la osadía
Con que les embaraza los sentidos,
Para recelo del osado intento,
Esmaltado de sangre el escarmiento.

DIAMANTE.

Parece mal tanto olvido,
Y que al varonil esfuerzo
El disimulo le hace
Cobarde más que no atento.
No permitais que al laurel
Que corona sacro imperio,
Planta lasciva le cerque
Con mentido culto, haciendo
Lo que es traicion agasajo,
Favor lo que es cautiverio,
Que hasta su virtud nos niega
Cuando por nudos estrechos
Pasa mentida lisonja
En el verdor de su aseo.
Respete el laurel el brazo,
Y abrase la hiedra el fuego.....
Y sacrifiquemos esta
Ofrenda impía al eterno
Simulacro de los Reyes
Que en el siglo venidero,
Con violenta tiranía,
Fueren en sus lazos presos,
Dejando nuestra lealtad,
Á su vicio por trofeo,
Esmaltado el escarmiento.

La misma comparación podíamos hacer en el discurso de D. Fernando Illán, pero basta con lo transcrito. Se dirá que Ulloa pudo tomar estos conceptos y estas imágenes de Mira de Amescua; pero ¿quién ha de creer tal plagio de un poeta como Ulloa (original no sólo como poeta, sino como hombre), cuando estas octavas son precisamente tan geniales suyas, cuando expresan lo más hondo de su pesimismo político, y cuando están hechas de tan noble y valiente manera que excluyen hasta la sospecha de que puedan ser perífrasis del adocenado romanzón que va al frente? Y ¿quién que haya leído versos líricos ó dramáticos del Dr. Mira de Amescua, cuya lozanía y gala sólo admiten parangón con las del estilo de Lope, ha de atribuirle esos prosaicos y desmañados octosílabos, que á voz en cuello están diciendo haber salido de la pluma de un pedestre versificador de los tiempos de Carlos II? Creemos, por consiguiente, que el manuscrito de *La desdichada Raquel* que tuvo Ticknor, no puede ser *La Judía de Toledo* de Diamante, sino otra comedia sobre el mismo tema, de la cual Diamante quizá aprovechó algo para la suya.

Incidentalmente hemos hablado ya de la *Raquel* de Ulloa, que Quintana llamó, no sin alguna hipérbole, «el último suspiro de la antigua musa castellana». Don Luis de Ulloa y Pereyra, caballero de Toro, cuyas memorias inéditas quizá publicaremos algun día, fué poeta de elevados pensamientos y de robusta entonación, moralista

estoico al gusto de su tiempo, político pesimista y desengañado, con ánimo libre para decir duras verdades á reyes y poderosos, en un estilo cuyo nervio y adusta sequedad recuerdan á veces el áspero decir de Alfieri, con toda la diferencia que puede haber entre un poeta del siglo XVII y otro del final del XVIII. Ulloa, que estaba en la *oposición* (como hoy diríamos) cuando compuso este poema, puesto que había sido amigo fidelísimo del Conde-Duque de Olivares, á quien acompañó en su destierro, tomó el asunto de *Raquel* desde el punto de vista político, como una lección á los reyes viciosos y negligentes.

¿Esto acontece, y duermen los tiranos?

Tal es la originalidad de este poema, y de ella nacen sus mayores bellezas. El aliento, más oratorio que poético, que en estas octavas se respira, es de una arenga tribunicia, vehementísima, inflamada, sincera, y por lo mismo elocuente. El autor piensa menos en Alfonso VIII y en Raquel, que en Felipe IV y en sus mancebas. Por eso hizo una obra apasionada y viva en lo político y sentencioso, y muy fría en la parte afectiva y desinteresadamente poética del argumento, que es, por el contrario, aquella en que su gusto flaquea más y en que hizo mayores concesiones al depravado estilo de su tiempo. ¡Oh, si toda esta parte hubiese sido escrita en el mismo lozano estilo en que lo fué esta octava, imitada del Ariosto:

No rumores de bélicos clarines
Dieron principio al amoroso asalto:
El aura, sí, movida en los jazmines
Que coronan el álamo más alto;
Y el eco derramado en los jardines,
Nunca al aplauso del deleite falto,
Que repite de dulces ruiseñores
Ansias de celos, lástimas de amores.

Con todos sus resabios de amaneramiento, debidos unos al sutil contagio del culteranismo, cuya influencia alcanzaba aun á los escritores más sensatos, y que más se resistieron á su influjo; é hijos los otros de la tendencia conceptuosa, que era también moda de aquel tiempo, y muy propia del ingenio y estudios del escarmentado y meditabundo poeta castellano, la *Raquel* de Ulloa vale mucho, no sólo por la gravedad de su estilo y doctrina, y por el número no corto de versos admirables que pueden entresacarse de ella, sino por haber servido de tipo y dechado, primero á *La Judía de Toledo* de Diamante, y luego á la *Raquel* de Huerta.

Aunque la comedia de Diamante, por la flojedad de su estilo, desmerece mucho puesta en cotejo con el poema de Ulloa, no es obra despreciable, ni mucho menos, siquiera deba sus mayores aciertos á su predecesor inmediato, y acaso algunos á la comedia, inédita y desconocida hasta ahora, de Mira de Amescua. La comedia de Diamante en nada se asemeja á la de Lope, la cual no parece haber leído siquiera. Su Raquel no es la mujer apasionada que arde en súbito amor por Alfonso VIII cuando le ve entrar triunfante en Toledo, y que muere invocando el nombre del

Dios de su amante. Es una especie de Ester degenerada, á quien los judíos de Toledo emplean como instrumento para que sus lágrimas y su hermosura desarmen la ira del Rey y detengan el edicto de proscripción que contra ellos iba á fulminarse. También esta idea es original de Ulloa, que la presentó con más nobleza, no haciendo intervenir al padre de la judía, que en Diamante resulta cómplice del deshonor de su hija, sino al gran rabino ó pontífice Rubén, en quien está más justificado el fanatismo de ley y de raza. Pero Diamante, aunque inferior á Ulloa por todos los demás conceptos, tiene más jugo de sentimiento que él; y su obra, con estar medianamente escrita, triunfó en el teatro por su efecto patético. Y este efecto continuaba aún en el siglo pasado, según nos informa el crítico italiano Napoli Signorelli, que hace de la pieza todo el elogio que podía hacer dentro de su criterio de preceptista clásico: «Todas las primeras damas del Teatro español aprenden, para muestra de su talento, el papel de *La Judía de Toledo* en la comedia de Diamante..... Las extravagancias de su estilo, su irregularidad y las bufonadas que se entremezclan en las escenas trágicas, no perjudican, sin embargo, á la verdad y energía de los afectos, ni al mérito de los caracteres de Alfonso, fascinado por el amor, y de la judía Raquel, tan ambiciosa como amada por el Rey.»

Todavía estaba en posesión de las tablas la comedia de Diamante cuando un hombre de más ingenio que juicio, de mejor instinto que gusto, de más fantasía que doctrina, pero de ningún modo vulgar ni *tonto* (como en nuestros días hemos visto impreso), D. Vicente García de la Huerta, en quien hervía alguna parte del estro de Calderón y de Góngora, convocaba á la muchedumbre en el teatro para escuchar en una nueva *Raquel* los acentos de la Melpómene española,

No disfrazada en peregrinos modos,
Pues desdeña extranjeros atavíos;
Vestida, sí, ropajes castellanos,
Severa sencillez, austero estilo,
Altas ideas, nobles pensamientos,
Que inspira el clima donde habéis nacido.

El estreno de esta tragedia, en 1778, fué uno de los mayores acontecimientos teatrales del reinado de Carlos III. En los pocos días que corrieron desde la representación hasta la impresión, se sacaron dos mil copias manuscritas para España y América; todo el mundo la sabía de memoria, y la repetía en los teatros caseros. La *Raquel* se hizo popular en el más noble sentido de la palabra. Su autor, que como crítico era una especie de romántico inconsciente y venido antes de tiempo, sentía confusamente, pero con grande energía, el valor de la antigua poesía castellana; y aunque procuró acomodarse en lo exterior á las formas de la tragedia neoclásica, sometiéndose al dogma de las unidades, á la majestad uniforme del estilo y á emplear una sola clase de versificación, hizo en el fondo una *comedia heroica*, ni más ni menos que las de Calderón, Diamante ó Candamo, con el mismo espíritu de honor y de galantería, con los mismos requiebros y bravezas expresados en versos ampulosos, floridos y bien sonantes, de aquellos que casi nadie sabía hacer entonces sino

Huerta, y que por la pompa, la bizarría y el número, tan felizmente contrastaban con las insulsas prosas rimadas de los Montianos y Cadalsos. Hasta el romance endecasílabo adoptado por Huerta (en vez del verso suelto, de la silva ó de los pareados, que con infeliz éxito habían usado los autores del *Ataulfo*, de la *Hormesinda* y del *Sancho García*) contribuyó á poner sello nacional en la pieza, siendo, por decirlo así, una ampliación clásica del metro popular favorito de nuestro teatro, dilatado en cuanto al número de sílabas, pero conservando el halago de la asonancia, tan favorable á la recitación dramática. Tal como está, la tragedia de Huerta es la mejor del siglo XVIII, lo cual puede no ser un gran elogio (puesto que las demás, salvo alguna de Cienfuegos, apenas pasan de la medianía, y carecen no sólo de interés poético, sino hasta de intención dramática), pero es, sin duda, un mérito relativo cuando entre los cultivadores de este género exótico vemos figurar los nombres más calificados de la literatura de entonces: D. Nicolás Moratín, Cadalso, Ayala, Jove Llanos..... Para juzgar bien de la *Raquel* hay que verla en su propio momento, y no aplastarla bajo el peso de un coloso como Lope de Vega, ó de un artista dramático tan consumado como su imitador, el poeta austriaco Grillparzer, que tiene en *La Judía de Toledo* un acto final de grandeza casi shakespiriana (1). El pobre Huerta no podía ascender á tales alturas, y aun puede añadirse que mucho de lo bueno que hay en la *Raquel* no es suyo, sino de Diamante y de D. Luis de Ulloa. Pero las buenas condiciones de la *Raquel* no consisten tanto en su estructura dramática, que es, sin duda, bastante endeble, cuanto en la elocuencia poética con que está escrita, en el énfasis y la gala de dicción, cuyo efecto sobre oyentes españoles es infalible, y debía de serlo mucho más cuando se llegaba á ella después de pasar por los sedientos arenales de la *Virginia*, de la *Lucrecia* y de la *Numancia*. Siquiera los endecasílabos de Huerta eran versos y sonaban como tales, y llenaban el oído con la suave y familiar cadencia de los asonantes, y hablaban de pasión y de galantería caballeresca, y no eran insípida prosa de *Mercurios* y *Gacetas*, como casi todo lo que se oía en el teatro, gracias á la tutelar solicitud del Conde de Aranda y de la Sala de Alcaldes, que eran los Aristarcos y los Quintilios de entonces. Quintana, cuyo juicio en materia de poesía española algo vale, tuvo esta tragedia en grande estima, y por mi parte no encuentro motivo para separarme de su opinión.

No creo que Huerta tomara nada de *Las Paces de los Reyes* de Lope de Vega, cuyas obras dramáticas conocía muy poco, y de las cuales ni una sola inserta en su famoso *Theatro Hespañol*. Conoció, sí, la *Jerusalem conquistada*, y en ella aprendió la fábula histórica del viaje de Alfonso VIII á Palestina:

Hoy se cumplen diez años que triunfante
Le vió volver el Tajo á sus orillas,
Despues de haber las del Jordan bañado
Con la Persiana sangre y con la Egypcia.....

---

(1) Sobre esta tragedia de Grillparzer véase el magistral estudio de A. Farinelli, *Grillparzer und Lope de Vega* (Berlín, 1894), páginas 143-171.

De Ulloa y de Diamante aprovechó tanto, que sus contemporáneos llegaron á acusarle de plagio. Hasta aquel famoso apóstrofe, tan citado por los retóricos como modelo de la figura llamada *corrección:*

¡Traidores!..... Mas ¿qué digo? Castellanos,
Nobleza de este reino.....,

tiene su origen en este final de una octava de la *Raquel* de Ulloa:

Traidores, fué á decir; pero turbada,
Viendo cerca del pecho las cuchillas,
Mudó la voz, y dijo: «Caballeros,
¿Por qué infamáis los ínclitos aceros?» (1).

Entre los poetas que han tratado este argumento (2), sólo Grillparzer ha seguido las huellas de Lope en su *Jüdin von Toledo* (1824).

XV.—LA CORONA MERECIDA.

En el archivo de la casa de Sessa existió el original autógrafo de esta comedia con fecha de 1603, según el testimonio de un índice manuscrito de D. Agustín Durán. Lope la publicó en la *Parte catorce* de las suyas (1620), dedicándosela á su amiga de Sevilla, D.ª Ángela Vernegali, á quien en 1603 había dirigido la segunda parte de sus *Rimas*, confesándose muy obligado á ella por haberle asistido en dos penosas enfermedades.

Hállase reimpresa en el tomo I de la colección selecta de D. Juan Eugenio Hartzenbusch.

Contiene esta comedia, según el mismo Lope tiene cuidado de advertir, «la historia de una señora tan celebrada por *La Corona merecida*, que con ella dió honor á España, gloria á su nombre y nombre á sus descendientes». Trátase, en efecto, de D.ª María Coronel, y no se comprende por qué extraño capricho, en esta comedia, escrita en Sevilla y sobre una tradición sevillana que hoy mismo persevera constante y viva, se entretuvo Lope en cambiar el nombre á la protagonista, llamándola *Doña Sol*, en llevar la escena á Burgos y en achacar á Alfonso VIII (Príncipe á quien, por otra parte, admiraba tanto, que no sólo le cantó en versos épicos y dra-

---

(1) Sobre los defectos y las excelencias de la *Raquel*, considerada principalmente como obra escénica, hay poco ó nada que añadir á las consideraciones que expuso Martínez de la Rosa en su *Apéndice sobre la Tragedia*. (*Obras literarias*..... París, 1827; t. II, páginas 265-284.)

(2) Á las obras citadas en el texto, pueden añadirse *The Fair Jewess*, de Trueba y Cosío en su *España novelesca* (*The Romance of History Spain*), leyenda en prosa, fundada casi únicamente en la tragedia de Huerta; y *La Judía de Toledo ó Alfonso VIII, drama en cuatro jornadas y en verso*, por D. Eusebio Asquerino (Madrid, 1842).

máticos, sino que quiso hasta beatificarle) un desmán tiránico, que la historia ha atribuído siempre al rey D. Pedro. Baste para el caso la puntual narración de Ortiz de Zúñiga en sus *Anales de Sevilla:*

«Era 1395, año 1357.

»Pasó el Rey á las fronteras de Aragon á los fines del año pasado ó principios de éste, siguiéndole los Señores Andaluces, entre ellos Don Juan de la Cerda y Don Alvar Perez de Guzman, casados con Doña María y Doña Aldonza Coronel, hijas de Don Alonso Fernandez Coronel, ambas extremadamente hermosas, y una y otra sequestradas del apetito lascivo del Rey, á que resistian honestas, como nobles. Sangrienta y reñida era la guerra, militando de la parte de Aragon el Conde Don Henrique, que habia venido de Francia, quando Don Alvar Perez de Guzman supo que peligraba su honor, tratándose de llevar su esposa el Rey desde Sevilla, donde la habia dexado en el convento de Santa Clara; con que seguido de su cuñado Don Juan de la Cerda, que por ventura padecia iguales recelos, se volvió á Andalucía, dando con su venida sin licencia público pretexto al Rey para proceder contra ambos, y enviar repetidas órdenes á Sevilla para que no fuesen admitidos, porque estaban fuera de su gracia y faltaban á su servicio: esta repulsa infundió mayor temor en Don Alvar Perez, que huyó á Portugal; pero el Cerda, más atrevido, se encastilló en Gibraleon, de que era señor, y no sólo para defenderse, sino aun para ofender, convocaba gente, hasta que salió en su contra el Concejo y pendon de Sevilla, con el Señor de Marchena, Don Juan Ponce de Leon, y el Almirante Micer Egidio Bocanegra, y peleando entre las villas de Veas y Trigueros, fué vencido y traido prisionero á la torre del Oro, segun se lee en memorias de aquellos tiempos; esta vez peleó el pendon de Sevilla contra su Alguacil mayor, que era Don Juan de la Cerda.....

»La prision de Don Juan de la Cerda, y voz de que no saldria de ella con vida, obligó á su mujer Doña María Coronel á partir á implorar su perdon; halló al Rey en Tarazona, que cierto de que quando ella volviese con el perdon, lo hallaria muerto, como habia enviado á mandar que se executase con Rui Perez de Castro, su Ballestero, se lo concedió. Volvió la heroyca matrona alegre con el engañoso despacho, pero halló muerto ya á su marido, y confiscada su hacienda y casa, con que afligida, pobre y desamparada, se retiró á una ermita y casa, fundacion de sus pasados, en la parroquia de Omnium Sanctorum, intitulada de San Blas, y en que habian dexado una insigne reliquia del Santo Mártir, donde retirada vivió algun tiempo, hasta que se entró monja, y profesó en el convento de Santa Clara, de que la veremos salir el año de 1374 para fundar el de Santa Inés. De su casta resistencia al amor lascivo del Rey, se refieren notables sucesos, de que ni el tiempo, ni si fueron antes ó despues de su viudez, se señalan. Que perseguida de la aficion real, que temió violenta, se retiró al convento de Santa Clara de esta ciudad, y que aun en él no segura, porque fué mandada entrar á sacar por fuerza, se encerró en un hueco ó concavidad de su huerta, haciendo que lo desmintiesen con tierra, que diferenciándose de la demás por la falta de yerbas, la dexaba en peligro de ser descubierta, á que asistió

la piedad divina, permitiendo que naciesen improvisamente tan iguales á lo restante, que bastaron á burlar la diligencia más perspicaz de los que entraban á buscarla. Libre esta vez con tal maravilla, se halló otra en mayor aprieto, en que lució más su valerosa pudicicia, que viendo no poderse evadir de ser llevada al Rey, abrasó con aceyte hirviendo mucha parte de su cuerpo, para que las llagas le hiciesen horrible, y acreditasen de leprosa, con que escapó su castidad á costa de prolijo y penoso martirio, que le dió que padecer todo el resto de su vida; accion heroyca, cuya tradicion la atestiguan manchas en el cutis de su cuerpo, que se conserva incorrupto, no indigno del epíteto de santo. Considere estas acciones quien á las de este Rey buscare críticas disculpas, que tan ciegamente corria tras de sus desenfrenados apetitos» (1).

Tal es la versión que puede considerarse como histórica, y que todavía atestiguan á los ojos de la piedad las manchas que se observan en el cuerpo incorrupto de esta heroína de la castidad, el cual anualmente se expone, el día 2 de Diciembre, en el monasterio de Santa Inés, que ella fundó. Pero ya desde antiguo, ó por mala inteligencia del vulgo, ó por confusión con alguna otra señora del mismo nombre, corrió una variante harto grosera, á la cual parece que aluden aquellos versos de las *Trescientas* de Juan de Mena (copla 79):

La muy casta dueña de manos crueles,
Digna corona de los Coroneles,
Que quiso con fuego vencer sus hogueras.....,

según la interpretación que en su glosa les da el comendador Hernán Núñez (2).

Lope siguió la tradición primitiva, aunque modificándola caprichosamente, según queda dicho, en lo tocante al nombre de la dama, al lugar de la escena y al reinado

---

(1) *Anales eclesiásticos y seculares de la ciudad de Sevilla..... Madrid, Imprenta Real*, 1795. Tomo II, páginas 145-147, 200-201. (La primera edición es de 1677.)

(2) «La historia ó caso de esta señora no se cuenta de vna manera. Vnos dizen que don Alonso Hernandez Coronel fué un gran señor criado y servidor del rey don Alonso, que ganó el Algezira: y que éste houo por hija esta señora doña María Coronel: la qual casó con don Juan de la Cerda, nieto del infante don Hernando de la Cerda, heredero de Castilla, hijo primogénito del rey don Alonso el Sabio: y estando su marido absente, vínole tan grande tentacion de la carne, que por no quebrantar la castidad y fe deuida al matrimonio, eligió, antes, de morir: é metióse vn tizon ardiendo por su miembro natural: del qual murió: cosa por cierto hazañosa y digna de perpetua memoria, aunque la circunstancia del caso parezca algo escurecerla. La opinion de otros es que esta señora doña María Coronel fué muger de don Alonso de Guzman, cavallero muy notable y principal, el qual fué en tiempo del rey don Sancho el quarto: é dize que estando él cercado en la villa de Tarifa de los moros, la dicha doña María Coronel, su muger, estava en Sevilla: y como le viniesse la dicha tentacion, por no hazer cosa que no deuiesse, se mató de la manera que conté: destas dos opiniones siga el lector la que más verisímile le pareciere.» (*Copilación de todas las obras del famosísimo poeta Juan de Mena*..... Sevilla, 1528; fol. 28.)

en que coloca la acción. Conservó, no obstante, lo más poético y esencial de la leyenda, concentrándola vigorosamente en estos versos, puestos en boca de D.ª María Coronel:

Yo, por librar mi marido,
Al Rey llamé, y con un hacha,
Desnuda sobre la cama,
Gasté la media en mi cuerpo,
Cubriéndome de mil llagas,
Cuya sangre sale ahora
Por los pechos y las mangas.
Entró el Rey; mostréle el cuerpo,
Diciéndole que yo estaba
Enferma de mal de fuego,
Mostrando el pecho mil ansias.
Huyó el Rey, como si viera
De noche alguna fantasma,
Jurando de aborrecerme
Con la vida y con el alma.....

Conservó también el apellido de la heroica mártir del honor conyugal, dándole la interpretación corriente entre los genealogistas:

Y porque el famoso hecho
En memoria eterna viva
De tu resistencia honrada
Y de mi corona rica,
Tú y cuantos de ti desciendan,
Dejen de su casa antigua
El apellido, pues hoy
Tu virtud los apellida;
Y por aquesta corona
Se llamen desde este día
Coroneles para siempre.

Todo lo demás es de pura invención, y repite con harta desventaja (salvo en la expresión, que es pura, correcta y nerviosa en todo el drama) situaciones que Lope, antes ó después, presentó superiormente en otras comedias suyas, tales como *La Estrella de Sevilla*, y las varias relativas al rey D. Pedro. Resulta insoportable (y tanto más, cuanto que está duplicado) el odioso carácter del cortesano tercero en las intrigas amorosas de su señor, y cuya filosofía práctica se condensa en aforismos como éstos:

Mirad si importa agradar
Á los reyes en su gusto.
—Fuera de que hacello es justo,
Es camino de medrar.

. . . .

Sabe Dios lo que me pesa
De ayudarte en este engaño;
Pero considero el daño
De no salir con tu empresa;
Que eres mi Rey en efeto.
. . . .
Sabe Dios que estoy corrido
De aconsejarte tan mal;
Mas veo á mi Rey mortal,
Enfermo, loco y perdido,
Y procuro su salud.....

Tanta vileza repugna, aun tenidas en cuenta las convenciones teatrales (más que sociales) que en esta parte eran corrientes en el siglo XVII; repugna no menos la brutal lubricidad del Rey, que al ver por primera vez á D.ª Sol, á quien cree pobre labradora, manifiesta su propósito de *gozarla y dejarla*, y que, cuando la encuentra casada, anuncia sin ambages el propósito de imitar con su marido la conducta de David con Urías. Á esta bárbara psicologia ó fisiología de la pasión amorosa, ó dígase mejor del apetito carnal, corresponden lo tosco y lo primitivo de los resortes escénicos, entre los cuales no podía faltar el de las cartas falsificadas del Rey moro, que eran uno de los grandes recursos de los dramaturgos de aquel tiempo cuando se trataba de urdir traiciones y marañas contra un personaje inocente.

Si se añaden á estos sustanciales defectos los pueriles juegos de vocablos sobre el *sol* (que quizá fueron el único motivo que tuvo el poeta para cambiar el nombre de la heroína), quedará completa la enumeración de los reparos que pueden hacerse á esta pieza, que para mí, á pesar del dictamen de Hartzenbusch, no es de las mejores de Lope. El poeta volvió las espaldas á la tradición, y la tradición se vengó de él no otorgándole sus dones en el grado y medida que acostumbraba. Tiene, no obstante, esta comedia innegables aciertos. Su estructura es sencilla y regular. El carácter de la protagonista está presentado con mucha dignidad y nobleza, que contrasta con lo bajo y ruin de todo lo que la rodea. En lo episódico, son deliciosas las escenas villanescas del primer acto:

No son las fiestas honradas
De la menor aldegüela,
Si no hay grana y lentejuela,
Arroz y danza de espadas.....

El mismo Lope de Vega, con nombre de Belardo, interviene en la fábula, según su costumbre, y convertido en alcalde de un lugarejo de Castilla, endilga á la reina D.ª Leonor de Inglaterra una salutación ó perorata graciosísima.

Las situaciones trágicas y culminantes están afeadas por el abuso de una mala y pueril retórica. ¿A quién no empalaga la retahila de nombres mitológicos y de historia antigua que acumulan el rey y su confidente en el pedantesco diálogo con que

se abre el acto tercero? Ni ¿cómo sufrir que después de las sencillas y enérgicas palabras de D.ª Sol:

Estoy llagada de fuego,
Que ha que tengo casi un año,
Por cuyo peligro y daño
Á mi marido no llego;
Que aunque bizarra y vestida
Me veis, y tan adornada,
Soy manzana colorada
En el corazón podrida.
Mire estos brazos Su Alteza,
Llenos de sangre y de llagas.....,

prorrumpa el Rey en aquella desaforada serie de comparaciones, *Sol eclipsado*, *falsa cadena dorada*, *roja adelfa y venenosa*, *espada sucia y mohosa con la guarnición dorada*, etc., etc.? Grima da ver caer en tales aberraciones de gusto, á quien en dos palabras había expresado antes toda la grandeza trágica de la acción de D.ª Sol:

ESCUDERO.
¿Dónde vas, señora, ansí?
DOÑA SOL.
Dios lo sabe, y yo lo sé.

Al final del primer acto se notará una coincidencia con versos, muy sabidos, de Cervantes en la novela de *El Curioso impertinente*.

Dice Lope:

Mas si es de una mujer bella
Vidrio el honor que trabaja,
¿Quién pone el honor en caja
Si después se quiebra en ella?

y Cervantes:

Es de vidrio la mujer,
Pero no se ha de probar
Si se puede ó no quebrar,
Porque todo podría ser.....;

y añade que estos versos los había *oído en una comedia moderna*. *La Corona merecida* es de 1603, y, por consiguiente, anterior á la publicación de la primera parte del *Quijote;* pero dudo mucho que sea la comedia á que Cervantes alude, no sólo porque las dos redondillas que añade no tienen correspondencia en la comedia de Lope, sino por la situación dramática que el novelista indica: «Aconsejaba un prudente viejo á otro, padre de una doncella, que la recogiese, guardase y encerrase.»

Más de una vez ha sido renovado en nuestros tiempos el tema poético de la castidad de D.ª María Coronel, ya en leyendas románticas, ya en obras teatrales; pero

creemos que el lauro de la prioridad, y también el del acierto, corresponden al docto y venerable académico D. Leopoldo Augusto de Cueto (hoy Marqués de Valmar), que en 1844 dió á la estampa un drama en cuatro actos y en diferentes metros, representado con éxito, primero en Sevilla, y luego en Madrid, con el título de *Doña María Coronel, ó no hay fuerza contra el honor*. Muy posterior á este drama es otra *Doña María Coronel*, escrita en colaboración por los Sres. D. Luis de Retes y D. Francisco P. Echevarría. No teniendo estas obras relación directa ni indirecta con la forma enteramente caprichosa que Lope dió á la leyenda, no nos incumbe aquí su examen.

XVI.—LA REINA DOÑA MARIA.

Esta pieza de Lope, no citada en ninguna de las dos listas de *El Peregrino* (por lo cual verosímilmente hemos de creerla posterior á 1618), pero sí en los catálogos de Medel del Castillo (1735) y de Huerta (1785), ha llegado á nosotros en un manuscrito que el difunto Duque de Osuna, D. Pedro Téllez Girón, regaló á su amigo el Príncipe de Metternich, famoso entre los diplomáticos de nuestro siglo. A la noble generosidad de la actual poseedora de este original, la princesa Paulina de Metternich; á los buenos oficios del ilustre académico D. Juan Valera, embajador que fué de España en la corte de Viena; y á la reconocida pericia paleográfica del distinguido hispanista Dr. Rodolfo Beer, debe la Academia esmerada copia de esta comedia inédita, sólo conocida hasta ahora por el análisis que de ella hizo Fernando Wolf en una Memoria presentada á la Imperial Academia de Ciencias de Viena en 1855 (1).

A pesar de la respetabilísima autoridad de Wolf, y á pesar del rótulo de la comedia, que dice literalmente así: *Comedia famosa de la Reina María de Lope de Vega Carpio.* | *A D. Juan Martinez de Mora* | *Original*, dudo mucho que esta comedia sea un verdadero autógrafo. Será, probablemente, copia autorizada con la firma de Lope. Así me lo persuaden las pocas enmiendas que tiene, y, sobre todo, ciertos yerros de escritura que sólo pueden achacarse á un amanuense.

Sirven de argumento á esta comedia las prodigiosas circunstancias que intervinieron en la concepción y en el nacimiento del rey D. Jaime *el Conquistador*, y de las cuales ya se apunta algo en la Crónica ó Comentarios de su vida, escritos por el mismo Monarca. Dice así su texto, traducido literalmente al castellano:

«Ahora contaremos de qué manera fuimos engendrado, y cómo fué nuestro nacimiento. Nuestro padre el rey D. Pedro no quería ver á nuestra madre la Reina, y

(1) *Über Lope de Vega's Comedia Famosa de «la Reina María». Nach dem Autograph des Verfassers (Im Besitze S. D. des Herrn Fürsten v. Metternich). Von Ferd. Wolf, Wirklichem Mitgliede der Kais. Akademie der Wissenschaften. Wien.....*, 1855.

El manuscrito, según Wolf le describe, consta de 58 hojas en cuarto pequeño.

aconteció que una vez el Rey nuestro padre estaba en Lates, y la Reina nuestra madre estaba en Miravals. Y vino al Rey un ricohombre, que tenía por nombre Guillén de Alcalá, y tanto le rogó, que le hizo venir á Miravals, donde estaba la Reina nuestra madre. Y aquella noche que los dos estuvieron en Miravals, quiso Nuestro Señor que Nos fuésemos engendrado. Y cuando la Reina nuestra madre se sintió preñada, entróse en Montpellier. Y Nuestro Señor quiso que allí fuese nuestro nacimiento, en casa de los señores de Tornamira, la víspera de Nuestra Señora de la Candelaria. Y nuestra madre, así que hubimos nacido, nos envió á Santa María, y nos llevaron en brazos. Y estaban rezando maitines en la iglesia de Nuestra Señora, y así que nos hicieron entrar por el portal, cantaron *Te Deum laudamus.* Y no sabían los clérigos que estuviésemos allí, pero acertamos á entrar cuando cantaban aquel cántico. Y después nos llevaron á San Fermín, y cuando aquellos que nos llevaban entraron por la iglesia de San Fermín, cantaban *Benedictus Dominus Deus Israel.* Y cuando nos volvieron á la casa de nuestra madre, se alegró mucho de estos pronósticos. Y mandó hacer doce candelas, todas del mismo peso y del mismo tamaño, y las hizo encender todas juntas, y á cada una puso sendos nombres de los Apóstoles, y prometió á Nuestro Señor que tendríamos el nombre de aquel apóstol cuya candela durase más. Y la de San Jaime duró como tres dedos más que las otras. Y por eso, y por la gracia de Dios, tenemos por nombre Jaime. Y así hemos venido de parte de la Reina, que fué nuestra madre, y del rey D. Pedro, nuestro padre..... Y parece obra de Dios» (1).

---

(1) «Ara comptarem en qual manera nos fom engenrats, e en qual manera fo lo nostre naximent. Primerament en qual manera fom engenrats nos: Nostre pare lo Rey en Pere no volia veser nostra mare la Reyna, e endevench se que una uegada lo Rey nostre pare fo en Lates, e la Reyna nostra mare fo en Mirauals. E uench al Rey j. rich hom per nom en G. Dalcala, e pregal tant quel feu venir a Mirauals on era la Reyna nostra mare. E aquela nuyt que abdos foren a Mirauals, volch nostre Senyor que nos fossem engenrats. E quan la Reyna nostra mare se senti prenys, entrassen a Montpesler. E aqui uolch nostre Senyor que fos lo nostre naximent en casa daquels de Tornamira, la vespra de nostra dona sancta Maria Candaler. E nostra mare sempre que nos fos fom nats envians a sancta Maria, e portaren nos en los braces, e deyen matines en la esgleya de nostra dona: e tantost com nos meseren per lo portal cantaren *Te Deum laudamus.* E no sabien los clergues que nos deguessem entrar alli: mas entram quant cantauen aquel cantich. E puys leuaren nos a sent Fermí: e quant aquels quins portauen, entraren per la esglesia de sent Fermí, cantauen *Benedictus Dominus Deus Israel.* E quan nos tornaren a la casa de nostra mare, fo ella molt alegra daquestes prenostigues quens eren esdeuengudes. E feu fer Xij candeles totes de j pes e duna granea, e feules encendre totes ensemps, e a cada una mes sengles noms dels apostols, e promes a nostre Senyor que aquela que pus duraria, que aquel nom auriem nos. E dura mas la de sent Jacme be jjj dits de traues que les altres. E per aço e per la gracia de Deu hauem nos nom en Jacme. E aixi nos son venguts de part de la que fo nostra mare, e del Rey en Pere nostre pare. E sembla obra de Deu..... E aenant nos jaen en lo breçol, tiraren per una trapa sobre nos j cantal, e caech prop del breçol: mas nostre Senyor nos volgue estorçre que no morissem.»

Libre dels feyts esdeuenguts en la vida del molt alt senyor Rey, En Jacme lo Conqueridor,

Vanamente intentó, á principios de este siglo, el erudito valenciano D. José Villarroya, en una de las cartas críticas con que quiso poner en litigio la autenticidad de la Crónica del Rey Conquistador (sin convencer casi á nadie), contraponer esta narración, tan sobria y tan verosímil, á la mucho más novelesca de Ramón Muntaner, dando por prueba del carácter apócrifo de la primera lo que en buena crítica debe ser argumento en su abono, es decir, el carecer de las circunstancias manifiestamente fabulosas que se leen en la segunda (1). Cuatro capítulos, nada menos, dedica á este asunto el incomparable narrador de Peralada; y como han sido la principal fuente de la comedia de Lope, conviene transcribirlos íntegramente.

«Cap. III. *Cómo los prohombres y cónsules de Montpellier estuvieron vigilantes siempre para apartar el daño que pudiera acontecer á aquella ciudad, y cómo el nacimiento del señor rey D. Jayme fué por milagro, y señaladamente por obra de Dios.*

»Manifiestamente puede hombre entender que la gracia de Dios es y debe ser con todos aquellos que son descendientes del dicho señor rey D. Jaime de Aragon, hijo del dicho señor D. Pedro de Aragon y de la muy alta señora D.ª María de Montpellier, porque su nacimiento fué por milagro y obra señalada de Dios. Y porque lo sepan bien todos los que de aquí en adelante oyeren leer este libro, lo quiero relatar aquí.

»Sabido es que el dicho señor rey D. Pedro tomó por mujer y por reina á la dicha señora María de Montpellier por la gran nobleza de linaje que tenia y por su bondad, y porque acrecentaba su estado con Montpellier y su baronía, la cual tenia en franco alodio. Y por mucho tiempo despues de su boda, el dicho señor rey D. Pedro, que era joven y fácilmente se enamoraba de las gentiles mujeres, no vivió con la dicha señora D.ª María, y ni siquiera se acercaba á ella cuando alguna vez venia á Montpellier; por lo cual estaban muy descontentos sus vasallos, y señaladamente los prohombres de Montpellier. Y aconteció una vez que el dicho señor Rey llegó á aquella ciudad, y se enamoró de una gentil dama, y por ella hacia torneos y pasos de armas, y quebrantaba tablados, y tales cosas hacia, que á todo hombre daba á conocer su pensamiento. Y los cónsules y prohombres de Montpellier que supieron esto, hicieron venir un caballero que era privado del dicho señor Rey en tales negocios, y le dijeron que si queria hacer lo que ellos iban á proponerle, le

---

tret del Ms que l'onrat en Ponç de Copons, per la gracia de Deu abbat del Monestir de Sancta Maria de Poblet, feu escriure de la ma den Celesti Destorrens; e fo acabat lo dia de Sent Lambert, a XVij del mes de Setembre, en lany M. CCC. XL. iij. (Edición de Barcelona, sin año, publicada en la *Biblioteca Catalana* de D. Mariano Aguiló.)

(1) *Colección de cartas histórico-críticas en que se convence que el Rey D. Jayme I de Aragón no fué el verdadero autor de la Crónica ó Comentarios que corren á su nombre. Escritas á un amigo por D. Joseph Villarroya, del Consejo de S. M. y su Alcalde de Casa y Corte. En Valencia y oficina de D. Benito Monfort. Año de 1800.* Carta VII, páginas 55-71.

harian para siempre hombre rico y bien andante. Y él les respondió que le dijesen lo que les pluguiera, porque no habia cosa en el mundo que pudiese hacer en honor suyo que no lo hiciera, salvando su fe. Y despues de haberse impuesto la obligacion del secreto los unos á los otros, dijeron al caballero: «¿Sabeis lo que os queremos »decir? Nuestra razon es esta: ya sabeis que la señora Reina es una de las buenas »damas de este mundo y de las más santas y honestas, y sabeis que el señor Rey no »trata con ella, lo cual es gran daño y deshonor de toda la tierra, y señaladamente »seria gran daño de la señora Reina y de Montpellier, cuyo señorío tendria que ir á »otras manos, y nosotros en ninguna manera quisiéramos que saliese nunca del reino »de Aragon. Y si así lo quereis, así lo podeis aconsejar.» Y repuso el caballero: «Dígoos, señores, que por mí no ha de quedar cosa ninguna que yo no haga volunta»riamente, y en que yo pueda dar consejo que redunde en honor y provecho de »Montpellier y de mi señor el Rey y de la reina D.ª María, y de todos sus pueblos.» «Pues bien: sabemos que sois privado del señor Rey, y que estais enterado del amor »que tiene á cierta señora, y que vos trabajais para que él la logre. Por lo cual os »rogamos que le digais que habeis conseguido que esa señora venga secretamente á »su cámara, pero que no quiere que haya luz, para no ser vista de nadie. Y de todo »esto recibirá el Rey gran placer. Y así que él esté acostado y se hayan retirado »todos los de su corte, vendréis todos aquí al Consulado de Montpellier, y estare»mos allí los doce cónsules, y entre caballeros y otros ciudadanos tendremos otros »diez de los mejores de Montpellier y de su baronía, y estará allí la reina doña »María, con doce dueñas de las más honradas de Montpellier y con doce don»cellas; é irá con nosotros ante el dicho señor Rey, y vendrán con nosotros dos »notarios, los mejores de Montpellier, y el oficial del Obispo, y dos canónigos, »y cuatro buenos religiosos; y cada hombre y cada dueña ó doncella traerá en »la mano un cirio, el cual encenderán cuando la dicha reina D.ª María entre en la »cámara con el señor Rey. Y á la puerta de la dicha cámara estarán todos juntos »hasta el amanecer, en que abrireis la cámara. Y en cuanto esté abierta, nosotros, »con los cirios en las manos, entraremos en la cámara del señor Rey. Y enton»ces él se maravillará, y nosotros contarle hemos todo el hecho, y mostrarle »que la que tiene al lado es la señora D.ª María, Reina de Aragon; y que tene»mos fe en Dios y en la Virgen que aquéllos engendrarán tal fruto de que Dios »y todo el mundo queden pagados, y de que su reino quede satisfecho, si Dios lo »quiere.»

»Cap. IV. *Refiérese la respuesta que hizo el caballero á los cónsules de Montpellier, y las plegarias y oraciones que se hicieron, y cómo se convinieron con la Reina acerca del propósito que tenian.*

»Y así que el caballero oyó y entendió su razon, que era santa y justa, dijo que estaba aparejado para cumplir todo lo que le habian dicho, y que no dejaria de hacerlo por temor de perder el favor del señor Rey, ni siquiera la propia persona, y que tenia fe en Nuestro Señor verdadero Dios que aquel hecho vendria á feliz acabamiento tal como ellos le habian pensado y meditado, y que de esto podian estar

»seguros. «No obstante, señores (dijo el caballero), puesto que lo habeis pensado tan »bien, os suplico que por amor de mí hagais algo más.» y ellos respondieron muy benignamente y dijeron: «Estamos dispuestos á hacer todo lo que nos aconsejeis.» «Pues entonces, señores, á honor de Dios y de Nuestra Señora Santa María de »Valluert, puesto que hoy sábado hemos comenzado á tratar de estos negocios, os »ruego y aconsejo que el lunes empiecen cuantos presbíteros y ordenados haya en »Montpellier, á cantar misas de Nuestra Señora, y que sigan durante siete dias, en »honor de los siete gozos que tuvo por su caro Hijo, para que le plazca que á todos »nos dé Dios gozo y alegría en este negocio; y que de él nazca fruto por el cual el »reino de Aragon, y el condado de Barcelona y el de Urgel y el de Montpellier, y »todas las demás tierras queden proveidas de buen señor.» Y así, que él ordenaria que el domingo siguiente, á vísperas, hicieran todo lo que habia propuesto, y que tambien harian cantar misas en Santa Maria *de les Taules*, y en Santa María de Valluert. Y en esto convinieron todos. Y tambien ordenaron que en el mismo domingo en que esto habia de hacerse, todas las gentes de Montpellier anduviesen por las iglesias y velasen todos diciendo oraciones mientras la Reina estuviera con el señor Rey, y que todos ayunasen á pan y agua el sábado. Y así fué todo dispuesto y ordenado.

»Y luego todos juntos, los que habian estado en el Consejo, fueron á ver á la señora D.ª María de Montpellier, Reina de Aragon, y la dijeron todo lo que habian concertado. Y la dicha señora D.ª María les dijo que eran sus naturales, y que por todo el mundo se decia que no habia más sabio concejo que aquel de Montpellier, y que ella se debia tener por muy pagada de su prudencia, y que al verles venir recordaba la salutacion que el ángel Gabriel hizo á la Virgen Santísima; y que así como por aquella salutacion fué salvado el humano linaje, así su concierto y acuerdo resultase á placer de Dios y de Sta. María y de toda la corte celestial, y á honra y provecho de las almas y de los cuerpos del señor Rey y de ella y de todos sus vasallos. Y que así se cumpliese Amen.»

«Y así se partieron con mucha alegría, y podeis bien entender y pensar que todos estuvieron aquella semana en oracion y en ayunos, y señaladamente la señora Reina.»

«Cap. V. *Cómo sucedió que el señor Rey no se enteró de por qué se hacian los ayunos y las plegarias, aunque fuese sabedor de ellos; y cómo se llevó el hecho á buen acabamiento, reconociendo el señor Rey cuál era la mujer con quien habia tenido deporte.*

»Ahora podreis decir: ¿cómo pudo ser que no se enterase el señor Rey de este hecho, puesto que tan manifiestamente se hicieron plegarias y ayunos toda aquella semana? Y yo respondo y digo, que habia ordenacion en toda la tierra del dicho señor Rey para que todos los dias se hiciese oracion, especialmente para que Dios pusiese paz y buen amor entre dicho señor y la señora Reina, y para que Dios la diese tal fruto que fuese para placer de Dios y bien del reino. Especialmente, siemdre que iba el señor Rey á Montpellier, se hacia esta devocion de un modo muy

señalado. Y cuando se lo decian al señor Rey, él contestaba: «Hacen bien, y será lo »que Dios quiera.» Y esta palabra que el señor Rey decia, y muchas otras palabras buenas que decian la señora Reina y sus pueblos, quiso nuestro Señor Dios que se cumpliesen. Y más adelante sabreis el por qué de las oraciones que se hacian y se decian. Por esta razon, el señor Rey no sospechaba nada, ni nadie sabia que las cosas anduviesen así, salvo aquellos que habian estado en el Consejo. Y así, las dichas oraciones y las misas y los oficios se hicieron por siete dias aquella semana. Y entretanto el caballero trabajó por su parte, y llevó á término el hecho que habian concertado, de la manera que vais á oir. El domingo, por la noche, cuando todo el mundo estaba recogido en el palacio, los dichos veinticuatro prohombres y abades y el prior y el oficial del Obispo y los religiosos y las doce dueñas y las doce doncellas, con los cirios en las manos, entraron en el palacio, y tambien los dos notarios, y todos juntos llegaron á la puerta de la cámara del señor Rey, y en aquel punto entró la señora Reina, y ellos se quedaron de la parte de afuera en oracion. Y el Rey y la Reina estuvieron en su solaz, pensando el señor Rey tener á su lado á la dama de quien estaba enamorado. Y estuvieron aquella noche misma todas las iglesias de Montpellier abiertas, y toda la gente que allí estaba rogando á Dios, segun lo que antes estaba concertado. Y cuando llegó la hora del alba, todos los prohombres y prelados y hombres de religion y damas, cada uno con su cirio encendido en la mano, entraron en la cámara; y el señor Rey estaba en su lecho con la Reina, y maravillóse, y saltó en seguida sobre el lecho, y tomó la espada en la mano, y todos se arrodillaron y dijeron llorando: «Señor, por merced os pedimos que »veais quién es la persona que duerme á vuestro lado.» Y la Reina se levantó, y el señor Rey la conoció, y le contaron todo lo que habian tratado. Y el señor Rey dijo que puesto que habian pasado así las cosas, pluguiese á Dios que fuera cumplido el propósito que ellos tenian.»

«Cap. VI. *Cómo el señor Rey se partió de Montpellier, y la señora Reina parió un hijo, que tuvo por nombre D. Jaime, que fué por su estirpe coronado rey de Aragon.*

»Empero el señor Rey cabalgó aquel dia y se partió de Montpellier. Y los prohombres de Montpellier detuvieron á seis caballeros de aquellos que el señor Rey amaba más; y juntamente con ellos todos los que habian concurrido á tratar este hecho, ordenaron que no se alejasen del palacio ni de la Reina, ni ellos ni las damas ni las doncellas que allí habian estado, hasta que se cumpliesen los nueve meses, y asimismo que permaneciesen allí los dos notarios, los cuales en presencia del señor Rey habian levantado aquella noche escritura pública de todo. Y aquel caballero privado del Rey, estuvo tambien en compañía de la Reina. Y fué muy mayor la alegría de todos cuando vieron que Dios habia consentido en que sus propósitos llegasen á buen acabamiento, porque la Reina quedó embarazada, y al cabo de nueve meses parió un niño muy gracioso, que en buena hora fué nacido para bien de la Cristiandad, y mayormente para bien de sus pueblos, porque nunca nació señor á quien Dios hiciese mayores ni más señaladas gracias. Y con grande alegría lo

bautizaron en la iglesia de Nuestra Señora Sta. María *de les Taules*, de Montpellier, y le pusieron por nombre Jaime.....» (1).

---

(1) «*Capitol III. Com los prohomens e consvls de Muntpesller stegren tostemps vigilants en storçre lo dan que pogra sdevindre a Muntpesller, e como lo neximent del senyor rey en Jacme fo per miracle, e assenyaladament per obra de Deus.*

»Manifestament pot hom entendre, que la gracia de Deus es e deu esser ab tots aquells qui dexendents son del dit senyor rey en Iacme Darago, fill del dit senyor en Pere Darago e de la molt alta madona dona Maria de Muntpesller, com la sua naxença fo per miracle assenyaladament de Deu e per la obra sua. E perço que tots aquells ho sapian qui de aqui auant oyran aquest libre, yo ho vull recomptar.

»Veritat es, que lo dit senyor rey en Pere pres per muller e per regina la dita madona Maria de Muntpesller per la gran noblesa que hauia de llinatje, e per la sua bonesa. E perço como sen crexia de Muntpesller e de la baronia, la qual hauia en franch-alou. E per temps a auant lo dit senyor rey en Pere, qui era joue, com la pres per escalfament que hach de altres gentils dones, estech que no torna ab la dita madona dona Maria de Muntpesller, ans venia alcunes vegades a Muntpesller que no sacostaua a ella: de que eran molt dolents e despagats tots los lurs sotsmesos, e asenyaladament los prohomes de Muntpesller. Si que una veguda sesdevench que el dit senyor rey vench a Muntpesller, e estant a Muntpesller enamoras de una gentil dona de Muntpesller, e per aquella bornaua e anaua ab armes e treya ataulat. E feu tant, que a tot hom ho donaua a conexer. E els consols e prohomens de Muntpesller qui saberen aço faeren se venir un caualler qui era priuat del dit senyor rey en aytals affers, e digueren li, que si el volia fer ço quel dirien, quells quel farien per tostemps rich hom e benanant. E ell dix, que li dixessen ço quels plagues, que no era res al mon, quell pogues fer a honor dels, que ell non faes, salvant la sua fe. E desta raho demanaren segret los uns als altres. Sabets, digueren ells al caualler, que us volem dir? la rahó es aquesta: que vos sabets, que madona la regina es de les bones dames del mon e de les sanctes e honestes, e sabets que el senyor rey no torna ab ella: de que es gran minua e dan de tot lo regne. E la dita madona regina passa ço axi com a bona dona, que non fa res semblant que greu li sia. Mas a nos torna a dan; que si lo dit senyor rey moria e no hi hauia hereu, seria gran dan e desonor de tota sa terra, e asenyaladament seria grant dan de madona la regina e de Muntpesller, que convendria que uengues en altras mans, e nos per neguna raho no volriem, que Muntpesller ixques nul temps del reyalme Darago. E axi si vos ho volets, vos hi podets consell donar. E respos lo caualler: dich vos, senyors, que ya no romandra en mi, que en tot ço que yo puixca donar consell, en re que sia honor e profit de Muntpesller e de mon senyor lo rey e de la regina madona dona Maria e de tots lurs pobles, que yo no faça volenters. Ara donchs pus tambe ho deyts, nos sabem, que vos sots priuat del senyor rey de la amor que ha a aytal dona, e que vos percasats que ell la haja. Perque nos vos pregam, que vos que li digats, que vos hauets acabat que ell haura la dona, e que vendra a ell tot segretament a la sua cambra; mas no vol que llum hi haja per res, perço que per ningu sia vista: e de aço haura ell gran plaer. E com ell sera gitat, e tot hom haura despatxada la cort, vos vendrets a nos açi al lloch del consolat de Muntpesller, e nos serem los XII consols, e haurem entre cavallers e altres ciutadans altres XII, dels millors de Muntpesller e de la baronia; e haurem madona dona Maria de Muntpesller regina, qui ab nos ensemps sera ab XII dones de les pus honrrades de Muntpesller, e ab XII donzelles; e yra ab nos al dit senyor rey; e si vendran ab nos dos notaris los millors de Muntpesller, e lo official del bisbe, e dos canonges, e quatre bons homens de religio; e cascu hom e cascuna dona e donzella portará un ciri en la ma,

Término medio entre la relación de D. Jaime y la de Muntaner, menos novelesca que la segunda, pero más circunstanciada que la primera, y divergente de la una y

---

lo qual encendran, quant la dita madona dona Maria entrara en la cambra ab lo senyor rey. E a la porta de la dita cambra tuyt estaran justats, entro sia prop del alba, que vos obrirets la cambra E com sera oberta, nos ab los ciris cascu en la ma, entrarem en la cambra del senyor rey. E aqui ell se marauellará, e llauors nos direm li tot lo feyt e mostrarli hem, que te de prop la dita madona dona Maria regina Darago; e que hauem fe en Deus e en madona Sancta Maria, que aquells nuyt engendrarán tal fruyt, de que Deus e tot lo mon ne será pagat, e lo seu regne ne será prouehit, si Deus ho volra.»

«*Capitol IV. Recompta la resposta que feu lo caualler als consols de Muntpesller, e les pregaries e oracions ques faeren, e com sacordaren ab la regina de ço que hauien en lur enteniment.*

»E com lo caualler oy e entés la llur raho qui era sancta e justa, dix, que era apparellat, que compliria tot ço que ells hauien dit; e que daço no se staria per pahor de perdre la amor del senyor rey, ne encara la persona; e quel hauia fe en nostre senyor ver Deus, que axi com ells hauien tractat e cogitat aquell feyt, que axi vendria a bon acabament, e que daço estiguessen en tot segurs. Mas empero senyors, dix lo caualler, pus vosaltres hauets tambe pensat, yous prech que per amor de mi hi façats mes. E ells responeren molt benignament e dixeren: nos som aparellats, que hi façam tot ço que vos hi consellets. Donchs, senyors, a honor de Deu e de madona Sancta Maria de Valluert, huy ques dissapte; que hauem començat a tracter de aquests affers, yous prech e consell que dilluns a honor de madona Sancta Maria, comencen tots quants preueres ne homens dordre haja en Muntpesller a canter misses de madona Sancta Maria: e quen tenguen VII jorns; a honor dels VII goigs que ell hach del seu char fill: e que li placia que a nos tuyt do Deus goig e alegre daquest tractament, e que hi do fruyt don lo regne Darago e lo comptat de Barcelona e Durgell e de Muntpesller e totes les altres terres ne sien be proueydes de bon senyor. E axi que ell ordenaria, quel diumenge seguent a vespres farien tots los feyts, segons que hauien tractat; e axi mateix que a madona Sancta Maria de les Taules, e a madona Sancta Maria de Valluert faessen axi mateix cantar misses. E en aço sacordaren tots.

»E encara ordenaren, que lo dit diumenge que aço s'faria, que totes les gents de Muntpesller sen anassen per les sgleyes, e que hi vetlassen tuyt dient orations, mentre la regina seria ab lo senyor rey; e que tuyt haguessen lo dissapte dejunat en pa e en aygua. E axi fo ordonat e endreçat.

»E sobre aço tots ensemps, axi com eren justats al consell, anarensen a madona dona Maria de Muntpesller regina Darago, e diguerenli tot ço que ells hauien endreçat e ordonat. E la dita madona dona Maria dix los, que ells eren sos naturals, e que era cert que per tot lo mon se deya, quel pus saui consell del mon era aquell de Muntpesller: e puix axi se testimoniejaua per tot lo mon, que ella s'devia tenir por pagada de lur consell, e que prenda la lur venguda en lloch de la salutacio quel angel Gabriel feu a madona Sancta Maria; e que axi com per aquella salutacio se compli salutacio del humanal llitnatje, que axi lo lur tractament e acord vengues a compliment a plaer de Deus e de madona Sancta Maria e de tota la cort celestial, e a honor e profit de les animes e dels cors del senyor rey e della e de tots los lurs sotsmesos. E que axi s'complis. Amen.

»E axi partiren se ab gran alegre, e podets be entendre e pensar, que tuyt estegren aquella setmana en oracio e en dejunis, e asenyaladament la senyora regina.»

«*Cap. V. Com se feu, quel lo senyor rey no sentis, per que s'feyen les pregaries e dijuns,*

de la otra en varios detalles, aparece la de Bernardo Desclot, que atribuye la estratagema á la misma reina D.ª María, secundada por *un mayordomo suyo que era de Montpellier* (persona, á lo que parece, distinta de Guillén de Alcalá), y omite todo lo relativo á la intervención de los cónsules, barones y ricoshombres de Montpe-

---

essent sabidor dells; e com se portá lo feyt a bon acabament, reconexent lo senyor rey, ab qui sen era deportat.

»Ara poriem dir, com se poria fer que aço no sentis lo senyor rey, puix axi manifestament aquella setmana se faes preguera daquest feyt, en manas hom dejunar? Yo responch e dich, que ordenacio era per tota la terra del dit senyor rey, que tots dies se feya oracio, especialment que Deus donas pau e bona amor entre lo dit senyor e la senyora regina; e que Deus hi dona tal fruyt que fos a plaer de Deus e al be del regne; especialment tostemps quel senyor rey fos a Muntpesller sen feya professo senyalada. E com ho deyen al senyor rey, ell deya: be fan, sera como a Deus plaura. E axi esta paraula quel senyor rey deya, ab moltes altres bones quen deya la senyora regina e lurs pobles; perque nostre senyor ver Deus ho compli, axi con a ell vench en plaer. E auant oyrets, perque de les oracions ques feyen nes deyen per aquesta raho lo senyor rey no sen pensaua re, ne nul hom no sabia que aço degues axi anar, saluant aquells que al consell eran estats. E axi les dites oracions e misses e beneficis se faeren per VII jorns aquella setmana: e entretant lo caualler obra en los feyts, e aporta lo feyt en acabament, en aquell que hauets oyt qui era tractat. Axi que lo diumenge a nuyt, com tot hom fo gitat al palau, los dits vint y quatre prohomens e abats e prior e lofficial del bisbe e homens de religio e les XII dones e les XII donzeles ab los ciris en la ma entraren en lo palau, e los dos notaris axi mateix; et tuyt ensemps vengueren entro a la porta de la cambra del senyor rey, e aqui entra madona la regina, e ells estegueren defora ajonollats en orâtio tuyt ensemps. E el rey e la regina foren en lur depart; quel senyor rey cuydaua tenir de prop la dona de qui era enamorat. E axi estegueren aquella nuyt mateix totes les sgleyes de Muntpesller obertes, e tots los pobles que hi estauen pregant Deus, axi com damunt es dit que era ordonat. E com fo alba, los prohomens tots e prelats e homens de religio e dones cascu ab son ciri ences en la ma, entraren en la cambra; e lo senyor rey era en son llit ab la regina, e maravellas e salta tantost sobre lo llit, e pres lespasa en la ma; e tuyt ajonollarense e digueren en plorant: «senyor, merce sia de gracia e de merce vostra, que vejats quius jau de prop». E la regina dreças, e lo senyor rey conech la e comptaren li tot ço que hauien tractat. E lo senyor rey dix, que puix que axi era, que plugues a Deu fos complis lur enteniment.»

«*Capitol VI. Com lo senyor rey se parti de Muntpesller e madona la regina pari un fill que hach nom eu Jacme qui fo per natura coronat rey Darago.....*

»Empero lo senyor rey cavalca aquell jorn e s'parti de Muntpesller. E los prohomens de Muntpesller retengueren VI cauallers daquells quel senyor rey amaua mes, e ab elles ensemps tuyt; axi com eren estats al feyt a tractar ordonaren que no s'partissen del palau ne de la regina ne ells ne lurs dones, aquelles qui estades hi eren, ne les donzelles, aquelles qui axi mateix hi eren estades, entro nou mesos fossen complits; e los dos notaris axi mateix, los quals dauant lo senyor rey faeren cartes de la dita raho publiques, e escriuiren la nuyt; e aquell caualler estech axi mateix ab madona la regina. E axi tuyt ensemps ab gran deport estegueren ab la senyora regina, e l'alegre fo molt major, com vaeren que a Deus hauia plagut que lur tractament vengues a bon acabament; que la regina engruxa, e a cap de nou mesos, axi con natura vol, ella infanta un bel fill e gracios qui bona fo nat a ops de chrestians, e majorment a ops de sos pobles; que james no fo nat senyor a qui Deus faes mayors gracies ne pus asenya-

llier, dando con ello mayor verosimilitud al caso; si bien falta en sus páginas el atractivo romántico, que luego tan sin esfuerzo comunicó á las suyas Muntaner, ingenuo y pintoresco narrador de aventuras caballerescas más bien que verdadero cronista, sin que esto valga para amenguar la fe que en las cosas de su tiempo ó poco anteriores á él se le debe conceder (1).

---

lades. E ab gran alegre e ab gran pagament batejaren lo a la esgleya de nostra dona sancta Maria de les Taules de Muntpesller, e meteren li nom por la graia de Deus en Iacme.....» (*)

Zurita sigue casi literalmente la Crónica del rey D. Jaime:

«Estaua la Reyna lo más del tiempo en la villa de Mompeller, y las vezes que el Rey iba allá, no hazia con ella vida de marido, y muy dissolutamente se rendia á otras mujeres, porque era muy sujeto á aquel vicio. Sucedió que estando en Miraval la Reyna, y el Rey Don Pedro en un lugar allí cerca junto á Mompeller, que se dize Lates, un rico hombre de Aragon, que se dezia Don Guillen de Alcalá, por grandes ruegos é instancia llevó al Rey, á donde la Reyna estaua, ó con promessa, segun se escriue, que tenia recabado, que cumpliria la voluntad una dama, de que era servidor, y en su lugar púsola en la Cámara de la Reyna, y en aquella noche que tuvo participacion con ella quedó preñada de un hijo, el qual parió en Mompeller, en la casa de los de Tornamira, en la víspera de la Purificacion de Nuestra Señora, del año 1207. Mandó luego la Reyna llevar al Infante á la Iglesia de Santa María, y al templo de San Fermin, para dar gracias á nuestro Señor, por averle dado hijo tan impensadamente, y vuelto á Palacio, mandó encender doze velas de vn mismo peso y tamaño, y púsoles los nombres de los doze Apóstoles, para que de aquella que más durasse, tomasse el nombre, y assi fué llamado Jayme. Pero no bastó esto para que el Rey hiziese vida con la Reyna, antes persistía en apartarse della, y que fuessen separados por la Sede apostólica; y sucedió un dia que se lanzó por el sobrado una piedra, que dió en la cuna en que estaba el Infante y la hizo pedazos sin que él recibiese lision alguna. Introduxo el Rey la lite en Roma, y por el Papa Innocencio Tercero fué cometida la causa á ciertos Perlados, que determinassen si era legítimo el matrimonio, y todavía anduvo el Rey apartado de la Reyna, sin que hiziessen vida juntos.» (*Anales de Aragón*, lib. II, cap. LIX, página 96 de la edición de 1669.)

(1) «Aquest rey de Arago En Pere fou noble rey e bon cavaller e prous de armes; e era senyor de tot Carcasses e Baderes tro a Monpeller e marques de Provença. Esdevench se que a Monpeller havia huna dona Maria. Era dona de Monpeller e era filla del senyor de Monpeller e de la filla del emperador de Constantinople. El pare e la mare eren morts, e era sens marit; mas ja havia hagut marit. E los richs homens de Monpeller hagueren lur concell e digueren que bo seria que donassen marit a la dona. E pensaven se que bo seria que parlasen al rey d'Arago En Pere, qui era lur vihi e marchava ab ells; e si ell la volia pendre, mes valria que ell la hagues, e major honor los seria.

»De aqui aparellaren se lurs missatgers, e trameteren los al rey de Arago, e parlaren ab ell, e donaren li a entendre que Monpeller era noble loch, e que era cap de son regne, e que aqui poria tenir frontera a sos enemichs. El rey entes llurs paraules, e abellili Monpeller; e pres la dona per muller. E quant vench a poch de temps, ell lexa la dona, que no volch esser ab ella, ne la volch veure en lloch hon ell fos; car penedis com la havia presa per muller, que ell era hu dels pus alts reys del mon. E dix que molt se era abaxat en ella, car sols per Monpeller la

---

(*) *Chronik des Edlen En Ramon Muntaner. Herausgeben von Dr. Kart Lanz. Stuttgart, gedruckt auf Kosten des literaischen Vereins, 1844.* Páginas 6-12.

De la comparación de las tres crónicas catalanas puede inferirse aproximadamente el modo cómo la leyenda fué naciendo y cobrando fuerzas, desde la sencilla narración de D. Jaime, con la cual están de acuerdo los más antiguos analistas pro-

---

havia presa; e encara, que no era filla de rey. Mas aquesta dona era de molt bona vida e honesta, e placnt a Deu e al segle.

»Esdevench se quel rey estech lonch temps que no fos ab ella. E quant vench a cap de hun gran temps, lo rey fo en hun castell prop de Monpeller, e aqui ell amava huna dona de gran linatge, e feu tant que la hac per amiga. E en aquell castell ell las feya venir a hun majordom seu qui era de Monpeller, lo qual era son privat de aytals coses; empero era bon hom e leal. E madona Na Maria de Monpeller sabe aço, e remes missatge a aquell majordom del rey que era son hom natural. E vench devant ella:

«Amich, dix la dona, vos siats be vengut! Jo us he fet venir ara, per tal com vos sots »mon natural e conech que sots hom leal e bo, e cell qui hom se pot fiar. Yom vull celar ab vos, »e prech vos que de ço que yo us diré, que vos mi ajudets. Vos sabets be quel rey es mon marit »e no vol esser ab mi. Don yo son molt despagada, no per altra cosa, mas per tal com d'elle ne »de mi no ha exit infant que fos hereu de Monpeller. Ara, yo se quel rey ha affer ab aytal dona, »e que las fa venir en aytal castell, e vos sots ne son privat. Hon yo us prech que quant vos la »y dejats amenar, que vingats a mi privadament, e quem menets en la cambra en lloch de ella, »e yo colgarem al seu llit. E fets ho en tal guisa que no y haga llum; e digats al rey que la dona »no ho vol, per tal que no sia coneguda. E yo he fe en Deu que en aquella nit concebre un tal »infant de que sera gran be e gran honor a tot son regne.»

«Madona, dix lo majordom, yo son aparellat de fer tot ço que vos me manets, e majorment »coses que sien a honor de vos. E sapiats que ço que vos deits ne m'avets manat, que yo ho »aportare a acabament; mas he gran pahor que no vinga en ira del rey.»

«Amich, dix la dona, no us cal tembre; que yo ho fare en tal guisa que vos havrets mes de »be e de honor que hanch no hagues null temps.»

«Madona, dix lo majordom, gran merces! Sapiats que yo fare tant ço que vos manets. E puix »axi es, no ho tardem pus, e aparellats vos, quel rey ha empres que al vespre li amenen aytal »dona la qual vos sabets; e yo vendre a vos, e tot celadament amenar vos he al castell, e metre »us en la cambra; e puix vos sapiats que fer.»

«Amich, dix la dona, bem plau ço que deits. Adonch anats vos en, e pensats de vostre affer, »e al vespre venits a mi.»

«Lo majordom pres comiat de la dona e anassen. E quant vench al vespre, lo rey parla ab ell, e dix li que li amenas aquella dona ab aqui havia empres aquella nit fos ab ell.

«Senyor, dix lo majordom, molts volenters! mas la dona us prega que null hom del mon non »sia privat, ne dona, ne donzella.»

«Vos, dix lo rey, ho fets que puxats; que yo hu vull tot axi com ella ho vulla; e pensats de »anar.»

«Lo majordom ana a la dona muller del rey, e amena la ab huna donzella e ab dos cavallers, e mes la en la cambra del rey, e aqui ell la lexa. E la dona despullas, e mes se al llit del rey, e feu apagar tota la llum.

»Quant lo rey hac sopat e tots los cavallers s'en foren anats, lo rey s'en entra en huna cambra que era apres de aquella hon dormia, e aqui ell se despulla es descalsa, e puix, abrigat ab son mantell en camisa, ell s'en entra en aquella cambra hon la dona sa muller era colgada. E lo rey colgas ab ella sens llum, que no y havia. El rey cuydas que fos aquella dona ab la qual ha-

venzales (1), como Guillermo de Puillaurens (*Guillelmus de Podio Laurentii*), hasta los atavíos novelescos con que Desclot comenzó á adornarla, si bien en parco modo, y que luego profusamente acumuló Ramón Muntaner. Aun descartados, como en buena crítica deben descartarse, todos estos accesorios, quedan en pie, atestiguados por el mismo glorioso Conquistador (que, al igual de Julio César, fué cronista de sus propias hazañas), la extraña anécdota de su engendramiento por sorpresa y el papel de honrado mediador que en el caso se atribuye á Guillén de Alcalá.

Antes de Lope de Vega se había apoderado de este asunto el obispo Mateo Bandello, entre cuyas famosas novelas hay muchas que son anécdotas históricas. La novela 43 de la segunda parte lleva por título: *Inganno della reina d'Aragona al re Pietro, suo marito, per aver da lei figliuoli.* El ingenioso dominico declara haber oído este cuento á un caballero español llamado *Ramiro To-*

---

via empres que vengues a ell. Veus quel rey mena son solaç ab la dona sa muller; e ella no parla gint, per tal que no la reconogues tro que hagues jagut ab ella. E aquella s'emprenya de hun fill. La dona era molt savia e casta; e sempre conech que era prenys, e descobris al rey.

«Senyor, dix ella, prech vos que no us sia greu, si aquesta nit vos he amblada; que certes no »u he fet per nenguna malvestat ne per nengun malvat desig que yo hagues; mas per tal que de »vos e de mi ixques fruyt que plagués a Deu e que fos hereu de nostra terra e de nostre regne. »E sapiats per veritat que, segons que yo creu, yom so feta prenys en aquesta hora. E fets »scrivre la nit e la hora, que axi hu trobarets.»

»Quant lo rey entes que ella era la dona sa muller, tench se per sobre-pres; mas non feu semblant; e feu de belles paraules ab la dona, entro al matí. E al matí llevaren se e stigueren ensemps aquell jorn, e puis lo rey cavalha e anassen en Catalunya. E la dona engruxa, e stech tant en aquell castell fins que hac hun fill que hac nom Jaume.

»Lo rey havia de honrats homens en Catalunia e en Arago qui eren sos parents, e havien fiança quel rey james no hagues infants, e que la terra romangues a ells. E quant saberen que la dona havia hagut hun fill, foren ne molt despagats, e pensaren se quel ocisen. E hun jorn mentre l'infant dormia al breçol en huna casa, hac hom feta huna trapa endret del breçol; e trames li hom d'avall sobrel breçol huna gran pedra, per tal que moris. E plach a Deu que nol tocha, mas dona tal cop al copol del breçol quel trencha. E no poch hom saber qui u feu; mas bes pensa hom que aquells qui eren sos parents ho havien fet. E la dona conech quel infant havia mal volents e guardalo al millor que poch, e nodrilo molt gint. E a poch de temps ella mori en Roma, que era anada al apostoli per ço com lo rey En Pere son marit la volia lexar. E aqui es ella soterrada molt honradament llahins, en la sgleya de Sent Pere.»

(*Cronica del Rey En Pere e dels seus antecessors passats, per Bernat Desclot*, edición Coroleu, cap. IV, páginas 32-35.)

(1) *Cumque dominus Rex eam (Mariam) aliquandiu tenuisset, nec prolem haberet, dimisit, sed processu temporis, hortantibus prælatis eam sibi reconciliavit, et cognitam prima nocte qua in castris venerat, de isto Jacobo qui modo regnat, gravidavit, et reversa ad Montempessulanum peperit ipsum regem. Iterumque dimissa a rege viro suo, cum eo in curia apostolica litigavit, ibique cum devotionis laude diem clausit extremum, natusque est dictus rex Iacobus anno Domini 1208.* (Apud Duchesne, *Historiæ Francorum Scriptores*, t. V, páginas 673-674, capítulo XI.)

rrilla (1), que seguramente conocía las crónicas de D. Jaime y Desclot, pero no la de Muntaner. Así nos lo persuade el que Bandello atribuya la astucia á la Reina, y no á los burgueses de Montpellier, y el haber conservado los presagios del *Te Deum laudamus* y del *Benedictus*, y el voto de las doce candelas. Por lo demás, el Obispo de Agen trata la historia como un cuento verde, en el tono liviano y picante que predominaba entre los *novellieri* italianos. La misma Reina es, como en Desclot, la que declara la astucia; pero el Rey es el que invita á los barones á venir á contemplarle con su mujer en el lecho: cosa absurda é indecente. Falta el elemento histórico y noble, que es la intervención del *coro*, que si hoy puede excitar la sonrisa, tiene en Muntaner un sentido patriótico y hasta religioso. Supone, finalmente, Bandello, contra lo que la historia afirma, que después de tal prueba, el Rey se enmendó de su propensión enamoradiza y se amigó mucho con la Reina.

El romance de la *Rosa gentil*, de Timoneda (núm. 1.224, de Durán), *De cómo el rey D. Jaime fué engendrado y nacido*, parece tomado de Bandello más que de las crónicas catalanas, si bien en lo relativo á las plegarias y rogativas conserva alguna reminiscencia de Muntaner:

Angustiada está la Reina,—y no sin mucha razon,
Porque su marido el rey—don Pedro, Rey de Aragon,
No hacia caso della,—más que si fuera varon,
Ni le pagaba la deuda—que tenia obligacion;
Antes con muchas mujeres—era su delectacion.
Lo que más la fatigaba—y le daba más pasion,
No era por el deleite—de la tal conversacion,
Sino que de su marido—no habia generacion,
Para gobernar el reino—sin ninguna division,
Porque muerto el Rey, se espera—en su reino confusion.
Contempla la noble Reina—la revuelta y turbacion
Que podia padecer—Cataluña y Aragon.
Vueltos los ojos al cielo,—con muy grande devocion,
Suplicaba á Jesucristo,—por su sagrada pasion,
Que á su señor y marido—le pusiese en corazon
Que se juntase con ella—con sana y limpia intencion.
No dejaba monesterios—ni casa de religion
En que no mandase hacer—cada dia oracion.
Estando la noble Reina—con esta santa opinion
Vínole al pensamiento—una loable invencion,
Y es que supo por muy cierto,—y por vera relacion,
Que el Rey era enamorado,—que amaba de corazon

(1) *«Avvenne un di che ragionandosi degl' inganni che alcune delle mogli hanno fatto ad Enrico (di questo nome ottavo) re d' Inghilterra, e della vendetta ch' egli di loro ha presa; il signore Ramiro Torriglia, spagnuolo, che lungo tempo e stato in Italia, a proposito delle beffe che le donne fanno ai mariti, narrò una picciola istoria.»* (*Novelle di Matteo Bandello. Parte seconda. Volume sesto. Milano, per Giovanni Silvestri, 1814.* Páginas 173-182.)

Una dama muy hermosa,—de gentil disposicion.
Habló con el camarero,—sin aguardar más razon,
Que al Rey solia servir—en esta negociacion:
«—Si me tienes muy secreta,—de mí habrás buen galardon;
Tú has de dar á entender—al Rey, con gran discrecion,
Que esa dama á quien él sirve,—verná sin más dilacion
Á dormir con su Alteza;—mas con esta condicion:
Que en la pieza no haya lumbre,—para más reputacion.»
Concertada con el Rey—aquesta visitacion,
La Reina vino á la noche—y tuvo recreacion.
El Rey, cuando vió qu'el dia—venia sin detencion,
Por cumplir con su palabra—que otorgó, á la exclamacion
Dijo: «—Señora, levanta,—vete en paz, pues hay sazon.»
La Reina entonces le dijo: «—No soy la que pensais, no;
Sabed que con vuestra mujer—tuvistes conversacion.
Vos hacedme bien ó mal,—que yo, testificacion
Quiero que haya d'esto en hombres—de fe, de cómo en union
Nos han visto á los dos juntos;—y d'esto os pido perdon.»
El Rey tomó aquel engaño—como cuerdo y buen varon:
Llamó dos hombres de salva,—por dar cabo á su opinion.
En fin, que la Reina hizo—entonces buena·oracion;
Que de la burla, preñada—quedó de un lindo garzon,
El cual nacido, don Jaime—se llama, y dió bendicion:
Éste fué Rey tan nombrado,—rey don Jaime de Aragon;
Éste ganó á Valencia,—Mallorca y su poblacion.

La comedia de Lope, á la cual por fin llegamos después de esta indagación, quizá prolija, pero no inútil, no puede ciertamente contarse entre las mejores suyas, ni siquiera entre las de segundo orden. Hay en ella muy pocos versos dignos de tan gran poeta, y, además, el movimiento de la fábula es desordenado y confuso. El asunto era inadecuado para la escena, y aun ridículo, y el mismo Lope hubo de reconocerlo tácitamente, poniendo en relación lo más sustancial de la leyenda. Por lo que toca á las fuentes, creo que las conoció todas, la *Crónica* de D. Jaime, la de Desclot, la de Muntaner y la novela de Bandello. Pero deseoso de buscar un nuevo motivo poético (que hubiera sido de gran efecto si, como fué genialmente inventado, hubiese sido desarrollado con más reposo y conciencia), no atribuyó el engaño á los ciudadanos de Montpellier, como R. Muntaner, ni á la reina D.ª María, como Bernardo Desclot, seguido por Bandello ó por el español que le contó la historia, sino á la misma dama requerida de amores por el Rey. No hay que encarecer la importancia dramática del cambio (y es casi la única huella que el genio de Lope ha estampado en esta producción informe), pero sí deplorar que por su precipitación habitual no sacase de esta feliz inspiración el conveniente partido:

Y don Guillén de Alcalá
Es quien sabe estos sucesos.
Mandó el Rey que á doña Juana

Le llevase á su aposento
Cuando el palacio estuviese
Sin luz y en mayor silencio;
Y ella, que siempre ha temido
Las inquietudes que hoy vemos,
Á la Reina persuadió
Que en su lugar entre dentro;
Que habiendo de estar obscuro,
Y hablando poco y quedo,
Sería fácil de engañarse
Nuestro Rey, amante tierno.
Previno para testigos
Fidedignos caballeros,
Sin declararse hasta agora,
La furia del Rey temiendo,
Porque á muchos, de Palacio
Los ha desterrado y muerto,
Ofendido de que hiciesen
El justo y piadoso trueco.
Al fin, como se intentó,
Vino á tener el suceso,
Velando las nobles guardas
Con un profundo secreto;
Y antes que riese el alba
De la confusión del suelo,
La Reina, con mil temores,
Dejó el engañado lecho;
Y viendo que si callaba,
Su honor corría detrimento,
Dijo al salir: «Sed testigos,
Por si obra Dios sus misterios,
Que es la Reina de Aragón
Quien sale deste aposento.»
Levantóse el Rey corrido,
Y los hidalgos huyeron;
Pasáronse algunos días,
Y como es partero el tiempo,
De la Reina declaró
El preñado al descubierto;
Causó más ira en el Rey,
Tanto, que á los meses ciertos
Parió la Reina, y estando
En la cama el ángel bello,
Sin ver quién, aunque hay indicios,
Dejaron caer del techo,
Hacia la cuna, una peña
De más de un quintal de peso;

Mas Dios, que al infante guarda,
Llegó á hacer el tiro incierto.

El nombre de Guillén de Alcalá está tomado ó de D. Jaime ó de Muntaner, puesto que no consta en Desclot. En cambio, pertenece á éste la noticia de la tentativa de asesinato contra D. Jaime siendo niño, porque si bien el Rey Conquistador en su *Crónica* refiere el caso de la piedra, no lo atribuye á intención perversa de nadie, antes parece mirarlo como un accidente fortuito, del cual le salvó la Providencia.

Pero que tampoco esta *Crónica*, la más antigua de todas, fué desconocida para Lope, lo prueba de un modo evidente el pasaje que se refiere á la imposición de nombre á D. Jaime:

Mandó que con doce velas
Pongan doce candeleros
Con los nombres de los doce
Del soberano Colegio,
Y que el nombre de la vela
Que más tardase en su fuego,
Fuese el que al Príncipe den;
Encendiéronse al momento,
Y quedó dellas Santiago,
Y así, Jaime le pusieron.....

El primer acto de esta comedia es el mejor, como sucede en otras muchas de Lope. Tiene, por lo menos, interés y cierto colorido histórico. La escena de la coronación del rey D. Pedro en Roma debió de ofrecer un espectáculo teatral y grandioso. La pretensión de divorcio del rey D. Pedro (histórica también), la carta de la desdeñada reina D.ª María y la de los burgueses de Montpellier, sirven de muy ingeniosa entrada en materia. Es también de efecto dramático la súbita intervención del desposeído señor de Montpellier, D. Guillermo, hermano de la reina María, el cual habla muy enérgicamente en estilo de romance viejo:

Acordársete debiera
Que te vi puesto en huída,
Tus escuadrones perdidos,
Y tus escuadras rompidas.....

Aparece noble y entero el carácter de la reina D.ª María, mujer y reina todo en una pieza; y hay bellos toques y rasgos de pasión celosa, suavemente templados por otros de conyugal ternura, que llega hasta absolver las faltas del Rey á quien ama:

Quiero bien á doña Juana,
Porque el Rey la quiere bien.

Los embajadores del Rey de Jerusalén, que proponen nuevo casamiento á don Jaime con María de Lusiñán, traen, con inesperada peripecia, nuevo conflicto y prueba para D.ª María, y acrecientan el interés, tanto histórico como dramático, de

este primer acto, en el cual, según su costumbre, aprovecha nuestro poeta el gran conocimiento que tenía de las genealogías para dar colorido local á la acción, evocando los nombres, tan gratos al patriotismo de su público, de los Moncadas, Torrellas, Urreas, Mazas y Lizanas.

Algo puede encontrarse todavía digno de alabanza en el acto segundo, especialmente la notable escena popular de los fingidos carboneros, y la dramática situación, muy semejante á otra de *La Judía de Toledo* (aunque con diverso desenlace), en que la reina D.ª María salva generosamente la vida á la manceba regia:

Dejad que en paz me aborrezca (1)
Y no pierda yo su gracia,
Por la Virgen del Pilar
Que vuestras murallas guarda.....

Pero, en conjunto, esta obra, aunque sea digna de exhumación, como todas las de su inmortal autor, no añade cosa alguna á su gloria, y pertenece, sin duda, al número de aquellas comedias

Que en horas veinticuatro,
Pasaron de las musas al teatro.

Mejoró mucho este argumento, si bien apartándose por completo de los datos históricos, D. Pedro Calderón, en su comedia *Gustos y disgustos son no más que imaginación*.

Schack considera esta pieza como uno de los trabajos más delicados y perfectos de su autor, y dice de ella que se distingue por la profundidad psicológica, por el análisis perspicaz del corazón humano, por la fuerza con que encadena nuestra atención, y por el enlace feliz que sus varias situaciones, interesantes y bellas, guardan con el fondo del argumento. «La comparación de este drama con sus fuentes (añade el crítico alemán), prueba el arte inimitable del poeta para dramatizar y pulimentar una anécdota descarnada y de poco interés, no exenta tampoco de cierto aspecto repugnante» (2).

Con efecto, esta comedia de Calderón está dentro de la esfera de la galantería más ideal. Los amoríos del Rey con D.ª Violante de Cardona, no pasan de escenas de reja y terrero. El desenlace está traído por los celos de D. Vicente de Fox, marido de Violante, que engañado como el Rey, y pensando que es su mujer la que habla por la reja, cruza su espada con la de D. Pedro, quedando uno y otro persuadidos, cuando los criados acuden con luces, en la notable escena final,

Que el gusto y disgusto
De esta vida, son
No más que una leve
Imaginación.....;

(1) El Rey.

(2) Tomo IV de la traducción castellana, pág. 833.

pensamiento muy análogo al que se deduce de *La Vida es sueño*, y de *En esta vida todo es verdad y todo es mentira*, si bien en estas últimas obras se presenta con carácter más trascendental.

Carlos Gozzi, célebre dramaturgo veneciano de fines del siglo pasado, imitó esta pieza de Calderón en su tragicomedia *Le due noti affannose, ossia gl' inganni dell' imaginazione.* (*Opere*, Venecia, 1772; tomo v.)

M. Menéndez y Pelayo.

CRÓNICAS

Y

LEYENDAS DRAMÁTICAS DE ESPAÑA

(SEGUNDA SERIE)

EL LABRADOR VENTUROSO

EL LABRADOR VENTUROSO

COMEDIA FAMOSA

DE

FREY LOPE DE VEGA CARPIO

PERSONAS

Doña Elvira.
Celia.
El rey don Alfonso.
Zaide.
Audalla.
Don Manrique.
Dorinto.
Fileno.
Alfonso.
Lauro.
Leonor.
Fileno, *viejo*.
Zulema, *Rey de Sevilla.*
Feliciano.
Filandro.
Liseo.
Riseo.

PRIMERA JORNADA.

Salen D.ª Elvira y Celia.

ELVIRA.
¡Mil vidas quiero perder,
Bárbaro padre engañado!
CELIA.
Ya queda determinado
El que has de ser su mujer.
ELVIRA.
Eso, ¿cómo puede ser?
Á la ley cristiana adoro,
Y el Rey de Sevilla es moro.
CELIA.
Ya lo ha mirado quien sabe;
Y aunque es negocio tan grave,
No se ofende tu decoro;
Que dicen que ser podría
Que, como amor te tuviese,
Á nuestra fe se volviese
Y que en su aumento sería.
ELVIRA.
Si yo dejase la mía,
¿No es el peligro mayor,
Teniéndole el mismo amor?
CELIA.
No, porque enseñada estás;
Ni es posible que jamás
Dieses en tan grande error.
ELVIRA.
De los padres la obediencia
Ha de ser en cosas justas;
Que á las que son tan injustas,
Es justa la resistencia.
Apelo de la sentencia
Que hoy pronuncia contra mí:
Cristiana, Celia, nací;
Esto quiero que me llames;

Que de sus paces infames,
¿Qué bien me resulta á mí?
Más justo pienso que fuera
Que un ejército sacara,
Con que del Betis temblara
Toda la andaluz ribera,
Que no que una hija diera
A un moro, Rey de Sevilla,
Que ha llegado hasta la orilla
Del Tajo con sus caballos.

CELIA.

Harto á sus nobles vasallos
Su pretensión maravilla,
Entre los cuales alguno
Pudiera mejor honrarte
Cuando quisiera casarte.

ELVIRA.

No quiero, Celia, á ninguno;
Pero si el Rey, importuno
A mi desdén y temor,
Igualara mi valor,
¿Cuánto mejor me empleara
En un Manrique de Lara
Que en un Zulema Almanzor?
Pero no tendrá poder,
Pues hay veneno y acero;
Sáquenme el alma primero
Que llegue á ser su mujer.
Cobarde debe de ser
Contra el valor castellano;
Y si fuera intento vano
Casarme contra mi gusto,
¿Cómo no ve que no es justo
Con un bárbaro africano?
Celia, tú me has de ayudar
Para salir de Toledo.
¿Qué respondes?

CELIA.

Tengo miedo.

ELVIRA.

Ayúdame con callar.

CELIA.

Pues ¡cómo! ¿piensas dejar
La grandeza en que has nacido?

ELVIRA.

Mudando, Celia, el vestido,
Se mudará la grandeza,
Pues era mayor bajeza
Rendirme á tan vil partido.

Salen el rey D. Alfonso, Zaide y Audalla, moros, y D. Manrique.

ZAIDE.

Podremos desta suerte, Rey cristiano,
Besar la mano á nuestra Reina.

REY.

El día
Que me determiné que fuese vuestra,
Os corre obligación.

AUDALLA.

Dadnos, señora,
Las manos, aunque indignos de besarlas,
Como á vasallos vuestros, los primeros
Que os reconocen por señora y Reina
De la parte mejor que tiene España
Y el claro Betis con sus ondas baña.

ZAIDE.

Vais á ser Reina, no del reino solo,
Sino de nuestras almas; vais, señora,
Á la mejor ciudad que mira Apolo,
Desde el ocaso á la rosada aurora:
Ocupa el nombre de Almanzor el polo,
Cuyas nieves el sol apenas dora,
Y con tan verdes años, que no alcanza
Toda su luz el fin de su esperanza.

ELVIRA.

Amigos, yo me tengo por dichosa
En ser mujer de un Príncipe que pudo
Obligar á mi padre, Rey cristiano,
Con ley tan diferente. Dios os guarde.

AUDALLA.

¡Qué dulce sol en nuestros ojos arde!

ZAIDE.

¡Qué divina belleza! Porque tengas
Mayor gusto, señora, desta dicha,
Que así puedes llamar tu casamiento,
Te quiero dar este retrato suyo
Que me dió en esta joya; en ella puedes
Considerar si representa al vivo
La majestad real, y le acompaña
Marcial aspecto, de los reyes digno.

ELVIRA.

Despacio le veré: guárdeos el cielo.

AUDALLA.

Él quiera que tan presto te veamos
Con la corona insigne de Sevilla,
Cuanto lleguemos á la verde orilla
Del Betis, que te espera laureado
De las perlas que el mar le ofrece y rinde.

REY.

¿Qué os parece de Elvira?

AUDALLA.

Que tendremos
Una estrella por Reina, un sol, un cielo.

REY.

Venga luego Almanzor; que ya querría
Darle mis brazos como hijo.

AUDALLA.

Él tiene
Tal deseo de verte, que entretiene
Con mil desasosiegos la esperanza.

REY.

Paz con Castilla para siempre alcanza.

Vanse todos, y queda solo D. Manrique.

MANRIQUE.

Cuando pudiera el dolor
Tener licencia de hablar,
Aun no me deja quejar
El extremo del rigor;
Ya no me quejo de amor,

Que amar, mientras no me diga,
Ni desmerece ni obliga:
De la fortuna me quejo,
Pues ya no tengo consejo
Para que no me persiga.
Sólo puede consolarme
En que á tal estado vengo,
Que de sus rigores tengo
Ocasión para vengarme;
Pues no tiene qué quitarme,
Ni tengo qué le pedir,
Como quien llega á morir,
Que no estima lo que deja;
Y así, mi amor no se queja
De morir ni de vivir.
¡Ah Rey, que en tu mocedad
Estos bárbaros hiciste
Temblar! ¿Cómo los temiste
En tu más discreta edad?
¿Ha faltado la lealtad
De los castellanos? No:
Fe pienso que te faltó,
Pues das á un hombre sin fe
Tu sangre, y sangre que fué
La que este reino te dió.
¿Un ángel le das á un moro,
Olvidado del suceso
Que tiene Castilla impreso
En mármol con letras de oro?
¿Veré la prenda que adoro,
¡Cielos! de un moro mujer?
Amor, ¿qué tengo de hacer
Si á la muerte me remites?
¿Cómo vivir me permites
Para que lo pueda ver?

Sale D.ª Elvira con rebocillo y sombrero.

ELVIRA.
En tal desesperación,
Todo lo atropello y dejo,
Porque es el mejor consejo
La breve resolución;
Que mientras el pensamiento
Lo que es mejor determina,
Veloz el tiempo camina,
Lleva la ocasión el viento.
Mi remedio está en huir:
Ánimo, temor, no aguardes;
Que es remedio de cobardes
Querer dejarse morir.
Hombre me parece aquél;
Si intenta reconocerme,
¿Cómo podré defenderme
De mis desdichas y dél?
¡Noche, dame tu favor
Y ayuda mi atrevimiento!

MANRIQUE.
Pasos parece que siento.
¿Quién va?

ELVIRA.
¿No lo veis, señor?
Una mujer sola soy
Que no os da qué recelar.

MANRIQUE.
Oid.

ELVIRA.
Dejadme pasar;
En grande peligro estoy.

MANRIQUE.
¡Del alcázar á estas horas!
¡Mujer, yo os tengo de ver!

ELVIRA.
¿Recelos de una mujer
Adonde hay tantas señoras?

MANRIQUE.
Pues ¿á quién servís aquí,
Que lo niega el buen clor?

ELVIRA.
Dejadme pasar, señor,
Y no reparéis en mí;
Que sólo á saber entré
Si está aquí un hombre, celosa.

MANRIQUE.
¿De fuera sois?

ELVIRA.
Pues ¿no es cosa
Fácil de entender?

MANRIQUE.
No sé.

ELVIRA.
Eso es ya descortesía.

MANRIQUE.
¿Y si os quiero acompañar?

ELVIRA.
De aquí no habéis de faltar.

MANRIQUE.
¿Por qué?

ELVIRA.
¡Qué necia porfía!

Vase.

MANRIQUE.
¡Por Dios, que fué necedad
No reconocerla bien,
Que, aunque mostraba desdén,
Fué poca curiosidad!
Pero es tanta mi tristeza,
Que para nada me aliento,
Y un vil entretenimiento
Es de un alto amor bajeza.
¡Oh mujer, que quieres bien
Y celos te traen aquí,
Si los tuvieras de mí,
No me mostraras desdén;
Que yo soy tan desdichado,
Que sirviera de consuelo
A tus celos, y aun recelo
Que tú me lo hubieras dado!
Rejas, lastimaos de mí,
Pues no me puedo apartar
De vosotras y el lugar

Adonde el alma perdí.
Si detrás de vos mi vida
Duerme, y aquel sol que adoro,
Que ha de ser luna de un moro,
De vil menguante ofendida,
Decilde que no me atrevo
Á esperar su luz hermosa
Que amanezca en una rosa
Para dar envidia á Febo;
Que yo, puesto que del llanto
Su aurora pudiera ser,
Por no dejarme entender,
No puedo atreverme á tanto.

Vase. Salen Doristo y Fileno, labradores.

DORISTO.
¿Ataste bien los pollinos?
FILENO.
Como tengan que pacer,
Ellos se sabrán tener.
DORISTO.
Anda gente en los caminos,
Y en sintiendo bestias, suelen
Irse tras ellas.
FILENO.
No harán:
Dormid; seguros están:
No temáis que vos desvelen.
DORISTO.
Ya poco debe de haber
De aquí al alba.
FILENO.
Echaos ahí.
DORISTO.
Pon las alforjas aquí.
FILENO.
Dormid, Doristo, á pracer.
DORISTO.
¿Qué has comprado en el mercado?
FILENO.
Vale tan caro en Toledo,
Que apenas jurarvos puedo
Que unas cintas he comprado.
Concertaba unos brebiescos,
Y no alcanzó la soldada
De un año; pues una espada.....
DORISTO.
¿Brebiescos?
FILENO.
¡Par Dios, tan frescos,
Que ponérselos podía
La misma Infanta!
DORISTO.
Ya el sueño
Me coge.
FILENO.
Para mi dueño,
Si Dios quiere que algún día
Lleve una rica patena:
¿Dormís? Durmióse; pues yo
También me duermo; mas no,
Que gente en el prado suena.
Pero serán los pollinos,
Que acaso retozarán;
Que bien seguros están
Á tal hora los caminos.
Quiero decir la dotrina
Que mi abuela me enseñó;
Que el dimuño siempre huyó
Del hombre que se presina.
San Llorente,
Persíname la frente:
San Gonzalo,
Líbrame del malo:
San Benito,
Que ningún esprito,
Durmiendo se me éntre
En la boca ni en el vientre;
Y el agua bendita,
Que los pecados quita,
Cuando cerca esté,
Hisopada que le dé
Por siempre jamás,
Seculorum seculás.
Amén Jesús.

En recostándose, sale D.ª Elvira.

ELVIRA.
¡Ánimo, vil corazón,
Pues dicen que la mujer,
Mayor le suele tener
Que el hombre en esta ocasión!
Lejos de Toledo estáis;
Salid del camino agora,
Que si os halla en él la aurora,
Á grande peligro vais.
Pero sin tomar descanso,
¿Cómo podréis caminar?
Aquí me ofrecen lugar
Verde yerba y viento manso.
¡Todo está en silencio! ¡Cielos!
Ayudad mi justa empresa
Si quien ser vuestra profesa
Puede obligaros á celos!
No me dejéis entregar
Á un moro, contra el decoro
Cristiano; que darme á un moro
Celos os puede causar.
¡Sueño, si á los desdichados
Tal vez ayudáis, venid
Y un instante divertid
La causa de mis cuidados!

Échase junto á Fileno.

FILENO.
Paréceme, y no es en vano,
Que el alba quiere reir:
¡Oh, qué mal puede dormir,
En no cenando, un cristiano!

¡Qué sueños tan tristes son
Los de quien no bebe bien!
¿Qué es lo que mis ojos ven?
¿Qué tiento? ¡Qué tentación!
Cosa blanda me parece
Esto que he sentido aquí:
¡Voto al sol, que no me engaño!
Aquí duerme un serafín.
Cosa que el dimuño sea,
Porque dicen que es sotil;
Mas yo recé la oración
Desde el su principio al fin.
¿Si se me olvidó algún santo?
¡Hao, Doristo!

DORISTO.

¿Es hora?

FILENO.

Sí,
Porque antes de la del cielo,
El alba he visto reir.

DORISTO.

¿Qué dices?

FILENO.

Que una señora
Ha dormido junto á mí,
Que parece, entre claveles,
Tiritaña de jazmín.

DORISTO.

¿Has andado con la bota
En ayunas? Que es gentil.

FILENO.

Si es vino lo que os he dicho,
Por los ojos le bebí.

DORISTO.

¡Voto al sol, que es verdad!

FILENO.

Mira
Qué serafín de marfil.
Si esto es bota, ¡voto al sol,
Que se emborrachen dos mil!
¡Que yo durmiese con ella
Sin sentirlo! ¡Voto á mí,
Que si la hubiera sentido.....

DORISTO.

¿Se despierta?

FILENO.

Creo que sí.

ELVIRA.

¡Ay, cielos! ¿Qué gente es ésta?
¡Muerta soy! ¡Ay, Dios!

FILENO.

Mentís;
Que más cerca estáis, señora,
De matar que de morir.
No os alteréis.

ELVIRA.

¿Quién sois, hombres?

DORISTO.

Hombres, como vos decís,
Y lo que os enseña el traje,
Tan sencillo como vil.

ELVIRA.

¿Vais ó venís de Toledo?

DORISTO.

Venimos.

ELVIRA.

Que vais, en fin.....

DORISTO.

Á nuestras casas.

ELVIRA.

¿Qué casas?

DORISTO.

No están muy lejos de aquí,
Aunque en medio desos montes.

ELVIRA.

Desdichas con que nací
Me llevan desesperada,
Y sólo os puedo decir
Que ganaréis en llevarme
Un alma.

FILENO.

El cuerpo gentil,
Aunque soy pobre villano,
Podéis, señora, decir.

ELVIRA.

Mil joyas tengo que daros.

FILENO.

Bien decís, porque yo vi
El aparador del cielo
En esa tienda de Abril.
Doristo, yo he de llevarla.

DORISTO.

¿Y si nos pueden seguir?

FILENO.

Los montes sé de memoria.

ELVIRA.

¿Qué determináis?

FILENO.

Venid;
Que, aunque me maten por vos,
Será gloria para mí.

Vanse.

Salen el Rey, Celia, D. Manrique y un capitán.

REY.

¡Esto guardaba el cielo
Á mis postreros años!

MANRIQUE.

Justamente
Crece tu desconsuelo
Haberle dado causa.

REY.

Sólo siente
Mi alma haberle sido
En alguna manera fementido.
Mas sabe Dios mi intento
Y que fié, Manrique, en su grandeza;
Que deste casamiento,
Pues entre reyes hay igual nobleza,
La luz resultaría
Que para bien de España pretendía.

Mas tú, Celia enemiga,
Que pudiste avisarme y no lo has hecho,
¿Qué quieres que te diga?
Bien fuera justo atravesarte el pecho.

CELIA.

Pues ¿quién imaginara
Que tan cruel resolución tomara?
Apenas prevenía
El claro sol por el rosado Oriente
La nueva luz del día,
Cuando se transformaba tiernamente
En más hermosa aurora,
Llorando perlas, si diamantes llora.
En este sentimiento
Las horas continuaba de tal suerte,
Que tuvo pensamiento
De remediar su pena con su muerte;
Yo ¡triste! la forzaba,
Y á que te obedeciese la animaba.
Con esto, resolviendo
Tan extraña partida, sin hablarme,
Que iba al jardín fingiendo,
Porque no la impidiese con quejarme,
Salió donde se entiende
Que el cielo por su causa la defiende.

MANRIQUE.

Á decir no me atrevo
Que yo la hablé, que yo la vi, que he sido
Quien más sentirlo debo.

REY.

Bien parece que el cielo está ofendido;
Que si él no la amparara,
¿Qué tierra en sus entrañas la guardara?
¡Oh! ¡Nunca yo tuviera
Pensamiento tan vil!

MANRIQUE.

Señor, yo pienso
Que, si el cielo no fuera
Su defensor, con su poder inmenso,
Ningún hombre atrevido,
Para tu gran valor lo hubiera sido.
Promete no casalla
Con éste, si bien Rey, bárbaro en todo;
Que no hay para buscalla,
A gusto de los cielos, mejor modo.

REY

Ya sabe el cielo santo
Mi segura intención, como mi llanto.
Si Elvira pareciere,
Mil votos hago de no darla al Moro,
Ni á hombre que no fuere
Mi igual en sangre y en Real decoro;
Que bien se ve que el cielo
Me castiga con tanto desconsuelo.

Vase.

MANRIQUE.

¡Ay, Celia! No es posible
Que creas lo que yo te diré agora
Con pena tan terrible:
Yo aquella noche hablé con tu señora;
Yo pude detenella;
Mi desdicha no pudo conocella.
Yo así sus brazos bellos;
Yo, Celia, yo toqué sus manos bellas;
Pienso que sus cabellos
Conocerme negaron; sus estrellas
Con la noche podía,
Pero no pude, que la hicieron día.
Dirás que soy culpado;
No lo fuí yo, la culpa fué mi estrella.

CELIA.

¿Cómo, habiéndola hablado,
No supiste, Manrique, conocella?
¡Desdicha fué notable!

MANRIQUE.

¿Qué importa que la vea y que la hable,
Si el cielo la defiende?

CELIA.

Lo cierto es que tú no te atreviste.

MANRIQUE.

Tu ignorancia me ofende:
¿Qué haré, Celia, qué haré?

CELIA.

Vivir muy triste,
Pues tus ojos te culpan.

MANRIQUE.

La noche y la desdicha me disculpan.

Salen Alfonso y Lauro, labradores, con gabanes de seda, medias de color y sombreros ricos.

ALFONSO.

No te descompongas tanto,
Lauro, así te guarde Dios;
Que ni el ser primos los dos,
Ni de nuestra prima el llanto,
Me podrá tanto obligar
Que no lleguemos á ser
Enemigos, hasta ver
Quién la ha de servir y amar.

LAURO.

Alfonso, en esta montaña
Hay solas dos caserías
De nuestros padres; podrías,
Si no es que el amor te engaña,
Considerar que no es justo
Preferirte á quien yo soy;
Y si en servirla te doy
Celos, enojo y disgusto,
Déjala tú de servir,
Pues que también me la das;
Que con eso no tendrás
Ni tendré qué te pedir;
Que pensar que de otra suerte
No he de querer á Leonor,
Es afrenta de mi honor,
Que de su verdad te advierte.
Muero por ella, y sería
Dejártela gran bajeza.

ALFONSO.

Yo pensé que en tu nobleza,

Lauro, este gusto hallaría;
Que no ha sido preferirme
Ni á mayores levantarme,
Sino á tus pies humillarme
Y á tu nobleza rendirme.
Que deje yo de querer
Como he querido, á Leonor,
Acábalo con mi amor,
Cosa que no puede ser;
Que yo dejaré de amalla:
Pero queriéndola bien
Y ella á mí, Lauro, también,
Es imposible dejalla.
Tú podrás, pues no te quiere,
Y está más puesto en razón.

LAURO.

Esa loca presunción,
Posesión injusta adquiere;
Que yo sé que á mí me adora.

ALFONSO.

¿Á ti? ¿Cómo? ¿Cuándo?

LAURO.

Advierte
Que presumir desa suerte,
Ni merece, ni enamora.
Y no fíes en mujer
Cuando es fácil en amar;
Que tienen el olvidar
Como sombra del querer.

ALFONSO.

Si della tienes favor,
Te quiero dejar la empresa.

LAURO.

De que no entiendas me pesa
Que nació mujer Leonor.
Yo no me quiero alabar,
Porque no es de hombres de bien.

ALFONSO.

En fin, ¿de quererla bien
No quieres, Lauro, dejar?

LAURO.

No puedo, que sí querría.

ALFONSO.

Pues si habemos de reñir,
Lo que te quiero pedir
Te merezca en cortesía.
Hidalgos y caballeros
Han sido nuestros pasados;
Que esto de campos y arados
Trujo el faltarles dineros.
Aquí mi abuelo dejó
Una lucida armería
Que mi padre guarda hoy día
Y que le codicio yo;
No riñamos, pues no es bien,
Como villanos.

LAURO.

Yo quiero
Reñir como caballero.

ALFONSO.

Si tú quieres, yo también.
Un criado viene aquí
Que suele tener la llave.

LAURO.

No la dará si lo sabe.

ALFONSO.

Que es para burlas le di.

Sale Doristo.

LAURO.

Doristo, Alfonso y yo estamos
Deseosos de saber
Las armas, que puede ser
Que algún día las traigamos.
Querríamos esgrimir:
Por tu vida, que nos des
Dos espadas.

DORISTO.

Dos, y aun tres;
Pero no habéis de decir
Que yo las truje, á señor:
No se enoje si lo sabe.

LAURO.

No hayas miedo.

DORISTO.

Voy.

Vase.

LAURO.

Acabe
Mi vida amando á Leonor.
Él va por ellas.

ALFONSO.

Yo creo,
Si este fué nuestro destino,
Que no habrá mejor camino
De acabar nuestro deseo.
Sobra en aquesta montaña,
Lauro, el uno de los dos;
Que no cabemos los dos,
Si no es que el valor me engaña.
Es notable la riqueza
De nuestros padres, y así,
Ha crecido en ti y en mí
La soberbia ó la nobleza.
Quede el uno, y sea señor.

LAURO.

De tus presunciones temo
Que, como Rómulo y Remo,
Haces Italia á Leonor.

Sale Doristo con dos espadas.

DORISTO.

Las dos mejores espadas
Pienso, Lauro, que escogí.

LAURO.

Ésa es buena para mí.

DORISTO.

Ambas las truje doradas.

ALFONSO.

Yo no tengo que escoger,
Porque las espadas son
El temple del corazón,
Que es quien las ha de mover.
Vete, Doristo, de aquí.

DORISTO.

Luego ¿no tengo de ver
Cómo esgrimís?

ALFONSO.

Ha de ser
En sabiéndolo.

DORISTO.

Es ansí;
Pero ¿qué importa? ¿Soy yo
Algún capitán?

ALFONSO.

Ven luego.

DORISTO.

Necio he sido, estuve ciego;
Lauro la color perdió.
No me contenta la esgrima;
Alguno quiero llamar.

Vase.

ALFONSO.

Ya no tienes que aguardar,
Tu loca furia me anima,
Porque tanta confianza
Me promete buen suceso;
Que quisiera, te confieso,
Tal valor mi amor alcanza,
Que fueras un escuadrón
De hombres.

LAURO.

Obra, y habla menos,
Como lo han de hacer los buenos.

ALFONSO.

Mi sangre y mi amor lo son.

Salen Doristo y Fileno con hondas.

DORISTO.

Digo que se están matando.

FILENO.

¡Pardiez, que tienes razón!
Despartamos la cuestión.

DORISTO.

¿Cómo?

FILENO.

Comiendo y tirando
Los cayados en aceros
Y en guarniciones las rejas:
¡Huera digo!

DORISTO.

¿Son ovejas?

FILENO.

¡Huera digo, caballeros!

ALFONSO.

¡Ah, villano!

FILENO.

¿Á mí villano?
¡Bien pagas lo que me debes!

LAURO.

Pues, Fileno, ¿á mí te atreves?

FILENO.

¡Téngase todo cristiano!

ALFONSO.

¿Con hondas tiráis, groseros?

LAURO.

¿Piedras tiráis?

FILENO.

¡Qué turrón!

DORISTO.

Dejen luego la cuestión.

FILENO.

¡Huera digo, caballeros!

ALFONSO.

Lauro, dejémoslo así;
Que no faltará lugar.

LAURO.

Cuanto no es dejar de amar
Á Leonor, dejo por ti.

FILENO.

¿Podrá saber la ocasión
Desta pendencia Fileno?

ALFONSO.

Tú te azoras.

FILENO.

¡Oh, qué bueno!
¿Paréceos que era razón
Dejaros matar así?

LAURO.

¿Y si muerto alguno hubieras?

FILENO.

No tiraba yo de veras,
Que no estoy huera de mí:
La honda tiraba á tiento,
Y tan por alto se hué,
Que al viento descalabré,
Pues hay cabezas de viento.
Mas decidme la ocasión
Por qué dos primos y hermanos
Habéis venido á las manos

ALFONSO.

Amores y celos son.

LAURO.

Quiere Alfonso que no quiera
Á Leonor, y quiere amor
Que quiera á Leonor: Leonor
Desengañarme pudiera;
Pero escucha mis amores
Leonor. ¿Qué preguntas más?

FILENO.

En la disculpa que das,
Quieres más de mil Leonores;
Pero ¿lo cierto es que ama
Leonor á Alfonso?

LAURO.

No sé.

FILENO.
Aborrece, y te daré
Una zagala de fama
Que á casa truje de un monte,
Que no ve cosa más bella,
De la una á la otra estrella,
El sol por este horizonte.
Yo la truje para mí;
Mas viéndome tan grosero,
Quiero dejar lo que quiero
Y dártela, Lauro, á ti.

LAURO.
Pues ¿á quién sirve?

FILENO.
Á señor.

LAURO.
Alfonso, ¿hasla visto?

ALFONSO.
Agora
La oí nombrar.

FILENO.
Es señora
De gran pergeño y valor,
Puesto que en humilde traje.

LAURO.
Si me agrada, dejaré
Á Leonor.

ALFONSO.
¡Muy bien, á fe!

FILENO.
Pues cuando no la aventaje
Yo me doy por mentecato.

LAURO.
Vámosla á ver.

FILENO.
Entra, pues.

LAURO.
Y ¿cómo se llama?

FILENO.
Inés.

LAURO.
¡Buen nombre!

FILENO.
Es toda un retrato
De un serafín de marfil.

LAURO.
Pues será fin destos celos.

FILENO.
Tiene en los ojos anzuelos.

LAURO.
¿Pesca?

FILENO.
Agarra á lo sutil.

LAURO.
Toma, Doristo, la espada,
Porque no riña señor.

DORISTO.
¡Pardiez, que viene Leonor
De tu pendencia enojada!

Vase Lauro, y sale Leonor, labradora rica.

LEONOR.
Dicha he tenido en hallarte
Solo, que, si á Lauro viera,
Pienso que mi amor supiera
Matarle y desagraviarte.
¿Qué es esto?

ALFONSO.
¿Qué puede ser?
Celos.

LEONOR.
¡Dame aquesa espada

DORISTO.
¡Suelta!

LEONOR.
Muestra.

DORISTO.
¡Estás airada!

ALFONSO.
Prima, ¿qué quieres hacer?

LEONOR.
¡Matar á Lauro!

ALFONSO.
¡Detente!
Que no es eso lo que dice
Lauro.

LEONOR.
Este amor contradice
Tu sospecha, y Lauro miente.
Vete, Doristo, de aquí.

DORISTO.
Si habéis de reñir también,
Llamaré á Fileno.

Vase.

ALFONSO.
Bien.
¡Ay, Leonor, muero por ti!
¿No me dirás qué favor
Es éste de que se alaba?

LEONOR.
¿Él se alaba?

ALFONSO.
Agora acaba
De persuadirme tu amor.

LEONOR.
¿Tú no ves que es desatino
Y que yo te adoro á ti?

ALFONSO.
¿Es aquél mi padre?

LEONOR.
Sí.

ALFONSO.
Leonor, su enojo adivino;
Tú le puedes esperar.

Vase, y sale Feliciano, viejo, con Doristo.

FELICIANO.
¿Para qué niegas, Doristo,
Lo que yo he sentido y visto?

DORISTO.

Porque me pude engañar;
Que dijeron que esgrimían.

FELICIANO.

¿Dónde está Alfonso, Leonor?

LEONOR.

Al campo salió, señor.
Que dijeron que querían
El y Lauro degollar
Un valiente jabalí,
Puesto que los dos aquí
No pueden armas hallar,
Para matarlo, seguras.

FELICIANO.

Cuentan que Apolo, celoso
De Adonis, mancebo hermoso,
Que en las de Arcadia espesuras
La diosa Venus gozaba,
Resistió en un jabalí
Una furia; si es ansí,
Con razón tu ingenio daba
Á los celos ese nombre,
Qué aun es más fiero animal.

LEONOR.

La causa interpretas mal.

FELICIANO.

¿Mal?

LEONOR.

Porque Alfonso no es hombre
Que me estimara tan poco
Que con su primo riñera.

FELICIANO.

Bien quiero yo que te quiera,
Mas no con amor tan loco.
Ahora bien, pues ya cesó
La antigua caballería
Que aqueste solar tenía
Cuando el amor comenzó,
Yo haré tapiar esa puerta
Donde las armas están;
Que es muy hombre ese galán
Para que la tenga abierta.
Ven tú conmigo, Leonor;
Yo te enviaré á la montaña
Si más á tu primo engaña
Tan necio é injusto amor.
Vuélvete allá con tu madre;
Fidalgos viven allá
Con quien casarte.

LEONOR.

Si ya
Te cansas de ser mi padre
En lugar del que perdí,
Donde quisieres me envía.

FELICIANO.

Tú sabes si yo tenía
Hijo y dote para ti.

Vase.

DORISTO.

Si envían á la montaña,
Por celos, á Leonor bella,
Y me destierran con ella,
La ocasión me desengaña.

Salen Lauro y D.ª Elvira, en hábito de labradores, y Fileno.

LAURO.

Si de Leonor, hasta aquí,
Los ojos me enamoraron,
Todo su amor me quitaron
Cuando tus estrellas vi;
Que, aunque es hermosa Leonor,
Eres tú más bella, Inés,
Para cuyo ejemplo ves
Las estrellas de mi amor.
Más te quiero en un instante
Que puede haber que te veo,
Que si un siglo de deseo
Fuera de Leonor amante.

ELVIRA.

Vete, Lauro, norabuena,
Que se lo diré á señor.

FILENO.

De escuchar tu desamor
Me estoy muriendo de pena:
¿Á Lauro no quieres bien?

ELVIRA.

¿Yo, Fileno? ¿Estás en ti?

LAURO.

Habla, Fileno, por mí;
Ablanda tú su desdén.

FILENO.

¿En efeto te agradó?

LAURO.

Muriéndome estoy por ella.

FILENO.

Pues déjame hablar con ella.

LAURO.

Habla, que me turbo yo.

FILENO.

Inés, bien sé la ocasión
Porque á Lauro eres ingrata;
Y aunque la causa es tan justa,
Me pesa de ser la causa.
Bien sé que el favor le niegas
Porque estás enamorada
De mí desde que me viste
Y te truje á nuestra casa.
Pero yo soy desta hacienda
Un hombre que á veces ara,
Y á veces, Inés, vendimia,
Y á veces ganado guarda.
No siempre vivo en la aldea
Con los toros y las vacas;
Suele ser mi habitación
Por las ásperas montañas.
Agora creo el refrán
Que de vuestros gustos habla:
Siempre escogéis lo peor.

ELVIRA.

Fileno, tu confianza

Ha sido justa y discreta,
En tus méritos fundada.
Que corresponda tan mal
No es culpa tuya, pues basta
Quererte yo, para ser
En quererte desdichada.
¿Piensas tú que la lindeza,
El rico cabello y barba,
Las acciones femeniles
Y las femeniles galas
Vencen á todas mujeres?
Pues más á muchas agrada
Un mancebo como tú,
Robusto de cuerpo y alma.
Los hombres han de ser hombres:
Éstos sirven, éstos aman;
Esotros quieren hacer
El oficio de las damas,
Que los requiebren á ellos,
Y así los verán que hablan
Desdeñosos, desabridos,
Enfermo el amor y el habla.
No me hables más en esto,
Que ingratamente me pagas;
Llévame á Lauro de aquí;
Que bien podrás si le engañas,
Y verás lo que te estimo.

FILENO.

No pienso que se regala
La cera al sol, como yo
Oyéndote esas palabras.
¿Que me quieres?

ELVIRA.

Que te quiero.

FILENO.

Voy á hacer lo que me mandas,
Seguro de que eres mía.

ELVIRA.

Pues ¿quién no adora esa cara,
Quién no celebra ese ingenio,
Esas piernas, esas gracias,
Esa limpieza y aseo?

FILENO.

¡Andallo, mi Sebastiana!
¡Voto al sol, si en todo el valle
Hombre te mira ni habla,
Que le he de comer de celos!

ELVIRA.

Vete, Fileno, ¿qué aguardas?

FILENO.

Lauro, Inés te quiere bien,
Pero dice que la tratas
Como á mujer sin favor,
Pues los términos no guardas
Que los hombres cortesanos
Suelen tener con las damas;
Que las regalan y sirven
Con fiesta, música y galas
Y otras cosas que se usan.

LAURO.

Bien dice; pero se engaña
En pensar de mí que soy
De condición tan villana;
Que una cosa es declarar
El amor con tiernas ansias,
Y otra pedirle favor.
Daréle notables galas:
No habrá palmillas en Cuenca,
Ni tendrá Valencia granas,
Que no le sirvan, Fileno,
De sayuelos y de sayas.
¿Qué aparador de Toledo
Tendrá potencias de plata,
Corales de Barcelona,
De Córdoba filigranas,
Que no adornen cada día
Su bellísima garganta?
Pues fiestas..... Yo le haré fiestas
Al uso de nuestra patria,
Que envidie Zocodover,
Y entre moros, Bibarrambla:
El domingo doy principio.

FILENO.

Vamos, que por oro y plata
Camina á la posesión
Lindamente la esperanza.

Vanse.

ELVIRA.

¡Desiertos campos, soledad gustosa,
Líquidos, sonorosos arroyuelos,
Que hacéis al prado cristalinos velos,
Donde se mira esa arboleda umbrosa!
¡Oh, quién hubiera sido tan dichosa,
Que por su patria los benignos cielos
Le dieran vuestros soles, vuestros hielos,
Donde la paz y la quietud reposa!
Huyendo vengo del rigor de un moro;
No sé si un padre en tales pensamientos,
Que ofendieron el cielo y su decoro.
¡Oh, cómo les mostráis á mis intentos,
Que no están los contentos en el oro,
Sino al revés, el oro en los contentos!

Sale Alfonso.

ALFONSO.

¡Tanto enojo y tanta grita
Para cosa tan pequeña!
Nunca de su necedad
Los hombres viejos se acuerdan.
¿Qué muertos tienen los campos?
¿Qué sangre corre el aldea
Para tan malas palabras?
¡Vive Dios, que si me aprietan,
Que dé conmigo en Toledo,
Y que me voy á la guerra!
¡Vive Dios! Pero ¿qué es esto?
Bien dicen, que á quien se ciega
De cólera y pesadumbre,
Con ocasión ó sin ella,

Pongan delante un espejo,
Y más con luna tan bella.
¿Quién eres, mujer del cielo?

ELVIRA.

Una mujer de la tierra
Que vino á servir aquí.

ALFONSO.

¿Á servir?

ELVIRA.

Pues ¿qué os altera?
¿Qué habéis visto agora en mí,
Que serviros no merezca?
¿No sois hijo de señor?
¿No sois Alfonso?

ALFONSO.

Quisiera
Ser hijo del rey Alfonso,
Que hoy á Castilla gobierna,
Para poder igualarte.
¿Eres tú quien desas sierras,
Más morenas ya por ti,
Pues con ese sol las quemas,
Trujo Fileno?

ELVIRA.

Yo soy.

ALFONSO.

¿De dónde eres?

ELVIRA.

No lo sepas,
Por tu vida, por agora;
Que no quiero que me tengas
Por arrogante.

ALFONSO.

No haré,
Aunque digas que eres Reina,
Porque lo pareces toda.

ELVIRA.

Es esta la vez primera
Que te he visto, y no conviene
Que hablarte tanto me vean;
Que no tendrá más valor
Una mujer forastera
Del que ella se diere á sí.

ALFONSO.

Ya que quién eres me niegas,
Óyeme á mí quién yo soy.

ELVIRA.

Ya lo sé; no me detengas.

ALFONSO.

¡Ay, Inés! En esta casa
Creo que es tu nombre.

ELVIRA.

Aciertas.

ALFONSO.

De mi padre una sobrina.....

ELVIRA.

La historia, si es larga, abrevia.

ALFONSO.

Servíamosla Lauro y yo;
Hoy reñíamos por ella,
Si Fileno no llegara,
Que porque no la quisiera
Se ofreció de darle á ti.

ELVIRA.

Pues qué, ¿soy yo suya?

ALFONSO.

Espera:
Dijo que si le agradabas,
Cosa que juzgaba incierta,
Á Leonor me dejaría;
Y agora quiero que entiendas
Que yo le dejo á Leonor:
Hoy cesa la competencia,
Porque quiero yo ser tuyo.

ELVIRA.

Hoy mis desdichas comienzan:
¿Quieres otra cosa?

ALFONSO.

Sólo
Que, cuando á mi primo veas,
Le digas que yo te sirvo
Aunque no me favorezcas.

ELVIRA.

Adiós.

Vase.

ALFONSO.

¡Qué brío, qué talle,
Qué donaire, qué belleza!
Parece rayo el amor,
Que presto el alma penetra.
¿Soy yo, Leonor, quien te ama?
¿Cómo es posible que pueda
Olvidar años de amor,
Y amar, que las sangres mezcla
Un instante de otros ojos?

Sale Fileno.

FILENO.

Serán extremadas fiestas.

ALFONSO.

¿Qué fiestas, Fileno?

FILENO.

Alfonso,
Las fiestas que Lauro ordena.

ALFONSO.

¿Por Leonor?

FILENO.

¿Qué? No hay Leonor.

ALFONSO.

¡Cómo!

FILENO.

Ni della se acuerda;
Que apenas la bella Inés
Le enseñé, cuando por ella
Está perdiendo el jüicio.

ALFONSO.

Pues dile que no le pierda,
Sino que sirva á Leonor;
Que libre puede quererla,

Porque yo adoro en Inés.

FILENO.

¿Es de burlas ó de veras?

ALFONSO.

Tan de veras, que mil vidas
Perderé si no la deja.

FILENO.

Pues, señor, ni Inés es tuya,
Ni suya; con que esto queda
Remediado por agora.

ALFONSO.

Pues ¿cúya?

FILENO.

Y basta que sea
Prenda de un hombre de bien,
De cuyas patas y piernas
Está huertemente herida;
Que no es de las que desean
Hombres de azúcar rosado,
Que se rizan y se peinan,
Sino de gente robusta.

ALFONSO.

¿Quién es? ¡por tu vida!

FILENO.

Espera,
Que no me atrevo á decillo.

ALFONSO.

¿Quién hay en toda la aldea,
Desde la falda del valle
Á la cumbre de la sierra,
Que merezca tanta dicha,
Que tanta gloria merezca?

FILENO.

Yo ero.

ALFONSO.

¿Quién?

FILENO.

Yo.

ALFONSO.

¿Qué dices?

FILENO.

Que me quiere y me requiebra,
Me pecilga y me constriñe.

ALFONSO.

¡Habránte engañado, bestia!
¿Un angel á ti?

FILENO.

Pues ven
Y pregúntaselo á ella.

ALFONSO.

Ven conmigo.

FILENO.

¡Bien lo entiendes!
Hay mujer que más se precia
De un borrico que anda llano,
Que de caballo Babieca.

Vanse.

SEGUNDA JORNADA.

Salen Leonor y D.ª Elvira.

LEONOR.

Antes que me queje, Inés,
Á Feliciano, mi tío,
Dueño tuyo y dueño mío,
Que ya de entrambas lo es,
Quiero que advertida estés
De una culpa que podría
Ser desgracia tuya y mía,
Y por lo que yo te quiero,
De cuyo término espero
Esta justa cortesía.
Alfonso me quiere bien,
Alfonso ha de ser mi esposo,
Y siendo caso forzoso,
Es culpa tuya también
Ocasionar que me den
Celos tus locos amores;
Que no puede ser que ignores
Que le quiero y que me quiere,
Materia que se requiere
Hasta en versos de pastores.
Ya sabes cómo viniste,
Y la amistad que me debes,
Y que en ausencias aleves,
Más la ingratitud consiste;
No me permitas que, triste,
Te destierre desta aldea,
Si tu soledad desea
La desdicha que refieres;
Que es en las nobles mujeres
Cosa peligrosa y fea.

ELVIRA.

Con injusta reprehensión,
Tus celos tu engaño muestra;
La información fué siniestra,
Y primera información:
Malicias villanas son,
Que de envidias han nacido,
Porque me has favorecido
Mas que á las otras criadas,
De tu amor desengañadas
Y engañadas de su olvido.
En las ajenas bonanzas
Son las envidias demonios,
Porque andan los testimonios
A sombra de las privanzas:
Da fuerza á tus esperanzas
Hasta ver la posesión,
Segura de mi intención;
Que, aunque Alfonso mayor fuera,
Cortos méritos tuviera

Para igualar mi afición.
Tú le goza muchos años,
Segura que tuyo es.

LEONOR.

Yo tengo por cierto, Inés,
Que mis celos son engaños;
Pero hay gustos tan extraños,
Que cuanto ven apetecen:
Mucho tus partes merecen,
Bien puedo yo estar celosa.

ELVIRA.

Las tuyas, Leonor hermosa,
Todo este monte enriquecen.

LEONOR.

Esto de hablar toledano
Y picar en discreción,
Despierta, Inés, la afición
De quien se precia de vano;
Pensará que es cortesano
Por hablarte y por quererte.

ELVIRA.

Yo le trataré de suerte
Que no me quiera, Leonor.

LEONOR.

Pagarás mi grande amor:
Del que le tengo le advierte.

ELVIRA.

Demás, que Lauro desea
Que conozca su afición:
Por mí me dices que son
Hoy las fiestas del aldea;
Pues si Lauro me desea,
Segura puedes estar;
Lauro me sabrá guardar.

LEONOR.

Qué, ¿de Lauro son las fiestas?

ELVIRA.

Cosas públicas son éstas,
Leonor, á todo el lugar.
Esta sortija mantiene
Lauro por mí.

LEONOR.

Pues, Inés,
Quiérele bien, que ya ves
Qué partes y gracias tiene.

ELVIRA.

Alfonso del monte viene;
Leonor, ¿pondréme en huída?

LEONOR.

No te des por entendida:
Celos suelen despertar
Á amor.

ELVIRA.

¿En qué ha de parar
La confusión de mi vida?

Sale Alfonso.

ALFONSO.

Á darte cuenta, Leonor,
Vengo de un notable caso,
Alegre por una parte,
Por otra parte turbado.
Por no hallarme en la sortija,
Leonor, de mi primo Lauro,
Que ya sabes que por celos
Andábamos encontrados,
Fuíme aquesta tarde al monte
Con dos perros y un venablo,
Guiado también del día,
Que ha sido lluvioso y pardo.
Y al descender de la cumbre
Veo venir por el campo,
Con grande algazara y grita,
Un escuadrón de africanos.
Dejando el real camino,
Iban siguiendo y volando
Perdices y francolines
Con los azores gallardos.
Asegúrame el temor
El no mirar lanza en mano
Ni adarga en brazo; y, en fin,
Al pie del monte llegaron.
De ricas telas vestidos,
Hicieron el verde llano,
Con las diversas colores,
Un jardín por largo espacio.
Por las plumas de las frentes,
Entre bengalas y lazos,
Con ser tan fresca la selva,
Dejaba el viento los ramos.
Y con estar de sus yeguas
Tan lejos nuestros ganados,
El mismo causó que entonces
Relinchasen los caballos.
Un moro, galán mancebo,
En un generoso bayo,
Cabos negros que vencía
Con blanco, y que de ante blanco
Traía las guarniciones,
Con los hierros plateados,
Arremetióle hacía mí,
Y díjome en castellano:
«¿Quién sois, cristiano?» Yo dije:
«Soy un montañés hidalgo
Que vivo cerca de aquí.»
Respondió: «Pues ¿hay poblado?»
«Una aldehuela pequeña
Que mis abuelos poblaron,
Que vinieron de León
A las riberas del Tajo.»
«Pues descansemos, amigos»,
Dijo á los otros, picando
El bayo por una senda.
Yo entonces, á los criados,
Pregunté quién es el moro,
Que aficionaba mirarlo.
«El Rey de Sevilla, dicen,
Zulema, nieto del Zaro,
Que va á casarse á Toledo
Con hija del Rey cristiano.»
Por el camino real,

Con reposteros bordados,
Cien acémilas le llevan
Galas y presentes varios.
Atajo el monte corriendo,
Á decir á Feliciano,
Mi padre, que tiene un huésped:
Halléle, contéle el caso;
Pero ¿qué os estoy diciendo?
Ya los moros sevillanos
Vienen con él, y el aldea
Alegre le da los brazos.

Salen Zulema, rey; Audalla, Zaide y Feliciano.

FELICIANO.
He tenido, señor, á gran ventura
Que, siendo vos quien sois, yo un pobre hidalgo,
Honréis mi casa en esta coyuntura,
Aunque para serviros poco valgo.

ZULEMA.
Ella es muy rica, espléndida y segura;
Aunque de la ribera fértil salgo
Del claro Betis, la del Tajo admiro,
Tan verdes selvas en sus montes miro.
Dejé el camino aficionado, y vine
De la suerte que veis.

FELICIANO.
Fué dicha mía
Que os obligue la caza, el monte incline,
Para que honréis aquesta casa un día:
No supe la ocasión, no la previne;
Que, aunque rústica y pobre serranía,
Os hubiera servido un caballero,
Aunque en labranza y hábito grosero.

ZULEMA.
¿Quién es esta señora?

FELICIANO.
Es mi sobrina.

ZULEMA.
¿Y esta gallarda moza?

FELICIANO.
Es mi criada.

ZULEMA.
¿Tu criada belleza tan divina?
Bien dices, pues del cielo fué criada:
¿El nombre?

ELVIRA.
Inés, señor.

FELICIANO.
El cuerpo inclina.

ELVIRA.
No estoy á majestades enseñada.

ZULEMA.
¡Por Alá, que tuviera á gran ventura
Que así fuese de Elvira la hermosura!

ELVIRA.
¿El talle de una pobre labradora
Igualáis á una infanta de Castilla?

ZULEMA.
Yo me holgara que fuéredes señora,
Que yo os hiciera Reina de Sevilla.

FELICIANO.
Llega, Alfonso, á sus pies.

ALFONSO.
Yo llego agora,
Aunque me visteis fuera de la villa,
Á besaros la mano.

ZULEMA.
Alzaos del suelo.

Tocan cajas.

¡Cajas tocan aquí! ¿Qué es esto, cielo?

ALFONSO.
No os alteréis, señor, que es una fiesta
De una sortija que hacen los pastores.

ZULEMA.
Holgaréme de verla.

ALFONSO.
No es compuesta
De galas, ni caballos, ni colores;
La rústica pobreza manifiesta,
Dirigida al favor de unos amores.

ZULEMA.
Yo quiero ser jüez; denme una silla.

ELVIRA.
Qué, ¿éste es yerno de Alfonso de Castilla?

LEONOR.
Así dicen, Inés.

ELVIRA.
Y ¿cómo puede
Dar un cristiano Rey su hija á un moro?

LEONOR.
Por dicha, esa ventura le concede
El cielo por su bien.

ELVIRA.
Contra el decoro
De su nobleza y de su ley procede.

FELICIANO.
Decid que éntre la fiesta.

ELVIRA.
¿Qué tesoro,
Qué paz, qué aumento le resulta desto?

ALFONSO.
Música suena.

FELICIANO.
Diles que entren presto.

Sale Lauro con baquero y máscara, lanza pintada y por padrinos dos damas con máscaras, y dos tarjetas, en una pintada la luna, y en la otra el sol.

FELICIANO.
Éste es el mantenedor;
Llega y descúbrete, Lauro,
Besa los pies á Su Alteza.

LAURO.
Por buen agüero he tomado
Tener un Rey por jüez,
No para el premio que aguardo,
Sino para la esperanza
Del buen fin de sus cuidados.

ZULEMA

Si como galán venís,
Sois venturoso en premiaros;
Segura tenéis la empresa.

ALFONSO.

En vivos celos me abraso.

ZULEMA.

¿Qué fiesta es ésta que hacéis?

LAURO.

Correr lanzas á caballo;
Que lo que habéis de juzgar,
Es quién da mejor al blanco
De aquella sortija puesta
Entre aquellos olmos altos,
Cuál va más firme y derecho,
Cuál más galán y bizarro,
La invención y mejor letra.

ZULEMA.

Galanes sois y cristianos.

LAURO.

Esta señal es la mía.

ZULEMA.

Yo la leo, que he estudiado
Vuestra lengua desde niño,
Y al fin la escribo y la hablo.

Lea.

«La luna se me ponía;
Mas luego que el sol salió,
Seguíle aunque me abrasó.»

LAURO.

En aquestas dos tarjetas
Truje mi intento pintado.

ZULEMA.

Y ¿quién estas damas son?

LAURO.

La que dejo y la que amo.

ALFONSO.

¿Hay mayor atrevimiento?

FELICIANO.

Los demás entran.

ALFONSO.

¿Qué aguardo?
¿Quién trujo este moro aquí
Cuando me estoy abrasando?

Sale Fileno vestido de papel, como los muchachos que van á los gallos, con su rehilero, y por padrinos todas las tres damas que han salido.

FELICIANO.

Éste es Fileno.

ZULEMA.

¿Quién es
Fileno?

FELICIANO.

Es mozo del campo,
Hombre de humor, aunque pobre.

ZULEMA.

Veré en la invención y el gasto.

FELICIANO.

Besa los pies á Su Alteza.

FILENO.

Armado de punta en blanco,
Á la vuesa morería,
Fileno, rey de los gallos,
Pide los pies, gran señor.

ZULEMA.

Á fe que venís gallardo:
¿Qué le dan al más galán?

FILENO.

Un ganso, señor.

ZULEMA.

¿Un ganso?
Denle cincuenta por mí.

FILENO.

¿Cincuenta? Rey sois de patos.
¡Oh, qué ventura es estar
Cerca de los reyes!

ZULEMA.

¿Cuánto
Os ha costado el vestido?

FILENO.

Señor, costóme tres cuartos.

ZULEMA.

Denle una almalafa mía
De terciopelo y brocado.

FILENO.

¿Qué es almalafa?

FELICIANO.

Un vestido.

FILENO.

Dadme vuestras moras manos,
Y prega á Dios que viváis,
Gran Zulema, tantos años,
Que os llamen Matusalema.

ZULEMA.

¿Traéis letra?

FILENO.

Letra traigo,
Y tres damas por padrinos,
Con un concequiero bravo.

Lea.

«Todas se mueren por mí,
Y yo solamente quiero
Mi salud y mi dinero.»

Sale D. Manrique, de camino.

MANRIQUE.

Dicha ha sido acertar así á esta aldea,
Que está por estos montes escondida:
¿Es éste el Rey?

LAURO.

Pues ¿quién queréis que sea?

MANRIQUE.

Guarden los cielos, gran señor, tu vida.

ZULEMA.

Gracias á Alá, que quiere que ya vea

(¿Así mi suegro el Rey de mí se olvida?)
Un caballero de su casa.

MANRIQUE.

El cielo
Sabe, Fénix del África, su celo.

ELVIRA.

Éste, ¿no es Don Manrique? ¿Á qué ha venido?
En mayor confusión estoy agora.

MANRIQUE.

Puesto que embajador trágico he sido,
No por eso mi amor el tuyo ignora;
Don Manrique de Lara me apellido,
Del famoso linaje de Zamora
Y aquellos siete Infantes, que la fama
De vuestros hechos desdichados llama.
Mandóme el Rey, sabiendo que venías,
Como en Toledo estaba concertado,
Te alcanzase y dijese que podías
Volverte Rey, y no volver casado,
Porque la Infanta, viendo que tenías
De la divina ley que ha profesado
La contraria, con tanto vituperio
Oculta vive en santo monasterio.
Bien estarás seguro que le pesa
Que no llegue el concierto á ejecutarse;
Que sacarla de allí no es justa empresa
Ni puede el templo santo quebrantarse:
No la amistad, aunque el concierto cesa,
Que bien pueden las paces conservarse,
Pues la observancia de la ley le obliga
Y el reino, que con quejas le fatiga.

ZULEMA.

Eso pudiera el Rey tener mirado,
Y con ella y el reino prevenido,
Pues que tan cerca estoy, que de su Estado
Con dos pequeñas sierras me divido:
¡Manrique, un hombre como yo burlado,
Que he escrito á mis parientes y advertido
Del parentesco que con él hacía,
En que la paz de España pretendía!
Ya venían de Córdoba y Granada
Zaro y Zelín: de Zaragoza, Arfiro;
De Valencia, Venula, cuya espada
Desnuda ya sobre Castilla miro:
Y no sólo en España dilatada
La nueva estaba, que deshecha admiro,
Mas por el ancho mar daban los ecos
En las torres de Fez y de Marruecos.
Dile á tu Rey, Manrique (y no te asombre),
De aqueste enojo el furibundo brío,
Que no soy hombre yo, que ningún hombre
Atreva su valor al valor mío;
Que á él, pues él me iguala en sólo el nombre,
De persona á persona desafío,
Y que si no saliere y tiene miedo,
Le buscaré en la vega de Toledo.
Presto verás que de los montes bajo
Con moros andaluces y extremeños,
Y que mis yeguas beben en el Tajo,
Y las suyas la sangre de sus dueños:
En oro, en fuerza, en años le aventajo,
En municiones y en armados leños;
Y dile que jamás tan justa ira
Podrá templarme sin que goce á Elvira.

Vase.

MANRIQUE.

Espera, advierte: fuése.

ALFONSO.

Caballero,
Si con un escuadrón de labradores
Queréis acometer al moro fiero,
Matalde y excusad guerras mayores.

MANRIQUE.

Vino de paz el bárbaro primero,
Y no es razón que nombre de traidores
Puedan tener jamás los castellanos.

ELVIRA.

Temblando estoy de verme entre sus manos.
¡Quién dijera á Manrique que yo era
Del moro que se fué tan arrogante!

MANRIQUE.

Hidalgos de esta aldea, el Rey me espera.

ALFONSO.

Queremos ir con vos.

MANRIQUE.

Pues id delante;
Pero quedaos aquí, que deste afuera,
No hay moro de Sevilla que me espante.

ALFONSO.

¡Lauro!

LAURO.

¿Qué quieres? que tu intento ignoro.

FILENO.

¡Que se llevase la almalafa el moro!

ALFONSO.

Deseo saber de ti,
Y con razón lo deseo,
(Que de mi desdicha creo
Que eso y más pase por mí)
Si quieres bien á Inés.

LAURO.

Sí.

ALFONSO.

¿Á Leonor no quieres?

LAURO.

No;
Que, como Inés me agradó,
Hasta Leonor te dejé,
Porque así el concierto fué
Que entre los dos se trató;
Que no me puedes negar
Que queriendo tú á Leonor,
Fué mucho tener amor
Y reducirme á olvidar.

ALFONSO.

Á Leonor te quiero dar,
Pues á Leonor has querido,
Que por ti della me olvido,
Que quiero querer á Inés.

LAURO.

Ya vienes tarde, y no es

Para aceptar el partido.
Si tengo de andar tras ti
Á no querer lo que quieres,
No hay en el mundo mujeres
Para ti ni para mí;
Á ver á Inés remití
El olvidar á Leonor.

ALFONSO.

¿Qué mucho, si era mejor?
Lauro, yo me llamo á engaño,
Pues fué el concierto en mi daño
Por la mitad del valor.

LAURO.

Alfonso, yo he visto en ti
Tal inconstancia y mudanza,
Que he perdido la esperanza
De tu amistad para mí;
Y te digo desde aquí
Que yo muero por Inés,
Y que ocasión no me des
Á que otra vez descolguemos
Las armas que no tenemos.

ALFONSO.

Oye, no te vayas, pues.

LAURO.

¿Qué quieres? Como no sea
Dejar á Inés.....

ALFONSO.

Que ella diga
Á quién quiere.

LAURO.

Amor me obliga
Que mi esperanza creyera;
Pero aunque quererte quiera,
Dejaré de pretender,
Mas no, Alfonso, de querer,
Que el querer no está en mi mano;
Dejarla sí, porque es llano,
Si fuere Inés tu mujer.

ALFONSO.

Ya viene, que amor la mueve,
Dando con los pies al prado
Más flores que le ha quitado
Del frío invierno la nieve.

Sale Elvira.

ELVIRA.

¡Parece que el cielo llueve
Desdichas en mis enojos!
¿Cuándo cesarán mis ojos
De llorar? ¿Cuándo mi pena,
Desde esta tierra á la ajena,
Trasladará mis despojos?
Pero como á mi fortuna
Mal agradecida estoy,
Pues que tan segura voy,
Que no me ofende ninguna,
Sólo puedo temer una,
Que es flaqueza en el querer,
Que de mi ser puede ser,
Aunque el valor no lo crea;
Que por más alta que sea,
Soy, en efecto, mujer.
Este Alfonso me ha mirado
Y dicho su pensamiento;
Del primero movimiento,
Justa venganza me ha dado.
¿Es posible que ha llegado
Mi nobleza á tal bajeza?
Mas disculpe mi nobleza
El cielo en mi justo celo,
Pues parte del mismo cielo
Llamaron á la belleza.
Mas ¿hay imaginación
Más vil que la que yo tengo?
Presumo, amor, que te vengo
De alguna injusta afición;
Que puesto que hidalgos son
Estos ricos aldeanos,
Con los reyes castellanos
Es comparación indigna,
Puesto que más noble y digna
Que con moros africanos.
¿Si querré para olvidar
Mis trabajos? ¡Ay! ¿Quién es?

ALFONSO.

Dos almas somos, Inés,
Que venimos á penar.

ELVIRA.

Con almas no pienso amar,
Y más si penas tenéis.

LAURO.

¡Ay, Inés!

ELVIRA.

¿Qué me queréis?

LAURO.

Que escuches y hagas favor
Á quien tuvieres amor.

ELVIRA.

Decid lo que pretendéis.

ALFONSO.

Inés, cuando te vi, te amé; no pude
Amarte antes de verte; pero al verte,
Quererte se siguió, que fué quererte,
Sangre que al alma por la vista acude.
Que tu beldad, ya salteador, desnude
Al alma de tu amor, fué dulce suerte,
Porque no habrá peligro, hasta la muerte,
Que de aqueste propósito me mude.
Yo soy el labrador destas riberas,
Si bien de hidalgo quiero que me trates,
Que de mayores partes consideras.
Inés, quiéreme á mí, no lo dilates;
Y cuando no merezca que me quieras,
Por lo menos, merezca que me mates.

LAURO.

Inés, sin verte, el alma te adoraba,
Que quien te vió, por fuerza te quería,
Pues fué animoso, á ver cómo sería
Amor que de otro amor me despojaba.
Creció mi amor en viéndote, que estaba

Declarando su misma profecía
En esos ojos, donde vi que había
La luz de la verdad que imaginaba.
Pienso que pagarás haberte amado,
Cuando de tanto amor la verdad pruebes
En el gusto, en la fe y en el cuidado.
Esto resuelvo en dos palabras breves,
Que cuando no me pagues, me has pagado,
Pues has de conocer lo que me debes.

ELVIRA.

Alfonso y Lauro, si olvidar pudistes,
Con verme á mí, lo que primero amastes,
De la poca firmeza que mostrastes
Firme seguridad me prometistes.
Por donde me obligastes, me perdistes;
Pues como entonces á Leonor dejastes,
Me dejastes también, ó cuanto amastes,
En la inconstancia que en amar tuvistes.
¿Qué mujer, y más yo, por tierra extraña,
Puede para querer ser atrevida
Á quien de que olvidó la desengaña?
Porque desengañada, aunque querida,
Ni se deja engañar de quien engaña,
Ni se deja querer de quien olvida.

ALFONSO.

Tú respondiste muy bien.
Como no quieras á Lauro,
Lo que he perdido restauro
En tu amor con tu desdén;
Porque dar celos á quien
No merece algún favor,
Es aumentar el amor.
No quieras, y no querré,
Que si quieres, perderé
La vida con el honor.

Vase.

LAURO.

Alfonso dice muy bien:
Ya que no quieras á Lauro,
Con no querelle restauro
La defensa en tu desdén;
Porque si no quieres bien
Y tienes igual rigor,
Tendrá sosiego mi amor;
Que si quieres, no podré
No querer, y mataré
Á quien hicieres favor.

Vase.

Sale Fileno.

FILENO.

Á los moros he seguido
Y no he podido alcanzallos,
Porque el viento y los caballos
Las parejas han corrido.
Sin la almalafa me quedo;
Cincuenta gansos perdí.

ELVIRA.

¡Fileno!

FILENO.

¿Tú estás aquí?
Huélgome, que hablarte puedo.

ELVIRA.

Yo más de verte, á la fe;
Que esos necios me han cansado.

FILENO.

Yo los vi salir del prado:
¿Qué te dijeron?

ELVIRA.

No sé.

FILENO.

Précianse de cortesanos
Y que descienden de reyes,
Hartos de andar tras los bueyes
Con el arado en las manos.
Vístense, á pesar del viejo,
Galas ricas y costosas;
Las zagalas más hermosas
No acuden tanto al espejo.
Para que dellos te libres,
Un consejo darte quiero.

ELVIRA.

Ya, Fileno, considero
Que son, como ricos, libres.

FILENO.

En siendo mancebos ricos,
Quieren por fuerza las mozas;
Tú, que de honrada te gozas,
No escuches sus dulces picos;
Que te vendrás á perder.

ELVIRA.

¿Y el consejo?

FILENO.

Que te cases,
Para que la vida pases
Con tu marido á pracer.

ELVIRA.

¿Con quién?

FILENO.

Yo sé bien con quién.

ELVIRA.

¿Quién? ¡por tu vida!

FILENO.

No quiero.
Que te enojes.

ELVIRA.

¿Quién?

FILENO.

Yo ero.

ELVIRA.

¿Tú, mi Fileno?

FILENO.

Pues ¡chen!
¿No es peor andarte así
Y dar algún estropiezo?
Que en tomando un mal avieso,
Luego te irás por ahí.
Cuelgan en casa tocinos,

Y mientras están enteros,
Los ojos más galameros
No son de mirallos dinos;
Pero en decentando alguno,
Todo por allí se va;
Que mientras entero está,
No se le atreve ninguno.

ELVIRA.

¿Tienes tú con qué vivir
Si nos casamos los dos?

FILENO.

Sí tengo; gracias á Dios,
Ende más de mi servir.
Eso poco me desvela,
Aunque no con mis descansos.

ELVIRA.

¿Qué tienes?

FILENO.

Cincuenta gansos
Y una almalafa de tela.

ELVIRA.

¿Quién tal riqueza te dió?

FILENO.

Pues ¿eso te maravilla?
Allá los tengo en Castilla,
Que el moro me los mandó.

ELVIRA.

Feliciano viene aquí;
Háblale, que allí me escondo.

Salen Feliciano y Leonor.

FELICIANO.

Esto, Leonor, te respondo.

LEONOR.

Poco te dueles de mí.

FELICIANO.

Pues si vino esa mujer
Ya que no la sirvo en algo,
Á valerse de un hidalgo,
¿He de dejarla perder?

LEONOR.

Y ¿es bien que Alfonso se mate
Con Lauro de celos della?

FELICIANO.

Es una honrada doncella,
Y su amor es disparate.

LEONOR.

Si Alfonso ha de ser mi esposo,
¿Es bien que esté enamorado?

FELICIANO.

Quiérele tú con cuidado
Y no le traigas celoso

LEONOR.

¿Yo celoso?

FILENO.

¿Podré hablarte?

FELICIANO.

¿Qué quieres? ¿Por qué no vas
Al campo?

FILENO.

Impórtame más
Hablarte, señor, aparte.

FELICIANO.

Di delante de Leonor.

FILENO.

Señor, el hombre en defeto
Es hombre.

FELICIANO.

¡Qué buen sujeto!

FILENO.

Yo, como digo, señor.....

FELICIANO.

Pues ¿has dicho alguna cosa?

FILENO.

No me hubiera á mí parido
Mi madre sin su marido.

LEONOR.

¡Qué turbación tan graciosa!

FELICIANO.

Pues bien.....

FILENO.

No se huera casado
Con ella; que de casarse
Nací yo.

FELICIANO.

¿Qué ha de sacarse
De todo lo que has hablado?

FILENO.

¿No lo entiende?

FELICIANO.

Yo, ¿de qué?

FILENO.

Ni yo tampoco, ¡por Dios!
Pero casados los dos,
Pienso que más claro esté.

FELICIANO.

¿Quién? ¿Tú y yo?

FILENO.

Mas ¡arre allá!
No, sino yo con Inés,
Que ella quiere; yo, endespués
Que está en casa.....

FELICIANO.

Entiendo ya;
Pero ¿Inés te quiere á ti?

FILENO.

Sí, señor.

FELICIANO.

¿Oyes, Leonor?

LEONOR.

Que está borracho, señor,
Y viene fuera de sí.
Es mujer Inés que tiene
El pensamiento en el cielo.

FELICIANO.

Idos los dos, que recelo
Que por esos olmos viene.

LEONOR.

Si eso es verdad, yo te mando
Un collar de aljófar.

FILENO.

Ven;

Que ella lo dirá también.

LEONOR.

¿Así?

FILENO.

¿No hablo? ¿No ando?
¿No soy hombre yo?

LEONOR.

Sí.

FILENO.

Y ¿pues?

LEONOR.

Es desigual para ti.

FILENO.

Algún secreto hay en mí,
Pues á mí me quiere Inés.

Vanse, y sale D.ª Elvira.

FELICIANO.

Seas, Inés, bien venida.

ELVIRA.

Á tu servicio, señor.

FELICIANO.

No he tenido, Inés, mayor
Admiración en mi vida.

ELVIRA.

¿Cómo, señor?

FELICIANO.

Viendo en ti
Tal modestia y gravedad,
Que tenías calidad
Y nobleza presumí.
¿Tú tienes entendimiento?
¿Tú á Fileno quieres bien?

ELVIRA.

Pues ¿quién te lo ha dicho?

FELICIANO.

¿Quién?
Él trata tu casamiento.
No sé quién eres; mas creo,
Con ser hombre de valor,
Aunque me ves labrador
Y que en los campos me empleo,
Que á no tener á Leonor
Para Alfonso, te casara
Con él; tal miro en tu cara
De generoso valor.

ELVIRA.

Señor, para sosegar
De Alfonso y Lauro los celos,
Porque he tenido recelos
De que se quieren matar,
Quise con esta locura
Mostrarles poco valor,
Y porque he visto á Leonor
Celosa y poco segura.
Y así vivas muchos años,
Que ayudes esta invención,
Porque templar su afición
No puede ser sin engaños.
Di que me casas con él
Mientras casas á Leonor,
Porque con esto, mi honor
Guardaré de Lauro y dél.

FELICIANO.

Fío de tu entendimiento,
Y lo que pienso de ti,
Que quieres hacer así
De Leonor el casamiento;
Y huélgome de saber
Que te requiebren los dos,
Y ojalá pluguiera á Dios
Fueras de Alfonso mujer;
Que aunque en aquesta ocasión
Á labrar los campos viene,
Yo te prometo que tiene
Sangre del Rey de León.

Vase.

Sale Alfonso.

ALFONSO.

Pastores destas montañas,
Yo me muero por Inés;
Sabed que no tengo vida
Cuando la dejo de ver.
Al prado dicen que sale;
Siguiendo vengo sus pies,
Que lleva en ellos mis ojos
Desde que mis ojos fué.
Venid á coger las flores
Que por los campos se ven,
Por imitarla el jazmín,
Por envidiarla el clavel.
Los arroyuelos se ríen
De mi amor y su desdén;
Las aves cantan, yo lloro:
¡Qué pesar y qué placer!
Hoy me dijo en el aldea
Que á ninguno quiere bien;
Mientras no quiere á ninguno,
Amor, disculpa tenéis.
A hablarla vengo, si tengo
Dicha que escuche mi fe;
Que quien se crió en la corte,
No puede ser descortés.
Deseos, tened el paso;
Ojos, parad, ésta es.
Inés, ¿dónde vas tan sola?
¿Tan sola y triste?

ELVIRA.

No sé.

ALFONSO.

¿Huyes de mí, por ventura?

ELVIRA.

Más de mí pudiera ser;
Que no estoy tan bien conmigo
Que vaya conmigo bien.

ALFONSO.

Inés, sospechas me han dado
Que eres principal mujer,
Y que te burlas de todos

Porque inferiores nos ves.
Pues sabe, Inés, que venimos,
Aunque inferiores, de un Rey
Que tuvo un tiempo León;
Pero el tiempo puede hacer
Que se humille el que está en alto
Del más humilde á los pies.
Vino mi abuelo á esta tierra
En desgracia del leonés,
Por matar á un caballero,
Y tomó el traje que ves.
Adquirió tan grande hacienda,
Y Feliciano también,
Que el Rey en nombre le excede,
No le iguala en el poder.
Si tú quisieres ser mía,
Pues yo te quiero por fe,
Dejaríamos el traje
Porque en la corte después
Viviésemos como nobles
Y nos conociese el Rey.

ELVIRA.

Alfonso, de tu nobleza
Yo tengo satisfacción:
Casos de fortuna son,
Que nunca tuvo firmeza.
Más hace tu amor conmigo
De lo que yo te merezco:
Agradecida me ofrezco
Á ser piadosa contigo;
Que es mucho creer de mí
Lo que yo misma no creo,
Porque de suerte me veo,
Que no puedo ser quien fuí.
Si sangre de reyes tienes,
¿Cómo quieres por mujer
Mujer que dejó de ser
Y que á verla sin ser vienes?
Pero si es justo pagar
Esa honrada inclinación,
Yo te prometo afición
Si diere el tiempo lugar;
Que estoy aquí con tal miedo
Que cualquier sombra me espanta,
Como si fuera la Infanta
Que está escondida en Toledo.

ALFONSO.

¿Hay dicha como la mía?
¿Qué haré? Pero escucha un poco.

Sale Fileno.

FILENO.

Vengo de contento loco.

ALFONSO.

¿Qué haré si Lauro porfía?

FILENO.

Señor, lo tiene por bien.

ALFONSO.

Éste es Fileno.

FILENO.

En efeto;
Me ha dicho que soy discreto
Y venturoso también,
Y que quiere ser padrino.

ELVIRA.

Vete, Alfonso, no nos vea
Quien de mi recato crea
Algún necio desatino.

ALFONSO.

¿Podré aquesta noche hablarte,
Nuestra gente recogida,
Con la honestidad debida?

ELVIRA.

Yo no me atrevo á escucharte,
No, por no ser descortés;
Mas porque solos los dos
No estamos bien.

FILENO.

Bien, ¡por Dios!
¡Solos Alfonso é Inés!
Mal agüero, no me agrada.

ALFONSO.

Hazme este bien.

ELVIRA.

Vete agora.

ALFONSO.

Alienta, dulce señora;
Un alma tan desmayada,
Da vida á quien.....

ELVIRA.

Vete ya.

ALFONSO.

Pues ¿doleráste de mí?

ELVIRA.

Si aquesto dices aquí,
Mira lo que harás allá.

ALFONSO.

Ahora bien, yo espero, Inés,
Que has de conocer mi amor.

ELVIRA.

Poco te duele mi honor.

ALFONSO.

Yo me voy.

ELVIRA.

Camina, pues.

ALFONSO.

No sé qué tengo, no puedo.

ELVIRA.

¡Dulce engañar de los hombres!

ALFONSO.

¿Con qué regalados nombres
Te diré que en ti me quedo?

ELVIRA.

¿Agora estamos así?

ALFONSO.

Nobre Fileno, ¿esto pasa?

ELVIRA.

No me cogerás en casa.

ALFONSO.

Voyme, mi bien.

ELVIRA.

Eso sí.

¿Tú estabas aquí, Fileno?
FILENO.
Pues ¿dónde tengo de estar?
¿En el monte?
ELVIRA.
¡Qué pesar
Me ha dado Alfonso!
FILENO.
¡Oh, qué bueno!
ELVIRA.
¿Cosa que celoso estés?
FILENO.
Pues ¿son los agravios celos?
ELVIRA.
¡Agravios! ¡Saben los cielos.....
FILENO.
¿Tú quieres matarme, pues?
Vengo de hablar con señor,
Y hallo á Alfonso.....
ELVIRA.
No prosigas;
Que no quiero que me digas
Cosa que ofenda mi honor.
FILENO.
Señor nos quiere casar.
ELVIRA.
Ese es todo mi deseo:
¿Tienes buen ánimo?
FILENO.
Creo
Que me quieres enseñar
Desde agora la cartilla.
ELVIRA.
No es eso, que soy mujer
Que pudiera merecer
Ser la Infanta de Castilla.
FILENO.
Pues ¿para qué será bueno
El ser animoso, Inés?
ELVIRA.
Yo no quiero que después
Te quejes de mí, Fileno:
Sabe que yo fuí casada.
FILENO.
¿Casada?
ELVIRA.
Casada fuí,
Si bien sólo un mes me vi
De mi dulce esposo amada.
FILENO.
El desengaño temía.
ELVIRA.
Pues ¿aquesto sientes?
FILENO.
Siento
Que ha de ser mi casamiento
Como quínola con guía.
En fin.....
ELVIRA.
Cierto caballero,
Que primero me sirvió,
Á mi esposo me mató.
FILENO.
¡Yo vengo á ser el tercero!
ELVIRA.
Con esto, se me aparece
Cada noche.
FILENO.
¡Malos años!
ELVIRA.
Y los amorosos daños
Me refiere y me enternece,
Jurando que ha de matar
Á quien se case conmigo.
FILENO.
Soy yo desto muy amigo,
Y que me vengan á hablar
Personas del otro mundo.
Inés, yo me voy á casa;
Que anochece ya.
ELVIRA.
¿Esto pasa?
Yo siempre en verdad me fundo:
Despacio lo has de pensar.
FILENO.
¡No me dejes solo!
ELVIRA.
Pues (1)
¿Ya no te quieres casar?
Anda, que no será nada:
Sombras son.
FILENO.
¿Sombras las nombras?
¡Casarme y topar con sombras!
ELVIRA.
Voyme, pues que no te agrada.

TERCERA JORNADA.

Salen Filandro, Riselo, Liseo y Fileno, con vestidos de segadores, sombreros, hoces é instrumentos.

FILANDRO.
Cansado estoy de segar;
Tales bríos el sol tiene.
LISEO.
Mientras la merienda viene
Un poco podéis cantar.
FILENO.
Eso sí, que yo también
Ayudaré por mi parte.
FILANDRO.
¿Será de Amor ó de Marte?
FILENO.
¿Qué es Marte? Y hablemos bien.

(1) Falta un verso á esta redondilla.

FILANDRO.

Marte es el dios de la guerra,
Y como el moro andaluz,
Su luna opone á la cruz,
Gloria del cielo y la tierra.
Andan, Fileno, canciones
Que animan al Rey cristiano.

FILENO.

Si baja el moro africano
No faltarán coscorrones.

LISEO.

¡Notable gente ha traído!

RISELO.

Diz que ya la tierra pasa.

FILENO.

¿Y el Rey?

FILANDRO.

No se está en su casa;
Que su ejército escogido
Pasa la moruna tierra
Para detenerle el paso.

FILENO.

¿Supisteis ya todo el caso
Que fué causa de la guerra?

RISELO.

En las copras, á la he,
Se dice todo.

FILENO.

Pues vaya,
En tanto que el sol desmaya.
¿Quién la compuso?

FILANDRO.

Tomé.

Cantan.

Escondida está la Infanta
Doña Elvira de Castilla,
Por no casar con Zulema,
El Rey del Andalucía;
Ninguno sabía della,
Aunque dicen en Sevilla
Que don Manrique de Lara
En Zamora la tenía.

Sale Alfonso.

ALFONSO.

El cielo maldiga, amén,
Mi necia curiosidad.

RISELO.

Éste es Alfonso; parad.

ALFONSO.

Ya que trazó tu desdén,
Inés, en tan grande amor,
Me la quita de los ojos
Mi padre, por darme enojos:
¿Hay más extraño rigor?

FILENO.

¿Qué hay, Alfonso?

ALFONSO.

Busco á Inés;
Que mientras fuí á ver la gente
Del ejército valiente,
Que tan cerca como ves
Pasa de nuestra montaña,
Mi padre, cruel, la echó
De casa.

FILENO.

No supe yo
Esa vil é infame hazaña;
Que yo supiera escondella.

ALFONSO.

¡Vive Dios que le he de dar
Tal pesadumbre y pesar
Como él me ha dado por ella!
Muerto me dejó el cruel,
Aquestos prados sin flores,
Sin sujeto los pastores,
De quien fué verde laurel;
Los campos sin primavera,
Y las aves sin aurora,
Esta aldea sin señora,
Sin Abril esta ribera;
Sin alma esta vida ausente,
Y á cuántos ojos sin luz;
Mas pues el moro andaluz
Pasa la sierra con gente
Y va Alfonso con la suya
Para detenerle airado,
Irme quiero á ser soldado.

FILENO.

Resolución es la tuya
Tan honrada, que me ofrezco
De acompañarte á la guerra,
Si bien por hombres de sierra
Menos el nombre merezco;
Pero podréte servir
De llevarte, como paje,
Armas, caballo y bagaje.

ALFONSO.

No me pudieras decir
Cosa de mayor contento:
Dame, Fileno, esos brazos;
Que estimo más tus abrazos
Que el oro dese avariento.
Mil galas quiero ponerte,
Mil plumas.

FILENO.

¿Plumas también?

FILANDRO.

Pues á fe que hay aquí quien
Fuera también desa suerte.

ALFONSO.

Filandro, Riselo, amigos,
Venid conmigo á la guerra,
Pues ya cercan nuestra sierra
Los bárbaros enemigos.
Siempre en ella los cristianos
Han tenido mil victorias.
Tened parte destas glorias,
Con las armas en las manos.
Juntemos un escuadrón;

Seré vuestro capitán.

RISELO.

Si tú vas, todos irán.
¡Pardiez, no quede un garzón
En toda la serranía!

FILENO.

Vamos, zagales, por moros,
Que diz que traen tesoros
De toda la Andalucía.
Á la he, que hemos de ver
Esta vez quién puede más.

FILANDRO.

Todos irán si tú vas.

ALFONSO.

Á todos quiero poner
Con ricas plumas y espadas.
¿Á mí quitarme mi bien,
La vida y alma también,
En su luz depositadas?
¿Á mí porque á Lauro herí?
¡Si la vida le dejé!
Pues bien, ¿qué milagro fué?
¿No pudiera herirme á mí?
Vamos, amigos, callando,
Sin que lo entienda señor.

FILANDRO.

Tú nos verás tu valor
Hidalgamente imitando.

ALFONSO.

Luego que os veáis galanes
Tendréis los bríos mayores;
Que de fuertes labradores
Se hacen fuertes capitanes.
Volverá todo hombre rico.

LISEO.

La guerra lo puede hacer.

FILENO.

¡Pardiez, que me he de comer
Un morico chiquitico!

Vanse.

Salen Feliciano, Doristo y D.ª Elvira.

FELICIANO.

Movido de tu llanto,
Que por tu honrada cara descendiendo,
Puede obligarme á tanto,
Que de tus perlas tu inocencia entiendo,
No quiero que te pierdas,
Pues la palabra que te dí me acuerdas.
Aquel loco perdido,
Á Lauro hirió por ti; y aunque fué poco
Y está convalecido,
No quiero que otra vez, de celos loco,
Vuelva á herirle y le mate,
Sino que de su hacienda y labor trate.
En casa de Doristo
Estarás escondida con secreto;
Que ya tu pecho he visto,
Noble, inocente, principal, discreto,
Mientras que le sosiego
Y el casamiento de Leonor le ruego.

ELVIRA.

No hay monte en esta aldea,
De cuantos la coronan, señor mío,
Que para mí no sea,
Aunque me pongas en su centro frío,
Palacio descansado,
De jaspes y de mármoles labrado;
Con tal que no me arrojes
De tu presencia y casa, ni conmigo
Por Alfonso te enojes.

FELICIANO.

De tu inocencia soy, Inés, testigo:
No llores, pues has visto
La voluntad y celo de Doristo.

Sale Leonor.

LEONOR.

¿Con este descuido estás?

FELICIANO.

¿Sabías que estaba aquí?

LEONOR.

¿No me lo dijiste?

FELICIANO.

Sí.
¿Dónde tan turbada vas?

LEONOR.

¿Cómo dónde voy turbada,
Si Alfonso, por darte enojos,
Lleva la luz de mis ojos
Entre sus ojos robada?

FELICIANO.

¿Qué dices?

LEONOR.

Que por la sierra
En un caballo se parte.

FELICIANO.

¿Dónde, Leonor, á qué parte?

LEONOR.

Todos dicen que á la guerra;
Y debe de ser verdad,
Pues se lleva un escuadrón
De labradores, que son
Lo mejor de tu heredad.
Entró en casa, y derribando
La puerta de tu aposento,
Sacó de su antiguo asiento
El oro que estás guardando;
Y cargando dél muy bien
Á Fileno, aquel bellaco,
Abrazado con un saco,
Se parte con él también.

FELICIANO.

No tengas pena, Leonor.
Aun tengo el pasado brío:
¡Oh, traidor! ¡No es hijo mío!

DORISTO.

El oro siente.

FELICIANO.

¡Oh, traidor!

Con Lauro te he de casar;
Tuya y de Lauro ha de ser
Mi hacienda.

LEONOR.

En mí quiso hacer
Venganza de su pesar.

FELICIANO.

Ven conmigo, haz que me den
Una yegua.

LEONOR.

Estás muy viejo;
Que no vayas te aconsejo.

FELICIANO.

¿Viejo? Camina.

LEONOR.

¡Ay, mi bien!

Vanse.

Tocan cajas: salen soldados y un capitán, el rey Alfonso y D. Manrique.

REY.

¿Tan cerca estamos ya?

MANRIQUE.

Tan cerca estamos,
Que se oyen las trompetas de los moros
Retumbando los ecos en los ramos.
Conviene á los católicos decoros
De un Rey cual tú, después de haber llamado
En tu defensa los celestes coros,
Mostrar valor al africano airado,
Como se le mostraron tus mayores,
Pues es de tus mayores heredado.

REY.

¡Que lleguen por mi tierra vencedores
Los bárbaros del África, Manrique,
Esmaltando los aires de colores!
¡Que su cobarde gente multiplique
El moro de Granada y de Almería,
Por más que lo contrario les suplique!
Pues será hoy de mi venganza el día:
No ha de quedar con vida sólo un moro,
Que me anima valor, la fe me guía.
La santa fe de aquel Señor que adoro
Se ha de ensalzar, como me enseña Elvira,
Elvira oculta, cuya vida ignoro.

MANRIQUE.

Los pueblos, gran señor, que vienen mira,
Á socorrer tu ejército de gente,
Cuya lealtad con justa causa admira,
Pues todos vienen voluntariamente.

Sale Alfonso muy bizarro, y los labradores todos con espadas y plumas, y Fileno de soldado á lo gracioso.

FILENO.

Aquí está Su Majestad.

ALFONSO.

Dejadme llegar primero.

FILENO.

¡Oh, lo que ha de hacer el Rey
En viéndome los brebiescos!

ALFONSO.

Calla, Fileno, que aquí
Es todo mudo respeto,
Porque la primera ley
Del palacio es el silencio.

FILENO.

¡Voto á tal, que quiero echar
Varaones á este coleto!
Pero parecen alones,
Y hacen menos alto el cuerpo.

ALFONSO.

Vuestra Majestad me dé
Sus pies.

REY.

¿Quién eres, mancebo?

ALFONSO.

Quien con aquellos soldados
Viene á servirte dispuesto.
Hijo soy de un labrador,
Cuyos hidalgos abuelos
El Rey de León sentaba
Á su lado en algún tiempo.
Bien sabes quién fué, señor,
El generoso don Tello
De Quiñones y de Asturias,
Godo en sangre, en armas Héctor.
Retrújose, por la muerte
De un asturiano soberbio
Que llamaban D. Bermudo,
Á los montes de Toledo.
Supo, señor, tu venida;
Y aunque solo soy quien tengo
El báculo de sus años,
Y de su luz el espejo,
Quiere que venga á servirte
Con estos fuertes mancebos,
Lo mejor de su labranza,
Y que te traiga, sin esto,
Tres mil ducados en oro,
¡Ojalá que fueran ciento!
Para gastos de la guerra.

REY.

Manrique, ¿qué dices desto?

MANRIQUE.

Señor, que se ve muy claro
Que te favorece el cielo
Por ser la causa tan justa:
Ya tienes, señor, dineros
Para sustentar seis meses
Tu ejército.

REY.

Ya no temo
Ni los soles del verano,
Ni los hielos del invierno.
Dame, mancebo animoso,
Los brazos, como mi deudo,
Y dime tu nombre.

ALFONSO.

Alfonso
Me llamo.

REY.

Tengo por cierto
Que serás de los mejores
Que ha tenido nuestro reino.
Llegaos vosotros también,
Que á todos os agradezco
El gusto con que venís.
¿Quién eres tú?

LISEO.

Soy Liseo.

FILANDRO.

Yo, Filandro, gran señor.

FILENO.

Yo, con perdón, soy Fileno.

REY.

¿Qué tenéis que yo os perdone?
¿Es muerte lo que habéis hecho?

FILENO.

Sí, señor, allá en mi tierra
He muerto muchos carneros.

REY.

¡Qué inocencia!

FILENO.

No en pendencia,
Señor, sino los pescuezos
Con el cuchillo.....

ALFONSO.

Es un hombre
Simple y de poco talento

FILENO.

Los talegos truje yo;
Y si no es por mí, no creo
Que se rompieran las arcas
Donde los tenía el viejo;
Que á fe que há gentiles años
Que no vieron luz.

ALFONSO.

Callemos,
Bestia.

REY.

Capitán le nombro
Á Alfonso.

ALFONSO.

Los pies te beso.

FILENO.

Á mí me toca ¡pardiez!
Ser Alteza.

ALFONSO.

¡Aquesto es bueno!

FILENO.

He tenido alferecía
Siendo niño.

FILANDRO.

De becerro,
Fileno, serás alférez.

FILENO.

¿Alférez vacuno? ¡Niego!

REY.

Vamos, Manrique, á saber
Qué intenta el Moro soberbio.

MANRIQUE.

Que pretende acometer,
Dijeron los caballeros
Que ayer corrieron el campo.

REY.

Esté apercibido el nuestro,
Y lo que quisiere intente;
Que ver sus fuerzas deseo.

Vanse.

FILENO.

¡Qué hombre de bien es el Rey!

ALFONSO.

¿Parécete bien?

FILENO.

No pienso
Que hay mejor hombre en Castilla;
Aficionado le quedo.
¿Hemos de comer con él?

ALFONSO.

Nunca te he visto tan necio.

FILENO.

Pues ¿dónde? que rabio de hambre,
Como soy soldado nuevo.

ALFONSO.

Lo que tuvieren los moros,
Después que se lo quitemos,
Eso habemos de comer,
Porque no hay otro sustento.

FILENO.

La gana se me ha quitado.

ALFONSO.

Amigos, venido habemos
Á ganar honor y fama;
En viendo moros, ¡á ellos!

FILENO.

Y ellos, ¿qué han de hacer entonces?

ALFONSO.

Tirar cuchilladas diestros
Con los alfanjes que traen.

FILENO.

¿Á quién?

ALFONSO.

Á nosotros.

FILENO.

¡Bueno!

ALFONSO.

Pues ¿no se han de defender?

FILENO.

Y ¿qué les habemos hecho
Para tirar cuchilladas?

ALFONSO.

Eso es guerra, majadero,
Hasta ver quién vence á quién.

FILENO.

No tendré yo por discreto
Hombre que fuere á la guerra.

ALFONSO.

La guerra fué fundamento
De la nobleza del mundo;

Ella introdujo el imperio,
Por ella fueron los reyes,
Y ella tiene en paz los reinos:
Tuvo en el cielo principio.

FILENO.

En ese principio veo
Qué tal debía de ser,
Pues que la echaron del cielo.

Cajas dentro, y dice Manrique:

MANRIQUE.

¡Aquí, soldados, aquí;
Que el africano soberbio
Acomete la vanguardia!
¡Vibrad los valientes fresnos!
¡Aquí, fidalgos, aquí
Los del reino de Toledo!
¡Aquí Vegas y Mendozas!
¡Aquí Vargas y Riveros!

ALFONSO.

¡Ea, mis fuertes soldados,
Cuando llaman, vamos presto!
¡Acometamos!

FILENO.

Á mí
No me llama, por lo menos,
Porque llama á los Mendozas,
Y yo me llamo Fileno.

ALFONSO.

Fileno, á todos nos llama;
Saca la espada.

FILENO.

No puedo,
Que le hizo el sastre el sayo
Al uso de agora, estrecho.

ALFONSO.

¡Muestra, bestia!

FILENO.

No estoy ducho.
¿Qué he de hacer?

ALFONSO.

Ir sacudiendo
En los moros.

FILENO.

¿En los moros?
Eso es si quisieren ellos.

Vanse.

Quede Fileno, y dice dentro Zulema:

ZULEMA.

¡Valientes moros, aquí!
¡Mostrad africano esfuerzo,
Sultanes, Muzas, Zegríes,
Zaros, Ametes y Celios!

FILENO.

Él conjura algunos diablos,
Los nombres lo van diciendo:
Garipundios, niflos, gazmios,
Californios: ¡yo soy muerto!
No sé quién me trajo acá;
Si no me escondo, perezco;
Que el efeto del temor
Se me baja á los brebiescos.

REY.

¡Ea, valientes cristianos,
Á ellos, Santiago, á ellos!

ZULEMA.

¡Ea, moros andaluces,
Mahoma, Mahoma!

FILENO.

¡Oh perros!
Quiero ir y tener brío:
¡Voto al sol, que no me atrevo!
Aquí vienen peleando:
¡Quién pudiera, para verlos,
Alquilar una ventana!
Mas venza el honor al miedo;
Que mal podré ser valiente
Si nunca comienzo á serlo.

Suena ruido de guerra, y vayan saliendo algunos soldados moros y cristianos peleando, y después Alfonso con Zulema.

ALFONSO.

Ya te digo que te rindas.

ZULEMA.

Cristiano, mira primero
La calidad del rendido.

ALFONSO.

Moro, yo no estoy á tiempo
De mirar en calidades;
Que en la guerra hay mil ejemplos,
Puesto que seas el Rey,
De infinitos reyes presos
Por soldados sin valor,
Y yo tan grande le tengo,
Que puedo igualarme á ti.

ZULEMA.

¿Quién eres?

ALFONSO.

Un caballero
Que tiene sangre Real.

ZULEMA.

Pues yo me rindo, y te ruego
Que no me quites la espada.

ALFONSO.

Di la causa por qué debo
Fiarme de tu palabra
Y guardarte ese respeto.

ZULEMA.

Porque soy el Rey.

ALFONSO.

Señor,
Dadme, si la espada os dejo,
Una prenda para gaje
De que sois mi prisionero,
Como en Castilla se usa.

ZULEMA.

Sólo en mi persona tengo
Este retrato, que es causa
Destas guerras: estad cierto,

Soldado, que para mí
Es la prenda que más quiero,
Aunque, si digo verdad,
En mi vida vi su dueño.
Éste, há poco que en Sevilla
Unos cristianos me dieron,
Que dicen que es de la Infanta:
¿Qué te admiras?

ALFONSO.

¡Santo cielo,
Qué cosa tan parecida
Aquella Inés por quien muero!
Dejadme, imaginación;
Que me ha dado un pensamiento
Más loco que el amor mío,
Más imposible y más necio.

Suena la guerra, y salgan tres moros acuchillándoles Fileno.

FILENO.

Todo ha sido comenzar:
¡Huid, galgos, pues hay cerros!

ALFONSO.

¿Qué es esto, Fileno?

FILENO.

¡Oh perros!

ALFONSO.

Tente.

FILENO.

Déjame matar
Diez ó doce; que ya estoy
Emberrinchado con ellos.

ALFONSO.

Escucha.

FILENO.

Muero por vellos
Patalear.

ZULEMA.

¡Muerto soy!
Todo me sucede mal.

ALFONSO.

¡Ay, Fileno, qué ventura
Tuviera yo tan segura
Á ser la fortuna igual!

FILENO.

¿Qué hace este perro aquí?

ALFONSO.

Déjale, que es prisionero
Mío.

FILENO.

Sacodirle quiero.

ALFONSO.

Tente y escucha.

FILENO.

No quiero; (1)
Que estoy de verme valiente,
Y de haber vencido el miedo
Tan contento, que no puedo
Tener la espada.

(1) Falta la rima.

ALFONSO.

Pues tente;
Oye la desdicha mía:
Éste es el Rey.

FILENO.

¿Éste?

ALFONSO.

Sí.

FILENO.

Pagarme tenéis aquí
Los gansos del otro día.
¡Voto al sol, que he de quitalle
El almalafa!

ALFONSO.

Está atento. (1)
Por dejalle
Las armas me dió esta prenda,
Que es un retrato de Inés;
Y si Inés la Infanta es,
¿Cómo quieres tú que emprenda
Que sea tan gran señora
De un hidalgo labrador?

FILENO.

Cuido que te engaña amor
Con este retrato agora;
Que mujer que se casaba
Conmigo no puede ser
La Infanta, si bien tener
Voluntad la disculpaba,
Á un hombre de mi caletre.

ALFONSO.

¿Quién habrá, fortuna mía,
Que en el término de un día
Tus confusiones penetre?
¡Ay, cielos, no permitáis
Que sea la Infanta Inés,
Porque, si la Infanta es,
Mi bella Inés me quitáis!
Labradora quiero yo
La que quise labradora;
Que perderla por señora,
No hay mayor desdicha, no.
¡Oh, nunca yo te venciera,
Rey de Sevilla!

FILENO.

¿Esa gloria
Te quitas?

ZULEMA.

Ya la victoria
Cantan. ¡Qué infamia me espera!

Tocan cajas.

Salen el Rey, Manrique y soldados.

REY.

En la felicidad deste suceso,
Manrique, huirse el Rey desdicha ha sido.

MANRIQUE.

Antes dicen que es muerto, y te confieso
Que tu mismo valor le habrá vencido.

(1) Faltan dos versos.

REY.

Si le llevara yo conmigo preso,
La paz, las parias y el mejor partido
Quedaban á mi gusto; que en su tierra,
Quien le heredare seguirá la guerra.

MANRIQUE.

Aquí está Alfonso, á quien le debes parte
Desta victoria, que animoso ha hecho
Altas hazañas de un cristiano Marte.

REY.

Estoy aficionado y satisfecho.

ALFONSO.

Más deseo servirte y obligarte,
Por circunstancias de mi noble pecho.

REY.

¿Quién le prendió?

FILENO.

Yo.

ALFONSO.

¡Calla, necio!
Yo le rendí, señor, para que veas
Si parte desta sangre tengo en precio (1).

ZULEMA.

Para que el fin de mi fortuna veas,
De su constancia, término y desprecio,
Aquí me tienes á tus pies.

REY.

¡Zulema!
El más seguro sus mudanzas tema.
Como esta guerra sin razón hacías,
Y con más arrogancia que derecho,
No tuviste el suceso que emprendías.

ZULEMA.

Ya lo he pagado, y quedas satisfecho.

REY.

Alfonso, más laureles merecías
Que dió Roma á sus cónsules.

ALFONSO.

Mi pecho,
Con su humildad estos favores mide.

REY.

Pide mercedes, pide, Alfonso, pide.

ALFONSO.

Señor, sólo quisiera suplicarte
Que, pues mi casa está de aquí tan cerca
Y no puedes hallar mejor posada
Por la aspereza de la inculta tierra,
Te sirvas de ser huésped de mi padre
Y honrar sus canas con tu Real presencia;
Que morirá con esto el viejo honrado,
Y yo de mi servicio tan pagado,
Que alabaré tu nombre eternamente.

REY.

Para huéspedes somos mucha gente;
Que por tu causa, como ves, llevamos
Otro Rey más.

(1) El texto está aquí lastimosamente estragado. Sobra un verso en esta octava, y faltan cuatro en la siguiente.

MANRIQUE.

Señor, yo he visto en ella
Al Rey aposentado, y sé que es casa
Que puede aposentar á muchos reyes.

REY.

Si dispensan de huéspedes las leyes,
Que uno pueda llevar otro consigo,
Yo llevo al Rey.

ZULEMA.

Y yo, señor, te digo
Que agora que conozco quién me ha preso,
Tengo consuelo de mi mal suceso.

ALFONSO.

No me has pagado como yo pensaba,
Rey, en la prenda que me diste. ¡Ah, cielos,
Más es perder el bien que tener celos!

REY.

Siga la gente en orden el camino;
Que no pretendo alcance ni más gloria,
Que esta prisión, laurel de mi victoria.

FILENO.

¡Ah, señor Rey!

ZULEMA.

¿Quién eres?

FILENO.

¿No se acuerda
De un labrador que entraba en la sortija?

ZULEMA.

De mis desdichas, cuando tantas llevo,
Debo acordarme y lastimarme debo.

FILENO.

Déme mis gansos y almalafa, digo.

ALFONSO.

¡Ay! Roguemos á amor, Fileno amigo,
Que Inés sea Inés; que si es Inés Elvira,
Mi mal será verdad, mi bien mentira.

Salen Leonor, D.ª Elvira y Lauro.

LAURO.

Esto se dice por cierto.

LEONOR.

¿Que Alfonso es muerto? ¡Ay de mí!

LAURO.

Vivo es, Leonor, para ti;
Sólo para Inés es muerto.

ELVIRA.

Si algún secreto encubierto
Pensáis que tengo, es engaño;
Sólo me pesa su daño
Por ser hijo de quien es.

LEONOR.

No procura Lauro, Inés,
Más bien que tu desengaño;
Él te quiere, y te asegura
De que Alfonso es muerto ya,
Y que esta tierra le da
Verde y alta sepultura:
Ser tuyo promete y jura;
Págale este amor, Inés,
Deja tan loco interés;

Que quien lo que fué posible
Desprecia por lo imposible,
Llora su daño después.

LAURO.

Inés, si te ha persuadido
Con tanta razón Leonor,
No muera mi justo amor
Á las manos de tu olvido;
Tuyo soy, seré y he sido,
Que fuí desde que te vi;
Soy, porque eres alma en mí,
Y seré, porque seré
Tuyo con la misma fe
Que soy, que seré, que fuí.
Entre amor por tus oídos,
Porque más culpados son
Los que tienen discreción
De no ser agradecidos.
¿Ves estos campos floridos?
Pues pagan á su señor
La deuda de su labor:
¡Ay, Dios! ¿Cómo puede ser
Cultivar una mujer
Y que no dé fruto amor?
Inés, si cantan las aves,
De amor se quejan por ti;
Hasta en las pizarras vi
Cantar las aguas süaves:
Responden con ecos graves
Á mis acentos las peñas,
Diciendo que me desdeñas;
Que viendo mis desventuras,
Hasta las cosas más duras
Quieren hablarte por señas.
Pues yo, Inés, tengo de ser,
Aunque aborrecido muera,
Tan firme, como si fuera
Á quien quisieras querer;
Mas tú serás mi mujer
Si tu discreción advierte
Una constancia tan fuerte,
Ó yo seré un homicida;
Que si te cansa mi vida,
Te serviré con mi muerte.

Vase.

ELVIRA.

Ojos, valiente firmeza
Habéis tenido en sufrir
Las lágrimas, que al salir
Provocaba mi tristeza.
La honra y la fortaleza,
Aunque, en efecto, mujer,
Os pudieron detener,
Como cuando tiene el cielo,
Para llover, pardo el velo,
Y no acaba de llover.
Salid ya, que bien podéis:
Murió Alfonso, nadie os mira,
Mas no lloréis como Elvira,
Para que no os afrentéis:
Y pues es bien que lloréis
Como Inés, llorad, mis ojos,
Sobre los muertos despojos
De Alfonso; que no es amor
Más señor que labrador
En dar placeres y enojos.

Sale Alfonso de soldado, y Fileno.

ALFONSO.

Entra sin hacer rüido.

FILENO.

¿Cómo será, si ya llegan
Los moros y los cristianos
Que hoy en tu casa aposentas?

ALFONSO.

¡Lindo agüero!

FILENO.

¿Cómo así?

ALFONSO.

En casa está Inés.

FILENO.

¿Qué es della?

ALFONSO.

La primer cosa que veo.

FILENO.

¡Oh, mi mujer!

ALFONSO.

¡Tente, bestia!

ELVIRA.

¡Cielos! ¿Qué veo? ¡Es Alfonso!

ALFONSO.

¿No me ves, mi sol, mi estrella?

FILENO.

¿No me ves que soy Fileno?
Mi solana y mi azotea.

ALFONSO.

¡Desvíate allá!

ELVIRA.

¡Ay, mi bien,
Qué lágrimas que me cuestas!

ALFONSO.

¿Por mi ausencia, dulces ojos?

ELVIRA.

¡Ay, Dios! Por tu eterna ausencia.
Lauro me dijo.....

ALFONSO.

¿Qué dijo?

ELVIRA.

Que eras muerto, que esta sierra
Era tu verde sepulcro.

FILENO.

¡Miente, y saco la espetera;
Que los muertos son los moros,
Tantos, que parecen peñas
Sus cuerpos en esos montes!

ALFONSO.

¿Hay tal maldad? ¡Que no cesa
Lauro de intentar mi daño!

FILENO.

Quedo, que los Reyes llegan.

ELVIRA.
Yo me voy de aquí, señor.
ALFONSO.
Antes quisiera que vieras
Al rey Alfonso.
ELVIRA.
No puedo.
ALFONSO.
Espera un momento, espera.
ELVIRA.
¿Qué quieres?
ALFONSO.
Mirar un naipe;
Que si la figura es cierta,
Será azar con que he perdido
La dicha, el juego y la prenda.
¡Ay, cielos, perdido soy! (Aparte.)
ELVIRA.
Yo más, pues el Rey intenta
Ó las paces con el Moro,
Ó con Manrique las guerras;
Á uno dellos me ha de dar:
Quiero esconderme, no sea,
Mi dicha, que me conozcan
Y se acabe mi tragedia.
ALFONSO.
Fileno, Lauro me ha hecho
Algún mal, pues Inés bella
Se esconde en esta ocasión:
Aquí un momento te queda;
Que tengo de hablar con Lauro.

Vase.

FILENO.
Pienso que en hablarle yerras.

Salen el Rey, Zulema, D. Manrique, Feliciano y todos.

FELICIANO.
Señor, esta es pobre casa.
REY.
Sois mi deudo, y puedo en ella
Justamente aposentarme:
Decidme, ¿qué dama es ésta?
FELICIANO.
Es mi sobrina, señor,
Que para casar con ella
Mi Alfonso, envié á León.
REY.
Si agora queréis que sea,
Holgaré de ser padrino.
FELICIANO.
¿Qué dicha mayor pudiera
Sucederme?
ZULEMA.
Yo me ofrezco
Al dote, que es justa deuda,
Pues soy cautivo de Alfonso.
LAURO.
¿Á mí, perro?

Salen riñendo con espadas Lauro y Alfonso, y metiendo paz Doristo y pastores.

ALFONSO.
¡Muere!
DORISTO.
¡Afuera!
MANRIQUE.
¿Hay tan grande atrevimiento?
REY.
Pues, Alfonso, ¿en mi presencia?
ZULEMA.
Cuanto has hecho bien, Alfonso,
En mi prisión y en la guerra,
Has destruído en sacar
La espada.
REY.
¡Si no tuviera
Respeto á lo que te debo.....
ALFONSO.
Dios sabe lo que me pesa,
Señor, de haberte ofendido;
Pero la ocasión es ésta:
Amo una cierta mujer,
Que mejor dijera incierta,
Y mi primo Lauro ha hecho
Una traición en mi ausencia,
Que es decir que yo soy muerto
Para casarse con ella.
LAURO.
Señor, si se dijo así,
¿Era mucho que quisiera,
Queriéndola yo también,
Solicitar su belleza?
REY.
No era mucho: ¿dónde está?
Que quiero que esta contienda
Tenga fin con que ella diga
Á cuál se inclina.
ALFONSO.
Hoy quisiera
Ser muerto en esta batalla:
Parte, Fileno, por ella.
FILENO.
Voy, señor Rey, pero es mía;
Démela su reverencia,
Y pido justicia y costas.
FELICIANO.
¿Quién, si no tú, me pudiera
Quitar el sosiego, Alfonso?
REY.
Pariente, no os cause pena;
Que yo pondré paz en todo.

Salen Fileno y D.ª Elvira.

FILENO.
Ya estaba junto á la puerta,
Acechando á quién la dabas.
FELICIANO.
Entra, ¿qué te turbas? Entra

Y besa los pies al Rey.

REY.

Alza el rostro de la tierra.

ELVIRA.

No puedo alzarle, señor,
Con el llanto y la vergüenza.

REY.

¡Cielos! ¡La voz de mi Elvira
Es ésta; sin duda es ella!

ELVIRA.

Yo soy, señor.

FILENO.

¿Quién?

DORISTO.

¡La Infanta!

FILENO.

¡Qué graciosa borrachera!
¡Es mi mujer!

REY.

Quiero hablarte,
Y lágrimas no me dejan.

ZULEMA.

Pues si es Elvira, señor,
Dámela, y cese la guerra;
Daréle á Córdoba en dote.

MANRIQUE.

Ya no es posible que sea;
Que don Manrique de Lara
Merece tan alta prenda
Por su sangre y sus servicios.

REY.

Á tu elección sólo queda
El arbitrio de casarte.

ELVIRA.

Por no casar con Zulema
He pasado estas fortunas:
Manrique bien mereciera
Que le honraras; pero yo
Soy de Alfonso.

MANRIQUE.

¿Cómo?

ZULEMA.

Espera.

ELVIRA.

Digo que de Alfonso he sido
Mujer.

REY.

Llegado á que seas,
Por tu gusto, su mujer,
Nadie la ocasión pretenda;
Alfonso es mi deudo.

ALFONSO.

Dame
Los pies.

REY.

Y Castilla sepa
Que más te quiero casada
Con hombre de tales prendas,
Que no Reina de Sevilla
Mientras que de moros sea:
Sea Lauro de Leonor.

FILENO.

Manda, señor, pues me dejan
Sin Inés, que por lo menos
Me paguen lo que me deban,
Y que Zulema me dé
Una almalafa de tela,
Y ende más cincuenta gansos.

ALFONSO.

Aquí acaba la comedia
Del *Labrador venturoso;*
Humilde, su autor os ruega
Le perdonéis, pues sabéis
Lo que serviros desea.

FIN DE LA FAMOSA COMEDIA
DE «EL LABRADOR VENTUROSO».

EL PRIMER REY DE CASTILLA

EL PRIMER REY DE CASTILLA

COMEDIA FAMOSA

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

DIRIGIDA

á D. Fernando de Ludeña.

Es tan antigua la nobleza de los caballeros de Madrid (en estos felices días la más insigne villa de Europa), que no entiendo que sería lisonja poética decir que tenían algunos su ascendencia desde aquel ínclito Fernando I, rey de Castilla, la historia del cual dedico á Vm., cuya sangre en tan ilustres sujetos resplandece. Á mis obligaciones añadió su raro ingenio, y las flores que cada día resultan de su buen gusto, en tanta variedad de conceptos, una afición tan grande, que mientras con otro estilo puedo celebrar su nombre hago esta demostración de mi voluntad porque con esta memoria se defienda la humildad del ofrecimiento de las reprehensiones de mi deseo, teniendo el que me queda de su servicio (á quien Aristóteles, en el libro De ánima, *llamó suave), en vez de la esperanza, por disculpa. Dijo por Vm. un poeta de su patria:*

Con ingeniosa porfía,
Don Fernando de Ludeña,
Cómo ha de ser nos enseña
La cortesana poesía;
La gracia con la osadía,
Tan dulces se dan la mano,
Que opuesta la envidia en vano
Á su ingenio peregrino,
Confiesa un Marcial latino
Y un Ludeña castellano.

Nadie habrá oído tantas sales, tantas nuevas locuciones en nuestra lengua, que no diga esto mismo. Y es tanto más de agradecer, cuanto ella es en sí más grave, pues vemos que lo que en ella es donaire y agudeza, en música, en conversación, en prosa, en verso, siempre tiene el propio valor, á diferencia de otras lenguas, que de su parte tienen la gracia más que de la sentencia, pues traducidas en la nuestra no lo serían. Lea, pues, Vm. esta comedia que mi amor, inclinación y obligación le ofrecen, y las Musas le den aliento para mayores frutos, que bien podrán, pues le deben más flores que han criado en su monte las aguas del Pegaso, como naturaleza suya, y Apolo como sol asistente del Parnaso y corona de los ingenios. Dios guarde á Vm.

Su Capellán,
LOPE DE VEGA CARPIO.

EL PRIMER REY DE CASTILLA

COMEDIA FAMOSA

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

FIGURAS DE LA COMEDIA

Don Rodrigo.
Don Diego.
Fernán Láinez.
Don García, *Conde.*
Doña Sancha, *Infanta.*
Don Sancho, *Rey.*
Don Fernando, *Infante.*
Tibaldo, *villano.*
Milena, *montañesa.*
Mendo, *montañes.*
Albarfáñez, *camarero.*
Un portero.
Un soldado.
Don Fernando, *Rey.*
Doña Sancha, *Reina.*
Íñigo de Herrera.
Una gitana.
Alguacil.
San Isidro, *Arzobispo.*
Un capitán.
Un criado.
Rey don Alonso.
Don Bermudo, *su hijo.*
Mendo Ramírez, *paje.*
Amir, *moro.*
Doña Teresa, *Infanta.*
Audalla, *Rey moro.*
Atimo, *Alcaide.*
Dalisa, *mora.*
Nuño, *criado del Rey.*
Bermudo, *Rey de León.*
Manrique de Lara.
Fortún de Mendoza.
Ataulfo, *Obispo.*
Rey moro de Sevilla.
Corregidor de León.

ACTO PRIMERO.

Salen el rey D. Alonso V de León, y D. Bermudo, su hijo.

ALONSO.

¿Tú me replicas á mí?
¿Tú quieres darme consejo?

BERMUDO.

Yo no te replico á ti
Como á padre ó como á viejo,
Como á errado y hombre, sí;
Que, aunque eres Rey, eres hombre,
Y todo hombre puede errar.

ALONSO.

¿Á quién habrá que no asombre
Que me quieras enseñar,
Cuando por hijo te nombre?
Ya todo vive al revés;
Ya sólo nos falta, cielo,
Que el sol á la noche des,
Hielo al fuego, fuego al hielo,
Y la cabeza á los pies.
Abrásese el frío escita,
Hiélese el indio abrasado,
Dé leyes el troglodita,
Navéguese el mar helado
Donde el ostrologo habita;
Del corderillo se espante
El león haciendo el robo,
Y del enano el gigante;
Derribe el cobarde lobo
Al corpulento elefante:
¿Sabes que tu padre soy?

BERMUDO.

No te cause tanto enfado
Ver que consejo te doy;
Que, por ser de ti engendrado,
Sé que disculpado estoy.
Y no formes de esto agravio
Porque, en tu opinión incierta,
Mueva mi ignorante labio;
Que á veces el loco acierta,
Y á veces no acierta el sabio.
Á un pez dió el cielo poder
Que detuviese una nave
Viendo que se va á perder,
Y es tal, que en un puño cabe
Si se pudiese coger.
Por dicha, yo detendría
La nave de tu porfía
En la tormenta que vas,
Aunque, por tu daño, estás
Venciendo la fuerza mía.

ALONSO.

Aunque de mí procediste,
No sé en qué Libia, Bermudo,
Esa aspereza aprendiste,
Del buen respeto desnudo
Á que obligado naciste.
Lo que yerran los mayores
Suele ser más acertado
Que lo que aciertan menores;
Que la experiencia no ha dado
Luz á sus ciegos errores.
Y es de la poca experiencia
Muy común impertinencia
Pensar que puede acertar,
Y muy propio el enseñar
Adonde falta la ciencia.
Si conquistar se me ofrece
De este africano andaluz
La tierra que le obedece;
Si ya amanece mi cruz
Donde su luna anochece,
Y es el paso por Toledo,
¿En qué, Bermudo, errar puedo
Dando mi hermana á su Rey?

BERMUDO.

Luego el quebrantar la ley
De Dios, ¿no te pone miedo?
¿Y el ser contrario al decoro
De Rey, y de Rey cristiano,
Darla en casamiento á un moro?

ALONSO.

Es Rey, y noble africano
De nacimiento y decoro;
Cuanto á rey, ya fué mi igual;
Si en lo que es ley no lo fué,
También me aconsejas mal,
Pues reducido á la fe,
Doy á Dios tanto caudal.
Y antes, de lauros y palmas
Visto aquel Real decoro,
Cuyo noble curso encalmas,
Pues dando mi sangre á un moro,
Consagro á Dios tantas almas.

BERMUDO.

Luego ¿vuélvese cristiano
Porque á tu hermana le des,
Audalla, el Rey toledano?

ALONSO.

No, mas puede ser después
Que dé á mi hermana la mano.

BERMUDO.

¿Cómo?

ALONSO.

Como suele amor,
Y más amor de casados,
Reducir cualquier error.

BERMUDO.

Discursos muy engañados
Son esos, Rey y señor;
Que si amor tiene poder
De cristiano un moro hacer,
La razón queda más llana
De hacer mora una cristiana
Que es, en efecto, mujer.

ALONSO.

No las afrentes así,
Necio ignorante.

BERMUDO.

Señor,
Lo que es flaqueza ofendí.

ALONSO.

¿Hay como el suyo valor?

BERMUDO.

El del hombre.

ALONSO.

El hombre sí,
Pero no el valor del hombre.
Mira llenas de su nombre
Tantas, tan varias historias,
Y si no sabes sus glorias,
¿Quieres que algunas te nombre?

BERMUDO.

Para mí, basta saber
Lo que al Conde de Castilla
Le sucedió por mujer.

ALONSO.

Pues ¿cómo te maravilla
Lo que su sangre ha de hacer?
Y harálo, no pongas duda.

BERMUDO.

Yo, señor, oigo tu tierra,
Que mis consejos ayuda.

ALONSO.

Siempre lo que es vulgo yerra,
Y á todos vientos se muda.

BERMUDO.

Antes es de Dios la voz.

ALONSO.

Yo sigo ejemplos cristianos,
No el vulgo vario y veloz.

BERMUDO.

No sé yo si hay entre humanos

Ejemplos de un caso atroz.

ALONSO.

Necio, mil vírgenes bellas
Que se casaban con ellas
Mil tiranos, mil gentiles,
Con razones varoniles
Más que de flacas doncellas,
¿Á la fe no los traían,
Á Dios no los reducían,
Dando aqueste ejemplo al suelo,
Y mil mártires al cielo
Que al hierro el cuello ofrecían?

BERMUDO.

Bien sé que santas ha habido
Que, con gentiles casadas,
Á Dios los han reducido.

ALONSO.

Pues yo sigo las pisadas
Por ese ejemplo movido.

BERMUDO.

¡Que á un moro das á mi tía,
De un Rey de León hermana!

ALONSO.

Ya sabes la intención mía;
De esa manera se allana
El paso á la Andalucía.
Y no me repliques más,
Que eres un necio.

BERMUDO.

Señor.....

ALONSO.

¡Vete luego! ¿No te vas?

BERMUDO.

Mal se escucha el propio error. (Aparte.)
Qué, ¿en efecto se la das?

ALONSO.

No me pierdas el decoro,
Ni me vengas á enseñar
La ley que sigo y adoro;
Que he ¡vive Dios! de buscar
Para tu hermana otro moro.

BERMUDO.

No harás, que hay Dios y vasallos.

ALONSO.

¿Rebélaste contra mí?
Anda, vete á levantallos.

Sale un paje.

PAJE.

El mensajero está aquí
Que ayer te dió los caballos,
Y el moro que con él viene.

ALONSO.

Ya no hay que disimular;
Ya declarar me conviene;
En ellos ha de llevar
Lo mejor que España tiene.
Di que éntre.

Vase el paje.

BERMUDO.

¡Que he de sufrir
Que mi sangre goce un moro!

Salen Fernán Láinez y Amir, moro.

ALONSO.

¡Oh Fernando! ¡Amigo Amir!

BERMUDO.

Desde agora siento y lloro
El mal que te ha de venir.
¡Plega al cielo, padre injusto,
Que no venga por ti España
Á renovar su disgusto,
Y la sacrílega hazaña
Á trocarte en llanto el gusto!
La Infanta más virtüosa
Que honraba el suelo español,
¿Das á un moro? ¡Infame cosa!
Ya de nuestra sangre el sol
Recibe mancha afrentosa;
Pero quiérola avisar.

ALONSO.

Bien podéis, Fernando, hablar;
Mostrad descubierto el pecho;
Ó sea bien ó mal hecho,
La Infanta habéis de llevar.

LÁINEZ.

Ya sabéis, Rey de León,
Don Alonso quinto el Magno,
Los agravios que en Castilla
Me ha hecho el conde don Sancho,
Y cómo su antecesor
Desterró al Conde mi hermano,
Que fué tan famoso en nombre,
En sangre y en hechos claros;
Y que soy Fernán Láinez,
El soberbio castellano
Que á los moros fronterizos
Pongo con el nombre espanto.
Antes que barba y cabellos
Me viesen los moros blancos,
Jamás me aguardó ninguno
En la plaza ni en el campo.
Jamás temió mi pavés
Á sus veinticinco palmos,
Aunque juntase los hierros,
La gentileza del brazo.
Ni adarga blanca de Túnez,
Ni cuero de buey curado,
Resistió bote del mío,
Ni corte de espada el jaco.
Fuíme con mis tres sobrinos,
De Castilla desterrados,
Íñigo, Rodrigo y Diego;
Que el Conde murió en su Estado.
Audalla, Rey de Toledo,
Tan valeroso africano,
Que, á ser cristiano, pudieras
Igualarle al rey Pelayo,
Con nuestras lanzas é industria

Corre con dos mil caballos
Hasta las aguas del Betis
Desde la arena del Tajo.
Es mancebo generoso,
Y aunque moro, tan hidalgo,
Que no le aventaja el César
Ni le deshace Alejandro.
Lo que es en ley natural,
No corre más concertado
Entre su eclíptica el sol
Por los paralelos altos.
Medicina, Astrología
Sabe con estudio tanto,
Que Albumasar y Avicena
No son en las dos tan sabios.
Con una lanza jineta,
Sobre un andaluz castaño,
Un día le vi en la vega
Herir siete y matar cuatro.
Pero no quiero cansarte;
Sólo te digo que estando
Tratando en la huerta hermosa
De Galiana, y palacios,
Que para el Andalucía
Le pides, Alfonso, el paso,
Vi tu aumento en su amistad
Y tu provecho en su mano.
Y porque al fin en los hombres
Son los pensamientos varios,
Y más en reyes y amigos,
Y que son de ley contrarios,
Vistas las partes del moro,
Le ofrecí sólo á tratarlo
La infanta doña Teresa,
Su hermosura celebrando.
Audalla, que ya por fama
Y un parecido retrato,
Estaba prendado de ella,
Echóme al cuello los brazos,
Y me dijo, quinto Alfonso,
Que te dará el paso franco
Para Granada, y también
Seis mil moros toledanos;
Y, en fin, tal favor en todo,
Como entre Reyes cuñados,
Ayudando á tus conquistas
Con dinero y con vasallos,
Desde Granada hasta Fez,
Y aunque pases, Rey cristiano,
Los arenales de Meca
Contra su Profeta falso.
Por fe de todo lo dicho
Viene Amir, su primo hermano,
Y Rey de Alcalá, conmigo;
Por él la respuesta aguardo.

ALONSO.

Fernán Láinez, no había
Necesidad de decirme
Lo que á mi bien os movía,
Ni para que se confirme
Vuestra amistad y la mía;
Que yo entiendo vuestro amor,
Y me dolió vuestro agravio
Del castellano furor;
Que al hombre más noble y sabio
Obliga más el honor.
Vénganme á servir á mí
Los hijos del Conde muerto,
Yo les daré sueldo aquí,
Y en lo demás del concierto,
Digo, Amir, que quede ansí,
Que yo doy mi hermana á Audalla
Y á Láinez se la entrego,
Para que pueda llevalla,
Y á ti, Amir, te pido y ruego
Tengas cuidado de honralla.
Escribiré al Rey mi intento,
Siendo aqueste casamiento
De Toledo y de Castilla,
La unión que contra Sevilla
Emprende mi pensamiento.
Tiénela el moro Almanzor,
Cuyo alcázar, del sol visto
En el primer resplandor,
Con las banderas de Cristo
Se verá su luz mejor.
No resta más de partir.

AMIR.

Fía, cristiano, de Amir
El cuidado de esta empresa.

ALONSO.

¿Quién viene?

LÁINEZ.

Doña Teresa,
Y el sol comienza á salir.

Sale D.ª Teresa, infanta de León.

TERESA.

Hermano el más inhumano
Que las historias escriben;
Rey el más tirano y fiero
Que tiene corona insigne;
Caballero el más villano
Que en fiesta ó batalla rige
Freno á caballo español,
Calza espuela, espada ciñe;
Hombre el más bárbaro y duro
Que orilla de Tánays vive,
Donde beben sangre humana
Los abrasados caribes:
Una mujer miserable,
Que procedió, como dicen,
De un mismo vientre contigo,
Se arroja á tus pies humilde.
No digo que soy tu hermana
Para que de ello te avises,
Porque, quien no teme á Dios,
No habrá sangre que le obligue;
Mas que soy hija de aquellos
De donde tuviste origen,
Porque los padres respetes,

Que, ya muertos, con Dios viven.
Dicen que me das á un moro,
Siendo yo mujer y libre,
Por mujer y por esclava,
Que el gusto forzado sirve,
Y que vienen de Toledo
Amir y Fernán Laínez,
Moro y cristiano, á llevarme,
Para que á entrambos imite,
Y que es de esto el interés
Que á Audalla en cambio le pides
Que te deje libre el paso
Con que á Sevilla conquistes.
¡Buena oración á Dios haces!
¡Buen sacrificio le diste,
Vendiendo tu sangre á un moro,
Si no es que ofensas te obliguen!
Y cuando de Él no temieras
Que injuriado te castigue
Por ganar una ciudad
Primero una hermana rindes.
Puente me has hecho del Tajo,
¡Mira qué bien me pusiste!
Para pasar á Sevilla;
Y porque todos me pisen
Cuando yo cautiva esté,
Dar ciudad es convenible
Por mi rescate, y no hacer
Que por ciudad me cautiven.
¿Cómo quieres que en Toledo
Viva en la ley de Dios firme,
Donde apenas veré cosa
Que á su memoria me incite?
Las cruces que los cristianos
Ponen en las calles, sirven
Que de nuestra redención
Al instrumento se humillen.
Los templos de que las fiestas
El alma á Dios sacrifique
Sus obras y sus deseos,
Rece, contemple y medite.
La misa, de que se acuerde
De la pasión que se imprime
Por la memoria en el pecho,
De aquella muerte invencible;
Y porque la fe también
Su calidad purifique,
Creyendo que baja Dios
Á las palabras que dice,
Las imágenes acudan
De cristianos y gentiles.
Pero ¿qué veré en Toledo,
Donde no veré una tilde,
Que de Dios pueda acordarme
Sino mil que de Él se olviden?
Muy bien estaré á la mesa
Á comer lo que bendicen,
En el nombre de Mahoma,
Audalla y sus alfaquíes.
¡Qué bien que le oiré en la cama,
Que, cuando más me acaricie,
Me jure que por Mahoma
Que me quiere como finge!
Él rezará su Alcorán
Cuando á rezar me retire:
Pues dos que así no se creen,
¿Cómo quieres que se fíen?
Pues si Dios hijos me diese,
¿Cómo, di, hermano, es posible
Que tener sobrinos moros
Un Rey cristiano permite?
¿Ya no estaba libre España
De la sujeción terrible
De las cien doncellas? ¿Cómo
Á sujetalla volviste?
Ya vuelven de Mauregato
Las edades infelices;
España se afrenta, Rey,
Y se queja que la oprimes,
Torne Santiago á las armas,
La espada sangrienta limpie;
Que ya vuelve Alfonso quinto
Á que las vírgenes quiten,
Dar quiere á un moro su hermana,
Dar quiere su sangre á un tigre;
Ya vuelve Rodrigo á España,
Á quien las piedras maldicen.
Pues dame, engañado Rey,
Que aquí estoy para partirme;
Que no faltará un San Jorge
Que de esta sierpe me libre.

Vase.

LÁINEZ.

¿Fuése?

AMIR.

¡Qué enojo que toma
De que ansí la das á Audalla!

ALONSO.

¿Partiráse antes que coma?

AMIR.

Pues no dudes, que aunque calla,
Que se ha ofendido Mahoma:
No es cosa tan desigual.
¡Que de esa suerte se afrente!

ALONSO.

Calla, Amir, no digas tal;
Que una mujer imprudente
No ofende cuando habla mal.
Ella irá, sin duda alguna,
Á fe de godo español,
Y aunque teme esta fortuna,
Yo sé que ha de ser el sol
Que dé luz á nuestra luna.
Di á tu Rey que la llevara,
Sino que estoy de partida,
Como el atambor declara,
Por la afrenta recibida
Desde la sangre de Lara.
Llegó Almanzor á León,
É hizo más destrucción

Que en su tiempo los romanos,
Donde verás de mis manos
La nueva restauración.
Y en venganza de esto voy
Á Viseo, en Portugal;
Que ya apercibido estoy.

AMIR.

Es á tu grandeza igual,
Que eres Rey.....

ALONSO.

Español soy.
Vamos, Láinez amigo:
Las dos partidas tracemos,
Y vuelto, vivid conmigo.

LÁINEZ.

Yo y mis sobrinos vendremos,
Y ¡pese al Conde enemigo!

ALONSO.

Y aun al Rey por quien Castilla
Á mi León no se humilla.

AMIR.

¿Era el Conde tu vasallo?

ALONSO.

Por un azor y un caballo
Tiene libre imperio y silla.

LÁINEZ.

En la guerra, ¿no es mejor
Que te sirvan mis sobrinos?

ALONSO.

¿Veré en eso vuestro amor?

LÁINEZ.

Si son de servirte dinos,
Dirálo allí su valor:
Yo despacharé á Toledo
Por la posta.

ALONSO.

En todo quedo
Servido muy bien de vos.

LÁINEZ.

Guárdeos de traidores Dios.

ALONSO.

¡Godo soy, nací sin miedo!

Vanse, y sale Audalla, rey moro, y Celimo, alcaide, viene rasgando un papel.

CELIMO.

¿Ansí rasgas el papel?

AUDALLA.

Ansí, Celimo, he rasgado
Aquel mi gusto pasado
Y el alma que vive en él.

CELIMO.

¿Qué le daré por respuesta?

AUDALLA.

Coge estos pedazos todos.

CELIMO.

Rómpeslos de tantos modos,
Que hasta el juntarlos molesta;
Pero algunos tengo aquí.

AUDALLA.

Pues esos le llevarás.

CELIMO.

¿No quieres que diga más?

AUDALLA.

¿Qué más de que los rompí?

CELIMO.

Ya su queja me promete
Que te ha de llamar cruel.

AUDALLA.

Cómo, ¡si por un papel
Le vuelvo á dar seis ó siete!

CELIMO.

¿Eso llamas cortesía?

AUDALLA.

¿Dar tantos por uno es malo?
Si no la venzo, la igualo;
Que es mucho mayor la mía.
Por buen término celebra
De mi respeto el consejo.

CELIMO.

Luego el que tiene un espejo,
Tendrá muchos si le quiebra.

AUDALLA.

Celimo, no nos cansemos;
Pues me entiendes, ¿qué replicas?

CELIMO.

Harto desdén significas
En las palabras y extremos;
¿Eso á Dalifa diré?

AUDALLA.

Eso á Dalifa dirás.

CELIMO.

¿Vendrá á hablarte?

AUDALLA.

Aquí vendrá.

CELIMO.

No hay amor que firme esté.

Vase Celimo.

AUDALLA.

Hermosísima cristiana
Que nunca verán mis ojos,
Y te dan con mil despojos,
Del alma la entrada llana;
Fama ilustre y soberana,
Que en fin, del oído ha sido
Vista, y llevada al sentido:
¿Quién creerá que puede ser,
Que queriendo el alma ver,
Sirva de antojo el oído?
Bella Infanta de León,
Leona mansa y rendida,
Como leona nacida
Sin forma en mi corazón:
¡Oh, si mi imaginación
Te formase de tal suerte,
Que pudiese hablarte y verte
Adonde estás esculpida,
Para que con darte vida
No procurases mi muerte!
Pues voces de mi deseo,

Señora, no faltarán,
Que voces y gritos dan
Porque no te busco y veo;
Por fe tu hermosura creo
Aunque no tengo tu fe;
No es posible que no esté
Muy lleno de sol tu oriente,
Pues que con tu luz ausente,
El alma te adora y ve.
Suspiros, señora, envío
Á tu famoso León;
Humíllele mi pasión,
Vencer su nombre porfío;
Ya excede este llanto mío
Las cumbres del Guadarrama,
Y por sus nieves mi llama
Pasa sin helarse en ellas,
Porque te enciendan centellas
Del que enamora tu fama.

Salen Celimo y Dalifa.

CELIMO.
No vayas tan descompuesta.
DALIFA.
Y qué, ¿él propio le rompió?
CELIMO.
Pues ¿cuándo te engaño yo?
DALIFA.
¿Es tuya aquesta respuesta?
AUDALLA.
¿Fué muy gran descortesía?
DALIFA.
¿Qué mayor la puede hacer,
Después del papel romper,
Quien sus pedazos me envía?
AUDALLA.
Verdad que el papel rompí
Y que le dí luego al viento;
Si eres tú el mismo elemento,
¿Qué mucho que vuelva á ti?
DALIFA.
¿De esa suerte me respondes?
AUDALLA.
Ya te había respondido,
Pero no me has entendido.
DALIFA.
Á quien eres correspondes.
Sí entendí, que aunque venían
Todos, demasiado hablaban,
Que entiendo que los forzaban
Las heridas que traían;
Sí entendí, que no fué sueño,
Sino el haber excusado
Lo que habla un papel rasgado
Á los ojos de su dueño;
Sí entendí, que las partidas
Letras y medios renglones
Muestran en medias razones
Dos almas ya divididas;
Sí entendí, por el cuidado
Que aquellas cifras penetra,
No en los rasgos de la letra,
Sino en haberlas rasgado;
Sí entendí, que bien vi yo
Que, como tu alma ufana
Aguarda letra cristiana,
La arábiga no entendió.
Y pues tan bien lo entendí
Cuanto se puede entender,
Ya llevo bien qué romper
Y en qué vengarme de ti.
No romperé yo papel,
Como tú, mas un retrato
Que llevo en el vientre ingrato,
Por vengarme de ti en él.
Éste haré tantos pedazos
Como mi papel hiciste.

Vase Dalifa.

AUDALLA.
Tenla, su furor resiste;
Celimo, tenla los brazos.
CELIMO.
Tras ella voy.

Salen D. Diego, D. Íñigo y D. Rodrigo, hermanos todos tres.

ÍÑIGO.
Bien podemos
Agora llegar á hablar.
DIEGO.
Tus manos nos manda dar.
AUDALLA.
Pues, cristianos, ¿qué tenemos?
¡Á qué tiempo me han cogido!
Como de sueño despierto;
Que apenas hablar acierto
Del enojo recibido.
RODRIGO.
Esta carta trajo agora
De nuestro tío Fernando
Un mensajero.
AUDALLA.
Esperando
La noche, salió el aurora:
La letra, Diego, es de Amir,
Y de entrambos es la firma:
Sin duda mi bien confirma.
Oid, bien podéis oir.

Lee Audalla:

«El Rey de León te da por mujer la infanta D.ª Teresa, la más bella mujer de España; Amir y yo partimos luego con ella; podrás venir á recibirnos hasta Madrid, donde se harán las bodas; suplícote que envíes mis sobrinos D. Íñigo, D. Diego y D. Rodrigo, á que le sirvan en la guerra que hace á los moros de

Viseo, porque ansí lo prometí en confirmación de nuestras amistades y de la tuya, cuya vida guarde el cielo.—*Amir Audali y Fernán Láinez*»

AUDALLA.

Pues hasta el fin la he leído,
No debo de tener seso,
Porque del gusto, os confieso
Que ya le hubiese perdido.
¿Posible es, cristiana bella,
Que á Toledo vienes ya?
Serena mi luna está,
Pues la anuncia tal estrella.
¡Que hijos de sangre goda
Doy á mi africano suelo!
¡Por qué caminos el cielo
Mi sucesión acomoda!
Alégrate, gran Toledo;
Que de un cristiano León
Te da Audalla sucesión
Que no tiene al mundo miedo.
¡Alto! ¡Á Madrid! ¡Hola, gente!

Sale Celimo, alcaide, y prosigue:

¡Oh Celimo!

CELIMO.

¡Oh, cuál está!

AUDALLA.

Déjame de tratar ya
De esa mora impertinente;
Esta carta he recibido,
Que viene ya mi cristiana.

CELIMO.

Luego ¿ya la tregua es llana
Y concertado el partido?

AUDALLA.

Á Madrid á recibilla
Voy; apercíbeme en qué;
Aguarda, despacharé
Los hidalgos de Castilla.
Cristianos, id á Viseo,
Servid al Rey mi cuñado,
Representad mi cuidado
Con armas de mi deseo,
Y decid que yo quisiera
Ir á la guerra en persona.

RODRIGO.

Guarde el cielo tu corona,
Que no has de hacer falta.

AUDALLA.

Espera,
Íñigo: di al Rey, que luego
Te envíe por dos mil moros;
Y tú, que de mis tesoros
Le entrego las llaves, Diego;
También le dirás, Rodrigo,
Que le enviaré mil caballos;
Id con Alá.

ÍÑIGO.

Tus vasallos
Somos.

AUDALLA.

Yo soy vuestro amigo.

Vanse los tres hermanos.

Celimo, haz luego ensillar
El mejor caballo mío,
Tal, que reviente de brío
Y no se deje enfrenar.
Pónganle freno y mochila
Que valga cuatro ciudades,
Y mis moros almohades,
Con los de Tánger y Arcila,
Vengan en traje de Fez
Á acompañarme gallardos.
¡Tiemblen castellanos dardos,
De sus lanzas esta vez!
Carguen de oro los bonetes,
Los alquiceles, de plata,
Los caballos, de escarlata,
Las tocas, de martinetes;
Y haz que me den un vestido
Que asombre aquella cristiana,
Porque sea yo la mañana
Adonde el sol ha salido.

CELIMO.

¿Contento estás?

AUDALLA.

Cuanto puedo.

CELIMO.

Yo te vea Rey de España.

AUDALLA

Hoy, de mi alcaide de Ocaña,
Te hago alcaide de Toledo.

Vanse.

Salen el rey D. Alonso, D. Bermudo su hijo, y soldados con caja y bandera, y en ella pintado un león, y el Rey y el Príncipe detrás de toda la gente.

ALONSO.

Parece que se rinde cuanto vemos;
Poco resisten las fronteras moras.

BERMUDO.

Á tu valor y disciplina bélica,
¿Qué resistencia puede hacer el mundo,
Cristiano Pirro y Alejandro godo?

ALONSO.

Restaurándose va lo que perdieron
Nuestros pasados con el fiero alarbe
Que destruyó á León.

BERMUDO.

¿León se ha visto,
Invicto Alfonso, en desventura tanta?

ALONSO.

Ufano el cordobés Almanzor fiero,
De haber, por la traición de Ruy Velázquez,
Muerto la flor de España generosa,
Los siete Infantes, el valor de Lara,
Y teniendo en prisión al padre Bustos,

Pasó los altos montes de Castilla,
Que corona el humilde Guadarrama.
Llegó á León, cercóle por dos veces,
Mató al conde Guillén, y los cristianos,
En las montañas su furor huyeron,
Llevándose los cuerpos de los reyes
Y las reliquias de los santos mártires.
Púsola por el suelo, y fué á Galicia,
Donde lo mismo hiciera de la iglesia
Donde el Patrón de España el cuerpo tiene,
Á no se lo estorbar el cielo mismo
Con un rayo que puso á todos miedo.
Llevóse las campanas hasta Córdoba,
Y púsolas, Bermudo, en su mezquita.

BERMUDO.

Justamente, señor, te debe España
Haber vuelto á dar vida á León, su Fénix,
Reedificando sus rüinas míseras,
Ya cubiertas de yedra como el campo;
Y espero que, pues hoy te deja el cielo
Ver levantados de León los muros,
Que has de vengar la muerte y los agravios
De la sangre de Lara generosa.

ALONSO.

Si el cielo, hijo, en esta justa empresa,
Me quitara la vida, no te olvides
De que heredas mi celo con el reino.

BERMUDO.

Vive mil años, y de mí confía.

ALFONSO.

Este bastón de general te encargo,
Pues á tus años vencen tus virtudes;
Que aun espero que el mismo lleves, hijo,
Contra el Moro andaluz, pasando el Tajo.

BERMUDO.

Dente los cielos vida porque veas
Á España tuya, que es lo que deseas.

Vanse.

Suena música de moros, y sale acompañamiento, y detrás Audalla con la infanta D.ª Teresa de la mano, y siéntense, y si quieren pueden aquí bailar una zambra.

AUDALLA.

Parece que te entristece,
Bella Infanta, mi alegría,
Y que mi hablar te enmudece,
Que te cansa el alma mía
Y cuanto mi amor te ofrece.
Vuelve, mi señora, en ti,
Mira que has rendido en mí
Aquel gran Rey de Toledo
De quien tiene España miedo;
Habla, y no calles ansí.
¿Aun no respondes? ¡Oh Alá!
Fernando, ¿qué es lo que tiene?

LÁINEZ.

Señor, vergonzosa está
Y un poco enojada viene.
Mi señora, hablalde ya,
Ya estáis casada.

AUDALLA.

Es en vano;
Forzada ha dado la mano,
Como yo á su Dios no adoro.
Señora, para él soy moro,
Y para vos soy cristiano.
Hablad, alegraos, pedid:
Vuestro soy, no tengáis miedo,
Lo que queráis me advertid:
Partámonos á Toledo
Si no os halláis en Madrid.
No soy bárbaro ni fiero;
Sabed que soy caballero
Del linaje de Mahoma,
Cuyo cetro oprime y doma
Casi desde el Tajo al Duero.
Yo también soy español;
Ser moro, ¿qué os importuna
Si habéis de ser mi crisol?
Vos seréis mi Alá, mi luna,
Mi luz, cielo, estrella y sol.
¿Qué habrá que esos ojos pidan
Que aquestas manos no midan?
¿Qué perlas tendrá el Oriente
Que no adornen esa frente
Y á vuestras plantas residan?
Por vos, en este horizonte
Nacerán, pues le aventajo
Á Túnez y al negro Ponte,
Desde los peces del Tajo
Hasta las aves del monte.
Aun no habrán los ruiseñores,
Cantando nuestros amores,
Tejido en el olmo nidos,
Y los almendros floridos
Os estarán dando flores.
Veréis con qué manos francas
El Abril en él las llueve,
No como el Diciembre mancas;
Que pensaréis que son nieve,
Y serán sus rosas blancas.
Haréos un barco que vaya
De la una á la otra playa
Del Tajo con viento en popa,
Dorado como una copa,
Hasta los remos de haya.
Haréos un toldo de tela
Con mil perlas y diamantes,
Y haré pintar en su vela
Mil empresas semejantes
Á lo que el alma recela.
Labraréos un palacio
De pórfido, en cuyo espacio
Luz el jaspe al rostro ofrezca,
Y que su lustre parezca
De jacinto y de topacio.
Desde él veréis cómo marcha
Mi ejército á su frontera,
Sin que tema sol ó escarcha,
Con gente de Talavera,

De Yepes y de la Almarcha.

Á todo esto, está D.ª Teresa tapados los ojos y triste

¡Ay de mí, yo soy perdido!
Menos veréis lo ofrecido,
Pues que no veis quién lo ofrece.

LÁINEZ.

Todo aquesto me parece
Vergüenza; vergüenza ha sido.
Quédate á solas con ella;
Que hay mujer que hasta forzada
No hay sacar palabra della,
Y ruega después, gozada,
Que la vergüenza atropella.
Moros, vámonos de aquí;
Repose el Rey.

AMIR.

Vamos, pues,
Si se ha de ablandar ansí.

Vanse, y queda D.ª Teresa y Audalla.

AUDALLA.

Infanta, á solas te ves;
¡Duélete, por Dios, de mí!
Tu marido soy, ¿qué dudas?
¡Mira que te he de forzar
Si luego no te desnudas!

TERESA.

Moro, no me has de gozar
Si hasta el alma no te mudas.

AUDALLA.

¿Cómo no? ¡Ya que me enojo,
Verás cómo te despojo
De esa vergüenza y porfía!

TERESA.

Teme á Dios; que Dios podría
Castigar tu vano antojo.

AUDALLA.

Que no hay Dios, sino es Alá
Y su profeta Mahoma.

TERESA.

¡Mira que te matará
Si un rayo del cielo toma!

AUDALLA.

Ea, desnúdate ya;
Que siendo yo tu marido,
Conforme es á mi Alcorán
Y á tu ley.

TERESA.

Moro no ha sido.

AUDALLA.

Mis alfaquíes lo dirán.

TERESA.

Rey, no seas atrevido;
Guárdate, que Jesucristo
Puede la vida quitarte.

AUDALLA.

¿Hasle tú, por dicha, visto
En esta ó en otra parte?

TERESA.

Es Dios.

AUDALLA.

Fué un hombre mal quisto.

TERESA.

¿Esto consientes, Rey del cielo y tierra?
¡Muestra tu gran poder!

Estando luchando los dos sale un ángel, y asiéndole por la garganta da con él en el suelo.

AUDALLA.

¡Ay de mí, triste!
¡Gran poder tu Cristo encierra!

TERESA.

Él te castiga lo que de Él dijiste.

AUDALLA.

¡Oh Alá, qué fuego, qué tormento y guerra!
Ya mi abrasado corazón resiste.
¿Qué es esto, que me abraso y me consumo?

TERESA.

¡Tu fuego, infame, se convierte en humo!

AUDALLA.

¡Ay, gente, que me muero! ¡Ay, gente mía!
¡Amigos, que me abraso, que me quemo!

Salen Fernán Láinez y Amir.

LÁINEZ.

¿Qué es esto? ¿Aun no se acaba tu porfía?

AMIR.

Que eres de mármol ¡por Mahoma! temo.

AUDALLA.

Ya es muerto vuestro Rey, ya llegó el día
Postrimero, cruel, último extremo;
Matóme el alto Dios de los cristianos
Porque en esta mujer puse las manos.

AMIR.

¡Ah, perra! ¡Muera!

AUDALLA.

¡No la mates, tente,
Porque te costará la vida, primo!

AMIR.

¿Qué tienes, di, señor?

AUDALLA.

Un fuego ardiente,
Que te podrá abrasar si á ti me arrimo.
Volvelda allá, volvelda prestamente,
Que ya ni la deseo ni la estimo.
¡Ay de mí, que de rabia muero! ¡Ay, cielo!

AMIR.

Pues ¿no ha de haber remedio?

AUDALLA.

¡Fuego y hielo!

LÁINEZ.

Él se muere, sin duda.

AUDALLA.

¡Oh mensajero
De mi muerte cruel! Vuelve, cristiano,
Á tu Rey de León este león fiero,
Y acompáñete Amir, mi primo hermano.

Cargad de plata, de oro y de dinero
Doce acémilas luego, aunque es en vano,
Y acompañada de mi noble gente,
Vuelva á León; volvelda brevemente;
Que un mancebo con blanca vestidura
Y una espada en la mano me amenaza.
Abrid mi cama, abrid mi sepultura;
Que ya la vida al alma desenlaza.

Vase.

CELIMO.
¡Rabiando va!
AMIR.
¡Qué extraña desventura!
LÁINEZ.
Demos en la partida, amigos, traza.
AMIR.
Vamos, cristiana; que aun te tengo miedo.
CELIMO.
Para nuestro dolor vino á Toledo.
AMIR.
Dalifa está preñada; tú en su guarda,
Por lo que importa al heredero, vive.
CELIMO.
Ya todo me entristece y acobarda,
Mas yo lo haré.
LÁINEZ.
Tú, Infanta, te apercibe.
TERESA.
¡Oh Virgen pura! ¡Oh Angel de mi guarda!
Quien hoy por vos de Dios tal bien recibe
Muestre la obligación en que se halla.
CELIMO.
¡Triste Rey de Toledo!
AMIR.
¡Triste Audalla!

Vanse todos.

Salen D. Alonso, D. Bermudo, D. Íñigo, D. Rodrigo, D. Diego y soldados.

ALONSO.
De hoy más, con la buena ayuda
De tan honrados hermanos,
No pongo el vencer en duda.
ÍÑIGO.
Si nos levantan tus manos,
Más dormirá quien te ayuda:
Luego que la carta vimos,
Á tu servicio venimos.
ALONSO.
Y ¿habrá mi hermana llegado?
RODRIGO.
Lo que Audalla la ha estimado,
En el partir conocimos:
Dos mil caballos te ofrece,
Gente, dinero y tesoro.
ALONSO.
Bermudo, ¿qué te parece?
BERMUDO.
Que has dado tu sangre á un moro,
Sangre que no la merece,
Y que temo algún castigo.
ALONSO.
No hay remedio que contigo
Tenga mi gusto opinión.
BERMUDO.
Contra Dios y la razón
No ha de haber padre y amigo.
DIEGO.
Si hubiérades visto al moro,
Príncipe de León, sospecho
Que os venciera su decoro.
BERMUDO.
Tengo yo más lleno el pecho
De la luz del Dios que adoro.
ALONSO.
Dejalde, que ha dado en eso;
Hablad de la guerra agora
Que contra el moro profeso.
ÍÑIGO.
Si de gente se mejora,
Que va creciendo en exceso,
No saldrás con tu intención.
ALONSO.
Darle un asalto deseo
Al moro en esta ocasión.
Fuertes muros de Viseo,
Yo soy vuestro Agamenón;
Aunque diez años esté,
Como en Troya, os rendiré.
ÍÑIGO.
Dale, señor, un asalto,
Que no es el muro tan alto;
Yo el primero subiré.
ALONSO.
Íñigo, bien me parece;
Bermudo, agora es mejor,
Que su descuido se ofrece.
BERMUDO.
Pues acomete, señor,
Si ves que la gente crece;
Que tú verás lo que hago,
Y si á mis cristianos bríos
Y á mi sangre satisfago.
ALONSO.
¡Al arma, soldados míos!
¡Santiago, al arma, Santiago!

Vanse y dase dentro un rato el asalto, y salen, las espadas desnudas, D. Íñigo y D. Rodrigo, y D. Diego y D. Bermudo.

ÍÑIGO.
Fuertemente se defienden,
Y el lugar también lo es.
RODRIGO.
¡Bravamente nos ofenden!
El más cerrado pavés
Mejor deshacen y hienden.

DIEGO.

No estaban muy descuidados
Con los asaltos pasados.

BERMUDO.

Creciendo va su poder;
Esforzar es menester
Las armas y los soldados.

Sale el rey D. Alonso con una flecha en el pecho y la espada desnuda en la mano.

ALONSO.

¡Jesús! ¡Santa María!
¡Muerto soy, hijo mío!
Bermudo, ¿dónde estás?

BERMUDO.

¡Qué es esto, cielos!
¿No es éste el Rey, mi padre?
Padre y señor, ¿qué es esto?

ALONSO.

Una flecha del muro me han tirado,
Que me ha pasado el pecho
Y me quitó la vida.

BERMUDO.

Tenelde, Íñigo, asilde;
Don Rodrigo, tenelde
Mientras la flecha mira.

ALONSO.

¡Ay, no la saques, que saldrá la vida
Si ve la puerta abierta de la herida!
Castigo ha sido justo;
Maldición de mi hermana
Porque á Audalla la dí, Rey de Toledo.

BERMUDO.

Es fuerza, padre mío.

ALONSO.

Hijo, á Dios me encomienda.
Mi reino heredas: mira, que á Dios temas
Y seas bueno y justo;
Guarda sus Mandamientos,
No quebrantes ninguno;
Témele, que castiga;
Ámale, que da premio y galardona;
Y toma ejemplo justo
Para que no le des jamás disgusto.
Una hermana te queda;
Mira cómo la casas,
Mira cómo la empleas; esto quiero
Que me prometas, hijo.

BERMUDO.

Padre, yo lo prometo.

ALONSO.

Hazme pleito homenaje
Que mirarás por ella como padre.

BERMUDO.

Á fe de caballero,
En vuestra sangre juro.

ALONSO.

Adiós, Bermudo amado.
¡Virgen, valedme agora!
¡Santiago, Patrón mío! ¡Jesús!

Muere.

BERMUDO.

¡Cielos!
¡Aquí tan de repente!
¡Llorad, ojos, llorad amargamente!

ÍÑIGO.

Juntamente te damos
El parabién y el pésame,
Del padre muerto
Y de que el reino heredes.

RODRIGO.

Si ha muerto un grande Príncipe,
Hoy en ti resucita:
¡Ánimo, que se junta ya el ejército
Y el caso se publica!

DIEGO.

Aquese pavés tiende,
Y llevémosle en hombros.

BERMUDO.

En este ejemplo triste
Conocerán, Alfonso desdichado,
Que han de temer los reyes
Á Dios más que otros, y guardar sus leyes.

ACTO SEGUNDO

Sale D. Íñigo solo.

ÍÑIGO.

¡En mal punto plega al cielo
Se efectúen vuestras bodas!
Que, á ser espada mi celo,
Hoy de las reliquias godas
No quedara sólo un pelo.
¡Ah Rey! ¿Qué consejo humilla
Á tal bajeza tu silla,
Haciendo comparación
De los Reyes de León
Á los Condes de Castilla?
¿Tan bien á don Sancho fué
Con Fernán González, di,
De que hoy ejemplo se ve
Que lo mejor que hay en ti
Quieres que en su sangre esté?
Hoy juntas á don García,
Su biznieto en pleitesía,
Y homenaje con tu hermana;

Sale D. Rodrigo solo.

Hoy queda mi afrenta llana,
Hoy es de mi muerte el día.
En poco nos has tenido:
Á doña Sancha has casado,
Rey Bermudo, porque has sido

Peor que el antepasado,
Cuya fama cubre olvido.
Creo, pues, tu liviandad
Conforme á tu mocedad;
Que no llegará á ser viejo
Rey que no toma consejo
Y no escucha la verdad.

Sale D. Diego.

DIEGO.
Seguid vuestros intereses;
Eso sí, Reyes, haceldo;
Que no faltarán franceses
Y moros ¡ay! que dan sueldo
Á caballeros leoneses.
Casaste, en afrenta mía,
Tu hermana con don García,
De Fernán González sangre;
Mas yo haré que se desangre
La tuya, infame, algún día.

RODRIGO.
¡Don Íñigo!

ÍÑIGO.
¡Don Rodrigo!

DIEGO.
¡Oh hermanos míos!

RODRIGO.
¡Don Diego!

ÍÑIGO.
¿Qué hay del Conde, mi enemigo?

DIEGO.
Si á decir mi afrenta llego,
Es porque espero el castigo.
Y ha de ser tan inhumano
Contra el Conde castellano,
Que vengue á mi muerto padre,
Aunque á España, nuestra madre,
Venda á otro moro africano.
Hoy dicen que entra en León
Ese muchacho, á las bodas
Que nuestro desprecio son.

ÍÑIGO.
Y ¿qué remedio acomodas?

DIEGO.
La venganza y la traición,
Que son hijas del agravio.

RODRIGO.
Sólo en que muevas el labio
Nuestra venganza consiste,
Porque menos se resiste
El sufrimiento más sabio;
Afrentó su padre al nuestro:
Fuera de Castilla estamos.

ÍÑIGO.
Confirmo el intento vuestro,
Mas no es bien que parezcamos
Discípulos sin maestro.
Aquí nos falta el consejo
De nuestro famoso espejo;
Por Fernán Láinez lo digo,
Que es nuestro tío y amigo,
Agraviado, parte y viejo;
Mirad qué partes tan justas
Para cualquiera elección.

Sale Fernán Láinez.

LÁINEZ.
¿De eso, rey Bermudo, gustas?
Mas de un injusto, es razón
Esperar cosas injustas;
Así tu padre lo hiciera.
¿Qué hay, sobrinos?

ÍÑIGO.
Que mejor,
Por ventura, si viviera,
A un Audalla, á un Almanzor,
Como su padre la diera.

LÁINEZ.
Menos lo hubiera sentido
Que á un moro diera su hermana,
Que á ese Conde mal nacido,
A esa sangre castellana
De quien agraviado he sido.

RODRIGO.
¡Que heredasen estos dos
Casi á un tiempo nuestro daño!

ÍÑIGO.
Ansí lo permite Dios.

DIEGO.
Referid el caso extraño,
Tío, si le sabéis vos.

LÁINEZ.
¿Quieres que ignore mi mal
Hoy que á León y Castilla,
Reino y condado leal,
A dos rapaces humilla
Una desventura igual?
Muerto en Avila el conde don García,
Don Sancho le heredó, y en su venganza,
La frontera corrió de Andalucía,
Metiendo dentro en Córdoba su lanza;
Su viuda madre, en tanto que volvía,
Con vano pensamiento y esperanza,
Enamoróse de un alarbe moro
Contra la ley de Dios y el Real decoro.
Vino el Conde á Castilla, y la Condesa,
Su madre, imaginó dalle la muerte;
Y para efecto de la infame empresa,
A una doncella del suceso advierte:
Amor, que de hacer bien y mal no cesa,
Hizo que á un escudero, de la suerte
Que se lo dijo, descubrió el conceto;
Que nunca la mujer guarda secreto.
Vino la madre á dar al hijo un vaso
Lleno de hierbas de mortal veneno;
Sacó la espada el Conde ¡extraño caso
Y hace á su madre que le beba lleno.
Murió, y por verse libre de aquel caso,
Al escudero, aunque no estaba ajeno
De culpa, por gozar de la doncella,

Hizo mercedes y casó con ella.
  Estos son los Monteros de Espinosa,
Patria de aquel hidalgo, en la Montaña,
Y por satisfacer la muerte odiosa,
De un noble monasterio ilustra á España;
Puso á Trigidia aquí, su hermana hermosa,
Y vuelta á comenzar segunda hazaña:
Murió en la guerra, y heredó García,
Como el Rey de León, casi en un día.
  Concierta de casarse don Bermudo
Con la hermana del Conde castellano;
El Conde con la suya, aunque no pudo,
Por ser muchacho, más que dar la mano;
Agora, pues, aunque le veo, y lo dudo,
Viene á León á ver su esposa ufano,
Puesto que es de su edad el año trece,
Que á nuestro agravio nueva pena ofrece.
  ¡Oh sobrinos! Si acaso el padre muerto
Vive en vuestra memoria, como es justo,
Mirad que de lograrse este concierto
Crece el pasado agravio y el disgusto.
Siendo del Conde el casamiento cierto,
Castilla, León, la patria, el Rey, el gusto,
Todo nos falta, y quedan enlazados
Esta amistad, el Conde y Rey cuñados;
  Pues luego habemos otra vez, sobrinos,
De ir á servir al Moro de Toledo,
De nuestra ley y patria peregrinos,
Perdiendo á Dios y á nuestra sangre el miedo.
Aquí se ofrecen ásperos caminos;
Sólo impedir aconsejaros puedo,
Que del Rey de León el cetro y silla
No se junte al condado de Castilla.

ÍÑIGO.

  Los tres, señor, te escuchamos;
Y siguiendo tu razón,
Estamos en tu opinión
Y en dalle la muerte estamos.
  Á León viene el cruel,
Y aunque da de serlo indicio,
Será oveja en sacrificio
Que engañada viene á él.

RODRIGO.

  Acabemos de una vez
Su vida y nuestro deseo;
Que es como venirse el reo
Á las manos del jüez.
  Mas escuchad, que el rüido
Nos muestra cómo ya viene.

Salen D. Manrique de Lara y Fortún de Mendoza, el conde D. García, de camino, y acompañamiento.

MANRIQUE.

Toda aquesa fiesta tiene
Y este aplauso prevenido,
  Aunque porque está indispuesto
No te sale á recibir.

GARCÍA.

Eso me obliga á sentir
Que no le veré tan presto;
  Que en lo demás, mi cuñado
No hiciera demostración
De su misma obligación,
Sino de que está obligado
  Y que le falta á quien goza
La presencia ilustre y clara
De don Manrique de Lara
Y de Fortún de Mendoza.

MANRIQUE.

  Tienes en nosotros dos,
Dos amigos y parientes.

Hablan los cuatro aparte.

ÍÑIGO.

Piensa primero que intentes.....

LAÍNEZ.

Mal me conocéis, ¡por Dios!
  Á tus pies, famoso Conde,
Tus sobrinos y su tío,
Como á señor suyo y mío,
Y que lealtad corresponde,
  Estamos arrodillados;
Hoy es día de mercedes,
Hoy es cuando hacellas puedes
Á vasallos desterrados.
  De moros lo habemos sido
Por la crueldad de tu abuelo;
Dé gracias Castilla al cielo
Que tal señor le ha venido:
  Si nos quieres recibir,
Á Castilla volveremos,
Y nuevo homenaje haremos
Para volverte á servir;
  Que de tres mozos y un viejo
No tan mal tus muros armas,
Los mozos para las armas,
Y el viejo para el consejo.

MANRIQUE.

  Debes, señor, recibir
Á Fernando y sus sobrinos,
Que son de tu gracia dinos
Y de volverte á servir.
  Cesen agravios pasados:
Por vasallos los recibe.

GARCÍA.

Poca memoria en mí vive
De enojos ni de cuidados;
  Si allá mi padre y mi abuelo
Con ellos se enemistaron,
Á Castilla me dejaron,
Que no su agraviado celo.
  Por vasallos los recibo,
Haciendo pleito homenaje.

LAÍNEZ.

Caiga en afrenta y ultraje,
Muera entre moros cautivo,
  Si ninguno de los Velas
Te fuere en nada traidor.

ÍÑIGO.

Nuestro natural señor,

Que de nosotros recelas,
Las vidas por ti pondremos.

RODRIGO.

Desde hoy te ofrezco la mía.

DIEGO.

Hasta la sangre este día,
Conde, á la tuya ofrecemos.

GARCÍA.

Así lo entiendo de todos;
Que en eso correspondéis
Á la sangre que tenéis,
De españoles y de godos.

Vanse, y quedan los cuatro.

ÍÑIGO.

Guárdete el cielo.

LAÍNEZ.

Ya está
De los cuatro asegurado:
Á Bermudo ha entrado á ver.

RODRIGO.

Primero verá su esposa,
Pues la venganza es forzosa.
¡Alto! ¡Á morir ó vencer!

DIEGO.

¿Cómo haremos un rüido,
En que nos venga á las manos?

LÁINEZ.

Leoneses y castellanos
Que con el Conde han venido,
Han de tirar á un tablado
Bohordos en desafío,
Porque se precian del brío
Y del valor heredado.
Los cuatro, y nuestra cuadrilla,
Saldremos luego á la plaza
Cubriendo el jaco y coraza,
Con la casaca y ropilla.
Y fingiendo una cuestión
Algunos, le mataremos,
Y si sale, le pondremos,
Con nuestra gente, en prisión;
Que la enfermedad del Rey
Dará lugar á este engaño.

DIEGO.

En él, ó en su gente, el daño
Se ha de hacer á toda ley:
Vámonos los cuatro á armar.

RODRIGO.

Hoy se acordará Castilla
De nuestro agravio y mancilla.

DIEGO.

¡Hoy le habemos de matar!

Salen el conde D. García y D.ª Sancha, Infanta, y caballeros.

GARCÍA.

Puesto que mi tierna edad
No me ha dado entendimiento
De vuestro conocimiento,
La luz de tanta beldad
Levanta mi pensamiento.
Y así porque esto es así,
Como porque el alma os dí,
Igual recompensa espero,
Pues puedo decir que os quiero
Desde el punto que nací.
Puesto que á mi padre agora,
Por sus hechos se le humilla,
Y aunque muerto, vivo adora,
Más me estimará Castilla
Porque le doy tal señora.
Condado es pobre mi estado;
Mas yo aseguro que sea
De vuestra grandeza honrado,
Tal que de imperios se vea
Desde este punto envidiado.
Esté de Italia contento
Su emperador Federico;
Dé Francia á su Rey aumento;
Dé Hungría y Bohemia á Enrico,
Lustre, gloria y ornamento:
Las Indias que el Ganges baña,
Rindan de su gran montaña
Oro á su dueño sediento;
Que con vos yo estoy contento
En este rincón de España.

SANCHA.

Generoso esposo mío,
Del gran valor de mi amor
Esos méritos confío;
Que ese heredado valor
No engrandece el señorío:
Ser mozo, si sois segundo
De tal padre, nunca os dé
Pena, pues antes me fundo
En que Alejandro lo fué
Cuando fué señor del mundo.
Mas con armas y tesoros
Creceréis vuestos decoros,
Y aumentaréis á Castilla
Con alguna hacienda ó villa
Que les quitéis á los moros.
Favor os dará mi hermano.

GARCÍA.

Irle á ver será razón:
Dadme, señora, la mano.

SANCHA.

La mano y el corazón.

GARCÍA.

Eso por la mano os gano:
Cuando me casé, señora,
Con vos, por mi poca edad,
En las vistas de Zamora
No os dije mi necedad,
Y estoy por decilla agora
Mas ¿qué mayor que decir
Que estoy por decilla á vos?

SANCHA.

Todo eso sabe á fingir.

GARCÍA.
Ser necio pluguiera á Dios;
Mas soy discreto en sentir.
Ya esta noche mis intentos,
Gozando vuestra beldad,
Os dirán mis sentimientos.
SANCHA.
¿Esa fué la necedad?
GARCÍA.
Sí, mas no los fingimientos.
SANCHA.
Sois muy niño.
GARCÍA.
Soy muy hombre;
Que á no tener tanto ser
Que en pocos años asombre,
No pudiera en mí caber
Amor de tan alto nombre.
Mas ya me arrepiento aquí
De haberos hablado ansí;
La necedad va en aumento;
Que creo que he dicho ciento
Por una que prometí.
Vamos á ver á mi hermano,
Pues que vos me dais la mano.
SANCHA.
Mi dueño sois.
GARCÍA.
Sois mi vida.
Ven presto, noche querida;
Escóndete, sol, temprano.

Sale Nuño, criado del Conde, con una caña y vestido de fiesta.

NUÑO.
Pasé la cruz de la torre,
Extremada caña fué;
Con tal fuerza la tiré,
Que sobre sus alas corre.

Sale otro criado con otra caña como el primero.

CRIADO 2.°
Entra en ese corredor,
Flecha á la de amor igual,
Donde no ha entrado señal
Que pueda llamarse amor.
¿Qué os parece, Nuño, de ella?
NUÑO.
Que acertó donde queréis.

Salen otros cuatro con sus cañas y vestidos de librea.

CRIADO 3.°
Tiremos tres para tres.
CRIADO 2.°
Dí en la ventana con ella.
NUÑO.
¿Hay algún leonés aquí
Que quiera tirar conmigo?

Salen los cuatro Velas, que son: D. Rodrigo, D. Íñigo, Fernán Láinez y D. García.

LÁINEZ.
Llegué primero, Rodrigo.
RODRIGO.
¿Sois del Conde?
NUÑO.
Señor, sí.
RODRIGO.
¿Cómo tiráis al balcón
De las damas, tan galanes?
¿No veis que esos ademanes
Son nuevos para León?
Porque aquí, ganando famas,
Y no gastando tesoros,
Tiramos lanzas á moros,
Y no bohordos á damas.
NUÑO.
Los castellanos varones
No son tan afeminados
Que no hayan mostrado armados
A León que son leones;
Ya sabe la extraña tierra,
Por otras muchas hazañas,
Que, como en las fiestas cañas,
Tiran lanzas en la guerra.
RODRIGO.
Sí, don Sancho las tiró,
Padre de este don García.
NUÑO.
Pero ¿quién su valentía
Desde Pelayo igualó?
RODRIGO.
Él es hijo de buen padre.
NUÑO.
¿Túvole alguno más bueno?
RODRIGO.
Qué, ¿no fué el que dió veneno
A la honrada de su madre?
NUÑO.
Habla bien, bravo leonés.
RODRIGO.
Ya se sabe lo del moro.
NUÑO.
Guárdale al Conde el decoro,
Que mejor que tu Rey es.
RODRIGO.
¡Mientes!
NUÑO.
¡Muera!
LÁINEZ.
¡Aquí, parientes!
NUÑO.
¡Aquí, fidalgos!
LÁINEZ.
¡Villanos,
Menester habéis las manos!
NUÑO.
¿Posible es que tal intentes?

Acuchíllanse todos.

Sale el conde D. García, revuelta la capa al brazo y la espada desnuda, y dice primero el criado 2.º:

CRIADO 2.º
¿Á los criados del Conde?
GARCÍA.
Fernán Láinez, ¿qué es esto?
¿Al homenaje propuesto
Esta traición corresponde?
¿Cómo á mis criados matas
Representándome á mí?
LÁINEZ.
Y te daré muerte á ti
Si de esa suerte me tratas.
GARCÍA.
Luego ¿aquesto no es traición?
¡Aquí del Rey!
ÍÑIGO.
No des voces
Si nuestro agravio conoces.
GARCÍA.
Pues ¿qué haré?
ÍÑIGO.
Darte á prisión;
Y, pues eres tan rapaz,
No salir tan atrevido.
GARCÍA.
Siendo de quien soy nacido,
Soy de ser hombre capaz.

Quítanle la espada y préndenle.

ÍÑIGO.
¡Ea ya, suelta la espada!
GARCÍA.
¡Á vuestro señor, vasallos!

Sale D.ª Sancha.

SANCHA.
¡Que así quisieron matallos!
¡Qué desvergüenza extremada!
Mas ¿cómo está el Conde ansí?
LÁINEZ.
Infanta, el Conde está preso.
SANCHA.
¡Ah, traidor! Lo propio es eso
Que siempre temí de ti.
LÁINEZ.
¿Traidor soy yo, vil mujer?
SANCHA.
¡Oh villano, así me tratas!
Mas, pues á tu señor matas,
De mí, ¿qué podrás hacer?
¡Soltalde, prendedme á mí,
Llevadme á prisión por él,
Traidores!
LÁINEZ.
¡Toma!

Dale un bofetón á D.ª Sancha.

GARCÍA.
¡Oh cruel!
¡No hay Dios ni justicia aquí!

Saca D. García un puñal y da tras ellos, y matan á D. García.

SANCHA.
Guarda el puñal.
GARCÍA.
¡Fuera, fuera! (1)

Hiérenle y cae.

LÁINEZ.
¡Puñal sacó; dalde, acabe!
SANCHA.
¡No le matéis!
GARCÍA.
¡Sancha hermosa,
Sancha mía, Infanta, esposa,
Llega, llega antes que acabe!
LÁINEZ.
Huid todos por aquí;
Que lo hecho está bien hecho.
GARCÍA.
Llega, llégame tu pecho;
Pasarás el alma á ti.
SANCHA.
¿Hallaré, esposo, razones
Para hablarte? ¿Qué intentabas?
GARCÍA.
Viendo que ofendida estabas,
Rompí el miedo á las prisiones.
SANCHA.
No niego tu grande hazaña,
Mas quitásteme la vida.

Salen D. Manrique, Fortún de Mendoza y gente.

MANRIQUE.
¿Cómo van tan de corrida
Apellidando montaña?
FORTÚN.
Habrán hecho lo que suelen:
¿Qué es esto?
MANRIQUE.
¡Extraña mancilla!
SANCHA.
Muerto el Conde de Castilla,
Que hasta las piedras se duelen.
MANRIQUE.
¡Señor!
GARCÍA.
Manrique y Fortún,
Lara y Mendoza leales,
De los Velas, de hombres tales,
Es un ejemplo común;
Aquí me han dado la muerte.
FORTÚN.
¡Oh, traidores inhumanos!

(1) Verso suelto.

¿Tus vasallos castellanos
Te han tratado de esa suerte?

GARCÍA.

Dadme luego confesión,
Reciba los Sacramentos.

FORTÚN.

¡Oh, qué tristes casamientos
Para Castilla y León!

MANRIQUE.

Señora, volved en sí.

GARCÍA.

Esposa, no estéis ansí.

SANCHA.

Qué, ¿os vais, mi dueño?

GARCÍA.

Mi bien, sí.
¡Ea, encomendadme á Dios! (1)

SANCHA.

Presto os haré compañía.

GARCÍA.

Viví mil años.

SANCHA.

En triste
Punto á casarte viniste.

GARCÍA.

No lloréis, esposa mía.

Vanse.

Sale Tibaldo, villano, con azagaya y abarcas.

TIBALDO.

Amor grosero, acuciador del home,
Gradescido al desdén, y al bien ingrato,
Falagüeño, rapaz, viejo en el trato,
Que furtaste á la muerte flecha y nome;
Buitre cruel, que las entrañas come,
Inquieta mar, que no sosiega un rato,
Atrevido á los reyes sin acato,
Como engañar magüer que á cada tome:
El cual, de aquestas ásperas montañas,
Donde yace la gran ciudad de Oviedo,
Corona y defensión de las Españas,
Desnudo vives entre nieve y miedo;
Mas ya, si te has pasado á mis entrañas,
Non cale el arte que abrasar te puedo.

Sale Melisena, montañesa, en su traje.

MELISENA.

Montes, do yace la famosa cueva
Del gran Pelayo, milagroso abrigo,
Que de aquel mal hadado rey Rodrigo,
La España fénix, con morir renueva;
Homenaje fidalgo, á quien hoy deba
La sangre ilustre y el valor antigo,
Magüer que cada siempre el enemigo
Vuestros paveses y azagayas prueba:
Hoy veredes la vuestra plañidera
Casi morir de ausencia, y hoy veredes
Que como cisne en vuesas faldas llora;
Mas quiéroos suplicar que me otorguedes
Que cuando llegue del morir la hora,
Adore de su casa las paredes.

TIBALDO.

Si cuidas de aquél tu ausente
Que hoy se parte á ser soldado
Á León, otro has hallado
Que más tus ternuras siente;
Mas si buscas el que fuí,
Y ya non soy, Melisena,
¡Madiós, que te cause pena
Haberme fallado aquí!
Partióse ya del casar,
Ende le miras atenta.

MELISENA.

Non catando al que se ausenta,
Cato, Tibaldo, el logar:
Huyóse Mendo de mí,
Y á las guerras se coló;
Cuidé que era su paz yo,
Que sus caloñas creí.
Advierte bien la artería
Con que los tales fabláis,
Pues en un día llegáis,
Y vos partís otro día.

TIBALDO.

¿Tanto sientes su partida?

MELISENA.

Á ser fembra enamorada,
Ensandecieras burlada
Y plañeras escarnida.
Non me cregas lo que fablo;
Finco ausente y con mil celos.

TIBALDO.

Cuando te cuento mis duelos
Me enseñas todo el retablo.
No seas desesperada;
Amor con amor se cura:
Quererme ausente procura.

MELISENA.

¿Non basta una vez burlada?

TIBALDO.

¡Oh, gallarda Melisena,
Más altiva que una garza,
Más que el sol bella, aunque esparza
La coronada melena,
¿Qué cuidas de un hombre ausente,
Si presente te engañó?
Enfiuza en mí, que yo
Non miento, que amor non miente!
Preso estoy de tus amores,
¿Qué sirve escarnir mis males?
No somos todos iguales,
Que onde hay buenos, hay mejores.
Aquí non ves blanquear
Más nieve que ovellas mías,
Ni balar más que mis crías,
Nin que mis toros bramar.
Juntemos estas faciendas
Y estas almas, que es mejor;
Que reprochar tanto amor,
Non es de dueña de prendas.

(1) Esta cuarteta parece alterada lastimosamente.

MELISENA.
¿Siendo yo fembra de ley
Me fablas de esa manera?
¡Madiós, que te aborreciera
Magüer que fueras el Rey!
Ya viene el soldado mío.

Sale Mendo, montañés, á lo soldado gracioso.

MENDO.
No cale tenerme padre,
Que non acate á mi madre,
Nin al crego, aunque es mi tío.
Yo tengo de ir á León,
Zoízo tengo de ser.

MELISENA.
Ende te vas á perder,
Que non á ganarte, non;
Ende te vas perdular,
Mandadero de la fambre,
Tejiendo en aire el estambre
De tu facer y fablar;
Ende te lleva engañado
Un tafetán y un tambor.

MENDO.
Ya non es tiempo de amor,
Otro home soy soldado.

MELISENA.
El mío bien, ¿qué fice á vos,
Que vos escurrís de mí?

MENDO.
Nadie de amor fable aquí;
Que lo mataré, ¡madiós!

Va á meter mano á la espada.

MELISENA.
Tened la espada en su sayo,
Y non la descamiséis;
Mirad que facer podéis
Que me finque algún desmayo.

MENDO.
Catad que un home fidalgo,
Y solariego en Oviedo,
Non ha de vivir en miedo,
Sino en la lid facer algo:
Torno á quitalla el jubón.

Va á meter mano otra vez.

MELISEMA.
Non la tiréis, sosegalda.

Sale Fernán Láinez.

LÁINEZ.
De aqueste monte en la falda
Veo gente; pastores son.
¡Ah, montañeses!

MENDO.
¿Quién va?

LÁINEZ.
Un hombre que va perdido.

MENDO.
Y ¿sois soldado?

LÁINEZ.
Helo sido.

MENDO.
Si sois soldado, llegá.

LÁINEZ.
¿Hácese aquí alguna gente?

MENDO.
Fácela el Rey de León;
Mas ¿dónde, en esta ocasión,
Vos perdistes malamente?
Que tenedes buen talante.

LÁINEZ.
Soy un castellano hidalgo,
Que há más de un mes que no salgo
De este monte circunstante;
Y holgaría de saber
Las guerras que hay en León.

MENDO.
Vais perdido; con razón
Holgáis á más no poder.

LAÍNEZ.
Ciertos bandos he tenido,
Y por eso me escondí.

MENDO.
Si queréis saber de mí
La causa, avivá el oído;
Pero habéisme de pagar
En darme alguna lición
De quitar el camisón
Y de volverle á posar.

Señala á la espada.

LÁINEZ.
Ya es noche, y aquí la haré
Con vosotros, y hablaremos.

MELISEMA.
Non sé si buen ál tendremos
Do la vuestra bestia esté;
Que para vos non habrá
Falta de pan, vino y fuego.

LÁINEZ.
Antes el caballo os ruego
Que le alberguéis.

TIBALDO.
Bien está;
Que yo le daré salvado,
Y cuido que algún centeno.

LÁINEZ.
Decid la guerra.

MENDO.
Home bueno,
Atended.

LÁINEZ.
Decid, soldado.

MENDO.
Casó el Conde de Castilla,

Don Garcés, con doña Sancha,
Hermana de don Bermudo
De León, hermosa dama,
Después de haber en Oviedo
Fincado la bella Infanta
Doña Teresa, en San Payo,
Que así el monasterio llaman,
Donde face santa vida;
Que Dios, por ser fembra santa,
Con relámpagos y truenos
La libró del moro Audalla.
Casóse también Bermudo
Con la bella castellana,
Hermana del que vos digo
Que casó con doña Sancha.
Garcés, hecho barragán,
Ciñéndose blanca espada,
Vino á León por su esposa,
Ante los cuales estaban,
Traidores de padre á fijo;
Y más que con ellos anda
Un tío, Fernán Laínez,
Otro Julián de España.
Mataron al Conde niño,
Faciendo un fecho de fama,
Por vengar un bofetón
Que le dieron á la Infanta.
Quedó Castilla sin Conde,
Y como el Rey de Navarra
Con su hermana está casado,
Y el de León con otra hermana,
Cada cual quiere ser rey,
Como en el tiempo de Wamba,
Porque Castilla es reñón
Asaz rico, y noble en armas.
Tomado las han los dos,
Porque, faciendo batalla,
Se deslinde de quién es,
Porque las letras no bastan.
Adalides han venido
De León á las montañas,
De donde vamos cien homes,
Y más de otros cien sin barbas.
Á esta causa, cual me vedes,
Con espada y azagaya,
Voy siguiendo hasta León
El tapatán de la caja.

LÁINEZ.

Pienso que, si éstos supieran (Aparte.)
Que Fernán Laínez soy,
Aquí me mataran hoy
Ó á Castilla me volvieran.
Pero ¡qué buena ocasión
Con éste se me ha ofrecido
Para mudar el vestido!
¡Quién pudiera el corazón!
Hidalgo, no vas lucido
Como ha de ir un buen soldado.

MENDO.

En viendo el primer finado,
Me endonaré su vestido.

LÁINEZ.

Necesidad de dinero,
Como voy aquí perdido,
Me obliga que mi vestido
Te venda en precio ligero.
Dame ese tuyo y dos días
Sustento en este casar;
Que yo te le quiero dar.

MENDO.

Que me place.

MELISENA.

Qué, ¿aun porfías
Que te has de ir?

MENDO.

Sí, Melisena.

TIBALDO.

¡Míos ojos, queredme á mí!

MENDO.

Venid conmigo.

MELISENA.

Qué, ¿ansí
Me dejas el alma en pena?

MENDO.

Non fagas otra vegada
Que desnude el camisón.

Vanse Mendo y Láinez.

MELISENA.

¿Fuera más duro un sayón?
¡Vayas en hora menguada!
¡Prega á Dios que vuelvas ende
Como pobre mendiguero!

TIBALDO.

Qué, ¿le quieres?

MELISENA.

Aun le quiero,
Y más cuanto más me ofende.

TIBALDO.

Todas las fembras sois unas.

MELISENA.

Y á vos cansa la firmeza.

TIBALDO.

Sí, que tu natoraleza
Muda ausente, muda á lunas.

MELISENA.

Ya quiero quererte á ti.

TIBALDO.

¿Es caloña ó es verdad?

MELISENA.

Hoy mudo de voluntad.

TIBALDO.

Y ¿eres mía?

MELISENA.

Non y sí.

TIBALDO.

Ahora ven, que aun es presente;
Yo sé que te venceré;
Que ya de las fembras sé
Cuán cedo olvidan lo ausente.

Salen D. Manrique y Fortún de Mendoza.

MANRIQUE.
No me parece que el acuerdo es malo,
Y que cesen así las disensiones.

FORTÚN.
Era del rey don Sancho de Navarra,
Justamente el condado de Castilla,
Que le heredaba por mujer su hermana
Del malogrado conde don García.

MANRIQUE.
No era menos derecho de Bermudo,
Rey de León.

FORTÚN.
Aunque bastaban leyes,
Remítese á las armas este caso;
Pero resulta de ellas este acuerdo.

MANRIQUE.
Es acertado, y tanto, que en el mundo
No se pudiera dar fin más glorioso.

FORTÚN.
Hoy, el Rey de León y el de Navarra
Se quieren ver aquí, y de esta suerte,
Que se case su hijo de don Sancho
Con la esposa que fué del muerto Conde,
De don Bermudo, rey de León, hermana,
Y hereden el condado de Castilla.

MANRIQUE.
De suerte que el sobrino hereda al tío,
Y se viene á casar con la vïuda.

FORTÚN.
Así quedan en paz reyes y reinos,
Dividiendo la herencia los hermanos;
Es el que ha de heredar un noble Príncipe
Llamado don Fernando, mozo agora
De ricas esperanzas en España.

MANRIQUE.
Logre su nuevo pensamiento el cielo,
De suerte que Castilla á verse vuelva
Con el otro Fernando, ilustre Conde,
Que fué el primero que libró á Castilla
Del feudo de León, de que está ajena.

FORTÚN.
Los Reyes vienen, el aplauso suena.

Por una parte salen, con acompañamiento y música, el Rey de León y su hermana D.ª Sancha, y por otra el rey D. Sancho y su hijo D. Fernando, y júntense.

DON BERMUDO.
No os puedo significar,
Rey don Sancho, el alegría
De aqueste dichoso día,
Si no es que os llego á abrazar.

DON SANCHO.
Bien podéis llegar al pecho,
Rey don Bermudo, seguro
De que sólo en él procuro
Vuestro bien, vida y provecho.
Llégate, Fernando, allí,
Y besarásle la mano.

DON FERNANDO.
Dádmela, señor.

DON BERMUDO.
¡Oh hermano!
Vos podéis dármela á mí,
Y si no, dadme los brazos.

DON FERNANDO.
Creed que este amor confirma,
En que nuestras paces firma
Con las letras de estos lazos.
Y vos, Infanta y señora,
Dadme esos pies á besar.

DOÑA SANCHA.
Mándame mi hermano dar
La mano: ésa os doy agora.

DON FERNANDO.
Yo soy vuestro esposo indigno.

DOÑA SANCHA.
Y yo vuestra esposa soy.

DON SANCHO.
Mirad, señora, que os doy
Del muerto Conde el sobrino.

DOÑA SANCHA.
Yo, Rey, le aceto y le quiero,
Mas con una condición.

DON SANCHO.
Pues ¿hay alguna razón
Contraria á la paz que espero?

DOÑA SANCHA.
Ya os es notorio, señor,
Cómo murió don García,
Por la falsa alevosía
De Fernán Vela, traidor.
Pues creed que don Fernando
No llegará mano á mí
Menos de vengarme aquí,
Ó prendiéndole, ó matando.
Rey, vuestro cuñado fué,
Y de Bermudo mi hermano;
Antes de cortar su mano,
¿Cómo queréis que la dé?
Reyes sois, juntos estáis,
Vengad mi esposo y mi honor;
Que no es bien viva un traidor
Y que afrentados viváis.
Aun hay señales en mí
De la afrenta de mi cara,
Pues justamente repara
En no ir á Castilla ansí;
Que tú y ella, si eres sabio,
Vendréis á dar en la cuenta
Que es señora con afrenta,
Y que es mujer con agravio.

DON FERNANDO.
No os aflijáis de esa suerte,
Que este amor al muerto Conde,
Á vuestro valor responde
Que es corto el amor en muerte.
Á mí me anima á venganza,
Y al Rey mi padre lo pido.

DOÑA SANCHA.
En este punto he perdido
De nuestra paz la esperanza;
Que aunque vengar es razón
Mi cuñado y vuestro esposo,
Hallar es dificultoso
El autor de la traición;
Que Fernán Laínez es
Cauteloso y hombre astuto.

BERMUDO.
Será buscarle sin fruto,
Que era ligero de pies;
Pero haráse diligencia.

DOÑA SANCHA.
Pues yo, con esta mancilla
No pienso entrar en Castilla
Ni hacer de León ausencia.

FERNANDO.
Señora, no interrumpáis
De estas paces el sosiego;
Que se vengará no os niego,
Mas mirá que en mí os vengáis.
Palabra os doy y homenaje
De vengar á don García.

DOÑA SANCHA.
Yo seré vuestra ese día,
Que vos honréis mi linaje.

BERMUDO.
Lo que es posible se hará;
Entretanto sed su esposa.

DOÑA SANCHA.
No digo, Rey, otra cosa,
Yo soy de Fernando ya;
Pero juntarnos en uno
Menos de vengado el Conde,
No hay remedio.

BERMUDO.
Pues ¿adónde
Hay de la traición alguno?

DOÑA SANCHA.
Á Fernán Laínez pido;
Ése me dió el bofetón.

FERNANDO.
Vengarla es justa razón,
Y más quien es su marido.
Hago voto á Santiago
De no desceñir la espada
Hasta que, estando vengada,
Me dé sus brazos en pago.
Discurriré el mundo todo
Como por el cielo el sol.

Sale un capitán, y Mendo, montañés, con el vestido de Fernán Láinez.

CAPITÁN.
¿Vos sois honrado español?

MENDO.
¡Mía fe, deciendo de godo!

BERMUDO.
¿Qué gente es ésa?

CAPITÁN.
Un soldado
Montañés de Oviedo.

BERMUDO.
Pues
¿Á qué efecto?

MENDO.
Á vuesos pies,
Rey bueno, estoy humillado.
Vuesa merced sea servido
De darme su bendición.

BERMUDO.
Álzate, y di la ocasión,
Buen hidalgo, á que has venido.

MENDO.
Mendo Méndez soy, señor,
Y aunque locido además,
Todo, en delante y detrás,
Es pellejo de un traidor.
Soy labrador, non soldado;
Vivo entre robles y brezos,
Porque aquestos arrapiezos
Non convienen al arado.
Vengo vos, ¡por vida mía!
A declarar que sé yo
Dónde queda el que guisó
La muerte de don García.

FERNANDO.
Espera, buen hombre; ¿adónde?

MENDO.
Allá finca en mi casar;
Que para más caloñar,
Con mis abarcas se esconde.
Entre unos riscos y breñas,
Quejas al cielo derrama,
Fernán Laínez se llama:
¡Cata si dó buenas señas!
Querellábase el coitado
Del mal fecho, la traición,
Y cómo dió el bofetón
Y la muerte á un malogrado.
Y yo, por servos leal,
En fierros quise fechalle,
Mas non me atreví á tiralle,
¡Tanto es artero el puñal!
Y dende, yo esculcaré
En delante el monte.

DOÑA SANCHA.
El cielo
Ha dado á mi mal consuelo.

FERNANDO.
¿Sábeslo bien?

MENDO
Bien lo sé.

FERNANDO.
Pues ¡alto! Padre y hermanos,
Y mi esposa, dad licencia.

DOÑA SANCHA.
Á sola tan justa ausencia
La diera.

FERNANDO.
Bésoos las manos.

DOÑA SANCHA.
Yo, Fernando, he de ir contigo,
Y cercando la montaña
Con gente, hacer que, por maña,
No se escape el enemigo.

BERMUDO.
Pues yo, con mi hermana quedo
Aguardando esa victoria.

DOÑA SANCHA.
No sé cómo tanta gloria,
Montañés, pagarte puedo.
Ponte agora esta cadena.

Pónesela.

MENDO.
¡Oh, qué locida me está!
Sandia madiós fincará
En viéndome Melisena.

Vanse.

Sale Fernán Láinez con el vestido de Mendo.

LÁINEZ.
¿Dónde hallará un traidor lugar seguro,
Pues apenas la tierra le consiente?
¿Qué montaña será su amparo ó muro,
Odioso al cielo, al mundo y á la gente?
No hay cóncavo sin luz, no hay puesto obscuro,
Todo le muestra al ofendido ausente;
Que el que ha ofendido á otro, en el abismo
No sé si está seguro de sí mismo.
Paréceme que veo por momentos
Del muerto Conde la difunta mano;
Del eco de este valle los acentos,
Están diciendo, ¡«Morirás, tirano!»
¡Oh tú de los mortales pensamientos
Descanso y dulce engaño, sueño vano,
Ayúdame á pasar tan triste vida
Al pie desta haya deste roble asida!

Échase á dormir, y salen Tibaldo y Melisena, montañeses.

TIBALDO.
Ya creigo será finado,
La mi cruel Melisena,
Aquel tu sandio soldado;
Non te zabullas en pena.

MELISENA.
Pues ¿qué tengo de facer,
Creciendo con no le ver
Desafuciadas memorias?

TIBALDO.
Cambiar tus pasadas glorias
Con el presente placer,
¡Oh, madiós con el zoízo,
Que, tan fiero y soberbioso,
Tal praga en tu pecho fizo,
Pues que Tibaldo, humildoso,
Por jamás te satisfizo!
Nin te agradan mis prohidias
Ni mis arteras envidias
Para facerte un traspié.

MELISENA.
Déjame ya, por tu fe,
Tibaldo; que me fastidias.

TIBALDO.
¡Mal can rabioso te muerda
Que ansí reprochas mi amor
Y de un falso se te acuerda!

MELISENA.
Anda vete, embostidor,
Que me farás que me pierda.

TIBALDO.
¡Ay, hechicera traidora,
É nigromanticadora,
Fazme un favor!

MELISENA.
Y ¿cuál es?

TIBALDO.
Que me.....

MELISENA.
Dilo.

TIBALDO.
¿No lo ves?

MELISENA.
Vete, roncero, en mal hora.

Salen Mendo y el capitán, y alguna gente.

MENDO.
Esta fembra lo dirá.

MELISENA.
¿Non es éste Mendo? ¡Ay, Dios!

MENDO.
¿Onde aquel fidalgo está?

MELISENA.
¡Que nos fallase á los dos!

MENDO.
Qué ¿vos empacháis? ¡Fablá!

TIBALDO.
Decid, ¿es el castellano?

MENDO.
Sí.

TIBALDO.
¿Védesle allí dormiendo?

MENDO.
Echalde, adalid, la mano.

MELISENA.
¿Qué es esto, á qué vienes, Mendo?

LÁINEZ.
¡Ay, Dios!

CAPITÁN.
¡Despierta, tirano!

Préndele.

MENDO.
¡Acorre, Rey y señor!
¡Ya está en la red el conello!

Salen el rey D. Sancho y D. Fernando con venablos.

DON SANCHO.
Qué, ¿ya está preso el traidor?

MENDO.
Llegad vos si queréis vello.

LÁINEZ.
No me engañabas, temor.

DON SANCHO.
¡Fernán Laínez!

LÁINEZ.
No pidas
Que te responda; mil vidas
Quisiera ofrecerte aquí.

FERNANDO.
¡Asilde, atalde!

LÁINEZ.
¡Ay de mí!

DON SANCHO.
¿Qué es de aquellos homicidas?

LÁINEZ.
En Francia están.

DON SANCHO.
Vaya luego
Donde mal fuego le abrase.

FERNANDO.
Y porque cese mi fuego
Y con mi esposa me case.

LÁINEZ.
Que me abraséis vivo os ruego.

MELISENA.
¿Esto traes de la guerra?

MENDO.
Sí, Melisena, esto traigo;
Quien lo gana, en volver yerra.

MELISENA.
Qué, ¿no te irás?

MENDO.
¡Por San Payo,
Que he de fincarme en mi tierra!
Quien no es hecho á las leyes
De las cortes de los reyes,
Mal se guisa en él su abrigo:
Hoy me he de casar contigo,
Y mañana con mis bueyes.

ACTO TERCERO.

Salen Albarfáñez, camarero del Rey, y un portero.

ALBARFÁÑEZ.
Corre ese dosel, y encima
De esa dichosa tarima,
Pues sustentará á Fernando,
Y aquel asiento ordenando,
Que toda Castilla estima;
Iguala esas sillas más.

PORTERO.
Igual está cada silla
Por su medida y compás.

ALBARFÁÑEZ.
Hoy, venturosa Castilla,
Reyes tus Condes verás;
Hoy, con inmensa alegría,
Será el venturoso día
Que, para mayor grandeza,
Veas trocada en Alteza
Lo que antes fué Señoría;
Hoy tus Condes serán Reyes,
Y para que el mundo espantes
Con tus venturosas greyes,
Tendrás pocos semejantes
En el gobierno y las leyes.

PORTERO.
Luego ¿ésta es coronación?

ALBARFÁÑEZ.
Es que llega la ocasión
De que Castilla en el mundo
Gane nombre sin segundo.

Ruido dentro.

PORTERO.
¿Qué es esto?

ALBARFÁÑEZ.
Los Reyes son.

Salen los reyes D. Fernando y D.ª Sancha y acompañamiento, Íñigo de Herrera y Mendo Ramírez, regidores, y el Alférez mayor de Castilla, y siéntanse los Reyes.

DON FERNANDO.
Generosos castellanos,
Que hecho Atlante sin segundo,
Sobre vuestros hombros fundo
Edificios soberanos.
Ya llegó el dichoso día
En que con vuestro consejo,
Que es de mi norte el espejo,
Se cumpla la intención mía.
Por señor me habéis jurado,
Dándome la protección
De Burgos, y posesión
De aqueste antiguo condado.
Hasta aquí lo fué Castilla;
Ya, de hoy más, reino ha de ser,
Y Rey quien ha de tener
En Castilla el cetro y silla.
Hijo soy de Rey, y Rey
De Navarra y Aragón,
Suegro y cuñado, en León
Son Reyes; ser Rey es ley.
Castilla es libre, y en ella
Hay muchos Condes, y ansí,
No es bien llamármelo á mí,

Que soy dueño de ellos y ella.
Mas ya que tengo el intento
De que corona me den,
No lo quiero hacer, ni es bien,
Sin vuestro consentimiento.
Los dos padres de la tierra
Conservad en paz y amor,
Y vos, Alférez mayor,
Amado en la paz y guerra,
En nombre de la más plebe
Me dad el cetro y corona,
Que á la sangre que me abona
De derecho se le debe.
Esta jura concluyamos
Para el bien que pretendemos.
¿Qué queréis?

TODOS.

Un rey queremos.

DON FERNANDO.

¿Juráisme á mí?

TODOS.

¡Sí juramos!

ALFÉREZ.

Á mí, Alférez mayor de este condado,
Que ya es dichoso reino, sólo toca
Levantar estandarte enarbolado,
Y dar al viento tafetán y boca.
Y así, todos oid con el cuidado
Á que la extraña novedad provoca,
Cómo Castilla, que en contento se arde,
Es reino de Fernando, que Dios guarde.
Castilla por Fernando, Rey primero,
Por Fernando, el primer Rey de Castilla,
De Aragón y Navarra el heredero,
Y digno de mayor estado y silla.
Tiemble de Mauritania el Moro fiero,
Y desde Badajoz hasta Sevilla,
Y los que sois de su dichoso bando
Decid que viva el Rey.

TODOS.

¡Viva Fernando!

ÍÑIGO.

Por Burgos, gran señor, me da la mano.

DON FERNANDO.

Por tu Rey te la doy, si así la quieres.

ÍÑIGO.

En ser vasallo tuyo estoy ufano,
Y sigo los comunes pareceres.

RAMÍREZ.

Este es favor del cielo soberano,
Por la gracia de Dios, cuyo Rey eres.

DON FERNANDO.

Gracia es de Dios y su favor divino,
Hacerme vuestro Rey.

ÍÑIGO.

De ello eres dino.

DON FERNANDO.

Yo os juro de guardar las exenciones,
Cédulas, privilegios y franquezas
Que de vuestros hidalgos corazones
Tuvieren más antiguas enterezas;
Mas juro de aumentar en mis pendones
Flores, escaques, tiros y cabezas,
Haciendo este condado, aunque pequeño,
Un reino grande de un famoso dueño.
Y porque dilatallo á tiempo largo
Turbara la bonanza que se espera,
Á vos, Mendo Ramírez, os encargo
Que alcéis para la guerra mi bandera,
Y á mi Alférez mayor su oficio alargo,
Y á vos, Íñigo noble de Herrera,
Hago mi Adelantado de Castilla.

ÍÑIGO.

¿Quién no se rinde á tu valor, y humilla?

Sale Nuño, criado del Rey.

NUÑO.

Ya, valeroso Fernando,
Rey primero, que Dios logre,
Que los nobles burgaleses
Por su Rey te reconocen;
Ya que con dichosa paz
Se escuchan alegres voces,
Que publican viva el Rey
Con su querida consorte;
Ya que debajo tu amparo
Como huérfanos se ponen,
Para que tú, como padre,
Los ampares y los honres,
Comienza á blandir la lanza
Y desenvaina el estoque
Para resistir á un Rey
Que de serlo tú se corre.
Tu cuñado don Bermudo,
Viéndote tomar tal nombre,
Brama, gime, bufa, grita,
Blasfema y maldice el orbe.
Ya ha salido de León,
Y ya llega á tus mojones,
Y los pueblos comarcanos
Tala, rinde, quema y rompe.
De á caballo trae dos mil,
De á pie, cinco mil hombres,
Y todos vienen diciendo:
«¡Muera el engañoso Conde»
Traen los que son de León
Celadas y morriones,
Ballestas, dardos, paveses,
Mazas de encina y de bronce,
Petos fuertes y espaldares,
Hondas, piedras y lanzones,
Y cubriendo otros los pechos
De cortezas de alcornoque.
Con esto, y con el deseo
De darte una muerte enorme,
Pasó tu cuñado el Rey
Por Sahagún y sus torres,
Ya ha llegado á Carrión,
Mas la villa resistióse;
Pero rendiráse luego
Si presto no la socorres.

Agora es tiempo, señor,
Que la bandera enarboles,
Y que el título de Rey
Á las obras sea conforme.
Deja la corona y cetro,
Toma espada con que cortes
Á tu cuñado los pasos
Y al vulgo las intenciones.
¡Salid, nobles castellanos,
Mirad que la tierra os corren;
Corred á tomar venganza
De quien os infama á voces!
Rey tenéis, mirad por él,
Que tiranos se le oponen;
Defendelde sus murallas
Y guardalde, porque os honre.
No digáis que no os aviso,
León viene, y sus leones:
¡Viva el Rey! ¡Tocad al arma!
¡Nobles sois, haced cual nobles!

DOÑA SANCHA.

Tanta es la rabia y la afrenta
De la nueva que has traído,
Que apenas llega al oído,
Cuando en el alma se asienta;
Y de manera me obliga
Esa pretensión tirana,
Que ya la sangre de hermana
La convierto en enemiga.
No es mi hermano: el mundo miente
Si le ofreciere tal nombre;
Que no es honrado ni es hombre
Quien los nobles no consiente.
Mal, por cierto, á mi marido
Le paga este Rey tirano
El título soberano
En que me ha constituído.
Mal mi bien le satisface
Y el valor que se interesa;
Que él sólo me hizo Condesa,
Y Fernando Reina me hace.
Mas, pues, que de un obstinado
No hay que esperar buen suceso,
Venga el loco y este exceso
Traiga gente y campo armado.
Que yo, ¡por vida del Rey!
Cuando en Castilla no hubiese
Quien al paso le saliese
Con razón, justicia y ley,
Haré un femíneo escuadrón,
Y siendo yo su caudillo,
Veré si de mi castillo
Quita una almena el León.

DON FERNANDO.

Si aquese divino pecho
Trae fuerza y valor consigo,
El campo del enemigo
Doyle por roto y deshecho.
Iré triunfante, señora,
Con la profecía vuestra,
Y en tanto, en la ciudad nuestra
Sed vos la gobernadora;
Que mi poder general
Os entrego para todo.

DOÑA SANCHA.

Yo le admito de ese modo
Y empiezo á dar fin al mal.
Notoria os es la traición
De los que, con pecho airado,
Dando muerte al malogrado,
Me dieron el bofetón.
Ya sabéis cómo están presos,
Y que el cielo, justo y santo,
No los quiso guardar tanto,
Pues hoy cierro sus procesos.
Y ansí, el caudillo maldito
Y los tres sobrinos, quiero
Que, con voz de pregonero
Que publique su delito,
Cortada la infame mano,
Á Castilla vuelta den,
Porque todos sepan bien
Cómo castigo un villano.
Y volviendo á la ciudad,
Cuando las calles paseen,
Vivos los atenaceen
En pago de su maldad.
Después, los miembros cortados,
Palos ocupando estén;
Que esto sentencio también,
Como Reina, en mis estrados.

FERNANDO.

Yo consiento y gusto de ello.

RAMÍREZ.

¡Gran pecho!

ÍÑIGO.

¡Raro valor!

FERNANDO.

Y á mi Merino mayor
Mando que vaya á hacello.
Y nosotros vamos luego
Á resistir á León.

DOÑA SANCHA.

Merece su indignación
El castigo á sangre y fuego.

FERNANDO.

¡Es vuestro hermano!

DOÑA SANCHA.

¡Es tirano!

FERNANDO.

Ahora los brazos me dad,
Señora; que esta ciudad,
Yo la dejo en vuestra mano;
Defendelda.

DOÑA SANCHA.

Bien podéis
Dejármela en encomienda;
Que haré que el tirano entienda
Que Reina y mujer tenéis.
Venga, si es que le enojó
Que Castilla reino sea;
Que aquí hallará Ipsicratea,

Y otra Judit seré yo.

FERNANDO.

Sois mi bien.

DOÑA SANCHA.

Sois mi alegría.

ÍÑIGO.

Tu real está aprestado.

DON SANCHO.

Id con Dios, amigo amado.

FERNANDO.

Queda en paz, amada mía.

DON SANCHO.

Íñigo, encárgoosle á vos.

FERNANDO.

Vamos.

RAMÍREZ.

Entrad publicando
Que es primero Rey Fernando.

FERNANDO.

Sí, por la gracia de Dios.

Vanse, y sale Bermudo, rey de León, y Manrique de Lara, y soldados tocando caja.

BERMUDO.

Cese la caja y trompeta
Hasta que por interés
La victoria me prometa,
Y hasta que vea á mis pies
Quien mi poder inquieta.
En fin, ¿dicen los pregones
Que ya de Castilla es Rey?

MANRIQUE.

Los pregones y blasones.

BERMUDO.

Luego ¿ya igualarse es ley
Los castillos y leones?

MANRIQUE.

Quizá debe de pensar
Que los dos han de juntar
Debajo de un coronel.

BERMUDO.

Es mi león muy cruel,
No se dejará amansar;
Pero si en esta ocasión
En Castilla me encastillo]
Y derribo su blasón,
Haré jaula su castillo
Para encerrar mi león.
¿Quién hizo reino á Castilla,
Que era ayer mi tributaria?
¿Quién le dió Rey, cetro y silla?

MANRIQUE.

La soberbia voluntaria
Que ningún señor se humilla.

BERMUDO.

¡Oh, indómitos castellanos,
Que hasta los mismos romanos
Confesaron vuestra hazaña!

MANRIQUE.

Es el corazón de España.

BERMUDO.

Y yo de España las manos.
De haberle mi hermana dado,
Casi estoy arrepentido.
¡No hubiera un traidor quedado
Que le matara atrevido,
Como al Conde mi cuñado!

Sale Fortún de Mendoza.

FORTÚN.

No se duerme el nuevo Rey
Con los fieros castellanos,
Que así obedecen su ley;
Que hasta los mismos villanos
Dejan el arado y buey.
Rey tenemos, Rey vocean,
¡Viva, dicen, Don Fernando!
Y este valle señorean;
Ya las armas, relumbrando,
Contra el sol relampaguean.
Cubrir su armado escuadrón,
Al nuestro león es propinco;
Veréis en esta ocasión
Hileras de cinco en cinco
En campos de Carrión.
Agora es tiempo de ver
Lo más que debes hacer
En tu defensa y su ofensa.

BERMUDO.

Quien á tal tiempo lo piensa,
Miedo debe de tener.
¡Á ellos, mis leoneses!
¡Muera ese Rey castellano!
¡Alzá, hidalgos montañeses,
La lanza en la diestra mano,
Y en la izquierda los paveses!
¡No haya Rey, vuelva Castilla
Á dar parias á León,
Deshaced su cetro y silla,
Y resulte hasta Aragón
Del fresno la rota astilla!
¡Yo soy Rey, Rey heredado,
No nuevo ni introducido!

FORTÚN.

Sin duda el Conde ha llegado,
Y no mal apercibido.

MANRIQUE.

Ya llega el campo formado.

BERMUDO.

¡Ea, pues, que pierdo ó gano
Los más ricos intereses
De España, puesta en mi mano!
¡Al arma, al arma, leoneses!
¡Muera el Conde castellano!

Dése la batalla dentro, entrándose metiendo mano, y sale el rey Bermudo solo.

BERMUDO.

¡Oh cobardes, oh villanos,

Casta ingrata, mal nacida!
¿Cómo ansí, que de vencida
Os lleven los castellanos?
¿Adónde están los blasones
Antiguos, de quien venís?
¡No sois nobles, no, mentís,
Ni sois tampoco leones,
Sino liebres, pues huís!
Pero ¡cielos! ¿cómo puedo
Ir á León sin vengarme?
¡Conde, aguardándote quedo!
¡Villano, ven á mirarme,
Y mataréte de miedo!
¡Ah, Condecillo! ¿á dó estás?
¿Qué es de tu arrogancia vana?
¡Búscame, no aguardes más!
Mas soy león con cuartana,
Y de miedo temblarás.

Sale el rey D. Fernando solo.

FERNANDO.
¿Qué por el campo voceas,
Rey Bermudo de León?
Vesme aquí si me deseas.

BERMUDO.
Ofrecido se ha ocasión
En que mi castigo veas.

FERNANDO.
No blasones de esa suerte.

BERMUDO.
Mucho me alegro de verte,
Fernando, Rey, y Rey tal,
Para que, siendo mi igual,
Pueda yo darte la muerte.

FERNANDO.
No me parece, Bermudo,
Que me ha estado mal tu nombre,
Que te deseo ver mudo;
Que hablar tanto un Rey tan hombre,
No es valor, y el serlo dudo.

BERMUDO.
¿Por qué te has llamado Rey?

FERNANDO.
Porque un moro de una villa
Se llama Cid y Muley,
Y que tenga Rey Castilla,
Es justo derecho y ley.
Y por mí, cuando no fuera
Hijo de Rey, cosa es llana
Que este nombre mereciera
Por marido de tu hermana,
De un Rey hija y de otro nuera.
Maravíllome de ti,
Que tener Reyes sobrinos
Te parezca mal.

BERMUDO.
¡Que ansí
Encubras tus desatinos
Y te has igualado á mí!

FERNANDO.
Valor tienes tú, usa de él;
Que el ser iguales los dos
No ha sido serte infïel,
Porque ni tú fuiste Dios,
Ni he sido yo tu Luzbel.
¿Tométe yo reino tuyo?
Mientras no tiene otro suyo,
Puede un hombre disponer
De lo que está en su poder
Porque es, en efecto, suyo.
Resúltame vituperio
Que tan fácil maravilla
Has tenido por misterio;
Mía es Castilla, á Castilla
Quiero hacer reino é imperio.

BERMUDO.
Sí, mas eso no ha de ser
Á costa de tus vecinos
Para ensanchar tu poder,
Y hechos reyes mis sobrinos,
Que agora están por nacer.

FERNANDO.
¿Qué te he tomado?

BERMUDO.
Ahora bien,
Nuestras armas lo dirán;
Mal cuñado, á mí te ven.

FERNANDO.
Éstas mías te darán
Castigo y muerte también.

Entran acuchillándose, y dicen dentro, y D. Fernando prosigue:

¡Castilla, Castilla, el león
Mide ya con pies y manos
La vega de Carrión!
¡Al alcance, castellanos!
¡Victoria! ¡Vencidos son!

Dicen dentro «¡Victoria, victoria!», y sale el Rey Don Fernando y los suyos por una parte, y por otra Fortún de Mendoza.

FORTÚN.
No pasemos adelante,
Rey Don Fernando, el furor;
Ya es muerto el Rey, que es bastante
Para sosegar, señor,
Tu corazón arrogante;
Ya está en el suelo tendido

FERNANDO.
Su justo castigo ha sido.
¡Ea, castellanos fuertes,
Cesen las armas y muertes,
Que es infamia en el vencido!
Retiraos. ¿Qué es de la tienda
Del Rey mi hermano?

FORTÚN.
Ésta es.

FERNANDO.
Pues en su entierro se entienda,
Que será de mi interés
La más agradable prenda.

¿Quién seguirá su estandarte?

FORTÚN.

Ataulfo, de Santiago
Arzobispo.

FERNANDO.

Y ¿en qué parte
Está?

FORTÚN.

Si te satisfago,
Llamaréle.

FERNANDO.

Al punto parte.

Vase Fortún.

ÍÑIGO.

¿Qué piensas hacer?

FERNANDO.

Premiar
Á todos los que han venido
Con el Rey á pelear.

ÍÑIGO.

¿Quieres honrar el vencido?

FERNANDO.

Al vencido quiero honrar.

Salen Ataulfo, obispo; Fortún y Manrique.

FORTÚN.

Ataulfo está presente
Á tus pies.

ATAULFO.

Mi humilde celo,
Tu gran piedad acreciente.

FORTÚN.

Álzate, padre, del suelo;
Que tal mi amor no consiente.
Dame tus brazos.

ATAULFO.

Tú eres,
Para que la tierra asombres,
Quien más con amor adquieres.

ÍÑIGO.

Con amor vence los hombres
Y enamora las mujeres.

FERNANDO.

Bien sé que estaréis con pena
Del caso, pero el error
Me disculpa y le condena.

ATAULFO.

La soberbia, gran señor,
Jamás hizo cosa buena.

MANRIQUE.

Nunca el Rey quiso consejos
En su riguroso ensayo.

FERNANDO.

Juzgó mi poder muy lejos;
Pero fué su envidia rayo
Que volvió de los espejos.
Y pues es justa razón
Que su hermana y mi mujer
Herede al Rey y á León,
El verdadero vencer
Será tomar posesión;
Pues hijos no tuvo, es justo
Que yo sea Rey.

FORTÚN.

Ya se goza
León con aplauso justo:
Primero, los de Mendoza
Te llaman César Augusto.

MANRIQUE.

Aquí tienes los de Lara
Por vasallos desde hoy.

FERNANDO.

Hoy este brazo os ampara;
Lo que heredo y lo que soy,
Íñigo, á voces declara;
Y pues el cielo sagrado
Un reino me da en el suelo,
Antes de entrar en su estado,
Un voto que le hice al cielo
He de cumplir con cuidado.
He prometido juntar
De las dos, Justa y Rufina,
Las reliquias, é intentar
Del Rey moro la rüina
Si no las quisiere dar.
Ataulfo y el de Lara
Se partan luego á Sevilla,
Y á Julián, que la ampara,
Publiquen lo que en Castilla
El cielo por mí declara.
Cuando en su presencia estén,
Hagan que el divino fruto
De las dos Santas les den,
Y pidiéndole el tributo,
Traerán los huesos también.
Y luego á la Reina irán
Á contar lo que ha pasado,
Y allí los entregarán;
Y los dos de este recado,
Íñigo y Fortún serán:
Traeránla en su compañía.
¡Alto! Marchad á León
Para tomar este día
El título y posesión
Que el cielo santo me envía.
Cuerpo á cuerpo al Rey he muerto
En batalla á campo abierto.
Á León, por mi mujer
Heredo, y hoy viene á ser
Segundo reino, os advierto.
Vayan todos publicando
La dichosa posesión
Que en el reino voy tomando;
Sépase que es don Fernando.....

ÍÑIGO.

Rey de Castilla y León.

Vanse.

Salen la reina D.ª Sancha y un paje.

DOÑA SANCHA.

Bien canta.

PAJE.

La voz y ciencia
Parejas pueden correr.

DOÑA SANCHA.

Todo será menester
Para entretenerte, ausencia.
Acá me da el corazón,
Como si pudiese oilla,
La voz que dice: «¡Castilla!»,
Y la que dice: «¡León!»
Y que se han trabado, es llano;
Todo en mi desdicha ha sido,
Siendo el uno mi marido,
Y siendo el otro mi hermano.
Temo que los de León
No son tan bravos y diestros;
Pero al fin, venzan los nuestros
Con razón ó sin razón.

PAJE.

No ha echado menos Castilla,
Contigo, del Rey la falta;
Que es tu prudencia tan alta,
Que sólo basta á regilla;
Sólo falta que les des
Muestra de algún heredero.

DOÑA SANCHA.

Ya presto dársela espero.

PAJE.

¿Siénteslo?

DOÑA SANCHA.

Más ha de un mes.

PAJE.

Escribe al Rey mi señor
Nueva de tal gusto y gloria,
Que para darle victoria
Es la esperanza mayor.

DOÑA SANCHA.

Trae recado de escribir.
Pero ¿qué mujer es ésta?

Sale una gitana.

GITANA.

Si es que el verme te molesta,
Quiero volverme á salir.

DOÑA SANCHA.

¿Por dónde, amiga, has entrado?

GITANA.

Tus damas lugar me dieron,
Que saber de mí quisieron
Si era cierto tu preñado;
Dios te dé buenaventura,
Que á fe que preñada estás;
Hijo varón parirás.
Dame aquesa nieve pura,
Dame aquesa blanca mano.

DOÑA SANCHA.

¿Sabes algo de esto?

GITANA.

¡Y cómo!
Pues que la mano te tomo,
No ha sido, señora, en vano.
Tendrás, Reina de Castilla,
Tres hijos varones claros,
Y dos hijas valerosas,
De tu marido Fernando.
Santo ha de ser el primero,
Rey castellano y navarro;
Pero amenázale muerte
Á traición con un venablo,
Á quien tu segundo hijo
Sucederá en el estado,
Alfonso, Rey de León,
Asturias, Zamora y Campos,
Aunque le dará á Zamora
Á doña Urraca Fernando,
Hija tercera en nacer,
Y de valor celebrado,
Á quien hará injusta guerra.
El malogrado don Sancho.
García, rey de Galicia,
Será en el número cuarto,
Y doña Elvira la quinta,
Señora del Infantado.
Por años cuarenta y siete
Reinaréis, Príncipes santos.
Y tú, más que tu marido,
Reina, vivirás dos años.
De vosotros irá siempre
Castilla el reino aumentando,
Llamándose Reyes de ella,
Emperadores romanos;
Será vuestra España toda,
Discurriendo siglos largos,
Nápoles, Milán, Sicilia,
Y otros mil reinos cristianos,
La Oriental y Occidental
Del Indio; mas ya me tardo,
Que me aguardan aquí fuera:
Luego vuelvo: espera un rato.

Vase.

DOÑA SANCHA.

Admirada estoy de suerte,
Que si esto ha de ser verdad,
Es grande felicidad
La que para España advierte.
Vé tras ella, y di que aguarde:
Llámala, y hazla volver.

Vase el paje.

¡Cielos! Si aquesto ha de ser,
Ya me parece que es tarde;
Apresura alas y pies,
Tiempo, que al aire te igualas,
Porque, en moviendo tus alas,
Siglos tan dichosos des;
Déjame estos tiempos ver;
Llegue tan dichosa hora.

Vuelve á salir el paje.

PAJE.
Basta que dicen, señora,
Que no han visto tal mujer.

DOÑA SANCHA.
¿Cómo no?

PAJE.
Ni tal ha entrado.
Pero otra nueva mejor
Traigo del Rey mi señor;
Llega á Tu Alteza un recado.

DOÑA SANCHA.
Di que entren.

PAJE.
Íñigo es.

DOÑA SANCHA.
¿Qué será? que estoy turbada.

Salen Íñigo y Fortún.

ÍÑIGO.
Reina de Castilla amada,
Danos tus Reales pies.

DOÑA SANCHA.
¡Ay, Íñigo! El corazón
Se alegra en verte. ¿Y mi esposo?

ÍÑIGO.
Queda bueno y victorioso.

DOÑA SANCHA.
¿Cómo ansí?

ÍÑIGO.
Venció á León;
Que aunque al paso se le opone,
Dejóle muerto y vencido.

DOÑA SANCHA.
Y mi esposo, ¿salió herido?

ÍÑIGO.
No.

DOÑA SANCHA.
¿No? Pues Dios le perdone.
Era mi hermano; no hay duda
De que este precepto obliga,
Pero la envidia enemiga,
Hermandad y sangre muda.
¿Queda bueno el Rey?

ÍÑIGO.
Señora,
Bueno, gloria á Dios: Su Alteza
Ordena que con presteza
Le veas.

DOÑA SANCHA.
Sea en buen hora.

ÍÑIGO.
Viene Fortún de Mendoza
Para llevarte.

FORTÚN.
Y servirte.

DOÑA SANCHA.
Huelgo de verte y oirte.

FORTÚN.
Ya, Reina, León se goza
Esperando tu presencia
Por gloria de la ciudad,

DOÑA SANCHA.
Yo les debo voluntad
Y ellos me deben la herencia;
Pero ya me la da el cielo.
Partámonos con cuidado,
Porque ya de mi preñado
Algún peligro recelo.

ÍÑIGO.
Pues ¿hay muestras de tal bien?

DOÑA SANCHA.
Y son ciertas.

ÍÑIGO.
Tus pies beso.
Vamos, porque del suceso
Al Rey las nuevas le den.

Vanse.

Sale el Rey moro de Sevilla, Manrique de Lara y moros.

REY MORO.
Las parias, Ataulfo, alfaquí santo
De aquel vuestro Patrón que llamáis Diego,
Que pide el rey Fernando de Castilla,
Yo las daré mayores que las pide,
Porque con la noticia de sus hechos
Ya le tiemblan los moros hasta el África;
Y pues que se las dan Toledo y Córdoba,
No es justo que Sevilla se las niegue;
Pero los cuerpos de las santas vírgenes
Que vosotros llamáis Justa y Rufina,
Y aquí por el Dios vuestro fueron muertos,
Yo no sé dónde están, ni hay moro alguno,
Porque yo he consultado los más viejos,
Que sepa en qué lugar tienen sepulcro.

ATAULFO.
Yo creo, Rey famoso de Sevilla,
Que si supieras de ellas, me las dieras,
Ansí porque las pide el rey Fernando,
Como porque á tu secta importan poco,
Aunque al bien de tu tierra valen mucho.
Vete en buen hora en tanto que me quedo
Aquí con mis cristianos á rogarle
Al alto Dios sus cuerpos nos descubra;
Que tres días habemos ayunado
Para que más se duela de nosotros.

REY MORO.
No os impida ninguno de mi casa;
Salíos todos afuera; si quisiéredes
Alguna cosa, avisaréis mi gente.

Vanse los moros.

ATAULFO.
Dios te guarde; y á mí, por su clemencia,
Me descubra los cuerpos de estas Santas.
Hijos, devotamente á Dios oremos
Para que premio en la oración llevemos.

Híncase de rodillas y prosigue:

Justa y Rufina, hermanas valerosas,
Que el barro de la tierra despreciasteis
Y del oro del cielo coronasteis
Vuestras cabezas cándidas, hermosas,
Pues con vuestras reliquias gloriosas
Del Betis sacro la ribera honrasteis,
Después de tales penas, y llegasteis
Á ser de vuestro esposo Cristo esposas.
León os ha labrado un rico templo;
Venid á honrar el celo de Fernando;
Salid de Egipto y Faraón injusto.
El Moro no conoce vuestro ejemplo;
Allá os están las piedras adorando;
Decid adónde estáis, Justa, que es justo.

Aparece San Isidro, arzobispo de Sevilla, y toque la música.

SAN ISIDRO.
Ataulfo, en vano pides
De Justa y Rufina santas
Saber dónde están sus cuerpos,
Aunque era justa demanda.
Sevilla, esta gran ciudad,
Corona ilustre de España
Será de cristianos reyes,
De otro Fernando ganada;
Y quiere Dios que le sean
Estas divinas hermanas
Defensoras y Patronas
Y por quien merced les haga;
Pero que no sepan de ellas,
Para que con fe más alta
Adoren los santos cuerpos
De quien Él tiene las almas.
El mío llevad, leoneses,
Porque Dios así lo manda
Que os lo diga, y que á Fernando
Haga Sevilla esta gracia.

ATAULFO.
Pues ya que Justa y Rufina
No quiere el cielo que salgan
De Sevilla, porque, en fin,
Ha de ser ciudad cristiana,
¿Quién eres, santo varón,
Que con alba, mitra y capa
Resplandeces más que el sol
Sobre las nubes del alba?

SAN ISIDRO.
Isidro soy, arzobispo
De Sevilla.

ATAULFO.
¡Oh hermosa planta!
¡Oh columna de la Iglesia!
¡Oh Evangelista de España!
¿Cómo ó dónde te hallaremos?

SAN ISIDRO.
Id juntos á lo que llaman
Los moros Sevilla vieja,
Y junto á dos peñas blancas
Veréis una luz pequeña;
Allí estoy.

ATAULFO.
¡Espera, aguarda!

Desaparece.

MANRIQUE.
Ya se fué el varón santo.

ATAULFO.
Ya es partido,
Mas podremos decir que aquí se queda,
Pues que nos da su cuerpo glorïoso.
¡Venturosa León, ciudad dichosa,
Que tal Patrón merece y tal reliquia!

MANRIQUE.
No es justo, padre, que este bien dilates.

Sale el Rey moro.

ATAULFO.
Búsquese luego el cuerpo.

REY MORO.
Pues, cristianos,
¿Sabéis ya dónde están las santas vírgenes?

ATAULFO.
No quiere el cielo, Rey, que de Sevilla
Falten las que la honraran con su sangre,
Sino que aquí se queden por Patronas;
Pero el divino cuerpo de un Isidro
Que tuvo aquí el oficio que yo tengo
Allá en Santiago de Galicia, quiere
Que á León llevemos.

REY MORO.
¿Dónde está ese Isidro,
Que ¡por Alá! que no lo sé?

ATAULFO.
Ya él propio
Nos ha dicho el lugar.

REY MORO.
. . . . (1)
Os acompañaremos, y si hubiera
Otros muchos, los diera al gran Fernando,
Á quien le llevaréis todas las parias.

ATAULEO.
Guía á Sevilla vieja.

REY MORO.
Que me place.

MANRIQUE.
¡Qué gran favor, León, Isidro te hace!

Vanse.

Salgan el Corregidor de León y un criado.

CORREGIDOR.
Llega la Reina, y es bien
Que esté por extremo todo.

CRIADO.
Tú lo tienes de tal modo,

(1) Falta medio verso.

Que hará que el lauro te den.
Nada falta.

CORREGIDOR.

No me agrada
Ese decir, te prometo,
Porque ha de estar tan perfeto,
Que no venga á faltar nada;
Porque como la alegría
Quieren que el límite pase,
Nonada que le faltase,
Sobra de culpa sería.

CRIADO.

Todo está como conviene.

CORREGIDOR.

¿Hase echado ya el pregón?

CRIADO.

Señor, sí, y muestra León
El celo y amor que tiene.

Sale un alguacil y un soldado.

SOLDADO.

¡Suelte la espada!

ALGUACIL.

¡He de asillal

SOLDADO.

Advierta que soy hidalgo.

ALGUACIL.

¿Hidalgo tú?

SOLDADO.

Y que valgo.
Más que él y que su varilla.

ALGUACIL.

El señor Corregidor
Castigará tal exceso.

CORREGIDOR.

Soldado, alguacil, ¿qué es eso?

ALGUACIL.

Este hombre, que es.....

SOLDADO.

Soy mejor;
Lo dicho, dicho.

CORREGIDOR.

¿Qué ha habido?

ALGUACIL.

Ejecutando el pregón
Del vecino que en León
No estuviese apercibido,
La ciudad miré, y hallé
Todas las calles colgadas,
Tan por extremo adornadas,
Que muestran su amor y fe.
Pero éste, entre dos vecinos
De colgaduras galanas,
Tiene á su puerta y ventanas
Colgados cuatro tocinos.
Quíseselos descolgar,
Él fué y en su casa entróse,
Sacó espada y resistióse,
Y aun me ha querido matar.

CORREGIDOR.

¿Es verdad esto?

SOLDADO.

Así es.

CORREGIDOR.

¿Qué razón daréis?

SOLDADO.

Donosa:
El que cuelga alguna cosa,
¿No es la de más interés?
Yo, en esta fiesta Real
Que hace León de mil modos,
¿No es para que cuelguen todos
Lo que tiene cada cual?
Pues yo, cuanto he procurado
De mayor estimación,
Aquellos tocinos son
Que en la pared he colgado.
Pues de mí en tal interés,
Sabrá el Rey, como confío,
No ser moro ni judío,
Sino hidalgo montañés.

CORREGIDOR.

Por cierto, la colgadura
Es buena.

SOLDADO.

Y de calidad;
Y si buscan lealtad,
Aquesta es lealtad pura;
Que por mostrar las hazañas
De haber sido buen soldado,
Lo que ahora tengo colgado
Lo meteré en mis entrañas.

CORREGIDOR.

Yo os libro; andad en buen hora,
Que sois muy buen ciudadano.

SOLDADO.

Alguacilejo villano,
Ven á descolgarlo agora;
Que porque tus desatinos
Paguen á un soldado viejo,
Te desollaré el pellejo
Y le pondré en los tocinos.

Vase.

CORREGIDOR.

Id en buen hora.

ALGUACIL.

Es un loco.

CORREGIDOR.

Vos, con nueva diligencia,
Haced cuerpo y asistencia,
Pues lo que falta no es poco.
Que yo quiero con presteza,
Con los demás hombres graves,
Ir á prevenir las llaves
Para darlas á Su Alteza.

Vase.

ALGUACIL.

Yo pondré el cuidado mismo

Que he tenido, que es bastante.

CRIADO.

Una fiesta semejante
Es confusión, es abismo;
Pero tal es lo que ordena
León al recibimiento.

ALGUACIL.

Ha de ser, á lo que siento,
La fiesta buena.

CRIADO.

Y muy buena.

ALGUACIL.

¿Premios hay?

CRIADO.

Y á quién se dén,
Que haya de faltar no creas.

ALGUACIL.

Y todas estas aldeas
Envían danzas también.

Ruido dentro.

CRIADO.

¿Qué es esto?

ALGUACIL.

¡Suena ruido!

CRIADO.

No es bien que nos detengamos.

ALGUACIL.

¡Alto! A la puerta salgamos;
Que ya la Reina ha venido.

Suena música de chirimías, ó la que hubiere, y salgan por una puerta el rey D. Fernando y la reina D.ª Sancha, de camino, con acompañamiento, y por otra puerta el Corregidor de León con algunos regidores, con las llaves de la ciudad en una fuente de plata.

CORREGIDOR.

Esta ciudad, mil veces venturosa
De que la tengan tan insignes Reyes,
Á ti, Reina suprema, generosa
Hija del que les dió gobierno y leyes,
Te da las llaves; muéstrate amorosa,
Y jura que el aumento de sus greyes
Será á tu cargo.

DOÑA SANCHA.

Yo las tomo, y juro
De daros un ilustre y fuerte muro;
Daré quien administre la justicia,
Quien os conserve en paz eternamente,
Quien destruya del Moro la malicia
Y humille á su poder la altiva frente:
Á Fernando os daré.

CORREGIDOR.

Y eso codicia
Aquesta humilde y venturosa gente.

DOÑA SANCHA.

Pues yo os le doy por rey.

CORREGIDOR.

¡Viva Fernando,
Y el cielo aumente su poder y mando!

Sale el paje.

PAJE.

Ataulfo y el de Lara,
Que de Sevilla han llegado,
Vienen.

FERNANDO.

El cielo sagrado
Hoy nuevos bienes declara.
¡Oh, si mereciese tanto
Que alcanzase este favor!

PAJE.

Junto á la iglesia mayor
Quedan con un cuerpo santo.

FERNANDO.

Decid que aguarden allí;
Guiad allá, porque al punto,
Con este nuevo bien junto,
Los recibamos ansí.
Á todos, leoneses nobles,
Premiaré, como veréis;
Todos pedirme podéis
Títulos y cargos dobles.
Vamos á ver si Sevilla
Nos da con qué á Dios se alabe.
Y aquí la historia se acabe
Del *primer Rey de Castilla.*

FIN.

LAS ALMENAS DE TORO

LAS ALMENAS DE TORO

COMEDIA FAMOSA

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

DIRIGIDA

á Don Guillén de Castro

CABALLERO VALENCIANO

Al ingenio de Vm. se debían grandes elogios, y de los mejores de Castilla, pues con tanta felicidad ha honrado nuestra lengua con sus escritos, con que ha obligado á cuantos nacimos en ella, y en cuyo nombre sirve de oración este humilde reconocimiento. Entre las tragedias que vuestra merced tan ingeniosamente ha escrito, para lo que tiene genio particular (como estilo superior y digno de mayores sentencias y pensamientos), es la Dido, *celebradísima, á quien el día que yo la oí en esa ilustrísima ciudad hice este epigrama:*

Fenisa Dido, que en el mar Sidonio
Las rocas excediste conquistada,
Y en limpia castidad, jamás violada,
Conservaste la fe del matrimonio:
Perdona el atrevido testimonio,
No por ser de Virgilio celebrada,
Mas porque ya de don Guillén honrada,
Rompe su enojo, y su epigrama Ausonio.
La diosa que en la mar nació de espuma,
Adore por sus versos tu belleza,
Pues te levantan á grandeza suma;
Rinde á su dulce ingenio tu aspereza:
Que más gana tu fama con su pluma,
Que pierde en ser burlada tu firmeza.

La comedia imita las humildes acciones de los hombres, como siente Aristóteles, y Robertelio Utinense comentándole: At vero tragedia præstantiores imitatur; *de donde se sigue clara la grandeza y superioridad del estilo, aunque por su antigüedad, tan reñida de los de Atenas como los megarenses, aspire al lugar primero, que no le concede Donato sobre Terencio, y honrando de este título á Epicharmo; género, en fin, jocoso, que admitía las fábulas como Aristóphanes en la comedia antigua, de quien se rió Sócrates y corrigió Menandro, y sus sátiras prohibidas por ley de Roma, de que hace memoria Horacio en una carta á Augusto, sin las obscenidades de los* Mimos, *que Tulio reprehende, cuyos efectos halla tan indignos de los oradores doctos. Gran lugar se debe al trágico, grande le tiene Vm. con los que saben que á la tragedia no se puede atrever toda pluma, y al humilde estilo de la comedia se da licencia (donde el bárbaro vulgo la tiene*

para mayor aplauso) á cualquiera de los que juntan consonantes en cuentos imposibles. Obligado estaba yo á dirigir á Vm. tragedia, habiendo de imitarle, y abonar esta verdad con el ejemplo; pero como en esta historia del rey D. Sancho, entre su persona y las demás que son dignas de la tragedia, por la costumbre de España, que tiene ya mezcladas, contra el arte, las personas y los estilos, no está lejos el que tiene, por algunas partes, de la grandeza referida, de cuya variedad tomó principio la tragicomedia. ¡Oh gran fuerza de la novedad! Pues ya en Italia, á esta mezcla de estilos se añadió otro, si bien en la comedia estuvo siempre incluso, pues en su lengua anda una impresa con este título:

«TRAGISATIRICOMEDIA»,

que fuera, como se ve, notable á no estar la sátira desde el tiempo de griegos y romanos en la comedia. Finalmente, he querido que salga á luz con el nombre de Vm., pues la sabrá defender y honrar, y en reconocimiento de mi amor y obligación, y de que deseo (así las Musas me tengan en su gracia) que estos rudos versos míos pasen á la sombra de los suyos, siglos, envidias, pasiones de los que saben y atrevimientos de los que ignoran. Dios guarde á Vm.

Su Capellán,

LOPE DE VEGA CARPIO.

LAS ALMENAS DE TORO

COMEDIA FAMOSA

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

FIGURAS DE LA COMEDIA

Rey D. Sancho.	Don Pedro.	Tello.
El Cid Ruy Díaz.	Don Íñigo.	Nuño.
El conde Ançures.	Silo.	Sol, *labradora.*
Don Diego Ordóñez.	Doña Elvira, *Infanta.*	Soldados.
Don Nuño Velázquez.	Doña Sancha.	Ordoño.
Bellido Dolfos.	Don Vela.	Doña Urraca.
Don Enrique.	Suero.	

REPRESENTÓLA MORALES, É HIZO LA GALLARDA JUSEPA VACA Á DOÑA ELVIRA.

ACTO PRIMERO.

Salen el rey D. Sancho, el Cid Ruy Díaz y el conde Ançures.

SANCHO.
¿Á mí me cierra la puerta?
ANÇURES.
Tiene muy justo temor.
CID.
Con ser mujer se concierta.
ANÇURES.
¿De qué te espantas, señor,
Que no te la tenga abierta?
Dicen que en el Dios que adoro
Juraste quitar agora,
Sin guardarles el decoro,
Á doña Urraca á Zamora,
Y á Elvira, su hermana, á Toro.
Pues si muerto el rey Fernando,
El primero de Castilla,
Que está en el cielo reinando,
Por eterno cetro y silla,
La silla mortal dejando,
Eres quien has de amparallas,
Pues otro padre no tienen,
Y quieres desheredallas,
¿Qué mucho si se previenen
Á defender sus murallas?
SANCHO.
Conde Ançures, si juré,
Gusto de mi padre fué;
Guardé respeto á su muerte;
Mas muerto el Rey, ¿de qué suerte
Lo que juré cumpliré?
Muy poco sabéis de Estado,
Conde; ¿vos no echáis de ver
Que del reino que he heredado
Tiene una y otra mujer
Lo más fuerte y bien cercado?

Y ¿qué sé yo lo que harán
Elvira y Urraca agora?
Diréis que se casarán,
Y aqueste Toro y Zamora,
Defensa á las dos harán.
Diréis bien; mas si el marido
De cualquiera de las dos
Es tan loco y atrevido,
Lo que no permita Dios,
Y á tantos ha sucedido,
Que, con ambición de ser,
Rey de Castilla, levanta
Contra el mío su poder,
Y parciales de la Infanta
(Que algunos debe de haber)
Le dan favor contra mí;
Ó acaso el Rey de León,
De quien á Castilla vi
Su feudo ó jurisdicción,
Cosa que siempre temí,
Le ayuda por derribarme,
¿Es bien que Urraca ni Elvira
Vengan sin tiempo á heredarme?
¿Paréceos que es justa ira
Al peligro anticiparme?
¿Será mejor que tengáis
Rey, por vía de varón,
Ó que presto obedezcáis
Los que por mujeres son,
Sino es que al reino aspiráis?
Dadme que casen las dos
Con dos príncipes extraños,
Y que les conceda Dios
Sucesión, que á pocos años,
Ni respete á mí ni á vos.
Qué, ¿tan bueno puede ser,
Que extraño en mi reino tenga
Ciudades, fuerza y poder?
Luego no es justo que venga
Á sucesión de mujer.
Cid, ¿qué decís? ¿Qué sentís?
¿Por qué calláis?

CID.

Yo, señor,
Escucho lo que decís
Con el respeto y amor
Que vos, por quien sois, pedís;
Soy vasallo, como veis;
Vuestro padre me crió,
Y vos me favorecéis;
Á vuestro sí ó vuestro no
Obediente me tenéis.
En las cosas de los reyes
Nunca yo pongo la mano,
Ni en sus fuerzas ni en sus leyes,
Más que si fuera un villano
Entre el arado y los bueyes.
Á Toro habemos venido
Hoy á ver á vuestra hermana;
Vuestra hermana os ha temido;
Que el daros la puerta llana,
Confianza hubiera sido.
Pero si vió desde lejos
Tantas armas, donde al sol
Llevara el muro reflejos,
Y del acero español
Surtir pedazos de espejos,
¿Qué os admiráis que temiese
Si queréis quitarle á Toro,
Y que con la puerta os diese,
Aunque por vuestro decoro,
De no admitiros le pese?
¡Qué bien segura os abriera
Cuando desarmado os viera!
Mas con ballestas y lanzas,
Piérdense las confianzas
Que la sangre considera.
No os fatiguéis, que otro día
Doña Elvira os abrirá.

SANCHO.

¿Quién está en su compañía?

CID.

Nuño Velázquez está,
Hidalgo y de sangre mía.

SANCHO.

No se alabe del consejo.

CID.

¿Por ventura no le dió
Nuño el consejo?

SANCHO.

Es muy viejo.

CID.

Y á quien mi padre me dió
En su ausencia por espejo.

SANCHO.

Ése la culpa ha tenido;
No lo dudéis, ése ha sido,
Porque mi hermana me abriera
Si Nuño no le dijera
Con la intención que he venido.
Pues, Cid, no puedo dejar
De engañar á doña Elvira,
Ó en Toro por fuerza entrar,
Si ya en mis soldados mira
Que se la vengo á quitar.
Yo le daré dónde viva
Cuando no sean ciudades:
Monasterios hay.

CID.

Reciba
Merced de ti, si en verdades
La justa privanza estriba:
Que me escuches dos razones.

SANCHO.

¿Cuándo os niego yo, Rodrigo,
Mi oído?

CID.

Las maldiciones
De los padres son castigo
Que ha durado en mil naciones.
Vese el ejemplo en Noé,
Maldiciendo á Cam, que fué

Descompuesto en su respeto,
Y eternamente sujeto
Á sus hermanos se ve.
Con esto, á tu padre mira
Dando á Toro y á Zamora,
Á Urraca y á doña Elvira,
Y que la última hora,
Cuando el santo Rey expira,
Dijo que al hombre que fuese
Tan libre en esta ocasión
Que quitárselas quisiese,
Su paternal maldición
Y la de Dios le cayese.
Pues si hay ejemplos tan llanos
Del castigo y del rigor
Contra los que son tiranos,
¿Por qué quieres tú, señor,
Desheredar tus hermanos?

SANCHO.

Paso, Cid, que yo no os dí
Tanta licencia.

CID.

Yo debo,
Rey, aconsejarte así.

SANCHO.

El intento que yo llevo
Conviene al reino y á mí;
Después lo sabréis mejor:
Id vos á hablar con mi hermana,
Y decilde que es error,
Y no condición humana,
No abrirme.

CID.

Yo iré, señor,
Pues justa razón me esfuerza
Á serviros y á callar,
Aunque la razón se tuerza;
Que yo os puedo aconsejar,
Mas no puedo haceros fuerza.
Ançures, demos yo y vos
Una vuelta al muro.

ANÇURES.

Creo
Que se conciertan los dos.

SANCHO.

Del Cid conozco el deseo.

ANÇURES.

No importa: guárdete Dios.

Vanse.

Salen D. Diego Ordóñez y la infanta D.ª Elvira.

ELVIRA.

Y de un lucido escuadrón
Me dicen que viene armado.

DIEGO.

Pésame de haber entrado
En Toro en esta ocasión.

ELVIRA.

Pues no te pese, don Diego,
Si hallo consuelo en ti.

DIEGO.

Señora, pésame á mí
De la ocasión en que llego:
Aquí vine de Zamora,
Y no sin cuidado, á darte
Un recaudo de su parte,
De la Infanta mi señora.
Supo tu hermana que hacía
El Rey, vuestro hermano, gente,
No contra el Moro valiente,
Señor del Andalucía,
Que con saber que del Cid
Fué tantas veces vencido,
Osa llegar atrevido
Á los campos de Madrid,
Mas con secreta ocasión
De quitarte á Toro agora,
Para dar sobre Zamora:
Tal es la humana ambición.
Con esto, quiso que fuese
De este aviso embajador,
Porque Toro, á su rigor,
Fuerzas de toro tuviese;
Que puede ser, doña Elvira,
Que le pueda echar la capa,
Y si la vista le tapa
La capa de esta mentira,
Con que viene de esta suerte
Á hacer alcance engañoso,
No se escapará del coso
Sin que Sancho le dé muerte.

ELVIRA.

Don Diego Ordóñez, bien creo
Que se pensó entrar mi hermano
Como amigo, á paso llano,
Encubriendo el mal deseo;
Pero como de los muros
Se descubrió gente armada,
Que la encubierta celada
El sol con sus rayos puros,
Nos dijo luego que el alba
En su acero amaneció,
No sólo le recibió
Toro con alegre salva;
Pero le cerró las puertas
Cuantas tiene la ciudad,
Aunque de mi voluntad
Las tiene mi sangre abiertas.
Pienso que está despechado;
Lo que ha de hacer no lo sé,
Ni menos lo que yo haré
Con la ocasión que le he dado;
Porque para defenderme
Sola, y sin amparo humano,
Del poder de un Rey hermano,
No tengo de quién valerme.

DIEGO.

Infanta, no quiera Dios
Que el Rey tan tirano sea,
Que de su pecho se crea
Que esto ha de hacer con las dos.

Temer es justo; que creo
Que es muy discreto el temor,
Aunque el ánimo y valor
Con más laureles le veo.
Este temor que yo digo
Es para no descuidarte
Cuando conviene guardarte
Del cauteloso enemigo.
Bien has hecho, Infanta, y soy
De ese mismo parecer;
Quien armado vino ayer,
Ofenderte quiere hoy;
Enójese ó no, tú aciertas
En cerralle tu ciudad.

ELVIRA.

Sí, pero á la enemistad
Abrí, don Diego, las puertas;
Y él no habrá querido más
Para tener ocasión.....

DIEGO.

Si acercare el escuadrón,
Que es de lo que triste estás,
Avisa luego á Zamora,
Donde voy á prevenir
Lo que se debe inferir
De lo que hay en Toro agora;
Que quien hoy quita á su hermana,
Sin más causa que le den,
La hacienda, á Urraca también
Se la quitará mañana.

ELVIRA.

Cuanto has visto le dirás,
Y di que ayudarme acuda;
Que yo le daré mi ayuda
Si el Rey la inquietare más.
¡Nuño Velázquez!

Sale Nuño Velázquez.

NUÑO.

¡Señora!

ELVIRA.

¿Por dónde saldrá don Diego,
Para que se parta luego
Con esta nueva á Zamora?

NUÑO.

No estando cercado el muro,
Cualquiera puerta abriremos,
Que, como luego veremos,
Queda de traición seguro.

ELVIRA.

Pues vamos juntos; que quiero,
Don Diego, veros salir.

NUÑO.

Al muro puedes subir;
Que aun está libre el terreno.

ELVIRA.

Ni la ciudad ni la vida
Tengo, Nuño, asegurada.

DIEGO.

Como estuvieras casada,
Estuvieras defendida.

Vanse.

Sale el Cid.

CID.

Obedecer al mayor
Y no replicar al Rey,
No sólo fué justa ley,
Pero es lealtad y es amor.
Hasta agora no ha mostrado
Sancho tan mala intención,
Que deba en esta ocasión
Ser de un vasallo dejado.
Demás, que dándole aquí
El consejo que yo debo,
Ni sus intentos apruebo,
Ni pueden culparme á mí.
Bien claramente le hablé;
Harto un Rey sufrió á un criado;
Con sufrirme, me ha obligado;
Lo que me ha mandado haré.
Demás, que bien puede Elvira,
Con mejor resolución,
Trocar por la religión
El casamiento á que aspira;
Que Sancho no quiere estar
Por el paternal partido,
Pues un reino dividido
No se puede conservar.
La puerta abrieron, y sale
Un caballero, y al muro
Un sol, que al hermoso y puro
Del cielo es poco que iguale.
Agora podré yo entrar;
Mas ya cerraron la puerta.

Salen D. Diego Ordóñez y D.ª Elvira al muro.

DIEGO.

La campaña está desierta,
Bien se puede caminar;
Tomar esta senda quiero.

CID.

Reconocerme procura.

DIEGO.

Pero no está muy segura,
Que allí he visto á un caballero,
Que en forma está de soldado,
Y para hazaña atrevida,
No he visto un hombre en mi vida
Que tan bien parezca armado.
¡Con qué gallardo denuedo
Se pasea y mira al muro!
¡Ah, caballero! ¿Es seguro
El paso, ó temerle puedo?

CID.

De que vos podáis temer,
Yo no os puedo asegurar,
Porque el temor, es pensar
El daño que puede haber;

Mas lo que yo os aseguro,
Es que está seguro el paso,
Porque yo solo, y acaso,
Paso mirando este muro.
Pero vos, que habéis salido
Porque me vistes aquí,
¿Venís, por ventura, á mí?

DIEGO.

Ni á vos ni al campo he venido;
Antes soy de la ciudad
Forastero, y á la mía
Me vuelvo, y así, querría
El paso con libertad.

CID.

Pasad atrás, ó adelante,
Ó por en medio, ó á un lado,
Porque en mi vida he topado
Tan medroso caminante.
Si prometistes allá,
Acaso, echarme de aquí,
Y habiéndome visto á mí,
Se os templó la furia ya,
Volved, y decid que hallastes
Un hombre en este lugar,
Que no se dejó mudar,
Aunque vos se lo rogastes.

DIEGO.

Un hombre soy zamorano,
Señor caballero, yo,
Que, como dije, salió
De Toro, seguro y llano.
No he venido á pelear,
Lo que con buen gusto hiciera,
Porque la Infanta nos viera,
Á quien quisiera enviar
Esas plumas y esa espada;
Que la espada para mí
También será pluma aquí.

CID.

¿Pluma?

DIEGO.

Y menos.

CID.

Mas no nada.
¿Sois loco?

DIEGO.

Soy un hidalgo
Que sólo un hombre he temido
Después que nací.

CID.

Yo he sido
Un hombre que tanto valgo,
Que no he temido á ninguno,
Aunque mal digo, ¡por Dios!
Que he temido á más de dos.

DIEGO.

De esos dos, yo soy el uno.

CID.

Á todos los necios temo;
¿Cuál de éstos sois?

DIEGO.

Yo he tenido
La culpa de haberlo sido;
Que aquí lo he sido en extremo.

CID.

No os prevengáis; que no quiero
Reñir con vos.

DIEGO.

¿Por qué no?

CID.

Porque nunca en quien temió
Manché mi gallardo acero.

DIEGO.

Á quien yo he temido, es hombre
Que á vos os hará temblar.

CID.

Si es el invierno, en lugar
Frío, temblar hace á un hombre.

DIEGO.

No es sino el Cid.

CID.

Pues si vos
Teméis sólo al Cid, oid;
Que á mí me teméis, que el Cid
Soy.

DIEGO.

¿El Cid vos?

CID.

Sí, ¡por Dios!

DIEGO.

Ya que os he dicho en la cara,
Invicto Cid, mi temor,
Sabed que yo soy, señor,
Don Diego Ordóñez de Lara.

CID.

Dadme esos brazos, don Diego,
Y perdonadme.

DIEGO.

Que á mí
Me perdonéis desde aquí,
Con toda humildad os ruego;
Mas porque la infanta Elvira,
Con esta demostración,
No piense de mí traición,
Que desde el muro nos mira,
Dadme licencia.....

CID.

En buen hora.

DIEGO.

Cid, con mi padre os igualo.

CID.

¿Cómo queda Arias Gonzalo?

DIEGO.

Muy bueno queda en Zamora.

CID.

¿Sus hijos?

DIEGO.

Allí están dos,
Sancho de Arias y Pedro Arias.

CID.

Y ¿qué hay allá?

DIEGO.
Cosas varias.
Adiós, Cid.
CID.
Don Diego, adiós.

Vase D. Diego.

Hermosa guarda del muro,
Oid un hombre que os llama,
Aunque menos de esa llama,
Que de las armas seguro.
Escuchad, no os retiréis,
Que yo no os vengo á matar;
Rodrigo soy de Vivar.
ELVIRA.
Pues bien, Cid, ¿qué me queréis?
CID.
Poned, así os guarde Dios,
El pecho en esas almenas,
Y oid al Cid.
ELVIRA.
En mis penas,
Sólo el consuelo sois vos;
Y así, os obedezco, Cid,
Como á quien para tutor
Os dejó el Rey mi señor.
CID.
Escuchadme, pues.
ELVIRA.
Decid.
CID.
Si errare, no me culpéis;
Que el embajador no debe
Pena, si á decir se atreve
Lo que, como vos sabéis,
Su Rey le tiene mandado.
ELVIRA.
No haré, Rodrigo: decid;
Que bien saben todos, Cid,
Que sois desapasionado.
CID.
Teme Sancho, y teme bien,
Que Urraca y vos, sin su gusto,
Os caséis, y esto no es justo,
Porque él tiene ya con quién.
Esto venía á tratar
Con vos el Rey, ó á saber
Si es que monja queréis ser,
Y os place, Elvira, trocar
Á Toro por buena renta,
Con que una casa fundéis,
Donde á Dios sirváis, y deis
Ejemplo, y viváis contenta;
Que no hay en Castilla quien
Os merezca, y tiene á mal
Que os caséis en Portugal,
Porque entre moros no es bien;
Que aunque para convertir
Un rey y un reino á la fe,
Tal vez permitido fué,
Él no lo ha de permitir;
Porque no estamos seguros
Que el Rey se convertirá,
Antes que mora os hará
Después que os tenga en sus muros.
Todo esto tratar querría;
Cerráisle vuestra ciudad,
Pagáis mal su voluntad,
Y hacéisle descortesía;
Que, entre hermanos, no es razón
Que haya señal de sospecha.
ELVIRA.
Rodrigo, ¿de qué aprovecha
Celar el Rey su intención?
Si lo contrario sabéis,
¿Cómo vos, Cid, me engañáis?
¿Ó es que el recaudo me dais
Como de allá le traéis?
¿Quién le mete al Rey mi hermano
En casarme, si es lisonja?
¿Cómo me quiere hacer monja,
Y con renta de su mano?
Todo el cuidado y la renta
Es sólo quitarme á Toro;
Sancho piensa que yo ignoro
Si mi bien ó el suyo intenta.
Decidle, Cid, que ya soy
Monja, porque á Toro he hecho
Monasterio; que su pecho
Sosiegue de que lo estoy;
Y que para que lo crea,
Basta ver que le han cerrado
La puerta, con el cuidado
De que recogida sea;
Que no es justo que á un seglar
Un monasterio se abra,
Y que le doy mi palabra
De ser firme y profesar.
CID.
Elvira, cuanto á tener
Disculpa de embajador,
Sirviendo al Rey mi señor,
No hay más que satisfacer;
Cuanto á ser hijo de Diego
Laínez, el de Vivar,
De otra suerte os quiero hablar.
ELVIRA.
Pues que así me habléis os ruego.
CID.
Guardaos, Elvira, que el Rey
No está bien aconsejado;
Harto os he dicho, y pasado
Por vos de lealtad la ley;
Mas crióme vuestro padre,
Soy su hechura.
ELVIRA.
El Rey se acerca.
CID.
Mirando viene á la cerca;
No hay portillo que le cuadre.

Salen el Rey, el Conde Ançures, y soldados.

SANCHO.
¿No es aquél el Cid, Ançures?
ANÇURES.
El Cid es.
SANCHO.
¿Cómo no llega?
CID.
Dadme esas manos, señor.
SANCHO.
Cid, yo he visto mucha tierra
En Castilla y Portugal,
En Aragón y Valencia,
Mas tal ciudad, ni tal río,
Tal campaña, ni tal vega,
Tal disposición de sitio,
Tales campos y arboledas,
No las he visto en mi vida.
Pueden hacer competencia
Sus huertos á los pensiles
Que la antigüedad celebra.
¿Hay tan bien labrados muros?
¿Hay tales puertas y cerca?
ANÇURES.
Á fe, que no es la peor
El ángel que anda por ella,
Que, como nos acercamos,
También á vernos se acerca.
SANCHO.
Por las almenas de Toro
Se pasea una doncella,
Pero dijera mejor
Que el mismo sol se pasea:
¡Lindo talle, airoso cuerpo!
ANÇURES.
Ya se pára á verte en ellas,
En una almena la mano.
SANCHO.
Pondré el alma por almena:
Desde el día que nací
No he visto cosa más bella;
Á tener desnuda espada
En aquella mano tierna,
Toro, ciudad venturosa,
Ángel de tu guarda fuera.
ANÇURES.
Blanca es y colorada,
Que es de los amores reina,
É infunde amor en las almas,
Que quien tan presto las quema,
Más es que razón del alma,
Accidental influencia.
SANCHO.
¡Qué grave! ¡Qué bien mirada!
¡Qué aseada y qué compuesta!
¡Qué gallarda y qué señora!
¡Quién como la ve la oyera;
Que tal vez en cuerpos bellos
Suele haber almas de piedra,
Y en los feos bellas almas!
ANÇURES.
Proposición falsa es esa;
Que si tuvieras dos vasos
Que de oro y de barro fueran,
Y tuvieras dos licores
Con la misma diferencia,
Uno bálsamo, otro aceite,
¿Dónde el bálsamo pusieras?
SANCHO.
En el de oro.
ANÇURES.
Pues ansí
Pone la naturaleza
Alma hermosa en cuerpo hermoso.
SANCHO.
Esa es opinión de Grecia;
Que no hay, Conde, en nuestras almas,
Ni puede haber, diferencia;
Que los instrumentos son
La causa que lo parezcan;
Que como por ellos obran
Los cuerpos, que es la materia,
Las hace feas ó hermosas,
Las hace sabias ó necias.
De ésta que miro en el muro,
Digo que la sutileza
Con que allá la astrología
Pinta figuras diversas,
En el manto azul del cielo,
Me ha hecho agora que crea
Que muchas imaginadas
Deben de ser verdaderas.
Si Andrómeda y Ariadna,
Forma de varias estrellas,
Ésta será alguna, Conde.
ANÇURES.
Huélgome que la encarezcas,
Porque no he visto en mi vida
En mujer tanta belleza.
SANCHO.
Si es hija de duque ó conde,
Yo me casaré con ella
De buena gana, vasallos,
Y haréla en Castilla reina.
Carroza le haré de plata,
De blanco marfil las ruedas,
Estribos y asientos de oro,
Y las cubiertas de tela.
Los caballos que la lleven,
Las crines ricas que peinan,
Cubrirán lazos de nácar,
Y ellas besarán la tierra.
Haréle el más rico estrado
Que moro ó cristiano tenga,
Donde no se echen de ver
Con los diamantes las telas.
Haré que Elvira y Urraca,
Juntas de rodillas vengan
Á servilla, y que el cojín
La lleve Alfonso á la iglesia.
Mas si por dicha, si ya,

Que esto puede ser que sea,
Es hija de labrador,
Tendréla por mi manceba.
Haré que por celosías
Mire las públicas fiestas,
Juegos de cañas y toros,
Torneos, justas, libreas.
Iremos los dos á caza
Por los montes y florestas;
Gavilán que lleve en mano,
De oro tendrá las pihuelas.
Si de ella tuviere hijos,
Haré que el mayor posea,
Como juro de heredad,
Á Carrión y á Palencia.
Los demás no irán quejosos;
Que yo casaré las hembras,
Y haré obispos los varones,
De Burgos y Compostela.

CID.

Dejad, el buen rey don Sancho,
De hablar palabras como esas,
Que es vuestra hermana, señor,
La que veis en las almenas,
La que, con temor que os tuvo,
De Toro os cierra las puertas.

SANCHO.

Pues si ella, Cid, es mi hermana,
¡Mal fuego se encienda en ella!
No tenga jamás ventura,
Pues no la tendrá por fea!
Case mal con hombre indigno,
Cuyo nacimiento venga
Desde el primero villano
Que puso arado en la tierra.
No haya subido á caballo,
Calzado bota ni espuela,
Puesto camisa de holanda,
Vestido sayo de seda.
¡Hola, ballesteros, hola!
Apercibid las ballestas,
Poned al coral la mira,
Nadie goce su belleza!
¡Tiralde, mis monteros! (1)

Vase el Rey.

ANÇURES.

El Rey se fué.

BALLESTERO.

Y yo con ésta
Le pienso pasar el pecho.

CID.

Todo hidalgo se detenga;
Que al hombre que la tirare,
Antes que ponga la cuerda
Le volaré de los hombros,
Y de un revés, la cabeza.

BALLESTERO.

Mandólo el Rey.

(1) Verso corto.

CID.

Pues decid
Que se quitó de la cerca,
Que ya veis cómo se va,

Vase del muro D.ª Elvira.

Y por dicha lo sospecha;
Y vosotros, infanzones,
Á los moros, en la guerra,
Tirad flechas; que las damas
Son las que tiran las flechas.

Vanse.

Sale D. Vela con gabán y báculo.

VELA.

Montes que el Duero baña,
Y en cadenas de hielo
Os tiene por los verdes pies atados,
Desde que nuestra España,
Pelayo (ó fuese el cielo)
Os restauró del bárbaro, habitados
De mis nobles pasados.
Vega de Toro hermosa,
Que haces competencia,
No sólo con Plasencia,
Y á la orilla del Betis generosa,
De fértiles trofeos,
Mas á los campos célebres Hibleos.
Aquí, donde esta casa
Solar de mis abuelos,
Las jambas cubre de despojos moros,
Por donde alegre pasa
Duero, que quiebra hielos,
Y cuyas ninfas van cantando á coros,
Haciendo que los poros
De la hermosa ribera
Broten las altas cañas,
Anchas como espadañas,
De trigo fértil, la manzana y pera,
Y el racimo pesado,
Con verdes hilos al sarmiento atado,
Vivo con mucho gusto
Retirado, y gozoso
De la ambiciosa corte y nuevo imperio
De Sancho, aquel robusto
Hijo del Rey famoso
Que á Castilla libró del cautiverio:
Valor, piedad, misterio,
Del cielo, y de Fernando.
Aquí las pretensiones
No me dan ocasiones
Para vivir sirviendo ni esperando,
Porque paz verdadera,
Ni la espere el que sirve, ni el que espera.
Aquí, con una hija
Que sola me ha quedado,
Colgué la espada y la esperanza loca;
Ésta quiero que rija,
No el generoso estado,
Sino la hacienda regalada y poca.
De lo demás que toca

Á su remedio, tenga
El alto cielo cargo,
Pues ya el discurso largo
De mi vida, me dice que prevenga
Á la postrera cama
La parte que mortal el tiempo llama.

Sale D.ª Sancha con sombrero de paja y cuatro segadores; Nuño, Suero, Tello, labradores.

Cantan:

Por aquí daréis la vuelta,
El caballero;
Por aquí daréis la vuelta
Si no me muero.

SUERO.

Satisfecha estaba, á fe,
Esa dama de su cara.

TELLO.

Señor está aquí.

SANCHA.

Pues pára,
Y sus manos besaré.

VELA.

Seas, hija, bien venida.

SANCHA.

Tú mil veces bien hallado.

VELA.

¿Haste holgado?

SANCHA.

No me ha dado
Gusto mayor en mi vida.

VELA.

Temo que el sol, que se enciende,
Te ha hecho mal.

SUERO.

No hará,
Puesto que envidioso está,
Y obscurecerla pretende.
Digo obscurecer, quitando
Á la blanca tez la nieve
Con que á sus rayos se atreve.

VELA.

¿Tú la vienes requebrando?

SUERO.

Pues ¿no soy persona yo?

VELA.

Á la fe, Suero, que creo
Que amor no pone deseo
En las bestias.

SUERO.

¿Por qué no?
Los negros, señor, ¿no son
Gente bárbara y bozal?
Pues ¿quién tiene amor igual,
Y siente más de afición?
Demás, que los elefantes
Y fieros rinocerontes,
Aman en los indios montes,
Y engendran sus semejantes.
Y ¡voto á mí! si no fuera
Doña Sancha, como es,
Mi ama, que.....

NUÑO.

Dilo, pues.

SUERO.

Que la amara y la pidiera
Á don Vela, mi señor,
Para matrimonio, tío.

VELA.

¿Has bebido, Suero?

SUERO.

Y frío.

VELA.

No es poco en este calor.

SUERO.

Estos blancos botijones,
En un hoyo soterrados,
De pámpanos coronados,
Que no de frescos bretones,
Porque dicen que las berzas,
¡Maldiga Dios su frialdad!
Por secreta propiedad,
Quitan al vino las fuerzas,
Conservan al sol el frío
Á pesar del perro ardiente,
Que en el cielo alguna gente
Dice que rabia el estío.
Y con esta diligencia
Bebe un segador cansado,
Si no muy fresco, templado,
Y pasa el sol con paciencia;
Que es alivio del trabajo
El vino que empino yo,
Verle haciendo clo, clo, clo,
Por el tragadero abajo.

VELA.

Ahora bien, Tello, ¿qué falta
Por segar?

TELLO.

El pegujar
Por bajo del encinar;
Y á fe, que hay caña tan alta,
Que nuesa ama en el pollino,
Aun no se echaba de ver.

VELA.

Hoy pienso, Tello, poner
Juntas las haces del lino,
Y mañana dar sobre ellos.

Sale Enrique de peregrino, herido, con la espada desnuda.

ENRIQUE.

¡Ah, traidores enemigos,
Que en un monte, sin testigos,
Os dió la ocasión cabellos!
¡Muerto me habéis!

VELA.

¡Santo Dios!
¿Qué es aquesto, caballero?

ENRIQUE.

Un hombre soy extranjero,

Á quien agora otros dos
Han herido con traición.

VELA.

Son salteadores acaso;
Que el ser de Santiago paso
Les suele dar ocasión.

ENRIQUE.

Antes eran deudos míos,
Y extranjeros como yo;
Quizá heredarme les dió
Causa á tales desvaríos.
No me dejéis perecer,
Señor, si sois caballero.

VELA.

Tened ánimo, que espero
En Dios que habéis de tener
En esta casa salud.
Sancha, apercibe aposento.

SANCHA.

¡Qué lástima!

ENRIQUE.

Ya no siento
Mi muerte.

SUERO.

Tanta inquietud
Me ha causado el ver herido,
Sancha, á un mozo tan galán,
Que si por el monte están,
No ha de haber toro encendido
Con celos, como he de ser.

SANCHA.

¿Qué has de llevar?

SUERO.

Estos brazos,
Que los han de hacer pedazos.

TELLO.

Más armas son menester;
Descolguemos los lanzones,
Y pongámonos paveses;
Haya tajos y reveses.

NUÑO.

Armas son los corazones.
Calla, que es gente de guerra.

SUERO.

Ruego á Dios que no se esconda;
Que yo, al revolver la honda,
Doy con un toro en la tierra.

Vanse.

Salen el Rey y el Conde Ançures.

ANÇURES.

No se remite á partido
Aunque le dieses por Toro
Las mismas almenas de oro.

DON SANCHO.

Pues ¿á qué se ha remitido?

ANÇURES.

Á la defensa no más.

DON SANCHO.

Y ¿con qué soldados piensa
Hacerme Elvira defensa?

ANÇURES.

¿Has visto á Elvira?

DON SANCHO.

Jamás.
Digo jamás, porque Elvira,
Desde niña se ha criado
Donde seguía el estado
Que agora tanto le admira.
Años ha que no la vi,
Pues cuando la vi en el muro
No la conocí, y seguro,
Suyo por entonces fuí.
Envidia tengo á dos cosas,
Conde.

ANÇURES.

¿Puédense contar?

DON SANCHO.

Al hombre que ha de gozar
Partes tan bellas y hermosas
Como se ven en Elvira,
Y en ser de un lugar señor,
Que no le ve el sol mejor
En cuantos alumbra y mira;
Pero que ninguno sea,
Me daré tal priesa agora,
Que doña Urraca en Zamora
Al mismo intento me vea.
Llamadme á Bellido aquí.

ANÇURES.

Ya viene, señor, Bellido.

Sale Bellido.

DON SANCHO.

¿No quiere Elvira partido,
Bellido?

BELLIDO.

Créolo así.
Fíase de tu piedad
Por la sangre, y por el muro
Tiene el corazón seguro
Si acometes la ciudad.

DON SANCHO.

De tu raro entendimiento
Algún consejo quisiera,
Con que el engaño me diera
Contra Elvira el fin que intento.

BELLIDO.

Haz que Ançures la convenza
Á que con cuatro soldados
Salga del muro á estos prados
Que el sol á bordar comienza,
Dándole palabra y fe
Que vendrás con otros tantos,
Dejando lejos á cuantos
Con tus escuadrones ve,
Para tratar cierta cosa,
Y ten en celada gente
Con que la prendas.

ANÇURES.

Bien siente

Bellido una hazaña honrosa.

Sale D.ª Elvira en el muro, armada.

DON SANCHO.

Llega, Ançures; que allí veo
En las almenas mi hermana.

ANÇURES.

Yo voy.

DON SANCHO.

Á venir se allana:
Hoy tiene fin mi deseo.

ANÇURES.

¡Ah del muro!

ELVIRA.

¿Sois de paz?

ANÇURES.

El conde Ançures me nombro.
¡Qué bien parece el engaste
De acero á tan bello rostro!
Así pintaban á Palas,
Los rizos cabellos de oro,
Con todo un jardín de plumas
En el morrión lustroso.
Pocos deseos mostráis
De casaros, pues si á todos
Cubrís el pecho de acero,
No entrará amor cauteloso.

ELVIRA.

¿Qué es, Conde, lo que queréis?

ANÇURES.

Vuestro hermano ha dado un modo
Con que seguros habléis
En esta campaña.

ELVIRA.

¿Cómo?

ANÇURES.

Alejando su escuadrón,
Y viniendo á veros solo,
Y haciendo vos otro tanto.

ELVIRA.

Decilde que le conozco,
Y que no soy yo tan necia,
Que si á este muro me pongo
Segura, ponerme quiero
En caso tan peligroso;
Que busque otro ardid mejor
Para prenderme.

ANÇURES.

Ya torno
Con la respuesta.

ELVIRA.

Esto digo.

ANÇURES.

Tretas aprovechan poco.

DON SANCHO.

¿Qué hay, Ançures?

ANÇURES.

Que no quiere;
Que dice que sus negocios
Tratará bien desde el muro,
Y no en peligro notorio,
Y que la quieres prender.

DON SANCHO.

¿Eso dice? Á justo enojo
Me ha movido. ¡Hola, soldados!
¿Está el Cid entre vosotros?

Sale el Cid.

CID.

Aquí estoy, para servirte.

DON SANCHO.

Cobardes, Rodrigo, somos,
Si á una mujer no quitamos
Hoy, por las armas, á Toro.
¿Qué aguardáis? Vengan escalas,
Porque yo mejor me arrojo
Á las armas que al engaño.

ELVIRA.

¡Ah, soldados valerosos,
Escalas ponen al muro!
Buenos sois, aunque sois pocos;
Defended estas almenas,
Que os prometo en premio á todos,
Joyas y ricas preseas,
Premios y oficios honrosos.

Salen en lo alto D. Nuño Velázquez y soldados.

NUÑO.

Si yo, con tu voz, señora,
Como en el metal sonoro,
Para acometer se anima
El caballo generoso,
Animo las flacas fuerzas,
¿Qué harán los hidalgos mozos?

DON SANCHO.

¡Elvira!

ELVIRA.

¿Quién es?

DON SANCHO.

¡Tu hermano!

ELVIRA.

¿Tú mi hermano?

DON SANCHO.

Escucha un poco,
Ya que tan cerca nos vemos.

ELVIRA.

Digo, señor Rey, que escojo
Este partido no más,
Porque yo no me acomodo
Á hablaros en la campaña,
Ni daros entrada en Toro;
Que esos consejos, don Sancho,
Nunca son del Cid famoso,
Y apostaré la cabeza
Que os los dió Bellido Dolfos.

DON SANCHO.

Deja las armas, Elvira;
Mira, hermana, que me corro
De sacarlas contra ti.

ELVIRA.
Pues vete, hermano piadoso,
Y déjame en mis almenas.
DON SANCHO.
Si al asalto me dispongo,
¿Cómo no ves que este muro
Quedará de sangre rojo?
ELVIRA.
Sí quedará, mas será
De la vuestra.
DON SANCHO.
Pues yo rompo
La obligación de la sangre.
ELVIRA.
Y yo la defensa tomo;
Que si fueras el gigante
Que tuvo el cielo en los hombros,
No pusieras pie en el muro.
DON SANCHO.
Mira, hermana, que eres monstruo,
Porque con tanta hermosura
Tienes pensamientos locos.
ELVIRA.
El loco, el monstruo, eres tú,
Pues que tú, hermano alevoso,
Me quieres quitar la herencia.
DON SANCHO.
Daréte yo mis tesoros
En cambio de esta ciudad,
Que importa á mi reino todo
Que no la tenga mujer.
ELVIRA.
Los tesoros te perdono;
Que ya sé que me darás
Un obscuro calabozo
De alguna torre, en que pase
Mi vida, sin ver mis ojos
La luz del sol para siempre.
DON SANCHO.
¡Á qué furia me provoco!
¿Tan fuerte defensa tienes?
ELVIRA.
Eslo este Toro animoso;
En él vivo confiada.
DON SANCHO.
¡Mataréle si le corro!
ELVIRA.
Pues ¡ánimo, que ya estás
Con este Toro en el coso!
DON SANCHO.
Europa debes de ser;
Mira que te engaña el Toro.
ELVIRA.
¡Ea, no gastes palabras!
DON SANCHO.
¿No aprovecha?
ELVIRA.
Esto respondo.
DON SANCHO.
¿Qué os parece, Cid valiente,
Lo que pasa por nosotros?
CID.
Que al revés se ve la historia
De Ulises el griego.
DON SANCHO.
¿Cómo?
CID.
Porque tú cantas engaños,
Navegante temeroso,
Y siendo Elvira sirena,
Tiene los oídos sordos.
DON SANCHO.
¡Toca al arma, y al asalto!
Á quien este pendón rojo
Pusiere en aquella almena,
Le daré á Elvira y á Toro.

Suben por las escalas, que han de estar puestas, con rodelas y espadas; defiéndense de arriba con alcancías y espadas.

ANÇURES.
Retírate, gran señor.
DON SANCHO.
¡Extraño caso!
BELLIDO.
¡Espantoso!
CID.
El capitán es un ángel,
Y los soldados demonios.
DON SANCHO.
¿Hay tal valor de mujer?
CID.
Por singular la corono.
ANÇURES.
Déle el dios Marte su encina,
Y Alcides sus hojas de olmo.
CID.
Basta el asalto, señor;
Retírate.
DON SANCHO.
¡Voy furioso!
ELVIRA.
Hidalgos, cuando quisieren,
Volverán á darnos otro.
¿Qué pensaban las gallinas,
Que era arroyuelo ese foso?
Pues haránle un mar de sangre,
Y será mar, que no arroyo,
Y entonces verán, rodando
Del muro sus cuerpos troncos,
Qué doncella se pasea
Por las almenas de Toro.

ACTO SEGUNDO.

Salen Suero y D.ª Sancha.

SUERO.
¿Tanto contento te ha dado
Que Ramiro en casa quede?

SANCHA.
El mismo que darte puede
Por ser un hidalgo honrado.
Vino, cual sabes, aquí,
Herido de unos traidores,
Casos de envidia y de amores,
Que esto nunca lo entendí.
Curó cuidadosamente
Don Vela, mi padre, dél,
Y aunque de peligro en él
La herida y el accidente,
Fué Dios servido que presto
Tuviese entera salud;
Levantóse, y en virtud
De agradecimiento honesto,
En su casa se ha quedado.

SUERO.
Y ¿en el campo ha de servir
Hombre que vimos venir
En hábito tan honrado?

SANCHA.
Pues ¿traía alguna cosa
Fuera de aquella esclavina?

SUERO.
Un calzón de tela fina
Y una guarnición costosa:
La camisa era de holanda,
Tan sutil, que no es igual
El más delgado cendal,
Con mucho pespunte y randa.
Yo de tu padre me admiro,
Que en hábito labrador
Quiera tener el valor
De un hombre como Ramiro.

SANCHA.
Suero, si acaso los dos
Algo tratan de secreto,
Que no lo sé te prometo.

SUERO.
¿Engáñasme?

SANCHA.
No, ¡por Dios!

SUERO.
Pues yo pensé que te había
Dado parte de quién es.

SANCHA.
Antes me dijo, después
Que en casa le recibía,
Que era un hombre extranjero,
Que peregrino á Santiago,
Bajó de Francia, y que en pago
De un amor tan verdadero
Como en curarle mostró,
Se quedaba en su servicio.

SUERO.
Sí; pero ¿en tan bajo oficio?

SANCHA.
Ya estás necio: ¿qué se yo?
Vete, Suero, á tu labranza,
Lleva al campo tu azadón,
Trata las cosas que son
De lo que tu ingenio alcanza.
Contenta al buey con el heno,
Adereza el carro, y ponte
Para traerle del monte,
De secas sabinas lleno.
Haz unas migas que de ellas
Coma el Rey, cual decir sueles,
Y enreda la cuerda y pieles,
Las coyundas y camellas,
Y en las cosas de los amos,
Cósete la boca, Suero.

SUERO.
Por tratar del extranjero,
Ya que en una casa estamos
Con alguna mayoría,
Quién era te pregunté;
Perdona, Sancha.

SANCHA.
Esto sé.

Salen D. Vela y Enrique.

ENRIQUE.
Habéisme puesto este día,
Con vuestro nombre, en la cara,
La señal que he de tener.

VELA.
Esto os puede entretener
En tanto que se repara
Del todo vuestra salud.

ENRIQUE.
Yo no la quiero mejor
Que teneros por señor.

VELA.
Yo estimo vuestra virtud;
Sancha, yo tengo que ir
Á la heredad, no vendré
Hasta la tarde.

SANCHA.
Ya sé
Lo que me quieres decir;
Parte, que ya Nuño estaba
Ensillando el alazán,
Pero mira que el gabán,
En tanto que no se acaba
La guerra del Rey en Toro,
No me parece defensa.

VELA.
Pues ¿quién ha de hacer ofensa
Á quien ha temblado el Moro?

SANCHA.
Dicen que algunos soldados
Vienen al monte á buscar
Sustento, porque el lugar
Adonde están alojados
Es estéril, y aunque fuera
Fértil, como tantos son,
Les faltará provisión.

VELA.
Ríndase Elvira, ¿qué espera?
Que si el rey Sancho, su hermano,

Dura en el cerco, mal puede
Defenderse.

SANCHA.

Como quede
Libre por todo el verano,
Ten por cierto que el invierno,
Don Sancho el cerco levante.

VELA.

Elvira es muy arrogante
Con poca gente y gobierno.

SANCHA.

Bien parece que te inclinas
Á Sancho.

VELA.

Tengo afición
Al Rey.

SANCHA.

Con mucha razón;
Pero las partes divinas
De doña Elvira son tales,
Y de tanta maravilla,
Que á voces dice Castilla
Que no las ha visto iguales;
Por lo menos, Toro está
Hasta agóra defendida,
Sin que le cueste una vida.

VELA.

Si el Rey porfía, ¿qué hará?

SANCHA.

Lo que ha hecho con valor
De capitán.

VELA.

Yo lo creo.

SANCHA.

Que venza Elvira deseo;
Que la tengo mucho amor.

VELA.

Eres mujer, pero advierte
Que hay un Cid y un conde Ançures
Con el Rey.

SANCHA.

Aunque murmures
De mi amor, no hay Cid tan fuerte
Como una mujer gallarda
En defensa de su honor.

VELA.

Voyme, que te engaña amor.

SANCHA.

Puede ser: Ramiro, aguarda.

ENRIQUE.

¿Qué mandas en tu servicio?

SANCHA.

¿Qué oficio tienes acá?

ENRIQUE.

Quien es esclavo, tendrá
Por honra cualquier oficio:
Al campo me mandan ir
Mientras que se coge el pan.

SANCHA.

Humilde oficio te dan.

ENRIQUE.

Adonde es honra el servir,
Cualquier oficio lo es.

SANCHA.

Tengo cuidado de ti
Desde que venirte vi
Con noble sangre, francés.

ENRIQUE.

¿Qué cuidado te desvela?

SANCHA.

Ver que, viendo tu vestido,
En recibirte haya sido
Tan ignorante don Vela;
Que no se conciertan bien
La tela y pardo sayal.

ENRIQUE.

También él lo entendió mal,
Y me lo dijo también;
Pero respondíle yo
Que, pidiendo cierto día
Limosna en la patria mía,
Un príncipe me la dió.
De suerte que aquel vestido
No era cosa natural
En mí, como este sayal
De que agora estoy vestido,
Sino traje de un señor
Que, hallándose en un camino,
Vistió un pobre peregrino.

SANCHA.

Principios tengo de amor;
Pues excusemos enojos,
Aunque amor tenga disculpa,
No ponga el alma la culpa
Á las niñas de los ojos.
Que, aunque por disculpas mías
Digo su facilidad,
Al rendir la voluntad
Son pesadas niñerías.
Vete, Ramiro, á tu hacienda.

ENRIQUE.

¿Mandas otra cosa?

SANCHA.

No.

ENRIQUE.

Lo que Vela no entendió,
Quiere amor que Sancha entienda;
Mas yo la desvelaré
Del cuidado del vestido,
Mientras que estoy escondido
Y de mis contrarios sé.
Mas sabráse mi dolor
Si esta mujer me hace guerra,
Porque no hay lince en la tierra
De mayor vista que amor.

Vase.

SANCHA.

El agua que corrió de clara fuente
Por cristalino surco al verde prado,
Detiene el labrador, porque al sembrado

Acuda con más próspera corriente.
No sale el agua, que los muros siente
Del césped, que por uno y otro lado
Cercan su arroyo, que en la presa atado,
Hacen que, á ser estanque, el curso aumente.
Ansí sucede amor en sus antojos
Cuando el honor del resistirse vale,
Callando penas y sufriendo enojos.
Déjale el alma que la presa iguale,
Y brota por los cercos de los ojos
Ó rompe la pared y junto sale.

Vase.

Salen D. Sancho y Bellido Dolfos.

DON SANCHO.
¡Brava furia de mujer!
Las armas no harán efeto.
BELLIDO.
Nunca las vence el discreto
Con la furia del poder.
DON SANCHO.
Pues ¿con qué?
BELLIDO.
Con la invención
Y ardid de un famoso engaño.
DON SANCHO.
¿Hay alguno?
BELLIDO.
El más extraño
Que tuvo imaginación.
DON SANCHO.
¿Cómo?
BELLIDO.
Envíale un recado
De que te quieres casar
Con ella.
DON SANCHO.
Debes de estar
Loco.
BELLIDO.
¿No se habrá casado
Con su hermana rey alguno?
Demás, que esto no ha de ser
Para hacerla tu mujer
Ni ser al Papa importuno,
Sino para que, entretanto
Que se trata, abra las puertas
De Toro,
DON SANCHO.
Tú desconciertas,
Y de tu ingenio me espanto;
Que Elvira no ha de quererme
Para su marido á mí.
BELLIDO.
Ya se canta por ahí,
Y hasta en la cama se duerme
El niño con las canciones
Que se han hecho á las almenas
De Toro, y aun están llenas
De tu historia mil naciones;
Y pues todos han sabido
Que te enamoraste de ella,
No será imposible en ella
Que quieres ser su marido.
DON SANCHO.
No quiero yo que se diga
De mí cosa semejante;
Hoy vienes muy ignorante,
Bellido.
BELLIDO.
Tu amor me obliga
Á darte imaginaciones
De arbitrios desatinados.
DON SANCHO.
Mucho ofenden los Estados
De arbitrios con sinrazones.
BELLIDO.
¿Qué darás á quien tu gente
Ponga en Toro?
DON SANCHO.
Es mi deseo
Tanto, Bellido, que creo
Que diera mi reino.
BELLIDO.
¡Tente!
¿Tiénesme por caballero?
DON SANCHO.
Pues eso ¿no es cosa llana?
BELLIDO.
¿Puedo merecer tu hermana?
DON SANCHO.
Puedes, Bellido.
BELLIDO.
Pues quiero
Que esa palabra me des.
DON SANCHO.
Yo la casaré contigo.
BELLIDO.
Á darte á Toro me obligo.
DON SANCHO.
Y yo á mi hermana después.
BELLIDO.
Dame mil hombres.
DON SANCHO.
Con ellos
Vendrá el Cid.
BELLIDO.
El Cid esté
En su tienda; que yo haré,
Si hay en la ocasión cabellos,
Más que el Cid; pero has de estar
Con la demás gente alerta;
Que yo te daré la puerta
Por donde puedas entrar.
DON SANCHO.
Fío de tu ingenio raro,
Bellido, cualquier ardid.
BELLIDO.
No le digas nada al Cid,
Rey y señor, porque es claro
Que ha de impedir cualquier cosa

Que le parezca invención,
Porque es extraña afición
La que tiene á Elvira hermosa;
Que sospecho que, á no estar
Con Ximena desposado,
Con ella hubiera tratado
Lo que te diera pesar.
Por lo menos, él desea
Ver el reino en tus hermanas:
Señales ciertas y llanas
De que el gobierno desea;
Que si reinase mujer,
Claro está que el Cid sería
El solo rey que tendría
Castilla.

DON SANCHO.

No puede ser;
Que cuando faltase yo,
Es don Alonso, mi hermano,
Forzoso heredero.

BELLIDO.

Es llano;
Pero si el Cid se mostró
Parcial de Urraca y Elvira
Desde el día que en el cielo
Vive tu padre, recelo
Que á mayor gobierno aspira;
Que también podría ser
Dar un veneno á Ximena,
Porque, aunque Ximena es buena,
Querrá á Elvira por mujer;
Que, aunque es con Ximena humano
Y la estima y encarece,
Yo sospecho que aborrece
Sangre del conde Lozano.

DON SANCHO.

Calla, villano, que tienes
Pensamientos atrevidos.

BELLIDO.

Y tú de Rey los oídos,
Que tarde á dárselos vienes
A la encubierta verdad.

DON SANCHO.

Algo te ha ofendido.

BELLIDO.

¿A mí?
Antes, desde que nací
Tengo con él amistad.

DON SANCHO.

El amigo que murmura,
Y más delante del Rey,
De su amigo, ¿por qué ley
Se llama amistad segura?

BELLIDO.

¿Deben de cantar en vano,
Desde el hidalgo al que el trigo
Siembra, aquello de Rodrigo,
El soberbio castellano?
Y el dejar hija de Rey (1)
Por hija de su vasallo,
Que adelante dice el vulgo,
¿Son invenciones que hago
Para desprivar al Cid?

DON SANCHO.

Ahora bien, trata, Bellido,
De lo que me has prometido
Con este famoso ardid;
Que cuando el Cid se casara
Con Urraca ó con Elvira,
En cuanto el sol cerca y mira,
Ninguna de ellas hallara
Hombre de tanto valor,
Ni más amado y temido.

BELLIDO.

¿Quién? ¿El Cid?

DON SANCHO.

¡Calla, Bellido!
¡Que es mi igual, si no mejor!

BELLIDO.

La noche ha cubierto el cielo.
Dame los mil hombres.

DON SANCHO.

Ven.

BELLIDO.

Hoy verás, señor, á quién
Debes más amor y celo.

DON SANCHO.

Bellido, en las cosas graves,
De ti me confío yo;
Mi padre, al Cid me dejó
Encargado, como sabes,
Y yo soy muy enemigo
De oir ni hablar mal de ausentes.
Ven, porque esta hazaña intentes,
Á cuyo premio me obligo.

BELLIDO.

Mis buenos intentos mira,
Y que á doña Elvira adoro.

DON SANCHO.

Aunque me ganes á Toro,
No casarás con Elvira.

Vanse.

Salen arriba dos soldados con guitarras.

FLORES.

¡Ah del muro, compañeros!

LAYN.

¿Qué es, Flores? ¿Guardáis la prima?

FLORES.

Como á cigüeña, me han dado
El nido de esta garita;
Creo, Layn, que nos quieren,
Si no es la fama fingida,
Dar asalto aquesta noche.

LAYN.

Yo sé que no duerme Elvira.

FLORES.

¡Notable mujer!

LAYN.

¡Famosa!

(1) Cuatro versos sueltos.

FLORES.
¿No es mal hecho que persiga
Este rey don Sancho á un ángel?
LAYN.
Dicen que es celosa envidia
De que otro en el mundo goce
Mujer tan discreta y linda.
FLORES.
¿Tienes acaso instrumento?
LAYN.
Y pretendo que me sirva
De reloj despertador
Cuando el cansancio me oprima.
FLORES.
Yo traje el mío también.
LAYN.
Vaya, como el otro día,
En música nuestra vela.
FLORES.
Comenzad.
LAYN.
Alzad la prima.

Cantan los dos:

Velador que el castillo velas,
Vélale bien, y mira por ti,
Que velando en él me perdí.
FLORES.
Mira las campañas llenas
De tanto enemigo armado.
LAYN.
Ya estoy, amor, desvelado
De velar en las almenas;
Ya que las campanas suenan,
Toma ejemplo y mira en mí,
Que velando en él me perdí.

Abajo Bellido, armado, y tropa de soldados.

BELLIDO.
Venid todos con secreto,
Que bien será menester
Si pretendemos hacer
Con nuestra venida efeto.
¿Está el Rey lejos de aquí?
SOLDADO.
Con el resto de la gente
Quedó detrás de esta puente.
BELLIDO.
Una trompeta le dí
Para segura señal.
SOLDADO.
Llama.
BELLIDO.
¡Ah del muro! ¡Ah del muro!
FLORES.
¿Quién llama?
BELLIDO.
¿Podré en seguro
Hablar con el general?
FLORES.
Pues ¿quién sois?
BELLIDO.
Soy de Zamora.
FLORES.
¿De Zamora? Aquí esperad.
BELLIDO.
Á Nuño Velázquez dad
Nuevas de que llego agora.
Quedo, que comienza bien,
Si no es que la caza asombre
Mi desdicha.
FLORES.
Aquí está el hombre,
Pero no me ha dicho quién.

Nuño, arriba del muro.

NUÑO.
Mira no trate traición.
FLORES.
Háblale tú.
NUÑO.
¿Quién va allá?
BELLIDO.
Vuestra voz conozco ya,
Ó me engaña el corazón.
¿Es Nuño Velázquez?
NUÑO.
Sí,
Pero no os conozco á vos.
BELLIDO.
Ofensa me hacéis, ¡por Dios!
Decid á Elvira que aquí
Don Diego Ordóñez está;
Mas esperad, caballero;
Llevad la carta primero.
NUÑO.
¿Carta? Pues ¿cómo será?
BELLIDO.
Echad una cuerda.
NUÑO.
Bien;
Tomad, y atalda.
BELLIDO.
Eso hago,
Y con esto satisfago
Á que crédito me den.
Subilda.
NUÑO.
Ya á darla voy.
BELLIDO.
Que es de su hermana decid.
SOLDADO.
¡Bien comienza nuestro ardid!
BELLIDO.
Agora temblando estoy,
Que la letra contrahice
De doña Urraca, y querría
Que creyese que le envía
Estos mil hombres que dice.
SOLDADO.
¿No estaba bien contrahecha?

BELLIDO.
Por extremo.
SOLDADO.
Pues su hermana
La tendrá por cosa llana.
BELLIDO.
Pienso que están sin sospecha,
Porque don Diego salió
De verla de parte suya
Cuando el Rey vino.
SOLDADO.
Si es tuya
La letra, imagino yo
Que habrá poca diferencia.
BELLIDO.
Que no hay engaño presuma,
Donde no interviene pluma.

Salen D.ª Elvira y Nuño, al muro.

NUÑO.
Es la mejor diligencia.
ELVIRA.
La carta, sin duda es
De doña Urraca, mi hermana.
NUÑO.
En siendo la carta llana,
¿Qué puedes temer después?
ELVIRA.
Dice en ella que me envía
De socorro, con don Diego,
Mil hombres. Á hablarle llego.
NUÑO.
Llegad primero que el día
Los descubra en la campaña;
Que si el Rey los ve, son muertos.
ELVIRA.
Llegar sin ser descubiertos,
No ha sido pequeña hazaña.
¡Ah del campo!
BELLIDO.
¿Quién es?
ELVIRA.
Decid, soldados, ¿está
Don Diego?
BELLIDO.
Yo soy, señora.
ELVIRA.
Don Diego amigo, ¿qué venida es ésta?
BELLIDO.
¿Habéis leído ya de vuestra hermana
La carta?
ELVIRA.
Y ¿no bastaba que viniérades,
Don Diego Ordóñez, vos, para dar crédito
Al socorro que aquí me prometistes?
BELLIDO.
Ya sabéis que yo soy más inclinado
Á vuestro bien y á la razón, que es justo,
Que no á don Sancho, vuestro fiero hermano.
Abrid, señora, que se acerca el día;
Metamos esta gente con secreto.
ELVIRA.
¡Oh, qué buenas albricias os prometo!
¿Está Nuño Velázquez?
NUÑO.
Mi señora.....
ELVIRA.
Alza el rastrillo, abrid luego la puerta.
NUÑO.
¡Aquí, soldados!
SOLDADO.
Sí, el rastrillo baja.
BELLIDO.
Ese carro encajad.
SOLDADO.
Toca la caja.

Tocan.

Salen el rey D. Sancho, el Cid, el Conde y soldados, y diga Sancho:

DON SANCHO.
La puerta abrieron.
CID.
¡Extraña industria!
ANÇURES.
Industria de Bellido.
BELLIDO.
¡Viva don Sancho! ¡Viva el rey don Sancho!
ELVIRA.
¡Aquí, Nuño Velázquez! ¡Arias! ¡Vélez!
¡Á la puerta, á la puerta, que es engaño!
NUÑO.
¡Engaño ha sido del traidor Bellido!
ELVIRA.
¡Nuño, ponedme en salvo con decoro!
BELLIDO.
¡Viva don Sancho!
ELVIRA.
¡Yo he perdido á Toro!

Vanse.

Salen Tello, Suero, Nuño y Enrique con bieldos.

TELLO.
¡Lindo tiempo de aventar!
NUÑO.
No le puede hacer mejor.
ENRIQUE.
Hoy se hará linda labor;
Bien merecéis de almorzar.
SUERO.
¡Pardiez, Ramiro, que ya
No huera señor honrado
Si no nos lo hubiera dado!
ENRIQUE.
Presto Salicia vendrá,
Ó doña Sancha, por dicha,
Que gusta de ver las eras.
SUERO.
Ya sé que si tú la vieras.....

ENRIQUE.
Yo doy la razón por dicha.
No pases más adelante;
Que eres malicioso, Suero;
Que yo, cuando quiero, quiero
Mi igual y mi semejante.
Soy un hombre peregrino,
Y agora, aquel labrador
Que á vivir de su valor
Á vuestras montañas vino,
Es don Vela, cual sabéis,
De Diego Laínez primo,
El padre del Cid.

NUÑO.
Estimo
Que en tal materia os piquéis,
Porque yo pienso que Suero
Es tan bizarro, que adora
No menos que á su señora.

ENRIQUE.
¡Que en un cuerpo tan grosero
Quepa un alma tan gentil
Y de tan buen pensamiento!
No envidio el atrevimiento.

TELLO.
Amor, Ramiro, es sutil,
Y tal vez para mostrar
Sus hazañas, hace efetos
En necios como en discretos.

SUERO.
Ningún necio puede amar,
Porque el amar es sentir,
Y quien no siente no ama.

ENRIQUE.
Siendo natural la llama,
También os puedo decir
Que se ama naturalmente,
Y así, en poco entendimiento,
Puede caber sentimiento
Si es natural lo que siente.
¿No veis un pájaro amar,
Y cómo el amor le enseña,
Ya en el árbol, ya en la peña,
Á llorar y á suspirar?
¿No veis la tórtola parda,
Cómo, de su esposo ausente,
Gime su amor tiernamente,
Y de ofendelle se guarda?
¿No veis un toro celoso
Descortezar con las puntas
Dos ó tres encinas juntas,
De su contrario envidioso?
¿No veis un ciervo en la selva
Dar bramidos, y el valiente
Caballo, mostrar que siente
Que á sus bramidos no vuelva
La yegua que pace el prado
Descuidada de su amor?
¿No veis.....

SUERO.
Si tratar de amor,
Ramiro, me ha disculpado,
Por sentir naturalmente,
No pases más adelante;
Que yo, y cualquier elefante,
Sentiremos suciamente.
Aman los perros, las monas,
Los machos y los rocines,
Y suspiran por sus fines
Como si fueran personas.
Mas todo es poco, igualado
Al tierno y gruñido amor
De un gato maullador
Por Enero en un tejado.
¡Qué cosa es velle rondar,
Haciendo espada la cola,
Si no está la gata sola,
Que nunca lo suele estar!
Pues si acaso hay dos ó tres,
¡Qué dama, y qué melindrosa!
Se relame desdeñosa
El lomo, el cuello y los pies.
Llégase el gato atrevido,
Y dícele su razón
En lengua que Salomón
No se la hubiera entendido.
Ella, en un tiple falsete,
Respóndele que se vaya;
Él la promete una saya,
Y ella un favor le promete.
Los gatos que en torno están,
Ya con los celos crueles,
Suenan cotas y broqueles,
Y hacia la gata se van.
Deshónranse unos á otros
Hasta llamarse fulleros,
Erizan los lomos fieros,
Y empínanse como potros.
Comiénzase una cuestión
Que suele durar un día;
La lengua es algarabía,
Celos y amor la ocasión.
No hay en quien la paz se halle,
No hay quien los venga á prender,
Y para todo en caer
Desde el tejado á la calle.

Sale D.ª Sancha.

SANCHA.
¿No es hora ya de almorzar?

ENRIQUE.
¡Oh! ¡Que sea bien venida
El alba pura, vestida
De lirio, clavel y azahar!

TELLO.
¿No había en casa criadas,
Nuesama?

SANCHA.
Agrádame el ver
El hermoso amanecer
De las frescas arboladas;

Yo y el Sol hemos venido,
Que el almuerzo trajo ya.

ENRIQUE.

El Sol y vos, claro está,
Pues que vos lo habéis traído.

SANCHA.

Id á almorzar, que ya tiende
Sobre el tapete del prado
Pan blanco, vino extremado,
Y tocino que trasciende.
Y tú vuelve por acá,
Que tengo que hablarte.

ENRIQUE.

¿Á mí?

SANCHA.

Á ti.

ENRIQUE.

Luego vuelvo aquí.

SANCHA.

¡Atrevido amor está!

Vanse, y queda D.ª Sancha.

No sé qué tengo, dulce pensamiento,
Que en un instante mismo lloro y río;
Solicito lo mismo que desvío,
Y tengo en el temor atrevimiento.
Entristéceme á veces el contento,
Y en la misma esperanza desconfío;
¿Qué puede ser el sentimiento mío,
Pues sin sentir la causa, el daño siento?
Mas quien á un tiempo espera y desconfía,
Está triste y alegre, ¿qué pregunta?
Pues que responde amor, la causa es mía.
Amor que por la vista el alma apunta,
¿Qué quiere? Espera, teme, abrasa, enfría,
Y en un sujeto mil contrarios junta.

Sale D.ª Elvira.

ELVIRA.

Benigno, aunque airado cielo:
Airado, en haberme dado
Un hermano que ha llegado
Al mayor rigor del suelo;
Y benigno, en darme puerta
Para huir de su poder,
Donde me viniera á ver,
Sin remedio, presa ó muerta:
Guiad por esta montaña
Una mujer sin decoro,
Que viene huyendo del Toro
Que piensa robar á España.
Ya el Toro que yo tenía,
Por engaño me quitó,
Que de tantos hombres, yo
Le guardaba y defendía.
Creí la carta engañosa
Y la letra, sin sospecha,
Tan al vivo contrahecha
De aquella mano alevosa.
Creí la voz de Bellido,
Que ser don Diego fingió,
Cuando fuera bien que yo
Fuera sierpe en el oído.
En efecto, fuí mujer,
De quien se suele decir
Que pagan con el oir
Cuanto engañan con el ver.
¡Ay, cielo, gente hay aquí!

SANCHA.

¿Qué mujer es ésta? ¡Ay, Dios!
Pues yo no he traído á dos:
Truje Sol; Sol está aquí.

Hace que se va Elvira.

Tened, señora, no os vais.

ELVIRA.

Vengo con ciertos recelos,
Aunque agradezco á los cielos
Que en esta montaña estáis.
¿Vivís por aquí?

SANCHA.

Muy cerca.
¿Cómo venís de este modo?

ELVIRA.

Despacio lo sabréis todo,
Que grande temor me cerca:
Soy hija de un labrador,
Aunque me miráis en traje
Tan diverso á mi linaje,
Y es la ocasión que un señor
Enamorado de mí,
Me robó á mi padre agora,
Y en hábito de señora
Me lleva á su tierra ansí;
Pero habiéndole querido
Quitar la presa soldados
De éstos tan mal doctrinados
Que Sancho á Toro ha traído,
Es él muerto en la refriega,
Y yo, á pie por esos robles,
He llegado á esos pies nobles,
Como quien al puerto llega.
Suplícoos que me mandéis
Dar un hábito grosero;
Que con él valerme quiero,
Y éste en precio tomaréis,
Que es rico y es peligroso.

SANCHA.

Tenéis vos mucha razón,
Aunque en tanta perfección
No es remedio provechoso;
Que con el pardo sayal
Seréis bella labradora,
Como en la ciudad señora.

ELVIRA.

Ya sé que éste me está mal,
Y que grande bien me hacéis.

SANCHA.

¡Hola, Sol!

ELVIRA.
¿Á quién llamáis?
Pero no me descubráis
Si ayudarme pretendéis,
Y si ha de venir aquí,
Dejadme estar escondida.

SANCHA.
Mientras vestidos le pida,
Estad escondida allí.

Escóndese Elvira.

Sol, pues ya la gente almuerza,
Oye acá.

ELVIRA.
Miedo me da,
Porque si el Sol viene acá,
Me descubrirá por fuerza.

Sale Sol, labradora.

SOL.
¿Qué es, señora, lo que quieres?

SANCHA.
Parte á nuestra casería;
Que disfrazarme querría,
Sol, con algunas mujeres
Que á la villa quieren ir,
Y tráeme, de color,
Un vestido labrador.

SOL.
El que te sueles vestir
Cuando vamos al mercado
Será á propósito.

SANCHA.
Parte.

SOL.
Voy.

Vase Sol.

SANCHA.
Aquí quiero aguardarte,
Hurtando flores al prado.
Bien puedes salir.

ELVIRA.
Ya salgo,
Confiada y atrevida,
Á poner honor y vida
En vuestro término hidalgo.
¿Quién sois, señora?

SANCHA.
Soy hija
De don Vela, un caballero
Noble, que el tiempo ligero
Quiere que gobierne y rija
Estos montes, coronados
De nieve y lana, algún día
De acero y gente, en que había,
En vez de ovejas, soldados.

ELVIRA.
¿Vuestro nombre?

SANCHA.
Yo me llamo
Doña Sancha Vela; ¿y vos?

ELVIRA.
Pascuala; y ¡pluguiera á Dios
Que tuviera tan buen amo
Como vuestro padre noble,
Y á vos por señora mía!

SANCHA.
Mi pensamiento porfía,
Sin que otra razón le doble,
Á no creer que es verdad
Que sois quien decís; que á ser
Labradora y no mujer
De otra noble calidad,
En mi casa os recibiera;
Mas vese en vuestro decoro.....

ELVIRA.
Las galas, la seda, el oro,
Harán señora á cualquiera;
Si me hubiérades tratado
En mi traje labrador,
Antes que aqueste señor
Me pusiera en este estado,
Vos me creyérades bien.

SANCHA.
Y, en efecto, honor os debe.

ELVIRA.
Ya que mi lengua se atreve
Y mi vergüenza también,
Mientras viene Sol, venid;
Que en este prado sentada
Oiréis mi historia pasada.

SANCHA.
Ya os voy creyendo, decid.

ELVIRA.
Allí, junto á aquella fuente,
Podemos mejor estar,
Aunque, pues es de llorar,
No es menester su corriente.

SANCHA.
Pascuala, no me engañéis;
Que os aseguro, señora,
Que podéis ser labradora,
Mas que no lo parecéis.

Vanse.

Salen el rey D. Sancho, el Cid, Ançures y soldados.

DON SANCHO.
¿No puede ser victoria, ni le debe
Este nombre al discreto que he tenido,

CID.
Por ventura, la Infanta á vos se atreve
Si te imagina airado y ofendido.

ANÇURES.
Esto no es mucho si temor la mueve.

DON SANCHO.
¿De qué estás triste y sin hablar, Bellido?

BELLIDO.
¿Qué tengo yo de hablar, si en este día,

Viendo tu ingratitud la lengua mía.....
Elvira no pudiera haber huído
De la ciudad, que tú, con pecho ingrato,
La escondes, á negarme prevenido
La promesa, la firma y el contrato.
Y si de Ançures y del Cid ha sido
Consejo por envidia, que no trato
De mis merecimientos, no procures
Mis armas donde están el Cid y Ançures;
Que yo me iré á Zamora, y doña Urraca
Me dará sueldo, y me honrará su tierra,
Porque sabe el provecho que se saca
De premiar los soldados en la guerra.

DON SANCHO.

Bellido, no haya más, la furia aplaca;
Mira, Bellido, que el despecho yerra;
Mira que yo no te he engañado, y mira
Que en Toro agora no parece Elvira.
Ella parecerá para premiarte.

CID.

Calla, señor, no digas tales cosas;
Que tú tienes la culpa en igualarte
Á personas tan bajas y afrentosas.
¿Tú con Elvira, bárbaro, casarte?
¿Tú hablas, tú respondes y tú osas
Decir que el Rey te engaña, y hacer fieros,
¡Cobarde! entre tan nobles caballeros?
¡Vive Dios, si dijeras en su ausencia
Del Rey estas palabras.....

BELLIDO.

Paso, paso;
Cid, menos furia.

CID.

¿Bastará paciencia
Aquí á sufrir?

DON SANCHO.

Buen Cid, ¿de éste hacéis caso?

BELLIDO.

¡Qué bien todos pagáis mi diligencia!

CID.

Di, qué, ¿corriste á Toro en campo raso,
Sino con una capa de mentira?
¿Y en premio quieres que te den á Elvira?
Anda, vete á Zamora, y ten por cierto
Que no harás falta acá.

BELLIDO.

¿Yo he merecido,
Rey, lo que escucho?

DON SANCHO.

No es aquel concierto
Entre los dos, para cumplir, Bellido;
Y pues que yo de la razón te advierto,
Mira la que yo tengo.

BELLIDO.

¡Ingrato he sido!

DON SANCHO.

¿Tú no engañaste á Elvira?

BELLIDO.

Para darte
Á Toro.

DON SANCHO.

De ti aprendo yo á engañarte,
Y así pago yo engaño con engaño.

BELLIDO.

No importa, que si cercas á Zamora,
No la entrarás por mí, ni la harás daño;
Que á ser su defensor me parto agora.

DON SANCHO.

Pues de que voy allá te desengaño.

BELLIDO.

Desde hoy es doña Urraca mi señora.

CID.

¿Esto sufres?

BELLIDO.

¿De engaño te gobiernas?

CID.

Déjame que le corte las dos piernas.

Váyase Bellido.

DON SANCHO.

Dejalde, Cid, dejalde.

ANÇURES.

Yo he callado
Por no incitar al Cid; mas ¡vive el cielo!.....

DON SANCHO.

Bueno está.

ANZURES.

¡Que este afrentado (1)
Hable de esta manera!

CID.

En todo el suelo
Hay hombre más traidor.

DON SANCHO.

Tengo pensado
Que tiene Elvira de mi amor recelo;
En buscalla seré mejor servido:
Tomad caballos, vamos tras Bellido.

Vanse todos con muchos cumplimientos,
y salen D. Vela y D.ª Sancha.

VELA.

Y ¿es labradora, sin duda?

SANCHA.

Ansí lo tengo creído
Por la historia que me cuenta.

VELA.

Pues, en efecto, ¿qué dijo?

SANCHA.

Que de en casa de su padre
La robó cierto Dionisio,
Caballero noble en Francia,
Y que, con vestidos ricos,
La llevaba á Compostela
Cuando, en tropa, y de improviso,
La cercaron los soldados
Que con el Rey han venido
Sobre la ciudad de Toro,

(1) Verso corto.

Y que ella, por unos riscos,
Se vino huyendo á tus eras;
Yo la puse aquel vestido,
Y apenas con él se vió
Cuando, ó fuese por fingirlo,
Ó por ser su natural,
Habló en lenguaje nacido
En medio de las montañas
Donde Pelayo divino
Comenzó á librar á España
Del africano morisco.

VELA.

Buenos andamos en casa
Recibiendo peregrinos
Que, viniendo como ves,
De seda y oro vestidos,
Dicen que son labradores,
Como ese Ramiro ha dicho,
Y agora esotra mujer.

SANCHA.

¿Qué daño nos ha venido?

VELA.

No sé, Sancha, pero temo,
Que soy muy viejo y he visto
Muchas cosas en el mundo;
Vé y dile que yo le pido
Que me venga á hablar.

DOÑA SANCHA.

Yo voy.

Vase Sancha.

VELA.

Si la pruebo y examino,
No creas tú que me engañe,
Aunque de verla colijo
Que Ramiro y ella son
Partes de un enredo mismo.

Sale D.ª Elvira, de labradora.

ELVIRA.

Doña Sancha, mi señora,
Que me has llamado me ha dicho.

VELA.

Yo te he llamado, Pascuala.

ELVIRA.

¿Qué me mandas?

VELA.

Ya lo digo;
¿De dónde eres?

ELVIRA.

Soy de Astorga.

VELA.

Dichoso el pueblo astorguino
Que tales mujeres lleva;
Confieso aquí por delito,
Que te dijera requiebros
Si fuera de veinticinco.
Los franceses, años ha,
Me cautivaron un hijo
Que estuviera en buena edad;
Iba el pobre con su tío
Por la mar á cierto efecto.

ELVIRA.

La Virgen y el Crucifijo
De Burgos te lo depare,
Y San Domingo de Silos.

VELA.

¿En efecto, eres de Astorga,
Y es Pascuala tu apellido?

ELVIRA.

Sí, señor, de los Pascuales
Es el abolengo mío;
Y aun dicen que nuestra alcurnia,
Por línea recta, ó por hilo,
Viene del cirio pascual.

VELA.

No es más blanco el pascual cirio;
Mas como le pongan pellas
De viejo injerto, he creído
Que lo pudiera yo ser
De tus brazos cristalinos.

ELVIRA.

Vengo de amasar agora:
Otra vez estarán limpios.

Llégase á ella D. Vela, como requebrándola.

VELA.

Ramiro viene; no quiero
Que murmure estos principios.
Yo me resuelvo á querer,
Porque un filósofo dijo
Que amor, como engendra sangre,
A los viejos vuelve niños.

Vase D. Vela y sale D. Enrique, solo.

ENRIQUE.

Deseaba hallarte á solas.

ELVIRA.

¿Para qué á solas?

ENRIQUE.

Contigo
Tengo desde que te vi,
Pascuala, solo bien mío,
Ciertas cuentas que tratar.

ELVIRA.

¿En castellano ó guarismos?

ENRIQUE.

Por claras, en castellano,
Y en guarismos; porque vivo
En cifras de mil sospechas.

ELVIRA.

Pues adonde no hay recibo,
Tampoco puede haber gasto;
Sumando yo, que he venido
A servir en esta casa,
Y que á doña Sancha sirvo,
Monta tanto como nada
Lo que me has dicho.

ENRIQUE.

Pues digo

Que te detengas á oir
La cuenta que agora escribo:
Doyte el alma, y doyte luego
El entendimiento mismo,
La memoria y voluntad,
Y más, los cinco sentidos;
Cuenta y suma lo que monta.

ELVIRA.

Pues si agora lo recibo,
¿Qué cuenta daré del gasto?
Vete á tu campo, atrevido;
Que aunque pobre labradora,
Tengo el pensamiento altivo.

ENRIQUE.

Pues aunque fueras hermana
Del Rey de Castilla, afirmo
Que, sin perder de quien eres,
Puedes casarte conmigo.

ELVIRA.

Pues ¿quién eres?

ENRIQUE.

Si importare
Fiarme de ti, remito
A otra vista mis historias.

ELVIRA.

Por tu persona confirmo
Lo que dices, y verás
Que yo conozco los bríos
De una mujer principal
Que á estado humilde ha venido;
Y por las vísperas de ella
Vengo á sacar mi domingo.

ENRIQUE.

Sancha viene.

ELVIRA.

Pues despacio
La cuenta leeré contigo.

ENRIQUE.

Adiós, señora Pascuala.

ELVIRA.

Adiós, mi señor Ramiro.

ACTO TERCERO.

Salen D.ª Sancha y D.ª Elvira.

SANCHA.

Esto he fiado de ti,
Y por esto te he sacado,
Amiga Pascuala, al prado.

ELVIRA.

Yo te confieso de mí
Que le soy aficionada,
Mas no de suerte que estés
Celosa, ni que me des
Pena, sin estar culpada;
Mas ya que sé que le quieres,
No me dejaré querer.

SANCHA.

Qué, ¿él te quiere?

ELVIRA.

Soy mujer.

SANCHA.

Pascuala, dichosa eres;
Que también soy mujer yo
Más rica y más principal.

ELVIRA.

Yo soy á Ramiro igual,
Y tú, doña Sancha, no;
Y es gran cosa la igualdad
Para el amor.

SANCHA.

Es engaño
De Ramiro, que en mi daño
Disfraza su calidad.

ELVIRA.

Pues ¿es más que un labrador?

SANCHA.

No lo sé, pero imagino
De quién es el peregrino.
Cubrió el acento señor;
Por algún suceso grave
Debe de andar encubierto.

ELVIRA.

Él lo parece.

SANCHA.

Ello es cierto;
Lo que pasó, amor lo sabe.

ELVIRA.

No te daré más enojos;
Si me hablare, le diré
Que me deje.

SANCHA.

Yo pondré,
Donde tú los pies, los ojos.

ELVIRA.

¿Qué soldadesca es aquesta
Que va de camino?

SANCHA.

Es toda
Plumas; la toca acomoda
Al rostro y responde honesta.

Embózanse.

Salen el rey D. Sancho, el Cid y Ançures.

DON SANCHO.

¡Qué fresca estuvo la fuente!

CID.

No hay otro cristal, señor,
Como la mano.

DON SANCHO.

El mejor
Que viene á España de Oriente,
No trocara por la mía.

ANÇURES.

Á un filósofo vi yo
Beber con ella, y rompió

La escudilla en que bebía.
¿Sacaremos los caballos?

CID.

Dos mujeres hay aquí.

DON SANCHO.

Son de las casas que vi.

CID.

Mil hidalgos, tus vasallos,
Tienen aquí sus solares.

DON SANCHO.

¿Habrá, señoras, posada
Para un soldado?

ELVIRA.

Turbada
Estoy, Sancha; no te pares.

SANCHA.

Vuestra presencia me obliga
Á responderos cortés.

ELVIRA.

Don Sancho, mi hermano, es. (Aparte.)

Vase.

DON SANCHO.

¿Por qué huye vuestra amiga?
Descubríos y teneos.

SANCHA.

Es labradora y criada,
Y no está á ver enseñada
Plumas, ni escuchar deseos.
Esta es casa de don Vela,
Yo soy su hija.

DON SANCHO.

¿Quién, Cid,
Quién es don Vela?

CID.

Oid,
Que en toda mi parentela
No hay hombre de más valor.
Sobrina, dadme los brazos.

SANCHA.

Para daros mil abrazos
Me descubriré, señor.

CID.

Besad las manos al Rey.

SANCHA.

Perdonad mi cortedad.

DON SANCHO.

No habéis errado, en verdad;
Antes, guardado la ley
De la hidalga cortesía.

Salen Suero y D. Vela.

VELA.

¡El Rey aquí!

SUERO.

Sí, señor.

VELA.

Vuestro vasallo, el menor,
Que un tiempo, señor, servía
Á vuestro padre famoso,
Al gran Fernando, que tiene
El cielo, á besaros viene
Los pies.

DON SANCHO.

¡Vela generoso!
Dadme acá, Vela, los brazos;
Que bien merece los míos
Quien en tales desafíos
Hizo á mil moros pedazos.
¡Viejo estáis!

VELA.

El tiempo vuela.

DON SANCHO.

Si os llamara mozo agora,
Perdonad, Cid, que á Zamora
Llevara al Cid en don Vela.

CID.

Es honra que á mí me dais
En lo que hacéis á mi tío.

VELA.

Guárdeos Dios, sobrino mío;
¿Cómo venís? ¿Cómo estáis?

CID.

Á vuestro servicio estoy.

VELA.

¿Ximena?

CID.

Preñada ya.

VELA.

Tan bien á Castilla está,
Cid, que mi palabra os doy
Que cada mes fuera bien,
Porque hubiera muchos Cides,
Honra en la paz y en las lides,
Y por ser sangre también
De Diego Laínez, hombre
Que, en acordándome dél,
Se me vienen en tropel
Las lágrimas con su nombre.

DON SANCHO.

Viejo está Vela.

ANÇURES.

Ha traído
Las armas gran tiempo á cuestas.

VELA.

Humildes chozas son éstas;
Mas, señor, yo que os convido,
Soy rico de voluntad;
Reciba de vos honor
Que en ellas poséis, señor.

DON SANCHO.

Vela amigo, perdonad,
Que voy de prisa á Zamora,
Donde he cercado á mi hermana,
Que ni por ruegos se allana,
Ni por amenazas llora.
Gané á Toro, á quien tenía
Doña Elvira, dos ciudades,
Sin quien, diciendo verdades,
Castilla, Vela, no es mía;

Y puesto que me da pena
Ver que no parezca Elvira,
Llevo á Zamora la mira,
De buenos hidalgos llena,
Donde, en ganándola, tengo
Pacífico el reino todo.

VELA.

Los cielos, invicto godo,
Os lo dejen ver.

DON SANCHO.

Si vengo
Victorioso por aquí,
En vuestra casa os veré.
Adiós, Vela.

VELA.

Y yo tendré
Sola esta esperanza en mí,
Por alma que me dé vida.

CID.

Tío, adiós.

VELA.

Sobrino, adiós.

ANÇURES.

Visto nos hemos los dos
En otra edad más florida.

VELA.

¿Es el conde Ançures?

ANÇURES.

Sí:
El Rey se va; guárdeos Dios.

VELA.

Aun somos deudos los dos.

ANÇURES.

¡Qué más honor para mí!

Vanse el Rey y la compañía.

ELVIRA.

¡Con qué temor, con qué pena,
Me ha tenido el Rey, mi hermano!

VELA.

Sancha, el celo no es humano,
El intento al Rey condena.
Á Elvira ha quitado á Toro,
Y agora á Urraca le quita
Á Zamora.

SANCHA.

Solicita
Su daño.

VELA.

Diera un tesoro,
Por estar como Rodrigo.

SANCHA.

Pascuala, que hablarte tengo;
Padre y señor, luego vengo.

ELVIRA.

Temblando estoy.

Vanse las dos.

SANCHA.

Ven conmigo.

VELA.

¡Suero!

SUERO.

¡Señor!

VELA.

¡Qué hermosura
La de Pascuala!

SUERO.

Ya veo
Que la miras con deseo.

VELA.

No pudiera más locura,
Más amor, más esperanza,
Caber en veintidós años.

SUERO.

No es mujer que sufre engaños;
Haz de tu intento mudanza,
Porque yo sé que es coger
El viento con red sutil;
Que todo interés es vil
Para tan fuerte mujer.

VELA.

Casaré.

SUERO.

¿Quién?

VELA.

Yo.

SUERO.

¿Qué dices?

VELA.

Esto.

SUERO.

¿Quieres enterrarte?
El verdadero casarte
Es comer lindas perdices
Y beber el vino añejo,
Porque es labrar sepultura
Cuando por una hermosura
Se casa un viejo.

VELA.

¿Yo viejo?
¿No ves que he sido robusto,
Todo nervios y braveza?

SUERO.

La flaca naturaleza,
¿No te enseña que no es justo,
Lo que el tiempo debilita?
¿Quieres que esfuerce el casar?
La vida te ha de quitar,
Como á otros muchos la quita.

VELA.

Ahora bien, tengo pensado
Que dejar mi casa en hembra
Es triste cosa.

SUERO.

¿Desmiembra
Su sangre acaso el que ha dado
Su casa á un hidalgo tal,
Que en la calidad le iguala?
Di que te agrada Pascuala,
Y conoce que haces mal;

Fuera de que es de reir
Que, tu hija por casar,
Te cases tú.

VELA.

Si casar
Á doña Sancha y sufrir
Mi casamiento ha de ser
Con que la case primero,
Digo que casarla quiero;
Que tuve cartas ayer
De don Rodrigo de Lara,
Con quien concertada está.

SUERO.

Pues dásela.

VELA.

Bien será,
Que es noble y de sangre clara.

SUERO.

No hay mejor hombre en Zamora
Que don Rodrigo.

VELA.

Es verdad,
Mas ¿quién irá á la ciudad
Con estas cartas ahora?

SUERO.

Yo iré si quieres.

VELA.

Tú no;
Mas pues me abraso y suspiro
En celos de este Ramiro,
Quiero dárselas; que yo
Descansaré de mis celos
Y él sabrá bien negociar.
¿Dónde está? Véle á llamar.

SUERO.

En el campo.

VELA.

Si los cielos,
Suero, á Pascuala me dan,
Te mando un vestido nuevo.

SUERO.

Yo mis bríos.

VELA.

¡Qué mancebo
Más gentilhombre y galán!

SUERO.

Del viejo que de esto trata,
El pensamiento condeno,
Pues lleva á casa un veneno
Que á pocos tragos le mata.

Vanse.

Sale Sancha.

SANCHA.

Verdes álamos sombríos,
Frescas y sonoras fuentes,
Que siempre en vuestras corrientes
Murmuráis mis desvaríos;
Prado mudo, verde y solo,
En cuyas flores suaves
Sirven de lengua las aves
Desde que las llama Apolo;
Peñas, á los cielos juntas,
Que tanto al cielo miráis,
Que á la tierra aun no bajáis
Los ojos de vuestras puntas:
Á buscar me vengo aquí,
Así os esmalten los cielos,
Que me digáis de mis celos,
Que andan huyendo de mí.
Riño á Pascuala y Ramiro
Para que dejen de hablar,
Y no me suelo apartar
Cuando ya juntos los miro.
No me engaño, los dos son:
Árboles, yo soy mujer:
Amo, y deseo saber
Y escuchar mi perdición.
Escondedme, aunque me maten,
En vuestra capa inmortal;
Que aunque he de escuchar mi mal,
He de saber lo que traten.

Escóndese.

Salen Elvira y Enrique.

ELVIRA.

En los principios, Ramiro,
El hombre cuerdo repara:
El amor, que pintan niño
Por nacer de niña causa,
De saludarse procede
Muchas veces; otras salta,
Como el áspid de la yedra,
De hablar dos ó tres palabras;
De la cinta, del clavel,
Del oir ajenas gracias,
De la fama, del valor,
Que aun enamora la fama.
Ansí, que tú no me digas
Cosas obscuras, ni claras,
Sino ataja los principios.

ENRIQUE.

¿Tú eres villana, Pascuala?
¿Cómo hablas de esa suerte
Con quien á solas te habla,
Y después con el lenguaje
Más rudo de las montañas?
¿Qué filósofo me diera
Tal consejo, ó cómo hallara
En los libros del amor
Definiciones tan altas?
Mira, Pascuala, si eres
Alguna deidad que anda
Por estos montes, creeremos
Que son las tierras de Arcadia.
¿Eres, dime, aquel Planeta
Que las fábulas cantaban,
Que bajaba al monte Latmo
Dejando el carro de plata?

¿Ó el de la tercera esfera,
Adonde Adonis andaba,
Cuya sangre dió la rosa
En la nieve de sus plantas?
¿Quién eres, ya que te adoro?
¿Quién eres, ya que me matas?
Si eres Sol, ¿por qué te encubres
Y con la sombra me abrasas?

ELVIRA.

Sólo á ti, por este amor,
Que dicen que amor se paga,
Y por desengaño mío
Y fin de tus esperanzas,
Te digo, y no diré más,
Que soy de noble prosapia,
Y mujer tan desigual
De tus prendas, que esto basta.

ENRIQUE.

Bien me lo pensaba yo,
Bien me lo dijo tu cara,
El resplandor de tu honra,
Lo grave de tus palabras;
La autoridad de tus obras,
Que, como luz que traspasa
El vidrio, el alma te vi;
Que el cuerpo es vidrio del alma.
¡Oh Pascuala! ¡Oh quien tú eres,
Y finjas que eres Pascuala,
Aunque seráslo de flores
Si por ventura eres Pascua!
Sabe que no has de hacer poco
Si en la calidad me igualas;
Y yo me arrojo á decillo,
Ó que bien ó mal me vaya;
Que como corre en el mar
De tus desdenes mi fama,
Quiero arrojar lo que queda,
Que es la calidad del agua:
Enrique soy de Borgoña,
Y al Duque mi padre llaman.....
No estoy, Pascuala, muy lejos
De la corona de Francia;
Peregrino vine aquí
Á ver al Patrón de España,
Donde intentaron matarme
Deudos de mi sangre y casa;
Yo vine á la de don Vela
Herido, donde la capa
Del Sol la guarda mi vida
De su envidia y de sus armas.
¿Parécete que te igualo?

ELVIRA.

Antes ya me desigualas,
Enrique, porque en las mías
No tengo lises doradas;
Huélgome de conocerte,
Y á tu amor quedo obligada,
Que á pagarte es imposible,
Pues siendo una pobre hidalga,
No podremos tratar cosa
Con que mi amor satisfaga.

ENRIQUE.

¿Cómo no, si tu hermosura,
Ejecutoria en la cara,
Es calidad de los cielos,
Que no calidad humana?

ELVIRA.

Yo no quiero más nobleza;
Y pues me obligan tus ansias,
Vivo en un signo del cielo,
De quien mi sangre me aparta;
No puedo decirte más.

Sale Suero.

SUERO.

Ramiro, señor te llama.

ENRIQUE.

¿Qué me quiere?

SUERO.

No lo sé;
Escribiendo está una carta.

ENRIQUE.

Vamos: adiós, la del nombre
Que tira y mata, que estaba
El campo de varias flores,
Resuelta nieve las aguas.

Vanse Suero y Enrique.

Sale Sancha.

SANCHA.

¡Pascuala!

ELVIRA.

¡Señora mía!

SANCHA.

Si te pintas tan honrada,
¿Cómo con aqueste mozo
Tienes pláticas tan largas?

ELVIRA.

Él, señora, me persigue.

SANCHA.

¿No te dije esta mañana
Mi pensamiento con él?

ELVIRA.

Si como sombra se anda
Por dondequiera que voy,
¿Qué tengo de hacer?

SANCHA.

Quien trata
De conservar honra y nombre,
Las ocasiones aparta;
Anda Pascuala, anda, vete:
Yo sé el remedio.

ELVIRA.

Él me cansa.

SANCHA.

Ansí me cansara á mí.

ELVIRA.

Pues ¿qué quieres tú que haga?

SANCHA.

Anda, que yo pondré en medio

Más tierra que estas montañas;
Anda, que yo sé quién eres,
Enredadora, villana,
La de la invención del nombre
Que tira, que clava y mata;
La que en el signo del cielo
Vive con tanta arrogancia,
Que no será el de la Virgen,
Pues vino á casa la dama
Toda vestida de seda,
Y por ventura, dejada,
Por adúltera, del hombre
De quien se esconde y aparta.
¡Ea! Vaya, no replique,
Que yo la haré que la cara,
Con el tizne de las ollas
Se afeite por las mañanas.
¡La labradora! ¡La boba!
¡Y tiene nombre que mata,
Y vive en signos del cielo!

ELVIRA.

¡Señora!.....

SANCHA.

No hable palabra;
Que la quebraré la boca.

ELVIRA.

Mira que en todo te engañas.

SANCHA.

¡Ansí, Ramiro, vos sois!
Presto veréis lo que pasa.

Vanse.

Salen D.ª Urraca y Bellido Dolfos.

URRACA.

En tanta confusión, ¿qué haré, Bellido?
Que me dice don Arias tantas cosas,
Que pierdo la razón con el sentido.
Las armas de mi hermano, codiciosas,
Me tienen á Zamora tan cercada,
Que tiemblan sus almenas temerosas.
Yo soy mujer que tomaré la espada;
Mas ¿qué aprovecha, si mi hermana Elvira
Murió con ella, y de valor armada?
Dicen que tú, que no sé si es mentira,
Mi letra contrahaciendo, la engañaste,
Con que tal vez me estás moviendo á ira,
Y que don Diego Ordóñez te llamaste,
Y diciendo que yo la socorría,
La ciudad y la vida le quitaste.
Mi hermano Sancho sin razón porfía:
Yo tengo generosos caballeros;
Temo no más de la desdicha mía.

BELLIDO.

Si no diesen, Infanta, á lisonjeros,
Los príncipes jamás blandos oídos,
En que son tan culpados y ligeros,
Algunos tristes casos sucedidos,
De que están las historias dando voces,
No estuvieran en mármol esculpidos.
Ya mi lealtad y mi valor conoces;
¿Por qué te pones á escuchar mentiras?
Todo es mentira, así tus años goces;
Que si mis obras y palabras miras,
Juzgarás por tan bueno mi deseo,
Cuyo es el fin, á cuya paz aspiras.
Tu padre honró á mi padre, y yo no creo
Que de don Olfos degenere en nada
Cuando la espada en tu servicio empleo.
Yo saqué, Urraca, por el Rey la espada,
Eso es verdad, y entré con él en Toro,
En sangre entonces, no en traición bañada.
Y si á la Infanta se perdió el decoro,
Enredos son del Cid y conde Ançures,
De cuyo engaño se lamenta el Moro.
De éstos es bien te quejes y murmures,
Que vienen contra ti como traidores,
Y que á quien te ha servido, honrar procures.
Yo pude ser allá de los mejores;
Dígalo el Cid, á quien le dije un día
Mil injurias, que él tuvo por favores.
Mas como conocí la tiranía
Del rey don Sancho, y tu justicia clara,
Vine á servir donde justicia había.

URRACA.

No pienses tú que mi temor repara
En el poder del Rey, mi hermano, agora,
Si de Elvira el ejemplo me dejara.
Cercada, y bien cercada, está Zamora;
Arias Gonzalo y sus gallardas plantas,
Dignas de las que el sol abrasa y dora,
Y el de Lara, que ya por veces tantas
Resucita en hazañas generosas
De sus pasados las reliquias santas,
Son defensas tan altas, tan piadosas,
Que sólo temo una traición, Bellido.

BELLIDO.

Dame esas manos, tanto como hermosas
Ingratas para mí, que, de corrido
De que la envidia de mi fama trate,
Hoy haré un hecho que no cubra olvido:
Yo, sin guerras, sin armas, sin combate,
Descercaré á Zamora. Adiós te queda.

URRACA.

Escucha.

BELLIDO.

No permitas que dilate
Cosa que honrarme de servirte pueda.

Vase.

URRACA.

Quiero avisar á Arias Gonzalo presto,
Porque, cuando á mi hermano algo suceda,
Nada digan de mí, ya que se queda.

Vase.

Salen D. Vela y D.ª Sancha.

SANCHA.

Esta merced me has de hacer;
Despide luego á Pascuala.

VELA.

Á resolución tan mala,

¿Qué te puedo responder?

SANCHA.

¿En qué es mala?

VELA.

En que no das
Á despedir la ocasión.

SANCHA.

Conozco tu condición.

VELA.

Pues ¿cuál ocasión me das?

SANCHA.

Saber yo que anda de amores
Ramiro con ella.

VELA.

¿Ansí?
Pues mira cómo hay en mí
Más prudencia en los errores.

SANCHA.

¿Cómo?

VELA.

Que despediré
Á Ramiro, y vuelva á Francia,
Que no es aquí de importancia;
Y á Pascuala dejaré,
Porque me sirve y gobierna.

SANCHA.

¿Á ti te gobierna?

VELA.

Sí.

SANCHA.

¿Querrásla bien?

VELA.

Como á mí.

SANCHA.

Y ¿podrá una vid tan tierna
Sufrir un olmo tan duro?

VELA.

¡Pues no! Para sustentarme
Como la yedra, arrimarme
Al viejo y antiguo muro.

SANCHA.

Parece, ó lo entiendo mal,
Que tratas de casamiento.

VELA.

El tuyo primero intento.

SANCHA.

¿Con quién?

VELA.

Con hombre mi igual;
Que don Rodrigo de Lara
Te pide: yo he respondido
Con Ramiro.

SANCHA.

¿Y él es ido?

VELA.

Porque las cartas llevara
Hombre de cuidado, quise
Fuese Ramiro á Zamora.

SANCHA.

Si tú te casas ahora,
Bien será que yo te avise
De que me quiero casar.

VELA.

¿Con quién?

SANCHA.

Con ese Ramiro.

VELA.

De tu libertad me admiro.

SANCHA.

Tú me has enseñado á hablar;
Que si tan viejo tú quieres
Casar con esa criada,
También yo con quien me agrada.

VELA.

¡Demonios son las mujeres!
Mas aunque viejo me ves,
Sabré quitarte la vida.

SANCHA.

Mas su calidad sabida,
Tú le rogarás después,
Que es el Duque de Borgoña.

VELA.

¡Santo Dios!

SANCHA.

Yo lo sé dél.

VELA.

Como abeja, vuelves miel
Lo que imaginé ponzoña.
Él es tuyo, mas primero
Con Pascuala has de tratar
Mi casamiento, y rogar
Que quiera lo que yo quiero.

SANCHA.

¡Cómo! ¿Sin saber quién es?
Aunque ella, señor, decía
Que allá en un signo vivía.....

VELA.

¿Del cielo?

SANCHA.

Del cielo, pues.

VELA.

Los viejos, en la experiencia
Son sabios; guardó el decoro
Á su patria, y de que es Toro,
Lo tengo por ciencia cierta;
Que el toro es signo del cielo,
Que el sol por Mayo calienta.

SANCHA.

¿Ella es de Toro?

VELA.

Esto intenta,
Así Dios te dé consuelo.

SANCHA.

Ella viene; aquí te esconde.

VELA.

Aquí me escondo.

Sale Elvira sola, y él se esconde.

ELVIRA.

¿Estás ya
Con menos enojo?

SANCHA.
Está
Mi enojo en lo que responde. (Aparte.)
Pascuala, tu voluntad,
Si corresponde á la mía,
Que en cierta cosa querría
Valerme de tu amistad.

ELVIRA.
¿Qué quieres?

SANCHA.
Yo te he casado
Con quien es mejor que yo,
Y tu fortuna te dió
Un alto y dichoso estado.
Mi padre te quiere bien,
Y siendo quien es, te quiere.

ELVIRA.
Dile á tu padre que espere
Á que las nuevas me den
De lo que pasa en Zamora,
Porque hasta verla ganar
Yo no me podré casar.
Esto respondo, señora;
Y perdóname, que tengo
Toda la masa en la artesa.

SANCHA.
Oye, escucha.

ELVIRA.
Estoy de priesa.

SANCHA.
Escucha, pues.

ELVIRA.
Luego vengo.

Vase Elvira.

SANCHA.
Bien puedes salir.

VELA.
Ya salgo.

SANCHA.
Ella me ha dicho que sí.

VELA.
Es verdad, que yo lo oí;
Mas bueno es, á fe de hidalgo,
Que hasta ganarse Zamora
No puede ser mujer mía;
Aun por esto se diría
Que no se ganó en un hora,
Pues las pocas de mi vida,
¿Cómo podrán aguardar
Que Sancho pueda ganar
Ciudad tan bien defendida?
Si está don Arias allá,
Y sus hijos, son engaños
Que con pies de setenta años
Yo pueda alcanzarla ya.

SANCHA.
Pues sin ganarse Zamora,
Dice que no puede ser.

VELA.
Pues yo vuelvo á responder
Que no se ganó en un hora.
Vuélvela, Sancha, á llamar,
Así Dios te dé ventura;
Que en un viejo larga cura,
Es no quererle curar.

SANCHA.
¿Piensas que no me da pena?
Como tú celoso estás
De Ramiro, lo estoy más
De esta Pascuala ó Elena.
Llamaréla, y cara á cara
La puedes decir, señor,
Tu pensamiento y amor.

VELA.
Pues venga, si en eso pára.

SANCHA.
¡Pascuala! ¡Ah, Pascuala!

ELVIRA.
¡Dalle!

Sale Elvira enharinada.

¿Qué hacen de Pascualear?
Pues ¡á fe, que han de pasar
Estas Pascuas en la calle!
¿Qué me quieres?

SANCHA.
Vesla ahí:
Dila, señor, lo que quieres.

VELA.
Hija, á las buenas mujeres,
Cual lo imagino de ti,
Poco importan mocedades,
Sino valor, calidad,
Sangre, hacienda y la igualdad,
Que junta las voluntades,
Que esto procede del cielo.
¿Hablóte Sancha?

SANCHA.
¡Pues no!

ELVIRA.
Ya nuesama me mandó
Que saque la burra en pelo,
Porque la quieren llevar
Á que el albéitar la vea.

VELA.
Tu ingenio en vano rodea
El habla disimular;
Que la cara no podrás,
En que el cielo te escribió:
«Aquesta mujer nació
Para señora no más.»
Deja los vanos enredos,
Y atiende tu bien.

ELVIRA.
Señor,
De que me trates de amor,
Me espantan sombras y miedos.
El escudero y soldado,
Dice el refrán, y no mal,
Llevallos al hospital,
Y el caballo viejo, al prado.

Comed, y descansaréis,
Ya la hierba, ya la grama,
Que el fuego al hielo desama;
Fuego sois, hielo seréis.

Sale Enrique.

VELA.

Sancha, ayúdame aquí,
Que me voy turbando ya.

ENRIQUE.

¿Señora está aquí?

ELVIRA.

Aquí está.

VELA.

¿Fuiste, Ramiro?

ENRIQUE.

Ya fuí.

VELA.

¿Qué hay de Zamora?

ENRIQUE.

Prodigios,
Desgracias, muertes, portentos,
Casos de dolor, traiciones,
Armas, desafíos, entierros:
¡Nunca yo fuera á Zamora!

VELA.

¿Tan poco ha durado el cerco?

ENRIQUE.

Tan poco, que ya está libre.

VELA.

¿Cómo libre?

ENRIQUE.

Escucha atento:
Llegué á Zamora ayer tarde
En aquel caballo overo,
Que sin ser Pegaso en alas,
Vence en ligereza al viento.
Llegué á la tienda del Rey,
Digo que busco á don Diego,
Sale al campo, doy las cartas,
Va á escribir, allí le espero;
Oigo decir que ha salido
Bellido Dolfos, sospecho
Que el mismo que con traición,
Cartas y voz contrahaciendo;
Luego sobre el muro, armado,
Apareció un caballero,
Que le dijo al Rey á voces,
Todo el ejército atento:
«¡Rey don Sancho, rey don Sancho,
Hijo de Fernando el bueno,
No digas que no te aviso
Si hubiere algún mal suceso;
Que del muro de Zamora,
Donde cerco tienes puesto,
Ha salido un gran traidor,
Falso, engañoso y discreto;
Bellido Dolfos se llama,
Hijo de Bellido el viejo,
Que si traidor era el padre,
El hijo, Rey, no lo es menos.
En León, Ávila, Toro,
Cuatro traiciones ha hecho;
Guárdate, Rey, no sean cinco
Si no tomas mi consejo.»
Esto dicen que había dicho
Arias Gonzalo, advirtiendo
Al Rey del traidor Bellido;
Pero el Rey, con mal acuerdo,
Y ansí á solas, descuidado,
Á ver un portillo nuevo,
Por donde entraría á Zamora,
Dió tristes voces, diciendo:
«Bellido Dolfos me mata,
Aqueste traidor me ha muerto.»
Acuden todos, y el Cid
Quiere seguirle, poniendo,
Sin espuelas y sin vara,
Piernas á un caballo ajeno;
No alcanza, por no llevarlas,
Al traidor, á quien abrieron
La puerta, clavando en ella
Las dos láminas de hierro;
Al Cid va famosa lanza,
Que de la parte del cuento
Dicen que apenas se vía,
Blandeando el postrer tercio;
Los gritos, la confusión,
Los bélicos instrumentos,
Las maldiciones, las voces,
Tanto á los cielos movieron,
Que se piensa en tal dolor,
Que lloraron, porque luego
Llovieron, y por suspiros,
Mil relámpagos y truenos;
Al rey don Sancho llevaron,
Señor, á sus tiendas muerto,
En un dorado pavés,
Con el venablo en los pechos;
Cuando yo partí del campo,
Los soldados me dijeron
Que aquel don Diego, pariente
Del que queréis para yerno,
Todo cargado de luto,
Y sobre un caballo negro,
Con negras armas y lanza,
Se va á Zamora soberbio,
Á retar grandes y chicos,
Niños, mujeres y viejos;
Dicen, señor, que ha de ser
Arias Gonzalo el primero;
Hijos tiene, Dios le ayude,
Que dicen que el que hace el reto,
Ha de pelear con cinco
Si reta al común del pueblo;
Todo esto pasa en Zamora,
Y aun más de lo que te cuento. (Aparte.)

VELA.

Suceso extraño, y digno de llorarse.

ELVIRA.

¡Mi hermano muerto! ¡Ay Dios, que es sangre [mía,

Y debe entristecerse, y no alegrarse!

SANCHA.

¿Bellido tan infame alevosía?

VELA.

¿Quién mejor que Bellido?

ELVIRA.

Apenas puedo
Tener el llanto.

ENRIQUE.

Que era Rey decía,
Alfonso, todo el campo.

VELA.

Está en Toledo,
Mas luego irán por él, que sirve al Moro;
Tal era de su hermano Sancho el miedo.

ELVIRA.

¿Volverá ahora doña Elvira á Toro?
Dicen que en sus almenas paseando,
Su hermano la mató.

VELA.

Su muerte llora.

SANCHA.

¿No estaba aquel don Diego, que retando
Quedó á don Arias dentro de Zamora?

VELA.

Servía á Urraca el fuerte Ordóñez, cuando
Bellido se fingió con voz traidora
Don Diego Ordóñez, y por esta fama
Riñó con ella, y sirve al Rey ahora.

ENRIQUE.

Allá los llama el reto; á mí me llama
El campo, el azadón; dame licencia.

VELA.

Ramiro, el campo y azadón te infama
Si las armas te vienen por herencia;
Ciñe la espada que ceñiste en Francia,
Y adorna de oro y seda tu presencia,
Y perdóname, Enrico, la ignorancia
Con que aquí te traté sin conocerte.

ENRIQUE.

¿Qué es esto?

VELA.

Hablar en cosas de importancia:
Tu historia y calidad, que basta el verte,
Supimos Sancha y yo; Sancha, que estima
Que vuestro casamiento se concierte;
Y si la voluntad te desanima.....
Vamos, hija, los dos; déjale ahora,
Que pienso que el secreto le lastima.

Vase.

SANCHA.

Más lastima su amor á quien le adora.

Vase.

ENRIQUE.

¡Qué presto descubriste en tu lenguaje
Que eres villana, ingrata labradora,
Si hoy de tus palabras mi linaje
Le dijiste á don Vela y á su hija,
Porque ella me persiga y él me ultraje!

ELVIRA.

No te aflijas.

ENRIQUE.

¿No quieres que me aflija?
¡Tú eres principal, tú mujer noble!

ELVIRA.

No un hora el alma aqueste cuerpo rija
Si lo dije, ni sé de trato doble;
Ella lo oyó cuando conmigo hablabas,
Escondida en las ramas de aquel roble;
Pero ¿quieres saber lo que dudabas?

ENRIQUE

¿Qué tengo de saber? Irme conviene.

ELVIRA.

Más te pienso fiar que me fiabas;
Vente conmigo.

ENRIQUE.

¿Adónde?

ELVIRA.

Adonde tiene
El cielo, Enrique, tu descanso y mío.

ENRIQUE.

¿Y si esta gente tras nosotros viene?

ELVIRA.

Caballos hay.

ENRIQUE.

La vida te confío.

Vanse.

Salen D.ª Sancha, Suero y Vela.

SANCHA.

Acaba ya de tomar
En esto resolución.

VELA.

He pretendido esperar,
Sancha, mejor ocasión
Para podello tratar,
Que basta la vez primera
Decir á Enrique quién era;
Ya que más quieto le veo,
Le diré nuestro deseo,
Aunque Castilla se altera;
Que cuando es tiempo de guerra,
Mal casamientos se tratan,
Y más en la propia tierra.

SANCHA.

En cosas que se dilatan,
Daño la tardanza encierra.
¿Qué importa que esté Zamora
Llena de retos ahora,
Y que por hombre tan malo
Muestre el viejo Arias Gonzalo
Que noble sangre atesora?
Ya Bellido al Rey mató,
Y de su padre, Fernando,
La maldición le alcanzó,
Y Alfonso vendrá reinando
Si á Toledo el Rey partió.
Peleen los castellanos

De los muros de Zamora;
Prueben su traición ahora
Con las armas en las manos;
Y tú, retirado aquí,
Trata la paz de tus años
Y dame el remedio á mí.

VELA.

¡Suero!

SUERO.

¡Señor!

VELA.

Los engaños
De Bellido Dolfos vi,
Con dolor de haber perdido
Tal Rey, amparo y señor.

SUERO.

Bien llora un reino ofendido
De las manos de un traidor,
Á su corona atrevido.
¡Á la fe, que no han de hallar
Rey como Sancho!

VELA.

Á Ramiro
Me llama.

SUERO.

Voyle á llamar.

Vase.

SANCHA.

Remiso, padre, te miro.

VELA.

Ya te procuro agradar.
Tú, que tienes que vivir,
Puedes tener más paciencia;
Yo soy quien no he de sufrir,
Pues haré tan presto ausencia
De todo con bien morir;
Estoy de la alteración
De Castilla con cuidado.

SANCHA.

Pues, padre, en esta ocasión,
Las partes de un reino honrado
La mejor defensa son;
Ése guardará mi casa.

Sale Suero.

SUERO.

Al campo se fué Ramiro.

VELA.

¿Ramiro al campo?

SUERO.

Esto pasa.

VELA.

En este tiempo me admiro,
Que el sol encendido abrasa.

SUERO.

Y Pascuala iba con él,
Según Tello me ha contado.

SANCHA.

¿Qué dices?

SUERO.

Dígalo él.

DOÑA SANCHA.

De mi celoso cuidado
Haré venganza cruel.
Llama á Tello.

SUERO.

Él viene aquí.

Sale Tello.

VELA.

¿Vienes del campo?

TELLO.

Hará una hora.

SANCHA.

Y ¿estaba Ramiro allí?

TELLO.

Y con Pascuala, señora.

SANCHA.

¿Con Pascuala? ¿Cómo ansí?

TELLO.

Aprisa los dos vinieron,
Y diciéndome entre dientes
Que era una apuesta que hicieron,
En dos rocines valientes,
Puesto que en pelo, subieron:
Era el apuesta correr,
Pero tan larga carrera
La apuesta debió de ser,
Que pasaron la ribera,
Y ahora están por volver.

VELA.

¿Ramiro á Pascuala?

TELLO.

Sí;
Digo que juntos los vi (1).

SANCHA.

Bien lo vi de su respuesta.

VELA.

Di, Tello, ¿hacia dónde van?

SUERO.

¿Qué os fatiga, qué os molesta?
Que sin duda volverán
En acabando la apuesta.

TELLO.

Á Toro me parecía
Que llevaban el camino (2).

VELA.

Tras ellos me parto.

SANCHA.

Y yo.

Vanse Vela y Sancha.

SUERO.

Ello ha sido desatino.

TELLO.

Pues ¿no han de alcanzarlos?

SUERO.

No.

(1) Dos versos sueltos.
(2) Tampoco estos dos forman estrofa.

Yo te digo, si recelo
Llevan de ser alcanzados,
Que corran al sol y al hielo
Juntos dos enamorados
En dos rocines en pelo.

Vanse.

Tocan cajas; salen D. Pedro, Silo, Ordoño y D. Íñigo, con banderas todos.

ÍÑIGO.

Apellidad la voz de Alfonso todos.

TODOS.

¡Alfonso viva! ¡Alfonso, castellanos!
¡Toro por don Alfonso!

PEDRO.

De mil modos
Responden los cobardes ciudadanos.

ORDOÑO.

Pues ¿no es Alfonso sangre de los godos?
¿No le viene legítimo á las manos
El cetro, y á la frente su corona?
¿Puédesele oponer otra persona?
¿No es hermano de Sancho, no le hereda,
Ansí es verdad, pero viviendo Elvira,
Toro, con su gobierno, libre queda.

PEDRO.

Elvira es muerta.

ÍÑIGO.

Dicen que es mentira,
Y hasta que la verdad saberse pueda,
Lo más del pueblo á su señora mira;
Pero esta vez, de Toro las almenas,
De banderas del Rey quedarán llenas.

PEDRO.

Yo he de poner la mía.

ÍÑIGO.

Y yo la mía.

ORDOÑO.

Ésta pondré el segundo.

SILO.

Y yo el tercero

PEDRO.

Aquesta casa, y la que yo tenía,
Que fué de Nuño Velázquez, su bracero (1).

ORDOÑO.

¿Cómo no sale el sol de la alegría?
Pues agora, el que fuere caballero
Ha de dar á su Rey justa obediencia.

Sale Nuño Velázquez.

NUÑO.

¡Ah, caballeros de Toro!
¿Esto se sufre? ¿Es bien hecho
Que se la entreguéis á Alfonso
Contra la opinión del pueblo?
¡Cargados vais de banderas
Que habéis quitado á los templos;
De banderas que á los moros
Quitaban los padres vuestros,
Para ponerlas en muros
Que con la voz de don Diego
Vendió Bellido á don Sancho,
Que yace á sus manos muerto!
¿No era mejor imitar
Á aquellos vasallos buenos
Del conde Fernán González,
Que aquella imagen hicieron,
Con que iban á buscar,
Hecho una vez juramento
De no volver á Castilla
Sin su señor vivo ó muerto?
¿No fuera bien discurrir
Ciudades, montañas, yermos,
En busca de doña Elvira,
Que no con tanto instrumento,
Con tanta voz y alegría,
Cuando está cubierto el suelo
Del luto del rey don Sancho,
Y don Alfonso en Toledo,
Apellidarle por Rey?

ÍÑIGO.

Nuño, ¿no es del Rey el reino?

NUÑO.

Íñigo, no digo yo
Que de Castilla no es dueño;
Pero Toro, ni Zamora,
No son suyos; quizá el cielo,
Por quitárselas don Sancho,
Le dió el castigo que vemos.

ORDOÑO.

Mientras no parece Elvira,
¿No es mejor que caballeros
Tan nobles como nosotros,
Obedientes nos mostremos
Á tan gran Rey y señor?

NUÑO.

Ordoño, yo lo confieso,
Pero no en que des á Toro,
Que una vez gobierno puesto
Por el Rey, no podrá Elvira
Cobralle en siglos eternos.

PEDRO.

Sigue tú, Nuño Velázquez,
La parte en que tienes puesto
Tu gusto, y vamos de aquí.

TODOS.

¡Viva Alfonso!

Vanse los caballeros; queda Nuño.

NUÑO.

¡Ah, cielos!
¿Eso pueda la lisonja,
La ambición y los deseos
De agradar al poderoso?

Salen D.ª Elvira y Enrique.

ELVIRA.

Aquí me aguarda.

ENRIQUE.

Aquí quedo.

(1) Á este verso le sobra una sílaba.

ELVIRA.
¿Vive aquí Nuño Velázquez?
NUÑO.
Yo soy, amigos; ¿qué es esto?
¿Venís acaso á quejaros?
ELVIRA.
No, señor, que sólo vengo
Á ver si en vuestro servicio,
Que tenéis dos hijas creo,
Queréis una labradora.
NUÑO.
Hija, en este tiempo tengo
Más necesidad de hombres
Que tomen las armas presto.
ELVIRA.
¿No me conoces, don Nuño?
NUÑO.
¡Ay, cielo santo! ¿Qué veo?
¿Adónde estaban mis ojos?
¿No estaban con mis deseos?
Infanta y señora mía,
Dadme.....
ELVIRA.
¡Paso, con silencio!
Ya sé todo lo que pasa;
Ya he visto los caballeros
Ir apellidando Alfonso.
NUÑO.
No os espantéis, son mancebos:
¡Vive Dios, que su lealtad
Yo sé bien que vive en ellos!
ELVIRA.
Dadme unas armas á mí.
NUÑO.
Que las pusisteis me acuerdo,
Señora, ya muchos días,
De aquel vuestro hermano muerto.
ELVIRA.
¡Ramiro!
ENRIQUE.
¡Pascuala!
ELVIRA.
Dalde
Armas y caballo luego
Al villano que miráis.
NUÑO.
De su presencia sospecho
Que harto mejor que el sayal
Le ha de venir el acero.
ELVIRA.
La presencia es lo que importa.
NUÑO.
Armas y caballo tengo.
ENRIQUE.
Pascuala, si en Toro vives,
Este es el signo del cielo.

Vanse.

Salen D.ª Sancha, Vela y Suero.

VELA.
Á mal tiempo hemos venido
Para buscar los traidores.
SANCHA.
Aquí se habrán escondido.
SUERO.
La trompeta y los tambores
Me atruenan alma y sentido.
VELA.
Vé, Suero, mirando bien
Si por las plazas están.
SUERO.
Sólo soldados se ven.
Mas ¿con qué hacienda se os van,
Ó qué pretendéis que os den?
¿Qué pleito poner pensáis
Á dos amantes huídos
Que aborrecidos amáis?
VELA.
Luego ¿venimos perdidos?
SUERO.
¿No lo veis, no lo tocáis?
SANCHA.
Disculpa tiene el amor
De cualquiera desatino.
VELA.
Por mí se dirá mejor.
SUERO.
En vano ha sido el camino.
SANCHA.
Poco hay de amor á error.
VELA.
Volvamos á Villalonso.
SUERO.
Ese camino es más ancho.

Dentro:

¡Toro por el rey Alfonso!
VELA.
Aun no ha cantado á don Sancho
Zamora el primer responso,
Y apellidan Rey en Toro.

Salen con banderas D. Íñigo, D. Pedro, Silo, Ordoño y Nuño Velázquez.

NUÑO.
No guardáis bien el decoro,
Caballeros, á la Infanta.
ÍÑIGO.
Y ¿esto es razón?
PEDRO.
Y lo es tanta,
Que el favor del pueblo imploro
Contra vos y los parciales
Que impiden que el muro adornen
Estas banderas reales.
NUÑO.
Cuando mensajeros tornen
Que traigan nuevas iguales
De la Infanta doña Elvira
Á las que del muerto hermano,
Que á manos de Olfos expira,

Ser de Alfonso Toro, es llano;
Mas si ella vive, es mentira.

ORDOÑO.

Nuño, si á vuestra vejez
No mirara vuestra edad,
En otro mundo esta vez
Supiérades la verdad
De que es el mundo jüez.
Muerta es Elvira; esto sobra.

Sale D.ª Elvira, armada con sombrero con plumas y rebozo, y con ella D. Enrique.

ENRIQUE.

¡No sobra! ¡Afuera, villanos,
Que hay aquí quien su honor cobra,
Y que con mejores manos
Pondrá la defensa en obra!

SILO.

Pues ¿quién sois vos, caballero,
Que parecéis extranjero?

ENRIQUE.

Duque de Borgoña soy,
Que con doña Elvira estoy
Casado.

ÍÑIGO.

Dudarlo quiero,
Porque Nuño habrá querido,
Por entretener á Toro,
Que hayáis tal nombre fingido.

VELA.

Caballeros, si el decoro
De un viejo merece oído,
Viejo que, un tiempo estimado
De vuestros padres, tenía
Voto en la razón de Estado,
Y que á Fernando servía
En la paz y guerra al lado;
Si os acordáis de don Vela,
Creed que aquéste es Enrico,
Y que no es esto cautela;
Mas dejad; yo le suplico,
Por lo que el alma recela,
Que me diga si es casado
Con la Infanta.

ENRIQUE.

Yo lo estoy.

VELA.

Pues ¿adónde está?

ENRIQUE.

Á mi lado

VELA.

¿No era Pascuala?

ELVIRA.

Yo soy
Elvira.

Descúbrese Elvira.

VELA.

¡Buen lance he echado!

ÍÑIGO.

De rodillas á sus pies
Estamos todos.

ELVIRA.

¡Vasallos,
Toro es mía!

TODOS.

¡Tuya es!

SANCHA

Déjame tus pies besallos
Para que perdón me des.

ELVIRA.

Sancha, igual á tu decoro
Será el de Lara.

SANCHA.

Remedia
Mi engaño.

ELVIRA.

Yo á Enrique adoro
Y aquí acaba la comedia
De *Las Almenas de Toro.*

FIN.

EL PRÍNCIPE DESPEÑADO

EL PRÍNCIPE DESPEÑADO

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

LOS QUE HABLAN EN EL PRIMER ACTO

Don Remón.
Mendo Iñiguez.
Arista.
Fortunio.
Don Martín.
Alvaro Layn.
Fernán. } *Caballeros navarros.*
Peralta. }
Doña Elvira, *Reina.*
Doña Blanca, *mujer de don Martín.*
Danteo.
Fileno.
Briseno, *viejo.* } *Villanos.*
Elisa, *su hija.* }
La guarda ó portera.
Don Sancho, *Rey de Navarra.*

ACTO PRIMERO.

Dentro voces de dos bandos sobre elección de rey entre dos hermanos, D. Martín y D. Remón.

MARTÍN.
Sancho es Rey.

REMÓN.
No lo ha de ser
Sancho, aunque se ensanche Sancho.

MARTÍN.
¿Por qué quieres deshacer
Á Sancho?

REMÓN.
Porque es tan ancho,
Que ha de estrechar mi poder.

Salgan D. Remón por una parte, y Mendo Íñiguez, Arista y Fortunio, y por otra, D. Martín, Alvaro Layn y Fernán Peralta.

MARTÍN.
Conde, ¿tú sacas la espada
Para mí?

REMÓN.
No la desnudo
Para ti; veo alterada
Á Navarra, y vivir dudo
Si la tuviese envainada.
La espada que ves aquí,
Sólo previene mi ofensa;
Que como estáis contra mí,
Más es para mi defensa
Que para ofenderte á ti.
Si desnudarla me agrada,
Es cosa en razón fundada
Que donde tan sin ayuda
Está la verdad desnuda,
No esté vestida la espada.

MARTÍN.
Tu hermano soy, don Remón.

REMÓN.
Mi hermano eres, don Martín,
Pero en aquesta ocasión

Hace nuestra sangre fin
Y comienza la razón.
No es mi hermano el que no mira
La razón.

MARTÍN.

Hablas con ira.

REMÓN.

Antes hablo con piedad.

MARTÍN.

¿Qué defiendes?

REMÓN.

La verdad.

MARTÍN.

Luego ¿yo trato mentira?

REMÓN.

No digo tal; mas habiendo
Muerto, cual veis, nuestro Rey,
De que no goce me ofendo
El reino por justa ley
Quien le hereda.

MARTÍN.

Eso no entiendo;
Porque Sancho es el pariente
Más cercano á quien le toca.

REMÓN.

Tú hablas por accidente,
Porque no dice la boca
Lo mismo que el alma siente.
¿Cuál pariente más cercano
Al Rey, que su hijo?

ÁLVARO.

Es llano,
Cuando el Rey hijo tuviera.

ARISTA.

Luego ¿no.....

ÁLVARO.

Si yo le viera,
Pusiera el cetro en su mano.
¿Dónde está? Mostralde, á ver.

ARISTA.

En el vientre de su madre.

FERNÁN.

Mil linces son menester.

MARTÍN.

No lo declaró su padre,
Y así no ha de suceder.

REMÓN.

El padre no lo sabía;
Después se sintió la Reina
Preñada, y desde aquel día,
Aunque no ha nacido, reina
En la fe de mi hidalguía.
Y si ponerse pudiera
Duda en tan alta señora,
Luego el engaño se viera,
Pues mirando el punto y hora,
El tiempo se conociera.
¿Cómo se puede dudar
Cosa tan llana?

FERNÁN.

Esperar
Es fuerte cosa.

MARTÍN.

¿Por fe
De aquello que no se ve,
Un reino tengo de dar?

FORTUNIO.

¿Por qué no, si la fe es muerta?

MARTÍN.

¿Qué sé yo si podrá ser
Esa fe, Fortunio, incierta?
Que es fe en pecho de mujer,
Vivo engaño y verdad muerta.

REMÓN.

Habla, hermano, cuerdamente,
Conforme á la calidad
De pecho tan excelente,
Y no niegues la verdad
Que tu mismo pecho siente.
¿Para qué quieres quitar
Á un ángel el gran derecho
Que tiene para reinar?

MARTÍN.

Porque está, si es que está hecho,
Sin alas para volar.

REMÓN.

Mira, don Martín, que anieblas
Los rayos de nuestra cruz
Con esas obscuras nieblas.

MARTÍN.

Pues ¿cómo es ángel de luz
Mientras que vive en tinieblas?

REMÓN.

Porque le basta saber
Á un hombre, cuando anochece,
Que de aquel anochecer
Nace otra luz que amanece,
Que es ésta que ha de nacer.

FERNÁN.

Yo lo tuviera por llano,
Si de la noche que empieza
Saliera ese sol hispano,
La corona en la cabeza
Y el mismo cetro en la mano.
Sancho es hombre: á Sancho toca,
Que nos sabrá gobernar.

REMÓN.

Vil interés os provoca:
Yo no quiero replicar
En resolución tan loca.
Reine Sancho, pues queréis,
Y vosotros y mi hermano,
Por cosa cierta tendréis
Que no besaré su mano
Aunque á Navarra me deis.
Mas mira lo que te advierto,
Don Martín: que ha de querer
Dios que este mismo concierto
Tanto mal te venga á hacer,
Que quedes infame ó muerto;
Porque te ha de castigar
Querer á un ángel quitar

Deste reino la corona
Por darla quizá á persona
Que no os la sabrá pagar.
Y si no viniere día
En que desto te arrepientas
Con infamia tuya y mía,
Dime estas mismas afrentas
Con esta misma porfía;
Que espero que te has de ver
Tan pobre y tan abatido,
Que vengas á conocer
Que mejor hubiera sido
Dejar este sol nacer.
Voyme á Francia, donde espero
Que algún día buscarás
Mi amparo.

MARTÍN.

Espero primero
Que tú á mí me pedirás
Socorro.

REMÓN.

¡Oh, mal caballero!
Señores, ¿no me seguís?

ARISTA.

Conde, si á Francia partís
Y nuestras cosas perdemos,
Mirad el yerro que hacemos.

REMÓN.

¿Ya en las cosas advertís?
¿Ya el perder os da cuidado
Eso que habéis heredado?
Pues yo, aunque fuera á otro polo,
Mejor pienso que voy solo
Que no mal acompañado.

Váyase D. Remón.

FORTUNIO.

Perdona el haber tenido
De tu hermano la opinión,
Y pues la tuya ha vencido,
No digas nuestra intención
Al rey don Sancho, ofendido;
Que todos le obedecemos.

MENDO.

Lo que tú quieres, queremos.

ARISTA.

Si está del cielo que sea
Rey, reine, viva y posea
El reino que le ofrecemos.

MARTÍN.

Su Alteza sale.

Don Sancho éntre.

SANCHO.

¿Podré
Daros mis brazos?

MARTÍN.

Ya puedes
Darnos á besar el pie.

SANCHO.

Haréos á todos mercedes;
Basta que la mano os dé.

MARTÍN.

Ya, señor, queda mi hermano
Vencido, y á Francia es ido;
Ya tienes el reino llano,
Ya serás obedecido,
Ya besaremos tu mano;
Toma la silla Real,
Tan digna de tu persona.

Siéntese.

Dénle el cetro y la corona.

SANCHO.

Hoy, vuestra sangre leal
Esta justa hazaña abona.
Conozco que os debo á vos,
Don Martín, después de Dios,
El lugar en que me veo;
Y aunque solo le poseo,
Yo le tendré por los dos.
No me olvidaré en mi vida
Desta justa obligación;
Mas con alma agradecida
Os daré satisfacción
De la lealtad ofrecida;
Que, á no ser ya Rey, dijera
De la merced que me hacéis.
Y así, será la primera
(Para que vos gobernéis
Deste sol la nueva esfera)
Haceros, aunque es menor
El premio que el beneficio,
Mi Mayordomo mayor,
Porque lo sea en oficio
El que lo ha sido en valor.
Enviad por vuestra casa;
Que yo os daré en qué viváis.

MARTÍN.

Ya de mi servicio pasa
Tanta merced; bien mostráis
Que sois Rey.

SANCHO.

Si fuere escasa
La mano en que me habéis puesto
El cetro, decid que soy
Ingrato.

MARTÍN.

Espero que presto
Veréis, señor, cómo estoy
Para serviros dispuesto.
Enviaré por mi mujer,
Que nunca ha entrado en la corte,
Porque os venga á agradecer
Tanta merced.

MENDO.

Lo que importe
Un lisonjero ofrecer,
Bien en don Martín se ha visto.

SANCHO.

Querría hacerme bienquisto.
¿Á quién debo, don Martín,
Hacer merced?

MARTÍN.

Á Layn,
Para cuyo honor desisto
De la merced que me hacéis.

SANCHO.

No, no; vos la merecéis.

MARTÍN.

Señor, haced bien á todos;
Que por diferentes modos
A todos honra debéis.

SANCHO.

Hago á Layn, pues es justo,
Caballerizo mayor,
Y á Arista, que es más robusto,
Mi montero y cazador;
Y de que me sirva gusto
Fortunio, de camarero:
Mendo será secretario,
De cuya lealtad espero
El crédito necesario
De tan noble caballero;
Mi capitán de la guarda,
Fernán Peralta será.

FERNÁN.

Ya toda Navarra aguarda
Verte.

MENDO.

Tan alegre está,
Que duda del bien que tarda.

ARISTA.

Besarémoste la mano,
Y saldrás donde te vea
El navarro y castellano.

MARTÍN.

¡Plega á Dios que por bien sea,
Aunque le pese á mi hermano!

Con música, le besen la mano.

Entre la reina D.ª Elvira.

ELVIRA.

¡Caballeros bien nacidos,
Generosos hijosdalgo,
Reliquias de aquellos godos
Por el mundo celebrados!
¡Valerosos defensores
Del nombre de Cristo santo,
Victoriosos en mil partes
De ejércitos africanos!
Y por decir mucho en poco,
¡Oh, caballeros navarros!
Que basta sólo este nombre
Para nombre eterno daros:
¿Qué consejo contra mí
Es este que habéis tomado?
¿Qué acuerdo ha sido tan loco?
¿Qué intento tan temerario?
¿Qué interés os ha movido,
Siendo, como sois, cristianos,
A quitar el reino al Rey
Y dar el cetro á don Sancho?
¿Cómo ya le obedecéis?
¿Cómo le besáis la mano?
¿Cómo le llamáis señor?
¿Cómo os llamáis sus vasallos?
¿Cómo no veis, caballeros,
Vuestro Rey, que está enviando
Desde mi vientre á mi lengua
Estas palabras que os hablo?
Presente tenéis el Rey;
Que no se llama engañado
Quien tiene joya en su caja
Ó el ámbar fino en su vaso.
Aunque la noche no os deja
Ver este sol eclipsado,
Basta que sepáis que soy
La mañana que le traigo.
Aquí, de vuestro Rey muerto
Tenéis el vivo retrato,
Con la cortina del tiempo
Y el natural velo humano.
Presto se verá nacer
El sol que está en el ocaso:
Presto veréis en su oriente
Celajes rojos y blancos.
No le neguéis la obediencia;
Que en mi vientre está jurando
Matar á quien se la niega;
Que yo lo siento en los saltos.
Paréceme que ya toma
La blanca espada en la mano:
Ya siento el brazo esgrimir,
Que aun tiene fuerza en los brazos.
No está ausente vuestro Rey:
Veisle aquí, hidalgos, miraldo,
Porque, á ser cristal mi pecho,
Os estuviera mirando.
Aun no está muerto mi esposo;
Que parece que en el parto,
Del alma y cuerpo dejó
Á mi parto su traslado.
Haced cuenta que fué sello
Con que los cielos formaron
Sus armas en blanda cera
Para crédito de un año.
Yo soy con mi hijo agora
Su testamento cerrado,
Hecho con siete testigos,
Porque no podáis tachallos.
Mi calidad el primero,
Por tantos reyes tan claros
De quien desciendo, cual veis,
Desde el montañés Pelayo.
Mi honestidad, el segundo;
El tercero, mi honor casto,
Conocido de vosotros,
Y mi encerramiento, el cuarto.
El quinto, mi obligación;

Mi amor, el sexto, que es tanto,
Que hoy le lloro y pierdo el seso,
Pudiendo elegir estado.
El séptimo es mi lealtad,
Testigo tan abonado,
Que os doy á todos licencia
Para decir lo contrario.
Con estos siete testigos,
El justo tiempo llegado,
Podréis, cuando salga, ver
La firma que abona el caso.
Don Sancho, ¿cómo es posible
Que, siendo testamentario,
Te levantes con la hacienda
Del menor que está á tu cargo?
Vuelve como propio tío;
Vuelve por su propio amparo,
Y dale justa obediencia;
Harás un hecho tan alto,
Que las estatuas de Roma,
Colosos y simulacros,
Se rindan al nombre tuyo,
Y lo confiese Alejandro.
Hijas podrás tú tener
Con quien desde agora caso
Mi hijo, y le doy en dote
El reino que le has quitado.
¡Ea, valerosa gente;
Ea, navarros hidalgos:
Vuestro legítimo Rey
Os está dando los brazos!
Besalde la mano luego,
Y por vuestro Rey juraldo;
Que yo me abriré este pecho
Para que saque las manos.

SANCHO.

No prosiga Vuestra Alteza;
Que aquí ninguna persona
Ha de poner la corona
Donde no ve la cabeza.
¿En qué leyes y derechos
Halló que era dar razón,
Un rey de imaginación
Para vasallos tan hechos?
Aquí ningún hombre duda
En su castidad honesta;
Pero dase por respuesta
Que el tiempo los montes muda,
Y que así pudo mudar
Su honestidad santa y grande,
Pues no hay cosa que no ablande
Ni mude de su lugar.
Y cuando fuera muy cierto
El pleito que yo tenía
Sobre el reino y la acción mía,
Tiene gran fuerza el Rey muerto;
Que él me dijo que cesase
Y que después de su muerte
Le heredaría, que es fuerte
Razón para que heredase,
Pues ya fué su voluntad
Y conocer mi justicia.

ELVIRA.

Sancho, todo eso es malicia.

SANCHO.

Todo eso, Elvira, es verdad.
Vete con Dios, y no intentes
Alborotar á Navarra;
Que el castillo, león y barra
Y la lis, son mis parientes.
Y cuando del reino aquí
No fuera voluntad clara
Que yo su cetro heredara,
Puedo tomártele á ti.
¡Gentil cosa que á la puerta
Esté el Moro cada día,
Que, según cansa y porfía,
La ha de entrar, rota ó abierta,
Y que quieras defender
Tanta canalla enemiga
Con un niño en la barriga
Que llamas sol por nacer!
Nazca y críese á mi amparo,
Y en tanto, el pleito se vea
Sobre cuál de los dos sea,
Aunque mi derecho es claro;
Que no le quitaré yo
Lo que le tocare á él.

ELVIRA.

¡Mísero, inocente Abel,
Antes de nacer murió!
¡Traidores! ¿Á un ángel tierno
Que reina en estas entrañas,
Con tan infames hazañas
Queréis quitar el gobierno?
Bien te entiendo, Sancho fiero;
Que éste es el pleito del lobo,
Cuando, por hacer el robo,
Enturbia el agua al cordero.
¿Tú no sabes que le toca
El reino? ¿Qué pleito quieres?

SANCHO.

Mucho todas las mujeres
Os parecéis en la boca.
Ni importa calificadas
Para que, con pesadumbre,
Ya con natural costumbre
Dejéis de ser libertadas.
Rey de entrañas con gobierno,
Sol que tú mismo le nieblas,
Porque, reinando en tinieblas,
Más parece del infierno;
Si es ángel, váyase al cielo,
Que es el reino perdurable,
Porque menos que mudable
No tiene corona el suelo.
Y no digas que le enturbio
El agua por pleitear;
Que sólo tu loco hablar
Ha hecho el arroyo turbio.
Si retrata tu persona,
Yo espero verle tan fiero,

Que sea el primer cordero
Que haya parido leona.
Dar saltos no es con malicia,
Pues con él no la ha de haber,
Mas sólo darte á entender
Que vas contra mi justicia.
Es tanta, que no conoces
Que yo siempre la he tenido;
Que un niño que no ha nacido,
Sobre ella te da de coces.
Quédate con Dios, y piensa
Qué estado quieres tomar,
Porque yo te he de amparar
Y ser dese ángel defensa;
Que de lo que soy y he sido
Será claro testimonio.

ELVIRA.

Serás el primer demonio
Que haya un ángel defendido.
¡Ah, traidor, todas tus trazas
Son engaños aparentes;
Míos son estos parientes
Con que mi vida amenazas!
Yo me quejaré á Castilla,
Á Francia, á León.

SANCHO.

Dejalda.

Todos se van tras el Rey.

ELVIRA.

Bien haces; vuelve la espalda;
Que un traidor no es maravilla.
No me espanto yo de ti;
De don Martín sí, que fué
Hombre en cuyo pecho y fe
Poner mi amparo entendí.
¡Ah, traidores! ¿Desta suerte
Todos sin hablar os vais?
¿Así una mujer dejáis
En los brazos de la muerte?
Esforzarme mucho es fuerza,
No malogre mi esperanza;
La justicia, á la venganza
Con el tiempo el pecho esfuerza.
Señor, yo os la dejo á vos,
Que soy mujer sola y pobre;
Haced que este ángel la cobre
Porque vivamos los dos.
De mí no tuviera pena,
Dél la tengo con razón:
Extrañas desdichas son
Á las que amor me condena.
Temo que tantos enojos
Han de malograr el fruto,
Aunque le riega el conduto
De las aguas de mis ojos.
¡Ay, esperanzas! ¡Cuán leves
Fuisteis en tiempo tan poco!
¡Oh estados del mundo loco,
Mientras más grandes, más breves!

Una guarda del Rey.

GUARDA.

¡Huye, afligida señora,
Huye de cualquiera suerte;
Que están tratando tu muerte
Los nobles del reino agora!
¡Huye, que el loco interés
Desta Real ambición,
Ha puesto ya la razón
En las plantas de los pies!
¡Morirás, si te detienes,
Ó en la cárcel te pondrán!
¡Huye, Reina, pues que van
Contigo todos tus bienes!
¿Qué tienes tú que dejar,
Si llevas al Rey contigo?

ELVIRA.

¿Quieres tú venir conmigo?

GUARDA.

¿Cómo me puedo quitar
De la puerta un punto solo?

ELVIRA.

¿Eres portero?

GUARDA.

¿Ya olvidas
Á Enrique? Guarda esas vidas,
Guarda esa luna, ese Apolo;
Que en otro tiempo más bueno
Que el presente, querrá Dios
Que goce el mundo á los dos
Estando el cielo sereno.

ELVIRA.

Pues ¿dónde me podré ir
Tan preñada y desta suerte?

GUARDA.

Dicen que el miedo en la muerte
Da las alas para huir;
Vete por esos jardines
Á esos bosques, donde seas
Reina entre pobres aldeas
Destos navarros confines;
Que dando al tiempo lugar,
Cuando vemos que se enoja,
El Abril vuelve la hoja
Que Octubre pudo quitar.

ELVIRA.

Toma este anillo, y perdona.

GUARDA.

Antes tú aquesta cadena,
De mil eslabones llena
De lealtad de mi persona;
Yo te buscaré algún día.

ELVIRA.

Y yo te diré de mí.

GUARDA.

¡Dios te guíe!

ELVIRA.

Fío de ti
Que callarás.

GUARDA.

De mí fía;
Que bien te puedes fiar.

ELVIRA.

¿Eres hidalgo?

GUARDA.

Y honrado.

ELVIRA.

Hijo, no os hagáis pesado;
Que habemos de caminar.

Éntrense, y salgan Elisa y Danteo, villanos.

DANTEO.

Scene 2

Elisa, cuya dureza
Vence aquestas sierras canas,
Como á las demás serranas
En el donaire y belleza;
Á cuya imagen divina
Tal fiereza el cielo ha dado,
Que el tronco más arrugado
Rinde la robusta encina;
Donde ya por toda parte
Cualquiera de ti se arriedra;
Que por el alma de piedra
Piensan que eres Anaxarte:
Goces mil años, amén,
De tu nuevo desposado,
Por quien el pago me has dado,
Que él y sus cosas te den.
Y permita el cielo, Elisa,
Vean todas estas selvas
Que en tristes lágrimas vuelvas
Del desposorio la risa;
Que gozalle con enojos,
Dicen que es gran maldición;
Que ya de mi perdición
Tomo venganza en tus ojos.
Y supuesto que deseo
Que le aborrezcas, y goces
Con las ansias que conoces
De la envidia en que me veo,
Plega á Dios que salga tal,
Si agora no te fastidia,
Que á cuantos has dado envidia,
Des lástima de tu mal.
Siempre vivas con disgusto,
Con mala opinión y fama;
Ni en la mesa, ni en la cama,
Tengas un hora de gusto.
Todo se os pase en reñir;
No te dé jamás placer,
Ni regalos á comer,
Ni galas para vestir.
Deshónrese de su suegro
Y siempre tengan cuestiones;
Cubra vuestros corazones
Triste llanto y luto negro.
Los hijos de otra mujer
Traiga á su casa á criar,
Y te los haga limpiar,
Mecer, cantar y envolver.
Todas las tres Pascuas llores
Cuando otras cantando están,
Y los días de San Juan
Cojas lágrimas por flores;
Que yo, mudando cuidado,
Al monte me volveré,
Desde donde miraré,
Elisa, el mar que he pasado;
Donde, mirando mi daño,
Pondré con alma contenta
La tabla de la tormenta
Al templo del desengaño.
Y jurando de no hacer
Más memoria de tu nombre,
Sufriré, porque soy hombre,
Y veré que eres mujer.

ELISA.

Danteo, á no saber yo
Que lo eras, conociera
Tu nombre en tu lengua fiera,
Que al mayor áspid venció.
Y aquí debo conocer
La imperfección de tu nombre,
Como si no fuera el hombre
Hechura de la mujer.
¿Hay más infamias y nombres?
¡Desdichadas las mujeres,
Que, en faltando á sus placeres,
Somos infamia en los hombres!
Resuélvome, habiendo oído
Tu maldición á mis bodas,
En que las merezco todas
Sólo en haberte querido;
Que pues ninguno le iguala,
Es bien, por delito igual,
Que lo pague en tanto mal
Quien quiso cosa tan mala.
Mas llegando á disculparme,
No por ti, sino por mí,
Donde la ocasión no di,
¿De qué puedes infamarme?
¿Tengo yo padres, ó no?
¿Fué fuerza, ó fué voluntad?
¿Cúya fué mi libertad
Sino de quien me la dió?
En su porfía terrible
Y el casamiento forzado,
Sólo el cuerpo me han casado,
Que el alma fuera imposible.
Vuelve en ti, y la envidia suya
No te tenga tan quejoso;
Que si el cuerpo es de mi esposo,
El alma queda por tuya.

DANTEO.

¡Par Dios, Elisa, que tienes
Mil cosas de mujer boba!
Diste el cuerpo como loba,
Y á darme tu alma vienes.
Pero ya más justo es,
Si en eso el amor consiste,
Que á quien la carne le diste,
El espíritu le des.
Como siempre mi afición
Cual viento la tuya toma,

Dasme espíritus que coma:
¿Es mi amor camaleón?
Hay hombres que estando en calma
Del bien que gozar emprenden,
Dicen que sólo pretenden
Gozar de su dama el alma;
Y apenas ¡caso notable!
Les dan el alma que quieren,
Cuando por el cuerpo mueren
Como por cosa palpable.
Quiero que los ojos abras,
Y que esto mejor se entienda:
Por el cuerpo dan la hacienda,
Y por el alma palabras.

ELISA.

Oigan eso las mujeres,
Para que vean que amáis
Sólo su cuerpo, en que halláis
Vuestros comprados placeres.
¡Mirad de qué sirve amor
Para fiar una ausencia!

DANTEO.

Pues ¿tú piensas que hay paciencia
En el más firme amador?
Mira el deleite qué puede,
Que ausente no hay hombre amante
Que no busque el semejante
Para que contento quede;
Que de la mujer amada
Es retrato otra mujer;
Que amor no tiene poder
Sino en presencia gozada.
Pero yo, ¿por qué disputo
Contigo destas quimeras,
Cuando flores darme esperas
Y á tu nuevo esposo el fruto?
Quédate, Elisa, con Dios;
Que si tú hallaste marido,
Yo hallaré algún bien perdido
Que nos iguale á los dos.
Y cuando no, aquella sierra,
Que está cubierta de nieve,
Á helar mi fuego se atreve
Y ser la paz desta guerra.
No me verás en tu vida
En el baile ni en la fuente;
Yo volveré brevemente
Á los amores de Alcida.
Mis versos harán su nombre
Eterno; que sabe amar,
Sabe sufrir, sabe estar
Firme, aunque se rinde, un hombre.
Tú eres viento, eres mudanza,
Eres mujer sin amor.
Adiós.

ELISA.

¡Con tanto rigor!

DANTEO.

No hay amor sin esperanza.

ELISA.

Óyeme.

DANTEO.

Sordo he quedado.

ELISA.

¿De qué?

DANTEO.

De tus sinrazones.

ELISA.

Oye mi fe.

DANTEO.

Son traiciones.

ELISA.

¿Por qué?

DANTEO.

Porque te has casado.

ELISA.

Y si te quiero.

DANTEO.

¿Tú á mí?

ELISA.

Yo á ti.

DANTEO.

Pues ya, ¿para qué?

ELISA.

Para amarte.

DANTEO.

¿Amar sin fe?

ELISA.

Y ¿tiénesla tú?

DANTEO.

Yo sí.

ELISA.

Pues no te vayas.

DANTEO.

¿Qué harás?

ELISA.

Darte el alma.

DANTEO.

No la quiero.

ELISA.

¡Danteo!

DANTEO.

¿Qué?

ELISA.

¡Por ti muero!

DANTEO.

¡Vive leda si podrás!

ELISA.

¿Así me dejas muriendo?

DANTEO.

Antes, yo te soy piadoso:
Gózate en paz con tu esposo,
Y no penes atendiendo.

ELISA.

¿Cómo sin ti podré estar?

DANTEO.

De mí podrás aprender;
Demás que, siendo mujer,
Poco tendrás que olvidar,
Que de mí, puesto que ofendo
Los favores que me das,
No espero allá penar más,

Que según peno partiendo.

ELISA.

Luego ¿ya no me querrás?

DANTEO.

Memorias podré tener,
Pero volverte á querer,
Ya no esperes, que jamás.

ELISA.

Quédate sólo este día
En la aldea.

DANTEO.

No podré,
Por no ver el que ya fué
Dueño de la prenda mía.
Y así, por cierto tendrás,
Aunque allá morir me vea,
Que mientras él te posea,
Te veré ni me verás.

Váyase Danteo.

ELISA.

¡Rigurosa sentencia!
Es parte el jüez, y está ofendida;
Condéname á su ausencia,
Siendo lo mismo que perder la vida.
¿Qué haré? Seguirle quiero;
Mas ¿cómo puedo, si otro dueño espero?

Entra Fileno.

FILENO.

¡Elisa de mis ojos,
Elisa celestial, Elisa bella,
Que ya de los enojos
Deste mar de mi amor eres estrella!
Más que el lucero hermosa,
Elisa, para mí dulce y sabrosa;
Más que la llena mesa
Del espléndido príncipe admirable,
Y más que en la dehesa
Al ganado la hierba saludable,
Y á mí, que por ti peno,
Más que la fruta del cercado ajeno;
Más limpia que esta fuente
Nos muestra con su risa el cristal puro
De su clara corriente,
Á quien estas pizarras hacen muro;
Más roja que la rosa,
Más blanca que la leche, y más hermosa;
Más blanda que la pluma
Del más cándido cisne regalada,
Y, por decirlo en suma,
Más rica, más florida y esmaltada,
Desde el cabello al seno,
Que el prado por Abril de flores lleno:
Hoy cesan mis tormentos,
Hoy merezco tus manos y tus brazos,
Y mi fe en sus cimientos,
De tu yedra merece eternos lazos;
Hoy has de ser mi esposa
Si tú respondes pura y amorosa.
Y de tu amor lo fío,
Y de esos ojos con que amarte mueves,
Ó á lo menos del mío,
Que no ha tenido igual; que esto y más debes,
Si miras lo que peno,
Al verdadero amor de tu Fileno.
Pensábase aquel loco
De Danteo, mi Elisa, merecerte,
Amándote tan poco,
Y aun hoy pensaba en su cabaña verte:
Engañóse el grosero:
Á mi majada arribarás primero.
Ven, pues, Elisa mía,
Conoce este mi amor, no te acobardes;
Ven, que se pasa el día;
Ven, luz de aquestos ojos, y no aguardes,
Pues sabes que te espero,
Que el cielo nos demuestre su lucero.

ELISA.

Fileno, el padre mío
Me quiere hacer tu esposa; estoy sujeta,
Pero tengo albedrío;
Aunque él para ser tuya me prometa,
¿Con qué resistir puedo
La tiranía del rigor sin miedo?
Tus razones he oído,
Tus amores y gustos escuchado;
Lo que te han prometido,
Un grande inconveniente lo ha negado.
Quédate adiós.

FILENO.

Espera.

ELISA.

No puedo.

FILENO.

Seguiré tus pasos, fiera.
No hay fiero cocodrilo,
No hay sierpe ó basilisco, no hay saeta,
No hay animal del Nilo,
No hay por el aire fúlgida cometa
Que así mate y se huya:
Pues ¡no has de ser eternamente suya!

Váyase, y éntre la Reina en traje humilde.

REINA.

¡Compañera soledad
De la desdicha en que vivo,
Monte nevado y altivo,
Tened de mi mal piedad!
Árboles de varios nombres
Por donde mi mal me lleva,
Oidme para que os mueva
La que no mueve á los hombres:
Reina fuí de gran linaje;
Nací al mundo, en él viví
Con gran valor: veisme aquí
Que muero en humilde traje.
Huyendo la envidia vengo,
La soberbia y la ambición,

Porque sepáis cuáles son
Los enemigos que tengo.
¿Á cuál tan triste mujer
Perdida en tu despoblado
Una cueva se ha negado
Donde se pueda esconder?
¡Madre tierra, que en tus quiebras
De peñascos desiguales
Acoges mil animales,
Mil áspides y culebras!
¿Por qué me has negado á mí
Lo que á un animal le das?
Mas presto me acogerás,
Y seré resuelta en ti.
¡Válame Dios! ¡Qué dolores
Siento tan recios! ¿Qué es esto?
¡Triste de mí! ¡Si en tal puesto
Hubiese algunos pastores!
¡Virgen del Parto, mirad
Que la noche de Belén
No hallábades vos también
Casa, huésped ni piedad!
¡Señora, doleos de mí!

Danteo éntre.

DANTEO.
Allá quedarás, ingrata;
Que entre estas sierras de plata
Hallaré el bien que perdí.
Esta nieve ha de templar
Mi fuego, aunque en ti pudiera
Fuego dentro y nieve fuera,
Que puede helar y abrasar.
Pues si el temple del acero
Con fuego y agua se da,
¿Por qué lo mismo no hará
Contigo el mal de que muero?
¡Goza tu vil desposado,
Y yo en tus brazos le vea
Si más volviere á la aldea
Ni te buscare en el prado!
Ya te dejo, si me dejas,
Y aunque no has perdido mucho.....

ELVIRA.
¡Ay, Dios!

DANTEO.
¿Qué es esto? ¿Qué escucho?

ELVIRA.
¡Ay, muero!

DANTEO.
¡Qué tristes quejas!
De aquí dos piedras arranco.

ELVIRA.
¡Virgen, venidme á valer!

DANTEO.
Allí veo una mujer
Arrimada á un olmo blanco.
¿Si algún animal la mata?
No, ¡por Dios! que sola está;
Bien será acercarme allá.
¿Qué es esto? ¿Quién os maltrata?
¿Qué tenéis? ¿De qué os quejáis?

ELVIRA.
¡Es hombre!

DANTEO.
Hombre soy.

ELVIRA.
¡Hermano,
Dadme, por Dios, esa mano,
Que muero!

DANTEO.
¿Muriendo estáis?
¡Cómo! ¿Haos herido algún hombre
Que á este monte os ha traído?

ELVIRA.
No, amigo, que él fué el herido.

DANTEO.
¿Quién sois? ¿Cómo es vuestro nombre?

ELVIRA.
Un ladrón mató mi esposo;
Y yo, con el gran dolor,
Le tengo del parto.

DANTEO.
Amor
Me mandó no ser piadoso
Para ninguna mujer;
Pero no permita Dios
Que no lo sea con vos:
Decid, ¿podréisos tener?
Que aquí cerca está un aldea,
Y en ella una cortesana
Que os dará de buena gana
Cuanto necesario sea.

ELVIRA.
¿Quién es?

DANTEO.
Doña Blanca es:
La mujer de un don Martín,
Criado del Rey. En fin,
Os remediará, y después
Podréis ir vuestro camino.

ELVIRA.
Amigo, aprisa me lleva,
Porque dos vidas te deba
Después del cielo divino.

DANTEO.
Echa por aquesta fuente;
Que te juro que eres tal,
Que á no verte en tanto mal,
Te dijera un accidente.
Creo que has de ser remedio
De una tempestad de amor,
Si permite su rigor
Que tú te pongas en medio.
Ya mi atrevimiento riño;
Perdona.

ELVIRA.
¡Ay, Virgen piadosa!

DANTEO.
¡Qué parida tan hermosa!
¡Quién fuera padre del niño!

Daos prisa y dejad quejas.

ELVIRA.

¿Niño dices?

DANTEO.

No hay dudar.

ELVIRA.

¡Cómo!

DANTEO.

Porque en el andar
Lo conozco en las ovejas:
Y apostémoslo yo y vos.

ELVIRA.

No llegamos.

DANTEO.

Hay gran trecho.

ELVIRA.

Pues camino sin provecho.
¡Ay, Virgen!

DANTEO.

¡Válame Dios!
Sentaos, mi señora, allí.

ELVIRA.

No me dejes de tener.

DANTEO.

Partera me viene hacer.

ELVIRA.

¡Ay!

DANTEO.

¡Esforzaos!

ELVIRA.

¡Ay de mí!

Métanse entre los árboles, y salga D.ª Blanca y Briseno, alcalde villano: ésta es mujer del mayordomo del Rey.

BLANCA.

Esto os quería.

BRISENO.

Y bien puede estar cierta
Su Señoría que era gusto mío;
Mas la muchacha está rebelde y dura,
Como está á la segur la vieja encina.
Ni ruegos ni amenazas aprovechan:
Dígola que se case con Fileno,
Y dice que Danteo es ya su esposo;
Busco á Danteo, y dicen que á la sierra
Se fué, pensando que era ya casada.
Creed, señora mía, que estos mozos
Harán perder el seso á muchos viejos.

BLANCA.

Idla presto á llamar.

BRISENO.

Yo voy volando.

Éntrese Briseno y salga Fileno.

FILENO.

Déme Vuestra Señoría
Los pies, y reina la vean
Mis deseos, que desean
Más su vida que la mía;
Y crea que desde agora
Las almas ha de mandar.
No es señora del lugar,
Que es de las almas señora.
¿Qué dice el viejo?

BLANCA.

Ya fué
Por Elisa.

FILENO.

Guarde el cielo
Tu vida.

BLANCA.

Que hará, recelo,
Lo que yo le pediré.

FILENO.

Veas al gran don Martín
Rey de Navarra y Vizcaya,
Y desde el margen de Andaya
Hasta la orilla del Rhin.

BLANCA.

Desvíate, que ya vienen.

FILENO.

Es hermosa aquella ingrata;
Pero ¿qué mucho si mata?
Veneno sus ojos tienen.

Briseno y Elisa.

ELISA.

Crea Su Señoría que obedezco
Lo que me manda, y tengo á gran ventura
Que la pueda servir Elisa en algo;
Mas contra el gusto es fuerte atrevimiento,
Que el lazo del casar, que llaman yugo,
Cuando no sirve al gusto, sirve al cuello.

BLANCA.

Por vida mía, Elisa, que dejando
Esas fuerzas de amor, si no es que tienen
Otras obligaciones más precisas,
Los méritos miréis del buen Fileno,
Que está, como le veis, humilde.

FILENO.

Elisa,
No seas tan esquiva, pues lo manda
Quien es señora nuestra.

BRISENO.

Ea, Elisa,
Haz luego lo que manda mi señora.

ELISA.

Deme Vueseñoría algún espacio.

BLANCA.

De buena gana, como breve sea.

FILENO.

¿Qué plazo hay breve á quien el bien desea?

Danteo con un niño envuelto en su gabán.

DANTEO.

¡Generosa doña Blanca
Cruzate, señora nuestra,
Á quien Peñalén humilla

La nieve de su cabeza!
Oye la más nueva historia
Que por estas altas sierras
Ha sucedido á pastor
De cuantos viven por ellas:
Yo llevaba á un verde prado
Mis esparcidas ovejas,
Por donde corre un arroyo
Entre lentiscos y adelfas,
Cuando entre floridas murtas
Oigo lastimosas quejas,
De tal suerte, que me obligan
Á las armas de dos piedras.
Camino, el pelo erizado,
Y temblándome las piernas;
Llego á ver lo que sería,
Por donde el eco me lleva;
Veo, en fin, una mujer
Asida á un olmo, y tan bella,
Que lo quisiera ser yo
Porque ella fuera mi yedra.
«¿Quién es?», pregunto; y responde
Que es mujer; que todo era
Necesario para el miedo;
Que el miedo, si es grande, ciega.
Prosigue, y dice: «Hanme muerto
Mi esposo las manos fieras
De un ladrón, y del dolor,
Estoy de mi parto cerca.»
Díjele que se animase
Á llegar á nuestra aldea,
Contándole, gran señora,
Que estábades vos en ella.
Hízolo ansí, y caminando,
La hora del parto llega,
Y sentándose en el campo,
Que yo la tenga me ruega.
Téngola, suspira, gime
Más grave que descompuesta;
Que aunque viene en traje humilde,
No es posible que lo sea.
Trábame el cuello y las manos
Con una vergüenza honesta;
Mas fuertes necesidades
Atropellan la vergüenza.
¡Por Dios, que yo la tenía
De ver de sus manos bellas
Los cristales en mis hombros,
Y en mis mejillas sus perlas!
Que llorando yo también,
Algunas mezclé con ellas,
Aunque eran las suyas tales,
Que pudieran conocerlas.
Parió, en fin, aqueste niño,
¡Qué dolor! sobre las yerbas;
Envuélvole en mi gabán
Y dejéla, por ser fuerza.
Ella las cobró de suerte,
Que por la misma alameda
Me dijo que me seguía.

BLANCA.

¡Oh traidor! ¿Dónde la dejas?

DANTEO.

Ya viene cerca, señora.

BLANCA.

Muestra el niño.

ELISA.

¡Qué risueña,
Qué linda cara!

BLANCA.

¡Ay, si en mí
Sucediera lo que cuentas!
¡Briseno, Fileno, amigos,
Id todos juntos por ella!
Y tú, Elisa, el niño toma.

DANTEO.

Echad por aquesta senda.

FIN DEL PRIMER ACTO.

EL PRÍNCIPE DESPEÑADO

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

LOS QUE HABLAN EN EL SEGUNDO ACTO

Fileno.
Danteo.
Briseno.
Elisa.
Doña Blanca.
El Rey Don Sancho.
La Reina Doña Elvira.
Don Remón.
Don Martín.
Fernán Peralta.
Arista.
Fidenio.

Fileno, Danteo, Briseno.

DANTEO.
Ella, sin duda, perece.

FILENO.
Que ya lo está es cosa cierta,
Pues que ni viva ni muerta
En todo el monte parece.

BRISENO.
¿Cómo?

FILENO.
Que algún animal,
Muerta la halló y la comió.

BRISENO.
Si es que del parto murió,
No dudo suceso igual.

DANTEO.
Si murió, ¿cómo es posible,
Aunque animal la comiese,
Que alguna señal no hubiese?

FILENO.
¡Brava tragedia!

BRISENO.
¡Terrible!

DANTEO.
Cuando á tan tristes sucesos
Su parto y vida llegase,
¿Qué bestia hay que no dejase
Las reliquias de los huesos?

FILENO.
¿No suele un lobo esconder,
Después que la hambre aplaca,
Un becerro y una vaca,
Para volverla á comer?
Pues por dicha ha sucedido
Que el animal que la halló,
Después que parte comió,
El cuerpo tiene escondido.

DANTEO.
No me puedo persuadir
Sino que el triste marido,
Que quedó en el monte herido,
Por aquí pudo venir.
Y hallándola desta suerte,
Consigo se la llevó,
Si al mismo ladrón temió
Que los diese á entrambos muerte.

FILENO.
Pues ¿del niño no harían caso?

DANTEO.
¿Cómo, si yo le llevé,
Y apenas rastro dejé

De su vida y de mi paso?
  Cuanto más, que ella pensó
Que era muerto, y aun fué cierto,
Pues que es sin duda que muerto
Sobre esas yerbas le echó.

BRISENO.

  Si él fuera muerto, sin duda
No viviera y se criara.

DANTEO.

En que es milagro repara,
Y que le da el cielo ayuda.

BRISENO.

  Volvámonos al aldea,
Y á doña Blanca diremos
Cómo hallarla no podemos.

DANTEO.

Todo en mi daño se emplea:
  Pensé desapasionar
Mi pecho con la extranjera,
Que la amé la vez primera
Que la vi en este lugar,
  Y no quiere amor que se halle.

FILENO.

¿Era hermosa?

DANTEO.

Un serafín:
La Blanca de don Martín
No la igualaba en el talle.

FILENO.

  ¿No te dijo el nombre?

DANTEO.

Sí.

FILENO.

¿Cómo?

DANTEO.

Lucinda.

FILENO.

Buen nombre.

DANTEO.

No nació en el mundo un hombre
Más triste que yo nací.

FILENO.

  ¡Por Dios, que mueves á risa!

DANTEO.

¡Ay, Lucinda de mis ojos!

FILENO.

Gusto me dan tus enojos.

DANTEO.

Ya no me acuerdo de Elisa.

FILENO.

  Luego ¿ya no la querrás?

DANTEO.

Por sola Lucinda muero.

FILENO.

¡Dios te la depare!

DANTEO.

Espero
Que no la he de ver jamás.

Váyanse, y entren el rey D. Sancho, de caza, y Fernán Peralta y Arista.

SANCHO.

  ¿Nadie, en fin, ha faltado de la corte
Que se pueda creer que la llevase?

FERNÁN.

No ha faltado, señor, hombre que importe.

SANCHO.

  No dudo yo que don Remón entrase
En Funes, de secreto, con amigos,
Y que la Reina del jardín sacase.

ARISTA.

  De haber al Conde visto hay dos testigos,
Con hábito francés disimulado.

SANCHO.

Sospecho que tendremos enemigos;
  Á lo menos el Conde, declarado.
¿Quién duda que, si en Francia gente mueve,
Á la Reina querrá volver su Estado,
  Y que, cumplidos ya los meses nueve,
Que sea cierto el parto, ó que no sea,
Hacerle Rey de los navarros pruebe?

FERNÁN.

  Eso sin duda don Remón desea,
Pintándose leal, y que el Infante,
Del reino el cetro sin razón posea;
  Y querrá que Navarra se levante
Contra ti, cuyo pleito definido
Dió de tocarle información bastante.

ARISTA.

  ¡Qué diferente don Martín ha sido,
Por quien agora gozas la corona,
Con ser su hermano!

SANCHO.

En fin, ha merecido,
  Arista, don Martín, que su persona
Tenga en Navarra el puesto que la mía;
Que tanto la virtud se galardona.

FERNÁN.

  Deja de imaginar que el Conde había
De intentar una cosa tan extraña
Contra su nacimiento é hidalguía,
  Y que cuando le ayude toda España
Y toda Francia, Roncesvalles vea
Menor tragedia ni menor hazaña.
  Corre estos montes: el venablo emplea
En el oso peludo, el ciervo leve
Que agora en estas fuentes se recrea;
  Al jabalí cerdoso el paso mueve
Antes que Otoño fruta y hoja esparza,
Y esconda Peñalén la frente en nieve.
  Aquí podrás también volar la garza,
Ó levantar la banda de perdices,
Entre el pinillo y pálida gamarza,
  Y cuando sus alfombras y tapices
Escoja Abril, gozar entre estas fuentes
La variedad de flores y matices.
  Tú eres el Rey: vasallos y parientes
Te adoran y respetan. ¿En qué dudas?

SANCHO.

En ver estos hermanos diferentes.
  Pero ya mi tristeza en placer mudas,
Fernán Peralta, y descansar del peso

Que á los hombros del alma hicieron dudas.
Corramos juntos este monte espeso;
Que si es la caza imagen de la guerra,
También será victoria el buen suceso.
¿Cúya es aquesta aldea, monte y sierra?

ARISTA.

De don Martín, señor.

SANCHO.

Es agradable.

ARISTA.

Siempre ha vivido el Conde en esta tierra.

SANCHO.

¿Qué grita es ésta?

FERNÁN.

¡Escándalo notable!

Grandes voces de relinchos: todos los villanos que puedan, con el bautismo del niño, sus fuentes, aguamanil y rosca. El Alcalde por padrino, y D.ª Blanca, muy bizarra, de madrina.

SANCHO.

¡Qué notable regocijo!

FERNÁN.

Toda esta fiesta, señor,
Es que hoy algún labrador
Lleva á bautizar su hijo.

SANCHO.

Pues ¿cómo va la madrina
Tan bizarra y tan hermosa?

FERNÁN.

¡Por Dios, que es notable cosa!

SANCHO.

¡Gran belleza!

ARISTA.

¡Peregrina!

SANCHO.

No vi en mi vida mujer
Que más bien me pareciese.

ARISTA.

¿Quisiérasla?

SANCHO.

¿Si quisiese?

ARISTA.

Cierto.

SANCHO.

Sí.

ARISTA.

¿Quién puede ser?

FERNÁN.

Están tan embebecidos,
Que no reparan en ti.

SANCHO.

Menos los ha puesto en mí
Quien me robó los sentidos.

FERNÁN.

¿Tanto te agrada?

SANCHO.

No es cosa
Que la puedo encarecer.

FERNÁN.

Sin duda debe de ser
Alguna villana hermosa,
Que con vestidos prestados
Desa manera parece.

SANCHO.

Aquel sol que allí se ofrece
No tiene rayos hurtados,
Que si hurtados los tuviera,
No fuera su luz tan viva,
Que en un alma tan altiva
Tan vivo fuego pusiera.
Tu conjetura no ha sido,
Fernando, de buena ley,
Porque sol que quema un Rey,
No puede ser sol fingido.
Llega, Arista, á preguntar
Quién es aquella divina,
Iba á decir la madrina,
La lengua hizo el alma errar.
Aunque si ya sé quién es,
Y es divina, no dirás,
Arista, que digan más
Del nombre.

ARISTA.

Voy.

SANCHO.

Llega, pues,
Y pon la rodilla en tierra.

FERNÁN.

Perdido estás.

SANCHO.

Estoy loco.

BRISENO.

Gente hay; retiraos un poco.

DANTEO.

Es que bajan de la sierra
Hoy algunos cazadores.

ARISTA.

Dios guarde á la buena gente.

BRISENO.

Dios os prospere y aumente.

ARISTA.

¿Adónde bueno, señores?

BRISENO.

Á bautizar un muchacho,
Hijo de una labradora.

ARISTA.

Y ¿quién es esta señora?

DANTEO.

Vos tenéis gentil despacho:
Señora deste lugar
Y de nuestras voluntades,
Que merece en mil ciudades
Y en mil provincias reinar.
Es un solo sol, y, en fin,
Para que no lo dilate,
Doña Blanca de Cruzate,
Mujer del gran don Martín,
Que es mayordomo del Rey
Don Sancho.

ARISTA.

Señora mía,

Perdonad, no os conocía;
Merezco, por justa ley
De no haberos conocido,
Perdón; pues aunque reparo
En que sois sol, menos claro
Entre éstos habéis salido,
Cuya humildad me obligó
Á desconoceros; quiero
Decir quién sois.

BLANCA.

Caballero,
Disculpa mi talle os dió,
Que entre esta gente parece
Lo que ellos son.

ARISTA.

Esperad;
Hablaré á Su Majestad,
Que es el que veis que se ofrece.

BLANCA.

¿Quién?

ARISTA.

El Rey nuestro señor,
Que es de vuestro esposo dueño.

BLANCA.

¿El Rey?

BRISENO.

¡Es cosa de sueño!

DANTEO.

¡Á buen tiempo!

ELISA.

¡Gran favor!

ARISTA.

No te habías engañado:
La mujer de don Martín
Es la que miras.

SANCHO.

¡Oh fin
De mi amoroso cuidado!
Cayó mi esperanza en tierra
Con tu triste nueva, Arista:
Ya lo que entró por la vista
Para hacer al alma guerra,
Por los oídos salió.
Vámonos de aquí.

ARISTA.

No puedes
Dejar de hacerle mercedes.

SANCHO.

Qué, ¿nombrásteme?

ARISTA.

¡Pues no!

SANCHO.

Necio has andado.

ARISTA.

¿Por qué?

SANCHO.

Porque llegádola á hablar,
Mejor me podrá abrasar
La que de lejos miré.

ARISTA.

Antes, señor, podrá ser
Que te parezca más fea.

SANCHO.

¿Cómo es posible que sea
Menos que hermosa mujer?

ARISTA.

Lejos lo habrá parecido;
Que hay mil mujeres que son
Como oropel.

SANCHO.

¿La razón?

ARISTA.

Que es todo luz y rüido,
Y llegado á ver lo que es,
Es oro falso en efeto.

SANCHO.

Tú no has andado discreto,
Aunque más disculpa des.
Voyla hablar. Temblando voy.
¡Válame Dios! Pues ¿qué es esto?
¿Tanta flaqueza tan presto?
¿No soy el Rey? El Rey soy.
Pues ¿quién tiene sobre mí
Imperio para mandar?

DANTEO.

Llégale, señora, hablar;
Mira que te aguarda allí.

BLANCA.

La vergüenza me impedía.
Ya voy: déme Vuestra Alteza
Las manos.

SANCHO.

¡Oh gran belleza,
Causa de la muerte mía!
Alzaos, señora, del suelo;
Que aunque sois blanca, sois tal,
Que ha puesto en vos el caudal
De sus tesoros el cielo.
El no os haber conocido
Fué causa destos errores;
Que blanca entre labradores,
Tuvo su precio abatido;
Aunque ha sido disparate
No os conocer por la luz;
Que sois moneda de cruz,
Pues sois Blanca de Cruzate.
Pero yo os estimaré,
Aunque blanca, por tesoro,
Pues en las Indias no hay oro
Para que os trueque mi fe.
Creed, doña Blanca bella,
Aunque de mi error me espanto,
Que tengo esa blanca en tanto,
Que daré un reino por ella.
Poned en ella una palma,
Y della el sello se borre,
Pues es moneda que corre
Desde los ojos al alma.
Y esto para entre los dos,
Sin que esta gente lo entienda:
No quisiera más hacienda
Que una blanca, si sois vos.

BLANCA.
Señor, á un Rey, como el cielo
Os hizo á vos, la pobreza
De una blanca es gran bajeza
Que os ofrezca más que el celo;
Y pues de aquella mujer
Una blanca recibió,
La misma que tengo yo
Os puedo á vos ofrecer
En nombre de don Martín,
Que es tan pobre caballero,
Que sólo tiene en dinero (1)
Esta blanca, y blanca en fin.
Pero como á la moneda
Le da el Rey tanto valor
Con el sello del honor
Que impreso en su campo queda,
Así en esta humilde blanca
Quedará, como le veis,
El sello que hoy le ponéis
Con una mano tan franca.

SANCHO.
Ya de su valor no dudo;
Por eso á deciros vengo
Que, aunque á vos por blanca os tengo,
Tengo á Martín por escudo.
Vos sois, Blanca, blanco y mira
De su valor; y él, señora,
Escudo que tengo agora
Contra la envidia y la ira;
Escudo que me defiende
De su hermano, rebelado.

BLANCA.
¿Dónde, señor, ha quedado?

SANCHO.
Allá en el gobierno entiende:
Hele mandado, señora,
Que os lleve á la corte luego;
Si lo mandé, ya lo ruego.
¡Ay, cielo, el alma la adora!

BLANCA.
¿Es Vuestra Alteza servido
De entrar en mi humilde casa?

SANCHO.
Es tan humilde, que pasa
Al alma por el sentido,
Porque es la casa del sol.

BLANCA.
Venid, y esto dejaré.

SANCHO.
No, Blanca, no, ¡por mi fe!

BRISENO.
¡Bueno está el *re*, *mi*, *fa*, *sol!*
¡Ea, que el niño se enfría!

BLANCA.
Volvióle á casa.

ELISA.
¡Oh, qué bueno!
Está de mil males lleno,
Y morírsenos podría.
No permita, señor Rey,
Que el niño sin agua quede.

BLANCA.
Dársele allá en casa puede.

SANCHO.
No, Blanca, no es justa ley;
Antes, yo me determino,
Y es cosa de quien sois dina,
Que adonde vos sois madrina,
Un Rey venga á ser padrino.
¿Cúyo es el niño?

ELISA.
Es, señor,
De una pobre que murió
De parto.

SANCHO.
Daréle yo,
Pues puedo, nombre y valor.
¿Cómo nombrarle queréis?

ELISA.
Juan.

SANCHO.
No; Sancho le llamad,
Como á mí.

ELISA.
La majestad
Ha de heredar que tenéis.

FILENO.
¡Voto al soto, que ha de ser
Rey tan bueno como vos!

DANTEO.
¿Qué le has dicho?

SANCHO.
¡Plega á Dios,
Que más puede Dios hacer!

DANTEO.
Pues ¡alto: á la iglesia vamos!

ELISA.
Corre tú, y dile, Silván,
Que va al Rey, al sacristán;
Que derrame juncia y ramos.

FERNÁN.
Señor, ¿cómo vas ansí?

SANCHO.
¡Ay, Peralta! Voy perdido,
Porque doña Blanca ha sido
Suerte en blanco para mí.

Vanse.

La Reina, huyendo, y D. Remón tras ella, vestido de pieles.

Scene 3

REMÓN.
Repara dónde huyes, no soy fiera;
Hombre soy; ¿qué te espantas?

ELVIRA.
Ya reparo,

(1) Primero escribió Lope y tachó luego:

Que en materia de dinero,

Puesto que huir de tu furor quisiera:
¡Triste de mí, que aunque parí, no paro!

REMÓN.

¿Adónde vas, mujer, desa manera,
Y en pobre sol envuelves sol tan claro?

ELVIRA.

Voy á morir.

REMÓN.

¿De quién huyendo corres,
Que apenas de los hombres te socorres?

ELVIRA.

Huyo de mí, que soy desdichas toda.
¿Quién eres tú con traje tan grosero?

REMÓN.

Espera, y á mi amparo te acomoda,
Que soy, aunque salvaje, un caballero;
Soy buena sangre, soy reliquia goda.

ELVIRA.

Espera, miraré.

REMÓN.

Mira, ya espero.

ELVIRA.

¡Es don Remón!

REMÓN.

¡Jesús! ¿Qué miro agora?

ELVIRA.

¡La Reina soy!

REMÓN.

¡Ay, Reina, mi señora!
Déjame que llorando rompa é hienda
De Peñalén el áspera montaña;
Haré que el cielo mi dolor entienda,
Y cuanto el sol calienta y el mar baña;
Deja que suspirando el monte encienda,
Y en la maleza desta vil campaña
Me ayuden los más fieros animales
Con bramidos y quejas desiguales.
¿Qué es esto, gran señora de Navarra?
¿Cómo vas tan perdida? ¿De qué suerte,
Después que al olmo de su amada parra
Desenlazó con tal rigor la muerte,
Aquella gloria de tu honor bizarra
En traje tan humilde se convierte?
¿Qué nuevo ejemplo es este de fortuna,
Que no se ha visto igual en reina alguna?
¿Echáronte, por dicha, los traidores
De tu casa Real, ó te has huído?
¡Alza ese rostro hermoso! ¡Alza, no llores;
Que el cielo á tu remedio me ha traído!
Estas pieles compré de unos pastores,
Con ánimo de andar entretenido
En estos montes, mientras muda el cielo
El triste estado del navarro suelo.
Aquí saber las nuevas pretendía
De la corte del Rey, y juntar gente
Con que en tierra poner la tiranía
Dese que agora reina injustamente.
Hablarme puedes ya, señora mía,
Porque el remedio de tu vida intente:
Mira que soy de quien tu esposo muerto
Fió su alma, y que seré tu puerto.

ELVIRA.

¡Ay, Conde, en cuyos brazos descansaron
En este punto mis amargas penas!
Matarme los traidores intentaron,
Que pude huir de su cuchillo apenas!
En fin, aquestos montes me guardaron
Y estas campañas de malezas llenas,
Donde he parido en el rigor del cielo
El heredero del navarro suelo;
Pero como quedase desmayada,
Me le llevó un pastor á cierta aldea
Donde está doña Blanca aposentada,
Porque mi mal de más peligro sea.
Desperté del dolor, vime turbada:
¿Quién hay que mi valor entonces crea?
Metíme entre dos peñas, solas, frías,
Adonde estuve sin comer dos días.
Entró un oso feroz casi al tercero,
Y entre ellas derribando una colmena,
Codicioso volvió al lugar primero.
Rompíla, halléla de sustento llena;
Que las abejas, con susurro fiero,
Siguieron al ladrón, que la piel llena,
Se metió en una fuente, y este ha sido
Después, Conde, el sustento que he tenido.
No me atrevo á buscar el tierno infante,
Porque si soy de Blanca conocida,
Me han de matar, y al niño, en un instante,
Cortar el hilo de la tierna vida.
Paréceme que fué y es importante,
Engañando el furor del homicida,
Dejársele criar sin que él entienda (1)
Que tiene de su Rey la mejor prenda.
¿Qué te parece desto?

REMÓN.

Estoy turbado,
Señora: apenas sé qué te responda.
El cielo esos discursos ha guiado:
Y ¡que el mismo traidor el niño esconda!
Están las cosas en tan triste estado,
Que no hay hidalgo ya que corresponda
Á sus obligaciones ni á sus leyes:
¡Tanta codicia es ya tratar con reyes! (2)
Si quieres ir á Francia, irás segura
Debajo de mi amparo y con mi gente.
Que por San Juan de Luz no se aventura
Peligro, y es camino conveniente,
Por no saber lo que el leonés procura,
Ni lo que el castellano Rey intente.
No te aconsejo que á Castilla vamos,
Ni que á León: mejor en Francia estamos.

ELVIRA.

¿Cómo puedo apartarme, Conde amigo,
Del hijo que me cuesta dolor tanto?
Mejor será vivir aquí contigo,
Con mis quejas moviendo el cielo santo.

---

(1) Esta octava y la anterior están atajadas (quizá para la representación) en el manuscrito original.

(2) Al principio escribió Lope: *privar con reyes*.

Aquí sabré mejor de mi enemigo,
Y sus nuevas pondrán templanza al llanto;
Que algunos de sus mismos labradores
En el pie desta sierra son pastores.
No te parezca mucha la aspereza,
Conde, de aquesta vida desdichada,
Pues está tu lealtad y tu nobleza
Á tu Rey y al bien público obligada.

REMÓN.

Para que se conozca mi firmeza
Y quede para siempre eternizada,
Digo que en esta ni en ninguna parte
Podré dejar, señora, de ampararte.
Yo te haré una cabaña entre estas peñas,
Adornada de pieles, donde vivas;
Sustento dará al campo, y las aceñas
Aguas entre estos céspedes nativas.

ELVIRA.

Bien la nobleza de tu sangre enseñas.

REMÓN.

Si tú, señora, de tu bien te privas,
¿Qué mucho que yo pase el hielo frío?
Ven, y el cielo nos guíe (1).

ELVIRA.

¡Ay, hijo mío!

Váyanse, y éntre el rey D. Sancho y Fernán Peralta.

FERNÁN.

Scene 4

Deja, señor, la tristeza.

SANCHO.

Dejo el alma; no es posible.

FERNÁN.

¡Fuerte caso!

SANCHO.

¡Amor terrible!

FERNÁN.

¡Fiero mal!

SANCHO.

¡Dulce belleza!

FERNÁN.

Qué, ¿tanto te aprieta el alma?

SANCHO.

Tanto, Fernando, que estoy
Sin alma: el alma le doy,
Y quedo sin alma en calma.
No siento, no tengo ser,
No tengo vida, no espero
Remedio, por ver que muero,
De que me muero por ver.
Vi un ángel, la perfección
Más alta, el mayor decoro,
Y una blanca que no hay oro
Que iguale su posesión.
Tú verás, Fernán Peralta,
Muerto á tu Rey por sufrir.

FERNÁN.

Nunca de amor vi morir
Donde la esperanza falta.

SANCHO.

No la tengo de gozalla
Por ser de quien es mujer,
Pero puédola tener
De contemplalla y de hablalla;
Y aun no sé si te confiese
Más adentro mi pasión;
Que me dice el corazón
Que la goce aunque me pese.

FERNÁN.

¿Cómo te puede pesar
De lo que tomas placer?

SANCHO.

Es de don Martín mujer,
Á quien debo respetar.
Es don Martín de Guevara
Mi Mayordomo mayor,
Y hombre por cuyo valor
Navarra mi nombre ampara;
Y aunque gozase este bien,
Por fuerza me ha de pesar,
Si pudiese conquistar
De doña Blanca el desdén,
De quitar á un hombre el nombre,
Por quien soy hombre; que, en fin,
Es un hombre don Martín,
Por quien agora soy hombre.
Pero si tantos errores
Como Amor tiene en sus glorias,
Tantas tragedias é historias,
Perdona el ser por amores,
¿Qué dudo yo de gozar
Esta famosa mujer?
Si yo soy Rey sin poder,
¿De qué me sirve reinar?
Reinar es ser sobre todo,
Todo debe al Rey servir;
Excusar debe morir
El Rey de cualquiera modo.
Á don Martín me llamad.

FERNÁN.

Él viene ya á tu presencia.

Don Martín éntre.

MARTÍN.

Á pedir vengo licencia,
Señor, á Tu Majestad,
Para que, desocupado
De los negocios Reales,
Pues los tiene agora tales
La novedad del Estado,
Á doña Blanca la des,
Pues á los nobles se da,
Porque ya en la corte está,
Para que bese tus pies.

SANCHO.

Primo, agradecido estoy
Al honor que en todo tengo
Por vos.

(1) Al principio escribió: *guíenos.*

MARTÍN.

Á serviros vengo,
Señor: vuestra hechura soy.

SANCHO.

Las grandes ocupaciones
Que tengo, no dan lugar
Que la vaya á visitar
Por tantas obligaciones.
Perdonad; que me ha venido
Una nueva que me ha dado
Pena.

MARTÍN.

¿Cuándo te ha llegado,
Señor? ¿Qué te ha sucedido?

SANCHO.

Agora, en aqueste instante
Me dicen que vuestro hermano,
Viendo que el Rey castellano
Le mostró fiero el semblante,
Y lo mismo el Rey leonés,
Baja, aunque la ofensa es flaca,
Por las montañas de Jaca
Un ejército francés;
Hacedme, primo, placer
De resistir su osadía;
Que no faltará otro día
Para ver vuestra mujer.

MARTÍN.

Notable pena me ha dado
Que el Conde se haya atrevido.....
Agora veo que ha sido
Cierto lo que se ha dudado.
La Reina sin duda tiene,
Con que el ejército anima:
Sabe Dios que me lastima
El ver que contra ti viene
Hombre de mi sangre ansí;
Mas porque te satisfaga,
Sacaré con esta daga
La que de él viviere en mí;
Y rompiéndome las venas,
Verás con hazañas altas
Que están de su sangre faltas
Y de mis lealtades llenas.

SANCHO.

Vente, Guevara famoso,
Deja la daga: ¿qué haces?
¿Tú de ti me satisfaces?
Antes me dejas quejoso.
Una cosa tan mal hecha
Sólo sirviera de ver
Que el querer satisfacer
Era ponerme en sospecha.
Yo conozco tu lealtad:
Tu hermano intenta esta guerra,
Y por mi segura tierra
Entra con temeridad.
Pero mira cuán seguro,
Don Martín, estoy de ti,
Pues tu lealtad ofrecí
Para mi defensa y muro.
Bien verás que no sospecho
De tu lealtad cosa alguna,
Pues á su fuerza importuna (1)
Opongo sólo tu pecho.
Claro está que si dudara
De tu fe, que otro eligiera;
Lleva mi Real bandera,
¡Oh generoso Guevara!
Haz gente en Sangüesa luego:
Detén el paso á tu hermano.

Váyase el Rey.

MARTÍN.

Yo castigaré al tirano,
De ambición injusta ciego:
Presto verás, gran señor,
Con la gente de Sangüesa,
Rendida la lis francesa
Á los pies de tu valor,
Presto verás cómo vengo
Victorioso.

Entre D.ª Blanca y dos criados: Fidenio y un escudero viejo.

BLANCA.

Si es de mí,
Ya, mi bien, lo estáis aquí:
Por mi vencedor os tengo.
¿Qué es esto que prometéis?

MARTÍN.

Mi vida, no es contra vos:
Rendirme me manda Dios
Á lo que vos me mandéis.
No podéis al Rey hablar;
Á casa os podéis volver;
Que visitas de placer
Son necias cuando hay pesar.
Volveos, mis ojos, á casa,
Donde yo volver no puedo,
Que me voy y con vos quedo;
Que allá sabréis lo que pasa;
Y porque no vais en duda,
Sabed, mi bien, que mi hermano,
En el nombre de tirano
El noble Guevara muda;
Viene contra el Rey con gente,
Y el Rey, que de mí confía
Su honra, manda á la mía
Que su resistencia intente.
Voy á hacer gente á Sangüesa;
Abrazadme, y Dios os guarde.

BLANCA.

Ya, mi señor, es muy tarde,
Ya que es forzosa la empresa,
¿Para qué esta noche os vais?
Mañana os podéis partir,
Que quiero con vos sentir

(1) Atajada esta redondilla en el ms. original, y al margen *No*.

La pena en que me dejáis.
Esta noche habrá lugar
De que mis brazos os dé.

MARTÍN.

Mi señora, no podré.
La posta quiero tomar;
Porque en las más justas leyes
Del vasallo, amor avisa
Que se obedezcan aprisa
Los decretos de los reyes;
Y tanta mayor se debe
Siendo el contrario mi hermano;
No murmuren que la mano
Despacio la sàngre mueve.

BLANCA.

¿Volveréisme presto á ver?

MARTÍN.

Sí, porque es guerra en mi tierra,
Y estando cerca la guerra,
Podré venir y volver.

BLANCA.

Dios os defienda.

MARTÍN.

Él te guarde,
Mi Blanca, y todo mi bien;
Pero hasta la puerta ven,
Aunque me parece tarde.

Váyase D. Martín y éntre Arista.

ARISTA.

¡Ce, escudero!

FIDENIO.

¿Quién me llama? (1).

ARISTA.

Una palabra: esa dama,
¿No es doña Blanca?

FIDENIO.

Es mi ama;
Y el que su mano tomó,
Es don Martín de Guevara,
Su marido.

ARISTA.

Ya lo sé.

FIDENIO.

¿Queréis más?

ARISTA.

Yo os lo diré.

FIDENIO.

Voy tras ella.

ARISTA.

Espera, pára.

FIDENIO.

No me puedo detener.

ARISTA.

Mira que el Rey quiere hablarte.

FIDENIO.

¡El Rey! ¿Cómo, ó en qué parte,
Y qué me puede querer?

(1) Falta la rima. Tal vez quiso decir: *¿Quien llamó?*

ARISTA.

Ya sale; no te apasiones (1);
Que no es cosa de disgusto.

El Rey éntre.

SANCHO.

Hasme hecho, Arista, gran gusto.
Oye, hidalgo, dos razones.

FIDENIO.

¿Qué manda, señor, Tu Alteza?

SANCHO.

Alza, álzate del suelo.

FIDENIO.

¡Ay, triste! De mí recelo
Que hoy me cortan la cabeza.

SANCHO.

¿Eres tú de los criados
Que á doña Blanca servían
Cuando en el campo vivían?

FIDENIO.

De sus hidalgos honrados
Soy, señor, un escudero,
Que, para decir verdad,
Y de su Real Majestad
Con perdón, soy su portero.

SANCHO.

¡Su portero!

FIDENIO.

Sí, señor.

SANCHO.

Dame esos brazos.

FIDENIO.

¿Yo á ti?

SANCHO.

Tú á mí.

FIDENIO.

¿Yo á ti, señor?

SANCHO.

Sí.

FIDENIO.

Dame tus pies, que es mejor.

SANCHO.

¿Cómo te llamas?

FIDENIO.

Fidenio.

SANCHO.

¿De dónde eres?

FIDENIO.

Soy gascón.

SANCHO.

Para cualquiera invención
Pareces hombre de ingenio.
¿Tu señor parte á Sangüesa?

FIDENIO.

Así es verdad.

SANCHO.

Doña Blanca

(1) Desde este verso hasta el hemistiquio *su portero* está tachado en el manuscrito autógrafo.

Queda sola. Harásme franca
La puerta.

FIDENIO.

¡Notable empresa!
Mas ¿qué puedo responder
Á un Rey?

SANCHO.

¿Qué dices?

FIDENIO.

Que sí.

SANCHO.

Pide.

FIDENIO.

¿Yo, señor, á ti,
Que tienes tanto poder?

SANCHO.

Pues por eso.

FIDENIO.

Mejor es
Que tú me des.

SANCHO.

Pues confía
De aquesta palabra mía.

FIDENIO.

Beso mil veces tus pies.
¿Á qué hora quieres ir?

SANCHO.

Á las doce; y no le digas
Nada: mira que te obligas
Por lo menos á morir.

FIDENIO.

¡Jesús, señor! ¿Yo te había
De disgustar?

SANCHO.

Dale, Arista,
Esa cadena.

ARISTA.

Á la vista
Del pleito, amigo, confía
Que te valdrá una ciudad.

FIDENIO.

El cielo os guarde, señor.

SANCHO.

Mira la fuerza de amor
Contra la ley de amistad.
Vuelve á llamar aquel hombre.

ARISTA.

¡Hola!

FIDENIO.

¡Señor!

SANCHO.

Mira bien
Que me va mi honor también
En que no digas mi nombre.

FIDENIO.

No lo diré más que un muerto.

Váyase Fidenio.

SANCHO.

Esto queda bien ansí.
Gran ventura para mí,
Arista, ha sido el concierto.
¡Lo que ayuda la fortuna!
Todo le viene á buscar
Al dueño: hoy he de gozar
Esta casada importuna
Que te respondió tan fiera.

ARISTA.

Señor, es dama gallarda;
Algo que decirte aguarda,
Niega á persona tercera.
Corrióse de aquella suerte
Que si fuera en un villano.

SANCHO.

¡Ay, Arista, está en su mano
Pena y gloria, vida y muerte!

ARISTA.

Tú irás esta noche allá
Y sabrás mejor su intento.

SANCHO.

Con hermoso fingimiento,
Su esposo á la guerra va.
Díle á entender que su hermano
Armó contra mí franceses.

ARISTA.

¡Rara industria!

SANCHO.

Que hoy pusieses,
Amor, tu piadosa mano
En mis sucesos querría.

ARISTA.

Ya la noche se ha cerrado.
¿Cómo has de ir?

SANCHO.

Iré embozado
Á buscar el alma mía.

ARISTA.

Hoy alcanzan tus suspiros,
De amor por junto los bienes.

SANCHO.

¡Ay, Blanca, y qué negro tienes
Mi corazón, de tus tiros!

Váyanse.

Elisa y Danteo.

DANTEO.

Digo que no te quiero;
No te canses, Elisa, de rogarme.

ELISA.

¿No me amabas primero?

DANTEO.

Y di, ¿no puedo yo de amar cansarme?

ELISA.

No se cansa quien ama
Mientras que no hay agravios en su dama.

DANTEO.

Pues ¿qué mayor, Elisa,
Que haberse ya casado?

ELISA.

¿Yo, Danteo?

¡Si á toda aquella prisa
Que me daban Fileno y su deseo,
Les pedí más espacio
Que si fuera una dama de palacio!
Yo negué la obediencia
Á mi padre, por ti, y á doña Blanca
La justa reverencia
Y el interés, pues que con mano franca
Dote me prometía:
¡Mira si debe más la afición mía! (1).

DANTEO.

Dime, Elisa, ¿si acaso
Quisiese otra mujer, tú me querrías?

ELISA.

Apenas diera un paso
Para buscarte.

DANTEO.

Así, pues, ¿qué porfías?
Otra mujer adoro.

ELISA.

Pues dime eso, por Dios, tu amor ignoro;
Que si te hubiera dado
Más almas que estos robles tienen hojas,
En viéndose ocupado
En otras prendas, diera mis congojas
Al viento y al olvido,
La pasada afición y amor perdido.

DANTEO.

Pues sabe, amiga Elisa,
Que la madre del niño venturoso
Á quien con tanta prisa
Hago cuenta que hurté del pecho hermoso,
Desde entonces me ha muerto,
Aunque es un loco amor de premio incierto.
Traigo el alma ocupada
De aquella rara y celestial pintura,
Tanto, que no me agrada
No sólo tu donaire y hermosura,
Pero ninguna cosa
De cuantas mira el alma temerosa:
Ni el arroyuelo blando
Que corre por la yerba haciendo visos,
Donde se están mirando
Flores que son de su cristal narcisos,
Ni que en el verde esmalte
Del campo, el ave anide (2), el ciervo salte.
Todo me causa pena:
Aquí la busco, aquí la vida paso
Como está en la cadena
El cautivo que llora el triste caso
De aquel acerbo día
Que perdió libertad, cual yo la mía.

ELISA.

¡Oh, qué gracioso cuento
Amar aborrecida! Adiós, amigo,
Y busque su contento
Mientras que yo mis esperanzas sigo;
Que un casamiento puede
Mil cosas que el amor jamás concede.

Vase.

DANTEO.

¡Húyete de mis ojos,
Visión aborrecida, que más quiero,
Llorando mis enojos,
Buscar el alma en cuyos ojos muero;
Que todos tus regalos,
Amando buenos, y olvidando malos.
¿Adónde estás, Lucinda,
Fiera mujer, y más que avestruz, fiera,
Aunque tan bella y linda;
Pues si él sus huevos deja en la ribera,
Al fin vuelve á buscallos,
Y tú parece que huyes de mirallos.

Baje por el monte la Reina, cubierta de pieles.

Parece que desciende
Del monte un animal, y no es en vano;
La noche me defiende
No verle bien, porque con rostro humano
Parece que le veo.

ELVIRA.

¡Hola, pastor, pastor! ¿Eres Danteo?

DANTEO.

Danteo soy; ¿quién llama?

ELVIRA.

Lucinda.

DANTEO.

¡Ay, cielo! Subiré si esperas.

ELVIRA.

Tente, y desde esa rama
Responde á mis palabras.

DANTEO.

¿Qué quimeras
Son éstas, di, Lucinda?
¡Así el amor que me rindió, le rinda!
¿Eres alguna diosa
Desta montaña? aunque por ser cristiano
Parece extraña cosa;
Que puesto que soy rústico villano,
Sé que allá, antiguamente,
Les daba culto igual la gentil gente.
¿Viniste sólo acaso
Á que yo te ayudase al parto triste?
Porque con veloz paso
Luego al instante del lugar te huiste,
Adonde te he buscado
De flor á flor, contando monte y prado.

ELVIRA.

La misma soy que piensas,
Que ando por estos montes escondida.
Guarda que mis ofensas
El cielo vengador por mí te pida.
No me busques en vano;
Que no soy digna de tu pecho humano.
¿Qué has hecho de mi hijo?

---

(1) Tachada esta estrofa en el autógafo.
(2) Primero escribio Lope: *vuele*.

DANTEO.

Ninfa encantada, diosa, ó lo que fueres,
Con grande regocijo
Le crían en palacio las mujeres
De Blanca, la señora
Deste lugar, que en el muchacho adora·
Allá es ida á la corte.

ELVIRA.

Y ¿qué hace el Rey?

DANTEO.

Pues ¿cómo, siendo diosa,
No sabes lo que importe
Á tu sangre, á tu vida, ninfa hermosa?
Sin duda eres humana.
Allá quiero subir.

ELVIRA.

¡Soberbia vana!

Arriba sale D. Remón, de salvaje.

REMÓN.

¿Quién es el atrevido
Que se atreve á las diosas celestiales?

DANTEO.

¡Triste, que soy perdido!
Huiré por estos ásperos jarales.
¡Ayuda, cielo eterno;
Que ya se ha vuelto nuestro monte infierno!

Húyase.

REMÓN.

Huyendo va el villano.

ELVIRA.

De mi hijo he tenido una gran nueva;
Dame, Conde, la mano,
Y sabráslo despacio en nuestra cueva.

REMÓN.

¿El villano no miras?
Allá les va á contar dos mil mentiras.

Váyanse, y entren el Rey y el portero Fidenio.

FIDENIO.

Rato habrá que se acostó;
Entrad por aquesta sala.

SANCHO.

¿Qué bien al de amor se iguala
Si la esperanza gozó?

FIDENIO.

Esta antecámara es
Donde se suele tocar.
¡Quedo; no habéis de pisar
Tan recio!

SANCHO.

¡Oh, malditos pies!
Quíseme poner zapatos
De fieltro, y descuido fué.

FIDENIO.

Esa cuadra que se ve (1),

(1) Primero escribió Lope:

Aquí la cama se ve

Que cubre tela y retratos,
Merece tener la cama
De vuestro bien, gran señor.

SANCHO.

¡Lleno voy de gran temor!

FIDENIO.

No es mucho tema quien ama.

SANCHO.

¿Qué es aquélla?

FIDENIO.

Una esclavilla:
No tengáis pena, no es nada.
Y de que no esté acostada
Me ha causado maravilla;
Mas debióse de dormir
En alguna alfombra acaso,
Y despertó á vuestro paso.

SANCHO.

Por aquí querrá salir.

FIDENIO.

No querrá, porque allá dentro
Tiene la cama.

SANCHO.

¡Ay, amor,
Esfuerza aquí mi temor!

FIDENIO.

Entrad con ánimo.

SANCHO.

Entro.

FIDENIO.

¿De qué os turbáis? ¿No sois Rey?
No le pesará á mi ama
Que le calentéis la cama;
Que sois hombre á toda ley (1).

SANCHO.

El Conde no volverá.

FIDENIO.

¿Del Conde tenéis temor?

SANCHO.

¿Qué regateas, amor,
Cuando el bien presente está?
Rüido he sentido.

FIDENIO.

¡Cómo!

SANCHO.

No sé quién se ha levantado.

FIDENIO.

Mas que la habéis despertado;
Que pisáis con pies de plomo.

Doña Blanca en manteo, destocada, con una ropa de levantar.

BLANCA.

¿Qué es esto?

FIDENIO.

¡Ay, Dios: mi señora!
¡Yo huyo!

(1) Tachada esta redondilla en el autógrafo.

SANCHO.
¿Qué puede ser?
BLANCA.
¡Ladrones!
SANCHO.
No es menester
Dar esas voces agora;
Que el que está aquí no es ladrón.
BLANCA.
¡Ladrones!
SANCHO.
Calla la boca,
Y mira que á tu honor toca
Y al del Conde, y que es razón
Que consideres también
Que soy el Rey.
BLANCA.
¡El Rey!
SANCHO.
Sí.
BLANCA.
Pues ¿á qué has entrado aquí?
SANCHO.
Á gozar una mujer (1).
BLANCA.
¿De mi casa?
SANCHO.
Pues ¿de dónde?
BLANCA.
Y ¿quién es?
SANCHO.
Tú.
BLANCA.
¿Yo, señor?
¿Así miráis el honor
De vuestro criado el Conde?
¿Es esto haberos servido
Y puesto en este lugar?
¿Así suele el Rey pagar
El servicio recibido?
¿Es esto el ir á hacer guerra
Á su sangre, y á verter
La suya?

(1) Falta el consonante.

SANCHO.
Si una mujer
Sembró esta guerra en la tierra;
Si los sabios, si los santos
Hicieron yerros por ellas,
¿Tú, más bella entre las bellas,
Te espantas de yerros tantos?
Mira, y no te cause enfado
Mi pensamiento amoroso,
Que soy un Rey poderoso
Y un hombre determinado.
Calla, y no des á entender
Tu deshonra ni mi furia;
Que la injuria no es injuria
Mientras calla la mujer.
La honra del Conde está
En tu lengua: esto es sin duda.
BLANCA.
¡Cielos, dadme vuestra ayuda!
SANCHO.
Determinado estoy ya:
Morirás, ¡viven los cielos!
Ó harás mi gusto.
BLANCA.
¡Señor,
Matadme!

Huya D.ª Blanca.

SANCHO.
¡Oh rigor!
BLANCA.
¡Traidor!
¿Estos eran los desvelos
Del Conde para servirte,
Negando á su sangre?
SANCHO.
¡Oh fiera!
Qué, ¿piensas de esa manera
De mi poder eximirte?
¡Vive Dios! ¡Si me desprecia
Tu amor, que haga un desatino!
¡Déjame aquí ser Tarquino,
Y serás después Lucrecia!

FIN DEL SEGUNDO ACTO.

EL PRÍNCIPE DESPEÑADO

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

LOS QUE HABLAN EN EL TERCER ACTO

DANTEO.	FABIO.	EL REY DON SANCHO.	ARISTA.
ELISA.	CELIO.	MENDO.	FERNÁN PERALTA.
FILENO.	D.ª BLANCA.	LAYN.	DON REMÓN.
BRISENO.	LA REINA.	FORTUNIO.	DON MARTÍN.

Don Martín y dos criados.

MARTÍN.

¡Oh notable confusión!
¡Oh portento desdichado!
¡Oh trágica narración!
¡Oh agüero triste, formado
De tan sangrienta visión!
Parece, y no me engañé,
Que en poniendo, Celio, el pie
De mi casa en los umbrales,
Me mostró el alma los males
Presentes que dentro hallé.
¿Qué es esto? ¿Quién se me ha muerto?
Pues ¿cómo el mismo portal
Está de luto cubierto?
Cubierto de luto igual,
Grande mal tiene encubierto.
Las escaleras también,
Hasta las mismas barandas.
¡Oh, Celio, el paso detén;
Que pienso que en negras andas
Tengo de topar mi bien!
Cuando á recibirme, franca,
De ver mi puerta me alegro,
Luego el alma se me arranca.
¿Cómo hay tanto luto negro
Si no es muerta doña Blanca?

CELIO.

Admirado estoy, señor,
De ver en todas las salas
Tantos paños de dolor.

MARTÍN.

Celio, señales tan malas
No tendrán el fin mejor.
¡Válame Dios! ¿No es aquélla
Mendocica? ¿Cómo arrastra
Tanto luto? Ó si no es ella,
¿Si se ha muerto la madrastra
De mi doña Blanca bella?

FABIO.

Una dueña pasó allí
También cubierta de luto.

MARTÍN.

¿Por madrastra luto así?
¡No es posible! Porcia á Bruto
Amó tanto, y Blanca á mí;
¿Si acaso por mí le ha puesto,
Por alguna falsa nueva?

CELIO.

Entra é infórmate presto.

MARTÍN.

¿Cómo quieres que me atreva?
¡Válgame el cielo! ¿Qué es esto?

No veo una pared blanca,
Ni en cosa verde me alegro.

CELIO.

¡Hasta las yerbas arranca!

MARTÍN.

¿Cómo tanto luto negro
Si no es muerta doña Blanca?

FABIO.

Mira, señor, el jardín,
Todo arrancado y deshecho.

MARTÍN.

Pues el jardín, ¿á qué fin?
Mas si por mi fin lo has hecho,
Pon á tus tristezas fin.
¡Vivo es don Martín, mi bien!

CELIO.

Allí va la camarera
Llena de luto también.
¿Quieres que la llame?

MARTÍN.

Espera:
La voz y el paso detén.

CELIO.

Pues ¿por qué quieres que calle
La causa estando tan cerca?

MARTÍN.

Porque cuando el mal se acerca,
Él llegará sin llamalle.
Temblando estoy, y no puedo
Llegar á saber lo que es;
Tan helado, Celio, quedo,
Que parece que los pies
Me tiene asidos el miedo.
¿Luto tiende y yerba arranca?
¿Si murió en Francia mi suegro?
Mas no hay armas ni lis franca.
¿Cómo tanto luto negro
Si no es muerta doña Blanca?

Doña Blanca de luto; cubierto un manto.

FABIO.

Una dueña sale á verte;
Ya no excusas de saber
Tu buena ó tu mala suerte.

MARTÍN.

La dueña debe de ser
Del estrado de la muerte.

BLANCA.

Déjame echar á tus pies.

MARTÍN.

La voz de mi Blanca es,
Y el luto y la compostura
Es de mi negra ventura
Desde el cabello á los pies.
¿Quién eres?

BLANCA.

Una mujer.

MARTÍN.

¿Cúya?

BLANCA.

Tuya solía ser.

MARTÍN.

¡Blanca mía!

BLANCA.

¡Menos valgo!

MARTÍN.

¿Así sales?

BLANCA.

Así salgo.

MARTÍN.

¿Así me vienes á ver?
¿Quién se ha muerto?

BLANCA.

¡Ay, mi señor!

MARTÍN.

Salíos todos allá.
¡Tantos paños de dolor
Cuando tu bien vivo está!
¿Quién es el muerto?

BLANCA.

Es tu honor.

MARTÍN.

¡Mi honor! ¿Cómo puede ser?
¿Hate dicho algún infame
Que yo le puedo perder?
Si no es que el honor se llame
De parte de la mujer.
Mas pues éste está seguro,
Siendo desa tierra el muro
Tu castidad, di, mis ojos,
¿Quién, para causarte enojos,
Fué contra mi honor perjuro?
¿Hante dicho que he salido
Huyendo de la batalla?
Porque tal la guerra ha sido,
Que ni enemigo se halla,
Ni hay fama de que ha salido:
Habla, y no enmudezcas tanto.

BLANCA.

Deja hablar á mis enojos,
Pues que quiere el cielo santo
Que hablen primero mis ojos
Con las lenguas de su llanto.
¡Tu honor es muerto!

MARTÍN.

¡Mi honor!
¿Otra vez me lo repite,
Blanca, tu negro dolor?
¿Quién hay que el honor me quite
Que nació con mi valor?
Si por tu parte no ha sido,
Por mí jamás le he perdido.

BLANCA.

¿Tal hombre pudo perder
Honor, sino es por mujer?
Escucha.

MARTÍN.

¡Estoy sin sentido!

BLANCA.

¡Oh, invencible don Martín,
Que de aquella sangre hidalga
Naciste al mundo famoso

De don Ladrón de Guevara!
Aquel Ladrón que á los tiempos
Hurtó la más alta fama,
Para quedarse con ella
Por siglos y edades tantas;
Para que, como él sacó
Por la morisca lanzada
Aquel venturoso niño
Que fué después rey Abarca,
Saques deste infame pecho
El corazón con la daga:
Oye estas tristes razones,
Oye estas tristes palabras:
El rey don Sancho, aquel Rey
Que has hecho Rey por tu espada,
Contra el voto de tu hermano,
Que no le engañaba el alma,
La noche que te envió
Á Sangüesa á tomar armas
Contra don Remón, tu hermano,
Que fingió venir por Francia
Por hacerte divertir
En las montañas de Jaca,
Vino á tu casa, señor.

MARTÍN.

¡Cómo!

BLANCA.

El Rey vino á tu casa.

MARTÍN.

Mira, Blanca, lo que dices;
Mira lo que dices, Blanca;
Mira que el Rey no sería;
Mira....., mira que te engañas.

BLANCA.

El Rey fué; don Sancho fué;
Que no fué la infame hazaña
Tan ligera, que no pude
Oir su voz, ver su cara.
Ya sabes que fué padrino
Del niño que, por desgracia,
Trujo á tu casa un pastor
Para tantos males causa;
Porque desde el mismo día
Que sobre la pila santa
Le tuvo el Rey, y le dieron
La santa crisma y el agua,
Puso los ojos en mí;
Mas perdiendo la esperanza
De vencer mi honesto pecho,
Noble sangre, intención casta,
Viéndote ausente, señor,
Con llaves propias ó falsas,
Entró, soberbio, una noche
Hasta el umbral de tu cama.
Yo, como estaba sin ti,
De imaginaciones varias
Rendida, me había dormido
Bañada en (1) lágrimas y ansias;
Soñaba terribles sueños,
Que, aunque éstos no importan nada,
Según nos manda creer
Nuestra religión cristiana,
Me daban notable pena;
Porque soñé que bajaba
Un león de Peñalén,
Y que al pie de la montaña
Me hallaba junto á una fuente
Con un retrato ó estampa
En las manos, que había hecho
Yo misma de cera blanca;
Y que yo por huir dél,
Le dejé, y él, como estaba
Furioso, le deshacía,
Lleno de cólera y rabia.
Todo aquel día, Martín
De mis ojos y mi alma,
Tuve espantosos agüeros,
Topé con mil sombras vanas:
Pálidos mostraba el sol
Los rayos por la mañana;
Quebráronseme diez vidrios,
Sin llegar mano á sus cajas;
Perdióse mi gargantilla,
Y todo el día ladraba
Una perrilla, buscando
Los rincones de la casa.
Iba á rezar, no podía.....

MARTÍN.

Deja esas cosas, acaba;
Basta, que por sueños locos
Encubres verdades claras.
Soñaste cosas de pena,
Porque con la pena estabas
De mi ausencia; que ese sueño
La sangre adusta le causa.
Si salió pálido el sol,
Es cosa muy ordinaria,
Cubriéndole alguna nube
Y haciendo el tiempo mudanza.
Quebrarse vidrios, no es cosa
Que debes exageralla;
Antes fuera maravilla
Que un diamante se quebrara.
Que la gargantilla pierdas,
¿Qué mucho, si la lazada
Del listón se desató,
Que es seda, y al fin se gasta?
Pues que ladrase una perra
No es cosa no acostumbrada;
Que ellas tienen el ladrar
Como nosotros el habla.
Acaba ya, Blanca mía;
Dime todo lo que pasa.

BLANCA.

No te cuento aquestas cosas
Porque las creas, ni hagas
Conjetura en tus desdichas,
Mas sólo por dilatallas,
Que, tardándose las nuevas,

(1) Primero había escrito Lope: *en llanto.*

Parece que el mal se tarda.
En fin, desperté al rüido
De las atrevidas plantas,
Que cuando pisan la honra
Suenan tanto como dañan.
Tomé, señor, un manteo
Sobre la camisa, blanca
Hasta entonces como el nombre,
Y después como la infamia.
Salgo, los cabellos sueltos,
Y apenas llego á la sala,
Cuando encuentro al fiero Rey
Toda la color mudada.
Doy voces que son ladrones;
No me engañé, pues hurtaban
Al mayor ladrón la honra
Del solar de los Guevaras.
«¡Paso, responde, que soy
El Rey!» Yo, toda turbada,
De sus brazos me resisto
Y el temor pierdo á su daga,
Que con su fuerza y fineza,
Cayéndosele en la cama,
Mal cumplido, al fin cumplió
Su deseo.

MARTÍN.

¡Oh infame! ¡Calla!

BLANCA.

No quiero callar, esposo;
Que yo sé bien que las manchas
Que hace la infamia en la honra,
Sólo con sangre se sacan.
Ésta yo la sacaré
Con aquellas mismas armas.
¡Dios vaya conmigo!

Saque la daga y váyase á dar.

MARTÍN.

¡Tente!
Cayó en tierra desmayada,
Pero el golpe no llegó.
¡Oh mujer casta y honrada
Sobre cuantas han nacido,
Esto por disculpa basta!
No quiera el cielo que seas
Nueva Lucrecia de España;
Que yo tengo honra que puede
Tomar más justa venganza.
¡Celio! ¡Fabio! ¿No me oís?

Los criados.

FABIO.

¡Señor!

CELIO.

¡Señor!

MARTÍN.

Doña Blanca
Se ha desmayado de pena
De ver que á la guerra vaya:
Metelda adentro á mi bien.
¡Por la cruz de aquesta espada,
De no volver á la guerra,
Ni á Sangüesa, ni á Vizcaya,
Hasta que cobre mi honra
Y vos cobréis vuestra fama!

CELIO.

Entra á consolarla luego.

MARTÍN.

Ya voy, que hasta las entrañas
Me pasa el dolor de verla.
¡Ah, fiero don Sancho! ¡Aguarda,
Aguarda, tirano fiero!
¡Mal haya el día, mal haya
El punto en que por su Rey
Hice jurarte á Navarra!
¡Quebráraseme la boca
Cuando el día de Santa Ana
Besé tu mano en Tudela
Y te dí el cetro en Tafalla!
¡Qué bien me has pagado, Rey,
Que á pesar de envidia tanta,
Lo fueses contra razón!
Maldad, con maldad se paga.
Negué á mi hermano la sangre,
Mas bien me sale á la cara,
Que no digo á la cabeza,
Por no confesar mi infamia.
¡Cuán verdadera ha salido
Su profecía! ¡Así pára
Quien anda mal! ¡Yo soy muerto!
¡Qué mal fundé mi esperanza!
Perdóname, doña Elvira,
Perdóname, Reina santa;
Que ya sé que Dios castiga
En mi honra tus desgracias.
¡Perdóname, santo Abel,
Inocente de mi alma;
Que si eres vivo, yo juro
Al cielo, á sus luces altas,
Al mar, á la tierra, al fuego,
Hombres, yerbas, aves, plantas,
De hacerte jurar por Rey
Luego que tome venganza
Del traidor lobo cruel
Que de mi cordera blanca
Manchó la piel más que nieve.
¡Aguarda, don Sancho, aguarda!

El Rey y Arista.

SANCHO.

¿Que el Conde, Arista, es venido?

ARISTA.

Sí, señor; dejó la guerra
Porque fué todo fingido,
Aunque aseguró la tierra
Del rebelión prevenido.
No fué de poca importancia
Que, llegando hasta su orilla,
Sosegase la arrogancia

De la alterada Castilla
Y mal informada Francia (1)
Todo queda en paz, en fin.

SANCHO.

Es muy cuerdo don Martín;
Temblóle la gente franca.

ARISTA.

¿Cómo fué con la flor blanca
De aquel su hermoso jardín?

SANCHO.

¡Oh Arista, cómo parece
Que es el apetito loco!
Aquello por quien padece,
Gozado, lo tiene en poco,
Y adquirido, lo aborrece.
No sé qué pueda decirte,
No sé cómo persuadirte
Al enfado que me ha dado.

ARISTA.

¿Cómo, señor, dado enfado?
¡Admirado estoy de oirte!

SANCHO.

Si inconstante te parezco,
No te cause, Arista, espanto:
Yo tengo lo que merezco.
No sé si la quise tanto
Como agora la aborrezco.
Luego que alcancé mi gusto
Entré en consideración
De que fué el deleite injusto;
Vi la cara á la traición
Y dióme extraño disgusto.
Vi un grande amigo perdido (2),
Vi un Rey desagradecido,
Vi una mujer descontenta,
Vi del deleite la afrenta
Y todo el cielo ofendido.
Con esto, ya presidía
En su estrado la razón;
Ninguno me defendía;
Que sola la confusión
Estaba de parte mía.
Y como del vil intento
No me pude disculpar
Á que me diese tormento,
Me mandaron entregar
Al mismo arrepentimiento.
Éste agora, en mi tristeza,
Me pone aquel fiero yugo
De mi conciencia aspereza,
Mientras que viene el verdugo,
Á derribar mi cabeza.

ARISTA.

Deja esas melancolías;
Que como te prometías
Tanto gusto en aquel bien,
Y ella te mostró desdén
Donde no le merecías,
Estás con ese disgusto.
Siempre mujeres forzadas
Enfadaron luego el gusto.
Si otra vez della te agradas,
Te vendrá su gusto al justo.
Y no la dejes de ver;
Que más siente una mujer
El desprecio que el honor.

SANCHO.

Ya que fuí una vez traidor,
Dos no lo tengo de ser.
Cuando amor mi pecho ardía,
Fué mi traición disculpable;
Pero ¿no ves que sería,
Arista, maldad notable
Deshonrarle á sangre fría?
Agora que no hay amor,
¿Qué disculpa dará un Rey
Que fué á un vasallo traidor?

ARISTA.

No tienen los reyes ley,
Ni pueden quitar honor.

SANCHO.

No me aconsejes ansí;
Que si cuando estuve loco
Tu consejo agradecí,
Agora le tendré en poco,
Arista, que estoy en mí.
Andas á sólo agradarme:
Tú no miras mi provecho;
Pues ya es tiempo de pesarme,
Que mil libras de despecho
Pesen de gusto un adarme:
¡Oh, nunca yo á Blanca viera!

ARISTA.

Quedo, señor; que allá fuera
Siento que el Conde ha venido.

SANCHO.

Pondréme descolorido,
Como el que enemigo espera.

Don Martín.

MARTÍN.

Dadme, señor, vuestros pies.

SANCHO.

Alzaos, Condestable, luego.

MARTÍN.

Señor, grande merced es:
Sin duda piensas que llego
Victorioso del Francés.
Mira que no hay enemigo
En una y en otra raya:
Que nos llaman soy testigo,
Roncesvalles y Vizcaya
Á ti Rey, y á mí su amigo.
En vano alcé tu bandera,
En vano salí de aquí;
Mejor fuera que no fuera;

(1) Esta estrofa aparece atajada en el manuscrito original con un *no* al margen.
(2) Antes escribió Lope: *ofendido*.

Que al fin ocasión te dí
Para hablar desa manera.
Y no te lo he merecido;
Que puesto que te he servido
Como tú conocer puedes,
No te debo las mercedes
Con que me has engrandecido.
Más traigo desta jornada
Infamia, señor, que honra,
Pues llevé blanca la espada,
Y de mi propia deshonra
La vuelvo á envainar manchada.
No sé qué guerra fué aquésta;
Ni para ti fué de honor,
Ni para mí ha sido honesta.
¡Bien sabe el cielo, señor,
Lo que de pena me cuesta!
Salgo al ejército franco,
Tú me ensalzas, yo me alegro,
Y erramos los dos el blanco,
Pues doy en tu luto negro
Y tú aciertas en mi blanco;
Que acertando á darme honor,
Yerro yo en no te traer
Preso á mi hermano traidor,
Porque yo debo poner
Negro luto á mi valor.
No te digo mi suceso
Porque ya le habrás sabido.

SANCHO.

¡Dejaos, Condestable, deso!
Yo sé que me habéis servido,
La obligación os confieso.
¡Mejor es que vuestro hermano
No haya alzado contra mí
Bandera ni espada en mano!
Creedme, que os recibí
Más que Roma al Africano;
Que si vos no habéis vencido,
Es que enemigo faltó.

MARTÍN.

Yo os quisiera haber servido.

SANCHO.

¡Mejor, Arista, me habló
Que si lo hubiera sabido! (1).

ARISTA.

Como allá en tu pensamiento
Tantas quimeras se entablan
De aquel tu arrepentimiento,
Piensas que cuando te hablan
Es conociendo tu intento.
No cae más don Martín
En tu intente, ni á tal fin
Te ha dicho lo que has oído,
Que yo, si hubiera creído
Que iba volando un delfín.

SANCHO.

¿Parécete que es disfraz
Preguntar por su mujer?

ARISTA.

Sí; que es el primer solaz
Del que es buen casado, el ver
Su casa y familia en paz.

SANCHO.

¿Habéis visto, Condestable,
Vuestra esposa?

MARTÍN.

Sí, señor;
Que aunque era más razonable
Veniros á ver, amor
Me puso fuerza notable.
Halléla que se partía
Al aldea.

SANCHO.

Pues ¿por qué?

MARTÍN.

Por mi ausencia, me decía.

SANCHO.

Y ¿fuése en fin?

MARTÍN.

Ya se fué,
Triste por la ausencia mía;
Pero con vuestra licencia,
Allá pienso estar un mes.

SANCHO.

Y es poco a..... tanta paciencia.

MARTÍN.

Poco por su ausencia es,
Y mucho por vuestra ausencia.

SANCHO.

Llevaréisle, Condestable,
Este nombre y cuatro villas
Que os señalaré.

MARTÍN.

No hable
Mi lengua en tus maravillas
Antes de un hecho notable.
Tú verás cómo he cumplido
Con lo mucho que te debo,
Cuando te muestre que he sido
Un Guevara, un ladrón nuevo
De todo mi honor perdido.

SANCHO.

No habéis vos perdido honor;
Creed que os he recibido
Con triunfo de vencedor.

MARTÍN.

Ya sé yo, señor, que ha sido
Deshonra de mi valor

Fernán Peralta y Fortunio.

FERNÁN.

Si quieres poner freno á la tristeza
¡Oh Rey! (1) que te molesta aquestos días,
Parte al campo, señor, sube la sierra

(1) De otra mano.

(1) Primero escribió Lope: *Señor*.

De Peñalén, que por sus cumbres ásperas
Hay una nueva caza nunca vista,
Que por toda Navarra causa escándalo.

SANCHO.

¿Caza nueva, Peralta?

FERNÁN.

Lo que digo
Sabe mejor Fortunio.

FORTUNIO.

Yo creyera,
Gran señor de Navarra, que era fábula,
Si no lo hubieran visto mil pastores
Que afirman ser sin duda.

SANCHO.

¡Estoy confuso!

FORTUNIO.

Pues ten por cierto que en su gran montaña
Se han descubierto, habrá muy pocos días,
Ciertos nuevos extraños animales.

SANCHO.

¿De qué manera?

FORTUNIO.

Son de forma de hombres,
Vestidos como rústicos salvajes,
De blancas pieles y de verdes hojas,
Coronadas de flores las cabezas,
Y con nudosas mazas en las manos (1);
Hablan como nosotros, aunque poco,
Huyen cualquier persona, y dicen muchos
Que habitan en las quiebras de los riscos.

SANCHO.

¡Prodigioso suceso, extraño caso!
Haced que se aperciban mis monteros;
Que á Peñalén quiero partirme al punto.

MARTÍN.

Todos, señor, iremos á servirte,
Y á ver tan nueva cosa en estas sierras.

SANCHO.

Pues venid, Condestable, venid todos (2).

MARTÍN.

¡El Rey va á Peñalén! ¡Cielos, ayuda!,
Que si vuestro valor justo me ampara,
Yo vengaré la sangre de Guevara!

Váyanse, y salgan Elisa y D.ª Blanca.

ELISA.

Muy en hora buena vuelvas
Á tu casa, gran señora.
¡Qué bien lo mostraba agora
La alegría de las selvas!
En las cuales y en las fuentes
Que con aljófar y risa
Daban por la arena lisa
Mayor fuerza á sus corrientes,
Cualquiera echara de ver
Que tus ojos se acercaban.

BLANCA.

Si las fuentes se aumentaban,
No fué, Elisa, de placer
De que miraron mis ojos,
Mas con las lágrimas dellos,
Porque trae el alma en ellos
La fuerza de sus enojos.

ELISA.

¡Ay, señora! Pues ¿qué tienes,
Que á estos campos que te adoran
Y con tus plantas se doran,
Con tanta tristeza vienes?
No solía ser ansí;
La corte lo habrá causado;
La condición te ha mudado
Y puesto esa fuerza en ti.
Forzada vienes al campo:
No traes gusto, allá le dejas.

BLANCA.

¡Tengo, Elisa, muchas quejas
Que dentro del alma estampo!
No nacen de haber mudado
Las costumbres que llevé;
Vida y ventura mudé,
Todo lo traigo trocado.

ELISA.

¿Viste acaso alguna dama
Del Conde? ¿Es tu mal de celos?

BLANCA.

No son esos mis desvelos:
El Conde, Elisa, me ama.

ELISA.

En la corte los señores
Andan siempre en sus placeres.
¿Visitó algunas mujeres?

BLANCA.

No trata el Conde de amores.
Este niño que he criado
Fué principio de mi mal.

ELISA.

Luego ¿es suyo? ¿Hay cosa igual?

BLANCA.

Algo tengo sospechado.

FILENO.

Yo os digo, señora mía,
Que también lo sospeché.

BLANCA.

Este niño causa fué
De mi mal desde aquel día.

FILENO.

Yo te pensaba pedir (1)

---

(1) Este verso y los tres anteriores, atajados en el original.

(2) Á continuación de este verso se leen en el autógrafo estos dos, borrados por Lope:

ARISTA.
Ha hecho el Rey al Conde Condestable.
FERNÁN.
Será por la victoria
FORTUINO.
Sí, que es cierta.

(1) Desde este verso hasta

Encubierto el menor daño,

está atajado en el original con esta advertencia al margen: *no se dice.*

Que de nuestras bodas fueses
Madrina, cuando quisieses
Á nuestros campos venir.
Y viendo que el ser madrina
Dese niño te ha enojado,
Si acaso el Conde te ha dado
Tanto disgusto y mohina,
No te quiero suplicar
Que andes en cosas de fiesta;
Que en las tristezas, molesta
Querer un hombre alegrar.

BLANCA.

Sancho, tengo imaginado
Que es hijo de don Martín,
Y que vino el Rey, á fin
De ser padrino, rogado.
Desto nacen mis enojos.

ELISA.

Témplalos, señora, ya;
Que el inocente lo está
De lo que lloran tus ojos;
Ó si no, de ti le aleja:
No críes ese veneno
Contigo.

BLANCA.

El niño está ajeno
Desta mi celosa queja;
No me debo en él vengar:
Antes, le criaré mejor;
Que don Martín, mi señor,
Le debe, amigos, de amar,
Y yo le debo servir.

FILENO.

Tu virtud es grande en todo.

BLANCA.

Disfrazo de aqueste modo
Mal que no puedo sufrir;
Que es tal el fiero pesar
De aquel pasado accidente,
Que hasta la más ruda gente
Doy mucho que sospechar;
Y debo con este engaño
Disimular mi dolor;
Que cualquier daño de honor,
Encubierto es menos daño.

Danteo éntre.

DANTEO.

Después que venga en buen hora
Mil veces Su Señoría,
Traigo una nueva.

BLANCA.

Si es mía,
Será triste.

DANTEO.

No es, señora,
Sino de mucho placer.

BLANCA.

¿Cómo?

DANTEO.

Sancho, que Dios guarde,
Con un generoso alarde,
Viene este monte á correr.
Vienen con él muchos grandes:
Mendo, Íñiguez (1), don Juan
De Cruzate, don Beltrán,
Recién venido de Flandes;
Fortunio de Fox, Arista,
Fernán Peralta, Layn
Y mi señor don Martín,
Que cifra toda la lista.
Presumo que han de cenar
Esta noche en nuestra aldea,
Cuando el mismo Rey no sea
Él y Suero de Aguilar.
Está, señora, advertida
Que andan por el monte ya.

Briseno éntre.

BLANCA.

¿Que entre ellos el Conde está?

DANTEO.

Mejor que le vi en mi vida.

BRISENO.

Albricias me puedes dar.

BLANCA.

Pues, Briseno, ¿de qué son?

DANTEO.

Ya vienes sin ocasión,
Que lo acabo de contar.

BRISENO.

Luego ya sabes que el Rey
Hizo al Conde Condestable.

BLANCA.

¿Qué dices?

DANTEO.

¡Nueva notable!
Poco es que te mande un buey.

BLANCA.

¿Condestable?

BRISENO.

Sí, señora,
Y de tus villas señor.

ELISA.

Más merece.

BLANCA.

¡Ah, vil traidor!
¡Honras hace al Conde agora!
Ahora bien, si han de venir,
Quiero estar más prevenida.

ELISA.

Alégrate, ¡por tu vida!

BLANCA.

¿Cómo puedo, sin morir?

Váyase la señora D.ª Blanca.

DANTEO.

¿Cómo estamos?

(1) Después de *Íñiguez*, *Ibañez* tachado por Lope.

ELISA.

Que me caso,
Sin duda.

DANTEO.

Y aun haces bien.

ELISA.

Yo quiero bien.

DANTEO.

Yo me abraso (1).
¡Ay, Elisa, vendrá día
Que te castiguen los cielos!

Don Martín con un venablo, tras su hermano D. Remón, vestido de pieles.

MARTÍN.

Hombre, detente, si eres hombre.

REMÓN.

Agora
Que estás solo las quiero haber contigo.

Batallan.

MARTÍN.

¡Fiero animal, notables fuerzas tienes!
¡Ayuda aquí!

REMÓN.

¿Ya llamas gente?

MARTÍN.

Espera,
Espera, que conozco aquese rostro,
Ó me engaña el amor.

REMÓN.

Ya me detiene
Esa misma ocasión; conozco el tuyo.

MARTÍN.

¡Don Remón!

REMÓN.

¡Don Martín! Qué, ¿tú en efecto
Me vienes á matar?

MARTÍN.

¡Oh hermano mío!
Dame esos brazos.

REMÓN.

¿Tienes, di, vergüenza
De pedirme los brazos?

MARTÍN.

¡Ay, hermano,
Venido aquí por permisión del cielo!

REMÓN.

¡Desvíate!

MARTÍN.

¡Ay, hermano, no me digas
Que desvíe mis brazos de los tuyos,
En ocasión que sólo en ellos puedo
Descansar los trabajos en que vivo!
¡Ya se cumplió tu cierta profecía!
¡Ya, Conde, me ha quitado el Rey la honra!

REMÓN.

¡Válame el cielo!

MARTÍN.

La verdad te digo.

REMÓN.

Espera, espera; cuéntame despacio
Tan grave mal.

MARTÍN.

No puedo, que está cerca.

REMÓN.

Pues ¿cómo te ha quitado el Rey la honra?

MARTÍN.

Porque lo quiso Dios, para castigo
De haberle puesto en el lugar que tiene.

REMÓN.

¿Es posible?

MARTÍN.

Sin duda que aquel ángel
Pidió justicia á Dios.

REMÓN.

Dime el suceso.

MARTÍN.

Vió el Rey en esta aldea á doña Blanca
Y á Isabel, que vivía en esta aldea,
Bautizando un muchacho que un vaquero
En esta sierra halló recién nacido.

REMÓN.

¡Pára, por Dios! ¿Quién ese niño tiene?

MARTÍN.

Yo le tenía, y te diré tras esto
Lo que se hizo de él.

REMÓN.

Prosigue el caso.

MARTÍN.

Enamoróse el Rey; sacó de pila
El niño, á quien, como él, llamaron Sancho;
Fuése á Funes pensando hacerle fuerza;
Conociendo el valor de doña Blanca,
Fingió que tú de Francia descendías
Por las montañas ásperas de Jaca,
Y envióme el traidor á detenerte,
Y aquella misma noche entró en mi casa.
Pienso que viene.

REMÓN.

Engaño fué. Prosigue.

MARTÍN.

Halló durmiendo mi querida esposa;
Salióle á detener, la voz oyendo;
Púsole al pecho la cobarde espada,
Y tapando su boca.....

REMÓN.

No prosigas:
¡Reviento de escucharte!

MARTÍN.

¡Quién pudiera
Decirte, hermano, lo que hallé en mi casa

---

(1) Después de este verso hay en el original otros dos tachados:

FILENO.
¿Qué hablais los dos?

DANTEO.
Dóile celos.

FILENO.
Sí, que es nieve esta mujer.

Cuando vine de aquesta infame empresa!

REMÓN.

¿Qué hallaste?

MARTÍN.

Hallé desde el umbral primero
Hasta la cuadra donde fué el delito,
Llenas de luto las paredes todas,
Las damas, las criadas, las esclavas;
Hasta el jardín hallé deshecho todo
Y sembrado de arena por encima.
Contóme doña Blanca su desdicha,
Y al fin della, imitando á la romana,
Con una daga.....

REMÓN.

Espera: ¿dióse muerte?

MARTÍN.

Túvela, Conde, y reservé su vida
Con el justo dolor de su inocencia.

REMÓN.

Has hecho bien, y que por ella mires
Es hecho de quien eres; que la debes
Mayor amor por esta misma infamia,
Considerada la traición del celo.

MARTÍN.

Hermano, yo he venido á darle muerte
Á este tirano, que, como has sentido,
Viene á cazar salvajes á este monte;
Que debes tú de ser, si alguno han visto.

REMÓN.

También hay otro.

MARTÍN.

¿Quién?

REMÓN.

La Reina.

MARTÍN.

¡Cómo!

REMÓN.

Aquí vive conmigo en ese traje,
Y es suyo el niño que en tu casa crías,
Hijo del muerto Rey, Rey de Navarra.

MARTÍN.

¿Qué dices?

REMÓN.

Lo que oyes.

MARTÍN.

¡Triste caso!

REMÓN.

¿De qué manera?

MARTÍN.

Con el grande enojo
De que por el bautismo dese niño
El Rey hubiese visto á doña Blanca,
Le he mandado llevar al mismo valle
Donde le hallaron, y que allí le dejen.

REMÓN.

¡Espantosa crueldad!

MARTÍN.

Estaba loco;
Mas Dios, que le defiende en tantos daños,
Le librará de aqueste y de otros muchos.
El Rey viene.

REMÓN.

Pues mira, yo me subo
Por lo áspero del monte, y tú, siguiéndome,
Dile lo mismo al Rey, y estando en lo alto,
Despéñale de un risco; que, muriendo,
No lo podrá decir, y así en secreto
Vengarás de tu honor la justa infamia.

MARTÍN.

¡Qué bien has dicho! Sube, que ya llega.
¡Oh, fiera bestia, espera! ¿Dónde huyes?

El Rey éntre.

SANCHO.

Pues, Condestable, ¿habéis alguna visto?

MARTÍN.

Vuelve, señor, los ojos á lo alto.

SANCHO.

Allí he visto un salvaje; sube, sube.

Suban.

MARTÍN.

Ya subo.

SANCHO.

Voy tras ti.

REMÓN.

Pues llegad, fieros,
Y veréis lo que pasa.

MARTÍN.

¡Espera, bestia!

Digan en alto:

SANCHO.

Muy alto hemos subido.

MARTÍN.

¡Rey don Sancho!
¡Ah, Rey traidor, villano caballero!

SANCHO.

¡Jesús, Jesús!

REMÓN.

¡Oh, valeroso hermano!

MARTÍN.

¿Hay lástima tan grande? ¡Ah, caballeros!
¡Caballeros navarros, haced llanto!
¡Llorad, llorad, navarros caballeros!

Arista, Fortunio, Layn, Fernán Peralta.

ARISTA.

¿Qué es esto, don Martín? ¿De qué das voces?

MENDO.

¿Hate herido, por dicha, algún salvaje?

MARTÍN.

Ya desciendo, señores, ya desciendo:
Seguía el Rey un animal de aquéstos,
Y al pasar estas peñas, resbalando
De una, despeñado yace muerto.

FERNÁN.

¡Oh, gran dolor!

FORTUNIO.
¡Oh, extraña desventura!
MARTÍN.
Allí se mira el cuerpo.
LAYN.
Allá partamos:
Por ventura le queda algún aliento,
Y podrá confesarse.
MARTÍN.
¡No es posible!
MENDO.
Vamos, que en Dios hallarle vivo espero.
MARTÍN.
¡Ah, Rey traidor, villano caballero!

Danteo y Briseno con el niño.

DANTEO.
Aquí nos mandan echar,
Fabio, el niño desdichado.
BRISENO.
¡Gran crueldad el Conde ha usado!
Mas ¿qué le puede obligar?
DANTEO.
Dicen que celos han sido
De doña Blanca, su esposa.
BRISENO.
Doña Blanca, ¿está celosa
De pensar que suyo ha sido?
DANTEO.
Así en casa se murmura.
BRISENO.
¡Que aquí, en fin, se ha de quedar!
DANTEO.
El cielo le ha de guardar:
Su inocencia lo asegura.
BRISENO.
Así fué Rómulo y Remo:
Una loba los crió.
DANTEO.
Á Ciro una perra dió
Sustento.
BRISENO.
¿Sabes que temo
Que estos salvajes que agora
Han descubierto pastores
En Peñalén.....
DANTEO.
Pues no ignores,
Fabio, si el muchacho llora,
Sino que lo han de comer.
BRISENO.
Dicho y hecho: allí ha salido
Uno con fiero vestido.
Celio, ¿qué habemos de hacer?
DANTEO.
Suelta el niño, y cebaráse
En él; suelta.
FABIO.
Aquí le dejo.

Huyen, dejando el niño.

La Reina éntre.

ELVIRA.
¡Cielo, de mi vida espejo,
Que aquesto á tus ojos pase!
¡Que huyan de mí los hombres!
Mas ¿qué es esto que han dejado?
¡Ay, Dios! ¿Qué es lo que he mirado?
Llega, temor, no te asombres.
Una pequeña criatura
Parece. ¡Ay, mísera yo!
¡Posible es que otra nació
Con semejante ventura!
Alzaos, niño, del suelo;
Que pues el que yo parí
Algún tiempo se vió ansí,
Que os lo pague quiere el cielo.
Y bien tengo yo qué os dar;
Que, aunque á buen tiempo venís,
Parece que lo pedís,
Aunque no sabéis hablar (1).
Mas ¡ay de mí! ¿Qué rüido
Es éste? Gran gente suena.
Toda la sierra está llena
De la gente que ha venido,
Y alguna viene tras mí.
Quiero huir hacia el aldea,
Aunque de enemigos sea,
Que estaré mejor que aquí.
Quisiera el niño dejar,
Pero hele cobrado amor:
Ánimo, injusto temor,
Que el cielo me ha de ayudar (2).
Asíos muy bien al pecho,
Niño mío, y no..... (3)
Mas en vuestro centro estáis,
Que está de desdichas hecho.

Entren Arista y Fortunio y Mendo y Fernán Peralta con el Rey en hombros, muerto, y detrás el condestable D. Martín y D. Remón.

MARTÍN.
Esta es, famosos navarros,
Mi casa antigua y solar,
Más en valor singular
Que en edificios bizarros.
No pensé yo que viniera,
Si ella tuvo algún valor,
Á darle este nuevo honor
Don Sancho, desta manera.
Yo pensé que aquesta honra
Me la hiciera desta suerte;
Pero aunque sea en la muerte,
El Rey, caballeros, honra.
Yo tuve necesidad
De la honra deste día,

(1) Redondilla tachada en el original.
(2) Redondilla atajada en el original.
(3) Cortado el margen. Probablemente diría: *no temais*.

Aunque con otra alegría
La esperó mi voluntad.
Y vos, generoso hermano,
Hallado para mi bien
Sobre el alto Peñalén,
De su blanca nieve cano,
Decid lo que hemos de hacer.

REMÓN.

Conde, ¿doña Blanca sale.....

MARTÍN.

¿Qué puede haber que se iguale
Á mi venganza y placer?

Doña Blanca sale al encuentro del cuerpo.

BLANCA.

¡Oh, qué notable dolor!
¡Oh, qué insufrible desdicha!
Caballeros, ¿es por dicha
Aquéste el Rey mi señor?

MARTÍN.

Señora, aquéste que ves
Es el que reinar solía;
Que con honra tuya y mía
Lo estás mirando á tus pies.
Mira qué extraño suceso,
Que despeñado murió
Quien tanta ocasión nos dió
De perder, llorando, el seso.

BLANCA.

¿Hay desdicha semejante?
¡Ay, mi Rey, que vengo á veros
En tanto mal!

REMÓN.

Caballeros,
Pasad el cuerpo adelante
Y echalde sobre la cama
De doña Blanca.

BLANCA.

Y es bien
Que allí sepulcro le den,
Pues vuelve allí por mi fama.

Métanle.

REMÓN.

¿No me conocéis, señora?

BLANCA.

¡Ay, Conde del alma mía!

REMÓN.

No lloréis, pues llegó el día
Que vuestro honor se mejora.
Vos no habéis perdido nada,
Y á quien lo contrario siente,
Le sustentaré que miente,
En el campo con la espada.
Y esto es muy llana verdad;
Que no puede haber deshonra
Donde da voces la honra
Y falta la voluntad.
Vos estáis muy bien vengada;
Abrazad mi hermano luego.

BLANCA.

Conde, mi señor, yo os ruego
Que en Blanca ciñáis la espada:
Hacedme dos mil pedazos.

MARTÍN.

Blanca, cesen los enojos;
Vuelve á serenar tus ojos
En la esfera de mis brazos;
Yo conozco tu virtud.

REMÓN.

Quedo, que salen acá.

Salgan los caballeros.

FERNÁN.

Ya el cuerpo en la cama está
Hasta hacer el ataúd,
Y realmente, caballeros,
Que parece permisión
De Dios en esta ocasión
Tantos castigos tan fieros.
No debía de reinar
Sancho con justa justicia.

ARISTA.

No le ayudé de malicia.

FABIO.

Yo no le quise ayudar.

MENDO.

Ya sabéis que repliqué.

FERNÁN.

Yo le seguí á mi despecho.

REMÓN.

Caballeros, esto es hecho;
Orden, que es justo se dé
Para buscar á la Reina.
¿Qué diré del niño hermano?

La Reina con el niño.

ELVIRA.

Vengo huyendo de un tirano
Donde otro tirano reina.
¡Ay cielo, gente hay aquí!

FERNÁN.

¿Qué extraña visión es ésta?

ELVIRA.

¡Muerta soy si doy respuesta!

MARTÍN.

¿Es ésta la Reina?

REMÓN.

Sí.

MARTÍN.

Caballeros, ésta es
Doña Elvira.

ELVIRA.

¡Ay, cielo santo!
¡No me matéis!

REMÓN.

Deja el llanto.

ELVIRA.

Piedad pido á vuestros pies.

BLANCA.
Danos los tuyos, señora.

ELVIRA.
Conde, ¿es aquesto verdad?

REMÓN.
Movióse el cielo á piedad
De tus desdichas agora.
Sancho es muerto, despeñado;
Danos tus pies á besar.

ELVIRA.
El traje, el tiempo, el lugar,
Caballeros, me han turbado.
No sé qué os diga; aquí estoy.

REMÓN.
¿Qué niño es éste?

ELVIRA.
No sé.
En unas yerbas le hallé,
Y como al fin madre soy,
Por otro que ya perdí
Determinaba invialle.

MENDO.
Déjame, Reina, miralle.

BLANCA.
Y á mí.

REMÓN.
¿Es el Rey?

BLANCA.
Señor, sí.
Este es tu hijo, señora,
Que aquí me trujo un pastor.

MARTÍN.
Y yo, por cierto rigor
De unos celos, mandé agora
Que le echasen de mi casa.

REMÓN.
Todo es permisión del cielo.

ELVIRA.
¡Ay, hijo mío, que un hielo
La secreta sangre abrasa!
No en vano amor os tenía.

MARTÍN.
¡Navarros, éste es el Rey
Por justo derecho y ley;
Seguid esta lealtad mía!
De rodillas, gran señor,
Te beso esa tierna mano.

REMÓN.
Yo, como el Conde mi hermano.

FERNÁN.
Y todos con grande amor.

MARTÍN.
Sabed que está bautizado,
Que el Rey su padrino fué.

ELVIRA.
¿Qué nombre?

MARTÍN.
Sancho.

ELVIRA.
Hoy se ve
Mi muerto Sancho vengado.

MARTÍN.
Todos lo estamos, señora.

REMÓN.
Tal historia el tiempo escriba.

MARTÍN.
¡Viva el rey don Sancho!

TODOS.
¡Viva!

REMÓN.
Llevalde á Funes agora,
Donde, el Rey muerto enterrado,
Que tantos males remedia,
Dé fin la tragicomedia
Del *Príncipe despeñado.*

En Madrid, á 27 de Noviembre de 1602.

LOPE DE VEGA CARPIO.

«Esta comedia no tiene cosa que impida al representarse; antes, por ser del autor que es, muy inxeniosa y digna de ser vista.

»*En Madrid, á 8 de Agosto de* 1603.

»DOCTOR CÉSPEDES.

»Representóse en Madrid á 9 de Agosto de 1603.

»*El licenciado* SILVA TORRES.»

«Por comisión del señor licenciado Pedro de Moya, Vicario general deste Arçobispado de Zaragoza, he visto esta comedia, y me parece que se podrá hacer, por no tener cosa contra nuestra fee y buenas costumbres.

»*Fecho á 5 de Diciembre de* 1603.

»*El licenciado* ANTONIO XUZRAORA.»

«Examine esta comedia, entremeses y cantares della, el secretario Thomás Gracián Dantisco, y dé su censura.

»*En Valladolid, á 27 de Abril de* 1604.»

«Esta comedia, intitulada *El Príncipe Despeñado*, se podrá representar, reservando á la vista lo que fuera de la lectura se ofreciere, y lo mismo en los cantares y entremés.

»*En Valladolid, á 7 de Mayo de* 1604.

»*El secretario* THOMÁS GRACIÁN DANTISCO.»

«Podráse representar esta comedia guardando la censura de arriba.

»*En Valladolid, á 8 de Mayo de* 1605.»

EL HIJO POR ENGAÑO Y TOMA DE TOLEDO

EL HIJO POR ENGAÑO Y TOMA DE TOLEDO

COMEDIA FAMOSA

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES

Don Sancho, *rey de Castilla.*
Don Alfonso, *rey de León.*
La Reina doña Constanza.
Don García.
Don Fernando Ansúrez.
Doña Urraca.
El Rey de Navarra.
Aldemón, *rey de Toledo.*
Zulemán, *moro.*
Izén, *moro.*
Audalla, *moro.*
Valdivia, *lacayo cristiano.*
Dos soldados.
El Abad de San Bernardo.
Nuestra Señora.

JORNADA PRIMERA.

Salen D. Sancho, rey de Castilla, y un soldado, que trae preso á D. Alfonso, su hermano, Rey de León, todos con espadas desnudas; y antes que salgan harán ruido como de guerra.

SOLDADO.
Ríndete, Alfonso, á tu hermano.
DON SANCHO.
Ponedlo en una prisión.
DON ALFONSO.
No goces, Rey castellano,
La corona de León
Que me usurpas tan temprano.
De mi herencia me destierras,
Y nuevos reinos buscando,
Turbas el reino con guerras
Cuando acaba el rey Fernando
De distribuir sus tierras.
Dióte á ti, como á mayor,
La corona de Castilla,
De quien fuiste sucesor:
Ocupaste aquella silla:
Llámate el mundo señor,
Reinaste seguro allí,
Y por un vil interés
Quítasme el reino leonés,
Que me dió mi padre á mí
Como menor; y después,
Ya que tu fe era deudora
De aborrecer la mentira,
Haces como ingrato ahora:
Quitas Toro á doña Elvira
Y á doña Urraca á Zamora;
Sus haberes desperdicia;

Vierte su sangre y la mía,
Y si más es tu codicia,
Mata y prende á don García
Y corónate en Galicia.

DON SANCHO.

Cuando me corone en ella,
Como lo hago en León,
Ý de Zamora la bella
Entre á tomar posesión,
Puedo también poseella.
En mi justicia confío,
Y así, de vencer no dudo;
Vuélvome atrás: no soy río:
Porque mi padre no pudo
Distribuir lo que es mío.
Mi padre pudo testar
De bienes libres, concedo;
Mas de un reino no hay lugar:
Yo soy mayor, yo lo heredo,
Y él no lo pudo mandar.
Si de no contradecillo
Le dí palabra, y por eso
Me culpa algún hombrecillo,
Que lo prometí confieso,
Pero no quiero cumplillo.
¡Muera don Alfonso!

DON ALFONSO.

¡Muera!
Será dichoso ese fin;
Tendrá don Fernando fiel,
En don Sancho, hijo Caín,
Y en don Alfonso, hijo Abel.
Quita la inocente vida
En cuyo lugar sucedas (1),
Haz la traición bien cumplida:
¡Tirano, me desheredas!
¡Matarásme, fratricida!
Si tus ambiciones hacen
Milagro en la sujeción,
Y han de morar los que nacen,
Mátame y reina en León.
¡Leones te despedacen!
Si promesas mal guardadas
Honran á tus agresores,
¿Qué aguardan tantas espadas?
¡Matadme á traición! ¡Traidores
Te maten á puñaladas!
Si la sangre desconoces
Que en esta mortal ceniza
Hermano te llama á voces,
¡Mátame ó no tiraniza!
¡Nunca, ruego á Dios, te goces!
¡Un hombre particular
Te eche á lanzadas del mundo!

Sale el conde D. Fernando Ansúrez.

CONDE.

Fuera espera, y quiere entrar,
El abad de San Facundo,
Á quien mandaste llamar.

DON ALFONSO.

¡El abad! ¿Qué quieres de él?

DON SANCHO.

Diréte mi pretensión:
Quiérote abonar con él;
Que has de ser monje en Cistel,
Pues no eres Rey en León.

DON ALFONSO.

¿No ves que tengo mujer?

DON SANCHO.

En Santa Clara la dejo.

DON ALFONSO.

¿Monja también ha de ser?

DON SANCHO.

Es necesario consejo.

DON ALFONSO.

Y mis hijos, ¿qué han de hacer?

DON SANCHO.

¿Qué pena te da un bastardo?
Déle de comer su espada.

DON ALFONSO.

¿No ves, robador gallardo,
Que está la Reina preñada
Y otro legítimo aguardo?

CONDE.

¡Que tal á un Rey se le antoje
Por heredar á su hermano!

DON SANCHO.

Antes que de él te despoje,
Renuncia el reino en mi mano
Y á una celda te recoge.
No hay que replicar aquí;
De este parecer estoy.

DON ALFONSO.

¿Qué harán mis hijos sin mí?

DON SANCHO.

Pues que la vida te doy,
Alfonso, gástala así.
De esa manera podrás
Huir de muchos pesares;
En dos extremos estás:
Fraile, vives; seglar, mueres;
Escoge cual (1) quieres más.

CONDE.

Sin duda el Rey mi señor,
Usa de mucha equidad.

DON ALFONSO.

De crueldad usa mejor:
Vos no decís la verdad;
¡Déle la muerte un traidor!
¿Qué hace el Rey de Castilla,
Que vuestro voto le abona?
¿Tenéis á gran maravilla,
Si me usurpa una corona,
Que me ponga una capilla?
Bien parece que será
Esa franqueza infinita;

(1) *Sujetas*, por error, en la edición antigua.

(1) *Lo que*, en la edición antigua.

Negociad con él allá
Que me dé lo que me quita
Y toméis lo que me da.
Y si por amor ó miedo,
De la monástica ley
Decís el bien que concedo,
Vos, que nunca fuisteis rey,
Sed fraile; que yo no puedo.

DON SANCHO.

Parece que sientes mal
De la religión.

DON ALFONSO.

Yo siento
Como cristiano: no hay tal;
Pero sin consentimiento
No hay hombre espiritual.
Si para la religión
Libertad es menester,
Preso tengo el corazón.

DON SANCHO.

Ya deshizo esa prisión
La línea de mi poder.
¡Venga el abad! ¡Por el mismo
Dios, cuya verdad profeso,
Por aquel eterno abismo,
Por el carácter impreso
En el agua del bautismo,
Por la eternidad que aguardo,
Por la unción que recibí,
Por el amor en que ardo,
Que has de ser muerto por mí,
Ó fraile de San Bernardo!

DON ALFONSO.

¡Que tengas tanto poder,
Que un matrimonio deshagas
Y me quites mi mujer!

DON SANCHO.

Tu libertad no me pagas.

DON ALFONSO.

Y mis hijos, ¿qué han de hacer?
De su vida desconfío,
Si á lo que pides me allano.

DON SANCHO.

Hoy quedan á cargo mío.

DON ALFONSO.

Hasme sido mal hermano
Y no les serás buen tío.
Pues fuerzas mi voluntad,
El mismo Dios te lo pida,
Y á vista de una ciudad
Tuya, te quiten la vida
Con título de amistad.
La grana que vestir sueles
Hallen los tuyos sangrienta;
Dardos te arroje crueles
Un hombre de poca cuenta
Para que no te receles.
Y si alguna noble espada
Hiciere retos, á usanza
De Castilla, en la estacada,
Porque no alcances venganza,
Venza la verdad retada.

CONDE.

Alfonso, vete á la mano,
Pues el ser menor te obliga.

DON ALFONSO.

¿Tú me aconsejas, villano?

DON SANCHO.

No es mucho que me maldiga;
Que pierde un reino mi hermano.

DON ALFONSO.

Pero si tu tiranía
Desheredado me deja
Del reino que poseía,
Y mi razón, que se queja,
Te ha culpado por ser mía;
Si mi querida mujer
Rompió el cristalino espejo
Y es monja. ¿qué puedo hacer?

DON SANCHO.

Yo te he dado buen consejo.

DON ALFONSO.

Y mis hijos, ¿qué han de hacer?
Pero cuando dejéis vos,
Alfonso, dos pobres graves,
Dios cuidará de los dos;
Pues los hijos, bien lo sabes,
Comen en plato de Dios.
Venga el abad; que ya ofrezco
El alma á la soledad,
Y á mi hermano le agradezco
Estos actos de humildad,
Que, aunque forzado, merezco.
Mas ¿de qué sirve decir
Que venga el abad á darme
Lo que tengo de pedir?
¿No es mejor adelantarme?
¿No es más humilde pedir?
Sí, sí, fuera presunción.
Pedir el hábito quiero;
Seguiré en la religión
Las pisadas de un Cordero,
Pues me han quitado un León.
Ya quiero seguir su acuerdo,
Castellana Majestad;
Hallaré en Dios lo que pierdo,
Y de la necesidad
Haré virtud, como cuerdo.
Á que el hábito me den
Voy, por salvarme y servirte:
Vivas mil años, amén;
Que no quiero maldecirte,
Sino desear tu bien.
Seguro reines de males,
Ninguna traición receles,
Adórente tus iguales,
Sírvante ciudades fieles,
Ámente amigos leales.
Si algún traidor te buscare,
Antes de hallarte, se ciegue;
Y en el aire que tocare
Se deshaga, antes que llegue,

El dardo que te arrojare.
Yo voy con entera fe,
Hecho el corazón pedazos;
Perdona si te enojé;
Que no te pido los brazos;
Que monje te los daré.
Mas pues un Rey te obedece,
Y hace por ti tal mudanza,
Á mi mujer favorece:
Mira que es hija Constanza
De reyes, y lo merece.
El infante que naciere,
Pues nada te ha de costar,
Trátale bien si viviere,
Y déjale aprovechar
De lo que el cielo le diere.
¿Haráslo así?

DON SANCHO.

Mi Real
Palabra te doy en prendas.

DON ALFONSO.

Ya que me has tratado mal,
Como á mi hijo no ofendas,
Te seré amigo leal.
El bastardillo, querría
Que la milicia siguiese;
Si en él vieres algún día
Algún valor, no te pese,
Pues es tu sangre y la mía.
La casa de San Facundo
Honra, pues es mi convento,
Y perdona, Acab segundo;
Que ordeno mi testamento
Como muero para el mundo.

DON SANCHO.

¿Acab me has llamado?

DON ALFONSO.

Sí.
Y yo tu Nabot he sido,
Que apedreado de ti,
Te dejo por buen partido
La viña que poseí;
Mas éntrate á poseella,
Pues tantas leyes evitas,
Y goza heredad tan bella;
Que á un hermano se la quitas,
Y á Dios darás cuenta della.

Vase D. Alfonso.

DON SANCHO.

¡Extraña mudanza ha sido!

CONDE.

Reventando va de llanto.

DON SANCHO.

Llora su reino perdido,
Y un hombre que llora tanto
No puede ser comedido.
Parece que le tocó
Dios, pues tan de buena gana
En San Facundo se entró.

CONDE.

¡Qué mudanza tan cristiana!

DON SANCHO.

¡Por Dios, que me enterneció!
Con el hábito y capilla
Le verás después más ancho
Que si ocupare su silla.

Dan dentro voces:

¡León, León por don Sancho!
¡Viva don Sancho en Castilla!

DON SANCHO.

Como me ven vencedor,
Ya me apellidan aquellos
Que me pusieron temor.

CONDE.

No hay que tener queja de ellos;
Que era Alfonso su señor.
Con mucha solemnidad
Sale á tu recibimiento
La restaurada ciudad.

DON SANCHO.

Un desasosiego siento
En esta felicidad.
Tiemblo de una maldición
Que me echó Alfonso.

CONDE.

No llores
Desdichas que aun no lo son.

DON SANCHO.

¿Si me han de matar traidores?
Mas ¿si moriré á traición?

CONDE.

Un hombre en penas deshecho,
Maldice con libertad.

DON SANCHO.

Temo, recelo, sospecho;
Cumplí mal la voluntad
De mi padre, mas ya es hecho.
Lo que ahora es menester,
Es conservar la corona
Que era de mi hermano ayer.

CONDE.

¿De qué manera?

DON SANCHO.

Perdona,
Inocente por nacer,
Fruto concebido en vano,
Del más heroico español
Que tuvo el pueblo cristiano;
Perdona, que viendo el sol
Has de morir á mi mano.
Oye, Conde.

CONDE.

Ya me hace
Homicida: honrarme quiere.

DON SANCHO.

Que muera me satisface;
Que lo que pierde el que muere,
Suele cobrar el que nace.

Pon en Santa Clara espías,
Porque del parto me avisen.

CONDE.

¡No quiera Dios que en mis días,
Religiosos pasos pisen
Las indignas plantas mías!
Antes tengo de avisar
Á doña Constanza de esto.

DON SANCHO.

Poco importa que el lugar
Sea religioso y honesto;
Éntrate hasta el mismo altar.

CONDE.

¡Oh, Rey malaconsejado!

DON SANCHO.

Esto has de hacer.

CONDE.

Yo te juro
De no intentar tal pecado.

DON SANCHO.

Con esto quedo seguro,
Y tú quedarás premiado.

Entran tres soldados.

SOLDADO 1.°

¡Guerra, guerra, y luego el saco
Se defiende! ¡Vive Dios,
Que es mayor ladrón que Caco
Quien vierte sangre por vos!

SOLDADO 2.°

¡Pese al capitán bellaco,
Pese al Rey, y pese á.....

CONDE.

¡Tate,
Que está aquí Su Majestad!

SOLDADO 3.°

Decidle al Rey que me mate:
¿No le gané una ciudad?
Pues súframe un disparate.

SOLDADO 1.°

¡Cuerpo de.....! Puesto que goza
De León, toquemos luego
Oro, joyas, plata honrosa (1);
¿No se ganó á sangre y fuego?
Saquéese á toda broza.

SOLDADO 2.°

Y si no, ¡muera León,
Y muera el que ha de gozalla!

TODOS.

¡Libertad!

DON SANCHO.

Tienen razón.

CONDE.

Gente es ruin.

DON SANCHO.

Pues contentalla;
Repartidles un millón.

SOLDADO 1.°

Eso me parece bien.

SOLDADO 2.°

¡Viva Vuestra Majestad
Como otro Matusalem!

SOLDADO 3.°

En nombre de la ciudad
Te damos el parabién,
Don Sancho, de esta victoria.

Llegan á besarle el pie al Rey.

SOLDADO 1.°

Por largos años la goces,
Y viva eterna en memoria.

SOLDADO 2.°

La fama, en públicas voces,
La haga al mundo notoria.

SOLDADO 3.°

Entra triunfando ahora,
De tu ciudad obediente.

CONDE.

¡Uno canta y otro llora!

DON SANCHO.

Marche á Zamora la gente;
Que he de cercar á Zamora.

Vanse, y tocan cajas, y sale D. García, hijo del rey Alfonso, vestido de noche, con espada y broquel y una carta en la mano.

DON GARCÍA.

Ya que León es perdida,
Desheredado mi padre,
Y la Reina mi señora,
Monja en Santa Clara yace;
Ya que soy su indigno hijo,
Y nací con prendas tales
Que me adoran los pequeños
Y me respetan los grandes,
Quiero que conozca el mundo
Que no olvido, como alarbe,
Las grandes obligaciones
Con que un hijo honrado nace:
Reto al cruel don Sancho,
Á todos sus capitanes,
Á sus villanos jinetes,
Á sus peones infames,
Las arrogantes banderas,
Los pendones arrogantes,
El tiritín de las trompas,
Y el taratán de los parches;
Y digo que el rey don Sancho
Es un mentiroso infame,
Quebrantador de preceptos,
Violador de libertades,
Merecedor, por sus obras,
De que los muertos que yacen
Cubiertos negros doseles,
En sepulturas reales,
Del sueño eterno despierten,
Y al juicio de Dios le llamen,

(1) Falta la rima.

Como perjuro que rompe
Sus últimas voluntades.
¡Rey don Sancho, si me escuchas,
Bien sabe Dios, y bien sabes,
Que la de tu padre el Rey,
Como mal hijo quebraste!
Dió á León á don Alfonso,
Y tú en sus manos juraste
Que no se la quitarías
Aunque mil años reinases.
Y apenas cerró los ojos,
Cuando tus trabucos baten
Las murallas de León,
Con codicia de ganalle.
Y así has robado, cruel,
Y aunque eres vil y cobarde,
Hallaste su Rey seguro,
Y venciste como infame.
Rey te llaman los leoneses,
Pocos años te lo llamen;
Los tus privados, á un tiempo
Se amotinen y levanten;
No te obedezcan tus hijos,
Tus obligados te agravien,
Con tus mismas armas mueras,
Falsos amigos te maten;
Y la corona que robas,
Vuelva el tiempo variable
Á la cabeza de Alfonso,
De donde tú la quitaste.
Mas ¿qué me canso? que duermes,
Y yo doy voces al aire;
Mas, como agraviado, al fin
Lloro, y quéjome aunque en balde.
Estos son los altos muros

Mira arriba.

De Santa Clara; mi padre
Me envía con esta carta;
Quiero hacer la seña y darla,
Y hablaré de camino
Á la cautiva mi madre,
Que desde mi nacimiento
Tiene estas tapias por cárcel.
¡Oh noche, fiel secretaria
De verdaderos amantes!
En lo que hago este oficio,
No vueles, aunque eres ave.

Sale á una ventana la reina D.ª Constanza, vestida muy honesta.

DOÑA CONSTANZA.
Si de mi necesidad,
Noche agradable, te dueles;
Si mis suspiros crueles
Pueden moverte á piedad,
Pues tu tristeza me alegra,
Desde el negro coche arroja
Al hombro de mi congoja
La estrellada capa negra.
Una miserable Infanta,
Que tien de término un hora,
Por sus tiernos pasos llora,
Y tu fealdad no la espanta.
Pero si tú, por ventura,
Entre cortinas de sueño,
En los brazos de tu dueño
Duermes amada y segura,
No quiero apartar amantes,
Negra enemiga del día;
Como venga don García,
Descansa, y no te levantes.

DON GARCÍA.
Una voz flaca y turbada
Oigo por las celosías.

DOÑA CONSTANZA.
Temo del Rey las espías,
Como anuncio de su espada.

DON GARCÍA.
¡Madre y señora!

DOÑA CONSTANZA.
Sin falta
Me ayuda mi buena suerte:
¿Quién es?

DON GARCÍA.
Yo, que vengo á verte.

DOÑA CONSTANZA.
Estoy muy baja y muy alta:
Alta estoy por la ocasión;
Alta, porque estoy aquí,
Y baja, porque caí
De la silla de un León.
Mas ¿cómo sin preguntar
Quién es, me voy descubriendo?

DON GARCÍA.
¡García soy!

DOÑA CONSTANZA.
Ya te entiendo.

DON GARCÍA.
Y carta te vengo á dar.

DOÑA CONSTANZA.
Yo te daré en un cordel,
Con pecho animoso y franco,
Una suerte blanca en blanco,
Aunque es suerte de papel.
Daréte un libro, en que escribo
Mis sucesos desdichados;
Vivos, al vivo pintados,
Porque van en libro vivo.
Daréte un joyel que ayer,
Antes de esta guerra brava,
Al cuello Real estaba,
Y hoy acabó de caer.
¡Allá va! ¡Mira, García,
Que tengas cuenta con él,

Echa D.ª Constanza por la ventana una canasta, y en ella una niña.

Porque va en ese papel
Toda la ignorancia mía!
Procura mucho engastalle

En humilde guarnición;
Que ha puesto el Rey de León
Espías para hurtalle.
En Alteza soberana
Vendrá el tiempo en que se vea;
Pero entretanto, le emplea
Al cuello de una aldeana,
Porque el tirano Leonés
No le descubra y le cobre;
Que un diamante en mano pobre,
Nunca parece lo que es.
Gente suena, don García:
Cobra, y vete norabuena.

Toma D. García la niña, y echa la carta en la canasta, y súbela D.ª Constanza.

DON GARCÍA.
Ahí va el papel. ¡Con qué pena,
Con qué confusión me envía!
¡No he podido hablar con ella!
Señora, qué, ¿ansí te vas?
Escucha.

DOÑA CONSTANZA.
No puedo más.

DON GARCÍA.
¡Mi madre!

DOÑA CONSTANZA.
No puedes vella.

Vase D.ª Constanza.

DON GARCÍA.
¿Qué suerte en blanco será
La que me dió mi señora?

Va mirando D. García á la niña.

¡Santo Dios, libro que llora,
Escrito con sangre está!
Este es el rico joyel
Que ayer con fortuna igual
Estuvo al cuello Real,
Y hoy cayó, quebrado, de él.
Este es el diamante puro,
Que pondré de buena gana
En mano de una aldeana,
Para que esté más seguro.
Esta es la piedra nacida
En ocasión desdichada,
De don Sancho procurada
Y de mi fe defendida.
No hay más que esperar con ella;
Su valor perdone ahora;
Que al cuello de una pastora
He de colgalla y ponella.

Salen Izén y Zulemán, moros.

ZULEMÁN.
Mientras el embajador
De Toledo y de Aldemón
Visita al Rey de León,
Pues está León sin miedo (1),
Verá Zayda mi valor.
Ya sabes que prometí
Llevalle un leonés cautivo;
Y á quien la palabra dí,
La he de cumplir, si recibo
Cien mil muertes.

IZÉN.
Es ansí;
Pero cometes traición,
Porque venimos de paz.

ZULEMÁN.
Ofendo con afición,
Y como amor es rapaz,
No es mucho que dé en ladrón;
Á Zayda le he de ofrecer
Un cristiano; no hay que hablar.

DON GARCÍA.
Aquéstos, ¿quién pueden ser?
Que aqueste modo de hablar
No le he podido entender.
¡Oh, si escaparme pudiera!
No puedo; muy cerca están.
¡Piedra de aquella cantera,
Que es divina piedra imán,
Muda un rato persevera!
Espías deben de ser.

IZÉN.
Dicha será si algo hallas.

Llora la niña.

ZULEMÁN.
¿Oiste?

DON GARCÍA.
Echóme á perder:
Qué, ¿aun en peligro no callas?
Eso tienes de mujer.

ZULEMÁN.
Aquí está gente: ¿quién vive?

Llegan los moros á D. García.

DON GARCÍA.
La fe de don Sancho muere,
Y don Alfonso recibe
Mil agravios.

ZULEMÁN.
Sea quien fuere,
Hoy por cautivo se escribe.

IZÉN.
Un mozo de buen semblante
La luz escasa nos muestra.
¿Qué es esto?

DON GARCÍA.
Nadie se espante;
Que es la fortuna siniestra,
Aunque fortuna constante.
¿Sois criado del Rey?

(1) Falta la rima.

IZÉN.

No.

DON GARCÍA.

¿Vióse mayor desventura?
¿Qué haré de esta criatura,
Que tan sin dicha nació?
¿Moros de Toledo aquí?

ZULEMÁN.

¿Qué es lo que traéis ahí?

DON GARCÍA.

Joyas perdidas traía,
Y de nuevo las perdí.

Llega á mirar Izén.

IZÉN.

¡Por Alá, que es un mozuelo!

ZULEMÁN.

Prisión de importancia fué.
¡Mata esa criatura!

DON GARCÍA.

¡Ah, cielo!

ZULEMÁN.

Cautivo vas.

DON GARCÍA.

Ya lo sé:
¿Piensas que es mudo el recelo?
Sólo te quiero rogar
Que éste, cuyo soy padrino,
Me dejes dar á criar.

ZULEMÁN.

Dejarásle en el camino
En el primero lugar:
¡Parte ya, Zayda divina,
Manifiesta lo que puedo!

IZÉN.

¿Cómo?

ZULEMÁN.

Tu temor me indigna:
Hasta llegar á Toledo,
Solas las noches camina.

DON GARCÍA.

¿Y esta criatura?

ZULEMÁN.

Procure
Su comodidad Izén.

DON GARCÍA.

¡Y que una desdicha dure
Tanto tiempo! ¿No hay un bien
Que la entretenga ó la cure?
Ésta es como un desdichado,
Que nunca gana á traviesa,
Y de mohino y picado,
No sabe dejar la mesa
Hasta quedar rematado.
¿Qué es esto? ¿En pérdidas tantas,
Tanta flema y sufrimiento,
Y tus amigos espantas,
Pues pierdes cada momento,
Alfonso, y no te levantas?
Si procuras suertes nuevas,
En este naipe no hay ley;
No te piques, ni te atrevas;
Perdiste un reino con Rey,
¿Qué nuevas venturas pruebas?

IZÉN.

Vamos, cautivo, de aquí.

ZULEMÁN.

Pica, Izén; que es necesario.

IZÉN.

¿Eso me adviertes á mí?

DON GARCÍA.

¡Oh, hado siempre contrario!
¿Quién se escapará de ti?
En triste constelación
Nacistes, Infanta tierna,
Y heredera de León,
Pues desde el vientre materno
Os llevan á la prisión.

Vanse.

Sale el rey D. Alfonso, de fraile, con hábito blanco de la Orden de San Bernardo, con unas horas y un rosario.

DON ALFONSO.

¡Tanta tibieza en mi pecho,
Tantos disgustos en él,
Y tantas faltas! Sospecho
Que en la huerta de Cistel
No soy planta de provecho.
Parece que Dios me inspira
Á otro trato impertinente;
Que este borbollón de ira,
Esta cólera impaciente
Diferentes fines mira.
No vuelvo de la oración,
Sino más tibio me vengo;
Ruines pronósticos son;
No soy buen fraile, que tengo
Muy inquieto el corazón.
Desarraigarme no puedo
De una importuna porfía,
Y cuando rezando quedo,
Añado al Avemaría,
En lugar de amén, Toledo.
Esta ciudad traigo en peso,
Su sombra me desvanece:
Entro donde me confieso,
Y su imagen se me ofrece
Hasta en las cruces que beso.
Ciudad noble, á quien fundó
Focas, ¿qué tienes conmigo?
No oigo tus voces, no;
Que si te perdió un Rodrigo,
No puedo ganarte yo.
Tú me animas, yo desmayo;
Que aunque en los hombros te llevo,
Sobre los hombros te traigo (1);
Como si un humilde lego
Pudiera ser tu Pelayo.
No te debo de importar,

(1) Seguramente el poeta escribió *trayo*.

Sino que el demonio intenta
Con esto hacerme turbar;
Una ciudad me presenta,
Mas no la pienso aceptar.
Quiero abrir esta cortina,
Donde Bernardo á María
Tanto se halla y se inclina,
Que como á hijo le cría
Con dulce leche divina.

Corren una cortina, donde estará hecho un altar, y en él estará Nuestra Señora, y San Bernardo hincado de rodillas, y un caño de leche, que va desde el pecho de Nuestra Señora hasta la boca del Santo, y arrodíllase el rey D. Alfonso.

Vos, prodigioso Patrón
Del rebaño de Cistel;
Privilegiado Sansón,
Que hacéis panal de la miel,
Sin haber muerto al León;
Vos, que en la carrera humana,
Con el peso de la vida
Gozaste con alma sana
Esa tierra prometida,
Que da miel y leche mana;
Dejad el convite un rato,
Y atended al dolor mío;
Que, aunque este gusto os dilato,
Cuando este plato esté frío,
Poco importa; que es buen plato.
Decidme, prudente Abad,
Con leche de Dios criado,
(Ansí en la postrera edad
Nunca os falte ese bocado
Que os guisa la caridad),
¿Qué tibiezas son las mías?
¡Qué mudo estáis! Responded;
Que aun no son cuarenta días
Que subo al monte de Hored,
Y no falta el pan de Elías.
Padre, ¿sois de parecer
Que viva con esta pena?
¿Soy fraile? ¿Puédolo ser?
Mas tenéis la boca llena,
¿Cómo habéis de responder?
Yo triste, vos convidado;
Vos coméis, y yo me aflijo;
Aunque quedáis disculpado
De no consolar á un hijo
Por no dejar tal bocado.
Comed muy enhorabuena,
En tanto que yo me asiento
En mi firmeza de arena;
Que vos calláis de contento,
Y yo me duermo de pena.

Siéntase y duérmase, y canta un músico dentro lo siguiente:

MÚSICO.

Magnífico triunfador
De la invencible Toledo,
Que á traerte este apellido
Viene por la posta el tiempo:
Ya que tu hermano don Sancho
Te ha tiranizado el reino,
Renuncia el hábito humilde,
Que al fin te lo dió un soberbio.
Grandes victorias te esperan,
Y tan cristianos sucesos,
Que te ha de llamar el mundo
El Santo Rey, por lo menos.
¡Toledo por don Alfonso!
¡Viva Toledo, Toledo!

NUESTRA SEÑORA.

Entretanto que Bernardo
Come el manjar que le ofrezco,
Porque no deje la mesa
Adonde yo le sustento,
Oye, retirado Alfonso,
Lo que se trata en el cielo,
Que ha venido á mi noticia,
Como grande de aquel reino:
Toledo, la inexpugnable,
Á quien tiene España en medio,
Haciendo en ella el oficio
Que el corazón en el cuerpo,
Hoy te está llamando á voces,
Porque su bárbaro dueño,
Como tirano, la cansa,
Y quiere señores nuevos.
Zorobabel valeroso,
Vuélvele á Dios aquel reino,
Renuncia sus moradores
Y purifica sus templos.
Y aquella capilla santa,
Donde yo bajé algún tiempo
Á visitar á Ildefonso,
Mira que te la encomiendo.
Á los cristianos que viven
Entre ismaelitas soberbios,
Que porque viven mezclados
Llaman mozárabes ellos,
Mira que los gratifiques
Con honras y privilegios;
Que entre vecinos tan malos,
Ha sido mucho el ser buenos.
La victoria te aseguro,
Y aunque no será tan presto,
Ganarás la ciudad noble
Que perdió el godo postrero.

Canta el músico dentro:

MÚSICO.

¡Toledo por don Alfonso!
¡Viva Toledo, Toledo!

Cubren el altar, y despierta Alfonso alborotado, y dice:

DON ALFONSO.

¡La ciudad es nuestra, amigos,
Los moros huyen; á ellos!

Vase quitando los hábitos y echándolos.

¡Venga una lanza ó estoque,
¡Venga un espaldar, un peto,
Mi celada, mi caballo,
Mi escarcela, mi coleto!
Venga la banda del brazo,
Denme las plumas de presto.
Estos hábitos me estorban:
¡Fuera; que mis pensamientos,
Como son de Rey, no caben
En lugares tan pequeños!
¡Toquen al arma mis cajas,
Ármense mis escuderos,
Y los toledanos muros
Vengan á soplos al suelo!

Un músico dentro:

MÚSICO.

¡Toledo por don Alfonso!
¡Viva Toledo, Toledo!

Sale el Abad de Cistel con un hábito blanco.

ABAD.

¡Santo Dios! ¿Qué confusión
Es ésta y qué vocería?

DON ALFONSO.

Mis hábitos.

ABAD.

Pues ¿quitólos?

DON ALFONSO.

Sí, padre; que no cabía
En ellos el corazón.

ABAD.

Repórtese.

DON ALFONSO.

¿Cómo puedo?
No hallo lugar en mí
Para mi mismo denuedo.

ABAD.

¿Qué es esto?

DON ALFONSO.

Á León perdí:
Voy á ganar á Toledo.

ABAD.

¿Qué fuerza es ésta enemiga?
Sosiéguese, fray Alfonso.

DON ALFONSO.

Hasta que el Preste me diga
El postrimero responso,
Será mía esta fatiga.
Padre, yo no soy profeso,
Ni gusto de profesar.

ABAD.

Y ¿quién le ha metido en eso?

DON AFLONSO.

Mi perpetuo imaginar.

ABAD.

Hace mal.

DON ALFONSO.

Yo lo confieso,
Padre, no vivo contento:
Ayer me encerró don Sancho,
Y hoy rompo el encerramiento,
Porque á mi vida le es ancho,
Por no tener tal tormento.
Yo confieso, padre Abad,
Que me hará mucha ganancia
Esta dichosa humildad;
Mas es la perseverancia
Hija de la voluntad.
Ésta me faltó, y no pudo
Hacer nada contra ella;
Á mi advocación acudo:
Mi ropa mande traella,
Y si no, me iré desnudo.

ABAD.

Tráigansela poco á poco;
Paciencia, Alfonso.

DON ALFONSO.

No puedo.

ABAD.

Vuestra Alteza espere un poco.

DON ALFONSO.

Voy á ganar á Toledo.

ABAD.

¿Cómo?

DON ALFONSO.

¿Qué sé yo? ¡Estoy loco!
Que en esta imaginación
La mansa quietud confundo,
Y hasta en la misma oración
Parece que todo el mundo
Me cabe en el corazón.
Si éstas son voces de Dios,
No sé, pero á toda ley
La gano para los dos;
Pero si yo soy su Rey,
Seréis su Arzobispo vos.
Padre, Rey soy.

ABAD.

Desespera (1)
De tu pensamiento vano.

DON ALFONSO.

Mucho alcanza quien espera.

ABAD.

¡Arzobispo por tu mano!
¡Válgame Dios, quien lo fuera!
Mas á fe que me embravezco
De oir tan gran desvarío.

DON ALFONSO.

Soy Rey, y reinos merezco:
¡Al arma! ¡Toledo es mío!

ABAD.

¿Cómo?

DON ALFONSO.

¿Qué se yo? ¡Enloquezco!

ABAD.

¿Cómo puedes esperar
Que esa dicha te suceda?

(1) *Pudiera,* dice la primera edición.

Ó ¿cómo la has de alcanzar,
Que ni un paje no te queda
Que te ayude á desnudar?

DON ALFONSO.

Cierto que me desengañas
Prudentemente; es ansí;
Mas hay locuras extrañas;
Que pienso que hay gente en mí
Para ganar mil Españas.
En efecto, padre Abad,
Me voy.

ABAD.

¡Mira que te pierdes!
Tu hermano está en la ciudad:
Cuando de ti no te acuerdes,
Te acuerda de su crueldad.
Porque el reino le dejaras,
Te tiene aquí como preso;
Pues si os veis los dos las caras,
Eres muerto.

DON AFLONSO.

Cierto es eso,
Todas son razones claras;
Pero contra su poder,
El miedo un remedio halla;
Á Toledo voy á ver,
Y no voy, padre, á ganalla,
Sino á ganar de comer.
Yo sé que el rey Aldemón
Me hará favor, aunque es moro;
Que en fin, soy Rey de León,
Y aunque perdí un gran tesoro,
Quedóme la estimación,
Y yo le sabré obligar.

ABAD.

Y ¡que á tal tiempo has llegado!

DON ALFONSO.

Antes pretendo llegar;
Que, en efecto, un rey privado,
No es mucha dicha privar.
Rey me vi, mas he caído,
Y ya no puedo servir;
Yo seré bien admitido,
Porque me enseñé á servir
Primero que á ser servido.
Doña Constanza, mi esposa,
Queda en Santa Clara presa,
Por ser ausencia forzosa.
Decidle vos que me pesa
De no ver su cara hermosa,
Y que le escribí un papel
Con mi hijo don García,
Y no ha respondido á él.

ABAD.

Pues espera sólo un día.

DON ALFONSO.

Vos sois mensajero fiel;
Habladle, y mirad por ella;
Que os la dejo encomendada.

ABAD.

Gustaré de obedecella.

DON ALFONSO.

Mirad que queda preñada,
Y espero una hija bella
Dentro de muy pocos días.

ABAD.

Y son ciertas profecías,
Que hija tiene de ser.

DON ALFONSO.

Sea lo que Dios quisier,
Mirad que son cosas mías.
Críese en hábito honrado,
No con mucha autoridad;
Que con un arzobispado
Os pagaré, padre Abad,
Lo que hubiéredes gastado.

ABAD.

¿Ya vuelves á dar en eso?

DON ALFONSO.

Es decir, que no esperéis
Paga.

ABAD.

Yo me pago de eso.

DON ALFONSO.

Á García no olvidéis.

ABAD.

Mucho tarda.

DON ALFONSO.

Algún suceso
Le detendrá de los míos;
Que tan sin dicha nací,
Que hace el tiempo desvaríos,
Y como al mar van los ríos,
Vienen desdichas á mí.
La noche cierra, y ya puedo
Salir con seguridad.

ABAD.

Con notable pena quedo.

DON ALFONSO.

No quedéis con pena, Abad,
¿No veis que voy á Toledo?

JORNADA SEGUNDA.

Salen Aldemón, rey de Toledo; Zulemán, Izén y Audalla, moros, y D. García, de cautivo, como que le han dado tormento.

DON GARCÍA.

Hácesme fuerza, Rey, como tirano,
Mas no puedo dejar la ley que adoro,
Aunque me ofrezcas el reino toledano (1),

(1) Verso que no consta. Acaso escribiría el autor

Si me ofreces el reino toledano
Y si me aseguras....

Y me asegures sus montañas de oro:
¡Ay, Dios, que muero!

ALDEMÓN.

De tan buen cristiano
He de hacer un valeroso moro.

DON GARCÍA.

¡Ay, terrible dolor, que al alma llegas!

ALDEMÓN.

Hoy mismo has de morir si no reniegas.
No podrán los cristianos de Toledo,
Que están sujetos á mi cetro y mando,
Quejarse de esto; que es leonés, y puedo
Hacerle renegar.

ZULEMÁN.

Y en renegando,
Puedes forzalle con amor ó miedo,
Que es un cautivo de León; y cuando
Algún cristiano de Toledo fuera,
Eres Rey: no le agravias aunque muera.

IZÉN.

Seis horas ha cabales que resiste
El tormento mayor que inventó Roma.

ALDEMÓN.

Si la marlota y capellar se viste,
Un bravo defensor tendrá Mahoma.

ZULEMÁN.

Y en sudar sanguinoso, y triste,
Cual suda el árbol pegajosa goma,
Le hace sudar sangre la congoja (1).

DON GARCÍA.

Bebe, tirano, de mi sangre roja;
Mas soy piedra, soy bronce y soy acero;
Espera, afloja, ten la mano airada.

ALDEMÓN.

¡Oh, gran Mahoma, de tu mano espero
Ver esta gran empresa efectuada!
Llévale, Izen, allá dentro,
Que haga oración á Mahoma.

IZÉN.

Sí haré: vamos.

Vanse Izén y D. García solos.

ALDEMÓN.

¡Oh Mahoma!
En agradecimiento, un candelero
Pondré en la tumba de tu cuerpo hermoso,
Que pese seis quintales de oro puro.

AUDALLA.

El deseado gozo te aseguro.

Sale Izén muy alegre.

IZÉN.

Gracias, Mahoma, te den
En tu trono de cristal.

ALDEMÓN.

¿Qué viene diciendo Izén?

IZÉN.

Que se ha de estimar el mal
Como en vísperas del bien.
Para Toledo has ganado
Un alma de gran valor.

ALDEMÓN.

Por las nuevas que me has dado,
Te hago gobernador
De la mitad de mi Estado.
¡Al fin alumbróle Alá!
Publíquese por Toledo
La victoria que hoy me da.

IZÉN.

Encarecerte no puedo
La devoción con que está.

ALDEMÓN.

Avisen al alfaquí,
Que la ceremonia haga.

AUDALLA.

Gánase un alma por ti.

ALDEMÓN.

Mi mucha afición me paga;
Que su bien es premio en mí.
Vaya honrado á la mezquita,
Y acompáñele la Corte;
Que cuando el hado permita
Á León cosas que importe,
Su valor lo facilita.
Decid que no le acompaño,
Por ser prohibido al Rey
Acompañar á un extraño.
. . . . (1)
Vayan todos; sólo Audalla
Se quede conmigo aquí.

ZULEMÁN.

Toda la ciudad se halla
Junta.

ALDEMÓN.

¿No hay música ahí?
Si hay música, ¿cómo calla?

IZÉN.

De su valor desengañas.

ALDEMÓN.

He de gastar mis tesoros.

AUDALLA.

Llámente rey mil Españas.

ALDEMÓN.

Corran los plebeyos toros,
Y los nobles jueguen cañas.
Izén fuerte, y Zulemán,
Honrad mucho su virtud.

IZÉN.

Locos de contento están.

ALDEMÓN.

¿Qué dicen?

IZÉN.

¡Viva Dragud!
Que ya este nombre le dan.

(1) Versos evidentemente estragados, pero no veo corrección posible.

(1) Faltan dos versos.

ALDEMÓN.
Con un blanco capellar,
Blanco bonete y marlota,
Izén, le haréis adornar;
Que es color pura y devota
Para quien va á pelear.
IZÉN.
Vamos.
ALDEMÓN.
Mi propia persona
Podéis pensar que va en él.
ZULEMÁN.
Ese crédito le abona.

Vanse, y quedan solos Aldemón rey, y Audalla.

ALDEMÓN.
Hombre que á Mahoma es fiel,
Será fiel á mi corona.
Audalla, contento estoy
Mucho de este buen suceso.
AUDALLA.
Es razón.
ALDEMÓN.
Mi fe te doy
Que, si he de perder el seso
De contento, ha de ser hoy.
AUDALLA.
¡Ah, señor, y cómo ignoras
Cosas pesadas y graves!

Llora Audalla.

ALDEMÓN.
¡Cómo! ¿Pesadas y lloras?
AUDALLA.
He sabido.....
ALDEMÓN.
¿Tú qué sabes?
Que me atormentas por horas.
¡Por Alá, que tengo miedo
Á tu mágica infalible!
Dí; licencia te concedo:
¡Ay, pronóstico terrible!
¡He de perder á Toledo! (Aparte.)
AUDALLA.
No hay que disimular
Lo que por fuerza ha de ser.
ALDEMÓN.
Acaba de vomitar.
AUDALLA.
Á Toledo has de perder.
ALDEMÓN.
Pues y ¿quién le ha de ganar?
AUDALLA.
Un Rey que, desposeído,
Viene á servirte contento.
ALDEMÓN.
Y ¿podrá ser conocido?
AUDALLA.
Tratarásle en tu aposento.
ALDEMÓN.
Mataréle.

AUDALLA.
Es mal perdido:
Quiere el cielo que esto sea,
Y es fuerte su voluntad;
Mas si Tu Alteza desea
Que esta cruel tempestad
En tu tiempo no suceda (1),
Daréte un remedio, y tal,
Que en paz tus cosas estén.
ALDEMÓN.
Eres vasallo leal,
Y has de aconsejarme bien,
Aunque pronosticas mal;
Di qué consejo me das,
Y seguiréle sin duda.
AUDALLA.
Has de pensar que jamás
Lo que es verdad no se muda,
Mas dilatarlo podrás.
Supuesto que lo que digo
No puede dejar de ser,
En teniéndole contigo,
Procúrale entretener,
Hazle caricias de amigo.
Con una y otra franqueza
Su curso dichoso enfrena,
Que corre con ligereza;
Y el beneficio es cadena
Y la amistad fortaleza.
No has de consentir que un día
Falte de Toledo; aprende
Esta fiel doctrina mía.
ALDEMÓN.
¿Que he de honrar á quien me ofende?
AUDALLA.
Sí, Rey.
ALDEMÓN.
¡Ay, desdicha mía!
AUDALLA.
Si en tu presencia se halla,
Nunca habrá (2) temor de nada.
ALDEMÓN.
¿Que pierdo á Toledo, Audalla?
AUDALLA.
Ha de tenerla cercada
Y por sitio ha de ganalla;
Porque he llegado á saber
Una oculta maravilla:
Que este Alfonso, Rey ayer,
Irá por gente á Castilla
Después que esté en tu poder.
Con no dejarle salir,
Se asegura nuestro miedo.
ALDEMÓN.
¡Muera Alfonso!
AUDALLA.
No hay morir;

(1) Falta el consonante.
(2) En la edición: *Siempre hay.*

Que ha de ser Rey de Toledo,
Ó el cielo se ha de hundir.

ALDEMÓN.

Y ¿no le tendré en prisión?

AUDALLA.

Si le desgracias, te pierdes.

ALDEMÓN.

¿Vióse mayor confusión?

AUDALLA.

Regala sus años verdes
Y préndele en tu afición;
Hazle jurar que en su vida
Saldrá de tu voluntad;
Que esta lealtad conocida,
Jamás se ha visto verdad
Por castellano rompida.

ALDEMÓN.

Y, en fin, Alfonso se llama:
Tuve cuenta con su nombre.

AUDALLA.

Es hombre de mucha fama
Y reinó en León.

ALDEMÓN.

Es hombre
Que mi sosiego derrama.
¿Quién el reino le quitó?

AUDALLA.

Un don Sancho, que es su hermano;
Porque, informándome yo
De sus cosas, un cristiano
Esta información me dió.

ALDEMÓN.

Deseo saber quién es
Este bienquisto, temido
Y venturoso leonés;
Que un vil castillo perdido,
Ganará un reino después.
En fin, ¿le he de acariciar?
Pienso que será de veras;
Que un dichoso ha de obligar
Á mansedumbre las fieras,
Y el odio á saber amar.

Salen Izén y Zulemán, moros.

IZÉN.

Con solemne procesión
Se llevó á la mezquita
Dragud.

ALDEMÓN.

¡Mezclada pasión!

ZULEMÁN.

¿Un castellano?

ALDEMÓN.

Me quita.

ZULEMÁN.

Dice que es Rey de León (1).

Túrbase el Rey moro.

ALDEMÓN.

¡Santo Alá, la sangre helada
Siento en las venas de miedo!
¡Ah, mágica al mundo dada,
Para su mal á Toledo,
De tu boca pronunciada!
¡Audalla, siento un dolor,
Un universal temblor,
Que el alma me ocupa y hiela!

IZÉN.

Asegúrate, señor.

ALDEMÓN.

Mal podrá quien se recela,
Porque es inquieto el temor.

AUDALLA.

Mándale al momento entrar,
Y hónrale mucho en entrando.

ALDEMÓN.

Antes le saldré á abrazar.

AUDALLA.

Mira que estará aguardando,
Y cansa mucho esperar.

ALDEMÓN.

No sé qué siento en el pecho;
Parece que con la mano
El corazón me han deshecho:
Entre el dichoso cristiano
Que tan sin dicha me ha hecho;
Pero no le quiero ver:
Di que se vuelva á su tierra.

AUDALLA.

¿Quieres echarte á perder?

ALDEMÓN.

Recibir en paz la guerra,
Sólo en mí se puede ver.
¿Sabes qué he determinado?

AUDALLA.

No te canses, Aldemón;
Que es beber tósigo helado
Cualquier determinación
Fuera del orden que he dado.

Sale el rey D. Alfonso, de camino y con espuelas, y Valdivia, su lacayo.

DON ALFONSO.

Si no le piden por mí,
Licencia vengo á pedir.

Túrbase Aldemón, así como le ve á D. Alfonso.

ALDEMÓN.

¿Éste es don Alfonso?

AUDALLA.

Sí.

VALDIVIA.

¿Qué digo, moro? ¡Una silla
Para mi señor, aquí!
¡Una silla al Rey!

IZÉN.

Espera;

(1) Pasaje ininteligible.

Que el de Toledo está en pie.
VALDIVIA.
Siéntese León afuera.
DON ALFONSO.
¡Valdivia!
VALDIVIA.
Silla traeré,
Hecha pedazos ó entera.

Vase Valdivia.

ALDEMÓN.
¿Eres el Rey de Toledo?
DON ALFONSO.
Si el serlo te es importante,
Que soy el Rey te concedo.
ALDEMÓN.
Dice tu real semblante
Lo que yo dudar no puedo.

Vale D. Alfonso á besar los pies.

DON ALFONSO.
Dame tus pies á besar.
ALDEMÓN.
¡Qué buena presencia tiene! (Aparte.)
¿Éste me puede engañar?
Alza, Rey, que no conviene
Que ocupes ese lugar;
Alza del suelo, leonés,
Ofendido de tu hermano;
Que no te debo los pies,
Sino un abrazo, y la mano
De amigo.

Abrázanse los dos.

DON ALFONSO.
Alfonso, ¿qué ves?
¡Que estas razones te diga
Un bárbaro de otra ley,
Y tu hermano te persiga!
Mas te obliga como rey,
Un rey á mucho se obliga.
Ese buen recibimiento
Esperé siempre, señor,
De tu real pensamiento.
ALDEMÓN.
Empiezo á tenerle amor, (Aparte.)
Pero luego me arrepiento;
Fuerza su buen parecer
Á tenerle en mucha estima:
Voy á arrojarme y querer,
Y luego me desatina
El mal que me viene á ser;
Pero si forzado viene
De su estrella favorable,
Alfonso, ¿qué culpa tiene?
DON ÁLFONSO.
Vuestra Majestad me hable
De mi libertad, y ordene;
Disponga de mi nobleza;
Que sólo vengo á rendilla
Con lealtad y con llaneza.

Sale Valdivia con un cojín.

VALDIVIA.
No hay en palacio una silla;
Siéntese aquí Vuestra Alteza:
Hasta el mismo camarín
Entré, mostrando las prendas
De Navarra y de Lerín.
ALDEMÓN.
Mi mucho descuido enmienda,
Alfonso; toma un cojín,
Siéntate, que ¡por Mahoma!
Que es tu valor de león
Y parece que los doma.
Alfonso, siéntate, toma.
DON ALFONSO.
Ya me he sentado, Aldemón.

Siéntase Aldemón en el cojín, y Alfonso en el suelo junto á él.

VALDIVIA.
¿De esa manera se trata
Á mi señor? ¡Rey, mirad!
ALDEMÓN.
Una silla de escarlata,
¡Hola! al Rey aparejad;
Pongan blandones de plata,
Ardan pebete por velas,
Traigan el manto y mis armas,
Las bordadas escarcelas;
Quítenle el arnés las damas,
Los hidalgos las espuelas;
Traigan toallas de lino,
Cajas de azúcar y miel,
Agua rosada por vino.
VALDIVIA.
Las damas curarán de él,
Doncellas de su rocino.
AUDALLA.
¡Qué bien mis lecciones van! (Aparte.)
ALDEMÓN.
Venga la Reina en persona,
Honraré un huésped galán.
VALDILIA.
Y esa dama quintañona
Le sirva el vino y el pan.
DON ALFONSO.
Con tantas demostraciones
De franqueza, ya en las nubes,
De honor y gloria, me pones.
VALDIVIA.
Señor, muy apriesa subes:
No bajes á arrempujones.
AUDALLA.
¡Oh, qué bien le perseveras!
ALDEMÓN.
¡Cómo le voy obligando!

AUDALLA.
Humano á un tigre hicieras.
ALDEMÓN.
¡Por Alá, que no es burlando,
Que le quiero bien de veras.
Manda á un Rey que es tu vasallo.
DON ALFONSO.
Téngote de obedecer.
ALDEMÓN.
¿Quieres salir á caballo?
VALDIVIA.
Perdiósenos el comer,
Y venimos á buscallo.
ALDEMÓN.
Tengo á gran felicidad
Que nos veamos los dos.
VALDIVIA.
No pienses que es amistad,
Mahoma, que ¡vive Dios!
Que es pura necesidad.
DON ALFONSO.
Con tan buen recibimiento,
Valdivia, arrojarme puedo.
VALDIVIA.
Con todo, habla con tiento.
ALDEMÓN.
¿Á qué has venido á Toledo?
Sepa yo tu pensamiento.
Ya sé que tu hermano, aleve,
Del reino te despojó,
Y que no ha hecho lo que debe.
DON ALFONSO.
Pues su rigor te informó,
Mi respuesta será breve.
ALDEMÓN.
Dime el postrer desengaño,
Que en mí hallarás un buen trato.
VALDIVIA.
¡Qué embozado si es engaño!
DON ALFONSO.
Faltóme un hermano ingrato,
Busco un favorable extraño.
Restauro lo que perdí
De calidad y de honor,
Aspiro á ser el que fuí,
Y, finalmente, señor,
Te vengo á servir á ti.
VALDIVIA.
Huyo de lo que me asombra,
Que ha sido asombro notorio;
Sígueme el mal como sombra,
Faltóme mi refitorio,
Y vengo á buscar tu alfombra.
Esto había de responder
Mi amo, por la experiencia,
Y esotro es desvanecer;
Que hacíamos penitencia
Y no había qué comer.
ALDEMÓN.
En fin, ¿quieres asistir
En mi casa, para honralla?
DON ALFONSO.
Sólo te vengo á servir.
ALDEMÓN.
Y ¿cuándo piensas dejalla?
DON ALFONSO.
En ella quiero morir.
Tus patios, de gente llenos,
Han de ser mi habitación.
ALDEMÓN.
Y esos propósitos buenos,
¿Llegarán á ejecución?
DON ALFONSO
Sí, que no pueden ser menos.
Antes faltará la silla
Del sol y los elementos,
Que esta mi verdad sencilla.
ALDEMÓN.
Pues tendrás para alimentos
Diez mil doblas de Castilla.
VALDIVIA.
¿Hay tan gran magnificencia?
DON ALFONSO.
Perpetuo en tu casa quedo.
ALDEMÓN.
Pues quiero correspondencia,
Alfonso: que de Toledo
No salgas sin mi licencia.
DON ALFONSO.
¿Qué dices?
VALDIVIA.
Quedar tapiados
Nos estuviera muy ancho,
Cuanto y más acreditados,
Seguros del rey don Sancho,
Y con veinte mil ducados.
Hace tal ofrecimiento,
Y pienso que naces hoy.
DON ALFONSO.
En vez de agradecimiento,
Rey, á mí mismo te doy.
ALDEMÓN.
Ese buen trueco consiento.
VALDIVIA.
Hele dicho que se puede,
Y yo en su nombre lo aceto.
DON ALFONSO.
Mirad un Rey lo que puede: (Aparte.)
Mal hago en quedar sujeto;
¿Qué sé yo lo que sucede?
VALDIVIA.
De tu buen juicio recelo.
DON ALFONSO.
Libertad á toda ley.
VALDIVIA.
Para tu pobreza apelo:
Puedes venir á ser Rey,
Si no es que se caiga el cielo.
DON ALFONSO.
Bien dices, estoy perdido,
Y estas diez mil doblas toco.

ALDEMÓN.
¡Que aun no lo tengo rendido!
AUDALLA.
Parece que duda un poco
En aceptar el partido.
ALDEMÓN.
Y ¡que viendo mi franqueza
Y su miseria, repare!
AUDALLA.
Tiene un libre gran riqueza;
Pero cuando lo aceptare,
Júrelo con gran firmeza.
El haberte adelantado
Tanto en casos semejantes,
Parece que le ha enfriado.
ALDEMÓN.
Fué muy presto.
AUDALLA.
Mucho antes
Le habías de haber obligado.
ALDEMÓN.
Porque te tengo afición,
Tener perpetua querría
Tu buena conversación.
DON ALFONSO.
Confieso que es deuda mía,
Como otras muchas lo son.
Y así, me resuelvo y digo
Que en tu casa quiero ser
De tus victorias testigo.
ALDEMÓN.
Entiende que has de tener,
Alfonso, en ella un amigo.
En fin, que de mi ciudad
No saldrás sin que yo quiera.
DON ALFONSO.
Empéñote mi verdad;
Que tendré, hasta que muera,
Por pasión tu voluntad.
ALDEMÓN.
Jura, como caballero,
Que será firme y segura
Esta promesa.
DON ALFONSO.
Este acero
Entre hasta la empuñadura
En mis entrañas, primero
Que salga de tu obediencia.
ALDEMÓN.
Júralo por Dios también.
DON ALFONSO.
Por Dios, de no hacer ausencia,
Aunque mil reinos me den,
Si no me dieres licencia.
ALDEMÓN.
Por su Madre lo promete;
La Virgen también se invoca.
DON ALFONSO.
Asistiré, y serviréte,
Hasta que tu misma boca
Me diga tres veces: «Vete.»

ALDEMÓN.
Bien está; contento quedo
En tenerte en mi poder.
DON ALFONSO.
¿Esto es ganar á Toledo? (Aparte.)
Esto es venirme á perder
Por necesidad ó miedo.
¡Oh, mal castellano, vil!
¡Tú hijo del rey Fernando!
¡Hazaña fué femenil!
VALDIVIA.
Pregunta al Rey desde cuándo
Corren estos veinte mil.

Hacen dentro ruido.

ALDEMÓN.
En la mezquita mayor,
Es este alboroto y voces.
DON ALFONSO.
¡Oh, vil pueblo, voceador,
Que olvidado desconoces
Tu verdadero señor!
Esta misma confusión,
Este alboroto villano,
Oí cuando, sin razón,
El rey don Sancho, mi hermano,
Me tiranizó á León.
ALDEMÓN.
Pues aquí no es tiranía,
Sino regocijo santo.
DON ALFONSO.
Pues ¿por qué?
ALDEMÓN.
Porque hoy es día
Grato al gran Mahoma, tanto.....
VALDIVIA.
Castigo es de su herejía.
ALDEMÓN.
Tanto, que su celestial
Trono, de cristal y fuego,
Nos da notoria señal.
VALDIVIA.
¿Mahoma trono? ¡Reniego!
¿Trono, y trono de cristal?
Reventando estoy de pena
Por no poder replicar.

Suena música dentro.

ALDEMÓN.
Esta música que suena,
Suele hacerse al renegar
De algún noble.
VALDIVIA.
¡Más avena!
Noble y renegar, no es cosa
Que se compadece bien.
DON ALFONSO.
Nueva es ésta peligrosa;
Y ahora, ¿reniega quién?

ALDEMÓN.

Hoy, un alma venturosa.

VALDIVIA.

¿Venturosa? Tal ventura
No me dé Dios en mi vida,
Por aquella vestidura
Del Verbo Dios, no cosida,
Que celebra la Escritura.
Sed libera nos à malo:
¡Jesús, arredro! ¡Estoy muerto!

DON ALFONSO.

La pena al temor igualo,
El corazón tengo abierto;
Tanto sentimiento es malo.
¿Quién hace tal sinrazón?

ALDEMÓN.

Un mancebo principal,
Que vino aquí de León;
Su ley le pareció mal,
Y ha abrazado la razón.
Yo voy á honrarle, perdona,
Y regálente entretanto
Como mi propia persona.

DON ALFONSO.

No puedo hablar de espanto;
Goces tu real corona.

ALDEMÓN.

Volveré presto.

Vase Aldemón y los demás moros.

DON ALFONSO.

No tardes,
Que no me hallaré sin ti.
¡Ah, pensamientos cobardes!
¡Ah, sobresalto, que en mí,
Ya te hielas, ya te ardes!
Dejad la incierta sospecha,
Tan derecha para mí;
Consolarme no aprovecha;
Que el nombre leonés que oí,
Fué bala al alma derecha.
Por salir de unos recelos
Temerarios que formé,
Llega á la mezquita, y velos.

VALDIVIA.

No me lo mandes.

DON ALFONSO

¿Por qué?

VALDIVIA.

Si voy allá, quemarélos.
Todos cuantos perros son,
Morirán juntos á una,
Y para más confusión,
Me arrimaré á la coluna
Con los hombros de Sansón.

DON ALFONSO.

Llega, y desde afuera mira
Aquel que está renegando.

VALDIVIA.

Yo pienso que Dios te inspira,
Porque los mate, en llegando,
Con un soplo de mi ira.
Yo voy; espera la nueva
De la venganza de Dios.

Vase Valdivia.

DON ALFONSO.

¡Ánimo, cristiano, llega,
Sepamos, temor, de vos!
¿Qué causa tenéis que os mueva?
Pero ¿qué más que faltar
El bastardo don García,
Y haberme dicho al entrar
En Toledo, que venía
Con Zulemán y Aliatar?
Sin duda, el embajador
Que fué á León, á mi hermano,
Trajo este mozo traidor,
Y temió, como villano,
Y renegó de temor.
¿Yo hijo había de tener
Que tan mala cuenta diera
De mi honor? ¡No puede ser!
Mintió la infame ramera,
Como ramera y mujer!
Mas ¿qué sé yo si es aquel
Que aquí renegando está?
¡Oh imaginación cruel:
Si no es, el hijo será,
Mas no es mi hijo si es él!
Si me fuera permitido,
Á la mezquita llegara.

Sale el conde D. Fernando con espuelas, y en llegando hinca la rodilla.

CONDE.

Yo entrara sin ser sentido,
Si á la puerta no topara
Al Rey.

DON ALFONSO.

Seas bien venido.
¡Oh, don Fernando, en Toledo
Te ven mis ojos! ¿Qué es esto?
Llamarme dichoso puedo:
Levanta, presto levanta;

Levántase el Conde.

CONDE.

Estoy bien así.

DON ALFONSO.

No puedo
Ver en ti llaneza tanta;
Basta que una vez lo mande,
Si esta novedad espanta,
Y un caído te levanta (1).

Hace una reverencia, y cúbrese.

(1) Consonante repetido.

CONDE.
Mil veces beso tu planta.
DON ALFONSO.
¿Á qué es tu buena venida?
¿Viénesme acaso á buscar?
CONDE.
Tu triste ausencia sabida,
Se me mandó despachar
Por la posta y á la brida.
DON ALFONSO.
¿La reina doña Constanza?
CONDE.
Á que te sirva me envía.
DON ALFONSO.
Como tiene confianza
De tu mucha hidalguía,
También su pena te alcanza.
¿Cómo la Reina quedaba?
CONDE.
Triste en tu ausencia.
DON ALFONSO.
¿Y León?
CONDE.
León, por su Rey lloraba.
DON ALFONSO.
Entristece una traición
Luego que de hacerse acaba.
¿Escribe la Reina?
CONDE.
Sí.

Saca un papel, y dale al rey D. Alfonso, y él lo pasa por la vista como que lo lee.

DON ALFONSO.
¡Oh deseado papel;
Que ya recupero en ti
La falta de un hijo infiel
Que sospecho que perdí!
¡Gracias á Dios! Que parió
Me escribe.
CONDE.
Una hija bella.
DON ALFONSO.
¿Sabes á quién la entregó?
CONDE.
Señor, no lo supe della;
Pero ¿no lo escribe?
DON ALFONSO.
No.
Dice que me has de contar
Un caso. Dime. ¿Qué es esto?
¿Hay más que me atormentar?
CONDE.
¡Gran novedad!
DON ALFONSO.
Dila presto,
Que es para mí si es pesar.
CONDE.
Murió doña Julïana,
La madre de don García,
Á quien por hijo confiesas,
En Santa Clara la antigua.
Apretáronla dolores,
Y en poco más de tres días
Puso en perpetuo silencio
La melancólica vida.
Y ya que estaba á la muerte,
Con la candela encendida,
Rodeado el triste lecho
De sus llorosas amigas,
Por sus descuidos confesa,
Por sus pecados contrita,
Que son víboras que al pecho
Para matar resucitan.
Pidió á voces por la Reina,
Y aunque estaba recogida,
Vino; que el hombre que muere,
Á muchas cosas obliga.
Dijo llorando· «Señora,
No sé si perdón os pida
De un agravio hecho al Rey,
Que sospechabais vos misma.
Manda llamar cuatro nobles,
Porque en su presencia diga
Cosas que importan al reino
Y á mi conciencia el decirlas.»
Vinieron al punto aquéllos,
Por orden de la justicia.
«Sepan los que están presentes,
Dijo, cómo don García
No es hijo del rey Alfonso,
Aunque por tal le acreditan.
Cautiva estuve dos años;
Que soy aquella cautiva
Que en la ciudad de Toledo
Á Galïana servía.
El rey Aldemón entonces,
Poco reine y poco viva,
Se aficionó de mis ojos,
Que ya van á ser ceniza.
Trató conmigo, en efecto,
No con poca pena mía;
Pero la fuerza de un rey
Quebranta leyes divinas.
Dióme infinitas riquezas;
Mas tanto le aborrecía,
Que por huir de sus brazos
Me vine huyendo á Castilla;
Donde, dentro de dos meses,
Sentí que la afrenta viva,
En las entrañas aleves
Trataba de hacer manida.
Quise morirme de pena,
Como vi que prendas mías
Eran la mitad de un moro,
Mezcla por ley prohibida.
Mas vióme el rey don Alfonso,
Que aun no era rey, ni tenía
Vuestro legítimo lado,
Y tratóme como amiga.
Y yo, como infiel al cielo,

Por interés y codicia,
Le hice dueño del parto,
Que después nació sin dicha.
Fuéme favorable el tiempo,
Que entonces, por dicha mía,
Aunque es padre de verdades,
Consintió aquella mentira,
Porque el concebido infante
Salió á ver, llorando, el día
Al cabo de siete meses
Después que vine á Castilla.
Por hijo le tiene el Rey:
Esa verdad se le diga:
Que ese bastardo es de un moro,
Y de una mujer lasciva.»
Calló; alteróse la Reina,
Pasmaron todos de oirla,
Y llamando á Dios á voces,
Murió con esto contrita.
Mandó la Reina al momento
Que esta confesión se escriba,
Y autorizada del reino,
Rey Alfonso, te la envía.

Dale un papel á manera de proceso.

Mensajero soy; perdona
Si la novedad te admira;
Yo no te quito tus hijos;
Que la verdad te los quita.

DON ALFONSO.

¡Válgame Dios, qué de agravios
Hace una mujer perdida!
¡Qué de traiciones envuelve
Entre fingidas caricias!
De duda salgo con esto;
El caso me certifica,
Que el cristiano que reniega
Es el mismo que temía.
¡Ah, divino desengaño,
Doyte gracias infinitas,
Pues ya por ti mis sospechas
No son de desdichas mías!
Por engaño tuve un hijo,
Por engaño le quería;
Pero hijo por engaño,
No será hijo en mi vida.
Guarda ese papel, Ansúrez,
Hasta que yo te le pida;

Vuélvele el papel que le dió.

Y líbreme el cielo santo
De mujeres y mentiras.

Sale Valdivia.

VALDIVIA.

No derribé el edificio
De la capilla profana,
Autor de tan mal oficio,
Por pensar que allí mañana
Se ha de hacer á Dios servicio.

DON ALFONSO.

¿Qué hay Valdivia? ¿Qué tenemos?

VALDIVIA.

Hija, y muerta.

DON ALFONSO

¡Bien temí!
¿Qué viste?

VALDIVIA.

Herejes extremos;
Mil temeridades vi
En estos moros blasfemos.
Renegó del nombre ¡ay Dios (1)!
De la Santa Trinidad
Negó con boca blasfema,
Negó en Cristo haber deidad;
Y el ser justicia suprema,
Confesó no ser verdad.

DON ALFONSO.

En fin, que el juicio negó:
¡Oh bárbaro, ingrato á Dios!

VALDIVIA.

Solamente reservó
La pureza de María.

DON ALFONSO.

¿No quiso negarla?

VALDIVIA.

No.

DON ALFONSO.

Qué ¿en tan infame sujeto
Cupo prevención tan cuerda?

VALDIVIA.

Así fué (2).

DON ALFONSO.

Yo te prometo,
Valdivia, que no se pierda
Hombre de tan buen respeto.

CONDE.

¿No conociste quién era?

VALDIVIA.

De mí no se ha de saber;
Si alguna lengua parlera
Cuchillo suyo ha de ser,
Con otro cuchillo muera.
Bien vi que era don García, (Aparte.)
Mas sépalo de otro autor.

DON ALFONSO.

Siquiera por cortesía,
Has de responder mejor.
¿Era el hombre cosa mía?
¿Tengo parte en ese daño?
Si por temor que me aflijo,
Dudas, y estás tan extraño,
Don García no es mi hijo,
Que era hijo por engaño.
Reniega un hombre, y temí,
Don Fernando, que era aquel
Á quien nombre de hijo dí.

---

(1) Verso aislado entre dos quintillas.
(2) En la primera edición: *Pasa como he dicho.*

CONDE.

Pues declárate si es él.

VALDIVIA.

Yo digo que no le vi;
No le vi, cierto.

DON ALFONSO.

¿De veras?
Dime la verdad, Valdivia;
Que yo sé que respondieras
Con voz no (1) turbada y tibia
Si mis dichas conocieras.

VALDIVIA.

No le conocí, en verdad.

DON ALFONSO.

¡Virgen, Madre del Autor
Del mundo, manifestad
Quién fué el fiel respetador
De vuestra virginidad!
Moriré si no le veo;
Que, aunque hijo por engaño
La hambre de un desengaño
Martiriza mi deseo.
Puesto estoy en mil tormentos,
Lleno de imaginaciones;
Mis miembros yacen hambrientos
En el lago de leones,
Que lo son mis pensamientos.
Teniendo hambre Daniel,
Comió del pan de Abacú;
Ave santa de Gabriel,
Dame otro profeta tú,
Y comeré yo con él.

Aparece colgado en el aire D. García, vestido de moro, como que le tiene de los cabellos una mano.

Colgada de los cabellos
Veo una nueva ilusión.
Mas ¿quién es el dueño dellos?
No es el famoso Absalón,
Que eran los suyos más bellos.
De un manojo dellos, grueso,
Pende aquel cuerpo importuno,
Y es menester todo eso;
Que aunque Abacú vino uno (2),
Tiene este Abacú gran peso.
Ya os conozco, García infame (3),
Hijo de Alfonso el Cristiano,
Y aunque admirado os recibo,
Á ser cierto el nombre vano,
No me halláredes vos vivo.
Vínome á desengañar
La verdad, que al hombre viene
Del tiempo, y á no aguijar,
Para mí, el brazo que os tiene
Fuera del rey Baltasar.
Con todo, pena me dan
Vuestros sucesos, García;
Que aunque á mi cuenta no están,
Os llamé hijo algún día,
Y habéis comido mi pan.
Mas es sentimiento en vano;
Que Dios, como justo y bueno,
Como os ve tan mal cristiano,
Os cuelga de un brazo ajeno
Por dejaros de su mano;
De donde echaréis de ver
Cuánto mi Cristo os amaba,
Pues su infinito poder,
Aun cuando más os dejaba,
No os quiso dejar caer.
Quiéroos descolgar de ahí,
Porque despacio hablemos.

Va á quererle descolgar, y desaparece.

Desapareció de mí.

VALDIVIA.

¿De qué estás haciendo extremos?

CONDE.

¿Qué estás hablando entre ti?

DON ALFONSO.

¿No vistes á don García?
Él es con quien he hablado.

VALDIVIA.

¿Cuándo?

DON ALFONSO.

Ahora aquí venía,
Por los cabellos colgado.

VALDIVIA.

¡Hermosa melancolía!

DON ALFONSO.

¡Cómo! Qué, ¿no vistes nada?

VALDIVIA.

¿Qué habíamos de ver, señor?
¿Así burlarnos te agrada?

DON ALFONSO.

Mas ¿si me pintó el temor
Aquella imagen borrada?
Mas ¿si lo hizo, acaso,
La intensa imaginación?

VALDIVIA.

Con un capellar de raso,
Bordado de guarnición,
Y un borceguí verde..... ¡Paso!
Iba á decir que le vi
Renegar en este traje;
Mas no lo sepan de mí.

DON ALFONSO.

¡Válgame Dios! ¿Tal linaje
De tentación contra mí?

Sale Zulemán.

ZULEMÁN.

El rey Aldemón te llama,
Que va á la huerta del Rey.

DON ALFONSO.

¿Con quién?

(1) *Menos*, en la primera edición.
(2) *Aquí*, en la primera edición.
(3) Falta la rima.

ZULEMÁN.
Con Dragud.
DON ALFONSO.
¡Qué fama!
ZULEMÁN.
Como ha dejado su ley,
Mucho le estima y le ama.
DON ALFONSO.
Si fuera propio este daño,
¿Qué sufrimiento bastara?
ZULEMÁN.
Muéstrale un amor extraño.
DON ALFONSO.
Ningún perjuicio me daña,
Que era hijo por engaño.
Hay razones encubiertas
Para que le quiera bien.

Sale Izén.

IZÉN.
El Rey espera á las puertas
Del campo.
DON ALFONSO.
Vamos, Izén;
Solo me voy.
CONDE.
No lo aciertas.
DON ALFONSO.
El Rey me hace favor
De veras; no hay que temer.
VALDIVIA.
¿Dónde esperamos, señor?
DON ALFONSO.
Á palacio he de volver.

Vanse, y quedan el Conde y Valdivia.

CONDE.
No quedo sin gran temor.
VALDIVIA.
Yo no; que sé el amistad
Con que el Rey le recibió.
CONDE.
¿De éstos esperas verdad?
VALDIVIA.
En tanto que vuelve ó no,
Vamos á ver la ciudad.

Vanse.

Salen D. García vestido de moro, que será el vestido que sacó cuando se apareció colgado, Aldemón y Audalla.

ALDEMÓN.
En obligación me has puesto,
Noble Dragud, este día.
DON GARCÍA.
Mi interés he hecho en esto;
Y si la ganancia es mía,
Á agradecella estoy presto.
Tal mudanza siento en mí
Después que tu ley bendita
Por milagro recibí,
Que transformé en la mezquita,
En lo que soy, lo que fuí.
Hoy contra el bando cristiano
Verás en mí tal valor,
Que con la lanza en la mano
Te pienso hacer señor
Del leonés y el castellano.
No hagas con ellos treguas;
Haré tu imperio más ancho
Galopeando tus yeguas
Por los reinos de don Sancho,
Y más allá treinta leguas.
A don Alfonso quitó,
Siendo yo de ello testigo,
La corona que heredó;
Y pues despojó á mi amigo,
He de despojalle yo.
ALDEMÓN.
¿Es tu amigo Alfonso?
DON GARCÍA.
Sí.
ALDEMÓN.
Pues tú lo dices, lo creo.
DON GARCÍA.
Tiene alguna parte en mí.
ALDEMÓN.
¿Quieres (1) velle?
DON GARCÍA.
No lo deseo.
ALDEMÓN.
¿Por qué?
DON GARCÍA.
Porque estoy así:
Tiempo fué que pude hablar
Con él con mucha crianza.
ALDEMÓN.
¿Y ya no?
DON GARCÍA.
Ya no hay lugar;
Que esta mi mucha privanza
Le dará mucho pesar.

Salen D. Alfonso, Zulemán é Izén.

DON ALFONSO.
Esta es la huerta en que espera
El Rey. ¡Hermoso jardín!
ALDEMÓN.
¿Y si él á verte viniera?
DON GARCÍA.
Fuera mi rostro un carmín
De vergüenza, si me viera.
ALDEMÓN.
Pues en tu presencia está.
DON GARCÍA.
¡Ay, corazón, ya te hielas!

(1) Hay que pronunciar *quies* para que el verso conste.

DON ALFONSO.
Con esta huerta, que ya
Al descuidado desvelas,
Pero entretiénesme ya.

IZÉN.
Con mucha cuenta ha mirado
Del jardín alguna parte;
Pero dice que han andado,
Naturaleza y el arte,
Con milagroso cuidado.

ZULEMÁN.
Viene tan contento della,
Que de encarecer no acaba
La proporción menos bella.

ALDEMÓN.
Aquí gocé de mi esclava
Cuando no pensé perdella,
De la hermosa Galïana.
La ingrata cautiva, aquí
Vió mi Alteza humilde y llana:
Tratable la poseí,
Pero perdíla tirana.

AUDALLA.
Con mucha cuenta he mira
Alfonso á Dragud el nuevo.

DON GARCÍA.
¡Ah, señor! ¿Con tanta ira
Me miras?

DON ALFONSO.
No te la debo.

IZÉN.
Entre sí mismo suspira.

ALDEMÓN.
Débense de conocer.

ZULEMÁN.
Hablando en secreto están.

DON ALFONSO.
Lloro de verte perder,
Porque comiste mi pan,
Que no debieras comer.

DON GARCÍA.
Mi mucho arrepentimiento
Me disculpa.

DON ALFONSO.
¡Quita, infame!

DON GARCÍA.
Padre, forzóme un tormento.

DON ALFONSO.
Nadie tu padre me llame,
Ni tú, que mientes.

DON GARCÍA.
Si miento,
Dices, señor, la verdad;
Que, aunque como á verdadero
Hijo me hiciste amistad,
No lo soy, pues degenero,
Padre, de tu calidad.

DON ALFONSO.
Poco me importa ese daño;
Ni parentesco, ni amor.

DON GARCÍA.
Tiénete mi culpa extraño.

DON ALFONSO.
¡No soy tu padre, traidor,
Que eres hijo por engaño!
No me llames padre aquí;
Que te haré quemar vivo;
Y no lo soy ni lo fuí.

ALDEMÓN.
¿Conoces este cautivo?

DON ALFONSO.
Pienso que en León le vi.

DON GARCÍA.
Menos mal fuera morir,
Pues cerca la muerte estuvo.

ALDEMÓN.
Él acaba de decir
Que por su amigo te tuvo.

DON ALFONSO.
Díjolo y pudo mentir.
¿Á tantos quilates llega
Hombre que dejó su ley,
Que un Rey su amistad le entrega?
Si yo soy acaso Rey,
Él miente, y el Rey lo niega.
Bien pudo ser que le diese
El título del honor;
Mas aunque de hijo fuese,
Como había de ser traidor,
No quiso Dios que lo fuese.

ALDEMÓN.
Tu amistad tuvo en León,
Y en Toledo la procura.

DON ALFONSO.
Cosas acabadas son,
Después que en esa figura
Le vió mi imaginación.
De los cabellos colgado,
Le vió ansí mi fantasía;
Y aunque le miré agraviado,
No soy Joab, ni venía
Con las tres lanzas cargado.
Que en verlo de tal manera,
Á traer su lanza yo,
Las tres lanzadas le diera,
Imaginando murió
E imaginando muriera.

ALDEMÓN.
¿No le habla con pasión?

AUDALLA.
Sí.

ALDEMÓN.
Con atención le oid.

DON ALFONSO.
Óiganme con atención;
Que ni yo soy su David,
Ni él fué jamás mi Absalón.

ALDEMÓN.
Reclínate entre estas flores,
Porque goces su fragancia.

Asiéntanse todos en algunas flores que estarán allí.

DON ALFONSO.
No me entretienen olores.
ALDEMÓN.
Cualquier buen rato es ganancia;
Dragud se siente á tu lado,
Y anúdese esta amistad.
DON ALFONSO.
Un nudo tuvo apretado,
Mas rompióle la verdad:
No puede durar atado.
ALDEMÓN.
¿No te sientas con tu amigo?

Siéntase D. García junto á D. Alfonso.

DON ALFONSO.
¡Qué vergonzoso te sientas!
DON GARCÍA.
Yo me he sentado contigo.
DON ALFONSO.
¡Calla, villano, no mientas!
DON GARCÍA.
Verdades pienso que digo.
DON ALFONSO.
Aunque como á cosas mías
Te dí parte de mis bienes,
No has quedado el que solías;
Muy otro estás, pues no tienes
El título que tenías.
ALDEMÓN.
No le riñas más, ya basta.
DON ALFONSO.
Quiero obedecerte, Rey;
Que aunque mi paciencia gasta,
Es bien que sea de tu ley,
Pues es también de tu casta.
ALDEMÓN.
¡Ojalá mi hijo fuera,
Porque á Toledo heredara!
Y si mi esclava no huyera,
Quizá no le deseara,
Pues de su edad lo tuviera.
DON ALFONSO.
Di cómo.
ALDEMÓN.
Aquella ingrata,
Pienso que preñada huyó;
Que esta memoria me mata.
DON ALFONSO.
Si la verdad no murió,
Ninguna mujer la trata.
Ya está claro aquel delito
Que confesó mi enemiga.
DON GARCÍA.
Si me ha pesado infinito,
Y como al lagar la viga,
Tengo al corazón contrito,
¿No me querrás perdonar?
DON ALFONSO.
Aun hablarte me da pena.
DON GARCÍA.
Mira que me iré á matar.

Llora D. García.

DON ALFONSO.
Derramarás sangre ajena;
El Rey la puede llorar.
Consuélate, y no estés triste;
Que yo, ni siento ni lloro:
Cosa natural hiciste;
Que si volviste á ser moro,
Á tu centro te viniste.
DON GARCÍA.
Pues procedes tan extraño,
No te espante lo que hiciere.
ALDEMÓN.
¿Vaste?
DON GARCÍA.
Sí, á buscar mi daño.

Vase D. García solo.

DON ALFONSO.
Vete, y haz lo que quisieres;
Que eres hijo por engaño.
Gana de dormir me ha dado:
Rey, con tu licencia, un poco
Quiero dormir arrimado.

Echase D. Alfonso á dormir, arrimado á un árbol.

La pena me tiene loco,
Y peno disimulado.
La dulce vida desdeño.

Levántanse los moros.

AUDALLA.
¡Qué huerta tiene Toledo!
IZÉN.
Y Toledo, ¡qué buen dueño!
ALDEMÓN.
Bueno me puedes llamar,
Pues tan gran ciudad es mía;
Pero muérome en pensar
Que he de perdella algún día;
Mas ¿quién la puede ganar?
IZÉN.
Parece cosa imposible
El perderla Vuestra Alteza,
Porque es su muro terrible,
Natural su fortaleza,
Y su sitio inaccesible.
ZULEMÁN.
El que piensa verla extraña,
Ó lo pretende, ó lo sueña.
IZÉN.
¿No ves que la puso España
En los hombros de una peña,
Cercada de una montaña?

En forma de una herradura,
El Tajo aguija á cercalla;
Que la próvida natura,
Sólo para aseguralla
Quiso ponella en clausura.

ZULEMÁN.

Yo seré de parecer
Que es imposible perdella.

AUDALLA.

Yo, que se puede perder.

ALDEMÓN.

¿Qué razón?

AUDALLA.

Fuera de aquella
Que te dije, y ha de ser,
Puede ganarse Toledo
Sólo con una cautela.

DON ALFONSO.

Sueño, espera; oiré si puedo.

ALDEMÓN.

Audalla, di.

AUDALLA.

¿Si recela?

IZÉN.

Es muy sospechoso el miedo.

ZULEMÁN.

¡Por el sagrado Alcorán,
Que es mucha su fortaleza!

ALDEMÓN.

¿Qué fuerzas la ganarán?

DON ALFONSO.

No duermas, Alfonso: esfuerza,
Que éstos la ciudad te dan.

AUDALLA.

Si tres veces abrasaren,
Los que á Toledo cercaren,
Huerta, olivares y trigo,
Llámame, Rey, tu enemigo
Si luego no la ganaren.

DON ALFONSO.

Buen consejo; ya le oí:
Quiérome fingir dormido.

ALDEMÓN.

En oyéndote, temí.

AUDALLA.

Tu reino, Rey, es perdido,
Necesitándole así.
Es inexpugnable asiento
El que tiene; pero advierte
Que, con este fundamento,
Ninguna ciudad es fuerte
Falta de mantenimiento.

IZÉN.

Gente será menester,
Pero puédese ganar.

ALDEMÓN.

Y yo lo quiero creer;
Que un imposible pesar
Es posible suceder.
¡Don Alfonso aquí! Bien pudo
Escuchar lo que tratamos,
Habiendo el sueño trazado (1).

ZULEMÁN.

No, que duerme.

AUDALLA.

De eso dudo.
Izén, desnuda esa espada (2)
Tras un secreto desnudo.

Desnuda Izén la espada, y hace que le va á dar á D. Alfonso, y él estáse quedo, como que duerme, sin hacer mudamiento.

ALDEMÓN.

¡Que nadie de él se acordó!

IZÉN.

¿Nadie le vió?

ALDEMÓN.

Tengo miedo,
Que, aunque amigo suyo só,
Que si se gana Toledo,
Querrá ser Rey quien reinó.

ZULEMÁN.

Señor, á mi cargo tomo
Que está don Alfonso muerto,
Cuanto y más dormido.

ALDEMÓN.

¿Cómo?

ZULEMÁN.

No es posible esté despierto.

ALDEMÓN.

¡Hola, Izén! Derrite plomo;
Que si de veras dormía,
Lo recibirá en la mano.

Vase Izén.

DON ALFONSO.

¡Ánimo, paciencia mía!

AUDALLA.

Es tu ingenio toledano:
Inventó como temió (3).

ZULEMÁN.

Lumbre tiene el jardinero,
Y tendrá plomo también.

ALDEMÓN.

Si ha de despertar primero.....
Audalla, no viene Izén;
Ya tarda, porque le espero.

Sale Izén con una cazoleta, como que trae plomo en ella.

IZÉN.

Si en una tabla cayese,
Saldrá de la tabla fuego;
Hace que penetre y pase.
. . . . (4).

---

(1) Falta la rima.
(2) Falta la rima.
(3) Falta la rima. Quizá Lope escribió *temía*.
(4) Faltan dos versos.

Alzadle la mano quedo:
Vierte, Izén.

Álzanle la mano, y échanle plomo en ella, y D. Alfonso se levanta y se ata en ella un lenzuelo.

IZÉN.

¡Crueldad ha sido!

DON ALFONSO.

¿Quién me ha muerto?

ALDEMÓN.

No hayas miedo.

IZÉN.

Don Alfonso queda herido.

AUDALLA.

Mas no seguro Toledo.

DON ALFONSO.

Si fué el Rey, ó sea quien fuere
El que procedió tan mal,
Muera, y yo si le creyere;
Que no es amigo leal
El que dormido me hiere.
Quejaréme justamente
De tu palabra rompida;
Que el que se halla presente
A la ofensa, da la herida.
. . . . (1).
Por lo menos, ya está hecho;
Matarme quiso el villano
Que tan gran traición me ha hecho;
Dormido estaba, y es llano
Que iba la herida al pecho,
Y reparé con la mano.
Mas tu crueldad demasiada,
Ganancia fué para mí;
No me quejaré de nada,
Pues me llamarán por ti
El de la mano horadada.
Y así es honra, por mi mal,
La de este nuevo apellido,
Y no la merezco tal,
Pues me la dan por dormido,
Y no por ser liberal.
Y á ti, aunque de penas rabio,
Primero te he de obligar;
Que como ofendido sabio,
Un hijo te pienso dar
En galardón de tu agravio.
Retírate á tu aposento,
Y lee esa información.

Dale D. Alfonso á Aldemón unos papeles, á manera de proceso.

ALDEMÓN.

¿Qué me das, ó con qué intento?

DON ALFONSO.

Rey, pago una sinrazón
Con un agradecimiento.
Pero la ocasión me di
De esta penetrante herida.

ALDEMÓN.

Por no matarte, te herí.

DON ALFONSO.

Pues si me diste la vida,
Poco agravio recibí.

ALDEMÓN.

Yo me retiro á leer,
Á ver qué me puedes dar.

DON ALFONSO.

Acabarás de saber
Que sabe Alfonso obligar
Mejor que tú agradecer.

ALDEMÓN.

Zulemán, Izén, Audalla,
Venid en mi compañía.

IZÉN.

¡Viva Toledo!

AUDALLA.

Cercalla
Bien sabrá Alfonso algún día,
Mas no el modo de ganalla.

Vanse todos, y queda D. Alfonso solo.

DON ALFONSO.

Ya, perros, ya se acabó
Vuestro imperio y majestad;
Que contra vuestra crueldad
Mi sufrimiento bastó.
Todo cuanto he pretendido
Saber, me habéis descubierto;
Que escuché como despierto
Y sufrí como dormido.
Barrenóme el plomo á gotas
La mano, mas no me pesa;
Que yo la haré turquesa
De balas y de pelotas.
Bien la sentí barrenar,
Mas no quise defendella,
Porque os pienso dar por ella
Lo que os pretendo ganar.
Antes estimo la herida,
Porque mi franqueza quiere
Que si por medida diere,
Que esté rota la medida.
Mas ¿qué sirve blasonar?
Que esta fuerza toledana,
Ya yo sé cómo se gana.
Mas ¿cómo la he de ganar?
¿Qué gentes ó qué tesoro
Tengo? ¿Qué rebeldes domo,
Si estoy tan pobre que como
Alimentos de un Rey moro?

Sale el Conde, y humillase.

CONDE.

Rey Alfonso de León,
Déme los pies Vuestra Alteza;
Que por muerte de don Sancho

(1) Parece que falta un verso.

También es tuya Castiella (1).
Quiso ganar á Zamora,
Mas Dios permitió que, en pena
De inobediente á su hermano,
La vida y los reinos pierda.

DON ALFONSO.

Siempre temí de don Sancho
Una desventura de éstas;
Y aunque heredo por su muerte,
¡Vive el cielo, que me pesa!
En Agurlema le dije:
«¡Permita Dios que no sean
Ocasión mis maldiciones
De que este mal le acontezca!»

CONDE.

Los reinos están por vuestros,
Y mi señora, la Reina,
Con un bastón en la mano,
Los conquista y los gobierna.
Con diez mil soldados nobles
Partió á Castilla la Vieja,
Y apoderada de Burgos,
Tomó posesión en ella.
El común os clama á voces,
Los hidalgos os desean,
Y como á David un tiempo,
Os cantan ya las doncellas.
Catorce Grandes lo dicen,
Que vuestra presencia esperan
Para besaros las manos;
Dadles, Rey, vuestra licencia
Para sus buenos deseos

DON ALFONSO.

Conviene que no me vean;
Visitadles de mi parte
Y pedidles que se vuelvan;
Que aunque me espere Castilla,
Y aunque León me obedezca,
No he de salir de Toledo
Si el Rey no me da licencia;
Si no me dice tres veces:
«Vete, Alfonso», nadie crea
Que romperé mi palabra
Aunque mis reinos se pierdan.

CONDE.

El Rey la dará al momento.

DON ALFONSO.

Yo procuraré tenella,
Si no fuere llanamente,
Á lo menos con cautela.
Quemaré sus campos verdes:
Sus moros me lo aconsejan,
Y esta mano horadada
Por momentos me lo acuerda.
¡Válgame Dios, don Fernando,
Cómo los tiempos se truecan!
Ayer pobre, ahora Rey,
Y mañana seré tierra.
Ya no me enloquecen reinos;
Pero si ahora me alegran,
Es por ganar á Toledo
Y servir á Dios en ella,
Y por volver á Ildefonso
Aquella famosa iglesia
Donde le dió la casulla
La Madre Virgen y Reina.
Vamos, don Fernando Ansúrez;
Procuraré la licencia,
Y despedirás los Grandes,
Porque á Castilla se vuelvan.

JORNADA TERCERA.

Sale D. García en cuerpo, con una soga, como que va desesperado, y átala poco á poco á un árbol.

DON GARCÍA.

Con este lazo tirano
Me determino á morir;
No sé si pierdo ó si gano;
Que por no me arrepentir
No he hecho discurso humano.
Pues á tal padre ofendí,
Mi memoria así se borre:
Pues dejé de ser quien fuí,
Que sustentara una torre,
Y no me sustentó á mí.
¿Quién me hace tal amistad,
De mí tan aborrecida?

Ha de echar muchas veces la soga al cuello y como no puede ahorcarse, y estando en esto dice una voz dentro:

VOZ.

Dragud, la Virginidad.

DON GARCÍA.

Daré el batel de la vida
Para mayor tempestad.
Dure el vano pensamiento
Que me persigue cruel;
Y si para más tormento
Me dejan vivir con él,
Por penar más lo consiento.
Mi pecado me dejó
De buenos sucesos pobre,
Y como solo me vió,
Para que en el mundo sobre,
Hasta un árbol me faltó.
¿Quién tan poderoso fué
Que pudo quebrarle?

---

(1) Así lo exige el asonante, aunque la primera edición dice:

Castilla también es tuya.

VOZ.

Hijo,
La Virginidad.

DON GARCÍA.

¿Por qué?
La Virginidad me dijo,
Y es porque no la negué.
Pues si un tan raro suceso
Á un hombre, de pasión ciego,
Le ha sucedido por eso;
Si vino, yo no lo niego,
Que esperaré si confieso.
Pues confieso que ofendí
Á Dios, y me pesa dello
Ya despierto y vuelto en mí,
Y velaré en deshacello,
Pues para hacello dormí.
Bien sabe Dios que, forzado
En un tormento y aprieto,
Negué su nombre sagrado;
Pero, al contrario, prometo
Confesalle atormentado;
Aunque en una duda mía
Me desconsuelo y aflijo:
Y es que cuando me reñía
El rey Alfonso, me dijo
Que á mi centro me volvía.
¿Qué quiso decir en esto
Mi padre? Confuso estoy.

Salen el rey Aldemón, Zulemán, Izén y Audalla.

ALDEMÓN.

Veréis el Príncipe presto.

IZÉN.

¿Cuándo lo supisteis?

ALDEMÓN.

Hoy
He sido dichoso en esto:
Ya tengo hijo en Toledo,
Legítimo sucesor.

AUDALLA.

Por muchos años, señor,
Le goces.

DON GARCÍA.

Huir no puedo;
Acabaré de dolor.

ALDEMÓN.

Mi muy amada cautiva,
Muriendo en León, le dijo
Que el nuevo moro es mi hijo.

IZÉN.

Si es tu hijo con causa priva.

ALDEMÓN.

Y no sin causa intenté
Su conversión.

DON GARCÍA.

¡Caso extraño,
Que fuí hijo por engaño!
¡Tan poca mi dicha fué!
¡Esto es, sin duda, volverme
Á mi centro; de este moro
Soy hijo; perdí el tesoro
Que más pudo enriquecerme!
Por hijo me confesó:
¿Vióse mayor desventura?

ALDEMÓN.

Sucesión tengo segura.

DON GARCÍA.

Y segura infamia yo.

ALDEMÓN.

Sin esperanza ninguna,
Padre de su hijo soy.

DON GARCÍA.

¡Hijo por engaño hoy!
¡Ah rigor de mi fortuna!

ALDEMÓN.

Súpose el caso después
Que murió su ingrata madre.

DON GARCÍA.

¿Que no es Alfonso mi padre,
Y que un rey moro lo es?

ALDEMÓN.

Por este suceso haréis
En Toledo regocijos.

DON GARCÍA.

¡Adiós, legítimos hijos,
Qué ventura que tenéis!
Sin duda en el sacro coro
Se decretó más temprano
Que un hijo tan mal cristiano
Tuviese por padre un moro.
Rey es el moro, es así;
Mas aunque en su gracia estoy,
Mucho va de lo que soy
Á lo que primero fuí;
Mas ninguno de los dos,
Por su hijo han de tenerme;
Que mis obras han de hacerme
Hijo adoptivo de Dios.

ALDEMÓN.

¿Dices que quedaba aquí
Mi hijo?

ZULEMÁN.

Por esta puerta
Del jardín, que estaba abierta,
Entrar apriesa le vi.

DON GARCÍA.

Yo quiero disimular
Y salirle á recibir.
Acaso te oí decir
Que un hijo vas á buscar;
Y yo no he visto persona,
Después de tu Real grandeza,
Á quien llamar pueda Alteza,
Ni que merezca corona.

ALDEMÓN.

Esa corona mereces,
Y ese nombre te se debe.

DON GARCÍA.

¿Qué justa causa te mueve?

ALDEMÓN.
Dame los brazos mil veces.

Abraza Aldemón á D. García.

Desde hoy, por tu padre quedo,
Flor hermosa, en sazón verde;
El de Castilla te pierde,
Y te gana el de Toledo.
DON GARCÍA.
Y ¡que mi fortuna brava,
Tanto mal hacerme quiso!
Sí, que mi madre dió aviso
Que éste moro la adoraba.
AUDALLA.
Y no es negocio dudoso;
Que hay claridad y llaneza:
Por mil años Vuestra Alteza
Goce el título dichoso.
DON GARCÍA.
Y ¡que haga una mujer
Católica tan gran yerro!
Fué cautiva de este perro,
Quísola, ¿qué había de hacer?
AUDALLA.
El venturoso hallazgo
Sea, Príncipe, para bien.
ALDEMÓN.
Mis amigos te le den
De mi Real mayorazgo.
IZÉN.
Mil años, de esa hermosura
Goce tu cuerpo robusto,
Para bien de mucho gusto.
DON GARCÍA.
Tal os dé Dios la ventura.
ZULEMÁN.
Danos la mano Real
Que ha de hacernos mercedes.
DON GARCÍA.
¡Qué poco, fortuna, puedes,
Sino es para hacerme mal!
¿Cómo disimularé
Mi antigua gloria perdida?
¿Qué demostración fingida
De este suceso haré?
Mas ¿qué importa si estoy triste?
Fingir contento quisiera.
ALDEMÓN.
Mahoma te remunera
El servicio que le hiciste.
DON GARCÍA.
¡Oh, nunca yo se le hiciera,
Nunca yo hubiera nacido,
Nunca el padre que he perdido
Por hijo me conociera!
ALDEMÓN.
¡Con qué tristeza quedó!
DON GARCÍA.
¡Ah, ruin suerte! ¡Ah, ruin estrella!
AUDALLA.
Es la gravedad aquella
Que del título nació;
Que como es humano el sér
Del que nace, siempre ha sido,
Como tan recién nacido,
Llorar también al nacer.
ALDEMÓN.
No sé, Dragud, cuándo espero
Que de mejor gusto estés;
¿Que eres mi hijo no ves,
Mi sucesor, mi heredero?
DON GARCÍA.
Que ni soy tu hijo yo,
Tu sucesor, ni soy nada;
Una mujer me parió,
No puedo decir honrada,
Pues tanta honra me quitó.
Tu hijo me llamas hoy,
Y de Alfonso lo fuí ayer;
Mira el estado en que estoy:
Sé qué he dejado de ser,
Pero no sé lo que soy.
ALDEMÓN.
Y ¡que este mozo no estime
La ventura que ha tenido!
DON GARCÍA.
¿No quieres que me lastime
Si en un momento he caído
De un estado tan sublime?
ALDEMÓN.
¿Quien tanta ventura tuvo
Finge tan triste desmayo?
¿Sólo en ser mi hijo estuvo?
DON GARCÍA.
¡Ah, Rey, que sé dónde cayo,
Pero no sé donde subo.

Salen D. Alfonso y Valdivia.

VALDIVIA.
Daréla, ó dará la vida:
¿Eres esclavo del Rey?
DON ALFONSO.
Oblígame á que la pida
Porque la palabra es ley,
Y parece mal rompida.
Mil años dichoso seas,
Famoso Rey de Toledo.
DON GARCÍA.
¡Y que en un moro me empleas!
ALDEMÓN.
Si en los hijos te sucedo,
¿Qué mayor bien me deseas?
DON ALFONSO.
Cuanto intentas, efectúa
La fortuna en tu favor;
Su ley sigue.
VALDIVIA.
¡Linda púa,
El niño renegador!

ALDEMÓN.
Soy, Alfonso, muy dichoso:
Dísteme grandes riquezas.
DON ALFONSO.
¿Cómo no he de hacer franquezas,
Si me tienes manirroto? (1)
VALDIVIA.
¡Lindo modo de fingir!
DON ALFONSO.
Déjame tú negociar,
Pues es puerta el lisonjear,
Por donde se entra á pedir.
DON GARCÍA.
Déjame llegar á hablar
Á mi padre negativo.
ALDEMÓN.
Llega, y honra tu cautivo.
VALDIVIA.
Señor, ¿no te oíste nombrar?
DON ALFONSO.
Su cautivo me llamó,
Cuando á serlo estoy á pique.
VALDIVIA.
Resuélvete, aunque replique;
Que en lo que dijo mintió.
DON ALFONSO.
No se contradice en nada
Un rey si aprueba ó reprueba;
Que lo que afirma ley nueva,
No será ley derogada.
DON GARCÍA.
Heme llegado á pedirte
Perdón del vivir pasado;
Que soy, pues que me has criado,
Criado para servirte.
Y ya que no merecí
El buen título que tuve,
Y como al cerco la nube
Tan presto desparecí,
Perpetuamente he de ser,
En público ó en secreto,
Hijo tuyo en el respeto,
Ya que no lo soy en sér.
Mas dime, así en altas voces
Te veas apellidar,
Y tengas, en mi lugar,
Mejores hijos que goces;
Así por Real blasón
Pongas en dosel y silla,
El castillo de Castilla,
Y de León el león,
Que me digas si es verdad
Lo que el Rey moro me dijo:
Díceme que soy su hijo;
¡Mira qué temeridad!
Si lo fingió tu decoro
Por no mostrarte agraviado,
Ya padre moro me has dado
Por no tener hijo moro.
Tu castigo sólo fué:

Llora D. García, y Alfonso se enternece.

Confieso que se me emplea (1);
Pero déjame que sea
Tu hijo, yo callaré.
DON ALFONSO.
Tiéneme tu llanto lleno
De pena y melancolía;
Propio te gocé algún día,
Y ahora te lloro ajeno.
¿Por qué atormentarme quieres
Con lastimosa crueldad?
No eres mi hijo, es verdad,
Pero en el alma lo eres.
No pienses que lo he fingido
Con malicioso cuidado;
Que, aunque te vi renegado,
Yo te viera arrepentido.
Con notable pena mía
Le rendí al Rey la palabra,
Porque te arranqué del alma (2);
¡Mira si lo sentiría!
Tu madre manifestó
En su muerte este suceso:
Yo te descubrí con eso,
Y el Rey por eso te honró.
DON GARCÍA.
¿Tan rigurosa sentencia
Se pronuncia en los estrados,
De mis delitos pasados
Y mi presente inocencia?
¿Tan gran pérdida es la mía?
¿Tan lamentable mi mal?
Venga la noche mortal,
Máteme en medio del día.
DON ALFONSO.
Lo que digo es verdad llana:
Hoy te acabo de perder.
DON GARCÍA.
Todo se puede creer,
Que tuve madre liviana;
Pero, pues por ti me rijo,
Mira que soy violentado;
Admíteme por criado,
Pues no merezco por hijo.
Y si al nombre soberano
De Cristo perdí el decoro,
Finge que llevas un moro
Que va á volverse cristiano.
De algunos gustos te acuerda
Que te dió mi mocedad.
DON ALFONSO.
Honra la Virginidad:
No hayas miedo que se pierda.

(1) Falta la rima.

(1) *Implica*, dice la primera edición.
(2) Falta la rima.

DON GARCÍA.
Qué, ¿tan sin dicha nací?
¿Tan sin recato mi madre,
Que no he de llamarte padre?
¡Ay, padre, que te perdí!
¡Ay, triste, y suceso extraño!

Abraza García á Alfonso.

DON ALFONSO.
¡Paso, que te va tu honor!
DON GARCÍA.
Padre serás de dolor,
Pues fuí hijo por engaño
ALDEMÓN.
¿Qué es esto?
IZÉN.
Están abrazados.
VALDIVIA.
Bien tiene por qué llorar.
DON ALFONSO.
No muestres tanto pesar.
DON GARCÍA.
Pesa mucho un mal pasado.
ALDEMÓN.
Vete, Alfonso, vete presto.
DON ALFONSO.
Valdivia, dos veces son.
ALDEMÓN.
Vete.
DON ALFONSO.
Tres son; no hay traición,
Mi fe se cumplió con esto;
Pero aun quiero que confirme
Más esta licencia mía;
Que hoy es el dichoso día,
Valdivia, en que tengo de irme.
¿Que hay en mí, que te inquietas?
¿Tres veces me mandas ir? (1).
ALDEMÓN.
Tres veces y ciento, vete,
Que tú á mi hijo me inquietas (2).
DON GARCÍA.
. . . . (3).
No quiero ese nombre, Rey,
Ni tu favor, ni tu ley,
Ni tus telas, ni tus rentas,
Ni tu reino, ni tu herencia;
Guarda tú cuanto me das.
¡Paciencia quisiera más,
Que he menester gran paciencia!
Voy á pedírsela á Dios,
Y á ti no te pido nada.

Vase D. García.

(1) Falta la rima.
(2) Consonante repetido.
(3) Falta un verso.

ALDEMÓN.
¡Oh rapaz! Dadme esa espada;
¡Muera, matadle los dos!
DON ALFONSO.
Espera, Rey: no te enojes;
Que es muchacho, y no me espanto
De verle extraño hasta tanto
Que obras de padre le hagas (1).
ALDEMÓN.
¡Buena consideración!
Premio por ello mereces.
DON ALFONSO.
¿Que me enviaste tres veces?
¡Qué mal pagas mi afición!
ALDEMÓN.
No puedo yo aborrecerte;
¿No me eres amigo fiel?
Perdona, que voy tras de él.

Vanse todos, y quedan D. Alfonso y Valdivia.

DON ALFONSO.
Y yo tras mi buena suerte.
¿Qué te parece, he cumplido
Con la palabra que dí?
VALDIVIA.
Y ¿podemos irnos?
DON ALFONSO.
Sí.
VALDIVIA.
Brava ventura has tenido.
¡Ea, pues, á prevenir!
Salgamos de la ciudad.
DON ALFONSO.
¿Con esa publicidad
Piensas que nos hemos de ir?
Pues si el Rey fuera del muro
Nos coge, todo acabó (2).
VALDIVIA.
¿Y la licencia?
DON ALFONSO.
Sirvió
Para no salir perjuro.
VALDIVIA.
Si hay peligro en la salida,
Guardarnos es negociar.
DON ALFONSO.
Si me salen á buscar,
Pongo al tablero la vida.
¡Oh Virgen Santa María!
¿Que haré? Un remedio.....
VALDIVIA.
¿Y es?
DON ALFONSO.
Hierra un caballo al revés.
VALDIVIA.
¡Brava estratagema!

(1) Falta la rima.
(2) *Se acaba*, en la edición antigua.

DON ALFONSO.

Es mía.
De ésta me voy, y me quedo;
Que por la huella el infiel,
Ha de pensar que entro en él,
Cuando salga de Toledo.

VALDIVIA.

¿Y la guarda de las puertas?

DON ALFONSO.

Su muerte esta noche aguarda.

VALDIVIA.

Pues ¡hierro, y muera la guarda;
Que esa es la traza más cierta!

DON ALFONSO.

Avísale á don Fernando
Que en saliendo el sol se ausente.

VALDIVIA.

Y ¿podrá públicamente?

DON ALFONSO.

Como que se va paseando.
Si esta ciudad, Rey del cielo,
Os gano, una losa fundo
Adonde el rey Recisundo
Cortó de Leocadia el velo.
Mirad que parece mal,
Alta Majestad bendita,
Que llame el Moro mezquita,
Una iglesia catedral.
Hacedme vos vencedor,
Y ya que en Toledo extraño
Dejo un hijo por engaño,
Gane un hijo por favor

Vanse, y tocan cajas, y sale gente delante, y detrás el Rey de Navarra y la reina D.ª Constanza, con espada ceñida y bastón, y Simón, labrador.

DOÑA CONSTANZA.

No he de volver á León
Sin Alfonso, mi marido,
Que está en Toledo en prisión.

REY.

Bien se ve que le ha tenido
Lealtad y firme afición.

DOÑA CONSTANZA.

¿Qué gente llevo?

REY.

Bastante
Para cualquier interpresa;
Pero lo más importante
Es la de á caballo.

DOÑA CONSTANZA.

En ésa
Llevo un muro de diamante.

REY.

Con infantes y jinetes,
Catorce mil llevarás.

DOÑA CONSTANZA.

Mucha gente me prometes.

REY.

Algunos millares más
Te pienso dar que sujetes.

DOÑA CONSTANZA.

Con esa apariencia puedo
Pretender cualquier partido;
Fuerte es la ciudad, concedo,
Mas yo voy por mi marido,
Y no á cercar á Toledo.
Y de camino sabré
Del bastardo don García,
Á quien mi hija entregué,
Quién la tiene ó quién la cría,
Y luego descansaré;
Que, aunque soy Reina, con eso
Vivo miserable vida,
Pues no puede haber suceso
Bueno de una hija perdida
Y un tan buen marido preso.
Venga el huésped que me ha honrado
Esta noche en esta aldea.

SIMÓN.

Aquí estoy á tu mandado.

DOÑA CONSTANZA.

Toma, amigo, esta cadena (1)
Por la cena que me has dado.

SIMÓN.

Que no te cures de nada;
Con la merced que me han hecho,
Nunca en mi choza esperada,
Quedo rico y satisfecho
De la mesa y la posada;
Que estas joyas no son buenas
Para mi cuello, que goza
Menos oro y menos penas.

DOÑA CONSTANZA.

Llama á tus hijos.

SIMÓN.

¡Aldonza (2),
Urraca!

Sale Urraca, de labradora.

URRACA.

¿Qué nos atruenas?

SIMÓN.

¿Qué es de Aldonza, dónde queda?

URRACA.

En Fuentes está mi hermana,
Labrando un garvín de seda.

DOÑA CONSTANZA.

¿Viste tan bella aldeana?

REY.

Dudo yo que verse pueda.

SIMÓN.

Besa á la Reina los pies.

URRACA.

¿No bastará que la abrace?

DOÑA CONSTANZA.

Con que los brazos me des,
El alma se satisface.

---

(1) Falta la rima.
(2) No es consonante de *goza*.

URRACA.

Allá van; tomadlos, pues.

Abrázanse ambas.

REY.

Vencerá tu talle y cara
Un corazón de diamante.

DOÑA CONSTANZA.

Urraca, mucho gustara
Que tu famoso semblante
Esta vez me acompañara.

SIMÓN.

¡Que aun cuando no la conoce,
Se inclina tanto á querella!

DOÑA CONSTANZA.

¿Cuántos años tiene?

SIMÓN.

Doce.

URRACA.

Padre, déjeme ir con ella,
Así larga vida goce;
Que poca falta haré en casa.

REY.

Por horas mi amor renueva.

URRACA.

Guardará su hacienda escasa,
Y pues la Reina me lleva,
Haga cuenta que me casa.

SIMÓN.

Y ¿qué haré yo sin ti,
Que eres mis pies y mis manos?

REY.

En toda mi vida vi
Agradables aldeanos
Como los que he visto aquí.

DOÑA CONSTANZA.

No os está mal que conmigo
Vaya vuestra hija bella.

REY.

Acepta el favor, amigo.

SIMÓN.

Antes miráis mucho en ella,
Y por eso contradigo.
Hame dado mucha pena
Veros con tanto fervor;
Y una mujer, mejor suena
En su casa con honor,
Que con riqueza en la ajena.
Pues sabed que es principal,
Aunque la veis en la aldea;
No os engañe aquel sayal.
. . . . (1).

REY.

Luego ¿no es tu hija?

SIMÓN.

¿Mía?
¡Pardiez, que dijo un garzón
Que aquí me la trajo un día,

(1) Faltan dos versos.

Que es lo bueno de León!

DOÑA CONSTANZA.

¡Válgame Dios! ¿Qué sería
Si fuese Urraca la prenda
Que al fugitivo bastardo
Dió su madre en encomienda?

REY.

De su corazón gallardo,
Tal es razón que se entienda.

DOÑA CONSTANZA.

Decidme, ¿qué puede haber
Que os la dieron á criar?

SIMÓN.

Ella vino á mi poder.....

DOÑA CONSTANZA.

¿Qué tiempo?

SIMÓN.

Al segar el pan;
Por Julio debió de ser,
Día de la Magdalena.

DOÑA CONSTANZA.

¿Hay mayor ventura? (1).
No puedo creer que es mía.

SIMÓN.

Y porque dicen que el cura
Predicó á misa aquel día,
Y aun nos dijo en el sermón
Que al rey don Alfonso el bueno
Le habían quitado á León.

DOÑA CONSTANZA.

¡Válgame Dios: tengo lleno
De alboroto el corazón!
No quiero saber ahora
Más; que no cabe en el pecho
Tanto bien tan á deshora
Mucha merced le habéis hecho.

SIMÓN.

Harto me cuesta, señora,
Mas doilo por bien gastado,
Pues con la prenda me quedo.

DOÑA CONSTANZA.

Decid, mayoral honrado,
Á cercar voy á Toledo,
¿No iréis vos por mi soldado
Y acompañaréis también
Á vuestra hija?

REY.

Buen hombre
No echéis de vos este bien.

SIMÓN.

No hay cosa que más me asombre
Que es guerra.

DOÑA CONSTANZA.

Un caballo os den,
Y serviréis en la paz;
Vuestra hija, en mi carroza
Irá muy á su solaz.

SIMÓN.

Ya digo, honrada es la moza.

(1) Este verso es corto.

REY.
Digo que estás pertinaz.

SIMÓN.
Qué, ¿querríades vos que fuera
Como la que se derrama
Por ese mundo, ramera?

DOÑA CONSTANZA.
Pues ¿cómo al Rey de Navarra (1)
Le habláis de aquesa manera?

SIMÓN.
¡Oh! Qué, ¿Rey es su merced?
Perdone Su Señoría;
Como viene ansí, pensé
Que con otro hombre lo había;
Y por amor de él, yo aceto
El servicio que me hace,
Porque le debo respeto.

REY.
La voluntad se agradece (2).

SIMÓN.
Ésa, con obras prometo.

DOÑA CONSTANZA.
Rey de Navarra, á marchar
Toquen, y él se parta (3).

SIMÓN.
Vamos á mundanear,
Urraca.

DOÑA CONSTANZA.
Por nuestra carta
Será franco este lugar.

Vanse todos, y salen el rey Aldemón, Audalla y Zulemán.

ALDEMÓN.
¿Es posible que rompió
Tan solemne juramento
Y que de Toledo huyó?
Buscadle de ciento en ciento,
Mirad por dónde salió.

AUDALLA.
Más de cuatro mil espías
En su seguimiento van.

ALDEMÓN.
¡Á tantas mercedes mías,
Tan mal galardón le dan!

ZULEMÁN.
No sin gran razón temías.

ALDEMÓN.
¿Cuánto mejor fuera, Audalla,
Matar al traidor leonés?

AUDALLA.
Señor..... (4).

ALDEMÓN.
Váyase, y gane después
La ciudad, si ha de ganalla;
Que pues que ya te creí,
Cualquier mal que me acontezca
Es muy poco para mí.

Sale Izén, moro.

IZÉN.
No es posible que parezca:
Tras don Alfonso salí
Deseoso de alcanzallo,
Y por el ancho arrabal,
Por ningún camino hallo,
Señor, rastro ni señal,
Ni herradura de caballo.

ALDEMÓN.
Corrido y burlado quedo;
Cierta salió mi sospecha.

IZÉN.
Sólo hallé, á la luz del miedo,
Una huella recién hecha
Que viene á entrar en Toledo.

ALDEMÓN.
Muy bien así me aseguro
Del mal que se me pretende.

IZÉN.
Que no pude más te juro.

ALDEMÓN.
Huella que entra, no me ofende;
Huella que salga, procuro.
¡Toledo se pierde hoy:
Hoy Mahoma se destierra
De España; perdido soy!

Sale D. García, desnudo el medio cuerpo, con un haz de leña y un cuchillo grande en la mano.

DON GARCÍA.
Muy mal me hallo en tu tierra,
Cuanto ha que en ella estoy:
Ya dejé las vestiduras
Con que mi cuerpo aderezas;
Que, aunque tú honrarme procuras,
Sin Dios, todas tus riquezas
No las tengo por seguras.
Yo soy cristiano á pesar
Del mundo; perdona, Rey,
Porque he de perseverar
En la verdadera ley
Que comencé á profesar.
Y si el que tu ley desdeña
Merece morir por suerte,
Á ser Abraham te enseña;
Como Isaac vengo obediente (1),
Veis aquí cuchillo y leña.
De cualquier tormento extraño
Que me quieras dar, no huyo;
Que soy, para mayor daño,
Verdadero hijo tuyo,
Y de Alfonso por engaño.

(1) Falta la rima.
(2) Falta la rima.
(3) Verso corto.
(4) Verso incompleto.

(1) Falta la rima.

Si me hiciste renegar,
Sin voluntad renegué;
Cristo es mi Dios, y en su altar,
Como fiel suyo, tendré
Su santo cuerpo en manjar.
De aquel Cordero inocente,
Que admite al que se arrepiente,
Perdón de mi culpa espero;
Que Cristo es Dios verdadero,
Y el falso Mahoma miente.

AUDALLA.

Si esta blasfemia permites,
Has de perder la ciudad.

IZÉN.

De esto, ¿qué disculpa admites?

DON GARCÍA.

Lo que digo es la verdad,
Aunque mi mal solicites;
Digo que el falso Mahoma
Os engaña y os condena.

ZULEMÁN.

Mira, Rey, qué enmienda toma.

DON GARCÍA.

Su ley, de mentiras llena,
Más que de culpas Sodoma,
Su Alcorán falso, desprecio.

IZÉN.

Semejantes pecadores
Pierden los reinos.

DON GARCÍA.

¡Qué necio!
. . . . (1).

AUDALLA.

Rey, si no aplacas á Alá
Con su muerte, eres perdido.
Dale esa vida, y quizá
El castellano escondido
Á su padre volverá.

ALDEMÓN.

Ya la paciencia perdí
Contra ti, y te juzgo extraño;
Que pues para Alfonso aquí
Fuíste hijo por engaño,
Eso será para mí.

AUDALLA.

Bien dices.

ALDEMÓN.

¡Á un hijo ingrato
Tengo de sacrificar!
¡Muera el paternal recato!
Porque me ha de castigar
Mahoma si no le mato.
Ley es nuestra que el blasfemo
Muera al momento por ello:
Quiero al hijo, ya le temo,
Por mi mano le degüello,
Y degollado, le quemo.

AUDALLA.

¡Mire todo el horizonte

(1) Faltan dos versos.

Un Rey que justicia enseña!

ALDEMÓN.

¡Blasfemo, á morir disponte!

DON GARCIA.

Tú el cuchillo, y yo la leña,
Hemos de llevar al monte.

ALDEMÓN.

Carga la leña tú, y vamos,
Y dame á mí tu cuchillo.

Toma la leña D. García, y dale á Aldemón el cuchillo.

DON GARCÍA.

¡Por vos muero, Cristo mío!

ALDEMÓN.

¡Mahoma, tu gloria vive
Por mí!

ZULEMÁN.

¡Gran paso!

DON GARCÍA.

Vamos (1).

Vanse, y tocan cajas, y salen D. Alfonso y el Rey de Navarra, y D.ª Constanza, D. Fernando Ansúrez, Valdivia, Simón y Urraca, de labradores, y soldados.

DON ALFONSO.

Ya que tu prudencia ha sido
Tan grande, noble Constanza,
Que á rescatarme has venido,
Y con la mayor pujanza
Que jamás Rey ha tenido,
Pues eres única y sola,
Y tus pies el mundo pisa
Cuanto tu cruz enarbola,
Hagamos alguna empresa (2)
Con esta gente española:
Pienso que ha llegado el día
En que vuelva esta ciudad
Á la imperial Monarquía.

CONDE.

¡Hola! ¡Ha del campo, ojo alerta! (3).

DON ALFONSO.

Constanza, Toledo es mía,
Y más con vuestro favor,
Famoso Rey de Navarra.

REY.

Vuestro soldado menor.....

DON ALFONSO.

No he de salir de la tierra (4)
Sin nombre de vencedor.
Y vos, famosa aldeana,
¿En qué servicio venís?

URRACA.

De la Reina castellana.

(1) No consta este verso, y carecen de rima los anteriores.
(2) Falta la rima.
(3) Idem.
(4) Idem.

DON ALFONSO.
De un buen rostro os servís.
DOÑA CONSTANZA.
Sirve de muy buena gana.
Con mil sospechas estoy (Aparte.)
Que es Princesa de Castilla;
Pienso que su madre soy,
Mas no quiero descubrilla:
Disimularé por hoy,
Hasta ver si don García
Nos declara esto mejor.
. . . .
REY.
La puerta de la ciudad
Que mira hacia Mediodía,
Con alboroto se cierra.
DON ALFONSO.
Pienso que á la mira están:
Arda en fuego de alquitrán
Cuanto produce la tierra;
Arda la verde arboleda,
Hasta aquí del fuego exenta,
Hasta el moral que sustenta
El gusano de la seda;
Ardan las mieses del trigo,
Los montes de claro en claro;
Que éste es el consejo caro
Que me vendió mi enemigo.
De esta suerte he de cobrar
La ciudad tiranizada;
Pues me dió mano horadada,
Deme Toledo qué dar.
REY.
Fácil te será rendilla
Si la combaten por miedo.
DON ALFONSO.
¡Arda el campo de Toledo!
TODOS.
¡Vivan Alfonso y Castilla!
REY.
Bien ejecutan el bando;
Como ley tuya se guarda.
DON ALFONSO.
Y la misma ciudad arda;
Quémese en no la entregando.

Asómanse á las murallas, alborotados, Audalla y Zulemán.

AUDALLA.
Los olivares se arden.
ZULEMÁN.
Todo el trigo
Se abrasa. ¡Incendio extraño!
AUDALLA.
Cercado tiene el pueblo el enemigo;
Alfonso es éste, cierto es nuestro daño.
DON ALFONSO.
Estratagemas de la guerra ha sido.
Decidle al Rey.....
VALDIVIA.
Que es un perro galgo.
DON ALFONSO.
Que Alfonso tiene su ciudad cercada.
VALDIVIA.
Alfonso, el de la mano horadada.
DON ALFONSO.
Decidle que por deleite
Quemó Alfonso á su enemigo,
En las espigas el trigo,
Y en el olivo el aceite.
AUDALLA.
Ya sabe tu ingratitud
El Rey, ¿piensas que lo ignora?
DON ALFONSO.
¿En qué se entretiene ahora?
ZULEMÁN.
Está falto de salud;
Por eso no sale á verte
Y agradecerte el cuidado
Con que el suyo le has pagado;
Que hay mucho que agradecerte.
AUDALLA.
¡Mal haya el perro que así
Te enseñó á ganalla! (1).
DON ALFONSO.
Tú me lo enseñaste, Audalla,
Y dormido lo aprendí.
Dirásle á ese Rey tirano
Que ésta es venganza que tomo
De aquellas gotas de plomo
Que Izén me vertió en la mano;
Y que aquel consejo fiel
Que tú me diste tan claro,
Pues que me costó tan caro,
Quiero aprovecharme de él.
AUDALLA.
Luego ¿entonces no dormías?
Pues es tuya la ciudad.
DON ALFONSO.
No será gran novedad,
Que otras mayores son mías.
AUDALLA.
Habrá de cumplirse así,
Que lo ordena el cielo santo;
Mas el Rey, que te honró tanto,
Muere quejoso de ti.
Y pues con tal villanía
Su franqueza agradeciste,
Una joya que le diste
Muy de tu mano, te envía.

Descúbrese una cortina, y allí estará una caja, y dentro D. García, herido en la garganta y todo lleno de sangre.

En esa caja verás,
Ingrato Alfonso, cuál es,
Y dice que se la des
Á otro que la estime en más.
DON ALFONSO.
¿Qué es lo que me envía aquí?

(1) Este verso no consta.

AUDALLA.
¿De eso dudas? No eres cuerdo.

Abre D. Alfonso la caja, y túrbase, y D. García se sienta en ella.

DON ALFONSO.
¡Vive Dios, que no me acuerdo
Si alguna cosa le dí!
¡Extraña visión!

DON GARCÍA.
¿Extraño
Te he parecido, señor?
Padre serás de dolor:
Tu hijo soy por amor,
Ya que lo fuí por engaño.

DON ALFONSO.
Sólo en verle me da miedo:
¿Cúyo es tan cruel extremo?

ZULEMÁN.
En ese mozo blasfemo
Te hirió el Rey de Toledo:
Del gran profeta Mahoma
No sé qué blasfemias dijo,
Y el Rey, en su propio hijo,
Aquesta venganza toma;
Pero con tan gran pasión
Del nuevo amor paternal,
Que aquesa herida mortal
Se la dió en el corazón,
Porque de puro pesar
Está á punto de morir

DON ALFONSO.
Por mí le podéis decir
Que no me pudo enviar
Presente de más estima:
Aunque por un modo extraño
Siendo hijo por engaño,
Como propio me lastima.

Sale Izén al muro.

IZÉN.
Moros, ¿qué hacéis en el muro?
Mirad que vuestro Rey muere.

VALDIVIA.
Irse con Mahoma quiere,
Por estar allá seguro.

IZÉN.
Con voces muertas os llama.

DON ALFONSO.
Hoy, Toledo, os restituyo.

IZÉN.
De un ingrato huésped suyo
Se está quejando en la cama,
Y dice que siente más
Su ingratitud que la muerte.

DON ALFONSO.
Si él me culpa de esa suerte,
Mano que horadada estás,
Tú me disculpa con él;
Que no es diferente trato
Que halle huésped ingrato
El que fué huésped tan fiel.

AUDALLA.
Vamos á verle morir.

IZÉN.
No sé si podréis llegar.

Vanse los moros.

DON ALFONSO.
Y volvedme á coronar,
Moros que os veis destruir.
Y vos, noble don García,
¿Qué suceso es éste?

DON GARCÍA.
Bueno;
Muero de contento lleno,
Rey, en tu ley y la mía.
Y pues llegué á tu presencia,
Y la Reina mi señora
Me tiene presente ahora
Tras tantos meses de ausencia,
Le quiero dar cuenta aquí
De una hija que me dió.

DOÑA CONSTANZA.
¡Mi desengaño llegó!

DON GARCÍA.
El triste suceso vi.
En León me cautivaron,
Cuando en los brazos tenía,
Nacida de aquesta noche,
La ínclita Reina tu hija.
Moros de paz me prendieron,
Que á una embajada venían;
Que aun no es segura la paz
Para los hombres sin dicha.
Yo les supliqué llorando
Que, pues llevaban cautiva
Mi libertad, me dejasen
Dar á un ama aquella niña;
Y movidos de mis quejas,
Que mueven si son oídas,
Me dejaron que la diese,
Aunque matarla querían.
Y en una pequeña aldea,
De León casi diez millas,
La dí á un mayoral honrado,
Que ahora la tiene y cría.
Yo vine preso á Toledo,
Donde en quince años de vida
He tenido mil sucesos,
Y en ellos cien mil desdichas.
Bien lo sabe el rey Alfonso,
El rey Alfonso lo diga;
Para quien no sabe el caso,
Esta muerte lo publica.
Como católico muero,
Porque la secta maldita
Del engañoso Mahoma
Nunca la seguí en mi vida.

DOÑA CONSTANZA.

Llega á ver si te conoce,
Simón.

SIMÓN.

¿Me conoces, García? (1)

DON GARCÍA.

¡Oh Simón! ¿Qué es de la Infanta?

DOÑA CONSTANZA.

Alfonso, Urraca es tu hija.

DON GARCÍA.

Éste es Simón, Reina insigne,
El que vuestra hija cría:
Con buena fe me la distes,
Vuélvoosla con ella misma;
Y con esto, adiós, que parto
Á dar cuenta de mi vida.
¡Santo Redentor del mundo,
En vuestras manos benditas,
Clavadas por mis pecados,
Encomiendo el alma mía!

Muere D. García: el rey Alfonso y los demás, lloran.

DON ALFONSO.

¡Ya murió! ¡Ay de mí! (2).
¡El corazón me lastima!

DOÑA CONSTANZA.

¡Grande compasión me ha dado!

REY.

Extraño suceso es éste.

DOÑA CONSTANZA.

Aquésta, Rey, es tu hija.

REY.

Para bien, Infanta hermosa,
Seáis Reina de Castilla.

SIMÓN.

¿Qué os parece, Urraca, de esto?

URRACA.

Á vos os debo la vida,
Y no me hallaréis ingrata
Á la merced recibida.

VALDIVIA.

¿Que esta pastora es mi ama?

Híncase de rodillas á la princesa D.ª Urraca.

Dad'e al humilde Valdivia
Los pies á besar, señora;
Pero basta la basquiña.

DON ALFONSO.

Este suceso dichoso,
Venturoso don García,
No le lloro yo, por cierto,
Pues nos honra y acredita.
Comistes pan á mi mesa,
Y al fin en vuestra hidalguía
Hizo impresión, como es justo,
La católica doctrina.
Mártir os llame Toledo,
Mi hijo os llame Castilla;
Que el tener tal hijo yo,
Lo tendré por mucha dicha.

VALDIVIA.

De la ciudad sale ahora
Un escuadrón enlutado.

DON ALFONSO.

El Rey, sin duda, ha expirado,
Y el pueblo se enluta y llora.

VALDIVIA.

Fuése á cenar con Mahoma;
Acá cenará mejor.

Salen Audalla, Zulemán é Izén con luto y muy tristes.

AUDALLA.

Magnífico triunfador,
Que reyes y reinos doma,
Ya que en tal necesidad
Nos pone el hado y nos pones,
Con estas tres condiciones
Se te entrega la ciudad.

DON ALFONSO.

Cuales fueren las concedo.

AUDALLA.

Que saquen libres los moros
Sus haciendas y tesoros,
Si se fueren de Toledo,
Es la una.

DON ALFONSO.

Francamente
Salga el que salir gustare;
Que todo lo que llevare
Se le deja francamente.

IZÉN.

La segunda condición
Es, que los que se quedaren,
Y ser sujetos gustaren
A tu imperio y sujeción,
Puedan vivir en su ley
Sin estorbo de enemigo.

DON ALFONSO.

Á esa condición obligo
Mi palabra como Rey.

ZULEMÁN.

La condición tercera es,
. . . . (1)
Que los moros que ansí
Quedaren por esta vez,
Tengan aparte su juez.

DON ALFONSO.

También lo hallaréis en mí;
Cualquier franqueza os es dada
Que gozéis en vuestra ley;
Que doy al fin como Rey
Que tiene mano horadada.

(1) No consta este verso.
(2) Idem íd.

(1) Faltan versos.

AUDALLA.
Pues la gran Toledo es tuya,
Gózala por largos años.
Sucesos han sido extraños;
Pero ¿quién hay que los huya?

IZÉN.
¡Viva Alfonso, vencedor
De Toledo!

DON ALFONSO.
Á Dios se den
Las gracias por este bien.

DOÑA CONSTANZA.
¿Quién le recibió mayor?

TODOS.
¡Alfonso viva en Toledo,
Alfonso, el gran vencedor!

DON ALFONSO.
Al santo abad fray Bernardo,
Por su Arzobispo le elijo.

DOÑA CONSTANZA.
¿Sábelo?

DON ALFONSO.
Ya se le dijo;
Sólo que lo acepte aguardo.
Aunque cuando le nombré,
Muy de veras se rió;
Pero prometílo yo,
Y así se lo cumpliré.

REY.
El Rey de Navarra espera
Otra merced.

DON ALFONSO.
Cualquier cosa

REY.
Pide á Urraca por esposa.

DON ALFONSO.
Esa merced te pidiera
Yo mismo, si tu nobleza
Á pedir no se allanara.

SIMÓN.
Lleváis una buena cara.

REY.
Soy esclavo de Tu Alteza.

URRACA.
Soy vuestra.

VALDIVIA.
¡Qué bien están
Rey de Toledo y León!

REY.
Entremos, y de Aldemón
Las obsequias se harán.

DON ALFONSO.
Y yo depositaré
Al dichoso don García
En el Carmen, hasta el día
Que otro sepulcro le dé.

AUDALLA.
Entra á darnos nuevas leyes,
Pues Toledo se aventaja.

DON ALFONSO.
Alzad, primo, de esa caja;
Vaya al hombro de dos Reyes.

Llevan D. Alfonso y el Rey de Navarra el cuerpo de D. García.

DOÑA CONSTANZA.
Con esa joya cristiana
No temo futuro daño;
Y aquí *El Hijo por engaño*
Muere, y Toledo se gana.

FIN.



LA VARONA CASTELLANA

COMEDIA FAMOSA

DE

LA VARONA CASTELLANA

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES

El Infante D. Vela.
Ordoño, *escudero.*
Álvaro Pérez.
Luján, *escudero.*
Don María Pérez.
Don Juan de Mendoza.
Gómez Pérez.
Celia, *dama.*
Don Pedro de Lara.
Don Esteban.
El Rey de Aragón.
La Reina de Castilla.
Don Pedro Anzures.
El Rey Alfonso, *muchacho.*
Ruy de Biedma.
Alí, *rey moro.*
Zayde, *rey moro.*
Reduán, *rey moro.*
Rufino, *bravo.*
Andronio, *bravo.*
Tres soldados.
Un león.
Un leonero.
Un villano.
Un notario.
La guarda.

ACTO PRIMERO.

Salen el infante D. Vela y Álvaro Pérez.

VELA.
Alborótase Castilla
Con tener Rey de Aragón;
Que su altiva condición
Piensa que afrenta y humilla.
Casó con Alfonso Urraca,
Teniendo Castilla Rey.
ÁLVARO.
¿De qué derecho esa ley
El Rey aragonés saca?
VELA.
Si tenéis Rey, castellanos,
¿Cómo otro Rey permitís?
No digo á vos, que vivís
Con vuestros nobles hermanos
Aquí, lejos de la corte;
Pero aquellos caballeros
Que son tan malos terceros
De lo que á Castilla importe.
El Conde don Pedro Anzures
Hizo aqueste casamiento.
ÁLVARO.
De mi honrado pensamiento
Deseo que te asegures.
Siempre me pareció mal;
Y si te llama el de Lara,
Acompañarte me holgara
De obligación natural;
Que debo al Rey castellano
Lealtad, y temo que el cebo
De reinar, del Rey mancebo,
Quite el cetro de la mano;
Que por quedar con Castilla,
Querrán hacerle traición;
Pero en aquesta ocasión,
Aunque os cause maravilla
Ver que me quedo en mi aldea,
No puedo de ésta salir.
VELA.
Pues pésame que el partir

Conmigo imposible sea;
Que el haber yo aquí venido,
Fué porque el Conde de Lara
Me escribió que aquí os buscara;
Tanto os ha amado y querido,
Que no intentará amparar
Al niño Rey castellano
Sin vos y sin vuestro hermano.

ÁLVARO.

No está ahora en el lugar;
Que anda en ese monte á caza.

VELA.

Poco estimáis el amor
Del Conde.

ÁLVARO.

Cierto temor
Me detiene y amenaza.

VELA.

Creo que no iré á Toledo,
Pues no os llevo.

ÁLVARO.

No es razón,
Pues hay hidalgos que son
Mejores, si yo me quedo.

VELA.

Sois Gómez Pérez y vos
Gran reliquia de los godos;
No los tiene el Conde á todos
Juntos en lo que á los dos.

ÁLVARO.

Señor infante don Vela,
Dejad lisonjas aparte.

VELA.

Vos, Álvaro, sois un Marte:
Tal fama en el mundo vuela.
Y pues el Conde me escribe
Que os lleve, él sabe por qué.

ÁLVARO.

Por la buena ley que sé
Que hoy en su memoria vive
De nuestros antecesores;
Que él conoce este solar.

VELA.

Pienso á Navarra tornar
Sintiendo esos disfavores;
Que cuando el Conde de Lara,
Que á llamaros envió,
No bastara, pensé yo
Que el llamaros yo bastara.
Los hidalgos castellanos
Quieren, como es justa ley,
Poner á su niño Rey
El nuevo cetro en las manos,
Y anular el casamiento
Del Rey de Aragón, que ha hecho,
De todo el reino á despecho,
Contra el castellano intento;
Y en esta grave ocasión
Os quedáis en vuestra villa,
Para que viva Castilla
Sujeta al Rey de Aragón.
Quedad con Dios, que no puedo
Sufrirlo.

ÁLVARO.

Esperad, Infante;
Que pues ocasión bastante
No excusa el ir á Toledo,
Iré á llamar á mi hermano
Al monte, y daremos traza
Para que deje la caza
Y sirva al Rey castellano.

VELA.

Los brazos me dad mil veces.

ÁLVARO.

Mas con una condición:
Por las guerras de León
Tuvo Castilla jüeces;
Mientras el Rey sea de edad,
Elegid gobernador.

VELA.

Allá lo diréis mejor
En Cortes de la ciudad.

ÁLVARO.

Pues una merced me haced,
Que habéis de posar conmigo
Mientras voy al monte.

VELA.

Digo
Que recibo esta merced.

ÁLVARO.

No es para vos muy decente
El solar de Villañane,
Pero es razón que se humane
Vuestro valor excelente
Á nuestra humilde posada,
Como quien va de camino.

VELA.

¿El monte es lejos?

ÁLVARO.

Vecino
Á la villa.

VELA.

Eso me agrada.
Id con Dios.

ÁLVARO.

¡Hola, Luján!

Sale Luján, escudero.

LUJÁN.

Señor.....

ÁLVARO.

Escuchad aparte.
¿Dónde está mi hermana?

LUJÁN.

En parte
Que apenas verla podrán
Los mismos rayos del sol.

ÁLVARO.

Pues no la vea don Vela:
Andad siempre con cautela;
Que es un bizarro español.

LUJÁN.
¿En tu cuarto no ha de estar?
ÁLVARO.
Sí.
LUJÁN.
Pues ¿cómo podrá vella?
ÁLVARO.
No la digáis nada á ella,
Y llevadle á aposentar.
LUJÁN.
¿Estará en tu cuarto bien?
ÁLVARO.
Muy bien.
LUJÁN.
Pues parte en buen hora.
ÁLVARO.
Adiós.

Váyase Álvaro Gómez.

VELA.
Adiós.
LUJÁN.
¿Á qué hora
Queréis que la cena os den?
VELA.
Á la que seáis servido.
¿Sois de Álvar Gómez criado?
LUJÁN.
Soy un escudero honrado,
Que en esta casa he nacido.
VELA.
Aquí, ¿qué entretenimiento
Tienen aquestos señores?
LUJÁN.
¡Pesia tal! Perros, azores,
Caza de campo y del viento;
Que es para alabar á Dios.
VELA.
¿Por qué salir no desea
Álvaro de aquesta aldea?
Aquí para entre los dos:
¿Está acaso enamorado?
LUJÁN.
No lo ha de amor.
VELA.
Pues ¿de qué?
LUJÁN.
De celos.
VELA.
Eso no sé,
Porque es del amor cuidado,
Y no los hay sin amor.
LUJÁN.
Esa es linda necedad:
Si hay celos de voluntad,
También hay celos de honor.
VELA.
¿De honor?
LUJÁN.
Sí.
VELA.
Bien puede ser,
Si es casado y quiere mal
Á su mujer.
LUJÁN.
¡Pesia tal!
Que es mujer y no es mujer.
VELA.
No lo entiendo.
LUJÁN.
Yo tampoco.
VELA.
Decídmelo.
LUJÁN.
Es muy secreto.
VELA.
Esta cadena os prometo.
LUJÁN.
¡Haréis que me vuelva loco!
¿Por lo que nada os importa
Hacéis esa diligencia?
VELA.
Pierdo, amigo, la paciencia,
Pensando que le reporta
Alguna grave ocasión
Para no seguir la empresa
Que sigo.
LUJÁN.
Mucho me pesa
De no os poder dar razón;
Que es muy secreto.
VELA.
En efeto,
Que á un Príncipe como yo
Lo encubrís.
LUJÁN.
Sí, que mandó
Que lo tuviese secreto.
VELA.
¿Vos sois hidalgo?
LUJÁN.
¿No ve
Que es mi abolengo del Cid?
VELA.
Pues que soy Rey advertid,
Y que vais contra la fe
Que debéis á buen hidalgo.
LUJÁN.
¡Par Dios!
VELA.
Como os lo refiero;
Porque debe el escudero
Servir á su Rey en algo.
LUJÁN.
Creo que tenéis razón.
¿Callaréis?
VELA.
Ya lo veréis.
LUJÁN.
Pues ya va, como calléis:
Estos dos hermanos son

Señores de este solar.

VELA.

Ya lo sé.

LUJÁN.

Quiéroos contar
Su origen.

VELA.

No es ocasión;
Otra vez me lo diréis.

LUJÁN.

Tienen una bella hermana.

VELA.

¿Hermosa?

LUJÁN.

Como Diana.

VELA.

¿Qué años?

LUJÁN.

Veinte ó veintiséis;
Que en estas manos nació.

VELA.

¿Fuisteis entonces comadre?

LUJÁN.

Fuí escudero de su madre,
Que la acompañaba yo.
Están de ella tan celosos,
Que no salen del lugar
Más que á este monte á cazar.

VELA.

¿Dos hombres tan generosos
Recelan tanto su hermana?

LUJÁN.

Fué por cierta astrología
Que les dijo un hombre un día,
Ocasión harto liviana.

VELA.

¿Cómo?

LUJÁN.

Que había de ser
Fuerte vencedora de hombres.

VELA.

Pues debajo de esos hombres,
¿Qué infamia puede caber?

LUJÁN.

Temen que sea el vencellos
Con viciosa voluntad:
Nunca van á la ciudad,
Ni toca el sol sus cabellos;
Cuando mucho, á la montaña
Sale con su jabalina.

VELA.

¡Cómo! ¿Á la caza se inclina?

LUJÁN.

¡Bueno es eso! En toda España
No hay tan grande cazador;
Cuerpo á cuerpo, le acontece
Matar un oso.

VELA.

Parece
Que habláis con el propio amor.
¿Un oso?

LUJÁN.

Y un jabalí;
Y si aquí hubiera león,
Tiene mayor corazón
Que un Hércules.

VELA.

Créolo así.
¿Qué nombre?

LUJÁN.

Doña María.

VELA.

Gran deseo me habéis puesto,
Padre, de vella.

LUJÁN.

¡Tan presto!

VELA.

Quien ve el alba, espera el día.
Tras aquesa relación,
Ya veis que esfuerza el deseo
De verla.

LUJÁN.

Sin duda creo
Que la tendréis afición;
Pero verla es imposible.

VELA.

Con un disfraz, ¿no podré?

LUJÁN.

Aun disfrazado, no sé;
Pero era traición terrible.

VELA.

¿Traición ver á una mujer
Sin que sepa quién la mira?

LUJÁN.

Si no es con una mentira,
No sé cómo podrá ser.
¿Vestiréisos de villano?

VELA.

No habrá cosa que no intente.

LUJÁN.

Pues tomad, como presente,
Algún conejo en la mano,
Y decid que sois montero;
Que yo os llevaré á sus ojos,
Donde veréis los despojos
De un cielo, aunque en cifra, entero.

VELA.

Pues yo os daré cien ducados
Si en sus ojos me ponéis.

LUJÁN.

¿Sin duda?

VELA.

Aquí los tenéis
En esta bolsa contados.

LUJÁN.

No han hecho cosa los cielos
Como el oro.

VELA.

Gran poder
Tiene.

LUJÁN.

Entrad.

VELA.
Muero por ver
Lo que éstos guardan con celos;
Que de su grande hermosura
Yo tuve en Navarra nuevas.

LUJÁN.
Oro, ¿qué lealtad no pruebas?
¿Cuál honra dejas segura?

Váyanse los dos, y salgan Gómez Pérez, con gabán y un venablo, y Álvaro Pérez.

GÓMEZ.
¿No pudieras enviarme
Un criado al monte?

ÁLVARO.
No;
Porque he querido informarme
De ti en el camino yo,
Si tengo de ir ó quedarme;
Y para tener lugar
De hablarte sin que él lo entienda,
Quise venirte á buscar.

GÓMEZ.
Vamos por aquesta senda
Que va cortando el pinar,
Y dime tu intención clara.

ÁLVARO.
Quiere don Pedro de Lara
Dar á Castilla su Rey;
Que es leal, y á toda ley
Su tierno Príncipe ampara.
Casóse el Rey de Aragón
Con nuestra Reina, viuda
Del gran conde don Ramón.

GÓMEZ.
Yo no pongo, hermano, duda
En lo que es la sucesión:
Dime lo que el Conde intenta.

ÁLVARO.
Que salgamos de esta afrenta,
Castellanos y asturianos,
Con las armas en las manos,
Puesto el agravio á su cuenta.

GÓMEZ.
Santa empresa.

ÁLVARO.
Justa y santa;
Y pues hay Rey, no es razón
Que con arrogancia tanta
Venga á poner Aragón
Sobre Castilla la planta.
Llamó al infante don Vela,
Y rogóle que viniese
Por nuestro solar.

GÓMEZ.
Si vuela
Tu nombre, bien es que fuese
Para tu descuido espuela.

ÁLVARO.
Por ti debió de venir;
Que yo, hermano, poco valgo.

GÓMEZ.
No te quiero persuadir;
Mas no sé yo cuál hidalgo
Puede dejar de partir.
La guerra es justa y nos toca
En la honra; y pues tu fama
Á que te llamen provoca,
Si no vas á quien te llama,
Vendrás á quedar con poca.

ÁLVARO.
Yo, hermano, lo entiendo así,
É iré, sin duda, á Toledo
Como tú quedes aquí.

GÓMEZ.
Pues ¿qué dirán, si me quedo,
Los que me vieren sin ti?
No, hermano; que aunque el valor
Tuyo es mayor, tengo honor
Y no le quiero perder.

ÁLVARO.
Vergüenza es que una mujer
Ponga á dos hombres temor.

GÓMEZ.
Yo nunca le tuve de ella;
Túvele de que es tan bella,
Que digan que ha de vencer
Los hombres.

ÁLVARO.
Bien puede ser
Vencellos sin ofendella;
Demás que la Astrología
No quita el libre albedrío.

GÓMEZ.
Eso imposible sería,
Y yo en su virtud confío,
Y en que es sangre tuya y mía.
Ni es bien que verdad se nombre
Lo que el otro en las estrellas
Miró, para que te asombre:
Dios no hizo al hombre por ellas,
Sino á ellas por el hombre.
Dejemos á nuestra hermana;
Que la gente castellana
Nos llamará de cobardes
Si faltan de sus alardes
Los Pérez de Villañana.

ÁLVARO.
¿No la podremos llevar
Con nosotros?

GÓMEZ.
¿De qué modo?

ÁLVARO.
Disfrazada.

GÓMEZ.
Imaginar
Lo puedes, Álvaro, todo
En este oculto pinar;
Que sin ir determinados
No hemos de ir allá. ¿Qué traje
Nos dará menos cuidados?

ÁLVARO.

Bien puede, en forma de paje,
Caminar entre soldados.

GÓMEZ.

¿Querrá?

ÁLVARO.

No sé; pero vamos,
Que al fin, si se lo rogamos,
No habrá cosa que no intente.

GÓMEZ.

Habla bajo; que esta fuente
Murmura entre aquellos ramos.

Vanse, y salen D.ª María Pérez, Luján, escudero, y el infante D. Vela, de labrador.

MARÍA.

Y ¿queda bueno mi hermano?

VELA.

Bueno mi señor está.

MARÍA.

¿Cuándo dice que vendrá?

VELA.

Hoy vendrá á cenar temprano.

MARÍA.

¿Ha muerto algún jabalí?

VELA.

No ha bajado á las armadas.

MARÍA.

Mejor baja á las heladas
En este monte.

VELA.

Es así.

MARÍA.

¿Hay regalos por allá?

VELA.

Lo que de aquí se llevó.

MARÍA.

¿Hoy vendrá, en fin?

VELA.

Pienso yo,
Mi señora, que hoy vendrá.

MARÍA.

Allá tengo de ir un día.

VELA.

Harto ha que el monte espera,
Para tener primavera,
Flores, risa y alegría:
Flores, el prado; la risa,
Las fuentes, y el campo verde,
La alegría, que esto pierde
Cuando ese pie no le pisa.

MARÍA.

¿No me esperan á los menos
Sus jabalíes?

VELA.

No, á fe.

MARÍA.

Tres una tarde maté,
Que, de espuma y sangre llenos,
Metí por esos umbrales,
Dando envidia á mis hermanos.

VELA.

Dejadme besar las manos
Que hicieron hazañas tales.

MARÍA.

¿Labrador y con olor?
Dado me has que sospechar.

VELA.

Dormí sobre un tomillar
Anoche, y dél y la flor
Del cantueso y el romero,
Los hatos oliendo están.

MARÍA.

¿Quién es este hombre, Luján,
Que parece caballero?

LUJÁN.

¿Cuál? ¡Diablos! ¿Estás en ti?

MARÍA.

Lo que digo me parece.

LUJÁN.

Como tan tarde se ofrece
El ver gente hidalga aquí,
Cualquier pobre labrador
Te parece hidalgo noble;
Pues no es más villano un roble
Que ese humilde cazador.

VELA.

Aparte.

Amor, no ha sido trato de hombre honrado,
Que entrándome á burlar libre contigo,
Me hayas dado tan áspero castigo,
Que hasta la libertad me hayas quitado.
El alma, siendo huésped, me has robado,
Y la vida, con máscara de amigo;
Si yo pensara tanto mal conmigo,
No me salieras al camino armado.
Amor, grande es tu fuerza; amor, tu entrada
Fácil se muestra, pero siempre obscura
La salida, de engaños atajada.
Ya conocí, aunque tarde, mi locura;
Que no es bueno esgrimir con blanca espada,
Ni probar libertad en hermosura.

MARÍA.

En fin, ¿es villano?

LUJÁN.

Y ¿cómo?

MARÍA.

No sé; sospechosa estoy:
Vele á dar de comer.

LUJÁN.

Voy.

VELA.

Amor, pues de oro y plomo
Son tus flechas, no permitas
Lo que de Dafnes y Apolo;
No muera el Infante solo,
Ya que la vida me quitas:
Hiere á la bella María,
Que me ha muerto y libre queda,

Para que alabarte pueda
Para siempre el alma mía.

LUJÁN.

Ea, vamos á comer.

VELA.

Dejadme, Luján, un poco.

LUJÁN.

¿Cómo es eso?

VELA.

Que estoy loco
De haber visto esta mujer.

LUJÁN.

¡Arre allá! ¡Par Dios, que es bueno!

VELA.

¿Queréis decirle quién soy?

LUJÁN.

Entrad dentro. ¡Al diablo os doy!

VELA.

¡Oh amor, qué dulce veneno!

Váyanse los dos.

MARÍA.

Altos montes nevados, que aun apenas
La verde hierba descubrís tres meses,
De cuyos jabalíes y monteses
Cabras tengo estas altas puertas llenas;
Pinos, que mientras sois del mar entenas,
De alba escarcha os vestís blancos arneses;
Fuentes, que por los pies de estos cipreses
Corréis en jaspes y laváis arenas;
Selvas obscuras, donde sólo el nombre
De aquella que Narciso amar solía,
Hace al pastor que su respuesta asombre,
Muy buenos sois para gozar un día;
Mas para la mujer, fuera del hombre,
No ha hecho el cielo alegre compañía,

Salen Álvaro Pérez y Gómez Pérez.

ÁLVARO.

Mil veces enhorabuena,
Buena te vean mis ojos.

MARÍA.

¡Oh, hermanos!

GÓMEZ.

Con mil enojos
Pasé, de tu vista ajena,
La vida por ese monte.

MARÍA.

Ya tu venida sabía:
¿No basta, hermano, que un día
La caza en él te remonte?
¿Tanto te has de estar allá?

GÓMEZ.

Ya la caza se acabó.

MARÍA.

¿Cómo?

GÓMEZ.

¿No lo sabes?

MARÍA.

No.

ÁLVARO.

¿Ni el huésped que en casa está?

MARÍA.

¿Huésped?

GÓMEZ.

Y hombre de valor.

MARÍA.

¿Quién?

GÓMEZ.

El infante don Vela.

MARÍA.

Andáis con tanta cautela
En materia del honor,
Que, aunque he sentido rüido,
No he dejado este aposento.

ÁLVARO.

Culpa tu recogimiento.

MARÍA.

El Infante, ¿á qué ha venido?

ÁLVARO.

Por nosotros.

MARÍA.

¿Para qué?

ÁLVARO.

Tenemos guerra forzosa.

MARÍA.

¡No me faltaba otra cosa!

ÁLVARO.

Y no se excusa.

MARÍA.

¿Por qué?

GÓMEZ.

Porque es lealtad que debemos
Al Rey, que otro Rey le priva
Del reino, y no es bien que viva
Sin él, pues que Rey tenemos.

MARÍA.

Y ¿habéis de ir allá los dos?

ÁLVARO.

¡Bueno es eso: y aun los tres!

MARÍA.

Ese es injusto interés:
¡Llevadme, así os guarde Dios!
Que valdré por un soldado.

GÓMEZ.

¿Osarás parecer hombre?

MARÍA.

¿Cómo?

GÓMEZ.

En el traje y el nombre,
Sirviéndonos de criado.

MARÍA.

Amo de suerte la guerra,
Que porque allá me llevéis
Y sola no me dejéis
En esta, aunque alegre, tierra,
En cualquier hábito iré.

GÓMEZ.

Pues dinos con juramento

Una verdad.

MARÍA.

Diré ciento;
Que, aunque mujer, bien podré.

GÓMEZ.

¿Hate visto aquí don Vela?

MARÍA.

¿Cómo?

GÓMEZ.

Porque si te vió,
No te puedo llevar yo
Con la trazada cautela.

MARÍA.

Si no he salido de aquí,
Ni me he puesto á la ventana,
¿Dónde, ó cómo?

ÁLVARO.

Pues, hermana,
Tú has de ir á Castilla así.
Tú, y don Vela, y tus hermanos,
Juntos vamos á Toledo.

MARÍA.

Pues tan obligada os quedo,
Quiero pediros las manos.
Veréis de mi inclinación
Una notable extrañeza.

ÁLVARO.

Desamparar tu belleza
Nos pareció sinrazón.
Yo voy á ver á don Vela;
Tú, Gómez, dale el vestido
Que te agrade.

MARÍA.

¡Que he nacido
Con tal estrella! tendréla
Por ídolo desde hoy.

ÁLVARO.

Mira el amor que nos debes,
Y haz de manera que apruebes
Nuestra intención.

MARÍA.

Pues ya voy
Á vestirme y disfrazarme.

GÓMEZ.

Hoy habemos de partir.

ÁLVARO.

Quiero á don Vela decir
Lo que ha podido obligarme.

GÓMEZ.

Á empresas de tanto honor,
Darán su favor los cielos.

ÁLVARO.

Mirad lo que pueden celos
Del honor: ¿qué harán de amor?

Sale el conde D. Pedro de Lara.

¡Qué poco favorece la fortuna
Á quien atrevimiento no acompaña!
El no ver en mi mal bonanza alguna,
De mi dudoso bien me desengaña.
Yo vi creciente de mi amor la luna
Cuando pensé de lo mejor de España
Verme señor, y merecer la silla
De Asturias, de León y de Castilla.
¿De qué me sirvió ser el noble Conde
Que don Pedro de Lara se apellida,
De quien el Moro fronterizo esconde
La cara, en sangre de esta cruz teñida,
Si mal á la que tengo corresponde
Ver su leal antigüedad rendida
Á un extranjero Rey, cuya corona
Tan cerca vi de mi Real persona?
¿Yo no amaba á la Reina, y no pudiera,
Siendo estimado de sus obras tanto,
Decirle mi intención, y mientras fuera
De edad el Rey, cuyo blasón levanto,
Tomar el cetro con lealtad que diera
Honra á Castilla y á Aragón espanto?
¿Cómo dejé que se casase y fuese
Rey un extraño, aunque á Castilla pese?
Fuí malaconsejado en permitillo;
Pero no lo he de ser en estorballo,
Que no hay desde aquí á Asturias un castillo,
Que no se llame de Aragón vasallo.
La viuda Reina fué nuestro cuchillo;
Que pues dice Castilla que el caballo
Lleva la silla, así llevó la silla
El de Aragón, por ser mujer Castilla.
Mas yo levantaré nuestra bandera,
Bordada de castillos y leones,
Contra las barras, que vencer espera,
Entre los castellanos escuadrones;
Yo pondré al niño Rey, y Dios lo quiera,
La corona, á pesar de las traiciones
De aquellos que á su aumento sólo aspiran,
Y del común provecho se retiran.
Caballeros son éstos castellanos,
Y con algún enojo hablando vienen;
Quiérolos escuchar.

Salen D. Pedro Anzures, D. Juan de Mendoza, D. Esteban.

JUAN.

Los asturianos
Saben muy bien los que la culpa tienen;
Y si ellos toman armas en las manos,
Y dar el reino al propio Rey previenen,
Lo mismo haremos, sin dudarlo, todos,
Pena de no tener sangre de godos.

PEDRO.

Caballeros, mirad que está casada
La Reina á su contento, y que no ha sido
Con sangre extraña.

ESTEBAN.

En eso está culpada,
Pues siendo el Rey su primo, es su marido.

PEDRO.

Buscó freno á Castilla, buscó espada
Contra el Moro, en su término atrevido.

JUAN.
Buscó civiles guerras, buscó furia,
Del malo premio, y del hidalgo injuria.
PEDRO.
Buscó Rey, del mejor que habéis tenido.
ESTEBAN.
Anzures, si no fueras hombre viejo,
Con la espada te hubiera respondido;
Que tú eres ya mejor para el consejo,
Aunque en darle á la Reina no lo has sido;
Pues siendo el niño Rey el claro espejo
En que mira Castilla tantos reyes,
Le destierras de aquí contra sus leyes.
PEDRO.
¿Qué os hace el de Aragón?
ESTEBAN.
Dos mil agravios.
PEDRO.
Como te faltan méritos, te quejas.
ESTEBAN.
No es la primer mentira de tus labios.
PEDRO.
¿Yo miento, vil?
ESTEBAN.
De la verdad te alejas.
PEDRO.
El Rey os deja por premiar los sabios.
JUAN.
Porque le llevas siempre á las orejas
Mentiras y lisonjas.
PEDRO.
¡Oh, villanos,
No tengo lengua yo, que tengo manos!

Meten mano, y llega el Conde.

CONDE.
¡Ténganse, caballeros! ¿Qué es aquesto?
PEDRO.
¡Hablaban mal del Rey estos traidores!
CONDE.
¿Del Rey? No harán, que es justo, y tan modesto,
Que ha excedido en valor á sus mayores;
Dirán que el casamiento ha descompuesto
La línea de los reyes sucesores,
Y que ha sido gran daño de Castilla.
PEDRO.
¿Eso decís?
CONDE.
Pues ¿esto os maravilla?
PEDRO.
¿Vos, don Pedro de Lara?
CONDE.
Yo lo digo:
Pues esto, ¿no es verdad?
PEDRO.
El cielo quiera
Que algún día.....

Váyase Anzures.

CONDE.
Á decírselo me obligo.
Ya puede Alfonso levantar bandera;
Ya tiene edad; ya quiere dar castigo
A toda esa cobarde escuadra fiera,
Que, ciegos de interés, contra justicia
Le tienen en los campos de Galicia.
Ya viene de Navarra el buen infante
Don Vela, y los hidalgos castellanos,
Que por el niño Rey sirven de Atlante,
En hombros de leoneses y asturianos.
No ha de sufrirse cosa semejante,
Que pues que no pudieron los romanos
Sujetar á Castilla ni á Vizcaya,
No es justo que Aragón nos tenga á raya.
Vuélvase el Rey, y venga Alfonso, y reine,
Que no ha de ver el campo ni la parva
Donde una dueña sus cabellos peine,
Sino el caballo que la arena escarba.
No habemos de aguardar á cuando el peine
Se le tenga metido por la barba,
Ni á cuando por soldado se registre
Y ponga el freno en el dorado ristre.
Yo traeré al Rey; yo haré que luego vuelva
Alfonso á su Aragón; seguidme todos;
Que como á desterralle se resuelva
Castilla, aun vive sangre de los godos.
Yo pido al Santo Padre que disuelva,
Poniendo nuestro agravio en varios modos,
El matrimonio, y satisfecho quedo
Que lo alcance el prelado de Toledo.
Y aun me dijeron hoy que había venido
La Bula del divorcio, atento al daño
Que Castilla y el Rey han recibido
De que se introduzca Rey extraño.
¿Qué respondéis?
JUAN.
Que tu lealtad ha sido
Tan hija de tu sangre en este engaño,
Que en nadie como en ti se afirma y pesa
El peso grave de esta santa empresa.
ESTEBAN.
Sal, valeroso sucesor de Lara,
Renueva el nombre de Gonzalo Bustos
Y de los nobles que tuvieron vara
En Castilla, tan santos y tan justos.
JUAN.
Si ahora tu valor al Rey ampara
De Asturias y León, seis mil robustos
Soldados te prometo.
CONDE.
Á hablarle vamos:
No diga que á traición armas buscamos.

Salen el Rey de Aragón y D. Pedro Anzures.

ANZURES.
De esta suerte me han tratado.
ARAGÓN.
¿Tan aborrecido soy?

ANZURES.
En peligro estás.
ARAGÓN.
Estoy
De dos contrarios cercado;
Y aunque uno es toda Castilla,
Y el otro mi mujer sola,
Yo, que á la gente española
Nací espanto y maravilla,
Temo más una mujer.
ANZURES.
Es fiera en estando airada,
Que una frente coronada
La puede y debe temer.
Grandes ejemplos se han visto
De su excesivo rigor.
ARAGÓN.
Conde, ¿qué ejemplo mayor
Que ver un Rey tan malquisto?
Mientras la Reina vivía
De mi parte, en paz estaba
Castilla conmigo, y daba
La obediencia que solía;
Ya que, dejada vencer
De la parte de los nobles,
Anda en estos tratos dobles,
¿Cómo me han de obedecer?
ANZURES.
¿Qué les enoja de ti?
ARAGÓN.
Sólo el ser Rey extranjero;
Y lo que tengo primero
Es de Castilla.
ANZURES.
Es así.
ARAGÓN.
Pues ¿la Reina no es mi prima?
ANZURES.
Esa ha sido la razón,
Famoso Rey de Aragón,
Que su rebelión anima.
Dicen que no estás casado,
Porque sin dispensa fué.
ARAGÓN.
Pues ésa yo la traeré;
Que ya lo tengo tratado.
ANZURES.
Es ya tarde.
ARAGÓN.
¿Cómo así?
ANZURES.
Que por no darte obediencia
Han hecho esa diligencia,
Pues hay bulas contra ti.
ARAGÓN.
¿Eso han hecho?
ANZURES.
De esta suerte
Te quiere echar de Castilla
Esta bárbara cuadrilla,
Deseosa de tu muerte.
ARAGÓN.
¿Bulas contra mí?
ANZURES.
Sin duda:
El Arzobispo las tiene.
ARAGÓN.
¿Bulas, ó burlas?
ANZURES.
Previene
Que á notificar se acuda
Con mucha solemnidad;
Y hay traslados en Toledo
De la suma, y tendrán miedo.
ARAGÓN.
¡Qué extraña temeridad!
¿Quién fué de aquesto el autor?
ANZURES.
Don Pedro de Lara, creo,
Porque ha tenido deseo
De ser de Alfonso tutor.
ARAGÓN.
¿Cómo tomaré venganza
De ese traidor?
ANZURES.
Con su muerte.
ARAGÓN.
¿Con su muerte? ¿De qué suerte,
Si tanto poder alcanza?
¿No ves, don Pedro, que tiene
Á Castilla rebelada,
Y que no corta la espada
De rey que á este punto viene?
¿No ves que será ocasión
Para llamarme tirano,
Si pongo en el Conde mano,
Autor de esta rebelión?
ANZURES.
Pues algo has de hacer.
ARAGÓN.
Prendelle
Pienso que será mejor.
ANZURES.
Pues prende al Conde, señor.
ARAGÓN.
Hoy quiero en prisión ponelle.

Sale un paje.

PAJE.
La Reina y todos los Grandes
Te quieren hablar.
ARAGÓN.
¿La Reina?
ANZURES.
Señor, grande envidia reina;
No la veas, no lo mandes;
Huye el rostro.
ARAGÓN.
¿Para qué?
Que pensarán que es temor.
Su Rey soy, soy su señor;

Pondré en sus cuellos el pie.
Llégame, Conde, esa silla,
Y avisa mi guarda.

ANZURES.

El cielo
Te dé favor; que recelo
Que se levanta Castilla.

El Rey se sienta debajo del dosel, y salgan el conde D. Pedro de Lara, el infante D. Vela, Álvaro Pérez y Gómez Pérez, D. Juan y D Esteban de Mendoza, un Notario apostólico y la Reina.

ARAGÓN.

Decid lo que queréis.

CONDE.

Hablad, señora.

REINA.

Alfonso, Dios, que es Rey sobre los reyes,
De nuestro matrimonio está ofendido,
Que siendo primos, sin pedir dispensa
Al Santo Padre, habemos hecho vida
De marido y mujer contra el decreto
De los santos Concilios, en que asiste
El Espíritu Santo. Los hidalgos
Y nobles de Castilla, León y Asturias
Se han juntado, cual ves, con el infante
Don Vela de Navarra, sangre mía;
Ellos y el Arzobispo de Toledo
Esta bula han ganado del Pontífice:
Da lugar al Notario, porque tengas
Noticia como Rey, como cristiano,
De las obligaciones para serlo.

ARAGÓN.

Reina, cuando los nobles de Castilla
Me llamaron al reino y me casaron
Contigo, bien pudieran advertirme
De los inconvenientes que me ponen.
Yo sé las intenciones con que vienen;
Que si ofenderse Dios de nuestra junta
Topa en el parentesco, y en ser primos,
Mejor es que el Pontífice dispense
En nuestro casamiento, y revalide,
Que no que le deshaga, anule, y mande
Que con este divorcio se divida,
En daño tuyo y del derecho mío.

REINA.

Rey, á los nobles sólo mueve el celo
De su lealtad, que tienen Rey legítimo,
Pues lo es mi hijo Alfonso, á quien esperan
Para darle obediencia, que ya es hombre,
Á lo menos mancebo conveniente;
Y á mí sólo me mueve mi conciencia,
Que me casé sin ver que no podía,
Y dando al reino mal ejemplo en esto.
Da lugar á la bula del Pontífice:
Mira que incurrirás como rebelde
En la descomunión.

ARAGÓN.

Yo soy Alfonso,
Rey de Aragón y descendiente claro
De reyes cristianísimos; vosotros
Sois gente de intención doble y traidora;
Habéis pagado mal los beneficios
Que os hice, defendiéndoos de los moros
Á costa de mi sangre, y juntamente
Las mercedes y bienes que os he hecho
En las rentas y tierras que os he dado:
No me arguyáis que no obedezco al Papa;
Leed sus bulas, que pondré en mis ojos.

NOTARIO.

Pascual segundo, siervo de los siervos de Dios, á los amados hijos en Cristo, rey Alfonso primero de Aragón, y Urraca, reina de Castilla, salud y apostólica bendición.—Sepades, que por parte de muchos Grandes de Castilla nos fué hecha relación, diciendo que con poco temor de Dios, y en desprecio del sacramento del Matrimonio, siendo como sois parientes en tercero grado de consanguinidad, estáis casados sin dispensación nuestra, siendo, como es, prohibido casarse así los tales parientes. Lo cual por nos visto, fallamos que debemos mandar, y por la presente os mandamos en virtud de santa obediencia, so pena de excomunión mayor, latæ sententiæ, *no cohabitéis más los dos debajo de nombre de marido y mujer, sino que desde luego os apartéis y hagáis penitencia de vuestro pecado.—Dada en Roma, á 15 de Julio, año de mil, y ciento, y diez y ocho, y tercero de nuestro pontificado.*
Así lo notifico á Sus Altezas.

ARAGÓN.

Esas letras y bulas apostólicas
Obedezco, notario; mas respondo
Que las oigo, y que á tiempo conveniente
Responderá mi embajador en Roma.

REINA.

Yo digo que las bulas obedezco,
Y haré lo que manda el Santo Padre,
Sin responder con más que el cumplimiento.

ARAGÓN.

Reina, suplicaremos al Pontífice
Que dispense, pues es cosa tan fácil
Y tan puesta en razón.

REINA.

Yo no pretendo
Que dispense conmigo, rey Alfonso:
Castilla quiere que sus reyes reinen.

Levántese.

ARAGÓN.

Vienes, Urraca, aconsejada, y vienes
Con esa obstinación de mujer.

REINA.

Vengo
Arrepentida más que aconsejada.

ARAGÓN.

Si no hubiera traidores en el mundo,
Gozaran paz los reyes en sus reinos:
Mas donde envidia y ambición reinaren,
En guerras vivirán lo que duraren.

CONDE.

Rey Alfonso de Aragón,
¿Es posible que no sabes
Que nunca tuvo Castilla
Traidores, sino leales?
Por serlo al Rey que tenemos,
No es razón que nos infames;
Que si tú lo fueras nuestro,
Te ofreciéramos la sangre.
Alfonso heredó á Castilla,
Tú con su madre casaste.
Mientras que fué niño, es bien
Que sus reinos gobernases.
Ya que el legítimo dueño
Tiene la cabeza grande
Para ocupar la corona,
Sin que al cuello se le baje;
Ya que en la mano siniestra
Puede el cetro sustentarse,
Y con la diestra el estoque,
Terror del morisco alfanje,
No es razón que reines, Rey,
Con tantas dificultades,
Ni que, siendo tú su tío,
Quieras gozar de su madre;
Ni al legítimo es razón
Querer el reino quitarle,
Ni Castilla lo consiente,
Ni lo manda el Santo Padre,
Ni es derecho de las gentes,
Ni hay un hombre de tu parte,
Ni es justo que reine quien
No reina en las voluntades.
Vuélvete, Rey, á Aragón,
Patrimonio de tus padres;
Que Alfonso viene á Castilla
Con valor y edad bastante.
Ya por él, y con su nombre,
En muchas nobles ciudades
Se han puesto nuevas justicias
Y levantado estandartes.
De la lealtad de Castilla,
Y en particular de nadie,
Por beneficios que has dicho,
Puedes con razón quejarte.
Yo soy el conde don Pedro,
Lara es mi antiguo linaje;
Éste el infante don Vela,
Que de Navarra es Infante.
Éstos hidalgos son Pérez,
Del solar de Villañane;
Sus abuelos, de estos reinos
Conquistaron la más parte.
Los que miras son Mendozas,
Descendientes de la sangre
De Laín Calvo y de Rasuras;
Mas ¿de qué sirve cansarte?
Aquí no hay hombre traidor;
Que en Castilla bien se sabe,
Por los retos de Zamora,
En lo que estiman los tales.
¿Por dónde quieres reinar
En Castilla? Si el casarte
Con su Reina fué ocasión,
¿Cómo puede ir adelante?
Pues si tú no eres marido
De la Reina ya, aunque falte
Alfonso, propio heredero
Que Dios muchos años guarde,
¿Por dónde te toca el reino?

ARAGÓN.

¡Calla, villano, no hables!

CONDE.

No soy yo villano, Alfonso,
Ni es razón que me lo llames;
Que de malla y ámbar tengo,
Para paz y guerra, guantes:
Nunca en mi linaje todo
Hombre se calzó acicates,
Sino es imitando en fiestas
Los moros que cautivase:
Soy Lara, y soy caballero;
Que los hubo en mi linaje
Antes que en el tuyo reyes.

ARAGÓN.

¿Hay desvergüenza tan grande?
¡Ah de mi guarda! ¡Prendedle!
¡Ponedle en estrecha cárcel!

Alabarderos.

CONDE.

¡Cómo! ¿Prenderme? ¿Este acero
Debo de ceñir en balde?

ARAGÓN.

¡Prendedle, matadle!

VELA.

¡Afuera!
¡Guardas, no se acerque nadie!

Todos los hidalgos metan mano.

ÁLVARO.

¡Villanos, respeto al Conde!

ARAGÓN.

¿Al Rey?

CONDE.

Al Rey adoralle;
Tú no eres Rey; por él voy:
Mañana ha de coronarse
El legítimo en Castilla.

VELA.

Ven, Conde.

CONDE.

Vamos, Infante.

Todos se vayan, y queden la Reina, el Rey y don Pedro Anzures.

REINA.

Si los tratas con tal furia,
Alfonso, ¿de qué te admiras?

ARAGÓN.

¿Es posible que tú miras,
Reina, en tu esposo esta injuria?

REINA.

Si lo fueras, no lo hicieran.

ARAGÓN.

Qué, ¿en efecto no lo soy?

REINA.

Yo sujeta á Roma estoy.

ARAGÓN.

Y á los que tu reino alteran.

REINA.

Concluye, Alfonso: este reino
Toca á mi hijo.

La Reina se vaya algo desdeñosa.

ANZURES.

Señor,
¿Qué aguardas?

ARAGÓN.

Dijo un traidor
Que en la voluntad no reino,
Y pienso que dijo bien:
Pues siendo así, ¿qué favor
Puede esperar mi valor
De su injuria y tu desdén?
¿Qué sirven lauros y palmas
De Castilla, adonde reino,
Si no está ganado el reino
Donde no lo están las almas?
Pero si con aficiones
Y obras llenas de verdades
No gané las voluntades
De tan fieros corazones,
Las armas ablandarán
Lo que no pudo el amor,
Y entonces, en mi rigor,
Su engaño conocerán.
El que á mi mano sin guante
Rebelde é ingrato fué,
Besaráme armado el pie
Sobre su cuello arrogante.
Con el castillo y león
De que ahora me retiro,
Veré presto lo que tiro
Con las barras de Aragón.
Camina, Anzures.

ANZURES.

Señor,
Toma la espada en la mano;
Conozca el Conde villano
El aragonés valor.

ARAGÓN.

No verá otra primavera
Del claro Tajo la orilla,
Sin que haya visto Castilla
Mi aragonesa bandera.

ANZURES.

La intención del Conde es clara:
Ambición y envidia es.

ARAGÓN.

Pues moro habrá cordobés
Contra el linaje de Lara.

Ruido de caza dentro.

Dentro.

¡Allí, que está á pie Su Alteza!

OTRO.

¡Oh, qué fiero jabalí!

Sale el rey Alfonso, muchacho, con una montera, gabancillo verde y su venablo de caza.

ALFONSO.

Mejor entre esta maleza,
Huyendo, animal, de mí,
Conociste mi grandeza:
En vosotros, inhumanos,
Parece que hay más razón
Que en los nobles castellanos,
Que para el Rey de Aragón
Quitan el cetro á mis manos.
Vuelve, que hombre soy mortal
Sujeto á la misma ley;
Basta que en ocasión tal
Respeta el rostro de un Rey
Una fiera irracional.
Derecho desciende al río,
Ya no es posible alcanzalle;
No quiso probar mi brío:
¡Oh verde, espacioso valle,
Que sois solo el reino mío!
Aquí me quiero sentar,

Siéntese.

Como que entro en mi Consejo;
Si Dios me lleva á reinar,
Este árbol más alto y viejo,
Quiero de mi lado honrar.
Éste será presidente,
Éstos serán mis oidores,
Éste un general valiente
De mis guerras. Pues, señores,
¿Qué será bien que se intente?
Señores....., no dije bien,
Que soy Rey; decid, amigos.....
Amigos, malo es también;
Decid, bien que sois testigos.....
Testigos sí, pues lo ven,
De que soy Rey heredero
De Castilla: ¿qué razón
Hay que deis á un extranjero
Del reino la posesión?
No va muy mal lo primero:
Mi madre no se casó
Justamente con mi tío;
Y aunque lo fuera, si yo
Soy Rey, y este reino es mío,
¿Cómo Aragón le heredó?

Aquí me alboroto un poco;
Paréceme, y me provoco
Con justísima razón,
Que hagamos guerra á Aragón
Por las razones que toco.
Responde mi presidente:
Eso será conveniente
Cuando estés más recibido,
Más amado y admitido
De la castellana gente.
Éste es viejo y temeroso;
No responde mal así:
El general es brioso,
Mírame animoso á mí,
Y así responde animoso:
Señor, Asturias, León,
Vizcaya y Navarra, son
Tan de tu parte, que luego
Harán guerra y pondrán fuego
Á las armas de Aragón.
Fuerte habló este general:
Menester es moderalle.
Yo digo ahora: Si es tal
La causa, ¿no ha de ayudalle
Al de Aragón Portugal?
Y no le ayudando, creo
Que saldré con mi deseo.
Dice el presidente ahora:
¿Cómo podrás, si le adora
La Reina, ganar trofeo?
Dice un oidor que no hace;
Otro responde que sí,
Y que no le satisface;
Otro dice que de mí
La línea derecha nace.
Alborótase el Consejo;
Pero ¡ay, cielos! aquí dejo
Mi entretenimiento vano:
Gran gente desciende al llano
Rompiendo al río su espejo.
Bandera traen: ¿quiénes son?
¿Si me vienen á prender
Gentes del Rey de León?

Salen con una bandera el conde D. Pedro, el infante D. Vela, Álvaro y Gómez Pérez, D. Juan, D. Esteban y D.ª María, en hábito de soldado, con espada, y un villano.

CONDE.
¿Es aquél?

VILLANO.
¿Quién ha de ser
Sino aquel bello garzón?

CONDE.
¿Ya está tan grande?

VILLANO.
¡Pues no!

CONDE.
Danos, rey Alfonso, el pie.

ALFONSO.
¿El pie, amigos? Luego ¿yo
Puedo ser preso? ¿Por qué
Grillos á mí? ¿Quién mandó
Que me prendáis de esta suerte

CONDE.
Llorar nos haces á todos.

ALFONSO.
Debéis de llorar mi muerte.

CONDE.
Que somos sangre de godos
Y castellanos, advierte:
Queremos darte tu silla;
Danos tus pies.

ALFONSO.
Tú, ¿quién eres?

CONDE.
Ven ahora á recibilla,
Rey famoso, y no te alteres.

Álcenle en alto.

¡Castilla, Alfonso!

TODOS.
¡Castilla!

ALFONSO.
Mis brazos os quiero dar;
Que no tengo aquí lugar,
Hacienda, pueblo ni villa.

CONDE.
¡Castilla, Alfonso!

TODOS.
¡Castilla!

VELA.
Hoy habéis de caminar;
Llegad el caballo aquí.

ÁLVARO.
Aquí está el caballo.

GÓMEZ.
Sube.

Diga D. Vela á D.ª María.

VELA.
Una palabra me oí,
Que hoy para hablaros estuve,
Y después no me atreví.

DOÑA MARÍA.
Caminando hacia la villa
Habrá lugar.

VELA.
Maravilla
Vuestra hermosura y cautela.

DOÑA MARÍA.
Conocido me ha don Vela.

CONDE.
¡Castilla, Alfonso!

TODOS.
¡Castilla!

Póngale en su caballo si le hubiere, y síganle si pudieren, y si no, éntrense.

ACTO SEGUNDO

DE

LA VARONA CASTELLANA

Sale el rey Alfonso, muchacho, debajo de un palio, con el acompañamiento de D. Pedro de Lara, don Juan y D. Esteban, y Álvaro Pérez y Gómez Pérez, el infante D. Vela y D.ª María, en hábito de soldado, como está dicho.

CONDE.

Aquí podéis, señor, tomar asiento
Para que os bese el pie toda Castilla
Y el mundo todo, á vuestra gloria atento.

Sentado.

ALFONSO.

Castellanos, no os cause maravilla
Verme tan mozo en un lugar tan alto,
Y que apenas ocupo la Real silla;
Si estoy de edad y de experiencia falto,
Con vasallos tan buenos por sí solos,
De mi corona el oro puro esmalto.
Justicia y religión, que son los polos
En que se mueve toda el armonía,
Cuando no hay deslealtad, fraudes ni dolos,
De un imperio cristiano, desde el día
Que la frente me ciñe esta corona,
Serán blasón del alta empresa mía.
Bien sabéis, castellanos, que me abona
La memoria de aquellos Reyes santos
Que dieron nombre y sangre á mi persona;
Y no los nombro aquí, porque son santos,
Y tantas sus grandezas y blasones,
Que celebra la fama en dulces cantos;
Porque basta entender que de varones
Tan preclaros y justos, salir debe
Quien imite sus obras y razones.
Yo, al sol ardiente, al hielo, escarcha y nieve
Criado por los montes de Galicia,
Ya donde el mar al Duero y Miño bebe,
Ignoraré de administrar justicia
El orden; mas podrá vuestro consejo
Serlo de mis Estados y milicia.
Compondré mis costumbres al espejo
De vuestra alma leal, pidiendo en todo
Fuerza al mancebo y experiencia al viejo;
Gobernaré mis reinos de este modo,
Que espero en Dios veremos reparada
La dura perdición del postrer godo.
Si el Rey aragonés toma la espada
Por el divorcio de mi madre, justo,
Veréis si la que ciño está envainada.

CONDE.

Con general amor, aplauso y gusto
Te escucha el noble reino castellano,
¡Oh invicto Alfonso, César siempre augusto!
De tal abuelo y padre soberano,
¿Qué pudo proceder que fuese menos?
Danos á todos á besar tu mano.

VELA.

Yo, entre tus nobles, de esperanzas llenos,
Espero en Dios que en fe, paz, gloria y guerra,
Serás, Alfonso, el bueno entre los buenos.

ÁLVARO.

Yo, que la sangre que tu pecho encierra
Ha de arrojar al África los moros,
Que injustamente ocupan nuestra tierra.

GÓMEZ.

Yo los veo salir con tiernos lloros
Hasta de la fortísima Alpujarra,
Dejando sus ciudades y tesoros.

JUAN.
Ea, tierno león, que de Navarra,
Francia y Asturias procediste al mundo,
Muestra las uñas á la roja barra.
ESTEBAN.
Tú del primero Alfonso y el segundo,
Tercero, cuarto, quinto, sexto y siete,
Has de exceder aquel valor profundo;
Tu claro nombre octavo lo promete,
Porque has de ser su octava maravilla
Desde el Duero al sangriento Guadalete.
CONDE.
No ha quedado, señor, ciudad ni villa
Que no te venga á dar justa obediencia.
ALFONSO.
Mi madre voy á ver.
CONDE.
Con tu licencia:
¡Viva Alfonso! su Rey, dirá Castilla.

Diciendo esto se entran, y D. Vela asirá á D.ª María.

VELA.
Mil veces me has prometido,
Paje, escuchar mi razón,
Y, en fin, no haberlo cumplido,
Siendo tanta obligación,
Falta de la tuya ha sido.
¿Por qué huyes mi presencia,
Sino es para confirmar
Mi sospecha?
MARÍA.
Mi inocencia
Debéis, Infante, culpar;
Mas dadme ahora licencia,
Que se van mis amos.
VELA.
Tente;
Que en día tan ocupado
Poco importarás presente.
MARÍA.
En faltando de su lado,
Cualquiera de ellos lo siente.
VELA.
¿Tanto te celan?
MARÍA.
No son
Celos; que un hombre de otro hombre,
No fuera, Infante, razón.
VELA.
¿Hombre?
MARÍA.
Sí.
VELA.
¿Cómo es tu nombre?
MARÍA.
León me llamo.
VELA.
¿León?
MARÍA.
¿Qué te espanta? ¿No ha tenido
La Iglesia dos mil pastores
Con este mismo apellido?
Mil reyes y emperadores
También de este nombre han sido.
VELA.
¿No quieres tú que me espante
De un león?
MARÍA.
¿Por qué razón,
Si no os dieron sangre, Infante,
Los Condes de Carrión,
Para temor semejante?
VELA.
Más sangre tengo del Cid,
Que no de aquesos cobardes
MARÍA.
Lo que queréis me advertid.
VELA.
Que me escuches y te aguardes.
MARÍA.
Oigo y aguardo: decid.
VELA.
Del león, cuando hay traición,
Que con piel de oveja viene,
Dicen, y en esta ocasión,
Antes pienso yo que tiene
La oveja piel de león.
Mas como al desengañado
Es imposible engañar,
Creed, león disfrazado,
Que no me habéis de matar,
Á lo menos engañado;
Que debajo de la piel
Yo he visto mayor blandura,
Y ha sido un disfraz cruel
Que esa divina hermosura
Viniese por alma en él.
Mas ¿cómo, aunque á la razón
Luz los desengaños son,
Podrá su fuerza librarme
De quien por sólo matarme
Hasta en el nombre es león?
Suplícote no permitas
Nombre de tanta crueldad;
Pero ¿cómo, si le imitas,
Viendo mi justa humildad,
La vida, cruel, me quitas?
Pero si el traje te abona,
¿De qué te muestras bizarra?
Al león de tu persona,
De las armas de Navarra
No estará mal la corona.
¿Hasme entendido? Ó no quieres
Querer entender quién eres,
Ó no quieres que no entienda
Que soy digno de que emprenda
Lo que eres ó lo que fueres.
¿Conoces un cazador,
Que en hábito de villano
Dió una tarde á tu temor
Con las nuevas de tu hermano,

Sospechas de su valor?
Pues yo soy, que desde allí,
Pensando ganar, perdí
La libertad que llevé.
Pues con ella á verte entré,
Y sin el alma salí.
No me puedes despreciar
Por hombre que no te puede
En sangre noble igualar,
Pues la del Rey no me excede.

MARÍA.

¿Has acabado de hablar?
No dirás que no he pagado
El no te haber escuchado
Otras veces.

VELA.

Es verdad:
Y así, estoy de tu piedad
Suspenso y maravillado.

MARÍA.

También habrás conocido
Que era bien no haberte oído,
Pues el alma me advertía
Que de escucharte podría
Resultar lo que he perdido.

VELA.

¿Qué has perdido?

MARÍA.

¿No es perder
Hacer á un hombre mujer,
Oveja humilde á un león,
Cruel á la condición
Que nunca supo ofender?
Si esto se entiende en la corte,
Bueno quedaré por ti.

VELA.

Cuando este secreto importe,
Hasta que de ti y de mí
Demos en la corte un corte,
¿Parécete que no soy
Hombre que sabré callar?

MARÍA.

Confuso oyéndote estoy,
Porque debes de pensar
Que en tus pensamientos doy.
¿Dónde, por tu vida, miras?
Infante, ¿á qué blanco tiras?
¿Qué es lo que ahora conciertas?
¿Con qué esperanzas inciertas
Á tal imposible aspiras?
¿Tú no ves que yo soy hombre,
Y que con honrado nombre
De soldado en esta guerra,
Me sacaron de mi tierra,
Aunque mi talle te asombre?
No me pongas esa fama;
Que cualquiera de mi edad
También pensarás que es dama;
Mira que tu calidad
Á cosas dignas te llama.
Y si de este desengaño,
Don Vela, estás satisfecho,
Yo te perdono el engaño;
Que hasta ahora no me has hecho,
Con lo que me has dicho, daño.
Antes, pues, te he conocido,
Y sabes que soy hidalgo,
En las entrañas nacido
De Asturias, de donde salgo
Como pájaro del nido,
Te quiero pedir favor
Para conquistar, señor,
Aquí en Toledo, una dama,
No de calidad ni fama,
Pero mereció mi amor.
No digo yo que tu lado
Me honre al ruar de día,
Y al rondar de noche armado,
Mas la hidalga compañía
De algún soldado ó criado;
Que tengo competidor
De los bravos de esta tierra,
Y aunque esto no es por temor,
Quien anda de noche, yerra,
Sólo en negocios de amor.

VELA.

¿Hablas de veras?

MARÍA.

¿Contigo
No quieres que hable de veras?

VELA.

Luego ¿no eres lo que digo?

MARÍA.

Deja, señor, las quimeras,
Tan imposibles conmigo;
Y si no, con la experiencia
De los amores que trato,
Verás cuánta diferencia
Hace lo vivo al retrato,
La verdad á la apariencia.

VELA.

Ahora yo quiero creer
Que mis ojos se engañaron,
Y en efecto puede ser,
Pues hombre aquí te miraron,
Y en otra parte mujer.
No te quiero dar enojos,
Porque si más que á mis ojos
Te quiero, ofensa te haré
En dar á mis ojos fe
Con diferentes despojos.
Ya llega un vasallo mío,
Que por humor y valor
Muchos secretos le fío;
Éste acompañe tu amor,
Éste en mi lugar envío.
Cesará la ocupación
De estas Cortes, y yo haré
Que confieses mi razón.

MARÍA.

Tan león soy, que seré
Entonces mayor león.

Sale Ordoño, soldado de humor.

VELA.

Ordoño.....

ORDOÑO.

Señor.....

VELA.

Ya sabes
Que por tu espada y valor
Te he dado en cosas muy graves,
Aunque fuesen de mi honor,
La confianza y las llaves:
Este soldado que ves,
Me ha pedido un hombre honrado;
Que supuesto que él lo es,
Como se ve en lo aseado
Desde el cabello á los pies,
Teme en cierto amor que tiene
Á dos bravos de esta tierra.

ORDOÑO.

¿Á eso viene á ti?

VELA.

Á eso viene:
De la calle los destierra
Con las armas que él previene.
Y....., mira al oído.

ORDOÑO.

Di.

MARÍA.

(Aparte, mientras hablan.)

Sin duda ahora el Infante
Le dice que mire en mí:
¡Qué confusión de un amante!
¿Cuál hombre se ha visto así?
Yo me pudiera enojar
Á no fiar de quien soy
Lo que me debo guardar;
Convertida en hielo estoy:
Ni sé amar, ni puedo amar.
Nací con inclinación
Á las armas y al ser hombre
Tan fuerte, que en ocasión
Que sólo tengo su nombre,
Ya tengo su condición.
¡Oh gran perfección del ser
De ser hombre! ¡Oh gran nobleza!
¿Cuál agravio pudo hacer
Mayor la naturaleza
Que á un alma el ser de mujer?
Pero al fin, si no le hiciera,
¿Cómo el mundo conservara?
Justo fué que las hubiera;
Pero poco le importara
Que yo lo que soy no fuera.

VELA.

¿Ya lo has entendido?

ORDOÑO.

Y bien.

VELA.

Adiós, León.

MARÍA.

Da licencia
Que te acompañe.

VELA.

También
Me la darás de esta ausencia.

MARÍA.

¿Iré á verte?

VELA.

Después ven.

Vase el infante D. Vela.

ORDOÑO.

El Infante me ha ordenado
Que os acompañe, soldado,
Á estos amores; yo soy
Un hombre que nunca voy
Á este efecto acompañado.
¿Dónde vive ese pobrete?
Y á decir que tañan id
Á esa iglesia.

MARÍA.

¡El matasiete!
Es gallina.

ORDOÑO.

Soy un Cid.

MARÍA.

Vuesa merced se quiete;
Que habemos de pasear,
Y si no dan ocasión,
No hemos de reñir ni hablar.

ORDOÑO.

¡Ah, cómo me han de enterrar
Con hombres de discreción!
Toque vuesarcé esa mano;
Que aficionándome voy
Á ese trato cortesano.

MARÍA.

Pasear podemos hoy,
Puesto que el lugar no es llano:
¿Diráme vuesa merced
De qué gente se acompaña?

ORDOÑO.

En el mar de amor, creed
Que algunos pescan con caña,
Y que otros pescan con red;
Vos andaréis con el cebo,
Uno á uno, sois mancebo;
Yo, cuando la red descojo,
Pequeños y grandes cojo;
Pero, en fin, todo lo pruebo.
Doncellas vuelvo á la mar,
Que es pescado por hacer
Y es bien dejarle criar;
Casadillas, suelen ser
De placer y de pesar;
Éstas se comen cocidas
Con naranja y con pimienta,
Que quema á más de dos vidas;
De las solteras, no hay cuenta,

Que son pescadas perdidas;
Ya se comen en su casa,
Ya en el campo y dondequiera,
Ya se fríe, ya se asa;
Que es moneda la soltera
Que por dondequiera pasa.
Hay ceciales, hay atunes,
Hay bacallaos, hay tollos,
Fríos de un viernes á un lunes;
Y aunque entre aquéstas hay sollos,
Son en interés comunes:
Todo es media playa vil,
Mas si hay viuda gentil,
Ese pescado me agrada,
Porque se come empanada
Entre la toca y monjil;
Suele, aunque es pescado grueso,
Ser de mejor digestión,
Y que me agrada os confieso.

MARÍA.

Tenéis, Ordoño, razón,
Ni tiene espina ni hueso;
Yo, ¡mal pecado! miré
Una soltera; ésta adoro.

ORDOÑO.

No es mala si guarda fe.

MARÍA.

Por mi fe, que es como un oro;
¡Lindo talle, pierna y pie!

ORDOÑO.

¿Cómo le va de la cara?

MARÍA.

Razonable.

ORDOÑO.

¿Y de la boca?

MARÍA.

Bien habla.

ORDOÑO.

¿Pide?

MARÍA.

Aquí pára;
Pide, y dice que está loca.

ORDOÑO.

Ésa llamo yo alquitara.

MARÍA.

¿Cómo?

ORDOÑO.

Que si no es con fuego
De interés, no da favor.

MARÍA.

¿Quiéresla ver?

ORDOÑO.

Vamos luego;
Que yo no sé por qué amor
Mil necios le pintan ciego.

MARÍA.

Antes con mucha razón,
Que si no le dan no reza.

ORDOÑO.

Graciosa definición.

MARÍA.

Por esta calle endereza
Los pasos.

ORDOÑO.

¡Qué estrechas son!

MARÍA.

La ocasión es más estrecha
De pensar que soy mujer
Si este enredo no aprovecha;
Pero poco he de poder,
Ó quitalle la sospecha.

Vanse, y salen la Reina y el conde D. Pedro de Lara.

REINA.

Declárate más.

CONDE.

No acierto.

REINA.

¿Quién te lo impide?

CONDE.

El temor.

REINA.

¿Qué temes?

CONDE.

Tu gran valor.

REINA.

Habla y teme.

CONDE.

No habla un muerto.

REINA.

Licencia te doy.

CONDE.

Es mengua.

REINA.

¿El qué?

CONDE.

Decir mis enojos.

REINA.

Pues ¿quién ha de hablar?

CONDE.

Los ojos.

REINA.

¿Por qué?

CONDE.

Enmudeció la lengua.

REINA.

Terrible estás.

CONDE.

Eslo el mal.

REINA.

¿Qué calidad tiene?

CONDE.

Es fuego.

REINA.

¿No te acaba?

CONDE.

Vivo luego.

REINA.

¿Cómo?

CONDE.

Es la causa inmortal.

REINA.
¿Quién te mata?
CONDE.
Lo que quiero.
REINA.
Pues ¿quién da la causa?
CONDE.
Yo.
REINA.
¿No quieres remedio?
CONDE.
No.
REINA.
Vete.
CONDE.
Voyme.
REINA.
Espera.
CONDE.
Espero.
REINA.
¿Esto es locura?
CONDE.
Notable.
REINA.
¿Qué te ha enloquecido?
CONDE.
El ver.
REINA.
¿Á quién viste?
CONDE.
Á una mujer.
REINA.
¿Es hermosa?
CONDE.
Incomparable.
REINA.
¿Sé yo quién es?
CONDE.
Bien lo sabes.
REINA.
¿Es gran pretensión?
CONDE.
De loco.
REINA.
¿Hácete algún favor?
CONDE.
Poco.
REINA.
¿Qué favor?
CONDE.
Palabras graves.
REINA.
¿Tienes esperanza?
CONDE.
Alguna.
REINA.
¿De qué?
CONDE.
De mayor favor.
REINA.
¿Quién lo puede hacer?
CONDE.
Amor.
REINA.
¿Quién te lo ha de dar?
CONDE.
Fortuna.
REINA.
¿Qué estado?
CONDE.
El mayor, sospecho.
REINA.
¿Es doncella?
CONDE.
Fué casada.
REINA.
Muéstramela.
CONDE.
Retratada.
REINA.
¿Adónde?
CONDE.
Aquí, y dentro el pecho.

Dale un libro de memoria.

REINA.
¿Este es libro?
CONDE.
Y de memoria.
REINA.
¿Qué es esto?
CONDE.
Un espejo es.
REINA.
¿Y el retrato?
CONDE.
¿En él no ves
Todo el cielo de mi gloria?
Mira en su cifra pequeña
Reducido el mayor bien,
Que á los ojos que le ven
Su divino dueño enseña;
Y mira junto á su cielo
Hecho Luzbel á mi amor,
Que teme de su rigor
Venir abrasado al suelo;
Mira la hermosa armonía
Con que en pequeña distancia
Hacen dulce consonancia
Sol, estrellas, alba y día;
Mira junto al fuego el hielo,
Á un tiempo helar y abrasar;
Mira cuánto pudo obrar
El instrumento del cielo;
Mira de la arquitectura
Celestial un vivo ejemplo;
Mira el retrato del templo
De la fama y la hermosura;
Y mira en mi pensamiento

Aquella imaginación
Que tuvo del sol Faetón
Con tu gran merecimiento,
No por coronar mis sienes
Del sol de tu resplandor,
Sino porque quiere amor
Que viva en la luz que tienes.
Y aunque, por ser atrevido,
Caer no puede excusar,
¿Quién me podrá á mí negar
La gloria de haber subido?

Vase el Conde.

REINA.

Aunque aqueste atrevimiento
Otras veces entendí,
Nunca del Conde creí
Que ejecutara su intento.
Soy, aunque Reina, mujer:
Tiene don Pedro valor;
¿Dónde no se atreve amor
Que no pueda amor vencer?
Coronándose, en efeto,
Alfonso amado y querido,
Á una mujer sin marido,
¿Quién le ha de guardar respeto?
Yo, que he reinado, ¿he de ser
Sujeta al ajeno gusto?
Casarme pienso, que es justo,
Y ser del Conde mujer;
Que por su grande valor,
Aunque Alfonso esté en la silla
Real, me tendrá Castilla
Respeto, amor y temor.
Ahora bien, esto ha de ser;
Mi esposo el Conde se nombre,
Porque el amparo del hombre
Es alma de la mujer.

El rey Alfonso y los Grandes.

VELA.

La Reina, mi señora, está aquí.

ALFONSO.

¡Oh madre!

REINA.

No dijo Reina, que el reinar no quiere
Fuera de sí nombrar, puesto que sea
La propia sangre, aqueste grave nombre.
¿Qué has hecho, Alfonso?

ALFONSO.

Ya, señora, tengo
De esta ciencia Real principios.

REINA.

¿Cómo?

ALFONSO.

Hele dado á las cosas del gobierno
Y á muchas de la guerra, que me importa,
Respecto de que ya por el divorcio,
El de Aragón, con un lucido ejército,
Molesta los fronteras de Castilla;
He dado oficios dentro de mi casa,
Y puesto fuera de ella las personas
De mejor opinión en mis gobiernos;
He dado á los que siempre te han servido
Algunas villas, rentas y heredades;
He satisfecho agravios en las Cortes;
Que voy ahora contentando quejas.

REINA.

Logren los cielos tus felices años;
La sangre muestras de tu heroico padre.

ALFONSO.

Dicen ahora aquestos caballeros
Que, para que en las armas me habilite,
Hagamos un torneo, y deseoso
De ejecutar la lanza con la espada,
Le quiero mantener.

REINA.

¡Famosos bríos!
Mas vos, mi bien, sois tierno y mozo ahora
Para sufrir las armas tanto tiempo
Y resistir los golpes del acero
De tantos caballeros castellanos,
Que ejercitados con los fieros moros,
Queriendo, aun no podrán templar la furia;
Manténgale el Infante, fuerte y diestro,
Y vos seréis aventurero.

ALFONSO.

En todo
Obedezco, señora, á Vuestra Alteza,
Pero con condición que seáis mi dama,
Para que lleve yo vuestros favores.

REINA.

La condición, Alfonso, me quitastes
Del pensamiento, que pedir quería
Me hiciésedes favor de que yo fuese
La dama que tuviese tantos méritos,
Que mereciese daros las colores;
Y así, al torneo llevaréis las mías.

ALFONSO.

Dadme los pies.

REINA.

Los brazos, como madre,
Y como dama conquistada, el pecho.

ÁLVARO.

Aquí han llegado tres ó cuatro moros
De diferentes villas, para darte
El parabién.

ALFONSO.

Pues moros, ¿de qué suerte?

REINA.

Están de paz, y rinden á Castilla
Parias cada año; recibidlos, hijo,
Con mucho amor, que son vasallos vuestros,
Aunque se llaman reyes muchos de ellos.

ALFONSO.

¿Dáseles silla á aquéstos?

REINA.

En alfombras
Toman asiento, siendo los que digo.

ALFONSO.

Yo quiero acompañar á Vuestra Alteza;

Que habrá tiempo después en que me hablen.

REINA.

El cielo ponga en tu famosa frente
La corona de España.

ALFONSO.

Y yo á tus plantas,
Por tal favor y por mercedes tantas.

Vanse, y salen D.ª María y Ordoño.

ORDOÑO.

¿Es esta calle?

MARÍA.

La propia.

ORDOÑO.

¿Qué ventana?

MARÍA.

La que ves.

ORDOÑO.

Y ¿es más de un hombre?

MARÍA.

Son tres.

ORDOÑO.

También eso es cosa impropia.
¡Dos á tres!

MARÍA.

Pues ¿no decías
Que tú solo al mundo.....?

ORDOÑO.

Sí;
Mas está la fuerza en mí
Como la hermosura, á días.
La más hermosa mujer,
Algún día no lo es tanto;
El más diestro en mano y canto,
Tal vez no acierta á tañer;
Tal vez que está divertido,
Mata al enfermo el doctor;
Tal vez el sastre mejor
Echa á perder el vestido;
Tal vez hay un mal vocablo
En la prosa más discreta;
Tal vez el mejor poeta
Hace una copla del diablo;
Tal vez el más liberal
Tiene de avariento nombre;
Tal vez el más gentilhombre
Parece y se viste mal;
Tal vez pierde el dulce sueño
El rico en bordada cama,
Y hace la más firme dama
Un peso falso á su dueño;
Tal vez la mayor piedad
Tiene el pecho endurecido;
Tal vez el más entendido
Hace una gran necedad;
Tal vez, si á un fuerte le ofreces
Un mosquito, está cobarde;
Y así, vengo yo esta tarde
Menos bravo que otras veces.

MARÍA.

Pues, Ordoño, yo he venido
Al puesto, y no he de volver.

ORDOÑO.

No lo digo por no hacer,
León, lo que he prometido;
Mas como tú eres rapaz,
No sabes á lo que sabe
La trementina.

MARÍA.

Aunque alabe
Todo el mundo lo que es paz,
Yo me muero por la guerra;
Piérdome por cuchilladas;
En dos desnudas espadas
Toda mi gloria se encierra.
Ver que éste entra, aquél repara,
Mis fiestas y gustos son:
Nácenme en el corazón
Las que no tengo en la cara.
Ver matar es mi alegría;
Estas banderas arrastro.

ORDOÑO.

Pues, hijo, viva en el Rastro,
Verá matar cada día;
Que yo, mientras puedo ver
Una lonja de tocino,
Azumbre y media de vino
De condición de mujer,
Dos amigos á la mesa,
Cuya salud brinda el tinto,
Guardo el mandamiento quinto.

MARÍA.

Vida cortesana es esa;
Pero oiga, ¡por vida mía!
Dígame: ¿el vino ha de ser
De condición de mujer?

ORDOÑO.

Qué, ¿no lo sabe?

MARÍA.

Querría.

ORDOÑO.

Mire: como de ordinario
No tiene el agua mejor,
Ni color, sabor, ni olor,
Es el vino á lo contrario.

MARÍA.

¿Cómo?

ORDOÑO.

Que para ser bueno,
Eso mismo ha de tener;
Y así es la hermosa mujer,
De nuestros ojos veneno:
Ha de tener buen color,
Que es indicio de salud;
Buen olor, porque es virtud:
Del olor se engendra amor,
Que como amor es muchacho,
Quiere andar limpio por puntos;
Sabor y gusto andan juntos,
Y el amador y el borracho.

No guarda el vino secreto:
Tampoco le guarda amor;
Son los dos un mismo ardor,
Y el alma y cuerpo un efeto;
Los dos privan de sentido,
Los dos consumen la hacienda,
Y así llaman á su tienda
La taberna de Cupido.
De éstas hay muchas; algunas
Tienen ramo, y otras no;
De éstas he corrido yo,
León, diversas fortunas.
Unas se venden en cueros,
Otras en jarros pegados,
Á modo de verdugados,
Y todo cuesta dineros.
Hay vino con su postura,
Y otro que en secreto vende
Su gusto, aunque bien se entiende,
Si hay pobreza y hermosura.
Hay unas viejas que miden,
Y otras que aguan su placer
Con pedir y con hacer
Pesares que el gusto impiden.
Hay ganapanes de modo
Que á cuestas llevan el cuero,
Y á vueltas del forastero,
Después se lo beben todo.
En fin, el amor verás,
Que como el vino nos mueve,
Pues sin duda el que más bebe,
Ése se calienta más.

MARÍA.

Quedo, Ordoño, ¡pesia á mí!

ORDOÑO.

¿Quién es?

MARÍA.

Celia á la ventana.

ORDOÑO.

¿Celia ó Celestina?

MARÍA.

Allana
El rumbo y escucha.

ORDOÑO.

Di.

MARÍA.

Celia del cielo de amor,
León humilde te adora,
Después que nació en tu aurora
Aquel sol de tu valor.
Escriben del elefante,
Que en el Oriente, á la luna
Adora, y que la importuna
Con ruegos, si está menguante;
Pues si el elefante adora
Á la luna, ¿no es razón
Que el león, pues soy león,
Adore ese sol, señora?
Digo mil veces que.....

ORDOÑO.

Tente,
Y en tu vida en tus razones
Andes en comparaciones
Con mujer.

MARÍA.

¡Qué impertinente!

ORDOÑO.

Dile: aquesto os he de dar:
Ya se os acaba el jubón:
Mi mozo llevó un doblón:
Una anguila hice empanar:
Ya pagué vuestro casero,
Esta es del pago la carta:
Mañana acaba la sarta,
Ó la cadena, el platero:
Hoy nos iremos al río
Con merienda, por lo menos:
Estos chapines son buenos:
Estas medias os envío;
Y déjate de elefantes,
Que paciendo en parte alguna
Ven hierba, y agua en la luna,
Ó crecientes ó menguantes.

CELIA.

Entra, querido León,
Que estoy sola, y ¡por tu vida.....

MARÍA.

Ya voy, mi Celia querida.
Ordoño, ésta es la ocasión;
Vuestra merced se ha de estar
Como un Roldán á esta puerta.

ORDOÑO.

Oye.

MARÍA.

No hay oir. ¡Alerta,
Y no deje á nadie entrar!

ORDOÑO.

Entróse. ¿Qué digo, León?
¿Oyes? Escucha: cerró.
Allá dentro estaré yo;
Que en público no es razón.
Cosas hace Bercebú,
Que él solo pudiera hacellas.

Dos bravos, Rufino y Andronio.

RUFINO.

Es bella la menor de ellas,
Y ésta puedes hablar tú.

ANDRONIO.

Ese rapaz que pasea,
¿Quién es?

RUFINO.

Hombre de valor,
Y del Alférez mayor
Paje.

ANDRONIO.

Aunque del Rey lo sea.
¿Qué talle?

RUFINO.

Bueno.

ANDRONIO.
¿Es galán?
RUFINO.
En extremo.
ANDRONIO.
¿Anda con gente?
RUFINO.
Solo, que pica en valiente.
ANDRONIO.
¡San Cosme, San Damián,
San Antón, ciega estos hombres!
¿Háblale Celia?
RUFINO.
Eso niega.
ANDRONIO.
Pues ¡alto! á la puerta llega.
RUFINO.
¿Quién va?
ORDOÑO.
¡Que errase los nombres!
¿Sabránme vuesas mercedes
Decir si es la casa aquí
Del doctor César?
RUFINO.
Yo sí.
ORDOÑO.
Haránme dos mil mercedes.
El Infante, mi señor,
Queda de una apoplejía
Muriendo.
RUFINO.
¡Por vida mía!
Que me pesa. Ese doctor
Vive al volver de la esquina,
La primer casa.
ORDOÑO.
¿Á qué mano?
RUFINO.
Á la izquierda.
ORDOÑO.
Un cirujano,
Para cierta medicina,
También me manda llevar.
RUFINO.
Él dirá lo necesario.
ORDOÑO.
¿Cuál es mejor boticario?
RUFINO.
¡El diablo! Acabad de hablar.
ORDOÑO.
Tiene vuesarced razón,
Cierto que soy enfadoso:
¿El doctor César Fragoso,
Y es la casa del rincón?
RUFINO.
Es el rollo que os estire.
ORDOÑO.
En fin, él dirá mejor
Del boticario.
RUFINO.
Hablador,
¿Quiere que aquésta le tire?
ORDOÑO.
Allá parto como un rayo;
¿A mano izquierda, en efeto?
ANDRONIO.
¿Hay tal hombre?
ORDOÑO.
De ésta aprieto.

Vase Ordoño.

RUFINO.
¡Qué temerario lacayo!
ANDRONIO.
Han venido de Castilla,
Con los Grandes á las Cortes,
Mil figuras de estos portes,
Mil bestias de albarda y silla.
RUFINO.
Son asturianos que están
En montañas y solares:
Llama recio, y no repares.
ANDRONIO.
¡Ah de casa!
CELIA.
Golpes dan.
ANDRONIO.
¿Ah de casa?

En alto Celia.

CELIA.
¿Quién es?
RUFINO.
Yo.
CELIA.
¿Tú vuelves, Rufino, aquí?
RUFINO.
Yo, pues.
CELIA.
¿Tú? ¿Por quién?
RUFINO.
Por ti.
CELIA.
Que ya tu amor se acabó.
Vete con Dios; que esta puerta
Ya no se abre á fanfarrones.
RUFINO.
Oye, Celia, dos razones.
ANDRONIO.
Ella está de amores muerta.
RUFINO.
¿Hacéis burla? ¡Vive Dios,
Que rompa la puerta á coces!

Sale D.ª María.

MARÍA.
¡Ah, caballeros, sin voces,
Pues estamos dos á dos!
Ordoño, Ordoño el valiente:

¡Se fué!

RUFINO.

Rapaz atrevido,
Para vuestro mal venido,
Ya me tenéis impaciente;
Dejad la espada y tomad
La calle; que por criado
Del Alférez no os he dado
De azotes.

MARÍA.

Bien, es verdad;
Pongan las suyas ahí
Los fanfarrones rufianes,
Y déjense de ademanes,
Ó harélos rajas aquí.

ANDRONIO.

¿Esta loco este rapaz?

MARÍA.

¿No quieren este concierto?
¡Fuera, digo!

Riñan.

RUFINO.

¡Ay, que me ha muerto!

MARÍA.

¿Ya no te lo dije en paz?

Salen D. Vela y Ordoño.

VELA.

¿Quedó, en fin, con la mujer?

ORDOÑO.

Digo que le vi acostado.

VELA.

¿Acostado?

ORDOÑO.

¡Á fe de honrado!

VELA.

Mira que no puede ser.

ORDOÑO.

Es medio hombre aquel rapaz,
No tiene todo el arnés.

VELA.

Sin duda mi engaño es,
Como mi amor, pertinaz.
Qué, ¿viste tú la mujer?

ORDOÑO.

Digo que es cosa tan cierta,
Que le guardé yo la puerta
De dos bravos.

VELA.

Puede ser.

ORDOÑO.

Por fuerza querían entrar;
Yo dije: «Estando yo aquí,
Ni el mundo.»

VELA.

¿Reñiste allí?

ORDOÑO.

No me lo mandes contar;
Que maté ¡por Dios! dos hombres,
Y salió Celia desnuda.

VELA.

¿Sin duda?

ORDOÑO.

Fué tan sin duda,
Que puedo decir los nombres.
Entonces vi yo á León
En camisa, de turbado,
Saltar de un patio á un tejado.

VELA.

¿De un patio?

ORDOÑO.

No, de un balcón.

VELA.

¿En camisa? Luego ¿estaba
En brazos de la mujer?

ORDOÑO.

Qué ¿no me quieres creer
Que de la mujer gozaba?

VELA.

¡Ay, Ordoño! Yo lo creo,
Pues la verdad averiguo;
Ya de mi amor me santiguo,
Que es demonio un mal deseo.
No más León, no más pruebas,
No más burlas, pensamiento,
Que á tan loco y vano intento
Por tales medios me llevas.
Sin duda doña María
En su solar se quedó;
Ved lo que intentaba yo
Porque aquél la parecía.
¡Jesús, Jesús dos mil veces!
Ahora bien, el desengaño
Llega á tiempo que sin daño,
Me muestra amor sus dobleces.
¿Cuánto me será mejor
Pretender el casamiento
De la Reina, que es intento
Debido á mi justo honor?
¡Hoy muere doña María!
¡Hoy la entierra el nuevo empleo!
¡Hoy nace un justo deseo,
Que del injusto desvía!
Y aunque don Pedro de Lara
Tiene aquesta pretensión,
Mi sangre y méritos son
Acción á su amor más clara.
Desde hoy quiero pretendella:
Haz, Ordoño, que el pintor
No ponga en mi vano amor
La empresa de aquella estrella;
Di que suspenda la mano;
Que para aqueste torneo
Ya tengo nuevo deseo.

ORDOÑO.

Voy.

Vase Ordoño.

VELA.
Parte. Aquí pierdo y gano:
Pierdo un imposible loco,
Gano un bien posible y cierto,
Cuyo venturoso puerto
Ya con la esperanza toco.
Viva la Reina; que es justo
Muera mi pasado amor.

Sale D.ª María.

MARÍA.
No muestro mal mi valor
En el primero disgusto,
Pues á dos hombres he muerto,
Y sacado la mujer
Donde no pueda temer
El castigo que es tan cierto.
¡Oh, Infante!

VELA.
¡Oh León amigo!

MARÍA.
¿Vino Ordoño por acá?

VELA.
Ahora de aquí se va,
Y ha estado hablando conmigo.

MARÍA.
¿Qué te dijo?

VELA.
Que acostado
Con tu dama te dejó,
Y que á dos hombres mató
Al mismo umbral arrimado;
Y que tú, desde la cama,
Saltaste á un patio en camisa.

MARÍA.
Verdad.

VELA.
Pues ¿de qué es la risa?

MARÍA.
De ver turbada á mi dama,
Casi en cueros, el cabello
Suelto, quebrando las tejas,
Dando el viento en las madejas
Que bañaban pecho y cuello.
Ya estarás desengañado.

VELA.
De tal manera lo estoy,
Que ya por libre me doy
Del pensamiento pasado.
Yo enterré mi pensamiento;
Ya murió doña María;
Ya reina desde este día
La Reina en mi noble intento;
Ya llevo esta pretensión,
Y mandé que en el torneo
Borrasen de mi deseo
La empresa, amigo León:
Mandé un águila poner
Que pueda mirar al sol.

MARÍA.
Brava empresa de español,
Y digna de tal mujer.
En fin, ¿amas á la Reina?

VELA.
Ésa reina en mis entrañas.

MARÍA.
Serán de tu pecho hazañas,
Si tú reinas en quien reina.

VELA.
Este es ya mi pensamiento:
¡Afuera, loca porfía!
¡Subid, esperanza mía,
Aunque os perdáis por el viento!
¡Subid á la Reina bella,
Subid al sol, y teneos;
Que tan honestos deseos
Bien pueden tenerse en ella!
Quédate, León, adiós;
Que á prevenir voy mis galas.
Si al sol me subistes, alas,
Seremos soles los dos.

Vase el Infante.

MARÍA.
No sé qué siento del desdén que veo,
Puesto que á este hombre amor jamás le tuve:
Dejé buscada, amada me detuve,
Y olvidada parece que deseo.
Ahora, amor, tus grandes fuerzas creo,
Cuando más lejos de probarla estuve;
De tus rayos, amor, fué el desdén nube
Y el desengaño de este nuevo empleo.
Quiero olvidada, y no he querido amada;
Olvido engendra amor, y amor olvido;
Quien huye amando, vence la batalla.
Esto es verdad, que siempre en la jornada
Del amar la mujer al hombre, ha sido
Rodeo servilla, atajo desprecialla.

Salen tres moros: Alí, Zayde, Reduán.

ALÍ.
Aquí nos dice el Conde que esperemos,
Y que saldrá Su Majestad á hablarnos.

ZAYDE.
¡Bella ciudad Toledo!

REDUÁN.
No la mira
Mejor el sol.

ALÍ.
Aquí la fama dice
Que á Florinda miró el postrero godo,
Á quien llamó después la Cava el África.

ZAYDE.
Aquí estuvo la cueva en que Rodrigo
Halló los lienzos de retratos nuestros.

REDUÁN.
¡Qué bello alcázar!

ALÍ.
Fuerte y bien labrado.

REDUÁN.
Y toda la ciudad lo es con extremo.
ZAYDE.
Valor tuvo la reina doña Urraca
En el divorcio de su matrimonio
Con el Rey de Aragón.
ALÍ.
También lo es grande
Haber introducido al niño Alfonso.
REDUÁN.
Eso ha sido deseo afectuoso
De los nobles de Asturias y Castilla.
ALÍ.
Aquí está un paje.
ZAYDE.
Di, cristiano amigo,
¿Saldrá tan presto de su misa Alfonso?
¿Es muy largo ejercicio el de la misa?
MARÍA.
Moros, el Rey saldrá á esta sala presto;
Entretanto, podéis ver el palacio.
REDUÁN.
Ya habemos visto de él la mayor parte:
Sus cuadras, sus jardines y retretes,
Las pinturas bellísimas, retratos
De los antecesores reyes vuestros.
MARÍA.
Holgádome he de veros.
REDUÁN.
¿Por qué causa?
MARÍA.
Sois los primeros moros que en mi vida
He visto, y alteróseme la sangre,
Por ser hijo de padres y de abuelos
Que hicieron á los vuestros pagar parias,
Y os quitaron el cetro de Castilla,
Ya por tan largos años usurpado.
ALÍ.
Querrá, cristiano, Alá, querrá Mahoma,
Que algún dichoso día la cobremos
Y nos paguéis vosotros estas parias.
MARÍA.
Querrá Dios, querrá el cielo, que algún día
Os acabemos de arrojar de España,
Y que parte del África os ganemos.
REDUÁN.
Eres muchacho, y sabes de armas poco,
Ni conoces qué fieros corazones
Encierran estos pechos.
MARÍA.
Soy muchacho,
Y sé que si yo siéndolo me veo
Con tanto corazón, que puedo solo
Echaros de esta tierra, los que fueren
Hombres y nobles y soldados fuertes,
Mejor os echarán.
ALÍ.
Sabe que hablas
Con tres Reyes.
MARÍA.
Pues bien: esos tres Reyes,
¿Son los Magos, que debo respetarlos?
ALÍ.
¡Pajecillo!
MARÍA.
¡Morazos!
REDUÁN.
¡Rapaz!
MARÍA.
¡Perros!
ZAYDE.
¡Cristiano hebreo!
MARÍA.
¿Qué es hebreo?
ZAYDE.
Judío.
MARÍA.
Mienten ¡viven los cielos! los tres Reyes,
Y metan mano; que de reyes vengo:
Iguales somos.
ZAYDE.
¿Estás loco, niño?
MARÍA.
¡Meted mano, villanos!
ZAYDE.
¿Tú eres noble?
MARÍA.
Un águila, villanos, son mis armas,
Que tiene entre las garras un escudo,
Y dentro del escudo un león rapante:
¡Meted mano!
ALÍ.
¿No miras que no es justo
Que tres á un rapacillo acometamos?
Yo soy Rey de Alcalá.
ZAYDE.
Yo soy de Cuenca.
REDUÁN.
Yo de Sigüenza.
ALÍ.
Yo Alí me llamo.
REDUÁN.
Yo Reduán.
ZAYDE.
Yo Zayde.
MARÍA.
Yo León ¡perros!
Y porque, de mi dueño despreciado,
Quisiera aquí perder la vida, os reto
De infames, de cobardes y de.....
ALÍ.
Tente;
Que no puede sufrirse tal locura.
ZAYDE.
Aunque perdone Alfonso y su palacio,
Le he de matar.
MARÍA.
¡Callad y obrad, villanos!

Dentro:

¡Guarda el león, guarda el león! ¡Afuera!

Afuera, que anda fuera de la jaula!

Salga el león.

ALÍ.

¡Santo Alá soberano!

ZAYDE.

Aquí me meto,
Debajo de esta silla.

REDUÁN.

Yo me cubro
De aquestas gradas.

ALÍ.

Yo de aquesta alfombra.

MARÍA.

Ahora sí que mis deseos se cumplen,
Y reñiré con fuerzas que me igualen.
Tente, bestia cruel; detente, bestia;
Él se arroja á mis pies: ¡ah, bestia noble,
Conociste el valor de aquestos brazos!
Quiérole atar con esta banda al cuello,
Y con la banda á este pilar de jaspe,
Que obediente se muestra: cuando á caza
Andaba yo en los montes de Castilla,
Mataba el oso, el jabalí y el toro,
Y deseaba que en España hubiera
Fieros leones, como tiene el África:
Cumplióseme el deseo; mas no quiero
Que sepan en palacio que yo he sido
Quien tuvo aqueste pecho: salid, moros.
¿Yo no amansé un león de tanto nombre?
Pues yo voy á probar si puedo un hombre.

Vase.

ALÍ.

¿Está atado?

ZAYDE.

¿No lo ves?

REDUÁN.

¿Es fuerte el lazo?

ZAYDE.

Eso creo.

ALÍ.

¡Oh cristiano, por trofeo
Le ponga España á tus pies!
¡Raro valor!

REDUÁN.

Nunca visto.

Salen de tropel el Conde de Lara, D. Vela y Álvaro Gómez.

CONDE.

Yo le tengo de matar.

VELA.

Yo he de ser.

ÁLVARO.

Yo he de llegar.

CONDE.

Yo pretendo.

VELA.

Yo conquisto.

ÁLVARO.

Yo adoro.

CONDE.

Yo soy amado.

VELA.

Yo espero ahora favor.

ÁLVARO.

Alta es mi prenda.

CONDE.

Mayor
Que mil mundos mi cuidado.

VELA.

No iguala á mi pretensión
El sol.

CONDE.

Yo haré este servicio
Á mi dama.

ÁLVARO.

Ese es mi oficio.

VELA.

Yo he de matar el león.

Sale la Reina en alto.

CONDE.

Quedo, que está allí Su Alteza.

REINA.

¡Ah, caballeros!

VELA.

¡Señora!.....

REINA.

Dejad, por mi vida, ahora
La empresa.

CONDE.

¡Oh real belleza!
Si me miráis, mil leones
Son pocos.

ALÍ.

Teneos, cristianos;
Que acá no faltaron manos,
Y sobraron corazones.

VELA.

¿Qué es esto?

ALÍ.

Zayde venció
El león que veis aquí.

ZAYDE.

Yo le abracé y le rendí,
Y allí Reduán le ató.
Esta gloria es de los tres:
Los tres le habemos atado,
Presumiendo que fué echado
Por envidioso interés.
Si tenéis damas, cristianos,
Ya llega tarde la empresa.

CONDE.

¡Vive el cielo, que me pesa!
¡Ah, fortuna!

VELA.

¡Ah, pies!

ÁLVARO.
¡Ah, manos!
CONDE.
¡Que no llegué!
VELA.
¡Que tardé!
ÁLVARO.
¡Que falté!
CONDE.
¡Que no llegara!
VELA.
¡Que en esta ocasión tardara!
ÁLVARO.
¡Que en esta ocasión falté!
CONDE.
¿Que le ataste?
VELA.
¿Que tu fuiste
Quien le venció?
ÁLVARO.
¿Que llegaste
Á tiempo que al león ataste?
CONDE.
Moro, ¿que tú le rendiste?
REINA.
Conde, no estéis envidioso;
Que yo no puedo creer
Que moro pudiese ser
Tan gallardo y animoso.
ALÍ.
¿Cómo no?
REINA.
Si fuiste, moro,
El que ese león venció,
Yo lo veré.
ALÍ.
Si fuí yo,
Bien lo sabe Alá que adoro.
REINA.
Pues siendo de esa manera,
Oye la Reina, que manda
Que le desates la banda
Y lleves á la leonera.

Vase la Reina á la ventana.

ALÍ.
Eso, señora, sería
Afrentar á los cristianos.
CONDE.
Bien dices: yo tengo manos.
VELA.
Tente; aquesa empresa es mía.
CONDE.
¿Cómo tuya, si la Reina
Me lo manda á mí?
VELA.
No manda:
Quítele el moro la banda,
En quien interés no reina,
Y veamos quién te mata.
CONDE.
¿Sírvesla?
VELA.
¿Para qué efeto
Te he de decir mi secreto,
Si el alma apenas le trata?
CONDE.
Sal de Palacio.
VELA.
Ya voy.
CONDE.
Ven por aquí.
VELA.
Voy tras ti.
ALFONSO.
Deteneos.
CONDE.
¡Quita de ahí!
ALFONSO.
No iréis, á fe de quien soy;
Que yo soltaré el león
Aunque me haga pedazos,
Y aquí probaréis los brazos.
CONDE.
Pues éstos, del Conde son.
ZAYDE.
¡Guarda, Alí!
ALÍ.
¡Reduán, huye!

Salen el rey Alfonso, alabarderos y el leonero, y los moros huyen, cayendo y levantando.

ALFONSO.
Teneos, caballeros.
GUARDA.
Presto,
Leonero.
LEONERO.
Tente.
ALFONSO.
¿Qué es esto?
CONDE.
Ya, señor, lo que es se arguye:
Soltóse aqueste león,
Que el leonero lleva atado,
Y habemos los tres probado,
Más que el brazo, el corazón.
ALFONSO.
¿No es otra cosa?
VELA.
No es más.
ALFONSO.
Pues envainad las espadas.
CONDE.
Ya están, señor, envainadas.
ALFONSO.
No haya leoneros jamás
En el alcázar.
GUARDA.
Señor,
Mira que es costumbre antigua.

ALFONSO.
Mientras lo que es se averigua,
Tome el Alférez mayor
Á don Pedro y al Infante
Homenaje de prisión.

Vase el rey Alfonso.

CONDE.
¡Que vino en esta ocasión!

VELA.
Tomad, don Pedro, ese guante.

ÁLVARO.
Diréla al Rey.

Vuelva el Rey el rostro.

ALFONSO.
¿Cómo es eso?

CONDE.
Los dos te hemos de servir.

ALFONSO.
Conmigo habéis de venir;
Y vos decidme el suceso.

ACTO TERCERO

DE

LA VARONA CASTELLANA

Salen Alvaro Gómez y D.ª María.

ÁLVARO.

Dióme el Rey, doña María,
Cargo de que les tomase
Este homenaje.

MARÍA.

¡Que pase
El Conde á tanta porfía!

ÁLVARO.

Pasa de suerte, que ha dado
En que no le piensa hacer.

MARÍA.

Pues ¿qué pretende?

ÁLVARO.

Poner
Fin á un celoso cuidado.

MARÍA.

¿De qué suerte?

ÁLVARO.

En desafío.

MARÍA.

Pues ¿no es su amigo el Infante?

ÁLVARO.

Amor que es siempre inconstante,
Es con celos desvarío.
Celos es un accidente
Que á nadie guarda lealtad,
Es traidor á la amistad,
Y á la sangre indiferente.
Es una imaginación
Mal segura de sí propia;
Es una máscara impropia
Del alma y de la razón.
Es un caballo furioso
Con antojos en la vista,
Y es una infame conquista
De mal cierto y bien dudoso.
Es un pensamiento vil
Del crédito de quien ama,
Y es un ladrón de la fama
Más pesado que sutil.
Es necio despertador
Para que quien duerme, ame,
Y al fin, es la más infame
De las pasiones de amor.

MARÍA.

Yo, hermano, que nunca amé,
Nunca esa pena entendí;
Fiera, entre fieras viví,
Y así de celos no sé.
Y de no saber de celos
Nace el no poder pensar
Que á tanto puedan llegar
Por esos vanos recelos.
El Infante amaba al Conde;
Por él venimos aquí:
¿Cómo ahora, hermano, así
A su obligación responde?
Mas ya me has dicho que son
Celos la causa. Querría
Saber de quién.

ÁLVARO.

Bien podía
Declararte la ocasión
Si no temiese; que importa
El secreto.

MARÍA.

Pues ¿de mí
Te guardas?

ÁLVARO.
No; pero aquí,
Hasta el viento me reporta.
Decía un hombre discreto
Que era peligroso hablar
En Palacio, ni fiar
Del más amigo el secreto;
Porque hablaban las figuras
Hasta en los franceses paños,
Y entre lisonjas y engaños
Anda la verdad á obscuras.

MARÍA.
Aquí nadie escucha.

ÁLVARO.
El Conde,
Doña María, pretende
Á la Reina.

MARÍA.
Pues qué, ¿ofende
Eso al Infante?

ÁLVARO.
Responde
Tu ignorancia á tu malicia.

MARÍA.
¿Mi ignorancia? Pues no creo
Que tenga el mismo deseo.

ÁLVARO.
Pues eso mismo codicia.
Ama á la Reina el Infante,
Aunque el pensamiento es nuevo,
Porque del gobierno el cebo
Ha sido ocasión bastante,
Cuando no hubiera hermosura.

MARÍA.
¿Que á la Reina sirve ahora
Don Vela?

ÁLVARO.
Á la Reina adora,
Y este gobierno procura;
Aunque Alfonso, de manera
Muestra discreción divina,
Y á justicia y paz se inclina,
Que á Roma regir pudiera.
Tiene el heroico valor
De su padre y de su abuelo,
En pocos años.

MARÍA.
Recelo
Que ha de perturbarle amor;
Que de aquestas pretensiones
Vendrá escándalo á Castilla;
Del Infante, es maravilla
Que ande en tales ocasiones:
Que amaba una dama oí:
El hombre habráse mudado.

ÁLVARO.
Esto que habemos tratado,
No salga, hermana, de aquí.
Á buscarlos voy, y hacer
Que juren este homenaje
Porque la ocasión se ataje.

MARÍA.
¿No los puedes tú prender?

ÁLVARO.
Orden llevo de Su Alteza.

MARÍA.
Hazlo, por tu vida, hermano;
Que del Conde castellano
Temo la furia y braveza,
Fuera de llevar razón.

ÁLVARO.
Hablarlos quiero primero.

Vase D. Álvaro.

MARÍA.
Basta que ame, cuando espero
Tormento por galardón.
¿De que me sirvió encubrir
Cuando me rogó don Vela?
En vano, amor, se desvela
Quien de ti pretende huir.
Mil cosas tienes de necio,
Aunque te precias de honrado,
Pues amas desobligado
Y agradeces con desprecio.
Bien pudiera yo querer
Cuando me rogó el Infante;
Que pues se labra un diamante,
¿No es diamante una mujer?
Ya quiere á la Reina, y vive
Con esperanza y deseo;
Celos me da el alto empleo
Y el ver que con ella prive;
Que si don Pedro de Lara
Celoso está de su amor,
Ó le ha visto hacer favor,
Ó en sus méritos repara.
Ved á qué estado los cielos
Me han traído, cómo y dónde,
Pues de los celos del Conde
También vengo á tener celos.
Y de aqueste desafío,
Por ser el Conde tan fuerte,
Temo de mi bien la muerte,
Porque basta ser bien mío.
¡Qué terribles confusiones,
Duros principios de amar!
Con el fin vendré acabar,
Si en el medio así me pones.
La noche se va cerrando
De suerte, que en mi ventura
No la he visto más obscura,
Pues que ya llueve llorando.
¿Qué haré? Pero gente viene.

El conde D. Pedro, con capa de noche, al desafío.

CONDE.
Aquí esperar me mandó
Don Vela, aunque pienso yo
Que menos cuidado tiene.

Terribles son dos amigos
Si en pretensión de mujer
Vienen, como ahora, á ser
Encontrados enemigos.
Tarda, y tengo sospechado
Que Álvaro Pérez le ha preso.

MARÍA.

En mal punto está el suceso;
Quiero llegar embozado.

CONDE.

¿Quién va allá?

MARÍA.

¿Para qué efeto
Le está bien el preguntallo?

CONDE.

Como á él el escuchallo;
Pase, y pase con secreto.

MARÍA.

¿Es el Conde?

CONDE.

¿Es el Infante?

MARÍA.

El Infante soy.

CONDE.

Teneos.

MARÍA.

No puedo; que mis deseos
Han de pasar adelante.

CONDE.

En fin, ¿á la Reina amáis?

MARÍA.

¿No tengo méritos yo?

CONDE.

No digo, Infante, que no.

MARÍA.

Pues ¿qué decís?

CONDE.

Que advirtáis
Que es antiguo mi deseo,
Y que así, es justa razón
Dar lugar á mi afición.

MARÍA.

También yo tengo alma, y veo;
Y pues quise cuando vi,
Nadie es primero que yo.

CONDE.

Pues ¿no sois mi amigo?

MARÍA.

No
Desde que sois contra mí.

CONDE.

¿Cómo soy yo contra vos?

MARÍA.

No queriendo que yo quiera
La Reina.

CONDE.

De esa manera,
¿Queréis que la quieran dos?

MARÍA.

No quiero sino yo solo;
Que si es la Reina mi cielo,
Quiero, aunque se admire el suelo,
Que se mueva en sólo un polo,
Y éste, sólo he de ser yo.

CONDE.

¿Tanta arrogancia?

MARÍA.

¿Ésta es mucha
Para quien ya de ella escucha
Que yo pretenda, y vos no?

CONDE.

¿Ella lo ha dicho?

MARÍA.

Sin duda.

CONDE.

Pues vos lo habéis de dejar,
Que yo no quiero pensar
Que su grandeza se muda,
Ni es posible que Su Alteza
Por dueño os elija á vos;
Que amar en un tiempo á dos,
Entre humildes, es bajeza.

MARÍA.

Remítase á lo que importa.

CONDE.

Dadlo ya por remitido;
Que en un amigo fingido,
La espada y la razón corta.

Desnudan las espadas y riñen.

MARÍA.

Deseando estoy saber
Lo que es don Pedro de Lara.

CONDE.

Si sacáis sangre tan cara,
Bien os podrá ennoblecer.

MARÍA.

¡Mentís!

CONDE.

Riñendo, don Vela,
No hay agravio.

MARÍA.

Muerte, sí.

CONDE.

¡Tened, paso, yo caí!

Caiga el Conde.

No me matéis con cautela.

MARÍA.

Contestad que soy más hombre
Que vos.

CONDE.

Eso no; matadme.

MARÍA.

Confesadlo.

CONDE.

Eso no; dadme,
É infamaréis vuestro nombre.

MARÍA.

Antes os quiero dejar,

Porque he sentido rüido.

CONDE.

¿Cómo queda definido?

MARÍA.

La Reina habéis de dejar.

CONDE.

Volved, que digo que no.

MARÍA.

No quiero, que suena gente.

Vase D.ª María.

CONDE.

¡Oh, caballero valiente!
Confieso que me venció.

Salen Álvaro, y Gómez, y Guarda.

ÁLVARO.

Por aquí, sin duda, están.

GÓMEZ.

Aquí he visto un caballero.

ÁLVARO.

¿Quién va?

CONDE.

Es un pobre escudero
Con quien sus desdichas van.

ÁLVARO.

Desembócese.

CONDE.

No puedo.

ÁLVARO.

Desembozadle ó matalde.

CONDE.

Despacio, señor Alcalde;
Menos furia, hablad más quedo.

ÁLVARO.

No soy justicia.

CONDE.

Pues ¿quién?

ÁLVARO.

Soy el Alférez mayor.

CONDE.

Dejadme ir.

ÁLVARO.

¡Qué gran señor!

CONDE.

Soy vuestro amigo también.

ÁLVARO.

¿Sois el Conde?

CONDE.

Álvaro, oid.

ÁLVARO.

No hay oir; Vueseñoría
Venga preso.

CONDE.

Con el día
Nos veremos.

ÁLVARO.

Advertid
Que lo queda ya el Infante.

CONDE.

¡Que no se pueda excusar!

GÓMEZ.

¿Eso podéis vos juzgar
Donde hay palabras y guante?
Á mi hermano manda el Rey
Que os prenda, y yo Alcaide soy.

CONDE.

En vuestro poder estoy:
La obediencia es justa ley.

GÓMEZ.

Mostraréis vuestro valor.

ÁLVARO.

Vamos, que es bien que al Rey pese,
Si en bandos se dividiese
Castilla por vuestro amor.

Llévanle, y salen el rey Alfonso y la reina doña Urraca, su madre, y alabarderos delante, y siéntense en dos sillas altas.

REINA.

Aquí podéis oir, hijo, á esos moros.

ALFONSO.

Decidles que entren; que, ocupado en cosas
Más importantes, no han tenido audiencia.

REINA.

En tanto que ellos vienen, hijo mío,
Quiero deciros que en lugar como éste
Es bien decir lo que á los dos importa:
Cómo, por vuestro bien y el de estos reinos,
Mal gobernados del ingenio corto
De una mujer y un niño, el uno fácil,
Y el otro sin las fuerzas que á los hombres
Suele dar la experiencia, yo he tratado
Casarme; porque al fin tendréis con esto
Un padre que os ampare, un brazo noble
Que os defienda, un amigo que os enseñe,
Y un consejero que os descuide.

ALFONSO.

Madre,
Las cosas todas que ese entendimiento
Hiciere, creo que al provecho mío
Las dirige la sangre que me distes;
Y como á vos os guía amor en esto,
Á mí, justa obediencia de serviros:
No os replico en materia de casaros,
Así porque en su gusto las mujeres
Jamás consejo admiten, ni presumo
Que será la persona menos justa
Al único valor de vuestros méritos;
Mas ruégoos que miréis que no sea causa
Para poner entre los dos escándalo,
Porque el reinar no quiere compañía.

REINA.

Yo lo tengo mirado, Alfonso mío,
Y antes que á proponerlo me atreviese,
Mirando atentamente con los ojos,
Más sin pasión del alma que del cuerpo:
El hombre es digno de Real persona;
Vos mismo le debéis vuestra corona.

ALFONSO.
¿Quién es, señora mía, el venturoso
Que os mereció agradar?

REINA.
Hijo, es don Pedro.

ALFONSO.
¿Es el de Lara?

REINA.
El mismo.

ALFONSO.
Siempre al Conde
Le debí voluntad, y le he tenido
Por hombre de lealtad incomparable;
Espántome que aspire á mi gobierno.

REINA.
Hijo, al bien sólo de Castilla aspira;
Si no es con vuestro gusto, ahora hay tiempo.

ALFONSO.
De lo que vos, señora, le tuvistes,
Yo y Castilla es muy justo le tengamos;
Véngame el Conde á hablar.

ALABARDERO.
Preso está el Conde.

REINA.
¿Quién lo prendió?

ALABARDERO.
Don Álvaro, el Alférez
Mayor, y por el gusto y mandamiento
De Su Alteza, del Rey.

REINA.
La causa ignoro.

ALFONSO.
Un desafío, madre, con don Vela.

REINA.
¿Qué don Vela?

ALFONSO.
El Infante de Navarra.

REINA.
Pues desafío, ¿sobre qué?

ALABARDERO.
Los moros
Vienen.

ALFONSO.
Entren.

REINA.
No entren.

ALFONSO.
¿Por qué causa?

REINA.
Quiero saber por qué se desafían.

ALFONSO.
Madre, vos lo sabréis; no es tiempo ahora.

Salen Reduán, Zayde y Alí.

ALÍ.
Guárdeos Alá, gran Rey.

ZAYDE.
Y á vos, señora.

ALFONSO.
Dadles asiento.

ALABARDERO.
Aquí su alfombra tienen.

ALFONSO.
Sentaos y proseguid.

REDUÁN.
Alfonso claro,
Cuya sangre y valor de Reyes vienen,
Que le han dado á la fama heroico y raro:
Hoy, cuyas sienes coronar previenen,
Á pesar de la envidia y tiempo avaro,
Apolo y Marte, con laurel y roble,
Ilustre rama de aquel tronco noble,

Los tres que ves presentes, nos llamamos
De Sigüenza, Alcalá y de Cuenca, Reyes;
Parias como vasallos te pagamos,
Como á tu abuelo y á nuestros Muleyes.
Así como á saber los tres llegamos
(Que, no por ser de diferentes leyes,
Te dejamos de amar), que ya en Castilla
Gozabas la Real corona y silla;

Venimos á besar tu ilustre mano
Y á ofrecerte un presente generoso
Por sola voluntad, que á tal cristiano,
Fuera por gusto, cuanto más forzoso:
Ofrécete contento Alí, sultano,
Un escritorio de marfil precioso,
Bufete y cama, que engastado en oro,
Muestra en mil lazos el ingenio moro;

Cada naveta de su cuadro encierra
Seis mil cequíes, y él comprende veinte,
Con más piedras que ha visto nuestra tierra
Venir á España del indiano Oriente.
Zayde te ofrece, para paz y guerra,
Diez caballos que tuvo la corriente
Del Betis en su orilla treinta meses,
Para que en la del Tajo los tuvieses;

Cuelgan de los arzones, de ante blanco,
Otros tantos alfanjes en correas,
Con veinte sillas de armas en su banco,
Que alabarás á Alá cuando lo veas.
Yo, que no menos liberal y franco,
Deseo que mi amor en obras creas,
Te traje, de oro y cedro fabricada,
Una galera en piezas apartada;

Sobre la quilla, que la brea y estopa
Cubre el estanterol y escandelares,
Se encaja el árbol, bandas, proa y popa,
Y jarcias, con que va por varios mares;
Aquí puedes pasar tu bella Europa
Si ya, como otro Júpiter, la hurtares;
Que sin ir á Lisboa, y sin trabajo,
Verá galeras el cristal del Tajo.

ALFONSO.
Moros, yo os agradezco el noble pecho
Con que por Rey me habéis reconocido,
De cuyas voluntades satisfecho,
Jamás vuestro valor pondré en olvido.
Ahora, en lo que habéis hablado y hecho,
Que de vuestra lealtad indicio ha sido,
Conozco que en cualquiera extraña parte
El alto cielo su valor reparte.

Y como la nobleza siempre es buena,
En diferencia de la humilde plebe,
Mostráis la sangre vuestra, noble y llena
De aquel justo valor que tener debe.
Yo no la juzgo de la nuestra ajena,
Mientras el bien de nuestro amor la mueve,
Antes, mejor que al reino castellano,
Os tengo en el amparo de mi mano.

REDUÁN.

Los cielos te den vida.

ZAYDE.

Alá te guarde.

ALÍ.

Prospere el cielo tus felices días,
Y de tus reinos haga tanto alarde,
Que al Tanays toquen las orillas frías.

Sale D. Álvaro.

ÁLVARO.

Siempre el consejo, Alfonso, llega tarde,
Como ahora también las voces mías.
¿Qué haces de esa suerte?

ALFONSO.

¿Qué hay, Alférez?

ÁLVARO.

Gran mal.

ZAYDE.

Éste, ¿quién es?

ALABARDERO.

Álvaro Pérez.

ÁLVARO.

Corrido el Rey de Aragón
De que tu madre, la reina
Doña Urraca, que Dios guarde
Como Castilla desea,
Hiciese aqueste divorcio
Que tantos pesares cuesta,
Y le quitase la acción
Que tuvo al gobierno della,
Poniéndote ¡oh claro Alfonso!
La corona en la cabeza
(Que en los montes de Galicia
No fuera mucho perdella),
Famoso ejército saca
Luego que del alta sierra
Del Moncayo descendió
La nieve, en agua deshecha.
Algunos nobles de Francia
Muestran en blancas banderas,
Sobre azul, las lises de oro
Contra la cruz roja nuestra.
También en los tafetanes
Turquíes de sus banderas,
Los fronterizos alarbes
Las lunas de plata enseñan;
Y todos, ya por Ariza
Tan desesperados entran,
Que te han tomado seis villas
Y diez y seis fortalezas.
No los pueden resistir
Los moros de la frontera,
Ni los alcaldes cristianos
Que estaban por sus defensas.
En un pendón carmesí
Trae el de Aragón su empresa,
Que es dos manos que divide
Una revuelta culebra,
Y un cuchillo por encima
Que le parte la cabeza,
Y diciendo: «En una muchas»,
En once góticas letras.
Yo no sé lo que amenaza,
Pero sé que muestra en ellas
Que alguna envidia apartó
Su mano y la de la Reina,
Y que, cortando su cuello,
Los demás cortados quedan,
Lo que piensa hacer su espada
En aquesta injusta guerra.
Con él viene don Anzures,
Que sus escuadras gobierna,
Y otros nobles de Castilla
Que de la Reina se quejan.
¡Alzad, soberano Alfonso,
La Real mano, aunque tierna,
Con la castellana espada,
De quien el África tiembla!
Empieza á cobrar tu honor;
Que aunque grave te parezca
El peso de la manopla,
Más pesa cualquier afrenta.
Arma de la fuerte gola
Hasta la blanda esquinela
Ese cuerpo, cuya vista
Dará á tus vasallos fuerzas;
Ponte en el galán caballo,
Y sobre el ristre sustenta
El blanco fresno estriado,
Con la dorada arandela.
Bate los rotos ijares
Con las espuelas sangrientas;
Que del almete las plumas
Darán á la fama nuevas.
Y vos, ínclita señora,
Poned el pecho á esas rejas,
Veréisle salir gallardo:
Que Dios con victoria vuelva.

ALFONSO.

¡Oh, Álvar Pérez, noble hidalgo,
Digno de mi lado y mesa,
Tu voz hace en mis oídos
Lo que suele la trompeta!
Ya tengo el alma gloriosa
De esta justa y alta empresa,
Ya me promete la fama
Venturosa la primera.
No piense el Rey de Aragón
Talar y abrasar mis tierras;
Que yo apretaré los frenos
Donde él alarga las riendas.
Dadme licencia, señora,

Que dejando nuestras fiestas,
De los torneos de burlas,
Pase á las armas de veras.
Ahora sí que podréis
Darme las colores vuestras.
¡Ea, vasallos y amigos,
La ocasión mayor es ésta!
Rompa las templadas cajas
La prisa de las baquetas,
Y las trompetas sonoras
Despierten á la reseña.

REINA.

¡Oh, valeroso mancebo,
Cómo en las palabras muestras.
La sangre de donde vienes
Y aquella noble ascendencia!
Parte animoso; que espero
En el ánimo que llevas,
Que volverás á Castilla
Con más victorias que César.
Lo primero libra al Conde,
Y del infante don Vela
Haz luego las amistades,
Que honrarán tu justa empresa.
Y vosotros, moros nobles,
Con gente de Alcalá y Cuenca,
Acompañad á mi hijo.

ALÍ.

Esa obligación es nuestra:
Yo te daré dos mil moros.

REDUÁN.

Yo otros tantos de Sigüenza.

ZAYDE.

Yo te prometo los mismos.

ALFONSO.

Pues, Álvaro, al punto vuela;
Libra al Conde y al Infante
Y tráelos á mi presencia;
Que yo haré sus amistades
Aunque difíciles sean.

ÁLVARO.

Yo voy.

ALFONSO.

Y yo, madre mía,
Á hacer que saquen mis tiendas;
Que no dormiré en poblado
Hasta que le mate ó prenda.

Vanse, y salen el Rey de Aragón, D. Anzures, caja, soldados y bandera, con la empresa referida.

ARAGÓN.

Así me provoca y llama
La pena que me lastima,
Así el agravio me inflama,
Así la venganza anima,
Así se cobra la fama.
¿Qué dirán los castellanos
De su pasado señor?

ANZURES.

Dirán que fuera mejor
Que sus pensamientos vanos,
Reconocer tu valor.
Habrán echado de ver
Que un niño y una mujer,
Aunque es tarde su pesar,
Ni los sabrán gobernar,
Ni los podrán defender.

ARAGÓN.

Dícenme que ella ha salido
Con el ejército.

ANZURES.

En todo
Muestran el valor perdido
Del antiguo nombre godo.

ARAGÓN.

¡Bien irá el campo regido!
Yo á lo menos he mostrado,
En lo que dejo abrasado,
Que puede más, en rigor,
El agravio que el amor
En cualquiera pecho honrado.
Detiene á veces la espada,
De la Reina la hermosura;
Mas luego el alma, enojada,
Muestra de su fe perjura
La ofensa representada;
Y como es sangre inocente,
Da por la venganza voces,
Y aconséjame que intente
Satisfacciones atroces
De aquel agravio insolente.
Á su sangre, á su marido,
Por el consejo atrevido
Del fiero Conde de Lara.....

ANZURES.

Cuando en eso amor repara,
Ya se le acerca el olvido.

ARAGÓN.

Bravo daño les he hecho,
Muchas villas he ganado,
Muchas fuerzas he deshecho;
Pero ni yo estoy vengado,
Ni el agravio satisfecho.
No os pienso volver á ver,
Altas nieves del Moncayo,
Hasta que les dé á entender
Que soy aragonés rayo
Que en Castilla he de caer.
Esos caballos que bajo
Con excesivo trabajo,
Aunque el sufrirle celebro,
No pienso volver del Ebro
Hasta que beban del Tajo;
Que si ver acaso puedo
Las murallas de Toledo,
Donde por propio valor
Me dió la corona amor,
Me la ha de poner el miedo.

ANZURES.

De la suerte que has entrado,
No será dificultoso.

Sale Ruy de Biedma.

BIEDMA.
Dadme esos pies.
ARAGÓN.
Bien llegado
Seas, ¡oh Biedma famoso!
BIEDMA.
Bravamente viene airado
El castellano ofendido.
ARAGÓN.
¿Está cerca?
BIEDMA.
Cerca viene.
ARAGÓN.
¿Con qué ejército?
BIEDMA.
Lucido.
ARAGÓN.
¿Tiene caudillos?
BIEDMA.
Sí tiene.
ARAGÓN.
¡Quién duda, el Conde habrá sido!
BIEDMA.
Fuera del Conde de Lara,
Viene el infante don Vela,
Que armado, cuando repara,
Cubierto de acero y tela,
El sol á verle se pára.
Vienen los fuertes hermanos
Don Álvaro y Gómez Pérez;
Que al mayor, por buenas manos,
Dió el Rey oficio de Alférez
Mayor de los castellanos.
Viene don Juan de Mendoza
Y don Esteban, su primo,
Con toda la gente moza
De Asturias, que igual la estimo
Á Huesca y á Zaragoza.
Viene Ordoño de Almondar,
Payo Núñez de Vivar,
Suero Meléndez, Belchides
Y el señor de Benavides,
Antiguo y noble solar.
Viene el conde don Manrique,
Sancho del Carpio y su hermano,
Don Ramiro y don Enrique,
Íñigo de Altamirano
Y el alcaide don Fadrique.
Madrid, Segovia, Toledo,
Han dado su juventud.
ARAGÓN.
¿Qué hay del Rey?
BIEDMA.
Decirte puedo,
Si se juzga la virtud
Del alma por el denuedo,
Que no he visto en tales años
Tantas muestras de valor.
ARAGÓN.
Traeránle así los engaños
De ese Conde adulador,
Que deben de ser extraños.
BIEDMA.
¿Quién lo duda? Pues su edad
Viene falta de experiencia;
Mas cuanto á la majestad
De su hermosura y presencia,
Discreción y gravedad,
Natural en él parece
La virtud, que resplandece
Como el sol en el cristal,
Y aun es á su empresa igual.
ARAGÓN.
¿Qué trae?
BIEDMA.
Un sol que amanece.
ARAGÓN.
Presto le verá eclipsado.
¿Trae blasón?
BIEDMA.
«Al mediodía»,
Dice en un cartón dorado,
Dando á entender que sería,
Creciendo, el valor doblado.
ARAGÓN.
¿La Reina?
BIEDMA.
Siguiendo viene,
Como otra segunda Euane,
El campo con que ya tiene
Gloriosos los capitanes,
Del galardón que previene.
ARAGÓN.
Anzures, hoy será el día
Que quedaré vencedor,
Hoy será Castilla mía;
Este es campo sin valor,
Y que un muchacho le guía:
Hágase luego un alarde
De nuestra famosa gente.
ANZURES.
¡Ea, señor, que ya es tarde
Para coronar tu frente!
ARAGÓN.
¡Oh buen Conde, Dios os guarde!

Vanse.
Salen el rey Alfonso, armado, el conde D. Pedro y el Infante.

CONDE.
Así, señor, conviene que procedas.
ALFONSO.
Parientes, si yo os llevo tan amigos,
Á la fortuna romperé mil ruedas.
VELA.
Hoy quedarán de tu valor testigos
Estos famosos campos.
ALFONSO.
Quiera el cielo,

Pues no llevan razón mis enemigos.
¿Bien se alojó el ejército?

CONDE.

Recelo
Que estuviera mejor desotra parte.

ALFONSO.

No, Conde, que está falto de agua el suelo.

CONDE.

Parece que naciste de dios Marte;
Su disciplina á todos nos enseñas.

ALFONSO.

Naturaleza á veces vence el arte:
Guardan su espalda aquestas fuertes peñas,
Y aquí salen mejor los escuadrones
Por entre estas malezas más pequeñas.

VELA.

¿Quién te enseñó, señor, estas razones?

ALFONSO.

Allá en las soledades de Galicia,
El ganado me daba estas lecciones:
Como del viento defender codicia,
Y del lobo, el pastor á su ganado,
Al campo el capitán de la milicia.
Mil veces hice un escuadrón formado
Por las hileras de árboles que había,
Tal vez en monte, y tal en verde prado.
Miraba yo la escuadra que salía,
Por qué parte segura de su daño,
Y por dónde mayor le recibía.
Reparaba también en el engaño
De la emboscada, así naturalmente,
Y para el campo la sazón del año.
Trazaba á un río una improvisa puente,
Ó le buscaba el vado más seguro
Al pesado bagaje de la gente.
Algunas veces asaltaba un muro
Por la parte más flaca, dando escalas,
Hurtándole á la noche el manto obscuro.
En estas cosas extendí las alas
De la imaginación, que ahora llego,
Cual veis, á ejecución.

VELA.

La edad igualas
Del más antiguo capitán.

ALFONSO.

No os niego
Que importa la experiencia.

CONDE.

Tú la alcanzas
Con el ingenio; y así, al cielo ruego
Logre tus bien nacidas esperanzas.

Salen tres soldados con las espadas desnudas, y D.ª María retirándolos con la suya.

MENDO.

¡Tente, demonio ó quien eres!

MARÍA.

¡Fuera, picaños!

ALFONSO.

¿Qué es esto?

CONDE.

El campo en armas se ha puesto.

MARÍA.

¡Gallinas, medio mujeres!
¿Á mí mentís?

VELA.

¡Ah, soldado!
¿No miráis que está aquí el Rey?

MARÍA.

Señor, perdona.

ALFONSO.

La ley
Del bando os ha condenado:
Cuélguenlos en cuatro esquinas.

MARÍA.

Oye primero.

ALFONSO.

Recelo
Que apelas.

MARÍA.

Para ti apelo,
Si es que á la razón te inclinas.

VELA.

¿Es León?

MARÍA.

El mismo soy.

VELA.

Perdónele Vuesa Alteza;
Que es una excelente pieza:
Ésta palabra le doy.

ALFONSO.

¿Cómo?

VELA.

Perdonarse ha en él
El más valiente soldado
Del campo.

MARÍA.

Un hidalgo honrado
Á lo menos.

ALFONSO.

Si por él
Volvéis vos, doyle perdón.
¿León se llama?

VELA.

Y es paje
Del Alférez.

MARÍA.

Mi linaje
Es de apellido León.
El águila que abrazado
Tiene el escudo de Pérez,
Adonde trae el Alférez
Mayor el león pintado,
Es de mi casa el solar,
Y yo soy aquel león.

ALFONSO.

Di, soldado, la ocasión
De tu enojo.

MARÍA.

Acerté á estar
En un corro de soldados

Tratando de aquesta empresa,
Que en tus tiernos hombros pesa
Más que en mil reyes pasados,
Y dije que vencerías,
Porque en esos años tiernos,
Las armas y los gobiernos
De tantos reyes tenías,
Y porque á tu discreción
No faltaba la experiencia,
Pues una natural ciencia
Obra en la imaginación;
Y replicó aquel soldado
Que era gran dificultad
Poca experiencia y edad
Contra un Rey ejercitado.
Respondí que los cobardes
Impiden con su temor
Todo un campo vencedor,
Descompuestos sus alardes,
Y que ellos, porque pensaban
Huir con ligeros pies,
Vencer al Aragonés
Los castellanos dudaban.
Aquí, por entre la gente,
Vino volando un mentís;
Que si allá en la paz decís
Que ninguno le consiente,
Yo, soldado y en la guerra
De tal Rey, ¿lo he de sufrir?

VELA.

¡Qué bien lo sabe decir!

ALFONSO.

Valor el soldado encierra.
Amigo, lo que es tu honor,
Tomo á mi cuenta: soldados,
Id con Dios, que estáis culpados
En materia de mi amor;
Y si no me le tenéis
Y os inclináis á Aragón,
No sirváis sin afición,
Que jamás acertaréis.

MENDO.

Yo pienso morir por ti.

SOLDADO 2.°

Y yo, aventurar mil vidas.

SOLDADO 3.°

Hoy, si me dan mil heridas,
Verás un Zopiro en mí.

Sale Gómez Pérez.

GÓMEZ.

Ya con señal de batalla
Marcha el campo de Aragón
Á tu primero escuadrón,
Adonde Vivar se halla,
Y el señor de Benavides.

ALFONSO.

Pues no la pienso rehusar:
Benavides y Vivar
Son dos castellanos Cides.
¡Ea, don Pedro de Lara!
¡Ea, Infante, hoy es el día!

CONDE.

Hoy verás la espada mía
En sangre teñida y clara.

VELA.

Yo te aseguro de mí
No desampararte un punto.

Sale Álvaro Pérez.

ÁLVARO.

Rey Alfonso, hoy viene junto
Todo Aragón sobre ti:
En esta primera empresa
Consiste tu mayor gloria.

ALFONSO.

Yo espero en Dios la victoria,
Álvaro, si el mundo pesa.
¿La Reina?

ÁLVARO.

En su tienda queda;
Y el prelado toledano,
Rogando, Rey castellano,
Á Dios que bien te suceda.

ALFONSO.

Tenga la Reina en su tienda
La guarda que es menester,
. . . . (1).
Y vamos, parientes míos,
Tocad al arma. ¡Santiago!
Hoy veréis que satisfago
Á los prometidos bríos.

CONDE.

Hoy, señor, has de vencer;
Alza la roja cuchilla.

ALFONSO.

¡Santiago!

Dentro:

¡Aragón!

TODOS.

¡Castilla!

Vanse todos, y quedan allí Álvaro Pérez, Gómez Pérez y D.ª María.

ÁLVARO.

Escucha lo que has de hacer

MARÍA.

¿Que tengo de hacer?

GÓMEZ.

Escucha,
Y dirátelo mi hermano.

MARÍA.

Ya cualquier intento es vano.

ÁLVARO.

Esta confusión es mucha,

(1) Faltan dos versos.

Y casi la noche baja;
No te apartes de nosotros.

MARÍA.

Andar siempre con vosotros,
Fuera de mi honor ventaja;
Pero, hermanos, bien sabéis,
Que entre tanta confusión
Me he de perder.

ÁLVARO.

Mi pendón
Sigue.

MARÍA.

¿Y si el pendón perdéis?

GÓMEZ.

Oye; ponte aquesta toca
Al cuello, que es blanca y casta.

MARÍA.

Para conocerme basta.

GÓMEZ.

No es mala señal.

ÁLVARO.

No es poca.

GÓMEZ.

Pues suerte, doña María;
Ya que Dios te dió valor,
Guarda tu vida y tu honor.

MARÍA.

Confía, hermano, confía;
Que tú verás lo que hago.

ÁLVARO.

¡Bravamente se pelea!

GÓMEZ.

Álvaro, tu brazo emplea.

MARÍA.

¡Santiago!

TODOS.

¡Santiago!

La guerra se haga dentro, y salga Ordoño, el escudero cobarde.

ORDOÑO.

El diablo me trajo á mí
De Asturias á tanto mal:
No tengo estrella marcial,
La guerra es violenta en mí.
¿Adónde me esconderé?
Temblando y sin sangre estoy;
Al diablo la guerra doy,
Pues de él su principio fué.
¿Es ésta cueva? Sí es;
Quiérome meter aquí.

Escóndese, y sale con unas ropas D.ª María.

MARÍA.

¡Oh, qué bien vuelve por sí
El valiente aragonés!
Pero yo tengo jurado
Guardar todos los despojos
Que ganare: ¡oh, ciegos ojos!
Ya la noche se ha cerrado.
¿Dónde los podré esconder
Por volver á pelear?
Esta cueva es buen lugar:
¿Quién va allá?

ORDOÑO.

¿Quién ha de ser?

MARÍA.

¡Mataréte!

ORDOÑO.

Ten la mano;
Que soy un soldado herido,
Que aquí á morir me he metido.

MARÍA.

¿De Aragón, ó castellano?

ORDOÑO.

Castellano.

MARÍA.

Y ¿dónde tienes
La herida?

ORDOÑO.

Aquí.

MARÍA.

¿Dónde?

ORDOÑO.

Aquí.

MARÍA.

Castellano infame, di,
¿Á morir sin honra vienes?
¡Vuelve, perro, á pelear!

ORDOÑO.

Tente, León.

MARÍA

¿Tú me nombras?

ORDOÑO.

Ordoño soy, ¿qué te asombras?
El que te iba á acompañar
Á la calle de Toledo,
Cuando te guardé la puerta.

MARÍA.

No la dejó poco abierta,
Ordoño amigo, tu miedo.
Ven conmigo, que á mi lado
Te quiero hacer hombre.

ORDOÑO.

Voy.

MARÍA.

¡Ah, gallina!

ORDOÑO.

Si lo soy,
Vendré á morir espetado.

Toquen cajas, y salgan D. Vela, y el Conde riñendo.

CONDE.

Ríndete ya.

VELA.

¿Qué es rendir?

CONDE.

¡Morirás!

VELA.

Mas tú á mi mano.....

CONDE.
¡Ea, que soy castellano
Que sabe hacer y decir!
VELA.
Qué, ¿no eres aragonés?
CONDE.
¡Don Vela!
VELA.
Conde, ¿qué es esto?
CONDE.
Que la noche nos ha puesto
En el peligro que ves.
VELA.
En fin, los dos peleamos:
¿Quién ha de haber que lo crea?

Toquen cajas, y salgan peleando el Rey de Aragón y D.ª María.

ARAGÓN.
¡Toda la noche, soldado!
¿No miras que ya amanece?
MARÍA.
¡Afrenta mía parece
Que tanto me hayas durado!
ARAGÓN.
Siéntate un poco, por Dios,
Y cobraremos aliento.
MARÍA.
Por darte gusto, me siento.

Siéntanse los dos en dos peñas.

ARAGÓN.
Honrados somos los dos:
Vete, y quedemos por tales.
MARÍA.
Eso no; yo he de vencer
Ó morir; que esto han de hacer
Los hidalgos principales.
ARAGÓN.
Yo creo que tú lo eres;
Vénceme en la cortesía,
Y vete con Dios.
MARÍA.
Querría,
Soldado, saber quién eres.
ARAGÓN.
Eso ¿cómo puede ser?
MARÍA.
Porfiando.
ARAGÓN.
¡Ea, soldado!
MARÍA.
Ahora bien, yo he descansado,
Quiero á las armas volver.
ARAGÓN.
¿Cómo lo puedo negar?
MARÍA.
Yo conozco tu valor.
ARAGÓN.
Y yo, que el tuyo es mayor.

Cae el Rey.

MARÍA.
Tu cabeza he de cortar.
ARAGÓN.
Eso no, que es sinrazón;
Mira que soy de rescate.
MARÍA.
Buscaré con qué te ate,
Ya que te das á prisión;
Pero aquí tengo esta toca.
ARAGÓN.
Basta ponérmela al cuello.

Salen Álvaro y Gómez Pérez.

ÁLVARO.
Por mil hombres atropello
En busca de aquella loca,
Y ha sido hallarla imposible.
GÓMEZ.
Alza, hermano, ese pendón.
MARÍA.
Éstos mis hermanos son.
ÁLVARO.
¿No es temeraria?
GÓMEZ.
Es terrible.
ÁLVARO.
Por más que el pendón levanto,
No la puedo descubrir.
MARÍA.
Ya no lo puedo sufrir:
¡Hermanos!
GÓMEZ.
De ti me espanto,
Que viendo nuestro cuidado
Toda la noche por ti,
Nos dejes morir ansí.
MARÍA.
Pues ¿cómo habemos quedado?
ÁLVARO.
Dicen que con lo mejor,
Aunque mucha gente ha muerto,
MARÍA.
Yo traigo un cautivo.
GÓMEZ.
¿Cierto?
MARÍA.
Cierto, y hombre de valor.
ÁLVARO.
¿Cómo que siendo mujer
Te atreves á pelear?
ARAGÓN.
¡Cielos! ¿Qué oigo?
MARÍA.
Y á matar
Muchos hombres desde ayer,

Mayormente de los moros.

ARAGÓN.

¿Mujer es ésta? ¡Ay de mí!
Vencido de mujer fuí.

MARÍA.

Y he ganado mil tesoros
De trofeos y cadenas.

ÁLVARO.

Descubre ese rostro bello,
Tiende el copioso cabello
Sobre rosas y azucenas,
Honra nuestra sangre y casa.

ARAGÓN.

Ved de quién vengo vencido.

Salen el rey Alfonso, Conde, Infante

ÁLVARO.

De Dios la victoria ha sido.

CONDE.

Señor, adelante pasa;
Sigue el alcance.

ALFONSO.

No tiene
Fuerza la gente.

VELA.

El valor,
Sin fuerza basta.

CONDE.

Señor,
La Reina, tu madre, viene.

Sale la Reina.

REINA.

Dame esos brazos, Alfonso;
Que con esta clara hazaña
Has dado al mundo temor,
Y á la fama nuevas alas.
Dámelos á mí primero,
Pues por mí te goza España,
Que puse la sangre en ellos,
Con que al cielo la levantas.
Mil veces enhorabuena
Goces victoria tan alta;
Que á mí, como madre tuya,
Se me regocija el alma.

ÁLVARO.

Puesto, señor, que este día,
Por honra de sus espadas,
Sus capitanes te den
Muchas cabezas contrarias,
Podrán como hombres hacerlo;
Pero conoce á mi hermana,
Que ha peleado y vencido
Lo mejor de esta batalla.

ALFONSO.

¿Quién es!

MARÍA.

Yo soy, Rey invicto,
Que en hábito disfrazada
De varón, vine á servirte.

REINA.

¡Grande valor!

ALFONSO.

¡Cosa extraña!

VELA.

Señor, aquéste es León.

ALFONSO.

Doña María se llama;
Que ese León fué disfraz
Por el león de sus armas.

MARÍA.

Este cautivo, señora,
Que desde la noche al alba
Hizo batalla conmigo
En esta misma campaña,
Por ser mujer, á mujer
Le presento.

REINA.

Espera, aguarda:
¡Alfonso, aquéste es el Rey!

ALFONSO.

¿El Rey?

VELA.

¿El Rey?

CONDE.

¡Grande hazaña!

ARAGÓN.

Ya, ¿de qué sirve encubrirme?
Porque si lo procuraba,
Era porque de mujer
Fuese vencido en batalla.
Yo soy el Rey, castellanos,
Hoy debéis á aquesta dama
La gloria de esta victoria.

ÁLVARO.

Mil veces quiero abrazalla.

ALFONSO.

Bien sabes, Rey de Aragón,
Que por sus bulas del Papa,
Mi madre, la Reina, hizo
El divorcio que te agravia.
Entraste airado en mis tierras;
Tomó el cielo la venganza,
Y trájote donde ves.

ARAGÓN.

Rey castellano, esto basta;
Yo estoy preso en tu poder;
Lo que quisieres me manda.

ALFONSO.

Que todas mis villas vuelvas,
Y que á tu reino te vayas.

ARAGÓN.

Liberalmente procedes:
Castellanos, si Dios guarda
Á Alfonso, gran Rey tenéis;
Que en esto le he visto el alma.
Abraza al que fué tu padre:
Y tú, señora, me abraza;
Que eternas paces os juro.

VELA.

Ya que don Pedro de Lara

Tiene acción, con más razón,
Á la Reina, mi esperanza
Resucita un casto amor
De esta generosa dama.
Mandad, señor, que le den
Á un Infante de Navarra
Á doña María Pérez.

ALFONSO.

Ella á responderos salga.

ÁLVARO.

Hermana, esto manda el Rey.

MARÍA.

Que sea lo que el Rey manda.

ALFONSO.

Oid, que quiero que quede
Memoria de aquesta hazaña:
Vos, que como varón fuerte,
Fuistes varona de fama,
Dejad el nombre de Pérez
Y el águila de las armas;
Llamaos, desde hoy más, Barona,
Y pondréis las mismas barras
Que trae el Rey de Aragón
Al escudo atravesadas;
Y estos campos, desde hoy,
Donde pasó esta batalla,
Se llamarán de Barona
Para mayor alabanza.

ARAGÓN.

Yo la doy en Aragón
Por mi rescate, aunque es paga
Corta para un rey, seis villas.

REINA.

Yo tres, junto á Salamanca.

ALFONSO.

Yo de renta, seis mil doblas.

VELA.

Yo mis brazos.

CONDE.

Aquí acaba
Su historia, y vive en Castilla,
La varona castellana.

FIN DE LA COMEDIA DE «LA VARONA CASTELLANA».

LA CAMPANA DE ARAGÓN

LA CAMPANA DE ARAGÓN

COMEDIA

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

DEDICADA

á Don Fernando de Vallejo

COLEGIAL DEL COLEGIO MAYOR DE SAN BARTOLOMÉ Y HIJO DEL SEÑOR GASPAR DE VALLEJO, CABALLERO DEL HÁBITO DE SANTIAGO, DEL CONSEJO SUPREMO DE SU MAJESTAD

La fuerza de las historias representada es tanto mayor que leída, cuanta diferencia se advierte de la verdad á la pintura y del original al retrato; porque en un cuadro están las figuras mudas y en una sola acción las personas; y en la comedia hablando y discurriendo, y en diversos afectos por instantes, cuales son los sucesos, guerras, paces, consejos, diferentes estados de la fortuna, mudanzas, prosperidades, declinaciones de reinos y períodos de imperios y monarquías grandes. De la historia dijo Cicerón que no saber lo que antes de nosotros había pasado, era ser siempre niños; conocida es su utilidad, tan encarecida de tantos; pero entre todos, me agradan aquellas palabras verdaderamente sabias en la prefación del Jovio al príncipe de la república de Florencia:

«Después de esta vida, la cual está dispuesta á la generación humana con inciertos y estrechos términos de edad breve, ninguna cosa puede ser más feliz que el haber extendido la fama de su nombre con memorias inmortales de ánimo invicto y cierta esperanza de eternas alabanzas de sus hechos.»

Pues con esto nadie podrá negar que las famosas hazañas ó sentencias, referidas al vivo con sus personas, no sean de grande efeto para renovar la fama desde los teatros á las memorias de las gentes, donde los libros lo hacen con menos fuerza y más dificultad y espacio. La materia desta historia no ofendiera á Dionisio Halicarnaseo, donde se queja de Anaxilao y Teopompo, que no la eligieron á propósito del ejemplo, dando á entender que «cada uno en lo que se escribe retrata su inclinación y su ánimo». La obediencia y veneración del Rey muestra con sangriento castigo la presente historia, cuánto bien resulta de amarle y servirle, y cuánto mal de resistirle y desobedecerle; á cuyo propósito Jenofonte dijo: «Que todo el bien que tenía su república se debía á la obediencia de su Príncipe.» Y divinamente San Bernardo: «Que era la obediencia amiga de la salud», pues que vemos que en ella consiste la felicidad de los grandes, y la quietud y vida de los pequeños. Dió causa la inobediencia al rey de Aragón para tan vivo ejemplo, y el consejo

á la ejecución de tan notable castigo: de donde se colige cuánto importa á la vida y conservación del príncipe el prudente ministro y consejero. Bien pudiera yo con atrevida pluma retratarle del señor Gaspar de Vallejo, padre de vuestra merced, delineando con vivos colores qué virtudes, qué letras, que costumbres, qué nobleza le convienen; como no fuera castigada mi culpa, aunque mi amor la abone, en atrevimiento tan ajeno de mis fuerzas, cuanto ajustado á la verdad que á tales méritos se debe; pues como mi voluntad no puede ser á todos manifiesta, habrá de ser tenido por error mi obligación, y por ignorancia mi buen deseo; pero podré decir con Propercio:

Quod si deficiant vires, audacia certe
Laus erit: in magnis, et voluisse sat est.

Pero antes que me pongan por objeción que ya está hecho el retrato, y del mayor artífice, ese mismo ofrezco en vuestra merced á la censura del mundo, donde no habrá lince tan sutil que descubra en sus virtudes, en su excelente ingenio, en sus letras y discretas costumbres, de diferencia un átomo: que puesto que parezca por tan tiernos años principio solo, ya sabe vuestra merced de la ley primera De Orig. Jur., *que* principium cujusque rei potentissima pars est. *Platón la llamó grande; y como Aristóteles tuvo por imposible que sin él ninguna cosa pudiese serlo, la expectación es justa en principio heroico; y como dijo un poeta español:*

Antes que mire al Occidente Febo,
Ya se previene la dorada aurora.

Dios guarde á vuestra merced, como deseo.

Su capellán,
LOPE DE VEGA CARPIO.

LA CAMPANA DE ARAGÓN

PERSONAS

El rey Don Pedro de Aragón.
Don Alfonso, *su hermano.*
Don Fortunio Lizana, *viejo.*
Lope de Luna.
García de Vidaure.
Ramiro, *recoleto*, *hermano del Rey.*
Don Pedro de Atares.
Leonardo, *monje.*
Benito, *monje.*
Una figura, que es Aragón.
Doña Elvira.
Porcelo, *soldado.*
Salsino, *soldado.*
El Rey moro de Zaragoza.
Dos alcaides suyos.
Arminda, *mora.*
Tarife, *moro, alcaide de Fraga.*
Otros dos alcaides.
Selín *moro.*
Don Nuño.
Don Sancho, *secretario.*
La Reina.
Un paje.
Peralta, *soldado.*
Osorio, *soldado.*
Don Diego.
Don Rodrigo.
Dos ó tres niños, hijos de los grandes.
Soldados cristianos.
Soldados moros.
Criados.
Acompañamiento, etc.

ACTO PRIMERO.

Empiézase la comedia con ruido de cajas y batalla, moros que salen huyendo, y cristianos tras ellos, y descúbrese Santiago á caballo, armado, en lo alto, y moros heridos á los pies.

Salen el rey D. Pedro mirando á Santiago, D. Alfonso y D. Fortunio.

REY.

Hincad la rodilla en tierra.

DON ALFONSO.

No es, rey don Pedro, del suelo
Quien tanto valor encierra.

REY.

¡Oh caballero del cielo,
Vencedor de aquesta guerra!
Sólo á Dios se debe honor,
Y á ti luego.

DON ALFONSO.

¡Extraña cruz!

REY.

¿Quién sois? ¿No me habláis, señor?

DON ALFONSO.

No me deja ver la luz
Su divino resplandor.
Es Jorge, si no estoy ciego.

Cúbrese la apariencia.

DON FORTUNIO.

Desaparecióse luego
Que le nombraste. ¿Si es él?

REY.

¡Notable estrago!

DON ALFONSO.

¡Cruel!

REY.

Tal espada trae.

DON FORTUNIO.

De fuego.

REY.

Á Dios se debe la gloria,
Y á Jorge, desta victoria,
Y entre nosotros es llana
De don Fortunio Lizana
La hazaña digna de historia.

DON ALFONSO.

De grande importancia ha sido,

Fuera del que al cielo pides,
El socorro que ha traído.
Para ser igual á Alcides,
Sólo le falta el vestido.

REY.

Causaron grandes desmayos
Estos trescientos lacayos
Con las mazas que traían,
Que en los moros discurrían
Como por el viento rayos.
Quebraban piernas y brazos;
Máquinas, caballos y hombres
Iban haciendo pedazos.

DON ALFONSO.

Bien es que rayo le nombres.

REY.

Hoy merece mis abrazos.

DON FORTUNIO.

De rodillas.

En el suelo estoy, señor,
Y tu perdón esperando.

REY.

En mi pecho estás mejor,
Donde hoy te he visto animando
Con el tuyo mi valor.
Y de haberte desterrado,
Fortunio, estoy enojado
Con mi esquiva condición.

DON FORTUNIO.

Juntos en esta ocasión
Habemos, señor, ganado,
Tú á Huesca al valiente moro,
Y yo tu gracia, tesoro
Que ha de enriquecer mi honor;
Porque es tu gracia mayor
Que ciudades, plata y oro.
Desterrado me tenías
En los montes Pirineos,
Pasando noches y días,
Donde á mis buenos deseos
Tan notable agravio hacías.
Supe que á Huesca asaltabas;
Trescientos hombres junté
Con esas mazas ó clavas,
Y de los montes bajé
Por el peligro en que estabas.
Si merecí tu perdón,
El parabién es razón
De la victoria me den.

REY.

Y á mí, Fortunio, también,
Que por vos tengo á Aragón;
Y quiero que por memoria
De la maza, que fué traza
Para ganar la victoria,
Don Fernando de la Maza
Os llame de hoy más su historia;
Que aunque Lizana apellido
De vuestro linaje ha sido,
Deste quedáis más honrado,
Pues que Maza habéis ganado
Lo que Lizana perdido.

Don Nuño en lo alto, poniendo el estandarte del Rey en el muro.

DON NUÑO.

¡Huesca por el rey don Pedro!
¡Huesca del Rey de Aragón!

Retírase.

REY.

Ya de tierra y honor medro.

DON ALFONSO.

Voces de don Nuño son,
Bien digno de lauro y cedro.

REY.

Fuertemente ha peleado.

DON FORTUNIO.

Es, aunque mozo, soldado
De gran valor.

REY.

Yo lo estimo.
¡Oh, cuánto en mirar me animo
Aquel pendón levantado!

Salen D. Nuño, con espada y rodela, y dos ó tres criados, que traen cuatro cabezas de reyes moros.

DON NUÑO.

Ya queda Huesca por ti,
Rey famoso aragonés;
Que á su mezquita subí,
Y aquestas lunas que ves,
Á tus cruces abatí.
Allí, señor, enarbolo
Tu estandarte, y queda solo,
Dando terror al pagano.

REY.

Eres un Marte cristiano,
Famoso de polo á polo.
Son señal de tus proezas
Esas cabezas cortadas.

DON NUÑO.

Son, señor, cuatro cabezas
Que se hallaban adornadas
De aquellas doradas piezas.
Hazaña ha sido este día
De tu heroica valentía
Y de mi fe celebrada;
Que los ha muerto tu espada,
Y los degolló la mía.

REY.

Famosa victoria ha sido.
Cuatro reyes ha costado
Hoy al morisco atrevido.

DON ALFONSO.

Al caballero cruzado
Hoy te muestra agradecido.

REY.
Hoy, Alfonso, quiero dar
Armas nuevas á Aragón;
Que de la cruz singular
De ese angélico varón
Quiero mi escudo adornar.
Y en cuatro partes partido
El campo, que blanco sea,
Por serlo su arnés lucido,
Y porque mejor se vea,
De la cruz roja ceñido;
Los cuatro cuadros tendrán
Aquestas cuatro cabezas.

DON ALFONSO.
Famosas armas serán,
Y que ya de tus grandezas
Ilustres indicios dan.

REY.
Estas le doy á Aragón,
Y á Fortunio la tenencia
De Huesca, si en ocasión
Se me ofrece hacer ausencia
Contra el morisco escuadrón.
Á Nuño doy del despojo
Una parte, y á mi hermano
Dos ó tres.

DON ALFONSO.
Mucho me enojo.
Bástame el honor que gano,
Y en premio un bonete rojo.
Todo lo habrás menester.

REY.
Desde aquí pienso volver
Á San Ponce de Tomaras

DON ALFONSO.
De Alcides á Huesca amparas.

REY.
Á mi hermano quiero ver;
Que, como sabéis, está
Ramiro monje en San Ponce.

DON NUÑO.
Ya de par en par te da
Huesca sus puertas de bronce,
Y el moro huyendo se va.

REY.
Id, Fortunio, á la montaña,
Y vuestra casa traed.

DON FORTUNIO.
Si don Nuño me acompaña.....

DON NUÑO.
Recibo en eso merced,
Heroico Roldán de España.

DON FORTUNIO.
Quiéroos regalar, pariente,
En mi casa.

DON NUÑO.
Y yo serviros.

Sale D. Pedro de Atares, con espada y rodela.

ATARES.
¡Oh famoso Rey! Detente,
Que el cielo oyó mis suspiros,
Y llegué salvo á tu gente.

REY.
¿Quién es?

DON ALFONSO.
Don Pedro de Atares.

ATARES.
Señor, no permita el cielo
Que la victoria declares
Cuando estampan en tu suelo
Moros los pies á millares.

REY.
¿De dónde?

ATARES.
De Zaragoza;
Que su rey Albochacén
Tus campos tala y destroza.

REY.
¿Vienen cristianos?

ATARES.
También
Con sueldo cristianos goza.

REY.
¿Quién le acompaña?

ATARES.
Un García,
Del Rey de Castilla hermano.

REY.
¡Cristiano ayuda este día
Á un moro contra un cristiano!
Vamos, que esta causa es mía.
Póngase en orden mi gente,
Victoriosa justamente;
Que contra dos moros voy.

DON FORTUNIO.
De cólera ardiendo estoy.
Sígueme, Nuño valiente.

REY.
Id, que para más espanto,
Las armas te han de pintar.

DON NUÑO.
La cruz roja de aquel santo
Puede al mundo hacer temblar
Si á tu lado la levanto.

DON ALFONSO.
Salgámosles al camino.

REY.
¡Oh buen Alfonso, tan dino
De ser mi hermano!

DON ALFONSO.
No quiero
Serlo ni ser caballero
Viviendo ese moro indino.
Tú veras lo que se goza
Mi espada, en los que destroza
Abriendo sangrienta plaza.

DON FORTUNIO.
Aun no han probado la maza
Los moros de Zaragoza.

Vanse.

Salen Fr. Leonardo, Benito y Ramiro, éste con una escoba en la mano.

LEONARDO.

Deje (y llévelo en paciencia)
La escoba, padre y señor,
Pena de santa obediencia;
Que la igualdad, en rigor,
Siempre admite diferencia.

RAMIRO.

Parece riguridad.
Si así me trata, en verdad
Que estorba mi salvación.

LEONARDO.

Deo gratias: bien sé que son
Actos de mucha humildad;
Pero, en fin, puede ocuparse
En obras más meritorias.

RAMIRO.

¿Hayla mayor que humillarse?

LEONARDO.

Sacras y humanas historias
Pueden por ejemplo darse;
Que vil David se llamaba
Cuando con Micol hablaba;
Que era polvo dijo á Dios,
Hablando una vez los dos,
Abraham, que humilde estaba;
Y Gedeón otra vez
Su casa llamó pequeña,
Siendo del pueblo jüez.

RAMIRO.

¡Oh padre, cuán bien me enseña
Vuestra discreta vejez!
Yo soy rudo y negligente.

LEONARDO.

No es rudo el que es obediente.

RAMIRO.

Dígame más, padre mío.

LEONARDO.

En el del cielo confío
Que tu propósito aumente.
Enojado algunos días
Este gran Señor también,
Por la humildad que decías,
Perdonó á Jerusalén
Por boca de Semeías.
Al que es humilde, el Profeta
Dice que Dios salvará;
El que á humildad se sujeta,
Salomón diciendo está
Que alcanza gloria perfeta.
Por Isaías promete
Con el humilde vivir;
En el capítulo siete
Quiso Ezequïel decir
Que el que es hombre se sujete.
Nínive, por humildad,
Y de Judit la ciudad,
De Dios perdón alcanzó.
Cristo, al morir, se humilló
Para mayor caridad;
Humillado al ángel Juan,
Su igual el ángel se hizo;
Que hasta ellos ejemplos dan
De virtud, que satisfizo
Á Dios, David y Abraham.
Por humildad, se llamó
La Virgen santa y bendita.

RAMIRO.

Luego el que está como yo,
Á tantos buenos imita,
Y el que lo contrario, no.

LEONARDO.

Es verdad que Pedro dice
Que Dios da gracia al que está
Humilde, y que contradice
Al que en ser soberbio da,
Que desta virtud desdice.
El que es de Dios elegido,
Pablo dice que vestido
Tenga de humildad el pecho.

RAMIRO.

De amarla estoy satisfecho;
De no la tener, corrido.

LEONARDO.

Jerónimo la primera
De las virtudes la llama;
Bernardo la considera
Una virtud que nos llama
Á la virtud verdadera.
Que ha de hallar, dice Agustino,
Aquel humilde camino
De Cristo, el hombre que viene
Á dar el premio que tiene
Asiento eterno y divino.
Que el mayor se hizo menor,
Gregorio dice también.
Hijo, grande es su valor;
Y así, te asienta más bien
Cuanto eres mayor señor.
Eres, fray Ramiro, hermano
Del rey Pedro de Aragón;
Y dando al mundo de mano,
Diste ejemplo, en religión,
De ser príncipe cristiano;
Donde tu mucha humildad,
Estorbada en mi presencia,
No impide tu caridad;
Mas mira que la obediencia
Es negar la voluntad,
Y ésta es de grande importancia.

RAMIRO.

Padre Leonardo, en la mía
Ya no ha de haber repugnancia:
Enseñadme cada día,
Pues sois luz de mi ignorancia.
Palabra os doy de no hacer
Cosa en mi vida, Leonardo,
Sin pediros parecer.

LEONARDO.

Ya, Ramiro, el tiempo aguardo

En que ha de ser menester.

RAMIRO.

Mire, hermano: como yo
Soy tan bobo é inocente
(Que así el cielo me crió),
Pienso que el que es obediente
Es humilde, y quien no, no.
Como no soy estudiante
Ni á la Escritura me aplico,
Procedo como ignorante;
Que estoy de deseos rico,
Y de efectos mendigante.
En romance, aunque avergüence
Decirlo, en un libro vario
Leí (con cruz se comience)
Que el diablo dijo á Macario:
«Fraile, tu humildad me vence.»
Desde entonces profesé
Ser muy humilde.

LEONARDO.

Ansí fué,
Y que lo sea es razón;
Pero trate de oración
Y algún rato en ella esté.
No sea todo barrer,
Fregar, servir y llevar
Cosas que son menester;
Pues sabe que el contemplar
Es de tan perfecto sér.
El especular la gloria
De Dios, en séptimo grado
Pone Bernardo; y la historia
Del Evangelio sagrado
Tenga, padre, en la memoria.
Ya sabe lo que decía
Cristo de Marta y María.
Aquí le quiero dejar.

RAMIRO.

Obedecer y callar.

LEONARDO.

Esto ha de hacer cada día.

Vanse Fr. Leonardo y Benito.

RAMIRO.

Señor, predicar he oído
Que aquel vuestro amigo grande,
Mudo quisiera haber sido;
Que ¿quién hay que se desmande
Á hablar con Vos atrevido?
Pero, por obedecer,
Quiero hablar, Señor, con Vos:
Mi Dios, Vos me distes sér,
Y Vos sabéis, como Dios,
Qué es lo que yo he menester.
Dos hermanos me habéis dado:
Pedro es ya Rey coronado
De Aragón; Alfonso es mozo;
Yo el menor, que no me gozo
Poco de tan alto estado.
Guardadlos, y á mí también.
No sé más que le rogar.
Si no he contemplado bien,
Padre, mandad perdonar
Por siempre jamás, amén.
Ved en lo que me ha metido
Leonardo; que de estar quedo
Me siento casi dormido.
Mas dormido, volver puedo
Los ojos á mi sentido.
Sueño me vence. Yo soy
De condición, que si aquí
Llama el sueño, aquí le doy
Los sentidos que hay en mí.
¡Ay, ojos! Dormido estoy;
Contemplad, pues, lo de dentro,
Pues el alma dentro está,
Y volvéis la vista al centro.
Alma, abrid las puertas ya;
Que ya á contemplaros entro.

Quédase durmiendo de rodillas, y suena una trompeta, y descúbrese una figura, que es Aragón, vestida de luto y armada.

ARAGÓN.

¿Duermes, ilustre Ramiro?

RAMIRO.

Durmiendo estoy.

ARAGÓN.

Yo suspiro
Por verte dormir.

RAMIRO.

¿Quién eres?

ARAGÓN.

Aragón soy.

RAMIRO.

¿Qué me quieres?
Que ya de verte me admiro.

ARAGÓN.

¿Sabes que eres descendiente
Del rey don Sancho famoso?

RAMIRO.

Su hijo soy.

ARAGÓN.

Dios aumente
Ese valor generoso,
Porque su ley se acreciente.

RAMIRO.

Pues ¿de qué te sirvo á ti?

ARAGÓN.

No duermas, Ramiro, así;
Mira que te he menester.

RAMIRO.

¡Tú á mí! ¿Cómo puede ser?

ARAGÓN.

Está mi remedio en ti.

RAMIRO.

Allá tienes mis hermanos,
Pedro y Alfonso; que yo
Ya me escapé de tus manos:
No quiero tus honras, no;
Que son tus imperios vanos.

ARAGÓN.
Dios quiere que tú me mandes.
RAMIRO.
Son sus secretos tan grandes,
Que al cielo causan temor.
ARAGÓN.
Presto serás mi señor,
Por más que revuelvas y andes.
RAMIRO.
Mira lo que dices bien;
Que yo soy monje profeso,
Y al alma no le está bien.
ARAGÓN.
Si ordena Dios tu suceso,
¿Por qué me muestras desdén?
Mira que el pagano y moro
Tiene mi tierra oprimida:
Duélate mi luto y lloro.
RAMIRO.
Guarda á mi reclusa vida,
Patria, el debido decoro.
Monje soy: vete con Dios;
Que aunque soy de un Rey hermano,
También allá tienes dos.
ARAGÓN.
Tú te defiendes en vano.

Desaparécese Aragón.

RAMIRO.
Religión, ¡valedme vos!
¡Valedme, valedme, cielo!
¡Padre Leonardo, Leonardo!

Despierta.

¡Divino Dios! ¿Duermo ó velo?
¿Cómo en defenderme tardo,
Mujer, de tu falso celo?
Á este mármol quiero asirme.

Sale Leonardo.

LEONARDO.
Deo gratias. Padre, ¿qué es esto?
RAMIRO.
Tú eres columna más firme.
Yo sé que en tus brazos puesto,
Nadie podrá dividirme.
LEONARDO.
¿De quién huye?
RAMIRO.
¡Ay, padre mío!
Vencióme, estando rezando,
El sueño, con quien porfío;
Mas, como voy recordando,
Su incierta imagen desvío.
Soñaba que una mujer
Con hermoso parecer
Corona y cetro me daba
De imperio, y del monasterio,
Á fuerza de su poder,
Me sacó á la portería.
De las aldabas me asía,
Y por eso voces daba.
LEONARDO.
Pues, padre, si contemplaba,
¿Por qué razón se dormía?
RAMIRO.
Leonardo, no pude más.
¿No sabe mi condición?
No me lo mande jamás;
Que es darme á contemplación
Dar muchos pasos atrás.
LEONARDO.
Mire, padre: en la Escritura,
Faraón y algunos soñaron,
Porque en mejor coyuntura
De Dios la gloria ensalzaron
Con vida ó con muerte dura.
Cuando Dios algo revela
En sueños, grande misterio
El alma entonces recela.
RAMIRO.
Salir yo del monasterio,
Es del demonio cautela.
LEONARDO.
Lo que es el sueño animal
Procede de pensamiento,
Que es al hombre natural;
Mire por este argumento
Si es su pensamiento igual.
RAMIRO.
¡Yo, padre! ¡Yo haber pensado
Jamás el salir de aquí!
LEONARDO.
Cuando el seso está ocupado,
Lo que trae impreso allí,
Forma el sueño imaginado;
Que á todos los exteriores
Sentidos descubren luego
Más libres los interiores;
Y como está un hombre ciego,
Juzga á verdad sus errores.
Venga á mi celda conmigo;
Que quiero darle castigo
De sueño tan torpe y malo.
RAMIRO.
No es castigo, que es regalo
La reprensión del amigo.

Vanse.

Salen D.ª Elvira, en hábito de hombre, con capa gascona, espada y pistolete, Porcelo y otro criado.

DOÑA ELVIRA.
¿Que el rey don Pedro, en efeto,
Á mi padre perdonó?
PORCELO.
El socorro le pagó,
Agradecido y discreto;
Que él y sus trescientos hombres,
Con las mazas que llevaron,
En la batalla ganaron
Fama eterna, ilustres nombres.

Dióle á Huesca en alcaidía,
Donde pienso que estuvieras
Si del moro las banderas
No vieran el mismo día,
Que el bizarro Albochacén
De Zaragoza bajó,
Con quien don Pedro mostró
Su poder invicto bien;
Que le venció peleando
Desde el alba al mediodía,
Y prendiendo á don García,
Se volvió á Huesca triunfando.

DOÑA ELVIRA.

Mi padre, al fin, perdonado
De las injurias del Rey,
Volverá, por justa ley,
Á aquel su primero estado.
Pero yo, mudando el traje,
Mudaré de libertad,
Perdiendo mi voluntad
Lo que gana mi linaje.
Andaba en esta montaña
Defendiendo su persona
Mi padre, á quien hoy perdona
El piadoso Rey de España.
Traíame desta suerte
Desde que pequeña fuí,
Donde á ser hombre aprendí,
Robusto, gallardo y fuerte.
Y como mudar costumbre,
Que es otra naturaleza,
Ofenda y cause tristeza,
Dame mortal pesadumbre.
No sé cómo he de sufrir
Dejar tal hábito agora.

PORCELO.

Con el contento, señora,
De verte en quietud vivir;
Con volver á ser mujer
En vida honesta y segura;
Que cuanto hoy vive, procura
Estar en su mismo ser.
Que es la pretensión del fuego,
Subir siempre á su lugar,
La de la tierra, bajar,
Buscando su centro luego.
Por su patria, los ausentes
Suspiran; los presos lloran
Por la libertad que adoran;
Van á la mar ríos y fuentes.
El amante no está en sí
Si no es pensando en su prenda;
El rico avaro, en su hacienda;
El loco en su frenesí.
Todo, en fin, está en su ser
Mejor que en ajeno está;
Tú también descansas ya,
Si hoy vuelves á ser mujer.

DOÑA ELVIRA.

No me digas más, Porcelo;
Que aunque el ser hombre es fingido,
Muestra en la mujer que ha sido
Un bien perfecto del cielo.
Aquella gran libertad
De andar, hacer y decir;
Aquel gallardo seguir
La luz de la voluntad,
Aquel gozar su albedrío
Sin seguir dueño tirano;
Aquel estar en su mano
Su condición, gusto y brío,
No puede dejar de ser
Imperfección el faltar,
Ni dejarle de envidiar
La más honesta mujer.
Verás mil hombres perdidos
Buscando varias mujeres,
Con diferentes placeres
Alma y cuerpo divertidos,
Darse al juego ó á otros daños
De su salud ó su nombre;
Y con ser vicio en el hombre,
Durar con honra mil años.
¡Desdichada la mujer
Que hiciera un yerro!

PORCELO.

Es ansí.

DOÑA ELVIRA.

Pues no me culpes á mí
Que diga mal de mi sér.
No porque tener deseo
La libertad para errar;
Que no puedo yo gozar
Todas las cosas que veo;
Mas ¿por qué nací tan hombre,
Y mi padre me ha criado
Tan hombre, que me he quedado
Con el vestido y el nombre?
Más me daba gusto aquí
Servir una montañesa
(Aunque era gozarla empresa
Imposible para mí),
Que los tesoros del suelo.
¡Oh! ¡Aquel salir á rondar,
Hacer señas, requebrar,
Coger un suspiro al vuelo,
Ver una mujer rendida
Confesar una flaqueza,
Darle con celos tristeza,
Y no querer que los pida,
Verla llorar y enjugalle
Las lágrimas con la boca,
Volverla á lisonjas loca,
De su hermosura y su talle!
¡Pesia tal! ¡Qué linda cosa!
¡Ah! ¡Mal haya haber nacido
Larga de sólo el vestido,
Y corta en el ser dichosa!
Nadie me llame mujer;
Que ¡vive Dios! que esta espada,
De la punta á la dorada
Guarnición, le he de meter.

EL CRIADO.
¡Bueno es eso, por mi vida,
Para venir yo por ti!
No te halle tu padre ansí,
Sino de mujer vestida;
Que es colérico en extremo.

DOÑA ELVIRA.
Antes estás engañado,
Pues él me hubiera avisado,
Y que se enojase temo.
Si nadie en aquesta tierra
Sabe que mujer he sido,
Y en este traje he vivido
Libre de su ofensa y guerra,
Por lo que todos sabéis,
Antes de su gusto, ¿es justo
Que para darle disgusto
Este consejo me deis?
Fuera de que entre los dos
Lo contrario está tratado:
Pues hombre aquí me ha dejado,
Hombre me ha de hallar, ¡por Dios!

PORCELO.
El eco de voces siento
En estos valles de Jaca.

DOÑA ELVIRA.
Aquí del fuerte me saca
Ese mismo pensamiento.
Vuestras armas aprestad,
Y venga el mundo.

Salen D. Fortunio y D. Nuño.

DON FORTUNIO.
Estos ramos
Nos muestran que cerca estamos
Del fuerte y de la ciudad.

DON NUÑO.
¿En tan áspera montaña,
Don Fortunio, habéis vivido?

DON FORTUNIO.
De sus riscos defendido,
Ninguna ofensa me daña.
Fué tal del Rey el consejo, (1)
Y su aspereza fué tal,
Que quise con otra igual
Resistir su vano enojo.
Pienso que habemos llegado.

DOÑA ELVIRA.
Deténganse, caballeros.

DON NUÑO.
En manos de bandoleros,
Don Fortunio, habemos dado.

DON FORTUNIO.
¿Quién es el que nos detiene?

DOÑA ELVIRA.
Deste fuerte el dueño soy.

DON FORTUNIO.
Yo tu padre.

DOÑA ELVIRA.
Pues ya estoy
Á tus pies.

DON NUÑO.
Gallardo viene.
¿No es vuestro hijo don Juan?

DON FORTUNIO.
Para serviros, don Nuño.

DON NUÑO.
¡Brava estocada de puño!

DON FORTUNIO.
Es fuerte.

DOÑA ELVIRA.
Soy un Roldán.

DON FORTUNIO.
Dad á don Nuño los brazos.

DOÑA ELVIRA.
Conózcole por el nombre.

DON NUÑO.
¡Qué hermosa presencia de hombre!

DOÑA ELVIRA.
Haré dos lanzas pedazos.

DON NUÑO.
Abrazadme; que ya os quiero
Por vuestro valor no más.

DOÑA ELVIRA.
Á un león los brazos das
Y á un honrado caballero.

DON NUÑO.
Cuando no por sangre y parte
De un hombre á quien tanto debo,
Os amo, ilustre mancebo,
Por nueva imagen de Marte.
No puede en su casa hacer
Vuestro padre más regalo
Á un huésped, si á un rey le igualo,
Don Juan, que dejaros ver.
¿Hay tal brío y compostura
De partes todas iguales?

DOÑA ELVIRA.
Dejaos de lisonjas tales
Con quien serviros procura;
Que este talle y bizarría
Mejor se alabara en vos,
Pues sois en quien puso Dios
Tanta gracia y valentía.
De vos dicen por acá
Que no hay moro en Aragón
Que no os tenga por león.

DON NUÑO.
Y de vos, que lo sois ya.
Fortunio, lástima ha sido
Que tal caballero esté,
Bello del cabello al pie,
En este monte escondido.

DON FORTUNIO.
Agora le llevaremos
Donde vea cortesanos,
Y pruebe mejor las manos
En las guerras que tenemos;
Que la capa de sayal,

(1) Tal vez escribiría Lope *sonrojo*.

Puesto que aforrada en tela,
Es como hablar con cautela,
Que suena bien y hace mal.
Aquel bonete, y la pluma
Que alrededor le corona,
No es decente á su persona,
Que es de bandolero, en suma.

DOÑA ELVIRA.

Galas, gorra y capotillo,
Calzas, cuera, martinetes,
Muchas veces me prometes,
Que pienso que has de cumplillo;
Mas no llega la ocasión
Que tales honras me hagas.

DON FORTUNIO.

Presto haré que satisfagas
Á tu misma obligación.
Ve al fuerte y haz prevenir
Con que á don Nuño regale.

DOÑA ELVIRA.

Yo voy.

Vanse D.ª Elvira y los criados.

DON NUÑO.

¿Puede haber qué iguale
Al verle hacer y decir?
Envidia sois justamente
De los padres desta edad.

DON FORTUNIO.

Honráisle por amistad;
La que os tengo lo consiente.
Ya los criados se han ido,
Que es lo que yo deseaba.

DON NUÑO.

Lo que pensáis esperaba
Después de haberse partido;
Que no fué sin ocasión
El enviar de aquí á don Juan.

DON FORTUNIO.

Hoy mis secretos os dan
Las llaves del corazón.
Preveniros caminando,
Don Nuño, con tantas veras,
Y con tan varias quimeras
Veniros siempre obligando,
Nació de que imaginé
Que, en viendo á don Juan, diría
La causa por qué lo hacía,
Y aquí sabréis la que fué.

DON NUÑO.

Notablemente deseo
Saber lo que os ha movido
Á haberme á Jaca traído
Por tan extraño rodeo.
Lleno traigo el pensamiento
De imaginaciones varias.

DON FORTUNIO.

Dos cosas son necesarias.

DON NUÑO.

¿Qué son?

DON FORTUNIO.

Vuestro juramento,
Y consentir en el daño
Que de no cumplirlo os viene.

DON NUÑO.

Notables enigmas tiene
Ese oculto desengaño.
Digo que lo haré.

DON FORTUNIO.

Poned,
Para hacer pleito homenaje,
La mano aquí.

DON NUÑO.

¿Que la encaje
Decís?

DON FORTUNIO.

Lo que pido haced.

DON NUÑO.

Entre las vuestras las quiero
Poner, don Fortunio, así.

DON FORTUNIO.

¿Hacéis juramento aquí,
Como hidalgo y caballero,
Que este secreto tendréis
Por todo un año secreto?

DON NUÑO.

Pleito homenaje os prometo,
Si no es que vos lo mandéis.

DON FORTUNIO.

¿Sabéis que si le quebráis
Quedáis por traidor?

DON NUÑO.

Sí sé.

DON FORTUNIO.

¿Y que retaros podré
Para que al campo salgáis?

DON NUÑO.

Que lo sé y lo juro así,
Y que á cumplirlo me obligo.

DON FORTUNIO.

Pues escuchad lo que os digo.

DON NUÑO.

Escuchadme vos á mí.

DON FORTUNIO.

¿Cómo?

DON NUÑO.

Si aqueste secreto
Es en daño de mi Rey,
No hay pleito homenaje ó ley
Por donde no quede exceto.
Como contra el Rey no sea,
Cosa que de vos no creo,
Decid.

DON FORTUNIO.

Que me oigáis deseo.

DON NUÑO.

¿Quién como yo lo desea?

DON FORTUNIO.

Don Ramiro valeroso,
El que defendió á la Reina

De aquel testimonio infame
Que á los tres hijos afrenta
(Pues por no dar un caballo,
Estando el Rey en la guerra,
De adulterio la acusaron),
Tuvo á Aragón por herencia.
Cupo á Fernando Castilla,
Y de Navarra y Tudela
Don García fué señor;
Don Sancho heredó á Gascueña.
Ésta, que llaman Sobrarbe,
Muerto don Sancho, se entrega
Al Rey de Aragón, Ramiro,
Y el justo heredero niega.
Don Fernando, á quien tocaba
El reino, en guerras sangrientas
Mató á Ramiro, su tío,
Y Sancho á Aragón hereda.
Este Sancho, aunque á su padre
Mató Fernando en su tierra,
Le ayudaba como amigo,
Contra el moro, en sus empresas.
Murió Sancho, á quien don Pedro
Sucedió, que agora reina,
Que tuvo en esta venganza
La condición más soberbia.
Buscaba cómo pudiese
Vengar su abuelo por fuerza
En la sangre de Fernando,
Si hallarla entonces pudiera;
Y supo que en Aragón
Quedó de una hermosa dueña
Una hija de dos años:
¡Ved qué venganza tan tierna!
Pues viendo que en mi poder,
Después de su madre muerta,
Quedó la niña, envió
Con un hidalgo por ella.
Temiendo yo de su furia
Alguna injusta tragedia,
La niña le niego al Rey,
De cuyo agravio se queja.
Mandóme prender airado,
Y con mi familia y prendas
Á las montañas de Jaca
Me subo y labro esta fuerza.
Á doña Elvira, que así
Se llamaba la doncella,
En hábito de hombre visto:
¡Ingeniosa estratagema!
Murió mi hijo don Juan;
Tuve su muerte secreta,
Guardando su tierno cuerpo
En una caja de piedra.
Fiéme de los criados
Que agora parten con ella,
Y publico que es don Juan
Por esta montaña y sierra,
Donde en el traje que veis,
Como otra Atalanta nueva,
Ya salteador, ya montero,
Sigue los hombres y fieras.
Ya pone al arco morisco
La jara llena de hierba,
Ya el acerado cuadrillo
Á la cristiana ballesta.
Ya sale gallarda al campo
Cuando el alba clara y bella
Lleva en albricias del sol
Lirios, rosas y azucenas,
Con su capa de sayal
Listada de varias sedas
Aforrada en tela de oro,
Asida á un cordón de perlas,
Con un bonete de grana,
De armiños blancos las vueltas,
Que sobre el cabello hermoso
Descubren rizadas trenzas.
Sigue el conejo medroso,
Y esperándole en la cueva,
Mata, pensando que sale,
La matizada culebra,
Y al hombro, al acero atada,
Trae al fuerte, dentro della,
Los mal tragados gazapos,
Aun vivos después de muerta.
Ya debajo de algún fresno
Pasa la insufrible siesta,
Cuando el sol al león de Alcides
Dora las pardas guedejas.
Ya mata el ligero gamo,
Ya el oso lascivo espera,
El jabalí colmilludo,
La liebre ó cabra montesa.
Ya vuelve al mostrarse Venus
En la vespertina estrella
Requebrando las serranas
Que llevan cargas de leña.
Ya, en oyendo el enemigo,
Á media noche despierta;
Si es contrario, le cautiva;
Si es caminante, le deja.
Con esto el Rey agraviado,
De mi furor se querella;
Yo, como vasallo humilde,
Acudo al cerco de Huesca.
Trescientos hombres con mazas
La victoria hicieron cierta,
Después de Dios y de aquel
Que trujo la roja enseña.
Perdonóme el Rey entonces,
Y dióme á Huesca en tenencia;
Mándame llevar mi casa,
Y por eso os traigo á ella,
Porque con pleito homenaje
Os tengo de hacer entrega
De doña Elvira, ó don Juan,
Para que nadie lo sepa.
En la corte de don Pedro
Por paje habéis de tenella,
Sin que ella sepa de vos
Que sabéis cosa en su ofensa.

DON NUÑO.

¡Extraño y notable caso!
Yo os confieso que, á saber
Que don Juan era mujer,
No diera á este monte un paso.
Mi deudo sois y mi amigo,
Yo lo he jurado, y lo sé;
Lo que he dicho cumpliré,
Pena de mayor castigo.
Por traidor quedo, en efeto,
Si á ella ni á cuantos viven,
Por más que conmigo priven,
Dijere vuestro secreto.

DON FORTUNIO.

Yo fío que cumpliréis,
Don Nuño, el pleito homenaje,
Como hombre de mi linaje,
Que es lo mejor que tenéis.
Mas vamos á descansar
Del enojoso camino.

DON NUÑO.

Mi perdición adivino: (Aparte.)
La vida me ha de costar.

Vanse.

Salen D. Alfonso, Lope de Luna, García de Vidaure y D. Pedro de Atares, con lutos.

LOPE.

Á un mismo tiempo, don Alfonso ilustre,
El parabién y pésame te damos,
Pues ya eres Rey y destos reinos lustre,
Y muerto el noble que lo fué lloramos.
Ver que Aragón de tu valor se ilustre
Es el consuelo sólo que esperamos,
Porque, muerto tal Pedro, fuera en vano
Buscarle menos que en su propio hermano.

VIDAURE.

Los cuidados, Alfonso, de la guerra,
Las desveladas noches y los días,
Alojado en los robles de la sierra,
Cubierto á veces de sus nieves frías,
Á Pedro para siempre nos destierra
Con nuestras esperanzas y alegrías;
Mas vive tú, que todo á vivir vuelve,
Y con tu sol el llanto se resuelve.

ATARES.

Morir sin hijos nuestro Pedro amado
No se puede decir, pues que tú quedas,
Que heredas su valor y su cuidado,
Y todo el peso de Aragón heredas.
Hoy quedas en Alcides transformado
Para que por Atlante servir puedas;
Rige, gobierna y vive largos años
Para remedio de mayores daños.

DON ALFONSO.

Si aquí no pareciera el sentimiento
Placer fingido en heredero ingrato,
Viérades, caballeros, cómo siento
La muerte de quien ya tan lejos trato.
Pero pues no han de ser justo argumento
Las lágrimas y quejas, que dilato
Para mi soledad, las honras vuestras
Agradezco, pues son de quien sois muestras.
Soy vuestro Rey legítimo, y soy hijo
Del rey don Pedro, y de don Sancho nieto;
Justamente su reino mando y rijo,
Pues á la muerte todo está sujeto.
Y pues de mi corona el regocijo
Quiero que se celebre en lo secreto,
Estad atentos al intento mío
Con el favor de Dios, en quien confío.
No he de ponerme la corona de oro
Insignia de que el Rey que hereda goza,
Ni cetro en mano para más decoro,
Ni galas dignas de mi edad tan moza,
Hasta que pueda, desterrando al moro,
Coronarme en la insigne Zaragoza,
Adonde luego iré por mi persona,
En su Coso poniendo mi corona;
Que no es bien permitir tanta mancilla,
Nobles aragoneses, donde baña
El Ebro fértil la famosa orilla,
Espejo y campo desta gran montaña,
Y que viva cautiva la capilla,
Primera iglesia de la fe de España,
Donde para su bien se labró luego
Que habló la Virgen al Patrón gallego.
Líbrese aquel pilar en que se apoya
La famosa corona aragonesa;
No usurpe el Moro la famosa joya;
Que el que es hidalgo, libertad profesa.
Si dura otros diez años, como Troya,
El fin dudoso desta noble empresa,
Al sol, al hielo, asistiré á porfía,
Sin quitarme las armas noche y día.
En lo demás, llevar el cuerpo quiero
Del rey don Pedro adonde está mi hermano,
En cuya vida y santidad espero
Hará lo que se debe á un buen cristiano.
Y con aquestas causas considero
Lo que en las dilaciones pierdo ó gano;
Allí, pues, colgaremos las banderas
Por honra en las edades venideras.
Venid conmigo, que me abrasa el pecho
El deseo de verme adonde digo;
Que he de poner á Zaragoza el pecho
Contra el poder del bárbaro enemigo.

ATARES.

No hay hombre que no quede satisfecho
De tu valor, hasta morir contigo.
¡Alfonso viva!

DON ALFONSO.

Paso.

ATARES.

Será en vano.

DON ALFONSO.

No lo digáis hasta enterrar mi hermano.

Vanse.

Salen D. Fortunio, D. Nuño y D.ª Elvira.

DON FORTUNIO.

Ya sabes lo que has de hacer.

DOÑA ELVIRA.

Ya sé que le he de servir.

DON NUÑO.

Y yo sé que he de morir. (Aparte.)

DOÑA ELVIRA.

¿Él sabe que soy mujer? (Ap. á D. Fortunio.)

DON FORTUNIO.

¿No te he dicho que no sabe
Cosa ninguna de mí?
Guarda que entienda de ti
Lo que entre nosotros cabe,
Que será tu perdición.

DOÑA ELVIRA.

Por fuerza lo habrá de ser, (Aparte.)
Pues es hombre, y yo mujer
Que ya le tengo afición.
Pensamiento que jamás
En mi corazón entró,
Cuando menos lo pensó,
Vino á sujetarme más.
¡Notable desdicha mía!
Pero á consolarme vengo;
Que, en fin, pues servirle tengo,
Podré servirle algún día;
Que bien puede suceder,
Con sólo decir mi nombre,
Que cese el servirle de hombre
Y le sirva de mujer.

DON NUÑO.

Desesperado camino (Aparte.)
Con mis pensamientos traigo,
Puesto que mil veces caigo
En mi error y desatino.
Pierdo el seso en contemplar
Las partes desta enemiga;
Á hablar el amor me obliga,
Y el juramento á callar.
¿Á cuál hombre pudo ser
Que jamás le sucediese
Que á una mujer no pudiese
Hablarla como á mujer?
Que yo guardara el secreto
Al Rey, al amigo, á todos
Cuantos por diversos modos
Esta importancia prometo,
No era mucho sufrimiento;
Pero ¡que no ha de saber
De mí que sé que es mujer!
Aquí es rabia el juramento.
¿Qué haré? Si muero, ¿qué medio
Será con mi daño igual?
Que no hay mal que iguale al mal
Imposible de remedio.
¡Traidor y desafiado,
Y don Fortunio enemigo!
El primer punto maldigo
De haberla visto y hablado.

DON FORTUNIO.

Parece que caminamos
Los tres con melancolía.

DON NUÑO.

Debe de causarlo el día.
Ya, señor, en Huesca estamos.

Suena caja dentro.

DOÑA ELVIRA.

Cajas suenan.

DON FORTUNIO.

¡Triste son!

DON NUÑO.

Las campanas clamorean. (Aparte)
¡Plega á Dios que por mí sean!

Salen por su orden cuatro enlutados con las insignias del rey D. Pedro, delante; luego la caja ronca y banderas arrastrando, y el cuerpo del rey D. Pedro, armado, en hombros, y Alfonso detrás, y acompañamiento.

DON FORTUNIO.

¡Qué enlutada procesión!
Á triste tiempo he venido.

DON NUÑO.

Don Pedro el Rey dicen que es.

DON FORTUNIO.

Dadme, Alfonso, vuestros pies,
Que tan dichoso habéis sido.
Á la tenencia venía;
Dios os prospere y aumente.
¿Qué me mandáis?

DON ALFONSO.

Esa gente
Gobierna en ausencia mía;
Que porque no entienda el moro
Del Rey la muerte, y se atreva
Desde el punto que se lleva
Con ese indigno decoro,
No lo habemos publicado.

DON FORTUNIO.

Don Nuño viene conmigo.

DON ALFONSO.

Venid vos, don Nuño amigo,
Á enterrar mi Pedro amado.

DON NUÑO.

Á serviros como debo,
Y á daros el parabién.

DON ALFONSO.

Y ¿el pésame no?

DON NUÑO.

También;
Dios sabe el pesar que llevo.

DON FORTUNIO.

Yo entro, con tu licencia,
En Huesca.

DON NUÑO.

Á D. Alfonso:

Yo voy contigo.

DON ALFONSO.
Ea, marchad.
DON NUÑO.

Á D.ª Elvira:

Paje amigo,
Vuelve al camino, y paciencia.
DOÑA ELVIRA.
No poca habré menester. (Aparte.)
DON NUÑO.
Como Tántalo he de estar; (Aparte.)
Que no tengo de gozar
Lo que tengo en mi poder.

ACTO SEGUNDO.

Salen el Rey de Zaragoza y dos alcaides.

REY.
Cerrad las puertas; retiraos al muro.
ALCAIDE 1.°
¡Temerario cristiano!
ALCAIDE 2.°
No ha tenido
Enemigo tan fuerte Zaragoza.
REY.
Con extraño furor nos acomete.
ALCAIDE.
Por nuestro mal salimos en campaña.
ALCAIDE 2.°
La flor de tus vasallos has perdido.
REY.
Ya, fuera de vosotros, ¿qué me queda?
¿Éste es Alfonso? ¿Alfonso es éste? ¡Ah, cielos!
¡Cuánto mejor nos fuera un Pedro vivo!
ALCAIDE.
Conocíle en las armas, y te juro
Por los huesos que Meca en honra tiene,
Que derribaba moros con la espada
Como el que siega con la hoz espigas,
Cuyos manojos recogió la muerte.
REY.
Las cajas tocan, el alcance siguen.
¡Mísera Zaragoza, aquí te pierdo!
Hoy pierdes á tu Rey, aquel invicto
Que á dos Pedros, dos Sanchos y un Ramiro
Se defendió tan valerosamente.
Al muro, alcaides; ciérrense las puertas,
Y tomen armas niños y decrépitos,
Y aun no quede mujer que no defienda
Su casa, su marido, hijos y hacienda.

Éntranse en la ciudad.

Salen el rey D. Alfonso, D. Nuño, D. Fortunio, Lope de Luna, García de Vidaure, D. Pedro de Atares, D.ª Elvira, que trae un estandartillo del Rey, y soldados con rodelas y escalas.

DON ALFONSO.
Las puertas han cerrado.
DON NUÑO.
No han tenido
La culpa los caballos, noble Alfonso;
Que, abiertos los ijares, por el campo,
Entre el aliento grueso, espuma y sangre,
El alma sensitiva al aire rinden.
DON ALFONSO.
Tras este vencimiento, ¿quién se cansa,
Sino quien no conoce lo que es honra?
Quien no espera á la gloria desta empresa,
Atiende al agua y á la verde hierba.
Nosotros, que nacimos obligados
Al claro honor desta victoria insigne,
No habemos de rendirnos al trabajo.
Los moros, descansados, cobran fuerzas
Para volver de nuevo á resistirse;
Vencidos, son al doble pusilánimes.
¡Ea, don Nuño Pardo de la Casta!
(Que de los Pardos, moros agarenos,
Le dieron este nombre á vuestro padre
Los míos, que me ayudan desde el cielo);
¡Ea, Lope de Luna,
Y vos, noble García de Vidaure,
Con todos los demás aragoneses
Que honráis mi casa y el presente siglo!
Esta es la gran ciudad de Zaragoza:
En su Coso sabéis que he prometido
Ponerme la corona deste imperio;
Ayudadme á cumplir esta promesa.
DON NUÑO.
Por mí, señor, ya tardan las escalas.
Si tú prometes coronar tus sienes
En su Coso famoso, yo prometo
Poner este pendón sobre aquel muro.
ATARES.
El de la puerta principal que miras,
Ya de valientes moros coronada
Está, de tiernos niños y mujeres.
DON NUÑO.
Parecen los bonetes y almalafas,
Ropa tendida al sol, y las aljubas
Teñidas granas sobre verde hierba.
LOPE.
Aquí están las escalas.
VIDAURE.
Pues arrímense,
Haciendo una cubierta de paveses;
Que ya las duras piedras amenazan,
Fuegos arrojadizos y alcancías.
DON ALFONSO.
Pues juntad los paveses; que yo mismo
La escala llevaré.
LOPE.
Suelte la escala
Vuestra Alteza; que aquí tenemos vidas

De menos importancia que ofrecelle.

DON NUÑO.

¡Arrima, arrima escala!

TODOS.

¡Arrima, arrima!

Salen al muro el Rey de Zaragoza y moros.

REY.

Empavesados, las escalas ponen.
¡Aquí piedras, aquí flechas y espadas!

DON NUÑO.

Yo subiré el primero.

DOÑA ELVIRA.

¡Ay, Nuño mío!
¿Adónde subes?

DON NUÑO.

Muestra el estandarte.
¡Oh cruz que Jorge nos mostró en su pecho,
Y Cristo, en sus espaldas y hombros santos,
Su santo original, y vos, cabezas
Ganadas de aquel Pedro, que la muerte
En tiernos años se llevó del mundo,
Ó moriré sin que la mano os suelte,
Ó en Zaragoza os meterá don Nuño!

REY.

¡Aquí, moros gallardos! ¡Aquí, alcaides!

DON ALFONSO.

¡Aquí, vasallos míos! ¡Aquí, hidalgos
Aragoneses y navarros fuertes!
¡Vended las vidas y vengad las muertes!

Aquí hay mucho alcanciazo y cuchilladas, y huyen los moros; sube D. Nuño el primero con el estandarte.

DON NUÑO.

¡Huid, perros, huid! Yo soy don Nuño:
Á mí me llaman Pardo de la Casta.

DON ALFONSO.

¡Oh, valeroso Nuño!

DON NUÑO.

Aquí de Alfonso
Pongo, á vuestro pesar, el estandarte.
Las plazas desamparan; todos huyen.
Rompe esas puertas, rompe, y éntre Alfonso;
Que por otra se escapan los cobardes,
Y á cuestas hijos y mujeres llevan.

ATARES.

Ya están en tierra las herradas puertas.

LOPE.

Entra, señor, y la victoria goza.

DON ALFONSO.

¡Abrazadme, sagrada Zaragoza!

Vanse.

Salen el Rey moro y dos alcaides.

ALCAIDE 1.°

Salva, señor, tu persona.

REY.

Alá se duela de mí
Si mi paciencia me abona.
Temiendo voy desde aquí
Al Conde de Barcelona.

ALCAIDE 2.°

En los Alfaques te embarca,
É iremos desde Tabarca
Á Orán, Trípol ó Biserta.

REY.

Será mi partida incierta:
Que apenas tengo una barca.

ALCAIDE 1.°

Pues ¿han de faltar, señor,
De allí tartanas ó zabras?

REY.

Todo falta á mi temor,
Pues aun me faltan palabras
Para decir mi dolor.

ALCAIDE 2.°

Mejor salvarte podría
Ó Málaga ó Almería,
Alicante ó Cartagena.

REY.

Todo es ir por tierra ajena,
Y todo es dejar la mía.

ALCAIDE 1.°

Parte á Castilla ó Toledo.

REY.

Pienso que es ya del cristiano;
Pero vamos; que al fin puedo
Valerme del Rey mi hermano,
Á quien tuve tanto miedo;
Que si en la prosperidad
Me persiguió su aspereza,
Agora en la adversidad
Acudirá su nobleza
Á tener de mí piedad.

ALCAIDE 2.°

No te detengas, señor.

REY.

Por una parte, el amor
De Zaragoza me duele;
Por otra, amigos, me impele
Del saco el fiero rigor.
Adiós, muros, que tenéis
Tal reliquia de cristiano,
Que por ella le acogéis,
Obra del César romano,
Cuyo nombre agradecéis;
Que muchas veces temía
Que este pilar de María,
Cuyo nombre, aunque soy moro,
Creo, estimo y siempre adoro,
Mi eterno daño sería.
Firme el pilar se quedó,
Mas fué para los cristianos;
Que hoy sobre mí se cayó,
Arrojado de las manos
Que en él sus pies estampó.
Adiós, fuerte Aljafería;
Que mal podré derribar
Ciudad, aunque ha sido mía

Que sustenta tal pilar,
Á que ayuda tal María.
Adiós, plaza, calles, Coso;
Adiós, Ebro caudaloso;
Que el llanto con que os celebro
Ya vuelve mis ojos Ebro,
Río del alma piadoso.
Adiós, nevado Moncayo,
Cuyos extremos corona
Del sol el primero rayo,
Siendo una frígida zona
Desde Diciembre hasta Mayo.
Adiós, adios, que á Toledo
Me parto, si partir puedo,
Dejándoos el corazón.

ALCAIDE 1.°

Formando van escuadrón.
¿Qué aguardas?

REY.

Pártome y quedo.

Vanse.

Sale Arminda, huyendo de D.ª Elvira, que sale tras ella con una daga.

ARMINDA.

Detén la daga, y repara,
Soldado, en que soy mujer.

DOÑA ELVIRA.

En eso el enojo pára;
Que menos me ha de mover
Cuanto tenga mejor cara.

ARMINDA.

¿Eres dellas enemigo?

DOÑA ELVIRA.

Quiérolas mal por extremo;
Las más hermosas maldigo.

ARMINDA.

Pues ¿por qué?

DOÑA ELVIRA.

Porque las temo,
De celos de cierto amigo. (Aparte.)

ARMINDA.

Hombre de tu talle, ¿puede
Querer mal á quien le goce?
Eso la razón excede.

DOÑA ELVIRA.

¿Habemos de echallo á doce,
Ó quiere que aquí se quede?

ARMINDA.

Ten las manos; que aquí estoy
Para servirte. ¿Quién eres?

DOÑA ELVIRA.

Paje de don Nuño soy.

ARMINDA.

Y ¿aborrece él las mujeres?

DOÑA ELVIRA.

¡Que eso escucho y no te doy!
¿Quién la mete á la muy galga
Si las ama ó aborrece?

ARMINDA.

Tente. ¡Mahoma me valga!

DOÑA ELVIRA.

¡Á qué buen santo se ofrece!
¡Ea, todo el oro salga!

ARMINDA.

Tener quisiera un tesoro
Que darte, porque yo adoro
Tu talle, hermosura y brío;
Que es muy poco el oro mío
Para quien es como un oro.

DOÑA ELVIRA.

¡Oiga, que es tierna!

ARMINDA.

Quisiera
Que el alma de aqueste pecho
Oro puro se volviera.

DOÑA ELVIRA.

Fuera de poco provecho,
Cuando de diamantes fuera;
Que si algún alma tenéis
Los moros, tan falsa es toda,
Que oro falso dar podéis.

ARMINDA.

Á la razón te acomoda,
Si tanto della sabéis;
Y pues la profesas, mira
Que usar piedad con mujer
Á grande nobleza aspira,
Y más si por bien querer
La misma mujer suspira.
Por dos cosas ten piedad,
Por mujer y por rendida.

DOÑA ELVIRA.

¡Rendida!

ARMINDA.

Á tu voluntad
Dos veces rindo la vida,
Dos veces la libertad.
Presa soy en esta guerra,
Presa soy en la de amor:
Mira, mis ojos, si yerra
En matarme tu rigor.

DOÑA ELVIRA.

¡Tus ojos! ¿Qué dices, perra?
Daca más oro.

ARMINDA.

Abre el pecho,
Que allí estás de perlas hecho.
Sácate y róbate á ti.

DOÑA ELVIRA.

¡Que la esté sufriendo aquí,
Y que pierda mi provecho!
Quédate ¡voto á Mahoma!
Que el soldado tierno en saco,
Más viento que perlas toma.
¡Ved la riqueza que saco!
No hay para que juegue y coma.

ARMINDA.

Tente, escucha.

DOÑA ELVIRA.
¿Qué te obliga?
ARMINDA.
Mándame amor que te siga
Y que este ardor satisfaga.
DOÑA ELVIRA.
He de meterte esta daga
Seis veces por la barriga.
¡Es esclava la perrona,
Y déjola en libertad,
Y esas locuras pregona!
ARMINDA.
Pues llevas la voluntad,
Lleva también la persona:
Mira que hablo en mi provecho.
DOÑA ELVIRA.
¿Cómo?
ARMINDA.
Que si tú me dejas,
Me pones en más estrecho,
Pues otro, ingrato á mis quejas,
Habrá de pasarme el pecho.
Y si me han de cautivar
Y he de ser de algún robusto
Que me pretenda forzar,
¿No es mejor, pues es mi gusto,
Que tú me puedas gozar?
Cautívame, por tu vida,
El cuerpo; que el alma es ya
Tu esclava, á tu amor rendida.
DOÑA ELVIRA.
Basta, que la galga está
Por mis pedazos perdida.
Que aquí se quede la digo.
ARMINDA.
Señor, llévame contigo.
DOÑA ELVIRA.
Lebrel de Mahoma, á tiento
Era aqueste casamiento.
¡Que la he de llevar conmigo!
¡Vive Dios, si desta raya
Pasas, que hago en el suelo,
Que te acuchille la saya!
ARMINDA.
Pasaré por ir al cielo,
Después que á tus brazos vaya.
DOÑA ELVIRA.
¿Pasaste?
ARMINDA.
Y ¿es maravilla?
DOÑA ELVIRA.
¡Hinca, perra, la rodilla!
ARMINDA.
¿Qué quieres hacer?
DOÑA ELVIRA.
Matarte.
ARMINDA.
Pues mátame.
DOÑA ELVIRA.
Quiero herrarte
De frente, barba y mejilla.

Sale D. Nuño.

DON NUÑO.

Sin ver á las mujeres.

Todo mi yerro ha nacido
De haber á mi hermosa prenda
Á tal peligro traído:
No sé qué hombre encomienda
Su honra á un hombre perdido.
Sin duda es muerta; que alguno,
Con flecha ó espada fiera,
Hallando tiempo oportuno,
No quiso sufrir que fuera
Mi amor al cielo importuno.
Perdí el cuidado y temor
De romper el juramento.
¡Así perdiera el amor!
DOÑA ELVIRA.
Éste es Nuño: ¡oh gran contento!
¿Adónde bueno, señor?
DON NUÑO.
¿Es don Juan?
DOÑA ELVIRA.
Pues ¿no me ves?
DON NUÑO.
Negarte quiero, y es justo,
Mis brazos.
DOÑA ELVIRA.
No me los des.
DON NUÑO.
Tú me has dado lindo susto.
DOÑA ELVIRA.
Tuya es la culpa.
DON NUÑO.
No es.
DOÑA ELVIRA.
Tú ¿no me dejaste?
DON NUÑO.
No.
DOÑA ELVIRA.
Luego al poner de la escala,
¿No quedé en el campo yo?
DON NUÑO.
Sólo al bien de hallarte iguala
Mal que el perderte causó:
Mis brazos te quiero dar.
¿Qué hacías aquí?
DOÑA ELVIRA.
Quería
Á aquesta galga azotar,
Porque ella quiere ser mía
Y yo la quiero dejar.
DON NUÑO.
¿Hasla cautivado?
DOÑA ELVIRA.
Este oro
Le quité.
DON NUÑO.
¡Bravo soldado!

DOÑA ELVIRA.
Tal dueño tengo.
ARMINDA.
Un tesoro,
Un mundo le hubiera dado.
DON NUÑO.
Luego ¿quiéresle?
ARMINDA.
Le adoro.
DON NUÑO.
Basta, que te quieren bien,
Mi don Juan, cuantos te ven,
Sean moros ó cristianos.
ARMINDA.
De haber venido á sus manos,
Á Alá bendigo también.
¿Sois vos su dueño?
DON NUÑO.
Yo soy
El que le tiene en empeño,
Y por él todo me doy;
El que parece que es sueño
Cuanto más despierto estoy;
El que sabe y el que ignora,
El que á un tiempo ríe y llora,
El que corre y se detiene,
El que tiene y que no tiene,
Y el que su muerte atesora;
El que muere y el que vive,
El que no pide y desea,
El que ha dado y no recibe,
El que consigo pelea,
Coge el aire, en agua escribe;
El que niega y el que enseña,
El que duda y ejecuta,
El que está despierto y sueña,
El Tántalo de la fruta
Y el Sísifo de la peña;
El que huye y que batalla,
El que pierde y el que halla,
El que niega y que concede,
El que puede y que no puede,
El que habla y el que calla;
El descontento, el contento,
El pródigo, el avariento,
El que me niego y me doy,
El que soy y el que no soy:
Todo por un juramento.
DOÑA ELVIRA.
Oye, señor.
DON NUÑO.
¿Qué me quieres?
DOÑA ELVIRA.
¿Quéjaste del Rey?
DON NUÑO.
Sí quejo.
DOÑA ELVIRA.
Pues del bien ó mal que hicieres,
Nunca, de mi mal consejo,
Des tanta cuenta á mujeres;
Que no tienen buen conceto
Los hombres de su secreto.
Déjala, y vamos de aquí.
DON NUÑO.
Vamos, si te agrada á ti.
DOÑA ELVIRA.
Procedes como discreto.
ARMINDA.
¡Cómo! ¿Que en esta ocasión
Los dos me desamparáis?
DON NUÑO.
Tiene la mora razón.
ARMINDA.
Esperad, que me lleváis
La mitad del corazón.

Vanse.

Salen el rey D. Alfonso, Fr. Ramiro, Fr. Leonardo y muchos caballeros.

DON ALFONSO.
Que se haya hallado en este alegre día
De mi coronación mi amado hermano,
Ha sido para mí tanta alegría,
Que no es mayor que la ciudad que gano.
RAMIRO.
El ver de tu dichosa monarquía
La corona en la frente, el cetro en mano,
Tan grande me la ha dado, Alfonso mío,
Que al suelo alegres lágrimas envío.
¡Plega al Señor, que es Rey sobre los reyes,
Que anime ansí tus ángeles de guarda,
Que en regir á Aragón con santas leyes
Conozca yo que su piedad te guarda!
Y pues de ovejas, cabras y de bueyes
Era pastor Amós, ¿qué me acobarda?
Rústico soy; mas ya, para el bien tuyo,
Bien me puede hacer Dios profeta suyo.
Siéntate, que despacio quiero hablarte.
DON ALFONSO.
Yo, mi Ramiro, con espacio oirte.
RAMIRO.
Fray Leonardo está en pie: siéntese aparte,
Si mandas y esto puedo yo pedirte,
Ó estaréme yo en pie.
DON ALFONSO.
Manda sentarte,
Y él se siente también.
RAMIRO.
Quiero decirte
Que para honrarlos siempre, es bien que notes
Que son cristos de Dios los sacerdotes.
Mire, hermano, yo soy hombre ignorante:
No le diré retóricas en vano,
Sino lo que es á un príncipe importante
Que profesa las leyes de cristiano.
No vengo á verle próspero y triunfante
De Albochacén, el bárbaro africano,
Ni á verle coronar en Zaragoza
De la victoria y posesión que goza.
Vengo á decirle cosas que le importan

Para su salvación, rústicamente,
Como ramas del tronco que se cortan;
Que no da un roble bálsamo de Oriente.
Las causas todas que á la guerra exhortan,
Se reducen en una suficiente,
Que es ensalzar la fe, echando de España
Al moro alarbe, que la oprime y daña.
He sabido que luego que mi hermano
Pedro, que tiene el cielo, fué traído
Á San Ponce, mi casa, aunque fué en vano,
Pues fué á Monte Aragón restituído,
El morisco de Huesca y castellano,
De quien entonces fué favorecido,
Corrió la tierra é hizo en ella estrago,
Sin temor de las cruces de Santiago.
Y que él, Alfonso hermano, salió luego
Donde, ganando villas y lugares,
Les fué dando castigo á sangre y fuego,
Y talando sus campos y adüares;
Mas que alojaba, en el común sosiego,
En templos, en capillas y en altares,
Sus gentes, sus caballos y armas fieras,
Haciendo de las aras pesebreras.
Dios nació en un pesebre; pero, hermano,
Esa humildad del santo nacimiento
Fué misterio distinto y soberano,
Conveniente á tan alto sacramento.
Mas ya que para bien del hombre humano
En pan se comunica por sustento,
No ha de estar en pesebres de caballos,
Ni á los retablos es razón atallos.
¿No sabe lo que cuenta la Escritura
De aquellos sacerdotes abrasados,
Y del rey Baltasar la desventura,
Por los vasos del templo profanados;
Y que Almanzor de Córdoba nos dura
Por ejemplo, entre muchos celebrados,
Que entrando por Galicia, hasta Santiago,
Llegó después del castellano estrago,
Y en una pila (que lo había jurado)
Mandó que á su caballo á beber diesen
Agua bendita; pero el cielo, airado,
Quiso que todos reventar le viesen?
Hermano, pues en todo es tan honrado,
Y tuvo padres que enseñar pudiesen
Celos del culto santo á muchos reyes,
Mire que no es de rey sólo dar leyes.

DON ALFONSO.

De mí estoy satisfecho, hermano mío.
Le han informado mal; y cuando fuera,
Se puede perdonar tal desvarío,
Por ser necesidad de guerra fiera.
Pero la enmienda, en Dios y en mí confío,
Y que, de hoy más, se hará de otra manera;
Que me pesa en el alma si he tenido
Descuido igual en lo que me ha reñido.
Márchase á veces con extraña prisa:
Los soldados son muchos, las posadas
Tan pocas, que en la tierra que se pisa
Suelen hacer barracas y enramadas,
Como mi hermano y superior me avisa:
Deseo ya su órdenes sagradas
Por besarle sus manos, y aun agora.....

Váselas á besar.

RAMIRO.

Téngase, señor Rey.

LEONARDO.

De placer llora.

Sale D. Fortunio.

DON FORTUNIO.

Desde Huesca hasta aquí vengo á la posta,
Invicto rey Alfonso: tus pies beso.

DON ALFONSO.

¡Oh Fortunio, mi Alcaide! ¿Qué hay de nuevo?

DON FORTUNIO.

Después que de Daroca y de Tudela,
Borja, Calatayud y Tarazona
Echaste los moriscos atrevidos;
Después que el arrabal edificaste
De la insigne Pamplona, y diste nombre
Á Belorado, á Almansa y á Berlanga;
Después que al Conde de Tolosa diste
El castellano reino, porque tuvo
Un hijo de la infanta doña Urraca,
Tu mujer de segundo matrimonio,
Señora nuestra y de Aragón señora,
Á todas sus hazañas diste el lauro
Con haber conquistado á Zaragoza.
Ya parece que nadie se atrevía:
Tan medrosos los bárbaros estaban
Del príncipe mayor que tiene el mundo;
Mas ya, señor, que con aquesta empresa
Les pareció que descansar querías,
De Fraga salen con extraño ejército,
Talando los lugares y las villas,
En grande afrenta de tu heroico nombre.

DON ALFONSO.

No prosigas, Fortunio. Hermano amado,
No me puedo holgar más con él: perdone.
Moros me llaman; responderles quiero.
Seguidme, don Fortunio, y todo hombre
Que se precie de ser hidalgo, sígame.

LOPE.

Todos te seguiremos.

RAMIRO.

Dios te guarde.

Vanse D. Alfonso y D. Fortunio
y los demás caballeros.

RAMIRO.

Fray Leonardo, nosotros nos volvamos
Á nuestra guerra, ó paz, si verdad digo.
¿Qué le parece del sermón? ¿Soy rústico?
¿No sé guardar el término á los reyes?

LEONARDO.

Calle, que Dios habló por esa boca.

RAMIRO.

Hice lo que á mi oficio y sangre toca.

Vanse.

Sale D.ª Elvira.

DOÑA ELVIRA.

Ya, de verme aborrecer
Esta mujer por extremo,
Que entienda y presuma temo
Don Nuño que soy mujer.
Mal hice, pues mejor fuera
Regalarla todo el día,
Y que, como yo solía,
La noche en blanco durmiera.
Pero estos celos, que son
Nieblas del entendimiento,
El sol del conocimiento
Eclipsan á la razón.
¡Qué mal, viviendo en montaña,
De robusta presumí,
Donde entre sus peñas fuí
Otra peña tan extraña!
El primer hombre de corte
Me rindió; mas no podía
Resistir el alma mía
Golpes dados tan de corte.
Ya es hecho: aquí me conviene
Hacer del hombre y callar.
La mora quiero engañar,
Que por tan hombre me tiene,
Y proseguir el engaño
Hasta ver el fin que espero.

Salen D. Nuño y Arminda.

ARMINDA.

Hacéis como caballero
En dar remedio á mi daño.
De estaros agradecida,
Ya vengo á quereros bien.

DON NUÑO.

Amor quiere que me den (Aparte.)
Celos nuevas de mi vida.
Hame dado el pensamiento
Que mi amada doña Elvira
Con tiernos ojos me mira,
Aunque pese al juramento.
Decirle yo que es mujer
No puedo, aunque muero así;
Ella decírmelo á mí
Sin rompelle, puede ser;
Pues si me tiene afición,
No es posible que lo encubra,
Y pienso que lo descubra
Si yo la diese ocasión.
Si á tener celos comienza,
Á dárselos voy dispuesto;
Que es lo que rinde más presto
Respeto, honor y vergüenza.
La ocasión es extremada
Para tenella celosa;
Que es, en fin, la mora hermosa
Y no poco enamorada,
Y anda turbada de suerte,
Que no hay voz que no la asombre,
Rindiéndose á cualquier hombre,
Con el miedo de la muerte.
Mostraba á don Juan amor,
Y ya me le muestra á mí.

DOÑA ELVIRA.

¿Qué habla don Nuño allí? (Aparte.)
Amor la tiene el traidor;
Mas qué, ¿concierta gozalla?
Quiero lo que pasa oir.

DON NUÑO.

Sin verla, quiero fingir (Aparte.)
Que tengo de regalalla.

ARMINDA.

¿Sois, Nuño, de aquesta suerte
Todos los cristianos?

DON NUÑO.

¿Cómo?

ARMINDA.

Porque ya sospechas tomo
De mi acelerada muerte.
Por no me hablar, allá aparte
Estás hablando contigo.

DON NUÑO.

Todo cuanto hablo y digo,
Todo se dirige á amarte.
Imaginaba que el cielo
Gran rigor contigo usó,
Pues, siendo infiel, te crió
La más hermosa del suelo.
¿Eres noble?

ARMINDA.

Soy sobrina
Del que ayer era señor
De Zaragoza.

DON NUÑO.

El valor.
Tiene sutil la cortina:
Vese por ella en cualquiera
El buen nacimiento suyo.

ARMINDA.

Y en tus palabras el tuyo,
Donde Arminda amparo espera.
Incliméme á aquel don Juan
Por su talle y bizarría;
Mas con nieve menos fría,
Blancas las sierras están;
Pues siendo yo una mujer
De tanto rescate y nombre,
Cuando no fuera que un hombre
Suele amar y agradecer,
Mil veces quiso acabarme.

DON NUÑO.
Es mozo de poco aviso.

ARMINDA.
No basta que no me quiso,
Sino que quiso matarme.

DON NUÑO.
Préciase más de valiente
Que de tierno, aunque lo es tanto.

ARMINDA.
De ver su talle me espanto,
Con alma tan diferente.

DON NUÑO.
No te espantes que sea nieve;
Que se ha criado en montaña,
Salteando la campaña
Que en el Ebro habita y bebe.
Mírame á mí, que te juro
De no te desamparar.

ARMINDA.
Hombre eres, sabes amar:
Rendirte el alma procuro.
Líbreme, don Nuño, Alá
De sufrir rapacerías.

DOÑA ELVIRA.
¿Qué aguardáis, desdichas mías? (Aparte.)
Desengañada estoy ya.
Mas don Nuño, ¿qué me debe,
Pues piensa, en fin, que soy hombre?

ARMINDA.
Si amor engendró tu nombre,
Tu vista á adorarte mueve.
Prosigue, honrado cristiano,
En ampararme, y verás
Que á Dios un alma le das,
Y que yo por ti la gano.
Cristiana me volveré.

DOÑA ELVIRA.
Sólo falta ¡por mi vida! (Aparte.)
Que casamiento le pida
Y que la mano le dé.
¿Hay mora más bellacona,
Más mudable ni más mala?
¡Oiga y cómo se regala,
Y cómo el señor se entona!
Y ya le querrá engañar
Con que bautizarse quiere.
No es tiempo que más espere;
Siempre es cuerdo el estorbar.

DON NUÑO
Dame en señal un abrazo
De que cristiana has de ser

ARMINDA.
Y de que soy tu mujer.

DOÑA ELVIRA.
Espere, detenga el brazo.

DON NUÑO.
¡Oh don Juan! Pues ¿á qué efeto
Lo estorbas?

DOÑA ELVIRA.
¡Gentil razón!
Estos bienes, ¿cúyos son?

DON NUÑO.
Á tu razón me sujeto:
Tuya es la esclava, don Juan.

DOÑA ELVIRA.
Pues ¿por qué la esclava goza
Quien sabe que en Zaragoza
Ciento por un sueldo dan?
Allá las compra, señor;
Y esta sola que me cabe,
No me la quites.

DON NUÑO.
¡Oh llave (Aparte.)
De celos! Abrid, amor.
Salga este amor encerrado,
Por aquestas puertas, celos.

ARMINDA.
Basta, que hoy en ti los cielos
Dueño y verdugo me han dado.

DOÑA ELVIRA.
¡Qué hallado estabas con ella!
Juegas de hermano mayor.
¿Soy hombre, ó qué soy, señor?
¿No sabré yo gozar della?
¡Con gentiles tretas sales!

DON NUÑO.
Digo que razón te sobra.

DOÑA ELVIRA.
¿Quién le da poder, que cobra
En mis bienes gananciales?
Quince mujeres tenía
En la montaña, ¡por Dios!

DON NUÑO.
Pues aquí, para los dos
Sobrara en una á ser mía.

DOÑA ELVIRA.
Y ella, perra, ¿cómo toma
Tan mal lo de su Alcorán?
¿Sabe bien quién es don Juan?
¡Vive Dios, que me la coma!

ARMINDA.
¡Ay, Mahoma, y qué cristiano!

DOÑA ELVIRA.
Soy el diablo.

DON NUÑO.
Hazle la cruz.

ARMINDA.
Cerrada tiene la luz
Como lanterna en la mano.
Sé que el fuego viene allí,
Mas quien le trae no se ve;
Pero de ser fuego es fe,
Porque ya le siento en mí.

DOÑA ELVIRA.
¿Sabe que á Mahoma y ella
Los puedo yo echar en sal,
Y que, á no estarme tan mal,
Aquí me vengara della?
Tome luego ese camino.

ARMINDA.
¿Dónde me llevas?

DOÑA ELVIRA.

Á Fraga
Va el Rey: ¡sirva, perra, y haga
Lo que mando!

ARMINDA.

¡Oh Alá divino!
Basta, cristiano, que das
En ser perro de hortelana.

DOÑA ELVIRA.

¿Ha de volverse cristiana?

ARMINDA.

Ya lo soy: tú lo verás.

DOÑA ELVIRA.

Pues entonces mataréte,
É iráste al cielo derecha.

DON NUÑO.

Cierta salió mi sospecha. (Aparte.)

DOÑA ELVIRA.

Ó camina, ó picaréte.

DON NUÑO.

¡Don Juan, don Juan, poco á poco!

DOÑA ELVIRA.

Señor, mi hacienda castigo.

DON NUÑO.

Bien se ha hecho. (Aparte.)

DOÑA ELVIRA.

Ven conmigo.

DON NUÑO.

¿Quién ha visto amor tan loco? (Aparte.)

Vanse.

Salen Tarife, Celín y otros moros.

TARIFE.

¡En Fraga el rey Alfonso!
¿Es rayo este hombre, cielos?
¿Cuál hombre tan invicto habéis criado
Para castigo nuestro?
¿Que viene ya marchando
Dices, Celín?

CELÍN.

Y que tan cerca llega,
Que pueden ya tus moros
Apercibir los fuegos,
Las flechas y alcancías.

TARIFE.

Victorioso mancebo, ¿qué pretendes
Con tan altas victorias?
Papel ha de faltar á las historias.
Ya pienso que de España
Nos ha de echar á todos,
Y que no ha de quedar reliquia en ella
De cuantos en el África,
Por el famoso Estrecho
De Gibraltar, pasó el cristiano Conde.
¡Siempre armado en el campo,
Siempre al lado ceñida
La vencedora espada,
Siempre cercando villas,
Labrando fuertes muros y defensas!
De tan heroica mano
No ha nacido español desde Trajano.
Alcaide soy de Fraga,
Y ésta, y el mundo todo
Que en mi poder tuviera, te rindiera;
Mas la lealtad debida
Al Rey que me la fía,
Me obliga á que me ponga en resistencia.
Salir quiero al camino
Á detener su furia.
Si mi gente rompiere,
Aquí tengo los muros.

CELÍN.

Camina, fuerte Alcaide;
Que hoy Alá santo te ha de dar victoria,
Y cuando no, morir con honra y gloria.

Vanse.

Salen el rey D. Alfonso, Lope de Luna, García de Vidaure, D. Pedro de Atáres, D. Nuño y D. Fortunio.

DON ALFONSO.

No tendrán tanto valor
Que salga del muro afuera.

ATARES.

Es Tarife hombre de honor:
Que es valiente considera,
Y desta tierra el mejor.

DON ALFONSO.

Creo que llegáis cansados.

LOPE.

¿Qué hiciéramos descansados?
Así servirte queremos (1).

DON FORTUNIO.

¿Cómo viene mi don Juan,
Don Nuño?

DON NUÑO.

Viene tan hombre,
Tan soldado y tan galán,
Que no hay moro que no asombre,
Y todos parias le dan.

El Rey y los demás han de estar hablando en secreto.

DON FORTUNIO.

Militando á vuestro lado,
Será gallardo soldado.

DON ALFONSO.

Fortunio, llegaos acá.

DON NUÑO.

El Rey en consejo está.

DOÑA ELVIRA.

¿Aun no está determinado?

DON NUÑO.

¿Dónde está la esclava?

DOÑA ELVIRA.

¡Aquí
Me preguntas por la esclava!

DON NUÑO.

Quiérola bien.

(1) Faltan dos versos.

DOÑA ELVIRA.

¡Ay de mí! (Aparte.)
Con el bagaje quedaba.
Cargo á Peralta le dí
Para que no le faltase
Lo que hubiese menester.

DON NUÑO.

Procura que bien lo pase;
Que es, en efecto, mujer.

DOÑA ELVIRA.

¡Oh, que mal fuego la abrase!
¿Posible es que te dé gusto?
Que si eso es, no la quiero,
Ni gozarla á tu disgusto.

DON NUÑO.

Eres, don Juan, caballero,
Y ser liberal es justo.
Dame esa esclava.

DOÑA ELVIRA.

Yo voy
Por ella.

DON NUÑO.

No, no, detente.

DOÑA ELVIRA.

Al punto contigo estoy.

DON NUÑO.

(Aparte.)

¿Qué aguardo? ¿Qué es bien que intente?
Amado en extremo soy.

DON ALFONSO.

Nuño.....

DON NUÑO.

Señor.....

DON ALFONSO.

Ya de acuerdo
Estamos de acometer.
¿Qué haremos?

DON NUÑO.

No soy tan lerdo;
Que en hablando de romper,
Luego los estribos pierdo.

DON ALFONSO.

Lope de Luna ¿qué dice?
Don Fortunio y don García
Me animan, y lo que hice
Alaban.

LOPE.

Cierra y porfía.

DON ALFONSO.

Don Pedro lo contradice.

DON NUÑO.

Cierra, señor.

DON ALFONSO.

Pues, Santiago
En el moro, que se acerca,
Para su postrer estrago.

DON NUÑO.

Rómpele, y á Fraga cerca,
Que es de su arrogancia el pago.

DON ALFONSO.

¡Á ellos, Fortunio, á ellos!
¡Á ellos, Nuño! ¡Ay de mí!

DON FORTUNIO.

¿Qué es esto? ¡Tú tiemblas dellos!

DON ALFONSO.

¡Muerto soy! Absalón fuí,
Soberbio por mis cabellos.

Húndese el Rey por artificio en el tablado.

DON NUÑO.

La tierra se lo ha tragado.

LOPE.

Todo estoy, de verlo, helado.

DON FORTUNIO.

Cumpliendo el castigo miro,
Que dijo el monje Ramiro,
De ver el templo violado.
Retirad toda esa gente:
Nadie, amigos, sin el Rey
Acercarse á Fraga intente.

DON PEDRO.

¿Por qué no?

DON FORTUNIO.

Porque no es ley
Legítima ni decente.

DON NUÑO.

¡Ay, mancebo desdichado!
Siendo Rey tan bueno y justo,
El cielo te ha castigado.

VIDAURE.

Fué en guardar el templo injusto,
Y en sus honras desdichado.

LOPE.

Dios sabe que eso nacía
De que á la guerra atendía,
Sin reparar que era agravio.

ATARES.

No procedió como sabio.
¡Oh Aragón! ¡Qué triste día!
Sin Rey y sin herederos,
¿Qué haremos ya, caballeros?
Venid á Huesca conmigo:
Que si éste es de Dios castigo,
No ha embotado los aceros.

LOPE.

Aplacalle es menester.
¿Qué rey habemos de hacer?

DON FORTUNIO.

Allí se podrá pensar,
Y el que perdemos llorar,
Que tan bueno solía ser.

Vanse.

Salen D.ª Elvira y Arminda.

ARMINDA.

¿Á qué me traes así?

DOÑA ELVIRA.

Á matarte.

ARMINDA.
Y ¡desta suerte
Quieres vengarte de mí!
Digo que vuelvo á quererte;
Que nunca te aborrecí.
Tu ingratitud dió ocasión
Á aquella nueva afición
Que á don Nuño le cobré.
DOÑA ELVIRA.
Ya sé, perra, lo que fué,
Ya sé vuestra condición.
Hinca la rodilla presto
Y confiésate á Mahoma;
Que anda el campo en armas puesto,
Si no es por dicha que toma
De volverse presupuesto.
ARMINDA.
¿Que he de morir á tu mano,
Hermosísimo cristiano?
DOÑA ELVIRA.
Sí, perrísima señora.
ARMINDA.
Luego ¿en este punto?
DOÑA ELVIRA.
Agora.
ARMINDA.
Detente.
DOÑA ELVIRA.
Ruégasme en vano.

Salen Tarife y los moros.

TARIFE.

Bajo á los suyos.

De la celada salid,
Que van huyendo cobardes.
Aquí hay un cristiano. Oid.
ARMINDA.
¿Que no es posible que aguardes?
DOÑA ELVIRA.
Enojado, soy un Cid.
ARMINDA.
Detén la daga.
CELÍN.
¡Ah, cristiano!
¿Por qué la matas?
DOÑA ELVIRA.
¡Oh cielo! (Aparte.)
¿Quién me detiene la mano?
TARIFE.
Ríndete, pobre mozuelo.
DOÑA ELVIRA.
¡Esto, cielos, por vos gano! (Aparte.)
TARIFE.
¿Quién eres, gallarda mora?
ARMINDA.
Arminda soy, del que agora
Me daba la muerte, esclava.
TARIFE.
Muera si muerte te daba.
ARMINDA.
No muera.
TARIFE.
¿Por qué, señora?
ARMINDA.
Quiérole llevar cautivo.
TARIFE.
¿Que de Zaragoza aquí
Te trujo el villano altivo?
ARMINDA.
Para servirse de mí
Desenfrenado y lascivo;
Que por eso me mataba.
TARIFE.
Á las manos te ha venido.
DOÑA ELVIRA.
Esclavo soy de mi esclava.
ARMINDA.
Notable ventura ha sido,
Como yo la deseaba.
¡Ven, perro, que hoy morirás!
DOÑA ELVIRA.
Eres mujer: ¿qué no harás?
ARMINDA.
¡Ven, perro, que hoy he de herrarte!
DOÑA ELVIRA.
Mas acertarme en la parte
Que más engaño hallarás.
ARMINDA.
¡Anda, perro, ó picaréte!
DOÑA ELVIRA.
Venganza de mujer toma.
Mátame ya.
ARMINDA.
Mataréte.
Confiésate.
DOÑA ELVIRA.
No á Mahoma,
Sino á Dios.
ARMINDA.
Camina, Amete.

Vanse.

Salen Fr. Leonardo y Ramiro.

RAMIRO.
Extraño suceso ha sido.
Débole, hermano, llorar.
LEONARDO.
Bastante causa ha tenido;
Mas debe considerar
Que fué de Dios permitido.
No dude que importa así.
RAMIRO.
Tarde habrá consuelo en mí,
Muerto mi Alfonso, de suerte
Que siento al doble su muerte.
Dios sabe que lo temí.
LEONARDO.
Mire, Ramiro, que escribe

San Pablo que la tristeza
Por Dios nunca se prohibe;
Que á penitencia endereza
El corazón en que vive.
Mas la del mundo es de suerte,
Que dice que engendra muerte,
Y allá dice Salomón
Que humilla al fuerte varón,
Y el consuelo le divierte.
Jamás á tristezas des
Tu alma y tu alegre vida,
Nos dice el *Eclesiastés*.
Vuelva en sí, y el llanto impida,
Pues sabe tan bien lo que es.
Su alma á Dios encomiende,
Que es lo que ya se pretende;
Porque el llorar es sin fruto.
Allá el mundo vista el luto;
Acá en oración se entiende.

RAMIRO.

Conozco que voy errado,
Siendo voluntad del cielo;
Pero, como hombre, he llorado.
Arde la sangre en el hielo;
La sangre me ha disculpado.
Era bueno y virtüoso
Mi Alfonso; fué descuidado
En el culto religioso,
Por sólo darse á soldado
Temerario y belicoso.
Quiso el cielo con ejemplo
Mostrar que ha de venerarse
Su santo y sagrado templo.

LEONARDO.

Deben en tanto estimarse
Cuantos castigos contemplo.
Juan nos pinta á Cristo airado,
Á Dios también Isaía,
Y Jacob dice admirado
Que el lugar que Dios vivía
Era terrible y sagrado.
Y así se entiende también
El decir Dios á Moisén
Que el zapato se descalce,
Porque el suelo santo ensalce,
Que es digno de tanto bien.

RAMIRO.

Un hombre ha entrado en la huerta:
Sin tu licencia habrá sido.

Sale D. Nuño.

DON NUÑO.

Ya, pues, que la nueva es cierta,
No quiero al noble sentido
Abrir para el llanto puerta.

Á Ramiro:

Don Nuño soy: esos pies
Me da á besar.

RAMIRO.

Eso es
Decir que me des los tuyos.

DON NUÑO.

Á Leonardo:

Mandad que me dé los suyos,
Padre, y hablaré después.

LEONARDO.

Alzad del suelo, señor,
Y á lo que venís decid.

RAMIRO.

Si es encargar á mi amor
De Alfonso el alma, advertid
Que es mi cuidado mayor.

DON NUÑO.

Navarros y aragoneses,
Después de la muerte triste
Del amado rey Alfonso,
Riñeron sobre elegirle.
No se conciertan los votos,
Pasión los ciega y oprime:
Unos eligen sus deudos,
Otros su persona eligen.
Salió del postrer acuerdo
Que lo fuese estable y firme
Don Pedro de Atares, noble
De Real sangre y origen.
Fuéronle á besar la mano,
Y en lugar de hallarle humilde,
Tan arrogante le hallaron,
Que los trató de hombres viles.
Torna al pasado alboroto
Aragón, y juntos dicen
Que eres hermano del Rey,
Y que los reinos te piden.
Viéndote monje y profeso,
Luego al Padre Santo escriben:
Lope de Luna se parte
Con el cuidado posible.
Viendo á Aragón sin señor,
Como á Grecia sin Aquiles,
No hay moro que no pretenda
Reino tan fértil é insigne.
Del Betis baja Muzarte,
Que le dicen alfaquíes
Que ha de entrar á Zaragoza
Con las lunas sin eclipse,
Y que han de verse sus calles
Entoldadas de matices
De la sangre que otras veces
Vertió Roma, y en Dios vive;
Que ha de haber Engracias santas
Por cuyas cabezas hinquen
Clavos que su frente pasen,
Que allá de guirnaldas sirven;
Que ha de haber también Lambertos,
Que cuando los sacrifiquen
Lleven sus mismas cabezas
En sus manos invencibles.

También de la gran Toledo
Viene orgulloso Almelique,
Jurando que sus caballos
Han de ser en Ebro cisnes.
Todo aquesto será cierto
Si tu elección contradices;
Y á mí me envían delante
Á que de todo te avise.
Vuelve á mirar ¡oh Ramiro!
La patria donde naciste;
Mira al gran Rey de tu nombre,
Que nos la dejó tan libre.
Allí servirás á Dios,
Que te guarde y encamine,
Para que en tus armas pongas
Tu escapulario por timbre.

RAMIRO.

¡Esta sí que es desventura!
No era en balde mi tristeza,
No fué mi sueño locura;
Mas esta humana grandeza
No romperá mi clausura.
¡Ah, traidor mundo! ¿Qué quieres?

LEONARDO.

Gran gente á las puertas llama.

DON NUÑO.

Ramiro, nuestro rey eres.

RAMIRO.

Padre, debajo la cama
Me esconderé.

LEONARDO.

No te alteres;
Que esta es permisión de Dios.

DON NUÑO.

No huyas.

RAMIRO.

No sea molesto;
Que soy profeso.

DON NUÑO.

Yo y vos
Se lo roguemos.

RAMIRO.

Ya he puesto,
Mundo, tierra entre los dos.

Vase.

Salen D. Fortunio, D. Pedro de Atares, Lope de Luna, García de Vidaure y otros caballeros.

LEONARDO.

¿Adónde se va á esconder?
Deo gratias ¡Padre Ramiro!
No le puedo detener.

DON FORTUNIO.

Dentro.

Que se resista me admiro:
Ya lo debe de saber.

LOPE.

¿Dónde está Ramiro?

DON NUÑO.

Agora
Se va huyendo de aquí;
Que sola su celda adora.

DON FORTUNIO.

Siempre eso mismo temí.
Pero esta licencia ignora.

Á Fr. Leonardo:

Padre, esa bula nos lea.

LEONARDO.

Digo mil veces que sea.
En mi cabeza la pongo,
Y en su obediencia dispongo
Cuanto este reino desea;
Pero de Ramiro creo
Que no lo tiene en deseo,
Y que ya estará escondido.

VIDAURE.

Descuido de Nuño ha sido.

DON NUÑO.

Fuera asirle caso feo.

ATARES.

Mire, padre, que la casa
Toda habemos de buscar.

LEONARDO.

Eso de límite pasa.

ATARES.

Luego ¿él lo quiere estorbar?
¿No ve que Aragón se abrasa?

Vanse.

Sale Ramiro.

RAMIRO.

¿Adónde podré esconderme,
Gran Dios? ¡Gran padre Benito,
Venid vos á socorrerme!
Si los hábitos me quito.....
¿Si podrán desconocerme?
Mejor estaré en la huerta.....
Pero estará más notorio,
Que es más clara y descubierta.

DON FORTUNIO.

Dentro.

Aquí, Nuño, al refitorio.

RAMIRO.

Dios os detenga y divierta.

LOPE.

Dentro.

¡Al jardín! Al jardín vamos.

VIDAURE.

Dentro.

Ya de la huerta en los ramos

Puede ser que esté escondido.

RAMIRO.

Estoy como retraído:
De la iglesia nos valgamos.

ATARES.

Dentro.

Suba alguno al campanario.

RAMIRO.

Quiero quitar la cortina

Descúbrese, quitando la cortina, una imagen de Nuestra Señora.

Á este santo relicario.
¡Aquí estáis, Virgen divina,
De Dios virginal sagrario!
¿Saldré ó no saldré? ¿Qué haré?
¿Seré rey ó no seré?
¿Es gusto de vuestro Hijo?
Quien sí tan dichoso dijo,
¿Por qué le niega á mi fe?
Salir quiero por la puerta.

Cáese una puerta que tapa la entrada.

De golpe se me ha cerrado;
Su voluntad es muy cierta:
Aragón está alterado,
Su gente no se concierta.
Si queréis que á reinar salga,
Palabra os doy de volver
Cuando tenga quien le valga,
Siendo rey hasta poner
Gobierno á su gente hidalga.
Sin duda es su voluntad;

Torna á levantarse la puerta.

Toda la puerta se abrió.

Salen D. Fortunio y los demás caballeros y Leonardo.

DON FORTUNIO.

Entrad, hidalgos, entrad.

DON NUÑO.

Danos los pies.

RAMIRO.

¿Por qué yo?

LEONARDO.

Deje, padre la humildad,
Y la corona reciba.

RAMIRO.

Si en mí de Aragón estriba
El remedio, su rey soy.

LEONARDO.

Y yo el parabién le doy.

DON FORTUNIO.

¡Viva el gran Ramiro!

TODOS.

¡Viva!

ACTO TERCERO.

Salen D. Pedro de Atares, Lope de Luna y García de Vidaure.

LOPE.

¡Gentil Rey!

VIDAURE.

¡Donoso imperio!

ATARES.

¡Lindo fraile!

LOPE.

Si lo fuera.

VIDAURE.

¿Éste era Rey por misterio?

LOPE.

¡Plugiera á Dios que no hubiera
Salido del monasterio!

ATARES.

¿Qué fué nuestro pensamiento
De hacer rey sin fundamento
Un mármol tosco y vestido?

VIDAURE.

Creer que hubiera tenido
Discurso y entendimiento.
No he visto cosa tan ruda.

LOPE.

Y es lo bueno que no quiere
Consejo, favor, ni ayuda.

ATARES.

Temo que Aragón se altere;
Que todo lo trueca y muda.

VIDAURE.

Extrañas cosas intenta
En modo de gobernar.

Salen D. Nuño y D. Fortunio.

LOPE.

La plebe tiene contenta,
Porque en cualquiera lugar
Tanta humildad representa.
No ha de ser el rey así.

DON FORTUNIO.

¿Qué hacen éstos aquí? (Ap. á D. Nuño.)
Mas ¿qué murmuran del Rey?

DON NUÑO.

No les agrada la ley
Que ayer publiqué por ti.

DON FORTUNIO.

Como es buen hombre, criado
En aquel encerramiento,
Simple en materia de Estado,
Y de poco entendimiento,
Debe de haberles cansado.
Trata de la religión

Como si en ella estuviera;
Sus costumbres santas son,
Aunque cierto que no era
Para regir á Aragón.

DON NUÑO.

Ansí, dicen que le tiene
Por fuerza y contra su gusto.

DON FORTUNIO.

El Rey, como suele, viene
Á oir pleitos.

DON NUÑO.

Rey tan justo,
Aunque ignorante, conviene.

Salen el rey D. Ramiro y D. Sancho.

RAMIRO.

Extremada nueva ha sido.
Ya, caballeros, quedó
Nuestro pleito definido,
Ya la sentencia se dió:
Don Sancho me la ha traído.

DON FORTUNIO.

¿Qué es, señor?

RAMIRO.

La que esperaba
De Navarra.

DON FORTUNIO.

Y ¿por quién queda?

RAMIRO.

Por mí, como antes estaba.

DON SANCHO.

No hay donde quejarse pueda,
Y en este acuerdo se acaba.

Sale un criado, y después Fray Leonardo.

CRIADO.

Fray Leonardo ya ha llegado.

RAMIRO.

Entre.

LEONARDO.

Dame, Rey, tus pies.

RAMIRO.

Padre, ¿ya se le ha olvidado
Que soy su súbdito? Pues
¿Cómo sus pies no me ha dado?

LEONARDO.

Su Majestad se levante.

RAMIRO.

No me alzaré deste suelo
Sin su bendición.

LEONARDO.

Espante
Al mundo su humilde celo.

ATARES.

¡Qué simple Rey! (Ap. á D. Lope.)

LOPE.

¡Qué ignorante!

LEONARDO.

Dios le bendiga.

RAMIRO.

Y me dé
Lo que él sabe y yo le ofrezco.
Siéntese, padre.

LEONARDO.

No haré.

RAMIRO.

Siéntese, acabe.

LEONARDO.

Obedezco.

RAMIRO.

¡Yo había de estar en pie!
Yo fuera, padre, el indino;
Que ante los cristos de Dios,
¿Cuál hombre mortal es dino?

LEONARDO.

Vos sois Moisén.

RAMIRO.

Y Aarón vos.

LEONARDO.

Vos capitán.

RAMIRO.

Vos divino.

LEONARDO.

Vos sois Saúl belicoso.

RAMIRO.

Vos Melquisedech celoso.

LEONARDO.

Vos sois David.

RAMIRO.

Vos Natán.

LEONARDO.

Paso, que nos oye Amán.

RAMIRO.

Seré Asuero riguroso.

ATARES.

(Aparte á D. Lope.)

¡Que á este monje asiento dé,
Y apenas nos haya hablado!

LOPE.

Notable ignorancia fué
Tener un fraile sentado
Y á tantos Grandes en pie.

RAMIRO.

Grandes, delante de vos
Son pequeños: no habléis dellos.....

VIDAURE.

(Aparte á los otros señores.)

¿Si lo ha dicho por los dos?

RAMIRO.

Que Dios es más grande que ellos,
Y bajáis del cielo á Dios.

LEONARDO.

¿Qué carta es esa?

RAMIRO.

Es sentencia
De una cierta diferencia
De Navarra y Aragón.

LEONARDO.

¿Cómo?

RAMIRO.

Oiga la razón,
Padre, vuestra Reverencia:
Alcanzada ya la bula
De Su Santidad del Papa
Para que yo fuese rey
De Aragón y de Navarra,
Como ya sabe mejor,
Del monasterio me sacan,
Dándome aquí la corona
Y quitándome la sacra.
Los navarros, que supieron
Que sin advertirles nada
Les habían dado rey,
La Nobleza á Cortes llaman.
Eligen á don García,
Que con los moros estaba
En el reino de Valencia,
Y embajadores despachan.
Vino á Navarra contento,
Donde, trayendo la fama
De su corona las nuevas,
Parto á Pamplona á estorballa.
Garci-Ramírez, ya Rey,
Niega á Aragón la demanda;
Formo ejército, y comienzo
Á castigar su arrogancia.
Viendo en guerra los dos reinos
Los fieros moros de España,
Á entrambos nos hacen guerra,
Las villas y campos talan.
Nosotros, por defendernos
Y al moro volver las armas,
Pusimos en seis varones
La sentencia desta causa.
Nombró Aragón tres jüeces:
Fueron don Pedro de Amaya,
Don Férriz de Huesca y Rojas,
Don Pedro Caxal de Zayas.
Por los navarros también
Fué don Ladrón de Guevara,
Don Jimén Torres Cortés,
Guillén Aznárez de Otarza;
Los cuales, habiendo visto
Mi justicia justa y clara,
Á Navarra me adjudican
Y por su Rey me declaran.
Su condestable á García
Eligen, y ahora tratan
Que le dé algunos lugares
Fuera y dentro de la raya;
Y doyle á Ariza, á Ferrera,
Á la parte castellana,
Á Tudela y Tarazona;
Y á la parte de Navarra,
Á Santa Engracia del Puerto
Y cuanto hasta el Ida baña
Sarazón hasta la puente
Del que á Dios le dió su capa,
Vadoluengo y Galipienso,
Río Aragón, río Arga,
Hasta que paran en Ebro
Y el pie de Tudela bañan.
Con esto no tengo ahora
Guerra alarbe ni cristiana,
Sino es en el pensamiento;
Porque, en efecto, me cansan.
¿Quién dijera, padre mío,
Cuando barriendo me hallaba
Los dos claustros de San Ponce,
Que trocara escoba en lanza,
Aquella corona en ésta,
Aquella capilla en armas,
Aquella correa en tiros,
Y escapularios en lanza;
Aquella cogulla en gola,
Aquel manto en regia grana,
En esta bota y espuela
Aquella media y abarca;
Mi oración en estos pleitos,
Mi cilicio en estas camas,
Mi refitorio en tal mesa,
Y aquel barro en esta plata?
Ya don Ramón Berenguel,
Sangre noble, antigua y clara
De condes de Barcelona,
Mi suegro y padre se llama.
Esperando estoy su hija:
Mire el dolor que me falta,
Pues ha de casar el cuerpo
Quien tiene profesa el alma.

LEONARDO.

Llevando siempre en los ojos
Que Dios le trujo á esta guerra
Para gloriosos despojos
Y para bien desta tierra,
No le dará el reino enojos.
Lleve bien el casamiento:
Dios lo quiere ansí; mas diga,
¿Qué fué en llamarme su intento?

RAMIRO.

Si no hay quien me contradiga,
Diréle mi pensamiento:
Un templo en Huesca edifico;
De monjes le quiero hacer,
Y acabar en él, si aplico
Mi reino á mayor poder.

LEONARDO.

Por ahora no replico.

ATARES.

(Aparte á los caballeros.)

¡Qué buenos nos tiene aquí!

LEONARDO.

El tiempo dirá el suceso.

RAMIRO.

Á D. Sancho:

¿Hay negocios?

DON SANCHO.
Señor, sí.
RAMIRO.
Id diciendo; que por eso
Hoy á esta sala salí.
DON SANCHO.
Á Juan Núñez le mataron
Los moros, y á su rocín
Medio le desjarretaron.
Volvióse á Huesca, que al fin
Aquí en Huesca le criaron:
Llega á casa de su hijo,
Y échale á palos de allí.
RAMIRO.
Oid, pues: ¿quién se lo dijo?
LEONARDO.
Naturaleza.
RAMIRO.
¿Es así?
DON SANCHO.
Llama el caballo prolijo
Con la frente en las dos puertas,
Porque no las halla abiertas;
Pero el mozo de caballos,
Que en casa solía curallos,
Vertiendo lágrimas ciertas
Al heredero afrentó,
Porque al hidalgo alazán
Tanta ingratitud usó.
Salió á sus voces don Juan,
Y algunos palos le dió.
Pide justicia.
RAMIRO.
Y expresa,
Que así lo dice el vocablo.
Mando que su cama y mesa
Den al rocín, y el establo
Al que ser bestia profesa;
Y que el mozo, hasta que muera,
El caballo á costa suya
Cure y piense.
DON SANCHO.
Considera.....
RAMIRO.
No repliques, pues no es tuya
La causa; y aunque lo fuera.....
DON SANCHO.
El caballo, ¿ha de comer
En mesa y dormir en cama?
RAMIRO.
Quien supo á casa volver,
Y quien á las puertas llama,
¿Por qué no lo sabrá hacer?
DON FORTUNIO.
Advierte que por burlar (Ap á. D. Nuño.)
Del Rey, estos pleitos son.
DON NUÑO.
Ya que tiene aquel lugar,
Respeto fuera mejor,
Que al Rey se debe guardar.

DON FORTUNIO.
Disimula, porque notes
Su inocencia y santidad.
No le adviertas ni alborotes.
DON NUÑO.
¿No sabes que son deidad
Los reyes y sacerdotes?
DON SANCHO.
Oye.
RAMIRO.
Di.
DON SANCHO.
Luis Labrador
Tiene una viña en un cerro,
Que llaman San Salvador.
Entró de un clérigo un perro,
Que es cura de Campoflor;
Cogióle el dicho Lüis
Y ahorcóle. Pide el cura
Trescientos maravedís.
RAMIRO.
¿Por el perro ó por la hechura?
DON SANCHO.
Por la vida.
RAMIRO.
¿Qué decís?
Pues ¿tiene alma?
DON SANCHO.
Sensitiva,
Con que á cazar aprovecha,
Y el cura á los montes iba.
RAMIRO.
En este pleito hay sospecha.
Luego á prueba se reciba;
Que un sacerdote, ocupado
No es bien que lo esté en cazar
Y en el monte desvelado,
Pues en rezar y estudiar
Ha de tener su cuidado.
Que no le dé nada di,
Y que yo lo mando así
Por quitar inconvenientes:
Si el perro tiene parientes,
Vengan, pídanmelo á mí.
ATARES.
¿Hay más graciosa ignorancia? (Aparte.)
DON NUÑO.
¿Hay santidad más profunda? (Aparte.)
DON SANCHO.
Oye un caso de importancia.
RAMIRO.
Veamos en qué se funda.
ATARES.
No tendrá mucha sustancia. (Aparte.)
DON SANCHO.
Tenía una vaca un moro
En su casa, y de un vecino
Pasóse al corral un toro:
De la junta, á parir vino.....
RAMIRO.
Decí un niño como un oro.

¡Donaire tenéis, á fe!
Ya un rocín, ya un perro fué,
Ya vaca y toro se casan.....
Creo que estos pleitos pasan
En el arca de Noé.

DON FORTUNIO.

Cayendo va en ello. (Aparte.)

RAMIRO.

Di,
¿Qué quiere ahora el cristiano?

DON SANCHO.

La mitad del hijo.

RAMIRO.

¿Así?
Perdió el derecho.

LEONARDO.

Y es llano,
Aunque se burlan de ti.

RAMIRO.

¿Qué dice, padre?

LEONARDO.

Que es justo.

Sale un criado.

CRIADO.

Aquí ha llegado don Busto.

RAMIRO.

¿Viene la Infanta?

CRIADO.

Ya viene.

RAMIRO.

Recebilla me conviene,
Puesto que me falte gusto.
Caballeros de mi corte,
No hay ocasión como ésta,
Que más vuestro honor me importe.

LOPE.

Gran Rey, tu partida apresta,
Que eres nuestra luz y norte.

LEONARDO.

Y yo á San Ponce la mía.

RAMIRO.

Yo le avisaré del día
Que estará el templo acabado.

Vanse todos, menos D. Fortunio y D. Nuño.

DON NUÑO.

¿Vienes?

DON FORTUNIO.

¿Adónde has dejado,
Don Nuño, tu compañía?
¿Qué se ha hecho mi don Juan?
¿Cómo no viene contigo?

DON NUÑO.

¡Ay, triste!

DON FORTUNIO.

Indicios me dan (Aparte.)
Tus suspiros, enemigo,
Que sin doña Elvira están.
Nuño, ¿qué es esto?

DON NUÑO.

Señor,
Dos meses ha que te encubre
Tu desdicha mi rigor.

DON FORTUNIO.

¿Es muerta?

DON NUÑO.

Por ella cubre
Luto hasta el alma.

DON FORTUNIO.

¿Y mi honor?

DON NUÑO.

En el combate de Fraga,
Piedra ó flecha le acertó.

DON FORTUNIO.

¡Oh infame!

DON NUÑO.

Detén la daga;
Que el cielo, cuanto y más yo,
Impide que yo lo haga.

DON FORTUNIO.

¡Vil Nuño, tú la has gozado,
Tú la has muerto y escondido!

DON NUÑO.

Si el juramento he quebrado,
Si en lo que he dicho he mentido,
Ya estoy, Fortunio, retado.
No me afrentes; que soy hombre
Que á ti ni al mundo sufriera
Esta afrenta.

DON FORTUNIO.

Y de mi nombre
La grandeza, ¿no te altera?

DON NUÑO.

No hay hombre que á mí me asombre.
Si tú con el tronco duro
Hiciste en los moros plaza,
Yo el pendón puse en el muro;
Que no ha de romper tu maza
Filo tan hidalgo y duro.
Que es verdad probaré presto.

DON FORTUNIO.

Denos campo el Rey, pues eres
Hombre á pelear dispuesto.

DON NUÑO.

Por una ni mil mujeres
No diré mentira en esto.
Si no lo quieres creer,
Yo no puedo más hacer
Que pasar por el ultraje
Del ya pasado homenaje.

DON FORTUNIO.

¿Quién no miente por mujer?
Por mujer perdí el honor,
Nuño vil.

DON NUÑO.

Paso, señor;
Que el que lo dijere miente.

DON FORTUNIO.

Yo pido campo.

DON NUÑO.
Yo veinte.
DON FORTUNIO.
Retado estás de traidor.

Vanse.

Salen D.ª Elvira, vestida de cautivo, Arminda y un moro.

DOÑA ELVIRA.
Mátame; dobla el castigo;
Que vida tan desdichada,
Mejor estará acabada
Que en manos de su enemigo.
Dos meses ha que me tienes
En esta dura prisión;
Dos meses, que un siglo son
De mis males y tus bienes.
Bien vengada estás de mí;
Mas tu venganza ha de ser
Como agravio de mujer,
Que siempre se venga así.
Yo como hombre te trataba,
Si un tiempo mal te traté,
Y nunca de veras fué,
Porque siempre me burlaba.
Verdad es que en no quererte
Hice agravio á tu hermosura,
Si no fué mi desventura
La que pudo agravio hacerte;
Que yo estaba enamorado,
Arminda, cuando te vi;
Que mal pudiera yo ansí
Agradecer tu cuidado.
Esta ha sido la ocasión,
Y que te digo verdad,
De no dar la libertad
Que estaba en otra prisión.
¿Por qué mandas maltratarme?
¿Eso llamas querer bien?
ARMINDA.
Amor se ha vuelto desdén
Y deseo de vengarme.
¡Morirás, traidor don Juan,
Ya que estás en mi poder!
DOÑA ELVIRA.
¡Propia hazaña de mujer!
ARMINDA.
Pues qué, ¿soy yo capitán?
¿Soy algún César famoso?
¿Soy Alejandro, soy Dario?
Ser quien soy es necesario,
Y necesario y forzoso.
Si os quitamos vuestros nombres
Con hacer hazañas tales,
Vendremos á ser iguales
Las mujeres á los hombres.
Dé Alejandro, César venza,
Dario junte campos grandes,
Y á una mujer no le mandes
Más triunfo que su vergüenza.
¿Qué haces de darme en cara
Que soy mujer? No me asombres;
Que á ser como tú los hombres,
¿Qué mujer los envidiara?
Quien la imita es bien que calle,
Porque te hago saber
Que tienes más de mujer
Que de hombre en rostro y talle.
Deja la vana arrogancia
Y el preciarte de quien eres;
Que tuvo el mundo mujeres
Ejemplo de fe y constancia.
Que te trate ahora mal
Porque no me quieres bien,
Pues nace de tu desdén,
¿No es condición natural?
DOÑA ELVIRA.
Ó natural ó violenta,
Basta que en mi daño ha sido;
Pero ya que estoy perdido,
Del partido sé contenta.
Por estar mi dueño ausente,
Que á Navarra fué á la guerra,
No supo que en esta tierra
Quedaba don Juan presente.
Pues ha días que ha venido,
Ya mi carta le habrán dado.
ARMINDA.
Él es partido excusado,
Que no he de admitir partido.
¿Para qué quiero rescate
De un paje de un hijodalgo?
DOÑA ELVIRA.
¿No estimas mi precio en algo?
ARMINDA.
Más estimo que te mate
Este moro, que no viene
Sino á atormentarte, perro.
MORO.
¿Por qué no le pones hierro?
ARMINDA.
¿Qué hierro como el que tiene?
¿Tú no ves que quiere bien
Y está ausente de su dueño?
DOÑA ELVIRA.
Y mi palabra te empeño
Que me aborrece también.
MORO.
Con todo aqueso, has errad
En no le herrar, y acertaras
Si en el rostro y pie le herraras
Con hierro vivo y pintado,
Y no vivir con recelo.
ARMINDA.
En la cara no, Selín;
Que es herrar un serafín,
Y no sufre hierro el cielo.
Trae una fuerte cadena,
Y en los pies se la pondré.
MORO.
Voy.

DOÑA ELVIRA.

¡Triste de mí! ¿Qué haré, (Aparte.)
De tantas desdichas llena?

ARMINDA.

Selín.....

MORO.

Señora.....

ARMINDA.

Traerás
La más ligera.

MORO.

¿No ves
Que se irá?

ARMINDA.

Y aquellos pies,
¿Cómo podrán sufrir más?

MORO.

Yo la traeré bien ligera.

Vase.

ARMINDA.

En estos brazos la hallaras.

DOÑA ELVIRA.

Nunca, Arminda, me trataras
Tan mal, si eso verdad fuera.

ARMINDA.

Pues, mi bien, quiéreme bien,
Verás si te trato mal.

DOÑA ELVIRA.

Soy á mi ausente leal.

ARMINDA.

¡Ah, perro! ¡Tanto desdén!
Quebraréte aquesa boca.

DOÑA ELVIRA.

Tu esclavo soy.

ARMINDA.

No haré;
Que antes mi boca pondré
Donde tu pie pisa y toca.
¡Ay, amor, y qué cristiano,
Si lo fuera en ser piadoso!
Quiéreme ya, riguroso,
Dame á besar esa mano.
Tarife es primo del Rey,
De quien yo sobrina soy;
Puesto que en su tierra estoy,
Mi gusto adora por ley.
Si quieres volverte moro
Y con Arminda casarte,
Puede una alcaidía darte
Con parte de su tesoro;
Y yo te daré, mi bien,
Ricas joyas de valor,
Y si es tu ley la mejor,
Seré cristiana también.
Aunque en ésta, mi don Juan,
Tendrás más descanso y gusto,
Y en hábito menos justo
Podrás andar más galán.
Yo te labraré alcandoras
De oro y sedas diversas,
Que no aventajen las persas
Á nuestras labores moras.
Listaréte blancas tocas
De azul, nácar y pajizo,
Y más si entonces enrizo
Plumas en el aire locas.
Haré traer borceguíes
De Melilla y Tremecén,
Jacos de Tánger también,
Ricas adargas fecíes,
Alfanjes, que no se escapa
De tu rigor su denuedo,
Las cuchillas de Toledo,
Las vainas de negra zapa,
Hierros de lanzas que den
En el sol diversas luces,
Y caballos andaluces
Que corran y paren bien.
¡Ay, quién te viera salir
De mis brazos á la plaza!

DOÑA ELVIRA.

Cuanto tu deseo traza
Es darme más que sufrir.
Resuélvome que es en vano.

ARMINDA.

¿Que no te duele mi pena?

Vuelve el moro.

DOÑA ELVIRA.

No.

ARMINDA.

Pues venga la cadena.

MORO.

Ya la tienes en la mano.

ARMINDA.

Hiérrale.

MORO.

Daca ese pie,
Perro obstinado.

DOÑA ELVIRA.

¡Ay, don Nuño! (Aparte.)

ARMINDA.

¿Si le has hecho algún rasguño?

MORO.

Digo que no le toqué.

ARMINDA.

¿Quiéresme?

DOÑA ELVIRA.

Menos agora.

ARMINDA.

Pues aprieta.

DOÑA ELVIRA.

Cuanto quieras.

ARMINDA.

Perro, ¿así me desesperas?

DOÑA ELVIRA.

No puedo amarte, señora.

ARMINDA.

Llévale, y con mil cerrojos

Le cierra en una sajena.

MORO.

¿Va bien?

ARMINDA.

No, que esa cadena
La voy llevando en los ojos.

Vanse.

Salen el Rey, la Reina, García de Vidaure, D. Sancho, D. Pedro de Atares, Lope de Luna, D. Nuño y don Fortunio.

RAMIRO.

Á la Reina:

Alegre está la ciudad
De vuestro recibimiento.

REINA.

Conoce mi voluntad.

RAMIRO.

¿Está á punto el aposento?

VIDAURE.

Sí, señor.

RAMIRO.

Señora, entrad.

REINA.

Voy, que el cansancio me obliga.

Vase.

RAMIRO.

¿Queréis que verdad os diga?
No sé cómo á entrar me atreva;
Que es esta cosa muy nueva,
Y vergüenza me fatiga.

ATARES.

¿De qué, si es ya tu mujer?

RAMIRO.

Dios ordenó el casamiento
En que aquí me vengo á ver,
Para dar al mundo aumento
Y acrecentar nuestro ser.
Ya sé que esto no es pecado;
Pero verme yo obligado
En tan notable vergüenza,
Aun no es posible que venza
El saber que soy casado.

VIDAURE.

Vaya Vuestra Majestad.

RAMIRO.

¡Ay, quieta celda mía!
¿Qué es de vos, mi soledad?

DON SANCHO.

Advierte que esto sería
Pagar mal su voluntad.
Muéstrala amor, considera
Que el reino Rey no te hiciera
Sino por la sucesión.

RAMIRO.

Pues advertid, Aragón,
Que el monasterio me espera.
No os habré dado heredero
Cuando me vuelva á mi casa.

VIDAURE.

Dios lo haga.

RAMIRO.

En Dios espero.

Vanse el Rey, D. Fortunio y D. Nuño.

LOPE.

¿No advertís bien lo que pasa?

VIDAURE.

¡Qué ignorante!

ATARES.

¡Qué grosero!

DON SANCHO.

Basta, que está la doncella
Acá afuera, que no allá,
Por mucho que allá lo es ella.

LOPE.

¡Qué necio! ¿Qué le dirá?
¿Que quiere apartarse della?

DON PEDRO.

¿No dicen que el desposado,
Cuando habla, lo primero
Es necedad?

DON SANCHO.

Descuidado
Estará este majadero
De haber necedad hablado.

ATARES.

¿Cómo?

DON SANCHO.

Que todas lo son
Cuantas ha dicho hasta aquí.

VIDAURE.

Vamos.

LOPE.

Para en uno son.

DON PEDRO.

No, que ha de ser monje.

DON SANCHO.

¡Ah! Sí,
En dando rey á Aragón.

Vanse.

Salen D. Nuño, Peralta y Mateo.

DON NUÑO.

Aplazado, en efecto, quedó el campo
Entre Fortunio y yo; saben los cielos
Cuánto me pesa del intento suyo,
Y juntamente la razón que tengo.

PERALTA.

Á dos hidalgos, que en servicio suyo
Estamos desde el día que nacimos,
Y de sus padres los antiguos nuestros
Con el mismo homenaje, nos ha dicho
Eso mismo que á ti; pero ninguno

Pasó de su lealtad el justo término,
Ni lo habrás hecho tú.

DON NUÑO.

¡Que la he gozado,
Y que, si no la he muerto, está escondida
Para disculpa del haber rompido
El homenaje que en sus manos hice!
Si sé de doña Elvira, ó si he quebrado
El juramento, y ella de mi boca
Sabe quién es, en la estacada muera,
Muera sin honra y de traidor retado.

PERALTA.

Digo, señor, que lo que dices creo.

Sale un soldado.

SOLDADO.

Esta carta, don Nuño valeroso,
Me dió un moro de paz, de los que vienen
Á la plaza con fruta y hortaliza:
Dice que se la dió un cautivo.

DON NUÑO.

Muestra;
Que me da el corazón que este cautivo
Debe de ser don Juan. ¡Don Juan es vivo!

Lee:

«No suelen caballeros honrados tratar con tanto descuido lo que sus deudos y amigos les encomiendan. Por no dejarte en Fraga, y por guardarte á Arminda, me cautivó Tarfe y me la dió por dueño, y en pago de esto me da tan mala vida que, si no llegas á rescatarme presto, no me hallarás con ella. Guarde Dios la tuya.—*Don Juan de Lizana y Maza.*»

¡Esto escuchan mis oídos!
Abrid descubierta plaza
Al llanto y dolor, sentidos,
Si no hay de remedio traza
Para mis bienes perdidos.
¿Qué remedio buscaré?
¿Cómo, amigos, libraré
Á don Juan de la prisión;
Que aventuro mi opinión
Y el crédito de mi fe?
¡Ay, don Juan! Mas ya se admira
Amor con soberbia é ira
De que tal nombre le dan.
¿Qué sirve decir don Juan?
Digo, amigos, doña Elvira.
Ya sabéis mi juramento
Y el silencio que he tenido;
Pero no sabéis mi intento,
Ni que callando he vivido
Mártir de mi pensamiento.
Ya no es tiempo de callar;
Ayuda me habéis de dar
Para que la goce y cobre;
Que soy noble, aunque soy pobre,
Y pobre os puedo pagar.

SOLDADO.

Nuño, si en alguna cosa
Peralta y yo te servimos,
No la habrá dificultosa.

PERALTA.

Nuño, en la casa nacimos
De nuestra cautiva hermosa.
Librarla puedes, y hacer
Que no entienda que es mujer
De tu boca, y vuelve al plazo.

DON NUÑO.

Confirmad con este abrazo
Que me habéis de socorrer.
Yo sé arábigo.

SOLDADO.

Y nosotros.

DON NUÑO.

¿Dónde pudiera con otros
Salir de aquesta desdicha?

PERALTA.

Todo será por tu dicha.

DON NUÑO.

Basta ayudarme vosotros.

Vanse.

Sale Fr. Leonardo.

LEONARDO.

Divina fuente perenal, de donde
Proviene cuanto bien el hombre tiene,
Supuesto que aunque ve que de vos viene,
Ingrato á vuestras obras corresponde.
Las maravillas que ese pecho esconde,
Las partes y grandezas que contiene,
Al hombre, al ángel en pensar detiene
Lo que sólo de vos, á vos responde.
Ramiro estaba aquí lejos del mundo;
Llamóle el mundo allá; mas no bastara
Sin vuestra voluntad con lazos varios.
Hacelde, gran Señor, David segundo;
Que si vuestro poder el suyo ampara,
Vencerá con paciencia sus contrarios.

Sale D. Fortunio.

DON FORTUNIO.

Á muchas cosas pudiera,
Padre, veniros á ver,
Si lo esencial no lo fuera
Tanto, que habré menester
Dejar á las demás fuera.
Ésta de mi Rey tomad.

LEONARDO.

¡Oh Fortunio! Levantad;
Dadme esos brazos.

DON FORTUNIO.

Leed,
Y lo que os escribe haced.

LEONARDO.

Lee:

«Á fray Leonardo, mi abad.»
Muy apriesa habéis venido.

DON FORTUNIO.

Cierta queja que he tenido
De un caballero traidor,
Para despertar mi honor
Mis años puso en olvido;
Y creo que el Rey me envía,
Contra el gusto y honra mía,
Á que vos me lo estorbéis;
Pero no sé si podréis,
Llegado del plazo el día.

LEONARDO.

Desviáos, Fortunio, allí.

DON FORTUNIO.

Padre, el Rey lo hará muy mal,
Y vos en tenerme aquí.

LEONARDO.

Deo gratias.

DON FORTUNIO.

Estoy mortal.
Leonardo, mi honor perdí.

LEONARDO.

Lee para sí:

«Los grandes caballeros de mi corte han dado, viéndome ignorante, en hacer burla de mí; tanto, que si juzgo los pleitos, son de animales ridículos; si peleo, me hacen llevar la lanza en la una mano y la adarga en la otra, y las riendas en la boca; detrás de mí murmuran todos; tanto, que ayer les oí querían hacer rey á D. Pedro. Aconsejadme, padre Leonardo, para que éstos me teman, y no digáis nada á Fortunio, que él piensa que va á otra cosa.—El que solía ser vuestro súbdito, *El rey Ramiro.*»

¡Oh ciencia infusa del cielo! (Aparte.)
Ved por dónde el ignorante
Pidió consejo y consuelo,
Sin que el secreto importante
Cause en Aragón recelo.
Éste piensa que ha venido
Á ser aquí detenido
Por la batalla aplazada,
Y viene á pedir la espada
Que vengue á un Rey ofendido.
¿Qué haré? ¿Cómo le podré
Responder? Que si le escribo,
Abrirá el papel. No sé,
De los medios que apercibo,
Cuál escoja y cuál le dé.
Ahora bien, Fortunio, escucha.

DON FORTUNIO.

Mire, padre, que mi honor
Con mis largos años lucha:
Vuelve tú por mi valor
Y por la razón, que es mucha.
Nuño ha sido, Nuño fiero,
Quien, como mal caballero,
La palabra me quebró.

LEONARDO.

Y ¿haslo dicho al Rey?

DON FORTUNIO.

¡Pues no!
Del Rey mi remedio espero;
Ya sabe que doña Elvira
Es la que á Nuño entregué.

LEONARDO.

Es justo tu enojo é ira.
Aunque hablo con él, no sé (Aparte.)
De qué se enoja y admira.
¿Que doña Elvira es aquésta?
Mas quiero disimular
Y dar al Rey la respuesta.

DON FORTUNIO.

Mandárame el Rey quedar,
Que será disculpa honesta.
Padre, si saltar supiese
Las tapias del monasterio,
Saldré, puesto que al Rey pese.

LEONARDO.

¡Que para este ministerio (Aparte.)
Tal ingenio el Rey tuviese!
Misterios del cielo son.

DON FORTUNIO.

¡Yo sin honra y opinión!
Padre, despachadme luego;
Que al Rey la obediencia niego,
Y me saldré de Aragón.

LEONARDO.

¡Jesús! ¿Con tanta imprudencia?
Aguardad, que deste estuche
Sacaré vuestra advertencia.

DON FORTUNIO.

¿Qué queréis, padre, que escuche,
Si no es que me dais licencia?

LEONARDO.

En este jardín florido
Quiero entrar: está advertido
De lo que vieres hacer,
Porque le has de responder
Á los ojos, no al oído.

DON FORTUNIO.

Ya, padre mío Leonardo,
Eso que hacéis considero,
Y saber el fin aguardo;
Pero á fe de caballero,
Que ha de pagarlo el bastardo;
Que no sólo la gozó,
Mas que la tiene escondida
Después que el traidor rompió
La palabra prometida
Que á mí y al cielo juró.
¿Esto ha de sufrir un hombre
De mis prendas y mi nombre?

LEONARDO.
¡Qué diferente es mi intento! (Aparte.)
DON FORTUNIO.
No hay humano entendimiento
Á quien su culpa no asombre;
Que faltar la confianza
En un hombre, es gran bajeza.
LEONARDO.
En todo tendrá bonanza.
DON FORTUNIO.
Cortándole la cabeza,
Que es el fin de mi venganza.
LEONARDO.
Ahora bien: ¿hasme entendido?
DON FORTUNIO.
Vi, padre, que habéis cortado,
De aqueste jardín florido
Las flores que habéis hallado
Que más altas han crecido.
LEONARDO.
Pues esto al Rey le dirás;
Y ven, conmigo saldrás,
Por si te cierran la puerta.
DON FORTUNIO.
Sólo espero verla abierta.
Padre, no te pido más.

Vanse.

Salen D. Nuño, Peralta y el soldado, en hábito morisco.

DON NUÑO.
Hablando como alarbes, nos ha dado
Señales del cautivo de mi vida
Aquel moro que ya del corvo arado
Tiene la humilde yunta desasida.
Este jardín, de su cristal cercado
De aquella fuente que á beber convida,
Deste pequeño monte despeñada,
Dicen que rompe con la tosca azada.
¡Ay, manos bellas, que al jardín pudieran
De Venus adornar como jazmines!
¿Cómo en este trabajo os consideran
Los que os mandan cavar tales jardines?
PERALTA.
Las estrellas del cielo vituperan.
DON NUÑO.
¿Cómo es posible, Arminda, que te inclines
Á maltratar un ángel desta suerte?
SOLDADO.
Pues has entrado, en el silencio advierte;
Mira que puede ser que entre estas flores
Algún áspid morisco viva oculto.
DON NUÑO.
Bien temo aquestos bárbaros traidores,
Y la salida oculta dificulto.
PERALTA.
Pues nuestra muerte no es razón que ignores
Si se conoce nuestro grave insulto,
Gobiérnate de suerte que volvamos.
DON NUÑO.
¡Ya viene gente! Aquí nos escondamos,

Sale D.ª Elvira con un azadón.

DOÑA ELVIRA.
Tierra, que para ser de mí cavada,
Por ser tan seca, dura y no rompida,
Con razón de mi llanto humedecida,
Mejor que de tu cielo estás regada;
Si aquella prenda de mi alma amada
Estuviera presente endurecida,
Presumo que quedara enternecida
Á menos golpes de mi tosca azada.
Si en las piedras las lágrimas se imprimen,
Piedras adoro; pero están ausentes.
¿Qué importa que mis ojos se lastimen?
Ásperos montes, á mi mal presentes,
¿Cómo os podrán mover cuando se animen,
Si el mar es poco y son mis ojos fuentes?
ARMINDA.

Sale Arminda.

Bien pensabas sin mí pasar el día.
DOÑA ELVIRA.
Bien pensaba sin ti pasar mis daños.
ARMINDA.
¿Tanto te enoja ya mi compañía?
DOÑA ELVIRA.
Somos en ley y en condición extraños.
ARMINDA.
¿Que no te ha de ablandar tanta porfía?
DOÑA ELVIRA.
Ni largos siglos de prolijos años.
ARMINDA.
Morirás trabajando en esta huerta.
DOÑA ELVIRA.
Entonces ha de ser mi vida cierta.
ARMINDA.
Duélete de mi mal, hermoso esclavo.
DOÑA ELVIRA.
Déjame con mi mal, ingrato dueño.
ARMINDA.
Menos te venzo cuanto más te alabo.
DOÑA ELVIRA.
Justa dureza á tu blandura enseño.
ARMINDA.
Tú me acabas la vida, y yo te acabo.
DOÑA ELVIRA.
¿Por qué me quitas el sustento y sueño?
ARMINDA.
Por ver si te venciese mi castigo.
DOÑA ELVIRA.
Con el regalo vence el enemigo.
DON NUÑO.
¿Podrán sufrir mis ojos lo que veo?

(Aparte á los suyos.)

PERALTA.
Si no viene la mora acompañada,

La ocasión llama á veces tu deseo.

DON NUÑO.

Venga del mundo y su poder guardada.
Soy yo quien ha ganado igual trofeo,
Y quien con sólo aquesta misma espada
Puse el pendón de Alfonso en Zaragoza
Y el que de Pardo el apellido goza.
Llegad; asilda por detrás la manos,
Y tú ponle ese lienzo por la boca
Mientras que llego á hablarla.

ARMINDA.

Á Elvira.

¿Que son vanos
Mis pensamientos? ¿Nada te provoca?

DON NUÑO.

¡Alay Zulema!

ARMINDA.

¿Qué queréis, hermanos?

DON NUÑO.

¡Peralta, agora!

SOLDADO.

Apriétala esa toca.

ARMINDA.

¡Alá, Mahoma, valme!

DON NUÑO.

¿Qué es Mahoma?
Nuño soy.

DOÑA ELVIRA.

¡Nuño!

DON NUÑO.

Sí: el camino toma.

Vanse.

Salen el Rey y D. Fortunio.

RAMIRO.

¡Cómo! ¿Que no respondió
Por letra á mi carta?

DON FORTUNIO.

Piensa,
Gran Rey, que, de ver mi ofensa,
Suspenso el abad quedó;
Pero de palabra allí,
Respondió lo que diré.

RAMIRO.

¿Qué causa tuvo?

DON FORTUNIO.

Ésta fué.

RAMIRO.

Ya te espero.

DON FORTUNIO.

Escucha.

RAMIRO.

Di.

DON FORTUNIO.

Luego que le di la carta,
Leyó tu firma y la fecha,
En un pequeño jardín,
Rey Ramiro, el abad entra.
Está con laureles verdes,
Cuyas ramas la flor dejan
Entre paredes antiguas,
Cubiertas de verdes hiedras
Y de lúgubres cipreses
Acomodados á obsequias,
Que compiten en altura
Con las torres de la iglesia,
Tan intrincado y devoto,
Á la espalda de la celda,
Que un San Onofre parece
Que quiere salir por ella.
Estaba lleno de flores
Entre unos cuadros, tan bellas,
Que en criarlas compitieron
El arte y Naturaleza.
Vieras los narcisos blancos
Y las moradas violetas
Entre las rosas de nácar
Hacer dulce diferencia;
Los pensés, las maravillas,
Alelíes y azucenas,
Los lirios rojos y azules,
La flor de azahar y mosqueta,
La del hojoso saúco,
Y de la humilde verbena;
Vieras la salvia olorosa
Entre la yerba doncella;
La malva, el junquillo, el mirto,
El clavel, la pimpinela,
Albahaca y toronjil,
Trébol, jazmín, flor de alheña,
El paraíso florido,
La retama y madreselva
Y el cinamomo, que imita
Al árbol de la canela;
Y por no cansarte, muchas
Que suele engendrar la tierra
Cuando son recién casados
Abril y la primavera.
En viéndose dentro, dijo:
«Di al Rey, Fortunio, que entienda,
De lo que me ves hacer,
De su carta la respuesta.»
Luego un pequeño cuchillo
Sacó de una vaina negra
Que de su cinta pendía,
Y entre las flores y yerbas
Fué cortando las más altas,
Que mostraban más soberbia,
Escapando de sus manos
Las humildes y pequeñas.
Esto es, señor, lo que dice
Que en este negocio adviertas;
Mas ¿qué tiene esto que ver
Con satisfacer mi afrenta?

RAMIRO.

(Aparte.)

¡Oh, poderoso Dios! ¡Oh, inmensa ciencia!

De vuestra mano viene este consejo.
Sin duda dice aquí el abad Leonardo
Que corte las cabezas de los grandes,
Y tomarán ejemplo los pequeños.
Piadoso soy; extraña cosa es ésta
Para mi condición; mas ya he caído:
Que el rey que no castiga no es temido.
Ahora bien, el abad es hombre santo:
No me diera consejo que no fuera
Inspirado del cielo; mas soy rústico.
¿Cómo podré, sin que me venga daño,
Trazar lo que conviene á mi respeto?
Mas ya, ya caigo en el remedio. Escucha.

DON FORTUNIO.

¿Qué mandas?

RAMIRO.

Parte luego, don Fortunio,
Y di á mis grandes, nobles é hijosdalgo
Que yo he trazado hacer una campana
Que se oiga en todo el mundo, y para esto
Tengo necesidad de que se junten
Los nobles de Aragón en mi palacio.

DON FORTUNIO.

¡Campana que se oiga en todo el mundo!
¿Qué dices, gran señor?

RAMIRO.

Fortunio, parte;
No repliques en esto.

DON FORTUNIO.

No replico;
Pero advierte, señor, que no es posible,
Y que esta gente mira mal tus cosas,
Y si esto entienden.....

RAMIRO.

No respondas nada:
La campana he de hacer, y oirse tiene,
Para que sea maravilla octava.

DON FORTUNIO.

Coloso tuvo Roma, Faro torre,
Templo Diana, simulacro Júpiter,
Pirámides Egipto, Caria entierros
Y Babilonia levantados muros,
Los hombres hacen tales maravillas;
Pero campana que la escuchen todos.....

RAMIRO.

El alemán, el indio, el scita, el persa,
El chino, el de Etïopia, el de Polonia,
Y todas las naciones, han de oirla.
Yo, ¿no soy Rey?

DON FORTUNIO.

Si sabes mi buen celo,
Créeme, gran señor, y no lo digas.

RAMIRO.

¿Por qué, Fortunio? Dios, ¿no puso fuerza
En yerbas, en palabras y en metales?
Yo sé que puede ser, pues yo lo digo.
¿No fabricó, cuando era Rey de España
Hércules, un espejo en que se vían
Las naves al salir de Ingalaterra,
Clavado en una torre en la Coruña?
¿No hicieron los romanos aquel fuego
Que le llamaron fuego inextinguible,
Que duraba mil años sin matarse,
Entre las sepulturas de los muertos?
Pues bien podré yo hacer una campana
Que se oiga en todo el mundo.

DON FORTUNIO.

Yo me parto,
Persuadido, señor, que, pues lo dices,
Debe de ser verdad.

RAMIRO.

Leal vasallo,
No dudes que tendrás galardón justo.

DON FORTUNIO.

Yo no replico á cosas de tu gusto.

Vase el Rey.

DON FORTUNIO.

Á no ser, como lo ha sido,
Éste mi Rey natural,
Más le hubiera reprendido;
Pero el Rey, en bien ó en mal,
Ha de ser obedecido.
Sabe que estoy sin honor,
Hele contado el rigor
Con que Nuño me ha engañado,
Y que le tengo retado
De caballero traidor,
Y respondió la más vana
Cosa y error más profundo
Que he visto en criatura humana,
Como es hacer que en el mundo
Oigan todos su campana.

Salen D. Pedro de Atares, Lope de Luna, García de Vidaure, D. Sancho, D. Rodrigo, D. Diego y otros señores.

ATARES.

Rey mío, si no lo fueras,
Pensara que loco eras,
Ó á lo menos ignorante.

VIDAURE.

Don Lope, á Rey semejante,
Nunca le tratéis de veras.

LOPE.

¿Si se habrá ya levantado?

ATARES.

No, que estará en oración.

DON SANCHO.

Es muy buen fraile.

LOPE.

Extremado,
Y para Rey de Aragón
Por dos veces coronado.

DON SANCHO.

Don Rodrigo, yo y don Diego,
Á verle habemos venido
Sólo para burla y juego.

DON DIEGO.

De tener tal Rey, corrido

Á besar sus manos llego.

DON RODRIGO.

Yo no quiero obedecer
La provisión que envió;
Que por Rey no he de tener
Quien órdenes recibió,
Y á quien era fraile ayer.
Fuera de eso, ¿ha de regirme
Un hombre que es ignorante?

DON SANCHO.

Yo sólo vengo á reirme.

DON FORTUNIO.

Y yo á que el mundo se espante
De lealtad tan noble y firme.

DON DIEGO.

¡Oh Fortunio!

DON FORTUNIO.

¡Oh caballeros!
El Rey me envía á llamaros.

LOPE.

¿Qué quiere?

DON FORTUNIO.

Después de veros,
La intención comunicaros
Que tiene de engrandeceros.
Sin esto, os quiere pedir
Parecer en cierto intento.

VIDAURE.

Al Rey debemos servir;
Mas de entrar en su aposento,
¿Qué bien se puede seguir?

DON FORTUNIO.

Quiere hacer una campana
Que se oiga en todo el mundo,
Tocada tarde y mañana.

ATARES.

¡Qué bravo ingenio!

DON SANCHO.

Profundo.

LOPE.

¡Rica industria!

VIDAURE.

Soberana.

ATARES.

¡Bravo Arquímedes!

LOPE.

Notable.

VIDAURE.

¿Hay hombre tan mentecato?
Ya muero porque nos hable.

DON SANCHO.

¡Linda fiesta!

DON RODRIGO.

¡Lindo rato!

DON DIEGO.

¡Sabia invención!

DON RODRIGO.

Agradable.

LOPE.

¡Rey campanero!

DON FORTUNIO.

Señores,
Entrad, y no murmuréis.

VIDAURE.

Cansados aduladores,
Si esta bestia obedecéis,
Vosotros sois los traidores.
Entrad, y dél nos burlemos.

LOPE.

¡Qué dirá de necedades!

ATARES.

¡Qué necedades oiremos!

DON SANCHO.

Hoy le digamos verdades.

LOPE.

Hoy el reino le quitemos.

Vanse todos, menos D. Fortunio.

DON FORTUNIO.

¡Oh fiero escuadrón villano!
¿Tan malo es un rey cristiano,
Santo, humilde é inocente,
Piadoso, justo, clemente,
De corazón limpio y santo?
¡Plegue al cielo que os castigue,
Y pues no le conocéis,
Que á un rey tirano os obligue!

Salen D. Nuño, D.ª Elvira, Arminda, Peralta y el soldado.

DON NUÑO.

Así quiero que le habléis,
Porque su furia mitigue.

DOÑA ELVIRA.

Aquí está.

DON FORTUNIO.

¿Qué gente es ésta?

DON NUÑO.

Un caballero retado
Que venir al plazo apresta.

DON FORTUNIO.

Con tal padrino á tu lado,
Más vienes, don Nuño, á fiesta.
¡Don Juan!

DOÑA ELVIRA.

¡Señor mío!

DON FORTUNIO.

¿Qué es esto?

DOÑA ELVIRA.

Vengo cautivo de Fraga.

DON NUÑO.

Vesme aquí á tus plantas puesto.

DOÑA ELVIRA.

¿Esto permites que haga?

DON FORTUNIO.

Don Nuño, levanta presto.

DON NUÑO.

¡Plega á Dios que si he quebrado
El homenaje á que estoy,

Como quien soy, obligado,
Que muera á tus manos hoy,
Ó de algún rayo abrasado!
Un Juan me diste: aquí tienes
El mismo hombre que me diste.

DON FORTUNIO.

De suerte á obligarme vienes,
Que su mano mereciste
Con mi hacienda y con mis bienes.
Con esta misma intención
De que fuera tu mujer,
Te la di en guarda.

DON NUÑO.

Es razón
Que á tal pesar, tal placer
Se le diese en galardón.
Absuélveme el homenaje.

DON FORTUNIO.

Sí absuelvo.

DON NUÑO.

Pues, señor paje,
Mi mujer sois.

DOÑA ELVIRA.

Ya mi amor
Conocéis.

DON NUÑO.

Mandad, señor,
Que mude don Juan de traje.
¿Puedo hablar, puedo romper
Este silencio y recelo?

DON FORTUNIO.

Ya bien lo puedes hacer.

DON NUÑO.

Pues sabed, aire, mar, cielo,
Que don Juan era mujer.
Sombras, plantas y animales,
Aves, peces y metales,
Mujer es, mujer es ya.

PERALTA.

¿Oyes el pregón que da?
Arminda, ¿cómo no sales
De suspensa, helada y fría?

DOÑA ELVIRA.

No temas, Arminda mía.

ARMINDA.

¿Que eres mujer?

DOÑA ELVIRA.

¿No lo ves?

ARMINDA.

Aquí estoy, dame tus pies.

DOÑA ELVIRA.

Y libertad este día.

ARMINDA.

Volverme cristiana quiero.

DON NUÑO.

Y yo darte un caballero
Destos dos para marido.

PERALTA.

Yo, si tú mandas, la pido.

SOLDADO.

Ganóme, por ser primero.

Salen dos ó tres niños, hijos de los Grandes.

NIÑO 1.°

¿Que el Rey nos llama?

DON NUÑO.

¿Qué quiere
El Rey en esta ocasión?

DON FORTUNIO.

Oid, puesto que os altere:
Hijos de los Grandes son
Los que véis.

DON NUÑO.

Lo que es refiere.

DON FORTUNIO.

Hase metido en consejo
Con sus padres, y ahora llama
Sus hijos.

DON NUÑO.

¡Oh claro espejo
De santidad, gloria y fama,
Rey mozo, en virtudes viejo!
¿Qué querrá hacer?

DON FORTUNIO.

Ha trazado
Cierta cosa, que me ha dado,
Viendo estos niños, recelo.

DON NUÑO.

Algo le ha inspirado el cielo.

DON FORTUNIO.

¡Gran rüido! Estoy turbado.

Haya dentro ruido de armas; córrese una cortina, y están á modo de campana las cabezas de los Grandes, y el rey Ramiro con su cetro y una espada desnuda en la mano, y un mundo á los pies del Rey, encima de la campana.

RAMIRO.

Aragón, oye al segundo
Ramiro, pues hoy te allana
Con castigo tan profundo;
Porque aquesta es la campana
Que se oirá por todo el mundo.
Y vosotros, descendientes
Destos que veis degollados,
Á vuestros ojos presentes,
Quedaréis escarmentados
De ser al Rey obedientes.
Temblad, temblad y creed
Que soy Rey. En fin, haced
Como vasallos leales;
Que os pondré así si sois tales,
Y si no, os haré merced.

DON NUÑO.

¡Qué espectáculo tan fiero!

NIÑO 1.°

Señor Rey, todos seremos
Obedientes.

RAMIRO.

Eso espero.

NIÑO 2.°

Todos, de hoy más, te tendremos

Por nuestro Rey verdadero.

RAMIRO.

¿Juráislo así?

TODOS.

Sí, juramos.

RAMIRO.

Dios os guarde.

TODOS.

Y á ti, Rey.

DON NUÑO.

Como atónitos estamos.

NIÑO 1.°

Su voluntad será ley:
Esta palabra le damos.

RAMIRO.

Á ti, Fortunio, es razón
Premiarte.

DON FORTUNIO.

Ya mi afición
Y lealtad tu nombre alaba.

DON NUÑO.

Aquí, senado, se acaba
La campana de Aragón.

EL MEJOR ALCALDE, EL REY

EL MEJOR ALCALDE, EL REY

PERSONAS

Sancho.
Don Tello.
Celio.
Julio.
Nuño.
Elvira.
Feliciana.
Juana.
Leonor.
Don Alfonso VII de León y Castilla.
El conde don Pedro.
Don Enrique.
Brito.
Pelayo.
Fileno.
Criados.—Villanos.
Acompañamiento.

ACTO PRIMERO.

SANCHO.

Nobles campos de Galicia,
Que, á sombra destas montañas,
Que el Sil entre verdes cañas
Besar la falda codicia,
Dais sustento á la milicia
De flores de mil colores;
Aves que cantáis amores,
Fieras que andáis sin gobierno,
¿Habéis visto amor más tierno
En aves, fieras y flores?
Mas como no podeis ver
Otra cosa, en cuanto mira
El sol, más bella que Elvira,
Ni otra cosa puede haber;
Así, habiendo de nacer
De su hermosura, en rigor,
Mi amor, que de su favor
Tan alta gloria procura,
No habiendo más hermosura,
No puede haber más amor.
¡Ojalá, dulce señora,
Que tu hermosura pudiera
Crecer, porque en mí creciera
El amor que tengo agora!
Pero, hermosa labradora,
Si en ti no puede crecer
La hermosura, ni el querer
En mí, cuanto eres hermosa
Te quiero, porque no hay cosa
Que más pueda encarecer.
Ayer, las blancas arenas
Deste arroyuelo volviste
Perlas, cuando en él pusiste
Tus pies, tus dos azucenas;
Y porque verlos apenas
Pude, porque nunca pára,
Le dije al sol de tu cara,
Con que tanta luz le das,
Que mirase el agua más
Porque se viese más clara.
Lavaste, Elvira, unos paños,
Que nunca blancos volvías;
Que las manos que ponías
Causaban estos engaños:
Yo, detrás destos castaños
Te miraba con temor,
Y vi que amor, por favor,
Te daba á lavar su venda:
El cielo el mundo defienda,
Que anda sin venda el amor.
¡Ay, Dios! ¿Cuándo será el día
(Que me tengo de morir)
Que te pueda yo decir:
«Elvira, toda eres mía»?
¡Qué regalos te diría!
Porque yo no soy tan necio
Que no te tuviese en precio,
Siempre con más afición;

Que en tan rica posesión
No puede caber desprecio.

Elvira.

ELVIRA.

Por aquí Sancho bajaba, (Aparte.)
Ó me ha burlado el deseo,
Á la fe que allí le veo,
Que el alma me le mostraba.
El arroyuelo miraba
Adonde ayer me miró:
¿Si piensa que allí quedó
Alguna sombra de mí?
Que me enojé cuando vi
Que entre las aguas me vió.
¿Qué buscas por los cristales
Destos libres arroyuelos,
Sancho, que guarden los cielos,
Cada vez que al campo sales?
¿Has hallado unos corales
Que en esta margen perdí?

SANCHO.

Hallarme quisiera á mí,
Que me perdí desde ayer;
Pero ya me vengo á ver,
Pues me vengo á hallar en ti.

ELVIRA.

Pienso que á ayudarme vienes
Á ver si los puedo hallar.

SANCHO.

¡Bueno es venir á buscar
Lo que en las mejillas tienes!
¿Son achaques ó desdenes?
¡Albricias, ya los hallé!

ELVIRA.

¿Dónde?

SANCHO.

En tu boca, á la he,
Y con extremos de plata.

ELVIRA.

Desvíate.

SANCHO.

¡Siempre ingrata
Á la lealtad de mi fe!

ELVIRA.

Sancho, estás muy atrevido.
Dime tú: ¿qué más hicieras
Si por ventura estuvieras
En vísperas de marido?

SANCHO.

Eso, ¿cuya culpa ha sido?

ELVIRA.

Tuya, á la fe.

SANCHO.

¿Mía? No.
Ya te lo dije, y te habló
El alma, y no respondiste.

ELVIRA.

¿Qué más respuesta quisiste
Que no responderte yo?

SANCHO.

Los dos culpados estamos.

ELVIRA.

Sancho, pues tan cuerdo eres,
Advierte que las mujeres
Hablamos cuando callamos,
Concedemos si negamos:
Por esto, y por lo que ves,
Nunca crédito nos des,
Ni crueles ni amorosas;
Porque todas nuestras cosas
Se han de entender al revés.

SANCHO.

Según eso, das licencia
Que á Nuño te pida aquí.
¿Callas? Luego dices sí.
Basta: ya entiendo la ciencia.

ELVIRA.

Sí; pero ten advertencia
Que no digas que yo quiero.

SANCHO.

Él viene.

ELVIRA.

El suceso espero
Detrás de aquel olmo.

SANCHO.

¡Ay Dios,
Si nos juntase á los dos,
Porque si no, yo me muero!

Escóndese Elvira.

Nuño y Pelayo: Sancho, distante de ellos.

NUÑO.

Á Pelayo:

Tú sirves de tal manera,
Que será mejor buscar,
Pelayo, quien sepa andar
Más despierto en la ribera.
¿Tienes algún descontento
En mi casa?

PELAYO.

Dios lo sabe.

NUÑO.

Pues hoy tu servicio acabe,
Que el servir no es casamiento.

PELAYO.

Antes lo debe de ser.

NUÑO.

Los puercos traes perdidos.

PELAYO.

Donde lo están los sentidos,
¿Qué otra cosa puede haber?
Escúchame: yo quijera
Emparentarme.....

NUÑO.

Prosigue

De suerte que no me obligue
Tu ignorancia.....

PELAYO.

Un poco espera;
Que no es fácil de decir.

NUÑO.

De esa manera, de hacer
Será difícil.

PELAYO

Ayer
Me dijo Elvira al salir:
«Á fe, Pelayo, que están
Gordos los puercos.»

NUÑO.

Pues bien;
¿Qué la respondiste?

PELAYO.

Amén,
Como dice el sacristán.

NUÑO.

Pues ¿qué se saca de ahí?

PELAYO.

¿No lo entiende?

NUÑO.

¿Cómo puedo?

PELAYO.

Estó por perder el miedo.

SANCHO.

¡Oh, si se fuese de aquí! (Aparte.)

PELAYO.

¿No ve que es resquiebro, y muestra
Querer casarse conmigo?

NUÑO.

¡Vive Dios!.....

PELAYO.

No te lo digo,
Ya que fué ventura nuestra,
Para que tomes collera.

NUÑO.

Sancho, ¡tú estabas aquí!

SANCHO.

Y quisiera hablarte.

NUÑO.

Di.
Pelayo, un instante espera.

Apártanse de Pelayo.

SANCHO.

Nuño, mis padres fueron como sabes,
Y supuesto que pobres labradores,
De honrado estilo y de costumbres graves.

PELAYO.

Sancho, vos que sabéis cosas de amores,
Decir una mujer hermosa y rica
Á un hombre que es galán como unas frores:
«Gordos están los puercos», ¿no inifica
Que se quiere casar con aquel hombre?

SANCHO.

¡Bien el requiebro al casamiento aplica!

NUÑO.

¡Bestia, vete de aquí!

SANCHO.

Pues ya su nombre
Supiste y su nobleza, no presumo
Que tan honesto amor la tuya asombre.
Por Elvira me abraso y me consumo.

PELAYO.

Hay hombre que el ganado trai tan fraco,
Que parece tasajo puesto al humo;
Yo, cuando al campo los cochinos saco.....

NUÑO.

¿Aquí te estás, villano? ¡Vive el cielo!.....

PELAYO.

¿Habro de Elvira yo, son (1) del varraco?

SANCHO.

Sabido, pues, señor, mi justo celo.....

PELAYO.

Sabido, pues, señor, que me resquiebra.....

NUÑO.

¿Tiene mayor salvaje el indio suelo?

SANCHO.

El matrimonio de los dos celebra.

PELAYO.

Cochino traigo yo por esa orilla.....

NUÑO.

Ya la cabeza el bárbaro me quiebra.

PELAYO.

Que puede ser maeso de capilla,
Si bien tiene la voz desentonada,
Y más cuando entra y sale de la villa.

NUÑO.

¿Quiérelo Elvira?

SANCHO.

De mi amor pagada,
Me dió licencia para hablarte ahora.

NUÑO.

Ella será dichosamente honrada,
Pues sabe las virtudes que atesora,
Sancho, tu gran valor, y que pudiera
Llegar á merecer cualquier señora.

PELAYO.

Con cuatro ó seis cochinos que toviera,
Que éstos parieran otros, en seis años
Pudiera yo labrar una cochera.

NUÑO.

Tú sirves á don Tello en sus rebaños;
Es señor desta tierra, y poderoso
En Galicia y en reinos más extraños:
Decirle tu intención será forzoso,
Así porque eres, Sancho, su criado,
Como por ser tan rico y dadivoso.
Daráte alguna parte del ganado;
Porque es tan poco el dote de mi Elvira,
Que has menester estar enamorado.
Esa casilla mal labrada mira
En medio de esos campos, cuyos techos
El humo tiñe porque no respira.

(1) Sino.

Están lejos de aquí cuatro barbechos..... (1)
Diez ó doce castaños..... Todo es nada (2),
Si el señor desta tierra no te ayuda
Con un vestido ó con alguna espada (3).

SANCHO.

Pésame que mi amor pongas en duda.

PELAYO.

¡Voto al sol, que se casa con Elvira! (Aparte.)
Aquí la dejo yo; mi amor se muda.

SANCHO.

¿Qué mayor interés que al que suspira
Por su belleza, darle su belleza,
Milagro celestial que al mundo admira?
No es tanta de mi ingenio la rudeza,
Que más que la virtud me mueva el dote.

NUÑO.

Hablar con tus señores no es bajeza,
Ni el pedirles que te honren te alborote;
Que él y su hermana pueden fácilmente,
Sin que esto, Sancho, á más que amor se note.

SANCHO.

Yo voy de mala gana; finalmente,
Iré, pues tú lo mandas.

NUÑO.

Dios con esto,
Sancho, tu vida y sucesión aumente.
Ven, Pelayo, conmigo.

PELAYO.

Pues ¿tan presto
Le diste á Elvira, estando yo delante?

NUÑO.

¿No es Sancho mozo, noble y bien dispuesto?

PELAYO.

No le tiene el aldea semejante
Si va á decir verdad; pero, en efeto,
Fuera en tu casa yo más importante,
Porque te diera cada mes un nieto.

Vanse Nuño y Pelayo.

SANCHO.

Sal, hermosa prenda mía;
Sal, Elvira de mis ojos.

Sale Elvira.

ELVIRA.

¡Ay, Dios! ¡Con cuántos enojos (Aparte.)
Teme amor y desconfía!
Que la esperanza prendada,
Presa de un cabello está.

SANCHO.

Tu padre dice que ya
Tiene la palabra dada
Á un criado de don Tello:
¡Mira qué extrañas mudanzas!

ELVIRA.

No en balde mis esperanzas
Colgaba amor de un cabello.
¿Que mi padre me ha casado,
Sancho, con hombre escudero?
Hoy pierdo la vida, hoy muero.
Vivid, mi dulce cuidado;
Que yo me daré la muerte.

SANCHO.

Paso, que me burlo, Elvira.
El alma en los ojos mira;
Dellos la verdad advierte;
Que, sin admitir espacio,
Dijo mil veces que sí.

ELVIRA.

Sancho, no lloro por ti,
Sino por ir á palacio;
Que el criarme en la llaneza
Desta humilde casería,
Era cosa que podía
Causarme mayor tristeza.
Y que es causa justa advierte.

SANCHO.

¡Qué necio amor me ha engañado!
Vivid, mi necio cuidado;
Que yo me daré la muerte.
Engaños fueron de Elvira,
En cuya nieve me abraso.

ELVIRA.

Sancho, que me burlo, paso.
El alma en los ojos mira;
Que amor y sus esperanzas
Me han dado aquesta lección:
Su propia definición
Es que amor todo es venganzas.

SANCHO.

Luego ¿ya soy tu marido?

ELVIRA.

¿No dices que está tratado?

SANCHO.

Tu padre, Elvira, me ha dado
Consejo, aunque no le pido;
Que á don Tello, mi señor,
Y señor de aquesta tierra,
Poderoso en paz y en guerra,
Quiere que pida favor;
Y aunque yo contigo, Elvira,
Tengo toda la riqueza
Del mundo (que en tu belleza
El sol las dos Indias mira),
Dice Nuño que es razón
Por ser mi dueño; en efeto,
Es viejo y hombre discreto,
Y que merece opinión
Por ser tu padre también.
Mis ojos, á hablarle voy.

ELVIRA.

Y yo esperándote estoy.

SANCHO.

¡Plegue al cielo que me den
Él y su hermana mil cosas!

(1, 2, 3) Estando este trozo escrito en tercetos, falta un verso que consuene con *barbechos* y *techos*, y otro que consuene con *nada* y *espada*. (Nota de don Juan E. Hartzenbusch.)

ELVIRA.
Basta darle cuenta desto.
SANCHO.
La vida y el alma he puesto
En esas manos hermosas.
Dame siquiera la una.
ELVIRA.
Tuya ha de ser: vesla aquí.
SANCHO.
¿Qué puede hacer contra mí,
Si la tengo, la fortuna?
Tú verás mi sentimiento
Después de tanto favor;
Que me ha enseñado el amor
Á tener entendimiento.

Vanse.

Don Tello, de caza; y Celio, Julio.

DON TELLO.
Tomad el venablo allá.
CELIO.
¡Qué bien te has entretenido!
JULIO.
Famosa la caza ha sido.
DON TELLO.
Tan alegre el campo está,
Que sólo ver sus colores
Es fiesta.
CELIO.
¡Con qué desvelos
Procuran los arroyuelos
Besar los pies á las flores!
DON TELLO.
Da de comer á esos perros,
Celio: así te ayude Dios.
CELIO.
Bien escalaron los dos
Las puntas de aquellos cerros.
JULIO.
Son famosos.
CELIO.
Florisel
Es deste campo la flor.
DON TELLO.
No lo hace mal *Galaor*.
JULIO.
Es un famoso lebrel.
CELIO.
Ya mi señora y tu hermana
Te ha sentido.

Feliciana.

DON TELLO.
¡Qué cuidados
De amor, y qué bien pagados
De mí son, oh Feliciana,
Tantos desvelos en vos!
FELICIANA.
Yo lo estoy de tal manera,
Mi señor, cuando estáis fuera,
Por vos, como sabe Dios.
No hay cosa que no me enoje;
El sueño, el descanso dejo:
No hay liebre, no hay vil conejo
Que fiera no se me antoje.
DON TELLO.
En los montes de Galicia,
Hermana, no suele haber
Fieras, puesto que el tener
Poca edad, fieras codicia.
Salir suele un jabalí
De entre esos montes espesos,
Cuyos dichosos sucesos
Tal vez celebrados vi.
Fieras son, que junto al anca
Del caballo más valiente,
Al sabueso con el diente
Suelen abrir la carlanca.
Y tan mal la furia aplacan,
Que, para decirlo en suma,
Truecan la caliente espuma
En la sangre que le sacan.
También hay oso que en pie
Acomete al cazador
Con tan extraño furor,
Que muchas veces se ve
Dar con el hombre en el suelo.
Pero la caza ordinaria
Es humilde cuanto varia,
Para no tentar al cielo;
Es digna de caballeros
Y príncipes, porque encierra
Los preceptos de la guerra
Y ejercita los aceros
Y la persona habilita.
FELICIANA.
Como yo os viera casado,
No me diera ese cuidado,
Que tantos sueños me quita.
DON TELLO.
El ser aquí poderoso
No me da tan cerca igual.
FELICIANA.
No os estaba aquí tan mal
De algún señor generoso
La hija.
DON TELLO.
Pienso que quieres
Reprender no haber pensado
En casarte, que es cuidado
Que nace con las mujeres.
FELICIANA.
Engáñaste, por tu vida;
Que sólo tu bien deseo.

Sancho y Pelayo, fuera de la verja.

PELAYO.

Á Sancho:

Entra, que solos los veo;

No hay persona que lo empida.

SANCHO.

Bien dices: de casa son
Los que con ellos están.

PELAYO.

Tú verás lo que te dan.

SANCHO.

Yo cumplo mi obligación.

Pasan la verja.

Noble, ilustrísimo Tello,
Y tú, hermosa Feliciana,
Señores de aquesta tierra,
Que os ama por tantas causas,
Dad vuestros pies generosos
Á Sancho, Sancho el que guarda
Vuestros ganados y huerta,
Oficio humilde en tal casa.
Pero en Galicia, señores,
Es la gente tan hidalga,
Que sólo en servir al rico
El que es pobre no le iguala.
Pobre soy, y en este oficio
Que os he dicho, cosa es clara
Que no me conoceréis,
Porque los criados pasan
De ciento y treinta personas,
Que vuestra ración aguardan
Y vuestro salario esperan;
Pero tal vez en la caza
Presumo que me habréis visto.

DON TELLO.

Sí he visto, y siempre me agrada
Vuestra persona, y os quiero
Bien.

SANCHO.

Aquí, por merced tanta,
Os beso los pies mil veces.

DON TELLO.

¿Qué queréis?

SANCHO.

Gran señor, pasan
Los años con tanta furia,
Que parece que con cartas
Van por la posta á la muerte,
Y que una breve posada
Tiene la vida á la noche,
Y la muerte á la mañana.
Vivo solo; fué mi padre
Hombre de bien, que pasaba
Sin servir; acaba en mí
La sucesión de mi casa.
He tratado de casarme
Con una doncella honrada,
Hija de Nuño de Aibar,
Hombre que sus campos labra,
Pero que aun tiene paveses
En las ya borradas armas
De su portal, y con ellas,
De aquel tiempo algunas lanzas.
Esto y la virtud de Elvira
(Que así la novia se llama)
Me han obligado: ella quiere,
Su padre también se agrada;
Mas no sin licencia vuestra:
Que me dijo esta mañana
Que el señor ha de saber
Cuanto se hace y cuanto pasa
Desde el vasallo más vil
Á la persona más alta
Que de su salario vive,
Y que los reyes se engañan
Si no reparan en esto,
Que pocas veces reparan.
Yo, señor, tomé el consejo,
Y vengo, como él lo manda,
Á deciros que me caso.

DON TELLO.

Nuño es discreto, y no basta
Razón á tan buen consejo.
Celio.....

CELIO.

Señor.....

DON TELLO.

Veinte vacas
Y cien ovejas darás
Á Sancho, á quien yo y mi hermana
Habemos de honrar la boda.

SANCHO.

¡Tanta merced!

PELAYO.

¡Merced tanta!

SANCHO.

¡Tan grande bien!

PELAYO.

¡Bien tan grande!

SANCHO.

¡Rara virtud!

PELAYO.

¡Virtud rara!

SANCHO.

¡Alto valor!

PELAYO.

¡Valor alto!

SANCHO.

¡Santa piedad!

PELAYO.

¡Piedad santa!

DON TELLO.

¿Quién es este labrador
Que os responde y acompaña?

PELAYO.

Soy el que dice al revés
Todas las cosas que habra.

SANCHO.

Señor, de Nuño es criado.

PELAYO.

Señor, en una palabra,
El pródigo soy de Nuño.

DON TELLO.

¿Quién?

PELAYO.

El que sus puercos guarda.
Vengo también á pediros
Mercedes.

DON TELLO.

¿Con quién te casas?

PELAYO.

Señor, no me caso ahora;
Mas, por si el diabro me engaña,
Os vengo á pedir terneros,
Para si después me faltan;
Que un astrólogo me dijo
Una vez en Masalanca
Que tenía peligro en toros,
Y en agua tanta desgracia,
Que desde entonces no quiero
Casarme ni beber agua,
Por excusar el peligro.

FELICIANA.

Buen labrador.

DON TELLO.

Humor gasta.

FELICIANA.

Id, Sancho, en buen hora. Y tú
Haz que á su cortijo vayan
Las vacas y las ovejas.

SANCHO.

Mi corta lengua no alaba
Tu grandeza.

DON TELLO.

¿Cuándo quieres
Desposarte?

SANCHO.

Amor me manda
Que sea esta misma noche.

DON TELLO.

Pues ya los rayos desmaya
El sol, y entre nubes de oro
Veloz al poniente baja,
Vete á prevenir la boda;
Que allá iremos yo y mi hermana.
¡Hola! Pongan la carroza.

SANCHO.

Obligada llevo el alma
Y la lengua, gran señor,
Para tu eterna alabanza.

Vase.

FELICIANA.

En fin, vos, ¿no os casaréis?

PELAYO.

Yo, señora, me casaba
Con la novia deste mozo,
Que es una lumpia zagala,
Si la hay en toda Galicia;
Supo que puercos guardaba,
Y desechóme por puerco.

FELICIANA.

Id con Dios, que no se engaña.

PELAYO.

Todos guardamos, señora,
Lo que.....

FELICIANA.

¿Qué?

PELAYO.

Lo que nos mandan
Nuestros padres que guardemos.

Vase.

FELICIANA.

El mentecato me agrada.

CELIO.

Á D. Tello:

Ya que es ido el labrador,
Que no es necio en lo que habla,
Prometo á Vueseñoría
Que es la moza más gallarda
Que hay en toda Galicia,
Y que por su talle y cara,
Discreción y honestidad
Y otras infinitas gracias,
Pudiera honrar el hidalgo
Más noble de toda España.

FELICIANA.

Qué, ¿es tan hermosa?

CELIO.

Es un ángel.

DON TELLO.

Bien se ve, Celio, que hablas
Con pasión.

CELIO.

Alguna tuve;
Mas cierto que no me engaña.

DON TELLO.

Hay algunas labradoras
Que, sin afeites ni galas,
Suelen llevarse los ojos,
Y á vuelta dellos el alma;
Pero son tan desdeñosas,
Que sus melindres me cansan.

FELICIANA.

Antes, las que se defienden
Suelen ser más estimadas.

Vanse.

Nuño, Sancho.

NUÑO.

¿Eso don Tello responde?

SANCHO.

Esto responde, señor.

NUÑO.

Por cierto que á su valor
Dignamente corresponde.

SANCHO.

Mandóme dar el ganado
Que os digo.

NUÑO.

Mil años viva.

SANCHO.
Y aunque es dádiva excesiva,
Más estimo haberme honrado
Con venir á ser padrino.
NUÑO.
Y ¿vendrá también su hermana?
SANCHO.
También.
NUÑO.
Condición tan llana,
Del cielo á los hombres vino.
SANCHO.
Son señores generosos.
NUÑO.
¡Oh, si aquesta casa fuera,
Pues los huéspedes espera
Más ricos y poderosos
Deste reino, un gran palacio!
SANCHO.
Esa no es dificultad:
Cabrán en la voluntad,
Que tiene infinito espacio.
Ellos vienen en efeto.
NUÑO.
¡Qué buen consejo te di!
SANCHO.
Cierto que en don Tello vi
Un señor todo perfeto;
Porque, en quitándole el dar,
Con que á Dios es parecido,
No es señor; que haberlo sido
Se muestra en dar y en honrar.
Y pues Dios su gran valor
Quiere que dando se entienda,
Sin dar ni honrar no pretenda
Ningún señor ser señor.
NUÑO.
¡Cien ovejas! ¡Veinte vacas!
Será una hacienda gentil,
Si por los prados del Sil
La primavera los sacas.
Páguele Dios á don Tello
Tanto bien, tanto favor.
SANCHO.
¿Dónde está Elvira, señor?
NUÑO.
Ocuparála el cabello
Ó algún tocado de boda.
SANCHO.
Como ella traiga su cara,
Rizos y gala excusara,
Que es de rayos del sol toda.
NUÑO.
No tienes amor villano.
SANCHO.
Con ella tendré, señor,
Firmezas de labrador
Y amores de cortesano.
NUÑO.
No puede amar altamente
Quien no tiene entendimiento,
Porque está su sentimiento
En que sienta lo que siente.
Huélgome de verte así:
Llama esos mozos, que quiero
Que entienda este caballero
Que soy algo ó que lo fuí.
SANCHO.
Pienso que mis dos señores
Vienen, y vendrán con ellos.
Deje Elvira los cabellos,
Y reciba sus favores.

Don Tello y criados; Pelayo, Juana, Leonor y villanos.

DON TELLO.
¿Dónde fué mi hermana?
JUANA.
Entró
Por la novia.
SANCHO.
¡Señor mío!.....
DON TELLO.
¡Sancho!
SANCHO.
Fuera desvarío
Querer daros gracias yo,
Con mi rudo entendimiento,
Desta merced.
DON TELLO.
¿Dónde está
Vuestro suegro?
NUÑO.
Donde ya
Tendrán sus años aumento
Con este inmenso favor.
DON TELLO.
Dadme los brazos.
NUÑO.
Quisiera
Que esta casa un mundo fuera,
Y vos del mundo señor.
DON TELLO.

Á Juana:

¿Cómo os llamáis vos, serrana?
PELAYO.
Pelayo, señor.
DON TELLO.
No digo
Á vos.
PELAYO.
¿No habraba conmigo?
JUANA.
Á vuestro servicio, Juana.
DON TELLO.
¡Buena gracia!
PELAYO.
Aun no lo sabe
Bien, que con un cucharón,
Si la pecilga un garzón,

Le suele pegar un cabe
Que le aturde los sentidos;
Que una vez, porque llegué
Á la olla, los saqué
Por dos meses atordidos.

DON TELLO.

Á Leonor:

¿Y vos?

PELAYO.

Pelayo, señor.

DON TELLO.

No hablo con vos.

PELAYO.

Yo pensaba,
Señor, que conmigo habraba.

DON TELLO.

¿Cómo os llamáis?

LEONOR.

¿Yo? Leonor.

PELAYO.

¡Cómo pescuda por ellas, (Aparte.)
Y por los zagales no!
Pelayo, señor, soy yo.

DON TELLO.

¿Sois algo de alguna dellas?

PELAYO.

Sí, señor, el porquerizo.

DON TELLO.

Marido, digo, ó hermano.

NUÑO.

¡Qué necio estás!

SANCHO.

¡Qué villano!

PELAYO.

Así mi madre me hizo.

SANCHO.

La novia y madrina vienen.

Feliciana, Elvira.

FELICIANA.

Hermano, hacedles favores,
Y ¡dichosos los señores
Que tales vasallos tienen!

DON TELLO.

¡Por Dios, que tenéis razón!
¡Hermosa moza!

FELICIANA.

Y gallarda.

ELVIRA.

La vergüenza me acobarda
Como primera ocasión.
Nunca vi vuestra grandeza.

NUÑO.

Siéntense sus señorías:
Las sillas son como mías.

DON TELLO.

No he visto mayor belleza. (Aparte.)
¡Qué divina perfección!
Corta ha sido su alabanza.
¡Dichosa aquella esperanza
Que espera tal posesión!

PELAYO.

Dad licencia que se siente
Sancho.

DON TELLO.

Sentaos.

SANCHO.

No, señor.

DON TELLO.

Sentaos.

SANCHO.

¡Yo tanto favor,
Y mi señora presente!

FELICIANA.

Junto á la novia os sentad;
No hay quien el puesto os impida.

DON TELLO.

No esperé ver en mi vida (Aparte.)
Tan peregrina beldad.

PELAYO.

Y yo, ¿adónde he de sentarme?

NUÑO.

Allá en la caballeriza
Tú la fiesta solemniza.

DON TELLO.

¡Por Dios, que siento abrasarme! (Aparte.)
¿Cómo la novia se llama?

PELAYO.

Pelayo, señor.

NUÑO.

¿No quieres
Callar? Habla á las mujeres,
Y cuéntaste tú por dama.
Elvira es, señor, su nombre.

DON TELLO.

¡Por Dios que es hermosa Elvira,
Y digna, aunque serlo admira,
De novio tan gentilhombre!

NUÑO.

Zagalas, regocijad
La boda.

DON TELLO.

¡Rara hermosura! (Aparte.)

NUÑO.

En tanto que viene el cura,
Á vuestra usanza bailad.

JUANA.

El cura ha venido ya.

DON TELLO.

Pues decid que no éntre el cura;
Que tan divina hermosura (Aparte.)
Robándome el alma está.

SANCHO.

¿Por qué, señor?

DON TELLO.

Porque quiero,
Después que os he conocido,
Honraros más.

SANCHO.

Yo no pido
Más honras, ni las espero,
Que casarme con mi Elvira.

DON TELLO.

Mañana será mejor.

SANCHO.

No me dilates, señor,
Tanto bien; mis ansias mira,
Y que desde aquí á mañana
Puede un pequeño accidente
Quitarme el bien que presente
La posesión tiene llana.
Si sabios dicen verdades,
Bien dijo aquel que decía
Que era el sol el que traía
Al mundo las novedades.
¿Qué sé yo lo que traerá
Del otro mundo mañana?

DON TELLO.

¡Qué condición tan villana! (Aparte.)
. . . . (1)

(Aparte á Feliciana.)

Quiérole honrar y hacer fiesta,
Y el muy necio, hermana mía,
En tu presencia porfía
Con voluntad poco honesta.
Llévala, Nuño, y descansa
Esta noche.

NUÑO.

Haré tu gusto.

Vanse D. Tello, Feliciana y criados.

Esto no parece justo. (Aparte.)
¿De qué don Tello se cansa?

ELVIRA.

Yo no quiero responder (Aparte.)
Por no mostrar liviandad.

NUÑO.

Á los novios:

No entiendo su voluntad
Ni lo que pretende hacer.
Es señor. Ya me ha pesado
De que haya venido aquí.

Vase.

SANCHO.

Harto más me pesa á mí,
Aunque lo he disimulado.

PELAYO.

¿No hay boda esta noche?

JUANA.

No.

PELAYO.

¿Por qué?

JUANA.

No quiere don Tello.

PELAYO.

Pues don Tello, ¿puede hacello?

JUANA.

Claro está, pues lo mandó.

Vase.

PELAYO.

Pues ¡antes que entrase el cura
Nos ha puesto impedimento!

Vase, y síguenle los demás villanos.

SANCHO.

Oye, Elvira.

ELVIRA.

¡Ay, Sancho! Siento
Que tengo poca ventura.

SANCHO.

¿Qué quiere el señor hacer,
Que á mañana lo difiere?

ELVIRA.

Yo no entiendo lo que quiere;
Pero debe de querer. (Aparte.)

SANCHO.

¿Es posible que me quita
Que esta noche, ¡ay, bellos ojos!
Tuviesen paz los enojos
Que airado me solicita?

ELVIRA.

Ya eres, Sancho, mi marido:
Ven esta noche á mi puerta.

SANCHO.

¿Tendrásla, mi bien, abierta?

ELVIRA.

¡Pues no!

SANCHO.

Mi remedio ha sido;
Que si no, yo me matara.

ELVIRA.

También me matara yo.

SANCHO.

El cura llegó y no entró.

ELVIRA.

No quiso que el cura entrara.

SANCHO.

Pero si te persüades
Á abrirme, será mejor;
Que no es mal cura el amor
Para sanar voluntades.

Vanse.

Don Tello, Celio y criados.

DON TELLO.

Muy bien me habéis entendido.

(1) Falta un verso.

CELIO.
Para entenderte, no creo
Que es menester, gran señor,
Muy sutil entendimiento.

DON TELLO.
Entrad, pues, que estarán solos
La hermosa Elvira y el viejo

CELIO.
Toda la gente se fué
Con notable descontento
De ver dilatar la boda.

DON TELLO.
Yo tomé, Celio, el consejo
Primero que amor me dió,
Que era infamia de mis celos
Dejar gozar á un villano
La hermosura que deseo.
Después que della me canse,
Podrá ese rústico necio
Casarse; que yo daré
Ganado, hacienda y dinero
Con que viva, que es arbitrio
De muchos, como lo vemos
En el mundo. Finalmente,
Yo soy poderoso, y quiero,
Pues este hombre no es casado,
Valerme de lo que puedo.
Las máscaras os poned.

CELIO.
¿Llamaremos?

DON TELLO.
Sí.

Llaman.

CRIADO.
Ya abrieron.

Elvira.

ELVIRA.
Entra, Sancho de mi vida.

CELIO.
¿Elvira?

ELVIRA.
Sí.

UN CRIADO.
¡Buen encuentro! (Aparte.)

Apodéranse de Elvira.

ELVIRA.
¿No eres tú, Sancho? ¡Ay de mí!
¡Padre! ¡Señor! ¡Nuño! ¡Cielos!
¡Que me roban, que me llevan!

DON TELLO.
Caminad ya.

Llévanla.

NUÑO.

Dentro de la casa.

¿Qué es aquesto?

ELVIRA.

Lejos.

¡Padre!

DON TELLO.

Lejos.

Tápala esa boca.

Sale Nuño.

NUÑO.
¡Hija, ya te oigo y te veo!
Pero mis caducos años
Y mi desmayado esfuerzo,
¿Qué podrán contra la fuerza
De un poderoso mancebo,
Que ya presumo quién es?

Sigue á los robadores.

Sancho y Pelayo, de noche.

SANCHO.
Voces parece que siento
En el valle, hacia la casa
Del señor.

PELAYO.
Habremos quedo:
No mos sientan los criados.

SANCHO.
Advierte que estando dentro
No te has de dormir.

PELAYO.
No haré;
Que ya me conoce el sueño.

SANCHO.
Yo saldré cuando del alba
Pida albricias el lucero;
Mas no me las pida á mí,
Si me ha de quitar mi cielo.

PELAYO.
¿Sabes qué pareceré
Mientras estás allá dentro?
Mula de doctor, que está
Tascando á la puerta el freno.

SANCHO.
Llamemos.

PELAYO.
Apostaré
Que está por el agujero
De la llave Elvira atenta.

SANCHO.
Llego, y llamo.

Nuño.

NUÑO.
Pierdo el seso.
SANCHO.
¿Quién va?
NUÑO.
Un hombre.
SANCHO.
¿Es Nuño?
NUÑO.
¿Es San-
[cho?
SANCHO.
Pues ¡tú en la calle! ¿Qué es esto?
NUÑO.
¿Qué es esto dices?
SANCHO.
Pues bien,
¿Qué ha sucedido? que temo
Algún mal.
NUÑO.
Y aun el mayor;
Que alguno ya fuera menos.
SANCHO.
¿Cómo?
NUÑO.
Un escuadrón de armados
Aquestas puertas rompieron,
Y se han llevado.....
SANCHO.
No más;
Que aquí dió fin mi deseo.
NUÑO.
Reconocer con la luna
Los quise, mas no me dieron
Lugar á que los mirase,
Porque luego se cubrieron
Con mascarillas las caras,
Y no pude conocerlos.
SANCHO.
¿Para qué, Nuño? ¿Qué importa?
Criados son de don Tello,
Á quien me mandaste hablar.
¡Mal haya, amén, el consejo!
En este valle hay diez casas,
Y todas diez de pecheros,
Que se juntan á esta ermita:
No ha de ser ninguno dellos.
Claro está que es el señor,
Que la ha llevado á su pueblo;
Que el no me dejar casar
Es el indicio más cierto.
Pues ¡es verdad que hallaré
Justicia fuera del cielo,
Siendo un hombre poderoso
Y el más rico deste reino!
¡Vive Dios, que estoy por ir.....
Á morir, que no sospecho
Que á otra cosa!.....
NUÑO.
Espera, Sancho.
PELAYO.
¡Voto al soto, que si encuentro
Sus cochinos en el prado,
Que aunque haya guarda con ellos,
Que los he de apedrear!
NUÑO.
Hijo, de tu entendimiento
Procura valerte ahora.
SANCHO.
Padre y señor, ¿cómo puedo?
Tú me aconsejaste el daño,
Aconséjame el remedio.
NUÑO.
Vamos á hablar al señor
Mañana; que yo sospecho
Que, como fué mocedad,
Ya tendrá arrepentimiento.
Yo fío, Sancho, de Elvira,
Que no haya fuerza ni ruegos
Que la puedan conquistar.
SANCHO.
Yo lo conozco y lo creo.
¡Ay, que me muero de amor!
¡Ay, que me abraso de celos!
¿Á cuál hombre ha sucedido
Tan lastimoso suceso?
¡Que trujese yo á mi casa
El fiero león sangriento
Que mi cándida cordera
Me robara! ¿Estaba ciego?
Sí estaba; que no entran bien
Poderosos caballeros
En las casas de los pobres
Que tienen ricos empleos.
Paréceme que su rostro
Lleno de aljófares veo
Por las mejillas de grana,
Su honestidad defendiendo;
Paréceme que la escucho,
¡Lastimoso pensamiento!
Y que el tirano la dice
Mal escuchados requiebros;
Paréceme que á sus ojos,
Los descogidos cabellos
Haciendo están celosías
Para no ver sus deseos.
Déjame, Nuño, matar;
Que todo el sentido pierdo.
¡Ay, que me muero de amor!
¡Ay, que me abraso de celos!
NUÑO.
Tú eres, Sancho, bien nacido:
¿Qué es de tu valor?
SANCHO.
Recelo
Cosas que, de imaginallas,
Loco hasta el alma me vuelvo,
Sin poderlas remediar.
Enséñame el aposento

De Elvira.

PELAYO.

Y á mí, señor,
La cocina; que me muero
De hambre; que no he cenado,
Como enojados se fueron.

NUÑO.

Entra, y descansa hasta el día;
Que no es bárbaro don Tello.

SANCHO.

¡Ay, que me muero de amor
Y estoy rabiando de celos!

ACTO SEGUNDO.

Don Tello y Elvira.

ELVIRA.

¿De qué sirve atormentarme,
Tello, con tanto rigor?
¿Tú no ves que tengo honor,
Y que es cansarte y cansarme?

DON TELLO.

Basta, que das en matarme
Con ser tan áspera y dura.

ELVIRA.

Volverme, Tello, procura
Á mi esposo.

DON TELLO.

No es tu esposo;
Ni un villano, aunque dichoso,
Digno de tanta hermosura.
Mas cuando yo Sancho fuera
Y él fuera yo, dime Elvira,
¿Cómo el rigor de tu ira
Tratarme tan mal pudiera?
Tu crueldad, ¿no considera
Que esto es amor?

ELVIRA.

No, señor;
Que amor que pierde al honor
El respeto, es vil deseo,
Y siendo apetito feo,
No puede llamarse amor.
Amor se funda en querer
Lo que quiere quien desea;
Que amor que casto no sea,
Ni es amor ni puede ser.

DON TELLO.

¿Cómo no?

ELVIRA.

¿Quiéreslo ver?
Anoche, Tello, me viste;
Pues ¡tan presto me quisiste,
Que apenas consideraste
Qué fué lo que deseaste,
Que es en lo que amor consiste!
Nace amor de un gran deseo;
Luego va creciendo amor
Por los pasos del favor
Al fin de su mismo empleo;
Y en ti, según lo que veo,
No es amor, sino querer
Quitarme á mí todo el ser
Que me dió el cielo en la honra.
Tú procuras mi deshonra,
Y yo me he de defender.

DON TELLO.

Pues hallo en tu entendimiento,
Como en tus brazos, defensa,
Oye un argumento.

ELVIRA.

Piensa
Que no ha de haber argumento
Que venza mi firme intento.

DON TELLO.

¿Dices que no puede ser
Ver, desear y querer?

ELVIRA.

Es verdad.

DON TELLO.

Pues dime, ingrata,
¿Cómo el basilisco mata
Con sólo llegar á ver?

ELVIRA.

Ése es sólo un animal.

DON TELLO.

Pues ése fué tu hermosura.

ELVIRA.

Mal pruebas lo que procura
Tu ingenio.

DON TELLO.

¿Yo pruebo mal?

ELVIRA.

El basilisco mortal
Mata teniendo intención
De matar; y es la razón
Tan clara, que mal podía
Matarte cuando te vía
Para ponerte afición.
Y no traigamos aquí
Más argumentos, señor.
Soy mujer y tengo amor:
Nada has de alcanzar de mí.

DON TELLO.

¿Puédese creer que así
Responda una labradora?
Pero confiésame ahora
Que eres necia en ser discreta,
Pues al verte tan perfeta,
Cuanto más, más me enamora.
Y ¡ojalá fueras mi igual!
Mas bien ves que tu bajeza
Afrentara mi nobleza,
Y que pareciera mal

Juntar brocado y sayal.
Sabe Dios si amor me esfuerza
Que mi buen intento tuerza;
Pero ya el mundo trazó
Estas leyes, á quien yo
He de obedecer por fuerza.

Feliciana.

FELICIANA.

Perdona, hermano, si soy
Más piadosa que quisieras.
Espera, ¿de qué te alteras?

DON TELLO.

¡Qué necia estás!

FELICIANA.

Necia estoy;
Pero soy, Tello, mujer,
Y es terrible tu porfía.
Deja que pase algún día;
Que llegar, ver y vencer
No se entiende con amor,
Aunque César de amor seas.

DON TELLO.

¿Es posible que tú seas
Mi hermana?

FELICIANA.

¡Tanto rigor
Con una pobre aldeana!

Llaman dentro.

ELVIRA.

Señora, doléos de mí.

FELICIANA.

Tello, si hoy no dijo sí,
Podrá decirlo mañana.
Ten paciencia, que es crueldad
Que los dos no descanséis.
Descansad, y volveréis
Á la batalla.

DON TELLO.

¿Es piedad
Quitarme la vida á mí?

Llaman.

FELICIANA.

Calla, que estás enojado.
Elvira no te ha tratado,
Tiene vergüenza de ti.
Déjala estar unos días
Contigo en conversación,
Y conmigo, que es razón.

ELVIRA.

Puedan las lágrimas mías
Moveros, noble señora,
Á interceder por mi honor.

Llaman.

FELICIANA.

Sin esto, advierte, señor,
Que debe de haber una hora
Que están llamando á la puerta
Su viejo padre y su esposo,
Y que es justo y aun forzoso
Que la hallen los dos abierta;
Porque, si no entran aquí,
Dirán que tienes á Elvira.

DON TELLO.

Todos me mueven á ira.
Elvira, escóndete ahí,
Y entren esos dos villanos.

ELVIRA.

¡Gracias á Dios que me dejas
Descansar!

DON TELLO.

¿De qué te quejas,
Si me has atado las manos?

Vase Elvira.

FELICIANA.

¡Hola!

Celio.

CELIO.

Dentro:

Señora....

FELICIANA.

Llamad
Esos pobres labradores.

Á don Tello:

Trátalos bien, y no ignores
Que importa á tu calidad.

Nuño y Sancho.

NUÑO.

Besando el suelo de tu noble casa
(Que de besar tus pies somos indinos),
Venimos á decirte lo que pasa,
Si bien con mal formados desatinos.
Sancho, señor, que con mi Elvira casa,
De quien los dos habíais de ser padrinos,
Viene á quejarse del mayor agravio
Que referirte puede humano labio.

SANCHO.

Magnánimo señor, á quien las frentes
Humillan estos montes coronados
De nieve, que bajando en puras fuentes,
Besan tus pies en estos verdes prados:
Por consejo de Nuño y sus parientes,
En tu valor divino confiados,
Te vine á hablar y te pedí licencia,
Y honraste mi humildad con tu presencia

Haber estado en esta casa, creo
Que obligue tu valor á la venganza
De caso tan atroz, informe y feo,
Que á la nobleza de tu nombre alcanza.
Si alguna vez amor algún deseo
Trujo la posesión á tu esperanza,
Y al tiempo de gozarla la perdieras,
Considera, señor, lo que sintieras.
Yo, sólo labrador en la campaña,
Y en el gusto del alma caballero,
Y no tan enseñado á la montaña
Que alguna vez no juegue el limpio acero,
Oyendo nueva tan feroz y extraña,
No fuí, ni pude, labrador grosero;
Sentí el honor con no le haber tocado,
Que quien dijo de sí, ya era casado.
Salí á los campos, y á la luz que excede
Á las estrellas, que miraba en vano,
Á la luna veloz, que retrocede
Las aguas y las crece al Oceano,
«¡Dichosa, dije, tú, que no te puede
Quitar el sol ningún poder humano
Con subir cada noche donde subes,
Aunque vengan con máscaras las nubes!»
Luego, volviendo á los desiertos prados,
Durmiendo con los álamos de Alcides
Las yedras vi con lazos apretados,
Y con los verdes pámpanos las vides.
«¡Ay! dije, ¿cómo estáis tan descuidados?
Y tú, grosero, ¿cómo no divides,
Villano labrador, estos amores,
Cortando ramas y rompiendo flores?»
Todo duerme seguro. Finalmente,
Me robaron, señor, mi prenda amada,
Y allí me pareció que alguna fuente
Lloró también y murmuró turbada.
Llevaba yo, ¡cuán lejos de valiente!
Con rota vaina una mohosa espada;
Llegué al árbol más alto, y á reveses
Y tajos le igualé á las bajas mieses.
No porque el árbol me robase á Elvira,
Mas porque fué tan alto y arrogante,
Que á los demás como á pequeños mira:
Tal es la fuerza de un feroz gigante.
Dicen en el lugar (pero es mentira
Siendo quien eres tú) que, ciego amante
De mi mujer, autor del robo fuiste,
Y que en tu misma casa la escondiste.
«¡Villanos, dije yo, tened respeto:
Don Tello, mi señor, es gloria y honra
De la casa de Neira, y en efeto,
Es mi padrino y quien mis bodas honra.»
Con esto, tú piadoso, tú discreto,
No sufrirás la tuya y mi deshonra;
Antes harás volver, la espada en puño,
Á Sancho su mujer, su hija á Nuño.

DON TELLO.

Pésame gravemente, Sancho amigo,
De tal atrevimiento, y en mi tierra
No quedará el villano sin castigo,
Que la ha robado y en su casa encierra.
Solicita tú, y sabe qué enemigo,
Con loco amor, con encubierta guerra,
Nos ofende á los dos con tal malicia;
Que si se sabe, yo..... te haré justicia.....
Y á los villanos que de mí murmuran
Haré azotar por tal atrevimiento.
Idos con Dios.

SANCHO.

Aparte á Nuño.

Mis celos se aventuran.

NUÑO.

Sancho, tente, por Dios.

SANCHO.

Mi muerte intento.

DON TELLO.

Sabedme por allá los que procuran
Mi deshonor.

SANCHO.

¡Extraño pensamiento!

DON TELLO.

Yo no sé dónde está, porque, á sabello,
Os la diera, por vida de don Tello.

Elvira.

ELVIRA.

Sí sabe, esposo, que aquí
Me tiene Tello escondida.

SANCHO.

¡Esposa, mi bien, mi vida!

DON TELLO.

¿Esto has hecho contra mí?

SANCHO.

¡Ay, cuál estuve por ti!

NUÑO.

¡Ay, hija, cuál me has tenido!
El juicio tuve perdido.

DON TELLO.

¡Tenéos, apartaos, villanos!

SANCHO.

Déjame tocar sus manos,
Mira que soy su marido.

DON TELLO.

¡Celio, Julio! ¡Hola, criados,
Estos villanos matad!

FELICIANA.

Hermano, con más piedad:
Mira que no son culpados.

DON TELLO.

Cuando estuvieran casados,
Fuera mucho atrevimiento.

Celio, Julio y criados.

DON TELLO.

¡Matadlos!

SANCHO.

Yo soy contento
De morir y no vivir,

Aunque es tan fuerte el morir.

ELVIRA.

Ni vida ni muerte siento.

SANCHO.

Escucha, Elvira, mi bien:
Yo me dejaré matar.

ELVIRA.

Yo ya me sabré guardar
Aunque mil muertes me den.

DON TELLO.

¿Es posible que se estén
Requebrando? ¿Hay tal rigor?
¡Ah, Celio, Julio!

JULIO.

Señor.....

DON TELLO.

¡Matadlos á palos!

CELIO.

¡Mueran!

Los criados echan á palos á Nuño y Sancho.

DON TELLO.

A Elvira:

En vano remedio esperan
Tus quejas de mi furor.
Ya pensamiento tenía
De volverte, y tan airado
Estoy en ver que has hablado
Con tan notable osadía,
Que por fuerza has de ser mía,
Ó no he de ser yo quien fuí.

FELICIANA.

Hermano, que estoy aquí.

DON TELLO.

He de forzalla ó matalla.

FELICIANA.

¿Cómo es posible libralla
De un hombre fuera de sí?

Vanse.

JULIO.

Dentro:

Ansí pagan los villanos
Tan grandes atrevimientos.

CELIO.

Dentro:

¡Salgan fuera de palacio!

CRIADOS.

Dentro:

¡Salgan!

Salen huyendo Sancho y Nuño.

SANCHO.

Matadme, escuderos.
¡No tuviera yo una espada!

NUÑO.

Hijo, mira que sospecho
Que este hombre te ha de matar,
Atrevido y descompuesto.

SANCHO.

Pues ¿será bueno vivir?

NUÑO.

Mucho se alcanza viviendo.

SANCHO.

¡Vive Dios, de no quitarme
De los umbrales que veo,
Aunque me maten; que vida
Sin Elvira no la quiero!

NUÑO.

Vive, y pedirás justicia;
Que rey tienen estos reinos,
Ó en grado de apelación
La podrás pedir al cielo.

Pelayo.

PELAYO.

Aquí están.

SANCHO.

¿Quién es?

PELAYO.

Pelayo,
Todo lleno de contento,
Que os viene á pedir albricias.

SANCHO.

¿Cómo albricias á este tiempo?

PELAYO.

¡Albricias! digo.

SANCHO.

¿De qué,
Pelayo, cuando estoy muerto,
Y Nuño expirando?

PELAYO.

¡Albricias!

NUÑO.

¿No conoces á este necio?

PELAYO.

Elvira pareció ya.

SANCHO.

¡Ay, padre! ¿Si la habrán vuelto?
¿Qué dices, Pelayo mío?

PELAYO.

Señor, dice todo el puebro
Que desde anoche á las doce
Está en casa de don Tello.....

SANCHO.

¡Maldito seas! Amén.

PELAYO.

Y que tienen por muy cierto
Que no la quiere volver.

NUÑO.

Hijo, vamos al remedio:

El Rey de Castilla, Alfonso,
Por sus valerosos hechos,
Reside agora en León;
Pues si es recto y justiciero,
Parte allá y informarásle
Deste agravio; que sospecho
Que nos ha de hacer justicia.

SANCHO.

¡Ay, Nuño! Tengo por cierto
Que el Rey de Castilla, Alfonso,
Es un príncipe perfeto;
Mas ¿por dónde quieres que éntre
Un labrador tan grosero?
¿Qué corredor de Palacio
Osará mi atrevimiento
Pisar? ¿Qué portero, Nuño,
Permitirá que éntre dentro?
Allí, á la tela, al brocado,
Al grave acompañamiento
Abren las puertas, y tienen
Razón, que yo lo confieso;
Pero á la pobreza, Nuño,
Sólo dejan los porteros
Que miren las puertas y armas,
Y esto ha de ser desde lejos.
Iré á León y entraré
En Palacio, y verás luego
Cómo imprimen en mis hombros
De las cuchillas los cuentos.
Pues ¡andar con memoriales
Que tome el Rey! ¡Santo y bueno!
Haz cuenta que, de sus manos,
En el olvido cayeron.
Volveréme habiendo visto
Las damas y caballeros,
La iglesia, el palacio, el parque,
Los edificios, y pienso
Que traeré de allá mal gusto
Para vivir entre tejos,
Robles y encinas, adonde
Canta el ave y ladra el perro.
No, Nuño, no aciertas bien.

NUÑO.

Sancho, yo sé bien si acierto.
Vete á hablar al rey Alfonso;
Que si aquí te quedas, pienso
Que te han de quitar la vida.

SANCHO.

Pues eso, Nuño, deseo.

NUÑO.

Yo tengo un rocín castaño
Que apostará con el viento
Sus crines contra sus alas,
Sus clavos contra su freno.
Parte en él, é irá Pelayo
En aquel pequeño overo
Que suele llevar al campo.

SANCHO.

Por tu gusto te obedezco.
Pelayo, ¿irás tú conmigo
Á la corte?

PELAYO.

Y tan contento
De ver lo que nunca he visto,
Sancho, que los pies te beso.
Dícenme acá de la corte,
Que con huevos y torreznos
Empiedran todas las calles,
Y tratan los forasteros
Como si fueran de Italia,
De Flandes ó de Marruecos.
Dicen que es una talega
Donde junta los trebejos
Para jugar la fortuna,
Tantos blancos como negros.
Vamos, por Dios, á la corte.

SANCHO.

Padre, adiós; partirme quiero:
Échame tu bendición.

NUÑO.

Hijo, pues eres discreto,
Habla con ánimo al Rey.

SANCHO.

Tú sabrás mi atrevimiento.
Partamos.

NUÑO.

¡Adiós, mi Sancho!

SANCHO.

¡Adiós, Elvira!

PELAYO.

¡Adiós, puercos!

Vanse.

Don Tello y Feliciana.

DON TELLO.

¡Que no pueda conquistar
Desta mujer la belleza!

FELICIANA.

Tello, no hay que porfiar,
Porque es tanta su tristeza
Que no deja de llorar.
Si en esa torre la tienes,
¿Es posible que no vienes
Á considerar mejor
Que, aunque te tuviera amor,
Te había de dar desdenes?
Si la tratas con crueldad,
¿Cómo ha de quererte bien?
Advierte que es necedad
Tratar con rigor á quien
Se llega á pedir piedad.

DON TELLO.

¡Que sea tan desgraciado
Que me vea despreciado,
Siendo aquí el más poderoso,
El más rico y dadivoso!

FELICIANA.

No te dé tanto cuidado,
Ni estés por una villana
Tan perdido.

DON TELLO.

¡Ay, Feliciana,
Que no sabes qué es amor,
Ni has probado su rigor!

FELICIANA.

Ten paciencia hasta mañana;
Que yo la tengo de hablar,
Á ver si puedo ablandar
Esta mujer.

DON TELLO.

Considera
Que no es mujer, sino fiera,
Pues me hace tanto penar.
Prométela plata y oro,
Joyas y cuanto quisieres;
Di que la daré un tesoro;
Que á dádivas las mujeres
Suelen guardar más decoro;
Di que la regalaré,
Y dile que la daré
Un vestido tan galán,
Que gaste el oro á Milán
Desde su cabello al pie;
Que si remedia mi mal,
La daré hacienda y ganado,
Y que si fuera mi igual.....

FELICIANA.

¿Posible es que diga tal? (1)

DON TELLO.

Sí, hermana, que estoy de suerte,
Que me tengo de dar muerte
Ó la tengo de gozar,
Y de una vez acabar
Con dolor tan grave y fuerte.

FELICIANA.

Voy á hablarla, aunque es en vano.

DON TELLO.

¿Por qué?

FELICIANA.

Porque una mujer
Que es honrada, es caso llano
Que no la podrá vencer
Ningún interés humano.

DON TELLO.

Vé presto, y da á mi esperanza
Alivio; que si no alcanza
Mi fe lo que ha pretendido,
El amor que le he tenido
Se ha de trocar en venganza.

Vanse.

El rey D. Alfonso VII, el conde D. Pedro, D. Enrique y acompañamiento.

REY.

Mientras que se apercibe
Mi partida á Toledo, y me responde
El de Aragón, que vive
Ahora en Zaragoza, sabed, Conde,
Si están ya despachados
Todos los pretendientes y soldados;
Y mirad si hay alguno
También que quiera hablarme.

CONDE.

No ha quedado
Por despachar ninguno.

DON ENRIQUE.

Un labrador gallego he visto echado
Á esta puerta, y bien triste.

REY.

Pues ¿quién á ningún pobre la resiste?
Id, Enrique de Lara,
Y traedle vos mismo á mi presencia.

Vase D. Enrique.

CONDE.

¡Virtud heroica y rara!
¡Compasiva piedad, suma clemencia!
¡Oh, ejemplo de los reyes,
Divina observación de santas leyes!

Don Enrique, Sancho y Pelayo.

DON ENRIQUE.

Dejad las azagayas.

SANCHO.

Á la pared, Pelayo, las arrima.

PELAYO.

Con pie derecho vayas.

SANCHO.

¿Cuál es el Rey, señor?

DON ENRIQUE.

Aquel que arrima
La mano agora al pecho.

SANCHO.

Bien puede, de sus obras satisfecho;
Pelayo, no te asombres.

PELAYO.

Mucho tienen los reyes del invierno,
Que hacen temblar los hombres.

SANCHO.

Señor.....

REY.

Habla, sosiega.

SANCHO.

Que el gobierno
De España agora tienes.....

REY.

Dime, quién eres y de dónde vienes.

SANCHO.

Dame á besar tu mano,
Porque ennoblezca mi grosera boca,
Príncipe soberano;
Que si mis labios, aunque indignos, toca,
Yo quedaré discreto.

REY.

¡Con lágrimas la bañas! ¿Á qué efeto?

SANCHO.

Mal hicieron mis ojos;
Mas propuso la boca su querella,
Y quieren darla enojos,

(1) Falta un verso á esta quintilla.

Para que, puesta vuestra mano en ella,
Diera justo castigo
Á un hombre poderoso, mi enemigo.

REY.

Esfuérzate y no llores,
Que aunque en mí la piedad es muy propicia,
Para que no lo ignores,
También doy atributo á la justicia.
Di quién te hizo agravio;
Que quien al pobre ofende, nunca es sabio.

SANCHO.

Son niños los agravios,
Y son padres los reyes: no te espantes
Que hagan con los labios,
En viéndolos, pucheros semejantes.

REY.

Discreto me parece: (Aparte.)
Primero que se queja me enternece.

SANCHO.

Señor, yo soy hidalgo,
Si bien pobre: mudanzas de fortuna,
Porque con ellas salgo
Desde el calor de mi primera cuna.
Con este pensamiento,
Quise mi igual en justo casamiento;
Mas como siempre yerra
Quien de su justa obligación se olvida,
Al señor desta tierra,
Que don Tello de Neira se apellida,
Con más llaneza que arte,
Pidiéndole licencia, le dí parte.
Liberal la concede,
Y en las bodas me sirve de padrino;
Mas el amor, que puede
Obligar al más cuerdo á un desatino,
Le ciega y enamora,
Señor, de mi querida labradora.
No deja desposarme,
Y aquella noche, con armada gente,
La roba, sin dejarme
Vida que viva, protección que intente,
Fuera de vos y el cielo,
Á cuyo tribunal sagrado apelo.
Que habiéndola pedido
Con lágrimas su padre y yo, tan fiero,
Señor, ha respondido,
Que vieron nuestros pechos el acero;
Y siendo hidalgos nobles,
Nuestros hombros las ramas de los robles.

REY.

Conde.....

CONDE.

Señor......

REY.

Al punto
Tinta y papel. Llegadme aquí una silla.

Siéntase el Rey y escribe.

CONDE.

Aquí está todo junto.

SANCHO.

Su gran valor espanta y maravilla. (Aparte.)
Al Rey hablé, Pelayo. (Aparte á él.)

PELAYO.

Él es hombre de bien, ¡voto á mi sayo!

SANCHO.

¿Qué entrañas hay crueles
Para el pobre?

PELAYO.

Los reyes castellanos
Deben de ser ángeles.

SANCHO.

¿Vestidos no los ves como hombre llanos?

PELAYO.

De otra manera había
Un rey que Tello en un tapiz tenía,
La cara abigarrada
Y la calza caída á media pierna,
Y en la mano una vara,
Y un tocado á manera de linterna,
Con su corona de oro,
Y un barboquejo, como turco ó moro.
Yo preguntéle á un paje
Quién era aquel señor de tanta fama,
Que me admiraba el traje;
Y respondióme: «El rey Baúl se llama.»

SANCHO.

¡Necio! Saúl diría.

PELAYO.

Baúl, cuando á Badil matar quería.

SANCHO.

David su yerno era.

PELAYO.

Sí; que en la igreja predicaba el cura
Que le dió en la mollera
Con una de Moisén lágrima dura
Al gigante que olía.

SANCHO.

Golías, bestia.

PELAYO.

El cura lo decía.

REY.

Conde, esa carta cerrad.
¿Cómo es tu nombre, buen hombre?

SANCHO.

Sancho, señor, es mi nombre,
Que á los pies de tu piedad
Pido justicia de quien,
En su poder confiado,
Á mi mujer me ha quitado,
Y me quitara también
La vida, si no me huyera.

REY.

¿Que es hombre tan poderoso
En Galicia?

SANCHO.

Es tan famoso,
Que desde aquella ribera
Hasta la romana torre
De Hércules es respetado;
Si está con un hombre airado,

Sólo el cielo le socorre.
Él pone y él quita leyes;
Que estas son las condiciones
De soberbios infanzones
Que están lejos de los reyes.

CONDE.

La carta está ya cerrada.

REY.

Sobrescribidla á don Tello
De Neira.

SANCHO.

Del mismo cuello
Me quitas, señor, la espada.

REY.

Esta carta le darás,
Con que te dará tu esposa.

SANCHO.

De tu mano generosa,
¿Hay favor que llegue á más?

REY.

¿Viniste á pie?

SANCHO.

No, señor;
Que en dos rocines vinimos
Pelayo y yo.

PELAYO.

Y los corrimos
Como el viento, y aun mijor.
Verdad es que tiene el mío
Unas mañas no muy buenas:
Déjase subir apenas,
Échase en arena ó río,
Corre como un maldiciente,
Come más que un estudiante,
Y en viendo un mesón delante,
Ó se entra ó se pára enfrente.

REY.

Buen hombre sois.

PELAYO.

Soy, en fin,
Quien por vos su patria deja.

REY.

¿Tenéis vos alguna queja?

PELAYO.

Sí, señor, deste rocín.

REY.

Digo que os cause cuidado.

PELAYO.

Hambre tengo: si hay cocina
Por acá.....

REY.

¿Nada os inclina
De cuanto aquí veis colgado,
Que á vuestra casa llevéis?

PELAYO.

No hay allá donde ponello:
Enviádselo á don Tello,
Que tien desto cuatro ó seis.

REY.

¡Qué gracioso labrador!
¿Qué sois allá en vuestra tierra?

PELAYO.

Señor, ando por la sierra,
Cochero soy del señor.

REY.

¿Coches hay allá?

PELAYO.

Que no;
Soy quien guardo los cochinos.

REY.

¡Qué dos hombres peregrinos (Aparte.)
Aquella tierra juntó,
Aquél con tal discreción,
Y éste con tanta ignorancia!
Tomad vos.

Dale un bolsillo.

PELAYO.

No es de importancia.

REY.

Tomadlos, doblones son.

Á Sancho:

Y vos la carta tomad,
É id en buen hora.

SANCHO.

Los cielos
Te guarden.

Vanse el Rey, el Conde, D. Enrique
y el acompañamiento.

PELAYO.

¡Hola! Tomélos.

SANCHO.

¿Dineros?

PELAYO.

Y en cantidad.

SANCHO.

¡Ay, mi Elvira! Mi ventura
Se cifra en este papel;
Que pienso que llevo en él
Libranza de tu hermosura.

Vanse.

Don Tello, Celio.

CELIO.

Como me mandaste, fuí
Á saber de aquel villano,
Y aunque lo negaba Nuño,
Me lo dijo amenazado:
No está en el valle, que ha días
Que anda ausente.

DON TELLO.

¡Extraño caso!

CELIO.

Dice que es ido á León.

DON TELLO.

¡Á León!

CELIO.
Y que Pelayo
Le acompañaba.
DON TELLO.
¿Á qué efeto?
CELIO.
Á hablar al Rey.
DON TELLO.
¿En qué caso?
Él no es de Elvira marido,
Para que yo le haga agravio.
Cuando se quejara Nuño,
Estuviera disculpado;
Pero ¡Sancho!
CELIO.
Esto me han dicho
Pastores de tus ganados;
Y como el mozo es discreto
Y tiene amor, no me espanto,
Señor, que se haya atrevido.
DON TELLO.
Y ¿no habrá más de en llegando
Hablar á un rey de Castilla?
CELIO.
Como Alfonso se ha criado
En Galicia con el conde
Don Pedro de Andrada y Castro,
No le negará la puerta,
Por más que sea hombre bajo,
Á ningún gallego.

Llaman dentro.

DON TELLO.
Celio,
Mira quién está llamando.
¿No hay pajes en esta sala?
CELIO.
¡Vive Dios, señor, que es Sancho,
Este mismo labrador
De quien estamos hablando!
DON TELLO.
¿Hay mayor atrevimiento?
CELIO.
Así vivas muchos años,
Que veas lo que te quiere.
DON TELLO.
Di que éntre, que aquí le aguardo.

Sancho y Pelayo.

SANCHO.
Dame, gran señor, los pies.
DON TELLO.
¿Adónde, Sancho, has estado,
Que ha días que no te he visto?
SANCHO.
Á mí me parecen años.
Señor, viendo que tenías
Esa porfía en que has dado,
Ó sea amor á mi Elvira,
Fuí á hablar al Rey castellano,
Como supremo jüez
Para deshacer agravios.
DON TELLO.
Pues ¿qué dijiste de mí?
SANCHO.
Que habiéndome yo casado,
Me quitaste mi mujer.
DON TELLO.
¡Tu mujer! ¡Mientes, villano!
¿Entró el cura aquella noche?
SANCHO.
No, señor; pero de entrambos
Sabía las voluntades.
DON TELLO.
Si nunca os tomó las manos,
¿Cómo puede ser que sea
Matrimonio?
SANCHO.
Yo no trato
De si es matrimonio ó no;
Aquesta carta me ha dado,
Toda escrita de su letra.
DON TELLO.
De cólera estoy temblando.

Lee:

«En recibiendo ésta, daréis á ese pobre labrador la mujer que le habéis quitado, sin réplica ninguna; y advertid que los buenos vasallos se conocen lejos de los reyes, y que los reyes nunca están lejos para castigar los malos. —*El Rey.*»

Hombre, ¿qué has traído aquí?
SANCHO.
Señor, esa carta traigo
Que me dió el Rey.
DON TELLO.
¡Vive Dios,
Que de mi piedad me espanto!
¿Piensas, villano, que temo
Tu atrevimiento en mi daño?
¿Sabes quién soy?
SANCHO.
Sí, señor;
Y en tu valor confiado
Traigo esta carta, que fué,
No, cual piensas, en tu agravio,
Sino carta de favor
Del señor Rey castellano
Para que me des mi esposa.
DON TELLO.
Advierte que, respetando
La carta, á ti y al que viene
Contigo.....
PELAYO.
¡San Blas! ¡San Pablo!
DON TELLO.
No os cuelgo de dos almenas.

PELAYO.
Sin ser día de mi santo,
Es muy bellaca señal.

DON TELLO.
Salid luego de palacio,
Y no paréis en mi tierra;
Que os haré matar á palos.
Pícaros, villanos, gente
De solar humilde y bajo.
¡Conmigo!.....

PELAYO.
Tiene razón;
Que es mal hecho haberle dado
Ahora esta pesadumbre.

DON TELLO.
Villano, si os he quitado
Esa mujer, soy quien soy,
Y aquí reino en lo que mando,
Como el Rey en su Castilla;
Que no deben mis pasados
Á los suyos esta tierra;
Que á los moros la ganaron.

PELAYO.
Ganáronsela á los moros,
Y también á los cristianos,
Y no debe nada al Rey.

DON TELLO.
Yo soy quien soy.....

PELAYO.
¡San Macario! (Ap.)

DON TELLO.
Y por aquesto no tomo
Venganza con propias manos.
¡Dar á Elvira! ¡Qué es á Elvira!
¡Matadlos! Pero dejadlos;
Que en villanos es afrenta
Manchar el acero hidalgo.

PELAYO.
No le manche, por su vida.

Vanse D. Tello y Celio.

SANCHO.
¿Qué te parece?

PELAYO.
Que estamos
Desterrados de Galicia.

SANCHO.
Pierdo el seso, imaginando
Que éste no obedezca al Rey
Por tener cuatro vasallos.
Pues ¡vive Dios!.....

PELAYO.
Sancho, tente;
Que siempre es consejo sabio,
Ni pleitos con poderosos,
Ni amistades con criados.

SANCHO.
Volvámonos á León.

PELAYO.
Aquí los doblones traigo
Que me dió el Rey; vamos luego.

SANCHO.
Diréle lo que ha pasado.
¡Ay, mi Elvira! ¡Quién te viera!
Salid, suspiros, y en tanto
Que vuelvo, decid que muero
De amores.

PELAYO.
Camina, Sancho;
Que éste no ha gozado á Elvira.

SANCHO.
¿De qué lo sabes, Pelayo?

PELAYO.
De que nos la hubiera vuelto
Cuando la hubiera gozado.

Vanse.

ACTO TERCERO.

El Rey, el Conde y D. Enrique.

REY.
El cielo sabe, Conde, cuánto estimo
Las amistades de mi madre.

CONDE.
Estimo
Esas razones, gran señor; que en todo
Muestras valor divino y soberano.

REY.
Mi madre gravemente me ha ofendido;
Mas considero que mi madre ha sido (1).

Sancho y Pelayo.

PELAYO.
Digo que puedes llegar. (Ap. á Sancho.)

SANCHO.
Ya, Pelayo, viendo estoy
Á quien toda el alma doy,
Que no tengo más que dar:
Aquel castellano sol,
Aquel piadoso Trajano,
Aquel Alcídes cristiano
Y aquel César español.

PELAYO.
Yo, que no entiendo de historias
De Cides, son (2) de marranos,
Estó mirando en sus manos,

---

(1) Deben de faltar versos: no se pondría Lope á escribir endecasílabos para hacer sólo estos seis. *(Nota de Hartzenbusch.)*
(2) Sino.

Mas que tien rayas, victorias,
Llega y á sus pies te humilla:
Besa aquella huerte mano.

SANCHO.

Emperador soberano,
Invicto Rey de Castilla,
Déjame besar el suelo
De tus pies, que por almohada
Han de tener á Granada
Presto con favor del cielo,
Y por alfombra á Sevilla,
Sirviéndoles de colores
Las naves y varias flores
De su siempre hermosa orilla.
¿Conócesme?

REY.

Pienso que eres
Un gallego labrador
Que aquí me pidió favor.

SANCHO.

Yo soy, señor.

REY.

No te alteres.

SANCHO.

Señor, mucho me ha pesado
De volver tan atrevido
Á darte enojos; no ha sido
Posible haberlo excusado.
Pero si yo soy villano
En la porfía, señor,
Tu serás emperador,
Tu serás César romano,
Para perdonar á quien
Pide á tu clemencia Real
Justicia.

REY.

Dime tu mal,
Y advierte que te oigo bien;
Porque el pobre para mí
Tiene cartas de favor.

SANCHO.

La tuya, invicto señor,
Á Tello en Galicia dí,
Para que, como era justo,
Me diese mi prenda amada.
Leída y no respetada,
Causóle mortal disgusto;
Y no sólo no volvió,
Señor, la prenda que digo,
Pero con nuevo castigo
El porte della me dió;
Que á mí y á este labrador
Nos trataron de tal suerte,
Que fué escapar de la muerte
Dicha y milagro, señor,
Hice algunas diligencias
Por no volver á cansarte;
Pero ninguna fué parte
Á mover sus resistencias.
Hablóle el cura, que allí
Tiene mucha autoridad,
Y un santo y bendito abad
Que tuvo piedad de mí,
Y en San Pelayo de Samos
Reside; pero mover
Su pecho, no pudo ser,
Ni todos juntos bastamos.
No me dejó que la viera,
Que aun eso me consolara;
Y así, vine á ver tu cara,
Y á que justicia me hiciera
La imagen de Dios, que en ella
Resplandece, pues la imita.

REY.

Carta de mi mano escrita.....
Mas, qué ¿debió de rompella?

SANCHO.

Aunque por moverte á ira
Dijera de sí algún sabio,
No quiera Dios que mi agravio
Te indigne con la mentira.
Leyóla y no la rompió;
Mas miento, que fué rompella
Leella y no hacer por ella
Lo que su Rey le mandó.
En una tabla su ley
Escribió Dios: ¿no es quebrar
La tabla el no la guardar?
Así es mandato de rey;
Porque para que se crea
Que es infiel, se entiende así;
Que lo que se rompe allí,
Basta que el respeto sea.

REY.

No es posible que no tengas
Buena sangre, aunque te afligen
Trabajos, y que de origen
De nobles personas vengas,
Como muestra tu buen modo
De hablar y de proceder.
Ahora bien, yo he de poner
De una vez remedio en todo.
Conde.....

CONDE.

Gran señor.....

REY.

Enrique.....

DON ENRIQUE.

Señor.....

REY.

Yo he de ir á Galicia,
Que me importa hacer justicia.....
Y aquesto no se publique.

CONDE.

Señor.....

REY.

¿Qué me replicáis?
Poned del Parque á las puertas
Las postas.

CONDE.

Pienso que abiertas
Al vulgo se las dejáis.

REY.
Pues ¿cómo lo han de saber,
Si enfermo dicen que estoy
Los de mi cámara?
DON ENRIQUE.
Soy
De contrario parecer.
REY.
Esta es ya resolución:
No me repliquéis.
CONDE.
Pues sea
De aquí á dos días, y vea
Castilla la prevención
De vuestra melancolía.
REY.
Labradores.....
SANCHO.
Gran señor.....
REY.
Ofendido del rigor,
De la violencia y porfía
De don Tello, yo en persona
Le tengo de castigar.
SANCHO.
¡Vos, señor! Sería humillar
Al suelo vuestra corona.
REY.

Á Sancho:

Id delante, y prevenid
De vuestro suegro la casa,
Sin decirle lo que pasa,
Ni á hombre humano, y advertid
Que esto es pena de la vida.
SANCHO.
Pues ¿quién ha de hablar, señor?
REY.

Á Pelayo:

Escuchad vos, labrador:
Aunque todo el mundo os pida
Que digáis quién soy, decid
Que un hidalgo castellano,
Puesta en la boca la mano
Desta manera..... advertid.....
Porque no habéis de quitar
De los labios los dos dedos.
PELAYO.
Señor, los tendré tan quedos,
Que no osaré bostezar.
Pero su merced, mirando
Con piedad mi suficiencia,
Me ha de dar una licencia
De comer de cuando en cuando.
REY.
No se entiende que has de estar
Siempre la mano en la boca.
SANCHO.
Señor, mirad que no os toca
Tanto mi bajeza honrar.
Enviad, que es justa ley,
Para que haga justicia,
Algún alcalde á Galicia.
REY.
El mejor alcalde, el Rey.

Vanse.

Nuño y Celio.

NUÑO.
En fin, ¿que podré verla?
CELIO.
Podréis verla:
Don Tello, mi señor, licencia ha dado.
NUÑO.
¿Qué importa, cuando soy tan desdichado?
CELIO.
No tenéis qué temer, que ella resiste
Con gallardo valor y valentía
De mujer, que es mayor cuando porfía.
NUÑO.
Y ¿podré yo creer qué honor mantiene
Mujer que en su poder un hombre tiene?
CELIO.
Pues es tanta verdad, que si quisiera
Elvira que su esposo Celio fuera,
Tan seguro con ella me casara
Como si en vuestra casa la tuviera.
NUÑO.
¿Cuál decis que es la reja?
CELIO.
Hacia esta parte
De la torre se mira una ventana,
Donde se ha de poner, como me ha dicho.
NUÑO.
Parece que allí veo un blanco bulto,
Si bien ya con la edad lo dificulto.
CELIO.
Llegad, que yo me voy, porque si os viere,
No me vean á mí, que lo he trazado,
De vuestro justo amor importunado.

Vase.

Elvira, á una reja de una torre.

NUÑO.
¿Eres tú, mi desdichada
Hija?
ELVIRA.
¿Quién, sino yo, fuera?
NUÑO.
Ya no pensé que te viera,
No por presa y encerrada,
Sino porque deshonrada
Te juzgué siempre en mi idea;
Y es cosa tan torpe y fea
La deshonra en el honrado,
Que aun á mí, que el sér te he dado,

Me obliga á que no te vea.
¡Bien el honor heredado
De tus pasados guardaste,
Pues que tan presto quebraste
Su cristal tan estimado!
Quien tan mala cuenta ha dado
De sí, padre no me llame;
Porque hija tan infame,
(Y no es mucho que esto diga),
Solamente á un padre obliga
Á que su sangre derrame.

ELVIRA.

Padre, si en desdichas tales
Y en tan continuos desvelos,
Los que han de dar los consuelos
Vienen á aumentar los males,
Los míos serán iguales
Á la desdicha en que estoy,
Porque si tu hija soy,
Y el sér que tengo me has dado,
Es fuerza haber heredado
La nobleza que te doy.
Verdad es que este tirano
Ha procurado vencerme;
Yo he sabido defenderme
Con un valor más que humano;
Y puedes estar ufano
De que he de perder la vida
Primero que este homicida
Llegue á triunfar de mi honor,
Aunque con tanto rigor
Aquí me tiene escondida.

NUÑO.

Ya del extremo celoso,
Hija, el corazón ensancho.

ELVIRA.

¿Qué se ha hecho el pobre Sancho,
Que solía ser mi esposo?

NUÑO.

Volvió á ver á aquel famoso
Alfonso, rey de Castilla.

ELVIRA.

Luego ¿no ha estado en la villa?

NUÑO.

Hoy esperándole estoy.

ELVIRA.

Y yo que le maten hoy.

NUÑO.

Tal crueldad me maravilla.

ELVIRA.

Jura de hacerle pedazos.

NUÑO.

Sancho se sabrá guardar.

ELVIRA.

¡Oh, quién se pudiera echar
De aquesta torre á tus brazos!

NUÑO.

Desde aquí, con mil abrazos
Te quisiera recibir.

ELVIRA.

Padre, yo me quiero ir,
Que me buscan; padre, adiós.

NUÑO.

No nos veremos los dos;
Que yo me voy á morir.

Éntrase Elvira.

Don Tello.

DON TELLO.

¿Qué es esto? ¿Con quién habláis?

NUÑO.

Señor, á estas piedras digo
Mi dolor, y ellas conmigo
Sienten cuán mal me tratáis;
Que, aunque vos las imitáis
En dureza, mi desvelo
Huye siempre del consuelo,
Que anda á buscar mi tristeza;
Y aunque es tanta su dureza,
Piedad les ha dado el cielo.

DON TELLO.

Aunque más forméis, villanos,
Quejas, llantos é invenciones,
La causa de mis pasiones
No ha de salir de mis manos.
Vosotros sois los tiranos,
Que no la queréis rogar
Que dé á mi intento lugar;
Que yo, que la adoro y quiero,
¿Cómo puede ser, si muero,
Que pueda á Elvira matar?
¿Qué señora presumís
Que es Elvira? ¿Es más agora
De una pobre labradora?
Todos del campo vivís;
Mas pienso que bien decís,
Mirando la sujeción
Del humano corazón,
Que no hay mayor señorío
Que pocos años y brío,
Hermosura y discreción.

NUÑO.

Señor, vos decís muy bien.
El cielo os guarde.

DON TELLO.

Sí hará,
Y á vosotros os dará
El justo pago también.

NUÑO.

¡Que sufra el mundo que estén (Aparte.)
Sus leyes en tal lugar,
Que el pobre al rico ha de dar
Su honor, y decir que es justo!
Mas tiene por ley su gusto
Y poder para matar.

Vase.

DON TELLO.

Celio.....

Celio.

CELIO.
Señor.....

DON TELLO.
Lleva luego
Donde te he mandado á Elvira.

CELIO.
Señor, lo que intentas mira.

DON TELLO.
No mira quien está ciego.

CELIO.
Que repares bien te ruego,
Que forzalla es crueldad.

DON TELLO.
Tuviera de mí piedad,
Celio, y yo no la forzara.

CELIO.
Estimo por cosa rara
Su defensa y castidad.

DON TELLO.
No repliques á mi gusto,
¡Pesar de mi sufrimiento!
Que ya es bajo pensamiento
El sufrir tanto disgusto.
Tarquino tuvo por gusto
No esperar tan sola un hora,
Y cuando vino la aurora
Ya cesaban sus porfías;
Pues ¿es bien que tantos días
Espere á una labradora?

CELIO.
Y ¿esperarás tú también
Que te den castigo igual?
Tomar ejemplo del mal
No es justo, sino del bien.

DON TELLO.
Mal ó bien, hoy su desdén,
Celio, ha de quedar vencido.
Ya es tema, si amor ha sido;
Que aunque Elvira no es Tamar,
Á ella le ha de pesar,
Y á mí vengarme su olvido.

Vanse.

Sancho, Pelayo y Juana.

JUANA.
Los dos seáis bien venidos.

SANCHO.
No sé cómo lo seremos;
Pero bien sucederá,
Juana, si lo quiere el cielo.

PELAYO.
Si lo quiere el cielo, Juana,
Sucederá por lo menos.....
Que habremos llegado á casa.....
Y pues que tienen sus piensos
Los rocines, no es razón
Que envidia tengamos dellos.

JUANA.
¿Ya nos vienes á matar?

SANCHO.
¿Dónde está señor?

JUANA.
Yo creo
Que es ido á hablar con Elvira.

SANCHO.
Pues ¿déjala hablar don Tello?

JUANA.
Allá por una ventana
De una torre, dijo Celio.

SANCHO.
¿En torre está todavía?

PELAYO.
No importa, que vendrá presto
Quien le haga.....

SANCHO.
Advierte, Pelayo.....

PELAYO.
Olvidéme de los dedos. (Aparte.)

JUANA.
Nuño viene.

Nuño.

SANCHO.
¡Señor mío!

NUÑO.
Hijo, ¿cómo vienes?

SANCHO.
Vengo
Más contento á tu servicio.

NUÑO.
¿De qué vienes más contento?

SANCHO.
Traigo un gran pesquisidor.

PELAYO.
Un pesquisidor traemos,
Que tiene.....

SANCHO.
Advierte, Pelayo.....

PELAYO.
Olvidéme de los dedos. (Aparte.)

NUÑO.
¿Viene gran gente con él?

SANCHO.
Dos hombres.

NUÑO.
Pues yo te ruego,
Hijo, que no intentes nada,
Que será vano tu intento;
Que un poderoso en su tierra,
Con armas, gente y dinero,
Ó ha de torcer la justicia,
Ó alguna noche, durmiendo,
Matarnos en nuestra casa.

PELAYO.
¿Matar? ¡Oh, qué bueno es eso!
¿Nunca habéis jugado al triunfo?
Haced cuenta que don Tello

Ha metido la malilla;
Pues la espadilla traemos.

SANCHO.

Pelayo, ¿tenéis jüicio?

PELAYO.

Olvidéme de los dedos. (Aparte.)

SANCHO.

Lo que habéis de hacer, señor,
Es prevenir aposento,
Porque es hombre muy honrado.

PELAYO.

Y tan honrado, que puedo
Decir.....

SANCHO.

¡Vive Dios, villano!

PELAYO.

Olvidéme de los dedos. (Aparte.)
Que no hablaré más palabra.

NUÑO.

Hijo, descansa; que pienso
Que te ha de costar la vida
Tu amoroso pensamiento.

SANCHO.

Antes voy á ver la torre
Donde mi Elvira se ha puesto;
Que, como el sol deja sombra,
Podrá ser que de su cuerpo
Haya quedado en la reja;
Y si, como el sol traspuesto,
No la ha dejado, yo sé
Que podrá formarla luego
Mi propia imaginación.

Vase.

NUÑO.

¡Qué extraño amor!

JUANA.

Yo no creo
Que se haya visto en el mundo.

NUÑO.

Ven acá, Pelayo.

PELAYO.

Tengo
Qué decir á la cocina.

NUÑO.

Ven acá, pues.

PELAYO.

Luego vuelvo.

NUÑO.

Ven acá.

PELAYO.

¿Qué es lo que quiere?

NUÑO.

¿Quién es este caballero
Pesquisidor que trae Sancho?

PELAYO.

El pescador que traemos
Es un..... Dios me tenga en buenas. (Ap.)
Es un hombre de buen seso,
Descolorido, encendido,
Alto, pequeño de cuerpo,
La boca por donde come,
Barbirrubio y barbinegro;
Y si no lo miré mal,
Es médico ó quiere serlo;
Porque, en mandando que sangren,
Aunque sea del pescuezo.....

NUÑO.

¿Hay bestia como éste, Juana?

Brito.

BRITO.

Señor Nuño, corra presto,
Porque á la puerta de casa
Se apean tres caballeros
De tres hermosos caballos,
Con lindos vestidos nuevos,
Botas, espuelas y plumas.

NUÑO.

¡Válgame Dios, si son ellos!
Mas ¡pesquisidor con plumas!

PELAYO.

Señor, vendrán más ligeros;
Porque la recta justicia,
Cuando no atiende á cohechos,
Tan presto al concejo vuelve,
Como sale del concejo.

NUÑO.

¿Quién le ha enseñado á la bestia
Esas malicias?

PELAYO.

¿No vengo
De la corte? ¿Qué se espanta?

El Rey, el Conde y D. Enrique, de camino; Sancho.

SANCHO.

Puesto que os vi desde lejos,
Os conocí.

REY.

Cuenta, Sancho, (Aparte á él.)
Que aquí no han de conocernos.

NUÑO.

Seáis, señor, bien venido.

REY.

¿Quién sois?

SANCHO.

Es Nuño, mi suegro.

REY.

Estéis en buen hora, Nuño.

NUÑO.

Mil veces los pies os beso.

REY.

Avisad los labradores
Que no digan á don Tello
Que viene pesquisidor.

NUÑO.

Cerrados pienso tenerlos
Para que ninguno salga.

Sancho habla á Brito y á Juana, y se van.

Pero, señor, tengo miedo
Que traigáis dos hombres solos:
Que no hay en todo este reino
Más poderoso señor,
Más rico ni más soberbio.

REY.

Nuño, la vara del Rey
Hace el oficio del trueno,
Que avisa que viene el rayo;
Solo, como veis, pretendo
Hacer por el Rey justicia.

NUÑO.

En vuestra presencia veo
Tan magnánimo valor,
Que, siendo agraviado, tiemblo.

REY.

La información quiero hacer.

NUÑO.

Descansad, señor, primero;
Que tiempo os sobra de hacella.

REY.

Nunca á mí me sobra tiempo.
¿Llegastes bueno, Pelayo?

PELAYO.

Sí, señor, llegué muy bueno.
Sepa Vuesa Señoría.....

REY.

¿Qué os dije?

PELAYO.

Póngome el freno.
¿Viene bueno su merced?

REY.

Gracias á Dios, bueno vengo.

PELAYO.

Á fe que he de presentalle,
Si salimos con el pleito,
Un puerco de su tamaño.

SANCHO.

¡Calla, bestia!

PELAYO.

Pues sea puerco
Como yo, que soy chiquito.

REY.

Llamad esa gente presto.

Pelayo se llega á la puerta y llama.

Brito, Fileno, Juana y Leonor.

BRITO.

¿Qué es, señor, lo que mandáis?

NUÑO.

Si de los valles y cerros
Han de venir los zagales,
Esperaréis mucho tiempo.

REY.

Éstos bastan que hay aquí.
¿Quién sois vos?

BRITO.

Yo, señor bueno,
So Brito, un zagal del campo.

PELAYO.

De casado le cogieron
El principio, y ya es cabrito.

REY.

¿Qué sabéis vos de don Tello
Y del suceso de Elvira?

BRITO.

La noche del casamiento
La llevaron unos hombres
Que aquestas puertas rompieron.

REY.

Y vos, ¿quién sois?

JUANA.

Señor, Juana,
Su criada, que sirviendo
Estaba á Elvira, á quien ya
Sin honra y sin vida veo.

REY.

Y ¿quién es aquel buen hombre?

PELAYO.

Señor, Fileno el gaitero;
Toca de noche á las brujas
Que andan por esos barbechos,
Y una noche le llevaron,
De donde trujo el asiento
Como ruedas de salmón.

REY.

Diga lo que sabe desto.

FILENO.

Señor, yo vine á tañer,
Y vi que mandó don Tello
Que no entrara el señor cura.
El matrimonio deshecho,
Se llevó á su casa á Elvira,
Donde su padre y sus deudos
La han visto.

REY.

¿Y vos, labradora?

PELAYO.

Ésta es Leonora de Cueto,
Hija de Pero Miguel
De Cueto, de quien fué agüelo
Nuño de Cueto, y su tío
Martín Cueto, morganero
Del lugar, gente muy nobre;
Tuvo dos tías que fueron
Brujas, pero ha muchos años,
Y tuvo un sobrino tuerto,
El primero que sembró
Nabos en Galicia.

REY.

Bueno
Está aquesto por ahora.
Caballeros, descansemos,
Para que á la tarde vamos
Á visitar á don Tello.

CONDE.

Con menos información
Pudieras tener por cierto
Que no te ha engañado Sancho,
Porque la inocencia déstos

Es la prueba más bastante.

REY.

Haced traer de secreto (Ap. á Nuño.)
Un clérigo y un verdugo.

Vanse el Rey, el Conde y D. Enrique.

NUÑO.

Sancho..... (Aparte á él.)

SANCHO.

Señor.....

NUÑO.

Yo no entiendo
Este modo de jüez:
Sin cabeza de proceso
Pide clérigo y verdugo.

SANCHO.

Nuño, yo no sé su intento.

NUÑO.

Con un escuadrón armado
Aun no pudiera prendello,
Cuanto más con dos personas.

SANCHO.

Démosle á comer, que luego
Se sabrá si puede ó no.

NUÑO.

¿Comerán juntos?

SANCHO.

Yo creo
Que el jüez comerá solo,
Y después comerán ellos.

NUÑO.

Escribano y alguacil
Deben de ser.

SANCHO.

Eso pienso.

Vase.

NUÑO.

Juana.....

JUANA.

Señor.....

NUÑO.

Adereza
Ropa limpia, y al momento
Matarás cuatro gallinas
Y asarás un buen torrezno.
Y pues estaba pelado,
Pon aquel pavillo nuevo
Á que se ase también,
Mientras que baja Fileno
Á la bodega por vino.

PELAYO.

¡Voto al sol, Nuño, que tengo
De comer hoy con el juez!

NUÑO.

Éste ya no tiene seso.

Vase.

PELAYO.

Sólo es desdicha en los reyes
Comer solos, y por eso
Tienen siempre alrededor
Los bufones y los perros.

Vanse.

Elvira, huyendo de D. Tello; Feliciana, deteniéndole.

ELVIRA.

¡Favor, cielo soberano,
Pues en la tierra no espero
Remedio!

Vase.

DON TELLO.

¡Matarla quiero!

FELICIANA.

¡Detén la furiosa mano!

DON TELLO.

¡Mira que te he de perder
El respeto, Feliciana!

FELICIANA.

Merezca, por ser tu hermana,
Lo que no por ser mujer.

DON TELLO.

¡Pese á la loca villana!
¡Que por un villano amor
No respete á su señor,
De puro soberbia y vana!
Pues no se canse en pensar
Que se podrá resistir;
Que la tengo de rendir
Ó la tengo de matar.

Vase.

Celio.

CELIO.

No sé si es vano temor,
Señora, el que me ha engañado;
Á Nuño he visto en cuidado
De huéspedes de valor.
Sancho ha venido á la villa,
Todos andan con recato;
Con algún fingido trato
Le han despachado en Castilla.
No los he visto jamás
Andar con tanto secreto.

FELICIANA.

No fuiste, Celio, discreto,
Si en esa sospecha estás,
Que ocasión no te faltará
Para entrar y ver lo que es.

CELIO.

Temí que Nuño después
De verme entrar se enojara;
Que á todos nos quiere mal.

FELICIANA.

Quiero avisar á mi hermano,

Porque tiene este villano
Bravo ingenio y natural.
Tú, Celio, quédate aquí
Para ver si alguno viene.

Vase.

CELIO.

Siempre la conciencia tiene
Este temor contra sí;
Demás que tanta crueldad
Al cielo pide castigo.

El Rey, el Conde, D. Enrique y Sancho, que aparecen al otro lado de la verja.

REY.

Entrad y haced lo que digo.

CELIO.

¿Qué gente es ésta?

REY.

Llamad.

Llaman: abre un criado, y pasan al patio el Rey, el Conde, D. Enrique y Sancho.

SANCHO.

Éste, señor, es criado
De don Tello.

REY.

¡Ah, hidalgo! Oid.

CELIO.

¿Qué me queréis?

REY.

Advertid
Á don Tello que he llegado
De Castilla, y quiero hablalle.

CELIO.

Y ¿quién diré que sois?

REY.

Yo.

CELIO.

¿No tenéis más nombre?

REY.

No.

CELIO.

¡*Yo* no más, y con buen talle!
Puesto me habéis en cuidado.
Yo voy á decir que *Yo*
Está á la puerta.

Vase.

ENRIQUE.

Ya entró.

CONDE.

Temo que responda airado,
Y era mejor declararte.

REY.

No era, porque su miedo
Le dirá que sólo puedo
Llamarme *Yo* en esta parte.

Vuelve Celio.

CELIO.

Á don Tello, mi señor,
Dije cómo *Yo* os llamáis,
Y me dice que os volváis,
Que él solo es *Yo* por rigor;
Que quien dijo *Yo*, por ley
Justa del cielo y del suelo,
Es sólo Dios en el cielo,
Y en el suelo sólo el Rey.

REY.

Pues un alcalde decid
De su casa y corte.

CELIO.

Túrbase.

Iré,
Y ese nombre le diré.

REY.

En lo que os digo advertid.

Vase Celio.

CONDE.

Parece que el escudero
Se ha turbado.

ENRIQUE.

El nombre ha sido
La causa.

SANCHO.

Nuño ha venido;
Licencia, señor, espero
Para que llegue, si es gusto
Vuestro.

REY.

Llegue, porque sea
En todo lo que desea
Parte, de lo que es tan justo,
Como del pesar lo ha sido.

Nuño, Pelayo, Juana y villanos, fuera de la verja.

SANCHO.

Llegad, Nuño, y desde afuera
Mirad.

NUÑO.

Sólo ver me altera
La cara deste atrevido.
Estad todos con silencio.

JUANA.

Hable Pelayo, que es loco.

PELAYO.

Vosotros veréis cuán poco
De un mármol me diferencio.

NUÑO.

¡Que con dos hombres no más
Viniese! ¡Extraño valor!

Don Tello, Feliciana y criados.

FELICIANA.

Mira lo que haces, señor.....
Tente, hermano, ¿dónde vas?

DON TELLO.

Al Rey:

¿Sois por dicha, hidalgo, vos
El alcalde de Castilla
Que me busca?

REY.

¿Es maravilla?

DON TELLO.

Y no pequeña, ¡por Dios!
Si sabéis quién soy aquí.

REY.

Pues ¿qué diferencia tiene
Del Rey, quien en nombre viene
Suyo?

DON TELLO.

Mucha contra mí.
Y vos, ¿adónde traéis
La vara?

REY.

En la vaina está,
De donde presto saldrá,
Y lo que pasa veréis.

DON TELLO.

¿Vara en la vaina? ¡Oh, que bien!
No debéis de conocerme.
Si el Rey no viene á prenderme,
No hay en todo el mundo quién.

REY.

¡Pues yo soy el Rey, villano!

PELAYO.

¡Santo Domingo de Silos!

DON TELLO.

Pues, señor, ¡tales estilos
Tiene el poder castellano!
¡Vos mismo! ¡Vos en persona!
Que me perdonéis os ruego.

REY.

Quitadle las armas luego.

Desarman á D. Tello: pasan la verja Nuño y los villanos.

Villano, ¡por mi corona,
Que os he de hacer respetar
Las cartas del Rey!

FELICIANA.

Señor,
Que cese tanto rigor
Os ruego.

REY.

No hay que rogar.
Venga luego la mujer
Deste pobre labrador.

Vase un criado.

DON TELLO.

No fué su mujer, señor.

REY.

Basta que lo quiso ser.
Y ¿no está su padre aquí,
Que ante mí se ha querellado?

DON TELLO.

Mi justa muerte ha llegado. (Aparte.)
Á Dios y al Rey ofendí.

Elvira, sueltos los cabellos.

ELVIRA.

Luego que tu nombre
Oyeron mis quejas,
Castellano Alfonso,
Que á España gobiernas,
Salí de la cárcel
Donde estaba presa,
Á pedir justicia
Á tu Real clemencia.
Hija soy de Nuño
De Aibar, cuyas prendas
Son bien conocidas
Por toda esta tierra.
Amor me tenía
Sancho de Roelas;
Súpolo mi padre,
Casarnos intenta.
Sancho, que servía
Á Tello de Neira,
Para hacer la boda
Le pidió licencia:
Vino con su hermana;
Los padrinos eran:
Vióme y codicióme,
La traición concierta.
Difiere la boda,
Y viene á mi puerta
Con hombres armados
Y máscaras negras.
Llevóme á su casa,
Donde con promesas
Derribar pretende
Mi casta firmeza;
Y desde su casa
Á un bosque me lleva,
Cerca de una quinta,
Un cuarto de legua;
Allí, donde sólo
La arboleda espesa,
Que al sol no dejaba
Que testigo fuera,
Escuchar podía
Mis tristes endechas,
Digan mis cabellos,
Pues saben las yerbas
Que dejé en sus hojas
Infinitas hebras,
Qué defensas hice
Contra sus ofensas;

Y mis ojos digan
Qué lágrimas tiernas,
Que á un duro peñasco
Ablandar pudieran.
Viviré llorando,
Pues no es bien que tenga
Contento ni gusto
Quien sin honra queda.
Sólo soy dichosa
En que pedir pueda
Al mejor alcalde
Que gobierna y reina,
Justicia y piedad
De maldad tan fiera.
Ésta pido, Alfonso,
Á tus pies, que besan
Mis humildes labios,
Ansí libres vean
Descendientes tuyos
Las partes sujetas
De los fieros moros
Con felice guerra;
Que si no te alaba
Mi turbada lengua,
Famas hay é historias
Que la harán eterna.

REY.

Pésame de llegar tarde:
Llegar á tiempo quisiera,
Que pudiera remediar
De Sancho y Nuño las quejas;
Pero puedo hacer justicia
Cortándole la cabeza
Á Tello: venga el verdugo.

FELICIANA.

Señor, tu Real clemencia
Tenga piedad de mi hermano.

REY.

Cuando esta causa no hubiera,
El desprecio de mi carta,
Mi firma, mi propia letra,
¿No era bastante delito?
Hoy veré yo tu soberbia,
Don Tello, puesta á mis pies.

DON TELLO.

Cuando hubiera mayor pena,
Invictísimo señor,
Que la muerte que me espera,
Confieso que la merezco.

DON ENRIQUE.

Si puedo en presencia vuestra.....

CONDE.

Señor, muévaos á piedad
Que os crié en aquesta tierra.

FELICIANA.

Señor, el conde don Pedro,
De vos por merced merezca
La vida de Tello.

REY.

El Conde
Merece que yo le tenga
Por padre; pero también
Es justo que el Conde advierta
Que ha de estar á mi justicia
Obligado de manera,
Que no me ha de replicar.

CONDE.

Pues la piedad, ¿es bajeza?

REY.

Cuando pierde de su punto
La justicia, no se acierta
En admitir la piedad.
Divinas y humanas letras
Dan ejemplo: es traidor
Todo hombre que no respeta
Á su rey, y que habla mal
De su persona en ausencia.
Da, Tello, á Elvira la mano,
Para que pagues la ofensa
Con ser su esposo; y después
Que te corten la cabeza,
Podrá casarse con Sancho,
Con la mitad de tu hacienda
En dote. Y vos, Feliciana,
Seréis dama de la Reina,
En tanto que os doy marido
Conforme á vuestra nobleza.

NUÑO.

Temblando estoy.

PELAYO.

¡Bravo Rey!

SANCHO.

Y aquí acaba la comedia
De *El mejor Alcalde*, historia
Que afirma por verdadera
La corónica de España:
La cuarta parte la cuenta.

LA DESDICHADA ESTEFANÍA

TRAGICOMEDIA FAMOSA

DE

LA DESDICHADA ESTEFANÍA [1]

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES

El rey Alfonso.
El rey Luis.
Fernán Ruiz de Castro.
Fortún Jiménez.
Estefanía.
Isabel.
Mudarra, *lacayo*.
Olfos, *criado*.
Bermudo.
Rey Miramamolín, Zayde, Andelmón — *Moros*.
Jimeno.
Zeydán, Albumasar, Almohadí — *Moros*.
Ordoño.
Ramiro.
El conde D. Nuño.

ACTO PRIMERO.

Salen el rey Luis y el rey Alfonso, Fernán Ruiz de Castro y Fortún Jiménez.

LUIS.

Contento en extremo voy
De la merced recibida.

ALFONSO.

En obligación estoy
Mientras Dios me diere vida.

LUIS.

Señor, vuestro hijo soy;
Que con aquesto confieso
La obediencia y sujeción.

ALFONSO.

Aunque ser padre profeso,
Por sangre, á esta obligación
Quedo por mil causas preso.
Mal sin regalo os detengo,
Aunque en aquesta ocasión,
Ya que á recibiros vengo,
He ensanchado el corazón,
Donde como á hijo os tengo.

LUIS.

Cuando el huésped que recibe
Es pobre, cumple mostrando
La obligación en que vive;
Cuando es rico, sólo obrando
Las grandezas que apercibe.
De éstas, tantas ha mostrado
Castilla, que voy, señor,
De vuestro nombre admirado;
Justamente Emperador
De España fuisteis llamado.
No creí que tal poder

(1) Seguimos el texto de la *Parte Docena* de las comedias de Lope (1619), poniendo por nota las escasas variantes que ofrece el texto de esta tragicomedia en la *Segunda Parte* apócrifa ó *extravagante* de Barcelona (1630).

Teniades. ¡Cosa extraña!
Dios os deje, Alfonso, ser
Rey absoluto de España;
Dios y vos lo habéis de hacer:
  Dios, en ensanchar el celo
De vuestra fe contra el Moro;
Vos, en derribar al suelo
Su imperio, y de este tesoro
Ofrecerle el quinto al cielo;
  Que tenéis ilustre gente,
Que en las fiestas ha mostrado
Tal valor, que no consiente
Igualdad con el pasado
Ni fama con el presente.
  ¡Qué de ilustres caballeros!
Gobernar pueden mil mundos,
Naciendo entre moros fieros;
En la edad al Cid segundos,
Pero en el valor primeros.
  Yo llevo bien qué contar
Á mis nobles á París.

ALFONSO.

No tenéis vos qué envidiar,
Porque vuestra flor de lis
Cubre el suelo, ocupa el mar.
  No he mostrado cumplimiento:
Como á hijo os he tratado;
Sólo he mostrado contento
En verme de vos honrado,
Aunque en este favor siento
  Que no mostráis alegría.

LUIS.

Voy, cual veis, en romería
Á Santiago, y es razón
Ir con igual devoción,
Y es también condición mía.

ALFONSO.

  No, ¡por Dios! Algo tenéis,
Que cuando á alegraros vais,
Aquel placer suspendéis,
Y en la suspensión mostráis
Que del gusto os ofendéis.
  ¿Cánsaos Castilla, ó quedó
Algo en París que os lastima?
Suegro y amigo soy yo;
Quien esto postrero estima,
La voluntad agravió.
  ¿Qué tenéis? ¿De qué estáis triste?

LUIS.

Yo dijera en qué consiste
Á estar solos.

ALFONSO.

Aquí están
Dos hombres que os servirán;
Sangre y nobleza los viste.
  El uno, aunque es español,
Se pasó á Francia á serviros;
Su pecho es oro en crisol,
Y sólo puedo deciros
Que es sombra de vuestro sol.
  Con vos priva, y la privanza
Es sólo hacer confianza
De la verdad del que priva,
Para que seguro viva
Quien noble privado alcanza.
  El otro, de cuya mano,
Espada y rojo pavés
Tiembla el Morisco africano,
Fernán Ruiz de Castro es,
Que llaman el Castellano.
  Este, como allá con vos
Fortunio Jiménez, priva,
Es mi privanza, por Dios!
Si en los dos tal fuerza estriba,
Delante habla de los dos,
  Ó entrambos se salgan fuera.

LUIS.

Pues ahora puedo hablar,
No es bien que callando quiera
Con mi silencio aumentar
Mi pasión de esta manera:
  Tu hija, Alfonso, me diste
En casamiento.

ALFONSO.

Es verdad.

LUIS.

Ser legítima dijiste,
Igual á la majestad
Que en Francia y sus Reyes viste.

ALFONSO.

  ¿Quién lo duda?

LUIS.

Yo, que he sido
De lo contrario informado,
Y que bastarda ha nacido,
Rey, y que has engañado
Á quien no lo ha merecido.
  Constanza, bastarda tuya,
¿Me das á mí?

ALFONSO.

Qué, ¿á eso vienes
De Francia?

LUIS.

La gracia suya,
Y mil naturales bienes,
Quieren que su sangre arguya;
  Mas yo tengo información
De que es bastarda Constanza,
Y entre Reyes no es razón
Engañar la confianza
Ni ofender la estimación.
  Dime, Alfonso, la verdad.

ALFONSO.

Constanza, Rey, sin cautela,
Que no cabe en mi amistad,
Es hija de Berenguela,
Mi mujer.

CASTRO.

¿Hay tal maldad?
  ¡Vive Dios, que si entendiera
Quién de esa suerte informó
Á Tu Majestad, que hiciera.....

FORTÚN.
¿Cómo hablas donde estoy yo,
Fernán Ruiz, de esa manera?
CASTRO.
Pues ¿cómo tengo de hablar?
FORTÚN.
Sin mirarme, porque es dar
Ocasión que piense el Rey
Que dejé la noble ley
Cuando la dejé de honrar,
Y que en esto soy culpado.
CASTRO.
Tú á ningún rey has honrado:
Ni al de España antes que fueses
Á Francia por intereses
De tu mal tenido estado;
Ni al de Francia, pues allá
Le has dicho lo que le ha hecho
Venir con desprecio acá,
En que se ve que tu pecho
En ninguna parte está.
Tu mudable condición
Y deseo de venganza
Han hecho aquesta invención,
Porque tienes esperanza
De la injusta posesión.
Y moviendo los que están
En paz á perpetua guerra,
Tus malos intentos van
Á ser rayo de tu tierra,
Como otro conde Julián;
Mas antes que seas rayo
Y vuelva á tan vil desmayo
Tu patria, España, infamada,
Pondrá Dios en esta espada
La ventura de Pelayo.
FORTÚN.
Ruiz de Castro, yo nací
Noble en Castilla, y al Rey
Que está presente serví
En defensa de la ley
Que en la crisma recibí.
Antes que de España fuera
Á Francia con la venera
Que la cruz roja acompaña,
Ayudé á ganar á España
Y á levantar su bandera.
No me fuí por ser traidor,
Sino porque la malicia
De algún poderoso error,
Derribando mi justicia,
Obscureció mi valor.
Busqué rey á quien servir,
Y halléle de igual poder,
Y esto no puede impedir
Que aquí no pueda volver,
Pues no salí por huir.
Si es mal hecho, y si esto ofende,
El Rey de Alfonso desciende
Que sirvió en Toledo á un moro,
Y esto no ofende el decoro
Que la nobleza pretende;
Que también Guzmán el Bueno
Fué en Marruecos capitán,
Y no dejó, de honor lleno,
De ser bueno y ser Guzmán,
Por servir al Rey ajeno;
Y en lo que toca que he sido
Quien al de Francia ha informado
Que la Reina no ha nacido
De reina, si lo has pensado,
Tu pensamiento ha mentido;
Y si lo dice tu lengua,
Castro, por la barba mientes.
CASTRO.
La tuya vil se deslengua
Porque, dos Reyes presentes,
No se conozca tu mengua;
Pero recibe ese guante (1),
Y al Rey de Castilla pido
Campo.
ALFONSO.
En causa semejante
No os puede ser concedido,
Y estando otro Rey delante:
Y, Ruiz de Castro, advertid
Que no me enojo con vos,
Agradecido á la lid
Que vencí, después de Dios,
Por ser vos el adalid;
Que si otro que vos no fuera.....
CASTRO.
Señor, volved por mi honor;
Porque si de vos no espera
Remedio, podré, señor,
Cobrarle de otra manera;
Y ansí al Rey de Francia pido
Campo en su tierra.
LUIS.
No puede
Ser en París concedido
Lo que en Burgos no concede
Rey á quien habéis servido.
CASTRO.
Pues, Fortunio, en Fez te espero;
Ni á España ni á Francia quiero,
Ni á Navarra ni Aragón.
Muestra en aquesta ocasión
Si eres noble caballero;
Que si no tienes valor
Y vas á África esta vez
Para volver por tu honor,
Pondré carteles en Fez
Y quedarás por traidor.
FORTÚN.
Vámonos juntos; espera.

---

(1) Y si eres, Fortún, valiente,
Yo al Rey de Castilla pido

(Edición de Barcelona.)

CASTRO.
Nunca voy con mi enemigo.

Vase.

ALFONSO.
Tenéos, no salgáis fuera.
FORTÚN.
Gran señor.....
ALFONSO.
Tenéos digo.
FORTÚN.
Señor, mi honor considera.
LUIS.
Vos no quedáis agraviado,
Fortunio; que no habéis sido
Quien del caso me ha informado,
Ni él pudo ser desmentido
Por sólo habello pensado.
Acierta Su Majestad
En no daros libertad
Para que salgáis con él.
Enviad, señor, por él,
No salga de la ciudad.
FORTÚN.
Pues ¿quedo yo bien ansí?
ALFONSO.
Basta, Fortunio, que el Rey
Lo diga.
LUIS.
Hiciérala aquí,
Si en esto no hubiera ley.
Corra el agravio por mí.
ALFONSO.
Vos quedáis bien satisfecho;
Y para que el Rey lo quede
De la verdad de mi pecho
(Que á quien soy faltar no puede
En este ni en otro hecho),
Quiero que este caso entienda
Y la verdad del engaño.
LUIS.
No hay cosa que yo pretenda
Como el cierto desengaño
De mi amada y dulce prenda.
Señor, dadme este contento,
Porque sepa yo que ha sido
Legítimo el casamiento.
ALFONSO.
Dadme, Luis, atento oído.
LUIS.
Ya os escucho.
ALFONSO.
Estadme atento.
De Berenguela, mi mujer primera,
Tuve tres hijos y una hija sola:
Sancho, el mayor; Fernando y don García,
Y Constanza, Isabel, que todo es uno.
Por dicha, equivocándose los nombres,
Piensan que os engañé, Rey Cristianísimo,
Y que por daros á Isabel, mi hija,
Os he dado á Constanza; ó por ventura,
Piensan que os he casado con la bella
Y hermosa Estefanía, á quien ahora
Veréis para más prueba de este engaño.
LUIS.
Pues ¿quién es esta bella Estefanía?
ALFONSO.
Una hija que tuve en una dama
Tan buena como yo, porque fué nieta
Del conde Alvar Fernández el de Castro,
Sobrino de aquel Cid honor del mundo,
Y de doña Mencía Ansurez, hija
Del valeroso conde Pedro Ansurez (1).
Ansí que Estefanía bien pudiera
Casar con cualquier príncipe del mundo;
Que lo que le faltó de ser legítima,
Suple su gran belleza y alto ingenio,
Acompañado de virtudes raras.
Esta es la hija que bastarda tengo,
Y no Constanza, Rey; que si os la diera,
¿No encubriera el engaño que descubro
Por interés humano?
LUIS.
Echarme quiero
Á vuestros pies.
ALFONSO.
Tenéos, señor. ¿Qué es esto?
No más, que habéis de ver por vuestros ojos
Á Estefanía: partid, Fortún, delante,
Y á la puerta seglar de aquel convento
Decid que esté esperándonos.
LUIS.
Pues ¡cómo!
¿Es religiosa ya?
ALFONSO.
No ha profesado,
Ni aun tengo pensamiento que lo sea;
Mas pretendo excusar con aquel hábito
Pretensiones de nobles de mi reino,
Que me la piden, ya por ser mis deudos,
Ya por servicios que me han hecho en guerras.
LUIS.
Vámosla á ver; que me holgaré en extremo.
ALFONSO.
Eslo de discreción y de hermosura.
LUIS.
Quiera Dios que le imite en la ventura.

Vanse.

Salen Fernán Ruiz de Castro, y Estefanía de monja, é Isabel, esclava.

ESTEFANÍA.
¿Al fin te partes á Fez?
CASTRO.
¡Qué quieres! Ya es honra mía.
ESTEFANÍA.
¿Honra?

(1) *Anzúres*, en la otra edición.

CASTRO.

Bella Estefanía,
Venció el honor esta vez.
Pasiones son naturales,
Iras y amor y el honor,
Incita mucho el furor
En las personas Reales:
Como es rayo acelerado,
Del amor no me acordé;
Mas después que en mí torné,
Dios sabe si me ha pesado.
Pártome á Fez á esperar
Á ese cobarde traidor.

ESTEFANÍA.

Quien ha estimado tu amor,
Sabrá tu honor estimar.
Parte, animoso Fernando;
Mi fe será la que fué;
Pero mira en Fez la fe
Con que te quedo esperando;
Que no quiero detenerte
Porque te conozco ya.

CASTRO.

Pienso que el cielo querrá,
Señora, que vuelva á verte;
Y tengo á dicha mi afrenta,
Pues por (1) ella he merecido
Haber de tu boca oído
Que mi honor corre á tu cuenta.
Sólo pido, si es que tiene
Fuerza en muerte ó en partida
La palabra prometida,
Que mientras tu esclavo viene
Del cautiverio de Fez,
Ni el Rey ni otro no sea parte
Para de esta fe mudarte.

ESTEFANÍA.

Á Dios pongo por jüez,
Fernando, de la fe mía;
Parte seguro, y advierte
Que no hay poder en la muerte,
Ni tienen los tiempos día
En que de esta fe me olvide
Ni del pasado concierto;
Porque un amor, cuando es cierto,
Con ningún tiempo se mide.

Sale Fortún Jiménez.

FORTÚN.

El Rey me manda avisarte
Que el de Francia viene á verte.
Ruiz de Castro, ¿de esta suerte
Con la Infanta vengo á hallarte?
¡Tú aquí! ¿De dónde ó por qué?
¿Es esta la valentía?

CASTRO.

¡Ay, tan gran desdicha mía!
Respeto y honor, ¿qué haré?
Honra, ¿qué me aconsejáis?
¿Mataré aqueste traidor?
Qué, ¿no respondéis, honor?
Si lo sois, cobarde andáis.
Dime, Fortún mal nacido,
¿Sabes que soy aquel hombre,
Cuyo valeroso nombre
Es del África temido?
¿Sabes que en toda Castilla.....?

ESTEFANÍA.

Fernando, ¿estando yo aquí.....?

CASTRO.

Pues por eso tengo así
En la vaina la cuchilla;
Que, ¡vive el cielo, que has sido,
Cuando tal causa me dan,
Como el ángel de Abraham,
Que la mano me ha tenido!
Porque si no, ya no hubiera,
Aunque el mismo Rey llegara,
Cabello en aquella cara,
Que por el aire no fuera.
Á Fernán Ruiz, á un hombre
Que llaman el Castellano,
¿Osas ofender, villano?

FORTÚN.

Ya sabes que ése es tu nombre,
Y que estando desmentido,
Y el desafío aplazado,
Ni quedas desagraviado,
Ni de ti quedo ofendido.
El cabello de mi cara,
Que hiciera en tu mano, fío,
Lo que el Cid con el Judío,
Que muerto resucitara.

CASTRO.

¿Qué es esto, Fortún? ¿No miras
Que está aquí el sol ya partido,
Y que si campo te pido
Y como vil te retiras,
Pediré licencia al sol,
Y que, con su rayo eterno,
Te arrojaré hasta el infierno
Con este brazo (1) español?
Si es porque está en medio el cielo
Y las estrellas hermosas,
Á convertir poderosas
La esfera del fuego en hielo,
Mira que podrás hacer
Que pierda al cielo el respeto;
Que no hay agravio discreto
Ni firme cielo en mujer;
Y te asiré, ¡por Dios vivo!
No en túmulo de alabastro
Ni con el Cid, (que soy Castro
Y entre mil reyes me escribo),
Sino cual Hércules fiero,

(1) *Para*, dicen las dos ediciones antiguas.

(1) *Rayo*, dice la primera edición; pero en este caso me parece preferible el texto de Barcelona.

Que la piel revuelta al brazo,
Haré que el menor pedazo
Estrelle el cielo primero.

FORTÚN.

Si ese cielo que respetas
No estuviera entre los dos,
Trocada vieras ¡por Dios!
La fábula que interpretas;
Que al Hércules arrogante
Yo le arrojara de modo,
Que pasara el cielo todo,
Si hay lugar más adelante.

Mete mano á la espada, y Castro empuña la suya.

ESTEFANÍA.

Quedo, Fortún; poco á poco,
Fernando.

ISABEL.

Los Reyes vienen.

Salen los Reyes.

ALFONSO.

Los dos son.

LUIS.

Espadas tienen.

ALFONSO.

¿Qué es esto, Castro? ¿Estás loco?
¿Aquí tu furia paró?
¿Esta es la Fez á que fuiste?
Campo al monasterio hiciste.

CASTRO.

Siempre soy culpado yo:
¡Por Dios, que pagas muy bien
Los servicios recibidos,
Á mis mayores debidos
Y á mis hazañas también!
Pues á fe que en casos tales
No heredas de tus mayores
El defender los traidores
Y el ofender los leales.
Delante del rey Luis,
Alfonso, decirte puedo,
Que de León á Toledo,
Que es lo más en que vivís,
Debéis, Reyes castellanos,
Á mis nobles ascendientes
El coronar vuestras frentes
Con el laurel de sus manos.
Los Castros, sangre del Cid,
¿Tratas de esa suerte ya?
Cuando ganaste á Alcalá,
Atienza y Almonacid,
¿No dijiste en voces altas:
«Castro, pariente y amigo,
Todo lo venzo contigo,
Todo lo pierdo si faltas»?
Pues ¿cómo ansí me desprecias?
Pero Fortunio es mejor,
Que desciende de un traidor,
Y tú á los traidores precias.
Sangre tienes de Vellido:
¿Qué miras? Verdad te hablo;
Guárdate de otro venablo;
Que es cobarde y mal nacido.
Que si aquí empuñé la espada,
Fué porque él la sacó aquí,
Después que un ángel que vi,
La tuvo un poco envainada,
Cuyo respeto me ha hecho
Salir de mi condición;
Mas pues ya las tuyas son
Fiar de iguales tu pecho,
En el África le espero;
Que hoy me parto á Gibraltar,
Que pienso por Ceuta entrar,
Y en Fez ver si es caballero;
Que á estas puertas le ofrezco
La lengua con que amenaza,
Como cabeza de caza,
Si la victoria merezco:
Que con esta misma daga
La he de clavar y escribir.
Así el hablar y el mentir,
Traidor Fortunio, se paga.

Vase.

ALFONSO.

Prendedle.

FORTÚN.

Dejadle un poco,
En tanto que le castigo.

LUIS.

Detente, Fortunio amigo.

FORTÚN.

Voy á castigar un loco.

LUIS.

Es mi gusto que te esperes.

ALFONSO.

¿Qué es aquesto, Estefanía?

ESTEFANÍA.

Á despedirse venía.
Señor, de esto no te alteres;
Que es deudo, como tú sabes,
De mi madre doña Sancha.

ALFONSO.

Rey, el corazón ensancha;
Salgan las sospechas graves.
Esta es aquella de quien
Te dijeron en París.....

ESTEFANÍA.

Cristianísimo Luis,
Que el cielo prospere en bien,
Dame esos pies generosos.

LUIS.

Cuñada, el pecho y los brazos,
Lazos que deshacen lazos
De cuidados temerosos.
Mucho me alegro de veros;
La fama vencéis, ¡por Dios!

ESTEFANÍA.
Rey sois; recibo de vos
Mercedes.

LUIS.
No hay qué ofreceros;
Que como el alma lleváis,
No dejáis que daros pueda
Quien tan solo y pobre queda
Después que vos le miráis.
Aunque Constanza, mi esposa,
Rey, tenga más calidad,
Ojalá Tu Majestad
Me diera esta prenda hermosa,
Que yo holgara del engaño;
Mas pues ya no puede ser,
Una merced me has de hacer
Por último desengaño;
Que es dársela en casamiento
Á Fortún, que me ha obligado,
Servido y acompañado,
Y tiene merecimiento.

ALFONSO.
Fortún es gran caballero;
Mas responda Estefanía.

ESTEFANÍA.
Señor, la ventura es mía;
Mas venza Fortún primero
De Fernando el desafío;
Que no me he de hallar mañana
Sin marido.

LUIS.
Cosa es llana
Que, á cuenta del honor mío,
Puede Fortunio quedarse
En Castilla con su honor.

ESTEFANÍA.
Si le retó de traidor,
¿De qué puede asegurarse?
Sepa Vuestra Majestad
Que los castellanos fueros
Son los que á los caballeros
Dan honor y autoridad.
Arias Gonzalo ofreció
Tres hijos á tantos daños,
Y él se armó de setenta años,
Y á la campaña salió.
Los Condes de Carrïón
Murieron en estacado,
Y Ruy Velázquez, retado,
Pagó su infame traición.
Ningún retado en Castilla
Tiene honor; Fortunio salga
Con aquella espada hidalga,
Del África maravilla;
Que cuando le haya vencido,
Aquí para suya estoy.

FORTÚN.
Bien dice: al África voy.
Que me des licencia pido;
Que pues dijo que yo había
Informado al Rey tan mal,
Y en su Reina natural
Presumido bastardía,
No cumpliré con mi honor
Sin hacer el desafío.

ALFONSO.
Pues que ya es con gusto mío,
En Burgos será mejor.
Llamen á Fernando luego.

LUIS.
Quiero hablar á mi cuñada.

FORTÚN.
Por verme ya en la estacada,
Me estoy consumiendo en fuego.

Vanse todos, y queda Isabel sola.

ISABEL.
Si merecen los altos pensamientos
Y las empresas dignas de memoria
Honroso nombre, penetrad los vientos,
Atrevidos principios de mi gloria.
No compiten ansí los elementos,
Como para llevar de amor victoria
Mis imaginaciones; mas no bastan;
Que los deseos su rigor contrastan.
¿Quién dirá que una esclava á Fortún quiera,
Caballero de sangre tan altiva,
Y por tan altos imposibles muera,
Que ausente de él, con esperanzas viva?
Cautiva fuí del Rey en la frontera,
Y de Fortún en Burgos soy cautiva:
Diez años ha que le miré, y diez años
Que vive mi esperanza en sus engaños.
Fuése á Francia, y pensé que la distancia
Mudara la firmeza de mi pecho;
Pero después que aquí volvió de Francia,
Mayor estrago en mi sentido ha hecho:
Mi perdición estimo por ganancia,
Que en los daños de amor está el provecho;
Yo moriré, pero alabarme puedo,
Que victoriosa de mis penas quedo.

Sale Mudarra, lacayo.

MUDARRA.
Túrbense los discordes elementos;
Desencájese el cielo de sus quicios;
Tiendan las alas por el mar los vientos;
Rómpanse los celestes frontispicios,
Á mi desdicha y mi dolor atentos;
Dejen todas las cosas sus oficios,
Pues me llevan á tierras tan extrañas,
Y se queda Isabel con mis entrañas.
Entren los ríos á sorber las trojes;
Bajen jaras de amor haciendo rajas,
Lenguas de puerco y manos de relojes,
Y canillas de piernas, y tinajas;
Tírenme balas, bolos, troncos, bojes,
Bancos, varas, ballestas y barajas,
Pues voy donde no hay vino ni castañas,
Y se queda Isabel con mis entrañas.

Arrebócese el sol por cuatro meses;
Póngase luto la redonda luna;
Rásguense Marte, y muerte sus arneses,
Por quien se meta monja la fortuna;
Cómanse de langosta nuestras mieses;
Dáñese el vino en su primera cuna,
Pues me llevan á Fez á jugar cañas,
Y se queda Isabel con mis entrañas.

ISABEL.

Mudarra, ¿qué es aquésto?

MUDARRA.

¿Quién me nombra?
¿Quién me consuela en tanta desventura?

ISABEL.

Tu Isabel, prenda mía.

MUDARRA.

¡Oh, bella alfombra,
Donde puso su estrado la hermosura!
¡Oh, bello sol con quien el sol es sombra,
Primavera de Abril, tronco y verdura
De mi afligido espíritu!

ISABEL.

¿Qué tienes,
Que tan enamorado y tierno vienes?

MUDARRA.

¿No has sabido, Isabel, cómo se parte
Fernán Ruiz de Castro á Fez ahora,
Y que se va con él tu Durandarte?
¿Aun no sabe estas nuevas tu señora?

ISABEL.

Ya de su ausencia él mismo le dió parte.

MUDARRA.

¿Quiérele bien?

ISABEL.

Presumo que le adora,
Y que ha de hacer notable sentimiento.

MUDARRA.

Y á ti, ¿cómo te va de pensamiento?

ISABEL.

Que temo de esta ausencia tu mudanza.

MUDARRA.

Si fuera yo mujer, no pongas duda;
Que quien busca firmeza el viento alcanza,
Porque á cualquiera vendaval se muda.

ISABEL.

Pues ten de mí segura confianza
De que obligada á lo que debo acuda.

MUDARRA.

¿Quiéresme bien? por vida de tus ojos.

ISABEL.

Tú solo eres la paz de mis enojos:
No quiere la amorosa madre tanto
Al hijo que le cuelga de los pechos,
Al agua el triste enfermo, el gozo al llanto,
Ni á la lluvia los ásperos barbechos;
Al puro sol el tenebroso manto,
Las aves á los nidos en sus techos,
Amor la paz, las hierbas al rocío,
Cuanto te quiero yo, lacayo mío.

MUDARRA.

No quiere tanto el avariento al oro,
Los divinos poetas sus concetos,
El Alcorán de su Mahoma el moro,
El abuelo caduco á tiernos nietos,
El botón al ojal, la vaca al toro,
Á sus mismos donaires los discretos,
La doncella guardosa su alcancía,
Cuanto te quiero yo, perrona mía.

ISABEL.

¿Cuándo se va Fernán Ruiz de Castro?

MUDARRA.

Las postas dejó en casa, y puestas botas,
Aquel Fernán González de alabastro.
¿Qué mandas para Fez, reina de sotas?
Haz cuenta que á cincuenta naves lastro
De alfombras, alquiceles y marlotas,
Y que te traigo media Berbería,
Y es poco para ti, perrenga mía.

ISABEL.

Vete con Dios, y abrázame.

MUDARRA.

Una prenda
Te quiero dar.

ISABEL.

Y yo á llorar comienzo.

MUDARRA.

Éste para la vuelta se encomienda
Á tus manos; jabóname este lienzo.

Dale un pañuelo muy sucio.

ISABEL.

¿Este anjeo?

MUDARRA.

Mi amor quiero que entienda.

ISABEL.

¡Jesús, aun de tocarle me avergüenzo!

MUDARRA.

Mis prendas son de dura, mi amor fuerte.

ISABEL.

No te verán mis ojos hasta verte.

Vanse.

Salen Albumasar, moro viejo, y delante Andelmón, vestido de moro pobre, como cautivo.

ANDELMÓN.

¿No me dirás qué me quieres
Con tanta importunación?
¿Sabes quién soy?

ALBUMASAR.

Sé quién eres.

ANDELMÓN.

De mi baja condición,
Sabio Albumasar, ¿qué infieres?

ALBUMASAR.

¿Sabes que astrólogo soy,
No sólo en Fez y Marruecos,
Conocido donde estoy,
Mas que á España, con los ecos
De mi nombre, fama doy?

ANDELMÓN.

Sé que si alguno ha nacido
Que sepa esa incierta ciencia,
Tú solo en el mundo has sido,
Y que la antigua experiencia
Has puesto en eterno olvido.
Sé que de esferas, planetas,
Cielos y otros movimientos,
Sabes las causas secretas,
Y que nuestros nacimientos
Por su ascendiente interpretas;
Mas si soy un pobre ollero,
Que me sustento del barro,
¿De mí qué infieres?

ALBUMASAR.

Infiero
El soldado más bizarro
Y el más galán caballero.
¡Oh, si del sol entendieras,
Y de Júpiter el bien
Que por su respeto esperas!
¡Tú has de ser rey!

ANDELMÓN.

¿Rey también?
¿Qué dices? ¿Hablas de veras?

ALBUMASAR.

Ven acá: cuando del barro
Que tratas, si quieres haces
Un grande ó pequeño jarro,
Tal ensanchas, tal deshaces,
Tal es pobre, tal bizarro.
¿No consideras que Alá,
Ansí con el barro está,
De que á todos nos fabrica,
Pues una materia aplica,
Y diversas formas da?
Todos están de almas llenos,
Ya en concavidad angosta,
Ya en más escondidos senos
Que no le tienen más costa
Que el barro, cuál más, cuál menos.
Á ti para rey te ha hecho
En la rueda de su mano;
Que, aunque vaso vil y estrecho,
Ya su poder soberano
Puso gran alma en tu pecho.
Rey del África serás,
Á España con gente irás;
Tu frente espera un laurel,
Que en todas las hojas de él,
Un reino, Andelmón, pondrás.

ANDELMÓN.

Dame tus pies.

ALBUMASAR.

Sólo á uno,
Que es Alá, por justas leyes.

ANDELMÓN.

Á ti después, si hay alguno.

ALBUMASAR.

Tente, Andelmón; que los reyes
No han de humillarse á ninguno.
Vete á tu oficio, que viene
Gente.

ANDELMÓN.

Voyme, y ruego á Alá
Acerque el bien que previene,
Por darte, si me la da,
Todo lo mejor que tiene;
Que sin duda será acierto,
Porque, cuando de mis vasos
Miraba el suelo cubierto,
Iba yo con grandes pasos,
Glorioso de aquel concierto;
Y decía: «Aquéstos son
Mis vasallos, y han de ser
Algún día un escuadrón
Que al África han de poner,
Y aun á España, en sujeción.»
Al vaso que grande vía,
«Éste es General», decía;
Haciendo á los más pequeños
Los capitanes y dueños
De la humilde infantería.
Sin esto, lo que me cuentas,
Muchas noches lo he soñado.

ALBUMASAR.

Parte y sigue lo que intentas.

ANDELMÓN.

Póngame el cielo en mi estado.

ALBUMASAR.

Lo que serás representas.

Vase Andelmón, y salen Zayde, Almohadí y Zeydán.

ALMOHADÍ.

¿Quién puede ya sufrir tanta insolencia,
Como la de este bárbaro cobarde?

ZAYDE.

Villana, que no hidalga, es la paciencia.

ZEYDÁN.

Oh, claro Albumasar, que Alá te guarde.

ALBUMASAR.

Del Miramamolín vendréis quejosos.

ALMOHADÍ.

Como es posible que tu ciencia tarde,
Revuelve, Albumasar, los poderosos
Efectos de tu ciencia, y di si es cierto
Lo que intentan mis brazos belicosos.
¿Has hablado á Andelmón?

ALBUMASAR.

Haced concierto
Cómo matar al Rey, que ya él lo sabe.

ALMOHADÍ.

¿Muestra valor?

ALBUMASAR.

Valor tiene encubierto.
Admírame de ver el rostro grave
Que me mostraba siendo un pobre ollero,
Aunque el agradecer blando y süave;
No lo dudéis, tan fuerte caballero
No ha de tener el Africa, ó me engaña
El cielo todo, en cuyo curso espero.

Éste ha de ser el que, pasando á España,
En Córdoba renueve la mezquita,
Ganando la ciudad que el Betis baña;
Éste ha de ser.....

ALMOHADÍ.

Detente; que me incita,
Albumasar, el odio y la venganza:
Deja de hablar, las armas solicita.

ALBUMASAR.

Valiente Almohadí, ten esperanza,
Que de tu nombre habrá, por mil edades,
Memoria en cuanto el sol su curso (1) alcanza:
Llamaránse los moros almohades,
De tu nombre, los fuertes africanos
Que á España ganarán tantas ciudades.
Tomad todos las armas en las manos,
Haced rey á Andelmón, el de Fez muera;
Pasad el mar, cubrid los montes canos,
Corónese de Ceuta la ribera
De naves altas, con que tiemble Europa,
Que vuestro yugo temerosa espera.

ZAYDE.

Pongamos la Real corona y ropa
Á nuestro Rey primero, y vamos luego
Donde, llevando la fortuna en popa,
Al Miramamolín pongamos fuego.

ZEYDÁN.

¿Qué señas llevaremos para el día,
Para que no se acuda en tropel ciego?

ALMOHADÍ.

Sea la seña, por opinión mía,
Si una caja de guerra se tocare.
Vámosle á hablar.

ALBUMASAR.

Almohadí, confía
Si el cielo no se muda.

ALMOHADÍ.

Alá me ampare.

Vanse.

Salen Fernán Ruiz de Castro y Mudarra.

CASTRO.

Más he sentido la posta,
Mudarra, hasta Gibraltar,
Que los peligros del mar.

MUDARRA.

Yo hasta aquí, desde la costa,
Tres leguas de mar que encierra
De Gibraltar el Estrecho,
No me han afligido el pecho
Como esta fragosa tierra.
¡Oh, que llevo que contar
De Tetuán!

CASTRO.

De sus moros,
Trajes, caballos, tesoros,
Fértil tierra, estrecho mar.

MUDARRA.

Que no, señor.

CASTRO.

Pues ¿de qué?

MUDARRA.

De la tierra de las monas,
Que andaban como personas,
Cuál trepando y cuál en pie.

CASTRO.

Tras el agua que has pasado,
¿Aun no está templado el vino?

MUDARRA.

Á fe que es este camino
Para quedar bien templado.
¡No me llevaras á Francia
Ó Flandes, donde le hiciera
Brindis á España, y bebiera
En bacanal consonancia,
Y no á esta mora campiña,
Que algún demonio gobierna,
Donde no hay una taberna
Ni se descubre una viña!
¿Aquí quieres pelear?
¿Con qué ánimo has de salir?
Dijérasmelo al partir;
Embarcara en Gibraltar
Cuatro cueros de Jerez,
Con que no sólo vencieras
Á Fortunio, mas te hicieras
Rey de Marruecos y Fez.
¿Ésta es África, á ésta llaman
La tierra de Tetuán?
¿Aquí por monas se van?
¡Vive Dios, que á España infaman!
¿No era mejor ir á Coca,
Á San Martín y Alaejos,
Á cazar monazos viejos
Y cueros hasta la boca,
Y no aquí, donde se bebe
Agua como mulas?

CASTRO.

Calla;
Que si de aquesta batalla
Sale mi honor como debe,
Y á España me vuelve Dios,
Á este ayuno haremos fiesta.

MUDARRA.

Desdichada tierra es ésta:
Todo es romadizo y tos,
Destilaciones y flemas.

CASTRO.

El Rey sale; vuelve en ti,
Que habemos de estar aquí.....

MUDARRA.

Con mil reumas y postemas.

CASTRO.

Con reverencia y respeto,
Porque el Miramamolín
Es Rey del África en fin.

MUDARRA.

Desde ahora le prometo

(1) *Surco.*

Una mona á Estefanía
Y otra pequeña á Isabel.

CASTRO.

Mira que viene con él
Lo mejor de Berbería.

MUDARRA.

La mejor mona será
Que se haya jamás tomado.

CASTRO.

Parécese tu cuidado
Al que Fortunio me da.

Salen el rey Miramamolín, y Almohadí, y Zeydán, y Zayde, y Albumasar.

REY.

¿Que es de gallarda persona?

ALBUMASAR.

Grandezas me cuentan de él.

MUDARRA.

¡Lo que se holgará Isabel
De que yo tome una mona!

CASTRO.

Dame tus pies, gran señor.

REY.

Cristiano, seas bien venido;
¿Qué es lo que me pides?

CASTRO.

Pido
Á Tu Majestad favor.

REY.

¿De dónde eres?

CASTRO.

De Castilla:
Tuve con un caballero
Palabras; y aunque su fuero.....

MUDARRA.

Con cadena y con traílla,
Irá lindamente atada.

CASTRO.

Obliga al Rey, mi señor,
Á dar campo al retador
Y asegurar la estacada.
Por pasión me le han negado,
Y así te hago jüez
De mi agravio, porque á Fez
Le traigo desafiado,
Seguro de que darás
Campo á un Castro castellano.

REY.

Ya te conozco, cristiano,
En alta opinión estás;
Los Castros sois descendientes
De los reyes.

MUDARRA.

Una mona
Alegrará á una persona
Que tenga el alma en los dientes.
¡Vive Dios, que he de tomalla
Por donde pudiere asilla!

REY.

Y ¿vendrá desde Castilla
Este hidalgo á la batalla?

CASTRO.

Vendrá si tiene valor;
Yo, según fuero de España,
Con salir á la campaña
Cumplo con mi honor, señor.
Dadme licencia que ponga
Carteles de desafío,
Porque así al agravio mío
Armas y fuerzas disponga;
Que fío de mi contrario
Que estará dentro de Fez.

REY.

Sí, fuera de ser jüez,
Á tu intento es necesario
Guarda ó seguro, aquí estoy.

CASTRO.

Merced espero de ti;
¿Voy con tu licencia?

REY.

Sí.

CASTRO.

Pues, con tu licencia, voy.
Ea, Mudarra, esto es hecho;
Licencia dió á mi persona.

MUDARRA.

¿Para llevar una mona?

CASTRO.

Que estás borracho sospecho:
Necio, ¿sabes lo que emprendo?
Corre, búscame una caja.

MUDARRA.

De pesadumbres ataja;
Que todo tu intento entiendo;
Sin caja la llevaré
Con una cadena buena.

CASTRO.

Merecieras la cadena,
Como esclavo, puesta al pie:
Caja de guerra te digo.

MUDARRA.

Espantaráse de oílla.

CASTRO.

¡Que viniese de Castilla
Acompañado contigo!
Ven por aquí, majadero.

MUDARRA.

Si no la llevare bien
Quéjate.

CASTRO.

¡Miren á quien
Traje á Fez por escudero!

Vanse los dos.

REY.

Gallardo es este cristiano.

ZEYDÁN.

Es Castro.

REY.

¡Gentil presencia!

ZAYDE.

En Burgos, por excelencia,
Le llaman el Castellano.

REY.

Deseo su buen suceso:
¿Díjote á ti la ocasión
Del desafío?

ZAYDE.

Allá son
Por cosas de poco peso.

REY.

¿Es competencias acaso
De alguna dama?

ZAYDE.

No sé;
Siempre este Fernando fué
De sus secretos escaso:
Allá le traté en España.
¡Desdichado del contrario!
Gran valor es necesario
Para emprender esta hazaña,
Porque Ruiz de Castro es hombre
Con quien destetan allá
Los niños.

REY.

Ya suena acá
La excelencia de su nombre.
¿Querráme servir á mí
Si le trata mal su Rey?

ALMOHADÍ.

Defiende tanto su ley
Que será imposible el sí:
Mas yo le he de hablar, que el sol
No ha visto mejor soldado.

REY.

Estimaré que á mi lado
Asista un Castro español.

Vanse.

Sale Fernán Ruiz de Castro, y Mudarra con una caja de guerra.

CASTRO.

Aquí puedes, Mudarra, echar el bando
En tanto que yo fijo los carteles.

MUDARRA.

Fija en aquesa calle tres ó cuatro
En tanto que comienzo.

CASTRO.

Toca.

MUDARRA.

Escucha.

Fernán Ruiz de Castro á Fortunio Jiménez desafía en campo, de aquí á un mes desde este bando, juez y fiador de que es seguro el Miramamolín señor de África.

Toca la caja, y van saliendo, cada uno de por sí.

Albumasar, Almohadí, Zayde y Zeydán.

ALBUMASAR.

La caja y la señal sin duda es ésta.

ZAYDE.

Si es ésta la señal, ¿qué concertamos?

ALMOHADÍ.

Caja, y en Fez..... Nuestro concierto llega.

ZEYDÁN.

Al arma tocan, los amigos vienen.

Sale Andelmón vestido de rey.

ANDELMÓN.

¿Qué es esto, amigos, es ya tiempo?

ALBUMASAR.

El cielo,
Andelmón generoso, te prospere.

ANDELMÓN.

¿Qué caja es ésta?

ALBUMASAR.

Calla, que un cristiano
La toca.

ANDELMÓN.

Dí, español, ¿qué caja es ésta?

CASTRO.

Un desafío es; no tengáis miedo;
Que el Rey me dió licencia que fijase
Unos carteles.

ALMOHADÍ.

Todo ha sido engaño;
Mas ya que estamos juntos, ¿qué haremos?
Que pues se ha conocido nuestro intento
Á la conjuración contra el Rey hecha,
No nos volvamos, generosos moros,
Sin acabar la empresa comenzada.

ZAYDE.

¡Al arma, pues!

ZEYDÁN.

¡Al arma, al arma, y muera
El Miramamolín!

ANDELMÓN.

¿Quién vive?

TODOS.

¡Viva
Nuestro rey Andelmón!

Vanse todos metiendo mano.

CASTRO.

Extraño caso:
Mudarra, defendamos su persona.

MUDARRA.

¿Mas que me voy á España sin la mona?

ACTO SEGUNDO.

Salen el rey Alfonso, Fortún Jiménez y acompañamiento.

ALFONSO.

Mucho me he holgado de verte;
Seas, Fortún, bien venido.

FORTÚN.

He tenido á buena suerte
Haber con mi honor cumplido
Sin dar á Castro la muerte.
Luego que el francés se fué,
Partí, señor, á Lisboa;
Della, á Ceuta me embarqué,
Dando al mar la herrada proa
De una tartana que hallé.
Cuando de Ceuta salía
Supe cómo Fez se ardía
De un rebelión ó motín,
En que el Miramamolín
Fué muerto á traición un día.
Con dos mil guardas, las puertas
Cerradas y defendidas,
Jamás me fueron abiertas,
Y han costado tantas vidas,
Que hay seis mil personas muertas.
Un cierto moro, Almohadí,
Fué autor de este rebelión,
Según en Tánger oí,
Con otros de su nación
Que le ayudaban allí.
Juntos, de varias ciudades,
Llámanse los almohades;
Un astrólogo los guía,
Que extiende su monarquía
A las futuras edades.
Han hecho Rey á Andelmón,
Hijo de un humilde ollero,
Aunque de gran corazón,
Altivo, gallardo y fiero,
Dispuesto á cualquier traición.
Han hecho, en fin, Rey de barro,
Por hacelle más bizarro
Contra tu carro español,
Porque ha jurado que el sol
No tiene seguro el carro.
Diez mil hombres en campaña,
Y más ocho mil caballos,
Quiere poner contra España;
Junta, Alfonso, tus vasallos,
No salgan con esta hazaña;
Que si pasan, y se alaba
Esta nación almohadí
Que esta flecha es de su aljaba,
Vendrá mayor mal por ti
Que á Rodrigo por la Cava.

ALFONSO.

De tu venida y la suya,
Fortún, tengo gran contento,
Y espero en Dios que destruya
Mi mano su atrevimiento,
Porque mi poder se arguya.
Venga el bárbaro, y con él
Los villanos almohades;
Que de su intento cruel
Hallarán por mil edades
Memoria, y de mí por él.
Mas no será grande exceso
Quebrar este Rey de barro,
Ni llevar, aunque vil peso,
Al que al sol le quita el carro,
En el de mis triunfos preso.
Tú has cumplido con tu honor;
Llámenme á mi hija luego:
Hoy la empleo en tu valor.

FORTÚN.

Quedaré de su sol ciego,
No la merezco, señor;
Mas si de este bajo suelo
A tal grandeza me subes,
De mi humilde amor y celo,
A sus rayos haré nubes,
Y miraréla con velo.

ALFONSO.

Venga con Real vestido,
Deje el hábito, y entienda
Que desde hoy tiene marido,
Y tú, que llevas la prenda
De más valor que he tenido.
Jacob á José quería,
Por ser hijo de Raquel,
Más que á los hijos de Lía;
Que amándole amaba en él
Lo que della en él se vía.
Yo, de mi Sancha contemplo
En Estefanía un dechado,
Un retrato, un alto ejemplo.

FORTÚN.

Haz cuenta que has fabricado
Para su imagen un templo:
Las puertas serán mis ojos,
El altar será mi pecho,
Ara el alma, á los despojos
Más bellos que el cielo ha hecho,
Para paz de mis enojos.
No volveré á Francia más:
Compras un esclavo en mí.

Sale Estefanía de dama, y Ordoño é Isabel.

ORDOÑO.

¿Sabes que á casarte vas?

ESTEFANÍA.

Ya sé, Ordoño, que nací
Para no tener jamás
Sola un hora de alegría.

FORTÚN.
Aquí viene Estefanía.
ALFONSO.
Esta es mi hija, Fortún;
No de la plebe común,
Sino toda sangre mía.
La torre de Mormojón,
Castromocho y Palenzuela,
Con ella tu dote son:
Llamen luego á Ordoño Vela
Que les dé la bendición.
¿Para qué tan triste vienes?
ESTEFANÍA.
Tengo ocasión.
ALFONSO.
¿Tú de qué?
Responde, ¿en qué te detienes?
ESTEFANÍA.
Señor, ¿qué responderé,
Cuando casada me tienes?
Eres padre y Majestad;
La fuerza y la voluntad
Son tuyas.
ALFONSO.
¡Esto es vergüenza!
Todo quiero que lo venza
Tu amor y mi autoridad;
Ven donde tu esposo hables,
Que es un grande caballero.
ESTEFANÍA.
Mis desdichas son notables;
Tarde, Ruiz de Castro, muero.
¡Oh, tiempos siempre mudables,
Lo que adoro me quitáis,
Lo que aborrezco me dais!
ISABEL.
Mis deseos se han cumplido
Siendo Fortún su marido.
Hoy, cielo, de gracia estáis;
Que al fin si con ella casa,
Y dándole yo ocasión,
Mereceré el afición
De este fuego que me abrasa;
Que hay hombre que de su hermosa
Mujer cansado, en su esclava
Pone los ojos: dichosa
Mi suerte; hoy mi pena acaba.
ESTEFANÍA.
¡Que soy de un bárbaro esposa!
¡Que me pierde el más galán,
El más fuerte y más valiente,
Y que á un villano me dan!
FORTÚN.
Aunque en la ocasión presente
Ciegos mis ojos están,
Bellísima Estefanía,
Mira mis dichas contenta;
Que el bien que el cielo me envía,
Desde hoy corre por su cuenta,
No por la tuya y la mía.
Del mundo quisiera ser
Hoy absoluto señor;
Mas si puede merecer
Cualquier imposible amor
Más que el humano poder,
Con él te merezco yo.
¿No me hablas?
ALFONSO.
Aun no es tiempo.
ESTEFANÍA.
Ved lo que el cielo me dió
Por no venir Castro á tiempo:
Yo diré sí; el alma, no.

Vanse.

Salen Fernán Ruiz de Castro y Mudarra, de moro gracioso.

MUDARRA.
¿Para qué me has puesto ansí?
CASTRO.
Para engañar á mi bien,
Y poder mejor también
Pedirle albricias de mí.
MUDARRA.
¿Osaré en la portería
Hablar de aquesta manera?
CASTRO.
No, mas pregunta acá fuera
Por la bella Estefanía.
Dile que un moro de Fez
Trae nuevas del de Castro.
MUDARRA.
Parezco moro del Rastro:
Ya voy temiendo la nuez;
Que de tales invenciones
Suele salir, con razón,
El echar la bendición
Al pueblo con los talones.
Ya que Dios nos escapó
De la tierra de las monas,
Y salvas nuestras personas
De tanto moro sacó,
Que fué mucho en su motín
No dejar también las vidas,
¿No fuera mejor....?
CASTRO.
No impidas,
Mudarra amigo, este fin.
Mira si hay á quién preguntes,
Y déjate de invenciones;
Que no es bien que á mis razones
Esos disparates juntes.
MUDARRA.
¿Moros en un monasterio,
Y yo con tan mal adorno?
CASTRO.
Llega, acaba.
MUDARRA.
Aquí está el torno
CASTRO.
Sí estará, que no es misterio.

MUDARRA.
¡Oh torno, en quien cada día
Se hilan tantos recados,
Se tejen tantos enfados
Y tanta filatería!
¿Posible es que á veros torno?
Tórnome loco de hablaros;
¡Vive Dios, que he de abrazaros!

Va á abrazar el torno y dan un golpe dentro.

¡Ay!

CASTRO.
¿Qué es eso?

MUDARRA.
Anduvo el torno,
Y háme dado un bofetón
Que estrellas me hizo (1) ver.

CASTRO.
Abrazo debió de ser.

MUDARRA.
¿Así los abrazos son?
Mas bien es que así sacuda
Con fuerza tan cautelosa
Al hombre que besa cosa
Que por momentos se muda.
Deo gracias.

CASTRO.
Necio, ¿qué dices?

MUDARRA.
Guardo á este torno el decoro.

CASTRO.
Pues ¿Deo gracias, siendo moro?
¿No ves que te contradices?

MUDARRA.
Pues, ¿qué tengo de decir?
¿Mahoma?

CASTRO.
Apártate allá.

MUDARRA.
Deo gracias: ¿quién está acá?

CASTRO.
Por fuerza me haces reir.

MUDARRA.
¿Están las monjas en casa?

CASTRO.
Necio, ¿habían de estar fuera?

Dentro:

Deo gracias.

CASTRO.
¿Es la tornera?

MUDARRA.
La tornera, ó la que amasa.
Ello se habla por tramoya,
Ello es voz de cerbatana,
Sea Catalina ó Juana,
Ó el laberinto de Troya.
Suplico vaya vusted
A la celda, ó vaya al coro,
Y diga que está aquí un moro
Que quiere hablar en la red
A la señora..... ¿No entiende?

Dentro:

¡Jesús! No le entiendo bien,
¿Moros aquí? Diga á quién....

MUDARRA.
¿Ves que del nombre se ofende?

CASTRO.
Dile á quién.

MUDARRA.
No son tan moros;
Que si hay algún vino allá
Y quieren meterlo acá,
No lo metan en sus poros;
Y ansí Dios le dé salud,
Que con algún panecillo
Traiga siquiera un cuartillo;
Que está muy flaco el laúd.

Dentro:

No sé da limosna aquí.

CASTRO.
¡Maldígate Dios, amén!
¿Vino pides que te den,
Y vienes vestido ansí?

MUDARRA.
Señor, cada uno pide
Aquello que ha menester.

CASTRO.
Hoy un moro quiere ver
La Infanta que aquí reside,
Que trae unas cartas; vaya,
Y llámela, por su vida.

Dentro:

Ya de este convento es ida.

CASTRO.
¡Ida! La voz me desmaya:
¿Adónde, ó cómo, señora?

Dentro:

Casóla el Rey.

CASTRO.
¡Ay de mí!

MUDARRA.
¿Era malo el vino aquí
Para esforzarnos ahora?

CASTRO.
¿Quién, señora, es su marido?

Dentro:

Fortún Jiménez se llama.

(1) *Ha hecho.*

CASTRO.
¡Qué viento para mi llama
De aquella boca ha salido!

MUDARRA.
Igual le pedía yo.

CASTRO.
Agua traeré de mis ojos;
Vencióme, pues los despojos
De la victoria llevó.
¿Qué más bien puede alcanzar
Un villano que se ausenta,
Si no hay luna tan mudable
Como una mujer?

MUDARRA.
Ya empieza.

CASTRO.
¡Muerto soy, matóme el Rey!
Llorad, esperanzas muertas:
¡Maldiga Dios los traidores
Que á los reyes aconsejan!
De ti no me quejo, Alfonso:
Plega á Dios que Rey te vea
De toda el Andalucía,
De Zaragoza y Valencia.
Llamárante Emperador
Por tus hazañas y letras,
Y mejor por tus virtudes,
Que entonces los reyes reinan.
Mas ¿qué diré de la ingrata,
Si por Fortunio me deja?
Pero si no fué culpado,
¿Qué importa que no lo sea?
Que es ver la amada prenda
Gozar del enemigo, grande afrenta.
Mudarra, ¿sabes acaso
De mis sentidos?

MUDARRA.
Quisiera,
Mas preguntarélo al torno:
Podrá ser que allá lo sepan;
Que lo que aquí no se sabe,
Menos se sabe allá fuera.
Deo gracias: señora mía,
¿Han visto allá por sus celdas
Los sentidos de mi amo,
En la noria ó en la huerta?
Que si buscaran los míos,
Dijera que en la bodega;
Que allí se me pierden siempre.

CASTRO.
¡Que esto los cielos consientan!
¡Que se case Estefanía,
Que aquel villano la lleva,
Que la goce entre sus brazos,
Que ella le regala y besa!

MUDARRA.
¡Extraños sois los amantes
Filosofando quimeras!
¿Qué sirve desmenuzar
Las cosas con tanta fuerza?
¿No es mejor imaginar
Que se enfada ya de verla,
Que le agrada otra mujer,
Porque alegran cosas nuevas;
Que ha visto ya sus defectos;
Que verla siempre en la mesa
Y en la cama le da enfado;
Que la posesión desprecia;
Que no estar alambicando
El seso con tanta fuerza,
Haciendo mil notomías:
Si la besa ó no la besa,
Si la goza ó no la goza,
Si se llega ó no se llega,
Si se junta ó no se junta,
Si se acerca ó no se acerca?

CASTRO.
¡Ay, Mudarra, que es amor
Envidia, y la envidia ciega!
Por la fantasía mira
Lo que imagina y desea;
Llega el pincel del temor,
Y pinta lo que sospecha
En el lienzo del sentido,
Blanco de flechas diversas;
De Angélica y de Medoro,
Pinta la historia sin verla;
Que es ver la amada prenda
Gozar del enemigo, grande afrenta.
¡Oh, nunca tuviera amor!
¡Oh, nunca noble naciera,
Para que este desafío
No ocasionara mi ofensa!
¡Ay, mudable Estefanía;
Por tus papeles quisiera
Obligarte á mi servicio,
Ya que negastes las deudas!
Pero también negarás
La firma, si ves en ella
Más amores que razones,
Más falsedades que letras.
Á hablar voy al Rey, Mudarra;
Hoy me pierdo.

MUDARRA.
Aguarda, espera.

CASTRO.
Quitarte quiero ese traje:
¡Ansí pudiera mi pena!
Afrentar quiero á Fortún
Si es posible que ya pueda,
Honrado de Estefanía,
Y yo, sin honra y sin ella;
Que es ver la amada prenda
Gozar del enemigo, grande afrenta.

Vase.

MUDARRA.
¿Si se habrá Isabel casado
Con aquella carta vieja
De Ramiro, mi enemigo?
¡Más mal hay en el aldea!

¡Oh perra, vive el dios Baco,
Con sus parras y sus cepas,
Que te he de arañar la cara
Con unas martas flamencas!
Para ti, por Tetuán
Anduve á caza una siesta
De la más honrada mona
Que se ha cazado en su tierra;
Para ti vine vestido,
Para alegrar tus orejas,
De arambeles de Mahoma,
Y tiritaña turquesca;
Para ti corrí la posta
En el caballo Babieca,
Más colorado el envés
Que salmón partido en ruedas.
¡Muera Isabel! No es justo que una perra
Lama á Ramiro, y á Mudarra muerda.

Vase.

Salen el rey Alfonso, y Estefanía, y Fortún, y Ordoño y acompañamiento de boda, é Isabe .

ALFONSO.
Alza el rostro; que no es justo
Que muestres tanta tristeza.
FORTÚN.
¿Posible es que tal belleza
Da el cielo á tanto disgusto?
Mas tenéis mucha razón
De sentir el bajo empleo,
No viendo de mi deseo
Cuáles los méritos son;
Que reparando en los míos,
No es mucho que triste estéis.
ESTEFANÍA.
Los que vos, señor, tenéis,
Antes me pusieron bríos.
Es mi condición ansí,
Nunca más alegre estoy.
FORTÚN.
Culpa á mis desdichas doy.
ESTEFANÍA.
De ésas hay hartas en mí.
¿Posible es que ahora tengo
De dar la mano á este hombre,
Cuando de sólo su nombre
Tal miedo y enojo tengo?
¡Cómo! ¿Que podré quebrar
La palabra á mi Fernando?

Sale Ramiro de Guzmán.

RAMIRO.
Á la puerta está aguardando
Fernán Ruiz.
ESTEFANÍA.
Déjale entrar.
ALFONSO.
Quedo: ¿qué decís?
ESTEFANÍA.
Señor,
Fernán Ruiz el Castellano,
Dicen que es mi primo hermano
Y de tu reino el mejor.
En día que yo me caso,
Hónreme un Castro tan bueno.
ALFONSO.
Estoy de saber ajeno
La disensión de aquel caso.
FORTÚN.
¿Qué hay que saber? Yo partí
Á Fez, y si en Fez no entré,
Culpa de las guardas fué;
Ya con mi voto cumplí.
Entre Fernando, pues gusta
Mi esposa, y dé su razón.
ESTEFANÍA.
Tu esposa no; ni lo son
Aquellos que amor no ajusta.
Entre Fernando, señor;
No me case sin oir.
ALFONSO.
Entre.
RAMIRO.
Vóyselo á decir.
FORTÚN.
Yo voy de mal en peor.

Salen Fernán Ruiz de Castro y Mudarra.

CASTRO.
Del Rey abajo, cualquiera
Que dijere que ha cumplido
Fortún Jiménez el reto,
Y las palabras que dijo
Delante del Rey francés,
Cuando de Santiago vino,
Miente por la barba, miente
Desde una vez hasta cinco:
Yo esperé, desde que el sol
Sobre los muros moriscos
De Tarudante y Marruecos
Tendió sus rayos divinos,
Hasta que en los suyos pobres
Le vieron los indios ricos,
Un día á Fortún Jiménez,
En Fez; pero á Fez no vino.
Traigo de su nuevo Rey,
De sus alcaides y amigos,
Diez firmas que lo confirman,
Y á Mudarra por testigo.
Y si contra la verdad
Que digo, y que siempre digo.....
FORTÚN.
Fernán Ruiz, poco á poco;
Con mi honor tengo cumplido.
Llegué á Fez, no pude entrar,
Testigos hay fidedignos;
Cuanto más, que á tiempo estamos.

ALFONSO.
No prosigas.
FORTÚN.
Perdón pido.
CASTRO.
Basta, Alfonso; que no sólo
Me impides que en desafío
Cobre el honor que mis padres,
Difuntos en tu servicio,
Para servirte me dieron,
Ni muchos que has recibido
De esta mano y de esta espada,
Me pagas, siendo tú el mismo
Que en las guerras y en las paces
Tantas veces los has visto,
Sino que gustas de dar
A mis propios enemigos
Lo que es razón que me dieras,
Pues lo tengo merecido,
Por quien soy, que soy su dueño,
Por mis hechos, que son míos.
ALFONSO.
¿Qué dices?
CASTRO.
Que á Estefanía
Habrá seis años que sirvo,
Y se la das á Fortún
Porque el de Francia lo quiso.
¿Es mejor Fortún que yo?
¿Cuándo Fortún ha tenido
Pensamientos de agradarte?
ALFONSO.
Castro, hubiérasmelo dicho;
Hija, yo pongo en tu gusto,
Por fin de este desafío,
La elección de estos dos nobles:
Al tuyo escoge marido,
No te quejes de mi fuerza.
ESTEFANÍA.
Señor, si queda á mi arbitrio,
Confieso mi obligación:
Que quiero á Fernando digo.
ALFONSO.
Pues alto: dale la mano.
FORTÚN.
¡Ah, Castro, pierdo el sentido!
ALFONSO.
Advierte, Fortún Jiménez,
Que he hecho lo que he podido;
Mas como suelen decir,
Fortuna lo que ha querido:
Vamos, hijo.

Vanse, y quedan Fortún, Isabel y Mudarra.

ISABEL.
¡Ay de mí!
Perdióse el remedio mío
Á vista de mi esperanza.
Ya no es Fortún su marido;
Mas yo haré tales enredos
Que goce lo que he querido.
Mujer soy.
MUDARRA.
¡Ah, mi señora!
¿No me escucha? ¿Qué la digo?
ISABEL.
¿Es Mudarra?
MUDARRA.
¿No me ve
Con mis botas de camino?
Pues á fe que más de un ciego
Holgara de haberme visto.
ISABEL.
No me puedo detener.
¿Vienes bueno?
MUDARRA.
Á tu servicio.
ISABEL.
¿Qué me has traído de allá?
MUDARRA.
Todo es monas; traigo un mico.
ISABEL.
Será entre la carne y cuero.
MUDARRA.
No, sino un perrito lindo.
ISABEL.
Esta noche quiero hablarte.
MUDARRA.
¿A qué hora?
ISABEL.
Entre cuatro y cinco.
MUDARRA.
¿Ladraré por señas?
ISABEL.
No.
MUDARRA.
¿Por qué?
ISABEL.
No ladran los jimios.
MUDARRA.
¿Qué seña haré?
ISABEL.
Rebuznar.
MUDARRA.
Ya te entiendo; daré un silbo.

Vanse, y queda Fortún sólo.

FORTÚN.
Basta que me dijo el Rey:
«Yo he hecho lo que he podido.»
No puedo del Rey quejarme,
Quejaréme de mí mismo;
Ni de mí será razón,
Honrado mi intento ha sido.
Al cielo llegué, y subí,
Mas si he llegado y caído,
Yo he hecho lo que he podido,
Fortuna lo que ha querido.
La conquista fué imposible
De quien fuí Faetón altivo,

Retrocedieron los astros,
Y la elección se deshizo;
En lo más alto me vi,
Del sol me llamaron hijo,
Pero llegado, y caído,
Yo he hecho lo que he podido,
Fortuna lo que ha querido.

Sale Isabel.

ISABEL.
Mi señora, arrepentida,
Fortún, de haberse casado,
Ya de Fernando ofendida,
Me envía á hablarte.

FORTÚN.
Hoy has dado
Luz al alma, al pecho vida.
Mas ¿cómo puede volver
Su palabra atrás?

ISABEL.
No vuelve,
Porque ya no puede ser;
Mas en querer se resuelve
Á quien no es razón querer.
El casarse ya es forzoso;
Mas dice que si la quieres
En dulce trato amoroso,
Gozarás de los placeres
De amor, que hoy rinde á su esposo;
Que no faltará lugar,
Y ella buscará ocasión
En que la puedas gozar.

FORTÚN.
¿Esto es verdad, ó es traición?
Castro me quiere matar.
Ven acá, Isabel, por Dios:
¿Habéis hablado los dos,
Ó es enredo de Fernando?

ISABEL.
Tu esperanza estás dudando:
¡Ay de quien la pone en vos!
Si eres noble, contradice
Á la nobleza el temor;
Yo con esto satisfice:
No lo dice mi señor;
Que mi señora lo dice;
Que si él matarte quisiera,
Cara á cara lo emprendiera,
Sin querer interponer
La infamia de su mujer.
Queda para necio.

FORTÚN.
Espera;
Espera, Isabel; advierte
Que el querer asegurarme
No es el temor de la muerte.

ISABEL.
¿Qué disculpa puedes darme,
Que á satisfacerme acierte?
Pensé que me hubieras dado
Un diamante que valiera,
Fortunio, más que tu estado,
Y eso respondes.

FORTÚN.
Espera.

ISABEL.
No eres amante ni honrado;
Yo lo diré á mi señora
Que no te quiera, cobarde.

FORTÚN.
¿Pues es mucho, amiga, ahora
Que en darte crédito tarde,
Si tú dices que me adora
Una mujer que me deja
Por quien la goza?

ISABEL.
¿No sabes
Que estiman lo que se aleja,
Y siempre se muestran graves
Con quien de su amor se queja?
Si supieras que es mujer,
Supieras que no hay mudanza
Que iguale su proceder;
Desprecian quien las alcanza.

FORTÚN.
¿Pues tan presto puede ser?
¿Aun no le ha dado la mano,
Y ya le desprecia ansí?

ISABEL.
Es su pecho tan liviano,
Que ya se muere por ti.

FORTÚN.
¡Oh, monstruo de viento vano!
¡Oh, siempre loca hermosura!
Aquí apenas me desprecia,
Y ya gozarme procura:
En mujer hermosa y necia,
¿Cuál honra estuvo segura?
¡Hoy caerás, Luzbel hermoso,
Del cielo de tu favor!

ISABEL.
Fortunio está sospechoso,
Pero ya pierde el temor.
¡Victoria, amor cauteloso!
Sácame bien de este enredo;
Que si asegurarme puedo,
Y este engaño efecto alcanza,
Confesaré en tu alabanza
Lo que obligada te quedo.
Pide, Fortún, cualquier cosa
De su vestido ó tocado,
De poco precio ó costosa.

FORTÚN.
Su liviandad me ha espantado,
Pensión de mujer hermosa.
Pídele por cortesía
De su cabello un cordón,
Y di que señale día
En que goce la ocasión,
Y yo conozca que es mía;
Que con aqueste favor

Y estas cartas de seguro,
Será el remedio mejor.

ISABEL.

Tú veras lo que procuro:
Vencida de un loco amor,
Concertaré que la veas
Para en pasando las bodas,
Y que este cordón poseas.

FORTÚN.

Si estas vistas acomodas,
Mi dueño quiero que seas.

ISABEL.

No dudes de que tendrás
La ocasión por el cabello.

FORTÚN.

Tendréla si me la das.

ISABEL.

Veráste enlazado en ello,
Y libre en ello, que es más.

FORTÚN.

Vivirá tu nombre en mí,
Más que en bronce ni alabastro.

ISABEL.

Para servirte nací.

FORTÚN.

Hoy me vengo, Ruiz de Castro.

ISABEL.

Fortún, hoy gozo de ti.

Suena ruido, y salen Fernán Ruiz de Castro y el rey Alfonso; sacan á Estefanía desmayada entre los dos; salen Ramiro de Guzmán, el conde D. Nuño y Ordoño.

CASTRO.

¡Desgracia grande! Ten aquesa mano.

ALFONSO.

¿Cómo cayó?

CASTRO.

No sé; desgracia ha sido,
¡Un jarro de agua!

ALFONSO.

Llámala.

CASTRO.

Es en vano.

DON NUÑO.

Con extraños azares ha salido.

ALFONSO.

¡Caer en lo más raso, en lo más llano!

CASTRO.

Siente, mi bien, si tienes ya sentido,
Que me tienes sin él.

ESTEFANÍA.

¡Válgame el cielo!

CASTRO.

La mano es nieve, y convirtióse en hielo.

ALFONSO.

Al salir de la iglesia.....

RAMIRO.

El agua viene.

Trae Ramiro el agua.

CASTRO.

Dadme, Ramiro de Guzmán, el vaso.
Bebe, mi bien.

ALFONSO.

Mejores pulsos tiene.

RAMIRO.

Él ha sido ¡por Dios! extraño caso.

ORDOÑO.

Es propio de una fiesta muy solene
Un mal suceso, un lastimoso caso.

DON NUÑO.

De sí misma parece que ha caído.

CASTRO.

Ella cayó, mas yo perdí el sentido.

ALFONSO.

Hija, ¿no hablas?

ESTEFANÍA.

Ya, señor, me siento
Para hablarte y servirte.

ALFONSO.

No he pensado
Que hiciera amor jamás el sentimiento
Que el tuyo á mis entrañas ha causado.
Sancho, mi hijo, en cuyo nacimiento
Alegre le llamaron Deseado,
Ni Constanza, Fernando y don García,
No igualan á tu amor, Estefanía:
Quiérote más que á todos.

ESTEFANÍA.

Si estuviera
Muerta, tanto favor me diera vida.

CASTRO.

Ésta es mi casa, y ojalá que fuera
El alcázar de Creso y del rey Mida;
No está de mármol, como yo quisiera,
Ni de oro puro en láminas vestida,
Ni la adornan los jaspes orientales,
Pórfidos, alabastros y cristales.
Sólo tiene la puerta esos blasones
Y en ese campo azul esos roeles,
Ganados en contrarios escuadrones,
Y despojos de bárbaros crueles;
Yo he ganado los más de los pendones
Que sirven á las puertas de laureles,
Y todo es poco siendo Estefanía
Laurel más digno de la frente mía.

ESTEFANÍA.

La casa para mí, querido esposo,
Será mayor alcázar que el de Tebas,
Honrado de apellido tan famoso,
De Hércules nuevo y de victorias nuevas.

ALFONSO.

Basta ser jaula de un león famoso
Que ha hecho entre los moros tantas pruebas:
Entrad los dos donde os gocéis mil años.

Hacen que se van á entrar, y suena ruido como que se cae la casa.

CASTRO.

¡Válgame el cielo!

ESTEFANÍA.
Agüeros son extraños.
CASTRO.
¡Válgame Dios, qué extraña desventura!
RAMIRO.
Sin duda que la casa se ha caído.
ALFONSO.
Ramiro, antes de entrar, será ventura.....
CASTRO.
Gran parte de mi gente habrá cogido.
DON NUÑO.
Un hombre de entre el polvo se apresura
Hacia nosotros.
RAMIRO.
¡Venturoso ha sido!
ORDOÑO.
Á Mudarra parece; mas la tierra
Parece que le encubre y vivo entierra.

Sale Mudarra.

MUDARRA.
Tente, señor, ¿dónde vas?
CASTRO.
¿Quién es?
MUDARRA.
¿No me has conocido?
CASTRO.
Es Mudarra. ¿Estás herido?
MUDARRA.
Casa vieja, nunca más.
Apenas, señor, salía
De aquel cuarto de los Castros,
Que en mármoles y alabastros
Aun es necio quien se fía,
Cuando crujiendo sus techos,
Como cuando truena el cielo,
Vino su máquina al suelo,
Sus artesones deshechos.
CASTRO.
¿Ha muerto á alguno?
MUDARRA.
Á Tristán,
Á Fabio, Alberto y Leonido
Hoy de la tierra he salido
Como salió el padre Adán:
De polvo me hizo Dios,
De polvo me vuelve á hacer.
RAMIRO.
Si tarda, os viene á coger,
Sin duda alguna, á los dos.
¿Por qué ese cuarto mandaste
Que aderezase Tristán?
ALFONSO.
Malas sospechas me dan.
ORDOÑO.
Pienso que esta junta erraste.
ESTEFANÍA.
Ya todo me atemoriza;
En triste punto nací.
MUDARRA.
Hoy ha sido para mí
El Miércoles de Ceniza.
Yo vi una tapia caer,
Que me dijo, y luego cierra:
«Acuérdate que eres tierra
Y en tierra te has de volver.»
Y ¡vive Dios! si no corro
Y dejo capa y espada,
Que fuera tan polvo y nada,
Que de sepultura ahorro.
DON NUÑO.
Suplico á Tu Majestad
Se sirva, aunque es indecente,
De que yo los aposente
En esta necesidad;
Que mi casa es la más cerca.
ALFONSO.
Nuño, haréisme gran placer.
CASTRO.
Algo me ha de suceder.
ESTEFANÍA.
Algún daño se me acerca.
DON NUÑO.
Veníos, señores, conmigo.
CASTRO.
Nuño, hacéisme gran merced.
DON NUÑO.
Que soy, Fernando, creed,
Muy de veras vuestro amigo.

Vanse Estefanía, Castro y D. Nuño.

MUDARRA.
Alguna buena oración
He rezado esta mañana;
Mas era cosa muy llana
Librarme de esta ocasión.
No hay que tener sobresalto:
Lo que á mí me ha de coger,
Bodegas diz que han de ser,
Que no aposentos en alto.
«Dios te libre, me decía
Mi abuelo, y ¡qué bueno era!
De amor de mujer ramera,
Sereno de noche fría,
Sol que membrillos madura,
Fuelles de amigo soplón,
De cuchillada á traición
Y de casa mal segura.»

Vase.

RAMIRO.
No temas que suceda lo que dices,
Que estas son cosas naturales todas.
ALFONSO.
Ramiro, ¡plega á Dios! Pero, en efecto,
Si contra nuestra fe santa no fuera
Creer agüeros, diera á todo crédito;
Mas estas cosas son muy naturales.

Dentro Sancho Láinez.

SANCHO.
Tened aquesas postas; que ya vuelvo.
RAMIRO.
Sancho Láinez vuelve.
ALFONSO.
¿Cuál, Ramiro?
RAMIRO.
El fronterizo de Jaén y Córdoba.
SANCHO.
Déme Tu Majestad los pies.
ALFONSO.
¡Oh Sancho!
¿Cómo venís? ¿Qué hay de la frontera?
SANCHO.
¡Gran mal, señor!
ALFONSO.
¿Gran mal? ¿De qué manera?
SANCHO.
Los bandos almoradíes,
Y los moros almohades,
Pusieron cerco á Marruecos,
Á Azamor (1) y Tarudante;
Murió el Miramamolín,
Llamado Almohadí-Abén-Zayde;
Pusieron en su lugar
Á Andelmón, hijo de Tarfe,
Hombre humilde, que era ollero
Como su abuelo y su padre,
De un astrólogo movido
Para hazaña semejante.
Como en España tenían
Los almohades tanta parte,
Un almohadí, que en su secta
Era tenido por ángel,
Le insistió con mil enredos
Para que á España pasase
Y los destruyese á todos,
Saqueando sus ciudades.
Juntó su gente Andelmón,
Y con ciento y cuatro naves,
Cuarenta mil moros puso
Sobre Gibraltar y Cádiz;
Ganólas, ganó á Jerez,
De donde á Sevilla parte,
Que, aunque de moros, tenía
Muchos cristianos muzárabes:
Huyó su santo arzobispo
Armigol, y el docto padre
Clemente, y otros varones
Fueron, esperando, mártires.
No hay lengua para decir
De este ollero las crueldades;
Pero basta que te diga
Que es ya su orgullo tan grande,
Que ha jurado de venir
Á Castilla, y de ella echarte,
Para que, como Pelayo,
En las Asturias te guardes.
Traen un pendón.....
ALFONSO.
Detente,
Sancho, y no temas que pasen
De los muros de Jaén
Sin que Alfonso los ataje:
No temeré si es de acero,
De hierro ni de diamante,
Y ¿temeré un Rey de barro
Y que de la tierra sale?
Ya sabe España que soy
Azote de sus alarbes;
Yo juntaré gente luego
Y nombraré capitanes.
RAMIRO.
Aquí tienes á Ramiro
De Guzmán, y ya tú sabes
De qué manera te sirven
Los caballeros Guzmanes.
ALFONSO.
¿Nombraré á don Nuño Osorio
Por general, ó al Alcaide
De Toledo?
SANCHO.
Á Ruiz de Castro,
Gran señor, agravio haces.
ALFONSO.
Es muy recién desposado;
Mas mientras de Asturias bajen,
De Galicia y de León,
Nobles, caballos é infantes,
Se habrán pasado las bodas.
SANCHO.
El cielo, señor, te guarde
Para que de España arrojes
Los bárbaros almohades.

ACTO TERCERO.

Salen Fortún y Olfos.

FORTÚN.
Años de amor, que pasáis
Ligeros por nuestras vidas,
Á nuestra esperanza asidas:
Decid dónde me lleváis.
Dando crédito á una esclava,
Puse los ojos en ti,
Ángel, cuando yo lo fuí
De quien libertad gozaba.
Gozaba y la gozaré,
Que ansí me lo ha prometido;

(1) *Zamora.*

Cartas suyas he tenido
Con que asegura mi fe.
Olfos.....

OLFOS.

Señor.....

FORTÚN.

¿Traes la escala?

OLFOS.

¿Había (1) de venir sin ella?

FORTÚN.

Quedo: de mi prenda bella
Los pasos oigo en la sala.
Por aquí me viene á hablar.

Isabel á la ventana.

ISABEL.

¿Es Fortún?

FORTÚN.

Tu esclavo soy.

ISABEL.

El bien venido te doy,
Mas no te puedo abrazar.

FORTÚN.

Tus cartas me han engañado.
Dime, hermosa Estefanía,
¿No escribiste que sería
De tus brazos regalado,
Y que luego me partiese?

ISABEL.

No niego lo que escribí,
Mas hay gente por aquí
Y temo que nos oyese.
¿Traes la escala?

FORTÚN.

Aquí la tiene
Olfos, fuerte como el Cid.

ISABEL.

Pues por el jardín subid
Mientras el aurora viene;
Que allí, con la obscuridad,
De nadie seré sentida.

Salen Bermudo y Jimeno.

BERMUDO.

Debo, Jimeno, la vida
Á Ruy de Castro.

JIMENO.

Es verdad;
Desde niño te crió
Y te sacó de tu tierra.

BERMUDO.

Á Córdoba fué á la guerra,
Y su casa me encargó;
Pero, aunque no hay qué temer,
Estas noches he sentido
En este jardín rüido.

JIMENO.

Tus celos deben de ser;
Que es un ángel mi señora,
Y está en continua oración
Por Ruiz de Castro.

BERMUDO.

Hay razón
Para estar celoso ahora.
Jimeno, nunca porfíes
Ni desafíes á alguno,
Ni fíes de hombre ninguno,
Ni de alguna mujer fíes.
Porfiar, es necedad;
Desafiar, muerte justa;
Fiar, confianza injusta,
Y en la mujer, libertad.
Mi señora Estefanía
Es ángel; pero es mujer
Que suele á veces caer
De su propia jerarquía.

JIMENO.

Antes creeré que en el cielo
Hay árboles, y en la tierra
Estrellas, vida en la guerra,
Luz en noche, fuego en hielo,
Que crea que mi señora
Ha hecho tal liviandad.
Yo sé bien su honestidad
Y que á Ruiz de Castro adora.

BERMUDO.

Jimeno, amor es demonio,
Siempre acomete á lo bueno.
¡Ay, Dios!

JIMENO.

¿Qué has visto?

BERMUDO.

Jimeno,
¿Qué más claro testimonio?
Dos hombres he visto allí.

JIMENO.

Y aun el uno hablando está.
¡Válgame Dios! ¿Qué será?

BERMUDO.

Será lo que yo temí.
Envuelta en aquel manteo
Que suele traer de día
En la huerta Estefanía,
En la ventana la veo.

JIMENO.

¿Sin luz la ves?

BERMUDO.

Luz me dan,
Jimeno, los pasamanos;
Que lo que tocan las manos,
Los más ciegos lo verán.
¡Ay del honor cuando sale
En manteo de mujer!
¿Qué defensa puede hacer,
Si de ninguna se vale?

JIMENO.

Bien dices; porque si son

(1) *Habre.*

Armas de su honestidad,
Los vestidos liviandad
Arguyen.

BERMUDO.

¡Fuera traición!

JIMENO.

¿Qué hemos de hacer?

BERMUDO.

Escuchar.

FORTÚN.

Dime, hermosa Estefanía,
¿Para qué aguardas al día
Pudiéndome remediar?
Baja, mi bien, al jardín:
Hablemos solos y juntos;
No pongas mi amor en puntos,
Que en un punto está su fin.

ISABEL.

Ahora bien, entra; que yo
Bajo, de tu amor rendida.

FORTÚN.

Olfos.....

OLFOS.

Señor.....

FORTÚN.

Hoy mi vida
Con mi venganza llegó.
Entra, tendrasme la escala;
Por el jardín saltaré,
Que ya Estefanía se fué.

OLFOS.

¿Qué dicha á la tuya iguala?
Hoy gozas de la mujer
Más bella que hay en Castilla.

FORTÚN.

Es mujer, no es maravilla,
Que todo pasa en su sér.

Vanse los dos.

BERMUDO.

Al jardín la escala pone.

JIMENO.

Al honor de Castro di.

BERMUDO.

¡Ay, Dios, si estuviera aquí!
Pero sea el Rey, perdone,
Que le he de matar.

JIMENO.

Detente,
No alborotes el jardín;
Que es hija del Rey, en fin,
Y estando su dueño ausente.
Que á mil honrados maridos,
Lágrimas de las mujeres
Suelen trocar en placeres
Aquellos gustos perdidos.
Si algo quieres, cuando venga
Díselo con discreción,
Para que su ejecución
Remedio ó castigo tenga.
Reniega de voluntades
Que en una cama se acuestan;
Que allí las mentiras cuestan
Á peso de las verdades.
No hagas tal disparate,
Que te costará la vida.

BERMUDO.

Jimén, ¿qué más bien perdida
Que cuando aquéste me mate?
Pero ven, porque, en efeto,
Se puede tener por loco
Quien tiene el consejo en poco,
De un hombre amigo y discreto.

Vanse.

Salen Fernán Ruiz de Castro y Mudarra.

MUDARRA.

Ya, con apuntar el día,
Las torres de Burgos veo.

CASTRO.

También ha visto el deseo
La luz de mi Estefanía.

MUDARRA.

La de la iglesia mayor
Se ve por aquestos cerros.

CASTRO.

Ya rompió el amor los hierros
Con esta fuerza de amor.
No osaba pedir licencia;
Al Rey, al fin, la pedí,
Viéndome acabar así
Con el pesar de una ausencia.
No entendí que me la diera
Si la nueva no llegara
De su parto.

MUDARRA.

Cosa clara.

CASTRO.

¡Quién en sus brazos la viera!
De tu partida nació
Su parto con mil dolores,
Porque á los partos de amores,
Parto ninguno igualó.

MUDARRA.

Ya desea ver, señor,
Tu hijo, y de Alfonso el nieto.

CASTRO.

¿Que tengo un hijo, en efeto,
Nieto de un Emperador?

MUDARRA.

Si eres Castro, ¿qué te espantas?
Por justas y antiguas leyes,
Casáis con hijas de reyes.
Yo he leído seis infantas,
Todas con Castros casadas;
Pues tú, ¿qué debes, señor,
Al mejor antecesor
De los Villalbas y Andradas?
¿Quién ha vencido más moros,
Más desafíos, ni ha hecho

Cosas de más fuerte pecho?

CASTRO.

¡Ay, Mudarra! No hay tesoros,
No hay nobleza, no hay cadena,
Descendencia, armas, poder,
Que se compare á tener
Mujer virtuosa y buena.
¿Pues qué si tiene hermosura,
Con alguna discreción,
Y es noble de condición,
Quinta esencia de ventura?
Bien puedo decir que tiene
Todo aquesto Estefanía.
¡Que te he de ver, prenda mía!

MUDARRA.

Ya gente de casa viene.

CASTRO.

¿Es alguno conocido?

MUDARRA.

Dos escuderos, señor.

CASTRO.

Notable señal de amor.

Salen Bermudo y Jimeno.

BERMUDO.

Seas, señor, bien venido.

JIMENO.

Señor, bien venido seas.

CASTRO.

¿Cómo así me recibís?
¿Cómo tan tristes venís?
¿Hay algún mal?

MUDARRA.

No lo creas.

CASTRO.

¿Hase muerto Fernandico?
¿Está mala Estefanía?
Vosotros, sin alegría,
Yo, contento, bueno y rico,
Victorioso, y más honrado
Del Rey, que jamás me vi,
¿Y me recibís así,
Cuando apenas he llegado?
¿Tú demudado el color?
Bermudo, ¿qué tienes? habla;
Grande desdicha se entabla,
Grande profeta es amor.
¿Es muerta mi esposa? ¡Cielo!
¿No respondéis? ¡Vive Dios,
Que os dé la muerte á los dos!
¡Hablad! ¿Sois piedras? ¿Sois hielo?

BERMUDO

Detén la espada, aunque como
Lo tomo por mal agüero.....

JIMENO.

Tomar la espada primero,
Por dichoso agüero tomo.

BERMUDO.

Haz que Mudarra se aleje.

CASTRO.

Mudarra, vete delante.
Porque ni el gozo la espante,
Ni del aviso se queje,
Di que llego á Estefanía.

MUDARRA.

¡Oh, qué albricias me ha de dar!
¡Que á Isabel he de abrazar!
¡Oh, siempre dichoso día,
Del que llega á la presencia!
Todo es gusto, todo abrazos,
Porque se gozan los brazos
Con el pesar del ausencia;
Que en llegando, no lo creo:
Bien haya el que ausencias hizo,
Pues con ellas satisfizo
De la presencia el deseo.

Vase.

CASTRO.

Pues ¿qué será la ocasión
De querer hablar secreto?

BERMUDO.

De que eres hombre, en efeto,
Sujeto á cualquier pasión.

CASTRO.

Hombre, si en mi casa ha muerto
Algo que al alma me toca,
Hablad, pues que tenéis boca,
Y sépalo yo de cierto;
Porque tengo un corazón
Cubierto de más cabellos
Que la cabeza, y en ellos,
Fuerza, edad y discreción.

BERMUDO.

¿No das en qué puede ser
Si en casa sobra salud?

CASTRO.

¿Es cosa que á la virtud
Ofende de mi mujer?
¡Hola! Abrid muy bien los ojos.
No seáis, con licencia vana,
Los dos viejos de Susana,
Ciegos de locos antojos;
No digáis que entre las hiedras
Del jardín no ha sido fiel,
Porque seré Danïel,
Y os haré matar con piedras.
Mirad que habláis de una cosa
Que la he de ver y tocar;
Que yo no he de castigar
Una mujer virtuosa
Por siniestra información;
Que sé que hay envidia y celos,
Y correré entrambos velos
De honor y satisfacción;
Y veré quién es culpado,
Antes que con poco seso
Ose fulminar proceso
Contra un ángel de mí amado.

Porque en razón de creer
De su virtud, no hay decir;
Los oídos han de oir,
Y los ojos han de ver.

BERMUDO.

¿Y si vieses con los ojos
Alguna noche.....?

CASTRO.

¡Ay de mí!

BERMUDO.

Dos personas juntas, di,
¿Juzgarás que son antojos?

CASTRO.

¿Con los ojos?

BERMUDO.

Sí, señor.

CASTRO.

Hombres, ¿tenéis seso?

BERMUDO.

¡Bueno!
Dile la verdad, Jimeno.

JIMENO.

Señor, tú estás sin honor.

CASTRO.

¿Sin honor?

JIMENO.

Si mi señora
Habla á un hombre en el jardín,
¿Será para honesto fin,
Como lo has de ver ahora?

CASTRO.

Será por mi desventura,
Por mi muerte, por mi agravio.

BERMUDO.

Señor, tú eres noble y sabio:
Remediar tu honor procura;
Que sin duda lo verás
Con sólo que vengas tarde
Una noche.

CASTRO.

¡Dios me guarde!
No me habléis, no digáis más.
¡Jesús, qué infierno, qué rabia!
¿Es posible, Estefanía,
Hija del Rey, mujer mía,
Cuerda, honesta, santa, sabia?
¡No es posible, hombres del diablo;
Vosotros mentís!

JIMENO.

¡Señor!

CASTRO.

¿Háoslo dicho algún traidor
De los que en Burgos no hablo?
¿Cuánto os dan por el enredo?

JIMENO.

Que se lo dije á Bermudo.

BERMUDO.

¿Esto dudas?

CASTRO.

Esto dudo:
Luego ¿dudar no lo puedo?

BERMUDO.

No, señor, si lo has de ver.

CASTRO.

¿Visto con los ojos?

BERMUDO.

Sí.

CASTRO.

¿Burláisos?

BERMUDO.

Señor, ¿de ti?
¡Que dudes lo que es mujer!

CASTRO.

Esto es hecho: venid.

BERMUDO.

Vamos.

CASTRO.

Pues silencio, que llegamos:
¿Que, en fin, lo tengo de ver?

BERMUDO.

Con los ojos lo verás.

CASTRO.

¡Ah, casa de infamias llena!
Que una mujer que no es buena,
Puede aniquilarla más.
¿De qué sirven los roeles
De los Castros, siempre honrados,
Ya de la infamia manchados
Por unas manos crueles?
¡Arcos honrosos, pluguiera
Á Dios que aquel mismo día,
Sobre mí y Estefanía
Vuestra máquina cayera!
¿Para qué os aderecé?
¿Para qué con vuestro escudo
Puse el de Castilla? Dudo
Que es verdad; mentira fué.
¿Cómo me puede ofender
Mujer de tan alto nombre?
Estaba ausente, soy hombre;
Era mujer, fué mujer.
Pues si fué mujer, bien pudo,
Pudo, pues ausente fuí;
Fuí honrado, infame volví;
Pues si es ansí, ¿qué lo dudo?

Sale Estefanía.

ESTEFANÍA.

Si no saliera al camino,
Me matara mi deseo:
¿Es posible que te veo?
¿Es verdad, ó lo imagino?
Déjame, mi solo bien,
Descansar entre tus brazos.

CASTRO.

¡Quién los hiciera pedazos,
Y á quien se los da también!
¡Bellísima Estefanía!

ESTEFANÍA.

¡Fernando de aquestos ojos!

CASTRO.
¡Dulce bien de mis enojos!
ESTEFANÍA.
¡Vida del alma!
CASTRO.
¡Luz mía!
Luz fué, pero ya eclipsada
De infamia y tinieblas es.
ESTEFANÍA.
¿Cómo vienes?
CASTRO.
¿No lo ves?
Llena de sangre la espada,
Y el alma de amores llena.
ESTEFANÍA.
Y ¿no me preguntas más?
CASTRO.
Ya sé, mis ojos, que estás
Buena. ¡Ah, Dios, si fuera buena!
ESTEFANÍA.
Mucho me ofende tu olvido.
¿No hay más por quién preguntar?
CASTRO.
Fuera de ti, no hay lugar
Donde quepa mi sentido.
¿Díceslo por Isabel,
Esa esclava que he criado?
¿Por Ribera, Ortiz y Prado?
ESTEFANÍA.
¡Que haya tanto olvido en él!
¡Cómo! ¿No saben allá
Que he parido?
CASTRO.
¡Ah sí, por Dios!
Ya lo supimos los dos:
Digo, el Rey, que bueno está,
Dios le guarde, y yo, que fuí,
Á quien más parte tocó.
Mucho del nieto se holgó.
ESTEFANÍA.
Tú, poco.
CASTRO.
¡Yo! ¿Cómo así?
ESTEFANÍA.
Porque pensé que vinieras
Por el camino pensando
En tu retrato, Fernando,
Y que en llegando le vieras.
Bien parece que no has sido
Padre; no sabes lo que es.
CASTRO.
Visto, le querré después,
Que es hijo por el oído:
Vamos, y descansaré.
ESTEFANÍA.
De llegar te habrás cansado.
CASTRO.
No descanso, aunque he llegado,
Que tengo muy mal de que.....
ESTEFANÍA.
No sepa nadie de ti.
CASTRO.
Querráme ver la ciudad.
¡Cielos, si aquesto es verdad,
Tened lástima de mí!

Vanse.

Salen Mudarra é Isabel.

MUDARRA.
¿Qué tenemos?
ISABEL.
Ya lo ve.
MUDARRA.
¿Está enojada?
ISABEL.
Un poquito.
MUDARRA.
Celito será.
ISABEL.
¿Celito?
Celazos dirá.
MUDARRA.
¿De qué?
ISABEL.
De que se fué sin hablarme.
MUDARRA.
Y ahora pienso volverme
Sin hablarla.
ISABEL.
Pues si duerme,
Despertarle he con mudarme.
MUDARRA.
¡Por vida de la muy.....
ISABEL.
¡Quedo!
MUDARRA.
¿No es perra?
ISABEL.
No, sino hidalga.
MUDARRA.
Mejor respondiera galga.
ISABEL.
Y él, ¿quién es?
MUDARRA.
Decirlo puedo
Delante del Rey de España.
ISABEL.
Ni aun delante del de copas,
Si no es ya porque son pocas
Las que del vino acompaña.
MUDARRA.
Yo soy Mudarra de Asturias,
Hidalgo, como es el vino
Por aguar, como tocino,
Y puedo.....
ISABEL.
No más injurias.
Abrázame, y vé con Dios,
No te eche menos Fernando.
MUDARRA.
¿Y el hablarte?

ISABEL.

Ya, en llegando,
Luego hablaremos los dos.

Vase Mudarra.

Loco, atrevido pensamiento mío,
Mucho te atreves pues que, disfrazado,
Con la piel de Esaú, llegaste osado
Adonde hurtar la bendición confío.
Fingí de Estefanía el talle y brío,
Gocé á Fortún, y habiéndole gozado,
Creció el amor, aunque es el premio hurtado;
Que es alma del amor el desvarío.
La luz fingida, el hábito me ampara
El disfrazarme más que fuera justo.
¡Oh, quién de amor con libertad gozara!
¡Oh, quién llegara á verle sin disgusto;
Que no gozar del gusto cara á cara,
Es infamia de amor, traición del gusto!

Vase.

Salen Fortún y Olfos.

OLFOS.

Triste vienes.

FORTÚN.

Con razón,
Olfos, debo entristecerme.

OLFOS.

Quien tiene amor, poco duerme

FORTÚN.

Vela siempre el corazón.

OLFOS.

¿Qué te aflige?

FORTÚN.

El ver presente
Á Ruiz de Castro.

OLFOS.

¿Qué importa?

FORTÚN.

¿No importa, si el hilo corta
Al saber que estuve ausente?

OLFOS.

¿Por eso le has de perder?

FORTÚN.

Y cuando no le perdiese,
¿No es justo que ver me pese
Al lado de esta mujer
Todas las noches á un hombre?

OLFOS.

No es hombre el aborrecido.

FORTÚN.

¡Ay, triste, que es su marido!
No lo dudes, basta el nombre;
Y tras ausencia, no hay cosa
Que alegre una casa más.

OLFOS.

¿Con dichas celoso estás?

FORTÚN.

Amando, es cosa forzosa.
Á tales curiosidades
Imaginando llegué,
Que de celos me abrasé.

OLFOS.

Pues ¿á qué te persüades?

FORTÚN.

Á que la goce, que basta,
Y de envidia desatino;
Que después que Ulises vino,
No fué Penélope casta.
¡No sé qué tengo de hacer!

OLFOS.

Di, señor, ¿no me decías
Que solamente querías
La infamia de esta mujer,
Y luego pasarte á Francia
Á publicar la deshonra
De Ruiz de Castro?

FORTÚN.

En su honra
Hice lance de importancia,
Y con él imaginé
Que me vengaba; mas mira,
Cómo amando con mentira,
Verdad la mentira fué;
Porque habiendo ya gozado
Á la bella Estefanía,
La noche del mismo día
Que esto tuve imaginado,
Me picó tanto el deseo
La brevedad de un favor,
Una cometa de amor
En el cielo de un manteo,
Que aquellas breves caricias
Me enloquecen de manera,
Que á quien de mí me dijera,
Le diera el alma en albricias.
Ella es quien es, en efeto.

OLFOS.

Sí; mas mira á toda ley,
Que tras ser hija de Rey,
Es prenda de hombre discreto.
Guarda, no caiga en el caso;
Que tras ser discreto el hombre,
Hará que esta hazaña asombre
Á España y al mundo.

FORTÚN.

Paso,
Que no estoy para consejos;
Dame aderezo de noche,
Pues ya de su negro coche
Va el sol divino tan lejos.

OLFOS.

Luego ¿allá piensas entrar?

FORTÚN.

No más de por el jardín.

OLFOS.

Los que no miran el fin.....

FORTÚN.

¿Qué suelen hacer?

OLFOS.
Errar.
FORTÚN.
Ya es tarde; echóse la suerte:
¡Estefanía querida,
Ni quiero sin ti la vida,
Ni temo por ti la muerte!

Vanse.

Salen Castro, Bermudo y Jimeno, de noche.

CASTRO.
¿Sintiéronnos entrando?
BERMUDO.
No pudieron;
Que está el jardín tan lejos de tu cuarto,
Y hacen tanto rüido fuentes y árboles,
Que el habernos sentido es imposible.
CASTRO.
Murmurarán, Bermudo, de mi afrenta,
En ver que se detiene la venganza.
BERMUDO.
Antes, señor, mirando que la intentas,
Deben estar en tu alabanza hablando.
CASTRO.
¿Por dónde entra este hombre?
JIMENO.
Á estas paredes
Pone una escala, y salta entre estas murtas.
CASTRO.
¿Que no sabéis quién es?
BERMUDO.
De ningún modo.
CASTRO.
¿Pudístele matar?
BERMUDO.
Ya lo intentaba;
Pero temiendo lastimar tu honra,
Aguardé que vinieses.
CASTRO.
Bien has hecho;
Pero decidme: ¿cómo estáis tan ciertos
De que, estando yo en Burgos, osaría
Bajar á este jardín Estefanía?
BERMUDO.
Como saliste fuera, y la dijiste
Que hasta el alba, señor, no volverías,
Respecto de un negocio de importancia
Que al Consejo de Estado el Rey escribe,
Sospecho yo que bajará, sin duda,
Á gozar la ocasión; que las mujeres
Que dan en liviandades semejantes,
Ninguna pierden que gozarla puedan.
CASTRO.
¿Quién será este hombre en Burgos? ¿Será noble?
JIMENO.
Ya que perdió el honor y la vergüenza,
El valor de la sangre y el respeto
Debido al tuyo, habrá escogido un hombre
Tan bueno que su muerte le disculpe.
CASTRO.
No caigo en hombre de importancia.
BERMUDO.
¿Cómo?
CASTRO.
Todos sirven al Rey.
BERMUDO.
Aquí han quedado
Algunos mozos de éstos que no sirven
Sino de infamia en las mujeres nobles,
Imitando sus trajes y cabellos.
CASTRO.
¿Será Sancho Laínez?
BERMUDO.
Es gallardo.
CASTRO.
¿Será Bernardo Alfonso?
JIMENO.
Libre mozo.
CASTRO.
¿Illán Anzures?
BERMUDO.
La locura misma.
CASTRO.
¿Gonzalo Osorio?
BERMUDO.
El mismo atrevimiento.
CASTRO.
¿Ruy Ponce Díaz?
JIMENO.
Quedo, que he sentido
Arrojar un cordel.
CASTRO.
¡Válgame el cielo!
Cubríos de estos árboles.

Salen Fortún y Olfos.

OLFOS.
Repara
En que dijo el papel, que si salía
Fernán Ruiz de Castro.....
FORTÚN.
Majadero,
¿Si no supiera yo que estaba fuera,
Viniérame á poner en tal peligro?
Déjame hacer la seña.
OLFOS.
No la hagas;
Que quien espera no ha menester seña.

Sale Isabel á la ventana.

ISABEL.
¿Eres mi bien?
FORTÚN.
¡Oh, bella Estefanía!
BERMUDO.
¿Oyes aquello?
CASTRO.
Calla.

FORTÚN.

¿Tienes puestas
Espías á la puerta?

ISABEL.

Isabel queda
Mirando cuándo venga Ruiz de Castro.

FORTÚN.

Pues éntrate detrás de aquellos árboles:
Hablaremos un rato; que me has muerto
De celos esta noche.

ISABEL.

¿Celos tienes?

FORTÚN.

Hay mucho que reñir.

ISABEL.

Gallardo vienes.

Vanse Isabel y Fortún.

CASTRO.

Sobrándome corazón
Para solo acometer
Mil moros, le vengo á ver
Cobarde en esta ocasión.
Debe de ser que la cara
De la afrenta me espantó;
Que no imaginaba yo
Que tan fea la mirara.
Mientras la voy á matar,
El paje los dos asid.

BERMUDO.

¿Mataremosle?

CASTRO.

Advertid
Que le quiero luego hablar.

Vase.

JIMENO.

¡Suelta las armas, cuitado!

BERMUDO.

¡Suéltalas!

JIMENO.

¡Suéltalas presto!

OLFOS.

¡Válgame el cielo!

FORTÚN.

¿Qué es esto?

Dentro.

CASTRO.

Castigo de un afrentado.

ISABEL.

¡Mísera de mí! ¿Qué haré?
Ruiz de Castro lo ha sentido.

Dentro:

FORTÚN.

¡Muerto soy!

CASTRO.

¡Hombre atrevido!

ISABEL.

¡Triste de mí! ¿Dónde iré?
Mas debajo de la cama
Me entraré de mi señora.

Sale huyendo Isabel, y Castro siguiéndola.

CASTRO.

¿Adónde está la traidora
Que mi noble sangre infama?

BERMUDO.

Al aposento se fué
Donde duerme, si entendí
Bien lo que dijo.

OLFOS.

¡Ay de mí!

BERMUDO.

De aqueste infame, ¿qué haré?

CASTRO.

Átale y asle muy bien;
Y tú, Mudarra, levanta
Y trae un hacha.

OLFOS.

¡Que tanta
Fué mi desdicha!

CASTRO.

Di, ¿quién
Fué de aquesta alevosía
El dueño?

OLFOS.

Fortún, señor.

CASTRO.

¡Ah, infame! ¡Ay, mi noble honor!
¿Con Fortún Estefanía?
¡Matadle por el aviso,
Mientras yo á matarla voy!

OLFOS.

Señores, criado soy,
Mi mala suerte lo quiso.
¿No hicieran vuestras mercedes
Lo que Castro les mandara?

BERMUDO.

¡Lágrimas y lengua pára,
Villano saltaparedes!
¿En casa de un noble, perro?

OLFOS.

¿Confesarme no podré?

JIMENO.

¿Dónde?

OLFOS.

Luego volveré.

JIMENO.

¿Darémosle?

BERMUDO.

De ésta cierro.

OLFOS.

¡Sin confesión! Esto pido;
Cristiano soy; luego vengo,
Que aquí en la parroquia tengo

Un clérigo conocido.
Todos somos hombres flacos.

BERMUDO.

¡Mátale ya!

OLFOS.

¡Confesión!
¡Muerto soy!

BERMUDO.

Tal galardón
Lleva quien sirve á bellacos.

Vanse.

Sale Castro con la espada desnuda.

CASTRO.

¿No hay quien me dé una luz? Pero ¿qué espero?
En la cama he sentido algún rüido;
Correr corrido la cortina quiero,
Pues ya la de mi afrenta se ha corrido:
No disimules el delito fiero,
Que del cielo el castigo te ha venido.
Aquí siento su cuerpo; finge sueño,
Siendo despierta de mi afrenta el dueño.

Entra dentro. Aparece Estefanía en la cama, herida.

¡Muere, cruel!

ESTEFANÍA.

¡Dios mío, Jesús mío!
¿Qué es esto, quién me ha muerto?

CASTRO.

¡Yo, traidora!

ESTEFANÍA.

¿Tú, mi señor, tan grande desvarío?

CASTRO.

¿Quién llora aquí también?

ESTEFANÍA.

Tu hijo llora.
Abriguéle en mis brazos por el frío;
No me acosté por esperarte. ¿Ahora
Me matas, y hoy me has hecho tantas fiestas?

CASTRO.

¿Qué voces son tan diferentes éstas?
Mujer, ¿no estabas con aquel que he muerto
Ahora en el jardín?

ESTEFANÍA.

¿Quién te ha engañado?

CASTRO.

Yo, ¿no te vi con él?

ESTEFANÍA.

¡Qué bien, por cierto,
Mi amor y obligaciones has pagado!

CASTRO.

¡Válgame todo el cielo! ¿Estoy despierto?

ESTEFANÍA.

Si en Córdoba mi padre te ha enojado,
¿Qué culpa tuve yo, dulce bien mío,
Cuando tu hijo entre mis brazos crío?

CASTRO.

¿Cómo respondes eso?

ESTEFANÍA.

¡Ah, Castro! ¡Ah, Castro!
¿En mí te vengas de pasiones vanas?

CASTRO.

¿Qué sangriento dolor, qué influjo de astro
Me ha puesto aquí, qué fieras inhumanas?
¿Yo no entré en el jardín siguiendo el rastro
De tus pisadas torpes y livianas?
¿Yo no le vi en tus brazos, tú en los suyos?

ESTEFANÍA.

¿Yo he estado en otros brazos que los tuyos?

Salen Jimeno y Bermudo, y Mudarra con un hacha.

MUDARRA.

¿Fernán Ruiz á mi señora ha muerto?

BERMUDO.

Calla, Mudarra, que su honor le quita.

CASTRO.

Allega acá esa luz.

MUDARRA.

El daño es cierto.
¡Señora de mi alma, alma bendita!
¿Cómo has hecho, señor, tal desconcierto?

CASTRO.

Este villano á que le mate incita.
¿Quién duda que le habrá sido alcahuete?

JIMENO.

¿De qué lloras, Mudarra? Calla ó vete.

ESTEFANÍA.

Mudarra, mi señor me ha muerto.

MUDARRA.

¿Cómo?
¡Triste de mí!

ESTEFANÍA.

Por sólo desgraciada.

MUDARRA.

Llega, señor, y de la punta al pomo
Me atraviesa el acero de esa espada.

CASTRO.

¡Triste suceso en tal sospecha tomo!

BERMUDO.

La cama tiembla.

CASTRO.

De mi honor culpada.

MUDARRA.

Mira lo que hay aquí.

Sacan á Isabel detrás de la cama.

CASTRO.

Pues ¿qué es aquesto?

ISABEL.

Echó fortuna á mi desdicha el resto.
Tarde ó temprano, al mal castigo viene.

CASTRO.

¿Es Isabel?

MUDARRA.

¿No escuchas lo que dice?

ISABEL.

Amor, que no hay cordura que le enfrene,

Aunque al mundo mi engaño escandalice,
Aunque disculpa de sí y de otros tiene,
No la quiero tener del mal que hice.
Yo soy quien, de Fortunio enamorada,
Le gocé de esta suerte disfrazada;
Fingí ser mi señora Estefanía.
Huyendo tu furor, aquí me he puesto.

CASTRO.

¡Ángel del cielo, amada esposa mía,
Este demonio fué la causa de esto!
¡Maldiga Dios de mi venida el día!

ESTEFANÍA.

¿Cómo que dieses crédito tan presto
Á quien te puso en tan notable engaño?

CASTRO.

¡Ay, infames testigos de mi daño!
¡Quitáos de aquí, que por el cielo.....

ESTEFANÍA.

Esposo,
Yo muero, como ves, aunque inocente;
Que fué á tus manos tengo por dichoso
Suceso, y se tendrá perpetuamente.
Cría este niño, y en mi entierro honroso
Pondrás para memoria de la gente:
«Aquí, muerta sin culpa.....

CASTRO.

¡Ay, prenda mía!

ESTEFANÍA.

Yace la desdichada Estefanía.»
Abrázame, y adiós, hijo querido;
No os puedo yo criar; mi sangre os queda,
Que de una desdichada habéis nacido.

MUDARRA.

¿Murió?

ISABEL.

Murió.

CASTRO.

¡Que aquesto sufrir pueda!
Yo me sabré matar.

MUDARRA.

¿Tienes sentido?

CASTRO.

Al seso es bien que el sentimiento exceda:
Cierra aquesas cortinas. ¡Triste suerte!
¡Si mis ojos cerrara así la muerte!
Ángel del cielo, y mi querida esposa
Estefanía, al fin la desdichada,
Efecto natural de ser hermosa.
¡Que te perdí, que te mató mi espada!
¡Vive el cielo en que estás, alma piadosa,
De tantos inocentes rodeada,
De hacer por ti tan grave sentimiento,
Que te sirva de túmulo sangriento!
Al Rey me iré, para que luego al punto
Me corte le cabeza. ¡Triste esclava!
Ponla en un vivo fuego.

Vase.

MUDARRA.

No pregunto
Si estaba con Fortún, ó si no estaba,
Ni me ha de responder en contrapunto,
Ni decir que le amaba ó no le amaba,
Sino que solamente.....

ISABEL.

¿Qué me quieres?

MUDARRA.

Me diga lo que son.....

ISABEL.

¿Quién?

MUDARRA.

Las mujeres.

ISABEL.

Las buenas son á padres, soles, cielos,
Único bien, segura confianza;
Las malas son tinieblas, iras, celos,
Infiernos, desventuras y mudanza.

MUDARRA.

¿Qué merecen las buenas?

ISABEL.

Que con velos
Se cubra su divina semejanza,
Y las adore el hombre.

MUDARRA.

Bien; y luego
Las malas, ¿qué merecen?

ISABEL.

Muerte y fuego.

MUDARRA.

Tu causa has sentenciado. ¡Ven, perrona,
Que te quiero tostar!

ISABEL.

¡Mudarra mío,
Ya tiene aquella mártir su corona!

MUDARRA.

Quitarla quiero el miedo de ese frío.
No es tiempo ya de llanto: ven; perdona.

ISABEL.

Confieso á Dios mi grande desvarío.

MUDARRA.

Pues á fe que no mueres inocente.

ISABEL.

Merecí este castigo justamente.

Vanse.

Salen el rey Alfonso, Ordoño, Ramiro y Sancho Láinez marchando, y traen á Andelmón cautivo.

ANDELMÓN.

Digo que soy, Alfonso, tu cautivo,
Que confieso tu valor notable.
Justamente en España te llamaron
Emperador por tus famosos hechos.

ALFONSO.

Rey Andelmón, advierte que te he dado
Libertad contra el voto de mi gente;
Cúmpleme la palabra de que luego
Te volverás al África, llevando
Los moros almohades que trajiste.

ANDELMÓN.

Todas las naves tengo apercibidas,

Y pienso que tan pocos han quedado,
Que en menos se podrán pasar al África.
Bien te puedes volver á tu Castilla,
Sin temer que te quiebre la palabra.

ORDOÑO.

Fernán Ruiz de Castro, por la posta,
Acaba de llegar.

ALFONSO.

Sea bien llegado,
Porque goce también de esta victoria;
Que su venida aumentará mi gloria.

Sale Fernán Ruiz cubierto de luto y una soga al cuello.

CASTRO.

Rey Alfonso de Castilla,
Alto Emperador de España,
Á tus pies vengo á pedirte
De Fernán Ruiz venganza.

ALFONSO.

¡Cielos! ¿Qué miro? ¿Quién eres,
Que de esta suerte me hablas?

CASTRO.

Fernán Ruiz de Castro soy,
Que el Castellano me llaman.

ALFONSO.

Pues, hijo, ¿de esa manera,
Quién en mis reinos te agravia?
Aquí están mis ricoshombres,
Aquí mis soldados: habla.

CASTRO.

Yo propio me agravio, Rey:
Oye.

ALFONSO.

¡Novedad extraña!

CASTRO.

Partí de Córdoba, Rey,
Con tu licencia, á mi casa,
Y antes de llegar á Burgos,
Cerca de sus torres altas,
Dos escuderos hidalgos
Que crié para mi infamia,
Me dicen que á Estefanía
Un hombre en mi casa trata.
No doy crédito, porfían;
Llego, disimulo, aguardan,
Y en un jardín, una noche
Me ponen, las doce dadas.
Veo bajar á dos hombres,
Á los dos por una escala,
Y una mujer, con las ropas
De mi esposa disfrazada.
Maté al uno, que era, Rey,
Fortún Jiménez, que andaba
Por vengarse á lo cobarde,
Si la traición es venganza:
Las espaldas me ofendía
Por no ofenderme la cara;
Que, en efecto, la mujer
Es del hombre las espaldas.
Sígola; fuese á esconder
Debajo mi propia cama.
Llego á oscuras, y á mi esposa
Le doy cinco puñaladas.
Despierta á morir del sueño,
Que con tu nieto abrazada,
Aguardaba á que viniese,
Inocente, limpia y casta.
Traigo un hacha, hago rüido,
Y hallo, señor, una esclava,
Que era dueña del enredo,
De Fortún enamorada.
Mi culpa confieso, Rey;
No quise pasarme á Francia,
Sino pagar, como es justo,
Quien los inocentes mata.

ALFONSO.

¡Que al fin de tantas victorias
Este fin se me aguardaba!
¡Ah, cómo saben los cielos
Poner en el bien templanza!
Fernando, no siento aquí
Que me hayas dado en el alma
Las cinco heridas que diste
Al cuerpo de aquella santa,
Como que falte del modo
La mujer de mejor fama,
La que pude yo casar
Con lo mejor de Alemania.
Pleito te quiero poner.

ORDOÑO.

Llorando va su desgracia.

ALFONSO.

Jüeces hay en Castilla
Que sentencien esta causa.

RAMIRO.

¡Gran dolor!

ORDOÑO.

¡Gran desventura!

SANCHO.

Aquí la tragedia acaba,
Aunque Belardo os convida
Á lo que á la historia falta,
Para segunda comedia;
Que esta primera se llama
La desdichada inocente
Que lloran Castros y Andradas.

FIN DE LA TRAGICOMEDIA
DE
«LA DESDICHADA ESTEFANÍA».

EL PLEITO POR LA HONRA

ó

EL VALOR DE FERNANDICO

EL PLEITO POR LA HONRA [1]

COMEDIA FAMOSA

POR

LOPE DE VEGA CARPIO

ENTRAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES

El rey D. Sancho el Deseado.
Fernandico.
La Reina Costanza.
Elvira.
Ramón Fernández.
Don Álvaro Anzures.
Tello.
Fernán Ruiz de Castro.
Láinez, *lacayo.*
Guarín, *lacayo.*
Dos músicos.
Un paje.
Un Rey moro, y otros.

JORNADA PRIMERA.

Salen el Rey, Ramón Fernández, D. Álvaro, Tello y Láinez, con música, y dice

LÁINEZ.

Por largos años, por felices días,
Don Sancho, el Deseado y valeroso,
Resucitando en las cenizas frías
Del muerto Alfonso, Emperador famoso,
Goces el reino, que ocupar debías,
Del sacro Tajo al Nilo caudaloso,
Sin que jamás se atreva la vil Parca
Cortar el hilo de tan gran Monarca.

RAMÓN.

No sin misterio deseó Castilla
Ver la corona en tus felices sienes,
Porque el Moro andaluz, de tu cuchilla
Tema los filos, con que airado vienes;
Ya me parece que la frente humillas,
Y gozan con alegres parabienes
Tus caballos, que exceden los de Tetis,
Las claras aguas de Genil y el Betis.

TELLO.

Llegó ya de tu padre el Occidente,

(1) Por las razones que van expuestas en la Introducción, creemos imposible que esta comedia pueda ser, á lo menos en su estado actual, de Lope de Vega. La reproducimos, sin embargo, no sólo porque lleva su nombre en la única edición que de ella existe, sino por ser continuación de *La Desdichada Estefanía.* El texto de *El Pleito por la Honra* está plagado de absurdas erratas, que muchas veces hacen impenetrable el sentido. Algunas pueden corregirse, sin embargo, con ayuda de un manuscrito de la Biblioteca Nacional, en que esta comedia lleva el título de *El valor de Fernandico.* Apuntamos las variantes de uno y otro texto, prescindiendo de las que son manifiestas erratas.

El claro sol que dió tan nueva lumbre;
Mas tú de nuevo doras al Oriente,
Cegando á tus contrarios la vislumbre:
De rayos sitias la dorada frente,
Llegando presto á la más alta cumbre,
Pues que ya de León la frente humillas,
Y la Corona de las dos Castillas.
¿Quién vió á tu padre el rubio coselete
Tinto de sangre, en el bridón ligero,
Dando á la fama plumas del almete,
Crujiendo el ristre en el bruñido acero?
Hechos más valerosos nos promete,
Viéndote de sus bríos heredero,
Y en suficiente edad, que es lo que anima,
Y lo que más en la ocasión estima (1).

REY.

Caballeros famosos, y ceniza
De los ochenta que por varios modos
Honra la fama, ensalza y solemniza:
Bien conozco el valor que reina en todos;
Que el reinar, con razón me atemoriza
Delante de la sangre de los godos,
Pues por valientes, nobles y esforzados,
Podéis mandar mejor que ser mandados;
Mas si las dos Castillas, León y Asturias,
Á Galicia y Navarra, ahora heredo,
Procuraré (evitando las injurias)
Dar á entender la deuda con que os quedo:
Del Moro vil refrenaré las furias;
Que con vosotros fácilmente puedo,
Pues os puedo pedir en mi Consejo,
Fuerza al valiente y experiencia al viejo.
Ramón Fernández, ¿cómo no ha venido
Fernando mi sobrino?

RAMÓN.

No recibas
Enojo, porque á verte no ha venido.
En las montañas de León altivas,
En cazar solamente entretenido,
Verdugo de las fieras fugitivas,
Ha estado sin saber de su linaje,
Con buen ingenio envuelto en tosco traje.

REY.

¿Sabe quién es su padre?

RAMÓN.

Sí ha sabido;
Mas no el suceso triste y lastimoso,
Que de su madre tan llorado ha sido,
Y de Fernán Ruiz, tan valeroso.

REY.

Que ninguno le informe mando y pido.

RAMÓN.

Cumplir tu mandamiento es ya forzoso.

Sale un paje.

PAJE.

Ya Fernando de Castro viene á verte.

RAMÓN.

Déle Dios en Palacio mejor suerte.

Sale Fernandico.

FERNANDICO.

Déme Vuestra Majestad
Los pies.

RAMÓN.

Á buen tiempo vino.

REY.

No estéis á mis pies, sobrino,
Que no es justo: levantad.

FERNANDICO.

Yo estoy bien ansí, señor;
Que estaré más levantado
Cuando me viere postrado
Á los pies de tu valor.

REY.

En Palacio aposentad
Á Fernando: honradle todos.

FERNANDICO.

Bien pago por varios modos,
Si es paga la voluntad.
Las montañas de León,
Sé que en ellas me he criado.

REY.

No estéis más ansí postrado:
Alzad, Conde de Orejón,
Y sed Montero mayor,
Pues estáis acostumbrado
En la caza.

FERNANDICO.

Estoy honrado,
Señor, con tan gran valor.

ÁLVARO.

¡Bravo honor, por vida mía!

RAMÓN.

Anímale á tanta gloria
El tener en la memoria
Á su hermana Estefanía.

FERNANDICO.

En las montañas criado,
¿Tan grande bien me esperaba?

REY.

Sí; que entre fieras estaba
Ese diamante engastado.

FERNANDICO.

Si el monte tal bien encierra,
No es justo quejarme de él.

REY.

Cría á veces el laurel
El cuchillo de una sierra.

FERNANDICO.

No es mucho que entre favores
Tan notables y contentos,
Señor, tenga atrevimientos
Para pedirlos mayores.
En los montes me crié;
Ramón Fernández ha sido
Sólo el padre que he tenido,

(1) Faltan estas octavas en el manuscrito de la Nacional.

Y á quien tengo amor y fe;
Pero después que los años,
Y el largo conocimiento,
Dió rienda al entendimiento
Á que saliese de engaños,
Supe el padre que tenía;
Y sin saber la ocasión,
Supe que estaba en prisión
Donde es siempre noche el día.
Y así, sin duda, colijo,
Sin saber quién fué mi madre,
Que no quieres mal al padre,
Pues favoreces al hijo.
Suplícote que le den.....

REY.

¡Basta, Fernando; callad!
Si pedís su libertad,
No es cosa que os está bien.
Vedme esta tarde despacio.

FERNANDICO.

Siempre tu esclavo he de ser.

RAMÓN.

Entretanto, puedes ver
Las pinturas de Palacio.

Vase el Rey y los demás, y queda Fernandico y su lacayo.

FERNANDICO.

«Si pedís su libertad,
No es cosa que os está bien.»
Muy temprano es el desdén,
Y fiera la Majestad.
¡Qué diferentes razones
Del favor que hoy recibí!
Corte, pues hoy entro en ti,
¿Y ya en confusión me pones?
Mal en Palacio he de estar:
Fortuna, mal encaminas (1):
¿Cómo, si la fruta estimas,
El árbol mandas cortar?
Tantas cosas me propones,
Tanto favor y desdén.....
«No es cosa que os está bien.»
¡Oh, qué confusas razones!

LÁINEZ.

¡Qué alegre está mi señor,
Qué hinchado (2) y qué contento!
No cabe en el aposento
Del recibido favor.
Ser secretario me basta;
Mas no, que no sé escribir:
Sumiller, que he de sumir,
Que aquí con todos se gasta:
Pues montero; andar al trote
No se inventó para mí,
Que esotro día corrí,
Y me arrastró un matalote:

(1) Falta la rima.
(2) *¡Qué gozoso*, en el manuscrito.

Su cámara; pero no,
Porque andaré oliendo mal;
No he de hallar oficio igual
Al ser que el cielo me dió.
¡Ah, señor, responde ya,
Que estoy de llamar cansado!
Señor..... Él está elevado;
La privanza, ¿qué no hará?

FERNANDICO.

Dejemos, pensamiento,
Máquinas fabricadas
Sobre cimientos débiles y vanos,
Que se las lleva el viento
Cuando más levantadas
Las tiene la memoria entre las manos.

LÁINEZ.

Son secretos humanos.

FERNANDICO.

¡Oh Laín!

LÁINEZ.

¿Determinas
Que el Palacio veamos?

FERNANDICO.

Por estas salas vamos.
¡Qué hermosas pinturas!

LÁINEZ.

¡Peregrinas!

FERNANDICO.

Mira, sin hielos hechos,
Los carámbanos de oro entre los techos.
Aquí el arte compite
Con la Naturaleza.

LÁINEZ.

Es famoso el alcázar de Toledo.

FERNANDICO.

Allí el sol le derrite,
Con rara sutileza,
Á Ícaro las alas. Decir puedo
Que casi pone miedo
El ver del mar las olas,
En cuyas rocas solas
Espera su locura
Nevada sepultura.
Allí Neptuno la corriente inmola (1),
Y se ven en las rocas
Las Palias, Fastamides y Astafocas (2).
Á Júpiter en toro,
De estrellas negras mira transformado,
Sin el águila de oro;
Mira en la blanca arena
De Europa bella el pie tan estampado.
Allí la lleva á nado
Sin mojalle la ropa;
En las olas que topa,
Quebrados forma, en suma,
Ricos montes de espuma.

(1) Verso absurdo é ininteligible.
(2) Faltan en el manuscrito éste y los diez versos anteriores, que parecen intercalación de algún cómico.

LÁINEZ.

Asida dél la amedrentada Europa,
Mal el copete tiene,
Que él goza la ocasión, y ella le tiene.

FERNANDICO.

Á Faetonte abrasando,
Esparciendo sus rayos por el viento,
Y que mal gobernando
Etonte el elemento
Del aire, trilla y sube
Sobre una ardiente nube;
Aquí la tierra pierde
Su alegre color verde;
Con justa petición al cielo sube.

LÁINEZ.

¡Qué mal el carro viene,
Que el pértigo y el eje rotos tiene! (1).

FERNANDICO.

Espera, espera, ¿qué pintura es ésta?
Á un hombre veo (2)
Que á cierta dama quiere dar la mano,
De notable hermosura.

LÁINEZ.

¡Si es Lucrecia!

FERNANDICO.

No creo
Que Lucrecia estuviera
De esa suerte vestida.
Oye, Laín, advierte
Que el alma me alborota
La más mínima gota
De aquella sangre fría
Como si fuese mía;
El peligro presente le amonesta.
¡Ten el brazo homicida!
¡Tente, no quites tan honrada vida!
¿Qué culpa tiene? ¡Espera!

LÁINEZ.

¡Loco se ha de volver! ¡pintura fiera!

Sale D.ª Costanza.

COSTANZA.

¿Qué voces, qué rüido
Es éste que he sentido?
¿Éste es el caballero que hoy llegaba?
¡Gallardo talle! ¿Qué le ha sucedido?

LÁINEZ.

Oye, señor; ¡mira qué hermosa dama!

COSTANZA.

¿Quién es, por vida mía? (3).

FERNANDICO.

En tinieblas estaba, ya es de día.

COSTANZA.

¿De qué vuestras voces son?

FERNANDICO.

No hay duda que imaginaba,
Entre tanta confusión,
Que en el cielo que pisaba
Andaba el amor ladrón.
De esto mis voces han sido,
Y al revés me ha sucedido
De lo que yo imaginé,
Pues que cuando desperté
Vide un sol recién nacido.

COSTANZA.

Donde el monte, que de nieve
Forma nubes, que compite
Con el cielo, á quien se atreve,
Que del cristal que derrite
La vega sedienta bebe;
Donde nacistes envuelto
Entre fieros animales,
Y á perseguillos resuelto,
Más que entre palacios reales
De tafetanes envuelto;
Allí, tras el oso herido,
Tras el jabalí corrido
En que ocuparos soléis,
¿Las lisonjas aprendéis
Que habéis dicho y os he oído?
Donde el sol salir procura
Más tarde, para impedir
Su curso á la noche obscura,
¿Se sabe también fingir?

FERNANDICO.

Ya no habrá parte segura;
Aunque en tanta rustiqueza,
Entre el monte y aspereza
Aprendí sólo á cazar,
¿Quién no ha de saber hablar
Si mira vuestra belleza?
¿Qué maestro en mis enojos,
Que causa nuevo temor
Entre rendidos despojos,
Me puede enseñar mejor,
Señora, que vuestros ojos?
Crece el mal y el gusto mengua,
Pues mi alma se deslengua
Desde que los vuestros vió,
Y por los ojos entró
El corazón á la lengua.
¡Mucho atrevimiento cobras!
Lengua, en los peñascos labras;
Barca, en las olas zozobras:
Si no creéis las palabras
Remitidlas á las obras (1).

COSTANZA.

Mucho estimo vuestra fe,
Y de veros me holgaré

---

(1) Faltan en el manuscrito diez y siete versos, desde el que dice:

En las olas que topa.

No los creemos de Lope.

(2) Verso corto.

(3) En el manuscrito dice:

Que es, por vida mía.

(1) Esta quintilla y la anterior faltan en el manuscrito.

Siendo de vos estimada;
Mas temo ser desdichada,
Como vuestra madre fué.
Agradecer es razón
Vuestra verdad si es ansí.

FERNANDICO.
¡Todo es mayor confusión!
Como en desdicha nací,
Dudosos los fines son.
¿Adónde hablaros espero?

COSTANZA.
Si es que no sois lisonjero,
Como muestran las razones,
El tiempo tiene ocasiones,
Y este palacio terrero.

Vase.

FERNANDICO.
¡Laín!

LÁINEZ.
¡Señor!

FERNANDICO.
¿Ves?

LÁINEZ.
¿Yo? Sí;
Que aquésta es mi mano creo,
Y con las calzas me veo,
Señor, con que llegué aquí.
Aquésta es la faltriquera,
Que no podrá un exorcista
Sacar un ochavo fuera;
Y al fin no me falta vista,
Aunque de hambre, pudiera.

FERNANDICO.
¿Has visto tal hermosura?

LÁINEZ.
Ni más notable locura.

FERNANDICO.
Esperanza fugitiva,
Dad lugar para que viva
En el palacio y terrero;
No acabará su arrebol
Cuando verme en él espero,
Hasta que del rubio sol
Nos dé muestras el lucero;
No se vestirá de estrellas
El cielo, viendo por ellas
Mi amoroso desatino,
Cuando contar imagino
Todos mis males por ellas.
Vamos.

LÁINEZ.
¡Ya empiezo á temblar!
¡Y en peligros nos hallamos,
Y hoy acabas de llegar!
Ahora, ¡plegue á Dios que vamos
A rondar y no á rodar!

Vanse.

Sale el Rey y los caballeros.

REY.
En fin, ¿que baja Aldelmón?

RAMÓN.
El juramento pasado,
Cuando se vido en prisión,
Viendo á tu padre enterrado,
Rompe en aquesta ocasión.

ÁLVARO.
Tembló á las difuntas canas,
Que á las fuerzas africanas
Los pasos y vidas cortan.

REY.
¿Cómo en mi tiempo no cortan
Las espadas castellanas?
¿No es de la guerra el estilo
El propio? ¿Tan poco valgo?
¿No tiene mi estoque filo?
Don Sancho reina, hidalgos,
Que no Mauregato ó Silo.
A Castro envié á pedir
Consejo para elegir
General (1); su voto espero.

RAMÓN.
Es discreto caballero.

ÁLVARO.
Al fin callar y sufrir.

Sale un paje con una carta.

PAJE.
Aqueste papel te envía
Fernán Ruiz.

REY.
Saldremos
De confusión.

ÁLVARO.
Ser podría,
Detrás de tantos extremos,
Llegase la suerte mía:
Servirte, señor, prometo.

REY.
No me puedo resolver
Á que tenga el caso efeto
Sin que dé su parecer
Un soldado el más discreto.

Carta:

«Habiendo considerado lo que Vuestra Majestad me envía á mandar, para ésta hallo que no hay en quien fiarse mejor sino de su persona ó de la de Fernán Ruiz de Castro. Guarde Dios á Vuestra Majestad.

»De la cárcel donde padezco,
»FERNÁN RUIZ DE CASTRO.»

---

(1) En el texto impreso dice *Su señor*. Prefiero la lección del manuscrito.

ÁLVARO.

¡Qué soberbia!

RAMÓN.

¡Qué valor!

ÁLVARO.

¡Qué arrogancia!

RAMÓN.

¡Valentía
Notable!

REY.

El voto mejor
Que esperaba y pretendía,
Tengo con el bien mayor:
Yo propio tengo de ir;
Que no será bien salir
Fernando de la prisión.

RAMÓN.

Si no te mueve pasión,
Su voto es muy bien seguir:
Dale á Castro libertad,
Pues que tiene tu corona (1)
De él tanta necesidad.
Esto pido que le des,
Arrodillado á tus pies,
Pues es pariente y amigo;
Que si merece castigo,
Dárselo podrás después.

REY.

Digo que tenéis razón:
Salga para la conquista
Fernando de la prisión.
Vibre el fresno, el arnés vista,
Empuñe el Real bastón;
Apercíbase mi gente;
Y cuando muestre el Oriente
De nácar sus arreboles,
Den luz sus armados soles
Del río entre la corriente.
Los caballos, en lo bajo
De la vega vista Abril,
Y aunque con harto trabajo,
Sin que beban de Genil,
No será su espejo el Tajo.

ÁLVARO.

Mis esperanzas arrastro;
¿Qué contraria estrella ó astro
Mi desventura permite?

REY.

Hoy el valor resucite
De Fernán Ruiz de Castro.

Vanse todos y queda D. Álvaro.

ÁLVARO.

Aunque en el daño esté firme,
Fortuna, estarás contenta;
Mas ¿cómo para advertirme,
Sin hacerte de mí cuenta,
La tienes en perseguirme?
Dichoso es Castro, á fe mía:
Da la muerte á Estefanía,
No mujer baja y común,
Y al desdichado Fortún,
Noble hidalgo y sangre mía;
Y al fin, tras de una prisión
De las que más leves son,
Donde ha sido regalado,
Fernán Ruiz sale honrado
Con el cargo y el bastón.
Ya de loco nos da indicios
El Rey con los beneficios;
En injustas ocasiones,
Tan bien premia las traiciones
Como si fueran servicios.

Salen Costanza y Elvira.

COSTANZA.

Digo, Elvira, que le vi,
Y luego me enamoré.

ELVIRA.

¿Quién tal creyera de ti?
¡Notable mudanza fué!

COSTANZA.

No te espantes, ¡ay de mí!
Que me pareció tan bien,
Tan galán, tan cortesano,
Que, en lugar de algún desdén,
Casi le ofrecí la mano
Con el corazón también.

ELVIRA.

Por cierto, Costanza mía,
Que me espanta tanto amor,
Y que verle me holgaría,
Y remediar tu dolor
Por acertado tendría;
Que si al principio se enciende
El fuego, cuando se emprende
No se mitiga su ardor,
Podrá abrasar su rigor
El pecho donde se enciende (1).

COSTANZA.

De manera estoy por él,
Que le he escrito este papel,
De mis deseos rendida.

ELVIRA.

Muestra, amiga, por tu vida,
Y sabré tu amor por él.

COSTANZA.

Dime, Elvira, á quién escribes;
Dime el gusto con que vives.

ELVIRA.

De don Álvaro querida,
No hay bien que al cielo le pida
Si de esto gusto recibes.
Díceme que soy su dama,
Y que ha de dar á la fama
Lenguas y plumas veloces
Que en mi alabanza den voces.

(1) Falta un verso.

(1) Falta esta quintilla en el manuscrito.

Salga un paje.

PAJE.
La Reina, señora, llama.
COSTANZA.
La Reina me ha de ocupar,
Y no le he de poder dar.
ELVIRA.
Pues muestra, dámele á mí;
Que si sale por aquí,
Yo le daré en tu lugar.
COSTANZA.
De ti mi dicha confío.
ELVIRA.
Déjame el cuidado á mí.
COSTANZA.
¡Qué amoroso desvarío!

Vase Costanza.

ÁLVARO.
Ya mi remedio ha llegado (1),
Y mis pesares desvío.
ELVIRA.
¡Mi don Álvaro!
ÁLVARO.
¡Mi bien!
Luz con que mis ojos ven (2),
Enhorabuena vengáis,
Que mis males remediáis.
ELVIRA.
Sin que tormentos me den,
Muy lisonjero venís.
ÁLVARO.
Pues si vivís en mi pecho,
¿Qué ciego daño advertís?
ELVIRA.
Es el aposento estrecho,
Y huéspedes no admitís.
Vos sí que estáis en el mío,
Que es mayor.
ÁLVARO.
Es desvarío
Ese que decís, ¡por Dios!
Que si es ancho, cabrán dos.
ELVIRA.
Menos mudanzas confío;
Pues, don Álvaro, ¿estáis bueno?
ÁLVARO.
La sangre está alborotada;
Por enfermo me condeno;
La vista tengo turbada.
ELVIRA.
Debe de ser el sereno;
Como al terrero venís
De noche, muy bien decís;
Mas ya la vista se acaba;
Mas ya (no se me acordaba)
Noches ha que no venís.
ÁLVARO.
Ésta os suplico me deis
Licencia.
ELVIRA.
Estoy indispuesta;
La que se sigue podéis.
ÁLVARO.
Breve ha sido la respuesta,
Y largo mal prometéis.
¿Dónde está el lienzo que os dí?
¿Perdístele?
ELVIRA.
Veisle aquí;
Que estriba mi vida en él.

Cáesele á Elvira un papel de la manga.

ÁLVARO.
¿Cúyo será este papel?
ELVIRA.
Encubrille quiero ansí;
Voyme: la Reina me aguarda.
ÁLVARO.
Al fin mañana, señora,
Os veré. ¿Quién me acobarda?
ELVIRA.
Guárdeos el cielo.

Vase Elvira.

ÁLVARO.
En buena hora
Si para vuestro me guarda.
¿Papel cerrado, y no ser
Para mí? Puedo creer
Alguna nueva pasión;
Que implica contradicción
La firmeza y la mujer.
Temeroso voy rompiendo
La enigma, porque imagino
Que habré de hallar, en abriendo,
Fuego en que me quede ardiendo,
Porque es amor adivino.
«No juzguéis á liviandad
Que con tanta libertad,
Fernando, os escriba.» ¡Ah, cielos,
No son vanos mis recelos,
Que es fuerza de voluntad!
«Hablaros despacio quiero,
Y estos yerros de mis quejas
Dorad como caballero;
De noche, á los de unas rejas
Os aguardo en el terrero.
Ya aguardo el dichoso efeto,
Nuevos males me prometo;
Ya me hielo y me acobardo;
Al fin, á las doce aguardo:

(1) Falta la rima.
(2) Faltan en el manuscrito todos los versos que hay en el impreso desde éste hasta

¿Dónde está el lienzo que os dí?

Puntualidad y secreto»
¡Ah, sentencia rigurosa
De este cerrado testigo,
Que, mostrándote piadosa
En tanta ofensa conmigo,
Me das la pena afrentosa!
¡Ansí se premia una fe!
¡Triste de mí! ¿Qué haré?
El alma visto de luto;
¡Que goce Fernando el fruto
De la palma que sembré!
¡Qué bien dijo que tenía
Ancho el pecho! ¿Á quién me quejo
Si toda la culpa es mía?
Si Elvira ha sido mi espejo,
Retratar á dos podía.
«¿No vais, me dijo, al terrero
Esta noche?» ¿Qué más quiero,
Porque mi duda me ataje?
¡Ah, Castro, fiero linaje,
Qué de males por ti espero!
Ya muestra sus sombras negras
La noche, y su adorno aplaca:
Tiempo, que en mi mal te alegras,
El obscuro manto saca
Entre Aliparis (1) y Flegras;
No rompas las cataratas,
Luna, á las sombras ingratas,
. . . . (2)
Tus planetas, noche obscura,
El engaño que dilatas.

Vase, y sale Fernandico, y Láinez, lacayo, de noche.

FERNANDICO.
¿Vienes bien puesto, Laín? (3).
LÁINEZ.
Con una cota y coleto,
Para salir de un aprieto
Volando como un rocín.
FERNANDICO.
¿Si habrá salido Costanza?
¡Ay, yerro dichoso mío,
Que, aunque estáis helado y frío,
Aseguráis mi esperanza!
LÁINEZ.
¡Que esto se puede sufrir!
¡Que un amante quede al hielo,
Á la inclemencia del cielo,
Pensando que ha de venir
Su dama luego al momento!
Vaciará una vacinilla
Una dueña, ó doña Villa,
Con que nos agüe el contento;
Pues ya que se llega á hablar,
Todo es celos y más celos,
Juramentos á los cielos
De *in eternum* no olvidar.
Y otro día, impertinente,
Si miró, si no miró,
Si comió, si se acostó,
Con un fingir aparente,
Fingirán dos mil diluvios
De lágrimas en los ojos
. . . . (1)
De todos los boquirrubios.
Aquesto de la hermosura
Es cuba que se ha empezado,
Y beberá sosegado
Quien bebiere á la postura.
Taberna quiero con ramo (2),
Que sé lo que ha de costar;
Que es necio quien va á buscar
Perdices sin el reclamo.
FERNANDICO.
El discurso es extremado.
LÁINEZ.
Y tú en tus trece te quedas;
No quiero buscar veredas
Donde hay camino trillado.

Salen don Alvaro y Guarín.

ÁLVARO.
Ya, celos, en estacada
Estamos: la muerte espero.
. . . . (3)
GUARÍN.
¿Qué procuras?
ÁLVARO.
El error de esta mujer
He de ver.
GUARÍN.
Pues si has de ver,
¿Cómo te vienes á obscuras?
Por un hacha volveré.
ÁLVARO.
Vuelve, necio; ¿estás en ti?
FERNANDICO.
Arrimémonos aquí.
LÁINEZ.
Arrímate.
GUARÍN.
Gente hay aquí. ¡Mal agüero!

---

(1) Probablemente diría *Líparis*, aludiendo á los volcanes de aquella isla.
(2) Falta un verso.
(3) Falta en el manuscrito desde

Ya muestra sus sombras negras

hasta

¿Vienes bien puesto, Laín?

(1) Falta un verso.
(2) Falta en el manuscrito desde

Vaciará una vacinilla

hasta

Taberna quiero con ramo.

(3) Faltan versos, lo mismo en el impreso que en el manuscrito.

LÁINEZ.
Mucha gente viene armada.
FERNANDICO.
Dos hombres son.
LÁINEZ.
¿Dos no más?
Y ¿cuántos somos los dos?
FERNANDICO.
Ya tú lo has dicho.
GUARÍN.
Ya nos han tomado el puesto.
ÁLVARO.
Saber quién son es mi fin:
Reconócelos, Guarín.
GUARÍN.
El diablo me metió en esto.
ÁLVARO.
Si veo poco, poco importa.
FERNANDICO.
Á reconocerlos llega.
La noche es obscura y ciega;
Laín, los pasos acorta.
Sal.
LÁINEZ.
Mi mal adivino.
FERNANDICO.
Sal, acaba.
LÁINEZ.
¡Extraño caso!
¿Por qué he de impedir el paso
Á quien sigue su camino?
FERNANDICO.
Esto importa.
LÁINEZ.
¡Extraño miedo
Le tengo!
GUARÍN.
¡Qué cuerpo tan temerario!
LÁINEZ.
Ya viene.
GUARÍN.
¿Dónde va?
LÁINEZ.
Ya me estoy quedo (1).
GUARÍN.
¿Con quién viene?
LÁINEZ.
Con los pies.
GUARÍN.
¿Quién es esotro? pregunto.
LÁINEZ.
No se me llegue tan junto;
Dígame, esotro, ¿quién es?
GUARÍN.
No se arroje.
LÁINEZ.
No es razón.
GUARÍN.
Atreverte no procures.
LÁINEZ.
¿Diga á quién?
GUARÍN.
Á Álvaro Anzures.
LÁINEZ.
Ni tú al Conde de Orejón.
GUARÍN.
¡Bravo valor he tenido!
Fernando de Castro es.
ÁLVARO.
Anímate; vamos, pues.
LÁINEZ.
Ya quién es he conocido:
Alvaro Anzures se llama.
FERNANDICO.
Es honrado caballero;
Que no me conozca quiero.
ÁLVARO.
El amor mi pecho inflama;
Hablarle al fin determino:
Fernando de Castro, espera.
FERNANDICO.
Pues ¿dijístele quién era?
LÁINEZ.
Yo no; mas será adivino.
FERNANDICO.
Señor don Álvaro.....
ÁLVARO.
Infiero,
Conde, que nunca os cansastes;
Que hoy á la corte llegastes,
Y hoy ocupáis el terrero.
FERNANDICO.
Hay á veces ocasiones
Que obligan á lo que veis.
ÁLVARO.
No hay duda de que estorbéis
Más de cuatro pretensiones;
Muchos recelos y enojos
Causará vuestro cuidado.
FERNANDICO.
Nadie, donde yo he llegado,
Pienso que ha puesto los ojos;
Porque el lugar es divino,
Y no hay miralle, ¡por Dios!
ÁLVARO.
Sois Castro divino vos,
Y el blasón es peregrino.
Advertid que hay pensamientos
Que al cielo pueden llegar
En Palacio, y derribar
Otros altivos intentos.
Y el sujeto que alabáis,
Porque temáis vuestro olvido,
Hay ya quien ha merecido
El favor que aun no esperáis.
Dejad, Fernando, el terrero

(1) El texto de esta comedia está aquí y en otros pasajes horriblemente estragado; pero por no conocerse de él más que una edición y un manuscrito, á cual más imperfectos, es imposible remediar estas faltas.

Libre para quien merece
La gloria que se os ofrece
Por amante verdadero.
Que mi consejo toméis
Es lo que importa, á fe mía,
Porque podrá venir día
Que con costas lo paguéis.

FERNANDICO.

Álvaro, Dios me es testigo
Que de responderos dejo,
Por no saber si es consejo
De escarmentado ó de amigo.
Pero si es de escarmentado,
Respondo, aunque en algo sobre,
Que no habrá quien de mí cobre
Como de vos ha cobrado.
Si es de amigo, lo agradezco,
Pero no me le deis más;
Que no vuelva el pecho atrás
Si á la corriente le ofrezco;
Que otro se ha puesto atrevido,
Más altivo el proceder;
No está la gloria en querer,
Sino en el ser admitido.
Si algún gigante se atreve
De echarme de donde estoy,
Rayos de Júpiter soy,
Y montes de fuego y nieve.

ÁLVARO.

¡Brava arrogancia, por Dios!

LÁINEZ.

Esto se enciende; yo vuelo.

GUARÍN.

Algún gran daño recelo.

ÁLVARO.

Otros mejores que vos
En valor y calidad
Pretenden lo que decís.

FERNANDICO.

Mejores que yo, mentís.

ÁLVARO.

Que no es agravio notad,
Estando la espada ansí;
Pero ¿de qué estoy dudando?
No tienes honra, Fernando,
Para quitármela á mí.
No es necesario que esté
La espada ansí para honrarme;
Busca honor con qué (1) afrentarme,
Que yo te responderé.
Y para hablar sin matiz,
Porque pierdas tu osadía,
Quizás tienes sangre mía
Y no de Fernán Ruiz.

FERNANDICO.

¡Oh, villano!

ÁLVARO.

Y tú, ¿quién eres?
Voyme por no hablarte ansí;
Busca honor, y vuelve aquí,
Que el hablar es de mujeres (1).

Vase.

Sale Ramón Fernández.

FERNANDICO.

¡Ah, cielos, siempre feroces!
Mayores daños colijo.

RAMÓN.

¿Qué alboroto es este, hijo?
Fernando, ¿de qué das voces?
¿Con quién el enojo ha sido?

FERNANDICO.

Padre, pues por tal te tengo,
Que me des honor prevengo,
Pues que le tengo perdido.
Dice el Rey, cuando en mi bien
Busco á mi padre lealtad:
«Si pedís su libertad,
No es cosa que os está bien.»
Y un sol, de nuevo escondido,
Dice, confusa y turbada,
Que teme ser desdichada
Como mi madre lo ha sido.
Y Álvaro Anzures, aquí
Dice, mi honor ultrajando:
«No tienes honra, Fernando,
Para quitármela á mí.»
Y palabras de manera
Que me afrentan, en efeto:
Dime, padre, este secreto,
Antes que rabiando muera.

RAMÓN.

No es tiempo, joven ilustre,
Que entre temores tan varios,
Te encubra la gran tragedia
De que resulta tu agravio.
Sabrás que el Rey tiene preso
Á tu noble padre, Castro,
Porque dió muerte á tu madre,
Que era de prudencia un vaso,
Por un falso testimonio,
Fernando, que levantaron
Á su virtud inocente;
En efecto, este es el caso:
Que viniendo de la guerra
De Aldemón, fiero contrario,
Vencedor tu noble padre,
Los aires solicitando
Los lucidos tafetanes,
Porque en su aposento hallaron
Aposento á tanto honor,
Dando envidia á los brocados,
Salieron dos escuderos,
Enemigos no excusados,

(1) En el manuscrito dice *para*, en vez de *con que*.

(1) Así está enmendado en el manuscrito. Primero había escrito el poeta:

Que ya te he dicho quién eres.

Carcomas del mismo honor
De sus vidas, y retrato
Del falso camaleón,
Porque en sus colores varios
Les transformó el interés;
En efecto, le contaron
Que hablaba por el jardín
Tu madre á un hombre; y estando
Arrimados á los muros
Que coronan los acantos,
Le vieron diversas veces;
¡Gran traición, aleve trato!
Porque una maldita esclava,
De pensamientos villanos,
Que las partes de Fortún
Fácilmente enamoraron,
Y Fortún, amante tierno,
De los bellos ojos castos
De tu madre, hizo tercera
La esclava que te he contado;
Que quien de esclavos se fía,
Pone su vida en cadalso.
Al fin, tomando el vestido
De tu madre, voz y hábito,
Hablaba por el jardín
Con Fortún el que he contado.
Al fin, para no cansarte,
Los escuderos llevaron
Á tu padre, porque viese
La maldad que levantaron.
Fué, y conoció los vestidos,
Y cegándole el agravio,
Á su esposa le parece
Que mira en ajenos brazos.
Dió la muerte al traidor,
Y fué siguiendo los pasos
De la infame, que se esconde
Debajo del lecho casto
De tu madre, que dormía,
Teniéndote á ti á su lado,
Vestida sobre la cama:
Á tu padre está aguardando.
Dióla cinco puñaladas;
Desocupó el cuerpo santo
El alma, que pisa estrellas,
Dejándole frío y pálido.
Miraron la cama luego,
Y hallaron estar debajo
La esclava, que confesó
Su delito y falso trato.
Quemáronla luego al punto,
Y los polvos entregaron
Á los vientos, que esparcieron
Su vil ceniza por alto.
Quiso matarse tu padre,
Y poniendo al cuello un lazo,
Se puso á los pies del Rey:
Prendiéronle habrá veinte años.
Este, hijo, es el suceso;
Ahora es tiempo, Fernando,
De que vuelvas por tu honra,
Pues que pretendes cobrarlo.

FERNANDICO.

¡Ay de mí! Decidme, tío
Ramón y señor, ¿qué agravio
Me pudo mi padre hacer?
¿No fué también engañado?

RAMÓN.

Sí, hijo; mas sale libre,
Y pensará el vulgo vario,
Viendo libre al delincuente,
Que no fué el delito tanto.

FERNANDICO.

Pues quiero pedir justicia.

RAMÓN.

No es tiempo agora, Fernando;
Que importa aquí la presencia
De tu noble padre Castro.
Cuando venga de la guerra
Es ocasión (1).

Aquí echa Fernando un gran juramento.

FERNANDICO.

Pues yo juro á Dios del cielo,
Á San Pedro y á San Pablo (2),
Que, aunque me cueste la vida,
Que he de vengar este agravio.

RAMÓN.

Ven, hijo, que viene el día.

FERNANDICO.

Suceso es extraordinario:
Mientras sale el de mi honor,
No descubra el sol sus rayos.
Inocente sangre mía,
Perdone el que os ha engendrado,
Porque he de hacer que la fama
Os levante simulacros.

Vase.

Salen el Rey y la Reina y los caballeros.

REY.

Aquí llega el escuadrón:
Desde aquí á Castro verás.

REINA.

Honrarle será razón.

REY.

Espero en sus obras más
Que promete su opinión.

Sale Fernán Ruiz de Castro, marchando con soldados delante, y hace acatamiento á los Reyes.

CASTRO.

Hagan alto las banderas;

(1) Verso incompleto.
(2) En vez de estos dos versos se lee en el manuscrito:

Es ocasión.
FERNANDICO.
¡Cielo santo!
Aunque me cueste la vida.....

Que al Rey, que mil años viva,
Quiero ver y dar las gracias
Por la merced recibida.
Guárdeos el cielo, don Sancho,
Y vuestra corona rica,
Más segura de africanos,
Goce vuestra frente altiva;
Que segura la tendréis (1)
Si Castro la lanza vibra;
Que estas canas no son años,
Don Sancho, sino desdichas.
Más valiente estoy ahora,
Que, en efecto, cuando embista,
Guardaré mi vida más,
Pues no hay ya para qué viva.
De la misma suerte el peto
Me es carga ligera y chica,
Que cuando en mis verdes años
Fuí asombro de la morisma.
Dios perdone á vuestro padre,
Qué de veces me decía:
«Vívame Fernán Ruiz,
Que él solo es defensa mía.»
Y aunque me tuvo en prisión,
Yo os prometo que me obliga
Á que llore por su muerte
Las mercedes recibidas.
Dióme nombres y blasones,
Dióme lugares y villas,
Y dióme entre bienes tantos
Á la bella Estefanía:
Dios en la gloria la tenga;
Ángel es, que el cielo pisa,
Que en la tierra me ha dejado
Para que en tormentos viva.
¡Qué hermana tuviste, Sancho!
¡Qué honesta! ¡Qué cuerda y linda!
Sus desdichas la mataron,
No mi sangrienta cuchilla.
¡Lágrimas, volved al pecho,
Porque hay gente que me mira,
Y no es bien dar ocasión
Á que en un tiempo dé envidia!
Aquestos largos cabellos
Y aquesta barba crecida,
De mi dolor y tristeza
Son, don Sancho, las insignias.
Ya me imagino, señor,
Entre la algazara y grita
Cortando cabezas moras
Como el segador espigas.
Á Fernandico os encargo,
Que me dicen que habita
En vuestro palacio, y es
De quien hacéis más estima.
Merécelo por su madre:
Mas ya la caja me anima,
Y como salgo brioso,
Más el corazón me incita.

REY.

El cielo os guíe, pariente.

CASTRO.

Marchad, pues, que si me guía,
Yo entapizaré á Toledo
Con las banderas moriscas.

Vanse todos, y dan fin á la primera jornada.

JORNADA SEGUNDA.

Salen Elvira y Costanza.

COSTANZA.

Digo, Elvira, que no tengo
De hablar ni verle jamás.

ELVIRA.

Rigurosa en todo estás;
Que le has de hablar te prevengo.

COSTANZA.

¿Hablarle, Elvira? Primero
Me deshiciera un león;
Que quien no tomó ocasión,
Ni la buscó en el terrero,
No es bien me vea jamás;
Que muy mal parecería
Rogarle yo.

ELVIRA.

Ni sería
Justo; pero tú verás
Que está sin culpa Fernando.

COSTANZA.

¿Qué disculpa puede haber
Que le pueda defender,
Estándole yo aguardando?
Que soy yo quien soy entienda,
Y el enojo que me ha dado.

ELVIRA.

Si sé que no está culpado,
¿No quieres que le defienda?
Ea, escúchame, Costanza:
Habla á Fernando, y advierte
Que es poco amor ofenderte
Cuando le das esperanza (1).
Pudo ser no poder más
Ó tener algún testigo,
Siendo forzoso enemigo
Que le hizo volver atrás.
Antes me parece á mí
Que no le hables ni digas

---

(1) En el manuscrito *teneis*.

(1) Esta redondilla y la anterior faltan en el manuscrito.

Que tú le has escrito.

COSTANZA.

Amigas
Son tus cosas para mí.
Pero ¿no es éste que viene?
Quiero fingir gravedad;
Que mostrar autoridad
En esta ocasión conviene.

Salen Fernandico y Láinez.

FERNANDICO.

¡Con qué vergüenza, Laín,
Pongo en Palacio los pies!
Que pienso que dice, en fin,
El que me mira: «Aquél es.»
Es fortuna tan cruel,
Que mide por un nivel
La verdad y la mentira,
Y al agraviado, el que mira,
Piensa que dicen mal de él.
Hoy, á perder me provoco
El jüicio en tal rigor,
Cuya sentencia revoco;
Que perdiéndose el honor,
Es cordura el estar loco.

LÁINEZ.

Aquí está aquella mujer.

FERNANDICO.

¿Cómo la he de poder ver?

LÁINEZ.

Con los ojos, digo yo.

FERNANDICO.

Si una afrenta los cegó,
Muy difícil ha de ser.

FERNANDICO.

Con airados ojos mira;
Con vergüenza se retira.

COSTANZA.

¿Hablaréle?

FERNANDICO.

¿Llegaré?

ELVIRA.

Elvira la causa fué;
Remedia este daño, Elvira.
No te estará bien llegar
Enojada, pues que ves
Suele la cólera hablar
Disparates, que después
Son malos de remediar.

COSTANZA (1).

Pues, Elvira, habla con él;
Pero no le digas nada
De mi liviano papel,
Y cómo estoy enojada
De su término cruel.

ELVIRA.

Si yo el papel no le dí,
Que sin duda no le dió,
¿Es aquesto hacer por mí?
De la mano se cayó;
¿Estoy disculpada ansí?
El cielo uso de clemencia.
¿Qué hay, Fernando?

FERNANDICO.

La sentencia,
Señora, estoy aguardando;
Mas no me darán audiencia
Los ojos que estoy mirando.
Si está cerrado el proceso
Y el entendimiento preso,
Muy difícil ha de ser;
Que si es difícil querer,
Muchos delitos confieso.
Mas por evitar el daño,
Quiero huir de la ocasión
Que me trata como extraño;
Que muchos los pleitos son
Y hay en la sentencia engaño.

Salen D. Álvaro y Guarín.

ÁLVARO.

No he podido reposar:
Cuidados no dan lugar,
Ni mis confusos temores.

GUARÍN.

Conde Cláros, con amores
No podía sosegar:
No me espanto.

ÁLVARO.

En vela están
Mis males. ¡Oh, ardiente llama!

GUARÍN.

Con la pena que le dan,
Saltos diera de la cama,
Que parece un gavilán.

ÁLVARO.

¿Estás borracho? (1).
¿Á quién comparas conmigo? (2).

GUARÍN.

Bien es que mi ingenio abones:
Con mi memoria acomodo (3)
Bien la historia (4).

ÁLVARO.

¡Ah, celosas ilusiones!
¡Cuánto mejor, amor, fuera,

---

(1) Falta en el manuscrito este diálogo entre Costanza y Elvira, hasta que ésta se dirige á Fernandico, diciéndole:

¿Qué hay, Fernando?

palabras que, por lo que responde el aludido, pudiera creerse que se las dirige Constanza (según el manuscrito), y no Elvira (según el impreso).

(1) Verso incompleto.
(2) Falta la rima.
(3) Falta la rima.
(4) Verso incompleto. Este pasaje está igualmente mal en el manuscrito y en el impreso.

En mi daño y mis recelos,
No verlos de esta manera;
Que, aunque es grave mal los celos,
Al fin sin ellos viviera!

ELVIRA.

Fernando, esto pasa así:
Yo vuestro papel perdí;
Cese el enojo y la ira.

COSTANZA.

No quiero que estorbe Elvira,
Pues me da la vida á mí:
Hablar con Álvaro quiero.

ÁLVARO.

No bastaba en el terrero,
Sino que, por darme enojos,
Me den veneno sus ojos.
¡Rabio, muero, desespero!

COSTANZA.

¿Qué hay, don Álvaro?

ÁLVARO.

No sé;
Desesperaciones, rabia
De una mujer que adoré,
Y hoy á mis ojos me agravia
Con Fernando.

COSTANZA.

Pues yo sé,
Álvaro, que sois querido.

ÁLVARO.

Mal pienso que lo sabéis.

FERNANDICO.

¿De qué sirve que abonéis
Un amor tan fementido,
Que aún vos no le conocéis?
Á Álvaro Anzures adora.

ELVIRA.

No es posible.

FERNANDICO.

¡Ay, mi señora,
Mal conocéis un traidor
Que burla de vuestro amor
Y que á Costanza enamora!
Don Álvaro propio ha sido
Quien dijo que era querido
De Costanza.

ELVIRA.

Será ansí;
No en vano me dijo á mí
Que erais digno de su olvido.

ÁLVARO.

No en vano no os quiso hablar:
¿De qué os importa también
Tan grande daño abonar,
Si á Fernando quiere bien?

COSTANZA.

Engañáisos.

ÁLVARO.

¡Yo engañar!
Jamás, señora, os mentí
Ni quimeras os fingí;
Verdades estoy hablando:
Díjomelo á mí Fernando,
Y testigos traigo aquí.

COSTANZA.

Será, sin duda, cruel
Que tengo que averiguar;
Presto quiso hablar con él,
Presto me llega á quitar
De las manos el papel.

ÁLVARO.

¿Qué dirá quien esto mira?

FERNANDICO.

¡Que pierda el gusto y honor
Quien tanto bien me retira!
¿Álvaro?

ELVIRA.

Costanza.

COSTANZA.

Elvira.

ELVIRA.

Mudar puestos es mejor.

COSTANZA.

Quiero hablarte (1).

ELVIRA.

Y yo lo mismo quería.

FERNANDICO.

Veros de día quiero (2).

ÁLVARO.

Y hacéis bien, por Dios.

Entra un paje.

PAJE.

La Reina llama á las dos.

ELVIRA.

Ella mi intento desvía.

COSTANZA.

Á solas te quiero ver.

ELVIRA.

Después le podrás hacer.

COSTANZA.

Justo es que á solas te hable.

FERNANDICO.

¡Ah, fementido!

ELVIRA.

¡Ah, mudable!
¡Hombre al fin!

ÁLVARO.

¡Al fin mujer!

Vanse: quedan Álvaro y Fernando y los lacayos.

ÁLVARO.

Si me queréis ver de día,
Si con la tiniebla fría,
Fernando, no conocéis,
Miradme ahora y veréis
Que soy el que ser solía.
Mas como estáis sin honor,

(1) Verso incompleto.
(2) Falta la rima, y además no es verso.

Tenéis los ojos cerrados,
Huyendo del resplandor,
Porque os los tiene eclipsados
Los rayos de mi valor.

FERNANDICO.

Don Álvaro, en esta parte
Huelgo hallarte; y ¡vive Dios
Que deseaba encontrarte,
Estando á solas los dos,
Para poder infamarte! (1).
Por el sol, montes y faldas,
Rayando (2) sus esmeraldas
Porque el rostro os pueda ver,
¿Cómo os he de conocer
Si os vide por las espaldas?
Con razón tenéis guardada
La espada, sin que jamás
Toque á la mía acerada,
Pues sabéis que corta más
Vuestra lengua que la espada.
Que vergüenza haya tenido
No lo niego, y es que ha sido
De ver que un hombre común,
De la casa de Fortún,
Á un Castro se haya atrevido.
Mira si las dichas mías
Tras el curso de los días
Caminan con brevedad,
Pues con saber mi verdad,
Supe también que mentías.

ÁLVARO.

No agravia el que está sin honra:
Infórmate de quién eres
Si el ser que tienes te honra,
Y después, si hablar quisieres,
Tratarás de mi deshonra:
Ya te tengo respondido.

FERNANDICO.

Vamos, pues, á lo importante;
Para cuando esté sabido
Mi honor, recibe este guante.

ÁLVARO.

Yo le doy por recibido;
Tiempo habrá de prevenir
Armas, porque has de seguir
Causa muy larga.

FERNANDICO.

No importa;
Ruega á Dios que no sea corta,
Que eso sólo has de vivir.

ÁLVARO.

Otros contrarios menores
Fueran para ti bastantes.

FERNANDICO.

Dilo cuando herido llores.

ÁLVARO.

¡Qué poco temo arrogantes!

FERNANDICO.

¡Qué poco temo á traidores!

Vanse, y quedan los lacayos (1).

LÁINEZ.

Mucho gusto (2),
Que quedamos solos (3).

GUARÍN.

¿Qué tenemos?

LÁINEZ.

No tener.

GUARÍN.

Créolo así:
Dime, ¿qué quieres de mí?

LÁINEZ.

Verte.

GUARÍN.

Todos nos veremos:
¿Qué contempla, por su vida?

LÁINEZ.

Del rostro, de todo el talle
Quiero tomar la medida,
Por ver dónde poder dalle
De provecho una herida.

GUARÍN.

No hay espada del perrillo
Que me corte.

LÁINEZ.

En el decillo
Su temor ha declarado.

GUARÍN.

¿Por qué? ¿porque vengo armado?

LÁINEZ.

¿Armado? Tiemblo en oillo.

GUARÍN.

Yo traigo un arnés, en fin,
Que me rige y me gobierna;
Sí, ¡por vida de Guarín!

LÁINEZ.

¿De dónde?

GUARÍN.

De una taberna
Del bendito San Martín.

LÁINEZ.

¿Es bueno el vino?

GUARÍN.

Sí á fe;
Llegue y se le enseñaré.

LÁINEZ.

Lléguese.

GUARÍN.

Ya estoy llegado:
¿Era el de anoche, y criado
De Fernando?

LÁINEZ.

¡Mataréle!

(1) *Informarte*, dice equivocadamente el manuscrito.
(2) *Rajando*, en el manuscrito.

(1) Toda esta escena de los lacayos falta en el manuscrito.
(2) Verso incompleto.
(3) No es verso, y además falta la rima.

GUARÍN.
¿Vos á mí?
LÁINEZ.
¿Él conmigo?
GUARÍN.
¡Téngase!
LÁINEZ.
¡Téngase allá!
GUARÍN.
¡Qué cuchillada le dí!
LÁINEZ.
¡Mentís, que no llegó acá!
GUARÍN.
¡Á qué furia me provoco!
LÁINEZ.
¡Cielos, tu favor invoco!
GUARÍN.
¡Matarme á mí!
LÁINEZ.
¡Sí, por Dios!
GUARÍN.
¡Llegáos acá!
LÁINEZ.
¡Llegáos vos!
GUARÍN.
¡No quiero!
LÁINEZ.
¡Ni yo tampoco!

Vanse.

Salen Castro y soldados, y Fabio, músico.

CASTRO.
Plántense los pabellones
En la orilla de ese río;
Retraten su curso frío
Los coronados pendones;
Corra la caballería
Esa alameda frondosa,
Con el aire bulliciosa,
Bordada de argentería;
Y pues ya sus medias lunas
Se ven por hileras largas,
Mostrando al sol las adargas
Para infelices fortunas,
Estén un poco arrogantes;
Que al tiempo del embestir,
Alas harán, para huir,
Las tocas de los turbantes.
Furioso el curso ha empezado
El sol, de rayos vestido;
Poco, en mi pecho encendido,
Su vivo calor ha obrado.
FABIO.
Descansa un poco, señor;
Ocupa un poco la cama.
CASTRO.
Esta juncia y esta grama
Será mi lecho mejor:
Ver la cama, Fabio, temo;
Que mil asombros me dan,
Y es un incendio, un volcán
En que me abraso y me quemo.
Temo, al correr las cortinas,
Ver la imagen estampada
De aquella santa, eclipsada
De pardas nubes indinas.
Si al cielo mi vista sube,
La idea que se transforma,
Su talle y rostro me forma
De una desgajada nube.
Y cuando el alma me inquieta,
Me dice mi fantasía
Que responde Estefanía
El eco de la trompeta.
FABIO.
Pues ya la mesa te espera.
CASTRO.
¿Qué dices, estás en ti?
¿Mesa me ponen á mí?
¿Como yo de esa manera?
FABIO.
Como te vi sin prisión,
Mi inadvertencia confieso.
CASTRO.
Pues ¿siento yo el estar preso,
Ó mi desdicha ó prisión?
No siento yo el padecer:
Sólo el engaño sentí,
Y que me engañase así
Aquella esclava ó mujer.
Aquí traed la comida.
FABIO.
Si lo ordinario ha de ser,
Quiero la mesa poner.
CASTRO.
¡Ay, sangre amada y vertida,
Qué lágrimas me costáis!
Dichoso soy si advertís,
Pues en el cielo vivís
Y en la tierra me dejáis.
Canta, Fabio, lo que sueles.
FABIO.
Lo que me mandas haré.
CASTRO.
Dí quién fuí, no quién seré,
Porque no me desconsueles.

Aquí ponen una alfombra en el suelo con manteles, cosas de comer y un paño con sangre, y canta Fabio:

FABIO.
Los que vais por los caminos,
Parad y oid mis desgracias,
Y veréis cómo los tiempos
Apriesa corren y pasan.
El gran Castellano soy,
Contra cuya fuerte espada
Alfanjes forjó Damasco,
Fez y Marruecos adargas,
El Betis veloces yeguas,
Y en sus orillas de plata,
Tarudante malla fría,

Las hojas selvas y lanzas.
Amparo fuí de Castilla,
Y premió el Rey mis hazañas
Con la bella Estefanía,
Cuanto hermosa, desdichada.
Yo vide turbios los ríos
Que un tiempo vi de esmeraldas,
Y el cuerpo, blanca columna,
Desnudo, frío y sin alma.
Solo estoy, y solo muero,
Y si la busco, no calla
La vista, y no me responde
Aunque pretendo llamarla.
El cuerpo que vi contento
En mi mesa y en mi cama,
Vi llevar, de ricoshombres,
En unas fúnebres andas.
¡Ven, muerte, ¿por qué te tardas?
Ó dame el cuerpo de quien tengo el alma!

Tocan al arma.

CASTRO.
¿No prosigues?

FABIO.
No prosigo,
Porque el Moro toca al arma.

CASTRO.
Canta, Fabio, y no te alteres.

FABIO.
Oye, señor, la algazara;
Que acercándosenos vienen
Con sus bárbaras escuadras.

CASTRO.
Bien parece que no sienten
Lo que siento cuando cantas.
¡Ea, leones, á ellos,
Soberbios hijos de España;
Que en sus adargas de vidrio
Cortan bien nuestras espadas!
No quede contrario á vida
Que preso ó muerto no vaya;
¡Oh, por mi vida os prometo
Que á muy buen tiempo me hallan,
Pues voy á ver si la muerte
Hallo entre aquesta canalla!
¡Ea, seguidme, y á ellos!

Vase, y sale el Rey moro con otros dos, y luego vuelve Castro (1).

MOROS.
Ea, todos descansad:
Hoy la gloria has de llevar.

REY MORO.
Haced de su sangre un lago,
Cortad sus cristianos cuellos.
¡Al arma! ¡Mahoma á ellos!

MORO 1.º
Aguarda, espera, cristiano.

MORO 2.º
Es tan pesada su mano
Como este Marte invencible.

CASTRO.
¡Ea, canalla, huid,
No esperéis la muerte fiera!

REY MORO.
Detente, cristiano, espera.

CASTRO.
Quien tiene sangre de Cid
No espera ni se detiene,
Sino sigue á su enemigo
Hasta que le da el castigo
Que á su insolencia conviene.
Yo soy Castro el Castellano.

REY MORO.
¿Fernán Ruiz?

CASTRO.
Sí, yo soy.

REY MORO.
¿Vivo estás?

CASTRO.
Vivo estoy.

REY MORO.
Detén la sangrienta mano;
Que, á no tenerte por muerto,
No hubiera á España venido,
Y por mi desdicha ha sido
Este pensamiento incierto:
Hoy mi dolor me condena.

CASTRO.
Bien dices; esto te advierto:
Que no soy yo, ten por cierto,
Sólo mi cuerpo anda en pena.

REY MORO.
Un servicio te he de hacer,
Que sin que pase adelante,
Quiero embarcarme al instante;
Toca, Castro, á recoger:
Que tengas piedad de mí
Te pido.

CASTRO.
No es justa cosa:
No la tuve de mi esposa,
¿Y he de tenerla de ti?
¡Guárdate, Aldenio, que voy
Buscando tu muerte!

REY MORO.
Espera.

CASTRO.
Ya espero de esta manera;
Aguarda, Rey.

REY MORO.
¡Muerto soy!

Vanse.

(1) Faltan en el manuscrito toda la escena de los moros y Castro, y la siguiente de la Reina y sus damas. En su lugar hay un monólogo que dice:

BLAS (solo).
¿Á cuál hombre ha sucedido
Tal engaño y desengaño?
Para hacer mayor el daño
Uno tras otro han venido.
Mas ¿qué temo si han caído?

Salen las damas y la Reina.

REINA.
Pienso que estáis enojadas;
Siento el veros afligidas.

ELVIRA.
Seguras están las vidas
Donde riñen sin espadas.

COSTANZA.
No hay por qué Tu Majestad
Tenga disgusto.

REINA.
Es muy cierto;
De que le tengo os advierto:
Decid luego la verdad;
Que pues lo que mando es ley,
Es justo que sepa yo
El enojo quién le dió;
Y ¡por la vida del Rey,
Si no lo decís al punto,
Que habéis las dos de tener
Algo que poder temer
Y con el castigo junto!
Decidlo, ¡por vida mía!

ELVIRA.
Es el conjuro tan fuerte,
Que no es menos mal la muerte:
Es, señora, una porfía
En que el juicio no reposa,
Y porque nos disgustamos.....

COSTANZA.
Sí, señora, y porfiamos
Las dos una misma cosa.
Pero pierda quien perdiere,
Es cierto, señora mía,
Que al cabo de la porfía
Será lo que yo quisiere.

ELVIRA.
¿Cómo, pues? ¿Por qué ha de ser
Lo que quisiéredes? Creo
Que el fuego en que me veo
Alguna Troya ha de arder.
¡Qué vanas soberbias son
Estas, qué ligero asalto!
Ya sé que estaba más alto
Y se quemó el Helión.

COSTANZA.
Elvira, pienso que emprendes
Que nos perdamos las dos.

ELVIRA.
Eso imagino, ¡por Dios!
Y que dello nada entiendes;
Pero primero verás
El fuego que el leño griego
Dió á Troya, que deje luego
De abrasar y arderse más,
Que en mí cese esta porfía.

COSTANZA.
Es de necios porfiar;
Dejo para otro lugar
La justa venganza mía.

REINA.
¿Qué libertad es aquésta?
¡Otra vez mi vida juro,
No ha de haber cuello seguro
Á quien vuelve la respuesta
Más en semejante caso!

COSTANZA.
Yo, señora, callaré.

ELVIRA.
Yo, señora, seré roca;
De celos me abrasaré.

Salen el Rey y D. Álvaro.

REY.
Ciertas las victorias son
Con tan diestro capitán.

ELVIRA.
¡Cómo los ojos se van
Adonde está el corazón! (1).

REINA.
¡Rey mío!

REY.
¡Señora mía!

REINA.
¿De dónde, señor, venís,
Que ha días que no me veis?

. . . .

REY.
Estimo mucho el favor,
Señora, que lo merece
Mi voluntad, porque crece
Al paso de vuestro amor.

REINA.
¿De qué tratáis?

REY.
De la guerra
Del poderoso Aldemón,
Que con loca presunción
Tala y destruye mi tierra;
Mas de Castro la experiencia
Me dará dél la victoria.

REINA.
Esperad, señor, la gloria
Al paso de su prudencia.

ELVIRA (2).
¿Cómo delante de mí
Álvaro habla á Costanza?
Ya pierdo la confianza,
Y á no estar el Rey aquí,
Yo le pusiera respeto,
Según estoy ya perdida.

COSTANZA.
Y qué, ¿es verdad, en efeto?

---

(1) Estos dos versos los dice en el manuscrito la Reina, y lo mismo las palabras *Rey mío.* La palabra *Reina* es sobrepuesta, pues en la primera copia decía *Elvira*, como en el impreso.

(2) Falta todo este diálogo de Elvira, Constanza y D. Alvaro, hasta que sale el soldado.

ÁLVARO.

Sí que lo es, ¡por mi vida!

ELVIRA.

¿Hay desvergüenza mayor?
¿Acaso es concierto?

COSTANZA.

¡Pues!

ÁLVARO.

Antes, desconcierto es
De un fingido y falso amor.
Y, hermosos ojos bellos,
No sé por qué me miráis;
Que si mirando matáis,
¿Quién se podrá librar dellos?

Sale un soldado.

SOLDADO.

Déme Vuestra Majestad
Albricias, porque Fernando
Entra en Toledo marchando
Victorioso.

REY.

Levantad.

SOLDADO.

Los soldados españoles,
Que la fortuna contrastan,
Sus medias lunas arrastran
Y alzan sus enteros soles.

REY.

¿Viene cerca?

SOLDADO.

Ya retratan
El Tajo, en lóbregas luces,
Los leones y las cruces,
Y curso veloz dilatan.

REY.

Salgámosle á recibir
Como es justo á tal vasallo,
Porque en mi reino no hallo
De quién me pueda servir
Como de Castro.

SOLDADO.

Señor,
Ya pienso que entra en Palacio,
Pues lo dice y no despacio
El pífano y atambor.

Entra Fernandico por una puerta y Castro por otra, marchando.

CASTRO.

Vuestra Majestad me dé.....

FERNANDICO.

Á Vuestra Majestad pido.....

REY.

¿Qué es aquesto?

CASTRO.

¡Bien, á fe!
Hombre, ¿vienes sin sentido?
¡Aparta, desvíate!
¿Aquí vienes con tristeza,
Cuando le traigo á Su Alteza
Más despojos y opinión
Que en Roma ganó Cipión,
Aníbal y su grandeza?

FERNANDICO.

Pues ¿qué importan los despojos,
Fernán Ruiz, que traéis
Para aliviar mis enojos,
Ni la tristeza que veis
En el traje y en los ojos?
Antes hoy de nuevo empieza
Mi enojo y melancolía,
Porque de vuestra alegría
Ha nacido mi tristeza.

REY.

Fernando, ¿en tal regocijo
Traéis luto?

FERNANDICO.

¡Y más me aflijo!
Que me escuches te suplico.

CASTRO.

¡Cielos, éste es Fernandico!
Pues ¿no me conoces, hijo?
¡Dame ya esos brazos!

FERNANDICO.

Yo
Ese nombre desconozco.

REY.

¡Á qué buen tiempo llegó!

FERNANDICO.

Por Castro sólo os conozco,
Pero por mi padre no.

CASTRO.

¡Cielos! ¿Qué infelice agüero
Es éste?

FERNANDICO.

Hablad, que ya espero,
Que es necesario consejo,
Porque sois anciano y viejo,
Que al Rey informéis primero.

CASTRO.

Por viejo corrido estoy,
Rapaz.

FERNANDICO.

Tratémonos bien.

CASTRO.

Si no sabéis quién yo soy,
Ved esos despojos bien,
Y veréis si viejo estoy.
Ved las lunas africanas
Rotas, deshechas y llanas;
Conoceréis, aunque mozo,
Que no hiciera vuestro bozo
Lo que hicieron estas canas.
Y si aquí el Rey no estuviera,
Yo os enseñara á hablar,
Fernando, de otra manera,
Y al tiempo de pronunciar,
Las palabras os volviera.

FERNANDICO.

Padre, digo Castro, á ser
Fuera de aquí.....

LÁINEZ.

Si ha de haber
La de Mazagatos hoy.

FERNANDICO.

Padre (al fin turbado estoy,
No le acierto á responder).

REY.

No haya más, Castro; decid
De aquesta jornada el fruto.

CASTRO.

Harélo, señor, ansí.

LÁINEZ.

Si yo trajera mi luto,
Yo respondiera por ti.

FERNANDICO.

¡Necio! ¿De aquesta manera
Vienes aquí? ¡Salte afuera!

REY.

Contad la victoria honrosa.

LÁINEZ.

Y á quien dijere otra cosa,
Laín en el patio espera.

CASTRO.

En las orillas de un arroyo frío,
Que su claro cristal en sangre trueca,
El moro estaba, y el ondoso río
La turbia multitud agota y seca;
Mas no se alabará, que antes confío
Ver los imanes en que guarda Meca
Del vil profeta las cenizas viles
En urnas que labraron sus buriles.
Llego á la vista y pabellones planto,
Siendo una sierra con sus verdes faldas
Que se borda de trébol y de acanto,
Custodia y guarnición de las espaldas.
Arrugaba á la noche el negro manto
La aurora, coronada de esmeraldas;
Porque apenas los párpados abría,
Metiendo paz entre la noche y día,
Cuando tocan trompetas y clarines
Á la batalla; los caballos trillan
Parvas de Abril con erizadas crines;
Con los rayos del sol las armas brillan,
Traen por el río focas y delfines,
Del plaustro de Neptuno se afrenillan (1);
Que cuando ven la guerra en sus alcobas
Que se entapiza de peinadas ovas.
Al ¡cierra, cierra! el aire se suspende,
Y como baja á veces las espigas,
Ansí las lanzas nuestra gente tiende
Contra las esperanzas enemigas.
El sol entre las nubes se defiende
De las astillas de las rotas vidas,
Y yo, porque me anime y me provoque,
Beso la cruz de mi dorado estoque.

(1) Disparatado é ininteligible verso.

Meto el bridón entre moriscas yeguas,
Y como otoño los pimpollos corta
Bajan cabezas de la sangre ciegas (1);
Que mi furor con nada se reporta.
Convídame Aldemón con paz y treguas;
La inútil chusma á la batalla exhorta:
Embisto airado, escóndese de Castro;
Rompo por todos y su luna arrastro.
Alza la adarga y métese debajo
El bárbaro, soberbio y arrogante:
El estoque levanto, y con un tajo,
Que el que miras no corre más pujante,
La adarga hiendo, brazaletes rajo (2),
Las tocas le desato del turbante,
Que tanto monta, y diera en los arzones,
Con otro por la espalda (3) en los cordones.
Tiéndese el moro con la fiera basca,
Suelta la cimitarra damasquina;
El caballo ha tomado, el freno tasca,
Que piensa que es del daño medicina.
Espuma y sangre en el arena masca:
«¡Victoria!», digo: el moro, que imagina
Su perdición, se escapa, y yo recojo
Tu gente, rica de tan gran despojo.
Dí luego vuelta á la imperial Toledo,
Que con mil regocijos me recibe,
Y esta victoria con que honrado quedo
En mármol elocuente el tiempo escribe.
En aquesto, señor, servirte puedo
Mientras las plantas en el suelo estribe;
Tu ejército, señor, ha vuelto rico:
Hable ahora, si quiere, Fernandico.

FERNANDICO.

Si de los cristianos reyes
Es el tributo mayor
Guardar justicia á los suyos,
Justicia te pido yo.
Declárame el tiempo vario
Entre su curso veloz
De mi madre la inocencia
Y de Castro la traición.
Clama la inocente sangre,
Y luego el cielo la oyó;
Que de una sangre inocente
Fué justísima razón.
Una noche obscura y negra,
Que de luto se vistió
Porque más tarde rompiera
Su tiniebla oscura el sol,
Me representó entre sueños
La triste imaginación
Un sepulcro de alabastro
De extraordinario valor.
Abrió el aire la cubierta;
Toda la cuadra tembló,
Sin que hubiese de este encanto
Un venturoso Jasón.

(1) Falta la rima.
(2) *Los brazales rajo*, en el manuscrito.
(3) *Espada*, en el manuscrito.

Erizóseme el cabello,
Toda la sangre se heló,
Ó á lo menos por miralle
Toda vino al corazón.
De él salió un cadáver frío,
Falto de vital calor;
Que de vida solamente
Le pudo quedar la voz.
«Despierta, Fernando, dijo,
Y vuelve por el honor
De tu ya difunta madre,
Que está puesta en opinión.
Fernán Ruiz me dió muerte;
Este pecho te crió;
Vuelve por Estefanía;
Tu madre, Fernando, soy.»
Desapareció el sepulcro
Y luego desperté yo,
Y abrí los ojos al mundo
Para volver por mi honor.
Mi madre, Rey, fué tu hermana,
Y tenéis obligación
De volver por la honra della,
Castigando al matador.
De su malicia engañosa
Ofrezco la información;
Que no ha de poder vencerme
Aunque venga vencedor.
Fué de engaños y cautelas
Un preñado Paladión,
Que en inocencia, cual éste,
Tan vivo fuego encendió.
Como parte me querello;
Vuelve, Rey, á la prisión,
No borren servicios leves
Daños de tan justo amor.
No pienso dejar tus plantas
Sin que le castigues hoy,
Y la justicia concedas
Á tan justa petición.

REY.

Pues, Fernando, ¿qué decís?

CASTRO.

Señor, que justicia hagáis,
Pues que consejo pedís:
¡Buen presente le guardáis
Á un padre que recibís!

REY.

Mucho siento que haya sido,
Castro, cuando habéis venido
Con una victoria igual.

CASTRO.

En mí, siempre el mucho mal,
Tras mucho bien me ha venido:
El bien y el mal sin dejarme
Correr, mas puedo decir
Que corren para alcanzarme:
Los bienes para huir,
Y los males para hallarme.
Nada me pena, á fe mía;
Este gusto, que se acaba,
Mide al daño la porfía;
Antes, señor, no me hallaba
Con el gusto que tenía (1).

ÁLVARO.

Espantado estoy, ¡por Dios!

ELVIRA (2).

Mal se conciertan los dos.

CASTRO.

¡Ay, quién pudiera aplacarle!

FERNANDICO.

No me harto de mirarle.

REY.

Pésame, Castro, por vos:
Que os vais preso desde aquí
Será fuerza.

CASTRO.

Harélo ansí.

REY.

Y de los despojos, hoy
De ayuda de costa os doy
Lo que me tocaba á mí.
Y porque del pleito puedo
Creer que os durará bien,
Y obligado de vos quedo,
Os doy, Fernando, también
La alcaidía de Toledo.

FERNANDICO.

Quien la tiene merecida
Más bien.....

CASTRO.

Aquesos pies pido,
Pues de manera me obligas,
Que cuando más me castigas,
Premias lo que te he servido.

REY.

Idos preso.

CASTRO.

Hacerlo quiero.

REINA.

Castro, mucho me ha pesado.

CASTRO.

De vos el remedio espero.

REY.

Mucho me habéis agradado;
Sois honrado caballero.

Vanse todos, y quedan Castro y Fernando.

CASTRO.

Ahora que solo quedas,
Parte de mi corazón,
Porque darme gusto puedas,
Declara tu pretensión,
Que tales bríos heredas.
Retrato de Estefanía,
¿Qué pretendes en prenderme,

---

(1) Falta esta quintilla en el manuscrito.
(2) Tachado *Elvira* en el original, de modo que este verso le dice también D. Alvaro.

Pues no fué la culpa mía?
Mira, Fernando, si duerme
Tu ofuscada fantasía.

FERNANDICO.

¡Padre Castro!

CASTRO.

¿Qué ilusión
Te engaña, en que la ocasión
Conoce la verdad mía?

FERNANDICO.

No es eso, sino que guía
Á la lengua el corazón.
¿Para qué me habéis llamado
Hijo? Pues echáis de ver
Que en todo habéis errado,
La honra es primero ser,
Y aquélla me habéis quitado.
Si cual padre me engendráis,
Quitándome el sér de nuevo;
Luego nada, Castro, os debo,
Y sin razón os quejáis.

CASTRO.

¿Quién el honor te ha quitado?

FERNANDICO.

Vos, que me habéis infamado;
Porque ansí el vulgo advierte,
Dando á mi madre la muerte,
Su pecho casto y honrado.
Con sólo una lengua airada,
Aunque la mueva pasión,
Queda la honra manchada;
Que el honor, en opinión,
Es infamia declarada.
El honrado, halo de ser
De todos, por no caer
En la opinión en que estoy;
Sepa el mundo que lo soy,
Que yo no lo he menester.

CASTRO.

Pues ¿qué pretendes?

FERNANDICO.

Que estéis
Preso, y que por vos miréis.

CASTRO.

¿Mirar por mí? ¿De qué suerte?

FERNANDICO.

He de pedir vuestra muerte
Porque con ella me honréis;
Y muerto, os tendré por padre.
Teneros preso me cuadre,
Porque, viéndoos sin prisión,
Pensarán que con razón
Diste la muerte á mi madre.
Volved á la obscura torre,
Porque locas opiniones
Del vulgo alterado borre;
Rompa los moros pendones
El tiempo, que aprisa corre;
Que adonde escrito quedó
«Aquí yace Estefanía»,
Es justo que añada yo:
«Y aquí, por su alevosía,
Yace quien muerte la dió.»

Entran Álvaro, Ramón y caballeros.

ÁLVARO.

El Rey os manda, señor,
Que vais preso.

CASTRO.

Y es mejor.

RAMÓN.

Y que las armas nos deis.

FERNANDICO.

Él se irá; no le llevéis;
¿Para qué tanto rigor?

CASTRO.

¿Para qué vuelves por mí
Si me acusaste primero?

FERNANDICO.

Tiene razón; es ansí.
Porque al fin sois caballero,
Que os desarmasen sentí;
Ansí he visto mi deshonra.

ÁLVARO.

El Rey os prende, y os honra.

CASTRO.

Como tal procede al fin.

FERNANDICO.

Muy presto veréis el fin
De este pleito por la honra.

JORNADA TERCERA.

Salen Guarín y D. Álvaro (1).

GUARÍN.

Esto me ha dicho.

ÁLVARO.

No sé
Qué puede querer Costanza,
Pues tan claramente ve
De Fernando la mudanza
Y el agravio de mi fe.

GUARÍN.

¿No es cansada cosa estar
Contemplando una belleza
Á puro curtir y andar,

---

(1) Falta en el manuscrito el principio de esta jornada hasta el verso que dice Constanza:

Alvaro, quiero saber

en la columna siguiente.

Y al fin llevar la cabeza
Sacada de su lugar?

ÁLVARO.

Cuando hay amor verdadero,
No hay más gloria.

GUARÍN.

Yo no quiero
Contemplar aquesas diosas,
Sino unas mozas hermosas,
Do llega un aventurero,
Y en presentando la letra
Que los sentidos penetra,
Al punto está conocida,
Y por ella es admitida
Donde la gloria le impetra.
Yo no quiero gastar tanto
Tiempo en ablandar un canto,
Porque piedra viene á ser
Una rezada mujer.

ÁLVARO.

¡Ay, Guarín, que no me espanto,
Que eres necio, y no conoces
Tanto bien! Mas son atroces
Las cosas de esta mujer,
Y me han de echar á perder.

GUARÍN.

Por muchos años la goces;
Es mujer, y todas son
Impertinentes; querrá
Preguntar sin ocasión,
Y, por ventura, te hará
Tántalo de algún balcón.
Pero aquí Costanza viene;
Apercíbete á sufrir
La impertinencia que tiene.

ÁLVARO.

Menester será sufrir;
Disimular me conviene.

Sale Costanza.

COSTANZA.

Muy enhorabuena hallado
Seáis, Álvaro.

ÁLVARO.

Y á vos,
Fernando, aumento de estado.
Mi señora, os guarde Dios.

COSTANZA.

La fortuna lo ha estorbado;
Que tengo que averiguar
Dónde el daño es tan seguro:
Á solas os quiero hablar.

ÁLVARO.

Obedeceros procuro,
Pues que me queréis mandar.
Guarín, salte luego afuera,
Que quedar solos importa.

GUARÍN.

Si de esta suerte me viera,
No fuera la audiencia corta
De Guarín.

ÁLVARO.

Afuera espera.

COSTANZA.

Álvaro, quiero saber
La certeza que tenéis
Para dejar de querer:
De nuevo no os espantéis (1);
Que amor me da qué temer.
Que lo dijeseis bastaba,
Pero mi mucha tristeza
Más los delitos agrava,
Y de nuevo el alma empieza
Cuando pienso que se acaba.

ÁLVARO.

Pluguiera al cielo, Costanza,
Que aquella imaginación
Fuera falsa, y mi esperanza
Tuviera la posesión
Que la da mi confianza.
Pluguiera á los altos cielos
Que muriera yo de celos,
Y no tan averiguados;
Que celos imaginados
No rompen los castos velos.
Pero en la manga de Elvira
Estaba, amiga, un papel
(La traición atenta mira),
Que le avisaban por él (2)
Que al terrero (¡Ah! ¿Quién no admira
Tal maldad?), y que á las doce
Fuese, porque della goce,
Descuidada le dejó
Caer, y al fin le alcé yo,
Porque su engaño conoce.
Lo que sentí bien se entiende:
¡Oh! Fué mucho, mas fué poco (3),
Pues en los celos que enciende
El amor me ha vuelto loco,
Que mi justicia defiende.
Pero el papel veisle aquí:
Leedle, y quedad con Dios;
Que en él veréis si es ansí.

COSTANZA.

El mismo vaya con vos
Y me defienda de mí.
Mas ¿no es aqueste el papel
Que yo enviaba á Fernando?
¿Qué dudo? Sin duda es él,
Que á Elvira está disculpando
Del testimonio cruel.
Mas ¿qué sé yo si quería

---

(1) En el manuscrito dice:

¡Ah, Elvira, no os espantéis!

(2) En el impreso, *se avisaba por él.*
(3) En el manuscrito:

Que fué mucho, y no fué poco.

Llevárselo en mi lugar,
Y con esto me ofendía?
Esto no puedo acabar
De entender, ¡por vida mía!
Si Elvira á Fernando diera
El papel, el daño fuera
Menos pena si le daba,
Y blandamente pintaba
Su pretensión la que es fiera,
Para obligar á mi bien;
Pero no puede ser esto,
Que antes le diera desdén:
En gran confusión me has puesto,
Papel, entre el mal y el bien.
Con eterno llanto ciego,
Dudando, pienso callar;
Papel, al agua te entrego;
Sed carta de marear
De este golfo en que me anego.

Vase Costanza, y salen Ramón Fernández, Tello, Láinez y Fernandico.

RAMÓN.

Aquesta es buena ocasión,
Y conveniente lugar,
Fernando, para cobrar
Vuestra perdida opinión.
Ya que vino de la guerra
Fernán Ruiz de Castro preso,
Solicita tu proceso,
Y tanta infamia destierra
Como el dilatarlo ofrece.
Salgan á luz las verdades,
Castíguense las maldades
Con el rigor que merece.
Testigos tengo buscados,
Que serán fieles testigos;
Trátalos tú como amigos,
Que son hidalgos honrados.

FERNANDICO.

Saben, buen tío, los cielos,
Que obligaciones de honor
Hacen al paterno amor
Que rompa piadosos velos.
¡Ay, padre del alma mía,
Que tengo yo de seguir,
Y aun á obligar á morir
Al mismo que me dió el día,
Al mismo que me dió el sér!
Pero dejóme afrentado,
Y la infamia en el honrado
Es al fin dejar de ser.

RAMÓN.

Fernando, aquestos señores
Os quieren hacer merced.

LÁINEZ.

Que os serviremos creed.

FERNANDICO.

Estimo aquesos favores;
Que de gente tan honrada
No espero menos jamás.

LÁINEZ.

Yo espero en Dios que verás
Esa pretensión lograda.

FERNANDICO.

Aquí, delante del Rey,
Se ha de hacer la información;
Que es justísima razón,
Fundada en justicia y ley,
Que el testigo se examine
Delante el Rey, porque ansí
No podrán hacer allí
El interés los incline.

LÁINEZ.

Pues ya parece que siento
Venir á Sus Majestades;
Truéquense ya las verdades
Al peso del sentimiento.

Salen el Rey, la Reina y caballeros.

FERNANDICO.

Déme Vuestra Majestad
La mano.

REY.

Seáis bien venido:
Basta que os habéis perdido
Mucho tiempo, y esto es llano.
¿No hay, Fernando, en la ciudad
Algún entretenimiento
Que os dé gusto? que, á fe mía,
Sobrino (1), que me holgaría
De todo vuestro contento.

FERNANDICO.

Señor, un hombre de bien
Que no conoce su padre,
El buscar sólo le cuadre
Su honor, que le está más bien
Que amores, galas, ni juegos.
Yo he procurado buscar,
Y al fin he venido á hallar,
Sin intereses ni ruegos,
Á Láinez y á don Tello,
Caballeros de tu Corte.

REY.

Son de la nobleza el norte,
Y de la virtud el sello.

RAMÓN.

¿Aqueso os ha entretenido?
¿Testigos tenéis, Fernando? (2).

FERNANDICO.

Del bien que voy procurando;
Y á esto han aquí venido.
Estos señores he hallado,
Que testigos fieles son
Del homicida cruel.

LÁINEZ.

Y piensan decir en él,

---

(1) En el impreso dice *Fernando*.
(2) Faltan en el manuscrito éste y los diez versos siguientes.

Mas movidos de pasión,
Que mis agravios aquí
Me pagará Castro ahora.

REY.

Escribid. Sentaos, señora (1);
Apartaos, Fernando, ahí.

LÁINEZ.

Digo que supe, señor,
Que Fernando á Estefanía,
En ningún tiempo tenía
Verdadero y casto amor;
Si quiso, contra la ley,
Señor, casarse con ella,
Fué por vengar la querella
Que entonces tuvo del Rey;
Que era Castro temerario,
Arrrojadizo, imprudente,
Incorregible, impaciente,
Inconsiderado y vario.

FERNANDICO.

Ramón, ¿qué me habéis traído?
¡Rabio de cólera!

RAMÓN.

Advierte.....

FERNANDICO.

Decid sólo de la muerte
Que con el alma he sentido,
Y no averigüéis aquí
Lo que no es razón tratar.

REY.

Fernando, ¿queréis callar?
Apartaos; sentáos aquí.

LÁINEZ.

Digo, señor, que usurpó
El patrimonio Real.

FERNANDICO.

¿Mi padre pudo hacer tal?
No es posible.

REY.

Aquí estoy yo:
Fernando, callad.

LÁINEZ.

Y digo
Que á Fortún le dió la muerte
Á traición, si bien se advierte,
Y que yo soy buen testigo.

FERNANDICO.

¿Traidor mi padre? ¡Mentís!
¡Mi padre no fué traidor!

REY.

Callad.

FERNANDICO.

Ya callo (2), señor.
No sabéis lo que os decís.

REY.

Decid la verdad del hecho.

FERNANDICO.

No digan de Castro mal;
Que se abrasa en furia el pecho.

REY.

Callad, Fernando: decí,
¿No están volviendo por vos?

FERNANDICO.

¡Juran falso, juro á Dios,
En cuanto han dicho hasta aquí!

LÁINEZ.

Tu padre lo erró, señor,
En no dársela á Fortún;
Que no era bajo y común,
Sino de mayor valor.
Y presumo que estuviera
Fernando, á lo que colijo,
Más contento en ser su hijo,
Que si de Castro lo fuera.

FERNANDICO.

¡Mal pensáis, mal colegís!
Otro padre pudo haber;
Más quiero no le tener,
Que tener el que decís.
¿No dan el valor las madres?
Para eso sólo os prevengo:
Quiero matar el que tengo,
Y andáisme buscando padres.

REY.

No haya más, Castro; decid.

RAMÓN.

Mucho Láinez te obliga.

LÁINEZ.

¿Qué importa que Castro diga
Que tiene sangre de Cid?

FERNANDICO.

Sí tiene.

RAMÓN.

Callad, Fernando.

FERNANDICO.

No quiero; dejadme tío;
Que yo busco el honor mío,
Y vos me lo estáis quitando.

LÁINEZ.

La muerte de una inocente
Al cielo pide venganza,
Y tenemos confianza
Que la darás al presente,
Pues que tienes preso al reo,
Y eres, Rey, recto jüez,
Y acabarás de una vez
De cumplir este deseo.

RAMÓN.

Buen testigo es éste, fiel.

REY.

Escribid.

RAMÓN.

Así está escrito:
Es espantoso el delito.

FERNANDICO.

Y os dará la pena de él.

REY.

Decid vos.

(1) En el manuscrito: *Escribid. Decid agora.*
(2) *Sí callo*, en el impreso.

TELLO.

Lo mismo digo:
Y que si muerte la dió,
Fué que vengarse pensó,
Como del Rey su enemigo.
Y que de estas muertes dos,
Justo castigo tendrá.

FERNANDICO.

Esto el Rey no lo verá:
¿Quién os mete en ello á vos?

REINA.

Buen pleito tenéis, Fernando;
Mucho os debe vuestra madre.

FERNANDICO.

Más le debo yo á mi padre (1),
Aunque le estoy acusando;
Pero perdóneme aquí;
Que á mi honor es importante
Que vaya el suyo adelante,
Pues que resucita en mí.

REY.

Llevad vos el proceso:
Venid, señora.

REINA.

Señor,
Vamos.

FERNANDICO.

¡Rabiaré en furor
Hasta acabar el suceso!

REY.

Fernando, vendréisme á ver,
Que os tengo un poco que hablar.

Vanse todos, y quedan Fernando, Láinez y Tello.

FERNANDICO.

Vos, señor, podéis mandar,
Que es mi oficio obedecer;
Pero quisiera saber
Una cosa de los dos.
. . . . (2)
Pregunto: en la empresa mía,
¿Quién los linajes metió?
¿Hago, por ventura, yo
Información de hidalguía?
¿Averiguo yo al presente,
Dando fingido matiz,
Si es bravo Fernán Ruiz,
Ó si Fortún fué valiente?
Yo no vengo á averiguar
Más de qué fué sin razón,
Por siniestra información,
Muerta quien me quiso honrar.
¿Vuestra sangre merecía
Más que la de Castro? ¿puede
Decir nadie que no excede
Á Alejandro en valentía?
Si dije de Castro mal,
Yo no lo quiero sufrir,
Que yo lo puedo decir,
Mas otro ninguno, no.
Es muy necio el que desprecia
Espada que otro ha ceñido,
Y necio quien al marido
Dice que es su mujer necia;
Y necio quien del leal
Mal entre los suyos dijo;
Y más necio quien á un hijo
Dice de su padre mal.
¿Á un Fortún, á un afrentado,
Por padre había de tener,
Sabiendo que me dió el sér
Otro padre más honrado?
Que aunque acabo de decir
Mal de él en vuestra presencia,
Hay muy grande diferencia
Desde el decir al sentir.
Pero si el premio se espera
De mostraros mis amigos,
Sabed que á tales testigos
Premio yo de esta manera.

LÁINEZ.

¡Detente, Fernando!

FERNANDICO.

¡Afuera!

TELLO.

¡Huye!

FERNANDICO.

¿Cómo no mostráis
Hoy el valor que tenéis?

LÁINEZ.

¡Huid!

FERNANDICO.

Huid, y después veréis
El castigo que esperáis (1).

Sale Álvaro Anzures (2).

ÁLVARO.

Á ver qué es aquesto vengo.

FERNANDICO.

Yo soy, que hasta que la sangre
Este pecho que ofendí,
Y te dé la muerte á ti,
He de sajarme en tu sangre;
Busco entretanto la injuria
Que abonan mis sinrazones;
Mira cómo no te opones
Á la nave de mis furias.
¿No me ves sueltas las velas
De un furioso movimiento?
¿No me ves de sangre hambriento,
Y suelto de las pihuelas?

---

(1) *Más le debeis á mi padre*, dice equivocadamente el manuscrito.
(2) Faltan versos en el manuscrito y en el impreso.

(1) *Que os prevengo*, dice el impreso.
(2) Faltan en el manuscrito esta escena y la siguiente, hasta el verso:

Lóbrega torre fría.

Mas vive con la esperanza;
No temas, ¡por vida mía!
Que así esperarás el día
Sin huir de la venganza.

Vase, y sale Elvira.

ÁLVARO.
¡Helado y confuso estoy!
¡Triste de mí! ¿Qué haré?
Nuevo agravio de mi fe:
De una injuria en otra doy.
¡Que de mi sangre ofendida
El daño no he de impedir!
¡Vive Dios, que ha de morir
Aunque me cueste la vida!

ELVIRA.
¡Deteneos! ¿Dónde vais?

ÁLVARO.
Para el daño que me admira,
Solamente falta, Elvira,
Que su vida defendáis.

ELVIRA.
Álvaro, á nadie defiendo,
Ni se ha mudado mi amor;
Sólo volver por mi honor
En esta ocasión pretendo.
Álvaro, un momento escucha.

ÁLVARO.
Más oirte me provoca.

ELVIRA.
Ó sola la culpa es poca,
Ó sola la culpa es mucha;
Yo le llevaba el papel
Á Fernando, y le perdí.

ÁLVARO.
¡Cielos! ¿No es el que leí,
Y nació mi enojo dél?

ELVIRA.
Tú sí que á Costanza quieres.

ÁLVARO.
¿Yo á Costanza? Si tal quiere,
Vivo en el dolor que muere
Con engañosos placeres,
Por mi mayor enemigo,
En pública plaza muera;
Sígame lo que no quiera,
Y no alcance lo que sigo;
Nunca mi verde esperanza
Á su ser se restituya,
Y falte siempre la tuya
Si quiero bien á Costanza.

ELVIRA.
Pues si yo quiero á Fernando,
Aclarado el deshonor,
Y olvidado de mi amor,
Álvaro, muera rabiando.

ÁLVARO.
Esta noche hablarte quiero,
Si acaso tienes espacio.

ELVIRA.
Ya es tarde; deja el palacio,
Álvaro, y vete al terrero.

ÁLVARO.
¿Al fin me quieres, Elvira?

ELVIRA.
No es otra mi voluntad.

ÁLVARO.
¡Ay, Dios, si fuese verdad!

ELVIRA.
¡Ay, Dios, si fuese mentira!

Vanse, y sale Castro con prisiones.

CASTRO.
Lóbrega torre fría,
Que apenas por tus quiebras y umbrales
Se muestra el claro día,
Cuando el alba se da por vidrïeras;
Prisiones compañeras,
Que resonando en aposentos huecos,
Formáis medrosos ecos;
Sol, que vuelas con rayos más ligeros,
Si aquí no llegan rayos de tu coche,
¿Qué luz me podrá dar la obscura noche?
Como fantasma ó sombra,
Largas cadenas á lo obscuro arrastro;
Como en cama ó alfombra,
En mármol como y duermo de alabastro.
¿Qué desventuras, Castro,
Son éstas que te siguen á porfía?
Difunta Estefanía,
Por dura estrella y por infeliz astro,
Tú que vistes en tronos relumbrantes,
Manto de estrellas, tela de diamantes,
Si en ese eterno asiento,
Memoria de esta vida se consiente;
Si en ti el llanto y contento
Puede llegar de humanos accidentes,
De aquel amor ardiente
Te acuerda, bella esposa, ¡qué terrible!
Y entre la bella nube,
Que es del sol de justicia claro Oriente,
Suba mi petición; baste el castigo,
Y si es posible, llévame contigo.

Salen Ramón, Fernando, un criado y Laín.

LÁINEZ.
¿Hay escalón acaso?

CRIADO.
Muy bien puedes llegar; toca las sillas.

LÁINEZ.
Bien voy á aqueste paso;
Que no son de perder las espinillas.

RAMÓN.
Mucho me maravillas
Con tu terneza (1).

---

(1) Verso incompleto.

FERNANDICO.
Es justo que la tenga á su pobreza.
CASTRO.
¿Quién va?
LÁINEZ.
¡Madre de Dios, yo estoy temblando!
Un paje de Fernando.
CASTRO.
¿De mi hijo?
LÁINEZ.
No dijo que es tu hijo (1),
Mas escucha, señor, lo que me dijo:
Viendo que necesitas,
Por ser tan largo el pleito, de dinero,
Y que no solicitas
Tu amada libertad, como primero,
Te presenta, señor, diez mil ducados,
Que ahí quedan contados.
¡Oh! él te quisiera dar mayor contento,
Porque por su presente
Quedara tu honra más segura y clara.
CASTRO.
Decidle á Fernandico
Que el consejo y presente le agradezco,
Y que le certifico
Que tras de los tormentos que padezco,
No quiero ni apetezco
Otra cosa ninguna sino hablarle,
Sólo para informarle
De la pena y castigo que merezco:
Venga á verme, que el daño le aseguro.
LÁINEZ.
¿Cómo lo podrá ver si es tan obscuro?
Mas si algún alma en pena
Me diese, como yo voy tentando (2),
Con alguna cadena.....
CASTRO.
¡Ay de mí!
LÁINEZ.
¡Madre mía, estoy temblando!
Vuelvo á salir; los pasos son contados:
Uno, dos, tres.

Topa con los criados: danle.

¡Ay!
CRIADO.
Pensé que era la puerta, ¿quién se queja?
FERNANDICO.
Que llegue á hablalle deja.
RAMÓN.
Llega, si así se alientan tus cuidados.
LÁINEZ.
¿No lo he hecho muy bien? Ya no hay qué tema.
FERNANDICO.
Muy bien.
LÁINEZ.
Pues á lo claro, á lo insolente.

(1) No es verso.
(2) No es verso.

FERNANDICO.
Fernán Ruiz, su ayuda te dé el cielo.
CRIADO.
Ya Castro te ha sentido.
CASTRO.
Cualquiera que tú seas, bien venido.
FERNANDICO.
¿Qué recelo, pues el obscuro
Velo me encubre? (1).
CASTRO.
¿Quién sois, señor, que siento regocijo?
FERNANDICO.
Amigo de tu hijo.
CASTRO.
¿De mi hijo?
Pues llegáos acá por mi contento,
Que aquí tenéis dos sillas.
RAMÓN.
¡Ah, tiempo, cuánto humillas!
¡Coléricas y humanas pretensiones,
Si de una sangre son los corazones!.....
CASTRO.
¿Cómo está Fernandico?
FERNANDICO.
Muy galán, muy alegre y muy contento.
Su pleito es su primero movimiento,
Aqueste es su sustento.
CASTRO.
Sombras son á las mías comparadas,
Desdichas y cuidados
Que en esta prisión siento,
Que á las desdichas mías,
No le dan sin el curso de los días.
¿Es vuestro amigo acaso?
FERNANDICO.
Por mil modos;
Jamás sin mí da un paso;
Yo soy su amigo y le acompaño en todos (2).
CASTRO.
Es sangre de los godos.
¿Es afable?
FERNANDICO.
Cortés y bien criado.
CASTRO.
Tal ayo le ha criado;
Y aun de esos polvos nacen esos lodos.
Que sea mi Fernando no condeno,
Si es malo para mí, con todos bueno.
¿No os cuenta de mí nada?
¿Llámame padre en las conversaciones?
FERNANDICO.
Pienso que está enterrada
Vuestra memoria en tales ocasiones.
CASTRO.
¿Cómo, cielo, dispones
Dolor tan rigoroso y excesivo? (3).

(1) Ni éste ni el anterior son versos.
(2) *Yo soy su amigo, y sólo más que todos*, dice el manuscrito.
(3) *Rigor tan necesario y excesivo*, en el impreso.

Por él, hidalgo, vivo
Arrastrando á lo obscuro estas prisiones;
Y pues que sois, hidalgo, tan su amigo,
Escuchadme, y decidle lo que os digo:
Bien sabéis ya, caballero,
De mi desgracia el principio,
Como lo cuenta la fama
En sus voladores libros.
Veinte años ha que estoy preso,
Bien puedo llamarlos siglos,
Pues por mí no voló el tiempo,
Despacio anduvo el camino.
Tan largos eran los años,
Y los meses tan prolijos,
Que empezaban acabando,
Siendo de mi mal ministros.
Entré con rubios cabellos,
Mas ya son nevados hilos,
Que engendran canas sin tiempo
Los trabajos en los niños.
Solicítame la muerte,
Siendo de mi mal testigo
Quien debiera consolarme,
Si fuera mayor delito.
De la culpa que confieso
Dicen que busca testigos;
Decid que no busque á otro,
Que me presente á mí mismo.
Yo juraré que á su madre
(Á quien de mis culpas pido
Perdón) dí muerte engañosa;
Nadie dirá más que digo,
Pues solamente lo vieron
Los planetas, y los signos
Que por vella se colgaron
De dorados edificios.

FERNANDICO.

Pésame, señor, ¡por Dios!
Y justamente me aflijo,
De que Fernando pretenda
Tan injustos sacrificios,
Que á Estefanía le basta
La corona del martirio;
Que si fuisteis engañado,
Honra ha sido y no delito.

CASTRO.

Mirad, ¡por Dios! caballero,
Si la desdicha que pinto
Fué en mi mano, pues no pudo (1)
Remediallo mi honor mismo.
Arrastrando estas cadenas,
En estas salas habito
Ha veinte años, retratando
Las figuras del abismo.
Un presente me envió
Fernando, y os certifico
Que la desdicha que paso
Á tal extremo ha traído
Mi suerte, que es cosa clara,
El cielo santo testigo,
Que para comer faltaba:
Ved si es pequeño el suplicio.

FERNANDICO.

¿Hay lástima semejante?
Perdonadme; Castro invicto,
Que aunque es vuestro hijo Fernando,
No parece vuestro hijo;
Y yo le pienso decir
Todo cuanto me habéis dicho,
Y más felice suceso
En vuestro mal pronostico.
Bien podéis haceros cuenta
Por lo que le comunico,
Que cuanto á mí me decís
Lo está oyendo vuestro hijo.

CASTRO.

Mucho me agradáis, hidalgo;
Los brazos, amigo, os pido;
Llegad á mi anciano pecho
Vuestros juveniles bríos.
Visitadme muchas veces,
Y decidle á Fernandico,
Que de vos lo escuchará,
Pues decís que sois su amigo,
Que como padre le mando,
Que como preso le pido,
Como viejo le aconsejo,
Como humilde le suplico,
Que me vea antes que muera,
Que me ayude en los peligros,
Que deje tan largo pleito,
Porque ya su extremo es vicio;
Que mire que los que vieren
Que aborrece á quien le hizo
Después de Dios, dudarán
Si por ventura es mi hijo;
Que los hijos á los padres
Y los padres á los hijos,
Es forzoso que se tengan
Secreto amor escondido.
Y á ser verdad mi deshonra,
Le importaba á Fernandico
Morir por honrado padre
Más que vivir ofendido.
Y aquí, para entre los dos,
Solamente he pretendido (1)
Tener de mi Estefanía
Cual él un retrato al vivo.
Que cuanto más me persigue,
Más le adoro y más le estimo,
Y las arras de su amor
Sólo á su altar las dedico (2).

---

(1) *No pudiendo*, dice el manuscrito.

(1) En el manuscrito:

Lo que más precio y estimo.

(2) En el manuscrito:

Y que no deje de verme,
Que será consuelo mío.

FERNANDICO.

¿Qué pecho de duro acero,
Qué crueldad de basilisco,
Cuál encanto de sirena,
Qué llanto de cocodrilo
No movieran sus razones,
Que he escuchado enternecido?
En conversación, parece
Que anuncia el alba sus visos (1),
Presto el sol entre arreboles
Dorará los edificios:
Importa que yo me vaya
Para no ser conocido.

CASTRO.

Volvedme á abrazar, hidalgo,
Y no pongáis en olvido
Lo que he dicho, pues me honráis,
Y adiós.

FERNANDICO.

Adiós. Vamos, tío.

Vanse todos, y salen D. Álvaro y Guarín, y dice Guarín:

GUARÍN.

¿Es posible?

ÁLVARO.

Es cierto todo.

GUARÍN.

Al fin ha sido engañado.

ÁLVARO.

Sí, mas al daño pasado
Fácil remedio acomodo.
Dijo Elvira cómo había
Recibido aquel papel
De Costanza, y nació dél
Toda la desdicha mía.
Yo le dije cómo había
Dicho lo mismo Costanza,
Temiendo que mi esperanza
En su olvido se perdía.
Ya desengañada queda,
Y yo lo quedo también;
Seguro queda mi bien,
Sin que darle enojo pueda.

GUARÍN (2).

Pues ahora, ¿qué tenemos
Del enojo de Fernando?
Ya verte estoy aguardando
Entre confusos extremos:
¿Has de pelear con él?

ÁLVARO.

No, Guarín, ni Dios lo quiera;
Que mal contado me fuera
Si hiciera campo con él.
No haré tal, en conclusión;
No por tenerle por fuerte,
Mas porque lleva la muerte
Quien pelea sin razón.

GUARÍN.

También yo estoy apuntado
Con Laín; mas ya no quiero,
Por la fe de caballero,
Darle el castigo tratado.
Viva el pobrete, y vivamos
Sin enojos ni pasiones,
Sino buscando ocasiones
Que este enojo derritamos
En un santo bodegón,
Y dejar las cuchilladas
En las calzas atacadas,
Donde necesarias son.

ÁLVARO.

Hoy su pleito se ha de ver.

GUARÍN.

El Rey y la Reina vienen,
Que jüeces quieren ser:
Si le sentencia mujer,
Morirá.

ÁLVARO.

Callar conviene.

Salen el Rey y la Reina, y dos abogados, y los caballeros, y Fernandico.

REY.

Ya, Fernando de Castro, llegó el día
En que vuestra justicia se declara,
Y la muerte cruel de Estefanía
Pide venganza en suerte tan avara.

FERNANDICO.

Segura estaba la justicia mía,
Pues no tuerce interés la recta vara
Que tan grande valor me pronostica,
Y tan gran Majestad me significa.

REY.

Parezca luego Castro en mi presencia,
Y haga él propio en persona su descargo.

FERNANDICO.

Justicia pide al cielo la inocencia
Que fué ofendida en caso tan amargo;
Suplícote no uses de clemencia (1).

Sale un criado y Castro.

CRIADO.

Ya Castro viene aquí.

CASTRO.

Ya está delante,
Caballeros famosos, quien ha sido
De Castilla y León famoso Atlante;
Aunque de la justicia perseguido,

(1) En el impreso se lee este verso ininteligible:

Que alumbra el alba Dionisio.

(2) Falta en el manuscrito el resto de esta escena hasta que entra el Rey.

(1) Faltan tres versos á esta octava.

No es razón que ninguno se levante;
En pie quiero escuchar lo que he vencido.

REY.

Decid vos, relator, su grave culpa.

CASTRO.

Á no ser tan notoria la disculpa.....

ABOGADO 1.°

De Fernán Ruiz de Castro se querella
El Conde de Orejón, porque dió muerte
Á Estefanía, noble cuanto bella,
Con dañada intención y mano fuerte;
Prueba el no ser justicia el merecella,
Como en la información claro se advierte;
Pide su traición y su malicia (1),
Pruébalo con testigos fidedignos,
Y uno dice, señor, que por vengarse
Del Rey difunto, y por mil caminos (2)
Quiso con traición ansí casarse,
Y que intentó tan fieros desatinos,
Fingiendo ser verdad de enamorarse:
Esta es la acusación que tiene puesta.

REY.

De su abogado ahora la respuesta.

ABOGADO 2.° (3)

Supongo lo primero, que mi parte
No es de los homicidas enemigo,
De que doy fe por muchas buenas obras
Que ya le he visto hacer en largo tiempo;
Supongo lo segundo, que no ha sido
Convencido jamás en estos casos,
Ni jamás pleito ha habido en esta Audiencia
Contra el Rey ni contra su conciencia.
Esto supuesto, digo que la culpa
Que ahora falsamente se le impone,
De él no ha de presumirse por el texto
Nomine simili de presumptionis,
Que de la suerte que el que malo ha sido,
Regula semel, de regulis in texto.

ABOGADO 1.°

No se debe argüir de no haber hecho
Delito alguno, como está probado:
Si encuentro aquel que se halla junto á un [muerto,
El derecho presume, y es indicio
Para dalle tortura cosa es clara
Que puede ser aquí reconvencido
Aquel que confesó que él había sido.

ABOGADO 2.°

En pechos de valor es diferente
Que en hombre facineroso y bandolero (4),
Y no habiendo probanza suficiente,
¿Cómo se puede hacer agravio alguno?
Porque si nunca tal se le ha probado,
Ni de él se arguye tal consecuencia,
Que pueden engañarse los testigos,
Ó que serán notorios enemigos.

ABOGADO 1.°

Los testigos son fieles y legales,
Todos contestes y de vista de ojos;
Bueno será que busquen á propósito
Testigos que lo sean del delito;
Si como cometió Fernando aqueso,
No se halló otro ninguno, bueno fuera
Que por ser su parte objeto hubiera.

ABOGADO 2.°

¿Por qué queréis que basten los presentes,
Pues que son sospechosos y no válidos,
Según la ley final de *probatione*?
Que pena nò se da donde no hay culpa,
Y Castro no la tiene, y aun porfía
Que tuvo en ello alguna Estefanía.

CASTRO.

Á no estar, abogado, en la presencia
De los Reyes y tantos caballeros,
Con sólo este ramal de esta cadena
Os echara á porrazos de esa sala.
¿Sabéis lo que decís? ¿Estefanía
Tuvo culpa jamás? Ni caber pudo
En un pecho tan casto: sois un necio;
Vuestro descargo con razón desprecio,
Más verdad diré yo que los testigos;
Dí la muerte sin culpa, por engaño:
Juzgue el delito quien supiere de honra.

FERNANDICO.

Haga Su Majestad justicia en eso,
Pues él mismo confiesa su delito.

CASTRO.

No habléis, hable quien puede.

FERNANDICO.

Su valentía á su peligro excede.

REY.

Supuesto, Ruiz de Castro, que tú propio
Te culpas en delito que es tan claro,
Fallo que debo á muerte condenarte
Y que luego al momento se ejecute,
Y hagan en la plaza un cadalso
Donde te corten luego la cabeza;
Que mal acaba quien tan mal empieza.

CASTRO.

¿Es posible que un hijo tal consienta?
Tú eres mi sangre.

FERNANDICO.

¿Á qué aguardáis? Llevadle

CASTRO.

En fin, voy á morir.

FERNANDICO.

Tened un poco:
Ya Castro ha de morir, si Castro muere.
¿Hay más honor que de este pleito espere?

REY.

Nadie puede decir, sobrino noble,

---

(1) No es verso, y falta además otro para terminar la octava.

(2) No es verso.

(3) Faltan en el manuscrito todos los versos que siguen, hasta

¿Por qué queréis que basten los presentes

(4) No es verso.

Que en nobleza y en sangre os aventaja.

FERNANDICO.

En fin, honrado soy.

REY.

Por excelencia.

FERNANDICO.

Pues perdona atreverme en tu presencia.
Bien sabes, Álvaro Anzures,
Si no te falta memoria,
Para obligarte á morir,
Viendo que el honor me sobra,
De tus soberbias palabras,
De que las claras antorchas
Son testigos con que el cielo
Su circunferencia borda,
Buscase honor me dijiste,
Para saber cómo corta
Mi espada, que en tus engaños
Sus agudos filos forja.
Díte un guante por señal
De que, en quedando notoria
Mi nobleza con mi sangre,
Veré el fin de mis congojas.
Aceptaste el desafío,
Y pues á Castro le cortan
La cabeza, y en su muerte
Canta en su fama las glorias,
Sal al campo, el arnés viste,
Á ver si el caballo domas,
Cubierto de blanco acero,
Como con cordón de aljófar;
Que yo, de razón armado,
Más que del peto y la gola,
Espaldar, quijote y grebas,
Escudo, espada y manoplas,
Te espero en el campo, armado,
Mañana, desde que rompa
El sol á la noche el manto,
Y hasta que en el mar se esconda,
Y hasta que vuelva á sacar
De entre las saladas ondas
Su rubio carro, y visite
Otra vez arena y conchas.
Sal, pues conoces.....

ÁLVARO.

Detente,
Fernando, el furor reporta:
Engañado te enojé.
Y no es justo que me ponga
Á tan valiente contrario
Sin la justicia por sombra;
Yo confieso que, engañados,
Medimos las blancas hojas;
En ellas el tiempo escriba
Nuestra historia milagrosa
Con el buril de la fama,
Que tales hechos pregona;
Por vencido me confieso
Si para tu honor importa.

FERNANDICO.

¿Qué dice Tu Majestad?

REY.

Las satisfacciones sobran,
Porque es don Álvaro Ansúrez
De ilustre sangre y heroica;
De entrambos tomo el honor
Á mi cargo.

FERNANDICO.

Á quien se adorna
De nobleza, una humildad
Le humilla, sujeta y postra:
Soy, Álvaro, vuestro amigo.

REINA (1).

Hagamos, Rey, unas bodas;
Que los celos fueron causa
De una contienda amorosa:
Dad la mano vos á Elvira.

ÁLVARO.

Quien tales favores goza,
¿Qué mayor gusto pretende?

REINA.

Fernando á Costanza ahora.

FERNANDICO.

Yo, señora, soy dichoso;
Soy su esposo.

COSTANZA.

Soy su esposa.

CASTRO.

Mucho su valor me alegra,
Mas la sangre me alborota
Ver que tan presto le pierda,
Cuando mi alma la cobra.
¿Qué es esto, hijo Fernando?

FERNANDICO.

Pues navega viento en popa
La nave de mi deseo,
Llegue al puerto entre las rocas (2);
Ya, señor, mi honor cobré;
Y así, como parte, ahora
Me bajo de la querella;
Hoy á mi padre perdona.

REY.

En tu mano está.

FERNANDICO.

Y es bien que te reconozca
Por mi verdadero padre;
Dame los brazos ahora.

CASTRO.

Levantáos, hijo Fernando;
Fernandico, que te tocan
Mis manos. ¡Ay, hijo amado!

FERNANDICO.

A Ramón, Señor, perdona,
Que él mismo me aconsejó
Que volviese por mi honra.

REY.

Sed mi mayordomo, Castro.

---

(1) En el manuscrito faltan estos versos.
(2) En el manuscrito dice:

Llegue al puerto venturosa.

CASTRO.

Señor, esclavo me sobra;
Ya difunta Estefanía,
De las maldicientes bocas
Está seguro mi honor,
Que ya Fernandico cobra.
Él y yo te serviremos,
Que es obligación forzosa,
Y dése, donde le tiene,
Fin al *Pleito por la honra* (1).

FIN.

---

(1) El manuscrito añade:

Y en la segunda comedia
Se celebrarán las bodas.

EL VALEROSO CATALÁN

COMEDIA FAMOSA

DE

EL VALEROSO CATALÁN

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

PERSONAS

Clavela, *dama*.
Don Remón de Moncada, *conde de Barcelona*.
Enrique IV, *emperador*.
Rocabruna, *criado*.
Carpio, *criado*.
Rodulfo, *caballero*.
Lotario, *secretario del Emperador*.
Altenio, *caballero*.
Eduardo, *rey de Inglaterra*.
Isabela, *su hija*.
Un paje.
Dos moros.

JORNADA PRIMERA.

Salen Clavela y D. Remón.

CLAVELA.

Suplico á Vueseñoría
No me trate con rigor,
Porque el más indigno amor
Es digno de cortesía.
Dos ejemplos en mi gusto
Pone la fortuna airada:
Uuo de firmeza honrada,
Y otro de rigor injusto.
Y pues del valor se aleja
Mostrar á mujer desdén,
¿Cómo le puede estar bien
Su ingratitud y mi queja?
¿Pues al olvido en presencia
De mis engaños la culpa?
¡Como si hubiese disculpa
En desengaños de ausencia!
Y pues ella no os obliga
Á darme satisfacción,
Verdad mis sospechas son.

REMÓN.

No sé, Clavela, qué os diga,
Pues que no puede tener
Un noble mayor pesar
Que haber de desengañar
El amor de una mujer.
Y aunque por no verla airada
Sea bueno mostrar firmeza,
No puede haber más bajeza

Que engañarla si es honrada.
  De Barcelona partí
Enamorado de vos
Á Ingalaterra, y ¡por Dios,
Que gran tiempo el mismo fuí!
  Pero ausencia y ocasión
Tan alta como la Infanta,
Donde fué mi dicha tanta
Que merecí su afición,
  Me ocuparon el sentido
De suerte, que la memoria
Por el cielo de su gloria
Puso la patria en olvido.
  Á casarme al fin me esfuerza;
Mas tuve un competidor
Con más ventura que amor,
Y menos razón que fuerza.
  No por sangre ni persona,
Mas por el nombre fué ley
Que se aventajase un Rey
Á un Conde de Barcelona.
  Gózala el Rey de Bohemia;
Que amor, infame, homicida,
Al que está más cerca olvida,
Y al que está más lejos premia.
  Paséme á Italia corrido;
Que á quien corre una mujer,
El mundo suele correr
Hasta que pára en olvido.
  Pasé á Roma y á Milán;
Vi á Nápoles y á Florencia,
Á Ferrara y á Placencia,
Á Sicilia y su volcán;
  Y vi mi retrato luego
En su nube y en su llama,
Pues del hielo de mi dama
Salen centellas de fuego.
  Con esto volví á Marsella,
Á Rosas y á Barcelona,
Que alegre con mi persona
Hoy se muestra rica y bella;
  Donde no puedo negar
Que ha templado mi dolor
El verme llamar señor
De esta tierra y de este mar.
  Este es, Clavela, el estado
Del Conde; si sois servida,
No me culpéis, que en mi vida
Engañé desengañado.
  Reliquias traigo en el pecho
De una ingrata; podrá ser
Que podáis vos deshacer
Lo que el tiempo no ha deshecho.

CLAVELA.

  Señor conde don Remón,
Sin duda debió de daros
Bravo tormento el hablaros
De mi pasada afición.
  Ya se ha echado bien de ver
Que el tormento os apretó,
Pues confesáis lo que yo
Menos quisiera saber.
  Y mucho fué que una loca
Os fuese cuerda tan fuerte,
Que os hiciese de esa suerte
Llegar el alma á la boca.
  No nos hemos parecido,
Porque yo en vuestra partida
Aun no he querido en mi vida
Tanto como os he querido.
  Mis ojos, desde que os fuistes,
Aun no han osado mirar,
Atenta á que fuí lugar
Donde vos los perseguistes.
  No he llorado ajenos daños,
Sino ingratitudes vuestras,
De que tenéis tantas muestras
Como tenéis desengaños.
  No por otros casamientos
Corrí á Italia con mis celos;
Pero mil mundos, mil cielos,
Con mil locos pensamientos.
  Sois hombre, y aunque tan bueno
Como Moncada, sois hombre;
Que por sí sólo este nombre
Está de mudanzas lleno.
  ¡Bien desengañada quedo!
Mas no me quiero quejar,
Porque no es bien comenzar
Cosa que acabar no puedo.
  Vos seáis muy bien venido;
Que amor, que muere este día,
No ha muerto la cortesía
Con que tan vuestra he nacido.
  Si en las fiestas no me hallare
Que la ciudad os hiciere,
Perdonadme, que pues muere
Mi amor, bien es que se pare
  En que luto me acompaña,
Para que el pésame den
Á quien os da el parabién
De vuestra venida á España.

Vase.

REMÓN.

¡Clavela, ce, mi señora,
Oidme, no os vais así!
¡Hola! ¿No hay un paje aquí?

Sale Rocabruna.

ROCABRUNA.

¿De qué dan voces agora?
  ¿Hay alguna novedad?

REMÓN.

No es novedad. ¡Qué Clavela!
¡Oh, si mirara á Isabela,
Que es sol de mi voluntad!

ROCABRUNA.

  Parece que va enojada.

REMÓN.

Pues ¿qué enojo puede haber
Que se iguale á una mujer
De un hombre desengañada?

ROCABRUNA.

Deja agora ¡por tu vida!
Memorias sin importancia;
Que no hay más triste ganancia
Que una memoria perdida.
Atiende á ver la ciudad:
¡Qué alegre con tu presencia
Tras siete meses de ausencia
Á un soplo de voluntad!
¿Que riges no consideras
La famosa Barcelona?
Mira ese mar que corona
De naves y de galeras;
Repara en las fiestas bellas
Que para ti se previenen;
Mira esos muros, que tienen
Más luces que el cielo estrellas;
Mira con tan lindos talles
Y hermosuras tan galanas
Mil damas por las ventanas,
Mil galanes por las calles.
Goza, entre tantas hermosas,
La que bien te pareciere;
Que también el gusto quiere
Principio, como otras cosas.

REMÓN.

Rocabruna, si quisiera
Este mi amor pertinaz
Ser de consejos capaz,
¡Qué de consejos tuviera!
¿Qué puede haber que me importe,
Si en este mar de rigor
Nunca, con ser rey amor,
Tuvo consejo en su corte?
Falta Consejo de Estado,
Pues por amor he perdido
El estado que he tenido,
Y al de perdido he llegado.
Falta Consejo Real;
Que no hay consejo supremo
De amor, pues apelar temo
De mi mal para más mal.
Falta Consejo de Guerra,
Y es toda guerra por bien,
Y el de Órdenes también,
Pues tal desorden encierra.
Pues el de Hacienda no entienda
Nadie hallarle en su opinión,
Porque es de amor condición
No reparar en hacienda.
Sólo tiene en su favor,
Y le admite por su igual,
Solamente á Portugal,
Porque es todo dulce amor.
No me aconsejes si quieres,
Porque no he de hallar, ni es justo,
Una mujer de mi gusto
Entre un millón de mujeres.

ROCABRUNA.

Pues ya casada Isabela
Y en Bohemia, ¿qué has de hacer?

REMÓN.

Morir.

ROCABRUNA.

Mejor es vencer
Tu amor.

REMÓN.

¿Cómo?

ROCABRUNA.

Con cautela.

REMÓN.

¿Qué es cautela?

ROCABRUNA.

Entretenerte.

REMÓN.

¿Con quién?

ROCABRUNA.

Con otra.

REMÓN.

Y ¿podré?

ROCABRUNA.

Comienza.

REMÓN.

¡Oh necio!

ROCABRUNA.

Yo sé
Que el gusto al gusto divierte.
Y en estando divertido,
Entra la costumbre luego;
La costumbre enciende el fuego,
Y el fuego engendra el olvido.
El olvido en lo pasado
Aumenta más lo presente;
Que es muerto vivo un ausente
Y en la memoria enterrado.

Entra un paje.

PAJE.

Un caballero bohemio,
Aunque de nación inglés,
Quiere hablarte.

REMÓN.

¡Ay, Dios! ¿Quién es?

Altenio éntre.

ALTENIO.

Da, Conde, tus pies á Altenio.

REMÓN.

Altenio amigo, ¿en España?

ALTENIO.

En España y Barcelona.

REMÓN.

De tu salud, tu persona
Sin preguntar desengaña.
¿Vienes de Bohemia?

ALTENIO.

Sí.

REMÓN.
¿Cómo queda aquella ingrata?
Como ya casado os trata,
¿Trátaos tan mal como á mí?
¿Adórala su marido?
Mas ¿quién duda? pues que yo,
Á quien tanto mal causó,
Aun no la he puesto en olvido.

ALTENIO.
¿Que la adora?

REMÓN.
Eso pregunto.

ALTENIO.
Antes no la puede ver.

REMÓN.
¡Cómo! Y ¿eso puede ser?

ALTENIO.
Sí, Conde.

REMÓN.
¿Cómo?

ALTENIO.
Es difunto.

REMÓN.
¿Que es difunto?

ALTENIO.
El Rey es muerto.

REMÓN.
¿Qué dices, Altenio?

ALTENIO.
Digo
Que fuí á su muerte testigo.

REMÓN.
Qué, ¿eso es cierto?

ROCABRUNA.
Y como es cierto.
Que es locura considera
El querer maravillarse,
Siendo una mujer mudarse,
Ó porque un hombre se muera.

REMÓN.
¿Por qué?

ROCABRUNA.
Porque es natural:
¡No nos admira saber
Que el mar nos venga á sorber
Mil naves con furia igual,
Y es bien que la muerte asombre,
Siendo el mar mayor del mundo,
De que anegue en su profundo
El roto barco de un hombre!

REMÓN.
¡Triste de Isabela, Altenio,
Qué lágrimas llorará!

ALTENIO.
No muchas.

REMÓN.
¿Partióse ya?

ALTENIO.
Ya dejó el reino bohemio.

REMÓN.
¿Hace hermosa viuda?

ALTENIO.
Tanto,
Que á quien la ve pone espanto (1),
Que está más bella vïuda.

REMÓN.
¿No la descompuso el llanto?

ALTENIO.
¿Qué llanto, si se casó
Forzada y te adora á ti?

REMÓN.
¿Á mí, pues cómo, si á mí
Por Enrique me dejó?
Déjame, Altenio; no quieras,
Pues conociste mi amor,
Dar aumento á mi dolor
Con razones lisonjeras.
Conténtese aquella ingrata
Con que me ha muerto.

ALTENIO.
Qué, ¿agora
La quieres?

REMÓN.
Tanto la adora
Mi amor, cuanto más me mata;
Agora de Italia llego,
Y tras tanto navegar,
No ha tenido fuerza el mar
Para consumir mi fuego.

ALTENIO.
Si desa manera estás,
Haré lo que me mandó
La Reina.

REMÓN.
¡Cómo!

ALTENIO.
Aunque yo
No lo imaginé jamás.
Díjome que si te hallaba
Con aquel amor pasado,
Te diese ésta.

Dale Altenio la carta.

REMÓN.
Habrá trazado
Amor y muerte su aljaba.
Quitó á Isabela la muerte,
De su amor la causa allá,
Y amor matándome está
Cuando ella me olvida.

ROCABRUNA.
Advierte
Que te quejas sin saber
Lo que pienso que te escribe.

REMÓN.
¿Cómo?

ROCABRUNA.
Porque eterno vive

(1) Tal vez el autor escribiera *duda* en vez de *espanto*.

Primero amor de mujer.

Lee la carta Remón.

Carta.

«Ya, Conde, tus maldiciones
Se han cumplido en mis desdichas.....»

REMÓN.

Y si esto es así, mis dichas
Nacieron de tus razones.
«Murió Enrique, yo soy mía,
Ya el Rey me casó y forzó,
Moza quedo, y así, yo
Casarme esta vez querría.
Yo me parto á Ingalaterra,
Donde, si vienes, verás
Que soy la que fuí, y podrás
Llevar mujer á tu tierra.»
¡Válgame Dios, que se acuerda
Isabela de mi amor!

ROCABRUNA.

¿Ves que fué quejarte error?

ALTENIO.

Señor Conde, no se pierda
La ocasión que se os ofrece.
Si amáis la Infanta, salid
De España, á Londres partid,
Que por quien es os merece.
Y si tan humilde fuera
Que no os pudiera igualar,
Amor la pudiera dar
Valor que al vuestro excediera.

REMÓN.

¿Cómo partir, santos cielos?
¡No hallara un dédalo yo!
Que hasta el sol que me abrasó
Alas pusiera á mis celos.
Apresta, ensilla, camina,
Daca espuelas, Rocabruna,
Pondrélas á la fortuna
Que á tanta gloria me inclina.
Por el mar se ha de pasar,
Que por la Francia es rodeo.
¡Ay, plumas de mi deseo,
Hoy seréis velas del mar!
¡Perdóname, ciudad mía,
Que quiero otra vez dejarte,
Porque no es la patria parte
Adonde el hado porfía!
¡Oh, qué poco amor te enseño,
Pues tus fiestas no recibo;
Pero como soy cautivo,
Voy donde quiere mi dueño!
Altenio, no te doy nada
Porque contigo me llevas;
Que es agraviar á las nuevas
De aquella ingrata adorada
Darte yo menos que á mí.
Vamos, vamos.

ROCABRUNA.

Con sosiego.

REMÓN.

¿Cómo, si todo soy fuego
Ya que mi centro perdí?
Después que me echó Isabela
De sí, soy fuego arrojado,
Como pábilo cortado
Que vuelve el humo á la vela.
Ven, Altenio, que ese Rey,
Que al fin me restituyó,
Muriendo, lo que me hurtó.....

ALTENIO.

Justa razón.

REMÓN.

Justa ley.

ROCABRUNA.

Menester es que te acuda
Con réditos.

REMÓN.

¿De quién?

ROCABRUNA.

De ella,
Pues se la diste doncella
Y te la ha vuelto vïuda.

REMÓN.

Anda, necio, no me impidas;
Que algo se ha de aventurar
Cuando se quieren cobrar
Prendas que están tan perdidas.

ROCABRUNA.

Por mí, tu gusto celebra.

REMÓN.

Ganar pienso y no perder;
Que no es vidrio una mujer
Que con un golpe se quiebra.

Éntrense, y salgan el emperador Enrique, Rodulfo y Lotario, caballeros alemanes.

RODULFO.

No ha hecho el cielo tan hermosa dama:
Su entendimiento y hermosura obligan.

ENRIQUE.

Así lo dice la bohemia fama,
Criando lenguas que sus partes digan.

RODULFO.

Cegóme el humo de su hermosa llama,
Y hacen mis humildades contradigan
Á la grandeza de ese pensamiento:
Pretendo su segundo casamiento.
Para lo cual, Emperador supremo,
Con cartas de favor que el tuyo encierra,
Conquistaré á su padre, á quien no temo
Por ser de Escocia Rey y de Inglaterra;
Que soy tu deudo, y se holgará en extremo
De que el mayor Monarca de la tierra
Con tantas veras á pedirle acuda
Para su sangre una mujer vïuda.
Sólo te pido abones mi persona,
Y digas que tendrás mucho contento,
Por ser yo tan cercano á tu corona,
De que no se dilate el casamiento:
En esto mis servicios galardona,

Así te den los cielos tanto aumento,
Que tres águilas negras apartadas
Los antípodas miren coronadas.
Yo llevo á Ingalaterra un gran tesoro,
Hasta empeñar mis villas y vasallos:
Ricos diamantes, despreciando al oro,
Que aun él se siente indigno de engastallos,
Y con rico jaez, cristiano y moro,
De España y Frisia veintiséis caballos,
Que hicieran al de más humilde hierro,
Claudiano versos, y Alejandro entierro.
Lo que toca á libreas de mi gente,
Dió la color el gusto, seda Italia,
Milán el corte, perlas el Oriente,
África plumas, y los trajes Galia:
El camino, de luto honestamente,
Aunque el almizcle, el ámbar, el algalia,
Dando subido olor en tierra ó golfo,
Dirán: «Aquél es el galán Rodolfo».

ENRIQUE.

Mucho huelgo de verte apasionado,
Donde tanta razón de estarlo tienes;
Yo quedo de las cartas con cuidado,
Si por ellas, Rodulfo, te detienes.

RODULFO.

Escribe al Rey mi nacimiento honrado,
Que de mi casa por dos partes vienes.

ENRIQUE.

Vete, y vuelve aprestada tu partida.

RODULFO.

Tu imperio alargue el cielo con tu vida.

Vase.

LOTARIO.

¿Quieres que escriba luego?

ENRIQUE.

Espera un poco:
Ningún hombre, Lotario, llamar puedes
Discreto y cuerdo, sino necio y loco,
Que de lo que le importa hace mercedes:
Con la fama de suerte me provoco,
Aunque suspenso de escucharme quedes,
Á querer á Isabela, que sospecho
Que el dártela es sacarla de mi pecho.
Cuentan notables cosas de esta dama;
Rodulfo, que la ha visto, es buen testigo,
Pues en su lengua y voz trujo la fama,
Con que ha querido ser fénix conmigo:
La perdiz ó la liebre, de la cama
Levanta el perro, por Rodulfo digo;
Pero el azor la mata, y así, creo
Que es águila más alta mi deseo.
Impórtame la paz de Ingalaterra,
Impórtame mujer tan virtuosa,
Para ejemplo y gobierno de mi tierra,
Que lo menos que tiene es ser hermosa:
¿Qué haré, Lotario?

LOTARIO.

Ese temor destierra,
Pues ella se tendrá por venturosa,
Y el Rey de Ingalaterra por contento,
Pues no alcanza más vuelo el pensamiento.
Que en lo que toca al pretensor, no importa;
Dale favor, y por tu parte escribe,
Dile sus partes, y sus alas corta,
Porque lo que le ensalza le derribe;
Dile que á su favor tu mano exhorta,
Y que por eso de ella le recibe;
Y dile en otra carta, que la esperas
Del helado Danubio en las riberas.
Envía con las cartas de creencia
Embajador secreto, y aun discreto,
Que trate tus deseos con prudencia,
Hasta que tengan el debido efeto:
Con esto, sin cuidado y diferencia,
Cuando entienda Alemania tu secreto,
Tendrá Isabela, pues tu pecho gusta,
Sobre su frente tu corona augusta.

ENRIQUE.

Has atajado con tu buen discurso,
Lotario, de mi amor grandes deseos,
Y pues fuiste de todos el recurso,
Dueño te quiero hacer de mis deseos:
Camina en todo con el mismo curso,
Haremos un vïaje y dos empleos,
Tú en obligarme, yo en mujer tan bella,
Pues el ir á pedilla es ir por ella.
¿Hombre discreto dices? Bien te toca,
Lotario; siendo tú mi secretario,
Secreto el mismo oficio te provoca,
Pues serlo es tan forzoso y necesario.
Escribe en el papel, sella la boca,
Y parte á Ingalaterra.

LOTARIO.

De Lotario,
Más que de Efestión el Macedonio
Puedes fiar.

ENRIQUE.

Ya he visto el testimonio.
Llevarás lo que fuere conveniente
Para la calidad del caso grave,
Con lo mejor de mi riqueza y gente.

LOTARIO.

Tu Majestad, señor, el mundo sabe.

ENRIQUE.

Da la carta á Rodulfo, mi pariente.

LOTARIO.

¿Y si me ve en las postas ó en la nave?

ENRIQUE.

Dile que vas á cosas de la guerra;
En fin, dile que vas á Ingalaterra.

Vanse.

Entra Clavela de caballero, de camino, con espada y capotillo; Carpio, criado, y un piloto.

CLAVELA.

Tomé puerto á mi pesar,
Por serme contrario el viento;
Pero desde este lugar,
Volverme á embarcar intento
Aunque se embravezca el mar.

¿No habrá acaso un filipote?

PILOTO.

Ayer se partió una urca,
Que aunque el mar no se alborote,
En alguna playa turca
Puedo pensar que derrote;
Que anda el mar lleno de velas,
Y sin gastar una bala,
Tomaron dos carabelas,
Cubriéndose de una cala,
Sagrado de sus cautelas.
Y aun se dice en esta tierra
Que era gente catalana
Que pasaba á Ingalaterra.

CLAVELA.

¿Era noble?

PILOTO.

Humilde y llana,
Sin pensamiento de guerra.

CLAVELA.

Carpio.....

CARPIO.

Señor.....

CLAVELA.

¿Qué sería
Si el Conde el cautivo fuese?

CARPIO.

Tan encubierto venía,
Que puede ser que estuviese
Descubierto en Berbería.
Sin armas salió y sin gente:
¿Quién duda que está cautivo?

CLAVELA.

¿Quién duda que darle intente
La libertad en que vivo,
Antes que vivir ausente?
Busquemos embarcación,
Porque con esta ocasión
Con los enemigos demos.

CARPIO.

¡Muy buen recaudo tenemos,
Y será linda invención!
¿No basta el haber salido
De nuestra patria y ciudad,
Tú con aqueste vestido,
Y yo con la necedad
De haber la tuya seguido?
¿No basta el atrevimiento
De dejar tu estado y casa
Por un loco pensamiento,
Tras un hombre que el mar pasa
Huyendo tu casamiento?
Conténtate, que has pasado
El mar, que hemos navegado
Sin peligro y sin deshonra;
Mira que el amor sin honra
Es un veneno dorado.
Volvámonos desde aquí
Por la Francia á Barcelona.

CLAVELA.

¿Estás, por ventura, en ti?
¿Lo que tu temor me abona
Juzgas á bajeza en mí?
¿No sabes que una mujer
Que á cuestión quieren poner
De tormento, no se muda,
Después que se ve desnuda,
De su primer parecer?
Pues así yo, que me siento
Desnuda de aquel mi traje,
No mudaré pensamiento
Por el más fiero linaje
De pesadumbre y tormento.
Tarde tu intención me muda,
Antes vencieras mi amor;
Pero ya que estoy desnuda,
En el potro del honor
Seré para siempre muda.
¡Sígueme, ó vuélvete allá,
Que al fin eres castellano!

CARPIO.

¡Buen premio tu amor me da!
Si eso de servirte gano,
Desengañado estoy ya.

CLAVELA.

Tenemos los catalanes
Firmeza en nuestros intentos.

CARPIO.

Cuando tus montes allanes,
Verás en mis pensamientos
Más valor que mil Roldanes.
Carpio soy, y de una aldea,
De gente pobre, aunque hidalga;
Si el mundo tu amor rodea,
No tengas miedo que salga
De lo que tu gusto sea.

CLAVELA.

Pues yo tengo de seguir
Al Conde.

CARPIO.

Y yo acompañarte
Hasta vencerle ó morir.

CLAVELA.

Para obligarme á pagarte
Quiero tus brazos medir.

CARPIO.

Mide, pues, mis brazos solos;
Que cuando medir quisieras
Mi fe, sin fraudes ni dolos,
No pudieras, si tuvieras
Más brazos que los dos Polos.

Suena grita dentro.

PILOTO.

Mirad si yo os engañaba:
¡Oh perros, permita el cielo
Se vuelva la mar tan brava,
Que deis en su abismo y suelo,
Ó en esas peñas que lava!

CLAVELA.

¿Qué es eso, piloto amigo?

PILOTO.

Que el fiero Turco enemigo,
Á vista de tierra está
Con los cautivos, que ya
Lloran su injusto castigo.
Bandera de paz ha puesto.

CLAVELA.

¿Á qué efecto?

PILOTO.

Es su costumbre
Traer de un puesto á otro puesto
Á vender, sin pesadumbre,
Lo que ha robado.

CLAVELA.

¿Tan presto?

PILOTO.

Acabado de robar,
Lo vuelve al mismo lugar,
Y se estima y agradece.

CARPIO.

Ya en una barca parece
Se acosta al margen del mar:
Hazle señas tome tierra.
Sabe, Clavela, quién son
Los que van á Ingalaterra.

PILOTO.

¡Ah de la barca! ¡Ah, patrón!

Una barca se descubra, y en ella un turco y dos remeros, y el Conde, Altenio y Rocabruna.

TURCO.

¡Buena guerra!

PILOTO.

¡Buena guerra!
Sal á tratar de rescate.

TURCO.

Tres cautivos traigo aquí:
Echa la planta, Amurate.

AMURATE.

Sal tú solo.

TURCO.

Harélo así.

PILOTO.

¿Qué es lo que quieres que trate?

CLAVELA.

Déjame hablar, pues entiende
Este turco el español.

TURCO.

¿Quién los cautivos pretende?
¡Bello mozo!

AMURATE.

Como un sol.

CLAVELA.

Yo, si el precio no me ofende.
¿Cuántos son?

TURCO.

Tres y bien puestos,
Tan gallardos y dispuestos,
Que son señores sin falta.

CLAVELA.

¿Dónde iban?

TURCO.

Dicen que á Malta,
Pero son cuentos compuestos.
Véndolos porque, si llego
Á vista del Gran Señor,
Me los ha de tomar luego;
Que bien sé que su valor
Puede conocerle un ciego.

CLAVELA.

¿No traían plata y oro?

TURCO.

Tomóles el capitán
Un infinito tesoro.

CLAVELA.

¿Cómo es su nombre?

TURCO.

Sultán.

CLAVELA.

¿Es turco?

TURCO.

Es cristiano y moro.

CLAVELA.

¿Con qué galeones anda?

TURCO.

¿No los ves?

CLAVELA.

¿Cuántos son?

TURCO.

Tres,
De veinte remos por banda.

CLAVELA.

Éstos quiero que me des.

TURCO.

Saca tú dinero, y manda.

CLAVELA.

¿Qué he de darte?

TURCO.

Mil escudos
Al peso, no cercenados.

CLAVELA.

Mercaderes sois agudos:
¿Pesos usáis?

TURCO.

Y afinados.

CLAVELA.

No son bárbaros.

PILOTO.

Ni rudos.

CLAVELA.

Ahora bien, yo te he de dar
Estas dos cadenas de oro.

TURCO.

¿Qué pueden éstas pesar?

CLAVELA.

La mitad.

TURCO.

Á fe de moro,
Que no los puedo dejar.

CLAVELA.

¿Por qué?

TURCO.

Porque no pudiendo
Desde aquí hasta la fragata
Hurtar, como yo pretendo,
Algo del oro ó la plata,
No hago cuenta que los vendo.

CLAVELA.

Quitar una vuelta puedes,
¿No ves que no están soldadas?

TURCO.

Bien dices; mi ingenio excedes,
Con talle y lengua me agradas,
Y es bien que con ellos quedes;
Pero ¿por qué los rescatas?

CLAVELA.

Soy mercader; trato en esto.

TURCO.

Ya hacen señal las fragatas,
Saca esos cautivos presto.
¡Qué tres vidas tan baratas!

AMURATE.

¿Irán á tierra los tres?

TURCO.

Ponlos en tierra, Amurate.

REMÓN.

¡Cielos! ¿Qué es esto?

TURCO.

El que ves
Ha dado vuestro rescate.

REMÓN.

Danos á besar tus pies.

TURCO.

Alza la plancha y camina,
Que las fragatas se alargan.

Vanse á embarcar los turcos.

AMURATE.

Viento corre por bolina.

CLAVELA.

Hoy de vuestro bien se encargan
Piedad humana y divina.
¿De dónde sois?

REMÓN.

Catalanes
Somos, y de humilde gente.

CLAVELA.

¿Gente humilde, y tan galanes?
Procedéis ingratamente.

REMÓN.

Somos, señor, capitanes.
¡Cielo! ¿No es ésta Clavela?

CLAVELA.

¡Cielos! ¿Éste no es el Conde?
¿Hablaréle? No.

REMÓN.

¿Hablaréla?
No, pues disfrazada esconde
Su pensamiento y cautela.
Rocabruna, ¿has conocido
El alma de aquel vestido?

ROCABRUNA.

Bien la conozco, señor.

REMÓN.

Mira lo que corre amor
Cuando va siguiendo olvido.

CLAVELA.

Pues, Carpio, ¿qué te parece?

CARPIO.

Que disimules y calles.

CLAVELA.

Tu ingratitud me enloquece,
Pues hablando vuestros talles,
Vuestra codicia enmudece.
Si es por no satisfacer
Lo poco que me costáis,
Desde aquí os podéis volver,
Pues que de mí no fiáis
Lo que debo de saber.
Yo no soy turco ni moro,
Que al valor de la persona
Tengo de medir el oro:
Que seas de Barcelona
Conde, y valgas un tesoro;
Que seas Rey de Aragón,
Que seas, en fin, quien fueres,
Sólo ha sido mi intención,
Por quien soy, no por quien eres,
Cumplir con mi obligación;
Que en las cosas que he tratado,
Donde amor gusto debiera,
Por ser amor, ser pagado,
No será la vez primera
Que haya salido burlado.

REMÓN.

No sabiendo la intención
Con que esta merced me hacías,
Temí la satisfacción;
De un hombre hidalgo te fías,
Y éstos dos también lo son.
Yo camino á Ingalaterra.

CLAVELA.

Yo voy á tu misma tierra;
Pagarme puedes allá.

REMÓN.

En esas fragatas, ya
Mi hacienda ese turco encierra.
¿Tendrás tú para el camino?

CLAVELA.

Para que aun allá conozcas
Cuánto á servirte me inclino,
Aunque no lo reconozcas,
Como de ti lo adivino,
Toma postas por la Francia
Mientras anda el mar ansí.

REMÓN.

Será de mucha importancia:
Tuyo soy; cuanto perdí,
Quiero tener por ganancia.

CLAVELA.

¿Mío?

REMÓN.
Sí, que eres mi dueño.
CLAVELA.
Como eso allá negarás,
Aunque el servicio es pequeño.
Apenas me pagarás
Lo que me debes de sueño.
REMÓN.
No son éstas de las cosas
Que se pueden olvidar.
CLAVELA.
Como ésas, que hay más forzosas,
Suelen los hombres dejar
Por otras más venturosas.
ALTENIO.
¿Qué hablan que no lo entiendo?
ROCABRUNA.
Yo te diré en el camino
Grandes cosas.
REMÓN.
Ya me ofendo
Del rifar de mi destino,
Y á tu piedad me encomiendo.
CLAVELA.
Hablas con necesidad.
REMÓN.
Siempre las obligaciones
Despiertan la voluntad.
CLAVELA.
Tienes muy buenas razones,
Y el alma sin libertad.
REMÓN.
Bien dices, que tuya es.
CLAVELA.
Si lo has de negar después,
No me engañes, por tu vida.
CARPIO.
¡Ea, señora!
CLAVELA.
¡Estoy perdida!
Venid conmigo los tres.
REMÓN.
¡Ay de mí!
ROCABRUNA.
¿Qué te desvela?
REMÓN.
Que he de pagar lo que debo.
ROCABRUNA.
¿Dónde llevas á Clavela?
REMÓN.
Por imposible la llevo
Para gozar de Isabela.

Éntrense, y salgan el Rey de Inglaterra y Rodulfo.

REY.
Las cartas que del César me has traído,
Rodulfo amigo, abonan tu persona,
Aunque ella por sí misma es mayor crédito;
Estuve en darte mi querida hija,
Tratélo con los Grandes de mi corte,
Y lo mismo me dieron por consejo;
Pero en aqueste tiempo, como has visto,
Llegó Lotario, secretario suyo,
Con cartas bien distintas de las tuyas.
RODULFO.
Aunque á Lotario he visto, no he caído,
Rey Eduardo, en la ocasión y causas
Con que ha venido de Alemania á Londres;
Verdad es que me han dicho que es la guerra,
Y yo me he persuadido fácilmente.
REY.
Rodulfo, el caso es tal, que no requiere
Secreto alguno; y pues está ya cerca
De ser en toda Ingalaterra público,
Yo no siento palabras eficaces
Con que decirte el alma del suceso,
Como darte la misma carta; toma,
Y en ella mira lo que el César dice,
Y tú mismo por ella te aconseja.
RODULFO.
¡Resolución extraña!
REY.
Leerla puedes
En alta voz, porque admirado quedes.

Carta.

«Aunque te escribo largamente, abonando á la persona y méritos de Rodulfo, mi deudo, pretensor de la señora Isabela, vuelvo á escribirte casi de ese modo, que las sagradas insignias imperiales abonen la mía para pedir lo mismo; Lotario lleva orden para tratarlo; yo deseo dar á mi Imperio una persona tan alabada del mundo, para que, como margarita preciosa de mi corona, resplandezca en ella.»

RODULFO.
No me permitas que adelante pase:
¿Cómo el Emperador pide á Isabela?
REY.
¿No lo ves por la carta?
RODULFO.
Y ¿qué respondes?
REY.
Tratélo con Lotario aquestos días,
Las capitulaciones advirtiendo.
RODULFO.
¿Quién duda que á Rodulfo le prefieres?
REY.
En eso no es razón que pongas duda;
Es el Emperador la suma alteza
Á que puede llegar un hombre humano,
Y no puedo yo darle á mi Isabela
Mayor lugar de cuantos tiene el mundo.
RODULFO.
¡Que Enrique te escribió que me la dieses,
Y el mismo día para sí la pide!
REY.
Si favor le pediste, fué acertado.

RODULFO.

¿Por qué no me dijera el pensamiento
Que de pedirla por mujer tenía,
Ahorrándome el trabajo del camino,
El excesivo gasto y el tormento
De la esperanza que he tenido en duda?

REY.

Por tratar su negocio con secreto,
Pues fácil sería darte en su descuento
De aqueste gasto una ciudad y muchas.

RODULFO.

No ha procedido bien; y si pudiera
Un súbdito, un vasallo, un deudo, un hombre,
Desafiar al que es supremo.....

REY.

¡Paso!
Repórtate, Rodulfo, no te alargues;
Enrique es ya mi yerno.

RODULFO.

¡Plegue al cielo
Que mal se logre el pensamiento suyo;
Marchite un fuerte hielo
Sus esperanzas y el contento tuyo,
Y por esta cautela,
No viva en paz, ni goce de Isabela!
¡Hagan Rey de Romanos
Los Condes, los Obispos Electores,
Con armas en la mano,
Y lleguen á Belgrado vencedores
Los turcos que desvela;
No viva en paz, ni goce de Isabela!
¡Italia se levante,
Y el Pontífice Santo, por castigo,
Con censuras le espante;
Déle veneno el más privado amigo,
De quien menos recela;
No viva en paz, ni goce de Isabela!
¡Sus amigos ingleses
Rasguen su cetro y púrpuras reales;
Arrastren los franceses
Las águilas doradas imperiales,
Y porque más le duela,
No viva en paz, ni goce de Isabela!

REY.

¿Qué furia es ésta? ¡Aguarda!

RODULFO.

¡Qué he de aguardar! ¡Aguárdeme la muerte,
Que, puesto que se tarda,
No dejaré de hablar de aquesta suerte:
Si el mundo me consuela,
No viva en paz, ni goce de Isabela!

Váyase, y éntre Lotario.

LOTARIO.

Casi á los ecos de Isabela llego.
¿De qué se va Rodulfo lamentando?

REY.

Desengañéle ya de que Isabela
Era mujer de Enrique.

LOTARIO.

Bien has hecho,
Pues todo queda ya capitulado.

REY.

Todo se hiciera bien si resolviera
Isabela este caso brevemente.

LOTARIO.

Pues qué, señor, ¿la Reina duda acaso
De ser Emperatriz?

REY.

No, que no es justo;
Mas dice que ha tan poco que su esposo
Partió del mundo, que sus lenguas teme,
Porque no le parece casto ejemplo.

LOTARIO.

Honesto pensamiento; mas si entiende
En que la espera un Príncipe tan alto,
Con el supremo Imperio de la tierra,
¿Cómo puede juzgar que no la estimen?

REY.

Hablarla quiero: aguarda afuera un poco.

Vase.

LOTARIO.

Aguardaré para volverme loco.
Vi por mi mal, tus ojos, Isabela;
Pues habiendo de ser señora mía,
Mi noche opuse á tu sereno día,
Que alumbra el alma y la razón desvela.
Puse del fuerte la lealtad en vela
Cuando los rayos de tu sol temía;
Fué el daño guarda, y el temor espía,
Muro el respeto, y el peligro espuela.
Pero ¿qué me valió? Que me venciste,
Siendo traidor al cielo, ¡ah, Enrique ingrato!
Pues en su nombre de Alemania vengo.
Y al fin á tal estado me trujiste,
Que eso tengo de vida, que dilato
Pedir remedio del dolor que tengo.

Entra Isabela, viuda, y Clavela y Carpio, como peregrinos.

CLAVELA.

Pedí licencia de hablarte;
Que no limosna pedí,
Puesto que me ves así.

ISABELA.

Ni yo tuviera qué darte.

CLAVELA.

¿Tan pobre estás?

ISABELA.

Pobre estoy.

LOTARIO.

No diga Tu Majestad
Que está pobre.

ISABELA.

¿No es verdad,
Si lo es que vïuda soy?
No hay lenguaje más corriente,

Que decir pobre y vïuda.

LOTARIO.

Lenguaje y hábito muda,
Que el cielo tu vida aumente.
Mira que vienes á ser,
En cierta verdad lo fundo,
La mayor Reina del mundo,
Siendo del César mujer;
En cuyo nombre le doy
Á este pobre peregrino
Aqueste diamante fino,
Que vale, á fe de quien soy,
Dos mil ducados ó más:
Mira si eres pobre ó no.

ISABELA.

Lotario, no la doy yo;
Tú, por el César, la das;
De quien ni yo soy mujer,
Ni ha mi padre dado el sí:
Ayer fuí casada; hoy fuí
Libre para no lo ser.
Agradezco que hayas dado
Limosna á aqueste español;
No diga que estuvo el sol
En Ingalaterra helado;
Con quien, porque quiero hablar,
Me deja un rato.

LOTARIO.

¿Qué miro?
¿Qué adoro? ¿Por qué suspiro?
Aro el viento y siembro el mar.

Vase.

CARPIO.

¿Para qué has entrado aquí
En este traje, Clavela?

CLAVELA.

Para engañar á Isabela:
Del Conde me despedí;
En el puerto le dejé
Por dar principio á mi intento.

CARPIO.

Habla, pues.

CLAVELA.

Gran casamiento
Desprecias, no sé por qué.

ISABELA.

Yo sí que tengo pensado,
Español, otro mejor.

CLAVELA.

Si es de tu primer amor,
La esperanza te ha engañado.

ISABELA.

¿Cómo?

CLAVELA.

Porque yo he venido
No más á desengañarte.

ISABELA.

¿De qué parte?

CLAVELA.

De su parte;
Y no por desdén ni olvido,
Sino porque en alta mar
Corrió tan cruel fortuna,
Que no hay esperanza alguna
De que se pueda librar.

ISABELA.

¿El Conde?

CLAVELA.

El Conde.

ISABELA.

¡Ay de mí!
¿Cómo lo sabes?

CLAVELA.

Advierte,
Si quieres saber su muerte.....

ISABELA.

¿Qué me dices?

CLAVELA.

Pasa así:
Llegó, famosa Isabela,
Á la insigne Barcelona
Un escocés, que le dijo
La tragedia de tus bodas.
Recibióle con tus cartas,
Y estimando tu memoria,
Alguna parte de Francia,
Quiso correr por la posta.
Llegó á un puerto, y embarcóse
En una nave española,
Pobre de tiros y jarcias,
Y gente en la mar bisoña.
Salió con próspero viento
De la margen arenosa,
Ayudado con suspiros,
Para que en las aguas corra.
Ya se alejaban del puerto,
Ya las torres de la costa
Desde alta mar parecían
De la color de las olas,
Cuando á la mísera nave,
Que hinchadas las velas todas,
Como el pavón de la rueda,
Iba gallarda en las ondas,
Con tres galeotas cerca
Sultán de Constantinopla,
Turco temido en Italia,
Y desde Palermo á Rosas.
Puso al caballo del mar
Espuelas á su derrota,
Que, aunque era el campo tan ancho,
Juzgó la carrera angosta;
Pero calmándole el viento,
Que para tormentas sobra,
Como la garza en el aire,
Pára espuelas, y esperólas.
Ya con los pies en las manos
De la canalla que boga,
Que al fin los remos son pies,
Con la triste nave abordan,
Que disparando dos versos,
No pudo acabar la copla,

Porque un tiro de crujía
Los consonantes le toma;
La borladura y el árbol
De tal manera le corta,
Que no parece posible,
Siendo la bala redonda.
Otra, sin ésta, le aciertan
Por una murca, de forma
Que á la sangre, como al agua,
No pudo bastar la bomba.
Ya van trepando la nave
Tantos alarbes en tropa,
Que parece que colgaban
De las jarcias las marlotas.
Un erizo con madroños,
Por las coloradas ropas,
Parecía el roto lino
Desde la popa á la proa.
Los pilotos y criados,
Los fuertes cables enroscan,
Y van haciendo trincheras
De gúmenas y maromas.
Ya don Remón de Moncada,
Con una acerada cota,
En un borde resplandece
Con la gallarda persona.
Turcos á la mar derriba,
Como en pintura se nota
El arcángel San Miguel,
Que á los demonios arroja.
Á cuál, el hombro divide,
Á cuál, la mano le corta,
Que lo mismo resistiera
Cuando trajera manopla.
Caen á la mar cabezas
Como por la mano tosca
Del villano á tierra bajan
Desde la encina bellotas.
Pero, al fin, como eran tantos,
Rindióse al cabo de un hora,
Costando á los enemigos
Treinta días la victoria,
Cuyos despojos y vidas
Llevó el Turco á Famagosta,
Donde yo, que entonces iba
De Jerusalén á Roma,
Vi meter al Conde preso
En una obscura mazmorra,
Pidiéndome en el camino
Te contase aquesta historia.
Prometí, como español
(Que bastaba esta fe sola),
De referirte, Isabela,
Su tragedia lastimosa.
Ya no tienes que aguardar,
Porque heridas y congojas
Tendrán su cuerpo en la tierra:
¡Dios tenga el alma en su gloria!

ISABELA.

¡Ay, pobre Conde, Conde malogrado,
Sol de mis ojos eclipsado agora!
¡Ah, flor del mundo, del villano arado,
Puesto por tierra en su primera aurora!
¡Oh, verde tronco sin sazón cortado!
¡Oh, luz de España, que otros cielos dora,
Muerto en tan fiera y desigual batalla,
Á manos de una bárbara canalla!
Alábese la muerte de que hoy cierra
Los ojos más honestos y más graves,
Y el pirata cruel, de que hoy destierra
Del mundo el sol y de la mar las naves;
Del mejor español, que en paz ni en guerra
Tuvo su patria, tú también te alabes,
¡Oh fiera espada que pasaste el pecho
De mil virtudes y nobleza hecho!
No estaba de los cielos que yo fuese
Tu esposa, pues dos veces lo ha impedido;
Que no pudo nacer quien mereciese
Al hombre más gallardo y bien nacido.
Yo, puesto que á mi padre obedeciese
En admitir aquel primer marido,
No lo pensaba hacer en el segundo,
Con ser el mayor Príncipe del mundo.
Mas ya que el cielo feneció su vida,
No quiero ser al padre inobediente,
Pues la esperanza tengo ya perdida
De que puedo ser suya eternamente.
Hazme un favor.

CLAVELA.

¿Qué puede haber que pida
Tu Alteza á mi humildad, que no lo intente?

ISABELA.

Enrique de Alemania me ha pedido,
Y yo he de dar el sí que no he querido.
Deja ese traje y la jornada á Roma;
Vé á Alemania conmigo.

CLAVELA.

¿Cómo sabes
Que te puedo servir?

ISABELA.

Indicios toma
El alma, el fin de tus palabras graves:
Podrásme dar la copa cuando coma,
Yo de mi pecho te daré las llaves,
Porque hablaremos en estando solas
De aquellas tristes naves españolas.
Cree que si á Alemania llevar puedo
Algún consuelo, cuando el sol se esconde,
En esta soledad, en este miedo,
Eres tú, sólo para hablar del Conde;
Y tú verás cuán obligada quedo,
Pues en España, ó Alemania, ó donde
Quisieres tú, me ofrezco de casarte.
. . . . (1)

CLAVELA.

Digo, señora, que obedezco en todo,
Y porque entiendas bien que honrarme puedes,
Hidalgo soy, con ascendiente godo,
Y sujeto capaz de tus mercedes.

(1) Falta un verso.

ISABELA.
El Rey me aguarda: ya de ningún modo
Le pienso disgustar.
CLAVELA.
Si me concedes
Licencia, besaré tus manos.
ISABELA.
Quiero
Que le hables como honrado caballero.
Yo diré que en Bohemia te tenía
En mi servicio, y que has venido ahora.
CLAVELA.
Concede, por tu vida y por la mía,
En este matrimonio, gran señora;
Es el César suprema Monarquía,
Y tú serás del mundo Emperadora.
ISABELA.
Viviera el Conde, y Barcelona viera
Que contra el mundo su Condesa fuera.
CARPIO.
¿Qué has hecho? ¿Estabas loca?
CLAVELA.
¿Esto te espanta?
CARPIO.
¿Para aquesto en el puerto de Plemúa
Dejaste al Conde, y con industria tanta?
CLAVELA.
Si amor navega, la razón fluctúa;
Siempre negocia bien quien se adelanta.
Dame luego á vestir.
CARPIO.
¿De qué?
CLAVELA.
De rúa;
Que si Isabela al César no responde,
Eternamente ha de gozarla el Conde.

Vanse con su orden.

JORNADA SEGUNDA.

Salgan Remón y Altenio.

ALTENIO.
¿No te agrada la ciudad?
REMÓN.
Es por todo extremo bella;
Pero de quien reina en ella
Me agrada más la beldad.
ALTENIO.
¿Por qué ocasión nos dejó
El amigo catalán
Que del corsario Sultán
Nuestras vidas rescató?
REMÓN.
Dijo que se adelantaba
Á Londres á prevenir
Con que pudiese salir
De aquel punto en que yo estaba.
Prometió que me enviaría
Caballos, joyas, vestidos;
Pero son cuentos fingidos,
Y que ausentarse quería,
Pues nos ha dejado un mes
Sin carta, ropa ó dinero.
ALTENIO.
¡Ah! Español y caballero,
No es bien que culpa le des.
Demás, que si dió su hacienda
Por nuestras vidas al Moro,
No es bien que de su decoro
Bajeza alguna se entienda.
REMÓN.
Pues ¿qué puedo pensar yo
De que no me avise ó vuelva?
ALTENIO.
Que de su culpa le absuelva
El dinero que faltó;
Que mil hombres bien nacidos
Lo muestran con el gastar,
Y en no teniendo qué dar
Se hacen viles y encogidos.
REMÓN.
Pues ¿no me hubiera avisado
Porque no me detuviera,
Y lo que vendí vendiera,
Y antes hubiera llegado?
ALTENIO.
¿Si está enfermo?
REMÓN.
Así lo siento.
¡Cielos, yo sé la ocasión,
Pues no es piedra el corazón
Para no hacer sentimiento!
Fuése sin duda Clavela,
Ó se quiso adelantar,
Para no verme llegar
Á los ojos de Isabela
Conozco la obligación
Que es tanta razón tener
Á tan principal mujer;
Mas no tiene amor razón.
Adoro á Isabela, y voy
Llamado para escogido.
ALTENIO.
¿Qué piensas tan divertido?
REMÓN.
Pensando en mi gloria estoy.
¡Ah, qué contento es llegar,
Cuando un hombre quiere bien,
Á que los brazos le den,
Y á poder los suyos dar!
¡Cómo se merecen palmas
Por trabajos tan estrechos,
Cómo se aprietan los pechos,

Cómo se entienden las almas!
¡Cómo se trueca el cuidado
En gloria, en bien los enojos;
Cómo se ríen los ojos
De lo mismo que han llorado!
Y más cuando viene un hombre
Para tomar posesión
De una larga pretensión
Con tan regalado nombre.
Su marido vengo á ser;
Hoy gozo el bien que procuro;
Cartas traigo de seguro
De que ha de ser mi mujer.
Mucho tarda Rocabruna,
Que fué á avisar á Isabela;
Mucho temor me desvela
De mi contraria fortuna.
¿Si la habrá podido hablar?

ALTENIO.

Por donde yo le enseñé,
Seguro de hablarla fué;
No sé en qué puede tardar.

Sale Rocabruna.

Pero ¿no es éste?

REMÓN.

¿Qué has hecho?
Dóte á Dios, que así has tardado,
Cuando me ves abrasado
Desde los ojos al pecho.
¿Qué te responde Isabela?
¿Puedo ya hablar? ¿Puedo ir
Á verla? ¿Puedo salir
De esta ansia que me desvela?
¿No hablas? ¿De qué suspiras?
¿Qué te embelesas? ¿Qué tienes?
¿De qué encantamientos vienes
Que con tales ojos miras?
Más larga tardanza hiciste
En hablar, que hacer pudieras
En venir, aunque estuvieras
Mil siglos adonde fuiste.
¿Qué es aquesto, Rocabruna?
Habla, muévete.

ROCABRUNA.

No sé
Por dónde á tus penas dé
Principio.

REMÓN.

Diciendo alguna.

ROCABRUNA.

Entré en la plaza famosa
Del gran palacio de Londres,
Desdichado señor mío,
Cuanto generoso y noble;
Y viéndola tan cubierta
De extranjeros, parecióme
Que no lo estaban sin causa
De tan distintas naciones.
Mezcléme entre los corrillos,
Que hablaban del caso entonces,
Y quiso Dios que en el uno
Estaban cuatro españoles.
«Por cortesía, les dije,
Y por la patria, señores,
Os ruego que me digáis
La causa de este desorden.»
Miróme el que era más viejo
Cortésmente, y respondióme:
«Para Alemania Isabela
Hoy en camino se pone;
Pártese al mar desde aquí
Con los Grandes y mejores
Que la van acompañando,
Y lo mejor de su corte.»
«Pues ¿á qué se va á Alemania?»,
Le dije; y él replicóme:
«Á casarse con Enrique,
Cuarto César de este nombre,
Que con una bella armada
La aguarda, porque conoce
Que es justo venir por quien
No hay ojos que no la adoren,
No hay famas que no la ensalcen,
No hay lenguas que no la honren,
Naciones que no la estimen,
Virtudes que no la adornen.»
«¿Quién hizo aquese concierto?,
Le respondí; ¿cuándo, adónde?»
«Anteayer, me respondió,
Se publicó con pregones,
Y hoy se parte, como veis,
Donde su frente coronen
Las águilas del Imperio
Que vuelan por todo el orbe.»
Quedéme como si hubiera
Visto una sierpe en un bosque,
Blanco el rostro, frío el pecho,
Flaco el cuerpo, los pies torpes,
Y alzándolos de la tierra
Como si moviera un monte,
Camino donde la guarda
«¡Plaza!», dice, y gente rompe.
Salen varios caballeros
Con pajes de más colores
Que aquel ave de las Indias
Que imita nuestras razones;
Mil meninos, mil ancianos,
Hasta un enano disforme,
Con más oro, con más perlas
Que el alba y el sol descogen,
Y detrás la bella Reina,
Tragedia de tus amores,
En una silla bordada
Y en los hombros de dos hombres.
No su divina hermosura
De negro monjil compone,
Que es fuerza, si el sol salía,
Que se ausentase la noche.
De tela viene cubierta,

Con mil galas é invenciones,
Aunque burlar tus deseos
No ha sido de las menores.
Entonces un hielo frío
Del cabello al pie cubrióme;
Que en efecto el sol salía,
Y estamos cerca del Norte.
Cobré esfuerzo como pude,
Y vine á decirte, Conde,
De qué manera dos veces
Te han burlado tus favores;
Y que nuestro catalán,
El de las transformaciones,
Á pie camina á su lado
Hablando á Isabela amores.
Todos le dejan lugar,
Y ella entre todos le escoge
Por alma de su privanza,
Puesto que nadie los oye.
Si fué justo mi silencio,
Suplícote me perdones;
Fortuna son y mujeres:
Que se muden no te asombre.

REMÓN.

¿Tendré yo voz para poder quejarme?
¡Derramen tales lágrimas mis ojos
Que pueda descansar con anegarme
En el furioso mar de mis enojos!
¿Qué lenguas, qué corrientes podrán darme,
Mientras el alma dura en mis despojos,
Este vivo dolor, que al mundo puedan
Echar del pecho las que dentro quedan?
¿Comenzará la voz ó será el llanto
El que diga primero el sentimiento?
Pero ¿cómo podrán los ojos tanto?
Y ¿qué me importa que me queje al viento?
¡Oh Altenio, que tú fuiste el loco encanto
De mi desengañado pensamiento!
¿Qué cartas me trujistes, qué me has dicho?

ALTENIO.

Lo que el tiempo y el cielo han contradicho.
Tú conoces la letra de Isabela;
¿Cómo puedes decir que te he engañado?

REMÓN.

No quiero yo decir que fué cautela;
Mas dime tú que he sido desdichado:
Tardéme desde España á la Rochela;
Turbóse el mar, del peso fatigado
De mis desdichas; cautivóme el Moro;
Perdí mil piedras y mil joyas de oro.
Con estas dilaciones habrá sido
Tanta la fuerza de su padre, ciego
Por ver que se le ofrece tal marido,
Que á celebrar las bodas parte luego.
Murió mi amor á manos de su olvido,
Que aunque le llaman siempre al amor fuego,
No es sino luz, que ardiendo en su presencia,
Cualquiera soplo le mató en ausencia.
¿Podréla hablar? ¿Será posible hablalla?

ALTENIO.

¿Cómo podrás, si no es donde se embarque?

REMÓN.

Y verla ¿no podré?

ALTENIO.

Querrán sacarla
De la ciudad por el jardín del parque.

REMÓN.

Seguilla tengo y tengo de buscalla
Cuando en el otro mundo desembarque;
Que si pasase el agua del Leteo,
Á sus puertas seré segundo Orfeo.
También veré quién tanto mal me causa.
¡Ánimo, corazón, que ya es el día!
No hay música de bien que esté sin pausa;
El dolor es compás del alegría.

ALTENIO.

¡Perdido va, por Dios!

ROCABRUNA.

Con justa causa.

REMÓN.

¡Mal haya el hombre que en mujeres fía!
¿Que se mudó Isabela? ¡oh rabia, oh celos!

ROCABRUNA.

¡Y se mudan los cielos, con ser cielos!

Entrense, y salga Lotario.

LOTARIO.

Antes me echaré en el mar
Que aquesto pueda sufrir.
¡Darle la mano al subir!
¡Quitarse el guante al bajar!
No es Isabela quien sube,
Sino el español privado,
Que ha subido al sol dorado
Cubriéndola como nube.
Y pues el sol no la abrasa
Ni la puede deshacer,
Algo más debe de ser
Que el copero de su casa.
Bien será que el mar sereno
La sirva con viento en popa,
Si á ella le da la copa
Y al Emperador veneno.
¡Lindo copero llevamos
Á Alemania, vive Dios,
Si hablan secreto los dos
Entre cortinas y ramos!
Mejor será camarero,
Y podrála desnudar.

Entre Rodulfo.

RODULFO.

Si con celos llego al mar,
Templanza imposible espero.
Acompañe mi enemiga,
Que de tan fuerte enemigo
Hacerme fingido amigo
El propio daño me obliga.
Y consolado de ver
Que la pierdo por el hombre

De mayor título y nombre
Que puede el mundo tener,
Me abrasa un mozo español;
Que un amante, si es discreto,
Ve el descuido más secreto
Como el átomo del sol.
¡Darle á un hombre advenedizo
La mano quitado el guante!
¿Á qué rey, á qué almirante
Tal favor y merced hizo?
¡Hablar con él, suspirar,
No se hallar punto sin él,
Regirse en todo por él,
Siempre con él caminar!
¡No la entiendo! Mujer es
Vïuda, no digo nada;
Fué casada y no casada:
Intercadencia de un mes.
¡Yo muero! ¿Quién está aquí?

LOTARIO.

Yo, que te escucho.

RODULFO.

¡Oh Lotario,
Siempre has de ser mi contrario!

LOTARIO.

Nunca tu contrario fuí;
Que obedecer el vasallo
Á su Rey, es justa ley.

RODULFO.

Yo me he vengado del Rey:
El cómo, yo me lo callo.

LOTARIO.

Mas antes lo has dicho á voces;
Y si primero vinieras,
Pienso que decir me oyeras
Cosas más duras y atroces.

RODULFO.

¿Es eso para sacarme
Lo que no fío de mí?

LOTARIO.

Más para querer de ti
En tanta pena ayudarme.
Y porque creas de cierto,
¡Oh Rodulfo! has de saber
Que adoro en esa mujer
Y estoy por sus ojos muerto.
Mira si el alma te fío,
Lo cual no creas que hiciera
Si escuchándote no viera
En ti el pensamiento mío.
No pensé que este mi amor
Y esta calentura loca
Jamás saliera á la boca,
Siendo del alma el calor.
No pensé decir jamás
Este loco pensamiento,
Sino callar mi tormento
Mientras padeciese más;
Porque viendo que Isabela
Era mujer, era honor
Del supremo Emperador,
Del pensamiento apartéla.
Mas viendo que favorece
Sospechosamente á un hombre
Hermoso y de obscuro nombre,
No le sufrir me parece.
Tras aquesto me ha picado
Con no hacer caso de mí,
Viendo, Rodulfo, que fuí
El que tanto bien le ha dado.
¿Yo no hice el casamiento
Y las capitulaciones?
¿No firmé las condiciones
Y truje el consentimiento?
¿Á un español, á un rapaz,
Ha de anteponer á mí?
Para cuanto quiera aquí,
¿No soy, Rodulfo, capaz?
¿Qué es esto? ¿Qué inglesa es ésta
Que á Enrique llevamos?

RODULFO.

Creo
Que mal paga su deseo
La mujer necia y no honesta.
Yo pienso estar á la mira,
Y si toca á deshonor,
Decir al Emperador
Algo entre cierto y mentira.
Tú, ¿no dirás algo de esto?

LOTARIO.

Cuanto quisieres diré;
Que amor, como lince fué,
Vió su intento deshonesto:
Á lo menos vengaréme
Del desprecio que me hace.

RODULFO.

Quizá de que miras nace
Ese peligro que temes.
Quien de amor secreto muere,
Aborrecerá hasta el nombre
Del hombre que mira al hombre
Á quien ama, estima y quiere.
No dudes que aquesto sea,
Que á todos los circunstantes
Quieren cegar los amantes
Y que ninguno los vea.
Y me huelgo que ésta tenga
Esta infamia y deshonor;
Que así del Emperador
Y de su maldad me venga.
Mas retírate, que viene
Alguna gente á la mar.

LOTARIO.

¿Querráse agora embarcar?

RODULFO.

Bien puede, que tiempo tiene.

Salgan el Conde, Altenio y Rocabruna.

ALTENIO.

Este es el puerto.

REMÓN.
Á lo menos
No será el de mi esperanza,
Que hasta el cielo no le alcanza
La esperanza de los buenos.

ALTENIO.
Aquí se quiere embarcar
La Emperatriz, Conde amigo;
Verla podrás, como digo,
Mas no la podrás hablar.

REMÓN.
Verla pretendo y seguilla
Hasta hablarla.

RODULFO.
Ya la gente
Del puerto, confusamente
Cubre de la mar la orilla.
Ven, Lotario; acompañemos
Á esta ingrata; ya la aguarda
Esa barquilla gallarda,
Con pintada popa y remos.
¡Qué bella viene la armada!

REMÓN.
Tal poder la envía: ven.

Éntranse Lotario y Rodulfo.

¿Será el acercarme bien?

ALTENIO.
Que llegues no importa nada,
Pues no te ha de conocer.

REMÓN.
Posible es que si me viese,
Mi rostro no conociese.
No me espanto, que es mujer,
Y un amante desdichado
Es retrato en contador,
Que sólo tiene valor
Para contar lo pasado;
Es saeta propiamente;
Á la del reloj se iguala,
Que, aunque las horas señala,
Ni las pasa ni las siente;
Es edificio caído,
Que apenas le determina,
Pues sólo muestra rüinas
De que en algún tiempo ha sido:
Pues yo la tengo de hablar:
Mira tú cómo ha de ser.

ALTENIO.
¿Quiéreste echar á perder?

REMÓN.
Antes me pienso ganar.

ROCABRUNA.
Cansas la imaginación,
Señor, en eso que intentas.

REMÓN.
Al amor, amigo, afrentas,
Que estos sus efectos son.

Sale gran acompañamiento delante, y luego Rodulfo y Lotario, y el Almirante de Inglaterra y algunos alabarderos; y en una silla de manos Isabela vestida ricamente, y á su lado, muy gallarda, con espada y capotillo y calzas, Clavela.

ALMIRANTE.
Este es el mar, gran señora,
De quien, y de cuanto encierra,
Eres, como de la tierra,
Dignísima Emperadora.
Aquel pequeñuelo casco
De quien te esperan los remos,
Cuyos dorados extremos
Cubre el tendal de damasco,
Te ha de llevar á la armada;
Entra, que te llama el viento
Y el mar, de cuyo elemento
Otra vez acompañada,
El Júpiter imperial
Te lleva, en cuya persona
Resplandece la corona
Que te ha de hacer inmortal.

ISABELA.
Almirante, pues convida
El tiempo, no hay que esperar.

CLAVELA.
Vuelve, señora, á mirar
Tu armada y gente lucida;
Mira lo que puedes y eres;
Mira la mar, que á los pies
Llega humilde de quien es
Corona de las mujeres.

ISABELA.
En fin, don Juan, hoy me parto.

CLAVELA.
No suspires; mira agora
Que nació en la mar, señora,
La que dió al amor el arco,
Y que se ha de enamorar
Del Príncipe que merece
Ser tu esposo.

REMÓN.
Aquí se ofrece
Buena ocasión de llegar.

ALTENIO.
Yo á lo menos no me atrevo.

ROCABRUNA.
Mira, señor, lo que emprendes.

REMÓN.
Calla, necio, que no entiendes
Los pensamientos que llevo.

ROCABRUNA.
Pues ¿todo el mundo delante
La quieres hablar?

REMÓN.
Primero,
Con engaño pedir quiero
La licencia al Almirante;
Dejadme hacer, ó perderme:
Mal conocéis si porfía
El amor. Vueseñoría

No debe de conocerme.

ALMIRANTE.

No os conozco.

REMÓN.

Un español:
Platero soy; traigo agora
Á la Reina mi señora
Un diamante como un sol.
Suplico á Vueseñoría
Que se le mande enseñar;
Quizá lo querrá comprar
Y será ventura mía,
Que desde España he venido
Sólo á este efecto.

ALMIRANTE.

Ya veis
Que se embarca; mas si habéis
Cuidado y tiempo perdido,
No será bien que os volváis.
¿Dónde está?

REMÓN.

En aquesta caja,
Con luz que al sol aventaja,
Si el cuerpo proporcionáis.
Que de tantas calidades
Que le igualaran, se hiciera
Un sol que abrasar pudiera
El mundo por mil edades.

ALMIRANTE.

No le encareciste mal:
Aguarda.

Llégase á la silla con reverencia.

ISABELA.

¿Qué hay, Almirante?

ALMIRANTE.

Vea este hermoso diamante
Vuestra Majestad Real,
Que un platero le ha traído
De España á este efecto sólo.

ISABELA.

Mostrad.

ALMIRANTE.

Y de polo á polo,
Único dice que ha sido.

Abre la cajuela y saca el anillo.

ISABELA.

¡Válame Dios!

CLAVELA.

¿Qué te admira?

ISABELA.

¡Ay, don Juan, no es sin razón
Esta justa admiración!

CLAVELA.

¿Cómo?

ISABELA.

Este diamante mira.

CLAVELA.

¿Á qué efecto?

ISABELA.

Éste le dí
Al Conde; pues ya se vende,
Muerto es el Conde.

CLAVELA.

Eso entiende.
¡Quedo! ¿Lágrimas aquí?
¿Eso es conforme á quien eres?
Mira que, aunque sean amadas,
Amar después de casadas
No es de famosas mujeres.

ISABELA.

Tienes, amigo, razón:
No son efectos honestos;
Pero á veces son más prestos
Los ojos que el corazón.
Ya pido el honor debido
Á mi honor.

CLAVELA.

Él te le da.

ISABELA.

Almirante, ¿dónde está
El que esta piedra ha traído?

ALMIRANTE.

Llega, que te quiere ver
Su Majestad.

REMÓN.

¡Gran señora,

Llégase á la silla.

Esos pies besa y adora
Este humilde mercader!

ISABELA.

¿De dónde eres?

REMÓN.

Soy de España.

ISABELA.

¿De qué ciudad?

REMÓN.

Barcelona.

ISABELA.

Ó yo he visto tu persona,
Ó todo el mundo me engaña.

REMÓN.

Sí has visto, Reina, y comprado
Joyas de mucho valor;
Pero no es fruto de amor,
Que tiene valor pasado.
En Londres, si se te acuerda,
Te dí yo cierto diamante
Por otro tan semejante,
Que me admiro que se pierda
La fineza que tenía,
El valor y la apariencia;
Pero hay diamante de ausencia
Que es falso al segundo día.

ISABELA.

¡El Conde es éste!

CLAVELA.

Señora,

Procura disimular.

ISABELA.

De que te quise engañar
¿Querrás formar queja agora?

REMÓN.

No puede Tu Majestad
Engañar; puede olvidarse,
Y olvidándose, mudarse
De Londres á esta ciudad.
Como á España me envió
Aquella esmeralda verde,
De la esperanza que pierde
Quien tanto ganar pensó,
Habíala yo engastado
En un oro de gran fe,
Que ausencia es piedra: yo sé
Los quilates que ha tocado.
Habíale dado esmalte
Del rojo de mi alegría,
Que, como era cosa mía,
No fué milagro que falte;
Y con ella me había puesto
En camino á Ingalaterra,
Fiando desde mi tierra
En que era el servicio honesto.
Tras esto, me aseguraba
Una cédula que Altenio
Me dió, de que fuera el premio
El mismo que yo pensaba.
Y no sólo no lo ha sido,
Como á Alemania te vas;
Pero no espero jamás
Cobrar lo que te he servido.

ISABELA.

Amigo, con mucho gusto
Me serví siempre de ti,
Y en formar quejas de mí
No miras bien lo que es justo.
Cuando te envié á llamar,
El dueño te quise hacer
De mis joyas, por tener
Quien las supiera esmaltar;
Que el oro que me acompaña,
Aunque quilates no adquiera,
Notable gracia le diera
Tener esmalte de España.
La cédula fué segura:
Si á tan mal tiempo llegaste,
Lo que en mi mudanza hallaste
Culpa á tu poca ventura;
Que este español que aquí ves
Me contó que prisionero
Fuiste de un bárbaro fiero:
¿No es esto verdad?

REMÓN.

Sí es.

ISABELA.

Yo supe la historia toda,
Y dudando de tu vida,
Cuanto más de tu venida,
Dí el sí de esta triste boda;
Que estando desconfiada
(Llégate más, no lo entienda
Ninguno) de ser tu prenda,
Dí la palabra negada;
Que mil veces contradije
Al Rey este casamiento,
Y con gran atrevimiento
Mil inobediencias dije.
¿Qué quieres? Culpa tu suerte,
Pues sabe el cielo y don Juan,
Que aquí presentes están,
Lo que me cuesta tu muerte.
Con lágrimas lo sentí;
Y de manera le quiero,
Que le hice mi copero
Para que me hablase en ti.
Al salir de Ingalaterra
Por poder me desposé,
Porque, á no lo estar, yo sé
Que no hay valor en la tierra
Que me apartara de ti.

REMÓN.

¡Ah, traidora! ¡En fin, mujer!
¡Casástete por poder,
Por poder matarme á mí!
¿Esto te consiente el cielo?
¡Estoy por volverme loco!
¡Daré voces!

ISABELA.

Poco á poco:
Habla bajo, que recelo
Que te quitarán la vida.

REMÓN.

Y ¿qué mejor empleada?

ISABELA.

¿Y mi honor?

REMÓN.

¡Ay, prenda amada,
Hallada cuanto perdida!

ISABELA.

Mira que parece mal:
Vete, Conde.

REMÓN.

¿Así me dejas?

ISABELA.

¡Que no es ya tiempo de quejas!

REMÓN.

¿Hay desdén, hay muerte igual?
¿Á casarte al fin te vas?

ISABELA.

Si te tardaste, perdona.

REMÓN.

¡No volveré á Barcelona,
No he de ir á España jamás!
Dame á besar esa mano
Por última despedida.

ISABELA.

Es ofensa conocida,
Conde, de un César cristiano:
Lo que no tengo, es forzoso
Que lo niegue á tu porfía,

Que esta mano ya no es mía,
Sino de Enrique, mi esposo.

ALTENIO.

Advierta Tu Majestad
Que es tarde.

ISABELA.

Á aqueste platero
Debía cierto dinero:
Averigüé la verdad,
Y hechas cuentas, le he mandado
Que á mi tesorero acuda,
Que no he de dejar en duda
Mis deudas, mudando estado.

CLAVELA.

Deja la silla, señora,
Que la plancha en tierra aguarda.

ISABELA.

¡Oh, cuánto entrar me acobarda
El Conde, que es hombre y llora!
¡Plegue á Dios me anegue el mar!

LOTARIO.

¡Acosta, acosta, patrón!

RODULFO.

¡Lindo embuste!

REMÓN.

¡Mi pasión
Hará otro mar con llorar!

Toquen chirimías; al entrarse se haga una salva de arcabucería, y esta embarcación con gran majestad.

¿Húndese la mar por dicha?

ALTENIO.

¡Gallardamente hacen salva!
¡Qué bien la mar la recibe!

ROCABRUNA.

¡Ya los pies pone en la plancha!

ALTENIO.

¡Ya en la barca los ha puesto!

ROCABRUNA.

¡Ya comienza á herir el agua!

ALTENIO.

¡Ya tocan las chirimías!

ROCABRUNA.

¡Y la recibe el armada!

ALTENIO.

¡Qué de estandartes tremolan,
Y qué de flámulas blancas
Como culebras ondean
Al viento desde las jarcias!

ROCABRUNA.

No ha tenido el mar tal pieza
Desde que le nace el nácar.

ALTENIO.

Brazos parece que forma
Con los círculos de plata.

ROCABRUNA.

¿Querrá en ella recibille,
O apartarse y no tocalla?

ALTENIO.

Buen Conde, dadme licencia;
Alzad, buen Conde, la cara,
Que no puedo acompañaros,
Pues ya Isabela se embarca.
Ya sabéis que yo la sirvo;
¿Qué queréis que diga ó haga
Que en vuestro servicio sea?

REMÓN.

Nada, Altenio; Altenio, nada;
Déjame y vete con Dios.

ALTENIO.

Dios te dé paciencia, y tanta
Como ha menester tu pena.
Rocabruna, adiós.

Vase Altenio.

REMÓN.

¿Qué aguarda
Esta paciencia ofendida,
Esta perdida esperanza?
¿Adónde vas por las ondas,
Sirena de mis entrañas?
¿Adónde vas y me dejas
Llorando en aquesta playa,
Trocando mis desventuras
Dos mil historias amargas?
Eneas se fué ofendido
Por la mar, viniendo á Italia,
Y aquí Dido deja á Eneas,
Aunque no le deja espada.
Á Olimpia dejó Vireno;
Teseo dejó á Ariadna,
Y aquí Vireno y Teseo
A Ariadna y á Olimpia engañan.
¿Adónde llevas á Europa,
Toro cruel de Alemania,
Para que yo venga á ser
Parténope despeñada?
¡Echarme quiero tras ella!

ROCABRUNA.

¡Tente, señor; tente, pára,
Advierte, escucha! ¿Qué es esto?
¿Tú tienes sangre, Moncada?
¿Eres tú aquel que en el mundo
Por tantas hazañas llaman
El catalán valeroso?
¿Eres de quien tiembla el Asia?
¿Eres el que tantas veces
Venciste tantas batallas,
Que te llama el Africano
El Julio César de España?
Vuelve á tomar el sombrero;
Espera, ponte la capa:
Esta flaqueza no es tuya,
Ni digna de tus hazañas.

REMÓN.

¡Plegue á Dios, dura Isabela,
Que en aquesas peñas altas
Des al través con tu nave
Antes que amanezca el alba!
¡Plegue á los cielos que el rey

Que en duros peñascos ata
Los vientos, rompa las puertas,
Y como demonios salgan:
Tu armada rabiando embista;
Y levantando montañas
Y sierras de agua hasta el cielo,
Te estrelle en estrellas tantas:
Rompa lastre, bocas, muras,
Cables, escotes y tablas;
Cercene el baupres, derribe
Árbol, trinquete y mesanas:
Por la abierta y rota quilla
Mire el sol desde la gavia
Las arenas y los peces,
Como por una ventana:
Allá desciendas al centro,
Donde sin piedra y mortaja
Con verde coral te cubra,
En vez de ciprés, la barca.
¡Oh fuego! ¡Oh muerte! ¡Oh rabia!
¡Tenelda, cielos, que me lleva el alma!

ROCABRUNA.
Señor, deja esas locuras.

REMÓN.
¿Así los hombres se engañan?
¿Así se olvidan memorias?
¿Así servicios se pagan?
Doncella, te quise bien,
Enemiga, y por tu causa
Serví á tu padre en la guerra,
Vencí ejércitos y armadas.
El catalán valeroso,
Los ingleses me llamaban;
Agora no me conocen,
Aunque me miran la cara.
Y es que como tú me dejas,
Que eras sol que me alumbrabas,
Míranme todos á obscuras,
Y así ninguno me habla.
Casada, te quise bien,
Aunque te dejé casada,
Porque entre sangre de reyes
Ofenden las esperanzas.
Vïuda, vine por ti,
Y cuando llego, te casas;
Si es liviandad, Isabela,
Bien lo dicen mis desgracias.
¡Oh fuego, oh muerte, oh rabia!
¡Tenelda, cielos, que me lleva el alma!

ROCABRUNA.
¡Triste de mí! ¿Qué he de hacer?
Que muy adelante pasa
Esta locura. ¡Ah, señor!

REMÓN.
Ya voy, Rocabruna; aguarda.

ROCABRUNA.
Pues ¿qué quieres hacer?

REMÓN.
Quiero
Despedirme de esta ingrata,
Pues que ya apenas se ve.

ROCABRUNA.
Pues dile adiós, y eso basta.

REMÓN.
Quédate.

ROCABRUNA.
Eso sí, bien dices;
No digas más.

REMÓN.
Tigre hircana,
Sierpe de Libia cruel,
Áspid indio, león de Albania,
Que no te veré en mi vida,
Y toma aquesta palabra,
Si no es que á tu honra importe,
Ó que convenga á tu fama:
Y esa Clavela, esa fiera,
Que por mi mal te acompaña,
Pagarme tiene algún día
Las nuevas de las fragatas.
Vete, y cásate, enemiga,
Y plegue al cielo que caigas
En desgracia de tu esposo,
Que es la maldición más larga;
Que yo espero que los cielos
Me han de dar esta venganza,
Porque saben mi inocencia.

ROCABRUNA.
¡Señor, mira que te matas!

REMÓN.
¡Oh fuego, oh muerte, oh rabia!
¡Llevadla, cielos, ó volvedme el alma!

Váyanse, y entren el Emperador y el duque Carlos.

ENRIQUE.
Todo está prevenido.

DUQUE.
Todo á punto,
Espera la corona de tu frente.

ENRIQUE.
Si con la mía los extremos junto,
Del antártico polo al rojo Oriente,
De la misma corona es el trasunto
Esta dama famosa y excelente,
Y tanto más preciosa me parece,
Cuanto con más virtudes la enriquece.
¿Los arcos, en efecto, se acabaron?

DUQUE.
Todas las fiestas prevenidas quedan,
Y las de aqueste puerto se trocaron,
De suerte que mañana hacerse puedan:
Seis Grandes, veinte Títulos llegaron
Ayer, y puesto que es razón que excedan
Á muchas ocasiones que han pasado,
Han excedido á su valor y estado;
Que puesto que es venir al casamiento
De un Príncipe tan alto, más se animan
Viendo tu enamorado pensamiento,
Y así la Reina y su virtud estiman.

ENRIQUE.
Que todos tengan general contento,

Y que en su corazón su nombre impriman,
Es obligarme, de diversos modos,
Á que la sirvan y la adoren todos.
Estoy, Carlos, de suerte con la fama,
Que la vista no hiciera tanto efeto:
¿Puede abrasar aquesta mar mi llama,
Y el fuego á mi elemento estar sujeto?
Sepulcro de hombres, y de peces cama,
Campo de naves, y del cielo objeto;
Más, finalmente, mi dolor te duela,
Y déjame que goce de Isabela.
Humíllate á sus pies, manso y tranquilo,
Y como espejo de cristal te muestra,
Con más serenidad que el fértil Nilo;
No haya delfines, ni señal siniestra,
Y tu viento feroz, contra tu estilo,
La armada al puerto, que la espera, adiestra;
Sacude en popa la tendida vela,
Y déjame que goce de Isabela.
El alma es nave, el árbol mi deseo,
Bomba es el pecho, que el dolor desagua,
Mástil mi pena, mi cuidado el treo;
Tiros amor con mil suspiros fragua:
¡Oh amor! Pues sabes mi dichoso empleo,
Por esas sierras y montañas de agua,
Abre camino al escuadrón que vuela,
Y déjame que goce de Isabela.

Gran salva y desembarcación con chirimías y escopetas.

DUQUE.
¿Qué salva es ésta?
CARLOS.
Ya llega el armada.
ENRIQUE.
Albricias á Carlos lleven,
Á quien albricias se deben,
Que las pidió en voz formada;
Pero no las perderás:
Dos villas, Carlos, te doy;
Vé, que á recibirla voy.

Éntrense, y salgan Belardo y Lucinda, villanos, con su guitarra y pandero, vestidos de máscara.

LUCINDA.
¿Voy bien puesta?
BELARDO.
Buena vas.
Y yo, ¿no voy bien lucido?
LUCINDA.
Ese sayo bigarrado
Te viene pintiparado,
Que quise decir nacido.
BELARDO.
Pues si te vieses á ti
Con ese pellico y saya.....
¡Par Dios, que pareces Maya!
LUCINDA.
¿Adónde?
BELARDO.
En Mazalquiví.
LUCINDA.
¡Par Dios, que diz que es hermosa
La señora Emperadera!
BELARDO.
Si ella como tú lo fuera,
No le faltaba otra cosa.
LUCINDA.
Y ¿de dónde es natural?
BELARDO.
De las Ingles me han contado.
LUCINDA.
Según eso, habrá escapado
De algún peligro sin mal.
BELARDO.
Su padre es el Rey inglés,
Inglés ó inglesa es la dama:
De mala parte se llama,
No sé ¡par Dios! si lo es.
LUCINDA.
¿Dónde quedan los demás?
BELARDO.
Pienso que vienen ahí.

Los otros dos músicos, Silvio y Lisardo.

LUCINDA.
¿Venís ya vestidos?
SILVIO.
Sí;
Por delante y por detrás.
BELARDO.
¡Qué buen sayo os ha cabido!
SILVIO.
El Concejo nos le dió;
Pero dél pienso hacer yo
Baquero al recién nacido.
LISARDO.
¿Estudiaste lo primero
Que has de decir al señor?
BELARDO.
¿Á quién?
LISARDO.
Al Emperador.
BELARDO.
Todo viene en el mortero.

Tañan música.

LUCINDA.
Música suena; éstos son.
SILVIO.
¿Adónde se han de sentar?
LISARDO.
Aquí, en saliendo del mar.
LUCINDA.
Luego darán colación.

Entre todo el acompañamiento posible, y Enrique é Isabela debajo de un palio, y suban á un teatro á sentarse en dos sillas.

ENRIQUE.
No puedo significaros

El contento de este día,
Esposa y señora mía,
Más que en callar y miraros.
Hermosa la fama os llama,
Grande, apacible y bienquista;
Mas sois, llegando á la vista,
Gigante de vuestra fama.

ISABELA.

Por ese favor os beso
Las manos.

ENRIQUE.

Este favor
Agradeced al Autor
Que os hizo con tal exceso.
Y no me espanto que dé
Vuestro ser muestra tan clara,
Siendo un cristal vuestra cara
Por donde el alma se os ve.

ISABELA.

Cual soy nací para vuestra,
Aunque no tenéis igual.

Lleguen los villanos con sus instrumentos.

LUCINDA.

Llega y declara, animal,
Lo que es esta danza nuestra.

BELARDO.

Llegarán, ¡válame Dios!

SILVIO.

Arrempújale.

BELARDO.

Estáos quedo.

SILVIO.

Bestia, ¿del Rey tienes miedo?

BELARDO.

¿Pensáis que es hablar con vos?
Emperador solimado,
Yo te hinco la rodilla,
Que traigo el seso en tortilla,
Ante tu trono estrellado.
Aquestos cuatro danzantes
Os envían los Concejos,
Que estaban rotos y viejos,
Para venir, los gigantes,
Y aquéstos, más chicos son.
Yo momillo á su esquinencia,
Y con su buena licencia,
Va de danza y de canción.

Canten los cuatro y dancen.

Mozuela del baile,
Toca el panderico, y dale,
Porque suenen los cascabeles,
Hasta que se rompa el parche;
Dale, dale, etc.
Á la Reina bella,
Que del agua sale,
La tierra bendice,
Como el sol que nace;
Venga enhorabuena:
Bien haya la nave
Que la trujo á tierra,
Sin rogar á nadie;
Y al Emperador,
San Antón le guarde,
Pues sus aguiluchos
Cazaron un ángel,
Y aunque están de espaldas,
Son armas que traen:
Estén pico á pico,
Que no haya más Flandes.
Mozuela del baile,
Toca el panderillo, y dale,
Porque suenen los cascabeles,
Hasta que se rompa el parche;
Dale, dale, etc.
Estos dos viudos
Es bien que se casen,
Porque nos engendren
Á los Doce Pares.
Tantos hijos tengan,
Que apenas alcancen,
Aunque son tan ricos,
Zapatos, ni guantes.
Dellos vean Papas,
Dellos sacristanes,
Y dellos Gran Turcos,
Y ninguno sastre.
Tengan todos ellos
La nariz delante,
Y ninguno tenga
Cara con dos haces.
Mozuela del baile,
Toca el panderillo, y dale,
Porque suenen los cascabeles,
Hasta que se rompa el parche;
Dale, dale, etc.

ALTENIO.

¿Hay otra fiesta?

LUCINDA.

Aquí viene
Un famoso volteador.

Entra un volteador.

ALTENIO.

Vos, ¿qué hacéis?

VOLTEADOR.

Volar, señor.

LUCINDA.

Y ¿adónde las alas tiene?

VOLTEADOR.

¿Adónde? En mi ligereza.

BELARDO.

Oficio de ángel tenéis,
Pero guardaos, no bajéis
Donde os quebréis la cabeza.
¿Dónde tenéis la maroma?

VOLTEADOR.

En la plaza del lugar.

BELARDO.

Si es que os habéis de estrellar

Como huevo, el diablo os coma.

VOLTEADOR.

¿Queréisme ayudar?

BELARDO.

No, hermano.
Ni á volar quiero aprender;
Que un hombre suele caer
Por el suelo en lo más llano.

VOLTEADOR.

Voy á subir.

BELARDO.

Dios os guíe.

Éntrense los villanos y el volteador.

ENRIQUE.

¿Quién es este caballero
Mancebo?

ISABELA.

Éste es mi copero.

LOTARIO.

Ved si le abona y le engríe.

ISABELA.

Es hombre de calidad,
Vuestra Majestad le estime.

CLAVELA.

Bien es menester que anime
Vuestra Alteza mi humildad;
Para que me llegue al sol
De César tan soberano.

ISABELA.

Llega, bésale la mano.

ENRIQUE.

¿De qué nación?

ISABELA.

Español.

ENRIQUE.

¿Cómo es el nombre?

ISABELA.

Don Juan.

ENRIQUE.

Yo tendré mucho cuidado
De haceros merced.

RODULFO.

¿No has dado
En el favor del galán?

LOTARIO.

Mirándolo estoy atento.
¿Cómo que me olvide así,
Siendo yo el que á Londres fuí
Á tratar su casamiento?
¡Que me deba esta mujer
Verse en el trono que está,
Y que apenas sepa ya
Si tengo en el mundo sér!
¿Esto sufro? ¿Soy de piedra?

RODULFO.

¿Y yo? ¡Que el Emperador
Ufano triunfe de amor,
Siendo el árbol de mi hiedra!
¡Que sea tan gran tirano
Que á mis quejas, con razón,
No diese satisfacción
Cuando le besé la mano!
Lotario, no ha de gozar
Enrique de esta mujer;
Yo haré que este placer
Se le convierta en pesar.
¿Qué importa, que verdad sea
Ó que no sea verdad
Que le tenga voluntad,
Hacer que Enrique lo crea?

LOTARIO.

Ya se levantan: yo quiero,
Si el César no la acompaña,
Dar principio á la maraña
De la historia del copero.

RODULFO.

Hasta que quieran cenar,
Vuelto el sol al otro polo,
El César estará solo,
Por dejalla descansar.
Háblale y llámame á mí,
Que no seré mal testigo.

ENRIQUE.

Venid, señora, conmigo,
Oiré de esa boca el sí.

ISABELA.

El que os he dado, tenéis
Mil veces que le pidáis.

ENRIQUE.

Cuanto más os humilláis,
Más alta me parecéis.

Éntranse todos acompañando á los Césares, y quedará Clavela sola.

CLAVELA.

¿Qué es esto? ¡Triste de mí!
Mucho me aprieta el cuidado
De ver que al puerto he llegado
Y que no está el Conde aquí.
Pienso que, como Isabela
Fué en el hablar tan extraña,
Dió, para volver á España,
Al viento esperanza y vela.
¿De quién me podré informar?
¿Cómo sabré si se fué,
Para que también me dé
Remedio ó sepulcro el mar?
Á Carpio diré que vaya
Y le busque entre la gente
Que agora confusamente
Cuaja el mar, cubre la playa;
Porque, si se vuelve á España,
Yo he salido con mi intento
De estorbar el casamiento,
Que fué varonil hazaña.

Entra Lotario.

LOTARIO.

Entra, que te está llamando,

Don Juan, la reina Isabela.

CLAVELA.

¿Á mí?

LOTARIO.

Sí.

CLAVELA.

Voy.

Vase Clavela.

LOTARIO.

Mi cautela
¡Cielos! se viene trazando:
Isabela queda sola;
Yo, al paso de aquesta sala,
Aguardo á Enrique.

Sale el Emperador.

ENRIQUE.

No iguala
Dama griega, ni española,
Francesa, ni italiana,
De cuantas celebra historia,
Á la virtud de su gloria,
Ni á su beldad soberana.
Loco estoy, viendo que ha sido
Mucho mayor que la idea.

LOTARIO.

Para bien, gran César, sea.

ENRIQUE.

¡Oh Lotario! Bien venido;
Ya te deseaba hablar;
Que el andar tan ocupado,
Ya sabes que no me ha dado
Ni descanso, ni lugar.
Deséote agradecer
El vïaje y buen suceso.

LOTARIO.

Poco me debes en eso.

ENRIQUE.

¡Oh, qué gallarda mujer!
¡Oh, qué raro entendimiento!
¡Oh, qué divina hermosura!
¡Oh, qué angélica blandura
Y acertado casamiento!
Los hombres, Lotario, allá
Pueden escoger mujer
De bueno ó mal parecer,
Que, en fin, en su mano está;
Pero como no podemos
Los Reyes, es grande bien,
Cuando acertamos, también
Que á nuestro gusto casemos.
Doyte un título de Conde
Y una villa con su tierra,
Y sus defensas de guerra,
Y que tú señales dónde.
Cuando la mano le dí,
Sentí el veneno que el alma
Discurrió desde la palma,
Con las dos letras de un sí.
Besélas con humildad,
Presenté el mundo á mi amor.
¡Qué triste estás!

LOTARIO.

Yo, señor,
Escucho á Tu Majestad;
Que en medio de su alegría
No es razón tener tristeza.

ENRIQUE.

¿No te trata bien Su Alteza?
¿Hay algo, por vida mía?
¿Vienes de aqueste camino
Desabrido ó despreciado? (1)
¿Esperabas, por ventura,
Diferente galardón
Del que he dado á tu afición,
Ó no es la manda segura?
¿Tuviste allá con el Rey
Menos honor que quisieras?
¿Temes? ¿Envidias? ¿Esperas?

LOTARIO.

¡Ah, lealtad, divina ley!

ENRIQUE.

¿Lealtad? ¿Qué es esto, Lotario?
¿Quiere alguno darme muerte?
Habla; de todo me advierte.

LOTARIO.

Ya es forzoso y necesario;
Mas no me mandes que diga
Lo que te quiero contar,
Sino mándame matar.

ENRIQUE.

Luego ¿á matarte me obliga
Lo que me quieres decir?
Si conjuras se han tratado,
Aunque estuvieses culpado
Ya no mereces morir.
Habla, Lotario; que al Rey
No se le ha de encubrir nada.

LOTARIO.

Hablad vos, lengua turbada,
Mirad que es derecha ley,
Tan divina como humana,
Dar al Rey vida y honor.

ENRIQUE.

¿Qué dices?

LOTARIO.

Digo, señor,
Que fué tu esperanza vana,
Que fué loca mi partida,
Que fué engañado el concierto,
Que fué el casamiento incierto
Y la palabra indebida;
Que fué la fama compuesta,
Que fué falso el proceder,
Y que Isabela es mujer,
Y que no es mujer honesta.

ENRIQUE.

¡Cómo!

(1) Faltan dos versos á esta redondilla.

LOTARIO.
En la mar, ¡cielo injusto!
Hemos visto un mal tan fiero.
ENRIQUE.
¿Con quién?
LOTARIO.
Con ese copero,
Ganímedes de su gusto.
ENRIQUE.
¿Visto con los ojos?
LOTARIO.
Eso
Nunca se ve con los ojos;
Conócese en los antojos,
Y adviértese en el suceso.
Basta que, pues, yo he llegado
Á decirte su maldad,
Para entender que es verdad,
Y que algunos lo han notado.
ENRIQUE.
¿Hay principios semejantes?
¿Lo que en mil bodas que vi
Se da por postres, á mí
Se me viene á dar por antes?
¿Habrá algún hombre en el suelo
Á quien haya sucedido
Casar, y siendo marido
De una mujer, con buen celo,
Antes de dormir con ella,
Llegar una lengua airada,
Y decir que no es honrada,
Y más muriendo por ella?
¿Hay tan nuevo casamiento?
Demonio, ¿dónde lo viste?
Ó si fué, ¿cómo tuviste
De decillo atrevimiento?
¡Con un paje una mujer
Que tuvo en el mundo fama
De la más honesta dama!
¿Puede ser? No puede ser.
¡Vive Dios, que es testimonio!
¡Morir tienes á mi mano!
LOTARIO.
¿Esto de servirte gano?
Ved qué traza del demonio.
ENRIQUE.
¿Tan en público se hablaban
Que lo viste?
LOTARIO.
Sí, señor;
Que son los ojos de amor
Flechas que la vista enclavan.
ENRIQUE.
Yo te quiero hacer prender;
Luego te han de dar tormento.
¡Guarda, gente! Mas ¿qué intento?
Que será echarme á perder.
Ven acá: ¿tienes, por dicha,
Algún testigo?
LOTARIO.
En el golfo
Lo vió mil veces Rodolfo.
ENRIQUE.
Verdadera es mi desdicha.
¡Oh, mal copero español!
No en balde me le alababa
Isabela, y le encumbraba
Sobre los rayos del sol.
Aquí importa mi prudencia;
Ven acá: ¿no probarás
Lo que dices?
LOTARIO.
Tú verás
Con los ojos la experiencia.
ENRIQUE.
Rodulfo no lo dirá.
LOTARIO.
Sí, señor.
ENRIQUE.
Á mi aposento
Le lleva.
LOTARIO.
Voy.
ENRIQUE.
¡Casamiento
Triste, mi infierno sois ya!

Vase Lotario.

Con imposible gloria amor me exhorta;
Gozar la quiere el tiempo, honor la niega;
Huye la majestad, el gusto llega;
¿Si voy? No voy. ¿Qué importa? Mucho importa.
¿Qué me detiene? La distancia es corta,
El daño alumbra y el deleite ciega;
En esta confusión y dura brega,
El bien me incita y la razón reporta.
Crece el deseo y el peligro pára,
Y en tanto mal no hay bien que se me ofrezca,
Sino es ir á mirar cara tan cara.
Ella será quien hable ó enmudezca;
Pero si me aconsejo con su cara,
¿Quién duda que en sus brazos amanezca?

JORNADA TERCERA.

Entra Isabela, y Margarita, dama.

ISABELA.
¿Estos son los regocijos
Que hace á Isabela Alemania?
Volviérame tigre hircania
Ó parézcolo en los hijos.

Pero estoy de eso muy lejos,
Pues huye Enrique de mí;
¡Ah, cielos, que no creí
Algunos buenos consejos!
¿Estimé yo su corona
Ni los palacios que habita?
¿Roguéle yo, Margarita,
Al César con mi persona?
¿Él no fué quien me pidió
Con cartas, con mensajeros,
Con príncipes, con terceros?
¿No dije mil veces no?
¿Ya no vió retratos míos,
Y antes del sí, en aquel puerto,
Confirmó nuestro concierto
Lleno de amorosos bríos?
Pues ¿qué es esto, qué le ha dado,
Que si alguna vez me mira,
El amor convierte en ira
Y me responde enojado?
Cuando no hay quien se lo impida,
El que no goza, no ama;
Y un matrimonio sin cama
Es como un cuerpo sin vida.
Está hechizado ó ligado,
Porque no se llega á mí;
Que no me quejara así
Cuando me hubiera gozado.
Porque presumiera yo
Que en mis defectos había
La causa por que lo hacía.

MARGARITA.
¿No duerme contigo?

ISABELA.
No.

MARGARITA.
¿Es posible?

ISABELA.
Sí lo es.

MARGARITA.
Mucho tienes que sentir.

ISABELA.
Tanto, que de no dormir
Traigo el desvelo que ves.

MARGARITA.
Quien no goza lo que es suyo,
No lo debe de estimar.

ISABELA.
Á que no le dan lugar
Otros gustos, lo atribuyo.
Mucho tengo que temer,
Que vida y honor me importe,
Pues las fiestas de la corte
Ha mandado suspender.

MARGARITA.
Si yo supiera que amaba
El Emperador, señora,
De otro amor temiera agora
Que este desdén resultaba.
Pero ha sido su viudez
Un claro ejemplo.

Salen Clavela y Carpio.

CLAVELA.
¿En efeto
¿Se fué el Conde?

CARPIO.
Fué discreto;
Basta la burla una vez.
Á lo menos yo he buscado
Todo este mar convecino,
Y el discurso del camino
Atentamente he mirado;
Pero el Conde no parece.

CLAVELA.
Desa suerte, no fué error
Pedir licencia.

CARPIO.
Señor,
Tiempo y ocasión se ofrece
Para dejar este traje
Y á Barcelona volver;
Mira que es mucho ofender
El valor de tu linaje.
¿Qué te responde Isabela?

CLAVELA.
Siente tanto mi partida,
Que ha llorado enternecida.

CARPIO.
Pídele la mano, y vuela;
Pesar de tanto destierro,
Volvamos á ver á España.

CLAVELA.
Margarita la acompaña;
No será el hablarla yerro.
Déme Vuestra Majestad
Los pies.

ISABELA.
¿Es ya la partida?

CLAVELA.
Parte, señora, la vida,
Y queda la voluntad.
¡Dios sabe cuánto lo siento!

ISABELA.
En fin, ¡te vas!

Salgan Lotario, y el Emperador, y Rodulfo.

LOTARIO.
Entra agora,
Verás, señor, que le adora.

EMPERADOR.
Entrad quedo, hablad con tiento.

RODULFO.
¡Con qué familiaridad
Habla con él!

EMPERADOR.
¿Qué lo dudo?

LOTARIO.
¡Qué sin respeto!

EMPERADOR.
¡Estoy mudo!

CLAVELA.
Suplico á Tu Majestad
Que no se enternezca así.

EMPERADOR.
¡Viven los cielos, que llora!

CLAVELA.
¡Ah, mi Reina! ¡Ah, mi señora!

LOTARIO.
¿Oyes los requiebros?

EMPERADOR.
Sí.

CLAVELA.
¿Por un humilde criado
Tanto sentimiento?

EMPERADOR.
Estoy
Por matarlos juntos; voy.....

RODULFO.
Tente.

EMPERADOR.
¡Qué bien lo has probado!
¡Qué mujer con esta fama!
¡Qué virtud, qué autoridad!
¡Ah, cómo de la maldad
Es noche la buena fama!
¡Cuántos, á sombra de ser
De buena fama, se atreven
Á hacer cosas que no deben,
Porque no se ha de saber!
¿Qué haré, que estoy deseando,
Con las manos, con los dientes
Deshacerlos?

RODULFO.
No lo intentes,
Sino véngate callando;
Que el Señor, que representa
Un rey, aun está sujeto
Á este infame y vil conceto
De este género de afrenta.

EMPERADOR.
¿Podrélo ver y sufrir?

LOTARIO.
Con tu paciencia, muy bien.

EMPERADOR.
¡Y Margarita también,
Que me lo pudo decir!
Está, como vil tercera,
Hecha un infame testigo.

ISABELA.
Sabe el cielo que contigo
Á Barcelona me fuera,
Si el César, que me aborrece,
Me repudiara del todo.

EMPERADOR.
De estar juntos buscan modo.
¡Bien, por Dios, bien me parece!

ISABELA.
¡Ah, Dios, cuánto erré en casarme!

LOTARIO.
¿Ves cómo está arrepentida?

ISABELA.
Maldición tan merecida
Era muy justo alcanzarme;
Allá contarás mi pena,
Y del César la crueldad.

LOTARIO.
Dice que á Tu Majestad
Aborrece.

EMPERADOR.
Bien se ordena,
Bien se trata mi venganza.

ISABELA.
¡Qué bien casada estuviera,
Si yo paciencia tuviera!
. . . . (1)

EMPERADOR.
Con él debe de decir
Que quisiera estar casada.

CLAVELA.
Ya, mi señora, es llegada
La hora en que he de partir.
Déme Vuestra Majestad
Las manos.

ISABELA.
Los brazos quiero.

EMPERADOR.
¿Abrazóla?

RODULFO.
Sí.

EMPERADOR.
¿Qué espero?
¿Hay tal cosa y tal maldad?
¡No fuera yo un hombre vil,
Y no el Monarca mayor
Del mundo!

RODULFO.
¡Señor!.....

LOTARIO.
¡Señor!.....

EMPERADOR.
¡Ay honra, ladrón sutil!
Ya se ha juntado con ella
Este demonio de amor,
Pues quitándome el honor,
Aun no puedo aborrecella.

ISABELA.
Ven, Margarita, conmigo;
Que quiero verle partir.

Vanse Isabela y Margarita.

CARPIO.
Ea, ¿podémonos ir?

CLAVELA.
Ya está hecho, Carpio amigo.

CARPIO.
Ea, pues, postas tomemos,
Vamos á la bella España,
Cuya memoria me baña
En lágrimas: caminemos.

(1) Falta un verso.

Ya está todo negociado,
Ya Isabela se casó.

CLAVELA.

Sí; mas ¿cómo sabré yo
Si está allá mi Conde amado?

CARPIO.

Pues ¿quién duda que esté allá,
Si en el puerto no le vi?

EMPERADOR.

Bien dices; matarle aquí
Mucha deshonra será.
Mejor es que le llevéis
Al campo, el rostro cubierto,
Y por ese patio, al huerto
Sacarle entrambos podéis.
Dadle en un monte la muerte,
No parezca el cuerpo más.

RODULFO.

Esta banda por detrás
Podré echarle, y desta suerte
Le sacaré de Palacio,
Si el hombre que está con él
Se aparta un momento dél.

CLAVELA.

Vé, Carpio, y avisa á Horacio
Que me traiga postas luego.

EMPERADOR.

Ya se va.

CARPIO.

Yo voy, señora.

LOTARIO.

Él se fué.

EMPERADOR.

Pues llega agora.

RODULFO.

Con aquesta banda llego.

Llega Rodulfo á Clavela, échale un tafetán por el rostro, y ásganla entre él y Lotario.

¡Hoy es tu muerte, villano!

CLAVELA.

¡Cielo! ¿Qué es esto? ¡Aquí ayuda!
¡Guarda, gente!

EMPERADOR.

Antes que acuda,
Le sacad al campo.

RODULFO.

En vano
Haces fuerza y te lamentas.

CLAVELA.

¿Quién me lleva? ¿Cómo? ¿Adónde?

EMPERADOR.

Callad.

CLAVELA.

¿Nadie me responde?

LOTARIO.

¡Infame! ¿Escaparte intentas?

EMPERADOR.

No le digáis la ocasión,
Ni al matalle os descubráis.

CLAVELA.

¿Quién sois? ¿Dónde me lleváis?

LOTARIO.

¡Á morir!

CLAVELA.

¿Por qué razón?

EMPERADOR.

¡Hola! ¡En el monte, y callando!

Llévanla, y queda el Emperador.

Y salid por el jardín:
Procurad tenga su fin,
El rostro á mi honor guardando,
Porque tan grave persona,
Desto, que infamia se llama,
Correrá el mundo la fama,
Que el bien calla, el mal pregona.
Muerto este infame en secreto,
Y en él mi infamia enterrada,
Dando el remedio y la espada
Quien dió la lengua, en efeto,
No ha de faltar un veneno
Para Isabela, que acabe
El rostro más bello y grave,
De mayores vicios lleno.

Entra Isabela, leyendo un papel en secreto.

¿Es ésta? La misma es:
¡Oh, edificio de hermosura,
Qué rostro, qué compostura,
Siempre tan flaco de pies!
¡Oh, turquesa de cautelas!
¡Oh, palacio sin cimientos!
¡Oh, torre sin fundamentos,
Nave sin lastre y con velas!
¡Oh, pavón de plumas viles,
De hermosa rueda y pies feos,
Blanco de malos deseos,
Un ángel entre gentiles!
¡Pintura que entienden pocos,
Áspid en hierba escondido,
Ángel del mejor sentido,
Ídolo que adoran locos!
¡Largo mal, breve alegría,
Incierto bien, cierto agravio,
Á quien con razón un sabio
Llamó breve tiranía!

Altérese ella, y esconda el papel.

ISABELA.

¡Ay, Jesús!

EMPERADOR.

¿De qué te alteras?
¿Qué escondes?

ISABELA.

Este papel.

EMPERADOR.

¿Cúyo?

ISABELA.

Mío.

EMPERADOR.

¿Qué hay en él?

ISABELA.

Nada, cuando verlo quieras.

EMPERADOR.

¿Qué escribes, y á quién escribes?

ISABELA.

Á mi padre.

EMPERADOR.

¿Sobre qué?

ISABELA.

No sé.

EMPERADOR.

¿Por qué?

ISABELA.

Porque sé
De la manera que vives.

EMPERADOR.

¿De mí escribes?

ISABELA.

Pues ¿de quién
Puedo á mi padre escribir?

EMPERADOR.

De mí, ¿qué puedes decir?

ISABELA.

Mucho mal, y poco bien.

EMPERADOR.

Sin duda aquésta ha sabido
Que entiendo su liviandad.
¡Con qué baja libertad
Á un César ha respondido!
Mal conformas las palabras
Con las obras.

ISABELA.

En mis obras
Hay de honor y virtud sobras.

EMPERADOR.

¿Y el papel?

ISABELA.

Que el papel abras
Y el pecho, no hay que temer:
Toma, léele, pues le has visto.

EMPERADOR.

¡Con qué paciencia resisto
La furia de una mujer!

Lee el Emperador la carta.

Carta.

«Erraste mi casamiento,
Padre, engañado de suerte,
Que trata el César mi muerte,
Y no me trata un momento.
En tanta guerra vivimos,
Y juntos, tan apartados,
Que siendo recién casados,
En dos palacios dormimos.
Envía, padre, por mí
Antes que él de sí me envíe,
Que no es justo que me fíe
De quien no se llega á mí.»
No leo más.

ISABELA.

Y ¿qué te importa?

EMPERADOR.

¿Quién duda que has entendido
Que tus vicios he sabido?

ISABELA.

Ese lenguaje reporta,
Y habla como quien eres,
No porque César te nombres,
Mas por ser ley de los hombres
Honrar siempre á las mujeres.
¿Qué le ha hecho mi inocencia,
Señor, á Tu Majestad,
Que con tal riguridad
Huye el rostro á mi presencia?
Si le miro, no me mira,
Y si le miro á los ojos,
Trae un capote de enojos,
Con mil guarniciones de ira.
Pues Vuestra Majestad note
Que, aunque es César soberano,
Para conmigo es villano,
Pues no se quita el capote.
¿Soy veneno? ¿Soy infierno?
¿Qué soy, que de mí se asombra?

EMPERADOR.

¡Así la beldad se nombra,
Breve gloria y fuego eterno!
Yo, Isabela, te adoré
Por fama, que no creí
Que pudiera haber en ti
Lo que de tus obras sé.
Has ofendido mi honor;
No me preguntes con quién;
Basta que yo he visto bien
El desengaño mayor.
No me repliques en esto,
Sino encomiéndate á Dios.

Vase.

ISABELA.

Oye, y tratemos los dos,
Enrique, de veras esto.
¿Vaste? ¡Oh, qué bien, eso sí,
Porque en mentira tan clara,
No osaras tú, cara á cara,
Respuesta esperar de mí!
¡Jesús! Declarado está
Todo aqueste encantamiento;
Sin duda, mi casamiento
Notable pena le da.
¡Ah, la dama que ha trazado
Impedir el matrimonio
Con aqueste testimonio!
¡Ah, Rey! ¡Ah, padre engañado!
¿No estuviera yo mejor
Con el Conde en Barcelona,

Si con la mayor corona
Me vino el daño mayor?
¡Sin duda que está hechizado!

Entra Altenio, de camino.

ALTENIO.
Ya estoy, si quieres que parta,
De camino.

ISABELA.
Ya la carta
Mi marido me ha tomado.
¿Dije marido? Mentí.

ALTENIO.
Pues ¿cómo te la tomó?

ISABELA.
Leyéndola estaba yo
Luego que aquí la escribí:
Entró, y no pude escondella.

ALTENIO.
¿Qué ha dicho?

ISABELA.
Furioso está.

ALTENIO.
¿Sabe que yo voy allá?

ISABELA.
Hay más mal que escribo en ella.

ALTENIO.
¡Cómo!

ISABELA.
Díceme en mi cara
Que fuí adúltera.

ALTENIO.
¡Muy bien!
¿Dice con quién?

ISABELA.
No hay con quién;
En esto el enojo pára.

ALTENIO.
¿Esto era el no dormir
Contigo? ¡Gentil traición!
Aunque sin carta y razón,
Á Ingalaterra partir
Y avisar tu padre, es bien.

ISABELA.
¿Qué gente es ésta que espera?

Entra el duque Carlos con una copa, y dos guardas.

DUQUE.
Quedáos vosotros afuera.

ISABELA.
El Duque es éste.

ALTENIO.
¿Quién?

ISABELA.
El duque Carlos.

DUQUE.
Señora,
Un poderoso ofendido,
Rey del mundo y tu marido,
Que te aborrece y adora,
Te manda, apremia y castiga
Con que este veneno bebas
Sin réplica.

ISABELA.
¡Buenas nuevas!
Á darle albricias me obliga.
¡Qué buena salva me hace
Para condenarme á muerte!

DUQUE.
Muestra el corazón tan fuerte
Como quien de reyes nace;
Y pues por fuerza ha de ser,
Con ser y ánimo romano,
Da á entender que fué en tu mano
El morir y el ofender.

ISABELA.
No me espanto que haga esas locuras
Un hombre á quien amores de rameras
Le obligan á matar su mujer propia.
De ti me espanto, Carlos, que ejecutes
Oficio tan cruel con tu señora:
Vuelve, y dile que yo bebiera el vaso
Por no le ver y por partirme libre
Donde pidiera á Dios justa venganza
Esta inocente sangre; mas que quiero
Que no quede sin honra aquella vida
Que yo guardé con tan honesta fama.
¿Qué aguardas?

DUQUE.
Gran señora, no me mandes
Que ejecute por fuerza á lo que vengo,
Pues de no le tomar, aquestas guardas
Han de pasar tu pecho.

ISABELA.
¡Infame gente!
¿Sabéis quién soy? Pues ¡vive el alto cielo
Y vive Dios con él, con su justicia
Amparando los pobres inocentes,
Que si tomo una espada ó alabarda,
Que no quede hombre vivo de vosotros!

DUQUE.
Que no es ya tiempo deso.

ISABELA.
¡Carlos, tente!

DUQUE.
¡Pasadla el pecho, dadla muerte presto!

ISABELA.
¡Justicia de los cielos, que me matan!
¡Alemanes infames, fuera digo!
¡Isabela soy yo! ¡Tened respeto
Á la virtud que ha respetado el mundo!
Miradme bien, que soy señora vuestra,
Del rey de Ingalaterra hija legítima,
Y del Rey de Bohemia viuda esposa.

DUQUE.
¡No la matéis!

Sale el Almirante de Inglaterra.

ALMIRANTE.
¡Ninguno llegue, infames!

¿Qué es esto? ¡Afuera! ¡Plaza!

ISABELA.

¡Urgel famoso!
¡Oh, Almirante! ¡Oh, mi primo!

ALMIRANTE.

¿Qué es aquesto?

ISABELA.

Matar me manda el César.

ALMIRANTE.

No es posible;
Que el César es cristiano y es sin causa.

Entra Enrique.

ENRIQUE.

¡Fuera, villanos! ¿En mi casa voces?
¡Dadla una alabarda!

ALMIRANTE.

Invicto César,
¿Tú has mandado que maten á tu esposa?

ENRIQUE.

Yo lo mandé.

ALMIRANTE.

¿Por qué?

ENRIQUE.

Porque es adúltera.

ALMIRANTE.

¿Con quién? ¿Adónde? ¿Cuándo?

ISABELA.

Cuando fuera
Posible, César, que lo hubiera sido,
Me lo debes probar, y quien jurare
Que yo lo soy, susténtelo en campaña,
Y quemaránme viva, pues es fuero;
Pero querer que muera con infamia
Porque estás hechizado de dos damas,
Porque te mandan que me des la muerte
Y quitarme la vida con la honra,
Eso, ¿es hecho de príncipe católico?
Eso ¿es digno de un hombre en cuyos hombros
Carga el imperio de Alemania y Grecia?

ALMIRANTE.

Bien dice, gran señor; prenderla manda:
Que se pruebe el delito, y el que dice
Que tu amada Isabela ha sido adúltera,
Susténtelo en campaña, y no permitas
Que muera una mujer con inocencia,
Que ha sido ejemplo de valor al mundo.

ENRIQUE.

Almirante, excusar quise mi infamia,
Y porque en sus palabras y en su rostro
Me ha dado cierta luz de su inocencia,
Digo que para aquesto y para abono
De que ni dama ni deleites vanos,
Ni hechizos fueron parte á lo que he visto,
Quiero que los que el caso me dijeron,
Tres días lo sustenten en campaña,
Y si fueren vencidos, quede libre;
Mas agora es razón que vaya presa.

ALMIRANTE.

Vaya en buen hora, y con licencia tuya
Me iré yo á Londres y diré á Eduardo
El estado de aquesta desventura.

ENRIQUE.

Parte en buen hora. Duque, á vos la entrego.

ALMIRANTE.

Bien sabe Dios, señor, que esto es cautela.

ISABELA.

¡Ay, engañado Rey!

ENRIQUE.

¡Ay, Isabela!

Vanse.

Entran el Conde y Rocabruna.

ROCABRUNA.

En fin, señor, ¿qué porfías
Que entremos en la ciudad?

REMÓN.

¿Piensas que mi voluntad
Mengua el curso de los días?
Ya no basta diligencia
Para templar el dolor;
Tanto más me mata amor,
Cuanto más busco paciencia.
Y porque veas que el cielo
Gusta del tormento mío,
Mira cómo dió el navío
En este contrario suelo.
Salíamos para España,
Y á Alemania nos volvió
El viento, que amor guió
Como dueño de esta hazaña.
Pues viéndome en aquel puerto
¿Qué mucho que no reporte
Deseos de ver la corte
Donde vive quien me ha muerto?

ROCABRUNA.

Desde este monte se mira
Esta famosa ciudad.

REMÓN.

Y el dueño de mi verdad,
Que me trató con mentira.
¡Ah! ¡Qué contenta que estás,
Isabela, entre los brazos
De tu esposo! ¡Qué de abrazos
Que le pides y le das!
¡Qué de fiestas que te hace!
¡Qué de requiebros te dice!
¡Perdona si te maldice
Mi amor, que de envidia nace!
Goza tu suerte mil años;
Que los que yo te he servido
Ya me los paga el olvido
En mayores desengaños.

ROCABRUNA.

Pensé que ya no tratabas
De quejarte más, señor,
Y otra vez tu mar de amor
Brama con olas tan bravas:
Parece que más adentro
Sientes al doble la injuria.

REMÓN.
Voy, amigo, con más furia
Como me llego á mi centro.
Deseo volver á ver
Desta mujer que perdí,
Si quien me ha traído así
Se puede llamar mujer.

Da voces Clavela.

Pero, escucha: ¿quién da voces
En este monte?
ROCABRUNA.
No sé;
Basta lo que en él se ve
Para delitos atroces.
REMÓN.
Salteadores son, sin duda,
Que algún hombre habrán robado.

Digan de adentro Clavela, Lotario y Rodulfo:

CLAVELA.
¡Ay, triste!
REMÓN.
Esta voz me ha dado
Pena.
ROCABRUNA.
¡A mí el color se me muda!
LOTARIO.
Aquí puedes apealle
Del coche.
REMÓN.
Escóndete aquí.
ROCABRUNA.
De un coche salen allí
Tres, que vienen á este valle.
REMÓN.
Calla, y lo que pasa advierte.

Entren con Clavela, cubierto el rostro con un tafetán, Lotario y Rodulfo.

CLAVELA.
¡Ay, cielo!
LOTARIO.
¡Tarde le llamas!
RODULFO.
En lo oculto de estas ramas
Podemos darle la muerte.
LOTARIO.
Mejor será despeñalle
Á este río desde aquí.
REMÓN.
Dos ladrones traen allí
Un hombre para matalle:
Mete mano, Rocabruna.
ROCABRUNA.
Llega, que ya voy, señor.
REMÓN.
¡Fuera, infames!
LOTARIO.
¡Oh, traidor!
REMÓN.
¡Perros, sin piedad ninguna!
RODULFO.
¡Dale, muera!
REMÓN.
¿Qué es morir?
RODULFO.
¡Bravo hombre!
LOTARIO.
¡Estoy espantado!
RODULFO.
Pienso que más acertado
Será dejarle y huir.
REMÓN.
¡Huid, ladrones!
LOTARIO.
El cielo

Huyen.

Guarda su inocencia y vida.
ROCABRUNA.
¿Quieres que corra y que impida
Sus pasos?
REMÓN.
No, que recelo
Que pueda venirle daño
Al que ha estado encubierto.
ROCABRUNA.
¡Si es gente noble!
REMÓN.
Eso advierto,
Y que le traen por engaño.
ROCABRUNA.
En el coche que te dije
Entran, y así los caballos
Azotan, que en despeñallos
Es Faetón el que los rige.
REMÓN.
Desata el hombre, entretanto
Que yo le descubro el rostro.

Desátanla y descúbrenle el rostro.

CLAVELA.
Señor, á esos pies me postro
Por tal merced, por bien tanto.
REMÓN.
¡Ay, Dios! ¿No es ésta Clavela?
CLAVELA.
¿Quién me nombra?
REMÓN.
El Conde.
CLAVELA.
¿Quién?
REMÓN.
¿No me conoces?
CLAVELA.
¡Mi bien!
ROCABRUNA.
¿Clavela?

REMÓN.
Sí; llega y véla.
ROCABRUNA.
Señora, ¿pues desta suerte?
CLAVELA.
Conde, ¿en tal punto, en tal parte?
Déjame, Conde, tocarte,
Déjame abrazarte y verte.
REMÓN.
El enojo que tenía,
Con verte aquí me has templado.
CLAVELA.
¿De qué estabas enojado?
REMÓN.
De las nuevas de aquel día,
Por quien pienso que perdí
Ser mi mujer Isabela.
CLAVELA.
Si yo no hablé con cautela,
¿En qué, señor, te ofendí?
REMÓN.
¿Quién te trujo desta suerte,
Y, por qué causa, á matarte?
CLAVELA.
Queriendo, mi bien, buscarte,
Con ansias de hablarte y verte,
Pedí licencia este día
Á Isabela, y me la dió;
Y esperando alegre yo
Las postas en que partía,
Me sentí el rostro cubrir
Y atar las manos á un punto,
Y en medio de un tropel junto
Llevarme al campo á morir.
REMÓN.
Pues este coche, ¿qué fué?
CLAVELA.
En él me metieron luego.
ROCABRUNA.
Alguno, de envidia ciego
De que tu persona esté
En tal privanza y lugar,
No sabiendo tu partida,
Te quiso quitar la vida.
CLAVELA.
Eso puedo imaginar,
Porque no he dado ocasión
Con palabra ni con obra
Á ningún hombre.
REMÓN.
¿No sobra
Dar envidia?
ROCABRUNA.
Envidias son:
Gracias á Dios que llegamos
Á buen tiempo.
CLAVELA.
¿Adónde vas?
REMÓN.
¿Para qué preguntas más,
Viendo el lugar en que estamos?
De la derrota de España
Me volvió el viento á esta tierra,
Para el misterio que encierra
Hablarte en esta montaña.
No estoy tan apasionado;
Pero ya que aquí me veo,
Quiero cumplir un deseo.
CLAVELA.
Á muy buen tiempo has llegado,
Que tendrás venganza justa
De Isabela.
REMÓN.
¿De qué modo?
CLAVELA.
El amor del César todo
Paró en que matarla gusta
Con el peor tratamiento
Que hombre vil hizo en su casa.
REMÓN.
¿Qué me dices?
CLAVELA.
Esto pasa.
REMÓN.
¡Desdichado casamiento!
CLAVELA.
Presumen que está hechizado,
Porque no duerme con ella.
REMÓN.
Los cielos me vengan de ella.
ROCABRUNA.
Y ¿qué harás si estás vengado?
REMÓN.
Verla, y que alegre me vea:
Ven conmigo á la ciudad.
CLAVELA.
¿Cómo?
REMÓN.
Con seguridad
De que yo tu amparo sea.
ROCABRUNA.
Señor, si no te disfrazas,
Á gran peligro te pones.
REMÓN.
Amor, que es todo invenciones,
Dará alguna de sus trazas.
CLAVELA.
Yo tengo enemigos fieros.
REMÓN.
Para más seguros ir,
Nos podemos.....
ROCABRUNA.
¿Qué?
REMÓN.
Fingir
Villanos y carboneros.

Vanse, y entran Lotario y Rodulfo.

LOTARIO.
¿Qué diremos al César?

RODULFO.

Que ya queda
Muerto el fiero español y despeñado;
Que grande infamia resultarnos puede
De confesar que un hombre puede tanto.

LOTARIO.

Yo no pienso creer que un hombre fuese
Poderoso á quitarnos de las manos
La presa que llevábamos al monte,
Habiendo en otras ocasiones muchas
Probado las espadas y los pechos.

RODULFO.

Pues ¿qué presumes?

LOTARIO.

Que bajó del cielo
Aquella espada, contra nuestro embuste,
Á defender su sangre y su inocencia.

RODULFO.

No creas tú que está tan inocente,
Que yo siempre le tuve por culpado.

LOTARIO.

No sé; dudoso estoy.

RODULFO.

Ya sale el César.

Sale Enrique.

ENRIQUE.

¡Oh Lotario! ¡Oh Rodulfo!

LOTARIO.

Guarde el cielo,
Soberano señor, tu ilustre vida.

ENRIQUE.

¿Cómo queda aquel fiero?

LOTARIO.

Despeñado
Y en mil sangrientas partes dividido.

RODULFO.

No puede el arte ni la industria humana
Juntarle si quisiese conocerle.

ENRIQUE.

Los sucesos de acá, desde que os fuisteis,
Han sido tan contrarios á la traza
Que dimos de vengarme con secreto,
Que me importara que estuviera vivo.

LOTARIO.

¿De qué manera?

ENRIQUE.

Quise, con veneno,
Quitar la vida infame de Isabela,
Con orden que á la guarda el duque Carlos
La mandase matar, si por ventura
No le tomase; y como no quisiese,
Al pecho la pusieron las cuchillas;
Defendióse, acudiendo el Almirante
De Ingalaterra y otros á sus voces:
Díjome que hechizado la mataba,
Y que era cierto, pues que no la oía;
Pidiéronme, con lágrimas, la oyese,
Y que, conforme al fuero de Alemania,
La mandase prender, y los testigos
Sustentasen en campo su adulterio;
No lo pude negar, y que á Eduardo
Le diese aviso el Almirante luego:
Salió con esto la parlera fama
Desde Palacio al vulgo, y en un punto
Mi deshonor y su maldad se sabe.
Yo, por no dar lugar á que Isabela
Tenga de Ingalaterra quien la ampare,
El año y día que esperar se debe,
Mudo en término sólo de tres días,
Al cabo de los cuales, si os parece,
Saldréis los dos á la campaña armados;
Que, pues decís verdad, tendréis victoria.

LOTARIO.

¿Que presa está Isabela?

RODULFO.

¿Que has querido
Que se sustente la verdad en campo?

ENRIQUE.

Pues ¿qué tengo de hacer si, resistiéndose
Á la secreta muerte que le daba,
Me pide todo el mundo que la escuche?

LOTARIO.

El honor que se venga con secreto
Excusa toda infamia, y el que en público,
Las piedras hace lenguas.

ENRIQUE.

No lo niego;
Pero las leyes no disponen eso,
Sino que el buen jüez oiga las partes.

RODULFO.

En la ofendida Majestad no hay leyes,
Y puede derogarlas quien las hace;
Dale, señor, libelo de repudio
Y cásate con otra, que esto basta.

LOTARIO.

Rodulfo dice bien; porque el Pontífice,
No habiendo consumado matrimonio,
Dispensará, sin dilatarlo un día.

ENRIQUE.

¿Cómo puedo negar lo que me pide
Toda mi Corte, Príncipes y Grandes?
Fuera desto, no quiere ya Isabela
Sino que su inocencia se averigüe,
Ó se castigue su maldad si es cierta.

LOTARIO.

¡Qué tierno estás! Sin duda te han movido
Algunas lagrimillas de su rostro.
¡Ay de quien sirve!

ENRIQUE.

No, ¡por Dios! Lotario,
Sino que hago lo que debo en esto;
Demás que, siendo el término tres días,
Ninguno habrá que á la batalla salga.

RODULFO.

Que salga el mundo, que eso poco importa;
Tu honor nos daba pena; porque, en caso
De que por esa parte se defienda,
Á dos, á cuatro, á ciento esperaremos.

LOTARIO.

Manda, señor, que nos den gente luego,

Iremos, como es uso, á echar el bando.

ENRIQUE.

Venid y escribiráse, porque quiero
Que con solemnidad se notifique
Por las plazas y calles de la corte.

LOTARIO.

Mal te han aconsejado tus privados.

ENRIQUE.

Mucho blandean estos caballeros.

RODULFO.

Yo digo que sustento el adulterio.

ENRIQUE.

Si sabes que es verdad, la razón basta.
Éstos son falsos, Isabela es casta.

Vanse, y entren Carpio y Horacio.

CARPIO.

Vuelve las postas, Horacio;
Que no parece Clavela
Ni en el cuarto de Isabela,
Ni en los patios de Palacio.
Esto es cansarme; sin duda
Que me engañó y se partió.

HORACIO.

Muy buen galardón nos dió;
Pero puede ser que acuda,
Por partirse con secreto
Después de salido el sol.

CARPIO.

Nunca de pecho español
Pude tener mal conceto.
¿Si le ha querido matar
Y no pudo aguardar tanto?

HORACIO.

De la envidia no me espanto;
Que estaba en alto lugar.
¡Triste del hombre que priva,
Aunque más virtud le sobre!

CARPIO.

Más quiero ser el más pobre,
Que el más vil campo cultiva.
No sé qué habemos de hacer.

Entran el Conde, Rocabruna y Clavela, de villanos.

HORACIO.

¿Qué villanos son aquéstos?

REMÓN.

No venimos tan mal puestos
Que nos puedan conocer.

CLAVELA.

Yo á lo menos voy temblando.

ROCABRUNA.

Gente de Palacio es ésta.

REMÓN.

¡Qué buena torre, y qué enhiesta!

CARPIO.

Las torres están mirando:
¡Ah, buena gente!

REMÓN.

Este cuarto,
Diz que es donde están los Reyes.

CLAVELA.

No se nos vayan los bueyes.

REMÓN.

De aquí temblando me aparto.

CLAVELA.

¡Huye, señor, que éstos son
Mis criados!

REMÓN.

Calla agora.

CLAVELA.

¡Carpio, Horacio!

CARPIO.

¡Señora!

HORACIO.

Segunda transformación.

CLAVELA.

Mirad que está el Conde aquí.

CARPIO.

¡Válgame Dios, señor mío!

REMÓN.

¡Carpio!

CLAVELA.

¿Qué es esto?

REMÓN.

Porfío
Á desconocerme así.

HORACIO.

¿Dónde, señora, has estado?

CLAVELA.

Tengo mucho que os contar.

CARPIO.

¿Á qué venís?

REMÓN.

Á vengar
Un corazón despreciado.

CARPIO.

¿Sabéis lo que ha sucedido?

REMÓN.

Algo habemos sospechado;
Pero no habemos osado
Preguntarlo.

CLAVELA.

Pues ¿qué ha sido?

CARPIO.

Prendió el César á Isabela
Por adúltera.

REMÓN.

¿Con quién?

CARPIO.

No se ha sabido.

CLAVELA.

¡Oh, qué bien!

CARPIO.

Todos dicen que es cautela,
Porque la aborrece tanto
Que la quiere dar la muerte
Con esta deshonra.

REMÓN.

Advierte
La piedad del cielo santo.
Mis maldiciones, Clavela,
La han alcanzado. ¡Ay de mí!
¿Si será verdad?

CLAVELA.

Yo fuí
Toda el alma de Isabela,
Y si se puede decir
Que ángel en la tierra vive,
Es ella, de quien recibe
Honra el honrado vivir.

REMÓN.

Yo lo creo; pero temo,
Que una flaqueza en mujer
Suele á las veces vencer
De la virtud el extremo.
¡Nunca yo hubiera venido
Adonde tal nueva oyera!

CLAVELA.

Sustentara, si hombre fuera,
Que casta Isabela ha sido.
Déjate de imaginar,
Con tu celosa inquietud,
Ofensas de su virtud.

REMÓN.

¡Oh, quién la pudiera hablar!

CARPIO.

En esta torre está presa.

REMÓN.

Gente siento, y confusión.

ROCABRUNA.

Cajas y trompetas son.

REMÓN.

Preguntad qué gente es ésa.

Cajas y acompañamiento, y detrás Rodulfo y Lotario.

LOTARIO.

Aquí podéis publicar
El bando una vez.

ROCABRUNA.

Un bando
Vienen por la corte echando.

REMÓN.

¿Fiestas en tanto pesar?

Publica uno el bando.

«Á todos sea notorio que Lotario
Y Rodulfo, en campaña, al tercer día,
Sustentan, á quien diga lo contrario,
De Isabela la infame alevosía:
Dirán con quién, si fuere necesario;
Que cada cual en la verdad confía,
Y así solemnemente en este bando,
Lo van á todo el mundo publicando.»

Éntranse los del bando.

ROCABRUNA.

¿Qué te parece?

REMÓN.

Muy mal;
Porque, si no lo supieran
De cierto, ¿cómo pudieran
Sustentarlo en campo igual?
¿Quién son aquéstos, Clavela?

CLAVELA.

Aquel primero es Lotario,
Gran privado, y Secretario
Del César y de Isabela.
El otro, Rodulfo es,
Y los dos tan buenos son
Que me tiembla el corazón.

ROCABRUNA.

Señor, estos dos que ves
Son los mismos, ó estoy loco,
Que daban muerte á Clavela.

REMÓN.

Ved lo que el miedo revela.

ROCABRUNA.

Ése tuve yo bien poco.

CLAVELA.

Calla, necio; que en Palacio
No tengo amigos mayores.

CARPIO.

Notables competidores,
Para ser corto el espacio.
¿No tendrá Isabela aquí
Hombre que vuelva por ella?

REMÓN.

Si no es yo, que á defendella
Más que á gozalla nací.
¿Dejaránme entrar á hablalla?

CARPIO.

Tres guardas hay en la puerta.

CLAVELA.

Ved qué locura concierta.

REMÓN.

Yo he de morir, ó libralla;
Mete mano, porque huyendo
Me meta en la fortaleza;

Salgan dos ó tres guardas á la puerta.

Que con extraña simpleza
Iré de todos huyendo;
Y no reparando en nada,
Me entraré donde la vea.

CLAVELA.

¡Plega á Dios que por bien sea!

CARPIO.

Yo meto mano á la espada.

Mete Carpio mano.

¡Villano vil!

REMÓN.

Rocabruna,
Finge tú que eres mi hermano.

ROCABRUNA.
¡Téngase, tío!
HORACIO.
¡Oh, villano!
REMÓN.
Estoy sin arma ninguna;
Que, á la fe, que yo os hiciera.....
HORACIO.
¡Mátale! ¿Qué aguardas?
ROCABRUNA.
¡Corre,
Y métete en esa torre!
REMÓN.
¡Que me matan!
GUARDA.
¡Tente, afuera!
CARPIO.
¡Dejad que mate un villano!
GUARDA 2.°
¡Ponle el alabarda al pecho!
GUARDA 1.°
¿Qué os ha hecho?
CARPIO.
¿Qué me ha hecho?
ROCABRUNA.
Sí; ¿qué os ha hecho mi hermano?
CARPIO.
¿Es poco haberme llamado
Judío?
CLAVELA.
Poco, ¡par Dios!
Pues pareciéndolo vos,
Merece ser disculpado.
Volvednos nuestro carbón,
Y tomad vuestro dinero.
CARPIO.
Digo que volverle quiero.
HORACIO.
Ven.
ROCABRUNA.
Vamos.
CLAVELA.
¡Qué confusión!
Dentro está. ¡Válame Dios,
En qué peligro se ha puesto!
ROCABRUNA.
Quitémonos deste puesto,
Que os conocen á los dos,
Y le puede venir daño.
CLAVELA.
El Conde tiene valor;
Querrá defender su honor,
Como él sepa que es engaño.

Éntrase, y sale el Conde é Isabela, asiéndose della.

REMÓN.
No me he atrevido á parar,
Reina, menos que á tus pies.
ISABELA.
¡Ah de la guarda! ¿Quién es
El que te quiso matar?
GUARDA.
Dos hombres de fuera son.
ISABELA.
Bastaba ser tú inocente,
Para que esta infame gente
Procure tu perdición.
Anda agora la inocencia
En extremo perseguida:
Querránte quitar la vida.
REMÓN.
Si como vuestra clemencia
Me la ha dado, yo pudiera,
Señora, dárosla á vos,
Sabe mis entrañas Dios
Por de dentro y por defuera.
ISABELA.
¡Válame Dios! ¿Qué es aquesto?
¿Es el Conde?
REMÓN.
Aquí se esconde,
Triste Isabela, aquel Conde
Que en tanta desdicha has puesto.
ISABELA.
Habla bajo, que te escuchan.
REMÓN.
Mira aquí lo que me debes,
Aunque sospechas, y aleves,
Con mis pensamientos luchan.
ISABELA.
¿Qué hiciste de aquel cruel
Que te quiso dar la muerte?
REMÓN.
Siempre de una misma suerte
Me ha muerto el serte tan fiel.
Hago, señora, carbón,
Que es fuego que al fin se mata,
Porque cada cual retrata
La calor del corazón.
Que en lo que me veis tiznado,
Y de tan mal parecer,
Bien se me echará de ver
Los trabajos que he pasado.
Trújelo á la corte hoy,
Vendílo á aquel cortesano,
Tratóme como á villano,
Porque en porfiar lo soy.
Y porque le respondí,
Metió mano, y me siguió;
Que algún angel lo trazó,
Pues vine á parar aquí.
ISABELA.
Para mí, nadie pudiera
Visitarme en este estado,
Con quien más me hubiera holgado.
REMÓN.
¿Cómo habláis de esa manera?
¡Ah, Dios, cómo los trabajos
Hacen humildes las gentes!
ISABELA.
Nunca fueron diferentes

Los nobles, altos, ni bajos.

REMÓN.

¡Cómo! ¿Yo no vi algún día
Que os íbades á embarcar
En una silla ó altar,
Que al fin altar parecía?
Pues de rodillas os hice
Una bien larga oración,
Y vi tal rueda al pavón,
Que en estos pies os deshice.
No me hablastes como agora,
Que, como en cárcel trocado,
Parecéis altar robado
De gente bárbara y mora.
¿Qué es lo que dicen de vos
Con pregones por las calles,
Dos hombres de buenos talles?

ISABELA.

Sabe mi inocencia Dios:
Está mi esposo hechizado,
Tanto, que el año y el día
Que en mi defensa tenía,
En tres días lo ha trocado.
Y todo para estorbar
Que gente de Ingalaterra
No salga al campo á hacer guerra
Con quien lo han de sustentar,
Que son esos dos cobardes,
Que, desechados de mí,
Quieren de mi honor así
Hacer infames alardes.

REMÓN.

Yo no sé si estás culpada;
Pero yo sé quién os diera,
Como la verdad supiera,
Una vida y una espada.
Paciencia habéis menester.

ISABELA.

¡Plega á Dios que si he ofendido
El honor de mi marido,
Con pensar, decir ó hacer,
Que baje un rayo del cielo,
Que me derribe al profundo,
Porque quede ejemplo al mundo,
Y sin mi sepulcro el suelo!
Que me ampare no merezco
El dueño de aquesta espada,
Porque es sentencia bien dada
El bien del mal que padezco;
Que si en el altar que cuentas
Desprecié su gran valor,
Fué por guardar el honor
Que con esa duda afrentas.
Yo soy aquella Isabela,
Con ser más limpia que el sol.

REMÓN.

Y yo aquel hombre español
Á quien tu agravio desvela.
Si estás libre, Dios te ampare,
Y si no, Dios te castigue;
Que ya no hay fe que me obligue,
Ni lealtad en que repare.
Á España quiero volverme,
Vengado de tu rigor.

ISABELA.

¡Español, Conde, señor!.....

REMÓN.

No hay para qué detenerme.

ISABELA.

¿De esta manera me dejas?

REMÓN.

Castigo del cielo ha sido.

ISABELA.

¿Mis quejas cansan tu oído?

REMÓN.

Que no es ya tiempo de quejas.

Vase.

ISABELA.

Fuése, que es hombre, y despreciado olvida;
Dejóme, en fin, que el hombre más honrado
Procura su venganza despreciado,
Sin que el valor de ser quien es le impida.
Perdí las esperanzas de la vida,
Y tú la honra, catalán, vengado;
Que no es honor de amante, ni soldado,
Querer vengarse de mujer rendida.
¿De qué sirvió, español, desengañarme?
Que cuanto más cruel tu amor me llama,
Mayor gloria ganaras en librarme.
Mátame, envidia, el tiempo te difama;
Mira lo que aventuras en dejarme,
Que yo pierdo la vida, y tú la fama.

Vase.

Salen Carpio y Clavela; pueden venir, debajo del sayo de villano, armados.

CARPIO.

Pienso que te han de costar
La vida aquestos enredos.

CLAVELA.

Anda de bonanza el mar,
Y atropella amor los miedos
Del peligro y del lugar.

CARPIO.

Sí; pero es mucha bajeza
Atropellar la nobleza
Siguiendo á quien te desama.

CLAVELA.

Por eso gano la fama
De que hay en mujer firmeza.
Sepa el mundo que ha nacido
Una mujer que, olvidada,
Tanta firmeza ha tenido,
Que vence al fuego y la espada
De Porcia, y Elisa Dido.
Al más duro corazón,
Rogando, llorando, amando,

Se ablanda la condición;
Yo quiero ver si esperando
Tiene mi mal galardón.

CARPIO.

Verdad es que la esperanza
Mil imposibles alcanza
Regida de la paciencia;
Pero más presto la ausencia
Diera á tu dolor templanza.
Mira al Conde más perdido,
Mira á Isabela en prisión,
Mira al César ofendido.....

CLAVELA.

Peligros son, mas no son
Bastantes para mi olvido.
Yo he de ver en lo que pára,
Hasta morir cara á cara
Á manos de mi fortuna.

CARPIO.

No hay debajo de la luna
Más amor ni fe más rara.

Salga Rocabruna.

ROCABRUNA.

Parece que quiere el cielo,
Viendo tu lealtad, Clavela,
Dar á tus males consuelo.

CLAVELA.

¿Cómo?

ROCABRUNA.

Muriendo Isabela,
Único ejemplo del suelo;
Pues morirá con su muerte
El amor del Conde.

CLAVELA.

Advierte
Que estimo yo en más su honor.

ROCABRUNA.

En tragedia de dolor
Su alegre boda convierte.
Está en la plaza formado
Un teatro, en que ha de estar,
Que cubre un negro brocado,
Y al diestro lado un altar
En dos gradas levantado.
Debajo un negro dosel
Está aquel Rey de la luz,
Más inocente que Abel,
Enclavado en una cruz,
Y su santa Madre en él.
Los pies la grada remata,
Con seis blandones de plata;
Allí un estrado de luto
Ofrece á Isabela el fruto
De haber sido al cielo ingrata.
Al otro lado está el fuego
Que la amenaza y aguarda,
Donde no hay piedad ni ruego,
Y el palenque de la guarda
Se mira en la plaza luego.
Enfrente de la estacada,
La silla está levantada
Del César, no sin misterio,
Con la insignia del imperio,
Águilas, mundo y espada.
¡Triste Isabela, sin quien
La defienda en tanto mal!

Sale el Conde.

REMÓN.

En medio de aquel desdén
Verás mi amor inmortal.

CLAVELA.

¿Adónde bueno, mi bien?

REMÓN.

Clavela, esta pobre dama
Hoy es de mí defendida;
Hoy, Rocabruna, te llama
La inmortalidad, asida
Á las alas de mi fama.
Los dos nos hemos de armar,
Y salir contra los dos;
Yo me voy á desnudar;
Vamos, ven: Clavela, adiós.

CLAVELA.

Señor.....

REMÓN.

¡No hay que replicar!
Vente á armar.

Vase.

CARPIO.

Á armarse fué;
No pasa más presto un rayo.

CLAVELA.

¿Qué estás mirando?

ROCABRUNA.

No sé.

CLAVELA.

Pues bien, ¿de qué es el desmayo?

ROCABRUNA.

¿No es razón que me le dé
Ver que salga sin razón
Contra dos hombres que son
La flor de toda Alemaña
Para que, afrentando á España,
Nos maten por su ocasión?
Si ella estuviera inocente,
Yo saliera satisfecho
De la victoria.

CLAVELA.

Si siente
Esa flaqueza tu pecho,
No salgas aunque lo intente.

ROCABRUNA.

Pues ¿qué he de hacer, si he vendido
Al Conde más valentía

Que se ha escrito ni se ha oído?

CLAVELA.

Escucha una industria mía.

ROCABRUNA.

¿Qué industria? que estoy perdido.
¡Bueno es que sea verdad
Que sea adúltera Isabela,
Y que con temeridad
Salga á defender, Clavela,
El Conde su castidad!
Está loco.

CLAVELA.

Amor le abona.

ROCABRUNA.

Pues así le ayude Dios
Al Conde de Barcelona.

CLAVELA.

Yo te daré, pues son dos,
Rocabruna, otra persona
Si te quieres esconder,
Y al Conde das á entender
Que sales al desafío.

ROCABRUNA.

¿Cómo?

CLAVELA.

Deja á cargo mío
El cómo.

ROCABRUNA.

¿Quién ha de ser?

CLAVELA.

Ahora bien, á tu aposento
Vamos.

ROCABRUNA.

No entiendo tu intento.

CLAVELA.

Carpio, ven conmigo.

CARPIO.

¿Adónde?

CLAVELA.

Á dar una vida al Conde.

CARPIO.

¡Temerario pensamiento!

Vanse.

Entra con acompañamiento el César por una parte, y sus guardas, y por otra Altenio y otros dos, é Isabela, de luto, al estrado, debajo de una cortina.

ENRIQUE.

Poned junto al altar, sobre su estrado,
Á Isabela, pues ya por el Oriente
Se muestra el sol, de rayos coronado.

ALTENIO.

Ya está, señor, en su lugar decente.

ENRIQUE.

El cielo, á mis deseos inclinado,
Vuelva por su virtud si está inocente.

ISABELA.

Él sabe mi inocencia y mi esperanza.

ALTENIO.

El que la pone en Dios, todo lo alcanza.

Cajas y padrinos; duque Carlos, Lotario y Rodulfo, armados, con sus martillos al hombro.

DUQUE.

Aquí, señor, están los caballeros
Que esta verdad sustentan en campaña.

ENRIQUE.

Caballeros, la ley de aquestos fueros
Es publicar la causa desta hazaña:
En tanto que esperáis, aventureros,
Mostrad que la verdad os acompaña.

LOTARIO.

Habla, Rodulfo.

RODULFO.

Tú es mejor que digas
Á lo que vienes, y á los dos obligas.

LOTARIO.

Cuarto Enrique, invicto César,
Emperador de Alemania,
A quien dió cuatro coronas
Jurídicamente el Papa;
Príncipes destos Estados,
Grandes, señores de salva,
Caballeros, hijosdalgo,
Ciudad noble, hermosas damas.
Rodulfo, que está presente,
Y yo, Lotario de Islandia,
Lo que proponemos quiero
Sustentemos en campaña.
Decimos, pues, que Isabela
No puede, ni está casada
Con nuestro César supremo,
Por indigna y por incasta.
Si hasta agora no se ha dicho
Con quién, sabed que trataba
Con don Juan, un español
Que fué copero en su casa.
A éste dimos la muerte
Los dos en una montaña,
Cuando el César, con secreto,
Vengar pretendió su infamia.
Por eso no está presente;
Pero sustentarlo basta
Los dos que lo habemos visto,
De sol á sol con las armas.

RODULFO.

Y lo afirmo, y me prefiero
Con la lanza y con la espada
Hacer buena esta verdad
Y que puede repudiarla;
Porque si con este engaño
Le dió la mano y palabra,
No debe el César cumplirla.

ENRIQUE.

Isabela desdichada,
¿Qué respondes?

ISABELA.

Que está Dios
Juzgando agora esta causa;
Que en su Tribunal eterno
Están leyendo mis ansias

El hecho de aqueste pleito;
Que á Dios no se esconde nada.

LOTARIO.

Pues ¿cómo no viene alguno
Que defienda que eres casta?
¡Y se va escondiendo el sol
De vergüenza de tu cara!

ALTENIO.

Hasta la noche, señores,
No es bien tener arrogancia.

Dentro cajas.

ENRIQUE.

¿Son cajas éstas que suenan?

RODULFO.

¡Vive el cielo, que son cajas!

Toquen dentro cajas: salgan Carpio y Rocabruna, embozados, de padrinos, y detrás el Conde y Clavela, armados con sus martillos.

CARPIO.

Aquí, señor, se presentan
Dos caballeros de España
Que defienden á Isabela.

LOTARIO.

¿De España?

CARPIO.

Sí, que la fama
Llevó á España en sólo un día,
Y en otros dos á Alemania
Vinieron, como los ves.

LOTARIO.

¡Del cielo vienen sin falta!
¡Temblando estoy!

RODULFO.

¡Yo muriendo!

ENRIQUE.

¡Alto! Empezad la batalla
Si no quieren descubrirse.

ALTENIO.

Tocá trompetas y cajas.

Hagan su batalla dos á dos, y caigan Lotario y Rodulfo muertos.

CARPIO.

¡Los dos cayeron en tierra!

ENRIQUE.

¿Han muerto?

ALTENIO.

Ya están sin habla,
Vertiendo sus viles bocas
Las mentiras y las almas.

ENRIQUE.

Sacadlos del campo luego,
Y en el fuego que esperaba
Á Isabela, ardan los dos;
Tú, caballero, me abraza,
Pues me das honra y mujer.

ISABELA.

Descubre, señor, la cara;
Sepa yo quién me dió vida.

REMÓN.

Don Remón soy de Moncada,
Conde soy de Barcelona.

ISABELA.

¡Gran valor!

ENRIQUE.

¡Famosa hazaña!

REMÓN.

También es razón que deis
Á este caballero gracias,
Que me ayudó en esta empresa
Y en otras mil me acompaña.

ENRIQUE.

¡Santo cielo! ¿No es aquéste
Don Juan, con quien levantaban
Á Isabela el testimonio?

REMÓN.

¿Cómo don Juan?

CLAVELA.

¿Qué te espanta?

REMÓN.

Qué ¿no eres tú Rocabruna?

ROCABRUNA.

No, señor, porque esta dama
Morir ó vivir contigo
Quiso en aquesta batalla.

REMÓN.

¡Ay, Clavela de mis ojos!

ENRIQUE.

¡Qué es esto! ¿Por qué la llaman
Dama y Clavela á don Juan?

ISABELA.

Para que fuese más clara
Mi inocencia, si es mujer.

CLAVELA.

Mujer soy.

ENRIQUE.

¡Alta probanza
De tu inocencia, Isabela!

REMÓN.

Yo, de tu firmeza cara,
No puedo negarte en premio
Ser tu marido.

CLAVELA.

¿Qué aguarda
Mi boca á besar tus pies?

ENRIQUE.

Vasallos, corte alemana,
Volved la tragedia en fiestas;
Hoy nuevamente se casan
Enrique con Isabela.
¡Abrázame!

ISABELA.

Soy tu esclava.

ENRIQUE.

El condado de Provenza
Doy al Conde, y por las arras
Del dote, doy á Clavela

Cien mil ducados en plata.

ALTENIO.

Buen Conde, ¿no habláis á Altenio?

REMÓN.

¡Ofúscome en gloria tanta!

ROCABRUNA.

¡Perdóname, gran señor!

REMÓN.

Tu culpa fué mi ganancia.

ENRIQUE.

Vení, Conde, á mi palacio,
Para que juntas se hagan
Vuestras bodas, y decirme
Vuestras fortunas pasadas.

ISABELA.

Luego escribo á Ingalaterra.

REMÓN.

Aquí, senado, se acaba
El Catalán valeroso;
Perdonen sus muchas faltas.

FIN.

EL CABALLERO DEL SACRAMENTO

EL CABALLERO DEL SACRAMENTO

COMEDIA FAMOSA

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

DIRIGIDA

Á D. Luis Bravo de Acuña

EMBAXADOR DE VENECIA

Deben las armas y las letras á V. S. y á sus hermanos lo que el mundo publica y celebra España, la conquista de Manila y otras muchas victorias dignas de un gran poema, y celebradas en prosa de Bartolomé Juan Leonardo, ingenio insigne, y tan doctas oraciones al señor D. Juan Bravo, que Dios tiene. Escribiendo la jornada de Francisco Draque á Panamá, donde tuvieron fin su vida y sus fortunas, dije en un verso:

Quatro Brauos hermanos, todos brauos.

Porque, sin lisonja, pocas veces se han visto

De vn tronco solo tan heroycas ramas.

Tibulo dijo bien en aquel panegírico á Mesala, lo que se podría al mismo propósito de aquella gran victoria:

Quid moror? Oceanus Ponto, qua continet orbem
Nulla tibi adversus regio sese offeret armis.

Y más adelante un verso:

Teque interiecto mundi pars altera sole.

Que alabar á V. S. en sus hermanos es huir el rostro á la lisonja, pues lo que todos obran resulta en gloria de todos, y á cada uno se puede decir lo mismo; parece que sólo nacieron tan

ilustres hermanos para servir á su Rey y honrar á su Patria, pues en muchos libros no se puede escribir lo que se debe á uno solo.

Años ha que V. S. sabe mi amor, cuando en las primeras flores de la vida, y como Virgilio dice:

Solidequè suo stant robore vires,

de V. S. se conocían tales esperanzas, y de mí tales deseos; siempre soy como entonces, bien que rudo coronista, una deseosa fama de engrandecer sus hechos, y con esta memoria dedico á V. S. esta comedia, no para que en tan graves accidentes como los de esa república, donde, por su gran valor y entendimiento, Su Majestad le hizo su Embajador, la lea, mas porque á la sombra de su nombre salga desde su luz á la del mundo, y yo pague á mi mismo amor esta memoria. Dios guarde á V. S. muchos años.

Capellán de V. S.,

Lope de Vega Carpio.

EL CABALLERO DEL SACRAMENTO

COMEDIA FAMOSA

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

FIGURAS DE LA COMEDIA

El Rey de Sicilia.
Gonzaga, *caballero.*
El Conde de Barcelona.
Félix, *caballero.*
Don Luis de Moncada.
Leonardo, *caballero.*
Crispín, *lacayo.*
Doña Gracia, *dama.*
Un cura.
Unos vecinos.
Un sacristán.
Un criado.
Dorista, *dama.*
Don Gastón.
El Almirante de Francia.
Un capitán y soldados.
Dos caballeros de torneo.
Dos padrinos.
Un capitán de la Guarda.
Alabarderos.
Una voz.
El Condestable.
Un capitán.
Celio. } *Villanos.*
Felino. }
Silena. }

REPRESENTÓLA BALBÍN.

ACTO PRIMERO.

Disparan algunos arcabuces, y van sacando unos forzados á algunos caballeros del mar, y después de ellos el Rey de Sicilia, mancebo.

REY.

Bellísima ciudad.

GONZAGA.

Por todo extremo.

REY.

No la tiene mejor la fuerte España.

GONZAGA.

Ni en cuanto sufre el mar, ó quilla ó remo,
Tan fuertes muros en sus ondas baña.

REY.

En vez del agua, el fuego en que me quemo
La cerque agora, si el amor no engaña,
Pues dicen todos que es un mar de fuego.

GONZAGA.

Ya tomas puerto en él.

REY.

En él me anego.

GONZAGA.

Tanto pudo la imagen de tu esposa,
Que sin haberla visto te enloquece.

REY.

La fama me la pinta tan hermosa,
Que los mismos retratos obscurece.

GONZAGA.

Hasta en el nombre ha sido venturosa.

REY.

Ninguna como Gracia lo merece,
Pues como profecía se adelanta
Llamarla Gracia á la que tuvo tanta.

GONZAGA.

Tú llevarás, Rey ínclito, á Sicilia
La señora que tiene deseada,
Pues es Moncada en sangre, que es familia
Al origen de España comenzada;
Y Gracia, que en la suya reconcilia
De Barcelona la amistad pasada,
Con sus gallardos condes y señores,
De la puerta de España defensores.

REY.

Estima á Gracia el Conde de manera,
Que á Nápoles y á Francia la ha negado.

GONZAGA.

En ti la emplea bien, que de ti espera
El pacífico aumento de su Estado.

REY.

Ocupe nuestra armada la ribera,
Y en vez del lienzo á la mesana atado,
Cuelga en tantas banderas de colores,
Que ella parezca tierra y ellas flores.

Tornan á disparar, y salen por la otra parte el Conde de Barcelona, viejo, y quien le acompañe.

CONDE.

Venga muy en buen hora Vuestra Alteza.

REY.

Vuestra Alteza me dé, señor, las manos.

CONDE.

Hijo, los brazos sí. ¡Qué gentileza!

FÉLIX.

Tienen mucha, señor, los sicilianos.

REY.

¿Cómo está Vuestra Alteza?

CONDE.

La riqueza
Que hoy me han dado los cielos soberanos
En el tesoro vuestro, hijo querido,
Un dulce aumento de mi vida ha sido.
¿Cómo os hallastes en el mar?

REY.

El fuego
De tanto amor y la inquietud del agua
Me quitaban contrarios el sosiego,
Que tan diversos pensamientos fragua;
Mas hoy, señor, que á vuestro puerto llego,
Mi navío del agua se desagua,
Mi pecho de su fuego, en cuya tierra
Mi esperanza sus áncoras aferra.

CONDE.

La noche, poco á poco, baja al suelo,
Porque se esconde el sol de Barcelona
Viéndoos á vos, á quien me ha dado el cielo
Por sol, que con sus rayos la corona:
Venid á ver á Gracia.

REY.

No recelo
Que viene mal el nombre á mi persona,
Porque menos que el sol no mereciera
Mirar sus gracias, ni tocar su esfera.

Vanse, y salen D. Luis de Moncada, sobrino del Conde, y Leonardo, caballero.

LEONARDO.

Eso habéis de hacer aquí,
Don Luis, componeos la capa:
Volved en vos.

LUIS.

Quien así,
Como yo, del fuego escapa,
¿Por qué ha de venir en sí?
Mal dije escapé del fuego,
Que más dentro dél estoy,
Pues á ver á Gracia llego
Del Rey de Sicilia, y hoy
Deja el mar y en él me anego.
Leonardo, no os espantéis
Si por dicha no sabéis
Qué es amar y ser amado,
Que por ventura es estado
Á que llegado no habéis.
Quiéreme mi prima bien;
Veo que ha de estar mañana
Casada y muerta también;
Veo mi muerte inhumana,
Y ¡ojalá que hoy me la den!
Pues si habemos de quedar
Tan presto en tanta desdicha,
¿Cómo podré sosegar?

LEONARDO.

¡Qué presto á cualquiera dicha
Viene siguiendo el pesar!
Pero ¿cómo habéis llegado,
Don Luis de Moncada, á estado
De tanto amor, vos y Gracia,
Sin temer esta desgracia
Del casamiento tratado?

LUIS.

Cuando mi amor comenzó,
Comenzó su casamiento,
Y entonces decía yo
Con la vista el pensamiento,
Pero con la lengua, no.
Después, dándome ocasión
El ser su primo y el ver
En sus ojos afición,
Intérprete quise hacer
La lengua del corazón.
Díjele cuanto sentí:
¡Ay, cobarde atrevimiento,
Pues que tardé, y me atreví
Después del consentimiento
Y de haber firmado el sí!
Que si hubiera anticipado
Mi atrevimiento á la firma,
Gracia no hubiera firmado,
Cuya firma me confirma

Por necio y por desgraciado.
Hoy, como ves, desembarca
El Rey; mañana es su esposa,
En cuya nave se embarca
Ella, á su boda dichosa,
Yo, al cuchillo de la Parca.
Aunque ella vendrá á querer
Al Rey como á su marido;
Que es condición de mujer,
Porque al placer conocido
Huye el no visto placer.
Del pasado se desnuda;
Lo que goza no lo duda,
Como quien su hacienda envía
De la casa que tenía
Á la casa en que se muda.
Cuantas imaginaciones
Á amor brindan, y convidan
Con razones y aficiones,
Luego en las obras se olvidan;
Que amor no come razones.
Los deseos del galán
Que una mujer ha tenido,
Como vinieron se van,
Porque abrazos de marido
Con otra fuerza se dan.
Yo soy muerto, ya no quiero
Consuelo, amigo Leonardo;
Gracia es del Rey: ¿en qué espero?
¿Qué bien, qué remedio aguardo?
Ella se casa, yo muero.
Y ¡ojalá que fuese hoy,
Porque, si vivo mañana,
Á mayor peligro estoy!

LEONARDO.

En pena tan inhumana,
Sólo este consejo os doy.

LUIS.

¿Qué consejo puede haber?

LEONARDO.

Ausentaros á Castilla
Ó á Zaragoza.

LUIS.

Es hacer
Una loca maravilla,
Y dar mi amor á entender.

LEONARDO.

Y ¿no es, por dicha, peor
Que se entienda vuestro amor
Por tantas demostraciones?

LUIS.

Entre tantas confusiones,
El morir es lo mejor.

Sale Crispín, lacayo.

CRISPÍN.

Si piensas, señor, salir
Á fiestas y luminarias, —
Que empiezan á prevenir,
Queriendo por partes varias
Arrogantes competir
Con las estrellas del cielo,
Dime si traeré el machuelo,
Ó quieres el alazán.

LUIS.

Las de mi entierro serán,
Que ya mi muerte recelo.

CRISPÍN.

Más gente sale á la mar,
Que hacia Palacio camina,
Porque es contento mirar
La armada, por la marina
Tanto cañón disparar,
Al són de tanta trompeta,
Que parece que en Argel
El bárbaro se inquieta,
Si piensa que es para él
Tanto abrasado cometa.
Las márgenes españolas
Tocan las proas suaves;
Flámulas y banderolas
Van entoldando las naves
Hasta que tocan las olas.
Los de Sicilia, concordes
Con nuestros barceloneses,
Andan por jarcias y bordes;
Holgaríaste si oyeses
Los instrumentos acordes:
La dulzaina y el salterio
Con el laúd y la lira;
Las voces, que es un misterio,
De manera que se admira
Todo el marítimo imperio.
Porque las ninfas inquietas,
Como las hacen cosquillas,
Bailan, y dan zapatetas
Los peces, que en las orillas
Se escuchan las castañetas.
Todos el donaire y gala
De Gracia dicen que iguala
El Rey, por muchas que tenga,
Y que enhorabuena venga.

LUIS.

Y tú vengas noramala:
¡Maldita tu boca sea,
Hombre bajo é ignorante!
¡Ved la bestia en qué se emplea!
¡Plegue á Dios, mar inconstante,
Que arder tu campo se vea,
Y convertido en resina,
Abrases hasta la gente
Que discurre la marina,
Pues mi desgracia no siente
Ni mi dolor adivina!
Sirvas de fiestas al cielo,
Como Roma por Nerón,
Que yo, con el mismo celo,
Miraré desde un balcón
Tu fuego entre nieve y hielo.
Toda nave, si ya topa
En vuestro daño mi rabia,

Se abrase á vista de Europa
Desde la quilla á la gavia,
Desde la proa á la popa.
Ardan bolinas, escotas,
Entre alquitranadas botas,
Amantillos, trozas, trizas,
Y estallen, hechos cenizas,
Árboles y entenas rotas.
Ardan mesanas, trinquetes,
Aferravelas, amuras,
Aflechates, chafaldetes,
Coronas, y obencaduras,
Contramaestres, grumetes.
No quede solo un cabello
En el navío más bello;
Y si algo quedare en él,
Reserve el cielo un cordel
Para que me sirva al cuello.

Vase.

LEONARDO.
Nunca hablaras.

CRISPÍN.
No entendí
Que de aquello se enfadara.

LEONARDO.
¿Sabes lo que pierde?

CRISPÍN.
Sí.

LEONARDO.
Pues fué necedad.

CRISPÍN.
Tan clara,
Que luego me arrepentí;
Pero advierte que ha fiado,
Por lo bravo y atrevido,
De mi pecho su cuidado;
Que nunca á entender me ha dado
Que estuviese tan perdido.

LEONARDO.
¿No ves que, como en los cielos
Es el planeta mayor
El que descubre sus velos,
De las cortinas de amor
Son sumilleres los celos?
Como ya el Rey ha venido,
Anda el amor descubierto.

CRISPÍN.
Ya estaba desto advertido,
Que, aunque es su prima, es muy cierto
Que es pensamiento atrevido:
Don Luis es pobre en extremo,
Y el menor de sus hermanos.

LEONARDO.
Hoy le temo.

CRISPÍN.
Y yo le temo;
Que, en siendo amor Polifemo,
Son los peligros enanos;
No habrá cosa que no emprenda.

LEONARDO.
¡Dios le libre!

LUIS.
Y le defienda;
Que es potro la privación,
Que en corriendo, no hay razón
Que sepa llevar la rienda.

Vanse los dos, y salen D. Luis y D.ª Gracia.

GRACIA.
No me digas que tenga
Consuelo en tanto mal, querido primo,
Si no quieres que venga,
Viendo perder lo que en el alma estimo,
Á tanto desconsuelo,
Que lastimando al mundo, enoje al cielo.
Y si te pareciere
Poca modestia hablar tan descompuesta
Una mujer que quiere,
En estado que obliga á ser honesta,
Déjame, que se incita
Amor con quien las lágrimas le quita.
Si puedes consolarte
De que me pierdes, yo, mi bien, no puedo
De perderte, ni es parte,
Razón, estado, honor, respeto y miedo;
Que peligro tan fuerte,
Aun no tiene reparo con la muerte.

LUIS.
Gracia, por mi desgracia
Conocida y perdida, no es consuelo;
Que quitándome á Gracia,
Bien se conoce que me ha hecho el cielo
El que es más desgraciado
De todos cuantos hombres ha criado;
Que mal te consolara
Quien viene tan sin él, sólo á decirte
Que sólo me repara
La vida, que nació para servirte;
Tu honor, por él no muero,
Romano Mucio de este incendio fiero.
No se arrojara al centro
De aquesta mar delfín, desde su orilla,
Sintiendo golpe dentro,
Como esta mi pequeña navecilla,
De quien eras estrella,
Más que los cielos á mis ojos bella,
Luego que te partieras
En la armada del Rey, si no pensara
Que algún honor perdieras,
Aunque la mar de España murmurara
Que á un hombre correspondas,
Que por tu fuego se arrojó en sus ondas.
Y pienso, y temo, y creo
Que no será posible reportarme
De este justo deseo
De quitarme la vida, y anegarme
En el mar que te lleva,
Pues que, llorando, el de mis ojos prueba.

GRACIA.

¡Oh! ¡Plegue al cielo, primo,
Que cuando llegue á desventura tanta
La vida, que no estimo,
Pues que tan fiera muerte no me espanta,
Puedan los vientos mismos
Trasladar á los cielos los abismos!
Levántense montañas,
Como al poner del sol al Occidente
Se ven nubes extrañas,
Que den con las arenas en su frente,
Y cegando sus ojos,
Castigue con sus rayos sus enojos.
Vuelva al rostro confuso
Naturaleza informe, que tenía
Al tiempo que le puso
Su inmenso Autor los términos del día;
Aire, tierra, agua, fuego,
Indivisibles se suspendan luego.
Siembren las altas naves
Sus jarcias levantadas, lienzo y seda,
Sobre las ondas graves;
Rotos los polos de la eterna rueda,
Por las aguas á veces
Se muestren las estrellas y los peces.
La removida arena
Túmulo incierto á mi dolor fabrique,
Antes que en tierra ajena
En los brazos del Rey, porque publique
Que dió á mi fuego el cielo,
Dentro del mar pirámides de hielo.

LUIS.

Deja, que me lastima
El alma, el corazón y las entrañas,
Tu llanto, ¡oh dulce prima!
Y díganos amor de sus hazañas,
Pues tantas son, alguna
Que arrastre del cabello á la fortuna;
Porque ninguna hubiera,
Que por vivir contigo sola un hora,
Grave me pareciera,
Pues era fácil el morir, señora,
Después del bien que excede,
Á cuanto bien imaginarse puede.

GRACIA.

Si el ánimo me pruebas,
Primo don Luis, también yo soy Moncada;
Y si de aquí me llevas
Al mar de Libia ó á la Scitia helada,
Sabré morir contigo.

LUIS.

Perdona si te agravio en lo que digo:
Los dos estamos locos:
Pues síganse á la causa los efetos;
Que amando, son muy pocos
Ó ningunos los cuerdos y discretos;
Que amor, cuando se guía
Por razón, ya se acaba ó ya se enfría.
Sal con la noche obscura,
Cubierta, al acabar las luminarias;
Que bien podrás segura
Discurrir fugitiva en partes varias;
Y cuando nos hallasen,
Tu primo soy, no es mucho que nos casen.
El daño está que dejas
Ser reina de Sicilia.

GRACIA.

Quedo, primo.
Que si de eso te quejas,
Presto verás lo que á Sicilia estimo;
Ven por donde nos vemos
De noche, y juntos á morir saldremos.

LUIS.

¿Qué dices?

GRACIA.

Lo que escuchas.

LUIS.

Dame esos pies.

GRACIA.

Detente; y pues ahora,
Por ser las luces muchas,
Salir no puedo, vuelve de aquí á un hora;
Que tú verás qué puede
Una mujer que amando al fuego excede.

LUIS.

Vendré determinado
Con sólo un hombre al puesto, tan valiente,
Que le traigo á mi lado,
Supuesto que ha nacido humildemente.

GRACIA.

Pues á la puerta espero.

LUIS.

Contigo moriré, pues sin ti muero.

Vanse, y salen el Rey y Gonzaga.

Scene 4

REY.

Cuando por aquel retrato
Fabriqué, Gonzaga amigo,
Tan grande idea conmigo,
Que al cielo pienso que trato,
Sospeché que fuera ingrato
El original que vi
Á la copia; mas aquí
Excede el original,
Porque ha sido celestial
Lo que humano presumí.
No he visto tal gentileza
De tal gracia acompañada,
Porque en Gracia está cifrada
La fénix de la belleza:
Estaba Naturaleza
De gracia cuando la hizo;
Y como se satisfizo,
Mandóle el nombre poner,
Porque se pudiese ver
Que algún ángel contrahizo.
Y como suele el pintor
Poner en cifra sucinta
Su nombre mismo si pinta
Algún lienzo con primor,
Así la puso su autor

Su nombre, porque se vea
Cuál alabanza desea
De haber hecho una pintura;
Que no se ha visto hermosura
Que como la suya sea.
En buena estrella traté,
Gonzaga, este casamiento,
Que es en príncipes á tiento,
Y aquí tan seguro fué:
Bien haya el mar que pasé,
Á quien de alfombras cubriera
Hasta Sicilia, si fuera
Posible, y sus inconstantes
Aguas cuajara en diamantes
Para que los pies pusiera;
Y porque en carro pasara
Todo este mar español,
Cual por su eclíptica el sol,
Quien con más luz le alumbrara.
Y fuera una cosa rara
Ver por la senda del mar
El carro del sol pasar,
Aunque no es nuevo el camino,
Pues hay de peces un sino,
Y éste pudiera dorar.

GONZAGA.

Á tus imaginaciones,
Señor, tan enamoradas
Quedan cortas y turbadas
Mis encogidas razones:
Todas esas perfecciones,
Y más, en la Reina caben,
Tanto, que ellas mismas saben
Por dónde se han de alabar,
Y así, les pienso rogar
Que ellas á su dueño alaben.
Á Sicilia llevarás,
Aunque los tuvo tan buenos,
Un más que no tuvo menos
Ni se ha imaginado más.
Una Reina nos darás
Que con sucesión dichosa,
Aunque es fértil y abundosa,
Sicilia gane más fama,
Desde la cuna á la cama
Adonde Febo reposa.

REY.

¿Hay hombre tan venturoso,
Gonzaga? ¿Quieres creer
Que por Gracia vengo á ser
De mi ventura envidioso?
De mí mismo estoy celoso;
Que aun me parece que es bien
Que me retire de quien
Tanto bien ha de gozar,
Que puede, como el pesar,
Matar el placer también.
No veo, amigo, la hora
Que á los embates suaves
Desatemos de las naves
El lienzo, revuelto agora,
Y que con la voz sonora
De la zaloma se extienda
Al viento, y que el mar se encienda
Con la salva y con los tiros,
Que ayudará á hacer suspiros
En posesión de la prenda.

GONZAGA.

Según eso, abreviarás
Los días de la partida.

REY.

Por lisonja, conocida
De nuestra patria no más.

GONZAGA.

¡Qué envidia á Francia darás,
Que esta prenda deseaba!

Sale un criado.

CRIADO.

La cena aguarda.

REY.

Pensaba
Que el contento no comía,
Y más cuando espera el día
En que el deseo se acaba.

GONZAGA.

Mañana, señor, te espera
El fin de tanto contento.

REY.

No el fin, Gonzaga; el aumento,
Que el fin, triste cosa fuera.

GONZAGA.

En fin, tu centro y esfera,
Mañana te da lugar.

REY.

Aun tengo que sospechar
Y para el mal prevenirme,
Porque no hay cosa tan firme
Que no se pueda mudar.

Vanse, y salen D. Luis, de noche, y Crispín, con espadas sueltas y rodelas.

LUIS.

Acabad, luces pesadas,
De morir, que me matáis;
Ea, luces, que cansáis
Á las del cielo, enojadas.
¿De qué sirven competencias
Con el cielo? Morid ya,
Que lo que agora saldrá
Os hace mil diferencias:
Candelas, lucís en vano
Por el Rey; yo el dueño soy;
Morid, no digan que estoy
Con la candela en la mano;
No viváis siendo homicidas.
¡Ay, Dios, quién fuera la muerte,
Que de un soplo el menos fuerte
Mata mil y cien mil vidas!

¿Qué haré, Crispín? ¿Cómo haremos
Para matar tantas luces?

CRISPÍN.

Llamar la muerte, que induces
Con tus suspiros y extremos;
Suspira, que puede ser
Que eso las pueda matar.

LUIS.

Necio, el matar es soplar,
Y el suspirar encender.

CRISPÍN.

Antes soplando se enciende,
Y se mata suspirando.

LUIS.

Suspirando, ¿cómo ó cuándo?

CRISPÍN.

Cuando algún hombre pretende
Derribar una mujer,
Suspiros, señor, le tira,
Y ella, que suspiros mira,
Suele por tierra caer;
Porque para las mujeres
Son balas, aunque hay marrajas,
Entre las altas y bajas,
De contrarios pareceres;
Que hay mujer de gusto hechizo
Que de otras balas se paga,
Y más suspiros se traga
Que una gallina granizo;
Que esto de ¡ay Dios, que me muero!
El enrizado galán,
Algunas lo trocarán
Á cantidad de dinero;
Lo que es soplar y encender
Lo verás cuando á cautela
Quiere una muerta candela
Encender una mujer;
Que para probar así
Si es doncella ó no lo es,
Sopla dos veces ó tres.

LUIS.

Y ¿suele encenderse?

CRISPÍN.

Sí;
Mas no por eso sospecho
Que es prueba hidalga y cabal,
Porque probar sin fiscal
No se admite en el derecho.

LUIS.

Aun arden, Crispín amigo,
Estas fieras luminarias,
Al sol que espero contrarias.

CRISPÍN.

Remedio.

LUIS.

¿Cuál?

CRISPÍN.

Ya le digo:
Llamemos cuatro soplones
Destos que llaman canutos,
Y acudiendo á sus tributos,
Ejerciten sus cañones,
Y hallarémonos á obscuras.

LUIS.

No es tiempo de disparates.

CRISPÍN.

¡Válame Dios, no te mates
Si entretenerte procuras!
Aquel ladrón tabernero
Seis cueros viejos quemó,
Con que esta calle alumbró:
¡Ardiera en ellos primero!
Y es castigo que le fragua
Su oficio, y que á Dios le ruego,
Para que muriera en fuego
Quien ha vivido con agua.

LUIS.

Sólo esa luz ha quedado.

CRISPÍN.

Ya se acaba, y ya se acuesta,
Con que da fin á la fiesta
Un cuero viejo empegado;
Y no son malos agüeros
De tu ventura, señor,
Porque las fiestas de amor
Todas se acaban en cueros.

LUIS.

¡Maldito seas! ¡Que estés
Agora con ese espacio!

CRISPÍN.

Todo está obscuro Palacio,
Pues las calles ya las ves.
Ea, la seña, y muramos
Como buenos; que yo vengo
Con dos azumbres, y tengo
En la cabeza los ramos.
¡Voto al agua! Aunque este voto
Fuera mejor de una bota,
Que si se empieza la rota,
Que haya más de un casco roto.
Ea, brazos, que es terrible
El punto; no hay que temblar:
El vino os han de sacar,
Que la sangre es imposible.

Doña Gracia en lo alto.

GRACIA.

Primo, ¿eres tú?

LUIS.

Sí, mi bien.

GRACIA.

Pues ya yo quiero bajar.

LUIS.

¿Qué nos falta?

GRACIA.

Sosegar
Ciertas criadas también.

LUIS.

Pues amores, prima mía,
Mira que muriendo estoy.

Dentro:

¡Fuego! ¡Fuego!

LUIS.

¡Muerto soy!

CRISPÍN.

La noche se vuelve día.

GRACIA.

Presto se sosegará;
Sosiégate.

LUIS.

¡Ay, prima!

GRACIA.

Calla.

Dentro:

¡Que se quema Santa Olalla!

CRISPÍN.

Santa Olalla no podrá,
Que ha mucho que está en el cielo.

LUIS.

¡La iglesia se está quemando!

GRACIA.

Yo bajo.

LUIS.

Espera.

GRACIA.

Pues ¿cuándo?

LUIS.

Que se ha de abrasar recelo,
Y mi persona podría
Favorecer y animar
La gente, y aun remediar
El fuego que arder porfía,
Porque de las luminarias
Se debió de emprender luego.

GRACIA.

¿Estás loco?

Dentro:

¡Fuego! ¡Fuego!

LUIS.

¡Fuego suena en partes varias!

GRACIA.

Pues ésta es buena ocasión
Para sacarme de aquí;
Que no me verán así,
Con la gente y confusión.

LUIS.

Prima, no permita Dios
Que yo dé tan mal ejemplo,
Que deje quemar su templo
Para templaros á vos;
Aquí podéis esperar,
Que yo volveré después.

GRACIA.

¡Crueldad es!

LUIS.

Mas piedad es.

CRISPÍN.

La grita vuelve á sonar.

LUIS.

Partamos, amigo, luego.

CRISPÍN.

¿Tú quieres?

LUIS.

¿No es más ganancia
Fuego de tanta importancia?

CRISPÍN.

Camina, pues.

Dentro:

¡Fuego! ¡Fuego!

Vanse.

Un cura viejo salga, y un sacristán arriba toque una campana, de cuya torre salgan algunas llamas.

CURA.

¿No hay quien remedie tanta desventura?
Mas ¿qué remedio habrá? ¡Todo se quema!

SACRISTÁN.

Sáqueme de aquí luego, señor cura;
Mire que le requiero que me saque.

CURA.

Encomiéndate á Dios, y toca, amigo.

SACRISTÁN.

¡Agua, señores, agua! ¡Fuego! ¡Fuego!

Tropa de gente salga medio desnudos, con calderos, entrando y saliendo.

1.°

Lo que es posible hacemos; mas ¿qué importa
Si no viene el remedio de los cielos?

CURA.

Hereje es este fuego, pues que pierde
El respeto á los templos consagrados
Y quema las imágenes divinas:
¡Apriesa, apriesa! ¡Oh, cielos, no aprovecha;
Que la gente se abrasa, y ya se rinde!
¡Ya caen las maderas abrasadas,
Y lo demás parece que se hunde,
Que el humo y polvo espeso lo confunde!

Salen D. Luis y Crispín.

LUIS.

Llega, Crispín, por esta parte.

CRISPÍN.

Llego;
Mas ¿tú no ves, señor, que todo es fuego?

CURA.

¡Oh, valerosa sangre de Moncada,
Cuánto movéis con tan divino ejemplo!
Mas ¡no hay remedio, abrasaráse el templo!

LUIS.

Así me lo parece: ¡no es posible
Poderle dar remedio!

CURA.

Pues ¿qué haremos?

2.°

Abrasados salimos, no podemos.

CURA.

¡Oh, si fuera posible, en tanto daño,
Sólo sacar el Santo Sacramento!
Que con eso quedara consolado;
Pero no puede ser; que ya se abrasa
Frontal, retablo, altar, y la custodia
Parece un horno de abrasado fuego.

LUIS.

¿En qué está el gran Señor de cielo y tierra?

CURA.

En un cofre de plata.

LUIS.

Á Dios le ruego
Me dé favor.

CURA.

¡Qué santo amor, qué ejemplo!
¡Bien pareces columna de su templo!

LUIS.

¡Señor, que de esa cándida cortina
Cubres la Majestad que admira el cielo,
Si al arca del Maná, cubierta y velo,
Amor piadoso, como ves, me inclina,
Perdona lo que un alma determina,
Que abrasas tú de tu amoroso celo,
Pues todo el fuego me parece hielo,
Y resplandor de tu deidad divina!
Confieso mis pecados, y te pido
Perdón de tan extraño atrevimiento,
Disculpado de amor, de amor vencido;
No temo al fuego ya, mayor le siento,
Que el hielo del temor, que te es debido,
Me sabrá defender de su elemento.

CRISPÍN.

¡Valiente hecho!

CURA.

Y tan cristiano pecho,
Que excede á cuantos hoy merecen fama;
Mas todo es poco, pues por Dios es hecho.

CRISPÍN.

Ya se cubre del humo y de la llama.

CURA.

Por el altar, desde el cimiento al techo,
El animoso incendio se derrama.
¡Si ha de morir allí, dichosa suerte!

CRISPÍN.

¡Envidie el mundo tan honrada muerte!
¡Cómo suenan las llamas enemigas!
No suele el monte resonar al viento,
Ni el barbecho, segadas las espigas,
Con más furor y estrépito violento.
De arriba caen abrasadas vigas,
Sacadas de la silla de su asiento,
Que parecen los ángeles, y estrellas,
Cuando bajó Luzbel el tercio de ellas.
¡Ah, pobre caballero! No parece.

CURA.

¡Ah, rico caballero, aunque allí muera!

CRISPÍN.

Ya, por la combustión, que resplandece,
Parece que otro fuego reverbera;
Él sale con el triunfo que merece;
Entra de presto, que al umbral te espera,
Y tomarás el cofre soberano.

CURA.

Voy á besarle la invencible mano.

CRISPÍN.

Ya don Luis de Moncada al sacerdote,
Que toma de rodillas todo el cielo,
Le entrega al mismo Dios, para que note
De un valiente Moncada el mundo el celo.
¿Quién hay que no le envidie, y se alborote,
Bañándose de llanto y de consuelo?
¡Oh, más valiente que David triunfante,
Cuando libró á Israel, muerto el gigante!

Salga D. Luis, en la cabeza algunas llamas, que se hacen con aguardiente de quinta esencia.

LUIS.

Perdonad, Señor divino,
Que el celo la culpa tiene.

CRISPÍN.

Abrasado de amor viene,
Abrió en las llamas camino;
Espera, fuerte Moncada,
Las llamas apagaré.

LUIS.

Como no apagues la fe,
Cuanto es fuego, todo es nada.

Con un lienzo le apaga las llamas.

CRISPÍN.

¡Oh, valiente caballero,
Tan digno de eterna fama!

LUIS.

Salí de la ardiente llama,
Intacto, libre y ligero.

CRISPÍN.

¿Traes algún mal?

LUIS.

Ninguno.
Antes traigo tanto bien,
Que los ángeles me ven,
Y no sin envidia alguno:
¿Cómo alguno? y todos creo,
Pues les quité la ocasión
Más digna de estimación
Que cupiera en su deseo.
¡Cuán mejor que Misael
Escapé del fuego ya,
Por virtud de aquel Maná
Más alto que el de Israel!
Del lago de los leones
Mejor salí que el Profeta,
Que vió su fuerza sujeta
Sin armas y sin razones;

Pero en aquesta ocasión
No fué mucho, pues me da
Fuerza el León de Judá
Con el panal de Samsón.
Llegué, Crispín, por el fuego
Como Israel por el mar;
Mi fe lo pudo apartar,
Mi fe dividirle luego:
Yo vi descubierto el suelo.

CRISPÍN.

Mereces, don Luis, mil famas.

LUIS.

Yo vi canceles de llamas
Como los otros de hielo.
Con enjuto pie pasé
Á la custodia, que vi
Todo un incendio, y temí;
Pero no temió la fe.
El cofre estaba abrasado,
Y en el relicario santo,
El que por amarnos tanto,
Allí se puso cifrado.
Tomé, con manos indignas,
El *Agnus* que vió San Juan,
No pan en forma de pan,
Que accidentes son cortinas.
No digo que el pan tomé,
Sino el relicario de oro
Donde estaba aquel tesoro
Que nos enseña la fe.
Y metiéndole en el pecho,
Por dejar libres las manos,
Para apartar los tiranos
Leños, y salir de hecho,
Entre las llamas pasé,
Hasta que al rector le dí;
Sabe Dios lo que sentí
Cuando tanto bien dejé.
Mas ¡ay triste, que tenía
En el pecho, en cercos de oro,
Aquel humano tesoro
Que por ídolo servía!
Mal hice en poner allí
Al Señor de tierra y cielo.

CRISPÍN.

¿Dices el retrato?

LUIS.

El celo
Piadoso es disculpa en mí.

Mírese.

¡Válgame Dios, aquí estaba
La caja de aquel retrato
De mi prima, donde, ingrato,
Tanto bien aposentaba!
Huelgo de haberle perdido
Por no haber puesto con ella
Aquel Sol, que de una Estrella
Tan cándida fué nacido.
Mas la cadena está aquí,
Adonde estaba pendiente.

CRISPÍN.

¿Si se cayó?

LUIS.

No lo siente
El pecho, aunque el alma sí:
Quísela para mujer:
Honesto mi amor sería.

CRISPÍN.

Pues perderse no podía,
Mas causa debe de haber.
Tira, á ver, de la cadena.

LUIS.

En las espaldas está:
¡Cielos! ¿Qué es esto que ya
Vuestra piedad santa ordena?
Luego que este pan que anima
El alma, en mi pecho entró,
Á la espalda se pasó
El retrato de mi prima.
Debió de dar el lugar
Del pecho á Dios, ¡qué bien hecho
Que sólo Dios en el pecho
Debe estar y puede estar;
Es cualquier alma, Crispín,
Tan grande, que sólo Dios
Puede ocuparla.

CRISPÍN.

Los dos
Vais á un mismo blanco y fin:
Ella para casamiento
Te quiere, que, como sabes,
Dispone amores suaves
Á efecto del Sacramento,
Y tú de la misma forma.
Y aunque parezca, señor,
Comparación de mi humor,
Pienso que en algo conforma:
¿No llevan los que caminan
Alforjas?

LUIS.

Sí.

CRISPÍN.

Pues al cielo
Va caminando tu celo,
Tus buenos pasos le inclinan:
No diamantes ni esmeraldas
Lleva el que mejor le ha hecho.

LUIS.

¿Qué lleva?

CRISPÍN.

Á Dios en el pecho,
Y al prójimo en las espaldas;
Y si es cruz el casamiento,
No llevas mal á tu prima
Si á las espaldas la arrima
Tu devoto pensamiento.
Vamos por ella, que agora
Estará todo muy quieto,
Y es el tiempo más perfeto
Cuando se afeita el aurora;

Agora duerme con gusto
El hombre más desvelado,
Desde el caduco cansado
Hasta el mancebo robusto;
Que si aguardas á que salga
Tocada y puesta color,
No habrá remedio, señor,
Que á no ser visto te valga.

LUIS.

¿Qué dices?

CRISPÍN.

Como que digo
Que aguardando Gracia está,
Ó que mañana estará
En poder de tu enemigo;
Sácala de este palacio
Y á Zaragoza la lleva,
Y casándote, renueva
Tu sangre.

LUIS.

Vete despacio:
Hoy que de su casa á Dios
He sacado, ¿he de sacar
Una mujer? No hay lugar
Para vernos hoy los dos:
Si no se casa mañana,
La sacaré de su casa;
Mas si mañana se casa,
Toda su esperanza es vana.
¡Ah, manos con que tomé
De aquel relicario el oro,
Quiero guardar el decoro
Que me ha enseñado la fe!
Esta noche no hay tratar.

CRISPÍN.

Pues perdióse la ocasión;
Mañana las bodas son,
Mañana se han de casar;
Ó la quieres ó no quieres
Para mujer, ó es honesto
Este amor, ó deshonesto.

LUIS.

Mientras no son las mujeres
Propias, no hay burlas, Crispín;
Yo he de guardar reverencia
Al lugar que la presencia
Del mismo Dios tuvo, en fin.
Muriendo estoy por mi prima,
Mas también tengo templado
El fuego, porque en el lado
Tuve quien mayor le imprima:
No ha de ocuparle siquiera
Por esta noche.

CRISPÍN.

Mañana
Llorarás.

LUIS.

Llore.

CRISPÍN.

Cristiana
Reverencia, el premio espera.

LUIS.

¿Qué más premio que haber sido
Custodia de Dios mi pecho?

CRISPÍN.

De las dos cosas que has hecho,
No sé cuál mayor ha sido;
Si como hombre entraste allí,
En dejar esta mujer,
Un ángel vienes á ser.

LUIS.

Ahora bien; parte de aquí,
Y di, si sale al balcón,
Que no me aguarde.

CRISPÍN.

No sé,
Señor, si me atreveré.

LUIS.

Digo que tienes razón:
Quede quejosa ó turbada,
Piérdase ó no, ¿qué he de hacer?
Que en dejar una mujer
Por Dios, no se pierde nada.

CRISPÍN.

¡Cuántas, por menos hermosas,
Discretas y principales,
Dejan á Dios!

LUIS.

Son iguales
Á las bestias perezosas,
Que están contentas del lodo.

CRISPÍN.

¡Qué notable ejemplo has dado!

LUIS.

Muy corta parte he dejado,
Crispín, respecto del todo.

CRISPÍN.

Eres Moncada, y serás
Monte de fe verdadero.

LUIS.

Crispín, yo soy Caballero
Del Sacramento no más.

ACTO SEGUNDO.

Salen D.ª Gracia y Dorista, dama, con capotillos y sombreros.

DORISTA.

En confusión y cuidado
Hoy me tiene Vuestra Alteza,
Porque tengo imaginado
Que tan extraña tristeza
Nace de extraño cuidado.
Esta es la playa del mar,
Y hoy que se viene á embarcar

Adonde reina ha de ser,
En vez de mostrar placer,
Nos muestra tanto pesar.

GRACIA.

¿No es causa el dejar, Dorista,
Á mi padre y á mi hermano,
Y ver que pierdo de vista
La patria?

DORISTA.

Tengo por llano
Que no hay mal que no resista
La presencia del marido,
Con quien cesa todo amor.

GRACIA.

Ya siento el bien que he perdido.

DORISTA.

Luego ¿no es mucho mayor
El que llevas adquirido?

GRACIA.

¿No lo has visto en el pesar
Que en mis bodas he tenido?

DORISTA.

Nunca te he visto alegrar.

GRACIA.

Al mar, Dorista, he venido,
Y en mis ojos traigo el mar.

DORISTA.

Pues ¿qué tienes?

GRACIA.

No lo sé.

DORISTA.

¿No te has casado á tu gusto?

GRACIA.

Sin mi gusto me casé:
Harto he dicho.

DORISTA.

Ese disgusto,
De tu misma sangre fué.

GRACIA.

Mucho mi esposo me agrada,
No me quejo de mi suerte;
Pero pensé estar casada
Con sangre Moncada.

DORISTA.

Advierte
Que tienes sangre Moncada.
¿Para qué, Reina, querías
Eso mismo que tenías?

GRACIA.

Porque en parentesco, amor
Es oro en azul color;
Ya os dije tristezas mías.

DORISTA.

¿Es don Luis tu primo?

GRACIA.

Sí,
Que ya no importa que niegue;
Y el sentir que le perdí
No es porque el amor me ciegue,
Pues á ser reina subí,
Sino el ver que con mal trato
Despreció mi pensamiento,
Pues por temor, por recato,
Huye de mi casamiento
Como caballero ingrato;
Porque, fingiendo acudir
Á remediar cierto fuego,
Me dejó, sin advertir
Que era Moncada.

DORISTA.

¡Qué ciego
Temor!

GRACIA.

Penséme morir;
No dudes de que casada
Hoy estuviera con él:
Yo me vi determinada.

DORISTA.

No es la fortuna cruel,
Que solamente es airada;
Mucho contigo lo fuera
Si allí su mujer te hiciera
Y ser reina te quitara.

GRACIA.

Cuando mi gusto ganara,
Ninguna cosa perdiera.

DORISTA.

Orden, gran señora, ha sido
Del cielo, que tu igual fuese
El Rey que te ha merecido,
Y para que yo tuviese
Tan gran señor por marido;
Que pues tú me has declarado
Tu amor, bien es que del mío
Te informe; que aunque he llegado
Al mar, Dios sabe que envío
Suspiros á un pecho helado;
Y aunque he de sentir dejarte,
Señora, cuanto es razón,
Quiero á tus pies suplicarte,
Pues que tu misma afición
De mi amor puede informarte,
Pidas en esta partida
Á tu padre que me case
Con tu primo, que mi vida
Consiste en que el mar no pase.

GRACIA.

¿Eres de don Luis querida?
Que si lo eres, por ti
Debió de fingir el fuego
Para despreciarme á mí.

DORISTA.

Antes no admitió mi ruego,
Que siempre ingrato le vi;
Pero ya que estás casada
Y que á Sicilia te vas,
Y él no puede esperar nada,
¿Qué cosa le mandarás,
Como sepa que te agrada,
Que no la ejecute luego?

GRACIA.

¡Qué extraño desasosiego

Has causado en mi sentido!
¡Era su fuego fingido,
Por eso ha fingido el fuego!
Pues, Dorista, no has de ser,
Mientras yo tuviere vida,
De aquel ingrato mujer.

DORISTA.

Señora, no fuí querida,
Ni supe más de querer;
No sean parte los celos
Para impedir este bien.

GRACIA.

No son celos, son desvelos,
Que fuera ofender á quien
Me dan por dueño los cielos.
Yo soy quien soy, y tú eres
Por quien don Luis me engañó,
Y que le goces no esperes;
Que dos cosas tengo yo
Muy propias en las mujeres,
Que son envidia y venganza.
Tú no has de quedar aquí
Ni ver á mi primo.

DORISTA.

Alcanza
Tú misma, ¡oh Reina! de ti
Para mi mal esperanza.

GRACIA.

No hay que tratar, no repliques.

DORISTA.

Agora es tiempo de enojos.

GRACIA.

Pues no me los multipliques;
Que en lo que puse los ojos
No es bien que aun el alma apliques;
Conmigo á Sicilia has de ir,
No has de quedar.

DORISTA.

Eso es celos.

GRACIA.

No; venganza has de decir.

Salen el Rey, el Conde y todos los caballeros.

REY.

Guárdente, señor, los cielos.

CONDE.

Volveréme á despedir:
Hija, aquí vuelvo á abrazarte.

GRACIA.

Y yo, señor, quiero darte,
Por última despedida,
Este llanto.

CONDE.

Esta partida
Todo el corazón me parte;
Pero quedo consolado
Del valor y la virtud
Del Rey.

REY.

Mi justo cuidado,
Mi amor, mi solicitud,
El tuyo deja agraviado;
No le tengas, te suplico.

CONDE.

Soy padre.

GONZAGA.

Abraza á tu hermano.

GRACIA.

Ya el alma al abrazo aplico.

LUIS.

Cuanto más resisto en vano,
Más por los ojos publico.

LEONARDO.

Ten paciencia.

LUIS.

¿Cómo puedo
Viendo á mi prima partir,
Y que á la orilla me quedo,
Pues ya, de puro sufrir,
Todo sufrimiento excedo?

GRACIA.

Quiero en aquesta partida,
Para que tengan memoria
De mí, dar prendas, que olvida
La ausencia mucho.

LEONARDO.

Tu gloria
Vive en el alma esculpida.

GRACIA.

Doy al Conde mi señor
Este *Agnus*.

CONDE.

Guarde el cielo
Tus años.

GRACIA.

No es el valor
Prueba de mi tierno celo;
Que el precio le pone amor:
Á mi hermano don Gastón
Doy estas memorias.

GASTÓN.

Creo
Que, como círculos son,
Son esposas del deseo
Y grillos del corazón.

GRACIA.

Á Leonardo esta cadena.

LEONARDO.

Para las almas es buena,
Si en galeras te embarcaras,
Porque pienso que llevaras
La tuya de presas llena.

GRACIA.

Á Félix este diamante.

FÉLIX.

Amante seré del día
Que se ausenta de Levante,
Porque la firmeza mía
Á la misma piedra espante.

GRACIA.

Á don Luis, mi primo, doy

De reliquias esta caja.

LUIS.

Más rico y pagado voy,
Pues hago á todos ventaja,
Aunque el más indigno soy.

GRACIA.

Por ser medroso del fuego,
Que en extremo lo habéis sido,
Á mí misma me las niego;
Que en mucho las he tenido,
Y por eso os las entrego;
Con ellas no hay qué temer.

LUIS.

Tal el fuego puede ser,
Que obligue á miedo el valor.

GRACIA.

Hombres hay, que de temor
Dejan la propia mujer.

LUIS.

Ésos muy medrosos son,
Y no es medroso quien ama;
Que amor tiene condición
De salamandra, en la llama
Vive.

GRACIA.

Vos tenéis razón,
El engaño está en pensar
De quién la llama nació;
Pero lo que os pudo dar
El temor que he visto yo,
Hoy se templará en la mar;
Que yo la llevo conmigo.

GASTÓN.

Á leva han hecho señal.

GRACIA.

Adiós, mi señor.

CONDE.

Contigo
Quiero á la nave llegar.

LUIS.

Túrbate, ¡oh mar enemigo!

DORISTA.

Señor don Luis.....

LUIS.

¿Qué queréis?

DORISTA.

¿Acordaréisos de mí?

LUIS.

No, por cierto.

DORISTA.

Bien haréis.

LUIS.

Bien ó mal, yo quedo así;
Suplícoos que me dejéis.

DORISTA.

¿En qué tendré confianza?
Mas yo tomaré venganza
De quien me lleva á este fin.

Vanse todos, y quédanse solos D. Luis y Crispín.

LUIS.

Crispín..... ¿Qué digo Crispín?
¿No ves la mar en bonanza?
¿No ves que, como entra en ella
Un ángel, se ha sosegado?

CRISPÍN.

Ellos van con linda estrella.

LUIS.

Estoy por echarme á nado,
Y morir volviendo á vella.

CRISPÍN.

Ya comienzan tus locuras.
¿Qué es de la caja?

LUIS.

Ésta es.

CRISPÍN.

Ábrela.

LUIS.

No me acordaba,
Como vi mi sol poner.

CRISPÍN.

Apostaré que son joyas.

LUIS.

¿Qué joyas? Todo es papel.

CRISPÍN.

¿Cómo papel?

LUIS.

Y papeles:
Dos, tres, cuatro, cinco, seis;
Abriré el que viene encima.

CRISPÍN.

Abre los otros también.

LUIS.

Estos mis papeles son
Y mis prendas.

CRISPÍN.

Todo fué
Venganza, ó temer, por dicha,
Lo que era justo temer;
Que ya tu prima es casada,
Y no era justo que estén
Esos papeles allá.

LUIS.

Déjame, Crispín, leer.

Lea.

«Ingrato primo: éstas son
Tus reliquias, y de quien
Por tu culpa no fué tuya,
Que no es bien que me la des;
Mientras viviere, te juro
De que mal contigo esté;
Por cobarde caballero
Y á las damas descortés,
Dejásteme temeroso:
Ofensa hiciste á mi fe;
No pareciste Moncada:
Adiós, que ya me casé.»
¿Esto ha pensado de mí

Aquella ingrata mujer?
¿Yo soy hombre que por miedo,
Como dice, la dejé?
Crispín, ¿qué es esto?

CRISPÍN.

Señor,
Yo, ¿qué sé? Pero bien sé
Que está tu prima engañada.

LUIS.

¡Como que mis ojos ven
Letra suya, en que me dice
Que soy hombre descortés!
¿Esto es amar, esto es gloria,
Esto es gusto, esto es querer?
¡Fuego de Dios en el querer bien!

CRISPÍN.

Amén, amén.

LUIS.

Sangre Moncada me salta,
Antigua, noble y fiel.
Vuelve, ingrata; ingrata, vuelve,
Y volveráste después;
Rasga mis venas, y mira
Qué sangre en ellas se ve;
Rasga el pecho, mas con tiento;
Que puede ser que te des
Alguna herida á ti misma.
¿Tienes, Crispín, un cordel?

CRISPÍN.

¿Para qué, señor, le quieres?

LUIS.

Para suspenderme en él.

CRISPÍN.

¡Suspéndanse los parientes
Del bellaco calabrés
Que dió por treinta dineros
La vida del nuevo Abel!
¡Suspéndanse los que dicen
Que no pueden ver llover
Porque ha de bajar el trigo
Y ellos perder su interés!
¡Suspéndanse mil Mahomas
En las encinas de Argel,
Y del peñol de una entena
Todo luterano inglés!
Pero tú, ¿por qué razón,
Siendo el que en la llama ayer
Sacó un Cordero, que quiso
Asar el fuego, sin ver
Que ha días que estaba asado
Para dejarse comer?
Vuelve en ti; deja la playa.
¡Ah, señor! Señor, ¿no ves
Que ya se alejan las naves?

LUIS.

¿Dices algo?

CRISPÍN.

¡Bien á fe!

LUIS.

Paséate aquí conmigo;
Cuéntamelo todo bien.

CRISPÍN.

Digo, señor de mis ojos,
Que el pajaril y el bauprés
Ha hecho la capitana.

LUIS.

¿Pajarillos lleva el Rey?

CRISPÍN.

No, sino pajas de albarda.

LUIS.

¿Qué es pajaril?

CRISPÍN.

¿No lo ves?
Aquella vela de gavia.

LUIS.

¡Por Dios, Crispín, que pensé
Que como los pajarillos
Cantan al amanecer,
Y el Rey se ha llevado al alba,
Llevó pájaros también!

CRISPÍN.

¿Quién es el alba?

LUIS.

Mi prima.

CRISPÍN

¿Con eso te hace llover?

LUIS.

Sí; mas no llueven mis ojos
El agua que es menester;
Que ella es alba, y yo rocío.

CRISPÍN.

Y rocín pudieras ser:
Vamos de aquí, que es muy tarde.

LUIS.

Ya se acaba de poner
El sol: bien dices, Crispín;
Pero muy presto se fué.
Si estas penas son amor,
Si esto se llama querer,
¡Fuego de Dios en el querer bien!

CRISPÍN.

Amén, amén, amén.

LUIS.

Yo tengo de ir á Sicilia.

CRISPÍN.

¿Á Sicilia?

LUIS.

Y luego.

CRISPÍN.

¿Á qué?

LUIS.

Á dar disculpa á mi prima.
¡Vive Dios, que ha de saber
Que soy Moncada por sangre,
Y galán barcelonés,
Y valiente como un Héctor,
Y más que un Roldán francés
De los nueve de la fama!
¿No dicen qué es Josué?
Pues si paró el sol del cielo,
Yo á quien hizo el sol saqué
De las llamas de aquel templo;

Y si celebrado fué
El troyano, que á su padre
Sacó del fuego cruel,
Yo he sido Eneas de Dios;
Mejor lo merezco que él:
Todo esto sabrá mi prima.

CRISPÍN.

No te quiero responder
Porque conozco tu humor.

LUIS.

Fleta una nave, un batel,
Una tartana, una barca,
Una tabla.

CRISPÍN.

Fletaré,
Argamasado y seguro,
Un galeón portugués;
Que no estoy enamorado
Y quiero vivir.

LUIS.

Pues ven:
¡Fuego de Dios en el querer bien!

CRISPÍN.

Amén.

LUIS.

Amén.

CRISPÍN.

Y le venga
De la cabeza á los pies
Á quien lo oyere, señor,
Y no respondiere amén.

Vanse.

Salen el Conde, Félix, Leonardo y D. Gastón.

Scene 7

GASTÓN.

Esto refiere quien lo ha visto.

CONDE.

Pienso
Que, corrido el francés, habrá querido
Tomar las armas rigurosamente.

GASTÓN.

Pasando los fragosos Pirineos
Dicen que baja á Perpiñán.

CONDE.

Quisiera
Que el Rey, mi yerno, su arrogancia oyera.

GASTÓN.

Que tomara las armas fuera justo,
Pues por darle á mi hermana en casamiento
Tiene el francés Delfín tanto disgusto.

CONDE.

Y ¿viene él en persona?

GASTÓN.

Al Almirante
Encomendó la empresa.

FÉLIX.

Es gran soldado.

LEONARDO.

No tiene el Rey persona semejante.

FÉLIX.

Importa que no vivas descuidado.

CONDE.

Mañana saldrá gente que le impida
El paso á España y el feroz deseo
Á la venganza del injusto agravio,
Que él solo puede darle aqueste nombre,
Porque mi hija puedo darla á un hombre
Cual quisiere elegirle, porque es mía.

GASTÓN.

No se detenga la defensa un día.

CONDE.

Llamad á mi sobrino, que bien puede
Igualar mi sobrino al Almirante,
Porque es Moncada, si el Francés es Guisa:
Salga mañana nuestra gran divisa;
Salgan nuestros bastones celebrados
Contra sus lises, pues serán mejores
Aquellos troncos que sus rojas flores.

LEONARDO.

Bien puedes, gran señor, en otros hombros
Cargar la empresa, que don Luis es ido,
Y no se sabe dónde.

CONDE.

¿Cómo ó cuando?

GASTÓN.

Don Luis, mi primo, ¿es ido?

LEONARDO.

Así se dice.

CONDE.

¿Por tierra ó por el mar?

LEONARDO.

Por el mar, creo.

CONDE.

Pues, Leonardo, ya dudo la victoria;
Que no tiene la casa de Moncada
Mayor ingenio ni más diestra espada.

GASTÓN.

Mucho me corro, aunque mi primo sea,
De que le des honor en mi presencia,
Si indigno no, con tan notable exceso;
Y así, te pido que me des licencia
Para salir contra el Francés gallardo.

CONDE.

Hijo, no es agraviarte engrandecerle;
Tu sangre es don Luis.

GASTÓN.

Esté seguro
Vuestra Alteza, señor, que si me niega
La licencia que pido y es tan justa,
Me iré sin ella, y llevaré la gente
Sin orden y á peligro de mi vida.

CONDE.

Hijo, ese honor es hijo de tu sangre,
Que como prueba el águila á los suyos
Se prueban en las armas los Moncadas:
No te quiero negar lo que me pides,
Aunque la sucesión de estos estados
Estriba en ti; y así, cuando quisieres
Podrás sacar la gente y mi persona.

GASTÓN.
Vos habéis de quedar en Barcelona:
Suplícoos otra vez seáis servido
De confiar de mí, que no soy menos
Que mi primo don Luis.
CONDE.
Todos sois buenos.
Ea, pues, caballeros generosos,
Acompañad mi hijo.
FÉLIX.
En el Condado
No ha de quedar hidalgo que no siga
Al valeroso don Gastón.
GASTÓN.
Pues vamos,
Porque lo necesario prevengamos.
LEONARDO.
Corrido vas sin causa.
GASTÓN.
Haré que crea
Mi padre si hay valor en esta espada,
¡Que yo también soy hombre y soy Moncada!

Vanse.

Salen el Almirante de Francia, soldados, caja y bandera, y un capitán.

Scene 3

ALMIRANTE.
Si al pasar los nevados Pirineos,
Franceses valerosos, no ha mostrado
De defender el paso más deseos
El catalán soberbio, descuidado,
Bien puedo prometerme los trofeos
Del vencimiento, ya pronosticado.
¡Y pensar que los lirios de los cielos
En roja sangre volverán los celos!
Durarán, por ventura, de las bodas
Las fiestas y las galas cortesanas;
Mas las galas de acá son golas todas
Que para todo corte quedan sanas:
No fué mayor milagro el Sol de Rodas,
Que Gracia con sus partes más que humanas;
Dióla al Rey de Sicilia injustamente
El Conde, más soberbio que prudente.
Siéntelo nuestro Rey; siéntelo digo,
Por la pérdida no, por el desprecio,
Y declarado ya por enemigo,
Quiere mostrar de su valor el precio.
Yo vengo por jüez de su castigo:
El uno fué ambicioso, el otro necio,
Y si está en Barcelona el siciliano,
Allá verá los rayos de mi mano.
CAPITÁN.
El Rey, monsieur, se dice que es partido,
Y que estará en Sicilia es cosa clara;
Que el enojo de Carlos recibido,
No creas que en España le guardara.
El lienzo, por las aguas atrevido,
Y las proas que al mar rompen la cara,
Puso á Sicilia, y la fortuna en popa;
En España fué Júpiter de Europa.
Soldado tiene el campo que á su leva
Se halló presente, y vió partir la armada
En que á la bella Gracia alegre lleva,
Huyendo la desgracia de tu espada;
Y como el gavilán cuando se ceba,
El blanco pecho de la presa amada
Entre el pico y las uñas, de quien fueras
Águila caudalosa si le vieras.
ALMIRANTE.
Tuviera haber llegado á gran ventura,
Mas basta hacer en Perpiñán la presa,
Por la venganza que el Delfín procura,
Que no hemos de volver sin esta empresa.
Ni aun la prenda en Sicilia está segura,
Si no es que al mar de mi valor le pesa:
Di que marche esa gente.
CAPITÁN.
Ya provoca
La trompeta y la caja.
ALMIRANTE.
Toca.
CAPITÁN.
Toca.

Vanse, y salen D. Luis y Crispín en hábito de tudescos, y el Crispín á lo gracioso.

Scene 4

LUIS.
No seremos conocidos;
Que el hábito que he tomado
Mucho nos ha disfrazado.
CRISPÍN.
Mucho encubren los vestidos,
Mas si nos llegan á hablar,
¡Pardiez, que yo quedo fresco!
Que sólo sé de tudesco
Esto que llaman brindar,
Y el tener dónde me quepa,
Porque brindis y caraus,
Deo gloria et santislaus,
No hay niño que no lo sepa:
Como me traten de vino,
Diré trinque, non denece,
Y ni te gote fertece,
Y pasaré mi camino;
Y si en alguna ocasión,
Tales el tiempo las fragua,
Me convidaren con agua.....
LUIS.
¿Qué dirás?
CRISPÍN.
Niti fistón.
LUIS.
Tú vienes bien instruído.
CRISPÍN.
No vengo muy mal calzado;
Que traigo en un verdugado
El particular sentido:
Esto, que por gracia tomo,
Me obliga á hacer desatinos;

Que el nido de palominos
Me ha convertido en palomo:
No los pude hallar mejores,
Aunque hice diligencia.

LUIS.

No ha de estar la diferencia,
Crispín, más que en los colores,
Que aquí, en Palermo, no están
Al traje tan advertidos,
Por ser corte.

CRISPÍN.

Estos vestidos
Á ti te han hecho galán,
Pero á mí Dios me socorra,
Pues dará de quién soy luz,
Ver un huevo de avestruz
Encajado en una gorra;
Aun si me hubieras llevado
Á ser ermitaño un año,
Barbara como ermitaño,
Y echara la barba á un lado,
Que tal era algún peñasco
De Monserrate; mas ya
Lo tudesco suplirá
De la barba, al lado el frasco;
Pero dejando á una parte
Gorra, calzas, barba y cuera,
Saber de tu amor quisiera,
Y me atrevo á preguntarte:
¿Qué habemos de hacer aquí?

LUIS.

Procurar, en ocasión,
Dar, Crispín, satisfacción
Á la Reina que ofendí;
Que dada, nos volveremos
Á España.

CRISPÍN.

Pues ¿de qué modo?

LUIS.

Amor lo remedia todo;
Tiempo y lugar hallaremos.

CRISPÍN.

Si nos conociese el Rey,
¿Qué disculpa le has de dar?

LUIS.

Que me he perdido en el mar.

CRISPÍN.

Viniendo á buscar un buey.

LUIS.

Ó diré que, con disfraz,
Á sus fiestas he venido.

CRISPÍN.

Notables las de hoy han sido;
Reino rico, y tiene paz.

LUIS.

¿Viste, Crispín, el cartel
Del torneo que han trazado
Para esta noche?

CRISPÍN.

Extremado,
Y hay treinta firmas en él.

LUIS.

Entre tantos caballeros
Bien podré yo tornear,
Y en la letra á Gracia dar
Disculpa.

CRISPÍN.

Estamos ligeros
Para fiestas de porrazos.

LUIS.

Pues armas no faltarán,
Que aquí vienen de Milán.

CRISPÍN.

Seguro estoy de tus brazos;
Mas ¿quién ha de ser padrino?

LUIS.

Tú lo serás.

CRISPÍN.

¡Yo!

LUIS.

Pues ¿quién?
¿Parécete á ti que es bien
Descubrirme?

CRISPÍN.

Ya imagino
Que me ha de alcanzar la folla.

LUIS.

La tarjeta haré pintar.

CRISPÍN.

Un casco pienso buscar
Para defender la cholla;
Que esta gorra es como cresta
De gallo.

LUIS.

La noche baja.

CRISPÍN.

No lejos suena una caja.

LUIS.

Darán principio á la fiesta.

CRISPÍN.

¿Adónde piensas pintar
La tarjeta?

LUIS.

La posada
Tiene enfrente una portada
Donde hoy he visto colgar
Muchas no buenas pinturas,
Que las buenas no sobraran,
Ni en las calles las colgaran.

CRISPÍN.

Si son malas, ¿qué procuras?

LUIS.

Que bastará que el pintor
Sepa mi intención pintar.

CRISPÍN.

Pues vámosle luego á hablar.

LUIS.

Esta es la traza mejor
De decir mi pensamiento.

CRISPÍN.

Cuantos aman, locos son.

LUIS.

Daré mi satisfacción
De no hacer el casamiento,
Y quedaré descansado,
Volviéndome á Barcelona.

CRISPÍN.

Tu nobleza y tu persona
Merece regir su estado.
¡Plega á Dios que te suceda
Tan bien, que volvamos luego
Al mar!

LUIS.

Y á templar el fuego
Que en el corazón me queda.

CRISPÍN.

Será como te gobiernes;
Que ya deseo dejar
Estas calzas en el mar,
Con que parezco á Holofernes.

Vanse, y salen el Rey y Dorista.

Scene 5

REY.

Eres, Dorista, á quien ama
La Reina. ¿De qué te admiras?

DORISTA.

Si bien los ojos la miras,
Mejor dirás que desama.
No me hace la merced
Que en España.

REY.

Yo querría
Saber su melancolía.

DORISTA.

Pues no tiendes bien la red,
Que yo no sé la ocasión.

REY.

Dorista, advierte que el Rey
Te habla, y que es justa ley
Dar al Rey satisfacción.
No la he visto por la mar
Alegre, ni alegre vive
En la tierra, ni recibe
Gusto de hablar ni mirar;
Las fiestas no se le han dado:
Tras esto, no me aborrece,
Que amor me muestra.

DORISTA.

Si crece
Su amor, ¿qué te da cuidado?

REY.

Su tristeza, y con razón,
Porque en extremo la quiero.

DORISTA.

Si he de vengarme, ¿qué espero
Á más gallarda ocasión?

REY.

Quien ama, vive sin gusto
Si no le tiene quien ama;
Que el pensar que se desama
Es espantoso disgusto.

DORISTA.

La patria debe de ser.

REY.

Estoy por hacer dejar
El torneo.

DORISTA.

Es dar lugar
Á que lo pueda entender,
Y entran ya los caballeros,
Y ella está á verle sentada.

REY.

Ninguna cosa le agrada.

DORISTA.

Esto de amores primeros
Tiene no sé qué raíces,
De más fuerza que la palma,
Y tarde salen del alma.

REY.

¡Amor primero! ¿Qué dices?

DORISTA.

Digo, señor, que quisiera
La Reina.....

REY.

¡Cielos! ¿Qué oís?

DORISTA.

Que su primo don Luis.....

REY.

Prosigue.

DORISTA.

Su esposo fuera.
Casóla el Conde contigo,
Mejor marido le dió,
Aunque ella se resistió,
Y se declaró conmigo.

REY.

Pues ¿hablábanse los dos?

DORISTA.

Papeles hubo, y razones,
Por rejas y por balcones.

REY.

¡Bien me he casado, por Dios!

DORISTA.

Pues ¿qué importa que una dama
Á su primo tenga amor,
Mientras no sabe, señor,
Ni aun se lo ha dicho la fama,
Que otro ha de ser su marido?
No te quejes sin razón
De su primera afición,
No habiéndote conocido.

REY.

Erró el Conde, si sabía
Su amor, en no los casar.

DORISTA.

¿Quién había de pensar
Que Gracia á don Luis quería?

REY.

Ello ha sido mi desgracia.

DORISTA.

¿Cómo, si te tiene amor?

REY.
Celos me has dado.
DORISTA.
Señor.....
REY.
Gracia ha perdido mi gracia.

Vase.

DORISTA.
Hablé atrevida, porque no hay pisada
Víbora cual mujer que fué ofendida;
Pero puesto que fuí tan atrevida,
Me dice amor que no seré vengada.
Es Gracia de Manfredo tan amada,
Que por los celos ha de ser querida
Con más extremo que su misma vida;
Celos son vaina, y el amor espada.
Los filos del amor y sus desvelos,
Mientras los dedos dan punto en vacío,
Encubren, como al sol los pardos cielos;
Tanto, que cuando está cansado ó frío,
Con agrio de naranja de unos celos,
Si no come el amor, pierde el hastío.

Sale D.ª Gracia.

GRACIA.
¿Qué hacías tú sola aquí
Con el Rey?
DORISTA.
¿Cuándo te ha dado
Hablar conmigo cuidado?
GRACIA.
Cuando tan cerca te vi;
Que, fuera de que mujer
Cerca de un hombre no está
Segura, pienso que ya
Te ha comenzado á querer;
Dime la verdad.
DORISTA.
No creas
Que el Rey te quiere tan poco;
Yo le vi de tu amor loco.
GRACIA.
Pues no gusto yo que seas
Testigo de sus locuras.
DORISTA.
¿Ya le quieres de ese modo?
GRACIA.
¿No es mi marido?
DORISTA.
Esto, y todo
Lo que recelar procuras,
Consiste en que quiso el Rey
Saber de mí tu tristeza.
GRACIA.
Mi propia naturaleza,
Dorista, debe de ser;
Que yo adoro en el Rey cuanto
Merece que yo le adore.
DORISTA.
Dios tus tristezas mejore,
Que ésas le lastiman tanto;
Y pues ya, señora, quieres
Tu esposo, como es razón,
Y sabes que esta pasión
Desatina las mujeres,
Escribe á tu padre á España
Y trata mi casamiento
Con tu primo.
GRACIA.
¡Extraño intento!
¡Que nunca te desengaña
Mi condición de este error!
¿Ya no te he dicho otras veces
Que mires que no mereces
Tener á mi primo amor,
Y que tú no has de gozar
En lo que puse los ojos?
¿Para qué me das enojos?
DORISTA.
¿Esto te puede enojar?
GRACIA.
Eso me enoja de suerte,
Que si vuelves á decir
Que al Conde intente escribir,
Haré que te den la muerte.
DORISTA.
Según eso, amor le tienes
Más que al Rey.
GRACIA.
¡Mientes, villana,
Que no soy yo tan liviana
Como tú, que á probar vienes
La virtud y fortaleza
Que me debo á ser quien soy!
DORISTA.
Pues esto que viendo estoy,
Y tu disgusto y tristeza,
¿Cuál ocasión han tenido?
GRACIA.
Si tuviera aquí una daga,
Te diera la justa paga
Que tu lengua ha merecido.
Pero ¡toma, y permitieran
Hoy los cielos soberanos,
Que los dedos de las manos
Cinco dagas se volvieran!

Vase.

DORISTA.
¡Qué bien pagas mi servicio!
No quiero decir que tengo
Sangre tuya, que es infamia;
Y ¡ojalá fueran tus dedos
Dagas, como dices, Gracia,
Para que me hubieras muerto!
¡Tú las manos en mi rostro!

Cajas, y un caballero armado de torneo, con su padrino.

Scene 6

PADRINO.
No hay muchos aventureros.
CABALLERO.
¿Cómo está Dorista aquí,
Y comenzado el torneo?
PADRINO.
Debe de faltarle gusto.
CABALLERO.
Dale una letra.
PADRINO.
Eso intento:
Aunque presente no estáis,
Daros de Fabricio quiero
La letra, pues veis la gala,
Y que se precia de vuestro.
DORISTA.
Entrad, que yo la leeré.
PADRINO.
Vamos, porque tomes puesto.
DORISTA.
Leerla quiero, por ver
En mi desdicha un proverbio.

Lea.

«Todos somos locos
Los unos de los otros.....»
¡Qué discretamente dice!
«Unos por otros hacemos
Disparates y locuras;
Todos andamos sin seso,
Ya los padres por los hijos,
Ya los deudos por los deudos,
Ya las damas por sus cuyos,
Ya por las damas sus dueños.»

Sale otro caballero de torneo, con su padrino.

¡Ah, caballero!
PADRINO.
Señora.....
DORISTA.
¿Quién es el aventurero?
PADRINO.
Rugero de Oria.
DORISTA.
¿Qué letra?
¡Con qué penas me entretengo!
PADRINO.
Ésta. Y si el premio ganare,
Volveré á daros el premio.

Lea.

«Competidor poderoso
Me mató,
Que mis pensamientos, no.»

DORISTA.
¡Oh, cómo me viene bien
En los males que padezco!
¡Competidor poderoso
En mis esperanzas tengo!
¡Él me ha muerto con más armas
Que mi propio pensamiento!
Cajas vuelven á tocar;
Pues no he de ver el torneo,
Ni tener, hasta vengarme,
Hora de paz ni contento.

Sale D. Luis armado, Crispín de padrino, con una tarjeta en que traiga un cáliz y una hostia entre unas llamas.

CRISPÍN.
Gallardo vais.
LUIS.
No he podido
Ir mejor por ser tan presto.
DORISTA.
¡Ah, caballero!
CRISPÍN.
¿Quién llama?
Basta, que soy caballero.
DORISTA.
¿Quién es el galán?
CRISPÍN.
¿No véis
Esta tarjeta que llevo?
Pues Caballero se llama
Del Sacramento.
DORISTA.
Por cierto
Que no puede haber empresa
En la tierra ni en el cielo
De más valor que la suya.
CRISPÍN.
Es de manera, que pienso
Que en el torneo que allá
Ciertos ángeles hicieron,
La llevaba San Miguel,
Que es el Archiduque de ellos.
DORISTA.
¿Cómo está entre aquestas llamas?
CRISPÍN.
La letra lo dice luego.
DORISTA.

Lea.

«Mis llamas troqué por éstas:
Juzgad vos
Lo que va de vos á Dios».
No lo entiendo.
CRISPÍN.
Pues yo sí,
Y de esta suerte lo entiendo:
Sacó este noble español.....
DORISTA.
Qué, ¿es español?

CRISPÍN.
Cuando menos,
Y Moncada por lo más.
DORISTA.
¡Cómo!
CRISPÍN.
¡Mereciera un freno!
Digo que sacó, señora,
El relicario del fuego
De una iglesia que se ardía
Desde el fundamento al techo;
Y porque perdió una dama
Por acudir á este templo,
Le da la satisfacción
Que dicen estos tres versos.
LUIS.
¿No acabas, necio?
CRISPÍN.
Ya acabo,
Si sabe acabar un necio.
¡Maldita la lengua sea!
¡Tengo gran boca, ya es hecho!

Sálense.

DORISTA.
El día de mi venganza
Trajo á mis manos el cielo:
Don Luis de Moncada es éste;
Yo conozco el escudero,
Y el talle también conozco.

Sale el Rey.

REY.
No quiero fiestas, ni quiero
Asistir á verte triste.
DORISTA.
¿Qué es esto, señor?
REY.
Mis celos.
¡Vive Dios, que entró de aquí
La Reina con tanto ceño,
Que siendo estrellas sus ojos,
No los levanta del suelo!
DORISTA.
¿De qué te espantas, si aquí
Está don Luis?
REY.
¿Cómo?
DORISTA.
¡Quedo!
El Moncada está en la sala
Con otros aventureros;
Las armas son conocidas,
Porque trae el escudero
Un cáliz y hostia pintados
Entre unas llamas de fuego.
REY.
¿En fuego?
DORISTA
Sí.
REY.
Pues, Dorista,
Téngale por mal agüero.
Este ha venido á mi agravio,
Éste ha venido encubierto;
Si le prendo, me destruyo,
La Reina sabrá mis celos,
Y el Conde mis desvaríos:
Vengarme quiero en silencio.
¡Ah de la guarda!

Sale un capitán y alabarderos.

CAPITÁN.
Señor.....
DORISTA.
¡Ay, triste, ya me arrepiento!
REY.
Traed seis haces de leña
Y encended un grande fuego
Al pie de aqueste pilar.
ALABARDERO.
Aquí en la guarda tenemos
La leña de la semana.
REY.
Aquí se encienda al momento:
Vos, capitán, en la sala
Donde hacen el torneo,
Hallaréis dos españoles,
Fingidos aventureros,
Cuya empresa es una hostia
Entre unas llamas de fuego.
Traeldos aquí, y, atados,
Haced ceniza sus cuerpos.
DORISTA.
¡Señor!.....
REY.
No hables.
DORISTA.
¡Señor!.....
REY.
Éntrate, Dorista, adentro;
Sal del corredor, Dorista.
DORISTA.
¡Qué triste venganza espero!
ALABARDERO.
La leña está aquí, señor.
REY.
Pues alto: encended los leños.

Sale el capitán con D. Luis y Crispín, presos.

LUIS.
¡Á mí preso! Pues ¿por qué?
CRISPÍN.
Y á mí, ¿por qué?
CAPITÁN.
No vais presos,
Porque venís sentenciados.
REY.
¿Son los españoles éstos?

CAPITÁN.

Éstos son.

LUIS.

Señor, advierte
Que soy de la Reina deudo.

REY.

Ya te conozco, villano,
Ya entiendo tu pensamiento.
¡Atad presto!

CRISPÍN.

Y yo, señor,
¿Qué culpa piensas que tengo?

REY.

Dad fuego, y las alabardas
Pasad á cualquiera el pecho,
Aunque de la Reina sea,
Si viniere á defendellos.

CRISPÍN.

¡Pobre Crispín! ¡Chamuscado!
Mi vida fué la del puerco,
Corta y gorda.

LUIS.

¡En vuestras manos,
Señor, mi vida encomiendo!

Estarán dos maderos de invención, bajos, y las cabezas de ellos tendrán el hierro, donde, puestas las hebillas con que los atan, no se eche de ver.

Una voz dentro:

VOZ.

Á quien del fuego me saca,
Así le saco del fuego.

Álcense en el aire los dos, y desaparezcan.

REY.

¿Qué es esto?

CAPITÁN.

¿No lo ves?

REY.

¡Ay, cielo santo,
Los dos van caminando por el viento!

CAPITÁN.

¿Si eran encantadores?

REY.

Este encanto,
Fuerza debió de ser del Sacramento:
Todo voy lleno de medroso espanto;
Quitad todos los leños al momento,
Nadie diga á la Reina lo que pasa,
Que ningún fuego á la inocencia abrasa.

Sálense, y suenan dentro cajas de batalla, y salgan huyendo Leonardo, Félix y soldados.

FÉLIX.

Ya cantan los franceses la victoria,
El alcance previene el Almirante.

LEONARDO.

Perdido habemos el honor y gloria
Del valor catalán.

FÉLIX.

No fué bastante
La resistencia al ímpetu primero.

LEONARDO.

Es siempre en los franceses de diamante.
Murió nuestro señor, nuestro heredero:
¿Qué hará sin el Conde?

FÉLIX.

No querría
Volver á Barcelona.

LEONARDO.

¡Oh, caballero,
Digno de eterna fama!

FÉLIX.

Su porfía
Fué mostrar á su padre generoso
Que heredó su valor y valentía;
Murió por sólo honor.

LEONARDO.

Murió celoso
De las hazañas de su primo ausente.

FÉLIX.

¡Triste tragedia!

LEONARDO.

¡Caso lastimoso!

Aparezcan en lo alto D. Luis y Crispín.

CRISPÍN.

Ya la nube paró.

LUIS.

¡Crispín, detente!

CRISPÍN.

¿Conoces esta tierra?

LUIS.

He sospechado
Que es Perpiñán aquel que miro enfrente.

CRISPÍN.

Pues ¿tanta tierra y mar hemos pasado?

LUIS.

Quien nos pudo traer á los dos, hizo
Del caos la tierra toda, y al hinchado
Soberbio mar la cólera deshizo
Con un puño de arena.

CRISPÍN.

¡Guerra suena!
Por aquesta montaña me deslizo.

LUIS.

Francia, dicen allí.

CRISPÍN.

¿No miras llena
La campaña de gente fugitiva,
Y que aquel escuadrón se desordena?

Bajen.

Huyendo van por ese valle arriba
Banderas con las armas de Moncada.
¿Qué es esto, caballeros?

Dentro:

¡Francia viva!

LUIS.

¿Esto podéis sufrir? Seguid mi espada;
Volvámosles el rostro.

LEONARDO.

Pues ¿quién eres?

LUIS.

Don Luis.

LEONARDO.

¡Oh, gloria de la patria amada!
¿De dónde vienes?

LUIS.

Si saberlo quieres,
Sígueme, y procuremos la victoria.

LEONARDO.

Murió Gastón, tu primo; no te alteres.

LUIS.

Pues muera yo también, ¿qué mayor gloria?
¡Apellidad el Santo Sacramento,
Y dejemos las vidas por memoria;
Que por su nombre moriré contento!

ACTO TERCERO.

Salen el Rey y Dorista.

REY.

Ésta mi intención ha sido;
Yo sé que estoy disculpado
Con quien celos ha probado,
Por mucho que haya querido.
Celos, Dorista, me hicieron,
Aunque aquel milagro vi,
Salir de Gracia y de mí;
Tal desgracia me pusieron.
Ni sé si la aborrecía,
Ni creo que no la amaba;
Sentía si me faltaba,
Y el verla también sentía.
Al fin surtió por efeto
De mi determinación
Este divorcio, en razón
Del casamiento secreto
Que por poder hecho había,
Aunque cuando á España fuí
No lo supe, ni entendí,
Con Juana, reina de Hungría.
Con lo que ella se ha quejado,
Al Pontífice escribí,
Diciendo que no entendí
Que estaba entonces casado;
Y que si Su Santidad
Mi casamiento sentía,
Que á Gracia repudiaría
En siendo su voluntad,
Como, al fin, hijo obediente
De la Iglesia. Él, informado
Del húngaro delegado,
Que es de la Reina pariente,
Nuestro divorcio firmó,
Diciendo que fué primero,
Legítimo y verdadero,
El casamiento que yo
Hice con Juana de Hungría,
Y que á España se enviase
Gracia, donde se casase
Si ella casarse quería.

DORISTA.

¡Que tanto han podido celos!

REY.

Dorista, son enemigo
De casa, son un castigo
Que han dado al amor los cielos.
Son una imaginación
Que es principio de locura,
Porque, como siempre dura,
Da tema y quita razón.
Son fuego que el alma enciende
De pensar en su desprecio,
Y son visita de necio,
Que con buen intento ofende.
Son historia que no hallara
Quién la escuchara jamás,
Pero escúchase no más
De por ver en lo que pára.
Son como mala poesía,
Que los consonantes fuerza,
Porque los que el arte esfuerza,
Naturaleza los guía.
Son astrólogos que á mí,
Si es ciencia, me desatinan,
Pues á muchos adivinan
Lo que no saben de sí.
Son como justicia nueva,
Que entrar furiosa procura,
Y después con más blandura
Con los vecinos se lleva.
Pero no serán en mí
De esta suerte; que yo he sido
Celoso, y no arrepentido:
Hoy saldrá Gracia de aquí.
Salga, y salgan mis desgracias;
Salga, aunque no quiera amor;
Que no es persona el honor
Con quien se ha de andar en gracias.

DORISTA.

Luego ¿la Reina de Hungría
Vendrá á Siclia?

REY.

Vendrá.

DORISTA.

Y ¿casaráste?

REY.

Será
Legítima mujer mía.
Apercíbete, que has de ir
Con Gracia á España.

DORISTA.

Sin ella
Dirás mejor.

REY.

Gracia es bella;
Allá la puede infundir
Con aquel su amado primo,
Encantador y hechicero.

DORISTA.

Que te ha de pesar espero.

REY.

Dorista, mi honor estimo;
No quiero imaginaciones
Ni perdón de estas desgracias,
Porque yo con tales Gracias
No quiero ganar perdones.

Salen Gracia y el Condestable.

GRACIA.

Déjame siquiera hablar.

CONDESTABLE.

Habla, señora, si quieres.

GRACIA.

Manfredo, hombre y Rey eres;
Bien te pudiste mudar
Con la voluntad de hombre,
Y con el poder de Rey
Hacer una nueva ley
Que al resto del mundo asombre.
Pero di: ¿por qué cubriste
El casamiento de Hungría,
Y con tan vil tiranía
Engaño á mi padre hiciste?
¿Por qué, habiendo despachado
Tu voluntad por poder,
Procuraste otra mujer
Y ser dos veces casado?
Y ¿por qué con tal violencia
Me envías á España así?
Pues sólo ha llegado aquí
La nueva de la sentencia.
¡Tanta prisa á una mujer
Que no te ofendió jamás!
Si tan descontento estás,
Hazme matar ó prender.
No te pido que me quieras
Por fuerza, mas que mi honor
Mires; que en forzar tu amor
Mayor tormento me dieras.
¡Tantas naves al venir,
Y una pequeña al volver!
Pero debes de creer
Que pesas bien mi vivir.
Una Reina siciliana
En muchas naves trajiste,
Y en una sola volviste
Una mujer por liviana;
Pues no soy liviana, Rey;
Que si en tu mal pensamiento
No está mi crédito exento
De esto, que os parece ley
Puesta por naturaleza
En las mujeres, yo he sido
De las fuertes que han vencido
Toda natural flaqueza.
Pero mal hago en quejarme
Despreciada, porque es ser
En uno y otro mujer,
Y en uno y otro cansarme,
Que á tu determinación
Bien sé que ya no hay remedio:
Quédate, que el mar en medio,
No son muros, vidrios son.
Yo haré.....; mas no digo nada.
Mas ¿quién discreto nació,
Que la espalda no temió
De una mujer enojada?

Vase.

REY.

¿Amenazas?

CONDESTABLE.

No te espantes.

REY.

Vete, Dorista, con ella.

DORISTA.

Guárdente los cielos.

REY.

De ella.

CONDESTABLE.

Fuerte estás.

REY.

Con mil diamantes.
Id, Condestable, á embarcaros:
Llevalda á España, y al Conde
Diréis que esto corresponde
A mis ascendientes claros;
Y que yo debo guardar
La palabra como Rey;
Que humana y divina ley
No me quieren disculpar.
Pleito ha sido; yo perdí.

CONDESTABLE.

No sé si lo ha de creer,
Que tú pudieras hacer
Más resistencia.

REY.

Es así;
Mas tengo el alma cansada
De un necio y torpe cuidado.

CONDESTABLE.

Gran Reina nos has quitado.

REY.

No es tiempo de hablarme en nada;

Á la nave, Condestable,
Obedeced y callad:
Amor firme, perdonad,
Celos me han hecho mudable.

Vanse.

Salen el Conde de Barcelona y D. Félix.

CONDE.

¡No sé yo qué dolor iguala al mío!

FÉLIX.

Tú lloras con razón á tu heredero,
Y Barcelona á su señor, á un Príncipe
Que amaba tiernamente.

CONDE.

Honor le ha muerto;
Agravio su virtud con este llanto;
Soy padre: ¿quién habrá que culpar pueda
Á quien sin hijo en estos años queda?

FÉLIX.

Señor, bien puede consolar tus canas
La Reina de Sicilia, mi señora,
Pues que lo viene á ser de tus Estados:
El Rey su esposo es un gallardo Príncipe;
Bien merece, señor, esta corona.

CONDE.

Yo huelgo que se emplee en su persona:
Parte, Félix, al punto y dale aviso
De esta desgracia; á Gracia di que es muerto
El sol de España y don Gastón su hermano;
Y cuéntale también cómo su primo
Venció en los Pirineos los franceses
Y prendió al Almirante, porque vea
Que está vengada ya la muerte injusta
De su hermano y mi hijo.

FÉLIX.

Yo me parto;
Tú en tanto, gran señor, recibe el cuerpo
Del mejor capitán en verdes años.

CONDE.

Los bienes de esta vida son engaños.

Vase Félix, y salen cajas y banderas arrastrando; D. Gastón, armado, en hombros, y detrás el Almirante, preso, y D. Luis, con bastón negro, media sotanilla y gola.

LUIS.

De la manera, Príncipe famoso,
Que el capitán Jepté llegó á su casa,
De laurel coronado y victorioso,
Y habiendo prometido en sacrificio
Á quien primero del umbral saliese,
Vió su querida hija, que salía
Á recibir su victorioso padre,
Así llego á tus ojos, donde, viendo
Tu lloroso espectáculo, me asombro,
Y juzgo por tragedia mi victoria,
Pues esta sangre obscureció su gloria.
No fuí el primero yo que su alegría
Bañó en tristeza; los ejemplos sabes
Que desde su principio tiene el mundo;
Ni en su muerte me hallé, ni fué posible
Estorbarla, señor, sus capitanes;
Tal fué el valor gallardo y animoso
De este mancebo ilustre y belicoso.
No le debes humilde sentimiento;
Mira aquel griego Príncipe, que estaba
Sacrificando, y dándole la nueva
Que era muerto su hijo en la batalla,
No dejó el sacrificio; antes le debes
Pirámides egipcias, jaspes varios,
Dorados bronces, mausoleos Carios.
Corona de laurel sus altas piras,
Y cubre en dulces versos, si le amas,
Mil blancos anaglifos de epigramas.

CONDE.

No soy, don Luis, de aquellos padres viles
Á quien el sentimiento ha despojado
Del valor á los príncipes debido;
Hoy hallará en mi pecho Barcelona
Un alma de un Catón y de un Torcato;
Mas sé también que el llanto reprimido
Suele hacer el efecto de la mina
Y que revienta en daño de su dueño.

LUIS.

No te pido tampoco que parezcas
Más duro que los bronces del sepulcro,
Que todos los extremos huye el sabio;
Mide á tu gravedad el llanto justo,
Y recibe, señor, del Almirante
Despojo ilustre de esta gran victoria.

ALMIRANTE.

Para lo que has perdido, invicto Príncipe,
Corto premio te ofrece la fortuna,
Mas como te corona de otra gloria,
No está en esto ni aquello tu victoria.
Puedo, como quien soy, asegurarte
Que si tuviera un hijo, le trocara
Por don Gastón en este honroso punto,
Que en la fama ha de ser fénix difunto.

CONDE.

Conozco mi dolor en que quien viene
Sin libertad, procure consolarse:
Voy á dar á mi hijo sepultura.

ALMIRANTE.

Y yo, como despojo de su gloria,
Á honrar su honroso túmulo, debido
Á tan gran capitán.

Váyanse.

LUIS.

Oye, Leonardo

LEONARDO.

¿Qué mandas?

LUIS.

Pues nos dió tanta riqueza
Esta insigne victoria, luego al punto,
De los despojos que á mi parte tocan,
Se reedifique el templo á quien el fuego
Voraz hizo cenizas.

LEONARDO.

Justamente
Agradeces á Dios esta victoria.

LUIS.

Después de edificado, en la capilla
Mayor estén pendientes de los lados
Todos los estandartes y banderas,
Guiones y otras armas militares
Que hemos ganado.

LEONARDO.

Justo advertimiento.

CRISPÍN.

Y las sogas, señor, que nos ataron
Aquellos bellacones, que se precian
Del formacho gratato y moscatelo,
¿Dónde se han de poner?

LUIS.

Crispín, bien dices;
Yo pintaré la tabla del milagro,
Á cuyos lados colgarán las sogas.

LEONARDO.

Vamos á acompañar el triste túmulo.

CRISPÍN.

¡Que Manfredo, por parte de tu prima,
Nuestro Conde ha de ser de Barcelona!
¡Que le habemos de ver!

LUIS.

Si le ha tocado
La suerte, ¿qué remedio?

CRISPÍN.

¡Guarde el cielo
Al Conde, y no le vean nuestros ojos!

LUIS.

¡Harto me pesa; mas, Crispín, paciencia!

CRISPÍN.

Hará bien si él viniere á Barcelona;
De las sogas le haremos la corona.

Vanse, y salen el Rey de Sicilia y Gonzaga.

GONZAGA.

Yo vuelvo con este aviso
Corrido y desesperado.

REY.

Extrañas nuevas me has dado.

GONZAGA.

Mi desventura lo quiso;
Si enviaras otro á Hungría,
Por dicha te la trajera.

REY.

Qué, ¿es tan fiera?

GONZAGA.

No es tan fiera
La más fabulosa arpía:
Sus años cincuenta son,
Sus cabellos no son veinte;
Que no se hará de su frente
La imagen de la ocasión.

REY.

Trueca los años, y cuenta
Con los cabellos, y harás
Los años veinte no más,
Y los cabellos cincuenta;
Haz años de sus cabellos,
Haz de sus cabellos años.

GONZAGA.

No hay retrato sin engaños:
¡Quien los vió, señor, tan bellos!
La frente de este ángel tierno,
La nariz pienso que toca,
Y no te pinto la boca
Por no pintarte el infierno;
El un ojo es tan pequeño,
Que no se ve con antojo,
Y el otro, si acaso es ojo,
Condenado á eterno sueño.
Las manos.....

REY.

No pintes más;
Que á la pena con que voy,
Después que sin Gracia estoy,
Muchas añadiendo vas.
Apenas salió de aquí
Aquel ángel, ¡oh Gonzaga!
Cuando tuve aquella paga
Que por mi error merecí.
Ni comía ni dormía
De puro desasosiego;
Todo, Gonzaga, era fuego,
Todo en vivo fuego ardía.
Vine á tan fiera tristeza,
Que á las orillas del mar
Salía, pensando hallar
En sus aguas su belleza.
Preguntaba por qué parte
Iba la nave, y miraba
Las ondas, que imaginaba
Que dejaban rastro aparte.
No se levantaba ola
Que allí no me parecía,
Gonzaga amigo, que vía
El bauprés y la ventola.
¡Mira, pues, cómo estaré
Con las nuevas de esa fiera!

Sale un capitán.

CAPITÁN.

Hablarte á solas quisiera.

REY.

Habla; yo gusto que esté
Gonzaga á todo delante.

CAPITÁN.

Aquí llegó un caballero
De Barcelona, escudero
Del Conde, y en el instante
Que supo que era partida
La Reina, volvió á la mar.

REY.

Y ¿dejástele embarcar?

CAPITÁN.

Pues ¿pudo ser resistida

Su vuelta?

REY.

Pudiera ser,
Si entendimiento tuviera
Quien le oyó.

CAPITÁN.

Si yo le oyera,
Le hiciera luego prender.

REY.

¿Qué dijo?

CAPITÁN.

Á voces decía
Que era muerto don Gastón
Por el francés escuadrón
Que á Perpiñán combatía;
Y que el Conde, y padre suyo,
Murió también de dolor;
En fin, decía, señor,
Que fuera el condado tuyo,
Barcelona, el marquesado
De Puycerdán, Ruysellón,
Perpiñán, y en Aragón,
De Urgel también el condado.
No te quiero lastimar;
Afligido se volvió.

REY.

Bien se ve, cielos, que yo
Eché mi hacienda á la mar.
¡Oh, cómo justamente
Su divino poder me ha castigado!
Pero por más que cuente
Las grandezas del uno y otro estado,
Fué la desgracia haber perdido á Gracia;
Pero ¡mi culpa fué, no fué desgracia!
Yo, movido de celos
Injustos, locos, necios, arrogantes,
Ocasioné los cielos
Para darme castigos semejantes.
¿Qué desgracia mayor que estar sin Gracia?
Pero ¡mi culpa fué, no fué desgracia!

GONZAGA.

Señor, remedio tiene.

REY.

¿Qué remedio?

GONZAGA.

Que tu armada
El movimiento enfrene
De la valiente sangre de Moncada,
Y cobrando tu esposa,
Heredes su corona generosa.
Discúlpate diciendo
Que celos y siniestras relaciones
Fueron la causa, oyendo
Algunas envidiosas intenciones.

REY.

Diré que fué desgracia estar sin Gracia;
Pero ¡mi culpa fué, no fué desgracia!
Pero ¿pueden quitarme
Á mi mujer?

GONZAGA.

No pueden.

REY.

Porque Hungría
No pudo á mí engañarme
Con darme por mujer tan fiera arpía.
Mujer me ha prometido;
Un monstruo no es mujer, engaño ha sido:
Déme mujer que tenga
Cabellos, que á los árboles no faltan,
Y que con ojos venga,
No como estrellas, que su esfera esmaltan;
Mas que tengan, en fin, nombre de ojos,
Que una cosa son ojos, y otra enojos.
El Pontífice santo
Verá que yo estoy libre, y que es forzoso
Volver á querer tanto
Aquel ángel discreto, ilustre, hermoso:
Él mi desgracia volverá á su gracia;
Pero ¡mi culpa fué, no fué desgracia!
Salga una blanca selva
De los árboles altos de mis naves,
Que el lienzo desenvuelva
A los prósperos vientos, que suaves
Hagan, pues hoy á ser su Rey comienzo,
Por las ondas del mar, ondas de lienzo.
De las aferravelas
Cuelguen mil blancas flámulas, pintadas
En damascos y telas,
De las armas que tienen los Moncadas,
Y haciendo lazos y diversas quiebras,
Parezcan por los céfiros culebras.
¡Ea, Gonzaga fuerte,
Nuestra alistada gente al punto embarca;
Que voy á España advierte,
Si no lo estorba la envidiosa Parca,
Adonde seré dueño de su puerta,
Cerrada á Francia y á Sicilia abierta!
Gracia, mi verdadera
Mujer, ¿cómo me puede ser negada?

GONZAGA.

El cielo, á su ribera
Lleve, señor, tu poderosa armada.

REY.

¡Ay, qué desgracia fué perderte, Gracia!
Pero ¡mi culpa fué, no fué desgracia!

Vanse, y salen D. Luis y el Almirante.

LUIS.

No me digáis, Almirante,
Que eso puede ser razón.

ALMIRANTE.

No porque de mi prisión,
Por libertad semejante,
Quede, Moncada famoso,
Agradecido á tus pies,
A guisa de buen francés
Y de Guisa generoso,
Te digo que, el Conde muerto,
Goces el lauro y corona
Que te ofrece Barcelona
Con amor tan descubierto,

Sino porque me importuna
La nobleza catalana,
Que á tu devoción cristiana,
Á tu próspera fortuna
Reconoce sujeción,
Más que á Sicilia y á Gracia.

LUIS.

Bien conozco la eficacia
De su amorosa intención;
Pero si Gracia, mi prima,
Del Conde avisada ya,
Con el Rey casada está,
Y el Rey la adora y estima,
Hereda este Principado
De Cataluña y Cerdania,
¿Qué tigre ó león de Albania,
Qué monstruo en Libia engendrado
Ha sido á una mujer cruel?

ALMIRANTE.

Tú tienes mayor derecho;
Para ti, cruel te has hecho;
Habla al Reino, habla con él.
Si por línea de varón
Eres sobrino del Conde,
Haz, don Luis, lo que responde
Á tu justa obligación.
Si el Rey de Sicilia viene,
Yo traeré seis mil vasallos
Míos, y dos mil caballos
Que á la nevada Pirene
Opriman la espalda blanca,
Y cubran los verdes lados,
Valientes y en blanco armados,
Todos con la banda franca;
Y una hermana te daré,
Que no la ve el sol más bella
Desde este polo á la estrella
Que entre sus rayos se ve:
Acepta, Príncipe noble,
Mujer, ejército, y ser
Rey de tu patria.

LUIS.

El poder,
Cuando fuera ¡oh Guisa! al doble,
No me añadiera valor
De aquel con que yo nací;
Lo que sólo temo aquí
Es la ofensa de mi honor,
No digan que soy tirano
De la hacienda de mi prima.

ALMIRANTE.

Estima tu vida; estima,
Moncada, el cetro en tu mano;
Estima tu buena suerte.

Sale Crispín.

CRISPÍN.

¡Qué descuidado que estás!

LUIS.

¿Qué hay de nuevo?

CRISPÍN.

Reinar has,
Ó apercibirte á la muerte

LUIS.

¿Á la muerte?

CRISPÍN.

Barcelona
Junta, señor, te ha nombrado
Por Príncipe de este Estado,
Y trae el cetro y corona.
En la iglesia que levantas,
Y que tu agradecimiento
Tan divino Sacramento
Celebra con fiestas santas;
Donde tu entierro has fundado,
Donde de bronce te has puesto
Para dejar manifiesto
Aquel milagro, han jurado
No tener otro señor.

LUIS.

Si es ésta, acaso, la gente.....

ALMIRANTE.

No te defiendas, detente;
Que es agraviar tu valor.

Salen todos los más que puedan.

LEONARDO.

¡Viva el valiente Moncada!

TODOS.

¡Viva el conde don Luis!

LUIS.

¡Ah, señores! ¿Qué decís?
¿Gracia está tan olvidada?

LEONARDO.

No hay Gracia; ya es reina Gracia;
No nos deis señor extraño.

LUIS.

¿Saldréis vosotros al daño
De otra cualquiera desgracia?

TODOS.

Saldremos.

ALMIRANTE.

No hay replicar.
Yo he de ponerte el laurel.

LUIS.

Iré á la iglesia con él
Si no lo puedo excusar.

CRISPÍN.

¡Ah, señor, qué gran contento!

LUIS.

Justamente, Crispín, viene
Á un caballero que tiene
El nombre del Sacramento.

Vanse.

Salen dos villanos, Felino y Celio. Scene 5

FELINO.

Echa los bueyes al prado
Y descansemos aquí.

CELIO.
¿No es bueno el cuento?
FELINO.
Extremado:
Más de un hora suspendí
La aguijada y el arado;
Que aunque ya, Celio, estoy viejo,
Doy á las cosas de amor
Buen oído y buen consejo.
CELIO.
Siempre en amor, el mejor
Viene, escapado el conejo.
FELINO.
Nunca pierde el que se escapa
De este fingido tesoro,
Y más en tierra del Papa;
Que quien escapa del toro
Poco le importa la capa.
CELIO.
Decís bien, que yo no siento
Que mude de pensamiento
Una mujer que es mujer;
Y quien sabe un cesto hacer
Dicen que puede hacer ciento.
Ni es mal hecho que un galán
Entre donde abran la puerta,
Pues alma y casa le dan,
Que adonde la dan abierta,
Cuantos quisieren podrán.
El daño está en los amigos,
Que son del amor testigos
Del viejo galán, y al nuevo
Se le apegan por el cebo
Hechos del otro enemigos.
FELINO.
Celio, como gatos son
Los amigos de galanes:
Non siguen al dueño, non,
Que aguardan en los desvanes
Al que toma posesión.
¿Qué gato has visto salir
Con el que deja la casa?
CELIO.
Yo he dado en que he de sufrir.
FELINO.
Como eso en el mundo pasa.
Mucho se ve con vivir.
CELIO.
Más con beber y comer.
FELINO.
Celio, pues en la tribuna
Sabes tal vez responder,
Y aunque Gila te importuna,
No te quillotra mujer,
Hazte sacristán; que el cura
De Manresa te procura
Enseñar muérgano y fuelles,
Y nunca más te desveles
Por amistad ni hermosura.
CELIO.
Cuéntame por sacristán.
Adiós, arados y bueyes,
Y dichosos los que están
En Monserrate.
FELINO.
¿Qué reyes
Envidia no los tendrán?
Más estiman que mi parva
Y la del Rey, de oro ocioso,
El ver bajar á la barba
El pajarillo goloso,
Que las canas les escarba
Hasta que les saca el grano.
CELIO.
Tú verás este verano
Bonete mi caperuza.

Salen la reina Gracia y Silena, villana.

SILENA.
Por este arroyo que cruza
La cara á este verde llano
Con navajas de cristal
Que cortan lirios y flores,
Se va á Manresa.
GRACIA.
En mi mal,
Soledades son mejores.
SILENA.
¿Puede ser ventura igual?
GRACIA.
¿Cómo?
SILENA.
Allí está mi pastor.
FELINO.
¿No es tu esposa la que viene?
CELIO.
Ya lo dice el nuevo amor
Que mi corazón la tiene,
Que no hay sol sin resplandor.
¡Oh, Silena, bien venida!
FELINO.
¡Oh, bien venida, Silena!
SILENA.
Dios aumente vuestra vida.
FELINO.
¿Cómo te fué de novena?
SILENA.
Bien, pues la traigo cumplida.
Y esta señora, que hallé
En Monserrate rezando
Á su imagen y á la fe,
Que sólo en verla llorando
Enternecida lloré,
Hame dicho que del mar
Sale perdida.
FELINO.
Señora,
No comencéis á llorar,
Aunque el campo se mejora
Con perlas, que es agraviar

Esas divinas estrellas:
Contadnos vuestro dolor,
Decidnos vuestras querellas;
Que descansar es mejor
Derramando parte dellas:
¿De dónde sois? ¿Con qué intento
De vuesa tierra venís?
¿Cómo os llamáis?

GRACIA.

Mi tormento
Suspenderéis si me oís.

SILENA.

El mismo prado está atento.

GRACIA.

Yo soy, honrados pastores,
Una mujer desdichada,
Natural de aquesta tierra,
Que Barcelona es mi patria.
Casóme mi padre noble,
¡Ay, cielos! enamorada
De un deudo mío, que á intento
De ser mi esposo me amaba.
Caséme, y mi esposo, en fin,
Me llevó contento á Italia,
Á quien yo, como á marido,
Tuve amor; mas la contraria
Fortuna, que pocas veces
Firme en un estado pára,
De su honra dió á mi esposo
Celos y sospechas vanas.
Con ellas me aborreció
De suerte, que sin gran causa
Me puso pleito y divorcio
En el tribunal del Papa.
Dijo que estaba casado
Por poder con otra dama
Antes que fuese mi esposo,
Y que le obligaba el alma
Al primero casamiento;
Pero fué ocasión bastarda
Para repudiar el mío
Por celos y por venganzas.
Todos aquéstos causó
Una mujer, mi criada;
¿Digo criada? mi deuda,
Que hay deudas que así se pagan.
Apenas tuvo la nueva
De su sentencia y mis ansias,
Cuando, sin ver los escritos,
En una nave me embarca
Con esta deuda que digo
Y un criado de su casa.
La deuda, que pretendía,
Aunque con vana esperanza,
Casarse con aquel hombre
Que yo en otro tiempo amaba,
No lejos de Barcelona
Mostró una fingida carta
Al hombre que me traía,
De mi esposo, y firma falsa.
Decía que en allegando
Á ver la costa de España,
De la nave en que venía
Me trasladase á una barca,
Y que en ella me dejase
Sin remos, ¡maldad extraña!
Hízolo el hombre, y el barco
Del alta nave desata:
Púsome en él, sin moverse
Á mi llanto y mis palabras,
Con más rigor que las peñas
A quien las olas contrastan.
Fluctuó el barquillo pobre
Hasta las doce en las aguas
Á cortesía del viento,
Pues siempre en traiciones pára.
Levantóse una mareta:
Yo, viendo que se acercaba
Mi fin, á la Virgen bella
Que á los navegantes guarda
Desde esa torre famosa
Á quien Monserrate llaman,
Ofrecí mi triste vida;
Y pensando, aunque turbada,
Que mi primo era devoto
De la hostia sacrosanta,
Que es el mayor Sacramento
Que tiene la fe cristiana,
Pedíle también favor,
Y cuando llorando estaba
En la popa, de rodillas,
Veo, ¡oh, piedad soberana!
Como el farol de las naves,
Que entre vidrios lleva un hacha,
Un cáliz con una hostia
Coronado de luz clara.
Éste fué llevando el barco,
Que hasta la orilla no calma,
Porque el Espíritu Santo
Es viento de vida y gracia.
Desaparecióse luego;
Yo tomé viento en la playa,
Y vi cuatro peregrinos
Cerca del mar y del alba;
Con ellos fuí á Monserrate,
Y á aquella divina vara
De Aarón ofrecí unas joyas,
Y al Sacramento una palia,
Digo, piezas para ella,
Que á cualquiera rey bastaran
Para enriquecer y honrar
Las cortinas de su cama;
Mas para Dios todo es poco,
Todo es poco y todo es nada;
Que en sus cortinas no quiere
Más que la fe de las almas.
Hallóme entonces Silena,
Esta discreta aldeana,
Que en Manresa me ofreció
Vuestra amistad y su casa.
Con ella vengo, y os pido
Por esta Señora santa

Que me ayudéis, hasta tanto
Que vuelva á mi padre y patria.

FÉLIX.

Á lágrimas nos movéis,
Porque vuestra historia basta
Á enternecer estas peñas.

SILENA.

Luego ¿no seré culpada
En haberla traído aquí?

CELIO.

Más lo fueras en dejarla.

GRACIA.

¿Qué hay de Barcelona, amigos?

FÉLIX.

Señora, todo es desgracias;
Murió don Gastón.

GRACIA.

¿Adónde?

FÉLIX.

En la batalla de Francia:
Murió su padre de pena.....

GRACIA.

¿El Conde?

FÉLIX.

El Conde.

GRACIA.

No bastan
Para tantas desventuras
Mil vidas.

FÉLIX.

Ahora llaman
Al Rey de Sicilia.

GRACIA.

¿Á quién?

FÉLIX.

¿Cómo á quién? Está casada
Con él Gracia, y es del Conde
Hija y heredera, Gracia;
Mas ¡pardiez, que don Luis,
El que llaman de Moncada,
Puesto que él el Caballero
Del Sacramento se llama,
Es Conde de Barcelona!
Que toda la gente armada
Le hizo Conde por fuerza,
Aunque él despachaba á Italia
Estas nuevas á la Reina.

GRACIA.

En mi mal ponéis templanza
Con las nuevas de don Luis.

FÉLIX.

Si tanto placer os causa,
Mejores os las diré.

GRACIA.

¿Cómo?

FÉLIX.

Sabed que se casa
Con madama Flor de Lis,
Que es del Almirante hermana.

GRACIA.

¿De qué Almirante?

FÉLIX.

El francés
Que don Luis prendió en batalla.

GRACIA.

¡Ay, triste de mí! ¿qué escucho?

SILENA.

¿Pésaos de aquesto?

GRACIA.

En el alma;
Á mí me conviene, amigos,
Por nueva tan desdichada,
Ir á la ciudad.

CELIO.

¿Quién sois?

GRACIA.

Una mujer; esto basta.
Dame un vestido, Silena.

SILENA.

Yo tengo corpiño y saya
Con que podrás disfrazarte,
Corales, patena y sartas,
É iré, si quieres, contigo.

GRACIA.

Vamos, que en viendo la cara
Del nuevo Conde, yo sé.....

SILENA.

¿Qué?

GRACIA.

Que colores le salgan.

SILENA.

¿Quién es ésta?

CELIO.

No lo entiendo.

GRACIA.

Pára, fortuna, ó me mata,
Porque no han hecho los cielos
Gracia con tantas desgracias.

Vanse.

Salen D. Luis y Dorista y Crispín.

LUIS.

No me digas más, que rabio
De ver que pudiese hacer
Tal hombre, y á tal mujer,
Tan feo é injusto agravio;
Y si el traidor no se fuera
Que su muerte ejecutó,
Bien creerás de mí, que yo
Principio en su vida hiciera.
¡Oh, mar de camino incierto,
Qué de maldades por ti
Se van sin castigo!

DORISTA.

Á mí
Me dejaron en el puerto,
Y dieron velas al mar,
Muerta la Reina tu prima.

LUIS.

¡Oh mar, mi venganza anima!

¡Déjame, por Dios, pasar;
No me impidas la venganza
De un ángel, así los cielos
Den á tus azules velos
Eterna paz y bonanza!
Y si yo dejare vida,
Mar, en su muerte culpada,
Cubre á la vuelta mi armada.

DORISTA.

Bien merece el homicida
Que le destruyas.

LUIS.

Mejor
Que Águila, aquel vil plebeyo
Que dió la muerte á Pompeyo,
Á toda Roma traidor.

DORISTA.

Á esta traza la arrojaron
Al mar.

LUIS.

¡Oh, quién fuera el mar!

CRISPÍN.

Tu dicha dió flor de azahar,
Tus flores se marchitaron.
¡Qué extrañas maldades fragua
Ese tirano, pues, ciego,
Á los dos pasó por fuego,
Y á Gracia pasó por agua!
Pero no tuvo delfín
En cuya espalda saliese.

LUIS.

¡Que Gracia en el mar muriese!
¡Que en el mar fuese su fin!
Y ¡que el fuego ¡cosa extraña!
Nos dejase!

CRISPÍN.

¡Ay, verás luego
Cuánto es más cortés el fuego,
Que el agua es una picaña!
En su vida hizo buen hecho,
Porque basta su humedad
Para ser enfermedad
Desde los pies hasta el pecho.
El fuego al fin es calor,
Que es el que muere postrero
En el hombre.

LUIS.

¿De qué fiero
Se cuenta tanto rigor?
No fué Chilperico, godo,
De Fredegunda incitado,
Más fiero, ni más culpado
Por Glosinda al mundo todo;
Ni por Fausta Constantino,
Ni por la bella Popea
Nerón, ó por Laodicea
Mitrídates, rey indino.
Que para perder el ser
Uno de los siete sabios
De Grecia, no hay más agravios
Que haber muerto á su mujer
Periandro, por dar gusto
Á su amiga, y con razón.

CRISPÍN.

No son hombres, bestias son,
Y el hecho es torpe é injusto:
Cuando se fundaba Roma,
Dieron los hermanos reyes
Algunas ásperas leyes
Con que la mujer se doma.
No porque ejemplo se saca
Que un romano á su mujer,
Que vino la vió beber,
La mató con una estaca.
Rómulo le perdonó,
Cosa de que me atribulo;
Mas Rómulo acaba en mulo,
Que á fe que si fuera yo,
Que no se fuera el romano
Sin castigo, por haber
Muerto á su noble mujer,
Que halló la taza en la mano.

DORISTA.

Tiempo ha llegado, señor,
Que pagues lo que me debes;
Tiempo ha llegado en que pruebes
La fuerza de tu valor:
¡Mira lo que en tierra y mar
Tengo sufrido por ti!

LUIS.

Dorista, no agradecí
Tu amor por no haber lugar;
Y agora le agradeciera,
Porque fuera mi ganancia,
Si al Almirante de Francia
Dado palabra no hubiera
De casar con Flor de Lis,
Su hermana, por quien he sido.....

DORISTA.

Siempre desdichada he sido
Con tu voluntad, Lüis:
¡Qué vana solicitud
He puesto por merecerte!

LUIS.

Esto pasa de esta suerte.

CRISPÍN.

Deja, Dorista, en quietud
Un momento á mi señor;
No le canses, ni le cases,
Ni de ser libre le pases
Á ser esclavo en rigor.
Á Pitágoras un día
Dicen que riñó un amigo
Porque daba á su enemigo
Una hija que tenía;
Y dióle respuesta igual:
«Si éste mi enemigo fué,
Con casarle me vengué;
No le pude hacer más mal.»

DORISTA.

¿Quién subió tu necedad,

Crispín, á filosofías?
. . . . (1)
¡Tú hablas, tú sin temor,
Y yo á verte en esto llego!

CRISPÍN.

Soy compañero de fuego
Del Príncipe mi señor.
Dorista, del buen servir
Nace tan justo medrar;
Quien sabe obrar, puede hablar,
Y yo sé hacer y decir.

Sale Leonardo.

LEONARDO.

No sé cómo te diga lo que pasa,
Pues yo lo veo y tengo por incierto:
Manfredo en la ciudad y aun en tu casa.

LUIS.

¿Manfredo?

LEONARDO.

Sí.

LUIS.

Pues ¿cómo tomó puerto?

LEONARDO.

Porque trae las armas de Moncada
Por todo el blanco lienzo descubierto:
Con banderas de paz hizo su armada
Salva á tus muros, y él salió á la tierra
En una humilde lancha desarmada;
Toda la guarda que las puertas cierra
Al mar, le viene agora acompañando,
Porque viene de paz y no de guerra.

LUIS.

Si le he de recibir, estoy pensando,
Con el desnudo acero.

LEONARDO.

Y ¿á qué efeto?
Que viene por su esposa preguntando.

LUIS.

¡Por su esposa! ¡Oh, traidor!

LEONARDO.

¡Traidor!

LUIS.

¡Prometo
Al cielo la venganza de mi prima,
Sin que se guarde á la piedad respeto!

Salen el Rey y Gonzaga, y Félix y gente.

REY.

Tu gran valor ¡oh Príncipe! me anima
Á fiarme de ti; dame esos brazos.

LUIS.

Antes la fiera mar tu armada oprima,
Y á ti te haga ¡oh bárbaro! pedazos
Un rayo de los cielos.

REY.

¿Qué es aquesto?

(1) Faltan dos versos.

LUIS.

¡Yo poderte mirar, yo darte abrazos!

REY.

Si en el fuego te puse y estás de esto
Ofendido, Moncada, mi honor mira
En tu venida oculta descompuesto;
Tú con tus celos me incitaste á ira,
Ésta me dijo que á tu prima amabas.

LUIS.

Honestamente; lo demás, ¡mentira!

REY.

Después me dió á entender que te ocultabas
Con hechizos, encantos é ilusiones,
Y que en Palermo de secreto estabas.
Yo, con celos y amor, que son pasiones
Bastantes á vencer á los más sabios
Aristóteles, Livios y Platones,
No tomé más venganza en mis agravios
Que enviar á España á Gracia, aunque por ella
Quede después el alma entre los labios:
No vengo por la herencia, que con ella
Soy rey del mundo, ni esto me ha movido;
Por ella vengo, y sólo vengo á vella:
La sentencia de Hungría que he tenido,
En celos se fundó, no será nada;
Dame, Conde, mi Gracia, á Gracia pido.

LUIS.

La lengua suspendiste con la espada,
Porque al verte venir humildemente,
Dejando allí tan poderosa armada,
Te significa libre é inocente,
Y esta mujer culpada, que ha contado
Que al condestable Emilio, tu pariente,
Mandaste, por tu firma, que, llegado
Cerca de España, su homicida fuese,
Echada al mar y á un barco barrenado.

REY.

Mujer, ¿qué dices? ¿Puede ser que hubiese
Un pecho tan cruel? Yo al Condestable
Mandé la regalase y la sirviese.
Habla; ¿qué dices?

CRISPÍN.

¿Cómo quieres que hable?
Veníase á casar; trazó su muerte.

REY.

¡Oh, fin de mi esperanza miserable!
Habla, ó aquesta daga.....

DORISTA.

Espera, advierte.....

REY.

Discúlpame siquiera.

DORISTA.

Amor ha sido
Causa de tanto mal, amor es fuerte;
Por ser yerro de amor, perdón os pido
Y á la muerte me ofrezco.

REY.

Yo merezco
¡Ay, Conde! todo el mal que me ha venido:
Muerto es mi bien; con gran razón padezco
Esta desdicha, por creer sospechas.

¡Oh, esposa, aquestas lágrimas te ofrezco!
  Informaciones falsas fueron hechas
Contra tu honestidad, pero este día
Quedan con tu inocencia satisfechas.
  Dios quiere, Conde, que yo pague á Hungría
Lo que le debo, y que mujer tan fea
Suceda á Gracia, al ángel que tenía.
  Vuélvome al mar, y plega á Dios que sea
Mi sepultura: ¡oh, Gracia de mis ojos!
Recibe el llanto de quien ya desea
Morir para ofrecerte sus despojos.

Vase.

LUIS.
  Á compasión me ha movido.
Tú, villana, que has causado
Tanto mal, huye te pido,
Que está amor desenvainado
Y de tu sangre ofendido:
  Guarda no te corte el cuello.

DORISTA.
Tú puedes, señor, hacello.

LUIS.
Quitádmela de delante,
Porque no me vuelva Atlante
Su meduseo cabello.

CRISPÍN.
  Llévala de aquí, Leonardo.

LEONARDO.
¿Adónde?

CRISPÍN.
  Á una torre.

LEONARDO.
  Voy.

LUIS.
¡Mísero de mí! ¿qué aguardo?

Sale el Almirante.

ALMIRANTE.
¡Gracias al cielo que estoy
Contigo, oh Conde gallardo!

LUIS.
  ¡Oh, valeroso francés!

ALMIRANTE.
Cerca viene Flor de Lis.

LUIS.
Iré á besarla los pies.

CRISPÍN.
¿Con luto vas?

LUIS.
  Bien decís;
Puesto que tan justo es.
  ¡Hola, dadme de vestir!

Sale Gracia de villana, rebozada, con un sombrero de labradora, y Silena con ella.

ALMIRANTE.
Con galas de desposado
Es justo, Conde, salir.

GRACIA.
Al peor tiempo he llegado
Que yo pudiera venir;
  La ciudad está alterada,
Que Flor de Lis es llegada:
Hoy se casa don Lüis.

SILENA.
¿Quién es esta Flor de Lis?

GRACIA.
Mi muerte en flor transformada:
  En araña vuelto amor,
Que es abeja cuando es bueno,
Ó vuelto en mal jugador,
Puso en esta flor veneno
Para matarme con flor:
  Espérate un poco aquí.

SILENA.
Harto entenderte deseo.

GRACIA.
¡Ah, señor Conde!

LUIS.
  ¿Es á mí?

GRACIA.
Á vos, que francés os veo,
Y español os conocí.

LUIS.
  ¿Qué queréis?

GRACIA.
  Hanme informado
Que sois devoto, señor,
Del Sacramento.

LUIS.
  Obligado
Estoy á serlo, en rigor
De cristiano y de hombre honrado;
  De cristiano, porque allí
Está Dios como en el cielo;
De honrado, porque me vi
Libre por él.

GRACIA.
  Justo celo;
Bien hacéis: pagaldo así.

LUIS.
  Á Dios, ¿qué puedo yo dar,
Sino es esta fe y ejemplo?

GRACIA.
Algo os he visto pagar
En este famoso templo
Que mandáis reedificar;
  Lo que agora, Conde, os pido
Es limosna para hacer
Una custodia.

LUIS.
  He nacido
Pobre, aunque Dios suele ser
De estas pobrezas servido;
  Que á tener de Ofir el oro,
El templo de Salomón
Le hiciera, y por más decoro,
En mi propio corazón

Engastara su tesoro;
Los diamantes de marfil
Fueran de su templo losas,
Pues ya hubo algún gentil
Que á sus dioses y á sus diosas
Hizo desde un templo á mil.

GRACIA.

El restituir á Dios
El beneficio, es muy bien;
Pero en su ley, sabéis vos
Que es al prójimo también,
De sus mandamientos dos.

LUIS.

Pues al prójimo, ¿qué debo?

GRACIA.

Á vuestra prima, el condado
Que le tomáis.

LUIS.

Niego.

GRACIA.

Pruebo:
Por Conde os habéis casado
En Francia, delito nuevo;
Porque Gracia libre está
De su primero marido;
Que de casarse le da
Licencia el Papa.

LUIS.

Oid os pido.

CRISPÍN.

¿Cómo?

LUIS.

Gracia es muerta ya.

GRACIA.

¿Dónde?

LUIS.

En el mar; que Dorista,
De verla echar en el mar
Será testigo de vista.

GRACIA.

Y aun parte.

LUIS.

Mandóla echar.
¿Quién hay que el llanto resista?

GRACIA.

¿Sentíslo?

LUIS.

¡Muero, aldeana!

GRACIA.

Luego si Gracia viviera,
¿Diérasle su hacienda llana?

LUIS.

¡Su hacienda! El alma le diera,
Que es Gracia mi prima hermana,
Y casándonos los dos
Quedaba este reino en paz.

GRACIA.

Pues yo soy.

LUIS.

¡Válgame Dios!

GRACIA.

La causa de este disfraz
Y de mi vida, sois vos;
Después la historia sabréis;
Que agora es bien que me deis
Una mano y mil abrazos.

LUIS.

La mano, Gracia, y los brazos.

ALMIRANTE.

¿Que ésta es Gracia?

CRISPÍN.

¿No lo veis?

ALMIRANTE.

Danos tus pies, y perdona.

CRISPÍN.

Señora, aquí está Crispín.

SILENA.

Reina, mi ignorancia abona.

ALMIRANTE.

Di á mi hermana, Roselín,
Que no llegue á Barcelona,
Que éste es mayor casamiento.

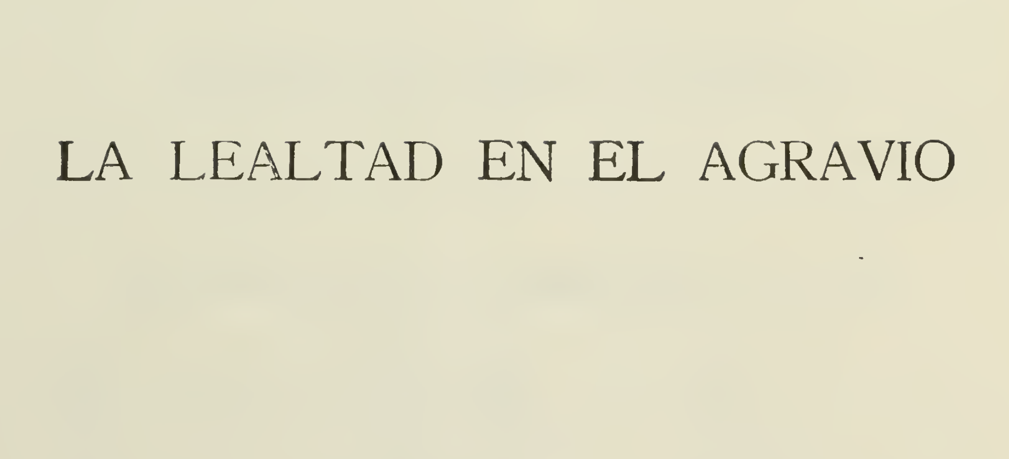
GRACIA.

Mucho tengo que contaros.

LUIS.

Y yo, senado, contento,
La devoción suplicaros
De tan alto Sacramento.
Poned amor y esperanza,
Y fe, en bien que Dios alcanza;
Que aquí de su Caballero
El suceso verdadero
Da fin para su alabanza.

FIN.



LA LEALTAD EN EL AGRAVIO

COMEDIA FAMOSA

DE

LA LEALTAD EN EL AGRAVIO

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES

Basco., Bato., Brito., Alcino. — *Pastores.*	Don Álvaro.	Doña Teresa.
	Ruy de Silva.	Laura.
	Egas Núñez, *viejo.*	Dos guardas.
	Dos soldados.	Un paje.
Don Fernando.	Don Enrique.	Álvaro de Sousa.
Rey de Castilla.	Doña Inés.	Don Alfonso.

ACTO PRIMERO.

Fíngese dentro una batalla con ruido de cajas y trompetas, y salgan luego Alcino, Bato, Brito y Basco, pastores.

BASCO.

Á recoger á la sierra;
Que anda el diablo suelto, Brito.

BRITO.

Basco, echa por esa loma.

ALCINO.

Aguardad.

BASCO.

Camina, Alcino.
Ahora ¡por Dios! no temo
Los resolutos cuchillos
De esta gente endemoniada.

BATO.

Yo cuido que no se ha visto
Desde el diluvio hasta ahora
Otro preito tan reñido.

BRITO.

¡Huego de Dios en la chusma!
¿Son lagartos? ¿Son mosquitos?
¿Son enjambres de colmenas,
Ó grullas que huyen del frío?
Á Extremadura se pasan.

BASCO.

Pienso que Alfonso ha vencido
Á la gente de su madre.

ALCINO.

Sí, porque pasan el río
Huyendo y desbaratados.

BRITO.

¿No es muy grande desatino
Que este muchacho haga guerra
Á la madre que le hizo?

ALCINO.

¿La madre le hizo, animal?

BRITO.

Sí.

ALCINO.

¿Qué dices?

BRITO.

Lo que digo.
¿Fuera bastante su padre
Solamente?

BASCO.

Bien ha dicho.

ALCINO.

Un hombre armado va huyendo
Por entre aquellos alijos.

BASCO.

El caballo no se puede
Mover.

BRITO.

Ya cayó rendido:
Ya acaba: el dueño se acerca.

ALCINO.

Él es del campo enemigo:
Matémosle.

BRITO.

Es gran crueldad.

Sale D. Fernando, armado, con la espada desnuda y llena de sangre y polvo.

FERNANDO.

Montañas que al cielo mismo
Tocáis con vuestras cabezas,
Humildemente os suplico
Que le pidáis mi venganza
Si hay piedad en vuestros riscos.
Aquí un retrato os ofrezco
Del desdichado Dionisio,
Perseguido de un tirano,
No por tirano abatido.
Del Conde de Portugal
Hoy tuve arrogantes bríos,
Y en un instante mi esposa
Y mi ejército he perdido.
¡Mal haya el hombre que fía
En gloria humana; maldito
Quien no previene los daños
Si tiene humanos peligros!
¿Cómo me podré escapar
Del rigor de un mozo altivo,
Arrogante y temerario?
Oidme, bosques sombríos,
Y pues que faltan los hombres,
Prestadme el favor que os pido.

ALCINO.

Digo que éste es don Fernando.

BASCO.

¿Qué me dices?

ALCINO.

Lo que digo;
Que en Santarén y en Coimbra
Más de mil veces le he visto.

BRITO.

Herido pienso que viene.

BASCO.

Sin duda que le ha vencido
Don Alfonso.

FERNANDO.

Gente escucho;
Labradores son: amigos,
Si corazones hidalgos
Vivir suelen escondidos
Debajo de sayal pobre,
Que me ayudéis os suplico.
Bajad, veréis una imagen
De la miseria que han visto
Adorada en esta tierra,
Y su nombre en bronce escrito.
Dadme vuestra ayuda, hermanos.

BRITO.

¿Qué dices?

BASCO.

Que es barbarismo
No bajar.

ALCINO.

Bajemos, pues.

BRITO.

¿Qué es lo que mandas?

FERNANDO.

El filo
De la muerte me amènaza,
Aunque no tengo delito
Más de ser esposo triste
De la Condesa; su hijo
Ya contra mí desenvaina
De su rigor el cuchillo.
No permitáis que derrame
Mi sangre como enemigo,
Dando venganza á la envidia,
Porque en tal lugar me he visto.
Quitadme, amigo, las armas
Y dadme un tosco vestido
Con que disfrazado pueda
Huir de aquese peligro.

BRITO.

Vuestras razones, ¡por Dios,
Que á lástima me han movido!

BASCO.

Desata presto.

FERNANDO.

¡Ah, veloz
Tiempo, en mis males prolijo!

BRITO.

Espetaos aquese sayo,
Y venid, que yo me obligo
Á poneros en la raya
De Castilla.

FERNANDO.

Del divino

Cielo el galardón alcances.

ALCINO.

Por entre aquesos tomillos
Á Badajoz va una tropa.

BRITO.

Seguidme, que si es que atino,
Porque estoy medio turbado,
En una hora os certifico
Que estemos en Guadïana.

BASCO.

Aquí te aguardamos, Brito.

BRITO.

Norabuena; mas si acaso
Damos en aquese excidio
Con los soldados, creed
Que hemos de morir vestidos,
Alcino, como conejos;
Y si esto sucede, Alcino,
Venderás mi burra parda,
Mi mastín y mi pellizo,
Y harásme un famoso entierro.

ALCINO.

No temas.

FERNANDO.

Si acaso piso,
Castilla amada, tu tierra,
Quizá volveré tan rico
De favores, que castigue
Tan bárbaro desatino.

Vanse.

BASCO.

Esconde entre aquesos ramos
Esas armas, porque he visto
Que hacia acá la gente marcha.

Salen soldados, marchando, D. Álvaro de Sousa, Ruy de Silva, y detrás Alfonso, con bastón de general.

ALFONSO.

¡Que pudo escaparse vivo!
¡Vive Dios, que me ha pesado
De suerte, que al pecho mío
Estoy por volver la punta
De mi propio acero limpio!
¿Qué caverna, vil padrastro,
Te esconde? ¿Qué fiero abismo
De mi justicia te escapa
Cuando te busco ofendido?
Vuelve, si de Lusitania
Quieres el estado altivo,
Y procura con las armas
El derecho que te quito.
¿Qué hay de mi madre?

RUY.

La orden
Que mandaste se ha cumplido;
Con prisiones y con guardas,
Señor, queda en el castillo,
Y por el cielo te juro,
Gran Conde, que un áspid libio,
Un scita de los que beben
Del Tanays cristales fríos,
Á compasión se moviera;
Porque al meterle en los grillos
Sus pies Reales, habiendo
Tenido un valor invicto
Hasta aquel punto, vertió
Lágrimas de hilo en hilo,
Y alzando al cielo los ojos,
De aquesta manera dijo:
«Señor, no me deis venganza
Ni castiguéis el delito
De Alfonso, que al fin le adoro
Como á unigénito hijo.
Mirad á sus tiernos años;
Que lo perdonéis os pido,
Que es la luz de aquestos ojos
Y el espejo en que me miro.»

ÁLVARO.

Así, generoso Alfonso,
Cante, desde el Tajo al Nilo,
La fama sonoros hechos,
Glorias á tu nombre invicto;
Así triunfante sujetes
Al Alarbe fronterizo,
Sirviendo á tus pies de alfombras
Sus turbantes berberiscos;
Así el Estado que heredas,
De tan pequeños principios,
Llegue donde Apolo nace,
Y dure inmortales siglos,
Que consideres mejor
Este caso, que imagino
Que en las memorias del tiempo
Ni se ha visto ni se ha escrito.
Á tu madre le has quitado,
Con un valor peregrino,
Las villas y las ciudades
Que están entre Duero y Miño;
Y en este dichoso día,
De tu padrastro has vencido
La arrogancia, y se ha escapado
En un caballo tordillo.
Si le prendes, ejecuta
Tu cólera con castigo,
Que no quiero asegurarte
Cuando resuelto te miro;
Mas que quites el condado
Á tu madre antes que el hilo
Corte la sangrienta Parca
De su vida, y que en castillo
La encierres, tan oprimida
De hierros, es gran delito.
Si á su madre mató Orestes,
Fué castigo merecido
Por la muerte de su padre
Y el adulterio de Egisto.
Pero ¿qué delito aleve
Ha contra ti cometido
La Condesa mi señora?

Que la libres te suplico,
Antes que irrites al cielo,
Cuyo poder infinito
Á los hijos obedientes
Mil bienes ha prometido,
Y mil castigos y males
Á los soberbios y altivos.

ALFONSO.

Detén, Álvaro, la lengua;
Que aunque tu consejo estimo,
Más me encienden tus razones,
Más me enojan tus arbitrios.
Oponte al ímpetu fiero
De la corriente de un río
Que con espadas cristales
Corta peñas, siega riscos,
Y no intentes refrenar
La furia con que me incito
Á volver por el derecho
Que me ha dado el cielo mismo.
Si es herencia de mi padre
Portugal, ¿por qué delito
Mi madre me deshereda,
Publicando que á los hijos
Que espera del matrimonio
De su segundo marido
Ha de dejar este Estado
Y transferir su dominio?
La defensa es natural;
Yo defiendo lo que es mío,
Y vengando mis agravios,
Sus sinrazones reprimo.
Pierda en la prisión mi madre
Ahora tan locos bríos;
Que yo soy quien soy, y siempre
Álvaro seré, su hijo.

Sale un soldado.

SOLDADO.

En este punto, señor,
Ha llegado de camino
Egas Núñez.

Sale Egas Núñez.

ALFONSO.

Siempre sea
Egas Núñez bien venido.

EGAS.

Vuestra Alteza me dé sus pies Reales.

ALFONSO.

¡Oh Egas Núñez! ¡Oh maestro mío!
Antes ligad con lazos inmortales
El pecho y cuello, que de vos confío;
Pero ¿cómo me honráis con honras tales?
¿Alteza me llamáis, que es desvarío,
Cuando aun no tengo estado con reposo?

EGAS.

De mi viaje escuchad el fin dichoso:
Partí de Portugal, por tu mandado,
Á hablar á Alfonso, emperador de España,
Y do el soberbio Tajo celebrado
Con más contento sus arenas baña,
Hallé al séptimo Alfonso, coronado
Emperador después de tanta hazaña,
Que hacía fiestas á tan altas glorias
Para inmortal blasón de sus victorias.
Sin detenerme, en dando tu embajada,
Partí á Aragón, y en la ciudad famosa,
Que del nombre de Augusto eternizada,
Del Ibero en las márgenes reposa,
Hallé su Rey: prosigo mi jornada,
Y en Barcelona, rica cuanto hermosa,
De una galera doy, por tus intentos,
Remos al mar y velas á los vientos.
Neptuno, alegre en ver que navegaba
Tu embajador, su reino de tritones
Y glaucos sus cristales coronaba
En cerúleos y cándidos balcones.
Salacio hermosa sobre el agua andaba
Cercada de lucidos escuadrones
De nereidas, y, en fin, el mar, contento,
Me convida á que surque su elemento.
Sopla un poniente dulce y agradable
Que del mar sujetó el mando absoluto,
Y cantando el forzado miserable,
Descansa alegre el marinero astuto.
Llega la noche, y con sosiego amable
Todos al sueño dan dulce tributo,
Si no es la cuidadosa centinela,
Que para no dormirse canta y vela.
De aquesta suerte el golfo de Narbona
Dejo atrás, y con él dejo á Marsella,
Y paso la ribera, en quien Perona
Entre montañas vive alegre y bella.
Sin tocar en el puerto de Saona
Á Génova llegué, que quise en ella
Tomar refresco; mas el día siguiente
Vuelvo á surcar el húmedo Tridente.
Después de Portofín, paso los puertos
Á quien Venus y Alcides dieron nombre,
Sin que escollos del mar, golfos inciertos,
Ni el canto de Alcïones me asombre.
Ya los fértiles campos descubiertos
Á quien Etruria dió claro renombre,
Surjo en Civita Vieja, donde toma
Mi gente alivio, y yo me parto á Roma.
Entro, en efecto, en la ciudad triunfante,
Y humildemente al gran Pastor me inclino
Que el timón de la nave militante
De Pedro rige con poder divino.
Junta los Cardenales, y delante
Del Sagrado Colegio, apóstol dino
De nuestra religión, di tu embajada,
Con aplauso de todos escuchada.
Finalmente, señor, habiendo oído
El Pontífice santo las razones
Que á sacar en campaña te han movido
Tus belicosos fuertes escuadrones,
Y que feroz, airado y ofendido
Contra tu madre natural te opones,

Aunque el mundo lo juzga á inobediencia,
Pronunció por su Breve esta sentencia:
Que Portugal es tuyo, en quien sucedes,
Según ley, por razón hereditaria;
Declara que es muy justo que le heredes,
Sin que haya sucesión distinta y varia;
Pero aunque defenderte, señor, puedes,
Que cese la discordia temeraria
Ordena, y tu justicia conocida,
Á tus contrarios á la paz convida.
Y atendiendo al valor del gran Enrique,
Tu padre, el Conde, de feliz memoria,
Que desde Babilonia á Salanique
Ilustró del cristiano la victoria;
Para que más tu fama se publique
En aumento de fe y eterna gloria
De Dios, te da, señor, ¡qué gran ventura!
De Rey de Portugal la investidura.
Besé su pie sagrado, y al momento
Con esta expedición me partí á España,
Más alegre, más loco y más contento
Que de la más ilustre y noble hazaña;
Y llegando á Trujillo, aunque el violento
Rigor del tiempo mis mejillas baña
De nieve, y ya parezca injusta cosa,
Recibí, gran señor, mi amada esposa;
Que ya su padre lo tenía tratado
Antes que el alma á las estrellas diese,
Cuidadoso de ver que me ha faltado
Quien en mi hacienda y casa sucediese.
El cielo, en fin, á doña Inés me ha dado
De Vargas, porque igual el gusto fuese,
Y aunque es hacer á la belleza ultraje,
Querrá Dios que propague mi linaje.
Este es, señor, el fin de mi embajada:
De Rey te traigo título, y quisiera
Que, desde el Sur hasta la Scitia helada,
El mundo tu renombre conociera.
Sólo falta que el filo de tu espada
Del sacro Tajo limpie la ribera,
Convirtiendo, pues ya el ocio destierras,
Contra los moros las civiles guerras.

ALFONSO.

No sé cómo encarecer,
Egas Núñez, el cuidado
Que en servirme habéis mostrado;
Mas de mí podréis creer
Que estimo más que os llaméis
Mi vasallo en dicha igual,
Que no el título Real
Que de Roma me traéis.
Nuevo y famoso Scipión,
¿Con qué palabras podré
Premiar vuestro amor y fe?
Pues cuando en esta ocasión,
Dejando el derecho y ley
Que la tiranía me quita,
Vuestra lealtad solicita
Mi honor haciéndome Rey.

EGAS.

Señor, con los pies Reales
Que Vuestra Alteza me dé,
Tan premiado quedaré;
Que mis glorias inmortales
Vivan, sin que en sus rigores
El tiempo pueda injuriarlos.

ALFONSO.

¿Qué olvido podrá borrarlos,
Si son sus fuerzas mayores?
Padre, no tengo que os dar;
Que aunque el mundo poseyera,
Merced corta el mundo fuera
Para poderos premiar.
Por ayo mío os dejó
Mi padre; habéisme criado
Con el amor y cuidado
Que la experiencia mostró.
Y llega á tanto la ley
De la lealtad que en vos hallo,
Que, siendo vos mi vasallo,
Me habéis podido hacer Rey.
Y á deuda tan conocida,
No hay satisfacción que cuadre
Como teneros por padre
Lo que durare mi vida.
Siempre será la obediencia,
Padre mío, eterna en mí;
Vos reinaréis solo aquí
En mi ausencia, en mi presencia.
Que esas canas venerables,
Con inmortales memorias,
Harán eternas mis glorias,
Harán mis reinos estables.
Y así, en igual regocijo,
Premiado en algo estaréis,
Pues en todo miraréis
Como padre por un hijo.
De que esposa recibáis,
Aunque en edad tan cansada,
Creed, padre, que me agrada,
Pues con eso procuráis
La sucesión que ha negado
El cielo á vuestro valor.
Mas ¿qué es esto?

EGAS.

Es, gran señor,
Mi esposa, que ya ha llegado
Al ejército.

Sale D.ª Inés, con acompañamiento, y Laura, de camino.

ALFONSO.

Salgamos
Á recibilla.

EGAS.

Ya está
En tu presencia.

ALFONSO.

Vendrá
Á que todos la sirvamos.

INÉS.

Déme los pies Vuestra Alteza.

ALFONSO.
Mi señora doña Inés,
¿Como me pedís los pies
Cuando vos sois la cabeza?
Que si es mi ayo y maestro
Egas Núñez, es decente,
Señora, que esté obediente,
Como al suyo, al gusto vuestro.

INÉS.
Los pies del Rey son, señor,
Cabeza de los vasallos,
Y el que ha llegado á besallos
No espere premio mayor;
Que no es pequeño interés
Si los Reyes soberanos,
Al que tuvo buenas manos,
Le dan á besar los pies.
Y así, habiendo merecido
Egas Núñez tal favor,
Yo puedo pedir, señor,
Lo mismo que mi marido.

ALFONSO.
Alzad, señora, del suelo;
Que estimo en el alma mía
Esa humildad.

INÉS.
No podría
Esperar menos consuelo,
Gran señor, de Vuestra Alteza.

RUY.
De hermosa lleva la palma.

ALFONSO.
Álvaro.....

ÁLVARO.
Señor.....

ALFONSO.
Sin alma
Me tiene tan gran belleza.

ÁLVARO.
Mujer peregrina es.

EGAS.
Señor, que es tarde recelo.

ALFONSO.
¡Por Dios, que es del mismo cielo
Un retrato doña Inés!
Álvaro, á no ser mujer
De Egas Núñez, ¡ay de mí!
¿Yo puedo no ser quien fuí
Siendo tan real mi sér?
Inés, hermosa sois vos;
Pero si viéndoos me admiro,
Es que en vuestro rostro miro
La mano y poder de Dios.
Alabo en él sus pinceles,
Desde el Tajo hasta el Hidaspe;
Mas si excedéis á Campaspe,
Es Egas Núñez mi Apeles.
Vamos, y en peligro tal,
La fama mi fe publique.

EGAS.
¡Viva el gran Alfonso Enrique,
Primer Rey de Portugal!

Todos repitan los dos versos últimos, y van el Rey y los demás poco á poco por el tablado, y se asoma á una torre D.ª Teresa.

TERESA.
¡Ah, valiente capitán!
¿Por tan pequeña victoria
Usurpáis la fama y gloria
De nombre de Rey que os dan?
¿Por vencer á vuestra madre
Os llamáis Rey? ¿No sabéis
Que aun comenzado no habéis
Á imitar á vuestro padre?
¿Y que él, con tanto trofeo
Como á su fama responde,
Sólo al título de Conde
Pudo alargar su deseo?
¿Cuando presa me tenéis,
Tanto, Alfonso, os alegráis,
Que Rey, sin causa, os llamáis,
Y tan grande fiesta hacéis?
¿Qué rey moro habéis prendido?
¿Qué provincia habéis ganado?
¿Qué ciudades asaltado?
¿Qué Apodios habéis vencido?
¿Con qué emulación real
Desde Castilla, mi hermano,
Hacéis que deje el Pagano
Los fines de Portugal?
¡Ay, Alfonso, ruego á Dios,
Pues tan desdichada fuí,
No por vos, sino por mí,
Que no me vengue de vos!
Porque si ha de responder
Á vuestra culpa la pena,
Á grande pena os condena
El infinito poder,
Pues estando viva yo,
Tan mi enemigo os mostráis,
Que el Estado me quitáis
Que el Rey, mi padre, me dió.
Y ya que en mi daño cierto
Sois tan fiero y riguroso,
Dejadme ver á mi esposo
Si acaso no le habéis muerto;
Pues que mi fortuna airada
Tanto contra mí le muda,
Que dos veces soy vïuda,
Y apenas con él casada.

ALFONSO.
No contra derecho y ley
Me he llamado Rey, señora,
Pues el Papa me da ahora
La investidura de Rey.
Y ya que á mí no me cuadre
De este título el poder,
Bien lo puedo merecer
Por hazañas de mi padre.
Confieso que injusto ha sido
El poneros en prisión,

Mas importa á mi opinión;
Y si de vuestro marido
La victoria que he alcanzado
Ha sido tan limitada,
Basta que en ella mi espada
Á pelear se ha enseñado.
Y algún día podrá ser
Las hazañas que decís;
El esposo que pedís,
No le tengo en mi poder.
Bien sabe Dios que lo siento,
Y creed que me ha pesado
Que el pago no haya llevado
De su loco atrevimiento.
Y con esto el mío perdone,
Señora, Vuestra Excelencia,
Y la ruego que licencia
Dé para que me corone,
Que, en efecto, soy su hijo.

TERESA.

Mal conmigo lo mostráis;
Dad vos licencia, pues vais
Con tan grande regocijo
Á vuestra coronación,
Que en el trono Real os vea.

ALFONSO.

Señora, importa que sea
Más larga vuestra prisión;
Que no puedo establecer
Mi reino de otra manera.

TERESA.

¡Oye!.....

ALFONSO.

¡No hay remedio!

TERESA.

¡Espera!.....

ALFONSO.

¡Esto, señora, ha de ser!

ÁLVARO.

¿Quién vió majestad igual?

EGAS.

¡Señor!.....

ALFONSO.

¡Nadie me replique!

ÁLVARO.

¡Viva el gran Alfonso Enrique,
Primer Rey de Portugal!

Vanse todos diciendo estos dos versos,
y salen D. Fernando y Brito.

FERNANDO.

¿Qué te han parecido, Brito,
Las grandezas de Toledo?

BRITO.

Si va á decir la verdad,
Señor, no sé lo que veo;
Estoy como el que la mar
No ha visto jamás, que puesto
De fuera á miralla, queda
De su grandeza suspenso;
Y como allí no descubren
Los ojos el otro extremo,
Aunque más miro en la corte,
Ni la hallo fin ni la entiendo.

FERNANDO.

No hay más que á la corte iguale.

BRITO.

Dices bien; y si es discreto
El que sólo el mar contempla
Desde afuera, y entra dentro,
Á mí, señor, me parece
Que fuera sabio en extremo
El que pudiera mirar
La corte puesta en un cerro,
Sin jamás entrar en ella.

FERNANDO.

¿Por qué? Si la corte es centro
De discreción, de hermosura,
De policías, de ingenios,
De las piedras que el mar cría,
Del rojo metal de Febo,
Y, en fin, de todas las cosas
Que el humano entendimiento
Puede, Brito, desear.

BRITO.

Es verdad, yo lo concedo;
Pero también en la corte
Se ven con mayor aumento
Los embustes, las mentiras,
Los engaños, los enredos.
¡Válgame Dios, lo que he visto
En este poco de tiempo
Que he estado en ella; no hay hombre
Que no viva satisfecho!

FERNANDO.

¡Donoso estás!

BRITO.

En la corte,
Señor, hay muchos camellos
Sin corcova, y mil patones
Que no tienen los pies feos.

FERNANDO.

Ese milagro se debe,
Brito, al poder del dinero.

BRITO.

Tienes razón; de una cosa
Solamente me contento:
Que no hay en toda la corte
Qué encubra cierto defecto.

FERNANDO.

¿Cuál es?

BRITO.

Las narices grandes:
¡Vive Dios, que no hay barbero,
Boticario, cirujano,
Que pueda hacer sean menos!
Al que le crecen las barbas,
La navaja, y *rapaverunt;*
Pero el que llegó temprano,
Señor, no tiene remedio.

FERNANDO.

Brito, para ser criado

Entre robles y entre tejos,
Mucho sabes.

BRITO.

Pues, señor,
Los pastores, ¿no tenemos,
Como todos, voluntad,
Memoria y entendimiento?

FERNANDO.

Mucho el Rey tarda en salir.

BRITO.

¿Qué has negociado?

FERNANDO.

Pienso
Que tendrán dichoso fin,
Brito, todos mis deseos.
Ya lo trató con los Grandes,
Y ahora está en el Consejo
De guerra: ¡siento en el alma
Que tuviese atrevimiento
El Portugués de poner
Á mi esposa en duros hierros!
¡Pero si el cielo me ayuda,
Yo le daré el justo premio
Que su locura merece!
Á Portugal volveremos
Tan poderosos, que Alfonso
Tema el filo de mi acero.
Tú mudarás ese traje,
Porque entre los instrumentos
De la guerra no campean
Esos vestidos groseros.

BRITO.

Señor, si he de ser lacayo,
Humildemente te ruego
Que permitas que me vuelva
Á mi tierra.

FERNANDO.

¿Por qué, necio?

BRITO.

Estoy mal con este oficio,
Y demás de esto, no quiero
Andar como en las comedias
El lacayo, ahora enjerto
En secretario, y ahora
En veedor y despensero.

FERNANDO.

Paréceme que es mejor,
Brito, que en tu traje mesmo
Vayas, que quizá será
Importante á mis intentos;
Pero aparta, que el Rey sale.

Sale con acompañamiento el rey Alfonso de Castilla.

REY.

En aquesto me resuelvo,
Conde.

FERNANDO.

Gran señor.....

REY.

Creed
Que vuestras desgracias siento,
Y que para remediallas
He de aventurar mi reino;
Demás de que á mí me importa
Volver por el menosprecio
Con que trata el Portugués
Á mi hermana: mi Consejo
Lo ha mirado todo, Conde,
Y viendo que Alfonso ha hecho
Una locura tan grande,
Ha declarado que debo
Dar á mi hermana socorro,
Y castigar estos yerros.
Cuando el conde don Enrique,
Por sus valerosos hechos,
Dió mi padre á Portugal
Con mi hermana, fué concierto
Que había de conocer
Como vasallo, en efeto,
Superioridad al Rey
De Castilla.

FERNANDO.

Aqueso es cierto.

REY.

Y está obligado á hallarse
En las Cortes de estos reinos,
Siempre que fuere llamado.
Pero ¡que un rapaz soberbio
Se muestre tan arrogante,
Que no sólo niegue el feudo,
Sino que á su madre quite
El Estado! ¡Pierdo el seso!
Para vengarme mejor,
Fernando, en persona quiero
Ir á esta guerra mañana,
Cuando, dorando los vientos,
El carro de Apolo hermoso
Suba por nuestro hemisferio.
Á ordenar mis escuadrones
Pienso salir de Toledo;
Vos llevaréis el bastón
De general, que yo espero
De vuestro valor, Fernando,
Más venturosos sucesos.

FERNANDO.

Goces, Monarca famoso,
Largos siglos el imperio
De España, y en bronce duro
Conserve tu nombre el tiempo.

REY.

Yo vengaré vuestro agravio.

FERNANDO.

¿Qué poder habrá en el suelo
Que á tu ejército resista?

REY.

Basta la razón que llevo.

Vase el Rey con los suyos.

BRITO.

Mucha merced te hace el Rey

FERNANDO.
Soy su vasallo y su deudo,
Pues es mi mujer su hermana.
BRITO.
No es pequeño el parentesco;
Mas yo, que contra mi patria,
Sin razón ni causa, vuelvo
Á pelear como un puto.....
FERNANDO.
¿Qué mereces?
BRITO.
¿Qué merezco?
Que me den doscientos palos.
FERNANDO.
Brito amigo, yo no quiero
Destruir á Portugal.
Cobrar mi hacienda pretendo,
Y librar á mi mujer;
Obligaciones te debo,
Y fía que he de pagarlas.
BRITO.
Al cielo, señor, le ruego
No sea como el que alumbra
En una mesa de juego,
Que en vez de darle barato,
Le dan con el candelero.

Vanse.

Salen el rey Alfonso de Portugal, D. Álvaro de Sousa y Ruy de Silva.

ALFONSO.
¿Para qué quiero el poder?
¿Para qué quiero reinar,
Si no puedo mitigar
El fuego que siento arder?
¿De qué me sirve tener
Ceñida la frente augusta,
Si ya de mi muerte gusta
El amor, y siendo Rey,
Me ha sujetado á una ley
Tan tirana como injusta?
¡Que contra mis tiernos años
Se prevenga tal rigor!
¿Qué hechizo nació de amor,
Lleno de embustes y engaños?
¿Daréle rienda á mis daños?
No; que adoro á la mujer
De quien debo estado y ser,
Y es infame y vil acción
Que muera esta obligación
Á manos de mi poder.
Llegadme una silla, amigos,
Que en los sucesos más fieros
Sois leales consejeros,
De mi bien y mal testigos.
Yo, que de mis enemigos
Vi la soberbia postrada,
Y mi frente coronada
Del metal del dios Criseo,
Hoy, por una mujer, veo
Mi grandeza avasallada.
Doña Inés me ha sujetado,
Su belleza me ha vencido;
Temo ofender su marido,
Y anímame mi cuidado.
Estoy como el que, engolfado
Sin gobierno ni piloto,
Aquí el ábrego, allí el noto,
Su triste barco fatiga,
Y él no sabe lo que siga,
Suelto el lema, el mástil roto.
La divina honestidad
De Inés reprime mi intento,
Pero acaba mi tormento
Su incomparable beldad.
Consejo, amigos, me dad,
Y perdonad, que contemplo
Que en esto os doy mal ejemplo;
Mas si curarme sabéis,
Estatuas de oro tendréis
De la amistad en el templo.
ÁLVARO.
Señor, aunque el mal que sientes
Es enfermedad mortal,
Por ser veneno este mal
Y rabia los accidentes;
Ya que á los dos nos consientes
Que te demos parecer,
Quiero el mío proponer,
Aunque del aconsejar
Suele tan lejos estar
El discreto obedecer.
No con relaciones leves,
Ni sofísticas razones,
Diré las obligaciones
Que á Egas Núñez le debes;
Porque para que tú pruebes
Cuáles, gran señor, han sido,
Basta ver que le has tenido
Por padre, y que te ha criado
Con el amor y cuidado
Que todos hemos sabido.
Pues si esto es así, ¿qué nombre
Te dará el mundo, señor,
Cuando digan que el honor
Le quieres quitar á un hombre
De cuyo heroico renombre
Es injusto que te olvides?
Pues si sus méritos mides,
Verás entre estas afrentas
Que al reino que tú sustentas
Te ayuda como á otro Alcides.
Desecha aquesa locura,
Pues te incito y te provoco,
Que cuando el amor es poco,
Suele ser fácil la cura;
Vence ese impulso, y procura
Desechar ese incentivo,
Y con solo este motivo
Tu error y locura advierto,

Que el rey vicioso es rey muerto,
Y el rey virtuoso es vivo.
Imita insignes varones
De tan diversas historias,
Que ilustraron sus victorias
Con semejantes acciones.
Los deleites son borrones
Que á los príncipes infaman;
Los vicios viles les llaman,
Pues aunque más se autoricen,
Los extraños los maldicen,
Y los propios los difaman.
Y al contrario, la virtud
Les da tanta estimación,
Que no hay heroico blasón
Que venga á más altitud.
Esto, para tu quietud,
Me manda que te amoneste;
Del cielo el camino es éste,
Señor, que debes tomar,
Y éste te he de aconsejar,
Aunque la vida me cueste.

RUY.

No puedo contradecir,
Señor, al consejo sano
De don Álvaro; que en vano
Fuera el quererle argüir.

ALFONSO.

Que, en fin, ¿tengo de morir?

RUY.

Eso no; que si la herida
Á la muerte te convida,
Menos mal será, señor,
Que pierda Egas el honor,
Que no Tu Alteza la vida.
Procúrate á ti vencer;
Rompe mil dificultades,
Que pues que te persüades,
Inmortal vendrás á ser;
Pero si se ha de perder
Por una leve pasión
Tu vida, busca ocasión
Con que goces su belleza,
Porque ha de ser en Tu Alteza
El gusto ley y razón.

ÁLVARO.

No será consejo sano.

RUY.

No, mas será provechoso.

ÁLVARO.

Rey es el que es virtuoso.

RUY.

Sí, mas todo está en su mano.

ÁLVARO.

Tendrá nombre de tirano.

RUY.

David lo hizo y fué santo.

ÁLVARO.

Y ¿llorará Alfonso tanto?

RUY.

Tiene la misma actitud.

ÁLVARO.

Pero no tan gran virtud.

RUY.

Bien puede si crece el llanto.

ALFONSO.

Al compás que me disuena
Esta voz, ésta me agrada,
Y si no tan entonada,
La he de escoger por más buena.
Bien sé que es voz de sirena;
Y aunque de dulzura tal,
Espero que fin fatal
Estos consejos me den;
Que está mi infierno en mi bien,
Como mi gloria en mi mal.

Salen D.ª Inés y Laura.

INÉS.

¿Aun no es hora?

LAURA.

No, señora.

RUY.

Tu doña Inés ha venido.

ALFONSO.

¡Vive Dios, que no ha salido
Jamás tan bella la aurora!
¿Quién su hermosura no adora?

LAURA.

Aquí está el Rey.

INÉS

¡Mi señor!.....

ALFONSO.

Digo, y no os parezca error,
Bellísima doña Inés,
Que, aunque tan bello el sol es,
Vuestra hermosura es mayor.

INÉS.

Siempre vos, señor, me honráis.

ALFONSO.

Llegad una silla aquí,
Y apartaos los dos allí.
Sentaos.

INÉS.

¡Señor!.....

ALFONSO.

Replicáis
En vano.

INÉS.

Lugar me dais
Que yo nunca he merecido.

ALFONSO.

Que os sentéis, señora, os pido.

INÉS.

No quiero ser descortés,
Pues el obedecer es
Tan mío.....

ÁLVARO.

Él está perdido.

ALFONSO.

Ahora he de declararme. (Aparte.)

Mi señora, yo deseo.....
Pues como mozo, me empleo
Donde voy á despeñarme.

INÉS.

Mirad qué queréis mandarme.

ALFONSO.

Que cuando os vi, sin que ahora.....

INÉS.

Dadme licencia.....

Levántase.

ALFONSO.

Señora,
Escuchad.

INÉS.

¿Qué me mandáis?

ALFONSO.

Solamente que sepáis
Como mi alma os adora.

INÉS.

Cubrid, señor, la cabeza
Que del mundo lo ha de ser,
Y Egas Núñez podrá ver
Lo que quiere Vuestra Alteza,
Porque aquí.....

ALFONSO.

Vuestra belleza.....

INÉS.

Mal mi calidad medís;
Mi esposo, si lo advertís,
Hará la respuesta llana,
Que, como soy castellana,
No entiendo lo que decís.

Vanse las dos.

ALFONSO.

¡Mal fin mi afición espera!
Y si apenas coronado
Comienzo á ser desdichado,
¡Muera yo, mi reino muera!
¡Respuesta bárbara y fiera!

RUY.

¿Qué hay, señor?

ALFONSO.

Que ya mi mal
No espera remedio igual.

ÁLVARO

Es Inés noble mujer.

ALFONSO.

Ó la tengo de vencer,
Ó perder á Portugal.

ACTO SEGUNDO.

Salen D. Alfonso, rey de Portugal, Egas Núñez, D. Álvaro y Ruy de Silva.

EGAS.

Ya, felicísimo Alfonso,
Que con ceremonias tantas
Te ha jurado aqueste reino,
Que goces edades largas,
Pues mudas de estado, importa
Que también hagas mudanza
En la vida y las costumbres,
Para que las esperanzas
Que nos promete el principio
De tus heroicas hazañas,
Tengan el fin que pretenden
Los que tu nombre idolatran;
Que aunque desde que naciste
Nos has dado muestras claras
De que todas las virtudes
Han hecho asiento en tu alma,
Aqueste nombre de rey
Tiene cierta semejanza
Con Dios, que es Rey de los reyes
Y Señor de los monarcas.
Y siendo Él tan justo y bueno,
No puede imitalle en nada
El rey que de su justicia
Injustamente se aparta.
En dos polos solamente
Se ha de mover esta máquina
De tu reino, si deseas
En tus fortunas bonanza:
Es el primero el temor
De Dios, porque de aquí mana
La sabiduría, y si ésta
Falta al rey, todo le falta;
Y de este temor procede
El obedecer al Papa,
Como Vicario de Cristo,
Defendiendo con las armas
La navecilla de Pedro
De los herejes piratas.
El segundo polo, Alfonso,
Que las monarquías propagan,
Es amor á los vasallos,
Sin el cual no hay confianza
De grande imperio, y con él
El pequeño se dilata;
Y porque el poder del mundo
Contra ti no irrites, manda
Que la Condesa, tu madre,
Señor, de prisiones salga.
Que los que de ese rigor
Aun no conocen la causa,

Claro está que han de culparte
De que á tu madre maltratas.
Muchos avisos te diera,
Mas por ahora éstos bastan,
Porque ofuscan más que enseñan
Siempre las acciones largas.
Con estos advertimientos
Y otros que con más ventaja
Te enseñará la experiencia,
Del natural ayudada,
No llorará Portugal
La lamentación amarga
De la Escritura y del reino
Á quien rige tierna infancia.
Esto, señor, la experiencia
Me dicta, que mis palabras
Son afectos engendrados
Acá en lo interior del alma.

ALFONSO.

¿Cómo ha de errar el que os tiene
Por su maestro? (¡Ah, tirana,
Si como estas canas me honran
Tu hermosura me obligara!)
Yo, padre, procuraré,
Si el cielo mi vida ampara,
Imitar vuestra doctrina
Y seguir vuestras pisadas.
Dejadme solo, que estoy
Muy triste.

EGAS.

¿Qué mal agrava
Á Vuestra Alteza, señor?

ALFONSO.

Atorméntanme unas ansias
El corazón.

EGAS.

Muchos días
Ha que he visto muestras claras
De disgusto en Vuestra Alteza;
¿De qué proceden?

ALFONSO.

La causa
Ignoro; la soledad
Es sólo para curarlas
Remedio.

EGAS.

No, gran señor,
No puede ser de importancia,
Porque la melancolía
Divirtiéndose se aplaca,
Y en soledad se acrecienta.

ALFONSO.

Idos y dejadme.

EGAS.

¿Manda
Vuestra Alteza que llamemos
Los médicos?

ALFONSO.

No.

ÁLVARO.

¡Qué extraña
Fuerza de amor!

Vanse.

ALFONSO.

Pensamiento,
¿De qué bárbaras montañas
Habéis nacido? ¡Por Dios,
Que viendo vuestra ignorancia,
Os desconozco por mío,
Aunque nacéis en mi alma!
Reyes ha habido que á amor
Sujetaron su arrogancia,
Que también crió á los reyes
La naturaleza humana;
Pero que á un noble vasallo
Á quien debo la enseñanza
Que tengo, el nombre de Rey,
Y que mi padre le llama
El mundo, quite el honor,
¿De qué Nerón se contara?
Mas ¡ay, que se abrasa el pecho!
Sola doña Inés de Vargas
Puede ser remedio mío;
Viva yo, muera mi fama,
Perdónenme sus servicios,
Perdónenme sus hazañas,
Y perdone el ser quien soy,
Que es más que todo, que nada
Me reprime: ¡vive Dios,
Que he de morir ó gozalla!

Cantan dentro:

En una soberbia torre,
Cuyos pies el Tajo baña,
Doña Teresa se queja
De su hijo y su desgracia.
¡Ay, hijo ingrato, nacido
De las furiosas entrañas
De la tigre más feroz
Que cría la inculta Hircania,
Si el ser madre no te mueve,
Ser mujer te mueva el alma;
Que vengarse de mujeres
Es vileza y no venganza!

Salen Ruy de Silva y Álvaro.

ALFONSO.

¡Hola!

RUY.

Señor.....

ALFONSO.

¿Quién canta en esa torre?

RUY.

Es la torre, señor, donde está presa
Tu madre y mi señora, y cada día,
Cuando come, renueva la memoria
De su infelice y desdichada historia,
Porque un paje le canta este romance.

ALFONSO.
Subid arriba, y, á sus ojos mismos,
Matad el paje que esos versos canta.
RUY.
¡Señor!.....
ALFONSO.
¡Andad!
RUY.
Tanto rigor me espanta.
ALFONSO.
¡Álvaro!
ÁLVARO.
¡Gran señor!

Egas Núñez á la puerta.

ALFONSO.
Espera un poco.
EGAS.
Cualquier disgusto de mi Rey me aflige:
Triste está; no es posible que me aparte
De él un instante, que su mal recelo;
Con don Álvaro está; escuchar quiero
Lo que le dice.
ALFONSO.
Álvaro, yo muero;
Esta divina Circe me convierte
En bruto irracional con forma humana;
Que no es de Rey dichoso mi fortuna.
EGAS.
Enamorado está, sin duda alguna,
Y no me admiro, que si es Rey, es hombre.
ALFONSO.
Álvaro, ¿quién habrá que no se asombre,
Pues con tan falsas esperanzas largas
Le rindo el alma á doña Inés de Vargas?
Procúrola olvidar, mas no es posible,
Que ha llegado mi amor á ser terrible;
Perdóneme Egas Núñez, calle el mundo,
Porque en gozalla mi remedio fundo.
EGAS.
¡Válgame Dios! ¿Son vanas ilusiones?
¿Podré crédito dar á estas razones?
Rapaz mal entendido y mal mirado,
¿Aqueste es el honor que me habéis dado?
Deseando ser Rey prudente y sabio,
¿Á mi lealtad hacéis aqueste agravio?
¡Qué bien esta desgracia que temía,
El alma con sospechas me decía,
Porque en sus ojos fáciles mostraba
Que con cuidado á doña Inés miraba!
Mas ¡quién creyera tal! ¡Viven los cielos,
Que á España abrase si me abrasan celos!
ALFONSO.
Álvaro, cuando un rey se determina,
Es loco quien consejos imagina.

Sale el paje huyendo; vase á favorecer del Rey; tras él, Ruy de Silva.

RUY.
¡Muera!
PAJE.
¡Gran señor, piedad
Si un inocente te obliga!
EGAS.
¿Qué es esto? ¡Tened!
RUY.
¡Mirad
Que es el Rey quien le castiga!
ALFONSO.
¡Matadle!
EGAS.
¡Extraña crueldad!
Señor, pues ¿en qué ha ofendido,
De aqueste paje el intento,
Á tu grandeza?
ALFONSO.
En que ha sido,
Cantando, el vil instrumento
Del disgusto que he tenido.
Si su voz, que al aire encanta,
Aleve me está ofendiendo
Cuando como un cisne canta,
Muera como un cisne, haciendo
Dulces pasos de garganta.
EGAS.
No ha de hacer tal Vuestra Alteza,
Ó me he de enojar, ¡por Dios!
Que es en los reyes vileza
La crueldad.
ALFONSO.
Llevadle vos,
Y quítenle la cabeza.

Llévele D. Álvaro.

EGAS.
Suplícoos le perdonéis,
Que á vuestra madre ofendéis.
ALFONSO.
Yo, ¿no soy Rey?
EGAS.
Señor, sí.
ALFONSO.
Pues ¿qué se me dará á mí
De que vos os enojéis,
Ni de que mi madre entienda
Que hago mi gusto?
EGAS.
Mirad
Mejor.....
ALFONSO.
¡Baste!
EGAS.
Que se ofenda
Vuestra madre es impiedad.
ALFONSO.
Nadie impedirme pretenda
Si mi enojo solicito.
EGAS.
Que yo me enoje, no importa;
Mas pesárame infinito

Si en vos la razón no acorta
Las riendas al apetito.

ALFONSO.

¿De qué servirá el poder
Si al hacer no se reduce?

EGAS.

Sí; pero tiene de ser
En lo justo, que allí luce,
Y aquí podrá obscurecer
El claro honor que heredáis;
Y también, en lo que es justo,
Es razón me obedezcáis.

ALFONSO.

No quiero yo que á mi gusto
Tan soberbio os opongáis;
Rey, quien rige significa,
Y contradicción implica
Que se halle en él dependencia,
Y así, por esta excelencia,
Aun al mismo Dios se aplica.
Cuando era Conde y rapaz,
Vuestros consejos guardé;
Y ahora, pues sois sagaz,
Por consejero os tendré
En la guerra y en la paz;
Mas no con tanta pensión
Que no os haya de consultar
En una ordinaria acción.

EGAS.

Pues no podrás acertar,
Que.....

ALFONSO.

¡Callad!

EGAS.

Tus años son
Tan pocos para regir
Un reino.....

ALFONSO.

Tengo valor,
Que la edad podrá suplir.

EGAS.

¡Señor!.....

ALFONSO.

Callad, que es mejor
Que no conmigo argüir.

EGAS.

¡Ah, dura y pesada ley!
No en balde el nombre de rey
Á Roma fué tan odioso,
Y para el Senado honroso
Dejó Fabio arado y buey;
Que si el mundo su salud
Con equidad pretendiera,
Y evitar tanta inquietud,
Sólo á la frente ciñera
Quien tuviera más virtud.

ALFONSO.

Demasiado habéis andado.

EGAS.

Perdóneme Vuestra Alteza;
Cual maestro, me he alargado.

ALFONSO.

Ya el tiempo de esta aspereza,
Egas Núñez, se ha pasado;
Hablad con moderación,
Que ya soy Rey, en efeto.

EGAS.

Y yo, en cualquiera ocasión,
Os he de guardar respeto;
Que es la lealtad mi blasón.

Sale D. Álvaro de Sousa.

ÁLVARO.

Prevén, Alfonso el primero
De Portugal valeroso,
El limpio y luciente acero;
Que hoy á tu reino famoso
Le amenaza el fin postrero.
Alfonso, el Emperador
De España, con gran furor,
Para vengar á su hermana,
Con soberbia castellana
Entra en Portugal, señor.
Á Gelves ganado tiene,
Á Montemor y Estremoz,
Y mayor daño previene,
Pues á Santarén, feroz
Contra ti marchando viene;
Y no es razón que dilates
El prevenir los combates.
¿Qué esperas?

ALFONSO.

¿Qué hemos de hacer?

EGAS.

Aquí podrás conocer
De mi lealtad los quilates:
Resistirá al castellano
Poder, si el de Jerjes fuera
Su ejército, aquesta mano.
¡Ah, si obligalle pudiera (Aparte.)
Á olvidar su amor villano,
Que aunque la virtud de Inés
Es tan grande, el poder es
De los príncipes muy fuerte,
Y sólo para la muerte
No aprovecha el interés!
Aunque es vileza entender
Que yo de celos me quejo;
Pero ¿quién ha de tener
Celos, sino un hombre viejo
Que tiene hermosa mujer?

ALFONSO.

No me causa maravilla:
Vamos, fuerte general,
Porque del Tajo en la orilla,
El valor de Portugal
Ha de conocer Castilla.

EGAS.

Con razón la furia ultrajas.

ALFONSO.

¡Suenen pífanos y cajas,

Álvaro, que aunque me alteras,
De sus soberbias banderas
Le he de cortar mortajas!

Vanse, y salen D. Fernando, Brito, y detrás el Rey de Castilla.

REY.

En esta ribera amena,
Donde entre sauces y alisos
El sagrado Tajo suena,
Formando el sol rojos visos
En su cristal y en su arena,
El ejército, Fernando,
Puede, en tanto, descansar,
Que el portugués va formando
Su campo. Si restaurar
Quiere lo que voy ganando,
Aquí le presentaré
La batalla, si me aguarda.

FERNANDO.

Tu gusto obedeceré.

REY.

Y harás que la recta guarda
Siempre en vigilancia esté,
Porque de ese monte acaso
Los villanos no pretendan
Abrir á su intento el paso;
Y los caballos se extiendan
Por aquese campo raso:
Sabrá este rapaz así
Cómo se burlan de mí
Los príncipes mis vasallos,
Y que para castigallos
Tengo el valor que adquirí;
Que no ha de verme Castilla
Hasta que de Portugal
No deje ciudad ni villa.

FERNANDO.

Hoy á tu nombre inmortal
El mundo, señor, se humilla.

REY.

¿Qué hay de mi hermana?

FERNANDO.

Aun la tiene
En dura prisión, señor.

REY.

Nombre de infiel le conviene
Desde el Atlante mayor
Á las cumbres de Pirene.
Pero su barbaridad
Sabré castigar, amigo,
Si los cielos su piedad
Inmensa muestran conmigo.
Del ejército cuidad,
Fernando, porque yo quiero
Retirarme á descansar.

FERNANDO.

En todo servirte espero.

REY.

Y yo os he de hacer cobrar,
Conde, el estado primero.

Vase el Rey.

FERNANDO.

Entre el vencer y el matar
Mi corazón no reposa.

BRITO.

¿Qué te puede fatigar?

FERNANDO.

El cuidado de mi esposa
No me deja sosegar:
Está en el poder tirano
De ese rapaz, y no en vano
Temo.

BRITO.

En efecto, ¿es su hijo?

FERNANDO.

Sí; mas con causa me aflijo,
Que, del poder castellano
Oprimido, vendrá á hacer
Alguna locura en ella.

BRITO.

No es posible.

FERNANDO.

Puede ser,
Que también podrá ofendella
Él que la pudo prender.
Quisiera, amigo, intentar
Hablarla.

BRITO.

Será, señor,
Medir con los pies el mar.

FERNANDO.

No hay imposible á mi amor;
Él la traza me ha de dar:
Con ese tosco vestido,
Amigo, iré disfrazado
Á buscar mi bien perdido.

BRITO.

Muy mal, señor, has pensado;
Que no te arrojes te pido,
Porque quizá perderás
La gloria que vas ganando.
Mas, pues tan dispuesto estás,
No quiero ser otro Orlando
En tu servicio, y verás
Que debajo este sayal
Hay un corazón leal:
Á la torre partiré
Y con tu esposa hablaré.

Abrázale recio.

¡Ten, pesia tal (1),
Que me has quebrado los brazos!
¡Á otra nueva que te doy
Me harás el cuerpo pedazos!

FERNANDO.

¡Loco de contento estoy!

(1) Verso incompleto.

¡Dame, amigo, mil abrazos!

Abrázale otra vez.

BRITO.
¡Reniego de la abrazada
Y de mí mismo!

FERNANDO.
¿Qué dices?

BRITO.
Que el alma tengo turbada:
¡Hasme roto las narices!

FERNANDO.
Di, amigo.

BRITO.
No digo nada:
¡Vete á abrazar con un toro!
¡Da los brazos á una peña,
Al rollo de Écija, á un moro!

FERNANDO.
Amigo, el modo me enseña
De cobrar el bien que adoro.

BRITO.
Como no me abraces más,
Ni burlando ni de veras,
En tu vida, lo sabrás.

FERNANDO.
No te abrazaré, ¿qué esperas?
Si fin á mis males das.

BRITO.
Yo soy, al fin, de la tierra,
Y no se ha sabido aquí
Que te he seguido en la guerra;
Hoy verás, señor, que en mí
Un gran corazón se encierra.
Dame una carta y yo iré
Á la torre, y la daré
En la mano á Su Excelencia.

FERNANDO.
Por sola esa diligencia,
Brito, el alma te daré.

BRITO.
Pues á más se ha de llegar
Si me ayuda la fortuna:
Gente has de hacer aprestar
Detrás de aquesa laguna.

FERNANDO.
¡Haré á los vientos parar!
¡Haré que salgan de juicio
Los cielos con estos brazos!

BRITO.
Vamos, que ya hablas de vicio;
Mas no me has de dar abrazos
De aquí al día del Jüicio.

Vanse.

Salen D.ª Inés y Laura, con mantos.

LAURA.
¡Qué triste estás!

INÉS.
¡Dios sabe si me pesa!
Que lágrimas vertidas de una madre,
Tan gran señora, y por su hijo mismo
En una torre presa, ¿á qué montañas
No ablandarán las rígidas entrañas?
Yo no he venido á Portugal, amiga,
Sino á desdichas, penas y disgustos:
La Condesa en prisiones lamentándose,
El reino ardiendo con civiles guerras
Entre tío y sobrino, y yo ¡infelice!
En otra guerra más cruel metida,
De aqueste mozo loco perseguida.

LAURA.
Hacia nosotros viene mucha gente;
El Rey es.

INÉS.
¿Qué me dices?

LAURA.
Del caballo
Se ha apeado y hacia acá camina.

INÉS.
Mayor desdicha el alma me adivina.

Salen Alfonso, D. Álvaro, Ruy de Silva y otros, en cuerpo.

ALFONSO.
Dichosísimo suceso
Tendrá mi gente en la guerra,
Si vuestros divinos ojos
Es lo primero que encuentran.
Ya del castellano airado
No temeré la soberbia,
Porque sus fuertes escuadras
De mis portugueses tiemblan.
Pero si suele estimarse
Una voluntad inmensa,
Y si el amor se agradece
En pechos donde hay nobleza,
Y las lágrimas vertidas
En vos han de hallar clemencia,
Suplícoos, señora mía,
Que para que alegre pueda
Partir á aquesta jornada,
De tantos peligros llena,
Me deis un favor pequeño,
Aunque sólo favor sea,
Para sosegar al Rey
Que adora vuestra belleza.
Si me hacéis esta merced,
Pondré á vuestras plantas bellas
Del mar y la tierra juntos
La inmensa circunferencia.
Al de Castilla, mi tío,
Traeré en doradas cadenas
Á que como humilde esclavo
Os sirva y os obedezca.
Haré para vuestros pies
Alfombras de sus banderas,
Y por vos de sus pendones
Se adornarán mis iglesias.

Ea, bellísima Inés,
Mirad que un Rey os lo ruega:
¡Muévaos mi vida á lo menos,
Ya que mi afición no os mueva!

INÉS.

Cierto, señor, que pensaba
Que lo que con tantas veras
Pretendido habéis de mí
Era juego, y burlas eran;
Pero pues vuestra porfía
Hoy lo contrario me enseña,
Diré lo que siento en esto,
Y perdone Vuestra Alteza.
Yo soy doña Inés de Vargas:
Ya sabéis por mi ascendencia
Es tan ilustre en España
Como conocida en ella.
Las murallas de Trujillo
Os darán bastantes pruebas,
De mis mayores guardadas
Contra la africana fuerza.
Tengo deudos en Castilla,
Que en linaje y en riqueza,
Unos exceden á Creso,
Y otros imitan á César.
Caséme con Egas Núñez,
Hombre que en armas y en letras
Ha sido el Fénix de España,
Pues en Asia le respetan,
Y vos le debéis, señor,
Obligaciones y deudas,
Tantas como vos sabéis,
Mas no sabéis conocerlas.
Y si vos como mancebo
Á aquellas canas honestas
No queréis guardar respeto,
Yo sí, que me miro en ellas;
Porque son blancos cristales,
Donde se han de ver por fuerza,
Ó la lealtad de mis bríos,
Ó de mi amor la pureza.
Vuestra Alteza se reporte,
Y si no hiciere, advierta
Que si es Rey, tengo valor;
Mi esposo, valor y hacienda.
Príncipes tiene en Europa,
Y amigos que por él vuelvan,
Y yo deudos en Castilla
Que me amparen y defiendan.

ALFONSO.

¿Tan cruel respuesta, Inés,
Se debe á mi amor? ¿Tan fiera
Resolución en mi daño
Merecen mis dulces quejas?

INÉS.

Mal parece á Dios y al mundo
De esa suerte Vuestra Alteza,
Cuando para pelear
Sus capitanes le esperan.
Y yo en la calle, señor,
Doy nota; déme licencia,
Que es tarde.

ALFONSO.

¡Viven los cielos,
Que eres de bronce ó de piedra!
¿No sabes que en mis estados
No habrá quien mi gusto tuerza,
Y que si ruegos no valen,
Podrá valer la violencia?

INÉS.

Cuando la violencia valga,
Dagas hay para Lucrecias,
Y Brutos, que de Tarquinos
Castigarán la soberbia.

ALFONSO.

Deja que toque tu mano,
Pues tan de hielo te muestras,
Para ver si se mitiga
El fuego que me atormenta.

INÉS.

También soy de fuego yo,
Y podrá ser que te encienda;
Que el respeto que me pierdes,
Llamas en mi pecho engendra.

ALFONSO.

Dame una cinta no más,
Porque, en mi visera puesta,
Pueda servir á mi gente,
En la batalla, de estrella.

INÉS.

Eso ya fuera llevar
Un rótulo de mi afrenta,
Dando nudos á mi amor,
Y á tu libertad licencia.

ALFONSO.

Ruy de Silva.....

RUY.

Gran señor.....

ALFONSO.

Óyeme aparte: de aquesta
Mujer es cosa imposible
Que ablandemos la fiereza;
Y pues no aprovechan ruegos,
Ha de aprovechar la fuerza.
En tanto que en la batalla
Egas Núñez se entretenga,
Vendrás con gente á su casa,
Disfrazado, y haz que della
La saquen, y llevarásla
Á la más vecina aldea,
Donde partiré á gozalla
Y do el castellano venza.

RUY.

Tu gusto, señor, es ley.

ÁLVARO.

No será mientras yo pueda;
Que no ha de hacer tal agravio
A quien su reino acrecienta.

Sale Egas Núñez.

EGAS.

El castellano ha salido,

Gran señor, de las trincheras,
Y al són de trompas y cajas
La batalla te presenta.
Tus soldados valerosos,
Con tal gusto la desean,
Que cada instante que tardas
Por largo siglo le cuentan.
Los caballos, con las manos
Y pies batiendo la tierra,
Pienso que porque dilatas
El acometer, se quejan.
Para alcanzar la victoria
Sólo falta tu presencia;
Ven, que la vista del Rey
Valor y ánimo acrecientan.
Dadme licencia, señor.

ALFONSO.

¡Toca al arma!

INÉS.

Vuestra Alteza
Goce infinitas victorias.

ALFONSO.

Para serviros con ellas.

Vase con los suyos.

EGAS.

Señora, ¿en este lugar?

INÉS.

De visitar la Condesa
Volvía, y á hablar al Rey
Me detuve.

EGAS.

¡Qué sospechas,
De tan vil causa nacidas,
En el alma se fomentan!

INÉS.

¿Quieres, nuevo sol, llevar
(Segundo Jasón de Grecia)
Para la guerra un soldado?

EGAS.

No, señora, que harta guerra
Lleva en todos los sentidos
Quien dentro del alma os lleva.

INÉS.

¿Guerra conmigo lleváis?

EGAS.

Es guerra de amor, que intenta
Nuestros pechos soberanos
Avasallar sus potencias.

INÉS.

Y ¿vencerán?

EGAS.

¡Ya han vencido!

INÉS.

El cielo, mi bien, os vuelva
Con victoria, dicha y fama.

EGAS.

Será la victoria vuestra.

LAURA.

Algo ha sospechado.

INÉS.

¡Loca!
¿En Egas Núñez cupieran
Sospechas que son tan viles?

Vanse.

EGAS.

Á morderme el alma empiezan
Los celos que del Rey tengo;
Mas no es justo que lo sienta
Inés; que puede mentir
La imaginación ligera,
Y quien celos pide, quiere
Que su mujer no sea buena.

Vase.

Salen dos guardas.

1.º

Más valiera pelear,
Que no, como almas en pena,
Estarnos toda la noche
Contemplando en estas rejas.

2.º

Con todo, Fulgencio amigo,
Esta quietud me contenta,
Y la guerra, Dios la dé
Á aquel que más la desea.

Sale Brito con una cesta y hierbas y flores dentro.

BRITO.

¡En nombre de Dios, aquí,
Cielos, mi ventura empieza!
¡Á Dios y á Santa María
Ruego que orégano sea!
¡Bravo miedo me fatiga,
La vista me hace quimeras,
Y el corazón, triquitraque,
Y tengo azogue en las piernas!
Pero aquéstas son las guardas:
Señores, denme licencia
De que sepa si está en casa
Mi señora la Condesa.

1.º

¡Qué gracioso disparate!
¿Dónde ha de estar si está presa?

BRITO.

Luego ¿los presos no salen
Á pasearse?

2.º

¡Discreta
Pregunta!

BRITO.

Quisiera hablarla.

2.º

¿De á dó vienes?

BRITO.

De esta aldea
Que está junto á Santarén,
Y tráigole en esta cesta
Un regalo.

1.º

¿Quién le envía?

BRITO.

Vino nuestro Cura á vella
El jueves pasado, y fué
Tan fiado de sus prendas,
Que dijo mil alabanzas
De su virtud y excelencias.
Oyólo el Alcalde, y dijo
Al Regidor en la iglesia
Que un presente le enviase.
El Regidor, que se precia
De cortesano, y habló
Sobre el caso con mi abuela,
Y ella que no se entremete
En cuentos, por ser tan vieja,
Lo dijo á un vecino suyo,
Y éste, que es hombre de hacienda,
Vino ayer á Santarén
Á sacarse cierta muela
Que le dolía; encontró
En el camino, de vuelta,
Al barbero del lugar,
Y debajo de una higuera
Hizo que se la sacase;
Sacósela, y, en conciencia,
Me dice que sin dolor,
Porque tiene gran destreza:
Como digo de mi cuento,
Volviéndose hacia la aldea,
Le dijo lo del presente
Al barbero, y, sobre cena,
Me rogó anoche que fuese
Sobre mi burra á su huerta,
Y trajese aquesta fruta;
Yo fuí, y en verdad que apenas
Salí del lugar anoche,
Cuando perdí dos monedas
Arrevueltas en un trapo,
Y bajando de una cuesta
Me deshice las narices,
Cayendo de mi jumenta;
Pero con tantos azares
Llego, en efecto, á la puerta
De la torre: sean servidos
De llamarla, porque vean
Los de mi pueblo que cumplo
Con lo que se me encomienda.

1.º

¡Extremada relación!

2.º

¿Hay más extremada arenga?

1.º

¡Extraña simplicidad!
Subid aquesa escalera,
Amigo, y en esa sala
Hablaréis con la Condesa:
Quizá en su melancolía
Podrá ser que se entretenga.

BRITO.

¡Dios les pague la limosna!

1.º

¡Buen pazguato!

2.º

¡Hermosa bestia!

Salen D. Álvaro y otros tres ó cuatro, los dos con máscaras.

ÁLVARO.

Seguidme, amigos, seguidme,
Libraréis una inocencia
De la mayor tiranía
Que en las historias se cuenta.
Con el orden que os he dicho,
Al bajar aquesta cuesta
Sacad las fuertes espadas,
Y no permitáis que vuelvan
A las vainas, sin estar
De traidora sangre llenas.

Vanse.

2.º

La noche viene cayendo.

1.º

Arsindo, ¿qué gente es ésta?

2.º

De la ciudad han salido,
Y por ese monte vuelan.

1.º

¿Irán al campo?

2.º

No, hermano;
Alguna traición intentan,
Pues que van enmascarados.

1.º

Ven, y lo que fuere sea.

2.º

Bien podemos, que ya es tarde;
Cerremos aquestas puertas.

Sale D.ª Teresa con el sayo de Brito.

1.º

¿Bajó el villano?

2.º

Ya baja.

TERESA.

Noche, tu amparo me presta.

Vase.

1.º

¡Qué contento va el villano!

2.°
Apenas si pisa hierba.

Vanse; y después de haber tocado armas, sale Egas Núñez, y trae á D. Alfonso en los hombros, ambos las espadas desnudas.

ALFONSO.
¿Cuándo, valeroso Eneas
De este Anquises portugués,
Aunque aquí tan al revés,
Yo hijo y tú padre seas,
Te he de pagar tanto bien?
EGAS.
La noche nos da su capa;
De aquesta furia te escapa,
Pues estás en Santarén.
La mayor parte has perdido
De tu ejército, señor.
ALFONSO.
Del cielo todo el rigor,
Egas, contra mí ha venido:
Perdido soy: ¿qué he de hacer?
EGAS.
No siempre se ha de ganar;
Que está llamando el pesar
Á la puerta del placer.
Mas yo te daré un remedio
Para el peligro que estás,
Que, sin duda, ahora estás
De tantos males en medio.
Si arrogante el castellano,
Alegre con esta gloria
Quiere seguir la victoria,
Todo el reino lusitano
Le será fácil ganar;
Y así, es bien que te prevengas
Para que después no tengas
Que sentir y que llorar.
Entra en la obscura prisión
De tu madre honesta y bella:
Reconcíliate con ella,
Que importa en esta ocasión;
Porque el natural amor
De madre, no puede ser,
Sino que te ha de valer
Para que el Emperador
A levantar se resuelva
El campo, sin darte enojos,
Y de ganados despojos,
Rico á Toledo se vuelva.
ALFONSO.
¿Cuándo no son de provecho,
Egas, tus razones sabias?
EGAS.
Y cuando tú más me agravias, (Aparte.)
Hay más lealtad en mi pecho.
ALFONSO.
Hablar á mi madre quiero;
Que si llega á amanecer,
Que no tenga podrá ser
Tu consejo el fin que espero.
Ésta es la torre.
EGAS.
Ésta es;
Las puertas están cerradas
Y las guardas retiradas
Allá dentro.
ALFONSO.
Llama, pues.
EGAS.
¡Ah de la torre!

Sale Brito.

BRITO.
¿Quién llama?
EGAS.
¡Abrid luego!
BRITO.
¿Á quién? ¿Á vos?
Decid á quién, ó ¡por Dios,
Que yo me vuelva á la cama!
EGAS.
¡Abrid, soldados, que está
Aquí el Rey! ¡Abrid aprisa!
BRITO.
¿No ve que estoy en camisa?
ALFONSO.
¿Qué es aquesto?
EGAS.
¡Acabad ya!
BRITO.
Oigan: si son castellanos
Y engañarnos piensan, crean
Que hallarán lo que desean.
ALFONSO.
¡Abrid la puerta, villanos!
BRITO.
Pues ¡por Dios! si no se apartan
Y me dan tantas mohinas,
Que les arroje dos chinas
Que por la mitad los partan:
Si no quieren que les toque,
Apártense á toda ley.
EGAS.
Advertid que está aquí el Rey.
BRITO.
No conozco rey ni roque.
EGAS.
Mirad que quiere hablar
Á la Condesa: ¡abrid presto!
BRITO.
¡Por Dios, que es muy lindo aquesto!
¡Gentil lance vino á echar!
La Condesa, no ha un momento
Que se acogió.
EGAS.
¿Qué decís?
¿Estáis loco?
BRITO.
Lo que oís;
Dígalo el señor sargento.

Señor, no puedo abrir
La puerta, cualquier que seas;
Mas si la verdad deseas,
Yo te la sabré decir:
Un villano la metió
Cierto presente cenando,
Mas que bajase aguardando,
Á todos nos engañó;
Que tomando su vestido
Tosco, con la noche obscura
Se pudo escapar segura.

ALFONSO.

¿Y el villano?

BRITO.

Ya se ha ido.

ALFONSO.

¡Infames! ¿Á todos juntos
Os pudo dejar burlados?

BRITO.

Si despiertan los soldados, (Aparte.)
Que están en sueño difuntos,
Se ha de descubrir mi flor.

EGAS.

Gran señor, ya viene el día,
Y si aquí te hallan, podría
Sucederte mal.

BRITO.

Señor,
Perdona, y danos licencia,
Que nos vamos á acostar:
Mañana se han de quedar
Á la luna de Valencia.

Vase.

EGAS.

El detenernos aquí
De gran daño te sería;
Entra en la ciudad, y fía
De la lealtad que hay en mí.
Yo voy por embajador
Tuyo al campo del contrario,
Y espero en el tiempo vario
Que habrá suceso mejor.

ALFONSO.

Parte, que en tu lealtad hallo
Tanta estima, precio y ley;
Que no tiene cosa un rey
Como un honrado vasallo.

EGAS.

Beso á Vuestra Majestad
Los Reales pies.

ALFONSO.

Marchad.

EGAS.

Mira, ingrato Alfonso, aquí, (Aparte.)
Que hay dos extremos en mí
De tu agravio y mi lealtad.

ACTO TERCERO.

Salen el rey D. Alfonso y Ruy de Silva.

ALFONSO.

¿Así me obedecéis?

RUY.

Rey soberano,
Si no he sido leal, mande Tu Alteza,
Pues que ya en tu opinión tal nombre gano,
Que de los hombros quiten mi cabeza;
Mas no es razón que sin oir disculpa
Me culpe y me condene tu grandeza.

ALFONSO.

Sólo al vasallo el no cumplir le culpa
El mandato del Rey.

RUY.

Es justa cosa;
Pero no hay pena cuando no hubo culpa.
Yo junté de la gente más briosa
Veinte soldados, y con mano armada
Vine á buscar á doña Inés hermosa:
Halléla recogida y ocupada
En la oración, quizá por su marido,
Cuando Belona andaba más airada.
Entro en su cuadra, altérase al rüido,
Cógenla los soldados disfrazados,
Sin que á dolor les mueva su alarido;
En un coche la meto, y azotados
Los caballos, al céfiro aventajan,
Si no es que son del céfiro engendrados;
Pero apenas por esa cuesta bajan,
Cuando un tropel de gente nos detiene,
Y con palabras libres nos ultrajan.
Cada cual encubierto el rostro tiene
Con diferente máscara, y furioso,
Con el acero hacia nosotros viene.
En breve tiempo vieras el hermoso
Campo de humana sangre matizado,
Y más que en tu batalla riguroso
El encendido monte, y ya forzado
De la ventaja, viendo cuatro muertos
De los míos, dejé el sangriento prado.

ALFONSO.

¡Cómo quieres dorar tus desconciertos!
¿No te fuera mejor morir á manos
De aquellos hombres, y que en los desiertos
De ti se hartaran brutos inhumanos,
Que no volver, cobarde, á mi presencia
Con tal infamia?

RUY.

¡Si de mil tiranos,
Señor, me vi cercado!

ALFONSO.

¿Qué paciencia
Podrá bastar en tan amarga calma?

¿Dónde hallaré á mis males resistencia?
Inés ausente me ha llevado el alma;
Préndame el Castellano y déme muerte,
Que sin ella no hay gloria, lauro ó palma.

Salen las guardas, y sacan á Brito revuelto en una manta.

1.°
Este vil, gran señor, entró en el fuerte
Á hablar á mi señora, y con fingido
Trato nos engañó de aquesta suerte,
Porque ella se escapó con su vestido,
Y hasta la aurora menos no la echamos,
Que pretendió escaparse este atrevido,
Y queriendo prendelle, el daño hallamos.

BRITO.
¿A quién habrá que aqueste mal no asombre?

1.°
Llégate acá.

BRITO.
¡Buenos, por Dios, estamos!
¡Desdichado de mí!

ALFONSO.
¿Quién eres, hombre?

BRITO.
No soy hombre, señor; soy un villano.

ALFONSO.
¿Cómo te llamas? Di.

BRITO.
No tengo nombre.

ALFONSO.
Y ¿de qué tierra eres?

BRITO.
Soy romano.

ALFONSO.
¿Á qué viniste á España?

BRITO.
La ventura
Me trujo á vender brevas el verano.

ALFONSO.
Este hombre es loco.

RUY.
El talle lo asegura.

ALFONSO.
¿Quién te mandó que en la prisión entraras
Á librar á mi madre?

BRITO.
Una escritura,
Porque tú, gran señor, no la mataras,
Me hizo el Rey de España, en que me daba
De alguaciles y alcaldes dos mil varas.
Yo, pensando que enojo no te daba,
Subí sobre una yegua voladora,
Que coja de dos pies y ciega estaba;
Saqué de la prisión á la señora.

ALFONSO.
Y ¿dónde fué?

BRITO.
Llevóla su marido,
Y pienso que con él estará ahora.

ALFONSO.
¿Conócesle?

BRITO.
Es un hombre mal vestido;
Alto de cuerpo, cojo, ciego, enano.

ALFONSO.
Echadle fuera luego.

BRITO.
Sólo pido
Que me des qué me vista.....

1.°
¡Anda, villano!

BRITO.
Que parece que tomo las unciones,
Y yo no tengo búas, que estoy sano.

2.°
¡Salid!

BRITO.
Hele de dar dos mojicones.

Vase.

Sale Egas Núñez con las capitulaciones.

EGAS.
Ya da la vuelta á Castilla
El soberbio Castellano,
Y el Tajo, alegre y ufano,
Riega seguro su orilla.
En fin, Alfonso, contento
Con aquestas condiciones,
Sus invencibles pendones
Entrega al ligero viento.
Yo, en tu nombre, las firmé,
Y con la razón convienen.

ALFONSO.
Mostrad, veré qué contienen
Y si cumplirlas podré.

Hace como que las lee.

Bien, á fe, gallardamente,
Núñez, me habéis defendido;
Cierto que estoy muy servido
De vuestro pecho valiente.
Vuestra diligencia alabo,
Pues que, siendo á toda ley
Señor y absoluto Rey,
Me habéis hecho humilde esclavo.
¿No fuera mejor que Alfonso
La ciudad furioso entrara,
Y en mi muerte se cantara
Hoy el último responso,
Que no que, quedando vivo
Con una paz tan infame,
El mundo á voces me llame
Del Castellano cautivo?
¡Lo justo he de obedecer!
¡En sus Cortes me he de hallar!
¿Qué os faltó para firmar,
Que su paje había de ser?
Mas pues que vos, como viejo,

Tan acobardado estáis,
Que mi opinión infamáis
Sin prudencia y sin consejo,
Yo, que sigo los blasones
Del valor á que me aplico,
De esta suerte ratifico

Rompe el papel.

Tan villanas condiciones.
Y segunda vez pondré
Contra el gran poder de España
Mis pendones en campaña,
Y á lo menos moriré
Cuando vencer no pudiere
Honradamente en la guerra;
Que es villano el que en su tierra
Vivir con infamia quiere.

EGAS.

Con ofensas infinitas,
Rey, que desde aquí me excluyo
De llamarme padre tuyo,
Me provocas y me incitas;
Y á no tener la obediencia
Y la lealtad por blasón,
No sé si en esta ocasión
Pudiera tener paciencia.
Lo que á cumplir se obligó
Tu padre, que en gloria esté,
Es lo mismo que firmé
Ahora, en tu nombre, yo.
Pagar treinta mil ducados,
Sólo es lo que se ha añadido,
Y si un reino has adquirido,
No en balde serán pagados;
Porque más es de tu madre
Ese reino, que no tuyo;
Mientras ella vive, es suyo,
Pues que se lo dió su padre.
Y cuando injusticia hallara
En las condiciones, di:
¿Qué fuera ahora de ti
Si no las capitulara?
Mas yo solo pagaré
Tan extraño desvarío,
Y al cuchillo de tu tío
La cabeza entregaré;
Porque no diga Castilla
Que hombre de mis prendas y años
Á un Rey trató con engaños,
A quien el mundo se humilla.

Vase.

ALFONSO.

¿Qué podré hacer en tantas confusiones?
¿Qué fin han de tener mis desvaríos?
¡Cómo os desvanecéis, intentos míos,
Sin tocar aun del aire las regiones!
¿Adónde están los ínclitos blasones
Que esperé de ser Rey con locos bríos,
Si ya mis pensamientos yacen fríos,
Convertidas sus llamas en carbones?
Y tú, ciego rapaz, que me engañaste,
¿Qué es de las glorias que me prometiste
Cuando de doña Inés me enamoraste?
Pero ¿por qué de ti me quejo, ¡ay triste!
Pues apenas el cielo me enseñaste,
Cuando las puertas del infierno abriste?

Sale Egas Núñez alborotado.

EGAS.

Más males hay en mi casa,
Rey Alfonso, que temía;
Más viles son tus crueldades,
Mayores son mis desdichas.
Doña Inés, mi esposa, falta,
Y responde mi familia
Que enmascarados la llevan,
Cuyas sangrientas cuchillas
Para el sacrilegio infame
Abrieron tiranas vías;
Y aquesta maldad no nace,
Rey, sino de tu injusticia.
Que no premies mis servicios
Y que enojado me riñas
Porque con el Castellano
Mi mano tus paces firma,
Pase; pero que me quites
El honor, joya tan rica,
Que el noble la estima y precia
En más que la vida misma,
¿Quién ha de poder sufrillo?
¿Quién, aunque el mundo lo impida,
No volverá á Portugal
En humo y pardas cenizas?
Dame á Inés; y si fué mala
Castigaré su malicia,
Aunque no presumo yo
De quien es, tal villanía,
Ó ¡vive Dios.....

ALFONSO.

Vienes loco,
Egas Núñez: ¿qué te instiga,
Que así el respeto me pierdes
Y tan furioso deliras?

EGAS.

Perdóname, gran señor,
Y advierte en las canas mías
El humor que vierte el alma,
Pensando que está ofendida.
Mucho mi lealtad me debe,
Mas es mi afrenta infinita:
Rey, yo soy Egas Núñez;
Bien sabe el alma divina
De tu padre, que ya en paz
Estrados de estrellas pisa,
Lo que la Cristiandad debe,
Señor, á mi espada limpia.
Siempre fuí su fiel Acates;
Con él pasé á la conquista

De Jerusalén, en tiempo
De aquella piadosa Liga.
En el cerco de Antióquia
Fuí el primero que la cima
Pisó de sus altos muros,
Á pesar de la morisma.
Cuando en la santa ciudad
Entramos, hice aquel día
Cosas que en el libro están
De la eternidad escritas.
Y de la que más me precio
Y que más mi amor estima,
Es que á la puerta dorada
Vi que á tu padre tenían
Más de cien moros cercado;
Y viendo su ilustre vida
Tan á pique de perderse,
Quise aventurar la mía;
Y poniéndome á su lado,
Los dos, con fuerza exquisita,
Bañamos el paso abierto
Con sangre turca y morisca.
En la conquista de Tiro
Maté en batalla reñida
Un bajá, dos belerbeyes,
Y quemé siete mezquitas.
Si á ti te he servido, dilo
Tú, tus vasallos lo digan,
Dígalo mi sufrimiento
Y díganlo mis heridas.
Ayer, después que el caballo
Que te dí perdió la vida,
Te saqué sobre mis hombros
De las armas enemigas.
He querido hacer, señor,
Esta relación prolija,
Porque de ofender te afrentes
Á quien estimar debías.

ALFONSO.

Egas Núñez, yo conozco
Lo que os debo, mas no es mía
La culpa que me imputáis,
Ni á satisfacción me obliga.
Buscad á vuestra mujer,
Que ni la tengo escondida,
Ni mi valor es capaz
De semejantes malicias.

EGAS.

Como el padre que al hijuelo
Desobediente castiga,
Estoy suspendiendo el brazo
Cuando á cólera me incita.
Pero ¡muera el sufrimiento
Leal, y si está ofendida
La honra, muera el respeto;
Sola la venganza viva!
¿He de aguardar á que el mundo
De mí por las calles diga
Que como infame he perdido
El honor, y no la vida?
¿Sufriré que mis hazañas
Aqueste eclipse reciban?
¡Ea, vencedora espada
Derramad.....

Saca media espada, y vuélvese al Rey.

ALFONSO.

¿Qué hacéis?

EGAS.

Decía
Á este acero si se atreve
Á sufrir tal ignominia
Sin tomar de estos agravios
La venganza merecida.

ALFONSO.

Y ¿qué responde?

EGAS.

Responde
Que á Tu Majestad se humilla;
Que, aunque es tan grande mi agravio,
Es mayor la lealtad mía.
Rey Alfonso, señor, yo......

ALFONSO.

Aunque me enciende y me irrita
Esta deslealtad, no quiero
Castigar vuestra osadía.

Vuelve las espaldas, y vase.

EGAS.

¿De esa suerte me respondes
Cuando reprimo mis iras?
¿Así me das las espaldas
Cuando te hablo de rodillas?
Pues.... ¡vive Dios, que he de hacer
Que en toda aquesta provincia,
Respetándote á ti solo,
No quede persona viva!

Saca la espada, y sale Álvaro.

ÁLVARO.

Señor, ¿dónde vas así?

EGAS.

Álvaro, no me resistas;
Que como loco me vengo
Si mi honra está perdida.

ÁLVARO.

Sosiega, que yo, que soy
Tu sangre, de tu desdicha
He sido restaurador:
El Rey mandó á Ruy de Silva
Que á tu esposa te robase,
Mas yo pude redimilla,
Porque, saliendo al camino,
Quité cuatro infames vidas,
Y á Inés libré de sus manos.

EGAS.

Y ¿dónde está?

ÁLVARO.

En una quinta

La tengo.

EGAS.

Vamos á vella;
Que ya el alma resucita,
Y el árbol de mi vejez
Renuevos arroja aprisa.
Mas, don Álvaro de Sousa,
Así se logren tus dichas,
Y excedas á tus mayores
Como en valor los imitas;
¿Has visto que doña Inés,
Obligada ó perseguida,
Diese muestras de villana?

ÁLVARO.

Es un león en la ira.

Salen el Rey y Ruy de Silva.

ALFONSO.

Y temo su justo enojo
Si airado se precipita.

RUY.

Ya don Álvaro de Sousa
Le reporta.

ÁLVARO.

Al sol le quita
El resplandor, curso al tiempo,
Gloria al cielo, luz al día:
Penélope no fué casta
En su comparación.

EGAS.

Vivas
Inmortal, mi doña Inés,
Pues así mi honor estimas.

Vanse los dos.

RUY.

Ya se van.

ALFONSO.

Mil confusiones
Me cercan y me fatigan
El sueño.

RUY.

Descansa un poco.

ALFONSO.

Allégame aquí una silla
Y vete.

RUY.

Guárdete el cielo,

Vase.

ALFONSO.

Temerosas fantasías,
¿Cuándo de una vez pondréis
Fin al curso de mi vida?
Inés ausente me mata,
Pues fué tanta mi desdicha
Que la quité á su marido
Y no la gocé; la envidia
De los celos me atormenta;
Mas el sueño me convida
Á que los sentidos dejen
Su acostumbrada malicia.

Duérmese en la silla, y sale el conde D. Enrique, su padre, armado.

ENRIQUE.

¿Duermes, Alfonso?

ALFONSO.

Duermo; mas ¿quién eres,
Fuerte varón, que así mi pecho animas
Con venerable vista? ¿Qué me quieres?

ENRIQUE.

En poco, Alfonso, tu renombre estimas.

ALFONSO.

¡Válgame Dios!

ENRIQUE.

Alfonso, no te alteres:
¿Cómo la escala del valor no arrimas
Á la inmortalidad, cómo te ofuscas
En gustos vanos, que en su ofensa buscas?
Como á Pablo podrá decirte el cielo:
«¿Para qué, vil gusano, me persigues,
Pues tan enamorado estás del suelo
Que huyes de la virtud y el gusto sigues?»
Si no te obligo, con el justo celo
De ser quien eres, es razón te obligues;
No se obscurezca el nombre entre la gente
De un Rey de tantos reyes descendiente.
En tanto que te ocupas en las guerras
Civiles, que te tienen tan cercado,
Los moros salen á correr tus tierras,
Castigo de tu pecho descuidado.
De Cintra baja por las altas sierras
El infame Ismael, rey coronado
De Lisboa, y con otros cuatro reyes,
Que guardan de Mahoma injustas leyes.
Resiste su furor, saca animoso
Tus gentes en campaña, deja el sueño,
Porque permite el cielo milagroso
Que dilates tu reino, aunque pequeño.
Tu padre soy; con este acero honroso
La fama conquisté, y así te enseño,
Velando, en fin, que para eternas glorias,
No se alcanzan durmiendo las victorias.

Vase.

ALFONSO.

Detente, padre, escucha, espera, aguarda.
¡Válame el cielo! ¡Qué visión es ésta!
También culpaba del troyano Eneas
El ocio vil el valeroso padre
Anquises, animándole á la empresa
Del poderoso reino de Latino.
¿Qué haré? ¿Será razón dar firme crédito
Á vanas ilusiones? Mas si el cielo
De aquesta suerte quiere darme aviso,
No será justo le resista.

Sale Ruy de Silva.

RUY.

Nunca
Viene sola, señor, la desventura:
Ahora mismo nuevas han llegado
Que cinco reyes moros te destruyen
El reino, y te han ganado cuatro villas.

ALFONSO.

Inmensas son, Señor, tus maravillas.
Ahora veo que el Señor me llama,
Porque aumente, sirviéndole, mi fama:
¡Afuera, pensamiento vano; afuera
Ilícitos deseos: ya despierto
De un letargo pesado, ya me animo
Sólo al valor que como Rey estimo!
Ordénense al momento mis escuadras;
Que hoy ha de ver quién soy el Africano.

RUY.

¿No has de saber primero qué se ha hecho
Doña Inés?

ALFONSO.

No la nombres, Ruy de Silva,
Que provocas el alma á tierno llanto:
Los cielos, envidiosos que la tierra
De tanto bien gozase, la han robado.

Sale un paje.

PAJE.

Don Fernando de Páez, tu padrastro,
Viene con embajada de Castilla.

ALFONSO.

Veamos lo que quiere el Castellano;
Mas no han de ser estorbo las razones
Á que salgan al aire mis pendones
Contra el Moro cruel..... ¡Al arma, amigos,
Que habéis de ser de mi valor testigos!

Vanse.

Salen Egas Núñez, D.ª Inés y D. Álvaro.

EGAS.

Como vivir no pudiera
El mundo de polo á polo,
Sin negar al rojo Apolo
La luz de la cuarta esfera,
Así, divina señora,
Se viera en tristes enojos,
Sin la luz de vuestros ojos,
Este esclavo que os adora.

INÉS.

Huyamos de este rigor,
No suceda, pues os dan
Tal pago, lo que á Abraham
Con Abimelech, señor.
Á un tirano no sirváis,
Pues por experiencia veis
Que más desdichas tenéis
Cuanto vos más le obligáis.
Hacienda tengo en España,
Y cuando no la tuviera,
Con vos contenta viviera
En una inculta montaña.
Dejad este Rey, que es
Enemigo declarado.

EGAS.

Hele, en efecto, criado,
Y quiérolo bien, Inés.
Muriendo su padre fiel,
Me dijo con llanto amargo:
«Mi hijo queda á tu cargo,
Y tú has de dar cuenta de él.»
Y así, señora, me aflijo
De su mal guardada ley,
Que le miro como á Rey
Y le quiero como á hijo.
Y no he de dejallo, en fin,
Que puede otro tiempo en él
Mi doctrina hacelle Abel,
Aunque ya imita á Caín.
Y será su tierna edad
Peor, si falta el consejo.

ÁLVARO.

¿Quién ha visto tal espejo
De prudencia y lealtad?

INÉS.

Pues justo no puede ser,
Andemos juntos los dos;
Que yo sé que estoy con vos
Segura de su poder.
Y cuando á la guerra vais,
Acompañaré contenta
Vuestro escuadrón, y haréis cuenta
Que un soldado más lleváis.

EGAS.

Yo le haré elegir mujer,
Inés, y será acertado,
Porque, mudando de estado,
Mudará de parecer.
Y ahora á Palacio vengo
Porque vea, doña Inés,
Cuanto más me agravia, que es
Mayor la lealtad que tengo.

Sale D. Fernando.

FERNANDO.

Hoy á tu arrogancia necia
Corresponderá el castigo.

EGAS.

¿Qué es esto, Fernando amigo?

FERNANDO.

¿Así Alfonso te desprecia?
Pues ¡vive Dios, que has de ver,
Mozo malaconsejado,
Que viene sobre tu Estado
Todo el español poder!

EGAS.

¿Qué ha habido?

FERNANDO.

Partió mi Rey

Á Castilla, confiado
De lo que estaba firmado,
Conforme derecho y ley,
Hizo en Badajoz llamar
Á Cortes, porque quería
Entrar en Andalucía,
Y envió por mí á intimar
Al Portugués que se hallase
En ellas, y dice airado
Que ni tal paz ha firmado,
Ni mandó que se firmase;
Que lo cumpla el ignorante
Que firmó las condiciones.
Y con soberbias razones
Dice loco y arrogante
Que, sin estimar la furia
Del castellano decoro,
Parte á castigar al Moro
De Lisboa, que le injuria.

EGAS.

Yo tengo la culpa, y yo,
Fernando, tendré la pena;
Mi desventura lo ordena
Solamente, que el Rey no.
Y así, juntaré una hazaña,
Aunque á costa de mi vida,
Cuya memoria, esculpida
En bronce, viva en España.

FERNANDO.

Yo voy, y me aflijo en parte;
Que ha de ser más insufrible
Templar la furia terrible
De mi Rey, que al mismo Marte.
Hoy de su poder Real,
Causando fieros desmayos,
Saldrán fulminantes rayos
Que abrasen á Portugal.

Sale Ruy de Silva.

RUY.

Ya, don Álvaro de Sousa
(Ésta es doña Inés gallarda),
Dice el Rey que cómo tarda,
Para esta ocasión forzosa,
Tu diligencia y cuidado.
Porque ya no hay caballero
Que no prevenga el acero,
Con tanta victoria honrado.
Prelados y obispos van
Á ayudarle con su gente;
Que en ocasión tan urgente,
Todos su hacienda le dan.
Ven, porque ya los jinetes
Empuñan lanzas y adargas,
Y el sol, pirámides largas
Forma en blancos coseletes.
Y el Rey, en medio de todos
Muestra, aunque en tan tierna edad,
El valor y majestad
De los invencibles godos.

EGAS.

Pues ¿cómo llamarme á mí
No manda?

RUY.

La causa ignoro.

EGAS.

¿No sabré vencer al Moro,
Que tantas veces vencí?
Mas, sin duda, su intención
Es porque intenta ganar,
Cuando comienza á reinar,
En las armas opinión;
Y quiere, y hace muy bien,
Que la estimación y gloria
De tan ilustre victoria
Sólo á sus brazos la den.

INÉS.

Antes que desprecio, siento.....

ÁLVARO.

Y yo admiro, nuevo Alcides,
Ver que estas injurias mides
Con tan leve sufrimiento.

EGAS.

Nombre de injuria no des,
Álvaro, á lo que el Rey hace,
Porque en todo satisface
Á quien es.

RUY.

¿No es doña Inés? (Aparte.)
Sin duda que eran soldados
De Núñez los que animosos
Nos la quitaron furiosos,
Dejándonos afrentados.
Pero volved á mirar
Del Rey el efecto santo
En su oratorio.

EGAS.

Del llanto
Gran fruto puede sacar.

Vese el rey Alfonso, armado, de rodillas delante de un altar de un Cristo crucificado.

ALFONSO.

Señor, yo os ofendí, mi error confieso;
Mas ya despierto del feroz letargo,
Lloro de mis delitos el exceso,
Aunque es poca disculpa á tan gran cargo.
Del circunciso Moro el grave peso,
De la infelice España yugo cargo,
Oprime mi memoria, á cuyo intento
Quiero oponerme si me dais aliento.
Loco he sido, Señor; mas ya robusto
Con vuestra Cruz, bandera soberana,
Pienso abatir del enemigo injusto
La vil soberbia, bárbara y tirana.
Yo sólo de serviros tengo gusto;
Haced que la arrogancia necia y vana
Del torpe imitador del Filisteo,
Venza vuestro poder y mi deseo.

Yo os prometo, Señor, no desnudarme
Las armas que en defensa vuestra visto,
Sin que del Moro vil pueda vengarme,
Ó morir en la empresa que conquisto.
Los que quieran, Señor, acompañarme,
Han de ser todos mártires de Cristo,
Y he de volver, si vos me dais victoria,
Á daros alabanza de esta gloria.

EGAS.

Ya, Inés, el regocijo salir quiere
En llanto por los ojos: Rey famoso,
¡Dichoso el que con vos armas vistiere,
Que yo os veré muy presto victorioso!
Si el bárbaro feroz os oprimiere,
No en vos, en Dios fiad, y al orgulloso
Moro esperad constante que destruya,
Porque es vuestra victoria causa suya.

ALFONSO.

Padre, segunda vez vuelve mi tío
Furioso contra mí; mas yo no puedo
Dejar de castigar el loco brío
Del Alarbe arrogante, y tengo miedo
Que he de perder mi reino.

EGAS.

Señor mío,
Yo, en Portugal, en vuestro nombre quedo;
Partid seguro á sujetar al Moro.

ALFONSO.

¡De vergüenza y dolor, lágrimas lloro!

EGAS.

No os aflijáis, señor, que yo soy viejo,
Y de la edad es hija la prudencia;
Vos mozo, en quien el próvido consejo
Suele hacer pocas veces asistencia.

ALFONSO.

Ni armas ni gente por defensa os dejo.

EGAS.

Sin armas he de hacer tal resistencia
Al Castellano valeroso y sabio,
Que miréis mi lealtad en vuestro agravio.

ALFONSO.

Á vuestro cargo queda Lusitania.

EGAS.

Vuestro valor el mundo escandalice.

ALFONSO.

Haré que el Moro deje á Lusitania (1).

EGAS.

Y yo, que vuestro nombre se eternice.

ALFONSO.

Adiós, Núñez; adiós, león de Albania.

EGAS.

Adiós, invicto Rey, joven felice.

ALFONSO.

Tocad luego á marchar.

EGAS.

Resuene el parche.

ALFONSO.

¡Señor, dadme favor!

EGAS.

La gente marche.

Vanse, y salen marchando el Rey de Castilla, D. Fernando y soldados.

REY.

He seguido tus pisadas
Con el campo, porque, apenas
Partiste de las almenas
De Badajoz, publicadas
Las Cortes, cuando afirmaron
Verdaderas relaciones
Que rompió las condiciones
Mi sobrino, y me incitaron
Tanto, que las lusitanas
Ciudades, en tierra y mar,
El incendio han de imitar
De las almenas troyanas.

FERNANDO.

Á mí, gran señor, me habló
Con arrogancia tan fiera,
Como si un esclavo fuera
Suyo; y soberbio partió,
Sin estimar tu amenaza,
Contra el Africano osado,
Que dicen que le ha talado
Las campañas de Alcobaza.

REY.

Muestre contra él su valor,
Que bien lo habrá menester
Si tierras quiere tener
Que le tengan por señor;
Porque en las que en Portugal
Tiene, yo haré brevemente
Que obedezcan solamente
Á mi corona Real.
En llegando á Santarén,
Le has de cercar tan violento,
Que aves no partan el viento,
Sin que en nuestras manos den.

Sale Brito con un chuzo.

BRITO.

¡Ah, señor! Qué, ¿no hay hablar?

REY.

¿Quién me llama?

BRITO.

¡Ah, señor
Don Fernando! ¿Así el amor
De Brito sabes pagar?

FERNANDO.

¡Oh Brito! ¿Qué te suspende?
Allega, y toma mis brazos.

BRITO.

Tu favor y tus abrazos
Fueron moneda de duende.
No más palacios ni asomos
De tan loco encantamiento;
Siga á Palacio un jumento,

(1) Constante repetido.

Que tiene mejores lomos.

FERNANDO.

Pues ¿qué términos ingratos,
Brito, yo he usado contigo?

BRITO.

Por ser yo tan buen amigo,
Me vi en la de Mazagatos,
Y no tuve quién me diera
Ayuda en tal penitencia,
Si mi buena diligencia
No me librara y valiera.

FERNANDO.

Tienes razón; ven acá,
Brito amigo.

BRITO.

¡Bien lo aliñas!
Estoy guardando unas viñas,
Y he recibido un mes ya
Adelantado.

FERNANDO.

No importa;
Más premio tendrás de mí.

BRITO.

Si tú me obligas así,
Mi cólera se reporta.
Voyme, señor, y otra vez
Á cortesano me aplico,
Donde andan el pobre y rico
Como piezas de ajedrez.

Sale D.ª Teresa.

TERESA.

Egas Núñez viene, hermano,
Á hablaros.

REY.

Si no mirara
Su valor y virtud rara,
Escuchalle fuera en vano;
Que había de ser el primero
En quien me vengase yo,
Pues humilde me engañó
Y me obligó lisonjero.

TERESA.

Él me ha enviado á pedir
Que alcance de vos licencia.

REY.

Será vana diligencia
Pretenderme persuadir
Que de mi intento desista:
Llegad sillas, que escuchalle
Quiero.

TERESA.

No podrá obligalle
Á que deje la conquista.

Salen Egas y D.ª Inés con sendos cordeles al cuello.

EGAS.

Sacro Emperador de España,
Séptimo invencible Alfonso,
Que como Atlante los cielos
Tienes el mundo en tus hombros:
Yo, que he sido en otro tiempo
Temido de polo á polo,
Cuando fué mi acero ilustre
De los infieles asombro,
Hoy, abatido y humilde,
Á esos Reales pies me postro,
De quien la piedad espero
Del castigo riguroso.
Yo, gran señor, he irritado
Á más cólera tu enojo;
Yo solo la culpa tengo,
Pague la pena yo solo.
Yo, por librar á mi Rey,
De su vida temeroso,
Armé aquellas condiciones
Sin serle el caso notorio,
Y así bien pudo poner
Á su ejecución el hombro,
Pues yo sin licencia suya
Las juré atrevido y loco.
Lo que yo pequé, señor,
No será razón que todo
El triste reino lo pague,
Pues eres justo y piadoso.
Ea, Monarca invencible,
Mi delito reconozco;
Convencido estoy, señor,
Yo te engañé cauteloso.
Ahógueme aqueste lazo,
Que el cuchillo es muy honroso
Para el que cizaña mueve
Entre dos reinos heroicos.
No quiera Tu Majestad,
Estando ocupado Alfonso
En una guerra tan justa,
Poner á su intento estorbo.
Páguelo yo y estos tiernos
Renuevos de aqueste tronco,
De cuya corteza penden
Como la hiedra del olmo.
Conmuévante aquestas canas,
Que, como sabes tú propio,
Tan respetadas han sido
De mil príncipes famosos.

INÉS.

Y vos, ínclita señora,
Rama ilustre de los godos,
Mandad que muera también
Yo con mi querido esposo,
Y rogad al Rey que tuerza
El acuerdo riguroso:
No paguen los inocentes
Lo que pagamos nosotros.
De nuestro Alfonso sois madre;
Si sois hermana de Alfonso,
Mostrad aquí en su defensa,
Señora, este pecho heroico.

TERESA.

Á lástima me han movido

Sus lágrimas y sollozos;
Que no es mi pecho de piedra,
Ni mis entrañas de monstruo.
Señor, el perdón os pido
De mi hijo, que le adoro
Al fin con amor de madre,
Si él me ofendió como mozo.

REY.

Alzad, capitán insigne;
Alzad, soldado famoso,
Que de que estéis á mis pies
Con esa humildad, me corro.
Y ¡vive Dios, que he quedado
De vuestra lealtad absorto,
Y por ser vuestro Rey diera
Mis riquezas y tesoros!
No fué Dario ni fué Ciro
Capitán tan venturoso,
Aunque postró la soberbia
De los moros babilonios.
Y si tras tantas injurias
Soy de la lealtad abono,
La lealtad en el agravio
Es vuestro título honroso.
Quitad ese lazo infame,
Porque no han de ver mis ojos
Cuello que vence á la envidia
Afrentado de ese modo.
Y en tanto que vuestros hechos
Con mayores premios honro,
Me dad los brazos.

EGAS.

Señor,
¿Tanto favor?

REY.

Todo es poco.
Por vos desde hoy las injurias
De mi sobrino perdono;
Que á quien tiene tal vasallo,
Justo es que le sirvan todos.
Y marche el campo al momento,
Que á aguardalle me dispongo,
Porque él vea que os estimo
Y tema mi nombre el Moro.

EGAS.

¿Cómo alcanzo tal bonanza
De la desdicha en el golfo?
Pero si vos me amparáis,
¿Para qué pregunto el cómo?

FERNANDO.

¡Por Dios, Monarca invencible,
Que en aquesta hazaña noto
Los dos extremos mayores
De leal y de piadoso
Que las romanas memorias,
Con espantos prodigiosos,
En los escritos dejaron
De los Titos y de Antonios!

REY.

Si de los cielos tenemos
Los estados populosos,
El rey que al cielo no imita,
Tiene de rey nombre impropio.

EGAS.

¡Yo no sé hablar, gran señor!

REY.

Marche la gente.

INÉS.

Conozco,
Señor, lo mucho que os debo.

BRITO.

Ya se deshizo el divorcio,
Y yo con ánima en pena,
Ando en todo y callo á todo.

Vanse, y toquen cajas.

Sale Alfonso con la espada desnuda y escudo en la mano, con las llagas en el escudo pintadas.

ALFONSO.

Estas serán mis armas,
Divino Rey, pues que con ellas sólo
Mi enemigo desarmas,
Y haré que vuele desde polo á polo
Tu nombre sacrosanto,
Gloria del cielo y del infierno espanto.
Aquí miro cifrado
El precio del rescate milagroso,
Por quien se vió humanado
Tu sér divino en un supuesto hermoso;
Dichoso ser espero,
Pues que tú me has armado caballero.

Sale D. Álvaro con la espada desnuda.

ÁLVARO.

¡Huye apriesa, cobarde,
Y si no tienes alas, pide al viento,
Aunque ya será tarde,
Que transforme tu sér en tu elemento,
Y de estos horizontes
Te escapa en las cabezas de los montes!

Sale Ruy de Silva con la espada desnuda.

RUY.

No vió llorando Jerjes
Sobre la inmensidad de sus soldados,
Ni menos Artajerjes
Tan grande multitud, y acobardados
Los que de muerte escapan,
Huyendo piensan que su infamia tapan.
Será siempre este día,
Con digna estimación en mi memoria,
Símbolo de alegría;
Y pues de sólo Dios es la victoria,
Humildes corazones
Le dará Portugal en libaciones.
Famosos portugueses,
Recoged los despojos.

ÁLVARO.

Y son tales,

Que de armas y de arneses
Nadie hace caso, porque en los reales
De cinco Reyes moros
Se han hallado, señor, grandes tesoros.

Sale un soldado.

SOLDADO.

El ejército fuerte
Del Castellano, gran señor, marchando,
Venía á socorrerte,
Y viendo que del Moro estás triunfando,
De paz viene á hablarte.

ALFONSO.

Ya me mira benigno el fiero Marte;
Ya mi tío, soldados,
Viendo que Dios me ha dado esta victoria,
Los disgustos pasados
Sin duda borrará de su memoria.

ÁLVARO.

Ya llega.

ALFONSO.

Aquí le espero,
Que su amistad pretendo, estimo y quiero.

Salen el Rey, Fernando, Egas, D.ª Inés, D.ª Teresa y Brito.

REY.

Á gozar de la victoria,
Alfonso, que Dios te ha dado
Venimos tu madre y yo
Después de disgustos tantos.
¡Dame los brazos!

ALFONSO.

Primero,
Señor, el perdón aguardo
De mi madre.

TERESA.

¡Ay, hijo mío,
Prospere el cielo tus años,
Sin que la envidia, ni el tiempo,
Hagan á tu nombre agravio!

ALFONSO.

Ahora, señor, recibo
La merced de vuestros brazos.
Y sin el Rey de Lisboa,
Del Emperador hermano,
De Marruecos, cuyo nombre,
Desde Libia á Montes Claros,
Fué respetado del Moro,
Y formidable al cristiano,
Burlando de mi niñez,
Y del descuido burlando,
Con que por guerras civiles
Las que son justas dejamos,
Sacó en campaña su gente,
Ayudado de otros cuatro
Reyes, á quien Tarudante
Y Tafilete enviaron
De gente y armas socorro,
Y por mis tierras entrando,
Los lugares destruía
Y talaba los sembrados.
Avisóme de esto el cielo,
Porque tiene el cielo á cargo
La restauración de España,
Perdida por sus pecados.
Salí á la defensa luego,
Y con gran priesa marchando,
Vine á descubrir los moros
En el espacioso campo
De Ourique, cuyos hermosos
Valles, cerros y collados,
Como langostas cubrían
En el rigor del verano.
Contemplo á los filisteos
Y madianitas, mezclados,
Contra el pueblo del Señor:
Insté afligido y cansado,
Y en ver tanta muchedumbre
Se desmayan mis soldados.
Huyó al corazón la sangre,
Y entre el temor y el espanto,
La amarillez de los ojos
Entorpece pies y manos.
Aconsejáronme algunos
Que me volviese, juzgando
Que esperar era locura,
Siendo el peligro tan claro.
En este tiempo la noche
Extendió su obscuro manto,
Cuando reposaba el mundo
De su trabajo ordinario.
Yo, lleno de mil angustias,
Triste, de mi tienda salgo,
Poniendo en manos del cielo
El peso de mis cuidados.
Pido, puesto de rodillas,
Arrepentido y llorando,
Á Dios perdón de mis culpas,
Y favor en mis trabajos.
Pero apenas la oración
Feneció, cuando un helado
Temor me cubre los huesos
Entre un regocijo santo;
Y en una resplandeciente
Nube, que del sol los rayos
Aventaja, la cruz veo
De Cristo, ¡portento extraño!
Y en ella puesto el Cordero
Que, mudo, obediente y manso,
Fué por la salud del hombre
Al Padre Eterno holocausto.
¿Cómo podré, invicto Alfonso,
Lo que sentí declararos,
Viendo con mis ojos mismos,
Gran señor, un bien tan alto?
Postréme, pecho por tierra,
Y dije: «Rey soberano,
No á mí, no á mí, que ya estoy
En vuestra fe confirmado.

Mostrad, Señor, á los moros,
Que blasfemos y villanos,
De la sangre que por ellos
Derramaste, no hacen caso.»
Respondióme el Rey del cielo:
«Alfonso, vuelve á tu campo,
Y acomete á los gentiles,
Que yo los pondré en tus manos.
Y porque quiero fundar
En ti un reino dilatado
Hasta los fines del mundo,
Por armas, en campo blanco,
Has de traer cinco escudos,
Las llagas significando
Que yo en la cruz recibí;
Y juntamente estampados
Treinta dineros, por quien
Fuí vendido y fuí comprado.»
Desapareció, diciendo
Estas palabras, quedando
Vertiendo llanto mis ojos,
Que el susto es causa del llanto.
Ya la aurora, blanca y rubia,
Por los soberbios peñascos
De Alentejo publicaba
Que Apolo sacaba el carro,
Cuando, volviendo al real
De mi ejército esforzado,
Fuí aclamado y recibido
Con regocijo y aplauso.
Y viendo que ya mi gente
La batalla deseando
Estaba, furioso embisto
Al descuidado Africano,
Que sin concierto y sin orden
Tomó las armas, pensando
Que pocos soldados suyos
Dieran fin á mis soldados.
Pero vió, en espacio breve,
Que eran sus intentos vanos,
Y que su estatua soberbia
Tenía los pies de barro.
Vencíle, en fin; mas no digo
Bien, que le venció la mano
De Dios; que á tan alta empresa
Era mi poder muy flaco.
Y éstas, señor, son las armas
Que hice pintar, aumentando
De mis claros descendientes
Los merecimientos altos.
Y á vos, padre amado mío,
Pido perdón, humillado
Á vuestros pies.

EGAS.

No ha de estar
Delante de su vasallo
De esa suerte el Rey; confieso,
Gran señor, que sois mi amparo,
Mi Rey, mi señor y dueño.

REY.

Razón tenéis de estimallo.
Desde hoy, Alfonso, confirmo
Paces con vos, admirado
De que los cielos os honren
Con prodigios tan extraños.

ALFONSO.

Yo soy, digno Emperador,
Hechura de vuestras manos;
Y vos, doña Inés famosa,
De mis errores pasados
Es justo me perdonéis.

INÉS.

Vuestra Alteza me está honrando
Siempre por diversos modos.

TERESA.

¿Vamos á Coimbra?

ALFONSO.

Vamos,
Adonde quiero premiar
El valor de mis vasallos,
Y donde daré el gobierno
Á Egas Núñez de mi Estado.

EGAS.

Beso tus pies.

ALFONSO.

Y mi madre
Quiero que quede á mi lado
Con su esposo, si gustáis,
Señor.

REY.

¿Qué decís, Fernando?

FERNANDO.

Que el gusto del Rey es mío.

REY.

Vamos, que me están llamando
Los negocios de Castilla.

BRITO.

Y yo, ¿he de volver al campo
Á destripar los terrones?

FERNANDO.

Vivirás en mi palacio,
Y premiaré tus servicios.

ÁLVARO.

Y aquí, famoso senado,
Da fin, pidiendo perdón,
La lealtad en el agravio.

FIN DE LA COMEDIA
DE «LA LEALTAD EN EL AGRAVIO».

LAS PACES DE LOS REYES

Y

JUDÍA DE TOLEDO

LAS PACES DE LOS REYES

Y

JUDÍA DE TOLEDO

PERSONAS

Don Esteban Illán.
El conde D. Manrique.
Fernán Ruiz.
Lope de Arenas.
El rey Alfonso VIII.
Doña Costanza, *dama.*
Dominguillo, *truhán.*
Don Nuño.
Doña Elvira.
Pero Díez, *soldado.*
Don Illán, *mancebo.*
Garcerán Manrique.
Doña Leonor, *reina.*
Don Blasco.
Raquel, *judía*
Sibila, *su hermana.*
Belardo, *hortelano.*
Fileno, *viejo.*
David, *judío.*
Leví, *su hijo.*
Don Millán.
Beltrán de Rojas.
Enrique, *niño.*
Clara, *dama.*
Un Ángel.
Una sombra.
Un barbero.
Criados.
Músicos.
Acompañamiento.
Soldados.
Gente.

ACTO PRIMERO.

Don Esteban Illán y el conde D. Manrique en la torre de la iglesia.

CONDE.

¡Toledo por Alfonso, Rey legítimo
De Castilla! ¡Toledo por Alfonso,
Hijo del rey don Sancho el Deseado,
Y del Emperador de España nieto!

DON ESTEBAN.

¡Toledo por Alfonso, castellanos,
No por Fernando de León, su tío!
¡Alfonso es vuestro Rey, Alfonso viva!

Fernán Ruiz, Lope de Arenas, gente, con espadas desnudas.

FERNÁN.

¿Quién alborota la ciudad, soldados?
¿Qué es esto de decir que viva Alfonso?
No sabéis que Toledo se defiende
Por el Rey de León, y que yo tengo
Su alcázar por Fernando, y que los muros
No se darán al de Castilla en tanto
Que tenga los quince años que su padre
Mandó en su testamento? ¿Qué dais voces?

CONDE.

Fernán Ruiz, aunque Fernando lleva
De Toledo las rentas, y se llama
Injustamente su señor, bien sabes
Que Alfonso, su sobrino, es Rey legítimo;
Bien sabes que ha querido y procurado
Quitarle el reino, y que guardó su vida
La gran lealtad de los hidalgos de Ávila,
Que le han criado y defendido siempre.
Toledo quiere darse á su Rey; deja
Que el Rey goce á Toledo.

FERNÁN.

Si se guarda
La ciudad por Fernando, ¿cómo quieres
Que la pueda cobrar el niño Alfonso?

DON ESTEBAN.

¿No fué concierto que, si entrar pudiese
Alfonso en la ciudad, se obedeciese?

LOPE.

Así es verdad, Esteban; mas ¿no miras

Que es imposible entrar? ¿Por qué alborotas
Desde esa torre á la ciudad? Advierte
Que es alto San Román, pero no es fuerte.

DON ESTEBAN.

Si yo os mostrase el Rey; si Alfonso mismo
Estuviese en Toledo, caballeros,
¿Sería justo obedecerle?

FERNÁN.

¿Cómo
Puede ser que, guardándose las puertas
Con tanta vigilancia, Alfonso entrase?

El rey Alfonso, niño, en la torre.

DON ESTEBAN.

Castellanos, ¿no es éste el rey Alfonso?
¿No es éste vuestro Rey?

FERNÁN.

¡Cielo! ¿Qué veo?

DON ESTEBAN.

Éste es Alfonso, si os preciáis de godos.

CONDE.

Hablad, señor; decid quién sois á todos.

REY.

Generosos castellanos,
Yo soy el Rey de Castilla.
No os parezca maravilla
Que me tengan estas manos;
Ellas y Ávila me han dado
La vida, que el desvarío
Del Rey de León, mi tío,
Tantas veces me ha quitado.
Manrique me trujo al muro
De Toledo, y dentro dél
Me puso un pecho fiel,
Hidalgo, noble y seguro.
Éste es Esteban Illán,
Que por alcázar me ha dado,
Mientras ando desterrado,
La torre de San Román.
Aquí estoy. Si no estoy bien,
Si no estoy en lo que es mío,
Combatidme; que yo os fío
Que me defiendan también.
Ea, volved las espadas
Contra vuestro Rey; subid.

FERNÁN.

Rey, mi señor, oid.

REY.

Decid.

FERNÁN.

Todas están envainadas;
Y nunca permita Dios,
Por su poder soberano,
Que espada de castellano
Salga jamás contra vos.
El alcázar que tenía
Os dejo; pero no puedo
Esperar más en Toledo.
Vos sabéis la lealtad mía;
Mas sobre vuestra crianza,
Laras y Castros tenemos
Bandos, que averiguaremos
Algún día lanza á lanza.
Bien me entiende el Conde.

CONDE.

Aquí,
Y siempre que tú quisieres;
Que he sido leal.

FERNÁN.

Sí eres;
Pero aprendiste de mí.

CONDE.

Yo te buscaré.

FERNÁN.

Ya sabes
Que te aguardaré, Manrique.

Vanse Fernán Ruiz y los que vinieron con él, menos Lope de Arenas.

El Conde, en la torre; Lope de Arenas, abajo.

LOPE.

Aunque Toledo se aplique
Á dar á Alfonso las llaves,
El castillo de Zurita
No he de dar, aunque el Rey venga,
Hasta que quince años tenga.

CONDE.

Lope, á los nobles imita.

LOPE.

Si es testamento del Rey,
Su padre, ¿por qué he de dar
Lo que le podréis tomar?
Guardalle es más justa ley.
¿Qué sé yo cuál de vosotros,
Si con las fuerzas se ve,
Querrá ser rey?

CONDE.

Yo no sé
Que haya tal hombre en nosotros;
Porque quien al Rey guardó
De la furia de su tío,
Y con tan hidalgo brío
Le amparó y le defendió
Desde que, envuelto en pañales,
De tantos fué perseguido,
¿Cómo, de ambición movido,
Podrá hacer bajezas tales?

REY.

Lope de Arenas.....

LOPE.

Señor.....

REY.

¿Por qué el castillo me niegas?
¿No sabes tú que le entregas
Á tu Rey?

DON ESTEBAN.

¡Qué gran valor!

LOPE.

Quien me le ha entregado á mí,

Á vuestro padre obedece.

REY.

¿Esa respuesta merece
Tu Rey?

LOPE.

Siendo justo, sí.
Si habéis de tener quince años,
Servíos, señor, por Dios,
De que le tenga por vos.

REY.

Bastan estos desengaños
De la lealtad de mi gente
Para dármele.

LOPE.

No puedo.

REY.

Pues pondrá luego Toledo
Su gran corona en mi frente;
Que yo te le iré á quitar
Con las armas.

LOPE.

Bien podéis;
Mas mientras no le toméis,
Señor, no os le puedo dar.

Vase.

REY.

¿Qué os parece deste hidalgo?

CONDE.

Que con su buena intención,
Piensa que á haceros traición,
Y no á defenderos, salgo.
Tomad la corona aquí,
Y sacad luego la espada.

REY.

Ya la tuviera sacada
Á estar, como en vos, en mí.
Ceñídmela, Conde, os ruego;
Que vos veréis el estrago
Que en estos villanos hago.

CONDE.

Vamos, y ceñilda luego;
Que sin duda seréis vos
De tantas virtudes lleno,
Que os llamen Alfonso el Bueno.

REY.

Conde, el bueno sólo es Dios.

CONDE.

¿Qué os parece del rapaz? (Ap. á D. Esteban.)

DON ESTEBAN.

Que ha de ser para su tierra,
Un César para la guerra
Y un Numa para la paz.

Vanse.

Doña Costanza y Dominguillo.

DOÑA COSTANZA.

Tarda de venir don Lope;
Novedad hay en Toledo.

DOMINGUILLO.

Pensar, señora, no puedo
En qué su tardanza tope.
Fernán Ruiz el castellano
Tiene en aquesta ocasión
Por Fernando de León
El alcázar toledano.
Las puertas están guardadas
De armas y gente por él.

DOÑA COSTANZA.

Yo tengo el corazón fiel,
Y de las cosas pasadas
Voy sacando las presentes.

DOMINGUILLO.

Amar y temer, es ley
De amor.

DOÑA COSTANZA.

La lealtad del Rey
Tiene mil inconvenientes.
Dicen muchos que es razón
Que se guarde el testamento.

DOMINGUILLO.

Lo mismo, señora, siento,
Y es lo demás confusión.
Al Rey, ¿por qué se han de dar
Las fuerzas que á cobrar viene,
Mientras su edad no las tiene
Para saberlas guardar?
Que estén por él es mejor,
Que no que alguno las tenga
Que antes que él á reinar venga.
Pero admírame tu amor:
Pensaba yo que estuvieras
Más celosa de las damas
De Toledo, si es que amas
Lo que cuidadosa esperas,
Que no de los cortesanos
Que andan al lado del Rey.

DOÑA COSTANZA.

Si amor tiene ya por ley,
Sospechas y celos vanos,
Yo sé que el mayor amor
Es desear una dama
La vida de lo que ama.

Un criado.

CRIADO.

El Alcaide mi señor,
Ha llegado en este punto
Á la puerta del castillo.

DOÑA COSTANZA.

Toma, Liseno, este anillo;
Di que mi bien todo junto.
¿Viene bueno?

CRIADO.

Y con cuidado
De defender esta fuerza.

DOÑA COSTANZA.

¿Á quién?

CRIADO.
Al Rey.

DOÑA COSTANZA.
¿Qué le esfuerza?

CRIADO.
Dice que haberlo jurado
A Gutier Fernández, que es
Quien la fuerza le entregó.

DOÑA COSTANZA.
Al Rey se la diera yo,
Y quejárase después.

DOMINGUILLO.
¡Cómo! ¿Por qué causa ó ley,
Si hizo pleito homenaje?

DOÑA COSTANZA.
Domingo, no cabe ultraje
En servir á Dios ni al Rey:
Dios sobre todo, el Rey luego.
Voy á ver mi Lope.

Vase.

DOMINGUILLO.
Di:
¿Qué hay en Toledo?

CRIADO.
No vi
Cosa que llegase á fuego.
Que don Esteban Illán
Al Rey metió de secreto
En la ciudad, y á este efeto
La torre de San Román
De alcázar le sirve agora.

DOMINGUILLO.
Pues si Alfonso está en Toledo,
Pierda quien le guarda, el miedo.
Lo más fuerte vive y mora.

CRIADO.
¿Qué importa, si tantas fuerzas
No se le dan, y ésta, que es
De las más fuertes que ves?

DOMINGUILLO.
¡Qué bien su partido esfuerzas!
Vete con Dios.

CRIADO.
Voy á ver
Si se acaba de apear.

Vase.

DOMINGUILLO.
Camino he venido á hallar
Para tener de comer.
Si dar la fuerza al Rey pruebo,
Bravamente le serví;
Mas ¿cómo lo digo ansí,
Si á Lope de Arenas debo
La misma vida que vivo,
La crianza y sér que tengo?
Pero si á pensarlo vengo,
De todo mi bien me privo.
Lo vivido ya pasó,
Lo que falta es lo que importa,
Y aunque es la vida tan corta,
¿Dónde puedo tener yo
Mi remedio más seguro?
De don Lope soy privanza,
Que es la más cierta esperanza
Del fin del bien que procuro;
Y yo sé que en toda España
Dirán, viendo mi intención,
Que fué á don Lope traición
Y para mi Rey hazaña.

Vase.

Acompañamiento, y detrás el Conde, D. Esteban, D. Illán, D.ª Elvira y el Rey.

CONDE.
Hoy, que venís á armaros caballero,
Heroico Alfonso, claro descendiente
De Sancho, igual en armas al primero
Y en la desdicha que lloráis presente,
Oid, como legítimo heredero
De aquel Príncipe invicto y excelente,
Á qué debe quedaros obligada
Al diestro lado la ceñida espada:
La ley de Dios, Alfonso, su fe santa,
Habéis de defender siempre con ella,
Y para dilatarla en gloria tanta,
Habéis de hacer que el Moro tiemble della.
Al Betis, al Genil, que se levanta
Á ver del Tajo la corriente bella,
Habéis de dar un tajo de tal modo,
Que su cristal se vuelva en sangre todo.
La patria y reino vuestro defendido
Será de vos; daréis, Alfonso, amparo
A la justicia y leyes que ha tenido
Del uno y otro vuestro abuelo claro.
Las damas, pues que dellas habéis sido
Y sois de quien sabéis fénix tan raro,
Tendrán defensa en ese blanco acero.
¿Haréislo así?

REY.
Manrique, en vos lo espero,
Con cuyo amparo de su fe divina
Seré defensa, y de mi patria amada.

CONDE.
Costumbre es de Castilla, peregrina,
Que os ciña quien veréis la ilustre espada.
Corred al santo Apóstol la cortina,
Por quien fué de los moros restaurada;
Que su imagen es hecha de tal modo,
Que os la pondrá y hará dichoso en todo.

Descubren sobre un altar y gradas á Santiago, á caballo, armado y con una espada dorada en la mano.

REY.
¿La imagen me podrá ceñir, Manrique,
La espada?

CONDE.
Sí, señor, que está labrada
Con artificio igual, que á quien se aplique
Á sus pies, le podrá ceñir la espada.
REY.
Dejadme que al Apóstol le suplique
La haga de victorias siempre honrada.
CONDE.
Subid las gradas del altar; que luego
Oirá el Apóstol vuestro santo ruego.
REY.
Apóstol, primo de Cristo,
Diego, santo caballero
De los cielos, cuyo acero
España dichosa ha visto
Tantas veces en defensa
De su cerviz oprimida:
Tomad esta tierna vida
En vuestra virtud inmensa.
Un Rey de Castilla soy,
Que en las mantillas lo fuí;
Nunca al Rey mi padre vi;
Señor, este nombre os doy.
Sed mi padre en defenderme
De mi tío, que es león,
Y quiere en esta ocasión
Como á cordero ofenderme.
Ceñidme de vuestra mano
Esa espada; que os prometo
Hacer que os tenga respeto
El más rebelde africano.
Yo os juro, si llego á ser
Hombre, de hacer que esa espada,
De rojo color bañada,
Se vea resplandecer
En los más hidalgos pechos
Que tenga toda Castilla,
Porque con esa cuchilla
Tomen vuestro nombre á pechos.
Cruz y espada de Santiago,
Haré que se llame en ellos,
Porque por vos y con ellos
Haga en los moros estrago.

Cíñele la imagen la espada, con música, y luego le echa la bendición, y él se baja de las gradas.

DON ESTEBAN.
Ya que ceñida el Rey la espada tiene,
Será bien que le calce vuestra esposa
Las espuelas.
CONDE.
Illán, Elvira viene
Para servir á Alfonso cuidadosa.
Sentáos, señor.
REY.
Hidalgos, si conviene,
Por ser costumbre, que esta dama hermosa
Me calce las espuelas, llegue luego;
Pero si no, que no me calce os ruego;
Que si juré para ceñir la espada
Defender á las damas, no es defensa
Que me calce señora tan honrada,
Antes parece que les hago ofensa.
DOÑA ELVIRA.
Si fuera la mujer más celebrada
Que tuvo Roma en su grandeza inmensa,
No mereciera á vuestros pies llegarme.
Dejad que os sirva si queréis honrarme.
REY.
¿No se puede excusar?
DON ESTEBAN.
De ningún modo.
REY.
Calzadme, pues.
DOÑA ELVIRA.
Á vuestros pies se humilla
Esta esclava, señor.
REY.
Injusto apodo;
Sois del mundo la octava maravilla.
CONDE.
Ya que sois, señor, Rey, honraldo todo,
Como es costumbre antigua de Castilla:
Mandad, haced mercedes.
REY.
Justo fuera,
Si de qué las hacer, Conde, tuviera.
Yo, niño Rey, diez años perseguido,
Sin patria, sin palacio, sin posada,
Por una y otra parte siempre huído,
¿Qué puedo dar, pues nunca tuve nada?
Mas ya que hoy tomo el cetro, y me he ceñido,
Para cobrar mis reinos, esta espada,
Busquemos á los moros, porque quiero
Daros lo que ganare con su acero.
DON ESTEBAN.
Bien dice el Rey en esto.
CONDE.
Tan bien dice,
Que le bendice, Esteban, todo el suelo.

Don Nuño.

DON NUÑO.
Sí; pero no ha de entrar en la conquista
De las tierras extrañas el que tiene
Tantas guerras y daños en las propias.
Cobre Alfonso las suyas, y cobradas,
Podrá poner la mano en las ajenas.
CONDE.
Don Nuño dice bien, que será justo
Que dé principio á las que están más cerca.
DON NUÑO.
Cobremos el castillo de Zurita
De don Lope de Arenas, y entretanto
Podrá quedar el Rey entreteniéndose.
REY.
¡Cómo! ¿Quedarse el Rey? ¿Sabéis, don Nuño,
Qué corazón gobierna aqueste pecho?
¿Para quedarme me ceñís la espada?

Pues esta no es espada que se queda;
Que quien me la ciñó no me la diera
Si no supiera el temple que tenía.
Advertid que es espada de Toledo:
¡Mirad qué lindo acero! Este es un tajo
Que en el agua del Tajo toma el temple;
Este un revés, que no le hará en su vida
A las obligaciones que he jurado.
Pues quien sabe que corta desta suerte,
También sabrá cercar ese castillo.
Sígame el que quisiere, ¡ah, caballeros!
Que de Santiago son estos aceros.

CONDE.

¿Hay valor semejante? Bien parece
Nieto de tal abuelo.

DON NUÑO.

Y de tal padre
Heroico hijo.

DOÑA ELVIRA.

Es sol que resplandece
Del alba hermosa de tan noble madre.

DON ESTEBAN.

Si como en la virtud en la edad crece,
Ese nombre de sol es bien le cuadre.

CONDE.

Bien cuadra á quien está de bondad lleno.

DON ESTEBAN.

Pues, señores, seguid á Alfonso el Bueno.

Vanse.

Lope de Arenas y D.ª Costanza.

LOPE.

En tanto que el fiero Marte
Su esfera sangrienta cierra,
Y á la paz la fiera guerra
Humilla el rojo estandarte;
Mientras el són animoso
De la trompeta sonora
Cesa, me agrada, señora,
La paz del ocio amoroso.
¿Quéjaste de verme fiero?
Vesme aquí tierno en tus brazos,
Adonde con varios lazos
Vencer esas hiedras quiero.
No tiene aqueste jardín
Más hojas en tantas flores
Que el alma te dice amores,
Principios de amor sin fin.
Ya no me podrás culpar
Que vengo airado y feroz.

DOÑA COSTANZA.

Baja, don Lope, la voz,
Que hay quien te pueda escuchar;
Y amores, aunque á mujer
Propia, donde son verdades,
No sé si son necedades,
Mas suélenlo parecer.

LOPE.

¿Quién en el jardín está?

DOÑA COSTANZA.

Dominguillo agora entró.

LOPE.

Criado que crío yo,
Sin causa recelo os da.
Es Dominguillo la llave
De cuantos secretos tengo;
Siempre con él voy y vengo,
Todo cuanto intento sabe.
Aunque fuérades mi dama,
Y no mi propia mujer,
Jamás supiera ofender
Con su lengua vuestra fama.
Es por todo extremo honrado,
Aunque no es muy bien nacido.

DOÑA COSTANZA.

Ya del jardín se ha salido,
Viendo que me he recatado.
Para sólo hablar de amor
Con debida honestidad
Siempre fué la soledad,
Lope, el testigo mejor.
De una dama supe un día
Que tanto se recataba,
Que á los árboles miraba,
Y esto á las hojas decía:
«Que veáis me causa enojos
Mis amorosas congojas,
Porque, como tenéis hojas,
Están cerca de ser ojos.»

LOPE.

Costanza, el bien sin testigos
Muchos dicen que no es bien;
No te espantes de que den
Parte dél á sus amigos.

DOÑA COSTANZA.

Sí, esposo; pero los más
Toman tanta parte dél,
Que se nos quedan con él
Y no le vuelven jamás.
En tu vida, donde quieras,
Dos veces lleves amigo.

LOPE.

Ya no dirás que contigo
No hablo de amor de veras;
Ya, Costanza, no podrás
Culpar la guerra.

DOÑA COSTANZA.

Ya puedo
Presumir que de Toledo
Vienes, señor.

LOPE.

¿Eso más?
No sé por dónde los cielos
Os dieron este rigor,
Que jamás habláis de amor
Que no me os piquéis con celos.
Di agora que allá me vino
Este tierno sentimiento.

DOÑA COSTANZA.

Tú juzgas tu pensamiento;

Yo voy por otro camino.

Dominguillo.

DOMINGUILLO.

¿Agora en jardines verdes,
Lope de Arenas, estás?
¿Agora al sueño te das,
Cuando es razón que recuerdes?
¿Agora á escuchar las fuentes
Destos bellos cuadros bajas,
Y los pífanos y cajas
De un ejército no sientes?
¿Agora con tu Costanza
Das á las aves envidia,
Y Alfonso no te fastidia
Con tanto pavés y lanza?
¿Agora tratas de amor,
Niño ciego, la conquista,
Cuando otro niño con vista
Viene á conquistar tu honor?
¿Agora estás descuidado,
Cuando Alfonso, cuidadoso,
Con ejército famoso
Hace selva lo que es prado?
Que siembra por su horizonte
Sus lanzas en tanto exceso,
Que no hay bosque más espeso,
Ni más enramado monte.
El no oir, me maravillo,
El relinchar los caballos,
Porque tardan de alojallos,
Lope, en tu mismo castillo.
Ponte á la defensa luego;
Que, aunque es niño, es español,
Y rayo de tanto sol
Que puede abrasarte en fuego.

LOPE.

Necio vienes, Dominguillo,
Pues no has visto en tantos días
Que no hay humanas porfías
Contra tan fuerte castillo.
Reirme quiero de ti
Y de Alfonso, que los dos
Parecéis niños, ¡por Dios!
Él en venir contra mí,
Y tú en decir que me guarde.
Los años de Troya son
Pocos en esta ocasión,
Aunque á sus pies los aguarde.
Alfonso no tiene culpa
En esta temeridad;
Que su poca y tierna edad
De todo error le disculpa.
De los condes y vasallos
Me río, pues le han traído:
Pero, ¿ves todo el rüido
De armas, cajas y caballos?
A dos meses de esperar
Quedará tan sordo y quedo,
Que se vuelvan á Toledo
A comer y á descansar.

DOÑA COSTANZA.

¿No sabes tú que este fuerte
Es y ha sido inexpugnable?

DOMINGUILLO.

¿Es mucho que en esto os hable,
Y que tema desta suerte?

LOPE.

No es mucho; pero es error
Dar temor el que le tiene,
A quien con ánimo viene
De ganar fama y honor.
Venid, Costanza, conmigo.

DOÑA COSTANZA.

Yo sola, aunque soy mujer,
Puedo el fuerte defender.

DOMINGUILLO.

Lo mismo, señora, os digo.

DOÑA COSTANZA.

Dadme un pavés y una lanza.

LOPE.

¡Al muro, Costanza, al muro!

Vanse Lope y D.ª Costanza.

DOMINGUILLO.

¡Oh, cómo parte seguro,
Con su querida Costanza,
En la fuerza deste fuerte,
Porque no sabe que soy
Quien al Rey le ha de dar hoy,
A ella luto y á él la muerte!
Yo sé en el fuerte un portillo
Por donde pienso salir,
Ir, venir, entrar y huir
A la plaza del castillo.
Presto verá lo que pasa;
Que daña con gran rigor
En el cuerpo el mal humor
Y el ladrón dentro de casa.

Soldados, con cajas y bandera; D. Nuño, el Conde, D. Esteban, el Rey, con gola y bastón, y Pero Díez.

REY.

Aquí podéis hacer alto.

DON NUÑO.

¡Qué bien gobierna!

CONDE.

Harto bien.

REY.

Era aquel sitio también
De agua y yerba escaso y falto.
Fuera desto, no tenía
De ningún modo reparo.

DON NUÑO.

Todo lo que dice es claro

DON ESTEBAN.

Alguna deidad le guía.

REY.

Estará Lope de Arenas

Confiado en que este fuerte
Es como el nombre lo advierte.

DON NUÑO.

Ya parece en las almenas.

DON ESTEBAN.

Á lo menos sus soldados
Y una gallarda mujer;
Que él debe de pretender
Tener los puentes guardados.

Doña Costanza y soldados, en el muro.

REY.

¿Podré, belicosa dama,
Llegaros á hablar seguro?

DON NUÑO.

Al Rey:

No te acerques tanto al muro.

DON ESTEBAN.

Bien podrá, pues que le llama;
Que Lope no ha pretendido
Ser traidor, sino cumplir
El homenaje.

REY.

Hasta oir,
Quise llegarme atrevido;
Que sois mujer principal,
Y de damas como vos
Confío mucho, ¡por Dios!

DOÑA COSTANZA.

Tenéis condición Real.

REY.

¿Cómo os llamáis?

DOÑA COSTANZA.

En sabiendo
Quién sois, os lo diré.

REY.

Soy
El Rey.

DOÑA COSTANZA.

Parabién os doy.

REY.

De ese parabién me ofendo;
Que no soy rey desde ayer:
Desde la cuna lo fuí.

DOÑA COSTANZA.

No os doy parabién aquí,
Rey, de vuestro mismo sér.
De la espada y del bastón
Y de la guerra primera,
¿No era justo que os le diera?

REY.

Tenéis, señora, razón;
Y creed que me ha pesado
Que hayáis al muro salido.

DOÑA COSTANZA.

¿Tan mal os he parecido?

REY.

Antes, de veros me agrado;
Pero, á la guerra primera,
Me pesa mucho de ver
Por defensa una mujer.

DOÑA COSTANZA.

¿Paréceos cosa ligera?

REY.

Cuando me ceñí la espada,
Juré siempre defendellas;
Pues si vengo contra ellas,
Queda la jura quebrada.

DOÑA COSTANZA.

Cortesano sois; no es mucho:
Los reyes nacen con canas.

REY.

Parece que en las ventanas
Requiebros tiernos escucho.

DON ESTEBAN.

Déjate de entretener
Damas en esta ocasión.

REY.

Decid quién sois, si es razón.

DOÑA COSTANZA.

Del Alcaide soy mujer.

REY.

Gocéisos por muchos años.

DOÑA COSTANZA.

Muchos más os gocéis vos.

REY.

Pues ¿cómo os envía á vos
En sucesos tan extraños?

DOÑA COSTANZA.

Débele de parecer
Que basta para el rigor
De un niño conquistador,
Defensa de una mujer.

REY.

Mal su buen crédito abona,
Pues no se aseguran nada,
Ni los muros de mi espada,
Ni su honor de mi persona.

DOÑA COSTANZA.

Antes, como no ofendéis
Con la persona el honor,
Menos el muro, señor,
Con la espada que traéis.

REY.

No os pongáis en ocasión
De que sepáis lo que valgo;
Que hombre y rey, á serlo salgo.

DOÑA COSTANZA.

No os enojéis.

REY.

No es razón;
Pero, porque habéis salido,
Y cumplir lo que he jurado,
Tratemos de paz.

DOÑA COSTANZA.

Yo he dado
Un medio.

REY.

¿Qué medio ha sido?

DOÑA COSTANZA.
Entre dentro un caballero,
Y con don Lope lo trate,
Seguro que no le mate.
REY.
¿Quién irá?
DON NUÑO.
Yo mismo quiero
Destos conciertos tratar.
REY.
Entra.
DON NUÑO.
Voy.
DOÑA COSTANZA.
Y yo, señor,
Avisaré á Lope.

Retírase D.ª Costanza, y D. Nuño va á la puerta del castillo.

REY.
Amor
Engendra un cortés hablar.
CONDE.
Los soldados no han de ser
Tiernos.
REY.
Ha poco que estoy
En la guerra. ¡Por quien soy,
Que es discreta la mujer!

Dominguillo, Pero Díez y soldados.

DOMINGUILLO.
Dejadme llegar.
UN SOLDADO.
Espera.
REY.
¿Qué es eso?
EL SOLDADO.
Un hombre del fuerte,
Que quiere hablarte.
DOMINGUILLO.
No el verte
Me trujo desta manera,
Sino el natural amor
Y la debida lealtad.
REY.
Conozco tu voluntad.
¿Qué quieres?
DOMINGUILLO.
Oye, señor:
Si te doy este castillo,
¿Darásme qué coma?
REY.
Sí.
DOMINGUILLO.
¿Á fe de rey?
REY.
Sí; mas di
Tu nombre.
DOMINGUILLO.
¿Yo? Dominguillo.
REY.
Hombre pareces de humor.
DOMINGUILLO.
Soy de Lope la privanza;
Mas su misma confianza
Será su muerte, señor.
Yo te quiero dar el fuerte;
Que en diez años que aquí estés,
Harás menos que en un mes.
REY
¡Tú!
DOMINGUILLO.
Sí, señor.
REY.
¿De qué suerte?
DOMINGUILLO.
Matando á Lope de Arenas.
REY.
Pues ¿cómo, si es tu señor?
DOMINGUILLO.
No es mi señor un traidor
Que te niega estas almenas.
Tú eres mi rey.
REY.
Es ansí;
Mas ¿cómo volver podrás,
Si te han visto que aquí estás,
Para fiarse de ti?
DOMINGUILLO.
Si se hallase algún soldado
Que me sufriese una herida
(No que le cueste la vida,
Que en eso tendré cuidado),
Decir puedo que salí
Á emprender aquella hazaña.
CONDE.
Lo que pide es cosa extraña.
REY.
¿Hay entre todos aquí
Soldado alguno que quiera
Sufrir una herida á este hombre?
DON ESTEBAN.
Por ganar tal fama y nombre,
Sospecho que alguno hubiera.
CONDE.
Pues ¿cómo una herida adarva
Á hombres como vosotros?
REY.
Míranse unos á otros,
Y á todos tiembla la barba.
PERO DÍEZ.
Yo digo que sufriré,
Si te importa tanto el fuerte,
Una herida, y aun la muerte.
¡Ea, la herida me dé!
REY.
¿De dónde eres?
PERO DÍEZ.
De Toledo.

REY.
Claro estaba de saber.
CONDE.
¿De dónde pudiera ser
Mejor un hombre sin miedo?
Dime, soldado, tu nombre.
PERO DÍEZ.
Pero Díez me apellido.

Lope de Arenas, en el muro.

DON ESTEBAN.
Al muro Lope ha salido.
REY.
¡Vive Dios, que eres muy hombre!
No me olvidaré de ti.
Hiérele tú, Dominguillo;
Que te mira en el castillo
Lope.
DOMINGUILLO.
¿Quieres tú?
PERO DÍEZ.
Yo sí.
DOMINGUILLO.
¿Dónde quieres que te dé?
PERO DÍEZ.
En la cabeza, villano.
DOMINGUILLO.
Vuelve la espalda.
PERO DÍEZ.
Es en vano
Eso; no la volveré.
DOMINGUILLO.
¡Villano á mí! ¡Toma!

Huye.

PERO DÍEZ.
¡Oh perro!
CONDE.
Seguilde.
DOMINGUILLO.
Abridme, señor;
Que he muerto un hombre.
DON ESTEBAN.
¡Ah, traidor!
LOPE.

Retirándose.

Abrid.
UN SOLDADO.

Dentro.

Entra.
LOPE.

Dentro.

Cierra.

SOLDADO

Dentro.

Cierro.
DON ESTEBAN.
Bien el huir ha fingido.
CONDE.
¡Hombre astuto!
REY.
Temerario.
DON ESTEBAN.
El curar es necesario
Soldado tan bien herido.
REY.
¿Quiéresme, Pedro, creer?
Con nacer como nací,
Hoy tengo envidia de ti;
Lo que eres quisiera ser.
Más, por tan alto interés,
Quisiera la fortaleza
De esa herida en la cabeza,
Que la corona que ves.
Haz cuenta, Pedro fïel,
Que esta herida y sangre honrada
Es una cinta encarnada
Con que has atado el laurel.
Más que las del fuerte, al doble,
Honran tu frente esas puertas:
Pésame que sangre viertas,
Porque sin duda es muy noble.
Mas, pues Díez te apellidas,
Llégame ese escudo acá;
Que con diez dedos hará
Una herida diez heridas.

Úntase diez dedos en la sangre, y hace diez bandas en el escudo.

De tu sangre, mis dos manos
Estas diez bandas harán,
Y por armas quedarán
Á los Díez toledanos,
Harás el campo de plata,
Pues las bandas son color.
PERO DÍEZ.
Desta sangre fiad, señor,
Que jamás se muestre ingrata;
Que quien así la ofreció,
Mil vidas os ofreciera.
REY.
Vete á curar.
CONDE.
No creyera
Esto de Alejandro yo.
Mil años te guarde el cielo.
DON ESTEBAN.
Indicios bastantes son
De su mucha discreción
Y de su piadoso celo.
Ven, señor, á descansar:

Seguro tienes el fuerte.

REY.

Compralle con una muerte
De un noble, me da pesar.

CONDE.

Advertid que sois soldado;
No os habéis de enternecer.

REY.

Bien decís, que no he de ser
Piadoso ni enamorado.

Vanse.

Lope y Dominguillo.

LOPE.

Notablemente anduviste.

DOMINGUILLO.

Quise que el Rey y su gente
Supiesen que un inocente
Que tú criaste y tuviste
En tu casa por juglar,
Sabe hacer hazañas tales;
No los hombres principales,
Á quien sueldo sueles dar.

LOPE.

No digas que un inocente:
En Roma no cuentan más
De Scévola; yo, jamás
Te imaginé tan valiente.

DOMINGUILLO.

Pues si necesario fuera,
No dudes que me dejara
Quemar la mano, y pensara
Que entre flores la tuviera.

LOPE.

Yo te aseguro que el Rey
Esté bien triste por esto.

DOMINGUILLO.

Alzará el cerco muy presto.

LOPE.

Hombre eres de buena ley;
No en balde bien te he querido,
No en balde siempre he fiado
Mi vida de tu cuidado.

DOMINGUILLO.

No te engañas, justo ha sido,
Porque solo soy bastante
Que no dure el cerco un día.

LOPE.

Hoy afeitarme querría.

DOMINGUILLO.

Deja, señor, que me espante:
Tiénete Alfonso cercado,
Y ¿ocúpaste en niñerías?

LOPE.

Hacen oficio de espías
Estos dos que me ha enviado
El Rey por embajadores,
Y porque entiendan de mí
Que me estoy durmiendo aquí
Al son de sus atambores,
La barba me quiero hacer.
Haz que vengan por acá.

DOMINGUILLO.

Éntrate, señor, allá,
Y haré que te venga á ver
Don Nuño, porque se espante
Del descuido con que estás.

Vase D. Lope.

No imaginé que jamás
Viera ocasión semejante.
¿Qué más atado le quiero,
Que de los paños cercado?
No ha muerto hombre amortajado
Como aqueste caballero.
El barbero vino ya.....
Ya en la silla se ha sentado.....
¿Qué aguardo? ¿Qué estoy turbado,
Pues que la ocasión me da,
No solamente cabellos
Como á muchos que la ven,
Pero la barba también
Para asirle della y dellos?
Arrimado á aquel rincón
He visto un venablo fuerte.
Quiera el cielo que le acierte
Por la espalda al corazón.
Yo tiro, bien ó mal salga,

Tírale.

Para salir del castillo (1).

Don Lope y un barbero.

LOPE.

Dentro.

¡Ay! ¡Santa María me valga!

DOMINGUILLO.

Las espaldas le pasé.
¿Qué aguardo?

Vase.

BARBERO.

Dentro.

¿Hay tan gran maldad?
¡Gente, soldados, llegad
Presto, que el traidor se fué!

Soldados que sacan á D. Lope, atravesado con un venablo; D.ª Costanza y D. Nuño.

DON NUÑO.

¿Qué es esto?

(1) Falta un verso.

LOPE.

¡Ay, Nuño querido!
De un traidor hazaña fea,
Que no es posible que sea
Sino de hombre mal nacido.

DOÑA COSTANZA.

No creisteis mis consejos;
Fiásteos de un traidor.

LOPE.

Señora, túvele amor,
Que mira el mal desde lejos.
Por instantes se me quita
La habla..... Ya es justa ley,
Pues muero, entregar al Rey
El castillo de Zurita.
Tomad vos, Nuño, la llave,
Y en mi nombre la llevad;
Lo que hice disculpad,
Pues mi juramento sabe.
Y decid que en tantos daños,
Primero mis desvaríos
Cumplieron todos los míos,
Que él cumpliese los quince años.

DON NUÑO.

Él murió.

DOÑA COSTANZA.

Culpado muere
En fiarse de un traidor,
Que no en serlo á su señor.

DON NUÑO.

Llevalde. Y pues no hay qué espere,
Con las llaves quiero ir
Por las albricias al Rey.

Entran á D. Lope y vase D. Nuño.

DOÑA COSTANZA.

¡Con qué justísima ley
Merece un hombre morir,
Que cerca del alma pone
Hombre de vil nacimiento,
Fiado en su entendimiento,
Por más que el amor le abone!
Don Lope, amigos leales
Grande bien suelen hacer;
Pero éstos se han de escoger
De personas principales.
No ha dado el cielo castigo
Á un hombre de honra y verdad,
Como la falsa amistad;
Porque del cierto enemigo
Un hombre puede guardarse,
No del amigo fingido.

El Rey, el Conde, D. Esteban, Dominguillo y soldados.

REY.

¡Oh, cuánto lo habrá sentido!

DON NUÑO.

No es posible consolarse.

REY.

Costanza, cuando os hablé
De esotra parte del muro,
No entendí que tan seguro
Pusiera en el fuerte el pie,
Ni vos pensasteis venir
Á tan miserable estado.

DOÑA COSTANZA.

De haber el fuerte cobrado,
No tengo yo qué decir;
Cosas de la guerra son,
Que las mujeres no entienden,
Y que todas se defienden
Con ser vuestra la razón.
Si me pesa de mi esposo,
Vos propio lo juzgaréis;
Pero más de que le deis
Sagrado tan generoso
Al infame que le ha muerto
Y perdonad si me voy,
Por no decir donde estoy
Algún tierno desconcierto.

Vase.

CONDE.

No le ha faltado razón;
Pero vos habéis cobrado
El fuerte, y sois obligado
Á justa satisfacción.
Dalde, señor, de comer,
Como lo habéis prometido.

REY.

Pues quede aquí definido
Lo que éste habrá menester.

DON ESTEBAN.

Con dos mil maravedís,
Rey Alfonso, cada un año,
Tendrá bien, si no me engaño.

REY.

¿Bien, don Esteban, decís?
Ésos de renta le den;
Pero porque con su lengua
Y manos no ponga en mengua,
Ó dé la muerte también
Á algunos sobre seguro,
Sáquenle los ojos luego.

DOMINGUILLO.

¡Señor!.....

REY.

No hay tratar de ruego.

DOMINGUILLO.

¡Qué buenos dos mil de juro!

DON NUÑO.

Mil maravedís te caben
Á cada ojo. ¿Qué quieres?

DOMINGUILLO.

¿Tú eres rey? ¡Tirano eres!

REY.

¿Quieres que tu vida acaben?

DOMINGUILLO.
¿Esa es condición Real?
REY.
Dos premios te doy también:
La traición te pago bien,
Ser traidor te pago mal.
DOMINGUILLO.
Tu padre y tu abuelo imita.
REY.
Lo mismo hicieran que yo:
Al que el golpe recibió,
Hago alcaide de Zurita;
Y si Costanza quisiere,
Yo la dotaré con él.
DOMINGUILLO.
También yo he sido fiel;
Mas ya que premio no espere,
Sino por premio castigo,
Haz que de aquestos dos ojos
Saquen el uno.
REY.
¡Qué enojos!
Si tuvieras, enemigo,
Dos mil, dos mil te sacara,
Pues tú los sacaste á quien
Te crió y te hizo bien.

Vanse el Rey, el Conde y D. Esteban.

SOLDADO 1.°
Paciencia, hermano, y repara
En que te dan de comer.
Come y calla. ¿Qué te altera?
DOMINGUILLO.
Ver si está limpio quisiera;
Que no es buen comer sin ver.
SOLDADO 2.°
Como no comáis pasteles
Ni compréis cosa guisada,
No tenéis que temer nada.
DOMINGUILLO.
¡Que con eso me consueles!
SOLDADO 1.°
Daos renta el Rey, y ¡gemís
Por la vista!
DOMINGUILLO.
¿Es como quiera?
¿Hay alguno que lo quiera
Por dos mil maravedís?
SOLDADO 2.°
Camina, hermano, y no llores.
DOMINGUILLO.
Que, en fin, ¿me habéis de dejar.....
SOLDADO 1.°
¿Cómo se puede excusar?
DOMINGUILLO.
Á buenas noches, señores?

ACTO SEGUNDO.

Don Illán y Garcerán Manrique.

DON ILLÁN.
Holgárame de saber,
Garcerán, todo el suceso.
GARCERÁN.
Después trataremos de eso;
Que más tiempo es menester.
DON ILLÁN.
Mientras que los Reyes llegan,
Algo me podéis contar;
Pues da el tardarse lugar,
Aunque las fiestas le niegan.
GARCERÁN.
Por las que están á mi cargo
Lo negaba. Estadme atento:
Sabréis de paso mi intento,
Y perdonad si me alargo.
Luego que tomó á Zurita
El rey Don Alfonso octavo,
Muriendo Lope de Arenas
De la herida de un venablo,
El buen conde don Manrique,
Mi padre, que fué su amparo,
Fué con su gente siguiendo
Á Fernán Ruiz de Castro.
Libre en el campo se vió,
Donde las armas trocando,
Para no ser conocido,
Fernando con un hidalgo,
Fué el Conde, mi padre, muerto,
Y yo, de tierra de Campos,
Donde á la sazón vivía,
De poco más de diez años,
Traído á servir al Rey,
No á criarme en su palacio,
Como los meninos suelen,
Entre galas y regalos.
Criéme al lado de Alfonso
Con las armas en las manos,
Cobrando fuerzas y villas
De sus reinos rebelados.
Cuando ya le pareció
Á Alfonso que de Fernando,
Su tío, y Rey de León,
Estaba libre y vengado,
Oyendo decir la guerra
Santa, á que príncipes tantos
Iban á Jerusalén,
Pasó la mar con Ricardo,
Noble Rey de Ingalaterra,
Que para cobrar el santo
Sepulcro de Cristo, dió

Por el Asia tantos pasos.
A todos le acompañé,
Hasta que sobre los campos
De Belén venció el Inglés
Al Saladino siriaco.
De las hazañas de Alfonso
Aficionado Ricardo,
Le ofreció á Leonor, su hija,
Que Alfonso estimaba tanto.
Volvimos, Illán, á España,
Y desde ella, dos prelados
Y yo partimos á Londres,
De la cual en breve espacio
Esta señora trujimos,
Y en Burgos se desposaron,
Donde ingleses y españoles
Las fiestas han celebrado.
De allí, como ves, Alfonso
Viene á Toledo gallardo,
En edad, que de su nombre
Tiembla el bárbaro Africano.
Aquí pretende juntar
Sus generosos vasallos,
É ir á Córdoba y Sevilla
Contra Zulema y Benzaido;
Que los caballos que hoy beben
En las corrientes del Tajo,
Del Betis han de beber,
Con sangre mora manchado.

DON ILLÁN.

Los Reyes entran, detente;
Después tendremos espacio.

GARCERÁN.

Siempre, Illán, para servirte
Me reconozco obligado,
Que á don Esteban, tu padre,
Debo la espada que traigo:
Él me la ciñó en Galicia,
Junto al altar de Santiago.

Acompañamiento de caballeros, y detrás el rey don Alfonso, hombre ya, y la reina D.ª Leonor, de las manos, y D. Blasco.

DON BLASCO.

Estas llaves, Rey ínclito, te ofrece
Toledo, y de sus nobles ciudadanos
Las almas, donde siempre el amor crece,
Y besa humilde tus Reales manos.
Y á vos, en quien la gloria resplandece
De los reyes franceses y britanos,
Su frente humilla, Reina generosa,
Que el cielo en sucesión haga dichosa;
Que en lo demás, yo pienso que os ha dado
Igual á vuestros méritos, señora,
En este sol de rayos coronado,
Que hoy goza el mundo en tan hermosa aurora.

REY.

Agradecido estoy á su cuidado,
Y á Toledo prometo desde agora
Mayores privilegios y exenciones.

DON BLASCO.

Nuevos muros de fe y lealtad le pones.

REY.

¿Qué os parece, mi Leonor,
Desta famosa ciudad?

REINA.

Que no la he visto mejor:
Fortaleza y majestad
La coronaron de honor.
Mas de cuanto vi en Castilla
Ni en el límite de España,
Cuyo valor maravilla,
Ni esta poblada montaña,
Digna de ser vuestra silla,
Ni cuanto vimos los dos
En las fiestas de este día,
Me ha parecido, ¡por Dios!
Alfonso del alma mía,
Lo menos que miro en vos.

REY.

Pues si yo viera, Leonor,
Á Troya en su libertad,
A Grecia en su gran valor,
A Roma en su majestad,
A España en su antiguo honor;
Aunque no hubiera en los dos
Este lazo con que Dios
Quiso juntarnos aquí,
No me pareciera á mí
Lo menos que miro en vos.

DON ILLÁN.

Déme los pies Vuestra Alteza.

REY.

Conoced á don Illán,
Que es Toledo por nobleza,
Hijo de tal capitán,
Que es laurel de su cabeza.
La santa iglesia ha pintado
En el techo del trascoro,
Á don Esteban armado,
Honor debido al decoro
De tan cristiano soldado.
Á caballo le veréis,
Cosa digna de sus glorias.

DON ILLÁN.

Aquí, señora, tenéis
La imagen de sus memorias,
Antes que al coro lleguéis.

REINA.

Bien se representa en vos
Su valor, y que los dos
Sois de esta ciudad colunas.

DON ILLÁN.

Que mil prósperas fortunas
Os guarde y aumente Dios.

REY.

Garcerán.....

GARCERÁN.

Señor.....

REY.

Advierte

Que á orillas del Tajo quiero
Ir esta tarde.

GARCERÁN.

Iré á hacerte
Algún reparo primero,
Por ser el calor tan fuerte;
Que los palacios ya son
Más rüinas que palacios.

REY.

Repararlos es razón.

GARCERÁN.

Tajo, en todos sus espacios
Ha tomado posesión.
Desde que salió por ellos
Galïana, no han tenido
Reparo.

REY.

Vamos á vellos.

GARCERÁN.

Aunque el agua no ha querido,
Haré que te sirvas dellos.

REY.

¿Vamos, amada Leonor?

REINA.

Aquí estoy para serviros.

REY.

¡Qué bien que pagáis mi amor!
Pero podéis persuadiros
Que iguala vuestro valor.
No os ofenda encarecer
Mi amor, Leonor, deste modo.

REINA.

¿Cómo me pudo ofender,
Si este valor nace todo
De que soy vuestra mujer?

REY.

No te olvides, Garcerán.....

GARCERÁN.

No estoy pensando otra cosa.

DON ILLÁN.

Gallardos los Reyes van.

GARCERÁN.

Es la Reina muy hermosa,
Y él por extremo galán.

Vanse.

Raquel y Sibila.

RAQUEL.

¿Parecióte bien Leonor?

SIBILA.

Para hermosura extranjera,
No pienso yo que pudiera,
Raquel, parecer mejor.

RAQUEL.

¿Es posible que te agrada
Aquella nieve del Norte?
¿Qué cosa habrá que reporte,
Con una hermosura helada,
El gusto de quien la mira?
¡Oh talle! ¡Oh brío español!
No pica al nacer el sol,
Ni al tiempo que se retira;
Al mediodía parece
Que tiene fuerza mayor.
En España vive amor;
Su brío y gusto merece
Que reine Venus en ella.
La Chipre, que celebró
La antigüedad, pienso yo
Que llevó hermosuras della.
Yo, Sibila, aunque no soy
Cristiana, soy española;
Que basta esta gracia sola.

SIBILA.

En tu pensamiento estoy,
Aunque sé que no tenemos
Las hebreas de nación,
De briosas opinión.

RAQUEL.

Es porque no la queremos.
Como vemos los cristianos
Huir de la sangre nuestra,
¿De qué sirve darles muestra
Del brío en lengua ni en manos?
Luego que pasar la vi
Á su iglesia, con su esposo,
Aunque era su rostro hermoso,
Su condición presumí.
Yo te digo que aunque pruebe
Alfonso á tenerla amor,
Que nunca de su Leonor
Beba los gustos sin nieve.

SIBILA.

No se te ha echado de ver,
Raquel, el haberte helado
De haber á Leonor mirado,
Mas te debió de encender,
Pues desde allí te has venido
Á bañar al Tajo luego.

RAQUEL.

¿No puede haber algún fuego
En esa nieve escondido?

SIBILA.

¡Fuego! ¿Cómo?

RAQUEL.

¿No podía,
Lo que la Reina me heló,
Abrasarme Alfonso?

SIBILA.

No,
Pues daba en nieve tan fría;
Que el sol, cuando reverbera
De nieve, no da calor.

RAQUEL.

Alfonso me debe amor.

SIBILA.

Es rey.

RAQUEL.

Aunque no lo fuera.
Considero yo entre mí
Aquel brío de soldado,

Junto á un ángel tan helado.....

SIBILA.

¿Tú quieres bañarte?

RAQUEL.

Sí.

SIBILA.

Pues dejemos en su casa
Los Reyes.

RAQUEL.

Esta arboleda,
Por cuyas plantas tan leda
El agua del Tajo pasa,
Pienso que puede encubrirme.

SIBILA.

No hay un ave que te vea.

RAQUEL.

Como amor lince no sea,
Nadie podrá descubrirme.

SIBILA.

El amor dicen que es ciego.

RAQUEL.

No para ver lo que ama.

SIBILA.

Pues ¿qué?

RAQUEL.

El honor, tiempo y fama
Que pierde. Mira, te ruego,
No se escondan por ahí
Los amantes de la hebrea
Susana, y como ella sea.

SIBILA.

Fía tu cuidado en mí.

RAQUEL.

¡Ay, Dios!

SIBILA.

¿Qué fué el accidente?

RAQUEL.

Pensé que el Rey me miró.....
Y es que, como me agradó,
Le tiene el alma presente.

Éntranse en una arboleda.

El Rey y Garcerán.

REY.

Huélgome de tratar contigo á solas,
Por esta orilla donde el manso viento
Encrespa al Tajo las corrientes olas,
Mi siempre recogido pensamiento.
Aunque le traigo, Garcerán, conmigo,
No siempre le apercibo en lo que siento.
Su rostro un hombre trae siempre consigo,
Y no le puede ver sin un espejo;
Y así, llaman espejo á un hombre amigo.
Mi pensamiento miro en tu consejo,
Que verle sin tu espejo es imposible,
Y por eso contigo me aconsejo.
Yo pasé, Conde, mocedad terrible,
Perseguido de propios y de extraños,
Más que parece á tal edad posible.
Vestí las armas sin tener diez años,
Saqué la espada á luz, cobré mi reino,
Y el cielo me libró de tantos daños.
Caséme; amo á Leonor, contento reino:
Si no ensancho los reinos heredados,
¿Qué dejaré á mis hijos?

GARCERÁN.

Aquí cierra
La puerta amor, que abrieron tus pasados;
Mas no te excusas de seguir la guerra,
Porque la fe, señor, más se dilate,
Y salga el Moro de tu misma tierra.
Las fronteras de Córdoba combate,
Pues cuando ve que cuelgas las espuelas,
Se calza el Africano el acicate.
Él viene, si no vas; pues ¿qué recelas,
Si el amor de tu esposa no te abrasa,
Y en la defensa de tu amor te hielas?
¿Qué te diviertes?

REY.

Por aquí ven, pasa,
Ansí te guarde, Garcerán, el cielo,
Y aumente las grandezas de tu casa.
¿No ves en los cristales, vuelta en hielo,
Una ninfa del Tajo, que porfía
Hacer del agua á todo el cuerpo un velo?
¿No ves del dulce Ovidio la poesía,
Verdad en las riberas de Toledo,
Como él en las de Arcadia la fingía?

GARCERÁN.

Que á los dos sienta y vea tengo miedo.
No vi, ¡por Dios! señor, tanta hermosura:
Mirarla sin deseo apenas puedo.

REY.

¿Cuál escultor jamás hizo figura
De pario mármol tan perfecta y bella,
Ni la imaginación de nieve pura?
No sé qué pueda comparar con ella.

GARCERÁN.

¡Ea, señor, señor!

REY.

¿Llamas?

GARCERÁN.

Sí llamo.

REY.

Pues bien.....

GARCERÁN.

Parece que te vas tras ella.

REY.

Ya se enjuga y se viste. ¡Oh, verde ramo,
Rayo te abrase, que le das la ropa!
Desde el extremo al tronco te disfamo.

GARCERÁN.

¡Qué! ¿Quisieras roballa como á Europa,
Ó que por esta selva se anduviera,
Como el tiempo de Adán, el viento en popa?
Nunca tal de tus ojos presumiera.
Así miró David otra hermosura,
Que estaba haciendo cristalina esfera
Las claras aguas de una fuente pura,
Que le costó después fuentes de llanto.

REY.
¡Oh nuevo mal! ¡Oh extraña desventura!
GARCERÁN.
¿Qué tienes? Que me das notable espanto
En la mudanza que en tu rostro has hecho.
REY.
No pensé que mi daño fuera tanto.
GARCERÁN.
¿Puede ser más que emponzoñarte el pecho
Aqueste basilisco con sus ojos?
REY.
Mayor estrago, mayor mal sospecho.
GARCERÁN.
¿Estrago de tan fáciles antojos?
REY.
¿No ves en los vestidos que es hebrea,
De que me pueden resultar enojos?
GARCERÁN.
Como sólo mirar con ellos sea,
No repares en eso; y si reparas,
Guárdate de emprender cosa tan fea.
REY.
Garcerán, el servir tiene dos caras:
Verdad y gusto del señor. Agora,
Ponte en la de mi gusto.
GARCERÁN.
¡Oh, cuántas raras
Virtudes que hay en ti, señor, desdora
Tan feo error!
REY.
Aun no me has entendido.
GARCERÁN.
Mira, señor, que tu Leonor te adora.
REY.
Vístete, Garcerán, deste vestido;
Ponte la cara de mi gusto, y calla.
GARCERÁN.
No te enojes, señor: perdón te pido.
REY.
Ya está vestida; di que quiero hablalla.
GARCERÁN.
Aquí tengo aquel paje que conoces;
Llamaréle, y podrá tu amor contalla.
REY.
¡Qué graciosa locura!
GARCERÁN.
No des voces.
Yo la hablaré, si aquí me esperas.
REY.
Parte.
GARCERÁN.
Y no te enojes más, ansí la goces.
REY.
Al pie deste moral quiero esperarte.

Vase Garcerán.

No te engrandezcas ya, ¡oh mar de España!
Por las riquezas que en tus ondas crías,
Pues más que de tus ondas nos envías,
Las tiene el Tajo, que estos olmos baña.
Si en altas naves por la tierra extraña
El oro esparces de tus venas frías,
Mejor le hallan aquí las manos mías
Entre su verde juncia y espadaña.
Si por coral te alabas, unos labios
Vencen el árbol que en tu seno crece,
Con fruta que enloquece á los más sabios.
Pues si lustroso nácar te enriquece,
Puede hacer á las tuyas mil agravios
La perla que en sus aguas resplandece.

Belardo y Fileno.

BELARDO.

Á Fileno:

¡Pardiez, vos tenéis donaire!
Si esta es la huerta del Rey,
Haga premática y ley
Que no entren el sol ni el aire.
FILENO.
¿Cómo tengo de guardar (1)
En no los dejar llegar? (2).
Dénmela de balde á mí.
BELARDO.
No gruñáis, que os haréis viejo.
FILENO.
¡No estuviera en tu pellejo,
Para descuidarme ansí!
BELARDO.
¿Tan descuidado os parezco?
FILENO.
Andá, Belardo, en mal hora.
BELARDO.
Si los trabajos que agora
Me pudren (al diablo ofrezco
Quien me ha dado la ocasión),
Tuviérades vos, Fileno,
Vos viérades el veneno
Que traigo en el corazón.
FILENO.
¿Qué te han hecho?
BELARDO.
Ya ¡nonada!
Con los perros desta huerta
Traigo pendencia encubierta,
Y para mí declarada.
. . . . (3)
FILENO.
¿Cómo ansí?
BELARDO.
Yo no lo sé.
Después de muerto, á la fe,
Dicen que han de conocerme.

(1, 2) Dos pareados entre dos redondillas; quizá formaban el centro de una.
(3) Falta un verso. En los quince siguientes parece que Lope de Vega, con su nombre poético de Belardo, habla de sí propio.

FILENO.

¿Después te han de conocer?

BELARDO.

Mientras vivo lo procuro;
Que, después de muerto, os juro
De no se lo agradecer.

FILENO.

Qué, ¿hay á quien tu vida pese?

BELARDO.

Es la envidia mal nacida.

FILENO.

Dales buen palo.

BELARDO.

En mi vida
Hice mal, aunque pudiese.
Todos me muerden en vano;
Que al fin de tantos destierros,
Ellos se quedan por perros,
Y yo me quedo hortelano.

FILENO.

Ahora bien, con la paciencia
Viene el remedio.

BELARDO.

Ya tarda.

FILENO.

Todo este cuadro me escarda,
Belardo, con diligencia,
(Que está cubierto de yerba),
Mientras pongo aquel plantel.

BELARDO.

Adiós.

Vase Fileno.

REY.

Tirano cruel, (Para sí.)
Que á ningún mortal reserva,
Es el amor; ni perdona
La majestad ni el poder,
Pues agora esta mujer
Mi pensamiento aficiona.
¿Si sabrán estos villanos
Su casa, su estado y nombre?
¡Hola! ¿Qué digo? ¡Ah, buen hombre,
Parad un poco las manos!

BELARDO.

Canta:

Hortelano era Belardo
En las huertas de Valencia;
Que los trabajos obligan
Á lo que el hombre no piensa.

REY.

Hombre de bien, ¿á quién digo?
¿Habéis visto en esta huerta
Una dama que á bañarse
Vino á esta tabla esta siesta?

BELARDO.

Canta:

Pasado el Hebrero loco,
Flores para Mayo siembra;
Que quiere que su esperanza
Dé fruto á la primavera.

REY.

Oidme, pues, si queréis.

BELARDO.

¿Quién es?

REY.

Oid norabuena
Cuando os habla gente honrada,
Aunque el trabajo os suspenda.

BELARDO.

Canta:

Yo me iba, madre,
Á Ciudarreale;
Errara el camino
En fuerte lugare.

REY.

Mas ¿que si me enojo os doy
Algún golpe, con que sientan
Vuestros oídos mis manos,
Pues las voces no aprovechan?

BELARDO.

Está el hombre trabajando:
No es mucho que no os entienda.

REY.

Sí; pero yo sé que nace
De vuestra condición terca.

BELARDO.

¿Qué es, señor, lo que mandáis?

REY.

¿Habéis visto en la ribera
Deste río dos mujeres?

BELARDO.

Sí vi, y en extremo bellas;
Pero tienen una falta,
Si no me engaña la muestra:
Que pienso que son judías.

REY.

Llamadlas, buen hombre, hebreas.

BELARDO.

¡Las necedades del mundo,
En que funda sus quimeras!
Todo es lisonja y engaño,
Todo es locura y soberbia.
Á Dios le llaman de vos,
Al hombre llaman de alteza,
Cortesana á la mujer
Que está sin honra y vergüenza;
Mocedades á los vicios,
Á los hurtos diligencias,
Á la pobreza deshonra,
Y honra al fausto y la riqueza;
Valiente al que es temerario,
Discreción á la cautela,
Moreno al negro atezado,
Á la envidia competencia;
Al que escribe secretario,
Aunque en las cárceles sea,

Donde el secreto mayor
Los pregoneros le cuentan;
Los oficios llaman artes;
Todos los nombres se truecan:
Sólo á la muerte no mudan,
Porque iguala cuanto encuentra.

REY.

Agrádasme, aunque grosero.

BELARDO.

Debajo desta pelleja
Puso Dios alma también,
Como á vos, con tres potencias.
Mas, volviendo á la pregunta,
Esas dos, malas ó buenas,
Se están bañando allí enfrente.

REY.

¿Sabes su estado y su hacienda?

BELARDO.

Debajo de ser quien son,
¿Qué más queréis saber dellas?
Si alguna os parece bien,
Y sois persona de prendas,
Como se parece en vos,
Huid de aquí treinta leguas.

REY.

No me quiero yo casar.

BELARDO.

¿Para qué puede ser buena
Una mujer mal nacida,
Si tenéis un hijo en ella?

REY.

Miedo me ha puesto el villano. (Aparte.)
Dime, amigo, ¿en esta huerta
Entraron con gente, ó solas?

BELARDO.

¿Cuándo vistes gente destas
Que fuese pobre jamás?
Un coche y gentil merienda
Las trujo adonde las veis.

REY.

Qué, ¿es gente rica?

BELARDO.

¿Pudiera
Ser pobre?

REY.

Guárdeos el cielo.

BELARDO.

Y á vos, señor, os defienda
De dar en tan gran error;
Porque si cristiana fuera,
Ya tuviérades disculpa;
Mas, en su ley, es bajeza.....
¡Un hidalgo como vos!

Vase.

REY.

Parece que el cielo enseña
Hasta los rudos villanos.
¡Oh, amor, terrible es tu fuerza!

Garcerán.

GARCERÁN.

Con diligencias que hice,
Á los palacios llevé
Aquella mujer sin fe,
Que así tu fe contradice.
Ya está en ella como el dueño,
Supuesto que Galïana
Se volvió después cristiana.

REY.

Garcerán, mi fe te empeño,
Que si me hubieras traído
De Granada y de Sevilla
Las llaves, y hasta la silla
De Orán mi pendón subido,
No recibiera contento
Como el que en esto me has dado.
¿En los palacios ha entrado?

GARCERÁN.

Y hasta tu mismo aposento.
Ya sabe que eres el Rey,
Que no se pudo excusar.

REY.

¿Qué haré, Garcerán?

GARCERÁN.

Pensar
Que es de tan infame ley,
Y ganar tan gran victoria
Como el vencerse á sí mismo.

REY.

¿Cómo, si todo el abismo
Me atormenta la memoria
De la hermosura que vi,
Porque la memoria es fragua,
En los cristales del agua,
Del fuego que vive en mí?
Dime su nombre.

GARCERÁN.

Raquel.

REY.

Con su hermosura conviene.
Si tanto costarme tiene,
No quiero ser tan fïel.

GARCERÁN.

El otro sirvió dos veces
Á siete años; pero á ti
No ha de sucederte ansí,
Que hoy la ves y hoy la mereces.

REY.

¿Qué no puede un rey?

GARCERÁN.

Advierte
Que tiene padre y hermano,
Uno mozo y otro anciano.

REY.

Ningún temor me divierte,
Pues no es el mayor bastante.

GARCERÁN.

¡Gran fuerza de amor!

REY.

Cruel.
Espera, hermosa Raquel,
Á Jacob, tu nuevo amante.

Vanse.

La Reina, D. Blasco y Clara.

REINA.

¿No ha vuelto Alfonso á Toledo?

DON BLASCO.

Irá esos bosques abajo
Por las riberas que Tajo
Baña en cristal puro y ledo,
Ó habrá, por dicha, subido
Á los montes que su extremo
Miran en él.

REINA.

Mucho temo.
Nunca, don Blasco, he temido
Como en aquesta ocasión.

DON BLASCO.

Parece que tienes celos.

REINA.

Tengo á lo menos recelos,
Que deudos cercanos son.

DON BLASCO.

No te arrojes, por tu vida,
Á tan mala enfermedad,
Ni en tu libre voluntad
Les des, señora, acogida.
El Rey, mi señor, te adora;
No despiertes á quien duerme.

REINA.

¿Cómo podré defenderme
De mi pensamiento agora,
Si vive dentro de mí?

DON BLASCO.

Podrás con entretenerte.

REINA.

Tú, si puedes, me divierte;
Veré si me olvido ansí.

DON BLASCO.

A jugar podrás un rato
Divertir esa pasión.

REINA.

Males que de veras son,
Nunca en el juego los trato.
Dame, Clara, escribanía:
Llama tú quien cante un poco.

Vase D. Blasco.

CLARA.

Muy presto tu amor da en loco.

REINA.

¿Poco es ausencia de un día?
Aquí escribo. Allí te aparta;
Que tú lo verás después.

Garcerán; la Reina, escribiendo.

GARCERÁN.

Bajo á Clara:

¿Qué hace la Reina?

CLARA.

¿No ves
Que está escribiendo una carta?

GARCERÁN.

Conmigo ha venido el Rey,
Dejando el río famoso;
Que corre tan presuroso
Para exceder de la ley
De un justo y debido amor.

CLARA.

¿Dónde queda?

GARCERÁN.

Cerca está.

CLARA.

¿Muy cerca?

GARCERÁN.

Y que ha entrado ya.

El Rey.

REY.

Bajo:

Quedito, no hagáis rumor.
¿Qué hace mi Leonor?

CLARA.

Escribe
Para divertir tu ausencia.

REY.

¿Sintióla?

CLARA.

Tan sin paciencia,
Que es un milagro que vive.

REY.

Salíos allá fuera un poco.

GARCERÁN.

Á Clara:

Yo tengo que hablarte.

CLARA.

Vamos.

Vanse Garcerán y Clara.

REY.

Di, amor, ¿qué fin esperamos (Para sí.)
Con un principio tan loco?
Decid, alma: «Loca estoy.»

REINA.

Escribiendo:

Loca estoy.....

REY.

Con mis acentos (Para sí.)
Responde á sus pensamientos
Leonor, á fe de quien soy.
Basta que yo quiero bien.

REINA.

Escribiendo.

Quiero bien.....

REY.

¡Otra razón! (Aparte.)
¡Vive Dios, que es confusión
Y mal agüero también!
Más vale oirla acabar
El renglón, y responder.

REINA.

Escribiendo.

No te he visto desde ayer.

REY.

Conmigo debe de hablar. (Aparte.)
Sin duda que son consuelos
De mi ausencia.

REINA.

Escribiendo.

Estoy mortal.....

REY.

¡Oh, si declarase el mal (Aparte.)
Que tiene!

REINA.

Escribiendo.

Mi mal es celos.

REY.

¡Ay de mí! Si ha puesto espías (Aparte.)
Y sabe lo que ha pasado,
¿Qué hará?

REINA.

Escribiendo.

Morir de cuidado
Conviene á las penas mías.

REY.

No la engaña el pensamiento; (Aparte.)
Que el basilisco que vi
Me tiene fuera de mí
Desde hoy. ¡Qué extraño tormento!

REINA.

Y ¡cómo si lo es extraño!

REY.

Aquí acertó á responder; (Aparte.)
Que pienso que esta mujer
Ha de ser.....

REINA.

Escribiendo.

Para mi daño.....

REY.

No la quiero aguardar más. (Aparte.)
Leonor, ¿qué es esto?

REINA.

Señor.....

REY.

¿Á quién escribes, Leonor?

REINA.

A ti, pues ausente estás.

REY.

¡Yo ausente!

REINA.

Pues desde ayer,
¿No es ausencia?

REY.

No, señora;
Que aunque lejos, como agora
Presente me habéis de ver;
Porque donde estoy sin vos,
Os veo mejor que aquí.
¿Qué habéis escrito?

REINA.

Escribí
Mil disparates, ¡por Dios!
No es justo que los veáis.

REY.

Dejad el papel.

REINA.

Leed;
Pero haréisme gran merced
Si cerrado le rasgáis.

REY.

Lee:

«Loca estoy de vuestra ausencia,
Sin paciencia estoy también;
Pero como os quiero bien,
No es mucho estar sin paciencia.»

REINA.

¿Para qué queréis, señor,
Mis disparates leer?

REY.

Lee:

«No te he visto desde ayer;
¿Qué mucho morir de amor?
Afligenme mil recelos,
Estoy mortal; pero en suma.....»

REINA.

Probaba, señor, la pluma.
No leas más.

REY.

Lee:

«Mi mal es celos.

Tardas: morir del cuidado
Conviene á las ansias mías;
Tal día, en todos los días
Desta tu vida he pasado.
¡Qué extraño tormento y pena
Es celos! Y el desengaño
Pienso que, para mi daño,
Mi propio cuidado ordena.»

REINA.

Ahí llegaba, pensando,
Alfonso querido, en ti.
¿Qué has hecho, mi bien, sin mí?

REY.

Sin ti, no; que, imaginando
En tu valor, tan presente
Te tengo como aquí estás.
Después, mi bien, lo sabrás
Más clara y más tiernamente.
Retírate, por mi vida;
Que siento gente y rumor.

REINA.

— Pienso que os cansa mi amor.

REY.

Cuanto os digo se os olvida.
Vos no me podéis cansar,
Que sois este mismo aliento
Con que respiro.

REINA.

¿Á qué intento (Aparte.)
Me ha mandado retirar?
No voy contenta, ni es justo
Cuando tiene estado nuevo
Con dama, á decir me atrevo,
Que tan bien le viene al gusto.

Vase.

Don Illán.

Tocan dentro un atambor.

DON ILLÁN.

Ya, gran señor, el conde Nuño Pérez (Ap.)
Ha hecho de la gente que ha llegado,
Que son más de cuarenta compañías,
Un lucido escuadrón, y acompañándole
Lo noble de tu corte, las ofrece
Á tus balcones en vistoso alarde.
Suplícate, señor, que á verle salgas,
En premio del deseo de servirte,
Porque ha sabido que llegaste agora.

REY.

¡Á lindo tiempo guerra, (Aparte.)
Cuando con mis sentidos,
Ya reinos divididos,
Sobre ganar la tierra,
La traigo yo en el alma,
Donde siempre el amor lleva la palma!
Illán, di que me deje.

DON ILLÁN.

¿Cómo ansí me respondes?
¿Por qué tu rostro escondes?
¿Pretendes que se queje
Aquel noble soldado,
Que ansí te ha defendido y te ha criado?
¿Aquel de los mejores
Que de Ávila salieron?
Mira que te le dieron
Por padre tus mayores;
Que está, puedo decirte,
Rojo de sangre y blanco de servirte.

REY.

Que venga blanco ó rojo,
¿Qué importa, si esta tarde
No quiero ver su alarde?

DON ILLÁN.

No recibas enojo:
Yo diré que se vuelva
Para cuando tu gusto se resuelva.

REY.

Illán, di que despida
Nuño toda la gente;
Que de un nuevo accidente
Tengo el alma ofendida.
Di que cuelgue la espada.

DON ILLÁN.

Basta; que ha sido la jornada nada.

Vase.

Garcerán.

GARCERÁN.

¡Aun no supiste, con mostrarte alegre,
Fingir siquiera una palabra sola,
Disimular del nuevo amor la pena!
Clara me ha dicho que hay adentro lágrimas.

REY.

Para cuando la noche, que ya llega,
Tienda de todo punto el negro manto,
Garcerán, dos caballos apercibe;
Que me aguarda Raquel, y fué concierto
Que se quede en la huerta.

GARCERÁN.

¿No me entiendes
Lo que te digo destos nuevos celos?

REY.

Allí quiero que viva; que, en efecto,
Mis visitas serán menos notadas.

GARCERÁN.

Mejor fuera, señor, que fueran menos.
Entra, ¡por Dios! y con disculpa alguna
Alegremos la Reina mi señora.

REY.

Pienso que ya de que me parta es hora.

GARCERÁN.

¿Qué le habrá dado esta mujer? Mas creo (Ap.)
Que seguirá cansancio, como suele,
A tales accidentes amorosos.
No quiero replicarle, aunque era justo,
Porque la privación no aumente el gusto.
Si te quieres partir, todo está á punto.

REY.

Partirme quiero luego; que no puedo,

Garcerán, dilatar las esperanzas
De aqueste bien.

GARCERÁN.

Pues ven, señor, conmigo.

REY.

Haz cuenta que soy ciego y que te sigo.

Vanse.

David y Leví.

DAVID.

Esto me envía á decir,
Y que el Rey en este fuerte
La ha encerrado de tal suerte
Que es imposible salir.

LEVÍ.

¿Fuerte llamas lo que todos
Palacios de Galiana,
Puerta para todos llana
Desde en tiempo de los godos?

DAVID.

Hijo, donde quiere un rey
Hacer fuerza, eso la tiene,
Y, sobre todo, conviene
Sólo obedecer su ley.
Yo pienso que la vería
Acaso, y como mancebo
(Cosa que en un rey no apruebo,
Y más siendo sangre mía),
Mandaría á sus criados
Que la trajesen aquí.

LEVÍ.

Padre, cuando eso sea así,
¿En qué somos desdichados?
Alfonso, ¿no es rey?

DAVID.

Sí es.

LEVÍ.

Pues ¿qué honor guardáis en vano
Donde no hay tan vil cristiano
Que no nos traiga á sus pies?
¿No es mejor tener favor,
Y ser nosotros temidos,
Donde somos abatidos
Por ley que no tiene honor?
¿No puede ser que Raquel
Mezcle esa sangre á la suya?

DAVID.

Como es poca edad la tuya,
Juzgas de amor como en él.
Si tuvieras estas canas,
Vieras cómo ya son leyes
Que nadie como los reyes
Hacen esperanzas vanas.
Leonor sabrá dél, primero
Que al Rey prometa callar,
Este amor, este lugar,
Con estilo lisonjero;
Y mientras trate de amor
El Rey á Raquel fiel,
Para matar á Raquel
Buscará espada Leonor;
Y en teniéndola buscada,
Saldrá el Rey por una puerta,
Y por otra, al daño abierta,
Entrará á Raquel la espada.

LEVÍ.

Siempre los viejos soñáis
Tragedias: melancolía
Propia de la sangre fría
Que á los espíritus dais.
Alégrate, por mi vida;
Que en aquel balcón está.

DAVID.

Este labrador dirá
Si hay alguien que nos lo impida.

Belardo, con un lanzón.

BELARDO.

¿Quién va allá?

LEVÍ.

Gente segura.

BELARDO.

La fruta vendrán á hurtar.

LEVÍ.

No venimos sino á hablar.....

DAVID.

Hablarle bajo procura.

LEVÍ.

Una dama que está aquí,
Que á aquesta huerta ha venido.....

BELARDO.

¿Es una que no ha comido
Tocino en su vida?

LEVÍ.

Sí.

BELARDO.

Pues ¿para qué la queréis?
Que, al ser olla, era la cosa
Más mala y menos sabrosa
Que hallar ni comer podéis.

LEVÍ.

¿Qué importa hablarla?

BELARDO.

No creo
Que os han de dejar entrar.....
Pero bien podéis llegar;
Y aunque de noche, la veo
Con la poca claridad
Que de las estrellas sale.
Entrad.

DAVID.

No hay sol que la iguale.

LEVÍ.

Padre, buen ánimo: entrad.

Vanse padre é hijo.

BELARDO.

El demonio me hizo á mí
Andar guardando esta huerta,

Que no tien cerca ni puerta.
Todos se entran por aquí:
Por aquí son las meriendas,
Aquí todos los amores,
Aquí los competidores,
Los celos y las contiendas;
Aquí el venir á nadar,
Hasta espulgarse es aquí.
El cielo se aniebla allí
Y se comienza á enojar.
¡Relámpagos! Buenas noches.
¡Truenos....., y en la era el pan!
¡Otro! Soltado se han
Los caballos á los coches.
Santiago, decía mi abuela,
Cuando los truenos oía,
Que por el cielo corría
Con su espada y su rodela.
¡Oh, qué terrible aguacero!
Si dura..... Iréme á la choza.

Vase.

El Rey.

REY.

El que tanta gloria goza,
Como en tus brazos espero,
¿Qué puede, Raquel, temer?
Perdióseme Garcerán
Por volver por un gabán,
Viendo empezar á llover.
Es tan grande mi deseo,
Que aguardarle no pudiera
Un punto, si me trujera
Más riquezas que poseo.
¡Qué terrible obscuridad!
¡Qué relámpagos y truenos!
Y están los cielos serenos
Sobre la misma ciudad.
Sólo en la huerta parece
Que el cielo muestra su furia;
Debe de ser que mi injuria
Siente, riñe y aborrece.
Hablan las nubes tronando,
Y rasgándose los cielos:
Deste mi amor tienen celos,
Y lloviendo, están llorando.
Los relámpagos, con fuego
Muestran el que ya me espanta;
El viento el polvo levanta
Para decir que soy ciego.
Brama el Tajo por salir
A templar aqueste ardor;
Pero no es fuego el amor
Con quien puede competir.
Tiemblan los árboles juntos,
Sus hojas llaman á Alfonso,
Como el último responso
Que se dice á los difuntos.
¡Válgame el cielo! Otra nube
Tan negra desciende allí.
Mas ya se aparta de mí,
Y por donde baja sube.

UNA VOZ.

Cantando triste, dentro:

Rey Alfonso, rey Alfonso,
No digas que no te aviso:
Mira que pierdes la gracia
De aquel Rey que rey te hizo.

REY.

Dentro de la misma nube
Parece que la voz dijo
Que de aqueste atrevimiento
Estaba el cielo ofendido.

LA VOZ.

Dentro.

Mira, Alfonso, lo que intentas,
Pues desde que fuiste niño,
Te ha sacado libre el cielo
Entre tantos enemigos.
No des lugar desta suerte,
Cuando hombre, á tus apetitos:
Advierte que por la Cava
A España perdió Rodrigo.

REY.

¡Vive el cielo, que lo entiendo,
Y que todos son hechizos
De Leonor, para quitarme
El gusto que emprendo y sigo!
Los palacios son aquéstos;
Yo entro.

Cuando el Rey va á entrar, aparece una sombra con rostro negro, túnica negra, espada y daga ceñida.

¡Cielo divino!
¿Qué es esto que ven mis ojos?
¿Eres hombre? ¡Hola! ¿A quién digo?
¿No hablas?

Desaparece la sombra.

Desparecióse.
Mas ¿de qué me maravillo?
¡Viven los cielos, que fué
Sombra de mi miedo mismo!
Entraré por la otra parte,
Saltando el arroyo limpio
De esta acequia. ¡Ay, cielo santo!

Vuelve á aparecer la sombra.

Otra vez la sombra he visto.
¿Qué quieres? ¿Qué me persigues?
¿Quién eres?

Garcerán.

GARCERÁN.

Tarde he venido.

REY.
¿Eres sombra ó eres hombre?
Habla y dime: «Yo te sigo»,
Que hombre soy para escucharte,
Ya seas muerto, ya seas vivo.

GARCERÁN.
Allí he sentido una voz.

Desaparece la sombra.

REY.
También agora se ha ido.

GARCERÁN.
¿Quién va?

REY.
¡Otra sombra tenemos!
Pero ésta, en efecto, ha dicho
Con voz humana: «¿Quién va?»

GARCERÁN.
¿Quién va? ¡No responde!

REY.
Amigos.

GARCERÁN.
¿Es el Rey mi señor?

REY.
Sí.
¿Eres Garcerán?

GARCERÁN.
El mismo.
¿Qué tienes, que estás temblando?

REY.
Notables cosas he visto.

GARCERÁN.
¿Cómo, señor?

REY.
Nubes, sombras,
Truenos, tempestad, granizo,
Música en los mismos aires.

GARCERÁN.
¡Qué temerarios prodigios!
Mas ¿qué haces á la puerta?

REY.
No puedo entrar, que porfío,
Y veo una sombra delante.

GARCERÁN.
A Dios tienes ofendido:
Volvamos á la ciudad.

REY.
Calla, que todo es hechizo.

GARCERÁN.
¿Hechizo?

REY.
Yo sé de quién.

GARCERÁN.
Mira que sin duda ha sido,
Para apartarte de aquí,
Del mismo cielo artificio.

REY.
Cobardías, Garcerán.

GARCERÁN.
¿Eso dices?

REY.
Eso digo.

GARCERÁN.
Pues meto mano á la espada,
Y entro adelante atrevido.

REY.
Yo te sigo, Garcerán,
Que amor me quita el jüicio;
Y perdida la razón,
Conozco el daño y le sigo,
Porque donde está sujeto,
¿De qué sirven los sentidos?

Echa Garcerán mano á la espada, y entra el Rey tras él.

ACTO TERCERO.

Don Illán y D. Blasco.

DON ILLÁN.
Este papel me dieron de la Reina,
Señor don Blasco, por el cual me avisa
Que á las horas que veis venga al alcázar.

DON BLASCO.
Illán, yo imaginaba que era solo,
Porque me manda á mí también lo mismo.
¿Qué nos podrá querer?

DON ILLÁN.
Alguna cosa
Del remedio de Alfonso, por ventura.

Beltrán de Rojas.

BELTRÁN.
Guárdeos el cielo, caballeros.

DON ILLÁN.
¡Bueno!
¿También Beltrán de Rojas?

BELTRÁN.
Yo pensaba
Que á nadie hallara aquí, porque la Reina
Me mandó que viniese con secreto,
Por aqueste papel, á aqueste sitio.

DON BLASCO.
A lo mismo los dos venido habemos.
¿Sabéis lo que nos quiere?

DON ILLÁN.
Imaginamos
Que se quiere quejar de sus desdichas.

Garcerán.

GARCERÁN.
Yo pienso que he tardado. ¡Oh, caballeros!

DON BLASCO.

Guárdeos el cielo, Garcerán Manrique. (Aparte.)

BELTRÁN.

Pues éste viene, no será de Alfonso
Lo que trata la Reina, pues ha sido
Quien sabe los secretos de su pecho,
Y en este desatino le acompaña.

GARCERÁN.

Espántome de hallaros desta suerte,
Si no venimos todos á una cosa,
Pues por este papel, con gran secreto,
La Reina me mandó que venga solo.

DON ILLÁN.

A todos nos advierte de lo mismo.

GARCERÁN.

Luego ¿todos venimos á una cosa?

BELTRÁN.

Quedo, que sale ya la Reina hermosa.

La Reina y el príncipe Enrique, niño, de luto los dos.

DON BLASCO.

¡Luto! ¿Por quién, señora?

REINA.

Bien pudiera
Imaginar don Blasco mi desdicha.
Cerrad las puertas de esa cuadra luego.

BELTRÁN.

Ya están cerradas. Siéntese Su Alteza,
Y diga para qué nos ha llamado.

DON ILLÁN.

¡Qué triste viene! (Aparte.)

GARCERÁN.

¡Lástima me ha dado! (Aparte.)

REINA.

Noble Blasco de Guzmán,
Gallardo Beltrán de Rojas,
Illán de Toledo ilustre
Por hazañas tan heroicas;
Fuerte Garcerán Manrique,
Que con tan altas victorias
De Jerusalén volvistes
A vuestra patria famosa:
Por ser, como sois, en quien
Estriba este reino agora,
Columnas de quien se afirma,
Nobleza con quien se adorna,
Con secreto os he juntado,
En desdicha tan notoria,
Para que el remedio della
Entre todos se proponga.
Alfonso, cuyas virtudes
El Bueno, cual veis, le nombran,
Ya pierde el nombre que tuvo,
Con una hazaña tan loca.
Siete años ha que encerrado
Con aquella hebrea hermosa,
Segunda Cava de España,
Vive retirado á solas.
No se acuerda de sí mismo,
Ni atiende ni acude á cosa
De su reino, de su vida,
De su fama y de su honra.
Raquel reina, Raquel tiene
De Castilla la corona;
Da banderas á las armas,
Y á las letras nobles ropas.
Ella castiga, ella prende,
Y ha sido tan rigurosa,
Que á vuestro Rey tiene preso,
Sin darle tan sola un hora
De libertad en siete años.
¡Qué prisión tan vergonzosa!
¿Pensaréis que hablo en la parte
Que como á mujer me toca?
Bien pudiera, pues es justo;
Mas en esto se reporta
Mi sentimiento de suerte,
Que una palabra tan sola,
Para decirle mi pena,
No ha salido de mi boca.
Mis lágrimas le han hablado,
Aunque su curso interrompa;
Mas ¿qué podrán voces de agua
En peñas de orejas sordas?
Lo que me mueve es mirar
Que Dios se ofende y se enoja
De suerte deste pecado,
Que ya la venganza toma.
Bajan de la Andalucía,
De Granada y de Archidona,
Los moros, y al Rey se atreven
De quien temblaron la sombra.
La Sierra Morena pasan,
Y destruyendo á Almodóvar,
Pasan los campos de Utiel,
Y en Ciudad Real se alojan.
A este paso, castellanos,
Presto del Tajo en las ondas,
Por dicha con sangre vuestra,
Beberán sus yeguas moras;
Presto en estos altos muros,
En vez de banderas rojas,
Verán pendones azules,
Que ya tan cerca tremolan;
Presto en esta santa iglesia,
Donde la Reina y Señora
Del cielo puso los pies,
Pondrá los huesos Mahoma.
Pues ¿cómo no os afrentáis
De que una mujer os ponga
En tanto mal? ¿Qué es aquesto?
¿Vosotros sois sangre goda?
¿Vosotros sois descendientes
De la sangre generosa
Que ganó aquesta ciudad,
Espejo de toda Europa?
¿Tú eres Blasco de Guzmán?
¿Tú eres Illán, tú, que borras
De tu padre don Esteban
La imagen de sus memorias?
Él metió á Alfonso en Toledo;

Tú de Toledo le arrojas,
Pues que consientes que viva
En tanta infamia y deshonra.
Y tú, ¿eres Rojas Beltrán?
Pues ¿cómo no tienes rojas
Las mejillas de vergüenza
Del daño que te provoca?
Y tú, Garcerán Manrique,
Que del Asia honrado tornas,
¿Cómo no ves que te llaman
Autor de tan torpe historia?
Tú ayudas á tu señor
A que como bestia corra
Sin freno por tantos vicios.
Dime: ¿con qué te soborna?
¿Has mezclado allá tu sangre?
Pues, fiera gente española,
Este es Enrique, mi hijo:
Ó matadme esa traidora,
Ó él y yo, pues no tenéis
Manos, fuerzas, sangre ni honra,
A Ingalaterra nos vamos,
Donde la casa piadosa
De Ricardo nos sustente.

Vase.

BELTRÁN.
¡Señora!.....

DON BLASCO.
¡Reina!.....

GARCERÁN.
¡Señora!.....

DON ILLÁN.
¡Detente, por Dios!

ENRIQUE.
¡Villanos!
¿Cómo se ha de detener,
Si para tan vil mujer
No tenéis honra ni manos?

DON ILLÁN.
Advierte, Príncipe, advierte
Que no hay villanos aquí.

ENRIQUE.
Todos lo sois para mí,
Pues me tratáis desta suerte;
Que de aquesta esclava Agar
Saldrá algún niño Ismael,
Tan bastardo como él,
Que me pretenda matar.

GARCERÁN.
Señor, ¿qué habemos de hacer,
Siendo Alfonso, vuestro padre,
Nuestro Rey?

ENRIQUE.
Ver que mi madre
Es dese Alfonso mujer.
¡Pese á tal con los villanos
Que esta bajeza consienten!
¿Posible es que no se afrenten
Esas armas y esas manos?

DON BLASCO.
Señor, tratadnos mejor.

ENRIQUE.
¡Muy buenas canas, por cierto!
¡Qué bien la nieve ha cubierto
El monte de vuestro honor!
¡Por Dios, Blasco de Guzmán,
Que acudís muy bien al nombre!

GARCERÁN.
¿Qué hará, si llega á ser hombre?

DON ILLÁN.
Tiene razón, Garcerán.

ENRIQUE.
¡Qué hidalgos!

DON ILLÁN.
Señor, advierte.....

ENRIQUE.
¿Qué quieres, Illán, que advierta,
Si veo á mi madre muerta,
Y á mi padre desa suerte?
¿Tenéis vos por qué volváis
Por esa hebrea?

DON ILLÁN.
¡Yo!

ENRIQUE.
Vos.

DON ILLÁN.
Limpio soy, señor, ¡por Dios!
Que puesto que rey seáis,
De emperadores desciendo
De Constantinopla yo:
Paleólogo me dió
Esta sangre que defiendo.
Del primero que á Toledo
Vino, el Toledo tomé.

BELTRÁN.
Mirad, señor, que no fué
Sufrir esto culpa ó miedo;
Todo en que es nuestro Rey pára.
Templad, templad las congojas.

ENRIQUE.
¿Qué queréis, Beltrán de Rojas?

BELTRÁN.
Señor, que volváis la cara.

ENRIQUE.
¡La cara! ¡A lindos trofeos!
¿Para qué, si el Rey aquí
Sirve de espejo, y en mí
Os habéis de ver tan feos?
Mas, ¡por vida de mi madre,
Que otra vez no la veáis,
Si primero no matáis
La hechicera de mi padre!

Vase.

BELTRÁN.
¡Extraña confusión! ¿Qué decís desto?

GARCERÁN.
¿Qué me miráis á mí? Yo no sé nada;
Pero para el remedio estoy dispuesto.

Diréis que ¿cómo sacaré la espada
Contra mujer que el Rey me ha confiado,
Y de quien es por tanto extremo amada?
Diréis que ¿cómo, habiendo acompañado
Tantos años en este desatino
Al Rey, en este error precipitado,
Para ayudaros hallaré camino?
Y habrá alguno que diga que á su hermana,
Cómplice deste mal, también me inclino.
Pues ¡plega á aquella sangre soberana
Que se vertió por mí, que si ha tenido
Culpa, ni ha sido en este error liviana,
Yo sea el primero que, cayendo herido
De vuestras manos, pague al justo cielo
Lo que en diversas cosas le he ofendido!

BELTRÁN.

Garcerán, yo conozco tu buen celo;
Yo sé que te has muy bien aconsejado;
Nadie de tu virtud tendrá recelo;
Mas, como desde niño te has criado
Con Alfonso, no es mucho que, celosa
La Reina, te haya alguna vez culpado.
Al principio no fué tan enojosa
La perdición del Rey; mas ya en Castilla
Y en toda España es insufrible cosa.
Ingalaterra, ya con maravilla
De ver nuestro descuido, armarse intenta;
No hay en el reino ya ciudad ni villa
Que no murmure y sienta aquesta afrenta.
Cobremos nuestro Rey, que está cautivo.

GARCERÁN.

Justísima es la hazaña que se intenta:
Digo que por mi parte me apercibo.

DON BLASCO.

Pues yo seré el primero.

DON ILLÁN.

Y yo el segundo.

GARCERÁN.

La razón es mi rey, con ella privo.

BELTRÁN.

Daréis ejemplo de lealtad al mundo.

Vanse.

El Rey, Raquel y Sibila.

REY.

¿No traen las cañas?

SIBILA.

Ya viene
Con ellas el hortelano.

REY.

¡Fresca entrada de verano!
Mas tal primavera tiene.

RAQUEL.

Tras tantos años de amor,
¿Decís lisonjas agora?

REY.

Amor es niño, señora,
Y es con los años mayor.
Pues si es amor ya crecido,
¿Por qué no será verdad?

RAQUEL.

Porque el no haber novedad,
Causa desprecio y olvido.

REY.

¿Olvido en mí? ¡Plega á Dios.....

RAQUEL.

No juréis, que ya lo creo.

REY.

Más nuevo es hoy mi deseo
Que cuando le puse en vos.
Sois mi señora y mi reina,
Sois mi diosa, sois por quien
Vivo, sois todo mi bien,
Sois quien en mi alma reina.
Mayor, señora, sois vos;
Que si yo reino en Castilla,
Vos en mí.

Vanse.

Fileno y Belardo, con unas cañas de pescar.

BELARDO.

Por esta orilla
Se van hablando los dos.

FILENO.

¿Por dónde ó cómo llegaste
A ser del Rey conocido?
Siendo tú tan encogido,
¿Cuándo ó por dónde le hablaste?

BELARDO.

Puesto que soy labrador,
Ya sabéis que sé leer,
Y un libro me dió á entender
(Que era de un discreto autor)
Que eran los reyes deidades
Hasta llegarlos á hablar;
Que después suele humillar
El trato las majestades.
Con esto, como le vía
Pasar por aquí mil veces,
Flores, frutas, aves, peces,
De rodillas le ofrecía.
Agradóle el buen humor,
Y en la huerta que ha labrado,
Jardinero me ha criado,
Y barquero y pescador.

FILENO.

¿Qué harán agora?

BELARDO.

Han pedido
Estas cañas: pescarán;
Luego en el barco entrarán,
De oro y seda guarnecido,
Con un tendal de damasco
Y flores que les he puesto.

FILENO.

¿Dónde irán?

BELARDO.

A cierto puesto
Que asombra un alto peñasco,
Donde se suelen lavar.

FILENO.
¿Su merienda habrá también?
BELARDO.
Si ello pareciera bien.
FILENO.
Pues ¿tú sabes murmurar?
BELARDO.
Pues ¿quién son más murmurados,
Fileno, de sus errores,
Que aquestos grandes señores,
Y de sus mismos criados?
Lástima tengo de ver
A Alfonso fuera de sí.

Sibila, el Rey y Raquel.

SIBILA.
Ya están las cañas aquí.
REY.

A Raquel:

¿Qué cañas son menester
Donde tus ojos están?
Mas no son almas los peces,
Ni hubiera para dos veces
En cuantos nadando van.
RAQUEL.
Con una me contentara.
REY.
Pon el cebo en el anzuelo
Que dió á tus ojos el cielo,
Y en lo que puedes repara.
RAQUEL.
Dejándote por galán
Que cumples tu obligación,
Y de cuya estimación
Tal vez sospechas me dan,
Echo en tu nombre la caña.
REY.
Y yo en el tuyo también.

El Rey y Raquel echan los anzuelos al río.

RAQUEL.
Haz una cosa, mi bien,
Ansí te dé Dios á España.
REY.
¿Cómo?
RAQUEL.
Que lo que sacares
Sea, Alfonso, para mí,
Y lo que yo, para ti.
REY.
Me espanto que en eso pares.
Si el mundo, como se pinta
En una pequeña esfera,
Sacar del agua pudiera
Colgado de aquesta cinta,
Hoy le ofreciera á tus pies.

RAQUEL.
Bésoos las manos, señor.
SIBILA.
¿Pican?
RAQUEL.
No.
SIBILA.
¡Bravo rigor!
RAQUEL.
Es muy presto.
REY.
¿Presto es?
Muy simples los peces son,
Que no pican en tu anzuelo.
SIBILA.
Picó.
RAQUEL.
Tira.

Saca el Rey, enganchada en el anzuelo, una calavera.

REY.
¡Ay, santo cielo!
¡Qué notable confusión!
RAQUEL.
¿Qué es esto?
REY.
Á mi parecer,
Es una muerte.
RAQUEL.
Y ¡qué fiera!
BELARDO.
Señora, la calavera
De algún niño puede ser,
Que habrán echado en el río.
REY.
No te alborotes.
RAQUEL.
No puedo
Dejar de cobrarla miedo;
Que bien sabes, señor mío,
Que fué concierto que fuese
Para mí lo que sacases.
REY.
De que en eso imaginases
Me pesa.
RAQUEL.
Pues no te pese;
Que ya veo que esto ha sido
Una cosa accidental.
BELARDO.
Trabóse en ella el sedal,
Y á fe que está bien asido.
RAQUEL.
Sacar quiero para ti,
Que ha picado.
REY.
Tira, arriba.

Saca Raquel, con su anzuelo, un ramo verde.

¿Qué es eso?

RAQUEL.
Un ramo de oliva.
REY.
¿Un ramo de oliva?
RAQUEL.
Sí.
REY.
También es que se trabó
Á las ramas el anzuelo.
No pesques más.
RAQUEL.
Dejarélo.
REY.
Entra en el barco.
RAQUEL.
Eso no,
Porque con tantos azares
No quiero entrar en el río.
REY.
Por esos ojos, bien mío,
Que en aqueso no repares.

Un criado.

CRIADO.
Aquí está Fernán Rüiz.
REY.
¿El de Castro?
CRIADO.
Sí, señor.
REY.
Á este viejo tengo amor.
Es de aquel tiempo infeliz
En que, niño, me seguía
Mi tío el Rey de León.....
Y pienso en esta ocasión
Que le busca y desafía
Garcerán, porque mató
Al Conde su padre; y quiero
Guardar este caballero,
Que en mi niñez me guardó;
Que si le ve Garcerán,
Á los dos he de perder.
RAQUEL.
Las paces podéis hacer,
Que con eso la tendrán.
REY.
Yo voy con él, mi Raquel,
Á la ciudad.
RAQUEL.
Id con Dios.

Vanse el Rey y el criado.

SIBILA.
¿Qué haremos aquí las dos?
RAQUEL.
Ninguna cosa sin él.
Y pues ya se fué, te ruego
Que nos vamos al palacio;
Que he menester grande espacio
Para templar este fuego.
Por Alfonso no he llorado;
Ya que se fué, llorar quiero,
No porque creo el agüero,
Mas porque temo el pecado.

Vanse las dos.

FILENO.
Triste está.
BELARDO.
Tiene razón;
Que aunque soy rudo y grosero,
Desta pesca darte quiero,
Fileno, declaración:
La muerte que el Rey sacó
Para Raquel, claro está
Que muestra su muerte ya;
La oliva que ella pescó
Para el Rey, muestra que, muerta
Esta afición pertinaz,
Quedará este reino en paz.
FILENO.
¿La oliva?
BELARDO.
Es cosa muy cierta,
Porque siempre oí decir
Que la oliva significa
Paz, y que á la paz se aplica;
Y si ésta viene á morir,
¿Qué más paz? La paz es cierta
Entre el Rey y su Leonor,
Porque se tendrán amor.
FILENO.
Gran gente ha entrado en la huerta.
BELARDO.
Muchos caballeros son.
FILENO.
Mudados de color vienen.
BELARDO.
Algún desafío tienen.
FILENO.
Todos vienen de cuestión.

Garcerán, D. Blasco, D. Illán, Beltrán, otros caballeros y el criado.

DON ILLÁN.
Tú lo has hecho bien, Mendoza,
Como de ti se esperaba.
BELTRÁN.
Hoy ha de morir la Cava,
Que de nuestro mal se goza.
GARCERÁN.
Fué gran milagro que el Rey
Con Fernán Rüiz saliese.
CRIADO.
Que yo el recado le diese
Fué mayor.
DON BLASCO.
¿Qué humana ley

Sufre que esta infame viva?

BELTRÁN.

¿Va el Rey lejos?

CRIADO.

Lejos va:
Ya de la huerta saldrá.

DON ILLÁN.

Hoy la mano vengativa
Del cielo nos ha tomado,
Señores, por instrumento
De castigo y de escarmiento.

BELARDO.

Por detrás deste encañado (Ap. á Fileno.)
Quiero escaparme, Fileno,
Y contar esto á Raquel;
Que estas armas y tropel,
¿Para qué puede ser bueno?

FILENO.

Bien harás. Véle á decir
Que anda esta gente en la huerta.

Vase Belardo.

DON ILLÁN.

Hoy será su muerte cierta,
Porque no es posible huir.

GARCERÁN.

Los pasos están tomados,
Puesto que aviso tuviera.

DON BLASCO.

Recorramos por defuera
Todos aquestos cercados.

BELTRÁN.

Vamos, que seré el primero
Que la ofenda.

DON ILLÁN.

¿Tú no más?

GARCERÁN.

El que se quedare atrás,
Ó es villano ó lisonjero.

Vanse.

Raquel y Sibila.

SIBILA.

Deja ya, Raquel, el llanto.

RAQUEL.

¡Ay, Sibila! ¿Cómo puedo?
Volverme quiero á Toledo;
Que de estar sola me espanto.

SIBILA.

¿Sola estás? ¿No hay mil criados?
Y tu padre, ¿no esta aquí
Con nuestro hermano?

RAQUEL.

¡Ay de mí!
Todos crecen mis cuidados.
Cuando el rayo de Leonor
Descienda de su poder,
En más vidas ha de hacer,
Sibila, estrago mayor.
Mal hice en dejar salir
Á mi Alfonso de la huerta;
Que la más cerrada puerta
Sabe la desdicha abrir.

Sale Belardo.

BELARDO.

Advierte, hermosa Raquel,
Si tienes algo que temas,
Que con turbado semblante,
Capas y espadas diversas,
Caballeros de Toledo
Hoy han entrado en la huerta:
No son de amistad señales,
Sino de traición y fuerza.
Hablando están en secreto,
Ya se paran, ya se acercan;
Algunos vienen delante,
Y algunos atrás se quedan.
No hay árbol donde no hagan
Consejo; y es bien que adviertas
Que consejo, y en el campo,
Siempre es consejo de guerra.
Yo soy un pobre hortelano;
Esto me enseñan las letras
Que aprendí, siendo muchacho,
En la corte y en la escuela.

RAQUEL.

Labrador honrado y noble,
¿Qué me dices? ¿Qué me cuentas?
¡Caballeros y con armas!
¡Ay, Dios! No vienen á fiestas.
Así los cielos piadosos
Tus trigos sembrados crezcan;
Así como el cielo nieve,
Lluevan lana tus ovejas;
Así tus árboles lleven
Fruta, como el Tajo arenas,
Que vayas á toda prisa,
Y digas al Rey que venga
Á librarme de su furia.

SIBILA.

Voces dan.

Beltrán y D. Illán.

BELTRÁN.

Dentro.

Romped las puertas.

BELARDO.

Huye, señora.

RAQUEL.

No puedo.

DON ILLÁN.

Dentro.

¡Entrad, hidalgos, y muera

La Circe que al Rey cautiva,
Y la hechicera Medea!

Salen con las espadas desnudas D. Blasco, Beltrán, D. Illán y otros caballeros.

RAQUEL.
¿Buscáisme á mí, caballeros?

DON BLASCO.
Pues ¿quién quieres tú que sea
La que, siendo una mujer,
Tantas espadas merezca?

RAQUEL.
La que fué más desdichada,
Pienso que mejor dijeras.

DON ILLÁN.
¡Desdichada! ¿Por qué causa
Por desdichada te cuentas?
¿No has gozado un Rey siete años,
Que ni su gente en la guerra
Ni su mujer en la paz
Le han visto un hora siquiera?

RAQUEL.
¡Qué buen gozo, si este fin
Es todo el bien que me queda
De haber ese Rey gozado!
¡Pluguiera al cielo que fuera
Un labrador como aquél!

BELARDO.
Suplícole no me meta
En sus historias á mí.

RAQUEL.
¡Oh amor! De cualquier manera
Has de acabar en desdichas.
¡Malditas tus glorias sean!

BELTRÁN.
¿Qué queréis, si no es posible
Que otro fin más dulce tenga?

DON BLASCO.
Caballeros, ¿qué aguardáis,
Si en la muerte desta Elena
Vuestro remedio consiste
Y el de toda España?

TODOS.
¡Muera!

Hiérenla.

RAQUEL.
Muero en la ley de mi Alfonso;
Testigos los cielos sean.
Creo en Cristo, á Cristo adoro.

BELTRÁN.
La ley de Cristo confiesa.

Muere Raquel.

DON ILLÁN.
¡Muera su hermana Sibila!

SIBILA.
¿Á mí? ¿Por qué?

DON ILLÁN.
Porque sea
Esta venganza famosa.

Matan á Sibila.

BELTRÁN.
Muertas en su estrado quedan.
¿Quién eres tú?

BELARDO.
El hortelano
Soy yo, señor, desta huerta.

BELTRÁN.
También éste ha de morir.

BELARDO.
Es verdad, cuando Dios quiera;
Pero agora, ¿por qué causa?

BELTRÁN.
Que cuanto esta casa encierra
Se ha de pasar á cuchillo.

BELARDO.
Oidme.

BELTRÁN.
¿Qué?

BELARDO.
Escucha.

BELTRÁN.
Abrevia.

BELARDO.
Yo sé dónde está el tesoro,
Plata, joyas y cadenas.

DON BLASCO.
No le matéis.

DON ILLÁN.
Alto, pues.
Adónde está nos enseña.

BELARDO.
Echad todos por aquí.

BELTRÁN.
Vamos.

BELARDO.
Si cojo la puerta, (Aparte.)
No me ha de alcanzar el Cid
En su caballo Babieca.

Vanse.

El Rey y Garcerán.

REY.
¿Qué me dices, Manrique?

GARCERÁN.
Señor, no descompongas
Tu majestad, ni pongas
Tu ilustre vida á pique
De que pierda Castilla
Un Rey, de todo el mundo maravilla.

REY.
Y ¡qué! ¿Será ya muerta?

GARCERÁN.
Señor, tu entendimiento
Te valga en tal tormento.

Yo los dejé á la puerta;
No dudes que han entrado,
Y el blanco pecho en púrpura bañado.

REY.

Tráiganme postas luego.

GARCERÁN.

Ya, señor, lo han oído,
Y por ellas han ido.

REY.

¡Qué temerario fuego
Las entrañas me abrasa!
¡No ha de quedar ninguno de mi casa!

La Reina y el príncipe Enrique.

REINA.

Enrique, tú has de ir delante.

ENRIQUE.

Delante, señora, voy,
Puesto que temblando estoy.

REY.

¿Hay libertad semejante?
Pues ¡tú pareces aquí!

REINA.

No vengo como mujer:
Tu hijo vengo á traer
Por defensa contra ti.
Sólo desta imagen soy
El marco que la guarnece;
Si el retrato te parece,
Mira que en su guarda estoy.
Mirarse un hombre en su hijo
Es considerar que fué
Pequeño, porque no esté
En su rigor firme y fijo.
Mírate, mi Alfonso, aquí,
Mira aquesta piedra fina;
No á mí, señor, que la mina
Donde la hallaste fuí.
Mi vida ya la desamo;
Porcia he de ser si eres Bruto;
Mas sírvete deste fruto,
Ya que das al fuego el ramo.
No sé por qué el ver te espanta
La prenda que aquí te doy;
Haz cuenta que jaula soy,
Y éste el pájaro que canta.
Mira que te adoro y quiero
Cuando más daño me haces;
Que bien puedes hacer paces
Con tan honrado tercero.

REY.

¿Es posible que te atrevas
Á parecer á mis ojos?

ENRIQUE.

Padre, cesen los enojos.

REY.

¿Cómo? ¡Que á hablarme te muevas!.....

ENRIQUE.

Padre, el haberme engendrado
Es para que, si faltáis
Del mundo, dejar podáis
Otro vos en vuestro Estado.
Pues si á mí me ha hecho Dios
Otro vos, que es hoy tan cierto,
¿Por qué, después que sois muerto,
No tengo de hablar por vos?

REY.

¡Yo estoy muerto!

ENRIQUE.

Habrá siete años;
Porque el vivir es obrar
Las cosas en su lugar,
Y no por medios extraños.
Si es vuestro oficio asistir
Á Castilla, y no la veis;
Si vivís y la perdéis,
¿Qué es lo que llamáis vivir?

REY.

¡Caballos!

GARCERÁN.

Ya, gran señor,
Postas á la puerta están;
Pero es noche.

REY.

Garcerán,
Ya no hay que tener temor.
Vamos á Illescas los dos,
Y ¡ojalá sin vida llegue!

GARCERÁN.

¡Que tanto un error te ciegue!

REY.

Ruega que me alumbre Dios.

Vanse el Rey y Garcerán.

ENRIQUE.

Madre, ¿no iremos tras él?

REINA.

Aguarda, que viene gente.

Don Blasco, Beltrán y D. Illán.

DON BLASCO.

Ya queda, Reina excelente,
Muerta en su estrado Raquel.

REINA.

Y el Rey, ¿lo sabe?

DON ILLÁN.

En la huerta
Concerté con Garcerán
Se lo dijese.

REINA.

Hoy tendrán
Paz sus reinos, Raquel muerta.

BELTRÁN.

¿Qué ha hecho?

REINA.

Terribles cosas,
Y por la posta se parte
Á Madrid.

DON BLASCO.
Aconsejarte
Quiero dos harto forzosas:
La primera, que le sigas;
La segunda, que le hables.
REINA.
Blasco, entrambas son notables.
Tiemblo de ir. No me lo digas.
DON ILLÁN.
Señora, Raquel murió,
Y el Rey se ha de consolar.
Quien ama ha de porfiar,
Porque siempre amor venció
Habla al Rey, lleva á tu h
Para que su enojo acabes.
REINA.
Bien parece que no sabes
Las cosas que á mí me dijo.
Está muy fresco el dolor.
DON ILLÁN.
Bien dice Guzmán, señora.
REINA.
¿cuándo iré?
DON ILLÁN.
Luego.
DON BLASCO.
Ago
REINA.
Por la mañana es mejor.
DON BLASCO.
Antes del alba has de estar
on él. Anímate y parte.
ENRIQUE.
Yo también quiero animarte,
Pues te quiero acompañar.
REINA.
Vamos, pues.
ENRIQUE.
Si con despecho
Te recibe, ponme á mí
Delante, para que allí
Tope su espada en mi pecho.

Vanse.

El Rey y Garcerán.

GARCERÁN.
Por descansar siquiera del camino,
¿No dormirás, señor, sólo un momento?
REY.
¿Cómo podrá dormir mi desatino?
GARCERÁN.
Mira que el estrellado firmamento
Se viste de la luz del alba hermosa,
Purificando el aire en su elemento.
Ya baja la mañana envuelta en rosa,
Bañando sus mejillas de colores.
¡Por Dios! ¿Ha de mirarte vergonzosa?
REY.
Mira que los consejos son errores,
Manrique amigo, en pechos obstinados.
Yo lloro con razón.
GARCERÁN.
No lo es que llores.
REY.
Vete, y descansa un poco.
GARCERÁN.
Tus cuidados
Quisiera descansar.
REY.
Vete, y no seas
Pesado, amigo, si ellos son cansados.
GARCERÁN.
Quiero dejarte.
REY.
Vuelve cuando veas
Que un poco más el alba se declara.
GARCERÁN.
Haré sólo, señor, lo que deseas.

Vase.

REY.
Raquel hermosa, más que el cielo clara,
Yo moriré muy presto; aguarda, espera.
Parece que me escucha y que se pára.
Ya pensarás que de tu muerte fiera
No he de tomar venganza. Espera un poco,
Que no ha de quedar hombre que no muera.
¡Dichoso yo si me volviese loco!
Señor, valedme, que me voy perdiendo,
Mientras que más en mis desdichas toco.
Paréceme que estoy á Raquel viendo,
Que, abierto el pecho, muere con mi nombre.
No me culpes, mi bien, pues no te ofendo.
No ha de quedar de todos vivo un hombre.
Blasco muera el primero, é Illán luego,
De muerte tan cruel, que á España asombre;
Beltrán de Rojas arderá en un fuego;
Y aun este Garcerán me ha parecido
Que no está libre. ¡Á qué locuras llego!
Aguarda, hermoso espíritu, vestido
De resplandores del hermoso cielo;
Desnudo quede amor, su cifra y nido,
Ó llévame contigo deste suelo,
Teñido de tu sangre, que en cualquiera
Parte que estés, la quiero yo por cielo.
¿Qué luz es ésta? ¿Si es Raquel? Espera.

Óyese una música celeste, y aparece un ángel al Rey.

ÁNGEL.
Alfonso, muy ofendido
Está Dios de tus palabras,
De las blasfemias que dices
Y de que tomes venganza.
Vuelve á ti, que si no enmiendas
Lo que has dicho y lo que tratas,
Grande castigo te espera,
Notable rigor te aguarda.
Dios quiere, para que entiendas

Lo que á Dios le desagrada
El sentimiento que has hecho,
Que no te herede en tu casa
Hijo varón; morirán
Sin el reino, por desgracias.
Vuelve en ti, no digas cosas
Que aun á las piedras espantan,
Cuanto más al cielo, á quien
Debes eterna alabanza.

Vase.

REY.
Pequé, Señor; ofendí
Vuestra majestad: perdón.

Garcerán.

GARCERÁN.

Saliendo:

¡Qué terrible confusión!
¿Voces el Rey?

REY.
¡Ay de mí!

GARCERÁN.
Señor, ¿de rodillas vos?

REY.
Pues ¿deso te maravillas?
¿No estará un rey de rodillas
Á un embajador de Dios?

GARCERÁN.
Luz hallé en el aposento
Cuando entré; ya va faltando.....

REY.
Es que yo la voy tomando,
Y de tinieblas saliendo.
¿No hay una imagen aquí
De gran devoción y fama?

GARCERÁN.
De la Caridad se llama.

REY.
Garcerán, llévame allí.

GARCERÁN.
Señor, diferente os hallo:
Idme diciendo lo que es.

REY.
Haz cuenta que á Pablo ves
Derribado del caballo.

Vanse.

La Reina, el Príncipe, D. Blasco, D. Illán, Beltrán y Clara.

REINA.
Aquí dicen que está; que no ha partido.

DON ILLÁN.
Bien le puedes hablar.

REINA.
Primero quiero
Hablar con Dios.

DON BLASCO.
Ese principio ha sido
Siempre el mejor, más cierto y verdadero.

REINA.
La fama que esta imagen ha tenido,
Y lo que de la santa Reina espero,
Divino original de su hermosura,
Dichoso fin en todo me asegura.
Entremos en el templo, que sospecho
Que ha de ser de los dos puerta dorada.

ENRIQUE.
Hoy mueva el cielo de mi padre el pecho
En nido de paloma tan sagrada.

REINA.
Yo haré labrarla del cimiento al techo
Si me otorga esta paz.

BELTRÁN.
Será llamada
Casa de Paz.

DON BLASCO.
¿Qué caridad más justa?
¡Oh virtud, de que el cielo tanto gusta!

Entran en la iglesia.

REINA.
Hacia aquella parte obscura,
Á rezar, Blasco, me aparto.
Toda la gente desvía.

DON BLASCO.
Apartémonos, hidalgos.

Descubren la imagen, y la Reina se hinca de rodillas y se echa el manto.

DON ILLÁN.
¿Sola una lámpara tiene
Casa de tantos milagros?

BELTRÁN.
Gastan todas las limosnas
Que dan á este templo santo,
En sustentar pobres viudas,
Vestir pobres y curarlos.

DON ILLÁN.
¡Obra santa!

DON BLASCO.
Y bien grandiosa:
Fué prenda, al fin, de tal mano.

BELTRÁN.
¿Cómo vino aquí?

DON BLASCO.
Ildefonso,
De Toledo pastor santo,
La tenía en su oratorio
Por un celeste regalo,
Y la envió á dos beatas
Para consuelo y amparo,
Y en su casa le hicieron
Un templo, hasta que ha llegado
Á la grandeza que hoy vemos.

El Rey y Garcerán.

REY.
Entra, amigo, que me abraso.
GARCERÁN.
Descubierta está la Virgen.
REY.
La fuente es adonde aguardo
Que ha de aplacarse la yerba
Con que tiró mi pecado.
Obscuro está; bien me viene.
Quiero dar gritos.
GARCERÁN.
Callando
Oye Dios.
REY.
Ya lo sé, amigo.
GARCERÁN.
Pide perdón.
REY.

De rodillas.

Ese aguardo.
Virgen.....
REINA.
Muy bien sabéis vos.....
REY.
Mi culpa.....
REINA.
Que sois mi amparo.
REY.
Perdonalda.
REINA.
Y siendo ansí.....
REY.
Vuestro amor.....
REINA.
Mi Alfonso amado.....
REY.
Me guíe.
REINA.
Tenga perdón.
REY.
Pues sois estrella.....
REINA.
Miraldo.....
REY.
Á mi Leonor.....
REINA.
Que su amor.....
REY.
Me llevad.
REINA.
Le trae turbado.
REY.
¡Garcerán!
GARCERÁN.
Señor, ¿qué tienes?
REY.
Llega á quien está rezando
Aquí delante, y dirás
Que rece un poco más bajo;
Que me divierten sus quejas.
GARCERÁN.

Á la Reina:

Cierto hidalgo apasionado
Suplica á vuestra merced,
No que suspenda su llanto,
Ni su devoción no ostente,
Y á este Sol divino y claro
Pida su luz, mas que un poco
Baje la voz, entretanto
Que hace una cuenta que está
Confusa entre miedo y llanto,
Y le divierten las voces.
REINA.
Decid, señor, á ese hidalgo
Que yo he perdido un marido
Tal, que aunque éntre Alfonso octavo,
No es mejor, y que consiste
En el pedirlo el cobrarlo;
Que me perdone por Dios.
GARCERÁN.
Justo es, señora, estimarlo.

Vuélvese al Rey.

REINA.
¿No es Garcerán? (Aparte al Príncipe.)
ENRIQUE.
Él parece.
¿Si está aquí mi padre amado?
REINA.
Si él está aquí, Virgen bella,
Nuestras paces os encargo.
REY.
Déjala, amigo, que llore.
Por ventura, podrán tanto
Sus lágrimas que enternezcan
Aqueste pecho de mármol.

Clara se pone de rodillas al lado de Garcerán.

CLARA.
¡Ah, caballero! ¿Qué digo?
¡Garcerán!
GARCERÁN.
Al alma ha dado
Nueva vida aquesa voz.
¡Clara hermosa!
CLARA.
Habla más paso.
La que hablaste era la Reina.
GARCERÁN.
¡Santo Dios! Y el Rey, mudado
Del intento que tenía,
Es el que está suspirando.
Luego vuelvo.

Vuélvese Clara junto á la Reina.

Gran señor,
La Reina.....

REY.

¿Llora su agravio?

GARCERÁN.

Está aquí.

REY.

Y tiene razón.

Habla Garcerán bajo al Rey.

REINA.

Á Clara:

Al irse, quedé dudando
Si era Garcerán amigo.

CLARA.

El Rey, dijo, que ha mudado
El intento que tenía,
Y viene á buscar tus brazos.
¿Ves el bulto?

REINA.

Bien le veo.
Mueva Dios su pecho airado.
Quiero hablar porque me entienda.

REY.

Á Garcerán:

Estaba, amigo, rezando.
No te entendí, y ya me alegro
De las nuevas que me has dado.

ENRIQUE.

El cielo ablande su pecho.

REINA.

De Dios espero el amparo.

REY.

¡Ay, Reina del alma mía!
¿Dejas de pedir tu agravio
Y procuras mi perdón?
Garcerán, ¿has escuchado
Quejas tan enternecidas,
Agravios que obliguen tanto
Á pedir perdón, á amar,
Á olvidar el reino y mando,
Y arrojándome á sus pies
Decirle yo su cuidado?
La humildad obliga á Dios,
Y perdón alcanza el llanto.

Llégase á la Reina.

REINA.

¡Ay, Jesús!

REY.

Yo soy, señora.
Virgen, juramento os hago,
En señal que viví ciego
Y por vos la vida aguardo,
De adorar á mi Leonor
Mientras de mi vida el plazo
Llega á sus últimos fines,
Deuda que pagar aguardo.

Abrázanse.

REINA.

Indigna soy de esos brazos.

GARCERÁN.

Llegad todos, caballeros.

BELTRÁN.

¿Qué gente es ésta? Apartaos.

GARCERÁN.

El Rey es.

DON BLASCO.

Señor.....

REY.

Amigos,
Conozco que anduve errado.
Nadie lo pasado trate.

DON ILLÁN.

Es muy justo.

ENRIQUE.

Padre amado,
Menos airado, bien puedo
Pedir la mano.

REY.

Y mis brazos.
Volvámonos á Toledo,
Donde mil fiestas hagamos.

DON BLASCO.

Prevendrémoslas al punto.

DON ILLÁN.

Aquí se acaba, senado,
Las Paces de los dos Reyes,
Historia de Alfonso octavo.

LA CORONA MERECIDA

LA CORONA MERECIDA

COMEDIA

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

DIRIGIDA

á doña Ángela Vernegali.

¿A quién se podía dedicar más justamente La Corona merecida, *que á quien merece tantas cuantas virtudes la adornan, donde se verifica que si las cosas convienen con los nombres, el que le dieron á vuesamerced no fué sin causa? Diferencias de coronas tenía Roma cuando premiaba la virtud militar de sus soldados: así las tienen las gracias y virtudes, no de los árboles de Marte, sino de aquellas que con diversas flores dan las musas, aun en las naciones bárbaras, porque la virtud es de la naturaleza del sol, que haciendo de la fama cielo, discurre el mundo. La segunda parte de mis* Rimas *di á luz con el nombre de vuesamerced, poniendo á la puerta un ángel que supliese con su respeto lo que faltó á mi pluma; y de entonces, ni mis sucesos me han dejado continuar el agradecimiento en público, ni tuvo cosa digna de tan alto ingenio; mas viendo agora que el sujeto desta comedia era la historia de una señora tan celebrada por* La Corona merecida, *que con ella dió honor á España, gloria á su nombre, y nombre á sus descendientes, valiéndome más del título y de la hazaña que de lo que de mi parte pudiera, con otro ingenio, servirle de ornamento, quise, atrevido, dedicar á vuesamerced más el nombre desta dama que mi estudio; y así, le suplico afectuosamente reciba* La Corona merecida *de mano de las musas, en tanto que de sus mismas virtudes se las ofrezcan mayores mis deseos. Dios guarde á vuesamerced.*

Su capellán,
LOPE DE VEGA CARPIO.

LA CORONA MERECIDA

PERSONAS

El Rey D. Alfonso VIII.
Don Íñigo, *Conde.*
Don Manrique.
Don Pedro de Lara.
Don Álvaro.
Madama Leonor.
Un escudero.
Doña Sol.
Doña Elvira.
Lucinda.
Belardo, *alcalde villano.*
Un lacayo.
Saliso, *alcalde villano.*
Agón, *regidor villano.*
Un sacristán.
Vivar.
Ordoño.
Un paje.
Villanos.
Danzantes.
Acompañamiento.
Damas.
Músicos.

ACTO PRIMERO.

El rey D. Alfonso VIII, D. Pedro de Lara, D. Manrique y el conde D. Íñigo.

REY.
¿Qué nuevas hay de mi esposa?
DON ÍÑIGO.
Que nueve leguas está
De Burgos.
REY.
¿Dícese ya
Que es hermosa?
DON ÍÑIGO.
Y muy hermosa.
REY.
Es inglesa y es Leonor.
DON MANRIQUE.
Y es divina maravilla.
DON PEDRO.
No habrá tenido Castilla
Señora de más valor.
REY.
¿Dónde llegan á comer?
DON MANRIQUE.
Cuatro ó seis leguas de aquí.
REY.
¿Estará esta noche allí?
DON MANRIQUE.
Habrá por fuerza de ser,
Pues entra en Burgos mañana.
REY.
Agora, Íñigo, lo es;
Y pues las leguas son tres
Ó cuatro, y la tierra es llana,
Gusto me daría, embozado,
Que en un coche.....
DON ÍÑIGO.
¿Querrás vella?
REY.
Será vella, si es tan bella,
Fineza de desposado.
Mudado el traje, podremos
En la plaza desa aldea
Ver, sin que nadie nos vea,
Sus alabados extremos,
Esa nieve, ese coral,
Ese oro de Ingalaterra,
Que ha de enriquecer mi tierra
Con su valor celestial,
Que imaginado, me mata.
Vámosla, amigos, á ver;
Que disminuye el placer
La gloria que se dilata.

DON ÍÑIGO.

Con justa imaginación
Formas, señor, en tu idea
Un ángel, que después sea
De la misma proporción.

REY.

No sólo será la fama
Igual al vivo; mas veo
Que ha de encender mi deseo
En más verdadera llama.

DON PEDRO.

Tiempo tienes de llegar
Antes que éntre, si ahora partes.

REY.

Sus encarecidas partes
Me obligan á anticipar
Estas vistas con razón.
¿Qué vestidos tomaremos?

DON ÍÑIGO.

Si al sol encubrir queremos,
Nubes necesarias son;
Aunque pienso que si nace
Tu sol, y la luna ves,
Que es fuerza que luz le des,
Como el del cielo lo hace.

DON PEDRO.

Si te disfrazas galán,
Luego te han de conocer;
Pero puédeste poner
Una montera y gabán,
En forma de labradores,
Como que á las fiestas vamos.

REY.

Ya por disfraz comenzamos;
No es mala señal de amores.
Deseo amarla ¡por Dios!
Por quien es y por mi gusto.

DON ÍÑIGO.

Es deseo noble y justo;
Que sois un alma los dos.

REY.

Pues alto: saquen el coche,
Que no se echará de ver.

DON MANRIQUE.

Y es bien, que puedes volver
Á Burgos aquesta noche.

REY.

Muero por ver á Madama
Antes que éntre en la ciudad,
Por saber si la beldad
Se conforma con la fama.
Vamos á mudar vestidos;
Cumplamos estos antojos,
Porque dé vida á los ojos
Quien mata por los oídos.

Vanse.

Belardo, Saliso y Agón.

SALISO.

Mirá, Belardo, que echáis
Á perder todo el Concejo;
Dice el regidor Alejo
Que todo el pueblo empeñáis.
Gastar lo que es necesario
Es bueno por buenos modos;
Pero empeñarnos á todos
Es negocio temerario.
Celébrese á maravilla
La venida de la Reina,
Que, en fin, en las almas reina,
Como en Burgos y en Castilla;
Pero querer que quedemos,
Por gastar vos los ducados,
Toda la vida empeñados
Los que de propios tenemos,
Eso no es de buen alcalde.

BELARDO.

¿Queréis vos, por vuestra vida,
Que una Reina tan lucida
Viniese á vernos de balde?
¡Voto al sol, que he de empeñar
Las dehesas y los pozos,
Y hasta las mozas y mozos
Casados y por casar!
Si viene el Rey de Toledo
Á Burgos, adonde está,
Pudiendo casarse allá
Y estarse en su casa quedo,
Sólo por hernos servicio,
¿Quién dejará de empeñar
Cuanto pudiera topar?

AGÓN.

Callá, que estáis sin jüicio.
¿No bonda lo que ya estaba
Prevenido?

BELARDO.

Regidor,
Cumplir cosas del honor
No es lo que la hacienda acaba.
Esta Reina es extranjera:
¿Qué escribirá de nosotros
Á su tierra, si vosotros
La tratáis desa manera?
Y ¿es bueno que de un lugar
Que cien vecinos encierra,
Se diga en Ingalaterra
Que no sabemos gastar
Ni empeñar lo que topamos,
Cuanto y más nuestras haciendas?

SALISO.

No quiero con vos contiendas.

AGÓN.

¿No sobraba juncia y ramos?

BELARDO.

No son las fiestas honradas
De la menor aldegüela,
Si no hay grana y lentejuela,
Arroz y danza de espadas.
La danza está en el lugar,
Y cuando pese á los dos,
La Reina es mejor que vos,

Y los ha de ver danzar.

AGÓN.

Ello va ya de borrasca.

SALISO.

Dejalde, que es un erizo.

AGÓN.

Ya que la danza se hizo,
¿De qué sirvió la tarasca?

BELARDO.

Yo la hice; y no hagáis fieros,
Aunque os pese hasta los codos,
Porque á los ingleses todos
Ha de coger los sombreros:
Mirad si soy buen alcalde.

SALISO.

¿Síguese algún interés?

BELARDO.

Que vendiéndolos después,
Sale la fiesta de balde.

Un sacristán.

SACRISTÁN.

Saliendo.

Sube presto á repicar,
Benito; que ya se acerca.

BELARDO.

¿Qué hay, Mendo? ¿Viene muy cerca?

SACRISTÁN.

Media legua del lugar.

SALISO.

¿De dónde la viste, Mendo?

SACRISTÁN.

Dende la torre la vi.

BELARDO.

¿Es hermosa?

SACRISTÁN.

Á la fe, sí.

SALISO.

¡Ved lo que le está diciendo!
Más de media legua viene
Del lugar.

BELARDO.

¡Bueno, por Dios!

AGÓN.

¡Qué pregunta!

BELARDO.

¿Sabéis vos
La vista que esotro tiene?
¿Es muy blanca?

SACRISTÁN.

Era tan bella,
Y dió de suerte en mirarme,
Que estuve para arrojarme
Desde la torre por vella.
Unos ojos verdes claros
Á los dos lados tenía
De las narices, que hacía
Con ellos dos mil reparos.
Entre la barba y narices,
Una boca colorada,
Digna de ser comparada
Con los pies de las perdices.
Dientes, cual cristal de roca:
No sé cuántos, que era lejos;
Pero sé que eran parejos
Y que estaban en la boca.
Era rojo su cabello,
Y, si no me engaño, estaba
En la cabeza, que daba
Luz al sol puesto cabe ello.
Tan blanca era su garganta,
Que pidió un poco de vino
Tinto, y, como en cristal fino,
Lo vi por blancura tanta
Descender hasta los pechos,
Que, si vinieran desnudos,
Fueran de Medusa escudos
Contra amorosos despechos.
Y por estas soberanas
Partes, en un fabordón
Canté dos *kiries* al són
De las mejores campanas.

BELARDO.

¡Por Dios, Mendo, que podéis,
Por la gloria de este día,
Ser sacristán en Turquía!
¡Qué hermosa vista tenéis!
Jamás con ese mirar,
Por más que su dueño asista,
Se os pierde pollo de vista,
Ni tinaja del lugar.
Pues ¿mozas? No hay ballestón
Del tiempo del Cid que acierte
Como vos.

SALISO.

Si desa suerte
Veis, Mendo, cierto lechón
Se me perdió el otro día:
¿No me diréis dónde está?

SACRISTÁN.

Entre los tres estará
Si ser tan grande podía.
Quédense los muy camellos;
Que me voy á repicar
Un *kirie* que haga bailar
Á tres asnos como ellos.

Vase.

BELARDO.

Éste sí que es ballestero.

AGÓN.

Ahora bien, ¿qué se ha de hacer?

Doña Sol, vestida de labradora; Lucinda y un escudero.

ESCUDERO.

Á D.ª Sol:

Desde aquí la puedes ver,

Señora mía, primero
 Que éntre en la iglesia á rezar;
Porque es de tal condición,
Que antes va á hacer oración
Que éntre en casa del lugar.

DOÑA SOL.

 No pienso que, disfrazada,
Aquí seré conocida.

LUCINDA.

Descubierta, por tu vida,
Lo mismo que rebozada.

DOÑA SOL.

 Cortesanos han venido.

LUCINDA.

No te conocen, señora,
Pues los que vienen ahora
Aun no saben si has nacido.
 Unos son de Ingalaterra,
Y otros de Toledo son.

AGÓN.

Á Belardo:

Digo que tenéis razón,
Pues es honra desta tierra
 Que se le haga un presente.

BELARDO.

Pues vámoslo á negociar.

SALISO.

Y ¿quién se lo ha de llevar?

BELARDO.

El cura es hombre insolente,
 Y le dirá un buen sermón.

REGIDOR.

¿Qué habemos de presentalle?

SALISO.

Cuanto en el suelo se halle,
Desde el durazno al melón,
 Aunque no sé bien si ingleses
Son muy amigos de fruta.

BELARDO.

Si el presente se ejecuta,
Tendrán que comer dos meses.

Vanse Belardo, Saliso y Agón.

LUCINDA.

 ¡Cuáles andan los villanos
Con la entrada de Madama!

DOÑA SOL.

Es Castilla; adora y ama
Sus señores soberanos;
 Vence, sin duda, en lealtad
Todas las demás naciones.

ESCUDERO.

¿No lo dicen los pendones
De Roma? En buena verdad,
 Que nunca César bastó
Á sujetar sus montañas.

DOÑA SOL.

¿Ya comenzáis con hazañas?

El Rey, D. Íñigo, D. Manrique y D. Pedro, todos de labradores.

Rebózanse D.ª Sol y Lucinda.

REY.

Digo que se me salió
 De los dedos como arena,
Y entre la gente que había
Se me escapó.

DON MANRIQUE.

 Bien podría,
Que estaba la iglesia llena.

REY.

 Yo la tengo de buscar.

DON PEDRO.

¿De qué provecho ha de ser?

REY.

De amar, el principio es ver,
Y el fin de amar es gozar.

DON PEDRO.

 Pues ¿esto quieres, señor,
No habiéndola apenas visto?

REY.

Confieso que no resisto
Este principio de amor;
 Que es lo que pretendo en fin,
Por deleitarme, pensar
Que del cielo puedo hallar
En la tierra un serafín.

DON ÍÑIGO.

 Es mozo el Rey; no me espanto (Aparte.)
Que le agrade una mujer;
Pero pésame de ver
Que ahora le agrade tanto.

REY.

 Si os dijese, caballeros,
Desta bella labradora
La gracia y luz que atesora
En dos hermosos luceros,
 Y aquel donaire de hablar
Con que del peligro avisa
Por una boca de risa
Tan al compás del mirar,
 Bastaría mi afición
Para despertar la vuestra.

DON MANRIQUE.

Harto en la tuya se muestra
Su divina perfección.
 Pero á todos maravilla
Que una humilde labradora
Te olvide de ver ahora
Una reina de Castilla.
 Ansí de España lo seas,
Y con atributo igual
De Navarra y Portugal
Y de Aragón la poseas,
 Que diviertas ese gusto;
Que la Reina, mi señora,
Se acerca.

DON PEDRO.

 Una labradora,

Que enloquezca á un rey no es justo:
Dejémosla de seguir;
Vuelve á la iglesia, señor.

REY.

Fué agüero ser labrador
Y el tosco traje vestir,
De lo que me ha sucedido,
Sin duda, y es justa ley;
Que no la ha seguido el Rey,
Sino el labrador vestido.
Y pues él no ha de pasar
De aquesta imaginación,
Ni de Madama es razón
Que me pueda deslumbrar,
No será muy gran flaqueza
Ejecutar un deseo,
Movido del bien que veo
En su celestial belleza.
Ésta es pobre labradora.....
Gozarla y dejarla.

DON ÍÑIGO.

¡Bien!
Y aborrecerla también;
Que todo acaba en un hora,
Y es condición de los hombres.

REY.

¡Quedo, por Dios! Veisla allí.

DON MANRIQUE.

¿Es la que nos dices?

REY.

Sí.

DON MANRIQUE.

Pues no temas, no te asombres.
¿De qué te has descolorido?
¿Qué te ha dado esta mujer?

REY.

¿Qué más hechizos que ver?

DON MANRIQUE.

Luego ¿basilisco ha sido?

REY.

No, porque es su condición
Matar mirando, y morir
Si le miran.

DON ÍÑIGO.

Quiero ir
Á ver tanta perfección.....
Mas tiene cubierto el velo.

REY.

Tente, Íñigo, no te atrevas;
Que son arrogantes pruebas
Quitar la cortina al cielo.
Mas la inocencia te salva
De no ver que en su arrebol,
Cuando se levanta el sol,
Corre la cortina el alba.

DON ÍÑIGO.

Tan de veras te ha tocado,
Que será bien procurar
Que dé á tu gusto lugar
Y quede ese amor templado;
Que mil que por eso mueren,
Luego olvidan su pasión,
Porque ven la imperfección
De aquellas cosas que quieren.
¿Quieres que la hable?

REY.

Parte,
Íñigo, y di cuál me veo.

DON ÍÑIGO.

En sabiendo tu deseo,
Esos pies querrá besarte.

Llégase á D.ª Sol.

Dios os guarde, labradora.

DOÑA SOL.

Y á vos, señor labrador.

DON ÍÑIGO.

¿Conocéisme?

DOÑA SOL.

No, señor,
Ni os he visto más que ahora.

DON ÍÑIGO.

¿Ni á los que vienen conmigo?

DOÑA SOL.

No los he visto jamás.

DON ÍÑIGO.

Pues el que está allí detrás (Ap. á D.ª Sol.)
Es el Rey.

DOÑA SOL.

¿Quién?

DON ÍÑIGO.

El que os digo.

DOÑA SOL.

Hinca, Sancha, la rodilla;
Date en los pechos.

DON ÍÑIGO.

Teneos;
Que os quieren ciertos deseos
Hacer reina de Castilla.

DOÑA SOL.

No se burle, palaciego;
Que no son bestias acá.

DON ÍÑIGO.

Por poco tiempo será:
Lo que tarde en ver un ciego.

DOÑA SOL.

Apártase á hablar con Lucinda.

Y ¿eso es poco?

DON ÍÑIGO.

¿Que es posible (Aparte.)
Que esto haya agradado al Rey?
Como en el gusto no hay ley,
Es un bárbaro terrible.

DOÑA SOL.

Basta, Lucinda, que aquél (Ap. á su criada.
Que allá en la iglesia me habló,
Era el Rey, que se vistió,
Con los que vienen con él,
En el traje que traemos,

Por ver antes á su esposa.

LUCINDA.

Sí; pero es graciosa cosa
Que hablando á tu hermano estemos.

DOÑA SOL.

Aun no sabes lo que intenta.

LUCINDA.

¿Cómo?

DOÑA SOL.

Por el Rey me habla.

LUCINDA.

Pues si ese negocio entabla,
Di que le tome á su cuenta.

DON ÍÑIGO.

¿Habéislo ya conferido?

DOÑA SOL.

Á Sancha se lo conté,
Y me dijo en buena he
Que era el Rey un mal marido,
Pues habiendo de gozar
De su madama Leonor,
Quiere enflaquecer su amor,
Y á lo que debe faltar.
¡Pardiez, á mucho se atreve!
Decid que estime su nombre;
Que no le tendrán por hombre
Si no hace lo que debe.

DON ÍÑIGO.

Mira, labradora hermosa,
Que puede ser tu ventura
Tan grande, que estés segura
De ser de nadie envidiosa;
Que según se maravilla
El Rey de verte mirar,
Temo que te ha de quedar
Un infante de Castilla.

DOÑA SOL.

¡Oh, pues sería importante
Llamarme en mi aldea ahora
La señora labradora,
Madre del señor Infante!
¡Gentil fama! ¿No lo ve?

DON ÍÑIGO.

Aquí tengo yo una hermana,
Que por hermosa y lozana
De la ciudad la saqué,
Y en su casa le hablarás.

DOÑA SOL.

¿Y si á vuestra hermana topa
Este Rey, y es tan de estopa
Que se vuelve á encender más?

DON ÍÑIGO.

Eso no; que la he guardado
Del sol, aunque Sol se llama,
Porque no queme su fama,
Y de Burgos la he sacado.
Cerraréla en un retrete.

DOÑA SOL.

Pues qué, ¿querrías, hermano,

Descúbrese.

Si el Rey es mozo y liviano,
Ser dese sol alcahuete?

DON ÍÑIGO.

¡Jesús! Sol, ¿tú eres?

DOÑA SOL.

Yo soy.

DON ÍÑIGO.

Cúbrete.

DOÑA SOL.

Ya estoy cubierta.

Cúbrese.

DON ÍÑIGO.

Sólo advierte que á la puerta
De mi deshonor estoy.
No soy de aquellos que pueden
Infamar sus deudos.

DOÑA SOL.

Bien;
Ni yo soy mujer también
Para que infamados queden.
Vé seguro y desengaña
Al Rey.

DON ÍÑIGO.

Conozco tu pecho.

Vase al Rey.

¡Buen vïaje habemos hecho!

REY.

¿Cómo, Íñigo?

DON ÍÑIGO.

¡Es cosa extraña!

REY.

¿Habrásete defendido?

DON PEDRO.

¡Qué! ¿Diría á un rey de no?

DON MANRIQUE.

Tendrá temor.

DON ÍÑIGO.

Pienso yo
Que otra la razón ha sido.

REY.

¿Cómo?

DON ÍÑIGO.

Es mujer principal,
Que se disfrazó por ver
La Reina.

REY.

¿Eso pudo ser?
¿Qué os parece? ¿Hay cosa igual?
. . . . (1).

DON MANRIQUE.

Pienso que se disfrazó
Por verte, pues que te vió.

DON PEDRO.

Tanto mejor si es señora,

(1) Falta un verso.

Que será digna de ti.

DON ÍÑIGO.

Sí; bien lo pudiera ser
Como fuera su mujer.

REY.

¿Tanto vale?

DON ÍÑIGO.

Señor, sí.

REY.

Pues si Castilla tenía
Mujer de mi igual valor,
Y segura de mi amor
En su hermosura vivía,
¿Para qué me aconsejastes
Que enviase á Ingalaterra?

DON ÍÑIGO.

Señor, en eso no yerra
Castilla.

REY.

Todos errastes.

DON ÍÑIGO.

Hay de la sangre Real
Mujeres, mas no tan cerca.
Madama, señor, se acerca,
Y aquesto parece mal;
Que los hijos de los reyes
No es bien que tengan vasallos
Parientes, no por no honrallos,
Que fueran injustas leyes,
Mas por no tener iguales
Donde el reino se posea;
Que es bien que nadie lo sea
De las personas Reales.

REY.

No me iré sin que primero
La disfrazada villana
Diga quién es.

DON ÍÑIGO.

Es hermana,
Gran señor, de un caballero
Que mereció vuestro amor,
Gracia y privanza algún día.

REY.

¿Cúya, Íñigo?

DON ÍÑIGO.

Señor, mía.

REY.

¿Vuestra, Conde?

DON ÍÑIGO.

Sí, señor.

REY.

Acabóse; no haya más.
¿Vive aquí?

DON ÍÑIGO.

Cuando yo fuí
Á Toledo, no entendí
Que os viera en Burgos jamás,
Y de Burgos retiréla
Á esta aldea.

REY.

¿No es casada?

DON ÍÑIGO.

No, señor, mas concertada,
Y si gustáis, casaréla.

REY.

Si yo fuere necesario,
Haré lo que me es forzoso.

Vase.

DON MANRIQUE.

El Rey se va vergonzoso.

DON ÍÑIGO.

Mi honor le ha sido contrario.

DON PEDRO.

Sigámosle.

DON MANRIQUE.

Será sueño
Viendo su esperanza vana.

DON ÍÑIGO.

Si hoy puedo casar mi hermana, (Aparte.)
No aparecerá sin dueño.
Tope en otro el mal cercano
De un poderoso atrevido;
Porque, en habiendo marido,
No toca infamia al hermano.

Vanse D. Íñigo, D. Manrique y D. Pedro.

Doña Sol, Lucinda y el escudero.

DOÑA SOL.

Sin duda le declaró,
Lucinda, que era su hermana.

LUCINDA.

Que lo dijo es cosa llana,
Pues el Rey no prosiguió.

DOÑA SOL.

No debe de ser muy cuerdo,
Pues tal intenta en tal día.
Mas ¿que ha de ser culpa mía,
Y tú verás lo que pierdo?
Mas ¿que ha de decir mi hermano
Que yo he dado la ocasión,
Trocando mi estimación
Por este disfraz villano?
¡Como si pudiera ser
Que yo imaginar pudiera
Que desta suerte viniera
El Rey á ver su mujer!
¿Cuánto va que hay monasterio
Y perpetua reclusión,
Y que me llama ocasión
De su infamia y vituperio?
¿Cuánto va que no doy señas
De las bodas que se hacen?

LUCINDA.

No dudes que te amenacen
De las montañas las peñas.
De aquesta vez te retira
Donde apenas de pie humano
Haya estampa.

DOÑA SOL.

Si mi hermano
Con estos ojos me mira,
¡Ay de don Álvaro, amigos!
¡Ay de mi ventura corta!
¡Muerta soy!

ESCUDERO.

La voz reporta;
Que hay testigos y enemigos;
Y no prevengas tu mal;
Que ya se le habrá olvidado,
Estando tan ocupado
Con la persona Real.

DOÑA SOL.

Vé, Laínez, y en la aldea
Busca á don Álvaro luego.

ESCUDERO.

Ten, mi señora, sosiego
Mientras el mal no lo sea;
Que no será menester
Buscalle.

DOÑA SOL.

¿Por qué razón?

ESCUDERO.

Porque darás ocasión
Que el Conde lo pueda ver.

LUCINDA.

Gran ruido suena. Sin duda
Entra madama Leonor.

DOÑA SOL.

Temo un poderoso amor,
Porque hasta los montes muda.

Villanos, danzantes, con espadas; Belardo, Saliso y Agón.

UNO DE LA DANZA.

Ea, que hoy no ha de quedar
En nuestros cuerpos pedazo.

OTRO.

Anda, hijo, alarga el brazo.

SALISO.

No hay más que verlos danzar.

BELARDO.

¿Va adelante la tarasca?

SALISO.

Va con un palmo de boca.

UNO.

¡Vuela!

OTRO.

¡Corre!

UNO.

¡Salta!

OTRO.

¡Toca!

AGÓN.

¡Ved los sombreros que masca!

DOÑA SOL.

¡Mirad con qué la recibe
La pobreza desta aldea!
Aquí mi hermano me emplea
Mientras en la corte vive;
Pero pues tengo paciencia
Y no replico á su gusto,
Ni alejarme más es justo,
Ni lo será mi obediencia.

BELARDO.

Habladla, Saliso, vos,
Que tenéis mejor caletre.

SALISO.

Pues ¿quién hay que más penetre
Que vos?

AGÓN.

Ninguno, ¡par Dios!

BELARDO.

¿Yo queréis que ánimo tenga?

SALISO.

¡Ea, Belardo, acabad!
Decidle á Su Majestad
Que muy en buena hora venga,
Y no os turbéis.

BELARDO.

Daisme grita.
Pero el cura, ¿no pudiera.....

SALISO.

Allá, en la iglesia, la espera
Con la cruz y agua bendita.

BELARDO.

Pues ¿quiérela conjurar?

SALISO.

No sé, ¡por Dios! Cruz sacó
El sacristán, y encendió
Dos velas en cada altar.
Quedo, que la gente viene.

AGÓN.

¿Si nos ha visto?

BELARDO.

No sé.

AGÓN.

Mirad que enfréis con buen pie.

El Rey y D. Pedro.

REY.

¡Buen talle, don Pedro, tiene!

DON PEDRO.

¡Bueno, y muchas veces bueno!
Tórnala á ver desde aquí.

REY.

Estoy, desde el sol que vi,
De ver el del cielo ajeno.

DON PEDRO.

Calla, señor, no te acuerdes.

REY.

¡Con qué notables mudanzas
Marchitó mis esperanzas!
Aun no llegaron á verdes.

DON PEDRO.

Señor, el Conde es un hombre
A quien has de hacer merced.

REY.

¡Ay, esperanzas, creced,

Que aun no merecéis el nombre!
Como tras amor terrible
El imposible llegó,
Creció amor, porque intentó
Igualar al imposible.
Un rey, ¿no puede..... ¿Yo soy
Rey de Castilla?

DON PEDRO.

En las cosas
Graves y dificultosas,
En ninguna duda estoy;
Mas en éstas, que ya son
De tan diferente ley,
Alfonso, no reina el rey,
Porque reina la razón.

DOÑA SOL.

El Rey ha vuelto. ¡Ay de mí!

LUCINDA.

Retírate, no nos vea.

DON PEDRO.

Los ojos, señor, emplea
En quien es digna de ti;
Que ya madama Leonor
Llega al puesto donde estás.

REY.

Doña Sol me agrada más,
Porque me abrasó de amor.

DON PEDRO.

Mírala desde esta parte,
Y mira lo que merece.

REY.

Como un ángel me parece;
Mas no es posible que aparte
De Sol la imaginación.

Acompañamiento, y detrás madama Leonor, muy bizarra.

UNO.

¡Plaza á Su Alteza!

SALISO.

Ea, Alcalde,
Llegad; la mano besalde.

BELARDO.

¡Turbado estoy!

SALISO.

Y es razón.

REY.

Basta, don Pedro, que aquí
Está doña Sol.

DON PEDRO.

Señor,
Mira á madama Leonor,
Que está como un sol allí.

REY.

¡Ay, don Pedro! El sol que miro
Es doña Sol; que Leonor,
Si tiene algún resplandor,
Es del sol por quien suspiro.
Ya miro la majestad
De una reina, y su grandeza;
Pero miro la belleza
Desta divina humildad,
Y miro adónde estuviera
Mejor el cetro y corona.

DON PEDRO.

Señor, no aciertas, perdona,
En hablar de esa manera.
¿Cuál ángel, en la pintura
De un lienzo, perfeccionara
El pincel como su cara?

REY.

Mira esta rara hermosura,
Y verás que no hay pintor
Que á retratarla se atreva,
Porque es maravilla nueva
De las del cielo de amor.

DON PEDRO.

Mira aquella compostura
Y celestial armonía.

REY.

Mira el sol que alumbra el día,
Y mira la noche obscura.

DON PEDRO.

Mira el norte donde mira
Castilla su gran señora.

REY.

Mira tú mi norte agora,
Y que el del cielo se admira.

DON PEDRO.

Mira si estas luces bellas
Son de diamante mejor.

REY.

Mira las Indias de amor,
Que tienen minas de estrellas.

DON PEDRO.

Mira aquí lo que es razón,
Cuando otra cosa no sea.

REY.

Llegado á que ansí lo vea,
Dos cielos sus ojos son,
Dos mil soles sus cabellos,
Perlas y coral la boca,
Sus manos cristal de roca,
Claveles sus labios bellos;
Es de un cisne su garganta
En blancura y en color;
Sus pechos cárcel de amor,
Con grillos de nieve tanta.
Esto, Pedro, es dar la palma
A la razón, que es querella;
Mas llegado á estar sin ella,
Doña Sol me lleva el alma.

SALISO.

Ea, ¡que se quiere ir!
Hablad, si la habéis de hablar.

BELARDO.

Temblando estoy de llegar;
Mas, ¡por Dios, que ha de salir!
Reina muesa de Castilla,
Salud y gracia: sepades
Que aunque habéis visto ciudades,

Nunca habéis visto esta villa.
No tien cerca ni arrabal;
Por eso no hay luminarias;
Pero aquí vino Pedro Arias,
Vuestro quillotro Real,
Y mos suplicó y rogó,
De vuestra parte, barrer
Las pertenencias ayer,
Y el camino se allanó.
Dábanme todos consejo
Que os trajese á la memoria
Aquella famosa historia
Del pródigo y San Alejo;
Pero no lo quiera Dios;
Que vos sabéis el suceso.
No habemos hallado queso
Para quien viene con vos;
Mas hay garbanzos tostados,
Y no falta vino y pan,
Ni para vos faltarán
Arroz ni patos asados,
Con otra fruta y legumbres.
A este tiempo semejante:
Un hijo tengo estudiante
Que me da mil pesadumbres.
Querría que obispo fuese,
Que ya lo fué de San Blas;
Y pues que no es para más,
La presente es bien que cese,
Y no de rogar á Dios
Por Su Esquilencia Real.
Seis de Junio, porte un real,
Año doscientos y dos (1).

LEONOR.

Á uno.

¡Notable oración! Pedilde
Que la escriba y me la dé.

UNO.

Siempre el que es grande se ve
En oir al que es humilde.
Escribildo, Alcalde, todo,
Y daréiselo á Su Alteza.

BELARDO.

No lo tengo de cabeza;
Como puedo lo acomodo;
Pero yo lo llevaré.

LEONOR.

La iglesia ¿está lejos?

UNO.

Poco.

LEONOR.

Caminad.

Vase la Reina y su acompañamiento.

SALISO.

Volveráos loco.

BELARDO.

¡Lindamente lo encajé!
Suplicóme que lo escriba.
Seguidla; á la iglesia va.

SALISO.

En tanto que llega allá,
Digan todos ¡viva!

VILLANOS.

¡Viva!

Vanse los aldeanos y danzantes.

REY.

Don Pedro, el no replicar
Es el servicio mayor;
Sólo el gusto del señor,
Bien ó mal, se ha de mirar.

DON PEDRO.

El consejo en el privado
Es ley de buen caballero;
Un privado lisonjero
Es un veneno dorado.
Yo cumplí mi obligación;
Lo que intentas no lo apruebo;
Pero lo que mandas, debo
Poner en ejecución.
Yo parto.

REY.

Yo espero aquí.

DON PEDRO.

Á D.ª Sol:

Si acaso me conocéis,
Suplícoos que me escuchéis
Y no os encubráis de mí.

DOÑA SOL.

Que os conozco negar puedo,
Pero no que no he sabido
Que hayáis con el Rey venido
Á Burgos desde Toledo;
Que aunque el traje oculta al hombre,
Aquí el hombre se declara.

DON PEDRO.

Yo soy don Pedro de Lara.

DOÑA SOL.

Ya os conozco por el nombre.

DON PEDRO.

Hoy, ¿habéis al Rey hablado?

DOÑA SOL.

Hoy hablé al Rey.

DON PEDRO.

Hoy venía
Á ver su mujer.

DOÑA SOL.

Sí haría,
Desde Burgos disfrazado.

DON PEDRO.

Al Rey habéis muerto.

---

(1) El casamiento de Alfonso VIII de Castilla con Leonor de Inglaterra se verificó en el año de Cristo 1170, era de 1208.

DOÑA SOL.
¿Yo?
DON PEDRO.
De una flecha queda herido.
DOÑA SOL.
¿Era yo Dolfos Bellido,
Que al rey don Sancho mató?
DON PEDRO.
¡Pluguiera á Dios que á Zamora
Conquistara!
DOÑA SOL.
Y ¿puede ser?
Porque hay ciudad y mujer
Que no se gana en un hora.
DON PEDRO.
El Rey no se atreve á hablaros.
DOÑA SOL.
En eso se ve que es rey,
Pues guarda al Conde esa ley.
DON PEDRO.
Sí; pero intenta agradaros,
Y es quien es.
DOÑA SOL.
Yo soy quien soy.
DON PEDRO.
Todo su reino os promete.
DOÑA SOL.
Cuando al Rey por rey acete,
Lejos de su reino estoy.
DON PEDRO.
Mirad que erráis en no errar.
DOÑA SOL.
Yo acertaré no acertando.
DON PEDRO.
Vuestro sol se va eclipsando.
DOÑA SOL.
Vos me habéis hecho eclipsar.
DON PEDRO.
Soy tierra entre el Rey y vos.
DOÑA SOL.
Si sois tierra, os desengaño,
Que os ha de alcanzar el daño
Del eclipse.
DON PEDRO.
¡Bien, por Dios!
No porfío.
DOÑA SOL.
Acertaréis;
Que es de necios porfiar.

Vuélvese D. Pedro al Rey.

REY.
¿Podréla, don Pedro, hablar?
DON PEDRO.
Mejor es que la dejéis,
Gran señor, por vuestra vida;
Porque no hay cosa tan loca
Como una mujer que toca
En discreta y presumida.
Habla de vos de la suerte
Que si fuera el alma el traje.
REY.
Como el traje fué el lenguaje,
Pero más dulce que fuerte:
Su hermano lo habrá causado;
Esto el tiempo lo ha de hacer.

Don Íñigo.

DON ÍÑIGO.

Sin ver al Rey.

Tanta gente para ver
La nueva Reina ha llegado,
Que al Rey no he podido hallar.
REY.
Si á quien soy no desdijera,
Á hablarla, don Pedro, fuera.
DON PEDRO.
Bien puedes; llégala á hablar.
Tente, que el Conde ha venido.
REY.
Haz como que no le ves,
Y vente tras mí.
DON PEDRO.
Después
Podrás hablarla escondido.
DON ÍÑIGO.
El Rey y don Pedro son..... (Aparte.)
¡Hablando á Sol! ¿Qué es aquesto?
Pero ya se van del puesto.
Sol habrá dado ocasión.

Vanse el Rey y D. Pedro.

DON ÍÑIGO.
Sol para mi honor nublado,
¿Cómo aquí parado estás,
Pues, sin milagro, jamás
Pudo estar el sol parado?
Mas pues alargas el día,
Sin duda debe de ser
Para que pueda vencer
El que vencerte porfía.
Dejóme el Rey con engaño,
Volvió el Rey para engañarte,
Y tú, en esta misma parte,
Estás buscando mi daño.
No fíes en lo forzoso;
Que mal podrás detener
Con defensa de mujer
Un hombre tan poderoso.
Pero yo pondré remedio
Á la amorosa malicia,
Como temor de justicia;
Que es lo mejor tierra en medio.
DOÑA SOL.
Dirás que yo soy culpada
Y que con el Rey hablé;
Que le llamé y le incité,

Libre, loca y despeñada.
Y aun dirás que no su esposa
Le trajo aquí de Toledo,
Sino yo; y aun tengo miedo
Que no digas otra cosa.
Pues mal tu sangre conoces;
Que si rey del mundo fuera,
No llegara ni pudiera.....

DON ÍÑIGO.

Quedo, Sol; no demos voces.

DOÑA SOL.

Á que le tocara un rayo
Deste sol; que su temor
Sólo pone á su calor
Nieblas con tan vil desmayo.

DON ÍÑIGO.

No te alteres.

DOÑA SOL.

¿Cómo no?

DON ÍÑIGO.

Óyeme hasta el fin.

DOÑA SOL.

Prosigue.

DON ÍÑIGO.

No es menester que te obligue,
Sol, el ser tu hermano yo,
Ni el ser hijos de quien sabes,
Ni nietos de quien oiste;
Porque la virtud consiste
En los pensamientos graves.
Satisfecho estoy de ti;
Pero sé la condición
Deste hombre.

DOÑA SOL.

¿Por qué razón
Quieres persuadirme así?

DON ÍÑIGO.

Porque pongamos remedio
Al poder; que pues volvió,
Amor tiene, y dél sé yo
Que si viese el mundo en medio,
Su esposa, su obligación,
Su reino, cuanto en él ves,
Lo pondrá todo á los pies
Por salir con su intención.

DOÑA SOL.

No prosigas. Todo eso,
¿Se reduce á reducirme
Á un monasterio?

DON ÍÑIGO.

Más firme
Pretendo el fin del suceso.
Hablemos más claro, hermana:
Enemigos que has tenido
Me han escrito, no que has sido
En cosa alguna liviana,
Pero que te quiere bien
Un hombre tu igual y mío.
Si esto es así, yo confío
Que le quieres tú también;
Porque á su primero amor
Corresponden las mujeres
Con más fuerza; y si tú quieres,
La tierra en medio, mejor
Es casarte; que casada,
El Rey no podrá quitarte
Á tu marido, y es darte
Eso mismo que te agrada.
Y cuando tal haya sido
La violencia de su mano,
Mejor podrá que tu hermano,
Defenderte tu marido.

DOÑA SOL.

Habiéndote declarado
Conmigo desa manera,
Fuera error que yo dijera,
Conde, que te han engañado.
Don Álvaro me ha servido:
Seis papeles tengo dél;
Toda tu ofensa es papel
De la mano de un marido.
Entró con los pies que ves;
Que si esto no pretendiera,
Luego que el compás perdiera,
Le hiciera cortar los pies.
Disfrazado vino aquí;
Que es muy propio no haber paz
En los días de disfraz,
Aunque la habrá para mí.
Vaya Laínez, que sabe
Adónde está.

DON ÍÑIGO.

Al escudero:

Corred presto.

Don Álvaro.

DON ÁLVARO.

La ofensa fué en este puesto, (Aparte.)
Y aquí quiero que se acabe.

ESCUDERO.

Ya, señor, no es menester;
Don Álvaro viene aquí.

DON ÁLVARO.

Turbóse el sol para mí, (Aparte.)
Porque era sol de mujer.
Conocí al Rey disfrazado,
Y he visto que el Rey la habló.
¿Qué es aquesto? ¡Triste yo!
¡Con su mismo hermano he dado!

DON ÍÑIGO.

Esperad, si sois servido,
Don Alvaro; no empuñéis
La espada, si no sabéis
Que me tenéis ofendido;
Que en tal caso, la conciencia
Es la que rige al temor.

DON ÁLVARO.

No conoceros, señor,
Y salir de una pendencia

Con un caballero inglés,
Fué causa deste recato.
La limpieza de mi trato
Conoced en que á esos pies
Rindo la espada y las manos.

DON ÍÑIGO.

Más llano os quiero también;
Que me ha dicho no sé quién
Que somos ya medio hermanos.
Si es ansí, de aquesta espada
Y del pecho estaréis cierto
Que no estará, sin ser muerto,
Á vuestro lado envainada.

DON ÁLVARO.

¿Quién, señor Conde, me hacía
Tanto bien y honor ahora?

DON ÍÑIGO.

¿Conocéis la labradora?

DON ÁLVARO.

Conozco al sol por el día;
Es doña Sol, vuestra hermana.

DON ÍÑIGO.

Y vuestra mujer también;
Que yo os doy el parabién
Con voluntad limpia y llana,
Y á ella licencia doy
Para que os dé mano y brazos.

DON ÁLVARO.

Suspended, Sol, los abrazos,
En que tan dichoso soy;
Que me ha puesto en confusión
Darme tanto bien tan presto.

DOÑA SOL.

Pues ¿hay que dudar en esto?

DON ÁLVARO.

¿Esto es verdad ó es traición?
Conde, ¿qué os dicen de mí?

DON ÍÑIGO.

Sol vuestro amor me ha contado.
Ando en palacio ocupado,
Voy con el Rey desde aquí;
Pensé que era cosa hecha,
Y por eso me arrojé.

DON ÁLVARO.

Luego ¿bien, Conde, podré
Asegurar mi sospecha?

DON ÍÑIGO.

¿De qué la podéis tener?
Sois mi igual, ó sois mejor;
Ni le diera á tal valor,
Valor el de tal mujer.

DON ÁLVARO.

Sol, ¿qué es esto? Que estoy loco.

DOÑA SOL.

Ver que mi hermano se va,
Y querer, pues aquí está,
Y es el término tan poco,
Que me deje acompañada.

DON ÁLVARO.

Á todos beso los pies;
Que estriba en tanto interés
Mi indignidad atajada.
A Íñigo pido perdón,
Y á vos la mano de esposa:
Hoy en su centro reposa
Mi abrasado corazón.

DOÑA SOL.

Mirad que estáis desposado;
No digáis lo que otros suelen.

DON ÁLVARO.

Cuando tantos me consuelen,
Quedaré, Sol, disculpado.
Dadme vos, Conde, á besar
La mano como señor
Y padre.

DON ÍÑIGO.

Quiere mi amor
Que os abrace.

LUCINDA.

Dad lugar,
Señor, á vuestros criados.

ESCUDERO.

Y á mí, que os doy parabién,
Como á quien en vuestro bien
Tantos pasos tiene dados.

DON ÁLVARO.

Á todos daré la vida,
Y el alma daré á mi Sol.
Nunca el oriente español
Vió el alba tan bien vestida.
¿Es posible que me veo
Con vos, viendo vuestro hermano
Que os tomo esta blanca mano?

DOÑA SOL.

Esto ha podido el deseo.

DON ÍÑIGO.

La partida será breve,
Y el desposorio, que es justo
Que sea luego.

DON ÁLVARO.

Ese es mi gusto.

DON ÍÑIGO.

Temor de Alfonso me mueve. (Aparte.)
Sea dentro de seis días,
Que de Burgos volveré;
Que casado el Rey, podré
Acudir á cosas mías.

DON ÁLVARO.

Sea como vos gustáis.
Venid, mi Sol.

DOÑA SOL.

Sólo os muestro
El alma.

DON ÁLVARO.

Siendo tan vuestro,
Sol, ¿para qué me abrasáis?

Vanse D.ª Sol, D. Álvaro, Lucinda y el escudero.

DON ÍÑIGO.

Agora Alfonso procure,
Solicite, intente, quiera;

Ponga yo á Sol en su esfera,
Y él en la conquista dure.
No hay que vivir temeroso
Deste género de afrenta;
Que ya corre por la cuenta
De don Álvaro, su esposo.
Mas si es de una mujer bella
Vidrio el honor que trabaja,
¿Quién pone el vidrio en la caja,
Si después se quiebra en ella?

ACTO SEGUNDO.

El Rey, D. Pedro y D. Manrique, de noche.

DON PEDRO.

Segura estará la aldea
De que el galán más honrado
De Castilla, disfrazado,
Sus viles calles pasea;
Y segura estará Sol
De que en noche tan obscura
Venga á buscar su luz pura
El mejor cielo español.

REY.

Segura estará de mí
Quien sola una vez me vió;
Pero no lo estaré yo
Si sola una vez la vi.
Presto, amor, el alma encantas
Aunque á la razón le pese:
¡Que sola una vez la viese
Y que me matase tantas!

DON MANRIQUE.

¿Posible es que tanto daño
Causó de una vista amor,
Aunque la vieras, señor,
Como á Bersabé en el baño?

REY.

Lo que no agrada y convida,
Don Manrique, en el instante
Que el hombre lo ve delante,
No agrada en toda la vida.
El verdadero veneno
Es el que hace luego estrago,
Tanto con tomar un trago
Como todo el vaso lleno.

DON MANRIQUE.

¿Cómo, señor, la grandeza
Destos seis famosos días,
Las comunes alegrías,
La sin par rara belleza
De la Reina mi señora,
Seis noches de ti gozada,
Y en su cara ver cifrada
Toda Castilla en un hora;
Saraos, fiestas, torneos,
Juegos de cañas y toros,
Libreas, galas, tesoros,
Sortijas, motes, trofeos,
Arcos, versos, epigramas,
Fuentes fingidas, jardines,
Música, voces, clarines,
Comedias, galanes, damas,
No fueron parte á que baste
Á divertirte otra cosa
De una mujer, aunque hermosa,
Que sola una vez miraste?
Tantas imágenes juntas,
¿No pudieron algún día
Borrar de tu fantasía
Una sola?

REY.

Bien preguntas;
Mas como un hombre que atento
Sólo ver su rostro trata,
Aunque el espejo retrata
Lo que hay en el aposento,
En el alma y sus dispuestas
Partes, espejo luciente,
Miraba á Sol solamente
Sin reparar en las fiestas.

DON MANRIQUE.

Altamente has declarado
Tu enamorado deseo.

REY.

Mi rostro en su espejo veo,
De lo demás descuidado.
Y pues, dejando á mi esposa,
Oso esta noche venir,
Si no puedo á ver, á oir
Esta sirena engañosa,
Bien sé que mi amor infieres.

DON PEDRO.

¿Qué fuerzas, qué edad, qué honor,
Qué santidad y valor
No han derribado mujeres?
Sigue tu empresa si estás
En ese estado, y sosiega;
Que á veces lo que se niega
Es lo que atormenta más.
Llama y ruega á esta mujer;
Que los ruegos del amante
Suelen romper el diamante
De la más dura en querer.

REY.

Bien dices; porque, en efeto,
Más para tener dolor
Mueve el más necio amador
Que el tercero más discreto.
Don Íñigo ¿quedó allá?

DON MANRIQUE.

Hoy no le he visto en palacio.

REY.

Pues vámonos más de espacio,

No esté por ventura acá.
Dado me ha en el pensamiento,
Si hoy todo el día ha faltado,
Que á ver á su hermana ha estado.

DON MANRIQUE.

Rüido en su casa siento.

REY.

¿Rüido tan tarde? Mira
Que ya todos dormirán.

DON MANRIQUE.

Despiertos, señor, están,
Y hay tantas voces, que admira.

DON PEDRO.

Íñigo es bravo español;
Con doña Sol tendrá voces
De celos.

REY.

Mal le conoces.
Es, como es casa del sol,
Que ya quiere amanecer;
Y ese rüido, al sacallos,
Deben de hacer los caballos
Que allá le quieren poner.

DON PEDRO.

¡Qué bien lo encareces todo!
Todo el amor es poesía.

DON MANRIQUE.

Por lo que miente, podía
Ser poeta amor.

REY.

¿De qué modo?

DON MANRIQUE.

Amor dice que suspira
Y abrasa; miente en rigor.
Que se hiela dice amor
Cuando á su dama no mira;
También miente. Dice luego
Que llora en ausencia tanto,
Que crece el río su llanto
Y abrasa el mundo su fuego.
Pues ¿quién ha visto creciente
Con lágrimas de amador?
Dice que está muerto amor,
Y está vivo; también miente.
Jura de amar lo que mira
Mil siglos de enamorado,
Y en habiéndolo gozado
No vuelve; luego es mentira.
Ansí prosigue, y ansí
Miente también el que escribe,
Y más si en pobreza vive.

REY.

De qué manera me di..

DON MANRIQUE.

Dando siempre en versos vanos
Á su dama un gran tesoro.
Hacen sus cabellos oro,
Bruñida plata sus manos,
Perlas sus hermosos dientes,
Coral su boca, esmeraldas
Sus ojos; hasta en sus faldas
Ponen auroras y orientes.

REY.

¡Ojalá que este mi amor,
Manrique, fábula fuera!

DON PEDRO.

El rüido persevera.
Sepamos lo que es, señor.

Don Íñigo, dentro; el Rey, D. Pedro y D. Manrique, en la calle.

DON ÍÑIGO.

Dentro.

Alzad las mesas, y venga
Música.

REY.

¡Válgame Dios!
¿Cómo música á las dos?

DON PEDRO.

Puede ser, señor, que tenga
Huéspedes.

REY.

¿Una mujer
Por casar? Manrique, no;
Si no es que Íñigo volvió
Y fiestas la quiere hacer.

DON MANRIQUE.

Sin duda has dado en lo cierto;
Porque viendo que acomodas
Tu partida, hechas las bodas,
Tornó, del cansancio muerto,
Hoy en casa de su hermana,
Y la regocija ansí.

DON PEDRO.

El rumor crece.

REY.

¡Ay de mí!
Toda mi esperanza es vana.

DON MANRIQUE.

Un hombre sale de allá.

Un lacayo, borracho, con una espada desnuda.

LACAYO.

¿Piensan que todo está hecho?
Pues si saco el pie derecho.....

DON MANRIQUE.

Éste, señor, lo dirá. (Aparte al Rey.)

LACAYO.

¡Oh, qué bonito soy yo
Para tú con tú conmigo!

DON PEDRO.

¡Amigo!

LACAYO.

¿Quién es amigo?

DON PEDRO.

Yo soy amigo.

LACAYO.

Yo no.

Juro á Dios no dar la mano
Aunque el Rey me la pidiese.
¡Hágase allá, no le pese!
¡Téngase todo cristiano!
¿Es cosa de burla dar
Á un hombre una bofetada?

DON MANRIQUE.

Al Rey:

Desnuda tiene la espada,
Y apenas acierta á hablar.

REY.

Desvíate, en esas dudas,
De espada y lengua turbada;
Que la mujer y la espada
Son peligrosas desnudas.

DON PEDRO.

Él debe de haber bebido.
¡Ah, gentilhombre!

LACAYO.

¿Quién es?
¿Es castellano ó inglés?

DON PEDRO.

Algún inglés le ha ofendido.
Tenga la espada, y advierta.....

LACAYO.

Cuando se vierta, ¿qué importa?
¡Oh, cuánto el aire conforta
Que sale por esta puerta!

DON PEDRO.

Oiga, yo seré el padrino.

LACAYO.

Hanme dado un bofetón.....

DON PEDRO.

Tuvieron poca razón.

LACAYO.

Con un hueso de tocino.

DON PEDRO.

Al Rey:

¡Por Dios, señor, que no había
Entendido su desgracia!

REY.

¿Qué tiene?

DON PEDRO.

Vino.

REY.

¡Oh, qué gracia!
Háblale, por vida mía.
Pregunta qué es la ocasión
Deste rüido.

DON PEDRO.

Oya, hermano.

LACAYO.

¿Es inglés ó castellano?

DON PEDRO.

Dígame por qué razón
Hay en casa este rüido.

LACAYO.

Porque no se han acostado.

DON PEDRO.

Muy buena razón me ha dado.

LACAYO.

¿No ve que no se han dormido?

DON PEDRO.

Qué es la causa, le pregunto.

LACAYO.

Don Íñigo, el sacristán,
Laínez y Sol están,
Y todo el proceso junto.

DON PEDRO.

¿Que don Íñigo está en casa?

REY.

¿Esa es la fiesta?

LACAYO.

Escogida.

REY.

Abierto está; por tu vida, (Ap. á D. Pedro.)
Que entres á ver lo que pasa.

DON PEDRO.

¿Y si me ven?

REY.

No verán.

DON PEDRO.

Yo haré lo que mandas.

REY.

Entra.

Don Pedro entra en casa de D. Íñigo.

LACAYO.

Cosas un cristiano encuentra
Que en la cartilla no están,
Ni aun en todo el calendario.

DON MANRIQUE.

Oya, hermano.

LACAYO.

Ya lo entiendo;
Ya sé que está previniendo
Armas dobles el contrario.

DON MANRIQUE.

Pronuncie bien.

LACAYO.

Pues no hay fieros
Conmigo. ¡Fuera embozados;
Que á dos mil hombres armados
Esperaré solo en cueros!

DON MANRIQUE.

Y tan en cueros, que temo
No se resfríe.

LACAYO.

No haré;
Que aunque en cueros me quedé,
Bien sabe Dios que me quemo.

DON MANRIQUE.

Don Íñigo ¿está acostado?

LACAYO.

¿Quién le mete á nadie en eso?

DON MANRIQUE.

¿Hay en casa algún suceso?

LACAYO.

Á mí me han descalabrado,
Pero he muerto mucha gente.

DON MANRIQUE.

Al Rey:

No hay sacalle una palabra.
Oya, hermano, éntrese, y abra
Esta puerta solamente.

LACAYO.

Ábrala Dios, que la hizo.

DON MANRIQUE.

Al Rey:

No está el hombre de provecho.

LACAYO.

Cinco traiciones me ha hecho
Este perro advenedizo.

DON MANRIQUE.

La señora doña Sol,
¿Duerme ya?

LACAYO.

Yo lo declaro:
Siendo noche, ¿no está claro
Que ha de estar durmiendo el sol?

REY.

Á D. Manrique:

Déjale, quítate acá;
No dirá cosa que importe.

LACAYO.

Estos lacayos de corte
Luego presumen que está
El hombre fuera de sí.
¡Afuera.....

REY.

Guárdate dél.

LACAYO.

Que no temo yo broquel!
¡Qué cuchillada le dí!

Vase.

Don Pedro.

DON PEDRO.

No sé por dónde te diga
Lo que vi desde esa puerta,
Que pienso que no tendrás
Para escucharlo paciencia;
Que según tienes el alma,
Del nuevo sol que te quema,
No estarás para sufrir
Nuevas, Alfonso, tan nuevas;
Mas siendo fuerza,
Anima el alma, el corazón esfuerza.

REY.

Dime, don Pedro de Lara,
¿De qué temerosa cueva,
Donde vió el rey don Rodrigo
Lanzas y alarbes banderas;
De qué aposento de Circe,
Como el capitán de Grecia;
De qué selva, como Alcides;
De qué infierno, como Eneas;
De qué Libia, engendradora
De monstruos y de culebras;
De qué India, donde admire
Alejandro tantas fieras,
Sales tan turbado y triste
Á apercibir mi paciencia,
Que en el estado en que estoy
Es imposible tenella?
Mas siendo fuerza,
Si amor desmaya, la razón esfuerza.

DON PEDRO.

Vi una mesa, rey Alfonso,
Luego que llegué á la puerta,
Con un grande aparador
Vestido de ricas piezas.
Gran cantidad de criados,
Unos salen, otros entran,
Éstos con platos vacíos,
Y aquéllos con fuentas llenas.
Cuál en la dorada copa
El vino oloroso lleva,
Con la toalla en el hombro
Y el agua en la mano izquierda;
Cuál con las hachas delante,
Lleno de imperio, gobierna
Pajes con diversos platos
Llenos de frutas diversas.
Parecióme que era el fin
De aquella abundante cena,
Y dándome tu cuidado
Licencia, sin su licencia,
Á la puerta de la cuadra
Llegué, donde vi una mesa,
Que Cleopatra á Marco Antonio
No puso con tal riqueza.
Estaba el conde don Íñigo
Sentado en la cabecera,
Y al lado derecho estaba
Doña Sol, como el sol bella.
No reparé en el vestido
Ni en los diamantes y perlas;
Que donde lucen sus ojos
Obscurécense las piedras;
Mas á mí me parecieron
Más galas que para fiestas,
Más fiestas que para hermana,
Y no hermano el señor dellas.
Estaba un mozo gallardo
Junto á Sol, que su belleza
Parece que le pedía
Sol para abrasar la tierra,
Deshaciéndose en sus ojos

Como si fuera de cera;
Que hay almas que se derriten
Si da el sol de rostro en ellas.
No compuesto como huésped,
Ni ella puesta como dueña,
Se regalaban los dos
Y se miraban apenas,
Sino con la libertad
Que los casados se ceban,
Á imitación de palomas
Que el primer nido comienzan.
Alzaron la mesa en fin;
Y dando el Conde licencia,
Á su cuello echó los brazos
Como vid al olmo envuelta.
Mostró las perlas con risa
Sol, y él mirando las perlas,
Pensé que hablaban de oído;
Mas si algo hablaron fué en ellas:
Besóla como marido.

REY.
¿Qué dices, don Pedro? Espera.

DON PEDRO.
Ella debió de esperar,
No yo, que estaba á la puerta.

REY.
¿Que la besó?

DON PEDRO.
Qué, ¿lo dudas?

REY.
¿Que hay un hombre que merezca
Aquella angélica boca?

DON PEDRO.
Angélica ó no, él la besa.

REY.
Agora es fuerza perder
El alma con la paciencia.
Sin duda que la casó
Íñigo, porque no fuera
Un rey señor de aquel mar
Donde nacen tantas perlas.
La traza ha sido del Conde:
¡El Conde, Manrique, muera!

DON MANRIQUE.
Mira, señor, que te engañas,
Y advierte que amor te ciega:
No puede el Conde en seis días,
Pues siempre ha estado en tus fiestas,
Hacer este casamiento
Á efeto de darte pena:
Concertado lo tendrá
Para en viniendo á esta tierra;
Y ¡cuánto te está mejor.....

REY.
¿Cómo?

DON MANRIQUE.
Que casada sea!

REY.
¿Por qué?

DON MANRIQUE.
Porque la podrás
Gozar.

REY.
¿Cómo, si se queda
En esta aldea y me voy,
Ó á la montaña la lleva?

DON MANRIQUE.
Yo daré un remedio.

REY.
¿Cuál?

DON MANRIQUE.
Escríbele, aunque te pesa,
Á Íñigo el parabién.....

REY.
Para mal del novio sea.

DON MANRIQUE.
Y di que, por su servicio,
Quieres que á servirte venga
Este marido de Sol,
Y á tu persona le acerca.
Dale un oficio en tu casa
Que á su persona convenga;
Traerá la suya á la corte
Y podrás entrar en ella;
Que servicios, y de un rey,
Conversación y asistencia,
Ruegos, terceros, papeles,
Joyas, honras y promesas,
Harán, por fuerza,
Que un duro mármol se convierta en cera.

REY.
Vuéltome has el cuerpo al alma:
Si este diamante valiera,
Don Manrique, seis ciudades,
Y todo un reino esta piedra,
Fuera, como ahora es, tuyo.

DON MANRIQUE.
Beso los pies de Tu Alteza.

REY.
Mañana escribo la carta;
Vengan las postas.

DON MANRIQUE.
No creas
Que te ha dañado el casarse
Para lo que ahora intentas.

REY.
Vamos, que me da cuidado
Que me eche menos la Reina.

DON MANRIQUE.
Con el primer punto suelto,
No hay brío en mujer ni en media.

REY.
¡Ay, Sol! ¿Que es fuerza
Que tú me olvides y que yo te quiera?

Vanse.

Madama Leonor y D.ª Elvira.

LEONOR.
¿No dicen que está en palacio?

DOÑA ELVIRA.
Sí estará; tu amor me admira.

LEONOR.
Quiero apriesa, doña Elvira,
Ó quiéreme el Rey de espacio.

DOÑA ELVIRA.
Como es tan grande el camino
De un casamiento, es muy loco
Quien no se va poco á poco.

LEONOR.
Como apriesa desatino.

DOÑA ELVIRA.
En seis días.....

LEONOR.
Pues ¿quién duda
Que es más furioso el rigor
En los principios de amor?
Después se templa ó se muda.

DOÑA ELVIRA.
Puede ser que su salud
Retire de Vuestra Alteza
Al Rey, y tanta belleza
Causa dé á tanta inquietud;
No hagamos más diligencia;
Por ventura está acostado.

LEONOR.
Jamás hombre enamorado
Se fué sin pedir licencia.

DOÑA ELVIRA.
Nunca los maridos son
Galanes tan prevenidos,
Porque los tiene dormidos
La segura posesión:
Ya en casa están, ya no están;
Tienen gusto y no lo tienen,
Porque cuando quieren vienen,
Y en no queriendo se van.
Hablo á Vuestra Alteza aquí
Con lenguaje de casada,
Y no de reina, obligada
De verla afligir ansí.

LEONOR.
¿No me pudiera avisar
De cualquier cosa que hiciera,
Para que yo no estuviera
Con la pena de esperar?
Cenó á las ocho, y son ya
Las cuatro.

DOÑA ELVIRA.
Las horas pasan
Por los que amando se abrasan,
Más apriesa.

LEONOR.
¿Dónde está?

DOÑA ELVIRA.
Yo pienso que descansando.
No pienses tanto una cosa;
Que vendrás á ser celosa
Y morir imaginando.
Llaman hijos del amor
Los celos, y son sus nietos;
Que por los mismos efetos,
Se ve la causa mejor:
Amor la imaginación
Engendra, y ella los celos;
El amor es de los cielos,
Y ellos del infierno son.

LEONOR.
Vuelve á llamar, doña Elvira,
Los músicos.

DOÑA ELVIRA.
Bien harás
En divertirte, y podrás,
Porque ya el alba nos mira.

Vase.

LEONOR.
Amor, amor, ¿por qué te llaman gloria,
Siendo forzoso, amando, el más querido
Vivir con celos y temer olvido,
Afrentoso blasón de tu victoria?
Entras á los principios de tu historia
Con dulcísimos pasos al sentido,
Mas, el estilo del hablar perdido,
Á la mitad ofendes la memoria.
¡Oh, qué duro capítulo los celos,
Y aquel imaginar ajenos gustos,
Quitando á la verdad confusos velos!
Y si se han de temer, justos ó injustos,
Vuélvete, amor, tus gustos á tus cielos,
Que no quiero tu bien por tus disgustos.

Doña Elvira y músicos.

DOÑA ELVIRA.
Los músicos han venido,
Y más, que tienen templado.

LEONOR.
No dudes que han acertado
Y que mi ventura ha sido;
Que á un inquieto corazón
Oir templar un instrumento,
Es darle mayor tormento
Y doblalle la pasión.
Cantad algo, si sabéis,
De celos.

UN MÚSICO.
Quien no lo sabe
No sabe de amor.

LEONOR.
Sea grave.
¡Ay, celos! ¿qué me queréis? (Aparte.)

Siéntanse las damas y cantan los músicos.

MÚSICOS.
Ahora sabréis de celos, corazón;
Que si pensáis que son celos,
Infiernos del alma son.

El Rey, D. Pedro y D. Manrique.

REY.
¡Música ahora!

DOÑA ELVIRA.

El Rey viene.

REY.

¿Qué es esto, señora mía?

LEONOR.

Esperaros hasta el día
La que sin vos no le tiene.

REY.

Qué, ¿no os habéis acostado?

LEONOR.

Sin vos, ¿cómo?

DON PEDRO.

¡Extraño amor!
Yo pienso que esta Leonor (Aparte.)
Más viste azul que leonado.

REY.

Como el alba hermosa y pura,
Con música amanecéis.

LEONOR.

Noche soy, que me tenéis,
Con tan larga ausencia, obscura:
Dorad con nuevo arrebol
Nubes de agua engendradoras,
Pues en venir á estas horas
Tenéis condición de sol.

REY.

Cuando lo fuera, ¡por Dios!
Que muy nuevo lo parezco,
Si en dos albas amanezco,
Que son la del cielo y vos:
Dos albas y dos orientes,
En las Indias y en España,
El sol dora y acompaña,
Pero en cielos diferentes:
Mal puedo en el vuestro solo
Lo que él en dos cielos hace.

LEONOR.

Acostaos, mi bien; que nace
Con envidia vuestra Apolo;
Que habéis venido cansado.

REY.

(Aparte á D. Pedro.)

¿Quién le ha dicho dónde fuí?

DON PEDRO.

Si no ha enviado tras ti,
Nadie puede haberla hablado.

REY.

Mi bien, yo fuí á ese lugar
De noche, porque temía
Al sol, que el sol me podía,
En cuatro leguas, matar:
Fuí, pensando ser padrino
De una dama de un privado
Que tengo, y llegué cansado;
No os di cuenta porque vino
Tarde el aviso. ¡Por Dios! (Aparte.)
Que la verdad le confieso
Porque se temple con eso
Y descansemos los dos;
Que no hay gusto como hablar
Del agravio al agraviado,
Cuando él está descuidado
De que le puede agraviar.
Pero fué tan encubierto,
Que pienso que me han burlado,
Porque ya estaba acabado
Cuando yo supe el concierto:
Venid conmigo, y creed
Que, aunque de noche, estoy loco
Del sol con darme tan poco;
Mas aunque tenga á merced,
Y á favor, y á cortesía,
El no os haber acostado,
Creedme que me ha pesado
Que me aguardéis hasta el día:
Yo me entro. Adiós, caballeros.

Vase.

DON MANRIQUE.

Enfado lleva. (Aparte á D. Pedro.)

DON PEDRO.

Notable.

DOÑA ELVIRA.

(Aparte á la Reina.)

¿Quieres que á uno déstos hable?

LEONOR.

¿Cómo?

DOÑA ELVIRA.

Los días primeros
Dió en servirme, y me ha mostrado
Amor.

LEONOR.

Pues háblale, y sabe
Dónde fué el Rey.

Vanse la Reina y los músicos.

DON PEDRO.

(Aparte á D. Manrique.)

Hoy la llave,
Don Manrique, el Rey me ha dado;
Mirad si importa agradar
Á los reyes en su gusto.

DON MANRIQUE.

Fuera de que hacello es justo,
Es camino de medrar.

DOÑA ELVIRA.

Con vuestra licencia, quiero
Á don Pedro hablar.

DON MANRIQUE.

Señora,
Vos la tenéis desde ahora;
En el corredor le espero,
Y mirad si hay otra cosa
En que os sirva esta merced.

DOÑA ELVIRA.
Que soy muy vuestra creed.

Vase D. Manrique.

DON PEDRO.
¿Qué mandáis, Elvira hermosa?
¿Posible es que se ha ofrecido
En qué os pueda servir yo?

DOÑA ELVIRA.
La Reina no los pidió,
Y yo á vos celos os pido.
¿Paréceos bien, es bien hecho
Que quien me ha dicho que soy
Su dueño, y por él me estoy
En lo mejor de su pecho,
Toda la noche galán
Ande por Burgos perdido?
Pero sois recién venido,
Veros y hablaros querrán:
Tenéis mil aficionadas
De la fama entre los moros,
Y de haber dado á los toros
Estos días mil lanzadas.
¿Quién ha sacado las galas
Que vos? ¿Quién caballos? ¿Quién,
Cuando las damas le ven
En las calles y en las salas,
Lleva tantas bendiciones
Y en ellas tantos deseos?
Yo pensé que estos trofeos,
Victorias, triunfos, blasones,
Eran míos desde el día
Que me pediste licencia
Para servirme. Paciencia:
Sois hombre, la culpa es mía.

DON PEDRO.
¿Toda una noche, señora?
Por mí, no creáis que fuera
De noche, donde no hubiera
De amanecerme esta aurora.
Para estar en el terrero
Hasta que el sol me llamara,
Si el vuestro me despertara
(Que es vuestra la luz que espero)
Toda la noche estuviera
Desvelado; no por ver
La más hermosa mujer
Que en toda Burgos hubiera.
Sacóme el Rey, fuí con él
Á la aldea que él contó,
Que cierto sol le llevó,
Que nunca amanece en él;
Y es porque en otro anochece,
Con quien está desposada.

DOÑA ELVIRA.
Mentira tan bien formada
Algún crédito merece.

DON PEDRO.
No tenga de vida un hora
Si no es el Rey el galán
Y si á otros negocios van
Mis pensamientos, señora.
Y aun los suyos son en vano,
Y será su intención vana;
Que es de don Íñigo hermana,
Que llaman el Castellano:
Hombre de tanto valor,
Que aun el Rey no le hace ofensa.

DOÑA ELVIRA.
Pues ¿qué es lo que Alfonso piensa
Con ese imposible amor?

DON PEDRO.
Mocedades.

DOÑA ELVIRA.
Pues ¿ahora
Es tiempo de mocedades?

DON PEDRO.
Nunca con las majestades
Me pongo en puntos, señora:
Yo te he dicho la verdad;
Y te suplico no creas,
Si hacerme merced deseas,
Ofensa en mi voluntad,
Que es la que en mi pecho reina.

DOÑA ELVIRA.
Tu mismo valor me abona:
Don Pedro, adiós y perdona;
Que está esperando la Reina.

DON PEDRO.
Dame un favor.

DOÑA ELVIRA.
Mi deseo
Y esta cinta.

DON PEDRO.
¿Aun eso más?
Esta noche la verás
En las plumas del torneo.

Vanse.

Doña Sol, D. Íñigo y D. Álvaro.

DON ÁLVARO.
¿Carta tenéis? ¡Brava cosa!

DON ÍÑIGO.
En la iglesia me la dió
Un hidalgo, que envió
Su montero de Espinosa,
Y quiero albricias pediros
De la parte que os alcanza.

DON ÁLVARO.
Si no aceptáis la esperanza
Y el deseo de serviros,
Mi mayorazgo tomad,
Supuesto que todo es poco.
¿Ya por la parte que os toco
Me ha honrado Su Majestad?

DON ÍÑIGO.
Por lo que vos merecéis,
Señor don Álvaro, es llano,
Que no porque sois mi hermano.

DON ÁLVARO.
Vos lo que gano sabéis.
DOÑA SOL.
Dejemos los cumplimientos
Y esa carta nos leed.
DON ÍÑIGO.
Aun no iguala la merced
Á vuestros merecimientos.

Lee.

«He sentido, como es razón, que no me hayáis dado parte del casamiento de vuestra hermana, sabiendo cuán á mi cuenta estaba honraros; pero para que entendáis lo que va del amor del señor al del criado, hago á D. Álvaro, vuestro cuñado, mi Camarero mayor, ansí por sus méritos como por satisfacer vuestros servicios; y pues yo pongo casa, es razón tenga cerca de mi persona tales caballeros en ella; á quien doy el parabién.—Dios os guarde.—*El Rey.*»

DON ÁLVARO.
¿Qué decís?
DON ÍÑIGO.
Esto que digo.
DON ÁLVARO.
¡Yo Camarero mayor!
DON ÍÑIGO.
Basta, que el Rey, mi señor,
Es bueno para enemigo.
Nunca, estando muy contento,
Mis servicios ha pagado;
Y ahora, estando enojado
Del secreto casamiento
(En que conozco que erré,
Pues licencia no pedí),
Nos ha honrado á vos y á mí.
DON ÁLVARO.
Sol, ¿qué es aquesto?
DOÑA SOL.
No sé.
Servicios son de mi hermano,
Que los ha pasado en vos
Por enojo de los dos.
DON ÍÑIGO.
¿Qué intenta el Rey castellano? (Aparte.)
¿Qué es esto? Mas ¿qué me estoy
Deshaciendo? ¿Qué he de hacer?
De don Álvaro es mujer;
Ni es mía, ni suyo soy.
La sangre que mía tenía
Y de mi padre heredó,
Su marido la cobró
De su desposorio el día.
Y por dicha, yo me engaño,
Que el Rey trocará el amor
En virtud; que es gran señor,
Y no puede hacer gran daño.
Y algo se ha de confiar
De una mujer tan discreta.
La virtud no está sujeta
Ni á la tierra, ni á la mar,
Ni á todo el poder humano.
Esta es mujer virtuosa,
Que al furor de ser hermosa
Lleva la rienda en la mano.
DOÑA SOL.
Mirad, Conde, qué ha de hacer
Don Álvaro.
DON ÍÑIGO.
Hermana mía,
Partirse este mismo día
Con vos, que sois su mujer,
Y besar al Rey la mano.
DOÑA SOL.
¿Y después?
DON ÍÑIGO.
Servir después;
Que es el mayor interés
De un hidalgo castellano.
DON ÁLVARO.
No sé dónde mi alegría
Puede caber en mi pecho.
El alma es corta, y estrecho
Mi valor; la sangre mía
No alcanza; mi entendimiento
Ciega mi vista; mi lengua
Teme de caer en mengua
En tanto encarecimiento.
Sola mi memoria pueda
Tener la que es justa ley,
Pues de servir á mi Rey
Tanta memoria me queda.

Hablan bajo D. Álvaro y D. Íñigo.

DOÑA SOL.
¡Ay, cómo me dice el alma, (Aparte.)
Alfonso, que son fingidas
Estas honras mal nacidas,
Que ponen la nuestra en calma!
No llamas sin ocasión
Á don Álvaro á tu casa;
Si el Conde por esto pasa,
Bárbaros los hombres son.
¡Ay, mi bien! Temo tu muerte.
No te llaman á servir;
¿Si te llaman á morir?
¡Desdichada fué mi suerte!
Querrá el Rey quitar tu vida
De en medio de su deseo;
Y será mayor rodeo
De su esperanza perdida.
Vive tú, que has de vivir
En mi alma eternamente,
Si estuviese de ti ausente
Y no pudiese morir.
¿Si le diré lo que pasa?
No, que es fuerza obedecer
Al Rey, pues no puede hacer

Menos que entrar en su casa.
  Pues callar, ¡qué crueldad!
Pero ¿qué crueldad mayor
Que anticipar deshonor
Á una inocente lealtad?
  Vamos, que yo haré de suerte,
Pidiendo remedio á Dios,
Que sea igual en los dos,
Como la vida, la muerte.

DON ÁLVARO.

  ¿Iré bien desta manera?

DON ÍÑIGO.

Iréis por extremo bien,
Y podéis llevar también
La carroza y la litera
  Que de Toledo traía,
Y algunos de mis criados.

DON ÁLVARO.

Vuestros servicios pasados
Fueron mi dote este día.
  Vamos, Sol, que ya tenemos
Concertada la partida,
Porque el alma agradecida
Á tan gran señor mostremos.
  Bien estaba conocido
Que á quien á tal sol llegara,
Cualquiera rey estimara
Como de Alfonso lo he sido.
  Dirá quien ve lo que pasa,
Que ansí á levantarme prueba,
Y de junto al sol me lleva
Para servirle en su casa.
  Vamos, y poneos gallarda,
Porque el Rey eche de ver
Que supe elegir mujer
Y qué camarero aguarda.

DOÑA SOL.

  ¿Ha dicho mi hermano ya
Cómo habéis de entrar, señor?

DON ÍÑIGO.

Que sea presto es mejor,
Y antes que se sepa allá,
  Para no dar ocasión
Á tantos deudos y amigos,
Ni á tantos falsos testigos
De mi perdida opinión.

DOÑA SOL.

  Vamos, que ya no hay en mí
Voluntad; vuestra es: partamos.

DON ÁLVARO.

Gran señor á servir vamos.

Vanse D. Íñigo y D. Álvaro.

DOÑA SOL.

¡Qué alegre parte! ¡Ay de ti!
  Mil veces me manda amor
Decir lo que el Rey intenta;
Pero es linaje de afrenta
Probar á nadie el valor.
  Donde hay amistad jurada,
Por ver lo que el otro piensa,
No se ha de decir la ofensa
Ni se ha de probar la espada.
  Callar tengo prometido
Cuanto pueda suceder:
Seré la primer mujer
Discreta con su marido.

Leonor y D.ª Elvira.

LEONOR.

  Extremada vida es esta;
Pero no hay de qué me espante
Que á la noche se levante
Quien salido el sol se acuesta.
  ¿Es hoy, Elvira, el torneo?

DOÑA ELVIRA.

No, señora, que ha dormido
El Rey como quien ha sido
Galán sobre tal deseo.
  Pagado te ha con el día
Lo que la noche faltó.

LEONOR.

Si el Rey, Elvira, pagó,
Señal es que me debía
  Amores.

DOÑA ELVIRA.

Debía, bien dices.

LEONOR.

De mi ofensa es lo que digo.

DOÑA ELVIRA.

Sí; pero con el castigo
Del agravio te desdices.
  ¿Qué es tanto tiempo tener
En los brazos al que agravia?

LEONOR.

Es venganza en mujer sabia,
Cuando es la propia mujer;
  Que si aborrece el marido,
¿Qué castigo ni qué lazos
Como tener en los brazos
Lo que tiene aborrecido?

DOÑA ELVIRA.

  De cualquier manera acierta
La que le regala en ellos;
Que no se alcanza sin ellos
Lo que en ellos se concierta.
  Retirarse con los celos
Y dividir el estado,
Es libertad del casado,
Y de la casada duelos;
  Que ella en soledad le llora,
Y él se alegra en compañía.

LEONOR.

Llegarse á quien se desvía
Mucho del amor, desdora.
  Tibieza en Alfonso, Elvira,
Tan al principio, no es bueno:
Ó vino á mi pecho ajeno,
Ú otra causa le retira.
  Ya se duerme si le hablo,

Y tan helado se junta,
Que mil veces me pregunta
Una razón y un vocablo.
Pues quien no escucha en la cama,
Donde hay tal silencio, Elvira,
Ó tiene amor con mentira,
Ó en otra parte la dama.
Trato estas cosas, amiga,
Como el alma de mi pecho.

DOÑA ELVIRA.

¿Posible es que á quien me ha hecho (Ap.)
Tanta merced no le diga
La causa de su tristeza?
Desleal soy.

LEONOR.

¿Qué decías?

DOÑA ELVIRA.

Que pongas, señora, espías
Estos días á Su Alteza,
Porque ha dado en ser galán
De una recién desposada.

LEONOR.

¿Por tu vida?

DOÑA ELVIRA.

Todo es nada.
Muy en el principio están;
Mas será bien atajalle.

LEONOR.

¿Quién es?

DOÑA ELVIRA.

Doña Sol se llama;
Hermosa y bizarra dama,
De divino rostro y talle.
Yo veré tu discreción
Si disimulas.

LEONOR.

¿De quién
Sabes que la quiere bien?

DOÑA ELVIRA.

La más sutil invención
Que pudiera imaginarse
Hice á don Pedro de Lara.

LEONOR.

Si él lo ha dicho, cosa es clara.
¿Cómo podrá remediarse?

DOÑA ELVIRA.

Mostrándole al Rey amor,
Que tú gozas y él desea.
Pero no has de hacer que crea
Flaqueza de tu valor.

LEONOR.

¿Cómo?

DOÑA ELVIRA.

En dárselo á entender;
Que en viendo mujer celosa,
No hay para los hombres cosa,
Y más si es propia mujer,
Que los desatine tanto
Y obligue á cualquier desprecio.

LEONOR.

Amor con celos es necio.
De que ya callo me espanto.

DOÑA ELVIRA.

Pues cuéntate por perdida.

LEONOR.

¿Es ésa la del aldea?

DOÑA ELVIRA.

¿Cuál otra quieres que sea?

LEONOR.

Pues ya estamos de partida:
Quedaráse en Burgos ella,
E iréme á Toledo yo;
Y ¿cuál hombre se ausentó
Que no olvide á la más bella?

DOÑA ELVIRA.

Esa verdad te concedo.
Si á Cortes quiere llamar
El Rey, cuando quiera hablar
Burgos, hablará Toledo.

LEONOR.

¡Oh, qué contento me has dado!

El Rey y D. Pedro.

REY.

(Aparte á D. Pedro.)

¿Que don Alvaro ha venido?

DON PEDRO.

Toda su casa ha traído.

REY.

¿De quién viene acompañado?

DON PEDRO.

El Conde viene con él.

REY.

La Reina, Pedro, está aquí.

DON PEDRO.

¿Qué puede entender de mí?
Bien sabes que soy fïel.

LEONOR.

Señor mío.....

REY.

¡Oh, mi señora!

LEONOR.

¿Cómo os halláis?

REY.

Como quien
Tiene en vos todo su bien.
Digo, en la que viene ahora. (Aparte.)

LEONOR.

¿Habéis descansado?

REY.

Sí;
Que el alma en vos descansó.
¡Igual descansara yo (Aparte.)
En ésta que viene aquí!

LEONOR.

¿Cómo os va?

REY.

Como con vos,
Que sois mi sol y mi esfera.

Miento, que mejor me fuera (Aparte.)
Con la que viene, ¡por Dios!

LEONOR.

Gran merced de vos recibo:
Sois mi luz.

REY.

Vos sois mi estrella.
¡Oh, si llegara ya aquella (Aparte.)
Por quien estoy muerto y vivo!

LEONOR.

¿Voy bien? (Aparte á D.ª Elvira.)

DOÑA ELVIRA.

Es el propio modo.
Vencerásle.

LEONOR.

No lo creo.

REY.

Si tarda el bien que deseo, (Aparte.)
Declararéme del todo.

Don Manrique.

DON MANRIQUE.

Don Íñigo, el Conde, pide
Á Vuestra Alteza licencia.

REY.

¡Que topase en la presencia (Ap. á D. Pedro.)
De la Reina!

DON PEDRO.

¿Qué te impide?

DON MANRIQUE.

Tu Camarero mayor
Viene con él.

LEONOR.

¿Habéis hecho
Camarero?

REY.

Satisfecho
De la nobleza y valor
De un caballero asturiano,
Deudo del Rey de León,
Y mío por ocasión
De ser Íñigo su hermano.....
Digo, que le dió su hermana
Doña Sol en casamiento.....
Y por ver en este intento
La nobleza castellana,
Hice, señora, elección
De don Alvaro Laín,
Que es benemérito, al fin,
Entre muchos que lo son.

LEONOR.

¿Es esta Sol, doña Elvira, (Aparte á ella.)
La que dices?

DOÑA ELVIRA.

Sí, señora.

LEONOR.

Luego ¿irá á Toledo ahora?

DOÑA ELVIRA.

Lo que te he avisado mira.

LEONOR.

¡Triste de mí! ¡Muerta soy! (Aparte.)

Don Íñigo, D. Álvaro, D.ª Sol y acompañamiento.

. . . . (1).
. . . . (2).

DOÑA SOL.

¡Qué turbada (Aparte.)
De verme en palacio estoy!

DON ÍÑIGO.

Dadme, señor, esas manos.

DON ÁLVARO.

Y á mí esos pies, gran señor.

REY.

Mi Camarero mayor,
Alzad.

DOÑA ELVIRA.

¡Ay, consejos vanos! (Aparte.)

LEONOR.

¿Esto tengo de sufrir? (Ap. á D.ª Elvira.)

DOÑA ELVIRA.

Señora, haz pecho español.

REY.

Reina, haced sentar á Sol.

DOÑA SOL.

Señor, yo os vengo á servir.

LEONOR.

Sentaos, Sol.

REY.

Sol, sentaos;
La Reina lo quiere ansí.

LEONOR.

Basta, que estamos aquí (Aparte.)
Celos y amor en saraos.

REY.

Á don Álvaro cubriera,
Íñigo, á no ser criado:
Mucho en verle me he pagado.

DON ÍÑIGO.

Señor, quisiera que fuera
El mayor César del mundo,
Porque tuviera valor
Para serviros, señor;
Pero en su lealtad lo fundo.
No es muy rico caballero;
Pero su antigua nobleza,
Sangre ha dado á Vuestra Alteza.

REY.

Darle con qué viva espero.
Sea, Sol, para bien vuestro
El casamiento.

DOÑA SOL.

Señor,
Vos solo tenéis valor,
Vos solo sois el bien nuestro.

REY.

Reina, dalda el parabién.

(1) Falta un verso.
(2) Falta un hemistiquio.

Sol merece que la honréis.

LEONOR.

Yo sé que el bien que tenéis,
Sol, es de todos el bien.
Gocéisos por muchos años.

DOÑA SOL.

Esos Vuestra Alteza viva,
Y mil coronas reciba
De otros mil reinos extraños.

REY.

Aposenten en mi casa
Á don Álvaro.

LEONOR.

Esto es hecho; (Aparte.)
Si la lengua calla, el pecho
Hoy como Troya se abrasa.
Irme es mejor.

Levántase.

REY.

¿Dónde vais?

LEONOR.

¿No basta para visita
De criados?

DON PEDRO.

¿Qué le incita? (Aparte.)

REY.

Muy bien venidos seáis.
Voy á acompañar la Reina;
Vedme después.

DON ÍÑIGO.

Tiemblo. (Aparte.)

DOÑA SOL.

Temo. (Aparte.)

LEONOR.

Yo me abraso. (Aparte.)

REY.

Yo me quemo. (Aparte.)

LEONOR.

Celos viven. (Aparte.)

REY.

Amor reina. (Aparte.)

Vanse los Reyes.

DON ÍÑIGO.

Vamos, Sol.

DON ÁLVARO.

Contento estoy.

Vanse D.ª Sol, D. Íñigo y D. Álvaro.

DON MANRIQUE.

El Rey se abrasa.

DON PEDRO.

Á Sol mira.

DON MANRIQUE.

¿Qué os ha dicho doña Elvira?

DON PEDRO.

Que muy en su gracia estoy.

DON MANRIQUE.

Bella es Sol.

DON PEDRO.

De un ángel copia.

DON MANRIQUE.

Mucho temo que este sol
Á nuestro Rey español
Nos le ha de hacer de Etïopia.

ACTO TERCERO.

El Rey y D. Pedro.

DON PEDRO.

Pues Hércules sujetó
Las estinfálidas aves,
Y pues Jasón en las naves
El mar furioso allanó;
Pues á la sierpe Lernea,
El fiero toro y dragón
Trajo á humilde sujeción,
¿Qué habrá que imposible sea?
Los griegos con sus engaños,
Por aquella hurtada joya,
Rindieron la antigua Troya
Con paciencia de diez años;
Á la corriente Letea,
De Orfeo detuvo el són;
Jerjes abrió el monte Atón:
¿Qué habrá que imposible sea?
En el romano teatro
Conoció un león á un hombre;
De Semíramis el nombre
Rompió los muros de Batro;
Á Jasón venció Medea,
Á Aníbal venció Sagunto,
Alejandro al mundo junto:
¿Qué habrá que imposible sea?

REY.

Á Penélope no pudo,
En ausencia de veinte años,
Vencer amor con engaños,
Porque es cobarde y desnudo;
Apolo á Dafne Penea,
Á Porcia el cónsul Octavio,
Uno solo y otro sabio:
¿Qué habrá que posible sea?
Dióse Sofronia la muerte,
Huyendo al príncipe Decio;
Hizo Baldraca desprecio
De Otón, de la misma suerte;
Viendo que el padre la emplea
En hombre que no la amó,
Fara llorando cegó:

¿Qué habrá que posible sea?
Si Dula con una toca
Se dejó matar primero;
Si á Hipólito en el mar fiero
Le despedazó la foca,
Y si Espurina se afea
El rostro con mil heridas,
Y se quitara mil vidas,
¿Qué habrá que posible sea?
Si Cíane y Medulina
Á sus padres degollaron,
Porque, ciegos, las gozaron,
Del vino, que á amor inclina;
Si no pudo Estenobea
Vencer á Belerofón,
Ni aquel romano á Damón,
¿Qué habrá que posible sea?

DON PEDRO.

Verdad es que tu paciencia,
Gran señor, tiene la culpa,
Aunque es bastante disculpa
Una honrada resistencia.
Un año y más, desde el día
Que en la gran Toledo entraste,
Vencer á Sol procuraste
Con el ruego y la porfía;
Y con ser verdad ansí
Que dos solsticios pasó,
Nunca este sol acabó
De querer hacerle en ti.
En los ejemplos que das,
Con que su alabanza intentas,
Griegas y romanas cuentas;
Pero españolas, jamás
Á príncipes poderosos
Hicieron ese holocausto
De sus vidas: por un casto
Hallarás dos mil viciosos.

REY.

Don Pedro, ya tuvo hermana
Algún castellano rey,
Que á un bárbaro de otra ley
La dió con fuerza tirana;
Y resistiendo al marido,
Que bajase, mereció,
Del cielo un ángel, que dió
Temor al moro atrevido.
Ni menos merece gloria
Por sus mujeres España;
Que hay muchas, como esta hazaña,
Dignas de eterna memoria.
Mas cuando ninguna hubiera,
Doña Sol sola bastara
Para que Roma callara
Y Atenas enmudeciera.
Yo muero al cabo de un año
Que la vi, y de suerte muero,
Don Pedro, que más la quiero
Mientras más me desengaño.
Mi Camarero mayor
Hice á un montañés hidalgo,
Que si me ha servido en algo
Y merece mi favor,
Otros en la fiera guerra
Del Rey de León, mi tío,
Á quien debo el reino mío
Y posesión desta tierra,
Y aun la vida, que pequeño
Niño quitarme intentó,
Hallara más dignos yo,
Y menos amor enseño:
Todo á efecto de obligar
Á una mujer, y no puedo.

DON PEDRO.

Más presto pudo á Toledo
Otro Alfonso conquistar,
Con ser tal su fortaleza.

REY.

¿Qué causa puede tener
Igualar esta mujer
La crueldad y la belleza?

DON PEDRO.

La que te he dicho mil veces:
Querer tanto á su marido,
Pues no le pone en olvido
Lo mucho que tú mereces.

REY.

¿Será ausentarle de aquí
Algún remedio?

DON PEDRO.

Ninguno.

REY.

Pues ¿no ha de haber, Pedro, alguno
Para dolerse de mí?
¿Ha de morir un Rey vuestro
Á manos de la hermosura
De una mujer, que es tan dura,
Como en mis desdichas muestro?

DON PEDRO.

Si tú pudieras poner
En peligro de la vida
A don Álvaro, rendida
Vieras su esquiva mujer;
Que es cierto que por libralle
Aventurara su honor;
Y ansí, prendelle es mejor
Que no intentar ausentalle.
Sabe Dios lo que me pesa
De ayudarte en este engaño;
Pero considero el daño
De no salir con tu empresa;
Que eres mi Rey en efeto.

REY.

¿Con qué causa podré yo
Prendelle, si no la dió
En público ni en secreto?
¿Enviarle no es mejor,
Como David hizo á Urías?.....

DON PEDRO.

Mucho, señor, te desvías
De la luz de tu valor.
No quedó ese ejemplo escrito

Para darte esa advertencia;
Imita su penitencia,
Y no imites su delito.

REY.

Pues ¿qué industria me darás
Para prendelle?

DON PEDRO.

Vestir
Dos moros, que han de venir
Cuando tú en consejo estás
En otra ocasión y día,
Con una carta imitada,
Que Almanzor, rey de Granada,
Has de decir que te envía;
Y con ella otra también,
Que de don Álvaro tenga
Firma falsa, y que contenga
Una traición.

REY.

Dices bien.

DON PEDRO.

Con ésta le prenderás,
Y al querer darle la muerte,
Vendrá doña Sol de suerte
Que quizá la eclipsarás.
Sabe Dios que estoy corrido
De aconsejarte tan mal;
Mas veo á mi Rey mortal,
Enfermo, loco y perdido,
Y procuro su salud.

REY.

¡Ay, Pedro! No digas eso;
Tu lealtad, tu amor confieso,
Tu piedad y tu virtud.
Eres mi amparo; no pares,
Pues ves que ayuda me das.

DON PEDRO.

Como esas cosas verás
Mientras á Sol no gozares;
Mas dame tú que te ame
Y que pase amor por ti,
Que luego dirás de mí
Que he sido tercero infame.

REY.

Pedro, bien puedo decir
Que es de poco entendimiento
Quien castiga el pensamiento
Y ofende lo por venir.
Vete á vestir esos moros,
Finge esas cartas, y luego
Saquea, rompe y pon fuego
Á mi riqueza y tesoros.
Tú no eres el cauteloso,
Sino el que me da remedio;
Tú eres la virtud en medio,
Y yo el extremo vicioso.
Ansí agradezco tu celo,
Que cuando falte á tu amor,
Muera á manos de un traidor.

DON PEDRO.

Que vivas le pido al cielo.
Aquí aguarda; que en un punto
Verás los moros y el pliego.

REY.

Ven presto.

DON PEDRO.

Haz cuenta que llego
Al bien que pretendes junto.

Vase.

REY.

¿Quién es amor? Infierno de la vida.
¿De quién nace? Del ciego atrevimiento.
¿De qué vive? El favor es su alimento.
¿Qué fuerza tiene? Estar al alma asida.
¿Da muerte amor? Amor es homicida.
¿Da vida amor? Mezclada con tormento.
¿Dónde asiste? En el ciego entendimiento.
Pues ¿algo tiene amor? Gloria fingida.
¿Qué tiene bueno amor? Algún secreto.
Todo lo vence amor, griegos y godos.
Nadie se escapa, el mundo está sujeto.
¿Con qué engaña el amor? De varios modos.
¡Oh amor! ¡vuelve por ti! Dime, ¿á qué efeto
Todos te infaman y te buscan todos?

Leonor.

LEONOR.

¿Cómo se halla Vuestra Alteza?

REY.

Mejor, mi bien, me he sentido.

LEONOR.

¿Durmió bien?

REY.

Bien he dormido.
Duéleme algo la cabeza,
Y entretenerme querría.

LEONOR.

Como tanto al sol andáis,
¡Qué mucho que la tengáis
Indispuesta cada día!

REY.

Algo madama Leonor (Aparte.)
De doña Sol ha sabido.
Poco, señora, he salido
Al sol..... Mas diré mejor
Que al sol de vuestra belleza
Tanto me suelo poner,
Que de eso podría ser
El dolerme la cabeza.

LEONOR.

No es mi sol el que os ofende,
Que ése apenas os calienta;
Otro más bajo lo intenta,
Y más sobre vos se extiende;
Que como tan bajo está,
Alcanza más á ofenderos;
Que mal puede daño haceros
El que por alto se va.

REY.

Si es bajo, asegúroos yo

Que no os ofenda una tilde;
Ni ofende sol que es humilde,
Rey que el vuestro mereció.

LEONOR.

Quejáisos de la cabeza,
Y por eso había pensado
Que es de andar asoleado.

REY.

Engañóse Vuestra Alteza;
Que aunque es el tiempo en sus leyes
Igual, más son las calores
Del sol para labradores
Que para frente de reyes.
Y esto está bien hasta aquí,
Si no es desafío español
Porque nos partan el sol.

LEONOR.

Gran parte me toca á mí,
Aunque me juzgáis ajena,
Del sol que hiere á los dos,
Porque, aunque os abrasa á vos,
Soy yo quien siente la pena.

Don Íñigo y D. Álvaro.

DON ÍÑIGO.

Los caballos han llegado
Que envía el Rey cordobés,
Y de todos ellos es
El más gallardo el melado.
De telas de plata finas
Las cubiertas, con mil franjas,
Y de hechuras de naranjas
Borlas á las cuatro esquinas.
Verlos podrá Vuestra Alteza
Desde aqueste corredor.

REY.

El moro muestra valor
Y agradecida nobleza.
¿Son los doce que me escribe?

DON ÍÑIGO.

Sí, señor.

REY.

Dad el melado
Á don Álvaro.

DON ÁLVARO.

Obligado
Queda el que de ti recibe
Caballo de tanta estima,
Á emplealle en una hazaña.

LEONOR.

¡Con qué lisonjas le engaña! (Aparte.)
¡Con qué favores le anima!
¡Pobre marido, inocente
De la traición deste ingrato!
Mas quiero hablar con recato;
Que quien ama, luego siente
Á quien de su amor murmura.

REY.

Bien está empleado en vos,
Pues que conmigo ¡por Dios!
Tenéis la opinión segura.

DON ÁLVARO.

Á la merced que me hacéis
Quede Íñigo obligado,
Como fiador abonado
De que pagado seréis;
Que yo no basto por mí,
Siendo la misma humildad.

REY.

Yo os tengo gran voluntad.

Don Pedro y D. Manrique.

DON PEDRO.

Dos moros están aquí.

REY.

¿Son, Pedro, los que han traído
De Córdoba los caballos?
Porque luego saldré á hablallos.

DON PEDRO.

Eso, señor, no he sabido.
Éstos de Granada son,
Y traen cartas de su Rey.

REY.

Aunque de diversa ley
Y de bárbara nación,
En fin son embajadores.
Dadnos sillas, y entren luego.

Á la Reina.

Y que los oigáis os ruego.

LEONOR.

Hacéisme dos mil favores.

Vivar y Ordoño, vestidos de moros.

VIVAR.

Alfonso, que guarde el cielo
Para bien de tus cristianos,
Después de besar tus manos.....

REY.

Alzaos, amigos, del suelo.

VIVAR.

El granadino Almanzor.....

REY.

Tomad asiento primero.

(Aparte á D. Pedro.)

¡Qué bien finge el escudero!

DON PEDRO.

Es otro Ulises, señor.

VIVAR.

Aqueste pliego te envía.

REY.

¿Tenéis algo que tratar?

VIVAR.

Engrandecer y alabar
Tu grandeza y cortesía,
Y decirte que apercibe

Para tu esposa un presente,
Que hasta el fénix del Oriente,
Que solo en el mundo vive,
Pienso que en él te previene
Entre tantas cosas raras.

Lee para sí el Rey.

DON PEDRO.
Gran señor, ¿en qué reparas?
DON ÍÑIGO.
Misterio la carta tiene. (Aparte.)
LEONOR.
Señor, ¿de qué os alteráis?
REY.
Don Álvaro.....
DON ÁLVARO.
Gran señor.....
REY.
¿Tú le has escrito á Almanzor?
DON ÁLVARO.
Pues ¿eso me preguntáis?
REY.
Almanzor me escribe aquí
Esta carta.....
DON ÁLVARO.
Movimiento
Ni primero pensamiento
Tuve de escribirle.
REY.
¿Ansí?
DON ÁLVARO.
Sí, señor. Yo ¿para qué
Tengo de escribir á un moro?
REY.
Lee esta carta.

Don Álvaro la mira.

DON ÁLVARO.
El Dios que adoro
Y de quien vivo en su fe,
Como cristiano primero,
Y luego como quien soy,
Mande á la muerte que hoy
Me llegue al punto postrero,
Si tal escribí, ni puedo
Imaginar lo que sea.
REY.

Leyendo otra carta.

¿Es posible que se crea
De un cristiano tal enredo?
¿Qué es lo que mis ojos ven?
DON ÍÑIGO.
Señor, ¿mi cuñado escribe
Al rey Almanzor?
REY.
No vive
Seguro aun quien hace bien.
Don Álvaro, ¿qué es aquesto?
DON ÁLVARO.
Pues ¿puédolo yo saber?
DON ÍÑIGO.
¡Ah, hermosura de mujer, (Aparte.)
En cuánto daño me has puesto!
Todo viene por aquí.
REY.
Lee esa carta.
DON ÁLVARO.
Ya leo.

Lee recio.

«Mil días ha que deseo
Que sepas mi amor de mí,
Y llegando la ocasión,
Verás si aquesto es verdad,
Pues yo te guardo lealtad,
Y tus vasallos traición.
Don Álvaro, camarero
Tuyo, esta carta me escribe.»
Señor, el cielo me prive
De vida.....
REY.
¡Oh, mal caballero!
No prosigas, que esta carta
Tuya es, la firma es tuya.
DON PEDRO.
Muestra á ver. La letra es suya.
Ansí las líneas aparta.
DON MANRIQUE.
Suya parece, señor.
DON ÍÑIGO.
Á mí también. (Aparte.) Esto es hecho.
DON ÁLVARO.
Mi letra habrá contrahecho
Y mi firma algún traidor.
Y á quien dijere que es mía,
Osaré decir que miente,
Y manda que lo sustente
En campo á tercero día.
REY.
Donde tu letra es testigo,
¡Traidor! en tu infame hazaña,
No importa el fuero de España,
Ni se ha de entender contigo.
Llevadle preso.
DON ÁLVARO.
Señor,
Déjame siquiera ver
La carta.
DON ÍÑIGO.
¿Que puede ser (Aparte.)
Que es don Álvaro traidor?
No lo creo.
VIVAR.
Un mensajero
Cristiano llegó á Granada
Con esta carta, sellada
De tu mismo camarero:

Si es éste ó no, no lo sé.
Habló al Rey en gran secreto,
De que resultó el efeto
Que en tu presencia se ve.

REY.

Mira lo que dice el moro.

DON ÁLVARO.

Leeré la carta, señor.

Lee.

«Por otra, rey Almanzor,
Que te ha dado Maniloro,
Sabes que tengo deseo
De dar á Alfonso la muerte,
Y la corona ponerte
Que en su indigna frente veo.
Y espanta tu remisión,
No sé si diga tu miedo,
Pues llegar hasta Toledo
Puedes en esta ocasión.
El Rey, alcalde me ha hecho
Del alcázar; esta parte
Puedo, en llegando, entregarte,
Que es más que entregarte el pecho.
Daré en rehenes, si quieres,
Á doña Sol, mi mujer.....»
¿De qué me sirve leer,
Ni que tú á matarme esperes?
Esta es letra contrahecha;
Yo no la he escrito.

REY.

¡Traidor!
Para disculpar tu error,
Ninguna cosa aprovecha.
¿Qué os parece, Leonor mía,
Desta maldad?

LEONOR.

Que merece
Pasar por lo que éste ofrece,
Quien de tales hombres fía.
¿Tú eres, caballero, infame
Á tu Rey? ¿Á quien te alzó
De la tierra?

DON ÁLVARO.

¡Que oiga yo
Que esto Su Alteza me llame,
Siendo la misma inocencia!
¡Ah, envidia!

LEONOR.

Llevadle luego.

DON ÍÑIGO.

Déjamele hablar, te ruego.

REY.

Habla; yo te doy licencia.

DON ÍÑIGO.

Don Álvaro, ya he caído (Ap. á D. Álvaro.)
En la razón por qué has hecho
Esta maldad, que es despecho
De haberte el Rey ofendido.
Pero ¿qué importa su ofensa,
Si de parte de tu esposa,
Casta, honesta y virtüosa,
Hay tan segura defensa?
Ella es un ángel, y ha hecho
Lo que pudo la romana
De más valor, que es mi hermana,
Y soy alma de su pecho.
Soy Íñigo, que por honra
Me llaman el Castellano,
Y hermana de tal hermano
No puede hacer tal deshonra.
Echaráslo bien de ver,
En que si te deshonrara,
Nunca el Rey te castigara
Respecto de tu mujer.

DON ÁLVARO.

¿Que el Rey pretende á mi esposa?

DON ÍÑIGO.

¿No lo sabías?

DON ÁLVARO.

No, hermano.

DON ÍÑIGO.

Mal hablé.

DON ÁLVARO.

No ha sido en vano
Esta traición cautelosa.
Quitarme quiere la vida.

DON ÍÑIGO.

¡Qué arrepentido he quedado
De habértelo dicho!

DON ÁLVARO.

Has dado
Luz á un alma que, ofendida
De confusión, no acertaba
Á salir de aqueste enredo.
Esa es la causa. ¿Qué puedo
Hacer? Hoy mi vida acaba.
Sol, Íñigo, es virtuosa,
Yo lo sé; mas los casados
Son mil veces desdichados
Que tienen mujer hermosa.
Dame esos brazos, y di
Á Sol que muero por ella,
Mas que me holgara de vella
Menos bella para mí.
Suelen los que aman decir
Que los mata, ó lo procura,
De su dama la hermosura,
Y todos suelen mentir;
Pero yo, aunque injusta ley,
Diré con verdad forzosa,
Que por ser Sol tan hermosa,
Me ha dado la muerte un rey.

DON ÍÑIGO.

Hago testigo este llanto
Con que me has enternecido
(Porque en mi vida he sentido
Ninguna desdicha tanto),
Que ese día moriré;
Pero yo espero en el cielo
Que tendrá tu mal consuelo,

Pues que tu inocencia ve.
Muestra valor, pues le tienes.

Apártase de él.

Señor, mi hermano está aquí;
Y pues á pagarme ansí
Mis largos servicios vienes,
Corta á los dos las cabezas.

REY.

Vos no sois aquí culpado.

DON ÍÑIGO.

Antes yo la causa he dado:
Creeránlo Vuestras Altezas;
Porque si yo no tuviera
Lo que tuve por mi mal,
Nunca sucediera tal,
Ni don Álvaro muriera.

Vase llorando.

LEONOR.

Llorando va.

REY.

No lo entiendo.

LEONOR.

Piadosa soy; yo me voy.

REY.

Por prender á Sol estoy.

LEONOR.

De que la prendáis me ofendo.
No lo hagáis, por vida mía.

REY.

Por vos la doy libertad;
Que á fe que desta maldad
Alguna parte tendría.

Vase la Reina.

Id, Manrique, y en la torre
De Visagra le poned.
Moros, yo os haré merced;
Ya veis el tiempo que corre.
Venidme mañana á ver.

VIVAR.

Mahoma, señor, te guarde.

Vanse Vivar y Ordoño.

DON ÁLVARO.

Cuando el sol arde, hace alarde (Aparte.)
De nubes para llover.
Sol, notable desventura
Me vino de conocerte.
¡Que el cuchillo de mi muerte
Se afilase en tu hermosura!
Mas, pues nos hemos amado,
Hagamos, Sol, una cosa:
Yo muero por ser tú hermosa,
Muere tú por ser yo honrado.

Don Manrique se lleva á D. Álvaro.

DON PEDRO.

Á compasión me mueve.

REY.

¿De qué modo
Puede moverte á compasión don Álvaro?

DON PEDRO.

No habiendo de morir, temblando quedo
El fin deste suceso; que es muy propio
De la mentira no tener salida
Sin mucho deshonor de quien la intenta.

REY.

Debajo de que todo va fundado
En que viva tu Rey, ¿de qué te afliges?

DON PEDRO.

Quisiera que vivieras de otra suerte.

REY.

Consígase mi gusto, que estoy loco,
Y no repares en el fin; que nunca
Fué valiente jamás quien el fin mira.

DON PEDRO.

Por eso son los más valientes locos,
Porque no consideran la salida.

REY.

El Rey es preferido á cualquier súbdito.

DON PEDRO.

Al Rey conviene sólo lo que es lícito.

REY.

Lícito es que viva un rey que muere.

DON PEDRO.

Excuse de morir el Rey, y viva.

REY.

Las pasiones del alma ¿no le excusan?

DON PEDRO.

Luego ¿ya la razón no puede nada?

REY.

¿Qué puede la razón si está sujeta?

DON PEDRO.

No puede estar sujeto el albedrío.

REY.

¿Nunca has sabido tú lo que amor puede?

DON PEDRO.

Ya sé que puede amor lo que la ira
Y otras pasiones naturales nuestras,
Que se pueden sufrir y resistirse;
Pero ¡ay de quien se deja llevar dellas!

REY.

Pesado estás, habiéndome tú puesto
En aquesta invención.

DON PEDRO.

Harto bien dices,
Y esto es lo mismo que te dije.

REY.

¿Cómo?

DON PEDRO.

Que ya dices que yo la culpa tengo.

REY.

Pues ¿para qué me matas y me animas?

DON PEDRO.

Porque negar no puedes que te engaña
La luz de la razón, que no conoces,
En viéndote perdido de remedio.

Un paje.

PAJE.

Doña Sol viene aquí.

DON PEDRO.

¡Mira si obra!
Fíngete grave.

REY.

Fingiréme piedra;
Mas no podré. Di que éntre.

Vase el paje.

Ahora creo
Que voy derecho al fin de mi deseo.

Salen D.ª Sol y su escudero.

DOÑA SOL.

No te pido con lágrimas mi esposo,
Ni que de mi dolor tengas mancilla,
Invicto Rey, Alfonso poderoso,
Alta rama del tronco de Castilla;
Porque si en los delitos es forzoso
Cuando el que pide al que ha de dar se humilla,
Como sé que en don Álvaro no cabe,
Vengo contenta de que el Rey lo sabe.
Don Álvaro, señor, es caballero
De vuestra casa y sangre, descendiente
De Laín Calvo, aquel jüez primero
Que ansi estimó la castellana gente.
¿Por qué ha de dar á un bárbaro tan fiero
La corona real de vuestra frente,
Habiéndole vos hecho mil mercedes?
No sé si escucharán estas paredes;
Mas no lo harán; y ansí, hablaremos claro.
Bien sé que es traza vuestra, Alfonso noble,
Viendo que á vuestros tiros me reparo,
Querer que ansí mi honor su mármol doble.
No hay contra un rey, si no es del cielo, amparo.
¿De qué sirve ser palma ni ser roble,
Si el viento del poder, cuando se enoja,
Hojas y ramas por el suelo arroja?
Ríndome á vos: guardad á mi marido,
Y venid á mi casa, que ya quiero
Que el fuerte vencedor goce al vencido,
Con el secreto que de vos espero.
Allí podéis entrar desconocido:
Basta que os acompañe un caballero;
Que yo sé bien que, habiéndome gozado,
Pagar no puedo lo que os he costado.
Acabaréis con tantas pretensiones,
Y acabaré con tantas amenazas;
Yo dejaré las vanas dilaciones,
Y vos las falsedades y las trazas.
Ni quitéis á mi esposo las prisiones
Porque mi honor se escape de las plazas,
Y no entienda la Reina, mi señora,
Que á su cama real nací traidora.
Venid, Alfonso, gozaréis por fuerza
Una mujer de piedra, un mármol frío,
Á quien la honra sin amor esfuerza,
Que está en la vida del esposo mío.
Si no hay razón que deste intento os tuerza,
Ni tiene libertad vuestro albedrío,
Tiempo vendrá que le paguéis al doble
Tan gran ofensa á Dios y á un hombre noble.

REY.

Espera, Sol, espera.

Vanse D.ª Sol y el escudero.

DON PEDRO.

No des voces,
Que llegarán á oídos de quien sabes.

REY.

¿Desa manera mi amistad conoces?

DON PEDRO.

¡Graves palabras!

REY.

En extremo graves.

DON PEDRO.

Pues da lugar, señor, á que la goces,
Y te da, como á rey, su honor las llaves,
Déjate de buscalla y persuadilla.

REY.

¡Quién la pudiera hacer reina en Castilla!
¿Es posible, don Pedro, que ha rendido
Esta fiera mujer su altivo pecho?

DON PEDRO.

Tanto pudo el amor de su marido:
Mira si fué la industria de provecho.

REY.

Mudémonos, don Pedro, de vestido;
Que quiero, á su disgusto, á su despecho,
Gozarla, despreciarla y obligarla.

DON PEDRO.

Vendrá á quererte cuando tú á dejarla.

Vanse.

Doña Sol, el escudero y Lucinda.

DOÑA SOL.

Toma este manto, Lucinda,
Y tú un hacha presto enciende.

LUCINDA.

¿Viene el Rey?

DOÑA SOL.

Eso pretende.

ESCUDERO.

No hay cosa que no se rinda.

DOÑA SOL.

¿Qué decís?

ESCUDERO.

Que me ha espantado
El ver que te hayas rendido.

DOÑA SOL.

La vida de mi marido
Me ha forzado y me ha obligado.

Vase el escudero.

LUCINDA.
¿Es posible que intentase
El Rey tan gran testimonio?
DOÑA SOL.
Cosa que traza el demonio,
¿En qué quieres que parase?
¡Cuán desdichada nací!
Triste fué, Lucinda, el día
Que á buscar la suerte mía
De donde sabes salí.
¡Nunca madama Leonor
Viniera de Ingalaterra
Para desventura y guerra
De mi vida y de mi honor!
¿Quién pensara tanto mal?
Y si esto había de ser,
¡Nunca yo fuera mujer
De un hombre tan principal!
Gozárame el Rey entonces,
Y no donde ahora escrita
La infamia que solicita
Quede eternamente en bronces.
Las carnes me están temblando.

Vuelve el escudero con una hacha encendida.

ESCUDERO.
Señora, el hacha está aquí.
DOÑA SOL.
¡Ay cielos, volved por mí,
Pues veis que os estoy llamando!
ESCUDERO.
¿Es para que al Rey alumbre
Cuando suba?
DOÑA SOL.
Necio estás;
Que un ciego no ha de ver más
Á obscuras que con la lumbre.
Dame el hacha.
ESCUDERO.
¿Para qué?
DOÑA SOL.
Quedaos entrambos aquí.
ESCUDERO.
¿Dónde vas, señora, ansí?
DOÑA SOL.
Dios lo sabe y yo lo sé.
¡Él me valga! (Aparte.)

Vase.

LUCINDA.
¿Dónde irá?
ESCUDERO.
No lo sé. Temblando estoy.
LUCINDA.
Todo es desventuras hoy.
ESCUDERO.
Matarse quiere.
LUCINDA.
No hará.....
ESCUDERO.
Lo mismo cuentan de Dido:
Matóse encendiendo el fuego
En que se deshizo luego
Por honra de su marido.
LUCINDA.
El alma la pondrá miedo.
ESCUDERO.
Yo pienso que, aunque cristiana,
Querrá, como la romana,
Ser Lucrecia de Toledo.
LUCINDA.
¿Quieres que vaya á mirar,
Muy quedito, lo que intenta?
ESCUDERO.
Vé, Lucinda, con gran cuenta
Por si se quiere matar.
LUCINDA.
Voy, que aunque tenga cerrado,
Daré mil voces al cielo.
ESCUDERO.
Yo, con la puerta en el suelo,
Aunque caduco y turbado.

Vase Lucinda.

¡Triste de mí! ¡Cuántas cosas
Nacen de un injusto amor!

El Rey y D. Pedro.

Está obscura la sala.

DON PEDRO.
Entra quedito, señor.
REY.
Dadme esas manos hermosas.
ESCUDERO.
Soy, señor, el escudero.
REY.
. . . . . (1). ¡Ah, hermano mío!
¿Dónde está Sol?
ESCUDERO.
Con gran frío.
REY.
Andad, decid que aquí espero.
ESCUDERO.
Voy, señor.

Vase.

REY.
De la pasión,
Le ha dado algún accidente.
DON PEDRO.
Como por fuerza consiente,
Tendrá mucha alteración:
Con su gusto una mujer,

(1) Verso incompleto.

Presto á la traición se arroja,
Mas sin él, mucho se enoja,
Porque no le ha de tener.

Lucinda y el escudero.

LUCINDA.
Solo dice mi señora
Que esperéis, señor, aquí.....
REY.
Salíos todos.
LUCINDA.
Que ansí
Quiere hablarte.
REY.
Sea en buen hora;
Mas partid entre los dos
Esta cadena y diamantes.
ESCUDERO.
Mas que la gozaras antes.
LUCINDA.
Dios te guarde.
REY.
Guárdeos Dios.

Vanse D. Pedro y los criados.

¿Hay cosa que se iguale en las pasiones
De un hombre al fin humano á que está junto?
¿Qué sientes hoy, mi alma, te pregunto,
Después de tantas penas y ocasiones?
Ya llega el fin de tantas pretensiones,
Que me tuvieron, sin morir, difunto;
Pues aunque es de la guerra amor trasunto,
Más valen que las armas las traiciones.
¡Vencí! ¡Victoria! La ciudad es mía.
Ya se canta la paz, la guerra cesa,
Y suspende el furor la artillería.
Mas con todo, confieso que me pesa,
Aunque llegó de mi victoria el día,
Haber vencido por traición la empresa.

Doña Sol, y Lucinda con el hacha.

DOÑA SOL.
Sea Vuestra Majestad
En hora buena venido.
REY.
¿Qué mejor que recibido,
Mi Sol, de tu voluntad?
Perdona las invenciones
De amor, si te persüades
Que no han bastado verdades
Y te han vencido traiciones.
DOÑA SOL.
Señor, yo no resistiera
Á vuestro invicto valor,
Lleno de afición y amor,
Si para servirle fuera,
Que siempre le estimé ansí
Todo el favor que me hacía;
Pero no le agradecía
Por las faltas que hay en mí.
Mas viendo que ya es forzoso,
La que soy, y como estoy,
Llana posesión os doy
Como si fuera mi esposo.
Y ¡plega á Dios que no sea
Causa del mal que sospecho!
Que los brazos, cuello y pecho
Quiero que primero vea.
Estoy llagada de fuego,
Que ha que tengo casi un año,
Por cuyo peligro y daño
Á mi marido no llego;
Que aunque bizarra y vestida
Me veis, y tan adamada,
Soy manzana colorada,
En el corazón podrida:
Mire estos brazos Su Alteza

Descúbrelos.

Llenos de la sangre y llagas.
REY.
¡Quedo, quedo! No me hagas
Más asco. ¡Oh, falsa belleza!
Quita estos paños sangrientos,
Que el estómago me mueven.
¡Cuántas hermosuras deben
De tener estos cimientos!
¡Ved lo que yo deseaba!
¡Ved por lo que me perdía!
DOÑA SOL.
Señor, yo me defendía
Porque tu salud guardaba,
Y porque mi propio esposo
Huye de mí.
REY.
Con razón.
¡Extraña y fea pensión
Para un rostro tan hermoso!
Suele, tras haber gozado
Un hombre de su contento,
Ver del arrepentimiento
La espada y el rostro airado;
Pero es al revés aquí
Y contra mi pensamiento,
Porque el arrepentimiento
Primero que el gusto vi.
¡Ah, sol el más eclipsado
Que de sangre ha visto el suelo,
Nunca te quitara el velo
El desdeñoso nublado!
¡Falsa cadena dorada,
Roja adelfa venenosa,
Espada sucia y mohosa,
Con la guarnición dorada!
¡Oh castigo á la memoria
Que te imaginó tan tierno,
Cuerpo hermoso! ¡Oh infierno
Con apariencia de gloria!
¡Casa famosa desierta,

Con excelente portada!
¡Oh pared negra y borrada,
Con tela de oro encubierta!
¡Oh dulce imaginación
Con el suceso siniestro!
¡Oh imagen de pintor diestro,
Que de cerca es un borrón!
Voyme, pues ha permitido
Dios, aunque le ofenda á él
Con intención tan cruel,
No ofendiese á tu marido.
Bien en encubrirte hacías;
Pero admírome que hagas
Medicina de tus llagas,
Con que has curado las mías.

Vase.

LUCINDA.
Celébrese tu valor,
Gran señora, en todo el mundo;
Que no ha de tener segundo
Ni le ha tenido mayor.
¿Es posible que has sufrido,
Con este hacha ardiendo ahí,
Haberte abrasado ansí
Y del pie al cabello herido?

DOÑA SOL.
Llévame á curar, amiga;
Que me muero de dolor.

LUCINDA.
¡Que á tanto obliga el honor!

DOÑA SOL.
Tanto á quien le tiene obliga.

LUCINDA.
¿Piensa el Rey que tienes fuego?

DOÑA SOL.
Fuego tengo, fuego ha sido;
Que no lo digas te pido,
Y que me cures te ruego.

Vanse.

Don Álvaro y D. Manrique.

DON MANRIQUE.
Mandóme el Rey de la prisión sacaros
Con aqueste papel.

DON ÁLVARO.
¿Para soltarme
Con tal facilidad mandó prenderme?

DON MANRIQUE.
Dice que ha sabido que fué envidia
De alguno á quien quitastes la privanza,
Y que, fingiendo vuestra letra misma,
Ha enviado estas cartas á Granada,
De donde el moro al Rey se las envía.

DON ÁLVARO.
¡Que ya lo entiendo todo, don Manrique!
Bien sé que en los palacios hay envidia,
Y que la envidia es hija de la corte,
Y que los que del Rey fueron espejo,
Están más cerca de quebrarse de ojo,
Que como la mujer con el aliento
Obscurece al cristal cuando se mira,
Ansí al privado donde miran todos.

DON MANRIQUE.
Yo siempre imaginé vuestra inocencia.

DON ÁLVARO.
Aun no la sabéis bien.

DON MANRIQUE.
Íñigo viene.

Don Íñigo.

DON ÍÑIGO.
Dadme esos brazos.

DON ÁLVARO.
¿Dónde con tal prisa?

DON ÍÑIGO.
Sólo á buscaros, para que al momento,
Aunque sea no entrando en vuestra casa,
Pidáis licencia al Rey para volveros
Á Burgos, á la aldea ó la montaña.

DON ÁLVARO.
Bien pienso que acertáis; pero decidme:
¿Hay novedades más de qué guardarme
De la fuerza del Rey?

DON ÍÑIGO.
En este punto
La Reina me llamó con gran secreto,
Y me dijo que sabe lo que pasa
Del loco pensamiento de su esposo;
Que aunque me dijo poco, entendí mucho.
Sale al teatro para ver las fiestas
Esta mañana con real aplauso:
No pude darle cuenta del suceso;
Pero conviene que á las fiestas vaya,
En todo caso, vuestra amada esposa.

DON ÁLVARO.
¿Cómo es posible si á la Reina enfada?

DON ÍÑIGO.
Por la misma razón, y porque entienda
La envidia que mi hermana no se esconde,
Como quien vive libre é inocente.

DON ÁLVARO.
Decís muy bien; hablad á don Manrique.

DON ÍÑIGO.
Á las obligaciones que os tenía,
De nuevo añadiré la de don Álvaro:
Contóme la merced que le habéis hecho.

DON MANRIQUE.
Yo fuí su preso, y á él y á vos os pido
Me perdonéis la falta del regalo.

DON ÍÑIGO.
¿Vais á palacio?

DON MANRIQUE.
Voy.

DON ÍÑIGO.
Pues juntos vamos.

DON ÁLVARO.
Luego me partiré si al Rey hablamos.

Vanse.

Por un ado, con música, salen la Reina, con corona, y damas; por otro salen el Rey y acompañamiento.

LEONOR.

Ya se pueden comenzar
Las fiestas.

REY.

No hay para mí
Fiestas como vos.

LEONOR.

Aquí
Tome doña Ana lugar.

Siéntase una dama á los pies de la Reina.

Salen D.ª Sol, D. Alvaro y D. Íñigo.

DON ÁLVARO.

Ya están los Reyes sentados.

DON ÍÑIGO.

Y la coronada Reina
Hoy entre las damas reina,
De su sol rayos dorados.

DON ÁLVARO.

¿Sentaráse Sol allí?

DON ÍÑIGO.

Por fuerza se ha de sentar.
Toma, Sol, aquel lugar.

Va D.ª Sol á sentarse á los pies de la Reina, y ésta le da con el pie.

LEONOR.

¿Tú te sientas junto á mí,
Infame, baja mujer?

DON ÁLVARO.

¡Triste de mí! ¿Qué es aquello?

REY.

¡Señora!

LEONOR.

Yo puedo hacello,
Por lo que podéis hacer.

Arremete á echalla.

DON ÁLVARO.

Mire Vuestra Majestad
Que es mi mujer, y que soy.....

DOÑA SOL.

¿De qué tiemblo? Muda estoy. (Aparte.)

DON ÍÑIGO.

Habla, Sol, di la verdad.

DOÑA SOL.

De rodillas.

Reina mía de Castilla,
Que á serlo vengas de España,
Oye á una noble mujer
En defensa de su fama.
Que tú con el pie me arrojes,
Gran señora, destas gradas,
Me obliga públicamente
A que te diga la causa;
Que Luzbel cayó del cielo
Por soberbia y arrogancia;
Pero no es justo que yo
Del tuyo, inocente, caiga.
Salió de Burgos Su Alteza
Cuando viniste, madama,
Á verte, á una pobre aldea,
Donde yo tenía mi casa.
Vióme primero que á ti,
Y contento de mi gracia,
Solicitóme en secreto.....
Los presentes ¿por qué callan?
Casóme mi hermano apriesa;
Tan apriesa, que no estaba
Apenas casado el Rey,
Y mis bodas celebradas.
Súpolo, y dióle este oficio;
Y aunque imaginé la causa,
Callé, porque mi marido
No sospechase la infamia.
De Burgos vine á Toledo;
Un año habrá que me cansa
Con terceros, con promesas;
Pero no le importa nada.
Sólo le valió la industria,
Pues con una carta falsa
Le prendió, por la sospecha
De los moros de Granada.
Yo, por librar mi marido,
Al Rey llamé, y con un hacha,
Metida en un aposento,
Desnuda sobre la cama,
Gasté la media en mi cuerpo,
Cubriéndome de mil llagas,
Cuya sangre sale ahora
Por los pechos y las mangas.
Entró el Rey; mostréle el cuerpo,
Diciéndole que yo estaba
Enferma de mal de fuego,
Mostrando el pecho mil ansias.
Huyó el Rey, como si viera
De noche alguna fantasma,
Jurando de aborrecerme
Con la vida y con el alma.
Si por hecho tan honrado
Soy digna de tu desgracia,
Las gradas, señora, es poco;
Arrójame de tu alcázar.

LEONOR.

¡Oh, más que mujer famosa!
¡Dígate la fama, diga
Por mil siglos tu alabanza
Contra la muerte y la envidia!
Callen romanas y griegas,
Porcia, Evadne y Artemisa;
Que tú sola á todas llevas
Laureles, palmas y olivas.

España queda obligada
Á la virtud peregrina
De tu casto y noble pecho,
Por quien ganó tanta estima:
Castilla dirá tus loores,
Sol hermosa, Sol divina,
Desde la cuna del sol
Hasta la cama en que expira;
Que tú nuevo sol has sido
Con aquella hacha encendida,
Otro Faetón en el carro,
Para abrasarte á ti misma.
Yo me quito esta corona,
Porque es razón y justicia
Que corone tu cabeza
Como á reina de Castilla.
Y porque el famoso hecho
En memoria eterna viva
De tu resistencia honrada
Y de mi corona rica,
Tú y cuantos de ti desciendan,
Dejen de su casa antigua
El apellido, pues hoy
Tu virtud los apellida;
Y por aquesta corona,
Se llamen desde este día
Coroneles para siempre.

REY.

Cuanto ha dicho, el Rey confirma.
Doy á la Reina mis brazos
Por lo que en esto me obliga;
Don Álvaro los dé á Sol,
Y yo les doy cuatro villas.
Y crea mi camarero
Que desta fuerte conquista
Ha ganado más honor.

DON ÁLVARO.

Señor, yo lo tengo á dicha;
Que bien se ve que en el sol,
Que es una cosa tan limpia,
No puede caber la mancha
De alguna pasión indigna.

REY.

Abrazadme, caballeros.

DON ÍÑIGO.

Aquí perdiera la vida
Si otra cosa resultara.

REY.

Para mayor alegría,
Coman conmigo á mi mesa.

DON PEDRO.

Y aquí es justo que se pida
Perdón, senado, y se acabe
La Corona merecida.

LA REINA DOÑA MARÍA

(INÉDITA)

COMEDIA FAMOSA

DE

LA REINA DOÑA MARÍA

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

(INÉDITA)

PERSONAS DE LA COMEDIA

GARCERÁN.
EL PAPA.
EL REY D. PEDRO.
DON GARCÍA.
DON PEDRO TORRELLAS.
DON JAIME.
DOS CARDENALES.
UN CORREO.
COLONA Y URBANO, *caballeros.*
VIDABRE.
DON GUILLERMO MONTPELLER, *Rey.*
CÉSAR.
DON GUILLÉN DE ALCALÁ.
ESPÍNOLA.
LA REINA D.ª MARÍA.
DOÑA JUANA, *dama.*
RODOALDO, *embajador.*
UN SOLDADO.
TURÍN, *lacayo.*

ACTO PRIMERO.

Descúbrese debajo de un sitial el Papa, y á sus lados dos Cardenales, teniendo cada uno una pieza del arnés del rey D. Pedro, que sobre un bufete le están desnudando D. García, D. Pedro Torrellas y D. Jaime.

PAPA.

Llegad las armas del cristiano Marte;
Que sin duda detiene el sol su carro
Por verse en los espejos de su acero
Y poner en sus ricos rondeados
Cintas de resplandores diferentes;
Ya San Pancracio puso en su cabeza
La corona de oro merecida,
Y Pedro, el gran Pastor, armarle quiere
Caballero, que ampare su cabaña.

DON GARCÍA.

Bien puede Vuestra Alteza irse llegando.

CARDENAL 1.°

Grande obscuridad muestra en el rostro
El sol aragonés.

CARDENAL 2.°

El César nuevo.
Envidiara Alejandro sus grandezas.

TORRELLAS.

Y Cipïón temblara de sus fuerzas.
Con la corona llega.

CARDENAL 1.°

Quiere el Papa

Que á España vuelva desta suerte honrado.

REY D. PEDRO.

Dame tus pies, santísimo Monarca,
Sucesor del gran Pedro, Vicecristo,
Cuyo poder de un polo al otro abarca.
La honra, Padre Santo, que en mí he visto
En nueva obligación me deja puesto,
Y á cumplilla ó morir no me resisto.

PAPA.

La Iglesia, vuestra madre, hace aquesto
Viendo que vuestra fe la ensalza tanto,
Que en el África espera silla presto.

REY D. PEDRO.

Yo prometo hacer que cause espanto
Al bárbaro más fiero su estandarte,
Y que su alegre nombre le dé llanto.

PAPA.

Coronado y armado caballero,
En esta gran ciudad, corte de Cristo,
Vais, y por la obediencia daros quiero
Nuevo blasón, aquel que en vos he visto:
Las bandas rojas sobre campo de oro
Pondréis de hoy más.

REY D. PEDRO.

Señor, si así conquisto,
Su blasón verá el monte de Peloro,
Y el indio mar, bramando entre las peñas,
Confesará tu nombre y mi decoro;
Que á servir más me obligas, más me en-
[señas.

PAPA.

Descubrid ese asiento y ese escudo.

Descubren una silla, y encima las armas de Aragón en campo de oro.

DON GARCÍA.

De su amor paternal ha dado señas.

PAPA.

Siéntate.

TORRELLAS.

Está don Pedro alegre y mudo.

PAPA.

Y gusto que de hoy más los sucesores
Á quien dé vuestra sangre el regio nudo,
Se puedan coronar como mayores
En la Roma de España, Zaragoza,
Llena de mil colores y favores,
Á quien envidia el Tíber que tenemos
Y á quien el Ebro de cristales goza,
Dando á la Iglesia parias.

REY D. PEDRO.

Sí haremos;
De la Iglesia será todo mi Estado,
Y todos á tus pies lo ofreceremos.

PAPA.

Dios te aumente y te haga hijo honrado.

Dale la bendición.

Pide agora.

TORRELLAS.

Justos extremos (1).

REY D. PEDRO.

Santísimo sucesor
Del que las estrellas rige,
Si sólo vive el que tiene
En todo tiempos felices,
En medio de ver los míos,
Quiero cantar como cisne;
Mis tristes obsequias hago,
Y mis años infelices
Habré de llorar cantando
Que un triste muriendo vive:
Yo soy casado, que en esto
Todos mis males consisten;
Que adonde no vive amor
El infierno no es tan triste.
Aborrezco á mi mujer,
Y si la causa me pides,
Digo que es fea, señor;
Mira si es bien que me obligue:
Muy bien sé que el Sacramento,
Cuando en las almas se imprime,
Encubre toda fealdad,
Todo defecto corrige,
Y que dando amor sus ojos,
Más fuertes que los del lince,
Como está mirando al alma
Y sus perfecciones mide,
Ocupado en su beldad
Y alegre de sus matices,
Pasa sin ver los defectos
Que en el rostro ó cuerpo asisten;
Bien sé que hay enamorados
Que, preso su gusto libre,
Le cubren á la razón
Los ojos, y el verle impiden,
Y ciegos de aquesta suerte,
La fealdad que es más horrible
Celebran por más hermosa
Que el alba, que en verlos ríe;
Pero yo, que sin amor
Até mi vida infelice
Á una peña helada (2),
Adonde braman y gimen
Desdenes, que son más fieros
Que el más bárbaro caribe;
Donde caminando el gusto
Se encierra en inciertas sirtes
De envidias de ajenos bienes
Que, al ver su fealdad, me oprimen,
¿Qué disculpa podré dar,
Qué causa diré que obligue?
Al fin, por quietar las guerras
Que tuvimos años quince
Montpeller y mi Aragón,
Por cuyas matanzas hice

(1) Verso incompleto. Probablemente falta la palabra *serán*.
(2) Verso incompleto.

De sangre de Abeles muertos
Dos mil pantanos y diques,
Me dieron á su heredera:
¡Muriera cuando el sí dije,
Para excusar mayor daño,
Pues que con esto se impide,
Y se acabara la ofensa
De un matrimonio ofensible!
Suplico á Tu Santidad
Se duela de un Rey que vive
En el más penoso infierno
Que á ningún mortal oprime,
Y dé licencia al divorcio,
Para que, viéndome libre,
Me ocupe siempre en besar
Aquesas plantas felices.

Mientras están hablando vaya un Nuncio á un Cardenal, y él al Papa.

TORRELLAS.
¡Cuánto afea el desamor,
Cuánto borra, cuánto finge!

DON GARCÍA.
Permita el cielo que el Papa
Á su demanda terrible
No le dé consentimiento.

TORRELLAS.
El cielo su causa mire
Y dé castigo á la ingrata
Que hace que el Rey delire;
Que á un desamor desta suerte,
Nombre es que se le permite.

CARDENAL 2.°
Ha dicho que importa tanto,
Que si la entrada le impiden,
Ha de romper por la guarda
Aunque la vida le quiten,
Y que de parte de Dios
Que le den licencia pide.

PAPA.
Entre.

CARDENAL 2.°
Que éntre el mensajero.

UNO.
Entre.

OTRO.
Entrad.

OTRO.
¡Plaza!

OTRO.
¡Desvíen!

Sale un correo.

CORREO.
Dame tus pies, aunque indigno
De llegarlos á besar,
Pues hoy me podrá envidiar
Quien me envía á este camino:
Aqueste pliego dirá
Lo que importa mi venida,
Que no es menos que una vida.

CARDENAL 1.°
Salid, y fuera esperad.

Vase el correo.

TORRELLAS.
Recelos tengo que ha sido
De la Reina el mensajero.

Lee el Papa.

DON GARCÍA.
Muriendo la considero.

TORRELLAS.
¿Sabe á lo que sea venido?

PAPA.
Aquesta carta leed
En público.

CARDENAL 2.°
Dice ansí:

Levántase, bésala y lee.

PAPA.
El cielo vuelva por ti.

TORRELLAS.
Si es suya, haràle merced.

«Santísimo Padre:

»Sólo este nombre pudo animar á mi desdicha, por ser tanta; que sólo tribunal tan justo me diera esperanza de que se ha de ver mi justicia y el nombre de padre me ha de favorecer. El rey D. Pedro, mi señor y marido, habiendo conocido en mí pocos méritos para servirle, sin que baste confesarlo yo, va á pedir dé licencia para apartarme de su lado: á Vuestra Santidad suplico favorezca mi causa no consintiéndolo; que yo hallo méritos en su aborrecimiento y adoro sus desdenes y tengo por premio en ellos sólo ver su presencia: información lleva hecha su aborrecimiento tan contra mí, que si Vuestra Santidad no me favorece, espero sentencia en mi daño, y de ser ansí, más piedad será darme la muerte que mandarme apartar de quien es el alma por quien vivo: en favorecerme vuelve Vuestra Santidad por la honra del Sacramento y ampara una huérfana, causa que toma á su cargo Dios. El guarde á vuestra Santidad en su estado de gracia, y á mí me la dé con mi señor y marido.—De Barcelona y Mayo.—Indigna sierva de Vuestra Santidad, *la reina D.ª María.*»

PAPA.
No el ver qué puede mujer
Á quien le falta favor,
Ni el ver que pudo ofender
La fuerza de un desamor
La lealtad del bien querer,

Puesto que todo es justicia,
Obligan á que suspenda
Lo que tu pecho codicia,
Ni el procurar que se entienda
Si es verdad ó si es malicia,
Sino sólo el Sacramento,
Obligan á no te dar,
Cual pides, consentimiento
Para poderte apartar
Con desamor tan violento.
No hizo ella su fealdad,
Puesto que quien quiere así,
Bien merece voluntad,
Y es defecto que haya en ti,
Pecho ingrato y majestad.
Volveos á querer los dos;
Que vuelves, en no querella,
Rostro airado contra Dios·
Tenle amor, y será bella.

REY D. PEDRO.

No hay fuerzas, amor, en vos. (Aparte.)
¿De qué sirve que digáis
Que por mi parte volvéis,
Si en la ocasión me dejáis
Y razón no me ofrecéis
Para que solo os veáis?
Suplico á Tu Santidad
No permita que yo vea
Cautiva mi voluntad,
Adonde el infierno emplea
Parte de su crueldad.
Confieso que no se ha hecho,
Y que si ella se hiciera,
Escogiera á su provecho
Beldad, y satisficiera
Al desamor de mi pecho;
Pero no es justo que yo
Me queje al cielo por ella
De que beldad no la dió.

PAPA.

Al desposarte con ella,
¿Era más hermosa?

REY D. PEDRO.

No.

PAPA.

Amor es inclinación,
Y algo viste, pues llegaste,
Rey, á tenella afición;
Que decir que te engañaste
Fuera juzgar con pasión.
Tú la viste, ella te vió,
Celebróse el matrimonio,
Y amor nudo al lazo dió,
Y habiendo este testimonio,
No he de dar licencia yo.
Si otro defecto tuviera
Que á tu honor, Rey, importara,
Tu intento favoreciera;
Mas defectos de la cara,
Á Dios ofensa le hiciera.
Mira, generoso godo,
En tu intento poco fuerte;
Que ser fea, de algún modo
No es defecto, es poca suerte,
Y amando se suple todo.
Mientras que causa mayor
No se ofrezca, no hay pedir
Licencia, porque es rigor
Querer sin causa impedir
Un justo y honrado amor.

REY D. PEDRO.

Mira, señor.....

PAPA.

Hijo amado,
Pídele á Dios voluntad;
Que es lo demás excusado.

Dentro:

¡Plaza!

CARDENAL 1.°

¿Qué es eso?

Sale D. Guillermo, rey de Montpeller, de camino, furioso.

DON GUILLERMO.

¡Apartad!
Pues á buen tiempo he llegado:
Padre piadoso, que estás
En lugar de la justicia
Para deshacer agravios
Que en fieros pechos se crían,
Mi justicia favorece;
Que no será bien se diga
Que entre dos cristianos reyes,
Teniendo á Dios á la vista,
Hubo batalla campal
Por sustentar sinjusticias.
Hoy son cèrca de cuatro años
Que por tema ó por envidia,
Que no sé qué nombre dar
Á tan sangrienta porfía,
Don Pedro, que está presente,
Y por muchos años viva,
Pidió que le diese parias,
Y la causa que le guía
Es el decir que á su dote
No hay satisfacción cumplida,
Y que quiere que, entretanto
Que darla puedo ó cumplilla,
Dé parias á su Aragón
Ó pierda la hacienda mía.
Repliquéle humildemente
(Si es verdad, el Rey lo diga)
Que la variedad del tiempo
Y mis guerras tan continas
Con Francia y Su Majestad,
Hacen que alcanzado viva.
No escuchó á mi embajador,
Ni dejó á mi hermana misma
Que valiese de tercera

En su causa y en la mía.
Sacó su gente á campaña,
Y á mis castillos y villas
Puso cerco tan furioso,
Que llegó á verlas rendidas.
Han obligado sus armas
Y continua batería,
Á que, dejando mis tierras,
Pobre en las ajenas viva.
Sólo Montpeller me queda,
Y llega la tiranía
(Perdona, Padre, este nombre,
Pues ves que razón me obliga)
Á tanto, que la ha cercado
Y pienso estará rendida.
¿Qué me quieres, rey don Pedro?
Suspende un poco la ira,
Que ¿cuándo reyes cristianos
Usaron de sinjusticias?
Que si su dote no tiene
La reina doña María,
No ha sido mi culpa, Rey,
Y sin ocasión te indignas.
Mudanza hay hasta en los cielos,
Y hoy la fortuna derriba,
Por ventura, al que mañana
Verá las estrellas mismas;
Que si hoy de tu parte está
Y quiere que á mí me oprimas,
Acordársete debiera
Que te vi puesto en huída,
Tus estandartes perdidos
Y tus escuadras rompidas,
Más por quererlo los cielos,
Rey, que por tu cobardía;
Y contra el Rey de Navarra
Llegué con mi gente aprisa,
Ésa que sujetar quieres
Con afrenta jamás vista,
Y deteniendo tu gente,
Temerosa y afligida,
Hice huir los navarros
Hasta cerca de Castilla,
Llamando siempre tu nombre
En toda mi infantería;
Pues siendo de aquesta suerte,
La razón es bien que impida
El rigor de tus aceros
Y la fuerza de tus iras.
En tu tribunal estamos,
No hay pasión en tu justicia;
Sin quitarla al rey don Pedro,
Mira, Padre, por la mía.

PAPA.

¿Qué alega para esta guerra
El rey don Pedro?

REY D. PEDRO.

No haber
Satisfecho con su tierra
Mi dote, y ser mi mujer
Donde la fealdad se encierra.

DON GUILLERMO.

Si la tuvieras amor,
Y otro amor, Rey, no tuvieras,
Que hace fuerza mayor,
Al sol en su rostro vieras,
Siendo fea con rigor;
Mas no es sino desdichada,
Que hace parecer fealdad
La beldad más extremada,
Y advierte que la verdad
Es mayor atormentada.
Y no vengo á ser testigo
Ni fiscal en culpas tuyas,
Sino sólo á ser tu amigo,
Y así es razón que concluyas
El ser sin causa enemigo.

PAPA.

¿En cuánto tiempo podrás
Dar al Rey lo que se debe,
Si al fin no has podido más?

DON GUILLERMO.

En seis años.

PAPA.

Tiempo es breve.

REY D. PEDRO.

Un siglo de infiernos das; (Aparte.)
Que al fin me tienes de ver
Mañana vuelto á Aragón
Y en brazos de mi mujer.

PAPA.

Dalle la mano es razón,
Don Pedro, al de Montpeller:
Yo quedo por su fiador;
Que con esta confianza,
Aplacándose el rigor,
Saldré presto de fianza,
Vos de guerra, él de temor.
Cese ya el rigor prolijo
Y á vuestra esposa volved,
Pues sois de la Iglesia hijo.

DON GUILLERMO.

Échase á sus pies.

Á tus pies, por tal merced,
Doy los estados que rijo.

PAPA.

Procura satisfacer
Al Rey, que vive agraviado.

DON GUILLERMO.

Castígueme tu poder
Si no le hiciere pagado.

PAPA.

Con Dios te puedes volver.

REY D. PEDRO.

Dando las manos.

¡Ah, fiero tiempo enemigo,
Que el respeto al amor doma!

DON GUILLERMO.
Á servirte, Rey, me obligo.
REY D. PEDRO.
Sólo mientras esté en Roma (Aparte.)
Te doy la mano de amigo.
Vuestra Santidad me dé
Su pie á besar y licencia.

Échase á los pies del Papa, y dale su bendición.

PAPA.
Dios te conserve en tu fe.
REY D. PEDRO.
Hoy hago de Roma ausencia; (Aparte.)
Que no es bien que en ella esté.
DON GUILLERMO.
Él parte sin alegría. (Aparte.)
REY D. PEDRO.
Prevenid postas, andad.

Quédase suspenso, mirándole Luis.

CARDENAL 2.°
No salió con su porfía:
Dios guarde á Tu Majestad.
REY D. PEDRO.
Y guarde á Vueseñoría.

Vanse con el Rey D. Bernardo y Torrellas, y cúbrese el sitial, quedando solo el Rey.

DON GUILLERMO.
Sólo en Roma la amistad:
¡Ah, soberbia, vil tesoro!
Y pesa por su maldad
Aquesta estatua de oro
La piedra de la humildad.
Alta torre de Babel,
Loco monte de gigante,
¿Adónde vuelas por él?
Pues es justo que se espante
De Dios la mano fïel.
Detén la furia ligera;
Mas no hay razón que te impida,
Y era bien que te advirtiera
Que siempre á una fiera huída
Se guarda una muerte fiera.
Deste palacio sagrado,
Retrato de aquel supremo,
Pudiste salir airado;
Un triste principio temo
Que á tu triste fin has dado.

Salen Colona y Urbano, caballeros, y un soldado.

URBANO.
Aquí le podéis hablar.
SOLDADO.
No permite dilación
Mi embajada.
COLONA.
Allí hay lugar
De ejecutar tu intención.
SOLDADO.
Esos pies me da á besar:
Toma esta carta, y por ella
Conocerás mi lealtad.
DON GUILLERMO.
Álzate antes de leella,
Pues vence á mi majestad
La desdicha de mi estrella.
En pie te puedes poner,
Consolaráme en mi mal,
Y pues muda el tiempo el ser,
Créese, viéndole mi igual,
Que no queda que perder.
Tengo que temer, amigo,
Que estoy temblando á llegar
Á la nema es Dios testigo:
Por no dejar de rodar
La vil fortuna conmigo.
SOLDADO.
El pliego vengo á traer;
Él te hablará por mí:
Que mal puedo yo saber
El secreto que no vi.....
DON GUILLERMO.
Pues ánimo al padecer.

Rompe la nema y lee:

«La falta de gente, la necesidad de bastimento, la poca fuerza de la ciudad y la ausencia de Vuestra Majestad, nos pusieron en las manos del rey D. Pedro; si Su Santidad diere favor á Vuestra Majestad, le suplican sus vasallos intente verlos libres, que sola esta esperanza les dará vida: la de Vuestra Majestad guarde Dios, y él tome á su cargo su venganza y nuestra libertad.—*Montpeller.*»

Ya, fortuna, te has vengado;
Libre puedes ya dejarme
Y viviré consolado,
Pues no habiendo qué quitarme,
Gozaré un seguro estado.
Sólo un rincón me dejaste
Donde pudiera decir
Que sin querer me amparaste;
Y como es tu dar fingir,
Dándomelo lo quitaste.
Tan pobre me vengo á hallar,
Que aun hoy posada no tengo
Donde me pueda albergar.
SOLDADO.
Á buscarla me prevengo,
Y sé que la he de hallar.
DON GUILLERMO.
Como tan solo partí
Y tan de prisa llegué,
Aun no me acordé de mí,

Y mayor rigor hallé
Cuando más piedad pedí.
Al Papa quiero escribir
Vergonzoso mi cuidado,
Porque ampare mi vivir;
Que pues á pobre he llegado,
Bien es que empiece á pedir.

SOLDADO.

Fábula parecerá
Que un rey limosna pidió.

DON GUILLERMO.

Tal, amigo, el mundo está,
Que decir que no la halló
Aun no les admirará.

Apártanse.

URBANO.

Retírate.

En estando hablando Colona y Urbano.

Anduvo airado,
Y ante el Vicario de Dios
Fué rigor más que sobrado.

COLONA.

Quedaron en paz los dos.

URBANO.

Nadie lo verá acabado.

Salen César y Espínola.

CÉSAR.

El de Montpeller mostró
Su cordura y gravedad,
Y á piedad nos obligó.

ESPÍNOLA.

Ver en un noble humildad,
¿Á qué piedra no movió?

URBANO.

¡Oh, caballeros! ¿Qué es esto?

CÉSAR.

Una tristeza y pesar
Á venir nos ha dispuesto.

COLONA.

¿Es del Rey?

CÉSAR.

No acierto á hablar:
Sabiendo lo que ha propuesto
Su Santidad, me envió
Que le esperaba á comer,
Y por la puente salió
Sin quererme responder.

SOLDADO.

Ya dicen que el Rey partió.

CÉSAR.

¿Hoy que guerra ha de hacer
Aunque le cueste la vida,
Hasta ver en su poder
Á Montpeller tan rendida,
Que el nombre venga á perder?

COLONA.

¿Posible es que de Aragón
No ha recibido lo amable
Que tiene en toda ocasión?

ESPÍNOLA.

Es enojado, intratable,
Y adusta su condición;
Pero es cristiano, y hará
Lo que el Papa le ha mandado,
Y obediente le será.

CÉSAR.

Don Guillén nos ha obligado.

ESPÍNOLA.

Holgara verle.

URBANO.

Aquí está,
Que del patio no ha salido:
Pues es crueldad no hablalle.

COLONA.

Triste está y enternecido.

ESPÍNOLA.

Llegad conmigo á besalle
Las manos.

CÉSAR.

Bien advertido.

COLONA.

¡Por Dios, que á lástima mueve!

ESPÍNOLA.

Vuestra Majestad nos dé
Las manos.

DON GUILLERMO.

Eso se debe
Á quien como yo no esté.

ESPÍNOLA.

Cualquiera desdicha es breve,
Que se puede remediar,
Y don Pedro de Aragón
Que es cristiano ha de mirar.

DON GUILLERMO.

Sí hiciera si la pasión
Diera á la razón lugar:
De tal suerte me ha dejado
Por su crueldad este día,
Sin hacienda y sin Estado,
Que al Papa escribir quería
Me reciba por criado.
Sueldo ajeno ganaré,
Pues ya no tengo á quién dallo;
Que tal falta en mí se ve,
Que aun es prestado el caballo
Con que aquí á Roma llegué.
Ni aun en aquesta ocasión
Pienso que posada tengo.
¡Vive Dios!.....

URBANO.

¡Gran compasión!
Á servirte me prevengo.

CÉSAR.

Si quieres satisfacción,
Seis mil ducados te ofrezco,
Con más doscientos soldados

Pagados.

ESPÍNOLA.

Si lo merezco,
Con mi hacienda y mis criados
Yo otro tanto.....

DON GUILLERMO.

Yo agradezco
Esos pechos generosos,
Y os doy mi mano en señal.

URBANO.

Por parecer tan dichosos,
Si no con tanto caudal,
Que hace los hechos famosos,
Todos igualmente damos.

ESPÍNOLA.

Y si fuere menester,
Las haciendas obligamos
Hasta ver en tu poder
La quietud que deseamos.

DON GUILLERMO.

De nuevo llego á vivir
Con lo que he llegado á ver;
Y ofertas quiero impedir;
Que no está bien ofrecer
Al que llega á recibir.
Por los bienes ofrecidos
Os dé el cielo lauro y palma;
Que hoy me dicen mis sentidos
Que he hecho un tributo en el alma,
Que es censo de agradecidos.
La vida os quisiera dar
Por el bien que me habéis dado,
Y en ella podéis mandar;
Que confesarme obligado
Es comenzar á pagar.

Sale Turín, lacayo, muy roto.

Hablan los cuatro.

TURÍN.

¡Ah, Roma, cielo en la tierra!
Ya á ti ha llegado Turín,
Como el pobre de Martín,
Por el bien que en ti se encierra.
Por si importo en tal lugar,
Según á pie me traéis,
Dadme albricias, pues podéis;
Que yo no las puedo dar.
¡Ay de vos el mi vestido,
Que en este trance forzoso
Sois verdad de mentiroso,
Que consiste en lo añadido!
Quiera Dios que vea pasar
Del sacro palacio al Rey;
Que si el amparar es ley,
Por ley me debe amparar.

CÉSAR.

Luego podemos partir;
Que licencia me dará
Su Santidad.

COLONA.

Sí hará.

TURÍN.

Á nadie la ha de impedir.
Mucha gente hay; no oso entrar
En cónclave tan discreto,
Fuera de que en tanto aprieto,
En cueros me he de quedar;
Y mi vestido sencillo
Tal ciencia en sí encerrar pudo,
Que importan, si le desnudo,
Registros para vestillo.

Ve el Rey á Turín.

DON GUILLERMO.

¡Válgame Dios!

COLONA.

¿Qué cuidado,
Señor, te ha turbado ansí?

DON GUILLERMO.

Aquel pobre que está allí,
Es Turín, un mi criado:
Más mal hay del que temí.

Llámale.

¡Turín!

TURÍN.

Pues me han conocido,
La redención ha venido.

URBANO.

Llega, soldado.

TURÍN.

¡Ay de mí!
¡Señor de mi alma!

DON GUILLERMO.

Amigo,
¿Qué traje es éste?

TURÍN.

Señor,
Es librea del rigor
De don Pedro, tu enemigo.
De Navarra se partió
La Infanta á ser tu mujer,
Con poca gente y poder,
Como Tu Alteza escribió,
Y á Barcelona llegamos,
Donde, sin haber desvío,
Tu hermana nos dió un navío
Adonde nos embarcamos;
Tomamos tierra temblando
De celada en la campaña,
Por ver que está la montaña
Hombres por plantas brotando
Con ferocidad que espanta,
Y casi al amanecer,
Entre Arlés y Montpeller,
Nos prendieron á la Infanta.

DON GUILLERMO.

¿Sintiólo?

TURÍN.

Sí lo sintió:
¿No has visto al sol eclipsado,
Pálido el color rosado?
Pues así su sol se vió.
Y un hidalgo aragonés
Que por capitán venía,
Que en su trato y cortesía
Mostró muy bien que lo es,
De suerte la consoló
De sus pesares y enojos,
Que dando perlas sus ojos,
Como el aurora quedó.
Dióme libertad á mí,
Aunque darme joyas vió,
Porque te las diese yo,
Y apenas partí de allí,
Cuando me las vi quitar
Con lisonjas y regalos,
Si es que dar joyas por palos
Es regalo de estimar.

DON GUILLERMO.

Ya mi tristeza ha llegado
Al fin en que el mal consiste,
Pues veo que el hombre triste
Está junto al sér airado.
¿Cómo no ves tu malicia,
Rey, y dice tu esperanza
Que es en nobles la venganza
Una pasión de injusticia?
Si el tiempo y satisfacción
Quitan la ira del noble,
¿Cómo has sido duro roble
Con tan fiera obstinación?
Aunque en mal parecer dejo
Tu crueldad, que al mundo admira,
Porque siempre fué la ira
Enemiga de consejo;
Aunque sé del que es airado
La razón se aparta luego,
No te culpo, aunque estás ciego,
Pues sin razón has quedado.
Mas miraras ¡inhumano!
Y perdona aqueste nombre,
Que es el airarse de hombre
Y aplacarse de cristiano;
Pero es tanta tu crueldad,
Que no advierte tu malicia
Que no hay piedad sin justicia,
Ni justicia sin piedad.

CÉSAR.

Á mi casa te llevemos,
Pues el caso no da espacio;
Que no es razón que en Palacio
Te miren haciendo extremos.

COLONA.

Venga Vuestra Majestad
Á tratar de su partida.

DON GUILLERMO.

Lo que Dios, hace en mi vida
Vuestra cristiana piedad.

CÉSAR.

Tú llevas justa razón:
Pon en Dios la confianza;
Que presto con tu venganza
Verás tu satisfacción.

TURÍN.

Abreviar es menester;
Que mi estómago ha pensado
Que de otra ley me he tornado
Donde no se usa el comer.

Están hablando.

CÉSAR.

Vamos.

DON GUILLERMO.

En obligación
Voy preso.

COLONA.

¡Dios lo dispone!

DON GUILLERMO.

Y la buena obra pone
Á los nobles en prisión.

Vanse.

Salen la reina D.ª María y D. Pedro Torrellas.

DOÑA MARÍA.

Ansí las criaturas bellas
Se amparen en este suelo,
Y te esté mirando el cielo
Con tantos ojos de estrellas;
Ansí, si tienes amor,
Advirtiendo tu nobleza,
Sea niño en la terneza
Y gigante en el valor;
Ansí los celos cobardes,
Si á ti llegan á traición,
Los ojos de la razón
Los vean porque te guardes;
Ansí sin envidia vivas,
Que es veneno del jüicio,
Y de tu lealdad dé indicio
El mismo Rey, con quien privas,
Que me digas la verdad
Sin lisonja y sin rodeo,
Porque muera mi deseo,
Pues vive mi voluntad:
¿Dió Su Santidad licencia
Para apartarme del Rey?

TORRELLAS.

Como es de Cristo su ley,
No da á crueldades audiencia:
Harto insistió, mas no pudo
Salir con su pretensión,
Y al fin vuelve con pasión,
Fiero, ciego, amante y mudo,
Porque apenas ha hablado
Desde Roma á Montpeller;
Que pienso que esta mujer
Algún hechizo le ha dado.

DOÑA MARÍA.

¡Jesús! ¿Quién te hace creer
Que hechizos se pueden dar?
No hay más hechizo que amar,
Más veneno que querer;
No hay hechizo que al rigor
De aquesto sea semejante;
Que el delirar de un amante,
Todo es dulzura de amor.

TORRELLAS.

Propuso que eras tan fiera,
Que en ti la fealdad se vió.

DOÑA MARÍA.

No ignoro que fuera yo
Hermosa si él me quisiera;
No me tiene voluntad;
Que para aqueste rigor
Nos pintan ciego el amor
Porque no ve la verdad.

TORRELLAS.

Al fin él vuelve á tus ojos
Con mil rigores extraños.

DOÑA MARÍA.

Vuelva, y viva cien mil años
Sin sobresaltos ni enojos.

TORRELLAS.

¿Hasle pedido algún día,
Señora, desta crueldad
Celos, que á tu voluntad
Aborrecerla porfía?

DOÑA MARÍA.

¿Celos? ¡Jesús! Ni recelos,
Aunque muriera por ello;
Que, en parte, deja de sello
La honrada que pide celos.
Y aunque su mal le lastime,
No le está bien declararse;
Que celos es no estimarse,
Y una honrada es bien se estime.
Porque tal el mundo está,
Como el mal al bien impide,
Que la mujer que los pide
Sospecha que los dará.
Si es venganza propicida
Los celos, ¿he de vengarme
En mí misma? ¿He de matarme,
Si sé que es de Dios mi vida?
Quien más ama, ése ha de estar
Más sin celos, que es valor,
Y transformarse es amor
En lo que se llega á amar;
Y como mis ojos ven
Mi transformación tan llana,
Quiero bien á doña Juana
Porque el Rey la quiere bien.

TORRELLAS.

Déte el cielo tanta vida
Como puede, porque veas,
Pues tanto en amarte empleas,
Tu esperanza y fe cumplida;
Que no merece rigor
Tan constante voluntad.

DOÑA MARÍA.

No tendrá dificultad
Si muda la flecha amor:
Al fin, ¿traes carta?

TORRELLAS.

Señora,
Sólo á doña Juana escribe.

DOÑA MARÍA.

No tiene salud, y vive;
Pues no importa.

Apártase y cúbrese los ojos.

TORRELLAS.

Tierna llora:
Siempre temí darte enojos,
Y eso me hace excusar,
Señora, llegarte á hablar,
Por no ver agua en tus ojos:
Si á llorar llegas ansí
Sin que puedas reportallos,
La razón de consolallos
Harás que se turbe en mí.

DOÑA MARÍA.

No te espante mi sentir;
Que conoce mi temor
Que no es pródigo en amor
El avaro en escribir.
No quisiera de amor ciego,
Como Plaucio, á mi marido,
Que de su esposa herido,
Se echara en el vivo fuego;
No que mi estatua quisiera,
Como otro Pigmaleón,
Ni que, ajeno de razón,
Lo que hizo Alcides hiciera;
Pero cáusame dolor,
Entre el gusto que me impide,
No que de mi amor se olvide,
Sino que olvide su honor.
Hacia esta parte te ven;
Doña Juana viene. ¡Cielos,
Castigadme si son celos,
Y si no es amor, también!

Sale D.ª Juana leyendo un papel, y apártase la Reina.

Lee D.ª Juana:

«..... y nube ha sido el ausencia,
Pues me impide el arrebol,
Mi doña Juana, del sol
De tu hermosa presencia;
Y los mortales enojos
De aquesta ausencia crecida,
Me hacen no estimar la vida;
Que no hay vida sin tus ojos.
Y no es sobrado favor
El que les doy siendo bellos,
Que aunque vivo vuelvo á vellos,

Volveré muerto de amor;
Y aunque no llevo victoria
Y vuelvo á verte marido,
Por el haberlo emprendido
Se me debe dar la gloria.
Renacerá mi cuidado
Entre las penas que lloro;
Que siempre el amor y el oro
Es más puro atormentado.»

Hasta aquí lee.

¡Pluguiera á Dios que volviera
Tan mudado, que el amor,
El regalo y el favor,
Á la Reina se le hiciera!
Que con más justa razón,
Entre esas penas y enojos,
Pudiera, viendo sus ojos,
Dar á su amor galardón.
Ella ha sido desdichada,
Y mi desdicha es mayor,
Pues es respeto, y no amor,
El que me hace culpada.

DOÑA MARÍA.

Leyendo la carta viene
Del Rey mi esposo y mi bien.

TORRELLAS.

No es bien que enojos te den
Las penas que te previene.

DOÑA MARÍA.

¡Doña Juana!

DOÑA JUANA.

¡Mi señora!
¿Tiene cartas Vuestra Alteza?

DOÑA MARÍA.

No, amiga.

DOÑA JUANA.

Mucho me pesa (1).

DOÑA MARÍA.

Quizá el Rey que vivo ignora.
Que como su intento muda,
En duda lo habrá pensado,
Y creo que se ha tardado
Por no deshacer la duda.

DOÑA JUANA.

Déle á Vuestra Alteza Dios
La vida que le deseo.

DOÑA MARÍA.

Que será bien poca, creo. (Aparte.)
Dejadnos aquí á las dos.

Vase Torrellas.

¿Qué fiestas podría yo hacer
Para cuando el Rey viniese?

DOÑA JUANA.

Parecer, señora, es ese,
De más sabio parecer.

DOÑA MARÍA.

Con todo eso, por tu vida,
Que se han de hacer por tu gusto,
Y así que digas es justo
Qué fiesta habrá prevenida.

DOÑA JUANA.

Aras se podrán poner.

DOÑA MARÍA.

Es muy ordinario ya.

DOÑA JUANA.

Orden diferente habrá,
Que el arte lo sabrá hacer.
Los caballeros podrán
Un torneo prevenir.

DOÑA MARÍA.

Y ¿habrá quien pueda salir?
Si al Rey ayudando están.

DOÑA JUANA.

Al punto habrá de Aragón
Aragones y Moncadas,
Torrellas, Urreas, Pujadas,
Aunque de Valencia son;
Habrá Mazas y Lizanas,
Paladines, Benaventes,
Antillones y otras gentes
De las nobles catalanas.

DOÑA MARÍA.

¿Quién lo podrá mantener?

DOÑA JUANA.

No faltará quien mantenga,
Como hacello se prevenga.

DOÑA MARÍA.

Por tu cuenta ha de correr.

DOÑA JUANA.

Los saraos de Cataluña,
Por ser tan regocijados,
Son en Italia nombrados
Con salterios de Gascuña.
Todo esto podrá alegrar
Su justo recibimiento,
Sin fuegos que por el viento
Al cielo se vean cruzar.

Sale Torrellas.

TORRELLAS.

Vuestra Majestad perdone
Si su plática he estorbado,
Que el ser extraño el recado
Puede hacer que me abone:
De Jerusalén llegó
Un embajador, y pide
Licencia.

DOÑA MARÍA.

Pues ¿quién le impide?

TORRELLAS.

Volver con licencia, yo.

DOÑA MARÍA.

Entre, y una silla llega.
No te vayas de mi lado.

Llega la silla y vase Torrellas.

(1) Rima falsa.

DOÑA JUANA.
Por mi vida, á tu mandado
Mi vida y alma se entrega.

Sale Rodoaldo, embajador de Jerusalén, y Torrellas con él: hace tres reverencias.

TORRELLAS.
Ésta es la Reina.
RODOALDO.
¿No está
De su marido apartada?
TORRELLAS.
Salió incierta esa jornada.
RODOALDO.
Y la mía lo será.
DOÑA MARÍA.
¿Quién sois?
RODOALDO.
De Jerusalén
Soy embajador.
DOÑA MARÍA.
Alzad:
Un asiento le llegad.

Danle un taburete.

RODOALDO.
¿Qué es lo que mis ojos ven?
Déme Tu Alteza su mano.
DOÑA MARÍA.
Para que os alcéis del suelo.
RODOALDO.
Ya por ti, señora, es cielo,
Y en él mil venturas gano.

Siéntase.

DOÑA MARÍA.
Guárdeos Dios. ¿Á qué venís?
Que aunque mi señor no está
En su corte, se os dará
Respuesta á lo que pedís.
RODOALDO.
Temo de dar el mensaje.
DOÑA MARÍA.
No tenéis de qué temer (1).
RODOALDO.
Pienso que enojo ha de ser;
Y así, para mi viaje
Pido, señora, licencia.
DOÑA MARÍA.
Sean paces, treguá ó guerra,
Ánimo mi pecho encierra
Mientras el Rey hace ausencia;
Demás que en mi pecho está,
Sin que dél jamás se ausente;
Y pues le tenéis presente,
La embajada comenzad.
RODOALDO.
Pues que me da tu licencia,
Justa Reina, atrevimiento,
Perdona si mi embajada
En algo fué sin acuerdo.
Ya sabes como murió
Conrado, que fué Rey nuestro,
Por dos viles asesinos
En la plaza de su imperio.
Dejó una hermosa hija,
Con cuyos dos soles bellos
Se alumbra Jerusalén
Sin hacer falta el del cielo.
Quedó en poder de su abuela,
Que gozó bien breve tiempo
De Amalarico, su esposo,
De Lusiñano heredero.
Su abuela, pues, como ha visto
Los homenajes soberbios
De la cabeza del mundo,
Tan turbados de los griegos,
Sabiendo que hacía divorcio
Mi señor, el rey don Pedro,
Con Vuestra Alteza, juntó
En Jerusalén su reino,
Y entre ellos los Cardenales
De Tiro y de San Marcelo,
De Nazarén y el Sepulcro,
Tabor, Belén, y entre ellos
El Maestre de San Juan;
Y con un conforme acuerdo
Ordenaron que viniese,
Dando sus firmas y sellos,
Á ofrecelle la corona
Al Rey, como por concierto
Quiera casar con María,
Que hereda los reinos nuestros;
Que ya en las manos de todos
Con solemne juramento
Ha prometido de ser
Su esposa por bien del pueblo.

Desmáyase la Reina.

Licenciosa es la embajada,
Pues no puede haber efeto;
Pero mandaste que hable,
Y de ti el perdón merezco.
DOÑA MARÍA.
¡Jesús! ¡Llega, doña Juana!
DOÑA JUANA.
Señora.....
DOÑA MARÍA.
¡Ay, amiga, muero!
Que son muchos los combates
Que dan á mi flaco pecho.
RODOALDO.
Perdona, Reina, mi culpa.
DOÑA MARÍA.
No hay culpa en los mensajeros.

(1) *Que recelar*, dice el manuscrito, pero es error evidente.

Torrellas, vos le llevad
Y tratad de su aposento
Mientras el Rey, mi señor,
Vuelve, que presto le espero;
Y denle dos mil ducados
De ayuda de costa luego;
Que el Rey le responderá.

RODOALDO.

Antes volverme pretendo.

DOÑA MARÍA.

Eso no consentiré:
Venga, quizá tendrá efeto,
Porque es el Rey voluntario
Y desdichada me veo.

RODOALDO.

Haré tu gusto.

Vase.

DOÑA MARÍA.

Id con Dios.
Oye aparte: escribe luego (Ap. á Torrellas.)
Á Aragón que me socorra;
Que sus leales espero
Que me han de favorecer.

TORRELLAS.

Sí harán.

DOÑA MARÍA.

Guárdete el cielo.

DOÑA JUANA.

Pienso que han de conocer (Aparte.)
Que estoy ardiendo de celos.

DOÑA MARÍA.

Ven á mi aposento, amiga.

DOÑA JUANA.

Mejor dirás á mi infierno.
Déme el cielo la ventura
Que de su piedad espero.

ACTO SEGUNDO.

Salen D. Pedro y D. Garcerán, y suenan cajas.

DON PEDRO.

Bien están de aquesta suerte
Prevenidos los soldados.

GARCERÁN.

Aunque el contrario no es fuerte,
Anoche dejé alistados
Los pueblos.

DON PEDRO.

Temen la muerte:
En la ciudad, las aldeas
Se junten.

GARCERÁN.

Ya se echó bando,
Como mandaste y deseas,
Y todas vienen marchando
Porque con piedad las veas.

DON PEDRO.

Si el de Montpeller viniere
Y en tierra las llega á hallar,
No habrá en quién socorro espere.

GARCERÁN.

Si se pretende vengar,
Poco seso dél se infiere:
Julio César, que venció
Sin cuenta guerras campales
Y un millón y más mató,
Si viera que al campo sales
Te temiera.

DON PEDRO.

Y temo yo,
Porque adoro una mujer
Y estoy tan ausente della,
Que apenas puedo saber
Si es tan fácil como bella,
Que ordinario suele ser.
¡Oh tú, pensamiento mío,
Que sueles volar ligero
Con velocidad y brío,
Apresura el bien que espero
Del cielo donde te envío!
Llega á contalle mi pena
Por si acaso está quejosa
Ó de mi pesar ajena;
Que su pie de nieve y rosa
Pinta en la mojada arena.....

Suspéndese.

Y como tal bien encierra
La estampa que vi dejar,
Envidioso la destierra
Cuando el monstruo de la mar
Tasca el freno de la tierra.
Á la puerta la has de hallar
De la mar, y en ello acierta,
Por ver que la llegué á amar,
Y hallarla es cosa cierta.
Á la puerta de la mar
Mira su presencia bella,
Y antes de hablalle detente;
Que la puerta en que has de vella
Es ya la puerta de Oriente,
Pues sale su sol por ella.
Cuéntale mis penas locas
Sin que nada disimules,
Que á vella, desde sus rocas
Cortan las olas azules
Los delfines y las focas.
En espesa espuma encalla;
Neptuno llega á pensar,
Viendo su alegre batalla,
Que Venus vuelve á la mar

Á ver si á Cupido halla.
Pero escuchando mis quejas,
Verás con luces extrañas
Tirando entre sus madejas
Saetas de sus pestañas
Por los arcos de sus cejas.

Dentro tocan cajas al arma, y estáse el Rey elevado.

Dentro:

¡Al arma, al arma!

GARCERÁN.

¿Qué ha sido
Tan confusa novedad?
El Rey está divertido:
¿No ha oído Tu Majestad
Este confuso rüido?
¡Ah, señor! ¡Ah, mi señor!
Esta pena ha dado indicio
Que es locura y no es amor,
Pues se ha atrevido al jüicio
Sin respetar su valor.

Apártase confuso Cabrera.

DON PEDRO.

Desvía, que mi pasión
Me trujo, viendo mi fin,
En hombros, por su afición,
De mi deseo delfin,
Como al músico Anfión (1).
Deja que quien te desea
Tus plantas llegue á besar;
Negarlas es cosa fea,
Pues la lengua de la mar
Las besa y las lisonjea.
No te admire mi porfía
Ni la que el amor mostró;
Habla, ó dirá el alma mía,
Que el mar sordo, y mudo yo,
No entendemos de alegría.

Dentro:

¡Al arma, que los villanos
Van huyendo! ¡Presto, presto!

GARCERÁN.

No son mis recelos vanos.

Vuelve en sí, mirándose confuso, D. Pedro.

DON PEDRO.

¡Válgame Dios! ¿Qué es aquesto?
¡Ah, pensamientos tiranos!

GARCERÁN.

Tal, señor, te viene á ver,
Que empena el alma escabrosa (2).

DON PEDRO.

Deseos me han de perder,
Que son ladrones de cosa
Imposible de vencer.

GARCERÁN.

Tocaron al arma agora
Y llevó el aire su acento;
Así Tu Alteza lo ignora.

DON PEDRO.

Tocó al arma el pensamiento,
Que es guerra que el alma llora;
Y en la pena que me atajas,
Porque el sufrimiento amase,
Hicieron con voces bajas
Que esas cajas no escuchase
Del sentimiento las cajas.

GARCERÁN.

Lleguéme á descomponer,
Lo que bien bastante ha sido
Para que se eche de ver
Que te tiene divertido
El amor desta mujer.

DON PEDRO.

No olvides tanto el valor;
No es de amante tu licencia,
Porque en parte no es amor
El que no tiene, en ausencia,
De que se pierda temor.

Sale Gastón, capitán, y trae á Turín preso en hábito de carbonero.

GASTÓN.

Habiendo, señor, mandado
Que ninguno armas tuviera,
Á este villano le he hallado
Un arcabuz.

TURÍN.

Justo fuera
El habérmele quitado
Si cuando se pobricó,
Sea por lo que se huere,
Presente estoviera yo.

DON PEDRO.

Dejaldo, y más no se espere:
¿Sabéis si la gente entró?

GASTÓN.

Mira, señor, que ha venido
Éste con otros villanos,
Y en el monte se han metido.

TURÍN.

Mi padre es y mis hermanos;
Y como no han ofendido
Y me vieron maltratar,
Valiéronse de los pies
Para poderse escapar,
Que es la vida de interés;
Mas yo los haré tornar.
Que ¿yo qué tengo, ni tienen
Más con el Rey que mos deja,
Que con los que á reinar vienen?
Siempre hemos de estar con queja;
Vivamos, y ellos ordenen,

(1) Así dice el manuscrito, pero debe de ser errata por *Arión*.
(2) Verso ininteligible.

Con paz ó fuerza de lanza,
Lo que más huere razón,
Y cumpla ó no su esperanza;
Que siempre vasallos son
Esclavos de confianza.
Del socorro no han sabido. (Aparte.)

DON PEDRO.

Id y hacedlos venir.

TURÍN.

Será su merced servido.

Pónese á escuchar detrás, al descuido.

GASTÓN.

No pudieran resistir
Hasta mil que habrán venido,
Porque es toda pobre gente
Que hambre y miserias pasa,
Como lo verás presente.

DON PEDRO.

Para defender su casa,
Cualquiera humilde es valiente.
¿Qué soldados has dejado
Dentro?

GASTÓN.

Doscientos habrá.

DON PEDRO.

Luego que veas que ha entrado
La gente que fuera está,
Ejecuta lo mandado;
No quede ningún mancebo,
Que armas pudiere tomar.

TURÍN.

Peligrosa nueva llevo
De que no se han de holgar,
Pues vienen, cual pez, al cebo:
No vuelve á ver sus parientes
Turín, si el cielo no ayuda,
Desde las partes presentes;
Que éste es Herodes, sin duda,
Pues que degüella inocentes.

Vase.

Hay ruido dentro.

UNO.

Id poco á poco.

OTRO.

Señor,
Mire que se va mi gente.

DON PEDRO.

Mirad qué es ese rumor.

CAPITÁN.

La guarda es, que no consiente
Ir entrando con furor
Los villanos que han venido.

DON PEDRO.

Lo mandado ejecutad;
Id con Dios.

SOLDADO.

Será servido
En todo Tu Majestad,
Pues que tu gusto he sabido.

Vase.

DON PEDRO.

No estoy en mí.

GARCERÁN.

¿Qué te ha dado,
Ó qué nuevas has sabido,
Que movieron tu cuidado
Y atormentan tu sentido?

DON PEDRO.

Una sorpresa ha bastado;
Y aunque da la confianza
Alguna satisfacción
Que impide propia venganza,
Causa desesperación
El temor sin esperanza.
Infierno tiene el que amare,
Y en su efecto lo verá,
Y ansí es razón que declare
Que el infierno cesará
Si la voluntad cesare.
Pues si no pudo apartar
De mí amor, que es fuego eterno,
¿Cómo el mal se ha de acabar?
¿Cómo estaré sin infierno?
¿Cómo dejaré de amar?

GARCERÁN.

El respeto me detiene,
Y en tus manos, señor, dejo
El daño que se previene;
Que no es razón dar consejo
Quien para sí no le tiene;
Pero si me das licencia,
No es bien que tu amor infames
Por las sospechas de ausencia,
Ni es bien traidora la llames
Y hasta estar en su presencia.

Salen Turín, D. Guillén y César, de carboneros, con líos á cuestas.

TURÍN.

Éste es el Rey.

CÉSAR.

Dios te guíe.

TURÍN.

Es estrella errante.

CÉSAR.

¿Sí?

TURÍN.

Dios, desde aquí, nos envíe
Libres.

DON GUILLÉN.

Al honor seguí,
Y es bien que por él porfíe;
Guarde Dios á su mercé.
¿Por dónde habemos de entrar?

CÉSAR.

Por la puerta que se ve.

DON GUILLÉN.
El Rey pudiera excusar
Esta venida, á la fe;
Que es tal la pena y cuidado
Con que venimos los dos
Por saber lo que ha mandado,
Que podré decir ¡por Dios!
Que mi mujer me ha quitado.

CÉSAR.
Anda, mozo, y no te metas
En lo que mandan los reyes.

DON GUILLÉN.
Si son de cosas secretas,
Basta publicar las leyes,
Pues ven sus gentes sujetas;
Pero es sobrado rigor,
Perdone el hablar verdades,
Poner cerco su valor
Á las muradas ciudades
Sin poner cerco al amor;
Que bastan nuestros recelos
De ver que por señor quede.

CÉSAR.
¡Oh! ¡Castíguente los cielos!

DON GUILLÉN.
Gane ciudades, pues puede,
Y no nos venga á dar celos.

DON PEDRO.
Detén aquese villano.

TURÍN.
Señor, no haga caso dél;
Que es insensato mi hermano.

DON PEDRO.
¿En qué te ha sido cruel?
Quizá te quejas en vano
Que la mujer te ha quitado.

DON GUILLÉN.
Bien puedo decir que sí,
Pues el vella me ha estorbado,
Y celoso vengo aquí.

DON PEDRO.
Bien nos habremos juntado.

DON GUILLÉN.
Luego ¿su mercé trae celos?

DON PEDRO.
Sospechas, que hermanos son.

DON GARCÍA.
Deja esos ciegos desvelos.

DON GUILLÉN.
Sean ó no con razón,
Yo le mando negros duelos.
Sospechar, nada aprovecha;
Sean sus penas jüeces,
Y advierta, en la causa hecha,
Que mata más cien mil veces
Que el delito, la sospecha.
Si es de mujer el honor,
Corre ¡por Dios! detrimento;
Si es de dama, es grande error,
Y es pedir firmeza al viento
Dar á mujer libre amor.

TURÍN.
Aquí nos han de pringar.

CÉSAR.
Desvíate acá, muchacho:
Mira que es hora de entrar.

TURÍN.
¡Juro á Dios que vien borracho!
No le oiga.

GARCERÁN.
Dejalde hablar.

DON PEDRO.
¡Oh amor, ciencia general (Aparte.)
Que tanto puedes y vales,
Pues da experiencia tu mal,
Que haces los reyes iguales
Al arado y al sayal!
Ven acá. ¿Has querido?

DON GUILLÉN.
Sí.

DON PEDRO.
Y ¿sospechaste?

DON GUILLÉN.
También,
Y hasta estar huera de mí;
Pero vine á hallar mi bien
Viendo, y el miedo perdí.
Mire, yo era labrador,
Y ausentéme de mi puebro;
Oiga, y verá que es sotil
El amor que vaya arriedro:
Paz que antes que me partiese
Trataba resquebramiento
Con la hija de un hidalgo,
Que acá también se usan (1) buenos;
Y el demoño, que es mañoso,
Viene, y ¿qué hace? al momento
Que me partí, chamuscó
La moza de amores nuevos,
Y como acá socedió,
Me lo dió en el pensamiento
Pintiparado. ¡Par Dios,
Que son zahoríes los celos!
Y el querer á una mujer
Está de sospechas lleno.
Verá: mire, emberrinchéme,
Y ¡par Dios! que el campo dejo
Y dos mulas que valían
Más que ella sin crisma, pienso;
Llego al puebro, y hete aquí
Que, á orillas de un arroyuelo
Que por la linde pasaba
De un majuelo que tenemos,
Vide á los dos, y escondíme
Agachado en un romero,
Y oigo que ella le decía:
«Si huera el rey deste suelo
Y por mujer me llevara,
Por helle un favor pequeño,

(1) Wolf, que en su memoria publicó este trozo, escribe por error *echan*, en vez de *se usan*.

Con tal que á Gil olvidara
Por mí, que este nombre tengo,
El ser reina y ser papesa
Dejara por no ofendello.»
Salgo entonces de las matas
¡Por Dios! como un Gerineldos,
Y el vella con que me vió,
Dejó el campo y fuése al puebro (1):
Conocíle y recatéme,
Con que hoy por traidor le tengo.
Aseguróse mi amor;
Deste redimí los celos
Y percuréme casar,
Y un tirano de mi deudo
Poco ha me la prendió
¡Par Dios! por lo que no ha hecho,
Y hasta la hacienda me quita,
Que diz que no sé qué debo
Á la moza, y es mentira;
Mas ya va ordenando el cielo
Que mis tierras se me vuelvan;
Que es Dios justo y justiciero
Y ampara los inocentes.
Pero, volviendo á mi cuento,
No sospeche, y si sospecha,
Deje las armas y estruendo
Y arremétase á su casa,
Y, sea amor propio ó ajeno,
Satisfaga su pasión
Y no crea al pensamiento,
Que hace de hormigas montes,
Y de sombra hombres soberbios,
Y perdome su mercé
El dalle un pobre consejo.

DON PEDRO.

Eres más rico de ciencia
Que el filósofo más diestro,
Pues mi mal has aliviado
Cuando no hallaba remedio.

Dale un anillo.

Toma este sello Real;
Y si á ti ó tus compañeros
Don Gastón llegare acaso
En la ejecución que espero,
Dásele y libra contigo
Tus amigos ó tus deudos.

DON GUILLÉN.

Y ¿adónde se pone aquéste?

CÉSAR.

Verá, animal; en el dedo.

DON GUILLÉN.

Como estoy sin manos, padre,
No espante que dude en ello;
Vos tenéis dedos, llevaldo,

Dale al viejo el anillo.

No quiero paecer preso,
Que los romanos prendían,
Diz que con uno de aquéstos,
Y en la prisión del casarse
Usa nuesa Igresia dellos.

CÉSAR.

¿Es general el señor?

GARCERÁN.

Es, amigo, el rey don Pedro.

CÉSAR.

¡Ay, desdichado de mí!
Señor, este mozo es necio,
Y dirá mil disparates;
Perdone, por Dios, su yerro.

DON GUILLÉN.

Pues era el Rey.

TURÍN.

Sí, tonto,
Y le has hablado muy tieso,
Sin hacer para habralle
La luenga de terciopelo.

DON GUILLÉN.

Hueran palabras de seda,
Brandas cual de lisonjero.

DON PEDRO.

¿Quieres irte á Barcelona
Conmigo?

DON GUILLÉN.

Allá tengo un deudo
Que está por deudas el pobre
Agora en trabajo puesto.

DON PEDRO.

Yo mandaré que le libren.

DON GUILLÉN.

¡Par Dios! ¡Si hiciese aquésto
Que excusase mil reyertas
En que están todos mis deudos
Por no sé qué hacendilla
Sobre que anda el malo suelto!

TURÍN.

Si aquí no nos ahorcaren
Sin que tengamos remedio,
Digan que no soy Turín.

CÉSAR.

Vámonos; que carboneros
No están bien con los señores,
Porque tiznarlos podemos.

DON GUILLÉN.

Señor, haga lo que dije,
No piense.

DON PEDRO.

Guárdete el cielo.

CESAR.

Beso á su mercé las manos.

DON GUILLÉN.

Quédese adiós, señor bueno.

Vanse los tres.

DON PEDRO.

Hoy, Garcerán de Pinós

(1) Aquí omite Wolf un verso.

Quiero que al mar velas demos;
Á la Infanta de Navarra
Haz que á Lates lleven luego;
Que en su castillo estará
Mientras que nos embarquemos;
Que mientras que doña Juana
No adorne con sus luceros
El cielo de mi esperanza,
Ningún fin alegre espero,
Que si Cicerón decía
Que se parte por el medio
El corazón del que ama,
En cualquier apartamiento,
La mitad voy á buscar
Que en mi doña Juana tengo.

GARCERÁN.

Tuvo razón; que la ausencia
Es enemigo soberbio
Del amor.

DON PEDRO.

Vamos al mar,
Y amor me dé alegre puerto.

Vanse.

Salen Rodoaldo y D.ª Juana.

RODOALDO.

Y aunque tendrá á bizarría
El declararle mi amor,
Prometo á Vueseñoría
Que es efecto de un rigor
Que vive en el alma mía.
No me he querido valer,
Para el alma que le ofrezco,
De terceros, por querer
Saber si no lo merezco,
Que no es bien dallo á entender.
De Tiro y Acón, señora,
Soy Duque, y por justa ley
Seré, si me honrare agora
Con su hermosa mano, rey
De cuanto el sol pinta y dora;
Y el franco amor que me guía
Le dará por más trofeos,
Sin envidiosa porfía,
Por vasallos mis deseos,
Y por reino el alma mía.

DOÑA JUANA.

Estimo el ofrecimiento
Con que honra Vueseñoría
Mi humilde merecimiento;
Mas mi libertad no es mía,
Cosa que en el alma siento.
La Reina lo otorgará
Si la licencia le pide;
Y háblale, ó el Rey vendrá,
Que, aunque la mar lo divide,
Le están esperando ya.
Él gustará que me ausente, (Aparte.)
Y yo lo deseo más
Por lo que la Reina siente.

RODOALDO.

No tendré gusto jamás
Si en ello el Rey no consiente.

DOÑA JUANA.

La Reina viene, señor,
No es bien que me halle aquí;
Y en estos casos de amor
No es justo entienda que en mí
Consiste el dalle favor.

RODOALDO.

Vaya muy enhorabuena
Vueseñoría, que amor,
De quien vive el alma llena,
Con su ausencia hace mayor,
Con mil deseos, la pena;
Y déme Vueseñoría
Licencia que dé al tocado
Un diamante que traía.

DOÑA JUANA.

Excuse aqueste cuidado:
En más queda el alma mía.

Vase D.ª Juana.

Salen la reina D.ª María y D. Artal de Alagón y D. Pedro de Luna.

ARTAL.

La carta de don Pedro de Torrellas
Que escribió en tu favor, pidiendo ayuda
Por Vuestra Alteza, con cristiano pecho
Recibió su ciudad de Zaragoza,
Y á don Pedro de Luna, su criado,
Y á mí, que tantos años te he servido,
Nos mandan que guardemos su persona,
Con el Conde de Ampurias y Aznarpardo,
Don Pedro Maza y don Antonio de Hoces,
Don Ladrón de Guevara, y que en sabiendo
Que su Real Majestad lleva adelante
El querer disolver el matrimonio,
De parte de su reino supliquemos
Que excuse disensión y no la haga.

LUNA.

Hoy morirá la causa, y ella muerta,
Cesarán los efectos de esta furia;
Que yo seré el primero que en su pecho
Ensangriente la espada, ¡vive el cielo!

ARTAL.

No ha de vivir quien causa tu disgusto.

DOÑA MARÍA.

Estimo, aragoneses, la fe noble
Con que mostráis amor á vuestra Reina,
Que en parte y sin lisonja, sabe el cielo
No merecía mandar gente tan noble,
Y que con tal lealtad mi vida ampara:
Guarde la vuestra Dios, y déme tiempo
En que os pague el favor con mil mercedes.

RODOALDO.

Mi dolor no permite más espacio:
Aunque ocupada está la Reina, quiero
Emprender el remedio de mi alma.
Guarde á Tu Alteza Dios.

DOÑA MARÍA.
Seáis bien venido:
¿Ofrécese de nuevo alguna cosa?
RODOALDO.
Pedir á Vuestra Alteza, si se sirve,
Licencia que me atreva á suplicarle.
DOÑA MARÍA.
Mucho debe importar, pues tanto dudas.
RODOALDO.
El no haberte servido me detiene.
DOÑA MARÍA.
Cualquiera cosa haré como te importe.
RODOALDO.
Amor, señora, que en el alma vive,
Me ha inclinado de suerte á doña Juana,
Que por mujer.....
DOÑA MARÍA.
No pases adelante:
Estima el Rey de suerte aquesa dama
Por la nobleza suya, que me pesa
Que hayas puesto los ojos, en su ausencia,
En ella, y que yo sea sabedora.
Por mí, yo te prometo que la diera;
Pero ya viene el Rey; háblale á solas,
Y como él te la dé, yo te prometo
De dalle el mismo dote que yo truje.
LUNA.
¿Á quién, dime, Alagón, no obliga aquesto?

Sale D.ª Juana.

DOÑA JUANA.
Dicen que viene el Rey, señora mía.
DOÑA MARÍA.
Quisiera darte el alma por albricias.
LUNA.
Aquésta es la Florinda deste reino.
ARTAL.
Pues no hay que aguardar más; démosle muerte.
LUNA.
Perdone este sagrado que la guarda.
¡Muera la que inquieta el Real sosiego!

Meten mano á las espadas y alborótase la Reina.

DOÑA MARÍA.
¡Hijos!
ARTAL.
¡Muera!
DOÑA JUANA.
Señora, ¿qué es aquesto?
Tu presencia Real me ampare.
DOÑA MARÍA.
¡Amigos!
LUNA.
Honra da la crueldad con enemigos.
DOÑA MARÍA.
¡Aragoneses hidalgos,
Tened, tened las espadas,
Mirad que vuestra crueldad,
Si la veis ejecutada,
Contra mi pecho se vuelve
Sin haberos dado causa!
¡Mirad, pues que sois leales,
Que dais muerte á la que ama
Don Pedro el Rey, mi señor,
Y que la tiene en el alma!
Perdóname si te ofendo (Á D.ª Juana.)
Que estoy, amiga, turbada.
Mirad que me dais la muerte
Si el Rey viene y no la halla,
Pues ha de creer que he sido
Quien incitó á la venganza.
Dejad que en paz me aborrezca
Y no pierda yo su gracia,
Por la Virgen del Pilar,
Que vuestras murallas guarda.
RODOALDO.
¡Viva el rey don Pedro!
LUNA.
¡Viva,
Y viva edades muy largas!
Y esto es desear su vida,
Y quien no nos sigue, engaña.
DOÑA JUANA.
¡Miente el lisonjero vil,
Que diga que he dado causa
Que el rey don Pedro procure
La inquietud que en Roma trata!
Y en prueba de que es verdad,
Llegad las sangrientas armas;
Mas decid que me matáis
Sólo por ser desdichada.
DOÑA MARÍA.
Muévaos el ver que es mujer.
ARTAL.
Es cocodrilo que engaña,
Habiendo dado la muerte,
Reina, á tu amor y á tu fama.
RODOALDO.
Rómpase el mudo silencio,
Pues que lágrimas no bastan:
¡Teneos, que yo la defiendo
Y Jerusalén la ampara!
ARTAL.
Si en su principio estuviera
Y en ella todas sus armas,
Y todas juntas en ti,
Esta vez no se escapara,
Porque, en favor de la Reina,
Es Aragón quien la mata.

Acuchíllanse.

RODOALDO.
Pues desta suerte se prueba.
LUNA.
Huélgame que sea por armas.
DOÑA MARÍA.
¡Ay, amigo, vete presto,
Éntrate dentro en mi cuadra

Mientras que aplacarlas puedo
Y doy voces á la guarda!

Éntrase Luna por su parte.

Salen el rey D. Pedro y la infanta de Navarra D.ª Elvira.

DOÑA ELVIRA.

Mire Vuestra Majestad,
Pues tanto sabe de amor,
Que no merece rigor
Mi inocente voluntad.
Las joyas que yo he traído,
Reciba en parte de paga,
Hasta que le satisfaga
El que ha de ser mi marido;
Porque será gran blasón
Que llegue el mundo á contar
Que le ayudé yo á pagar
El dote que dió Aragón.
Y tendrá por muy fíel
El amor que le he tenido,
Pues antes dél ser marido
Pago ya deudas por él.
Que si el aborrecimiento,
Perdone que en su presencia
Tenga de mujer licencia,
No diera consentimiento
Por lo que el mundo no ignora,
Aunque más licencia cobre,
Ni él se viera opreso y pobre,
Ni yo en cautiverio agora.

DON PEDRO.

No reporto mis pasiones
Con tan tibios pareceres;
Que argumentos de mujeres
Son sofísticas razones.
Si á Montpeller le he quitado
Y cautivo á Vuestra Alteza,
Nombre que de mi nobleza
Mil leguas está apartado,
No es por mostrar mi pesar,
Pues somos tan desiguales.....
Es porque con prendas tales
Llegue más presto á pagar.

DOÑA ELVIRA.

Pues ya mi pobre valor
Por él pasa á Vuestra Alteza,
Ya que el que á pagar empieza,
Ya se confiesa deudor.
Y ya que haya de quedar
Yo por prenda, sea servido
De librar á mi marido
Porque me pueda librar.
Déle libre á Montpeller
Si se sirve; que yo haré
Que satisfacción le dé.

DON PEDRO.

No pienso que puede ser.
Embárquese Vuestra Alteza;
Que en Barcelona veremos
El medio que dar podemos
Á mi deuda y su tristeza.

Sale Gastón.

GASTÓN.

Ya, gran señor, no hay soldado
Que esté dentro en la ciudad.

DON PEDRO.

Pues ¿quién á esa novedad,
Sin mi orden, ha obligado?

GASTÓN.

¿No me enviaste á mandar
Con tu sello, que saliesen
Y en la ciudad no estuviesen?

Vase Gastón y detiénese á la puerta mirándola.

DON PEDRO.

Volved luego dentro á entrar
Con aceros inhumanos,
Y poné en ejecución
Lo que os mandé; que hay traición
En aquellos tres villanos.
¿Qué hacéis?

GASTÓN.

La puerta han cerrado.

DON PEDRO.

¡Hoy triunfan de mi poder!

Dentro voces:

¡Viva, viva Montpeller,
Pues su señor ha cobrado!

DON PEDRO.

Toca á embestir esa caja,
Y haced que en esta batalla,
Del lienzo de su muralla
Corten todos la mortaja.
¡Qué me hayan los tres burlado,
Ella fué invención sutil!

DOÑA ELVIRA.

De rodillas delante de él.

Si puede otra Abigail
Suspender al que está airado,
Cristiano David, detente;
Suspende la fuerte mano;
Que no es bien, siendo cristiano,
Que mates cristiana gente.

DON PEDRO.

¡Derribad los torreones
Y murallas levantadas,
Porque sirvan, derribadas,
Á mi Estado de escalones!

Asómanse arriba César y D. Guillén, de galanes.

CÉSAR.

Bien te escucharé de aquí.

DON GUILLÉN.

Famoso Rey de Aragón,

Suspende la ejecución
De la guerra contra mí.
  Advierte en lo que ha pasado,
Por quién las armas prevengo;
Que si hoy á Montpeller tengo,
Tu mano me lo ha entregado.
  Y para obligarte, baste
Aqueste caso presente,
Pues no ejecuté en tu gente
Lo que en mi gente mandaste:
  Libre la dejé salir,
Y las puertas he cerrado.

DON PEDRO.

Á no haberme el sello dado,
No os valiera resistir.

CÉSAR.

  No te muestres tan fïel,
Pues la ocasión pasó ya;
Y adonde su Rey está,
Ninguno habla por él.

DON PEDRO.

  La ciudad me has de entregar
Que ya ves en tu poder,
Ó he de embarcar tu mujer
Para que muera en el mar.
  Presente está: si amor tienes,
Determínate al momento.

DON GUILLÉN.

¿De tu riguroso intento,
Á darme las muestras vienes?
  Advierte que entre los dos
Hay bien diferente palma,
Y que el castigar al alma
Sólo es oficio de Dios.
  Olvida el ser inhumano,
Ó diré, viendo el indicio,
Que pues le hurtas su oficio,
Te olvidas de ser cristiano.
  La piedad tu pecho ignora,
Más que bárbaro, infïel,
Que ¿quién pudo ser cruel
Con una mujer que llora?
  ¿Qué de la ciudad previenes,
Moviéndome con crueldad?
¿Qué más hermosa ciudad
Que esa que en prendas me tienes?
  Vuelve á ver, pues me desalma
Las penas que en ella están,
Sus ojos, puertas que van
Al homenaje del alma.
  Portero (1) no es bien que cuentes,
Ya que lo dan mis agravios,
El coral de sus dos labios
Y las perlas de sus dientes.
  En el cielo está preciada,
Y eterno es su original
De esa imagen de cristal
Que tiene un alma engastada.

DON PEDRO.

  Pues que no quieres bajar,
Ya en ella el rigor se emplea;
Si es ciudad, Cartago sea,
Y así haré la cubra el mar.
  Y si mi crueldad te espanta,
Es porque tu pecho ignora
Que una mujer, cuando llora,
Es sirena cuando canta.
  Desde hoy es justa mi guerra;
Que á ser piadoso tu celo,
No dieras ciudad de cielo
Por una ciudad de tierra.
  Y tú de amante desdices
Con esas infames quejas;
Que pues que llevarla dejas,
No tiene el precio que dices.
  Ni esperes que vida cobre
Si es imagen verdadera;
Cúbrala bien la vidriera
Del furioso mar salobre;
  Y pues prenda tan segura
Por tan poco precio dan,
Llama dichoso al caimán
Que le ha de dar sepultura.
  ¡Toquen á leva en la mar!

DOÑA ELVIRA.

¡Esposo del alma mía!

CÉSAR.

¡Detente!

DON GUILLÉN.

César, desvía
Que de aquí me he de arrojar:
  Espera.

DON PEDRO.

Espera la muerte,
Pues que nunca me has creído.

Tiénela abrazada.

DON GUILLÉN.

¿En qué un ángel te ha ofendido (1),
Que la llevas de esa suerte?

DOÑA ELVIRA.

  El alma, esposo, te espera,
Pues que no hay piedad ni ruego;
Y pues que viene hecha fuego,
Bien es que en el agua muera.

Vase el Rey y todos.

DON GUILLÉN.

  Allá iré, sin que me espante
Con furia que el mar prevenga,
Ni rémora que me tenga,
Ni sirena que me cante:
  Mira que el alma me llevan.

(1) El original está confuso. Parece que dice *portero* ó *por tejo*, pero ni de un modo ni de otro hace sentido: tal vez sea *platero*.

(1) *Te ofendió*, dice equivocadamente el manuscrito.

CÉSAR.

Mira que de cuerdo excedes
Y que cobralla no puedes;
Quizá con crueldad te prueban
Para, en viéndonos salir,
Arrojarse en la ciudad:
No es posible use crueldad
Aunque lo llega á decir.

Tocan á leva.

DON GUILLÉN.

¡Fiera mar enemiga,
Séle piadosa al ángel que me llevas,
Si su beldad obliga
Y si á mis penas es razón te muevas,
Y no te obligue, mar, á ser airado
El ser alma de un hombre desdichado!
¡Nave, ataúd de vivos!
¡Nunca llegara tu inventor primero,
Con los leños cautivos,
Á abrir camino al mar furioso y fiero,
Y enseñaras en ella
Á huir de tierra siendo hijos della!
¡Nunca en Alipo hilara
Para tus velas algodón el moro,
Ni la codicia avara
Adorara en el sol, padre del oro,
Viendo que con tus velas
No eres caballo, y corres, ni ave, y vuelas!
Ya no se ven las naves,
Y sólo los penoles se descubren.

TURÍN.

Son encantadas aves.

CÉSAR.

Ven, que montañas de agua nos los cubren.

DON GUILLÉN.

Mal vivirá contento
Quien ve que lleva su esperanza el viento.

Vanse.

Salen la Reina y D.ª Juana.

DOÑA JUANA.

Su Alteza me la ha de dar;
Que no he de ver su presencia
Del Rey.

DOÑA MARÍA.

No he de dar licencia:
En Palacio te ha de hallar.

DOÑA JUANA.

Si no me ha de hallar con vida,
¿No es lo mismo estar ausente?

DOÑA MARÍA.

Tus penas el alma siente
Por ser sin causa ofendida:
Pese á don Pedro de Luna
Y don Artal de Alagón,
Que su enojo y sinrazón,
Si me ayuda mi fortuna,
Que he de ver vengada en ellos
La injuria que aquí me han hecho,
Y lavado y satisfecho
Mi agravio en sus viles cuellos.
La furia de un reino entero,
¿Quién la puede resistir?

DOÑA JUANA.

Mis deudos, que harán morir
Mil reinos.

DOÑA MARÍA.

Tu gusto espero.

Sale Garcerán.

GARCERÁN.

Vuestra Majestad me dé
Sus pies á besar.

DOÑA MARÍA.

El cielo
Te guarde. Álzate del suelo.
¿Viene el Rey?

GARCERÁN.

Dél me aparté
Ayer al anochecer.

DOÑA MARÍA.

¿Viene bueno?

GARCERÁN.

Bueno viene,
Aunque mil pesares tiene:
Déle Dios vida y placer.

DOÑA MARÍA.

¿Satisfízole mi hermano?

GARCERÁN.

Á un grande mal se resuelve:
Presa á su mujer le vuelve,
Que enternece el aire en vano.

DOÑA MARÍA.

¿Atreveréme á hablalle?

GARCERÁN.

Pienso que le estará bien;
Y aunque le muestre desdén,
Vuestra Alteza sufra y calle;
Que Dios, que á su cargo tiene
Su mal, hará de manera
Que la estime y que la quiera,
Aunque tan furioso viene.

DOÑA MARÍA.

Traten del recibimiento
Luego al punto.

GARCERÁN.

Hame mandado
Que no se ponga cuidado
En cosa que dé contento;
Porque no quiere escuchar
Ni música ni alegría,
Y para no entrar de día,
Pienso se tendrá en la mar.
Suplico á Tu Majestad.....
Doña Juana, ¿qué ha tenido,
Que pienso que ha enmudecido?

DOÑA MARÍA.

Efecto es de una crueldad

Que con ella se ha intentado,
Que los nobles de Aragón
Ponen en ejecución
Ver al Rey della apartado.
Hanla querido matar
Y no puedo reportalla,
Y por eso llora y calla;
Pero llégala á hablar.

GARCERÁN.

Bien sabes que de tu parte
He estado siempre, señora.

DOÑA MARÍA.

Tu voluntad no se ignora.

GARCERÁN.

Da licencia que me aparte
Á saber de su salud.

DOÑA MARÍA.

Ruego que al Rey no le diga
Esta pasión enemiga,
Por no alentar su inquietud.

Hace reverencia y va adonde está D.ª Juana.

GARCERÁN.

Dé Dios á Vueseñoría
El gusto que no ha mostrado,
Que á este su criado ha dado
No poca pena, á fe mía;
Y si importa que mi espada
Se oponga contra la furia
Que pretende hacelle injuria,
Bien sabe que es abonada.

DOÑA JUANA.

Y los que el daño me han hecho,
Crean que se ha de llegar
Día en que me vea pagar
Sin que se ablande mi pecho.

GARCERÁN.

Ya viene el Rey con el gusto
Que siempre de vella tiene,
Mas crea que no conviene
Dalle á entender su disgusto,
Que la Reina ha de pagar
Su disgusto, y no es razón
Que, no dándole pasión,
Llegue á verse despreciar.

Salen D. Artal y D. Pedro de Luna.

ARTAL.

Vuestra Majestad le dé
Albricias á quien las gana;
Que ya se mira lozana
La armada.

DOÑA MARÍA.

Yo las daré;
Puesto que de mí sabéis
Que es mi pobreza crecida,
Pues os he dado mi vida
Para que me la guardéis.

DOÑA JUANA.

Y el cielo me es buen testigo
Que, á ser una vil ramera,
Garcerán, no se hiciera
Lo que se ha hecho conmigo.
¿Qué estados al Rey quité?
¿Á qué grandes perseguí?
¿Qué deudos enriquecí,
Ó qué hacienda en mí se ve?
Que aborrezca á su mujer
Por mostrar en su pasión
Que no tiene inclinación,
Que es la vida del querer.
¿Está en mi mano el desvío?
¿Soy yo Dios, que he de movello
Á que sujete su cuello,
Siendo libre su albedrío?
¡Vive Dios! Perdóneme él
Que, con mi pena y cuidado,
Juro lo que no he jurado;
Que me han de ver tan cruel
Satisfaciendo mi honor,
Puesto que hay justicia y ley,
Que me ha de temer el Rey,
Aunque es efecto traidor.
Sabe Dios, y él es testigo,
Que le procuré mover
Á que quiera á su mujer
Y no se muestre enemigo;
Y en medio de mi pasión,
Lo habrán de ver esta noche,
Cuando encubra de su coche
Sus bellos rayos Faetón.

GARCERÁN.

Qué ¿tan libres estuvieron?

DOÑA JUANA.

Para una mujer, espadas,
No estando desenvainadas
Para enemigos que vieron.

Sale Rodoaldo.

RODOALDO.

Ya el Rey ha desembarcado,
Y en Palacio viene entrando.

DOÑA MARÍA.

Y el alma le está aguardando;
No os apartéis de mi lado.

Salen el rey D. Pedro, Gastón, Torrellas, D.ª Elvira y todos los que pudieren.

DON PEDRO.

Quitaré ¡por Dios! la vida
Á cuantos la han disgustado.

LUNA.

Al Rey se lo han ya contado:
No te des por entendida.

DOÑA MARÍA.

De rodillas.

Deme Vuestra Majestad
Sus manos, si las merezco.

DON PEDRO.
Su hipocresía aborrezco:
Del suelo, señora, alzad,
Y en vuestro cuarto apartada
Desde hoy estad, sin que os vea.

DOÑA MARÍA.
Lo que Tu Alteza desea,
En mí es ley ejecutada;
De suerte obedeceré
Por ti, en quien mi bien se emplea,
Que si al sol mandas no vea,
Al mismo sol no veré.

DON PEDRO.
Y harás mi gusto ansí,
Porque es tal mi aborrecer,
Que al sol no quisiera ver
Por saber que te ve á ti.
Doña Juana, ¿que es aquesto?
¿Tan lejos estaba yo,
Que ha habido quien se olvidó
Que mi vida en vos he puesto?

DOÑA JUANA.
Señor, indispuesta estoy;
Que no ha habido otra ocasión
De hallarme compasión:

De rodillas.

Déme sus manos.

DON PEDRO.
Sí doy,
Para alzaros y vengaros,
Si me costase la vida,
Que sabéis tengo ofrecida
Á esos bellos ojos claros,
En mi cuarto esperaré,
Y don Guillén de Alcalá
Con secreto os llevará,
Y allí el enojo sabré.

Llega Rodoaldo.

RODOALDO.
Aquí este pliego traía
De Jerusalén, y sé
Que negociar no podré;
Mas cumplo con quien me envía.

DON PEDRO.
¿Es liga ó favor?

RODOALDO.
Sí era,
Á casar, como querían,
Con su Reina; á esto me envían.

DON PEDRO.
¡Pluguiera á Dios que pudiera!

RODOALDO.
Guarde, pues Dios te la dió,
Á tu esposa.

DOÑA MARÍA.
¿Hay mayor pena?

Vase.

DON PEDRO.
Guardárala enhorabuena,
Y no la guardara yo.
¿Quién sois?

ARTAL Y LUNA.
Aragón.

DON PEDRO.
Y ¿á qué
Á Cataluña ha venido?

ARTAL.
Á mostrar que te ha servido.

DON PEDRO.
Su nobleza y lealtad sé.
Y ¿Aragón pide de muerte
Á una mujer principal?

LUNA.
Pide que estorbes el mal
Que causa, que es grave y fuerte.

DON PEDRO.
¿Han de gobernarme á mí?

ARTAL.
No te gobiernan, suplican;
Y si á tu gusto replican,
Es porque se ven sin ti (1).
La Reina, señora nuestra,
Quiere y pide, que es razón,
Y en pedírtela Aragón.
Su mucha lealtad te muestra.

DON PEDRO.
Mañana os responderé;
Quizá la muerte ha llegado
De la que habéis amparado.

LUNA.
Sujeto Aragón se ve
Á lo que dél dispusieres,
Mas su Reina ha de amparar,
Mientras no llegue á agraviar
El respeto ó causa vieres.

DON PEDRO.
¡Vive Dios, que mi pasión
En ella ejecute ya!

ARTAL.
Si hay causa, te ayudará.

DON PEDRO.
¿Quién sois los dos?

ARTAL Y LUNA.
Aragón.

ARTAL.
Antes de aquesta jornada,
Alagón y Luna fuimos;
Mas después que á ella vinimos,
Es Aragón nuestra espada.

DON PEDRO.
Yo á Aragón responderé,
Y quizá le pesará.

LUNA.
Sujeto á tu gusto está,
Y es alfombra de tu pie.

Vanse.

(1) *Saben*, escribe Wolf, equivocadamente.

DON PEDRO.
Venid, que mi pena grave
Me lleva para morir.
¡Vive Dios, que has de vivir
Aunque mi reino se acabe!

DOÑA ELVIRA.

Á D.ª Juana en entrándose todos:

Consuélese con que Dios
De sus cosas se ha encargado.

DOÑA MARÍA.
Para aliviar mi cuidado,
Basta ver el de las dos.
¿Cómo Vuestra Alteza viene?

DOÑA ELVIRA.
Vïuda, sin ser casada;
Que una mujer desdichada,
Jamás buen suceso tiene.

DOÑA JUANA.
No importa que esté delante
La Infanta, señora mía,
Pues que se ha llegado el día
En que mi lealtad espante:
Entienda el mundo que he sido
Leal, y agraviada estoy,
Y que doña Juana soy
Y amor al Rey no he tenido.
Su Majestad ha de entrar
Esta noche al aposento
Del Rey; que este atrevimiento
En su bien ha de parar;
Ninguna luz ha de haber;
Procure, con voz fingida,
Mostrársele enternecida.

DOÑA MARÍA.
Medrosa, no he de poder:
Ven, y un manto te pondrás
Y las dos te llevaremos,
Y en la puerta aguardaremos,
Que son ya las once y más;
Y á don Guillén de Alcalá
Diremos este secreto;
Que éste sabe, y es discreto,
Y al efecto ayudará.

DOÑA ELVIRA.
Dios te dé su paz, que ha sido
Por quien siempre vive amor.

DOÑA MARÍA.
Y á ti tu esposo y señor.

DOÑA JUANA.
Y á mí el honor que he perdido.

ACTO TERCERO.

Salen Vidabre y D. Pedro Torrellas.

TORRELLAS.
¿Al fin parió la Reina?

VIDABRE.
Un bello infante,
Un ángel de hermosura milagrosa.

TORRELLAS.
Y ¿no ha aplacado el Rey?

VIDABRE.
¿Cómo aplacado?
Si bien supiese cómo están las cosas,
En ley de noble, quedará suspenso.

TORRELLAS.
Suplico á Vuestra Señoría que me cuente
Las novedades, que holgaré de oillas.

VIDABRE.
Vuestra merced se ausentó
Cuando el Rey llegó á este puerto,
Y don Artal de Alagón,
Y el de Luna, aquí vinieron,
Y dar la muerte intentaron
Á doña Juana, soberbios.
Pues ella, por abonarse
Y quietar aquestos reinos,
Usó de un ardid, guiada
De los poderosos cielos;
Que siempre Dios, que los mueve,
Guía los justos intentos;
Y don Guillén de Alcalá
Es quien sabe estos sucesos.
Mandó el Rey que á doña Juana
Le llevase á su aposento
Cuando el palacio estuviese
Sin luz y en mayor silencio;
Y ella, que siempre ha temido
Las inquietudes que hoy vemos,
Á la Reina persuadió
Que en su lugar éntre dentro,
Que habiendo de estar obscuro,
Y hablando poco y quedo,
Sería fácil de engañarse
Nuestro Rey, amante tierno.
Previno para testigos
Fidedignos caballeros,
Sin declararse hasta agora,
La furia del Rey temiendo,
Porque á muchos, de Palacio
Los ha desterrado y muerto,
Ofendido de que hiciesen
El justo y piadoso trueco.
Al fin, como se intentó,
Vino á tener el suceso,
Velando las nobles guardas

Con un profundo secreto;
Y antes que riese el alba
De la confusión del suelo,
La Reina, con mil temores,
Dejó el engañado lecho;
Y viendo que si callaba,
Su honor corría detrimento,
Dijo al salir: «Sed testigos,
Por si obra Dios sus misterios,
Que es la Reina de Aragón
Quien sale deste aposento.»
Levantóse el Rey corrido,
Y los hidalgos huyeron;
Pasáronse algunos días,
Y como es partero el tiempo,
De la Reina declaró
El preñado al descubierto;
Causó más ira en el Rey,
Tanto, que á los meses ciertos
Parió la Reina, y estando
En la cama el ángel bello,
Sin ver quién, aunque hay indicios,
Dejaron caer del techo,
Hacia la cuna, una peña
De más de un quintal de peso;
Mas Dios, que al infante guarda,
Llegó á hacer el tiro incierto.

TORRELLAS.

¡Válgame Dios! ¿Es posible
Que cabe en humano pecho
Tanta crueldad contra un ángel?
Y ¿qué nombre le pusieron?

VIDABRE.

Alfonso quería su madre,
Como se llamó su abuelo,
Y los nobles de Aragón,
Como su padre, don Pedro,
Que ya entonces le guardaban,
Otra malicia temiendo;
Y al Rey suplicaron todos
Diese nombre á su heredero;
Y por no dar á entender
El odio que está en su pecho,
Mandó que con doce velas
Pongan doce candeleros
Con los nombres de los doce
Del soberano Colegio,
Y que el nombre de la vela
Que más tardase en su fuego,
Fuese el que al Príncipe den:
Encendiéronse al momento,
Y quedó dellas Santiago,
Y así, Jaime le pusieron.
Hace el Rey muy gran pesquisa
Cada día, de secreto,
Por ver quién la acompañó;
Mas callan como discretos.
Y Aragón pide á su Reina
Aplaque Dios este fuego,
Que amenaza con su furia
Un triste y confuso incendio.

TORRELLAS.

Y de Montpeller, ¿qué ha habido?

VIDABRE.

En un pequeño aposento
Está la Infanta llorando
Y dando quejas al viento.
Han venido embajadores,
Y por último concierto
Se le hace donación
De Montpeller, y con esto
Pienso que se entregará.

TORRELLAS.

Con el alma lo deseo.
¿Doña Juana?

VIDABRE.

Retirada.
Y adiós; que sale á Consejo
El Rey, y no será justo
Que hablando nos estemos.

TORRELLAS.

Sírvase Vueseñoría
Verme hoy en el terrero.

VIDABRE.

Tengo mil quejas que dalle.

TORRELLAS.

Bien sé que culpa no tengo.

Salen el rey D. Pedro y D.ª Juana, y cantan los músicos.

Cantan:

Como otra Venus en Chipre,
Aunque era más casta que ella,
Llorando está doña Blanca
En las huertas de Sidueña.

DON PEDRO.

¿Quién son aquéstos que cantan?

DOÑA JUANA.

Los músicos de la Reina.

DON PEDRO.

Consuélese, pues que ve
Que no arrastra sus cadenas.

Cantan:

Por amante la aborrecen,
Y para aumentar sus penas,
Hierros de doña María
Le labraron la cadena.

DOÑA JUANA.

Al Príncipe mi señor,
Debe de hacelle fiestas.

DON PEDRO.

¡Enviara el cielo un rayo
Que á entrambos los deshiciera!

Dentro:

DOÑA MARÍA.

En vida de vuestro padre
Tengáis, Jaime, dicha buena,

Que aunque yo os falte, con él
Buena ventura os espera.

Cantan:

De sus ojos ofendidos
Reciben las flores perlas,
Que derretidas del sol,
Parece lloran por ella.

DOÑA JUANA.

Ya parece que se van.

DON PEDRO.

No importa cuando estén cerca.

Cantan:

Mas poco sirven quejas,
Que donde no hay amor, piedad no reina.

Dentro se irán desviando, de modo que parezca que se han ido.

DON PEDRO.

Ya parece que se han ido,
Y es harto, si bien se advierte,
Que haga cosa en que acierte
Aquel que es aborrecido.
Quejoso he estado de ti,
Y aunque me obligó pasión,
Pienso que tengo razón,
Ó no vive amor en mí;
Y será muy grande error
Que este efecto en mí prevenga,
Pues cuando razón no tenga,
Sé cierto que tengo amor;
Y supuesto que se ve
En mí, como has advertido,
Habré de culpar tu olvido,
Paga injusta de mi fe.
Por él, cómplice te has hecho
En el ciego atrevimiento
De llevar á mi aposento
La que no vive en mi pecho;
Y si abona tu opinión
No ser traza de las dos,
Pienso decir ¡vive Dios!
Que en este parto hay traición.
¿Por qué encubrir de tal suerte
Sus nombres los que lo vieron,
Y contra mi gusto fueron,
El caso penoso y fuerte?
Demás desto.....

DOÑA JUANA.

Dé licencia,
Si en algo se satisface,
Que á los cargos que me hace
Satisfaga, y déme audiencia:
Con quererme Vuestra Alteza
No me libro de la culpa,
Que en mí el vulgo no disculpa,
Olvidando mi nobleza;
Que como no ignoran nada,
Tanto en el mundo aprovecha
El carecer de sospecha
Como el no vivir culpada;
Retíreme por vivir,
Porque no hay pecho tan fuerte,
Que de una violenta muerte
No se quiera resistir;
Si á la Reina acompañara,
Traición piadosa habría sido,
Pues á pesar del olvido,
Don Jaime me disculpara;
Y pudiera ser que hubiera
Algún testigo abonado
Á no temer verte airado.

DON PEDRO.

Viéndole noble, no hiciera.

DOÑA JUANA.

La Reina, al fin, ¿había de ir
Sola donde no era amada?
Porque era ofrecer la espada
Para quitarle el vivir;
Sosiegue Tu Majestad
La inquietud que yo he causado;
Que el tiempo tiene cuidado
De no encubrir la verdad,
Y déme, porque sosiegue
En un convento, licencia.

DON PEDRO.

Será no ver tu presencia,
Querer que al morir me entregue.
Y ¡por vida desos ojos,
Á quien el alma he entregado,
Y en pago de tu cuidado
Tengo en ella tus enojos,
Que me digas los que han sido
Cómplices en mi disgusto,
Puesto que con celo justo.....

DOÑA JUANA.

Á ninguno he conocido.

DON PEDRO.

Es imposible que fuese
Persona alguna con ella,
Y dudando he de ofendella,
Y á mí mismo, aunque me pese.

DOÑA JUANA.

Si no temiera el morir,
Quizá alguno se aclarara.

DON PEDRO.

Y que esa duda cesara
Y fuera acaso fingir

DOÑA JUANA.

Déme Vuestra Majestad
Palabra de no ofender
Ni llegar á conocer
Á quien pruebe esta verdad;
Que yo sospecho de alguno
Que se atreverá á probar
Como vió á la Reina entrar
En tu cuarto, y aun más de uno.

DON PEDRO.

Pues ¿cómo se ha de emprender

Para aplacar mi deseo?

DOÑA JUANA.

Haz que se ordene un torneo,
Fingiendo tener placer
De que la Reina ha parido
Tan milagroso heredero;
Que desta suerte yo espero
Que te muestra quien lo vido;
Pero tienes de jurar
Lo que he dicho.

DON PEDRO.

Yo lo haré.
Mi Real palabra y fe,
Segura les puedes dar:
Con saber que hay quien lo vido,
Quedaré algo más seguro;
Y no conocello juro,
Por la fe que en mí ha vivido.
Con saber que hubo testigos
De que la vieron entrar,
Al alma podré quitar
Mil recelos enemigos;
Que para llegar á vellos (Aparte.)
Sin quebrarlo, que he jurado,
Industria dará el cuidado
Para dividir sus cuellos.
Y para que eches de ver
Que deseo sosegar
Con mi reino tu pesar,
Quiero una industria emprender,
Y es decir que te ha pedido
Por mujer, con tierno amor,
El extraño embajador
Que á Barcelona ha venido.
Aquéste te ha de llevar
Fingidamente á Gerona,
Y cuando de Barcelona
Á Aragón se vea ausentar,
Jurando lo que me piden,
Podré, encubierto, ir á verte,
Si no me impide la muerte
Tras del gusto que me impiden.

DOÑA JUANA.

Será, señor, acertado.

DON PEDRO.

Tengo á Rodoaldo por fiel,
Y así, he de poner en él
Hoy el fin de mi cuidado,

DOÑA JUANA.

Mi dicha veré llegar, (Aparte.)
Si aquesta ocasión se llega,
Y si él de burlas me entrega,
De veras me ha de llevar.

DON PEDRO.

¿Cuándo el torneo ha de ser?

DOÑA JUANA.

Bien poco hay que prevenir.
Mañana.

DON PEDRO.

Habrán de morir (Aparte.)
Los que impiden mi placer;
Y el que tu gusto procura,
Bien puede hoy gozar tus brazos,
Pues en tan dichosos lazos
El alma vive segura.
Bien es vuelva á ser dichoso,
Porque la envidia se asombre.

DOÑA JUANA.

Perdone Rodoaldo el nombre (Aparte.)
Que el alma te da de esposo.

Llegan á abrazarse, y sale la Reina con el Príncipe en los brazos, y Artal y Luna con ella, y viéndolos se detienen.

DOÑA MARÍA.

Deteneos, por Dios, amigos.
No le impidamos su gusto,
Que es efecto de enemigos.

LUNA.

¡Que nos haga el cielo justo
De aquesta crueldad testigos!

DON PEDRO.

Yo acabaré tu pesar
Con el de mi breve ausencia.

DOÑA MARÍA.

Si á mi Rey no veo acabar,
La mina de mi paciencia
Pienso que ha de reventar.

ARTAL.

Si Su Majestad no hiciera
Que se impidiera su muerte,
Ágora en quietud se viera.

DOÑA MARÍA.

Y aumentara de esa suerte
Mi tormento y pena fiera.

DOÑA JUANA.

La Reina viene, señor,
Y Artal y Luna con ella.

DON PEDRO.

No tiene fuerzas amor,
Pues no vence de mi estrella
El vil infausto temor.
Por mi gusto y mi contento,
Sea mañana el torneo,
Porque tenga fin mi intento.

DOÑA JUANA.

Será como lo deseo,
Por acabar mi tormento.

DON PEDRO.

Guárdete el cielo.

DOÑA JUANA.

Y te dé (Aparte.)
Vida donde no te vea.

DON PEDRO.

Dé el amor vida á tu fe.

DOÑA JUANA.

Si es como el alma desea,
Por él mi quietud veré.

DON PEDRO.

¡Que no tenga libertad
Un rey, ni tenella pueda!

Llegan.

LUNA.
Dios guarde á Tu Majestad.

DON PEDRO.
¿Qué proposición os queda?
Peticiones acabad.
La Reina esté persuadida
Que deseo su placer.

DOÑA MARÍA.
Déte el cielo larga vida.

DON PEDRO.
¡Lo que dura una mujer (Aparte.)
Si á ser llega aborrecida!

LUNA.
Viendo, señor, Aragón
Á Tu Majestad con guerras,
Por tener satisfacción
Que de ti no le destierras,
Efectos de su afición,
Suplica que des licencia
Para que se críe en ella
Don Jaime; que su presencia,
Puesto que es pequeña estrella,
Le dará luz en tu ausencia.
Y la Reina, mi señora,
Podrá con él asistir,
Porque el reino, que la adora,
Con ella pueda sufrir
Tu ausencia, que tierno llora,
Por ver que siempre ha tenido
Presente su Rey amado,
Y tan venturoso ha sido,
Que en él el cetro han tomado
Y en él su Estado han regido.

DON PEDRO.
Si gusta la Reina dar
Su hijo, entréguele luego;
Y si se quiere ausentar,
Muéstrese piadosa al ruego
De quien la sabrá agradar.
Y porque entienda Aragón
Que ha ofendido á una mujer
Que debe pedir perdón,
Aunque no lo debo hacer,
Le he de dar satisfacción.
Mañana se ha de casar,
Porque importa á mi corona
Su esposo la ha de llevar
Al punto, de aquí á Gerona,
Si no los detiene el mar.
Y en lo que toca á pedir,
Lleve mi corte Aragón;
Por ahora se ha de impedir,
Pues ya mi coronación
Pudo el Papa concluir;
Demás de que le iré á ver,
Y á satisfacer sus quejas,
Si algunas puede tener.

ARTAL.
Desde hoy, gran señor, nos dejas
Con gloria, con nombre y ser.

De rodillas.

LUNA.
Pon, señor, tus pies reales
En nuestros cuellos, que es justo.

ARTAL.
Nunca por favores tales
El tiempo venza tu gusto,
Y al mismo en edad te iguales.

DON PEDRO.
Alzad, amigos, alzad;
Que yo estoy muy bien servido
De tan justa voluntad,
Y el amor he conocido
De vuestra noble ciudad.

DOÑA MARÍA.
Ya que tu cristiano amor
Cualquiera desdicha impide,
Y á mí me quita el temor,
Hoy, por mí, tu hijo pide
La primer merced, señor.
Ángel es, y será justo
Que de la paz lo haya sido
De su tío, si el disgusto
Tiene ya en tu pecho olvido;
Que él ofrece hacer tu gusto.

DON PEDRO.
Yo lo veré, y se hará
Como convenga á los dos,
Si satisfacción me da.

DOÑA MARÍA.
Aumente tu vida Dios,
Pues en él la vida está.

Sale Rodoaldo.

RODOALDO.
Pienso que será ocasión,
Delante destos testigos,
De doña Juana enemigos,
De proponer mi pasión.
Beso á Vuestra Majestad
Los pies.

DON PEDRO.
Seáis bien venido;
Que vuestra venida ha sido
Certeza de mi verdad.
¿Cuándo os habéis de partir
Con vuestra esposa?

RODOALDO.
Señor,
Mi movimiento mayor,
Su mano le ha de regir.

DON PEDRO.
Concede en lo que escuchares,
Que me importa: ya te dí
Por tu doña Juana el sí.

LUNA.
Ya murieron tus pesares.

ARTAL.
El cielo dió á tu temor
Muerte.

DOÑA MARÍA.
Ruegos lo han hecho

Del ángel que está en mi pecho,
Á quien Dios hace favor.
No en balde amo á Barcelona,
Pues tal bien en ella veo.

DON PEDRO.

Goza tu dichoso empleo
Y de ese amor la corona.
Si os queda que proponer,
Decildo y dejadnos solos.

RODOALDO.

¡Sol, que al que corre los polos
En beldad puedes vencer,
Saca desta confusión
Á un alma triste, afligida,
Que es el pulso de su vida!

DOÑA MARÍA.

Abreviar la dilación,
Merezca tener licencia,
Que de doña Juana yo
El dote.....

DON PEDRO.

El cielo le dió
El dote con su presencia;
Demás, que á mi cargo está,
Como de vella casada,
El envialla dotada.

DOÑA MARÍA.

Es ansí.

Vanse.

DON PEDRO.

Aquí me dejá:
Rodoaldo, no te fiara
El secreto que te fío,
Si no viera el amor mío
De tu valor muestra clara:
Bien sabes lo que es amor.

RODOALDO.

Ciencia es que quieren los cielos (Aparte.)
Que la curse entre los celos
Que ha leído mi temor.
Bien sé, señor, por mi mal,
Qué es amor y adónde llega.

DON PEDRO.

Pues quien el suyo te entrega,
Favor te hace sin igual.
Ya sabes que en doña Juana
He puesto todo mi sér,
Pues lo habrá dado á entender
La voz del vulgo inhumana;
Pues ésta te entregaré,
Y de aquí la has de llevar
Donde yo te he de ordenar.

RODOALDO.

Digo que la llevaré.

DON PEDRO.

Nombre de esposo te he dado
Por ver mi reino quietar
Y por poder publicar
Que de veras la has llevado.

RODOALDO.

Sosiega, pues de mí esperas;
Que yo lo haré de modo,
Que entienda tu reino todo
Que la he llevado de veras;
Que deseo tu favor.

DON PEDRO.

Pagaré el tiempo que pierdes;
Yo haré que de mí te acuerdes,
Sirviéndote con valor;
Serás mi dueño y amigo,
Y no olvidar me prometo.....
No es este lugar secreto,
Sígueme.

RODOALDO.

Tu gusto sigo.

Vanse.

Salen D.ª María y D. Guillén, alborotados.

DOÑA MARÍA.

Pasa lo que digo, hermano:
Al Papa de nuevo escribe
Que la crueldad que en él vive
Hace mi delito llano.
¿De qué sirve haber entrado,
Siendo tu intento dichoso,
Con hábito religioso
En mi cuarto disfrazado,
Entendiendo sosegar
Las guerras de Montpeller,
Si airado das á entender
Lo que te importa callar?

DON GUILLÉN.

El hábito que vestí
Y el vestido que he mudado
Hoy mi agravio ha mudado (1)
En un loco frenesí.

DOÑA MARÍA.

. . . . (2)
Y si fué crueldad, es cierta,
Pues la sospecha encubierta,
Á voces saca á la plaza;
Que el torneo que ha trazado
Es no más de por saber
Si hubo quien me pudo ver
Á su aposento cerrado.
Puesto que hay quien verlo pudo,
Temen su rigor, que es fuerte;
Si salen, temo su muerte;
Si no, mi honor temo y dudo.

DON GUILLÉN.

¡Ah, desamor, lo que puedes!
¡Por el mismo cielo juro,
Reina, de tu honor seguro,
Y porque segura quedes;
Por mi honor, que vive en ti;

---

(1) Rima repetida.
(2) Falta un verso.

Por la pena con que peno;
Por la ley que obliga al bueno
Á no haber ofensa en sí;
Por mi amor, gigante fuerte,
Pues me tiene deste modo,
Y por Dios, que es más que todo,
Pues él da honor, vida y muerte,
Que armado me he de oponer,
No sólo en mal tan crecido,
Á que no le has ofendido,
Sino á que no has de ofender!

DOÑA MARÍA.

¡Detente!

DON GUILLÉN.

¡Suelta la mano!

DOÑA MARÍA.

No hables.

DON GUILLÉN.

Cierra los labios;
Quien por miedo sufre agravios,
Ó es cobarde ó es villano.

DOÑA MARÍA.

¡Hermano, hermano, señor,
Que te reportes te pido!

DON GUILLÉN.

¡Rayo soy que han despedido
De la esfera de mi honor!

DOÑA MARÍA.

¿Saldrás solo?

DON GUILLÉN.

¿Qué he de hacer?

DOÑA MARÍA.

Lleva alguno.

DON GUILLÉN.

Á mi razón.

DOÑA MARÍA.

Y ¿es fuerte?

DON GUILLÉN.

Si no hay traición.....

DOÑA MARÍA.

No la hay.

DON GUILLÉN.

Pues podré vencer:
Solo he de salir armado,
Porque no tiene en tal día
Ni favor ni compañía
El pobre ni el desdichado.

DOÑA ELVIRA.

Mira que te han de matar,
Y pues no te han conocido,
No entregues á un ofendido
Armas que te han de acabar.

DON GUILLÉN.

Mi bien, y si no saliesen,
De temor, los caballeros,
Porque entre rigores fieros
El que tiene el Rey temiesen,
¿Quedaré bueno afrentado?
¿Será bien que sea culpada
Á mi hermana desdichada
Y en poder del vulgo airado?
¿He de sufrir mi deshonra
Por respetar al amor?
¡Mal haya el que por temor
Deja de cobrar su honra!
¡Cuánto mejor me será
Entregar mi vida al fuego!
¡Déme mil muertes, y luego
Pruebe el Rey si honrada está!
Si no gustas de esta suerte
Que salga, y he de morir,
Déjame á voces decir
Quién soy, y denme la muerte.

DOÑA MARÍA.

¡Hermano, hermano, por Dios!

DOÑA ELVIRA.

¡Esposo del alma mía,
Aunque es ciega tu porfía,
Parte y muramos los dos!

CÉSAR.

Oye: no te persüado
Á que dejes de salir,
Aunque pones el vivir
En poder de un Rey airado;
Yo quiero salir contigo,
Pero no te has de mover
Hasta que llegues á ver
Si hay en tu abono testigo;
Y en caso que no saliese
Y el Rey quisiese afrentar
La que tanto debe honrar,
Porque el cielo lo quisiese,
Oponte á cualquier rigor,
Declárate allí, y muramos,
Pues ya de la muerte estamos
Tan cerca con el temor.

DON GUILLÉN.

Y ¿he de tener sufrimiento?

CÉSAR.

Si ciega resolución
Lleva, señor, tu pasión,
Nunca saldrá bien tu intento.
Sosiega, señor, el pecho,
Y advierte, entre tu porfía,
Que donde razón no guía,
No hay efecto de provecho.

DON GUILLÉN.

Digo que sea de suerte,
Aunque en nada espero dicha;
Que es más fuerte la desdicha
Que el amor y que la muerte.
¡Nunca nacieras hermosa
Ni te llegara á mirar,
Pues para mayor pesar,
Ni aun por yerro eres dichosa!
Y se muestra en el rigor
Que hoy el Rey usa contigo,
Que es ya la beldad castigo,
Y culpa el tener amor.
Queda, doña Elvira, adiós.

DOÑA ELVIRA.

Él mismo guarde tu vida.

DON GUILLÉN.
Cuéntala ya por perdida.
DOÑA MARÍA.
Y en ella la de las dos.
César amigo, refrena
El dolor que le atormenta
Y con su vida ten cuenta;
Que mi amor siente su pena.
DON GUILLÉN.
¡Desdichada fué tu estrella!
DOÑA ELVIRA.
Y la mía mal segura.
DOÑA MARÍA.
Por demás busca ventura
La que ha nacido sin ella.

Vanse por diferentes partes ellas y ellos.

Salen el rey D. Pedro, Torrellas y Garcerán.

GARCERÁN.
Ya el patio está apercibido,
Caballo, cajas y gente.
DON PEDRO.
Pues en la ocasión presente
Está mi bien prevenido.
¿Ya dices que habrá zarpado
Rodoaldo con doña Juana
Á Gerona?
GARCERÁN.
Salió ufana
Su galera.
DON PEDRO.
¡Bien ha estado!
Cuando ya en el patio vieres
Los que quieren combatir,
Has de llegarme á decir
Que con varios pareceres
Y con temeroso intento
Rodoaldo se la llevó,
Porque sospechó que yo
Impidiese el casamiento.
Yo fingiré que he holgado
Que saque de aquí tal fuego,
Y tú, muy airado y ciego,
Culpa el no verme vengado.
Satisfaráse Aragón
De que amor no le he tenido,
Y en habiéndose partido,
Verá premio mi afición;
Y aunque me veas enojar,
Está siempre en persuadirme.
GARCERÁN.
En mi intento estaré firme
Como peña al sordo mar.
DON PEDRO.
Pues que ya lo has entendido
Parte.
GARCERÁN.
Yo haré lo que debo.

DON PEDRO.

Á Torrellas, en yéndose Garcerán:

Hoy en tu cuidado pruebo
Lo que mi amor ha podido:
Para tener ocasión,
Roberto, de disgustarme,
De que han querido forzarme
Y torcer mi inclinación,
Llega á hablarme en secreto,
Yo fingiré que te he oído;
Que don Guillén ha venido
Á intentar, como indiscreto,
Darme muerte; y deste modo
Podré hacer que se descubran
Y que la verdad no encubran.
TORRELLAS.
Ya, señor, estoy en todo.
DON PEDRO.
¿Hay disculpa de haber dado
Palabra de no los ver?
Que deseo conocer
Los que mi enojo han causado;
Que los han de ver morir,
Pues quieren forzar mi amor.
TORRELLAS.
Ya es oriente el corredor.

Suenan cajas y trompetas ó chirimías: siéntase el Rey; parecen á un corredor D.ª María y D.ª Elvira; entran arrebozados con bandas, Artal, Luna, don Guillén, César, y Turín del mismo modo, y los que puedan acompañen al Rey.

DOÑA MARÍA.
¡Triste fiesta y triste día,
Pues á tal punto ha llegado!
DOÑA ELVIRA.
¿Si es don Guillén el que ha entrado?
DOÑA MARÍA.
Guárdele Dios, pues le guía.
DON PEDRO.
Cuatro son los que se hallaron,
Según que llego á mirar,
Los que me dieron pesar
Y por su mal lo intentaron.
LUNA.
Toma el puesto y empecemos;
Que amigos deben de ser.
ARTAL.
Bien es mostrar el placer,
Luna, por quien nos movemos:
No toquéis, cajas; parad.

Sale Garcerán.

DON PEDRO.
¿Qué es, Garcerán, lo que obliga
Á que suspendas la fiesta
Que así á mi amor regocija?

GARCERÁN.
Decir, señor, que Rodoaldo,
De quien Tu Alteza se fía,
Se ha llevado á doña Juana
Temeroso de que impida
El ser su esposo, sabiendo
Que obligación le tenía.
DON PEDRO.
Antes debes aumentar
Esta fiesta prevenida,
Pues satisfago á Aragón,
Que es su sospecha mentira.
GARCERÁN.
Advierte que la ficción
Es verdad.
DON PEDRO.
Di más.
GARCERÁN.
No digas
Después que yo te he engañado;
De veras el mar camina.
DON PEDRO.
Verá Aragón que sin causa
De mi lealtad se retira.
GARCERÁN.
¡Vive Dios, que va de veras!
DON PEDRO.
Di mas.
GARCERÁN.
¡Bien, por Dios, me animas!
DOÑA MARÍA.
¡Trague el mar su grueso leño!
CÉSAR.
Señor, ¿no te regocija
La nueva que has escuchado?
DON GUILLÉN.
Mil enemigos me quita.
DOÑA MARÍA.
¡Rómpase en un pardo escollo,
Desde la gavia á la quilla,
Su galera, y su sepulcro
Sea del mar la arena fría!
LUNA.
¡Ayude el viento á sus velas!
ARTAL.
¡Muéstrese la mar tranquila!
DON PEDRO.
Muy bien finges, Garcerán;
Tus nuevas me regocijan.
GARCERÁN.
Ya siento que me encargases
Esa embajada prolija;
Que ¡vive Dios, que es verdad
Que á Jerusalén camina!

Sale Torrellas.

Advierta Tu Majestad
Que debe estar advertida,
Porque está dentro en la sala.
DON GUILLÉN.
¡Ampare el cielo mi vida!
DOÑA ELVIRA.

Llega y háblale en secreto.

No podrás decir que ya
No tuviste alguna dicha.
DON PEDRO.
¡Que don Guillén está dentro
Y que ese intento le guía!
Llegad todos, declarad
Aquesta engañosa cifra.
LUNA.
Sospecho que la palabra
Del Rey ha sido fingida.
CÉSAR.
Si nos descubren, la muerte
De los dos se precipita.
TORRELLAS.
Descubrid los rostros todos.
DOÑA MARÍA.
¡Hoy me mata mi desdicha!
Aquí le han de conocer.
DON PEDRO.
Castigaré su osadía:
Descubrid.
ARTAL.
Si tu palabra.....
DON PEDRO.
No hay palabra á tiranías.

Descúbrenlos, y viendo á D. Guillén, se alborota el Rey.

DOÑA MARÍA.
Antes que le den la muerte,
Baja presto, doña Elvira.

Quítanse de la ventana.

DON PEDRO.
Burla que es tan verdadera,
Más que burla es profecía.
¿Cómo á mis manos viniste?
DON GUILLÉN.
Aborreciendo la vida,
Y ver culpada una hermana
Que era la honestidad misma,
Y por ver si el amor ciego,
Que es quien causa su desdicha,
En medio della le daba
Alguna suerte en las mías.
Á tus pies estoy postrado;
Mi esposa en prisiones mira;
Yo, sin reino y desterrado:
¡Ten piedad, si á Dios imitas!

Salen la reina D.ª María y D.ª Elvira, alborotadas, y pónense á los pies del Rey.

DOÑA MARÍA.
Ansí los cielos te den,

Rey don Pedro, larga vida,
Que ejecutes en mi pecho
La sentencia que está escrita.
Si yo te he ofendido, muera,
Y mi hermano.....

DON PEDRO.

No prosigas:
¿Es verdad que doña Juana
Se ha ido?

GARCERÁN.

¿Agora replicas?
Rodoaldo se la llevó,
Verdad es.

DON PEDRO.

¡Grande desdicha!
No hay resistencias al cielo;
Necio es quien de mujer fía.
¿Á la Reina acompañasteis
Los dos?

LUNA.

Y en causa tan pía,
Señor, por lo que te amamos,
Arriesgáramos las vidas.

DON PEDRO.

El disimular importa. (Aparte.)
Vuestras sospechas prolijas
Este día se han deshecho;
Y porque veais que incitan
Sus gustos á que le tenga,
Gusto de ver restituída
Su tierra al de Montpeller,
Y á su esposa doña Elvira,
Llevando para el camino
El dote que le pedía;
Y con mi esposa, á Aragón
Quiero aumentar su alegría
Y gozar en paz mi estado.

DOÑA MARÍA.

Déte el cielo eterna vida,
Y veas á tu don Jaime
Postrar el cetro las Indias.

DON GUILLÉN.

Con callar te doy respuesta;
Que el gusto el hablar me quita.

TORRELLAS.

La dicha, á más no poder,
Vió la Reina aqueste día.

DON PEDRO.

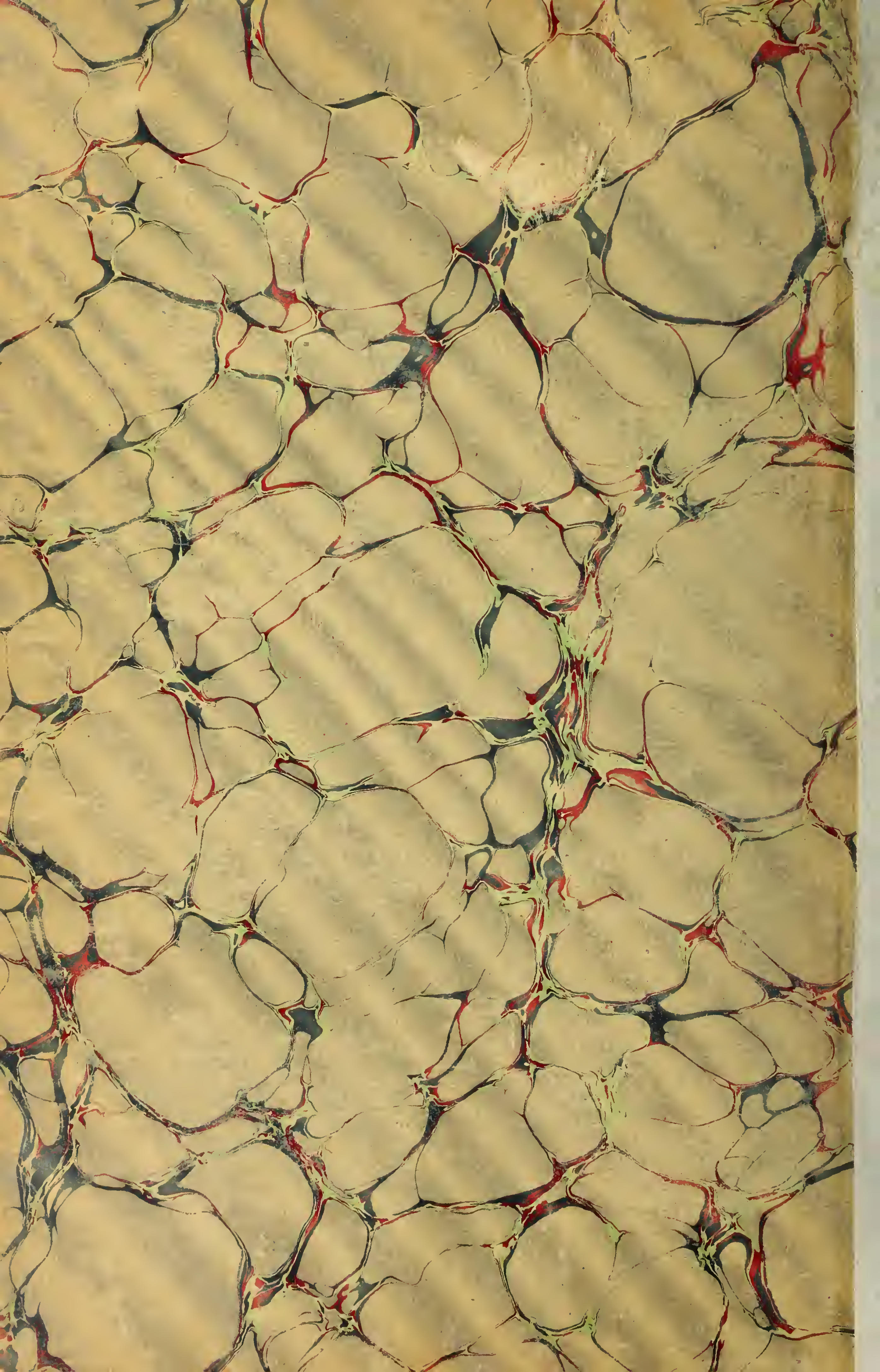
Y aquí dió fin la comedia,
De que es bien perdón se pida
En albricias que vió el fin
Á su mal doña María.

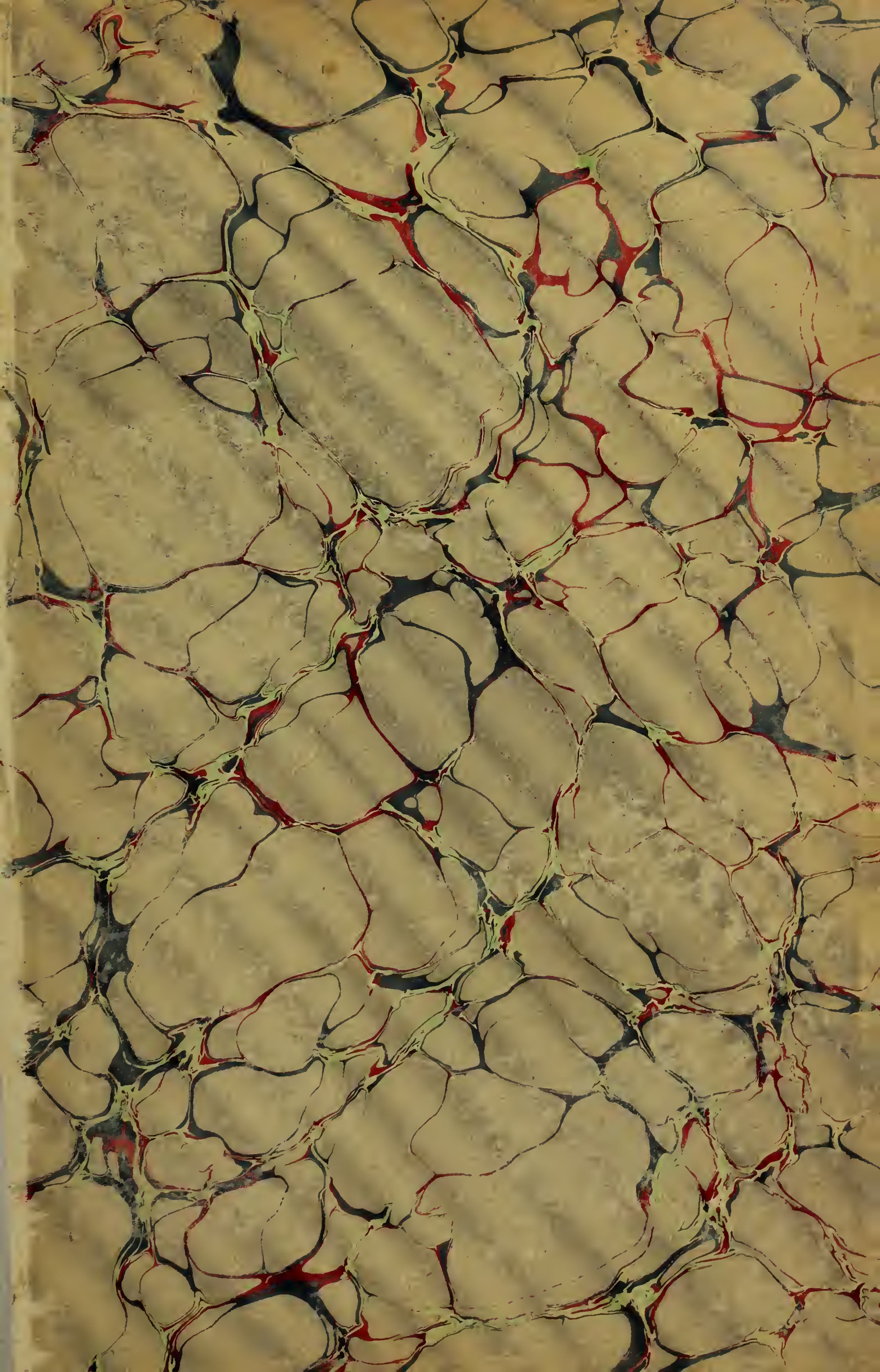
FIN.

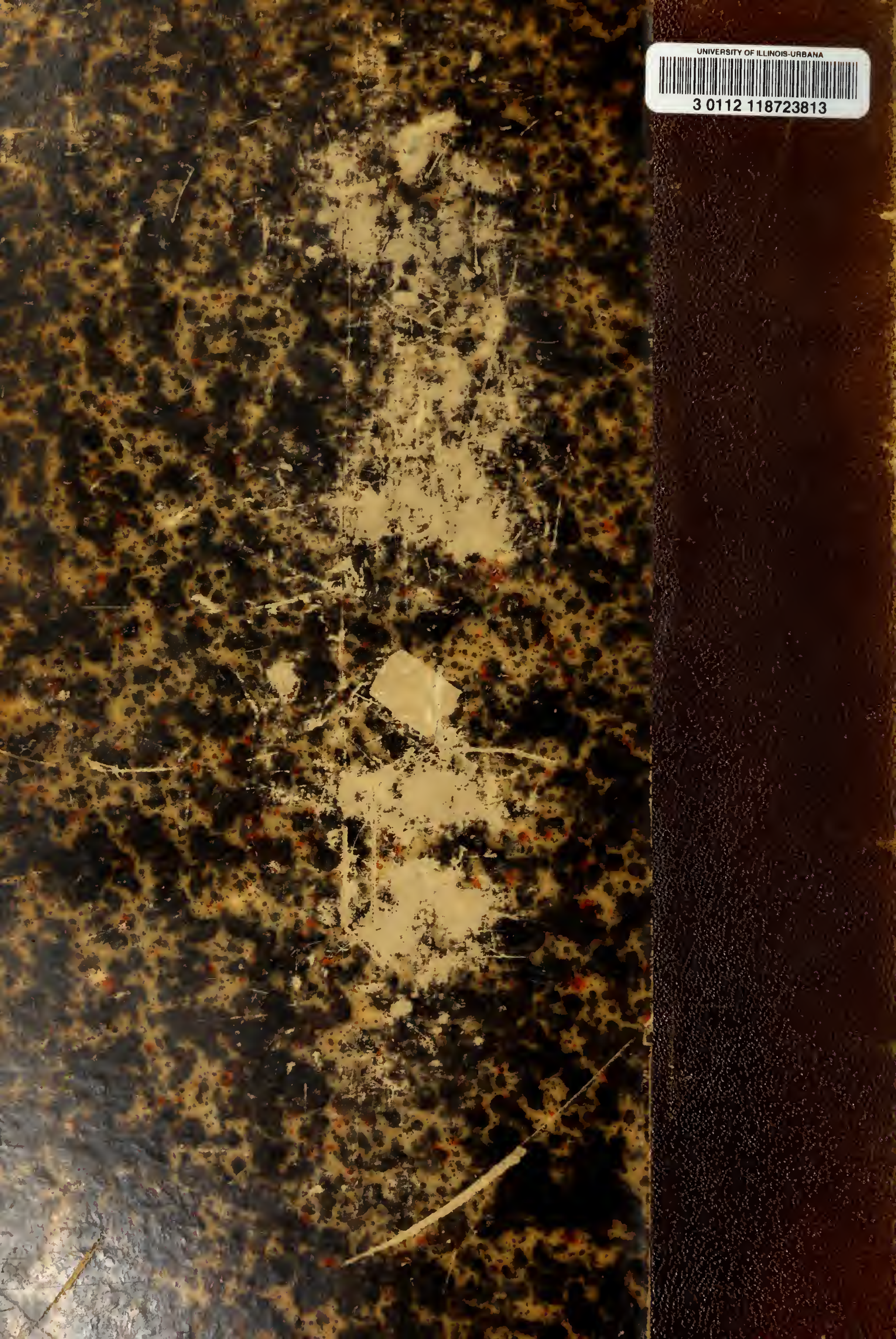
ÍNDICE

DE LAS

COMEDIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO






UNIVERSITY OF ILLINOIS-URBANA
3 0112 118723813